Margaret Mitchell

Lo que el viento se llevó

-Gone with the wind-

PRIMERA PARTE

1

Scarlett O'Hara no era bella, pero los hombres no solían darse cuenta de ello hasta que se sentían ya cautivos de su embrujo, como les sucedía a los gemelos Tarleton. En su rostro contrastaban acusadamente las delicadas facciones de su madre, una aristócrata de la costa, de familia francesa, con las toscas de su padre, un rozagante irlandés. Pero era el suyo, con todo, un semblante atractivo, de barbilla puntiaguda y de anchos pómulos. Sus ojos eran de un verde pálido, sin mezcla de castaño, sombreados por negras y rígidas pestañas, levemente curvadas en las puntas. Sobre ellos, unas negras y espesas cejas, sesgadas hacia arriba, cortaban con tímida y oblicua línea el blanco magnolia de su cutis, ese cutis tan apreciado por las meridionales y que tan celosamente resguardan del cálido sol de Georgia con sombreros, velos y mitones.

Sentada con Stuart y Brent Tarleton a la fresca sombra del porche de Tara, la plantación de su padre, aquella mañana de abril de 1861, la joven ofrecía una imagen linda y atrayente. Su vestido nuevo de floreado organdí verde extendía como un oleaje sus doce varas de tela sobre los aros del miriñaque y armonizaba perfectamente con las chinelas de tafilete verde que su padre le había traído poco antes de Atlanta. El vestido se ajustaba maravillosamente a su talle, el más esbelto de los tres condados, y el ceñido corsé mostraba un busto muy bien desarrollado para sus dieciséis años. Pero ni el recato de sus extendidas faldas, ni la seriedad con que su cabello estaba suavemente recogido en un moño, ni el gesto apacible de sus blancas manitas que reposaban en el regazo conseguían encubrir su personalidad. Los ojos verdes en la cara de expresión afectadamente dulce eran traviesos, voluntariosos, ansiosos de vida, en franca oposición con su correcto porte. Los modales le habían sido impuestos por las amables amonestaciones y la severa disciplina de su madre; pero los ojos eran completamente suyos. A sus dos lados, los gemelos, recostados cómodamente en sus butacas, reían y charlaban. El sol los hacía parpadear al reflejarse en los cristales de sus gafas, y ellos cruzaban al desgaire sus fuertes, largas y musculosas piernas de jinetes, calzadas con botas hasta la rodilla. De diecinueve años de edad y

rozando los dos metros de estatura, de sólida osamenta y fuertes músculos, rostros curtidos por el sol, cabellos de un color rojizo oscuro y ojos alegres y altivos, vestidos con idénticas chaquetas azules y calzones color mostaza, eran tan parecidos como dos balas de algodón.

Fuera, los rayos del sol poniente dibujaban en el patio surcos oblicuos bañando de luz los árboles, que resaltaban cual sólidas masas de blancos capullos sobre el fondo de verde césped. Los caballos de los gemelos estaban amarrados en la carretera; eran animales grandes, jaros como el cabello de sus dueños, y entre sus patas se debatía la nerviosa trailla de enjutos perros de caza que acompañaban a Stuart y a Brent adondequiera que fuesen. Un poco más lejos, como corresponde a un aristócrata, un perro de lujo, de pelaje moteado, esperaba pacientemente tumbado con el hocico entre las patas a que los muchachos volvieran a casa a cenar.

Entre los perros, los caballos y los gemelos hay una relación más profunda que la de su constante camaradería. Todos ellos son animales sanos, irreflexivos y jóvenes; zalameros, garbosos y alegres los muchachos, briosos como los caballos que montan, briosos y arriesgados, pero también de suave temple para aquellos que saben manejarlos.

Aunque nacidos en la cómoda vida de la plantación, atendidos a cuerpo de rey desde su infancia, los rostros de los que están en el porche no son ni débiles ni afeminados. Tienen el vigor y la viveza de la gente del campo que ha pasado toda su vida al raso y se ha preocupado muy poco de las tonterías de los libros. La vida es aún nueva en la Georgia del Norte, condado de Clayton, y un tanto ruda como lo es también en Augusta, Savannah y Charleston. Los de las provincias del Sur, más viejas y sedentarias, miran por encima del hombro a los georgianos de las tierras altas; pero allí, en Georgia del Norte, no avergonzaba la falta de esas sutilezas de una educación clásica, con tal de que un hombre fuera diestro en las cosas que importaban. Y las cosas que importaban eran cultivar buen algodón, montar bien a caballo, ser buen cazador, bailar con agilidad, cortejar a las damas con elegancia y aguantar la bebida como un caballero. Los gemelos sobresalían en estas habilidades, y eran igualmente obtusos en su notoria incapacidad para aprender cualquier cosa contenida entre las tapas de un libro. Su familia poseía más dinero, más caballos, más esclavos que otra ninguna del condado, pero los muchachos tenían menos retórica que la mayoría de los vecinos más pobres de la región.

Ésta era la razón de que Stuart y Brent estuvieran haraganeando en el porche de Tara en aquella tarde de abril. Acababan de ser expulsados de la Universidad de Georgia (la cuarta universidad que los expulsaba en dos años), y sus dos hermanos mayores, Tom y Boyd, habían vuelto a casa con ellos por haberse negado a permanecer en una institución donde los gemelos no eran bien recibidos. Stuart y Brent, consideraban su última expulsión como una broma deliciosa, y Scarlett, que no había abierto con gusto un libro desde que saliera, un año antes, de la academia femenina de Fayetteville, lo encontraba tan divertido como ellos.

—Ya sé que ni a Tom ni a vosotros dos os importa que os hayan expulsado —dijo—. Pero ¿qué me decís de Boyd? Está decidido a instruirse, y vosotros le habéis hecho salir de las universidades de Virginia, de Alabama y de Carolina del Sur, y ahora de la de Georgia. A ese paso no acabará nunca.

—¡Oh! Puede estudiar leyes en el despacho del juez Parmalee, en Fayetteville —contestó Brent despreocupadamente—. Además, no importa gran cosa. Hubiéramos tenido que volver a casa de todos modos antes de fin de curso. —¿Por qué?

—¡La guerra, tonta! La guerra va a estallar el día menos pensado, y no imaginarás que ninguno de nosotros va a seguir en el colegio mientras dure la guerra, ¿verdad?

—Ya sabéis que no va a haber guerra —replicó Scarlett, enojada—. Nadie habla de otra cosa. Ashley Wilkes y su padre dijeron a papá la semana pasada precisamente que nuestros delegados en Washington llegarían a... a un acuerdo amistoso con el señor Lincoln sobre la Confederación. Y, además, los yanquis nos tienen demasiado miedo para luchar. No habrá guerra alguna, y ya estoy harta de oír hablar de eso.

—¿Que no va a haber guerra? —protestaron con indignación los gemelos, como si se sintieran defraudados—. ¡Claro que habrá guerra, querida! —dijo Stuart—. Los yanquis pueden tenernos mucho miedo; pero, después de ver la forma en que el general Beauregard los arrojó anteayer de Fort Sumter[1], tendrán que luchar o quedarán ante el mundo entero como unos cobardes. Si la Confederación...

Scarlett hizo un gesto de enfado e impaciencia.

—Si nombráis la guerra una sola vez más, me meto en casa y cierro la puerta. Nunca he estado en mi vida tan harta de una palabra como de ésta de Secesión. Papá habla de guerra mañana, tarde y noche, y todos los señores que vienen a verle se exaltan hablando de Fort Sumter, Estados, derechos y de Abraham Lincoln, hasta que me ponen tan nerviosa que de buena gana me echaría a llorar. Ese es también el tema de conversación de los muchachos que no saben hablar de otra cosa; de eso y de su Milicia. No ha habido diversiones esta primavera porque los chicos no saben hablar de otra cosa. Me alegro infinito de que Georgia esperase a que pasaran las Navidades para separarse, pues de lo contrario nos hubiera estropeado las reuniones de Pascuas. Si volvéis a decir una palabra de la guerra, me meto en casa.

Y lo pensaba como lo decía, porque no le era posible soportar mucho rato una conversación de la que ella no fuese el tema principal. Pero sonreía al hablar y, con estudiado gesto, hacía más señalados los hoyuelos de sus mejillas, y agitaba sus negras y afiladas pestañas tan rápidamente como sus alas las mariposas. Los muchachos estaban entusiasmados, como ella quería que estuviesen, y se apresuraron a disculparse por haberla disgustado. No encontraban mal su falta de interés. Parecíales mejor, por el contrario. La guerra es asunto de hombres, no de señoras, y ellos consideraban aquella actitud como prueba de la feminidad de Scarlett.

Habiendo maniobrado de este modo para sacarles del árido tema de la guerra, volvió con interés al de su situación actual.

—¿Qué ha dicho vuestra madre al saber que os han expulsado otra vez?

Los muchachos parecieron sentirse desasosegados recordando la actitud de su madre cuando, tres meses antes, habían vuelto a casa, expulsados de la Universidad de Virginia.

—Pues mira, no ha tenido aún ocasión de decir nada. Tom y nosotros dos hemos salido temprano de casa, esta mañana, antes de que se levantase. Tom se ha quedado en casa de los Fontaine, mientras nosotros veníamos aquí.

—¿No dijo nada anoche cuando llegasteis?

—Anoche estuvimos de suerte. Precisamente cuando nosotros llegamos acababan de llevarle el nuevo caballo garañón que mamá compró en Kentucky el mes pasado, y toda la casa estaba revuelta. ¡Qué animal tan robusto! Es un gran caballo, Scarlett; tienes que decir a tu padre que vaya a verlo en seguida. Ya ha mordido al mozo que lo trajo y ha coceado a dos de los negros de mamá que fueron a buscarlo al tren en Jonesboro. Y un momento antes de llegar nosotros a casa había destrozado a patadas el establo y dejado medio muerto a Fresa, el viejo garañón de mamá. Cuando llegamos, mamá estaba en el establo, calmándolo con un saquito de azúcar; y lo hacía a las mil maravillas. Los negros

estaban tan espantados que temblaban, encaramados a las vigas; pero mamá hablaba al caballo como si se tratara de una persona; y el animal comía en su mano. No hay nadie como mamá para entender a un caballo. Y cuando nos vio nos dijo: «¡En nombre del cielo! ¿Qué hacéis otra vez en casa? ¡Sois peores que las plagas de Egipto!» Y entonces el caballo empezó a relinchar y a encabritarse, y mamá dijo: «¡Largo de aquí! ¿No veis que el pobre animal está nervioso? Ya me ocuparé de vosotros cuatro mañana por la mañana.» Entonces nos fuimos a la cama, y esta mañana nos marchamos antes de que nos pudiera pescar, dejando a Boyd para que se las entendiese con ella.

—¿Creéis que pegará a Boyd?

Scarlett, como el resto del condado, no podía acostumbrarse a la manera como la menuda señora Tarleton trataba a sus hijos, ya crecidos, y les cruzaba la espalda con la fusta cuando el caso lo requería. Beatrice Tarleton era una mujer muy activa, que regentaba por sí misma no sólo una extensa plantación de algodón, un centenar de negros y ocho hijos, sino también la más importante hacienda de cría caballar del condado. Tenía mucho carácter y a menudo se incomodaba por las frecuentes trastadas de sus cuatro hijos; y, mientras a nadie le permitía pegar a un caballo, ella pensaba que una paliza de vez en cuando no podía hacer ningún daño a los muchachos.

—Claro que no le pegará. A Boyd no le pega nunca, primero porque es el mayor y luego por ser el más menudo de la carnada —dijo Stuart, que estaba orgulloso de su casi metro noventa—. Por eso le hemos dejado en casa, para que explique las cosas a mamá. ¡Dios mío, mamá no tendrá más remedio que pegarnos! Nosotros tenemos ya diecinueve años y Tom veintiuno, y nos trata como si tuviéramos seis.

—¿Montará tu madre el caballo nuevo para ir mañana a la barbacoa de los Wilkes?

—Eso quería, pero papá dice que es demasiado peligroso. Y, además, las chicas no quieren dejarla. Dicen que van a procurar que vaya a esa fiesta por lo menos en su coche, como una señora.

—Espero que no llueva mañana —dijo Scarlett—. No hay nada peor que una barbacoa que se convierte en un picnic bajo techado. —No, mañana hará un día espléndido y tan caluroso como si fuera de junio. Mira qué puesta de sol. No la he visto nunca tan rojiza. Siempre se puede predecir el tiempo por las puestas de sol.

Miraron a lo lejos hacia el rojo horizonte por encima de las interminables hectáreas de los recién arados campos de algodón de Gerald O'Hara. Ahora, al ponerse el sol entre oleadas carmesíes detrás de las colinas, más allá del río Flint, el calor de aquel día abrileño parecía expirar con balsámico escalofrío. La primavera había llegado pronto aquel año con sus furiosos chaparrones y con el repentino florecer de los melocotoneros y de los almendros que salpicaba de estrellas el oscuro pantano y las colinas lejanas. Ya la labranza estaba casi terminada, y el sangriendo resplandor del ocaso teñía los surcos recién abiertos en la roja arcilla de Georgia de tonalidades aún más bermejas. La húmeda tierra hambrienta que esperaba, arada, las simientes de algodón, mostraba tintes rosados, bermellón y esscarlata en los lomos de los arenosos surcos, y siena allí donde las sombras caían a lo largo de las zanjas. La encalada mansión de ladrillo parecía una isla asentada en un mar rojo chillón, un mar cuyo oleaje ondulante, creciente, se hubiera petrificado de pronto, cuando las rosadas crestas de sus ondas iban a romperse. Porque allí no había surcos rectos y largos, como los que pueden verse en los campos de arcilla amarillenta de la llana Georgia central o en la oscura y fértil tierra de las plantaciones costeras. El campo que se extendía en pendiente al pie de las colinas del norte de Georgia estaba arado en un millón de curvas para evitar que la rica tierra se deslizase en las profundidades del río.

Era una tierra de tonalidades rojas, color sangre después de las lluvias y color polvo de ladrillo en las sequías; la mejor tierra del mundo para el cultivo del algodón. Era un país agradable, de casas blancas, apacibles sembrados y perezosos ríos amarillos; pero una tierra de contrastes, con el sol más radiantemente deslumbrador y las más densas umbrías. Los claros de la plantación y los kilómetros de campos de algodón sonreían al sol cálido, sereno, complaciente. A sus lados se extendían los bosques vírgenes, oscuros y fríos aun en las tardes más sofocantes; misteriosos, un tanto siniestros, los rumorosos pinos parecían esperar con paciencia secular, para amenazar con suaves suspiros: «¡Cuidado! ¡Cuidado! Fuisteis nuestros en otro tiempo. Podemos arrebataros otra vez.»

A los oídos de las tres personas que estaban en el porche llegaba el ruido de los cascos de las caballerías, el tintineo de las cadenas de los arneses, las agudas y despreocupadas carcajadas de los negros, mientras braceros y muías regresaban de los campos. De dentro de la casa llegaba la suave voz de la madre de Scarlett, Ellen O'Hara, llamando a la negrita que llevaba el cestillo de sus llaves. La voz atiplada de la niña contestó: «Sí, señora», y se oyeron las pisadas que salían de la casa dirigiéndose por el camino de detrás hacia el ahumadero, donde Ellen repartiría la comida a los trabajadores que regresaban. Se oía el chocar de la porcelana y el tintineo de la plata anunciando que Pork, el mayordomo de Tara, ponía la mesa para la cena.

Al oír estos últimos sonidos, los gemelos se dieron cuenta de que era ya hora de regresar a casa. Pero tenían miedo de enfrentarse con su madre y remoloneaban en el porche de Tara, con la momentánea esperanza de que Scarlett los invitara a cenar.

—Oye, Scarlett. A propósito de mañana —dijo Brent—, el que hayamos estado fuera y no supiéramos nada de la barbacoa y del baile no es razón para que no nos hartemos de bailar mañana por la noche. No tendrás comprometidos todos los bailes, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¿Cómo iba yo a saber que estabais en casa? No podía exponerme a estar de plantón sólo por esperaros a vosotros. —¿Tú de plantón? Y los muchachos rieron a carcajadas.

—Mira, encanto. Vas a concedernos a mí el primer vals y a Stu el último, y cenarás con nosotros. Nos sentaremos en el rellano de la escalera, como hicimos en el último baile, y llevaremos a mamita Jincy para que te eche otra vez la buenaventura.

—No me gustan las buenaventuras de mamita Jincy. Ya sabes que me dijo que iba a casarme con un hombre de pelo y bigotazos negros; y no me gustan los hombres morenos.

—Te gustan con el pelo rojo, ¿verdad, encanto? —dijo Brent haciendo una mueca —. Bueno, anda; prométenos todos los valses y que cenarás con nosotros.

—Si lo prometes te diremos un secreto —dijo Stuart.

—¿Cuál? —exclamó Scarlett, curiosa como una chiquilla ante aquella palabra.

—¿Es lo que oímos ayer en Atlanta, Stu? Si es eso, ya sabes que prometimos no decirlo.

—Bueno, la señorita Pitty nos dijo...

—¿La señorita qué?

—Ya sabes; la prima de Ashley Wilkes, que vive en Atlanta. La señorita Pittypat Hamilton, la tía de Charles y de Melanie Hamilton.

—Sí, ya sé; y la vieja más tonta que he visto en toda mi vida.

—Bueno, pues cuando estábamos ayer en Atlanta, esperando el tren para venir a casa, llegó en su coche a la estación, se paró y estuvo hablando con nosotros; y nos dijo que mañana por la noche, en el baile de los Wilkes, iba a anunciarse oficialmente una boda.

—¡Ah! Ya estoy enterada —exclamó Scarlett con desilusión—. Charles Hamilton,

el tonto de su sobrino, con Honey Wilkes. Todo el mundo sabe hace años que acabarán por casarse alguna vez, aunque él parece tomarlo con indiferencia.

—¿Le tienes por tonto? —preguntó Brent—. Pues las últimas Navidades bien dejabas que mosconeara a tu alrededor.

—No podía impedirlo —dijo Scarlett, encogiéndose de hombros con desdén—. Pero me resulta un moscón aburrido.

—Además, no es su boda la que se va a anunciar —dijo Stuart triunfante—. Es la de Ashley con Melanie, la hermana de Charles.

El rostro de Scarlett no se alteró, pero sus labios se pusieron pálidos como los de la persona que recibe, sin previo aviso, un golpe que la aturde, y que èn el primer momento del choque no se da cuenta de lo que le ha ocurrido. Tan tranquila era su expresión mientras miraba fijamente a Stuart, que éste, nada psicólogo, dio por supuesto que estaba simplemente sorprendida y muy interesada.

—La señorita Pitty nos dijo que no pensaban anunciarlo hasta el año que viene, porque Melanie no está muy bien de salud; pero que con estos rumores de guerra las dos familias creyeron preferible que se casaran pronto. Por eso lo harán público mañana por la noche, en el intermedio de la cena. Y ahora, Scarlett, ya te hemos dicho el secreto. Así que tienes que prometernos que cenarás con nosotros.

—Desde luego —dijo Scarlett como una autómata.

—¿Y todos los valses?

—Todos.

—¡Eres encantadora! Apuesto a que los demás chicos van a volverse locos de rabia.

—Déjalos que se vuelvan locos. ¡Qué le vamos a hacer! Mira, Scarlett, siéntate con nosotros en la barbacoa de la mañana.

—¿Cómo?

Stuart repitió la petición.

—Desde luego.

Los gemelos se miraron entusiasmados, pero algo sorprendidos. Aunque se consideraban los pretendientes preferidos de Scarlett, nunca hasta aquel momento habían logrado tan fácilmente testimonios de su preferencia. Por regla general les hacía pedir y suplicar, mientras los desesperaba negándoles un sí o un no; riendo si se ponían ceñudos, mostrando frialdad si se enfadaban. Y ahora les había prometido el día siguiente casi entero: sentarse a su lado en la barbacoa, todos los valses (¡y ya se las arreglarían ellos para que todas las piezas fueran valses!), y cenar con ellos en el intermedio. Sólo por esto valía la pena ser expulsados de la universidad.

Henchidos de renovado entusiasmo con su éxito, continuaron remoloneando, hablando de la barbacoa y del baile, de Ashley Wilkes y Melanie Hamilton, interrumpiéndose uno a otro, diciendo chistes y riéndoselos, y lanzando indirectas clarísimas para que los invitaran a cenar. Pasó algún tiempo antes de que notaran que Scarlett tenía muy poco que decir. Algo había cambiado en el ambiente, algo que los gemelos no sabían qué era. Pero la tarde había perdido su bella alegría. Scarlett parecía prestar poca atención a lo que ellos decían, aunque sus respuestas fuesen correctas. Notando algo que no podían comprender, extrañados y molestos por ello, los gemelos lucharon aún durante un rato y se levantaron por fin de mala gana consultando sus relojes.

El sol estaba bajo, sobre los campos recién arados, y recortaba al otro lado del río las negras siluetas de los bosques. Las golondrinas hogareñas cruzaban veloces a través del patio, y polluelos, patos y pavos se contoneaban, rezagándose de vuelta de los campos.

Stuart bramó: «Jeems!» Y, tras un intervalo, un negro alto y de su misma edad corrió jadeante alrededor de la casa y se dirigió hacia donde estaban trabados los caballos. Jeems era el criado personal de los gemelos y, lo mismo que los perros, los acompañaba a todas partes. Compañero de juegos de su infancia, había sido regalado a los gemelos cuando cumplieron los diez años. Al verle, los perros de los Tarleton se levantaron del rojo polvo y permanecieron a la expectativa, aguardando a sus amos. Los muchachos se inclinaron estrechando la mano de Scarlett, y le dijeron que por la mañana temprano la esperarían en casa de los Wilkes. Salieron en seguida a la carretera, montaron en sus caballos y, seguidos de Jeems, bajaron al galope la avenida de cedros, agitando los sombreros y gritándole adiós.

Cuando hubieron doblado el recodo del polvoriento camino que los ocultaba de Tara, Brent detuvo su caballo en un bosquecillo de espinos. Stuart se paró también, mientras el criado negro retrocedía, distanciándose de ellos unos pasos. Los caballos, al sentir las bridas flojas, alargaron el cuello para pacer la tierna hierba primaveral y los pacientes perros se tumbaron de nuevo en el suave polvo rojo, mirando con ansia las golondrinas que revoloteaban en la creciente oscuridad. El ancho e ingenuo rostro de Brent estaba perplejo y demostraba una leve contrariedad.

—Oye —dijo—. ¿No te parece que debía habernos convidado a cenar?

—Eso creo —respondió Stuart—, y estaba esperando que lo hiciese pero no lo ha hecho. ¿Qué te ha parecido?

—No me ha parecido nada, pero creo que debía habernos invitado. Después de todo es el primer día que estamos en casa, no nos había visto casi ni un minuto, y teníamos un verdadero montón de cosas que decirle.

—A mí me ha hecho el efecto de que estaba contentísima de vernos cuando llegamos.

—Y a mí también.

—Y de repente, al cabo de media hora, se ha quedado casi ensimismada, como si le doliera la cabeza.

—Yo me he dado cuenta, pero no me he preocupado de momento. ¿Qué crees que le dolería?

—No sé. ¿Habremos dicho algo que la disgustase?

Ambos pensaron durante un momento.

—No se me ocurre nada. Además, cuando Scarlett se enfada, todo el mundo se entera; no se domina como hacen otras chicas.

—Sí, precisamente eso es lo que me gusta de ella. No se molesta en aparentar frialdad y desapego cuando está enfadada, y dice lo que se le ocurre. Pero ha sido algo que hemos hecho o dicho lo que ha provocado su mudez y su aspecto de enferma. Yo juraría que le alegró vernos cuando llegamos y que tenía intención de convidarnos a cenar. ¿No habrá sido por nuestra expulsión?

—¡Qué diablos! No seas tonto. Se rió como si tal cosa cuando se lo dijimos. Y, además, Scarlett no concede a los libros más importancia que nosotros.

Brent se volvió en la silla y llamó al criado negro.

—Jeems!

—¿Señor?

—¿Has oído lo que hemos estado hablando con la señorita Scarlett?

—¡Por Dios, señorito Brent...! ¿Cómo puede usted creer? ¡Dios mío, estar espiando a las personas blancas!

—¡Espiando, por Dios! Vosotros, los negros, sabéis todo lo que ocurre. Vamos, mentiroso, te he visto con mis propios ojos rondar por la esquina del porche y esconderte detrás del jazminero del muro. Vaya, ¿nos has oído decir algo que pueda haber disgustado a la señorita Scarlett o herido sus sentimientos?

Así interrogado, Jeems no llevó más lejos su pretensión de no haber escuchado la charla, y frunció el oscuro ceño.

—No, señor; yo no me di cuenta de que dijeran ustedes nada que le disgustase. Me pareció que estaba muy contenta de verlos y que los había echado mucho de menos; gorjeaba alegre como un pájaro, hasta el momento en que empezaron ustedes a contarle lo de que el señorito Ashley y la señorita Melanie Hamilton se iban a casar. Entonces se quedó callada como un pájaro cuando va el halcón a echarse sobre él.

Los gemelos se miraron moviendo la cabeza, perplejos.

—Jeems tiene razón. Pero no veo el motivo —dijo Stuart—. ¡Dios mío! Ashley no le importa absolutamente nada, no es más que un amigo para ella. No está enamorada de él. En cambio, nosotros la tenemos loca.

Brent movió la cabeza asintiendo.

—¿Pero no crees —dijo— que quizá Ashley no le haya dicho a Scarlett que iba a anunciar su boda mañana por la noche y que Scarlett se ha disgustado por no habérselo comunicado a ella, una antigua amiga, antes que a nadie? Las muchachas dan mucha importancia a eso de ser las primeras en enterarse de semejantes cosas.

—Bueno, puede ser. Pero ¿qué tiene que ver que no le dijera que iba a ser mañana? Se supone que era un secreto, una sorpresa, y un hombre tiene derecho a mantener secreta su palabra de casamiento, ¿no es así? Nosotros no nos hubiéramos enterado si no se le escapa a la tía de Melanie. Pero Scarlett debía saber que él había de casarse algún día con Melanie. Nosotros lo sabemos hace años. Los Wilkes y los Hamilton se casan siempre entre primos. Todo el mundo estaba enterado de que seguramente se casarían, exactamente igual que Honey Wilkes se va a casar con Charles, el hermano de Melanie.

—Bueno, vamos a dejarlo. Pero siento que no nos convidara a cenar. Te juro que no tengo ninguna gana de oír a mamá tomarla con nuestra expulsión. No es como si fuera la primera vez.

—Tal vez Boyd la haya suavizado a estas horas. Ya sabes que es un hábil parlanchín ese gorgojo. Y sabes también que consigue siempre aplacarla.

—Sí, puede hacerlo, pero necesita tiempo. Tiene que empezar con rodeos hasta que pone a mamá tan nerviosa que se da por vencida y le pide que reserve su voz para la práctica del Derecho. No habrá tenido tiempo, sin embargo, de llevar las cosas a buen fin. Mira, te apuesto lo que quieras a que mamá está tan excitada aún con lo de su caballo nuevo que ni se dará cuenta de que estamos otra vez en casa hasta que se siente a cenar esta noche y vea a Boyd. Y antes de que termine la comida se habrá ido acalorando y poniendo furiosa. Y habrán dado las diez sin que Boyd haya conseguido tomar la palabra para decirle que no hubiera resultado digno en ninguno de nosotros continuar en el colegio después de habernos hablado el rector como nos habló a ti y a mí. Y será más de medianoche antes de que haya él conseguido darle la vuelta en tal forma que esté tan indignada con el rector que le pregunte a Boyd por qué no le pegó un tiro. No, decididamente, no podemos ir a casa hasta pasada medianoche. Es algo completamente imposible.

Los gemelos se miraron malhumorados. No tenían ningún miedo ni a los caballos salvajes ni a los peligros de la caza ni a la indignación de sus vecinos; pero les infundían un saludable pánico las clarísimas advertencias de su pelirroja madre y la fusta con la cual no

tenía reparo en castigarles.

—Bueno, mira —dijo Brent—, vamos a casa de los Wilkes. Las chicas y Ashley se sentirán encantados de que cenemos allí.

Stuart pareció un poco molesto.

—No, no vayamos allí. Estarán muy ocupados preparándolo todo para la barbacoa de mañana, y además...

—¡Oh! Me había olvidado de eso —replicó Brent rápido—. No iremos, no.

Pusieron los caballos al paso y marcharon un rato en silencio, Stuart con las morenas mejillas encendidas de sonrojo. Hasta el verano anterior había él cortejado a India Wilkes, con la aprobación de ambas familias y del condado entero. El condado pensaba que tal vez la fría y comedida India Wilkes tendría sobre él una influencia sedante. Por lo menos, eso esperaban todos fervientemente. Y Stuart hubiera seguido adelante, pero Brent no estaba satisfecho. Brent le tenía afecto a India pero la encontraba muy fea y apocada y no hubiera podido enamorarse de ella sólo por hacerle compañía a Stuart. Era la primera vez que los intereses de los gemelos no estaban acordes, y Brent se sintió agraviado por las atenciones que su hermano prodigaba a una muchacha que a él no le parecía nada extraordinaria.

Entonces, el verano anterior, en un discurso político que tuvo lugar en un robledal de Jonesboro, a los dos les llamó la atención Scarlett O'Hara. La conocían desde hacía años; en su infancia había sido su compañera favorita de juegos porque sabía montar a caballo y trepar a los árboles casi tan bien como ellos. Pero ahora, ante su gran asombro, vieron que se había convertido en una bella joven, la más encantadora del mundo entero.

Se dieron cuenta por primera vez de la movilidad de sus verdes ojos, de lo profundos que resultaban los hoyuelos de sus mejillas cuando reía, de lo diminutos que eran sus manos y sus pies y de lo esbelto que era su talle. Las ingeniosas salidas de los gemelos la hacían prorrumpir en sonoras carcajadas, y, poseídos del convencimiento de que los consideraba una pareja notable, ellos se superaron realmente.

Fue aquél un día memorable en la vida de los gemelos. Desde entonces, cuando hablaban de ello, se asombraban de que no se hubieran dado cuenta antes de los encantos de Scarlett. Nunca lograban dar con la exacta respuesta, y era ésta: que Scarlett decidió aquel día conseguir que se diesen cuenta de sus referidos encantos. Era incapaz por naturaleza de soportar que ningún hombre estuviera enamorado de otra mujer que no fuese ella, y simplemente el ver a Stuart y a India Wilkes durante el discurso fue demasiado para su temperamento de predadora. No contenta con Stuart, echó también las redes a Brent, y ello con una habilidad que los dominó a los dos.

Ahora, ambos estaban enamorados de ella. India Wilkes y Letty Munroe, de Lovejoy, a quienes Brent había estado medio cortejando, se encontraban muy lejos de sus mentes. Qué haría el vencido, si Scarlett daba el sí a uno de los dos, era cosa que los gemelos no se preguntaban. Ya se preocuparían de ello cuando llegase la hora. Por el momento, se sentían muy satisfechos de estar otra vez de acuerdo acerca de una muchacha, pues no existía envidia entre ellos. Era una situación que interesaba a los vecinos y disgustaba a su madre, a quien no le era simpática Scarlett.

—Os vais a lucir si esa buena pieza se decide por uno de vosotros —observaba ella —. O tal vez os diga que sí a los dos, y entonces tendríais que trasladaros a Utah, si es que los mormones os admiten, lo cual dudo mucho... Lo que más me molesta es que cualquier día os vais a pegar, celosos el uno del otro, por culpa de esa cínica pécora de ojos verdes, y os vais a matar. Aunque tal vez no fuese una mala idea, después de todo.

Desde el día del discurso, Stuart se había encontrado a disgusto en presencia de India. No era que ésta le reprochase ni le indicara siquiera con miradas o gestos que se había dado cuenta de su brusco cambio de afectos. Era demasiado señora. Pero Stuart se sentía culpable y molesto ante ella. Comprendió que se había hecho querer y sabía que India le quería aún; y sentía, en el fondo del corazón, que no se había portado como un caballero. Ella le seguía gustando muchísimo por su frío dominio sobre sí misma, por su cultura y por todas las auténticas cualidades que poseía. Pero, ¡demonio!, era tan incolora y tan poco interesante, tan monótona en comparación con el luminoso y variado atractivo de Scarlett. Con India siempre sabía uno a qué atenerse, mientras que con Scarlett no se tenía nunca la menor idea. No basta con saber entretener a un hombre, pero ello tiene su encanto.

—Bueno, vamos a casa de Cade Calvert y cenaremos allí. Scarlett dijo que Cathleen había vuelto de Charleston. Tal vez tenga noticias de Fort Sumter que nosotros no conozcamos.

—¿Cathleen? Te apuesto doble contra sencillo a que ni siquiera sabe que el fuerte está en el muelle, y mucho menos que estaba lleno de yanquis hasta que fueron arrojados de allí. Esa no sabe nada más que los bailes a que asiste y los pretendientes que selecciona.

—Bueno, pero es divertido oírla charlar. Y es un sitio donde esconderse hasta que mamá se vaya a la cama.

—¡Qué diablo! Me gusta Cathleen; es entretenida, y me alegrará saber de Caro Rhett y del resto de la gente de Charleston; pero que me condenen si soy capaz de aguantar otra comida sentado al lado de la yanqui de su madrastra.

—No seas demasiado duro con ella, Stuart. Tiene buena intención. —No soy duro con ella. Me inspira muchísima lástima, pero no me gusta la gente que me inspira compasión. Y se agita tanto de un lado para otro procurando hacer las cosas bien y darte la sensación de que estás en tu casa, que siempre se las arregla para decir y hacer precisamente lo peor. ¡Me pone nervioso! Y cree que los del Sur somos unos bárbaros feroces. Siempre se lo está diciendo a mamá. La tienen asustada los del Sur. Siempre que estamos con ella parece muerta de miedo. Me hace pensar en una gallina esquelética encaramada en una silla, con los ojos en blanco, brillantes y espantados, dispuesta a agitar las alas y a cacarear al menor movimiento que se haga.

—Bueno, no debes censurarla. Le disparaste un tiro a la pierna a Cade. —Sí, pero estaba bebido; si no, no lo hubiera hecho —dijo Stuart—. Y Cade no me ha guardado nunca rencor, ni Cathleen, ni Raiford, ni el señor Calvert. La única que chilló fue esa madrastra yanqui, diciendo que yo era un bárbaro feroz y que las personas decentes no estaban seguras entre los meridionales incultos.

—No puedes echárselo en cara. Es una yanqui y no tiene muy buenos modales; y, al fin y al cabo, le habías soltado un balazo a Cade, y Cade es su hijastro.

—¡Qué diablo! Eso no es disculpa para insultarme. Tú eres de la misma sangre de mamá y ¿se puso mamá así aquella vez que Tony Fontaine te largó a ti un tiro en la pierna? No, se limitó a llamar al viejo doctor Fontaine para que vendase la herida, y le preguntó al médico por qué había errado el blanco Tony. Dijo que preveía que la falta de entrenamiento iba a echar a perder la buena puntería. Acuérdate cómo le indignó esto a Tony.

Los dos muchachos prorrumpieron en carcajadas.

—¡Mamá es admirable! —dijo Brent, con cariñosa aprobación—. Siempre puedes contar con que ella hará lo más indicado y estar seguro de que no te pondrá en un apuro delante de la gente.

—Sí, pero estará dispuesta a ponernos en un apuro delante de papá y de las chicas,

cuando lleguemos a casa esta noche —dijo Stuart con mal humor—. Mira, Brent, eso me hace presentir que ya no iremos a Europa. Ya sabes que mamá dijo que si nos expulsaban de otro colegio nos quedaríamos sin nuestro viaje alrededor del mundo.

—Bueno, ¿y qué? Nos tiene sin cuidado, ¿no es verdad? ¿Qué hay que ver en Europa? Apostaría a que esos extranjeros no nos iban a enseñar nada que no tengamos aquí en Georgia. Jugaría que sus caballos no son tan rápidos ni sus muchachas tan bonitas. Y estoy completamente seguro de que ellos no tienen un whisky de centeno que pueda compararse con el que hace papá.

—Ashley Wilkes dice que no hay quien los iguale en decoraciones de teatro y en música. A Ashley le gusta mucho Europa; siempre está hablando de ella.

—Sí, ya sabes cómo son los Wilkes. Tienen la manía de la música, de los libros y del teatro. Mamá dice que es porque su abuelo vino de Virginia y que la gente de allá es muy aficionada a esas cosas.

—Buen provecho les haga. A mí dame un buen caballo que montar, un buen vino que beber, una buena muchacha que cortejar y una mala para divertirme, y que se queden ellos con su Europa. ¿Qué nos importa perder el viaje? Suponte que estuviéramos en Europa, ahora que va a estallar aquí la guerra. No podríamos volver a tiempo. Me interesa mucho más ir a la guerra que ir a Europa.

—Lo mismo me pasa a mí. Algún día... Mira, Brent, ya sé adonde podemos ir a cenar. Crucemos el pantano en dirección a la hacienda de Able Wynder. Le diremos que estamos otra vez los cuatro en casa dispuestos a hacer la instrucción.

—Es una buena idea —exclamó Brent, entusiasmado—. Y nos enteramos de las noticias del Ejército y del color que han adoptado al fin para los uniformes.

—Si es el de zuavo, prefiero cualquier cosa a alistarme con ellos. Me iba a sentir como un monigote con esos pantalones bombachos encarnados. Esos calzones de franela roja me parecen de señorita.

—¿Piensan ir a la hacienda del señor Wynder? Si van, no cenarán muy bien —dijo Teems—. Se les murió la cocinera y no han comprado otra. Han puesto a guisar a una de las trabajadoras del campo, y me han dicho los negros que es la peor cocinera del Estado.

—¡Dios mío! ¿Por qué no compran otra?

—¿Cómo van a poder esos blancos pobretones comprar ningún negro? No han tenido nunca más de cuatro.

Había franco desprecio en la voz de Jeems. Su propia categoría social estaba asegurada porque los Tarleton poseían un centenar de negros, y, como todos los esclavos de los grandes hacendados, despreciaban a los modestos labradores que no podían tener tantos.

—¡Te voy a hacer azotar por decir eso! —exclamó Stuart con orgullo—. No vuelvas a llamar a Able Wynder blanco pobretón. Verdad es que es pobre, pero no es un cualquiera: que me condene si hay alguien, blanco o negro, jque pueda compararse con él. No hay hombre mejor que él en todo el condado. Y, si no, ¿cómo iba a haberle elegido teniente la Milicia?

—Nunca lo hubiera creído, mi amo —replicó Jeems, impertérrito después de la riña de su señor—. Yo creí que elegirían a los oficiales entre la gente rica y nunca a esos pobretones de los pantanos.

—No es un pobretón. ¿Cómo se te ocurre compararle con gente como los Slattery? Ésos sí que son unos blancos pobretones. Able no es rico, sencillamente. Es un modesto hacendado, no un gran terrateniente, y puesto que los muchachos le consideran con suficiente talla para nombrarle teniente, no tiene por qué hablar de él descaradamente un

negro cualquiera. La Milicia sabe lo que hace.

La milicia de caballería había sido organizada tres meses antes, el mismo día que Georgia se separó de la Unión, y desde entonces los reclutas se venían preparando para la guerra. El batallón carecía de nombre aún, aunque no por falta de sugerencias. Todos tenían su idea sobre el asunto y no se sentían dispuestos a abandonarla, de igual modo que todos tenían su idea sobre el color y el corte de los uniformes. «Los gatos monteses de Clayton», «Los devoradores de fuego», «Los húsares de Georgia del Norte», «Los zuavos», «Los rifles del interior» (aunque la Milicia iba a ser equipada con pistolas, sables y cuchillos de monte, y no con rifles), «Los Clayton grises», «Los rayos y truenos», «Los rudos y preparados», y otros muchos por el estilo. Mientras se decidía este asunto, todo el mundo, al referirse a la organización, la llamaba la «Milicia», y, a pesar del muy sonoro nombre que fue adoptado finalmente, toda la vida se la conoció por la «Milicia».

Los oficiales eran elegidos entre los propios miembros, porque nadie en el condado tenía la menor experiencia militar, excepto algunos veteranos de las guerras de México y la de los Seminólas[2], y además la Milicia hubiera rechazado como jefe a un veterano si no le hubiera querido y apreciado personalmente. Todo el mundo quería a los cuatro chicos Tarleton y a los tres Fontaine; pero, sintiéndolo mucho, se negaron a elegirlos porque los primeros se excitaban fácilmente con la bebida y eran demasiado aficionados a la jarana, y, en cuanto a los Fontaine, tenían un temperamento demasiado vivo y sanguinario. Fue elegido capitán Ashley Wilkes, porque era el mejor jinete del condado y porque se confiaba en su carácter frío para mantener cierta apariencia de orden. Fue nombrado primer teniente Raiford Calvert, porque todo el mundo quería a Raif, y Able Wynder, el hijo de un trampero del pantano y a su vez modesto hacendado, fue elegido segundo teniente.

Able era un gigante astuto y serio, inculto, de buen corazón, de más edad que los otros muchachos y de tan buenos o mejores modales que ellos con las señoras. No había muchos en la Milicia que pudieran presumir de aristócratas. Los padres y abuelos de muchos de ellos habían alcanzado la fortuna desde la clase de modestos granjeros. Además, Able era la mejor escopeta de la Milicia, un magnífico tirador capaz de vaciar un ojo a una ardilla a una distancia de setenta metros; y sabía mucho de la vida al aire libre: encender fuego bajo la lluvia, rastrear animales y encontrar agua. La Milicia se inclinaba ante el verdadero mérito, y, como además de todo esto le querían, eligiéronle oficial. Recibió el honor gravemente y sin engreírse, como si le fuera debido. Pero las señoras de los grandes hacendados y los esclavos de los mismos no podían soportar el hecho de que no hubiera nacido noble, aunque a esto no le concediesen importancia los hombres.

Al principio, la Milicia había sido reclutada tan sólo entre los hijos de los hacendados y la gente acomodada, teniendo que aportar cada uno su caballo, armas, equipo, uniforme y asistente. Pero los ricos hacendados eran pocos en el nuevo condado de Clayton, y para poder reunir una milicia poderosa había sido necesario alistar más reclutas entre los hijos de los modestos granjeros, cazadores, tramperos, canteros y, en casos excepcionales, hasta entre los blancos pobres, si estaban por encima del nivel medio de los de su clase.

Estos últimos jóvenes se sentían tan deseosos de luchar contra los yanquis como sus vecinos ricos; pero se planteó la delicada cuestión del dinero. Pocos son los pequeños labradores que tienen caballos. Hacen las faenas de la granja con muías y no suelen tener más que las absolutamente necesarias, rara vez más de cuatro. No podían prescindir de las muías para darlas al Ejército y eso en el caso de que la Milicia las hubiera aceptado, cosa que no ocurrió. En cuanto a los blancos pobres, se consideraban potentados si tenían una

mula. Los habitantes de los bosques y de los pantanos no poseen ni caballos ni muías. Viven exclusivamente del producto de sus tierras y de la caza en el pantano, atendiendo a sus necesidades por el sistema del cambio de artículos, pues no ven una moneda de cinco dólares al cabo del año, y caballos y uniformes se hallan fuera de su alcance. Pero eran tan salvajemente orgullosos en su miseria como los hacendados en su opulencia, y no hubieran aceptado de sus ricos vecinos nada que pudiera tener apariencia de limosna. Así, para no herir los sentimientos de nadie y conseguir formar una poderosa milicia, el padre de Scarlett, John Wilkes, Buck Munroe, Jim Tarleton, Hugh Calvert y, en fin, todos los ricos hacendados del condado, con la única excepción de Angus Macintosh, habían aportado el dinero para equipar enteramente a la Milicia de caballos y hombres. El resultado del acuerdo fue que cada hacendado consintió en pagar para equipar a sus hijos y a cierto número de muchachos más, pero se hizo en tal forma que los menos afortunados pudieron aceptar caballos y uniformes sin menoscabo de su dignidad.

La Milicia se reunía dos veces por semana en Jonesboro para hacer la instrucción y rezar por el pronto estallido de la guerra. Todavía no habían terminado las gestiones para conseguir el cupo completo de caballos, pero quienes los tenían realizaban lo que ellos creían maniobras de caballería en un campo, detrás de la Audiencia; levantaban grandes nubes de polvo, se gritaban unos a otros con voz ronca y blandían las espadas de la Guerra de Independencia cogidas de la panoplia del salón. Los que no tenían aún caballos se sentaban al borde de la acera, delante del almacén de Bullard y contemplando a sus compañeros masticaban tabaco y contaban cuentos. Y también organizaban partidas de tiro al blanco. No había necesidad de enseñar a tirar a ninguno de los hombres. La mayoría de los meridionales nacen con un fusil en la mano, y el pasarse la vida cazando les ha hecho a todos tiradores.

De las casas de las plantaciones y de las cabañas del pantano llegaba para cada revista un variado surtido de armas de fuego. Veíanse allí largos fusiles que habían sido nuevos cuando los montes Alleghenies fueron cruzados por primera vez, antiguallas que se cargaban por la boca y que habían despachado a más de un indio, recién creado el Estado de Georgia; pistolas de arzón que habían prestado servicio en 1812, en las guerras de los Seminólas y de México, pistolas de desafío montadas en plata, *derringers* de bolsillo, escopetas de caza de dos cañones y magníficos rifles ingleses, nuevos, fabricados con relucientes culatas de maderas finas.

La instrucción terminaba siempre en los salones de Jonesboro, y al caer la noche habían estallado tantas disputas que a los oficiales les era difícil evitar los accidentes sangrientos en espera de que se los ocasionasen los yanquis. Fue en uno de aquellos alborotos donde Stuart Tarleton hirió a Cade Calvert y Tony Fontaine a Brent. Los gemelos acababan de llegar a casa recién expulsados de la Universidad de Virginia, cuando se estaba organizando la Milicia, y se habían incorporado a ella con entusiasmo; pero después del episodio del tiro, hacía dos meses, su madre los mandó a la Universidad del Estado, con órdenes categóricas de permanecer allí. Habían echado mucho de menos la animación del ejercicio militar y daban por bien perdidos sus estudios con tal de volver a cabalgar, a gritar y a disparar rifles.

—Bueno, atajemos a campo traviesa para ir a casa de Able —sugirió Brent—. Podemos ir cruzando el vado del señor O'Hara y los pastos de los Fontaine y estar allí en un momento.

—No vamos a conseguir para comer más que zarigüeya y verduras —argüyó Jeems.

—Tú no vas a conseguir nada —gruñó Stuart—, porque vas a irte a casa a decir a

mamá que no iremos a cenar.

—¡No, yo no! —protestó Jeems alarmado—. Yo no. No me hace gracia que la señora Beatrice me vuelva a castigar. Lo primero, me va a preguntar cómo se las han arreglado ustedes para que los echen otra vez, y después por qué no los he llevado a casa esta noche para que pudiera zurrarlos. Además me va a sacudir de lo lindo, como a una estera vieja, y voy a ser yo el que pague por todos. Si no me llevan ustedes a casa del señor Wynder me quedaré al sereno en el bosque toda la noche, y puede que me cojan las brujas; al fin y al cabo, prefiero que me cojan las brujas a que me coja la señora Beatrice cuando está enfadada.

Los gemelos le miraron perplejos e indignados.

—Es tan loco que es capaz de dejarse llevar por las brujas; y eso proporcionará a mamá tema de conversación para unas semanas. Te aseguro que los negros son un estorbo. Algunas veces pienso que los abolicionistas tienen razón.

—Realmente, no sería justo hacerle enfrentarse a Jeems con lo que a nosotros nos asusta. Bueno, vamos a tener que llevarle con nosotros.

Pero, mira, negro loco y descarado, si empiezas a presumir con los negros de Wynder y a hacer alusiones a que nosotros comemos siempre pollo asado y jamón, mientras ellos sólo tienen conejo y zarigüeya, yo... yo se lo diré a mamá. Y no te dejaremos ir a la guerra con nosotros.

—¿Presumir? ¿Presumir yo con esos negros baratos? No, mi amo, tengo mejores modales. ¿No me ha enseñado educación la señora Beatrice como a ustedes?

—Pues no se ha lucido con ninguno de los tres —dijo Stuart—. En marcha, vamos de prisa.

Se echó hacia atrás en su alto caballo jaro, y, picando espuelas, le hizo saltar con agilidad la valla que separaba el prado de la plantación de Gerald O'Hara. El caballo de Brent le siguió, y luego, el de Jeems, con éste aferrado a las crines y al pomo de la silla. A Jeems no le gustaba saltar vallas, pero las había saltado más altas que aquélla para seguir a sus amos.

Mientras buscaban su camino a través de los surcos rojizos, en medio de la creciente oscuridad, desde la falda de la colina hasta llegar al vado, Brent gritó:

—¡Oye, Stu! ¿No te parece que Scarlett podía habernos convidado a cenar?

—Sigo pensando que sí —gritó Stuart—. ¿Por qué crees tú...?

2

Cuando los gemelos dejaron a Scarlett de pie en el porche de Tara y se hubo extinguido el último eco de los rápidos cascos, ella volvió a su asiento como una sonámbula. Sentía su rostro como rígido por el dolor, y su boca verdaderamente dolorida de tanto dilatarla a disgusto en sonrisas forzadas para evitar que los gemelos se enterasen de su secreto. Se sentó abrumada, en descuidada postura, con el corazón rebosante de amargura, como si no le cupiera en el pecho. Le latía con extrañas y leves sacudidas; sus manos estaban frías, y se sentía oprimida por la sensación de un desastre. Había dolor y asombro en su expresión, el asombro de una niña mimada que siempre ha tenido todo cuanto quiere y que ahora, por primera vez, se ve en contacto con la parte desagradable de la vida.

¡Casarse Ashley con Melanie Hamilton!

¡Oh, no podía ser verdad! ¡Los gemelos estaban equivocados! ¡Le habían gastado una de sus bromas! Ashley no podía estar enamorado de ella. Nadie podía estarlo de una personilla tan ratonil como Melanie. Scarlett recordó con disgusto la delgada figura infantil, la cara seria en forma de corazón e inexpresiva casi hasta la fealdad. Y Ashley llevaba varios meses sin verla. Él no había estado en Atlanta más de dos veces desde la recepción que había dado el año anterior en Doce Robles. No, Ashley no podía estar enamorado de Melanie porque —¡oh, era imposible que se equivocase!—, ¡porque estaba enamorado de ella! Era a ella, a Scarlett, a quien él amaba. ¡Lo sabía, sí!

Scarlett oyó los pesados pasos de Mamita que hacían retemblar el piso del vestíbulo, se apresuró a adoptar una postura natural y procuró dar a su rostro una expresión más apacible. No quería que nadie sospechase que algo no marchaba bien. Mamita creía poseer a los O'Hara en cuerpo y alma, y que sus secretos eran los suyos; y el menor asomo de secreto bastaba para ponerla sobre la pista, implacable como un sabueso.

Scarlett lo sabía por experiencia; si la curiosidad de Mamita no quedaba satisfecha, pondría en seguida al corriente del asunto a Ellen, y entonces Scarlett no tendría más remedio que contárselo todo a su madre o inventar alguna mentira aceptable.

Mamita llegó del vestíbulo. Era una mujer enorme, con ojillos penetrantes de elefante. Una negra reluciente, africana pura, devota de los O'Hara hasta dar por ellos la última gota de su sangre; la mano derecha de Ellen, la desesperación de sus tres hijas y el terror de los demás criados de la casa. Mamita era negra, pero su regla de conducta y su orgullo eran tan elevados como los de sus amos. Se había criado con Solange Robillard, la madre de Ellen, una francesa distinguida, fría, estirada, que no perdonaba ni a sus hijos ni a sus criados el justo castigo por la menor ofensa al decoro. Había sido nodriza de Ellen, viniéndose con ella de Savannah a las tierras altas cuando se casó. Mamita castigaba a quienes quería. Y como a Scarlett la quería muchísimo y estaba enormemente orgullosa de ella, la serie de castigos no tenía fin.

—¿Se han marchado esos señores? ¿Cómo no los ha convidado a cenar, señorita Scarlett? Le dije a Poke que pusiera plato para ellos. ¿Es ésa su educación?

—¡Oh! Estaba tan cansada de oírlos hablar de la guerra que no hubiera podido soportarlo la comida entera, y menos con papá vociferando sobre el señor Lincoln.

—No tiene usted mejores maneras que cualquiera de las criadas. ¡Después de lo que la señora Ellen y yo hemos luchado con usted! ¿Y está usted aquí sin un chai? ¡Con el relente que hace! ¿No le he dicho y repetido que se cogen fiebres por estar sentada al relente de la noche sin nada sobre los hombros? ¡Métase en casa, señorita Scarlett!

—No; quiero estar sentada aquí contemplando la puesta de sol. ¡Es tan hermosa! Por favor, corre y tráeme un chai, Mamita. Estaré aquí sentada hasta que llegue papá.

—Me parece, por la voz, que está usted resfriándose —dijo Mamita, recelosa.

—Pues no es verdad —replicó Scarlett, impaciente—. Anda, tráeme mi chai.

Mamita volvió al vestíbulo, con sus andares de pato, y Scarlett la oyó llamar en voz baja desde el pie de la escalera a una de las criadas del piso de arriba.

—¡Tú, Rose, échame el chai de la señorita Scarlett! —Y luego más alto—: ¡Dichosas negras! Nunca están donde deben. Ahora voy a tener que subir yo a buscarlo.

Scarlett oyó crujir los peldaños y se levantó sin hacer ruido. Cuando Mamita volviese, reanudaría su sermón sobre la falta de hospitalidad de Scarlett, y ésta sentía que no podría aguantar la charla sobre un asunto tan trivial cuando le estallaba el corazón. Mientras permanecía en pie, vacilante, pensando dónde podría esconderse hasta que el dolor de su pecho se hubiera calmado algo, se le ocurrió una idea que fue como un rayo de esperanza. Su padre había ido aquella tarde a caballo a Doce Robles, la plantación de Wilkes, para proponerle la compra de Dilcey, la obesa esposa de su criado Pork. Dilcey era el ama de llaves y mujer de confianza de Doce Robles, y desde que, hacía seis meses, se había casado con Pork, éste había mareado a su amo día y noche para que comprase a Dilcey, y que pudieran así vivir los dos en la misma plantación. Y, esa tarde, Gerald, agotada ya su resistencia, salió a proponer una oferta por Dilcey.

«Seguramente —pensó Scarlett—, papá se enterará si es cierta esa horrible historia. Aunque realmente no oiga nada esta tarde, acaso note algo, tal vez perciba alguna agitación en la familia Wilkes. Si yo pudiera verle a solas antes de cenar, quizá conseguiría averiguar la verdad. Será una de las odiosas bromas de los gemelos.»

Era ya la hora de que volviese Gerald, y si quería verle a solas no tenía más remedio que esperar allí donde el sendero desembocaba en la carretera. Bajó despacio los escalones del porche, mirando con cuidado por encima de su hombro para estar segura de que Mamita no la estaba observando desde las ventanas del piso de arriba. Viendo que ningún rostro negro, tocado con cofia blanca como la nieve, atisbaba, inquisitivo, detrás de los descorridos visillos, se recogió valientemente las floreadas y verdes faldas y corrió camino abajo, hacia la carretera, tan velozmente como sus pequeñas y elegantes chinelas, atadas con cintas, se lo permitieron.

Los oscuros cedros que crecían a ambos lados del enarenado camino formaban un arco sobre su cabeza, convirtiendo la larga avenida en sombrío túnel. Tan pronto como estuvo debajo de los nudosos brazos de los cedros, comprendió que se hallaba a salvo de la curiosidad de los de la casa y aflojó su rápido paso. Estaba jadeante porque llevaba el corsé demasiado apretado para permitirle correr muy de prisa, pero caminaba rápidamente. Pronto llegó al final del camino y a la carretera, pero no se detuvo hasta dar vuelta a un recodo que dejaba un bosquecillo entre ella y la casa.

Sofocada, anhelante la respiración, se sentó en un tocón a esperar a su padre. Había pasado ya la hora de su regreso, pero Scarlett se alegraba de aquel retraso. La demora le daría tiempo a calmar su respiración y a tranquilizar su rostro para no despertar sospechas. A cada momento esperaba oír el ruido de los cascos de su caballo y verle aparecer galopando a la velocidad acostumbrada, como si quisiera romperse la cabeza. Pero se deslizaban los minutos sin que Gerald llegase. Miraba ella a lo lejos buscándole, sintiendo renacer la angustia de su corazón.

«¡Oh, no puede ser verdad! —pensó—. ¿Por qué no viene?»

Sus miradas seguían el sinuoso camino, de un rojo de sangre ahora, después de la

lluvia matinal. Seguíale imaginariamente en su carrera mientras cabalgaba colina abajo hasta el perezoso río Flint, a través de los intrincados vados pantanosos y, luego, subiendo la colina inmediata a Doce Robles donde Ashley vivía. Éste era todo el camino que los separaba ahora, un camino que conducía a Ashley, a la hermosa casa de blancas columnas que como un templo griego coronaba la colina.

«¡Oh, Ashley, Ashley!», pensaba, y su corazón latía aceleradamente. Se había disipado en parte la fría sensación de catástrofe que la oprimiera desde que los gemelos Tarleton le habían contado sus murmuraciones, y en su lugar se insinuaba la fiebre que venía padeciendo desde hacía dos años.

Le parecía extraño ahora que, mientras se hacía mujer, Ashley no la atrajera nunca demasiado. En los días de su infancia le había visto ir y venir sin concederle nunca un pensamiento. Pero hacía tres años, Ashley, recién llegado a su casa de un gran viaje de tres años por Europa, había ido a visitarla, y desde aquel día le amaba. Era así de sencilla la cosa.

Estaba ella delante del porche, y él había llegado a caballo por la larga avenida, vestido de fino paño gris, con una corbata ancha que resaltaba a la perfección sobre su rizada camisa. Aun ahora, podía recordar Scarlett cada detalle de su indumentaria; lo relucientes que estaban sus botas, la cabeza de Medusa en camafeo de su alfiler de corbata, el ancho panamá que se quitó rápidamente al verla. Se apeó, entregó las riendas a un negrito y se quedó mirándola. Sus soñolientos ojos grises sonreían y el sol brillaba de tal modo sobre su rubio cabello que parecía un casco de reluciente plata. Y dijo: «¿De modo que ya estás hecha una mujer, Scarlett?» Y subiendo ligero los escalones, le había besado la mano. ¡Y su voz! Nunca podría olvidar el salto que dio su corazón cuando la oyó como si fuese por primera vez, lenta, sonora, musical.

Desde aquel mismo instante, él le había sido preciso, tan sencilla e irrazonablemente como le eran precisos la comida para alimentarse, los caballos para cabalgar y un suave lecho para su reposo.

Durante dos años habíala escoltado por toda la comarca, en bailes, fritadas, meriendas campestres y sesiones en la Audiencia; nunca con tanta frecuencia como los gemelos Tarleton o Cade Calvert, nunca tan pesado como los jóvenes Fontaine; pero, así y todo, no transcurría jamás una semana sin que Ashley fuera de visita a Tara.

Verdad es que nunca le había hecho la corte, ni sus claros ojos verdes habían brillado con el fulgor que tan bien conocía Scarlett en la mirada de otros hombres. Y, sin embargo..., sin embargo, ella sabía que él la amaba. No podía equivocarse en esto. Un instinto más fuerte que la razón y el conocimiento nacido de la experiencia le decían que él la quería. Con demasiada frecuencia le había sorprendido, cuando su mirada no era ni soñolienta ni lejana, contemplándola con un anhelo y una tristeza que la desconcertaban. Ella sabía que la amaba. ¿Por qué no se lo había dicho? No lo podía comprender; pero había en él tantas cosas que ella no comprendía...

Él era siempre cortés, pero lejano, distante. Nadie hubiera podido decir nunca en qué estaba pensando, y Scarlett menos que nadie. Y esto en un vecindario donde todos decían lo que pensaban no bien lo habían pensado. Resultaba exasperante lo reservado que era Ashley. Era tan diestro como cualquiera de los otros muchachos en las habituales diversiones del condado, caza, juego, baile y política, y el mejor jinete de todos ellos, pero difería de todos los demás en que esas gratas actividades no constituían el objetivo de su vida. Y sólo él sentía interés por los libros y la música y era aficionado a las musas.

¡Oh! ¿Por qué era tan atractivamente rubio, tan cortésmente distraído, tan

enloquecedoramente aburrido con su charla sobre Europa, los libros, la música, la poesía y otras cosas que a ella no le interesaban en absoluto, y era, sin embargo, tan deseable? Noche tras noche, cuando Scarlett se iba a acostar después de haber estado sentada con él en la penumbra del porche, permanecía sin dormirse durante horas enteras y sólo la consolaba la idea de que seguramente Ashley se declararía la próxima vez que le viera. Pero la próxima vez llegaba y pasaba, y el resultado era nulo, nulo salvo en que la fiebre que la atacaba se hacía cada vez más alta y más ardiente. Le quería y le necesitaba, pero no le comprendía. Ella era tan natural y sencilla como los vientos que soplaban sobre Tara, como el amarillo río que la surcaba, y hasta el fin de sus días sería incapaz de comprender nada complejo. Y ahora, por primera vez en su vida, se encontraba frente a una naturaleza compleja.

Porque Ashley provenía de un linaje de hombres que entretenían sus ocios en pensar, no en obrar, en tener brillantes y coloridos sueños sin un ápice de realidad. Se movía en un mundo interior que era más hermoso que Georgia, y le costaba trabajo volver a la realidad. Miraba a la gente, y ni le gustaba ni le disgustaba. Miraba a la vida, y ni le alegraba ni le entristecía. Aceptaba el universo y su puesto en él tales como eran, y, encogiéndose de hombros volvía a su música, a sus libros y a su mundo mejor.

¿Cómo podía haber cautivado a Scarlett con una mente tan distinta de la suya? Ella no lo sabía. Aquel mismo misterio excitaba su curiosidad como una puerta que no tiene llave ni cerradura. Lo que tenía él de incomprensible acrecía en ella su amor, y la extraña y comedida corte que le hacía servía únicamente para aumentar su decisión de hacerlo suyo. No dudó nunca de que se declararía algún día, pues era ella demasiado joven y demasiado mimada para conocer la derrota. Y ahora, como un trueno, había llegado aquella horrible noticia. ¡Casarse Ashley con Melanie! ¡No podía ser cierto!

¡Pero si todavía la semana anterior, cuando regresaban a caballo de Fairhill, al anochecer, él había dicho: «Scarlett, tengo algo tan importante que decirte que apenas sé cómo expresarlo»!

Ella había bajado los ojos recatadamente, mientras el corazón le palpitaba con salvaje alegría pensando que llegaba el feliz momento. Entonces, él había dicho: «Ahora, no. Estamos cerca de casa y no hay tiempo. ¡Oh, Scarlett, qué cobarde soy!» Y picando espuelas a su caballo, había subido al galope la colina hasta Tara.

Sentada en el tocón, Scarlett pensó en aquellas palabras que la habían hecho tan feliz, y de repente tomaron éstas otro sentido, un sentido horrible. *¿Y* si era la noticia de sus esponsales lo que había intentado decirle?

—¡Oh, si al menos llegara papá!

Scarlett no podía soportar la duda un momento más. Miró otra vez con impaciencia hacia el camino, y de nuevo se sintió defraudada.

El sol estaba ahora bajo en el horizonte y en el límite de la tierra el rojo resplandor se difuminaba en tonos rosados. Y, encima, el firmamento iba cambiando lentamente su color celeste por un delicado azul verdoso de exquisitas tonalidades. La mágica quietud del crepúsculo en el campo la envolvía calladamente. La tenebrosa oscuridad de la noche se cernía sobre los campos. Los rojos surcos y la bermeja herida del camino perdían su mágico color de sangre y recobraban la parda uniformidad de la tierra. Al otro lado del camino, en los pastos, el ganado, asomando la cabeza por encima de la barrera, esperaba pacientemente que lo condujesen a los establos y al pienso. Atemorizados por la negra sombra de la espesura que bordeaba los pastos, los animales parecían mover sus orejas con satisfacción al ver a Scarlett, como si apreciasen la compañía de un ser humano.

En la extraña media luz, los altos pinos del pantanoso río, que tan verdes parecían iluminados por el sol, resaltaban cual negras siluetas sobre el azul pastel del cielo en hilera de oscuros gigantes y hundían sus raíces en la mansa y amarillenta corriente. En la colina, al otro lado del río, las altas chimeneas blancas de la casa de los Wilkes se borraban gradualmente en la oscuridad de los espesos robles que las rodeaban y sólo, más lejanos, los puntitos de luz de las lámparas encendidas para la cena revelaban que allí había una casa. El aire embalsamado de la primavera se confundía con los húmedos efluvios de los campos recién arados y con la agradable frescura de los verdes prados.

Para Scarlett no eran espectáculo milagroso ni la puesta del sol, ni la primavera, ni el verdor de los campos. Aceptaba su belleza como cosa natural, como el aire que respiraba y el agua que bebía; porque nunca había admirado conscientemente la belleza, más que en las mujeres hermosas, en caballos, trajes de seda, en cosas tangibles. Sin embargo, la serena media luz sobre los bien cuidados campos de Tara actuó como un sedante sobre sus excitados nervios. ¡Amaba tanto aquella tierra sin saber que la amaba! Le gustaba lo mismo que amaba el rostro de su madre rezando a la luz de la lámpara.

No se divisaban aún señales de Gerald en la sinuosa y tranquila carretera. Si tenía que esperar mucho, Mamita vendría seguramente en su busca y la obligaría a entrar en casa. Pero, cuando esforzaba su mirada hacia el oscuro camino, oyó el golpear de los cascos de un caballo y vio al ganado dispersarse espantado. Gerald O'Hara volvía a casa, a campo traviesa y a toda marcha, Llegó colina arriba galopando en su caballo de caza, de patas tan largas que, a distancia, parecía un niño montado sobre una cabalgadura demasiado grande para él. Sus largos cabellos blancos flotaban al viento sobre su espalda y animaba al caballo con el látigo y con sus gritos.

Aunque embargada por sus preocupaciones, Scarlett le contempló con cariñoso orgullo, porque Gerald era un magnífico jinete.

«Me sorprende ese empeño suyo en saltar siempre obstáculos cuando está algo bebido —pensó—. Y más, después de aquella caída que tuvo precisamente aquí, el año pasado, cuando se rompió la rodilla. Creímos que le serviría de lección; sobre todo cuando prometió a mamá no volver a saltar.»

Scarlett no tenía miedo a su padre; le sentía como más contemporáneo suyo que sus hermanas; saltar vallas y setos, sin que se enterara su mujer, le producía un orgullo infantil y una culpable alegría que corrían parejas con la de ganar en listeza a Mamita. Scarlett se levantó de su asiento para verle.

El gigantesco bruto llegó al cercado, recogió sus patas y se alzó por encima del obstáculo tan ligero como un pájaro, mientras el jinete gritaba entusiasmado azotando el aire con su fusta, y sus blancos rizos golpeaban su nuca. Gerald no vio a su hija en la sombra de los árboles y tiró de las riendas al llegar al camino, acariciando el cuello del caballo en señal de aprobación.

—No hay otro en el condado que pueda comparársele, ni en el Estado —dijo orgulloso de su montura; y, a pesar de los treinta y nueve años pasados en Estados Unidos, su palabra tenía un marcado acento irlandés.

Se alisó apresuradamente el cabello, arreglando la arrugada camisa y la corbata, que se le había torcido al saltar. Scarlett conocía aquellos precipitados arreglos, hechos a fin de presentarse ante su mujer con el aspecto de un caballero que llega tranquilamente a su casa de visitar a un vecino. Comprendió también que aparecía ante él en el momento más oportuno para entablar conversación sin revelar su verdadero propósito.

Se echó a reír ruidosamente y, como era su intención, consiguió sobresaltar a su

padre; luego, éste la reconoció y una expresión tímida y desconfiada a la vez apareció en su colorado rostro. Se apeó con dificultad, porque su rodilla estaba rígida, y, con las riendas en el brazo, caminó a su lado cojeando.

—Bien, señorita —dijo, pellizcándole la mejilla—. ¿De modo que estabas espiándome como tu hermana Suellen la semana pasada? Y, ahora, ¿se lo irás a contar a tu madre?

En su ronca voz había indignación, pero también una nota de cariñoso afecto. Scarlett chascó la lengua y, mimosa, se empinó para colocarle bien la corbata. El aliento de Gerald olía a whisky, mezclado con una ligera fragancia de menta. También se mezclaban a aquel olor otros a tabaco de mascar, a cuero engrasado y a caballos, una combinación de olores que Scarlett asociaba siempre a su padre y que, instintivamente, le gustaba en los demás hombres.

—No, papá, yo no soy una chismosa como Suellen —dijo, tranquilizadora, separándose un poco para contemplar con mirada crítica el rápido arreglo de su atavío.

Gerald era un hombre bajito, de poco más de metro sesenta, pero tan fuerte de cintura para arriba y de cuello tan desarrollado que su apariencia, cuando estaba sentado, le hacía parecer mucho más grandote. Unas piernas cortas y gruesas, que acostumbraba a llevar muy separadas, como un mozo fanfarrón, sostenían aquel macizo torso. La mayoría de las personas bajas que se toman a sí mismas en serio resultan un poco ridiculas; pero Gerald, como el gallito del corral, era el amo del cotarro. Y nadie hubiera cometido la temeridad de pensar siquiera que Gerald O'Hara tenía una figurilla ridicula.

Contaba sesenta años, su cabello crespo y rizado era de un blanco de plata, pero su astuto rostro no mostraba una arruga, y los duros ojillos azules eran jóvenes, con la tranquila juventud de quien no ha agobiado nunca su mente con más problemas abstractos que el saber cuántas cartas hay que pedir en una jugada de poker.. Era el tipo más irlandés que podía imaginarse, aun llevando ya tanto tiempo separado de su patria y a tanta distancia de ella, rollizo, colorado, chato, de boca grande y muy pendenciero.

Tras su furibunda apariencia, Gerald tenía el corazón más tierno que cabe imaginar. No podía ver a un esclavo enfurruñado por una reprimenda, por merecida que ésta fuera, ni oír maullar a un gato, ni llorar a un niño; pero le horrorizaba que le descubriesen esta debilidad. No sabía que bastaba estar cinco minutos con él para darse cuenta de la bondad de su corazón; de haberlo sabido, su vanidad hubiese sufrido mucho, pues le gustaba creer que cuando gritaba sus órdenes con voz atronadora todo el mundo temblaba y obedecía. No se le había ocurrido nunca que sólo una voz era obedecida en la plantación: la suave voz de Ellen, su mujer. Era éste un secreto que nunca descubriría, ya que todos, desde Ellen al último bracero, conspiraban tácita y bondadosamente para dejarle en la creencia de que su palabra era ley.

Scarlett se dejaba impresionar menos todavía que los demás por el mal genio y los gritos de su padre. Era la mayor de las hijas, y, ahora que Gerald sabía que ya no vendrían más hijos a sustituir los tres varones que yacían en el panteón de la familia, había tomado la costumbre de tratarla como a un camarada, cosa que a Scarlett le resultaba muy agradable. Se parecía a él más que sus hermanas, pues Carreen (por su nombre de pila Caroline Irene) era delicada y soñadora, y Suellen (bautizada con el de Susan Elinor) no pensaba más que en la elegancia de sus trajes y en la corrección de sus modales.

Además, Scarlett y su padre estaban ligados por una complicidad mutua. Si Gerald sorprendía a su hija saltando una cerca en lugar de andar unos metros para llegar al portillo, o sentada, demasiado tarde, en los escalones del porche con un admirador, la reñía con gran

violencia, pero no iba con el cuento a Ellen ni a Mamita. Y cuando le sorprendía a él saltando obstáculos, después de la solemne promesa a su mujer, o cuando se enteraba, como ocurría siempre por las habladurías de la gente, de la suma exacta a que ascendían sus pérdidas en el póker, se abstenía a su vez de mencionar el hecho a la hora de la comida, como hacía con mucha naturalidad la astuta Suellen. Scarlett y su padre se habían convencido mutuamente de que hacer llegar cosas a oídos de Ellen servía tan sólo para disgustarla; y ellos deseaban ante todo evitarle disgustos.

Scarlett miró a su padre a la débil luz del anochecer, y sin saber por qué se sintió reconfortada con su presencia. Había en él algo vital y fuerte que la animaba. Como no era nada psicòloga con la gente no se daba cuenta de que esto era debido a que ella poseía también en cierto grado aquellas mismas cualidades, pese a los esfuerzos que, desde hacía dieciséis años, venían haciendo Ellen y Mamita para destruirlas.

—Ahora te encuentras muy presentable —dijo— y no creo que nadie pueda adivinar que has estado haciendo travesuras, a no ser que a ti mismo se te ocurra contarlo. Aunque me parece que después de haberte roto la rodilla saltando esta misma barrera el año pasado...

—Bueno, pero ¿tú crees que voy a consentir que una hija mía me sermonee por si salto o no salto? —protestó él, pellizcándole de nuevo la mejilla—. Supongo que se trata de mi propia cabeza, ¿no es así? Y además, señorita, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí sin tu chai?

Viendo que él estaba empleando subterfugios para conseguir zafarse de una conversación desagradable, Scarlett deslizó su brazo bajo el de su padre, y le dijo:

—Estaba esperándote. No sabía que volverías tan tarde. Tenía curiosidad por saber si habías comprado a Dilcey.

—Sí, la he comprado, y el precio me ha arruinado. Los compré a ella y a su diablillo, Prissy. John Wilkes quería dármelas casi regaladas, pero no quiero que nadie pueda decir que Gerald O'Hara se aprovecha de la amistad para un negocio. Le he hecho admitir tres mil por los dos.

—¡Por Dios santo, papá! ¡Tres mil! ¡No tenías ninguna necesidad de comprar a Prissy!

—¡Vaya, es bonito que mis hijas se atrevan a criticarme! —protestó Gerald, enfáticamente—. Prissy es un diablillo muy simpático, y además...

—La conozco. Es una criatura tonta —repuso Scarlett tranquilamente, sin asustarse por los gritos de su padre—. Y la única razón para comprarla ha sido que te lo suplicó Dilcey.

Gerald se quedó apabullado y molesto, como siempre que lo cogían en una buena acción, y Scarlett rió, sin disimulo, de su ingenuidad.

—Bueno. ¿Y qué, si he hecho eso? ¿De qué nos iba a servir haber comprado a Dilcey si se pasaba el día llorando por su niña? No vuelvo a permitir que ningún negro de la plantación se case con alguien de fuera; me sale demasiado caro. Anda, gatita, vamos a cenar.

Las sombras eran cada vez más densas. El último tono verdoso había desaparecido del cielo y un airecillo frío había sucedido a la agradable serenidad del atardecer. Pero Scarlett remoloneaba, cavilando en cómo llevar la conversación a Ashley sin que Gerald pudiera presumir el motivo. Resultaba difícil, ya que Scarlett no sabía fingir; y Gerald se le parecía tanto que nunca dejaba de descubrir sus débiles subterfugios lo mismo que ella descubría los de él. Y generalmente no tenía mucho tacto al hacerlo.

—¿Cómo andan los de Doce Robles?

—Como siempre. Allí estaba Cade Calvert, y, después de arreglar lo de Dilcey, nos instalamos todos en la galería y estuvimos tomando unos ponches. Cade acababa de llegar de Atlanta y dice que allí está todo trastornado y que nadie habla más que de la guerra y...

Scarlett suspiró. Si Gerald la emprendía con el tema de la guerra y de la Secesión, pasarían horas antes de que lo dejase. Le interrumpió hablando de otra cosa.

—¿Dijeron algo de la barbacoa de mañana?

—Ahora que me acuerdo, sí, dijeron algo. La señorita... ¿Cómo se llama aquella muchachita tan mona que estuvo aquí el año pasado? ¿Sabes? La prima de Ashley... ¡Ah, sí! Se llama Melanie Hamilton. Ella y su hermano Charles acaban de llegar de Atlanta y...

—¡Oh! ¿De modo que ha venido?

—Sí, y es un encanto de muchacha, tan modosa, sin hablar nunca de ella misma, como debe ser una mujer. No te quedes atrás, hija. Tu madre debe estar buscándonos.

Scarlett sintió oprimírsele el corazón al oír la noticia. Había esperado contra toda esperanza que algo retuviese a Melanie en Atlanta, donde vivía, y el saber que hasta su padre aprobaba su suave carácter, tan distinto del suyo, la dejó anonadada.

—¿Estaba allí también Ashley?

—Sí, estaba. —Gerald soltó el brazo de su hija y se volvió, mirándola inquisitivamente a la cara—. ¿De modo que por eso has salido a esperarme? ¿Por qué no lo dijiste de una vez, sin dar tantos rodeos?

A Scarlett no se le ocurrió nada que contestar y notó con disgusto que se ruborizaba.

—¡Vamos, habla!

Pero Scarlett permaneció callada; en aquel momento sintió no poder darle un buen meneo a su padre y obligarle a callar.

—Estaba allí y me preguntó por ti con más interés que sus hermanas, y dijo que esperaba que nada te impediría ir mañana a la barbacoa. Respondo de que nada te lo impedirá —afirmó Gerald con marcada intención—. Y ahora, hija mía, dime: ¿qué hay entre Ashley y tú?

—No hay nada —dijo ella, arrastrándole por el brazo—. Vamos, papá.

—Vaya, ahora eres tú la que tienes prisa —observó él—. Pero no me moveré de aquí hasta que consiga entenderte. Pensándolo bien..., ya te notaba yo algo raro últimamente. ¿Ha estado jugando contigo? ¿Se te ha declarado?

—No —replicó ella secamente.

—Ni se te declarará —dijo Gerald.

Scarlett se sintió furiosa en su interior, pero su padre la aplacó con un ademán.

—¡No se ponga usted así, señorita! John Wilkes me lo ha dicho esta noche en la más estricta intimidad: Ashley se va a casar con Melanie. Lo anunciarán mañana.

Scarlett dejó caer bruscamente la mano.

¡Así, pues, era cierto!

El dolor se le clavaba en el corazón tan brutalmente como los colmillos de un fiero animal. Como a través de una niebla, sintió que los ojos de su padre la observaban con una mirada entre compasiva y enojada, por tener que enfrentarse con un problema al que no encontraba solución. Quería mucho a Scarlett, pero le resultaba desagradable verse obligado a buscar solución a los pueriles problemas de la muchacha. Ellen sabía todas las soluciones. Que Scarlett le confiase a ella sus problemas.

—¡De modo que nos has estado poniendo a todos en evidencia! —gritó, elevando la voz como le ocurría siempre que se excitaba—. ¡Perseguir a un hombre que no te quiere,

cuando podrías esclavizar a tu gusto a cualquier petimetre del condado!

La cólera y el amor propio herido se sobrepusieron al dolor.

—No le he perseguido. Es, sencillamente, que me has cogido de sorpresa.

—¡Mientes! —replicó Gerald. Pero, al observar su apenado rostro, añadió en un arranque de bondad—: Lo siento, hija mía. Después de todo no eres más que una niña, y hay otros muchos galanes en el mundo.

—Mamá tenía quince años cuando se casó contigo, y yo tengo ya dieciséis.

—Tu madre era distinta —repuso Gerald—. Nunca fue una atolondrada como tú. Ahora ven, hija mía, anímate, y te llevaré a Charleston la semana que viene, a ver a tu tía Eulalie, y con todo el jaleo que hay allí, con lo del Fort Sumter, antes de una semana te habrás olvidado de Ashley.

«Cree que soy una niña —pensó Scarlett, afligida y rabiosa sobre toda ponderación —, y sólo se le ocurre darme un nuevo juguete para que olvide mis descalabros.»

—Vamos, no me pongas esa cara —dijo, regañón, Gerald—. Si tuvieras algo de sentido común te hubieras casado con Stuart o Brent Tarleton hace tiempo. Piénsalo, hija mía. Cásate con uno de los gemelos, juntaremos las plantaciones y Jim Tarleton y yo os construiremos una hermosa casa, precisamente en el gran pinar donde se unen, y...

—¿Quieres dejar de tratarme como a una niña? ¡No quiero ir a Charleston, ni tener una casa, ni casarme con los gemelos! Sólo quiero... —Se contuvo, pero era demasiado tarde.

La voz de Gerald era tranquila, y habló despacio, como si extrajese sus palabras de un lugar de su memoria al que rara vez acudiese.

—Sólo quieres a Ashley y no lo vas a tener. Y si él quisiera casarse contigo, te daría mi consentimiento temblando, a pesar de la excelente amistad que me une con su padre. —Al notar la mirada de asombro de Scarlett, explicó—: Yo deseo que mi hija sea feliz; y tú no serías feliz con él.

—¡Oh, lo sería! ¡Lo sería!

—No, hija mía. Sólo las parejas afines pueden ser felices en el matrimonio.

Scarlett sintió un súbito deseo de gritar: «¡Pues vosotros habéis sido felices, y mamá y tú no os parecéis en nada!», pero se contuvo, comprendiendo que se ganaría un tirón de orejas por su impertinencia.

—Nuestra gente es distinta de los Wilkes —continuó pausado, articulando torpemente las palabras—. Los Wilkes son distintos de todos nuestros vecinos, distintos de las demás familias que he conocido. Son seres raros, y es mejor que se casen dentro de su propia familia y guarden sus rarezas para ellos.

—Pero, papá, Ashley no es...

—¡Punto en boca, gatita! No digo nada en contra de ese muchacho, pues le tengo afecto. Al llamarle raro, no quiero decir que esté loco. No es su rareza como la de los Calvert, que se juegan a un caballo todo lo que tienen, o la de los Tarleton, entre quienes hay siempre uno o dos borrachínes en cada generación, o la de los Fontaine, fogosos como animalitos y que son capaces de matar a un hombre por el menor capricho. Esa clase de rarezas son fáciles de comprender, sin duda, y si no fuese por misericordia divina, ¡Gerald O'Hara tendría todos esos defectos! Y tampoco quiero decir que Ashley se escapase con otra mujer, si te casaras con él, ni que te pegase. Serías más feliz si tal hiciese, pues por lo menos podrías comprenderle. Pero es un raro de otro estilo y no hay quien lo entienda. Me resulta simpático, pero no encuentro pies ni cabeza a la mayor parte de lo que dice. Y ahora, gatita, dime la verdad, ¿entiendes tú sus desatinos sobre libros, música, poesía y pintura y

otras tonterías por el estilo? —¡Oh, papá! ¡Si me caso con él, ya haré que cambie todo eso! —exclamó Scarlett con impaciencia.

—¡Lo harás! ¿Lo cambias ahora? —dijo Gerald, impertinente, mirándola sagazmente—. Conoces muy poco a los hombres, Scarlett. No pienses en Ashley. No hay mujer que cambie a su marido en lo más mínimo: no lo olvides. Y en cuanto a cambiar un Wilkes... ¡Por Dios, hija mía! ¡Si toda esa familia es del mismo estilo, y lo ha sido siempre! Y, probablemente, siempre lo será. Te digo que han nacido raros. Tú fíjate cómo se largan a Nueva York para oír una ópera o ver una exposición de pintura. Y cómo encargan libros franceses y alemanes a los yanquis. Y se pasan las horas leyendo o soñando, sabe Dios qué, en lugar de pasarlas cazando o jugando al poker, como hacen las personas decentes.

—No hay nadie en el condado que monte como Ashley —dijo Scarlett, indignada por el estigma de afeminado que se arrojaba sobre él—. Nadie, excepto tal vez su padre. Y, en cuanto al poker, ¿no te ganó Ashley doscientos dólares en Jonesboro la semana pasada?

—Los chicos de Calvert han estado otra vez chismorreando —dijo Gerald, resignado—, pues de otro modo no sabrías la cantidad. Ashley puede montar a caballo con el mejor y jugar al poker con el mejor, ¡o sea, conmigo!, gatita. Y no te niego que si se pone a beber es capaz de dejar atrás a los mismos Tarleton. Puede hacer esas cosas, pero no pone corazón en ellas. Por eso digo que es un ser raro.

Scarlett, con el pecho oprimido, permaneció silenciosa. Sabía que Gerald tenía razón y no encontraba disculpa para su amado. Ashley no ponía nunca el corazón en ninguna de aquellas cosas tan agradables y que tan bien sabía hacer. No les dedicaba más que un interés cortés, en contraste con los demás, a quienes les interesaba vitalmente.

Interpretando certeramente su silencio, Gerald le acarició el brazo, y dijo triunfante:

—¡Scarlett! ¿Reconoces, entonces, que es verdad? ¿Qué ibas a hacer con un marido como Ashley? Todos los Wilkes son unos auténticos lunáticos.

Y luego, con acento mimoso, continuó:

—Aunque hace un momento mencioné a los Tarleton, no quiere esto decir que los ensalce. Son simpáticos muchachos, pero si prefieres a Cade Calvert, a mí lo mismo me da. Los Calvert son buena gente, todos ellos; aunque el viejo se haya casado con una yanqui. Y cuando yo desaparezca, ¡cállate, rica, y escúchame!, os dejaré Tara a ti y a Cade.

—¡No querría a Cade ni en bandeja de plata! —gritó Scarlett, exasperada—. Haz el favor de no decirle nada de mí. No quiero ni Tara ni ninguna otra antigua plantación. Las plantaciones no me importan nada cuando...

Iba a decir «cuando no tengo al hombre que quiero», pero Gerald, irritado por la desdeñosa actitud con que acogía su dadivosa oferta, lo que más quería en el mundo después de Ellen, exhaló un rugido:

—¿Eres capaz, tú, Scarlett O'Hara, de decirme a mí que esta tierra de Tara no te importa nada?

Scarlett movió la cabeza obstinadamente. Sentía demasiado dolorido su corazón para que la preocupase irritar a su padre.

—La tierra es la única cosa del mundo que tiene algún valor —murmuró él; haciendo con sus cortos y gruesos brazos amplios ademanes de indignación—, porque es la única que perdura. ¡No lo olvides! Es la única cosa que merece que trabajemos por ella, que luchemos por ella, que muramos por ella.

—¡Oh, papá! —protestó Scarlett, disgustada—. ¡Hablas como un irlandés!

—Nunca me he avergonzado de serlo; por el contrario, estoy orgulloso de ello. ¡No olvides que tú también eres medio irlandesa, señorita! Y para cualquiera que tenga en sus

venas una gota de sangre irlandesa la tierra en que vive es como su madre. De ti sí que estoy avergonzado ahora. Te ofrezco la tierra más hermosa del mundo, exceptuando el condado de Meath, en el Viejo Continente, ¿y tú, qué haces? ¡La desprecias!

Gerald había empezado a excitarse, gritando de rabia, cuando algo en el desconsolado rostro de su hija le hizo interrumpirse.

—Bueno, eres joven aún. Ya sentirás después ese amor a la tierra. No podrás escapar de él, si tienes sangre irlandesa. Eres sencillamente una niña, preocupada por tus adoradores. Cuando seas vieja, ya verás lo que es eso. Y ahora, ¿quieres decidirte por Cade o por los gemelos o por uno de los chicos de Evan Munroe? ¡Ya verás el pago que te doy!

—¡Oh, papá!

En aquel momento estaba ya Gerald completamente harto de la conversación y aburridísimo de encontrarse aquel problema sobre sus hombros. Se sentía ofendido, además, al ver que Scarlett seguía estando desconsolada aun después de haberle ofrecido los mejores partidos del condado y Tara por añadidura. A Gerald le gustaba que sus regalos fuesen recibidos con palmitas y besos.

—¡Vaya! ¡No haga usted pucheros, señorita! No me importa con quién te cases con tal que piense como tú y sea un caballero, un hombre del Sur, y arrogante. Porque el amor de la mujer llega después del matrimonio.

—¡Por Dios, papá! ¡Ésa sí que es una teoría del Viejo Continente!

—Y una magnífica teoría. Todos los americanos tratan afanosos de casarse por amor, como los criados, como los yanquis. Los mejores matrimonios son aquellos que escogen los padres. ¿Cómo va a saber una chiquilla tonta, como tú, distinguir a un hombre bueno de un canalla? Fíjate, si no, en los Wilkes. ¿Qué es lo que les hace conservarse dignos y fuertes a través de todas las generaciones? Pues sencillamente el casarse con sus afines; entre primos, como quiere su familia que lo hagan.

—¡Dios mío! —gimió Scarlett, sintiendo renovado su dolor con las palabras de Gerald, que trajeron de nuevo a su mente la inevitable verdad. Su padre la miró y bajando la *cabeza* anduvo unos pasos indeciso.

—¿No estarás llorando? —le preguntó, acariciándole torpemente la barbilla e intentando levantarle là cabeza, compasivo.

—¡No! —exclamó ella con vehemencia, dando un respingo.

—Mintiendo es lo que estás, y me enorgullezco de ello. Me alegro de que seas orgullosa, gatita. Y deseo verte orgullosa mañana, en la barbacoa. No quiero que todo el condado cotillee y se ría de ti mañana porque hayas entregado tu corazón a un hombre que no ha pensado en ti más que como amiga de la familia.

«Sí que ha pensado —se dijo Scarlett, dolida—. ¡Ya lo creo que ha pensado! Estoy segura de que si hubiera tenido un poco más de tiempo se lo hubiera hecho confesar... ¡Ay, si no fuese porque los Wilkes se creen siempre obligados a casarse con sus primas!»

Gerald enlazó su brazo al de su hija.

—Y, ahora, entremos a cenar; que todo esto quede entre nosotros, para que tu madre no se preocupe y yo tampoco. Suénate, hija mía.

Scarlett se sonó con su arrugado pañuelito, y ambos echaron a andar por el sendero, cogidos del brazo, mientras el caballo los seguía lentamente. Al llegar a la casa, Scarlett se disponía a hablar de nuevo, cuando vio a su madre salir de la densa sombra del porche. Tenía puestos la toca, el chai y los mitones, y detrás de ella iba Mamita con cara de pocos amigos, asiendo el maletín de cuero negro en que Ellen O'Hara llevaba siempre los vendajes y medicinas que utilizaba en las curas de los esclavos. Mamita tenía una boca

grande, de labios gruesos y colgantes que, cuando la negra se enfadaba, pendían más que de costumbre. En aquellos momentos los labios de Mamita tenían una longitud desmesurada, y Scarlett comprendió que Mamita estaba furiosa por algo que no aprobaba.

—Señor O'Hara —llamó Ellen, al ver a la pareja que avanzaba por el camino (Ellen pertenecía a una generación formalista, aun después de diecisiete años de matrimonio y de haber tenido seis hijos)—. Señor O'Hara, ha ocurrido una desgracia en casa de los Slattery. El hijo de Emmie ha nacido, se está muriendo y hay que bautizarlo. Voy allá con Mamita a ver qué puedo hacer.

Su voz se alzaba interrogante como si estuviera pendiente de la aprobación de su marido, mera formalidad, pero muy grata al corazón de Gerald.

—¡Por Dios santo! —gritó O'Hara—. ¿Cómo se atreven esos indecentes blancos a hacerte salir de casa precisamente cuando vas a cenar y cuando estoy deseando contarte todo lo que en Atlanta se dice de la guerra? Vete, señora O'Hara; no podrías dormir tranquila esta noche si supieras que ha ocurrido una desgracia y no has acudido a aliviarla.

—No podría dormir nunca tranquila si no hubiese ido antes a cuidar a los negros y a esos pelmas de los blancos, que bien podrían cuidarse a sí mismos —gruñó Mamita como rezando, mientras bajaba las escaleras dirigiéndose al coche que esperaba al borde del camino.

—Ocupa mi lugar en la mesa, querida —dijo Ellen a Scarlett, acariciándole la mejilla con su enguantada mano.

A pesar de sus lágrimas, Scarlett se estremeció al contacto realmente mágico de la mano de su madre y con la débil fragancia de verbena que exhalaba la crujiente seda de su traje. Para Scarlett había algo portentoso en Ellen O'Hara; era una maravilla que vivía en la casa con ella, a la que temía, pero que la hechizaba y la calmaba al mismo tiempo.

Gerald ayudó a su mujer a subir al coche y ordenó al cochero que condujese con cuidado. Toby, que manejaba los caballos de Tara desde hacía veinte años, hizo un gesto de muda indignación al oír que le daban consejos sobre la manera de efectuar su propia tarea. Al marchar con Mamita sentada a su lado era cada uno la perfecta imagen del africano ceñudo y gruñón.

—A mí tendrían que pagarme por lo mucho que hago en favor de esos inútiles de los Slattery —dijo Gerald, malhumorado—. Ya podían acceder a venderme sus escasos acres de mísero pantano y el condado se vería libre de ellos.

Luego añadió, satisfecho por anticipado con una de sus bromas habituales:

—Ven, hija mía, vamos a decirle a Pork que en vez de comprar a Dilcey le he vendido a él a John Wilkes.

Echando las riendas a un negrito que estaba por allí, subió rápidamente las escaleras. Se había olvidado ya del sufrimiento de Scarlett y sólo pensaba en mortificar a su criado. Scarlett le siguió lentamente, pues se sentía cansada. Pensó que, después de todo, una boda entre ella y Ashley no sería más rara que la de su padre con Ellen Robillard. Se preguntó, una vez más, cómo se las habría arreglado su áspero y estridente padre para casarse con una mujer como su madre, pues no hubo nunca dos personas tan opuestas en nacimiento, educación, costumbres y opiniones.

3

Ellen O'Hara tenía treinta y dos años y, para la mentalidad de la época era una mujer madura; tuvo seis hijos, tres de los cuales se le habían muerto. Era alta (su pequeño y fogoso marido no le llegaba más arriba de los hombros), pero se movía con una gracia tan reposada en su ondeante saya de volantes, que su estatura no llamaba la atención. Su cuello, surgiendo del ceñido corpino de tafetán negro, era redondo y fino, de piel blanquísima, y parecía doblarse ligeramente hacia atrás por el peso de su espléndida cabellera, recogida en una redecilla sobre la nuca.

Había heredado los ojos oscuros, algo oblicuos, sombreados por largas pestañas, y el negro cabello de su madre, una francesa cuyos padres se habían refugiado en Haití durante la Revolución de 1791; de su padre, soldado de Napoleón, procedían su larga nariz recta y las mandíbulas cuadradas que rectificaba la curva suave de las mejillas. Sólo el transcurrir de la vida había podido dar al rostro de Ellen aquella expresión de orgullo sin altanería, su gracia, su melancolía y su carencia absoluta de sentido del humor.

Hubiera sido una mujer de notable belleza de haber tenido más brillo en sus ojos, más color en su sonrisa, más espontaneidad en su voz que sonaba como dulce melodía en los oídos de sus familiares y de sus sirvientes. Hablaba con el suave acento de los georgianos de la costa, líquido en las vocales y dulce en las consonantes con un lejano vestigio del acento francés. Era una voz que no se alzaba jamás para dar órdenes a un criado o para reprochar la travesura de un niño; sin embargo, todos la obedecían en Tara, mientras que los gritos de su marido eran silenciosamente desacatados.

Hasta donde Scarlett podía recordar, su madre siempre había sido la misma; su voz suave y dulce, tanto para reprochar como para alabar; sus modales tranquilos y dignos a pesar de las cotidianas necesidades del turbulento dueño de la casa, su carácter siempre sereno y su temple firme, aun cuando había perdido tres de sus hijos.

Scarlett no había visto jamás a su madre apoyarse en el respaldo de la silla ni sentarse sin una labor de costura entre sus manos, a excepción de las horas de las comidas, cuando asistía a los enfermos o se ocupaba de la contabilidad de la plantación. Si había visitas se enfrascaba en un bordado delicado; otras veces, sus manos se ocupaban de las camisas plisadas de Gerald, de los vestidos de los niños o de la ropa de los esclavos. Scarlett no acertaba a imaginarse las manos de su madre sin el dedal de oro ni su figura altiva sin la compañía de la negrita, que no tenía otra ocupación en su vida que la de poner o quitar la mesa y llevar de aposento en aposento la caja encarnada de las labores, cuando Ellen se ajetreaba de acá para allá en la casa, vigilando la cocina, la limpieza y los trabajos de costura para los trajes de los plantadores.

Jamás había visto a su madre abandonar su austera placidez o faltar a ninguna de sus obligaciones, tanto si era de día como de noche. Cuando Ellen se vestía para asistir a un baile, para recibir a los invitados o bien para ir a cualquiera de las reuniones en Jonesboro, tenía frecuentemente necesidad de disponer de dos horas, de dos criadas y de Mamita para sentirse completamente satisfecha; aunque, en casos necesarios, sus rápidos tocados eran asombrosos.

Scarlett, cuya habitación se hallaba situada frente a la de su madre, al otro lado del vestíbulo, conocía desde su infancia el sordo rozar de los pies descalzos de los negros que correteaban por el pavimento de madera desde el alba; las urgentes llamadas en la puerta de su madre y las voces aterradas y roncas de los negros que gemían enfermos, de los que

nacían y morían en la hilera de cabanas blanqueadas de sus alojamientos.

De niña, se deslizaba hasta la puerta y, atisbando a través de las rendijas, había visto a Ellen salir a oscuras de su habitación (donde los ronquidos de Gerald proseguían rítmicos e ininterrumpidos) a la tenue luz de una vela sostenida en alto, con la caja de las medicinas bajo el brazo, los cabellos pulcramente alisados y ni un solo botón de su vestido desabrochado.

Era siempre muy grato para Scarlett oír a su madre murmurar compasivamente, pero con firmeza, mientras atravesaba el vestíbulo de puntillas: «Chist..., chist..., no tan fuerte. Despertaréis al señor O'Hara. No están tan mal como para morirse.»

Sí, era grato volver al lecho y saber que Ellen estaba fuera, en la noche, y que todo marchaba bien.

Por las mañanas, después de las sesiones siempre nocturnas de natalicios o de muertes, cuando el viejo doctor Fontaine y su joven hijo, también doctor, se disponían a hacer sus visitas y no podían ir a ayudarla, Ellen presidía la mesa en el desayuno, como siempre, con sus ojos negros ojerosos, pero sin que su voz ni sus gestos revelasen el menor cansancio.

Bajo su firme dulzura había una tenacidad de acero que inspiraba respeto a la casa entera, lo mismo a Gerald que a sus hijas, aunque él hubiera preferido morir antes que admitirlo.

A veces, cuando iba por la noche de puntillas a besar las mejillas de su madre, Scarlett miraba su boca, de labios tiernos y delicados, una boca demasiado vulnerable ante el mundo, y se preguntaba si ésta se habría arqueado alguna vez con las risas inocentes de la infancia o si habría murmurado secretos a las amigas íntimas durante las largas noches estivales. Pero no, no era posible. Su madre había sido siempre así, una columna de fortaleza, una fuente de sabiduría, la única persona que tenía respuestas para todo.

No obstante, Scarlett no tenía razón, porque algunos años antes Ellen Robillard, de Savannah, había reído en la linda ciudad costera, del mismo modo inexplicable que se ríe a los quince años, y cuchicheado con sus amigas durante largas noches, cambiando confidencias y contando todos sus secretos, menos uno. Era el año en el cual Gerald O'Hara, que le llevaba veintiocho años, había entrado en su vida..., el año en que aquel primo suyo de ojos negros, Philippe Robillard, había partido. Y cuando éste, con sus ojos ardientes y sus maneras fogosas, abandonó Savannah para siempre, se llevó consigo el ardor que había en el corazón de Ellen, dejando para el pequeño irlandés de piernas cortas que se había casado con ella sólo una graciosa concha vacía.

Pero esto bastaba a Gerald, oprimido por la increíble felicidad de hacerla realmente su esposa. Y, si algo faltaba en ella, no lo echaba nunca de menos. Perspicaz como era, se daba cuenta de que era un milagro que un irlandés, sin bienes de fortuna y sin parentela, conquistase a la hija de una de las más ricas y altivas familias de la costa. Gerald era un hombre que se lo debía todo a sí mismo.

Gerald había llegado a Estados Unidos desde Irlanda a los veinte años. Vino precipitadamente, como vinieron antes o después tantos otros irlandeses mejores o peores que él, y sólo traía la ropa puesta, dos chelines, además del importe del pasaje y su cabeza puesta a un precio que le parecía mayor de lo que su delito merecía. En efecto, no existía un orangista[3] que valiese cien libras esterlinas para el Gobierno inglés o para el demonio en persona; pero el Gobierno tomó tan en serio la muerte de un inglés, administrador de un hacendado, que Gerald vio que había llegado el momento de partir, y de partir a toda prisa. Verdad era que al mencionado agente le había llamado «bastardo orangista», pero esto,

según la manera de pensar de Gerald, no daba derecho a aquel hombre a insultarle silbando los primeros compases de la canción *El agua del Boyne*[4].

La batalla del Boyne se había librado más de cien años atrás, pero para los O'Hara y sus vecinos era como si hubiese sucedido ayer, ya que sus sueños y sus esperanzas, así como sus tierras y riquezas, habían desaparecido envueltas en la misma nube de polvo que arrastró al príncipe Estuardo, espantado y huido, dejando que Guillermo de Orange y sus odiosos soldados con sus escarapelas anaranjadas aplastaran a los irlandeses adictos a los Estuardo.

Por ésta y otras razones, la familia de Gerald no estaba dispuesta a considerar el fatal resultado de su reyerta como cosa muy seria, salvo en el caso de que acarrease graves consecuencias. Durante muchos años, los O'Hara habían permanecido en malas relaciones con los alguaciles ingleses, debido a su sospechosa actividad contra el Gobierno, no siendo Gerald el primero de su familia que ponía pies en polvorosa dejando Irlanda de la noche a la mañana.

Recordaba vagamente a sus dos hermanos mayores, James y Andrew, dos jóvenes taciturnos que iban y venían a ciertas horas de la noche por misteriosas razones o desaparecían durante semanas, con gran disgusto y ansiedad de su madre. Marcharon a Estados Unidos hacía ya varios años, a raíz del descubrimiento de un pequeño arsenal de fusiles enterrados en el corral de los O'Hara. Eran ahora ricos comerciantes de Savannah. «Sólo Dios sabe el lugar de su paradero», decía la madre siempre que hablaba de sus dos hijos mayores; y el joven Gerald fue enviado junto a ellos.

Abandonó la casa con un beso de su madre en las mejillas, su ferviente bendición católica y la amonestación de su padre: «Recuerda quién eres y no quites nada a nadie.» Sus cinco hermanos, más altos que él, le dijeron adiós con sonrisas de admiración, pero ligeramente protectoras, porque Gerald era el más joven y el más bajo de su familia fornida.

Sus cinco hermanos y el padre eran altos, sobrepasaban el metro ochenta y cinco y eran además robustos en proporción; pero Gerald, el pequeño, a los veintiún años, sabía que el Señor, en su sabiduría, no le había concedido más que un metro y sesenta centímetros. Pero Gerald nunca perdió el tiempo en lamentarse por su estatura, ni pensó jamás que esto fuese un obstáculo para obtener cualquier cosa que desease. Más bien fue su sólida pequenez la que le hizo ser lo que era, ya que aprendió en buena hora que la gente pequeña ha de ser resistente para sobrevivir entre la de gran tamaño. Y Gerald era resistente.

Sus hermanos, altos de estatura, eran torvos y silenciosos; en ellos, la tradición familiar de las glorias pasadas, perdidas para siempre, enconábase en virtud de un odio contenido que estallaba en amargo sarcasmo. Si Gerald hubiese sido musculoso, habría sido como los otros O'Hara y actuado oscura y silenciosamente entre los rebeldes contra el Gobierno. Pero Gerald era «alborotador y testarudo», como decía su madre cariñosamente; impulsivo, pronto a hacer uso de los puños, con una susceptibilidad muy evidente. Se pavoneaba entre los altos O'Hara como un orgulloso gallito de pelea en un corral con gigantescos gallos domésticos; ellos le querían, le hacían rabiar para oírle alborotar y le golpeaban con sus grandes puños, solamente lo necesario para mantener al benjamín en su justo lugar.

Si la educación que Gerald había llevado a Estados Unidos era insuficiente, él lo ignoró siempre. Y si se lo hubiesen dicho no le habría importado. Su madre le enseñó a leer y escribir con claridad. Le gustaban las cuentas. Y aquí terminaban sus conocimientos. El único latín que conocía era el de las respuestas de la misa, y la sola Historia, la de las múltiples injusticias cometidas con Irlanda. No conocía más poesía que la de Moore ni más

música que las canciones irlandesas que le habían transmitido a través de los años. Aunque sentía un gran respeto por quienes tenían más conocimientos intelectuales que él, no los echaba nunca de menos. ¿Qué necesidad habría tenido de estas cosas en un país nuevo, donde los más ignorantes irlandeses habían hecho fortuna? En aquel país sólo se exigía a los hombres que fuesen fuertes y no tuviesen miedo al trabajo.

Tampoco James y Andrew, que le acogieron en su almacén de Savannah, lamentaron su falta de cultura. Su clara caligrafía, sus cálculos exactos y su habilidad para el regateo le conquistaron su respeto, mientras que si el joven Gerald hubiese poseído conocimientos de literatura o un refinado gusto musical no hubiera suscitado en ellos más que bufidos desdeñosos. Estados Unidos, en los primeros años del siglo, había sido bondadoso con los irlandeses. James y Andrew, que empezaron transportando mercancías en carros cubiertos desde Savannah a las ciudades interiores de Georgia, habían prosperado hasta tener un almacén propio, y Gerald prosperó con ellos.

Le agradaba el Sur y pronto llegó a ser, en opinión suya, un sudista. En los Estados del Sur y en sus habitantes había muchas cosas que no comprendería nunca; pero, con la cordialidad innata en su carácter, adoptó sus ideas y costumbres tal como las entendía: poker y carreras de caballos, política ardiente y código caballeresco, derechos de los Estados y maldiciones a todos los yanquis, devoción al rey Algodón, desprecio a los blancos míseros y exagerada cortesía con las mujeres. Aprendió incluso a masticar tabaco. No le fue necesario adquirir la facilidad de beber whisky, porque la poseía de nacimiento.

Gerald seguía siendo el Gerald de siempre. Sus hábitos de vida y sus ideas cambiaron, pero él no quiso variar sus modales, aunque hubiese sido capaz de ello. Admiraba la elegancia afectada de los ricos plantadores de arroz y de algodón, artículos que transportaban a Savannah desde sus reinos pantanosos en caballos de pura sangre, seguidos de los carruajes de sus señoras, igualmente elegantes, y de las carretas de sus esclavos. Pero Gerald no consiguió nunca ser elegante. Aquel modo de hablar perezoso y confuso sonaba agradablemente en sus oídos; pero su propio acento vivo adheríase a su lengua. Le agradaba la gracia indolente con que realizaban negocios importantes, arriesgando una fortuna, una plantación o un esclavo a una carta y escribiendo sus pérdidas con indiferente buen humor y sin darle mayor importancia que a la calderilla que arrojaban a los negritos. Pero Gerald había conocido la pobreza y jamás pudo aprender a perder el dinero alegremente y de buen grado. Era una raza simpática la de aquellos georgianos de la costa, con su voz dulce, sus iras repentinas y sus deliciosas contradicciones que tanto agradaban a Gerald. Pero en el joven irlandés, recién llegado de un país donde el viento soplaba húmedo y fresco y en donde la fiebre no acechaba en los neblinosos pantanos, había una vitalidad ardiente e inquieta que lo hacía diferente de aquellos individuos indolentes, producto del clima semitropical y de los pantanos, focos de malaria.

De ellos aprendió lo que le pareció útil, prescindiendo del resto. Encontró que el poker era la más útil de las costumbres sudistas; el poker y el aguantar el whisky; fue su natural actitud ante las cartas y los licores lo que facilitó a Gerald dos de sus tres bienes más preciados: su criado y su plantación. El tercero era su mujer; y ésta la atribuía únicamente a la misteriosa bondad de Dios.

El criado, llamado Pork, un negro lustroso, digno y práctico en todas las artes de la elegancia indumentaria, era el resultado de una noche entera de poker con un plantador de la isla de Saint Simón, cuyo denuedo en la baladronada igualaba al de Gerald, pero que no tenía su misma resistencia para el ron de Nueva Orleans. Aunque el propietario de Pork ofreció después para recobrarlo el doble de su valor, Gerald rehusó obstinadamente, porque

la posesión de aquel primer esclavo (y por añadidura «el mejor maldito criado de la costa») constituía el primer paso hacia el cumplimiento de lo que ansiaba su corazón. Gerald deseaba ser propietario de esclavos y terrateniente.

Acariciaba el pensamiento de no pasarse todos los días de su vida comprando y vendiendo como James y Andrew, o todas las noches comprobando columnas de cifras a la luz de una vela. Sentía ardientemente lo que sus hermanos no sentían, el estigma social adscrito a los pertenecientes al comercio. Gerald quería ser un plantador. Con la profunda codicia de un irlandés que ha sido arrendatario de las tierras que un tiempo fueron de la familia, deseaba ver sus propias hectáreas extenderse verdes ante sus ojos. Con una despiadada sinceridad de propósitos deseaba tener su propia casa, su propia plantación, sus caballos y sus esclavos. Y aquí, en este nuevo país, libre de los dos peligros de la tierra que había dejado (los impuestos que devoraban las cosechas y la continua amenaza de una confiscación imprevista), pensaba tenerlos. Pero, con el transcurso del tiempo, se dio cuenta de que tener aquella ambición y conseguir realizarla eran dos cosas distintas. La costa georgiana estaba sostenida tan firmemente por una aristocracia atrincherada en sus reductos que era muy difícil que él pudiera nunca esperar conseguir el puesto que se proponía. Entonces, la mano del destino y la del poker, conjuntamente, le dieron la plantación, que más tarde denominó Tara, y al mismo tiempo le sacaron de la costa y le establecieron en la meseta de Georgia.

Ocurrió en un salón de Savannah en una cálida noche de primavera, cuando la casual conversación de un desconocido sentado a su lado hizo que Gerald aguzase el oído. El forastero, un nativo de Savannah, había regresado después de doce años de ausencia en el interior. Era uno de los agraciados de la lotería agrícola organizada por el Gobierno para dividir el amplio espacio de la Georgia central, cedida por los indios el año antes de la llegada de Gerald a Estados Unidos. El desconocido marchó allá y estableció una plantación; pero ahora que su casa se había incendiado no quería permanecer más tiempo en aquel «maldito lugar» y se sentiría encantado de poder abandonarlo.

Gerald, siempre con el pensamiento de poseer una plantación propia, buscó la manera de serle presentado; y su interés aumentó cuando el extranjero le dijo que la parte septentrional del Estado se estaba poblando de personas procedentes de Carolina y Virginia. Gerald había vivido lo suficiente en Savannah para adquirir la opinión de los habitantes de la costa: que el resto del país era bosque salvaje y que en cada matorral había escondido un indio. Haciendo negocios para sus hermanos, había tenido que pasar por Augusta, ciudad situada a ciento sesenta kilómetros al norte del río Savannah, y viajado por el interior visitando las viejas ciudades al oeste de aquélla. Sabía que esa parte estaba tan poblada como la costa; pero, por la descripción del forastero, su plantación debía encontrarse a más de cuatrocientos kilómetros hacia el interior, al noroeste de Savannah, a poca distancia del río Chattahoochee. Gerald sabía que, al norte y al otro lado del río, el territorio estaba aún en poder de los indios iroqueses: por este motivo oyó con estupor al forastero burlarse de los temores acerca de las desavenencias con los indios y contar cómo en el nuevo país se extendían las ciudades y prosperaban las plantaciones.

Una hora después, cuando la conversación empezó a languidecer, Gerald, con una astucia que hacía creer en la inocencia de sus brillantes ojos azules, propuso una partida. A medida que avanzaba la noche y las bebidas se sucedían, los demás jugadores fueron abandonando la partida, dejando que contendiesen Gerald y el forastero. Este apostó todas sus fichas y puso a continuación la escritura de propiedad de la plantación. Gerald empujó todas sus fichas y apostó por añadidura su cartera. Que el dinero que contenía fuera

casualmente de la razón social O'Hara Hermanos, no inquietaba su conciencia hasta el punto de confesarlo antes de la misa de la mañana siguiente. Sabía lo que quería, y cuando Gerald quería algo lo conquistaba por el camino más corto. Además tenía tal fe en su destino y en los cuatro doses que ni por un momento se preguntó cómo restituiría el dinero si se echaran sobre la mesa cartas mejores.

—No es negocio su ganancia; y me alegro de no tener que pagar más contribuciones allá —suspiró el poseedor de un trío de ases pidiendo pluma y tintero—. La casa grande se incendió hace un año y en los campos crecen malezas y pinos. Pero ya son suyos...

—No mezcles nunca las cartas con el whisky, como no hayas sido destetado con aguardiente irlandés —dijo gravemente aquella noche Gerald a Pork, mientras éste le ayudaba a acostarse. Y el criado, que había empezado a chapurrear el dialecto irlandés por admiración a su amo, le respondió en una extraña combinación de jerga negra y de dialecto del condado de Meath que hubiera confundido a cualquiera excepto a ellos dos.

El fangoso río Flint, que corría silencioso entre murallas de pinos y encinas cubiertas de retorcidas vides silvestres, rodeaba la nueva tierra de Gerald como un brazo curvado. Erguido en la pequeña cima sobre la cual había estado en un tiempo la casa, veía aquella gran barrera verde que representaba la agradable evidencia de su posesión, como si fuese una cerca construida por él mismo para señalar su propiedad. Firme sobre los cimientos ennegrecidos de la casa quemada, contemplaba la gran avenida de árboles que conducía al camino y juraba ruidosamente con una alegría demasiado profunda para permitirle una plegaria de acción de gracias. Aquellas dos líneas paralelas de árboles frondosos eran suyas, suyo aquel prado abandonado, invadido por la cizaña que crecía sin trabas bajo los jóvenes magnolios. Los campos incultos tachonados de pinos y de malezas espinosas, que a los cuatro lados extendían, lejana, su quebrada superficie de arcilla rojiza, pertenecían a Gerald O'Hara..., eran todos suyos, porque él poseía un obstinado cerebro irlandés, y el valor de apostarlo todo en una jugada de cartas. Gerald cerró los ojos y, en el silencio de aquellos eriales, sintió que había llegado al hogar. Allí, bajo sus pies, surgiría una casa de ladrillos enjalbegados. Al otro lado del camino se harían nuevas cercas que encerrarían rollizo ganado y caballos de raza; y la rojiza tierra que descendía desde la ladera de la colina a la fértil orilla del río resplandecería al sol como un edredón: ¡algodón, hectáreas y hectáreas de algodón! La fortuna de los O'Hara volvería a surgir.

Con una pequeña cantidad que sus hermanos le prestaron con escaso entusiasmo y con una bonita suma obtenida por la hipoteca del terreno, Gerald adquirió los primeros braceros y se fue a vivir a Tara en soledad de soltero en la casita de cuatro aposentos del mayoral, hasta el día en que se levantaron los blancos muros de Tara.

Desbrozó los campos, plantó algodón y volvió a pedir un préstamo a James y a Andrew para comprar más esclavos.

Los O'Hara eran como una tribu unida, ligada en la prosperidad y en el infortunio, no por excesiva afección familiar, sino porque habían aprendido durante los años dolorosos que una familia debe, para poder sobrevivir, presentar al mundo un frente compacto. Prestaron el dinero a Gerald y, en los años siguientes, aquel dinero volvió a ellos con intereses. Gradualmente, la plantación se ensanchó, porque Gerald compró más hectáreas situadas en las cercanías; y con el tiempo la casa blanca llegó a ser una realidad en vez de un sueño.

Los esclavos construyeron un edificio pesado y amplio, que coronaba la cima herbosa dominando la verde pendiente que descendía hasta el río; a Gerald le agradaba mucho porque aun siendo nuevo tenía un aspecto añejo. Las vetustas encinas que habían

visto pasar bajo su follaje a los indios circundaban la casa con sus gruesos troncos y elevaban sus ramas sobre la techumbre con densa umbría. En el prado, limpio de cizaña, crecieron tréboles y una hierba para pasto que Gerald procuró fuese bien cuidada. Desde la avenida de los cedros que conducía a las blancas cabanas del barrio de los esclavos, todo el contorno de Tara tenía un aspecto de solidez y estabilidad, y cuando Gerald galopaba por la curva de la carretera y veía entre las ramas verdes el tejado de su casa, su corazón se henchía de orgullo como si lo viese por primera vez.

Todo era obra suya, del pequeño, terco y tumultuoso Gerald. Estaba en magníficas relaciones con todos sus vecinos del condado menos con los Macintosh, cuyas tierras confinaban con las suyas a la izquierda, y con los Slattery, cuya hectárea de terreno se extendía a la derecha junto a los pantanos, entre el río y la plantación de John Wilkes.

Los Macintosh eran escoceses, irlandeses y orangistas; y, aunque hubiesen poseído toda la santidad del calendario católico, su linaje estaba maldito para siempre a los ojos de Gerald. Verdad era que vivían en Georgia desde hacía setenta años o más y, anteriormente, habían vivido durante una generación en las dos Carolinas; pero el primero de la familia que había puesto el pie en las costas americanas procedía del Ulster, y esto era suficiente para Gerald.

Era una familia taciturna y altanera, cuyos miembros vivían estrictamente para ellos mismos, casándose con parientes suyos de Carolina; y Gerald no era el único que sentía antipatía por ellos, porque la gente del condado era cortés y sociable pero poco tolerante con quienes no poseían esas mismas cualidades. Los rumores que corrían sobre sus simpatías abolicionistas no aumentaban la popularidad de los Macintosh. El viejo Angus no había libertado jamás ni a un solo esclavo y había cometido la imperdonable infracción social de vender alguno de sus negros a los mercaderes de esclavos, de paso hacia los campos de caña de Luisiana; pero los rumores persistían.

—Es un abolicionista, no hay duda —hizo observar Gerald a John Wilkes—. Pero en un orangista, cuando un principio es contrario a la avaricia escocesa, se viene abajo.

Los Slattery eran cosa diferente. Pertenecientes a los blancos pobres, no se les concedía siquiera el envidioso respeto que la independencia de Angus Macintosh conseguía forzadamente de las familias vecinas. El viejo Slattery, que permanecía desesperadamente aferrado a sus escasas hectáreas de terreno, a pesar de las constantes ofertas de Gerald y de John Wilkes, era inútil y quejumbroso. Su esposa, una mujer desgreñada de aspecto enfermizo y pálido, era la madre de una prole de chicos ceñudos y conejiles que aumentaba cada año. Tom Slattery no poseía esclavos; él y sus dos hijos mayores cultivaban a ratos sus pocas hectáreas de algodón, mientras la mujer y los hijos menores atendían lo que se suponía una huerta. Pero de todos modos el algodón se malograba siempre y la huerta, a causa de los constantes embarazos de la señora Slattery, no producía lo suficiente para nutrir su rebaño.

El ver a Tom Slattery haraganeando ante los porches de sus vecinos, mendigando semillas de algodón o un trozo de tocino «para salir adelante», era cosa frecuente. Slattery odiaba a sus vecinos con toda la poca energía que poseía, percibiendo su desprecio bajo la cortesía aparente. Y odiaba especialmente a los «negros engreídos de los ricos». Los esclavos negros del condado se consideraban superiores a los pobretones blancos y su visible desprecio le hería, así como su más segura posición en la vida excitaba su envidia. En contraste con su propia existencia miserable, ellos estaban bien alimentados, bien vestidos y cuidados cuando eran viejos o estaban enfermos. Se sentían orgullosos del buen nombre de sus amos y, la mayor parte de ellos, de pertenecer a gente de calidad, mientras

que él era despreciado por todos. Tom Slattery podía haber vendido su granja por el triple de su valor a cualquier plantador del condado. Éstos hubieran considerado bien gastado el dinero que librase a la comunidad de un indeseable; pero él prefería quedarse y vivir miserablemente del provecho de una bala de algodón, y de la caridad de sus vecinos.

Con el resto del condado Gerald mantenía relaciones de amistad, y con algunos de sus vecinos, de intimidad. Los Wilkes, los Calvert, los Tarleton, los Fontaine, todos sonreían cuando la figurilla del irlandés sobre el gran caballo blanco galopaba por sus carreteras y le hacían señas para que vaciase grandes copas en las que echaban una buena cantidad de aguardiente de maíz sobre una cucharadita de azúcar y una ramita de menta picada. Gerald era simpático y los vecinos se enteraban con el tiempo de lo que los niños, los negros y los perros descubrían a primera vista, esto es, que detrás de su voz retumbante y de sus modales truculentos se escondía un buen corazón, un oído acogedor y servicial y una cartera abierta a todos.

Su llegada tenía lugar siempre entre un tumulto de perros que ladraban y de negritos que gritaban, corriendo a su encuentro, disputándose el privilegio de sujetar su caballo y retorciéndose y gesticulando al oír sus afables insultos. Los niños blancos querían sentarse sobre sus rodillas para que les hiciese el caballito, mientras él denunciaba a los mayores la infamia de los políticos yanquis; las hijas de sus amigos le confiaban sus asuntos amorosos y los jovencitos de la vecindad, que temían confesar a sus padres sus deudas de honor, encontraban en él un amigo en la necesidad.

—¿Cómo tienes esa deuda desde hace un mes, bribón? —les gritaba—. ¡Por Dios! ¿Por qué no me has pedido el dinero antes?

Su ruda manera de hablar era demasiado conocida para que nadie se ofendiese; y el jovencito se limitaba a sonreír burlonamente, respondiendo avergonzado:

—Bueno, es que no quería molestarle, y mi padre...

—Tu padre es un buen hombre; generoso, pero un poco rígido; toma esto y que no te vuelva a ver por aquí.

Las mujeres de los plantadores fueron las últimas en capitular. Pero la señora Wilkes («una gran señora que posee el raro don del silencio», como la definía Gerald) dijo una tarde a su marido después de haber visto desaparecer entre los árboles el caballo de Gerald: «Tiene una manera ordinaria de hablar, pero es un caballero.» Gerald había triunfado definitivamente.

No se daba cuenta de que había tardado cerca de diez años en triunfar, pues jamás se le ocurrió que sus vecinos le hubieran mirado con recelo al principio. A su juicio era indudable que lo había logrado desde el primer momento en que puso los pies en Tara.

Cuando Gerald cumplió cuarenta y tres años (tan robusto de cuerpo y coloradote de cara que parecía uno de esos nobles cazadores que aparecen en los grabados deportivos) se le ocurrió que, por queridos que le fuesen Tara y la gente del condado, por abiertos que tuviesen el corazón y la casa para él, no era bastante. Necesitaba una mujer.

Tara reclamaba una dueña. El grueso cocinero, un negro del corral elevado a aquel puesto por necesidad, no tenía jamás a tiempo las comidas; y la criada, que antes trabajaba en el campo, dejaba que el polvo se acumulase sobre los muebles y no tenía nunca un paño de limpieza a mano, así que la llegada de huéspedes era siempre motivo de mucho jaleo y barahúnda. Pork, el único negro educado de la casa, tenía a su cargo la vigilancia general de los otros sirvientes, pero se había vuelto también perezoso y descuidado después de varios años de presenciar la manera de vivir descuidada de Gerald. Como criado tenía en orden el dormitorio de Gerald y como mayordomo servía a la mesa con dignidad y estilo; pero,

aparte de esto, dejaba que las cosas siguiesen su curso. Con un infalible instinto africano, todos los negros habían descubierto que Gerald ladraba pero no mordía y se aprovechaban de ello vergonzosamente. Estaba siempre amenazando con vender los esclavos y con azotarlos terriblemente, pero jamás fue vendido un esclavo de Tara y sólo uno de ellos fue azotado, castigo que le administraron por no haber cepillado el caballo favorito de Gerald después de una larga jornada de caza.

Los ojos azules de Gerald observaban lo bien cuidadas que estaban las casas de sus vecinos y con qué facilidad dirigían a sus sirvientes las señoras de cabellos repeinados y de crujientes faldas. Él no sabía el trajín que tenían aquellas mujeres desde el alba hasta medianoche, consagradas a la vigilancia de la cocina, a la crianza, a la costura y al lavado. Veía únicamente los resultados exteriores y éstos le impresionaban.

La urgente necesidad de una esposa se le apareció claramente una mañana mientras se vestía para ir a caballo a la ciudad a asistir a una vista en la Audiencia. Pork sacó su camisa plisada preferida, tan torpemente zurcida por la doncella que sólo su criado hubiera podido ponérsela.

—Señor Gerald —dijo Pork, agradecido, doblando la camisa mientras Gerald se enfurecía—, lo que usted necesita es una esposa, una esposa que le traiga muchos negros a la casa.

Gerald regañó a Pork por su impertinencia, pero comprendió que tenía razón. Necesitaba una mujer y necesitaba hijos; y si no se apresuraba a tenerlos sería demasiado tarde. Pero no quería casarse con la primera que se presentase, como había hecho el señor Calvert, que había dado su mano a la institutriz inglesa de sus hijos, huérfanos de madre. Su mujer debía ser una señora, una verdadera señora, digna y elegante, como la señora Wilkes, y capaz de dirigir Tara como la señora Wilkes regía su propiedad.

Pero en las familias del condado se presentaban dos dificultades en el sistema matrimonial. La primera era la escasez de jóvenes casaderas. La segunda, más seria, era que Gerald era un «hombre nuevo», a pesar de sus diez anos de residencia, y además un extranjero. No se sabía nada de su familia. Aun siendo menos inexpugnable que la aristocracia de la costa, la sociedad de Georgia septentrional no habría admitido jamás que una de sus hijas se casase con un hombre cuyo abuelo era un desconocido.

Gerald sabía que a pesar de la simpatía sincera de los hombres del condado, con los que cazaba, bebía y hablaba de política, no habría podido casarse con la hija de ninguno de ellos. Y no quería que se pudiese murmurar durante la sobremesa de la cena acerca de que este o aquel padre había negado a Gerald O'Hara, lamentándolo mucho, permiso para hacer la corte a su hija. No por esto se sentía Gerald inferior a sus vecinos. Nada podría hacerle sentirse inferior a ninguno. Era sencillamente una costumbre inveterada en el condado que las hijas se casaran únicamente entre familias que llevaran viviendo en el Sur mucho más de veinte años y que durante todo aquel tiempo hubiesen sido propietarias de tierras y de esclavos, entregándose únicamente a los vicios elegantes de la sociedad.

—Prepara el equipaje. Nos vamos a Savannah —dijo a Pork—. Y si te oigo decir «¡Punto en boca!» o «¡Vaya!» una sola vez, te vendo, porque ésas son palabras que rara vez empleo.

James y Andrew habrían podido ciertamente darle algunos consejos sobre el asunto del matrimonio; y quizás entre sus viejos amigos podía haber alguna hija que reuniese las condiciones deseadas y que lo encontrase aceptable como marido. Sus hermanos escucharon pacientemente su historia, pero le dieron pocas esperanzas. No tenían en Savannah parientes a los que recurrir, porque ambos estaban ya casados cuando llegaron a

Estados Unidos. Y las hijas de sus viejos amigos se habían casado hacía tiempo y tenían ya hijos.

—Tú no eres un hombre rico ni perteneces a una gran familia —dijo James.

—He llegado a ser rico y podré formar una gran familia. Y no quiero casarme con una cualquiera.

—Vuelas muy alto —replicó Andrew secamente.

Pero hicieron lo que pudieron por Gerald. Eran viejos y estaban bien situados. Tenían muchos amigos y durante un mes llevaron a Gerald de casa en casa, a cenas, bailes y meriendas.

—Sólo hay una que me agrada —dijo finalmente Gerald—. Y ésa no había nacido aún cuando desembarqué aquí.

—¿Y quién es?

—La señorita Ellen de Robillard —dijo Gerald, aparentando indiferencia, porque los ojos negros y ligeramente oblicuos de Ellen de Robillard habían despertado algo más que su atención. A pesar de sus modales de una desconcertante apatía, tan extraña en una muchacha de quince años, le había fascinado. Por otra parte, Ellen tenía generalmente un aspecto de desesperación que le llegaba al corazón y le hacía ser más amable con ella de lo que lo había sido en toda su vida con nadie.

—¡Pero si podrías ser su padre!

—¡Estoy en la flor de la vida! —exclamó Gerald, picado.

James habló con calma:

—Escúchame, Jerry[5], no hay muchacha en todo Savannah con la que puedas tener menos probabilidades de casarte. Su padre es un Robillard; y estos franceses son orgullosos como Lucifer. Y su madre, ¡Dios la tenga en la gloria!, era lo que se dice una verdadera gran señora.

—No me importa —se obstinó Gerald—. Además, su madre ha muerto y el viejo Robillard me aprecia.

—Como hombre, sí; pero como yerno, no.

—Y la muchacha no te aceptará, de todas maneras —intervino Andrew—. Hace ahora un año estuvo enamorada de ese pollo alocado, primo suyo, Philippe de Robillard, a pesar de que su familia ha estado día y noche detrás de ella para hacerla desistir.

—Se marchó el mes pasado a Luisiana.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —contestó Gerald, quien no deseaba descubrir que Pork le había proporcionado aquella valiosa información ni que Philippe se había marchado al Oeste por expreso deseo de su familia—. Además, no creo que esté tan enamorada como para no poder olvidarle. Quince años son muy poco para saber mucho de amor.

—Preferirán para ella a ese impetuoso primo, antes que a ti.

Por eso James y Andrew se quedaron tan admirados como todos cuando les llegó la noticia de que la hija de Pierre de Robillard iba a casarse con el pequeño irlandés que no era del país. Savannah murmuró de puertas adentro, haciendo comentarios acerca de Philippe de Robillard, que había marchado al Oeste; pero los chismes no obtuvieron respuesta. Fue siempre para todos un misterio el que la hija más bonita de los Robillard se casara con aquel turbulento hombrecillo de rostro colorado que apenas le llegaba al hombro.

El propio Gerald no supo nunca del todo cómo ocurrió el hecho. Sólo supo que se había operado un milagro. Y por única vez en su vida se sintió humilde cuando Ellen, palidísima pero tranquila, le puso su blanca mano sobre el brazo y le dijo: «Me casaré con

usted, señor O'Hara.»

Los Robillard, estupefactos, se enteraron en parte de la respuesta; pero sólo Ellen y su Mamita supieron toda la historia de aquella noche en que la joven sollozó hasta el amanecer como una niña con el corazón destrozado, levantándose por la mañana con el ánimo sereno.

Con un presentimiento, Mamita llevó a su joven señora un paquetito enviado desde Nueva Orleans, con la dirección escrita con letra desconocida; el paquetito contenía una miniatura de Ellen, que ella dejó caer al suelo con un grito; cuatro cartas escritas de su puño y letra a Philippe de Robillard y otra breve de un sacerdote de Nueva Orleans, anunciándole la muerte de su primo en una riña de taberna.

—Le hicieron marcharse mi padre, Pauline y Eulalie. Le hicieron marcharse, sí. Los odio, los odio a todos. No quiero verlos más. Quiero irme. Quiero irme adonde no pueda verlos más, ni a ellos ni esta ciudad, ni nada que me recuerde... a él.

Y, cuando acababa la noche, Mamita, que también había llorado inclinada sobre la *cabeza* morena de su ama, dijo a modo de protesta:

—¡Pero tú no puedes hacer eso, tesoro!

—Lo haré. Es un hombre bueno. Lo haré o entraré en el convento de Charleston.

Fue la amenaza del convento lo que hizo finalmente ceder a Pierre de Robillard, trastornado y afligido. Era un fiel presbiteriano, aunque su familia fuese católica, y la idea de que su hija se hiciese monja le resultaba más penosa que su casamiento con Gerald O'Hara. Después de todo, contra éste no tenía nada, como no fuese su falta de familia.

Así, Ellen, que ya no era Robillard, volvió la espalda a Savannah para no regresar nunca más y viajó hacia Tara con un marido de mediana edad, Mamita y veinte «negros de la casa».

Al siguiente año nació su primera hija, a la que bautizaron con el nombre de Katie Scarlett, como la madre de Gerald. Éste se desilusionó, porque esperaba un hijo; aunque, sin embargo, le agradó su morena hijita lo suficiente para servir ron a todos los esclavos de Tara y beber él también con ruidosa alegría.

Nadie supo jamás si Ellen lamentó alguna vez su decisión de casarse con él, y menos que nadie Gerald, que reventaba casi de orgullo cada vez que la miraba. Ella había borrado de su mente a Savannah y sus recuerdos cuando abandonó aquella graciosa y acogedora ciudad y, desde el momento en que llegó al condado, Georgia del Norte se convirtió en su patria.

Cuando salió para siempre de casa de su padre, dejó una mansión de líneas tan bellas y esbeltas como las de un cuerpo de mujer, como las de un navio a toda vela; una casa pintada con un rosado estuco, construida al estilo colonial francés, que se levantaba con delicada traza, y accesible por unas escaleras de caracol con barandillas de hierro forjado tan finas como encaje; una casa rica y graciosa, pero algo altiva.

Había abandonado no sólo la airosa morada, sino también toda la civilización que existía dentoro de aquel edificio; se encontraba en un mundo tan extraño y distinto como si hubiera arribado a otro continente.

La Georgia septentrional era una región escarpada, habitada por gentes ásperas. Desde lo alto de la meseta, al pie de la cordillera de las Blue Ridge Mountains, veía hacia dondequiera que mirase colinas rojizas, con enormes picos de granito y esbeltos pinos que se alzaban umbrosos por doquier. Todo parecía selvático y bravio a sus ojos acostumbrados a la costa y a la tranquila belleza de las islas tapizadas de musgo gris y verde, con las blancas fajas de sus playas abrasadas bajo el sol semitropical y las vastas perspectivas de

tierra arenosa tachonada de palmeras.

Era aquella de Georgia una región que conocía lo mismo el frío invernal que el calor del verano; y en la gente había un vigor y una energía que la sorprendían, Eran personas buenas, corteses, generosas, de carácter afable, pero resueltas, viriles y propensas a la ira.

Los habitantes de la costa que ella había abandonado se vanagloriaban de tomar todos sus asuntos, incluso los duelos y contiendas, con actitud indolente, pero estos de Georgia del Norte tenían una veta de violencia. En la costa, la vida se había suavizado; aquí era juvenil, vigorosa y nueva.

Todas las personas que Ellen había conocido en Savannah estaban cortadas por el mismo patrón; eran parecidísimos sus puntos de vista y sus tradiciones; aquí, la gente era de una gran variedad. Los colonos de Georgia del Norte venían de lugares muy diversos: de otras partes de Georgia, de las Carolinas, de Virginia, de Europa y del Norte. Algunos, como Gerald, eran gente nueva en busca de fortuna. Otros, como Ellen, eran miembros de viejas familias que encontraron la vida insoportable en sus antiguos hogares y habían buscado refugio en tierras distantes. Muchos se habían trasladado sin otra razón que la sangre inquieta de sus padres exploradores, que corría aún, vivificante, por sus venas.

Esta gente, llegada de lugares muy diversos y de muy distintos ambientes, daba a la vida entera del condado una falta de formulismo que para Ellen era completamente nueva y a la que no consiguió nunca acostumbrarse por completo. Sabía instintivamente cómo hubiera obrado la gente de la costa en cualquier circunstancia. Allí no consiguió nunca descubrir lo que habría hecho un georgiano del Norte.

Todos los negocios de la región prosperaban rápidamente, en una ola que rodaba hacia el Sur. Todo el mundo pedía algodón y la tierra nueva de la comarca, fértil y lozana, lo producía en abundancia. El algodón era el latir del corazón de la comarca; la siembra y la recolección eran la sístole y la diàstole de la rojiza tierra. De los surcos sinuosos brotaba la riqueza y también la arrogancia creada por las verdes matas y las hectáreas de blanco vellón. Si éste los había hecho ricos en una generación, ¡cuánto más lo haría en la próxima!

La seguridad del mañana daba placer y entusiasmo por la vida; y la gente del condado gozaba de la existencia con una sinceridad que Ellen no comprendió jamás. Tenían dinero bastante y los suficientes esclavos para que les quedase tiempo de divertirse; y les gustaba el juego. Parecían no estar nunca ocupados; no dejaban de asistir a una partida de pesca o de caza o a una carrera de caballos; y no pasaba apenas una semana sin barbacoa o baile.

Ellen no quiso nunca, o no pudo, llegar a ser por completo como ellos (había dejado en Savannah mucho de sí misma), pero los respetaba, y con el tiempo aprendió a admirar la franqueza y la rectitud de aquella gente, muy poco reticente y que valoraba a un hombre por lo que era.

Llegó a ser la vecina más querida del condado. Era un ama de casa ahorrativa y afable, una buena madre y una esposa fiel. El dolor egoísta que habría dedicado a la Iglesia lo consagró, en lugar de a ella, al servicio de sus hijos, de su casa y del hombre que la había arrancado de Savannah y de sus recuerdos sin hacerle jamás una pregunta.

Cuando Scarlett tuvo un año (más sana y fuerte de lo que una niña tiene derecho a ser, según Mamita) nació la segunda hija de Ellen, bautizada con los nombres de Susan Elinor, pero a la que llamaban siempre Suellen; y a su debido tiempo vino Carreen, inscrita en la Biblia familiar como Caroline Irene. Las siguieron tres muchachos, que murieron antes de haber aprendido a andar; tres niños que ahora yacían bajo los retorcidos cedros, en

el cementerio, a cien metros de la casa, bajo tres lápidas, cada una de las cuales llevaba el nombre de «Gerald O'Hara Jr.».

Desde el día en que Ellen llegó a Tara, el lugar había ido transformándose. Aunque ella sólo tenía quince años, estaba no obstante preparada para las responsabilidades de una dueña de plantación. Antes del matrimonio, las muchachas tenían que ser, sobre todo, dulces, amables, bellas y decorativas; pero después de casadas debían regir una casa con cien personas o más, entre blancos y negros; y con vistas a esto eran educadas.

Ellen había recibido la preparación para el matrimonio que se da a toda señorita de buena familia; y además tenía a Mamita, que con su energía era capaz de galvanizar al negro más holgazán. Pronto impuso orden, dignidad y gracia en la casa de Gerald y dio a Tara una belleza que antes no había tenido nunca.

La casa fue construida sin seguir ningún género de plan arquitectónico, y le añadían cuartos donde y cuando iban siendo necesarios; pero, con el cuidado y la atención de Ellen, adquirió un encanto especial que provenía, justamente, de su falta de diseño. La avenida de cedros que conducía del camino principal a la casa, aquella avenida sin la que ninguna casa de plantadores georgianos hubiera estado completa, tenía una sombra densa y fresca que daba mayor viveza y esplendor, por contraste, al verde de los otros árboles. La enredadera que caía sobre las terrazas resaltaba brillante sobre los ladrillos enjalbegados; y se unía con las rosadas y retorcidas ramas del mirto junto a la puerta y con las blancas flores de los magnolios, en la explanada, disimulando en parte las feas líneas de la casa.

En primavera y verano, el trébol y el pasto del prado se tornaban de un color esmeralda, de un esmeralda tan seductor que representaba una tentación irresistible para las bandadas de pavos y de gansos que debían vagar únicamente por la parte trasera de la casa. Los más viejos de la bandada se desviaban continuamente en clandestinos avances hacia la explanada delantera, atraídos por el verde de la hierba y la sabrosa promesa de los capullos y de los macizos sembrados. Contra sus latrocinios se había instalado bajo el pórtico delantero un pequeño centinela negro. Armado con una toalla andrajosa, el negrito, sentado en los escalones, formaba parte del cuadro de Tara; y era muy desgraciado, porque le estaba prohibido tirar a las aves y debía limitarse solamente a agitar la toalla y a gritar «¡Sos!» para espantarlas.

Ellen adiestró en aquella tarea a docenas de negritos; era el primer puesto de responsabilidad que desempeñaba un esclavo en Tara. Cuando cumplían diez años, eran enviados al viejo Daddy, el zapatero de la plantación, para aprender su oficio; o a Amos, el carpintero y carrero; o a Philippe, el vaquero; o a Cuffee, el mozo de muías. Si no mostraban aptitudes para ninguno de estos oficios, trabajaban en el campo, y, en opinión de los negros, habían perdido sus derechos a cualquier posición social.

La vida de Ellen no era fácil ni feliz; pero ella no había esperado que fuese fácil, y, en cuanto a la felicidad, era aquél su destino de mujer. El mundo pertenecía a los hombres, y ella lo aceptaba así. El hombre era el dueño de la prosperidad, y la mujer la dirigía. El hombre se llevaba el mérito de la gerencia y la mujer encomiaba su talento. El hombre mugía como un toro cuando se clavaba una astilla en un dedo y la mujer sofocaba sus gemidos en el parto por temor a molestarle. Los hombres eran ásperos al hablar y se emborrachaban con frecuencia. Las mujeres ignoraban las brusquedades de expresión y metían en la cama a los borrachos, sin decir palabras agrias. Los hombres eran rudos y francos, y las mujeres, siempre buenas, afables e inclinadas al perdón.

Ella había sido educada en las tradiciones de las grandes señoras, a quienes se les enseña a soportar su carga conservando su encanto; y pensaba que sus tres hijas llegarían a

ser también grandes señoras. Con las dos más jóvenes lo había conseguido, porque Suellen ansiaba tanto ser atractiva que prestaba oídos atentos y obedientes a las enseñanzas de su madre, y Carreen era tímida y fácil de guiar. Pero Scarlett, verdadera hija de Gerald, encontró áspero el camino del señorío.

Ante la indignación de Mamita, prefería compañeros de juego que no fuesen sus formales hermanitas o las bien educadas niñas de los Wilkes, sino los negritos de la plantación y los chicos de la vecindad; y sabía trepar a un árbol o tirar una piedra tan bien como cualquiera de ellos. Mamita estaba muy disgustada con que una hija de Ellen manifestara tales inclinaciones, y con frecuencia la conjuraba a que «se portase como una señora». Pero Ellen tomaba el asunto con una actitud más tolerante y previsora. Sabía que los compañeros de infancia serían, años después, sus pretendientes, y el primer deber de una muchacha era casarse. Se decía a sí misma que la niña estaba simplemente llena de vida y que habría tiempo de enseñarle las artes y gracias precisas para resultar atractiva a los hombres.

A tal fin encaminaron Ellen y Mamita sus esfuerzos, y, cuando Scarlett creció, se hizo una buena alumna en esa materia; pero no aprendió casi ninguna otra cosa. A pesar de una serie de institutrices y de dos años en la cercana Academia Femenina de Fayetteville, su educación era muy incompleta; sin embargo ninguna muchacha del condado bailaba con más gracia que ella. Sabía ronreír haciendo resaltar los hoyuelos de su rostro; caminar anadeando para que las amplias faldas de su miriñaque oscilaran fascinantes; sabía mirar a un hombre a la cara y bajar después los ojos pestañeando rápidamente, de modo que pareciese el temblor de una dulce emoción. Pero sobre todo aprendió a ocultar a los hombres una inteligencia aguda bajo un rostro tan dulce y tierno como el de un niño.

Ellen, con amonestaciones en tono suave, y Mamita, con sus constantes censuras, trataban de inculcar en ella las cualidades que la habrían de hacer verdaderamente deseable como esposa.

—Debes ser más amable, querida, más sosegada —decía Ellen a su hija—. No debes interrumpir a los caballeros que te hablen, aunque creas saber más que ellos sobre el asunto de que traten. A los caballeros no les gustan las muchachas demasiado desenvueltas.

—Las señoritas tontas que presumen mucho y dicen «quiero esto, no quiero aquello» pueden dar por seguro que no encontrarán marido —profetizaba Mamita con enfado—. Las muchachas deben bajar los ojos y decir «Sí, señor», «Está muy bien lo que usted dice, señor».

Entre las dos le enseñaron todo lo que una señorita bien nacida debía saber, pero ella aprendió solamente los signos exteriores de la urbanidad. No aprendió nunca la gracia interior de la que esos signos deben brotar: no la aprendió nunca ni vio la necesidad de aprenderla. Con las apariencias bastaba, porque sus apariencias señoriles le atraían cortejadores, y ella no deseaba más. Gerald se jactaba de que su hija era la mayor beldad de los cinco condados, lo cual era, en parte, verdad, pues le habían hecho proposiciones matrimoniales casi todos los jóvenes de las cercanías y de muchos lugares tan lejanos como Atlanta y Savannah.

A los dieciséis años, gracias a Mamita y a Ellen, Scarlett parecía dulce, encantadora y vivaracha; pero era, en realidad, caprichosa, presumida y terca. Tenía las pasiones fácilmente excitables de su padre irlandés, y nada, excepto una tenue capa exterior, del carácter desinteresado e indulgente de su madre. Ellen no se dio jamás completamente cuenta de que era sólo una capa, pues Scarlett le ponía siempre su mejor cara a su madre, ocultando sus travesuras, refrenando su temperamento y mostrándose en presencia de Ellen

lo más suave que podía, porque su madre sabía, con una sola mirada de reproche, hacerla llorar. Pero Mamita no se hacía ilusiones sobre ella, y estaba constantemente alerta a las grietas de aquella capa. Los ojos de Mamita eran más agudos que los de Ellen, y Scarlett no recordaba nunca haberla podido engañar por mucho tiempo.

No es que estas dos guías afectuosas deplorasen la alegría, la vivacidad y la fascinación y el hechizo de Scarlett. Éstos eran rasgos de los que las mujeres del Sur se enorgullecían. Era el carácter terco e impetuoso de Gerald lo que las preocupaba en ella, y a veces temían que no pudieran ocultarse sus cualidades nocivas antes de que hiciese un buen matrimonio.

Pero Scarlett se proponía casarse, y casarse con Ashley, y le interesaba aparecer recatada, dócil y frivola, si es que éstas eran las cualidades que atraían a los hombres. No sabía por qué les gustaban a los hombres. Sólo sabía que tales métodos eran los que tenían éxito. Nunca le interesó tanto aquello como para intentar buscar la razón que lo motivaba, porque ignoraba el interior de los seres humanos y, por tanto, el suyo propio. Sabía únicamente que si ella decía «esto es así», los hombres invariablemente respondían «así es». Era como una fórmula matemática y sin mayor dificultad, porque las matemáticas habían sido la única materia que le pareció fácil a Scarlett en su época de colegiala.

Si conocía poco la idiosincrasia masculina, conocía aún menos la femenina, pues las mujeres le interesaban poco. No había tenido jamás una amiga ni sentido su necesidad. Para ella, todas las mujeres, incluso sus dos hermanas, eran enemigas naturales que perseguían la misma presa: el hombre.

Todas las mujeres, excepto una: su madre.

Ellen O'Hara era diferente, y Scarlett la consideraba como algo sagrado, aparte del resto del género humano. De niña, confundía a su madre con la Virgen María, y ahora que era mayor no veía motivo para cambiar de opinión. Para ella, Ellen representaba esa completa seguridad que sólo el Cielo o una madre pueden dar. Sabía que su madre era la personificación de la justicia, de la verdad, de la ternura afectuosa y del profundo saber: una gran señora.

Scarlett deseaba vivamente ser como su madre. La única dificultad era que, siendo justa y sincera, tierna y desinteresada, una se perdía la mayor parte de los goces de la vida y, sin duda, muchos cortejadores. Y la vida era demasiado breve para renunciar a tantas cosas agradables. Algún día, cuando se hubiese casado con Ashley y fuese vieja, algún día, cuando tuviese tiempo, trataría de ser como Ellen. Pero hasta entonces...

4

Aquella noche, durante la cena, Scarlett cumplió su misión de presidir la mesa en ausencia de su madre; pero su pensamiento estaba trastornado por la tremenda noticia que había oído acerca de Ashley y Melanie. Sentía un desesperado deseo de que su madre volviera de casa de los Slattery, porque sin ella se sentía perdida y sola. ¿Qué derecho tenían los Slattery, con sus eternas enfermedades, a sacar a Ellen de su casa, cuando Scarlett la necesitaba más?

Durante la triste comida, la voz ruidosa de Gerald continuó ensordeciéndola hasta el punto de hacérsele insoportable. Él había olvidado por completo su conversación de aquella tarde y continuaba una especie de monólogo sobre las últimas noticias de Fort Sumter, acompañándolo de puñetazos en la mesa y agitando los brazos en el aire.

Gerald tenía la costumbre de dominar la conversación a las horas de comer, y Scarlett, generalmente preocupada con sus propios pensamientos, apenas le oía; pero aquella noche podía oírle menos aún, ya que sólo estaba atenta al ruido del coche que anunciase la vuelta de Ellen. Cierto que no pensaba decir a su madre lo que tanto le pesaba en el corazón, porque a Ellen le disgustaría y apenaría el saber que una hija suya quería a unhombre comprometido con otra muchacha. Pero, en lo más recóndito de la primera tragedia de su vida, ansiaba el gran consuelo de la presencia de su madre. Sentíase siempre segura cuando Ellen estaba a su lado, pues no había nada, por doloroso que fuese, que Ellen no pudiese mejorar sólo con su presencia.

Se levantó repentinamente de la silla al oír rechinar ruedas en la avenida; pero volvió a sentarse cuando el ruido se perdió en el corral de detrás de la casa. No podía ser Ellen, porque ella se habría apeado frente a la escalinata. En la oscuridad del corral, se oyó un excitado vocerío de negros y una estridente risotada. Mirando por la ventana, Scarlett vio a Pork, que había salido de la estancia un momento antes, sosteniendo en alto un candelabro encendido, mientras que de un carro descendían varias figuras que no conseguía distinguir. Las risas y las palabras sonaron más fuertes en el aire de la noche; eran voces agradables, rústicas y descuidadas, guturalmente suaves y musicalmente agudas.

Los pies se fueron arrastrando hasta la escalera posterior, y cruzaron el pasadizo que conducía a la casa principal, deteniéndose en el vestíbulo, justamente a la puerta del comedor. Hubo una breve pausa de cuchicheos, y luego Pork entró sin su habitual dignidad, girando los ojos alegres y resplandeciendo sus blancos dientes.

—Señor Gerald —anunció entrecortadamente, con el orgullo de un novio en su rostro radiante—. Su nueva mujer ha llegado.

—¿Mi nueva mujer? Yo no he comprado ninguna mujer —declaró Gerald, fingiendo gran seriedad.

—¡Ya lo creo, señor Gerald, ya lo creo! Y ahora está ahí fuera, esperando hablar con usted —contestó Pork, con una risita y frotándose las manos con excitación.

—Bueno, que pase la novia —dijo Gerald.

Y Pork, volviéndose, hizo señas de que entrase a su mujer, recién llegada de la plantación de los Wilkes para formar parte de la servidumbre de Tara. Entró, y, detrás de ella, casi oculta en su voluminosa falda de indiana, iba una niña de doce años, incrustada entre las piernas de su madre.

Dilcey era alta y se mantenía derecha. Podía tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta años, tan terso era su inmóvil rostro. La sangre india revelábase en sus

facciones, dominando las características negras. El color rojo de su piel, su frente alta y estrecha, los pómulos salientes y la nariz aguileña, cuya punta se aplastaba sobre unos gruesos labios de negra, mostraban la mezcla de las dos razas. Manteníase serena y andaba con una dignidad que superaba incluso a la de Mamita, porque ésta la había adquirido y Dilcey la llevaba en su sangre. Cuando hablaba, su voz no era tan estridente como la de la mayor parte de los negros, y escogía las palabras con más cuidado.

—Buenas noches, señoritas, señor Gerald. Siento mucho molestarlos, pero quería venir a darles las gracias por haberme comprado a mí y a mi niña. Muchos señores han querido comprarme, pero no querían comprar también a mi Prissy, y por eso, sobre todo, quiero darle las gracias. Me portaré lo mejor que pueda, para demostrarles que no lo olvido.

—¡Ejem, ejem! —tosió Gerald, aclarándose la garganta y sintiéndose apurado al ser sorprendido en un acto de bondad.

Dilcey se volvió a Scarlett, y algo como una sonrisa arrugó las comisuras de sus ojos.

—Señorita Scarlett, Pork me ha dicho que usted le había pedido a su papá que me comprase. Y por eso le voy a dar a usted mi Prissy, para que sea su doncella.

Se volvió e hizo adelantarse a la chiquilla. Era una criaturita morena, de piernas delgaduchas como las de un pajarito, y con una profusión de trencitas cuidadosamente arrolladas en tiesos bigudíes sobre su cabeza. Tenía unos ojos agudos e inteligentes que se fijaban en todo y una expresión estudiadamente estúpida en la cara.

—Gracias, Dilcey —replicó Scarlett—; pero me temo que Mamita tenga algo que objetar. Ha sido doncella mía desde que nací.

—Mamita se va haciendo vieja —dijo Dilcey con una calma que habría desesperado a Mamita—. Es una buena niñera, pero usted es ahora una señorita y necesita una buena doncella, y mi Prissy lo ha sido de la señorita India, hace ahora un año. Sabe coser y peina bien.

Animada por su madre, Prissy saludó con una rápida reverencia y sonrió a Scarlett, que no pudo por menos de devolverle la sonrisa. «Es lista la chiquilla», pensó; y dijo en alta voz:

—Gracias, Dilcey; ya veremos qué se hace cuando Mamita vuelva a casa.

—Gracias, señorita; les deseo buenas noches —dijo Dilcey; y, volviéndose, salió de la habitación con su niña, mientras Pork permanecía plantado en la estancia.

Levantada la mesa, Gerald reanudó su discurso, aunque con escasa satisfacción para él y para cuantos componían su auditorio. Sus estruendosas predicciones de guerra inmediata y sus declamatorias preguntas sobre si el Sur toleraría nuevos insultos de los yanquis, obtuvieron sólo débiles y aburridos «sí, papá» y «no, papá». Carreen, sentada en una banqueta bajo la gran lámpara, estaba embebida en la novela de una muchacha que había tomado el velo después de la muerte de su galán, y, con lágrimas silenciosas resbalando de sus ojos, se imaginaba, complacida, a sí misma con blanca toca. Suellen, bordando junto a lo que ella alegremente llamaba la «arqueta de su ajuar», pensaba si le sería posible separar a Stuart Tarleton de su hermana en la barbacoa del día siguiente, y en fascinarle con las dulces cualidades femeninas que ella poseía y Scarlett no.

Y Scarlett sentíase agitada, pensando en Ashley.

¿Cómo podía papá seguir hablando de Fort Sumter y de los yanquis, sabiendo que ella tenía el corazón destrozado? Como sucede a los jóvenes, la admiraba que la gente pudiese ser tan egoísta y olvidadiza de su dolor y que el mundo siguiese girando a pesar de su angustia.

Parecíale que su cabeza había sido trastornada por un ciclón y encontraba extraño que el comedor, donde se hallaban, siguiera *¡n* plácido, tan igual a como estaba siempre. La pesada mesa de caoba y los demás muebles, la vajilla de plata maciza, las alfombras de vivos colores sobre el brillante pavimento, todo estaba en su sitio, como si nada hubiese ocurrido. Era una estancia apacible y cómoda; generalmente, agradábanle a Scarlett las horas tranquilas que la familia pasaba allí, después de la cena; pero esta noche la odiaba, y de no haber temido las preguntas ruidosas de su padre, se hubiera deslizado por el vestíbulo oscuro hacia el gabinetito de su madre para desahogar su pena sobre el viejo sofá.

Aquél era el cuarto que Scarlett prefería de toda la casa. Allí se sentaba Ellen, por las mañanas, ante la gran escribanía, para llevar las cuentas de la plantación y escuchar los informes de Jonnas Wilkerson, el capataz. Allí también holgazaneaba la familia mientras la pluma de ave de Ellen garrapateaba en los libros: Gerald en la vieja mecedora y las muchachas sobre los mullidos cojines del sofá, demasiado usados para adornar las habitaciones principales.

Scarlett no deseaba ahora más que estar allí, a solas con Ellen, para descansar su cabeza en el regazo de su madre y llorar en paz. ¿Es que no iba a volver a casa Ellen?

Entonces crujieron ruedas sobre el enarenado camino y llegó al comedor el suave murmullo de la voz de Ellen despidiendo al cochero. Todo el grupo levantó la cabeza ansiosamente, y ella entró ligera, balanceando su miriñaque, con el rostro cansado y triste. Con ella penetró la tenue fragancia a verbena y limón que parecía desprenderse siempre de los pliegues de su vestidos, una fragancia que iba unida en la mente de Scarlett a la imagen de su madre. Mamita la seguía a corta distancia, con la bolsa de cuero en la mano, el labio inferior saliente y la frente baja. Mamita iba refunfuñando para sí, a medida que avanzaba, cuidando de que sus observaciones fuesen tan quedas que no se entendieran, aunque lo bastante fuertes para revelar su absoluta desaprobación. —Siento llegar tan tarde —dijo Ellen, quitándose de los hombros el chai de lana, dándoselo a Scarlett y acariciando sus mejillas.

El rostro de Gerald se iluminó como hechizado al entrar ella.

—¿Ha sido bautizado el mocoso? —preguntó.

—Sí, y ha muerto, la pobre criatura —dijo Ellen—. Temí que Emmie le siguiese, pero creo que vivirá.

Las caras de las muchachas se volvieron a ella, asustadas e interrogantes, mientras Gerald movía la cabeza filosóficamente.

—Bueno, mejor es que haya muerto el niño; pues, sin duda, el pobre huérfano...

—Es tarde. Mejor será que recemos ahora —interrumpió Ellen tan suavemente, que, si Scarlett no hubiese conocido tan bien a su madre, la interrupción habría pasado inadvertida.

Hubiera sido interesante saber quién era el padre del niño de Emmie Slattery, pero Scarlett comprendió que no sabría nunca la verdad si esperaba oírla de labios de su madre. Scarlett sospechaba de Jonnas Wilkerson, porque le había visto pasear frecuentemente por la carretera con Emmie, al anochecer. Jonnas era yanqui y soltero, y el hecho de ser capataz le impedía todo contacto con la vida social del condado. No había familia de alguna posición en la que hubiese podido entrar como marido, ni personas con las que pudiera relacionarse, excepto los Slattery u otra gentuza así. Como tenía una educación superior a la de los Slattery, era natural que no quisiera casarse con Emmie, aunque pasease con ella frecuentemente al caer la tarde.

Scarlett suspiró, pues su curiosidad era vivísima. Ante los ojos de su madre ocurrían

siempre cosas a las que prestaba tan poca atención que era como si no hubieran sucedido. Ellen ignoraba todo lo que era contrario a sus ideas de corrección y trataba de inculcar los mismos principios a Scarlett, aunque con poco éxito.

Ellen se acercó a la repisa de la chimenea para coger su rosario de la cajita con incrustaciones en que lo guardaba siempre, cuando Mamita habló con firmeza:

—Señora Ellen, debe usted cenar algo antes de rezar.

—Gracias, Mamita; pero no tengo ganas.

—Iré yo misma a pedir algo y comerá usted —dijo Mamita con la frente arrugada por la indignación.

Y cruzó el vestíbulo hacia la cocina.

—¡Pork! —llamó—. Di a la cocinera que avive la lumbre. Ha vuelto la señora.

Mientras las maderas del pavimento crujían bajo su peso, el soliloquio que Mamita empezó a refunfuñar en el vestíbulo se hizo más fuerte, llegando claramente a los oídos de la familia en el comedor.

—Siempre he dicho que era inútil hacer nada por esos blancos pobretones. Son la gente más ingrata e incapaz que he visto. Y la señora Ellen no debería ocuparse ni afanarse en asistir a gente que no tienen negros que la cuide. Y como yo digo...

Su voz se alejó por el pasadizo, techado pero abierto lateralmente, que conducía a la cocina. Mamita tenía su método propio para dar a conocer exactamente a sus amos el pensamiento sobre cualquier asunto.

Sabía que la dignidad de los blancos quedaba rebajada si prestaban la más leve atención a lo que decía un negro que se iba refunfuñando. Sabía también que para salvaguardar aquella dignidad debían ignorar lo que refunfuñaba, aunque estuviera en la habitación contigua y casi gritase. Esto le evitaba toda reprimenda, y al mismo tiempo no les dejaba dudas sobre lo que ella opinaba de cualquier asunto.

Pork entró llevando una bandeja, platos y un mantel. Iba seguido de Jack, un negrito de diez años que se abrochaba de prisa una chaqueta de tela blanca con una mano y con la otra llevaba un mosquitero hecho de tiras de papel de periódico, atadas a un bastón más alto que él. Ellen tenía uno muy bonito, hecho de plumas de pavo real; pero éste se usaba sólo en ocasiones especiales y únicamente después de una lucha doméstica, debido a la obstinada convicción de Pork, Mamita y la cocinera, de que las plumas de pavo traían mala suerte.

Ellen se sentó en la silla que Gerald arrimó para ella, y cuatro voces la atacaron.

—Mamá, el encaje de mi traje nuevo de baile se ha roto y quiero ponérmelo mañana por la noche en la fiesta de Doce Robles. ¿Quieres hacer el favor de coserlo?

—Mamá, el vestido nuevo de Scarlett es más bonito que el mío; yo con el rosa parezco un espantajo. ¿Por qué no se pone ella el mío rosa y me deja llevar el suyo verde? Ella estará muy bien de rosa.

—Mamá, ¿quieres dejarme ir mañana por la noche al baile? Ya tengo trece años...

—Señora O'Hara, ¿quiere usted creerlo...? Chist, muchachas, ¡o si no cojo el látigo! Calvert ha estado esta mañana en Atlanta y dice... ¿Queréis callaros de una vez? ¡No oigo ni mi voz...! Y dice que todo el mundo anda trastornado y que no se habla más que de guerra; las milicias hacen la instrucción y están formando los regimientos. Y dice que, según las últimas noticias de Charleston, no quieren ya soportar más insultos de los yanquis.

La callada boca de Ellen sonrió en medio del tumulto; y antes que a los demás volvió la mirada a su marido, como debe hacer una buena esposa.

—Si la simpática gente de Charleston piensa así, estoy segura de que pronto pensaremos todos igual —dijo, porque estaba completamente convencida de que, a excepción de Savannah, la mayor parte de la gente bien nacida de todo el continente se encontraba en aquella pequeña ciudad marítima; opinión firmemente compartida por los charlestonianos.

—No, Carreen: el año próximo, querida. Entonces podrás ir a los bailes y llevar vestidos largos, ¡y cómo se divertirá mi niña de mejillas sonrosadas! No te enfades, tesoro. Puedes ir a la barbacoa y estar levantada hasta la hora de la cena; pero, hasta los catorce años, nada de bailes.

—Dame tu vestido, Scarlett. Arreglaré el encaje después de rezar.

—Suellen, querida, no me agrada ese tono. Tu vestido rosa es muy bonito y te va muy bien, como a Scarlett el suyo. Pero mañana por la noche puedes ponerte mi collar granate.

Suellen hizo por detrás de su madre un gesto de triunfo á Scarlett, que tenía proyectado pedir el collar para ella. Scarlett le sacó la lengua. Suellen era una hermana molesta, con sus lamentaciones y su egoísmo, y, si no hubiese sido por la mano de Ellen que la contuvo, Scarlett le hubiera tirado de las orejas.

—Ahora, señor O'Hara, dime qué te ha contado Calvert de Charleston —dijo Ellen.

Scarlett sabía que a su madre no le importaban nada la guerra ni la política, considerándolos asuntos de hombres en los que no debía inmiscuirse una mujer inteligente. Pero a Gerald le gustaba exponer sus ideas y Ellen trataba invariablemente de agradar a su marido.

Mientras Gerald lanzaba sus noticias, Mamita colocó los platos ante su ama: galletas, pechuga de pollo y un amarillo ñame abierto, humeante y goteando manteca derretida. Mamita pellizcó a Jack y éste se apresuró en su tarea, agitando lentamente el mosquitero de papel por delante y por detrás de Ellen. Mamita permaneció junto a la mesa observando cada cucharada que su señora se llevaba del plato a la boca, como si quisiera meter a la fuerza los alimentos en la garganta de Ellen, viendo que ésta hacía gestos de desgana. Ellen comía de prisa, pero Scarlett notó que estaba tan cansada que no se daba cuenta de lo que comía. Sólo el implacable gesto de Mamita la obligaba a ello.

Vaciado el plato, y cuando Gerald apenas había llegado a la mitad de sus observaciones sobre los latrocinios de los yanquis que querían la libertad de los negros sin pagar, no obstante, ni un céntimo por su libertad, Ellen se levantó.

—¿Vamos a rezar? —preguntó él de mala gana.

—Sí. Es tan tarde... ¿Oyes? Las diez ya.

Mientras, el reloj daba la hora con sus tañidos ásperos y metálicos.

—Carreen debía estar durmiendo hace ya rato. La lámpara, Pork, haz el favor; y tú, Mamita, mi libro de oraciones.

Hostigado por el ronco siseo de Mamita, Jack dejó su mosquitero en un rincón y se llevó los platos, mientras Mamita buscaba en el cajón de la alacena el libro de oraciones de su ama. Pork se acercó de puntillas y tiró lentamente de la cadena de la lámpara hasta acercarla a la mesa, que quedó iluminada, mientras el techo y las paredes permanecían en la sombra. Ellen se recogió la falda y arrodillóse en el suelo, colocando el libro abierto delante de ella, sobre la mesa y sosteniéndolo con las manos. Gerald se arrodilló a su lado; Scarlett y Suellen se colocaron en sus sitios de costumbre, recogiendo sus faldas voluminosas como un cojín bajo sus rodillas, para sentir menos la dureza del suelo. Carreen, que era baja para su edad, no podía arrodillarse cómodamente junto a la mesa y por eso solía colocar ante ella

una silla, acodándose sobre el asiento. Le gustaba aquella postura porque, generalmente, se amodorraba durante los rezos, y así quedaba oculta a las miradas de su madre.

Los criados de la casa se agruparon, adelantándose hacia el vestíbulo para arrodillarse junto a la puerta: Mamita, gruñendo; Pork, derecho como un palo; Rosa y Teena, las doncellas, muy graciosas con sus amplios vestidos de percal de vivos colores; Cora, la cocinera, delgada y pálida bajo el pañuelo blanco que le cubría la cabeza, y Jack, agotado por el sueño, lo más lejos posible de los pellizcos despiadados de Mamita. Sus ojos negros brillaban de atención, porque los rezos con los amos eran uno de los acontecimientos del día. Las viejas frases llenas de color de la letanía, con su oriental riqueza de imágenes, no tenían significado para ellos pero daban cierta satisfacción a sus corazones, y por eso bajaban siempre la cabeza cantando las respuestas *Kyrie eleison* y *Ora pro nobis.*

Ellen cerró los ojos y empezó a rezar; su voz se alzaba y descendía, acariciadora y suave. Las cabezas se inclinaban en el cerco de luz amarillento, mientras ella daba gracias a Dios por la salud y la felicidad de su casa, de su familia y de sus esclavos. Después de haber terminado de rogar por los que vivían bajo el techo de Tara, por su padre, por su madre, por sus hermanas, por sus tres hijos muertos y por las «ánimas del Purgatorio», apretó entre sus dedos el rosario y empezó la salmodia. Como el rumor de una dulce brisa, se oía el murmullo de las respuestas de los blancos y los negros: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

A pesar de su dolor de cabeza y del sufrimiento de las lágrimas contenidas, un sentido profundo de quietud y de paz descendió sobre Scarlett, como siempre a aquella hora. Parte de las desilusiones de la jornada y de la preocupación por el siguiente día desaparecían dejando lugar a un sentimiento de esperanza. No era la elevación del alma a Dios lo que le traía aquel consuelo, porque en ella la religión no iba al compás de las plegarias murmuradas a flor de labios, sino más bien la vista del rostro sereno de su madre, vuelto hacia el Trono de Dios con sus ángeles y sus santos, pidiendo la bendición para todos los que amaba. Cuando Ellen hablaba al Cielo, Scarlett estaba segura de que éste la escuchaba.

Ellen terminó y Gerald, que no conseguía jamás encontrar su rosario en el momento de las oraciones, comenzó a contar con los dedos las diez avemarias. Mientras sonaba su voz, los pensamientos de Scarlett empezaron, contra su voluntad, a divagar. Sabía que hubiera debido hacer examen de conciencia; Ellen le había enseñado que al final de cada día era necesario examinar meticulosamente la conciencia, reconocer sus culpas y rogar el perdón del buen Dios, comprometiéndose a no repetirlas más. Pero Scarlett examinaba su propio corazón.

Dejó caer la cabeza sobre sus manos unidas, de manera que su madre no pudiera verle la cara, y su pensamiento volvió tristemente a Ashley. ¿Cómo podía proyectar casarse con Melanie, cuando era a ella a quien amaba? ¿Cómo podía, voluntariamente, destrozarle el corazón?

De repente, una idea cruzó su entendimiento, como una ráfaga de luz.

«¡Pero si Ashley no sabe que le amo!»

Sintió un sobresalto: su mente quedó como paralizada por un momento, durante el cual no pudo respirar.

«¿Cómo va a saberlo? Me he comportado siempre con tanta reserva, que probablemente se imagina que me interesa sólo como amigo. Sí, ¡por esto no me ha hablado! Cree que su amor no es correspondido. Y por eso parece tan...»

Su memoria volvió velozmente a los días en que le había sorprendido mirándola de una manera extraña, cuando los ojos grises que disimulaban tan bien sus pensamientos le aparecían completamente vacíos, con una expresión de tormento y desesperación.

«Estará desesperado porque cree que estoy enamorada de Brent, de Stuart o de Cade. Probablemente ha pensado que, como no puede casarse conmigo, será preferible contentar a su familia casándose con Melanie. Pero si supiese que yo le amo...»

Su espíritu voluble pasó de la más profunda depresión a la felicidad más vibrante. Ésta era la razón del retraimiento de Ashley, de su extraña conducta. ¡Él no sabía! La vanidad de Scarlett acudió en ayuda de su deseo de creer y este deseo se hizo realidad. Si Ashley supiese que ella le amaba...

«¡Oh! —pensó, entusiasmada, apretándose con los dedos la inclinada frente—. ¡Qué tonta he sido en no pensar en esto antes! Tengo que encontrar el modo de hacérselo saber. ¡No se casaría con ella si supiese que le quiero! ¿Cómo iba a ser posible?» Con un estremecimiento, se dio cuenta de que Gerald había terminado su rezo y de que su madre tenía los ojos fijos en ella. Empezó de prisa su decena de rosario, pronunciando las avemarias de un modo automático y con una profunda emoción en la voz, que obligó a Mamita a abrir los ojos y a mirarla de manera inquisitiva. Cuando terminó su decena, y Suellen y después Carreen dijeron la suya, su mente volvió de nuevo al pensamiento de antes.

¡No era demasiado tarde! ¡Cuántas veces el condado se había conmovido porque algún novio o novia, cuando estaba a punto de llegar al altar, rompía su compromiso! ¡La petición de mano de Ashley no había sido anunciada aún! ¡Sí, todavía había tiempo!

De no existir amor entre Ashley y Melanie, sino una promesa hecha algún tiempo atrás, ¿por qué no podría él desligarse de su compromiso y casarse con Scarlett? Seguramente lo haría si supiese que ella le amaba... ¡Debía encontrar la manera de hacérselo saber! Y entonces...

Despertó bruscamente de su sueño feliz al notar que se había descuidado en responder a los rezos y su madre la estaba mirando con aire de reproche. Al incorporarse al ritual, abrió un poco los ojos y miró en torno suyo. Las figuras arrodilladas, la quieta luz de la lámpara, la sombra donde los negros musitaban, hasta los objetos familiares que un rato antes le habían parecido odiosos, adquirieron en un momento el color de sus emociones y la estancia volvió a ser un lugar agradable y acogedor. ¡No olvidaría jamás aquel momento ni aquella escena!

—*Virgo fidelis* —entonó su madre. Empezaba la letanía de la Virgen y Scarlett respondió obediente:

—*Ora pro nobis* —mientras Ellen, con su suave voz de contralto, seguía enumerando los atributos de la Madre de Dios.

Como siempre, desde su infancia, éste era para Scarlett el momento de sentir adoración por Ellen, más aún que por Nuestra Señora. Podía ser un pensamiento sacrilego, pero Scarlett veía a través de sus ojos cerrados el rostro sereno de Ellen y no el de la Santa Virgen, mientras se repetían las antiguas frases. *Salus infirmorum... Refugiumpecatorum... Sedes sapientiae... Rosa mystica...* Bellas palabras porque eran los atributos de Ellen. Pero aquella noche, a causa de la alteración de su espíritu, Scarlett halló en todo el ceremonial, en las palabras pronunciadas quedamente, en el murmullo de las respuestas, una belleza que superaba a todo cuanto había sentido anteriormente. Su corazón se elevó a Dios en una sincera acción de gracias, porque ante sus pies se había abierto un sendero... que la apartaba de su pena y la conducía derechamente a los brazos de Ashley.

Al sonar el último *Amén,* todos se levantaron; un poco fatigosamente, Mamita consiguió ponerse en pie, merced a los esfuerzos combinados de Teena y Rosa. Pork cogió de la repisa de la chimenea una larga vela que acercó a la llama de la lámpara y salió al vestíbulo. Frente a la escalera había un aparador de nogal demasiado grande para el comedor y, sobre el estante superior, diferentes lámparas y una larga hilera de velas en sus candelabros. Pork encendió una lámpara y tres velas y, con la pomposa dignidad de un primer chambelán de palacio que acompaña a los reyes a sus aposentos, inició el desfile por la escalera, llevando la luz en alto. Ellen le seguía del brazo de Gerald y detrás de ellos subieron las muchachas, cada una con un candelabro en la mano.

Scarlett entró en su habitación, colocó el candelabro sobre la cómoda y buscó en el oscuro armario el vestido de baile que necesitaba arreglar. Se lo echó al brazo y cruzó silenciosamente el rellano. La puerta del dormitorio de sus padres estaba entornada y, antes de que tuviese tiempo de llamar, oyó la voz de Ellen, que decía:

—Gerald, debes despedir a Jonnas Wilkerson.

Gerald exclamó:

—¿Dónde voy a encontrar otro mayordomo que no me engañe ni me robe en cuanto yo vuelva la espalda?

—Hay que despedirlo inmediatamente, mañana temprano. Big Sam es un buen hombre y puede ocupar ese puesto hasta que encuentres otro mayordomo.

—¡Ah, ah! —replicó Gerald—. Ya caigo. De modo que Jonnas es el padre...

—Es preciso despedirlo.

«¿Conque es el padre del chiquillo de Emmy Slattery? —pensó Scarlett—. ¡Bah! ¿Qué se podía esperar de un yanqui y de la hija de unos blancos pobretones?»

Después de una pausa discreta, esperó a que Gerald terminase de murmurar y entonces llamó a la puerta y entregó el vestido a su madre.

Mientras Scarlett se desnudaba, y hasta que apagó la vela, decidió su plan para el día siguiente hasta en sus últimos detalles. Era facilísimo, porque, con la simplicidad de espíritu que había heredado de Gerald, sus ojos estaban fijos en la meta y pensaba sólo en el medio más directo de alcanzarla.

Ante todo, sería «orgullosa», como había ordenado Gerald. Desde el momento de su llegada a la fiesta de Doce Robles, se mostraría más alegre y más ingeniosa que nunca. Nadie sospecharía que estaba apenada por la boda de Ashley con Melanie. Y coquetearía con todos. Esto atormentaría a Ashley y le atraería a ella. No desperdiciaría a ninguno de los solteros, desde Frank Kennedy el del rubio bigote, que era el pretendiente de Suellen, hasta el tranquilo y tímido Charles Hamilton, hermano de Melanie. Rondarían a su alrededor como abejas en torno a una colmena. Y, seguramente, Ashley dejaría a Melanie para unirse al enjambre de sus admiradores. Entonces, ella maniobraría para quedarse sola con él, aunque fuese sólo un minuto, alejados de la gente. Esperaba que todo saliese bien, pues de otra manera resultaría muy difícil. Si Ashley no daba el primer paso, lo daría ella.

Cuando estuviesen finalmente solos, tendría él aún ante sus ojos el cuadro de los otros hombres revoloteando alrededor de Scarlett, se daría cuenta de que todos la deseaban y la mirada triste y desesperada reaparecía en sus ojos. Entonces ella le haría nuevamente feliz dejándole descubrir que, entre tantos enamorados, le prefería a todos los hombres del mundo. Después de haber admitido esto, modesta y dulcemente, le daría a entender otras cosas. Comportándose, claro es, en todo momento correctamente, como una señorita. Cierto que no tenía la intención de decirle de pronto que le amaba, eso no. Pero era éste un detalle que no la preocupaba. En otras ocasiones había pasado por situaciones parecidas y podría

hacerlo una vez más.

Ya en la cama, envuelta en la luz de la luna que la bañaba por completo, se imaginó toda la escena. Veía la expresión de sorpresa y de felicidad que iluminaría el rostro de Ashley en el momento en que comprendiese que ella le amaba, y oía las palabras que le diría al pedirle que fuera su mujer.

Naturalmente, ella le respondería que no podía pensar en casarse con un hombre comprometido con otra, pero él insistiría y, finalmente, ella se dejaría persuadir. Entonces decidirían ir a Jonesboro aquella misma tarde y...

¡Oh! ¡La noche siguiente, a aquella misma hora, sería la señora de Ashley Wilkes!

Sentada en la cama y abrazándose las rodillas, feliz, por un momento fue la señora Wilkes... ¡La esposa de Ashley Wilkes! De repente sintió frío en el corazón. ¿Y si las cosas no sucediesen así? ¿Y si Ashley no le propusiera que se fugase con él? Resuelta, desechó aquel pensamiento.

«No quiero pensar en eso —se dijo con firmeza—. Si lo hago, yo misma desbarataré mi plan. No hay razón para que las cosas no sucedan como deseo... si Ashley me ama. ¡Y yo sé que me ama!»

Levantó la cabeza, y sus ojos, de largas y negras pestañas, brillaron bajo la pálida luz de la luna. Ellen no le había dicho nunca que desear y conseguir eran dos cosas distintas. La vida no le había enseñado que correr no siempre significa alcanzar. Permaneció bajo la luz plateada forjando los proyectos que una chica de dieciséis años puede hacer cuando la vida ha sido siempre para ella tan agradable que una derrota parece imposible, y un vestido bonito y un bello rostro son armas para vencer al destino.

5

Eran las diez de la mañana de un templado día de abril y el dorado sol entraba a torrentes en la habitación de Scarlett a través de las cortinas azules del balcón. Las paredes color crema relucían y los muebles de caoba brillaban con un rojo de vino, mientras el pavimento resplandecía como si fuese de cristal en los sitios donde las alfombras no lo cubrían con sus deslumbrantes y alegres colores.

El verano se sentía ya en el aire, el primer anuncio del verano en Georgia, cuando la primavera cede el paso a un calor intenso. Una perfumada tibieza penetraba en la habitación, cargada de suaves fragancias de flores y de tierra recién arada. Por la abierta ventana, Scarlett veía la doble hilera de narcisos a lo largo de la avenida enarenada y la masa de oro de los jazmines amarillos, que acariciaban el terreno con sus ramas floridas como amplias crinolinas.

Los mirlos y las urracas, en eterno litigio por la posesión del feudo, representado por el magnolio que había bajo su balcón, chillaban sin descanso; las urracas, ásperas y estridentes, los mirlos, dulces y quejumbrosos. Generalmente, aquellas mañanas tan espléndidas atraían a Scarlett al balcón para respirar a pleno pulmón los perfumes de Tara. Hoy no prestaba atención al sol ni al cielo azul, sino a este solo pensamiento: «Gracias a Dios, no llueve.»

Sobre la cama estaba el vestido de baile verde manzana, de seda, con sus festones de encaje crema, cuidadosamente doblado en una gran caja de cartón. Estaba listo para ser llevado a Doce Robles, donde se lo pondría cuando empezase el baile; pero Scarlett, al verlo, se encogió de hombros. Si su plan salía bien, no se lo pondría por la noche. Mucho antes de que empezara el baile, ella y Ashley estarían camino de Jonesboro para casarse.

Ahora, el problema más importante era otro: ¿qué vestido debía ponerse para la barbacoa? ¿Qué vestido le sentaría mejor y la haría más irresistible a los ojos de Ashley? Hasta las ocho, no había hecho más que probarse vestidos y desecharlos, y ahora, acongojada y molesta, estaba delante del espejo con sus largos calzones de encaje, su cubrecorsé de lino y sus tres enaguas de batista y encaje. A su alrededor, los vestidos rechazados yacían por el suelo, sobre la cama y las sillas, formando alegres mezclas de colores, de cintas y lazos.

Aquel vestido de organdí rosa, con el largo lazo color fresa, le estaba bien; pero lo había llevado ya el verano pasado, cuando Melanie fue a Doce Robles; y, seguramente, ésta lo recordaría. Y era capaz de decirlo. Aquél de fina lana negra, de mangas anchas y cuello principesco de encaje, sentaba admirablemente a su blanca piel, pero la hacía quizás aparecer un poco mayor. Scarlett examinó ansiosamente en el espejo su rostro juvenil, casi como si temiera descubrir en él arrugas o una papada. No quería parecer mayor ni menos lozana que la dulce y juvenil Melanie. Aquel otro de muselina listada era bonito con sus amplias incrustaciones de tul, pero no se adaptó nunca a su tipo. Sentaría bien al delicado perfil de Carreen y a su ingenua expresión; pero Scarlett sabía que, a ella, aquel vestido le daba un aire de colegiala. Y no quería aparecer demasiado infantil junto a la tranquila seguridad de Melanie. El de tafetán verde a cuadros, todo de volantes, adornado con un cinturón de terciopelo verde, le gustaba mucho y era, realmente, su vestido favorito porque daba a sus ojos un oscuro reflejo esmeralda; pero desgraciadamente tenía en la parte delantera una inconfundible mancha de grasa. Hubiera podido disimularla con un broche, pero Melanie tenía muy buena vista. Quedaban otros vestidos de algodón. Y, además, los

vestidos de baile y el verde que había llevado el día anterior. Pero éste era un vestido de tarde, inadecuado para una barbacoa, pues tenía cortas manguitas abullonadas y un escote demasiado exagerado. Tendría, sin embargo, que ponerse aquél. Después de todo no se avergonzaba de su cuello, de sus brazos y de su pecho, aunque no era correcto exhibirlos por la mañana. Mirándose en el espejo y girando para verse de perfil, se dijo que en su figura no había nada de que pudiera avergonzarse. Su cuello era corto pero bien formado, sus brazos redondos y seductores; su seno, levantado por el corsé, era verdaderamente hermoso. Nunca había tenido necesidad de coser nada en el forro de sus corsés, como otras muchachas de dieciséis años, para dar a su figura las deseadas curvas. Le satisfacía haber heredado las blancas manos y los piececitos de Ellen, y hubiera querido tener también su estatura. Sin embargo, su altura no le desagradaba. «¡Qué lástima no poder enseñar las piernas!», pensó, levantándose la falda y observándolas, tan bien formadas bajo los pantalones de encajes. ¡Tenía las piernas tan bonitas! En cuanto a su talle, no había en Fayetteville, en Jonesboro, ni en los tres condados quien pudiera vanagloriarse de tenerlo más esbelto.

La idea de su talle la llevó a cosas más prácticas; el vestido de muselina verde tenía cuarenta centímetros de cintura y Mamita le había arreglado el corsé para el vestido de lana negro, que era tres centímetros más ancho. Era necesario, pues, que Mamita lo estrechase un poco. Abrió la puerta y oyó el pesado paso de Mamita en el vestíbulo. La llamó, impaciente, sabiendo que Mamita podía alzar la voz con impunidad ya que Ellen estaba en la despensa repartiendo la comida.

—¿Cree que yo puedo volar? —gruñó Mamita subiendo las escaleras. Entró resoplando como quien espera la batalla y está dispuesto a afrontarla. En sus grandes manos negras llevaba una bandeja sobre la cual humeaban dos grandes batatas cubiertas de manteca, un plato de bizcochos empapados en miel y una gran tajada de jamón que nadaba en salsa. Viendo lo que llevaba Mamita, la expresión de Scarlett cambió, pasando de la irritación a la beligerancia. En la excitada busca de vestidos había olvidado la férrea dictadura de Mamita, que, antes de que fuesen a cualquier fiesta, atiborraba de tal modo a las señoritas O'Hara que se quedaban demasiado hartas para comer nada fuera de casa.

—Es inútil. No como. Puedes llevártelo a la cocina.

Mamita colocó la bandeja sobre la mesa y se plantó con los brazos en jarras.

—Sí, señorita, ¡comerá usted! Me acuerdo muy bien de lo que pasó en la última merienda, cuando no pude traerle la comida antes de marcharse. Tiene usted que comer por lo menos un poco de esto.

—No lo como. Te he llamado para que me ciñas más el corsé, porque es tarde. He oído el coche, que está ya delante de casa.

El tono de Mamita se hizo más suave:

—Ande, señorita Scarlett, sea buena, coma un poquito. La señorita Carreen y la señorita Suellen se lo han comido todo.

—¡Se comprende! —exclamó Scarlett con desprecio—. ¡Tienen el cerebro de un conejo! Pero yo no quiero comer. Me acuerdo aún de aquella vez que lo comí todo antes de ir a casa de los Calvert, y sacaron a la mesa helados hechos con hielo comprado en Savannah, y no pude tomar más que una cucharada. Hoy quiero divertirme y comer cuanto me plazca.

Ante aquel desprecio, la frente de Mamita se arrugó de indignación. Lo que podía hacer una señorita y lo que no podía hacer estaba muy claro en la mente de Mamita. Suellen y Carreen eran pasta blanda en sus manos vigorosas, pero sostenía siempre discusiones con

Scarlett, cuyos naturales impulsos no correspondían a los de una señorita. La victoria de Mamita sobre Scarlett estaba a medio ganar.

—Si a usted no le importa lo que diga la gente, a mí sí me importa —repuso Mamita—. Y yo no voy a soportar que luego la gente empiece a murmurar que come demasiado y que en casa le hacen pasar hambre. Usted sabe que se conoce a la mujer que es una señora porque come como un pajarito.

—Pues mamá es una señora y también come —rebatió Scarlett.

—Cuando usted esté casada, podrá comer también fuera —afirmó Mamita—. Cuando la señora Ellen tenía su edad, no comía nunca fuera de casa, ni su tía Pauline, ni su tía Eulalie. Y todas están casadas. Las señoritas que comen mucho delante de la gente no encuentran marido.

—No lo creo. En aquella merienda, cuando tú estabas mala y no comí antes de salir, Ashley Wilkes me dijo que le agradaba ver a una muchacha con buen apetito.

Mamita movió la cabeza, amenazadora.

—Lo que lo señores dicen y lo que piensan son cosas muy diferentes, y no sé que el señor Ashley le haya pedido a usted que se case con él.

Scarlett frunció las cejas e iba a responder ásperamente; pero se contuvo. Viendo la expresión de su cara, Mamita recogió la bandeja y, con la astucia de su raza, cambió de táctica. Se dirigió a la puerta suspirando:

—Está bien. La cocinera me dijo cuando estaba preparando la bandeja: «Llévatelo, pero la señorita no comerá», y yo le contesté: «No he visto nunca a una señora blanca comer menos que la señorita Melanie Hamilton la última vez que fue a ver al señor Ashley..., quiero decir a ver a la señorita India Wilkes.»

Scarlett le lanzó una mirada suspicaz, pero la ancha cara de Mamita tenía sólo una expresión de inocencia y de queja porque Scarlett no fuese como Melanie Hamilton.

—Pon ahí esa bandeja y ven a ajustarme más el corsé —ordenó la joven, irritada—. Trataré de comer un poquito, después; si como ahora, no me lo podrás apretar bastante.

Disimulando su triunfo, Mamita dejó la bandeja. —¿Cuál va a ponerse, mi ovejita?

—Este —respondió Scarlett, indicando el suave vestido de muselina verde con flores. Inmediatamente, Mamita reanudó su dictadura. —Éste no; no es de mañana. Usted no puede lucir el escote antes de las tres de la tarde y este vestido no tiene cuello ni mangas. Se llenará usted de pecas como cuando nació, y yo no quiero que vuelva usted a ponerse pecosa, después de toda la crema que le untamos durante el invierno para quitarle las que cogió en Savannah sobre la espalda. Ahora hablaré de esto con su mamá.

—Si le dices a mamá una palabra antes de que esté vestida, no probaré ni un bocado —respondió Scarlett fríamente—. Mamá no tendrá tiempo de hacerme cambiar de traje cuando ya esté vestida.

Mamita suspiró **con** resignación, sintiéndose derrotada. Puesta a elegir entre dos males, era preferible que Scarlett llevase en la barbacoa un vestido de tarde a que dejase de comer como un cebón. —Téngase usted firme, retenga el aliento —ordenó. Scarlett obedeció, cogiéndose a uno de los postes de la cama. Mamita tiró del cordón vigorosamente, y cuando las ballenas se cerraron aún más, rodeando la delgada circunferencia de la cintura, una expresión de orgullo afectuoso apareció en sus ojos.

—Nadie tiene el talle tan fino como mi angelito —dijo Mamita, satisfecha—. Cada vez que aprieto el de la señorita Suellen más de los cincuenta centímetros se desmaya.

—¡Uff! —hizo Scarlett, respirando con dificultad—. Yo no me he desmayado en mi vida.

—¡Bah! No es nada malo desmayarse de vez en cuando —prosiguió Mamita—. La verdad es que no queda bonito que usted soporte la vista de serpientes y ratones. Todavía, ahora en casa, pase: pero cuando está con gente... Le he dicho mil veces...

—¡Oh, basta! No hables tanto. Ya verás cómo encuentro marido sin necesidad de gritar ni de desmayarme. ¡Dios mío, qué apretado tengo el corsé! Abróchame el vestido.

Mamita abrochó cuidadosamente los doce metros de muselina verde floreada sobre el corpino y abotonó la espalda de la escotada basquina.

—Póngase el chai mientras haga sol; y no se quite el sombrero aunque tenga calor —impuso Mamita—. Si no, volverá a casa más morena que la vieja Slattery. Y ahora coma, tesoro, pero no muy de prisa.

Scarlett se sentó, obediente, ante la bandeja, pensando si le sería posible meter algo en el estómago y que le quedase aún el suficiente espacio para respirar. Mamita sacó del armario una gran servilleta y la anudó alrededor del cuello de la joven, estirándola hasta las rodillas. Scarlett empezó por el jamón, que era de su agrado, y lo engulló.

—Ojalá estuviera casada —dijo tristemente, mientras *atacaba* las batatas—. Estoy cansada de tener que fingir; harta de aparentar que como menos que un pájaro y de andar cuando tengo ganas de correr, y de decir que me da vueltas la cabeza al terminar un vals, cuando bailaría dos días seguidos sin cansarme. Estoy harta de decir «eres extraordinario» a unos imbéciles que no tienen ni la mitad de inteligencia que yo y de fingir que no sé nada para que los hombres puedan decirme majaderías y se crean importantes... Ya no puedo tragar un bocado más.

—Pruebe una tostadita caliente. —Mamita era inexorable.

—¿Por qué tendrá una muchacha que parecer tonta para encontrar marido?

—Creo que los jóvenes no saben lo que quieren. Saben sólo lo que creen querer. Y si les dan lo que creen querer, las señoritas se evitan una porción de malos ratos y el peligro de quedarse solteras. Ellos creen querer a señoritas estúpidas que tienen gustos de pajarillo. Yo pienso que un caballero no escogería por esposa a una mujer que tuviese más inteligencia que él.

—¿No crees que muchos hombres se quedan sorprendidos después de casados al darse cuenta de que sus mujeres son más listas que ellos?

—Entonces es demasiado tarde. Ya están casados.

—Un día voy a hacer y decir lo que me parezca; y si a la gente no le gusta me tendrá sin cuidado.

—No lo hará usted —dijo gravemente Mamita—. Al menos mientras yo viva. Cómase la tostada; mójela en la miel.

—No creo que las muchachas yanquis hagan tales tonterías. Cuando estuvimos en Saratoga, el año pasado, vi que muchas de ellas se portaban como si fuesen inteligentes, aun delante de los hombres.

Mamita soltó una risa burlona.

—¡Muchachas yanquis! Puede ser que hablen como usted dice, pero no sé que les hagan muchas proposiciones matrimoniales en Saratoga.

—Pero las yanquis se casan —argüyó Scarlett—. Se casan y tienen hijos. Hay muchas así.

—Los hombres se casan con ellas por el dinero —replicó Mamita resueltamente.

Scarlett mojó la tostada en la miel y se la llevó a la boca. Quizá llevara razón Mamita en lo que decía. Debía ser así, porque Ellen decía lo mismo, aunque con palabras distintas y más delicadas. En realidad, las madres de todas sus amigas inculcaban a sus

hijas la necesidad de ser unas criaturas frágiles, mimosas, con ojos de cierva, y muchas cultivaban con cierta inteligencia semejante actitud. Quizás ella fuera demasiado impetuosa. En varias ocasiones había discutido con Ashley, sosteniendo con franqueza sus opiniones. Quizá la sana alegría que experimentaba paseando y montando a caballo le habían alejado de ella, haciéndole volver a la frágil Melanie. Quizá si cambiase de táctica. Pensó que si Ashley sucumbiera ante aquellas premeditadas artimañas femeninas, no le respetaría ya como le había respetado hasta ahora. Un hombre que se dejaba impresionar por una sonrisa tonta y seducir por un «¡oh, eres extraordinario!», no podía ser respetado. Aunque parecía que a todos les gustaba esto.

Si ella hubiera usado una táctica equivocada con Ashley, en el pasado... Bueno, lo pasado, pasado estaba. Hoy emplearía otra táctica, la buena. Le quería y tenía muy pocas horas para conseguirlo. Si desmayarse o fingir debilidad era el truco, entonces lo usaría. Si sonreír tontamente y coquetear demostrando poca cabeza eran cosas que le atraían, coquetearía complacida y sería tan alocada como Cathleen Calvert. Y si era necesario adoptar otras medidas, las tomaría. ¡Hoy era el día!

Nadie le había dicho a Scarlett que su personalidad, su aterradora vitalidad, eran más atrayentes que cualquier ficción que pudiese intentar. Si se lo hubiesen dicho, se habría sentido complacida, pero no lo hubiera creído, como tampoco lo hubiera creído la sociedad de que formaba parte, porque nunca antes o después de entonces la naturalidad femenina había sido tan poco apreciada.

Mientras el coche la llevaba por la rojiza carretera hacia la plantación de los Wilkes, Scarlett experimentó una sensación de alegría culpable, porque ni su madre ni Mamita asistirían a la reunión. En la barbacoa no habría nadie que, levantando delicadamente las cejas o sacando el labio inferior, se entrometiera en su plan de acción. Naturalmente, Suellen contaría mañana una porción de historias; pero, si todo salía según esperaba Scarlett, la excitación de la familia por su compromiso con Ashley o por su fuga compensaría su disgusto. Sí; estaba muy contenta de que Ellen hubiese tenido que quedarse en casa.

Gerald, repleto de coñac, había despedido a Jonnas Wilkerson aquella mañana, y Ellen se quedó en Tara repasando las cuentas de la plantación antes de la partida del mayordomo. Scarlett besó a su madre para despedirse en el despachito donde estaba sentada ante la gran mesa de escritorio con sus casillas llenas de papeles. Junto a ella estaba Jonnas Wilkerson, con el sombrero en la mano; su rostro pálido y flaco disimulaba a duras penas la ira y el odio que le invadían, viéndose despedido, sin ceremonia, del mejor empleo de mayordomo del condado. Y todo a causa de un amorío insignificante. Había dicho y repetido a Gerald que el niño de Emmy Slattery podía haber sido adjudicado a una docena de hombres con la misma facilidad que a él (en lo que Gerald estaba de acuerdo); pero esto, según Ellen, no modificaba su caso. Jonnas odiaba a todos los sudistas. Odiaba su glacial cortesía con él y su desprecio por su condición social, mal disimulada bajo esa urbanidad. Odiaba sobre todo a Ellen O'Hara, porque ella era el compendio de todo cuanto él odiaba en los sudistas.

Mamita, como mujer más importante de la plantación, se quedó para ayudar a Ellen; y fue Dilcey la que se sentó en el pescante junto a Toby, llevando la gran caja con los vestidos de baile de las señoritas. Gerald cabalgaba junto al coche en su caballo de caza, acalorado por el coñac y satisfecho de sí mismo por haber liquidado tan rápidamente el desagradable asunto de Wilkerson. Había echado la responsabilidad sobre Ellen, sin pensar para nada en la desilusión de ella por tener que renunciar a la barbacoa y a la conversación

con sus amigas; era un hermoso día de primavera, y sus campos estaban hermosos; los pájaros cantaban y él se sentía demasiado joven y jocoso para pensar en otra cosa. De vez en cuando se ponía a entonar cualquier alegre canción irlandesa o la lúgubre endecha de Robert Emmet: «Ella está lejos de la tierra donde reposa su juvenil amante.»

Era feliz, sentíase gratamente excitado ante la idea de pasar el día hablando mal de los yanquis y acerca de la guerra, y orgulloso de sus tres lindas hijas en sus deslumbrantes crinolinas bajo los graciosos y minúsculos quitasoles de encaje. No pensaba ya en su conversación del día anterior con Scarlett, pues se le había borrado por completo de la memoria. Pensaba sólo en que su hija era preciosa y que se le parecía, en que hoy sus ojos eran verdes como las praderas de Irlanda. Este último pensamiento le dio una mejor idea de sí mismo, y entonces regaló a las muchachas con una interpretación a toda voz de la canción *La verde Erín.*

Scarlett lo miraba con el afectuoso desprecio que sienten las madres por sus niños jactanciosos, sabiendo que al anochecer estaría completamente borracho. Al regresar a casa, en la oscuridad, intentaría, como siempre, saltar todos los obstáculos entre Doce Robles y Tara, y Scarlett esperaba que, gracias a la providencia y al buen sentido de su caballo, se libraría sin romperse la crisma. Desdeñaría el puente, atravesaría el río haciendo nadar al caballo y llegaría a casa alborotando para que Pork lo acostase en el sofá del despacho; el criado, en tales casos, lo esperaba siempre con una lámpara en el vestíbulo principal.

Echaría a perder su nuevo traje gris, lo cual le haría vociferar de un modo terrible a la mañana siguiente, y contaría a Ellen que, en la oscuridad, su caballo se había caído desde el puente; mentira manifiesta que ni un tonto creería, pero que todos admitirían, haciéndole sentirse listísimo.

«Papá es un ser egoísta e irresponsable, pero encantador», pensó Scarlett, con una oleada de ternura hacia él. Se sentía tan feliz y excitada que incluía en su afecto a todo el mundo, igual que a Gerald. Era bonita y lo sabía; conquistaría a Ashley antes de que el día terminase; el sol era cálido y la gloriosa primavera georgiana se desplegaba ante sus ojos. A los lados del camino, las zarzamoras ocultaban con su verde suave las tremendas torrenteras producidas por las lluvias invernales, y los pulidos cantos de granito que salpicaban la tierra bermeja estaban tapizados por las ramas de los rosales silvestres y rodeados de violetas salvajes de un pálido matiz purpúreo. Sobre las colinas pobladas de árboles, al otro lado del río, las flores de los cornejos resplandecían candidas, como si entre el verde permaneciese aún la nieve. Los manzanos silvestres eran una explosión de corolas, que iban de un blanco delicado a un rosa vivo, y bajo los árboles, donde los rayos del sol moteaban de amarillo el tapiz de agujas de pino, las madreselvas formaban una abigarrada alfombra Scarlett, rosa y naranja. Había en el aire una leve y selvática fragancia de arbustos y el mundo olía ricamente como si fuera algo comestible.

«Recordaré mientras viva la belleza de este día —pensó Scarlett—. ¡Quizá sea éste el día de mi boda!»

Y, con el corazón agitado, pensó en ella misma y en Ashley, huyendo al caer la tarde a través de aquel esplendor de flores y de verde, o en la noche, bajo la luz de la luna, hacia Jonesboro en busca de un sacerdote. Naturalmente, el casamiento debería efectuarse nuevamente por un cura de Atlanta; pero en esto pensarían más tarde Ellen y Gerald.

Se sobresaltó un momento pensando que su madre palidecería de mortificación al enterarse de que su hija se fugaba con el novio de otra muchacha; pero sabía que Ellen la perdonaría viendo su felicidad. Y Gerald refunfuñaría y gritaría; pero, a pesar de todo lo que había dicho ayer de que Ashley no le gustaba para marido de ella, se alegraría de una

alianza entre su familia y los Wilkes.

«Pero de esto habrá que preocuparse después de que me haya casado», se dijo, tratando de alejar aquel pensamiento.

Era imposible experimentar otra cosa que no fuese una alegría palpitante con aquel sol primaveral, cuando las chimeneas de Doce Robles empezaron a asomar sobre la colina, al otro lado del río.

«Pasaré ahí toda mi vida y veré cincuenta primaveras como ésta o quizá más, y diré a mis hijos y a mis nietos lo hermosa que era esta primavera, más bella que las que ellos podrán ver.» La hizo tan feliz este último pensamiento, que se unió al coro que cantaba la estrofa final de *La verde Erín,* obteniendo la entusiasta aprobación de Gerald.

—No sé por qué estás alegre esta mañana —dijo Suellen con enojo, atormentada aún por el pensamiento de que el vestido verde de baile de Scarlett le habría estado mucho mejor que el suyo. ¿Y por qué era Scarlett siempre tan egoísta cuando se trataba de prestar sus vestidos y sus cofias? ¿Por qué su madre la apoyaba siempre diciendo que el verde no sentaba bien a Suellen?—. Sé, tan bien como tú, que esta noche se anunciará el compromiso matrimonial de Ashley. Lo ha dicho papá esta mañana. Y sé que hace muchos meses que coqueteas con él.

—¿Esto es todo lo que sabes? —respondió Scarlett, sacándole la lengua y no queriendo perder su buen humor. ¡Qué sorprendida se quedaría mañana a aquellas horas la señorita Suellen!

—Sabes muy bien que no es así, Suellen —protestó Carreen, irritada—. A Scarlett le interesa Brent.

Scarlett volvió los ojos, sonriendo a su hermana menor, admirada de aquella simpatía. Toda la familia sabía que el corazón de trece años de Carreen palpitaba por Brent Tarleton, quien sólo pensaba en ella como hermana menor de Scarlett. Cuando Ellen no estaba presente los O'Hara la hacían rabiar con él, hasta hacerla llorar.

—Rica mía, no me importa nada Brent —declaró Scarlett, lo bastante feliz para ser generosa—. Y a él no le importo yo tampoco. ¡Está esperando a que tú seas mayor!

La carita redonda de Carreen, se arreboló, mientras la alegría luchaba en ella con la incredulidad.

—¿De verdad, Scarlett?

—Scarlett, ya sabes que mamá ha dicho que Carreen es demasiado joven para pensar en pretendientes, y le estás metiendo esas ideas en la cabeza.

—Bueno, vete a decírselo a mamá y verás —replicó Scarlett—. Tú quieres que Carreen no crezca, porque sabes que dentro de un año será más guapa que tú.

—Quietecitas las lenguas, si no queréis probar mi fusta —amonestó Gerald—. ¡Silencio, ahora! ¿No se siente ruido en la carretera? Deben de ser los Tarleton o los Fontaine.

Mientras se acercaban al cruce del camino, que desembocaba en las pobladas colinas de Mimosa y de Fairhill, el ruido de cascos y ruedas se hizo más fuerte y un clamor de voces femeninas que discutían alegremente resonó detrás de los árboles. Gerald, adelantando el coche, hizo trotar a su caballo, haciendo señas a Toby de que parase el vehículo en el cruce.

—Son los Tarleton —anunció a sus hijas alegremente, porque, exceptuando a Ellen, ninguna señora del condado le agradaba tanto como la pelirroja señora Tarleton—. Y es ella misma la que guía. ¡Ah, tiene buenas manos para conducir un caballo! Tiene unas manos ligeras como plumas, fuertes para las riendas y lo bastante bonitas para besárselas. Lástima

que ninguna de vosotras tenga unas manos así —añadió, con una mirada cariñosa pero reprobatoria a las muchachas—. Carreen tiene miedo de los pobres animales, Suellen unas manos que parecen de acero cuando coge las riendas, y tú...

—Bueno, de todos modos, a mí nunca me ha tirado el caballo —exclamó Scarlett, indignada—, y la señora Tarleton sale despedida cada vez que va de caza.

—Y se porta como un hombre —replicó Gerald—. Sin desmayos e historias. Silencio ahora, que se acercan.

Poniéndose en pie sobre los estribos, se quitó el sombrero, agitándolo apenas vio apuntar el coche rebosante de muchachas con vestidos claros, quitasoles y velos flotantes, y con la señora Tarleton en el pescante, como Gerald había anunciado. Con sus cuatro hijas, su doncella y los vestidos de baile en largas cajas de cartón que llenaban el carruaje, no quedaba sitio para el cochero. Además, Beatrice Tarleton no permitía nunca que nadie, blanco o negro, llevase las riendas teniendo ellas las manos libres. Frágil, delgada y tan blanca de piel que sus cabellos resplandecientes parecían haber absorbido en su masa ardiente todo el color de su rostro, estaba, sin embargo, dotada de una salud exuberante y de una energía inagotable. Había traído al mundo ocho hijos, tan pelirrojos y llenos de vida como ella, y los había criado (se decía) muy bien, porque empleaba con ellos la misma disciplina severa y afectuosa que usaba con sus potros.

—Domarlos, pero sin quitarles el coraje —era el lema de la señora Tarleton.

Le gustaban los caballos y hablaba de ellos continuamente. Los entendía y sabía tratarlos mejor que cualquier hombre del condado. Los potros corrían por el césped frente a la casa, como sus ocho hijos corrían por la intrincada mansión de la colina; y potros, hijos e hijas y perros de caza la seguían de cerca cuando iba a la plantación. Atribuía a sus caballos, especialmente a su yegua Nellie, inteligencia humana; y, si los cuidados de la casa le impedían salir a la hora que acostumbraba dar su galope diario, entregaba el azucarero a un negrito y le decía: «Dale un puñado a Nellie y dile que saldré en seguida.»

Salvo en raras ocasiones, acostumbraba a llevar traje de amazona, pues esperaba siempre de un momento a otro poder montar a caballo, y con este pensamiento se ponía el traje apenas levantada. Cada mañana, con lluvia o con sol, Nellie era ensillada y paseaba de aquí para allí, ante la casa, esperando el momento en que la señora Tarleton pudiese robar una hora a sus deberes. Pero Fairhill era una plantación difícil de dirigir y rara vez había posibilidad de encontrar un rato libre; la mayoría de las veces, Nellie paseaba durante varias horas sin jinete, mientras Beatrice Tarleton hacía sus faenas con la falda recogida al brazo, enseñando por delante quince centímetros de lustrosas botas.

Hoy, con un vestido de seda negro sobre un estrecho miriñaque pasado de moda, parecía aún vestida de amazona, porque el traje tenía un corte muy severo, según su costumbre, y el sombrerito negro con la larga pluma, echado sobre sus ojos castaños, brillantes y ardientes, era una copia del viejo sombrero que se ponía para ir de caza.

Agitó la fusta al ver a Gerald y contuvo al impaciente tronco rojizo, mientras las cuatro muchachas saltaban en el coche saludando a gritos con voces tan altas que los caballos se estremecieron espantados. Un observador casual hubiera creído que los Tarleton no veían a los O'Hara desde hacía años, en vez de hacer cosa de uno o dos días. Pero era una familia sociable y quería a sus vecinos, especialmente a las muchachas O'Hara. Es decir, querían a Suellen y a Carreen. Ninguna muchacha del condado, exceptuando quizá la insulsa Cathleen Calvert, quería realmente a Scarlett.

En verano había festejos y bailes en el condado casi todas las semanas; pero para las pelirrojas Tarleton, con su enorme capacidad de diversión, cada barbacoa y cada baile eran

un acontecimiento, como si fuesen los primeros de su vida. Era un gracioso y animado cuarteto, tan apretado en el coche que las amplias faldas de volantes se hinchaban espumosas y los pequeños quitasoles chocaban unos con otros por encima de las anchas pamelas coronadas de rosas y adornadas con tiras de terciopelo negro. Todos los matices del pelo rojo estaban allí representados: los de Hetty eran de un rojo puro, los de Camilla color fresa, los de Randa de reflejos cobrizos y los de la pequeña Betsy color zanahoria.

—Encantadora prole, señora —dijo galantemente Gerald, poniendo su caballo al costado del coche—. Pero no podrán superar a su madre.

La señora Tarleton volvió sus negros ojos y se mordió el labio inferior en un burlesco agradecimiento, y las muchachas exclamaron:

—¡Mamá, deja de coquetear, o se lo diremos a papá! Le aseguramos, señor O'Hara, que no nos da ni una sola oportunidad en cuanto hay un buen mozo alrededor.

Scarlett rió con las demás esta broma; pero, como siempre, le extrañaba la libertad con que las Tarleton trataban a su madre. Lo hacían cual si fuera una joven como ellas y no tuviese más de dieciséis años. Para Scarlett, la sola idea de poder decir algo semejante a su madre le parecía un sacrilegio. Y, sin embargo..., sin embargo había algo muy agradable en las relaciones de las muchachas Tarleton con su madre, y la adoraban aunque la criticasen, la riñesen e incluso le gritasen.

No era que ella prefiriese una madre como la señora Tarleton, se apresuró a decirse lealmente a sí misma, pero debía ser más divertido bromear así con una madre. Sabía que este pensamiento era irrespetuoso para Ellen y se avergonzó. Estaba segura de que ningún pensamiento tan penoso había turbado nunca los cerebros de las cuatro pelirrojas del coche, y, como siempre, cuando se sentía diferente de sus vecinas la invadía una irritante confusión.

Por ágil que fuera su mente, no estaba hecha para el análisis; pero pudo darse cuenta de que si bien las muchachas Tarleton eran desordenadas como potros y turbulentas como jumentos en marzo; tenían un despreocupado atrevimiento que era hereditario. Tanto por parte de su padre como de su madre, eran georgianas del Norte, posteriores tan sólo en una generación a los colonizadores. Estaban seguras de sí mismas y de lo que las rodeaba. Sabían instintivamente lo que debían hacer, como los Wilkes, aunque de manera completamente distinta; en ellas no había aquellos conflictos que frecuentemente agitaban el sueño de Scarlett, en quien la sangre de una aristócrata de la costa se mezclaba con la de un campesino irlandés pequeño y rudo.

Scarlett quería respetar y adorar a su madre como a un ídolo, pero también le hubiera gustado revolverle el pelo y bromear con ella. Sabía que era necesario hacer una cosa u otra. Era el mismo conflicto emotivo que le hacía desear aparecer como una dama delicada y aristocrática ante los jóvenes y ser al mismo tiempo una descarada que no sintiese el menor escrúpulo ante un beso.

—¿Dónde está Ellen esta mañana? —preguntó la señora Tarleton.

—Hemos despedido a nuestro mayordomo y Ellen se ha quedado en casa para ajustar con él las cuentas. ¿Y su marido y los muchachos?

—¡Oh! Salieron a caballo para Doce Robles hace ya mucho tiempo, para probar el ponche y ver si está bastante fuerte, ¡como si no hubiera tiempo hasta mañana para eso! Rogaré a John Wilkes que les dé hospitalidad esta noche, aunque tenga que meterlos en la cuadra. Cinco hombres borrachos son demasiados para mí. Hasta tres lo llevo bien, pero...

Gerald la interrumpió rápidamente para cambiar de tema, Sentía murmurar a sus hijas a sus espaldas, recordando en qué condiciones había vuelto a su casa el otoño pasado

de la barbacoa de los Wilkes.

—¿Cómo no viene usted hoy a caballo, señora Tarleton? No me parecía usted la misma sin Nellie. Usted es un esténtor...

—¡Un esténtor! ¡Qué ignorante es usted! —exclamó la señora Tarleton, remedando su acento—. Querrá usted decir un centauro. Esténtor era un hombre que tenía una voz como un batintín de bronce.

—Esténtor o centauro, es lo mismo —respondió Gerald, sin desconcertarse por su error—. Además, tiene usted también la voz como un batintín de bronce cuando llama a sus perros en las cacerías.

—Eso está bien, mamá —dijo Hetty—. Ya te he dicho que aullas como un comanche en cuanto ves un zorro.

—Pero no tan fuerte como aullas tú cuando te lavo las orejas —rebatió la señora Tarleton—. ¡Y tienes dieciséis años! En cuanto a no montar hoy, es porque Nellie ha estado de parto esta mañana.

—¿De verdad? —exclamó Gerald, realmente interesado y brillantes los ojos, en su pasión irlandesa por los caballos.

Scarlett se sintió nuevamente extrañada, comparando a su madre con la señora Tarleton. Para Ellen, ni jumentos ni yeguas estaban nunca de parto. En realidad, apenas si las gallinas ponían huevos. Ellen silenciaba por completo aquellos asuntos. Pero la Tarleton no empleaba tales reticencias.

—¿Una potranca?

—No, un gracioso y futuro semental, con unas patas de dos metros de largo. Tiene que venir a verlo, señor O'Hara. Es un verdadero caballo Tarleton. Rojo como los rizos de Hetty.

—Y tiene también la mirada de Hetty —añadió Camilla; y desapareció gritando en medio de un remolino de faldas, corpinos y cabellos que se agitaban, mientras Hetty, enfadada, empezaba a pellizcarla.

—Mis potrancas están excitadas esta mañana —replicó la señora Tarleton—. Han empezado a ponerse impacientes desde que supimos la noticia del noviazgo de Ashley con esa primita suya de Atlanta. ¿Cómo se llama? ¿Melanie? Dios la bendiga, es una criatura preciosa, pero no consigo nunca acordarme de su nombre ni de su cara. Nuestra cocinera es la mujer del mayordomo de los Wilkes y ayer éste llevó a casa la noticia de que esta noche se anunciará el noviazgo; y la cocinera nos lo ha dicho esta mañana. Como le digo, las muchachas están muy excitadas; no comprendo por qué. Todos sabemos desde hace años que Ashley quería casarse con ella, si no se casaba con una de sus primas Burr, de Macón. Lo mismo que Honey Wilkes, que va a casarse con Charles, el hermano de Melanie. Dígame una cosa, señor O'Hara, ¿es ilegal para los Wilkes casarse fuera de su familia? Porque si...

Scarlett no oyó el resto de la frase y de las carcajadas. Por un breve momento tuvo la impresión de que el sol había desaparecido detrás de una densa nube, dejando al mundo en sombras y sin color a las cosas. El fresco follaje verde se volvió pálido y el manzano silvestre, de un rojo tan bello momentos antes, lúgubre y mortecino. Scarlett clavó las uñas en el cuero del asiento y su quitasol vaciló un instante. Una cosa era saber que Ashley estaba prometido y otra oír hablar de ello a la gente con tanta naturalidad. Sin embargo, pronto recobró su ánimo; el sol reapareció y el paisaje volvió a ser brillante y alegre. Sabía que Ashley la amaba. Esto era seguro. Sonrió al pensar en la sorpresa de la señora Tarleton, cuando por la noche no se anunciara ningún compromiso y, más aún, cuando anunciasen

una fuga en su lugar. Cómo hablaría a sus vecinos del aire inocente con que Scarlett había escuchado los discursos sobre Melanie, cuando al mismo tiempo ella y Ashley... Hundióse nuevamente en sus pensamientos, y Hetty, que estaba observando con curiosidad el efecto de las palabras de su madre, se dejó caer sobre los almohadones con un mohín de leve perplejidad.

—No me importa lo que usted dice, señor O'Hara —prosiguió enfáticamente la señora Tarleton—. Estos matrimonios entre primos son una mala cosa. No es suficiente error que Ashley se case con la hija de Hamilton, sino que van a casar a Honey con ese Charles pálido y seco. —Honey no atrapará a ninguno si no se casa con Charles —dijo Randa, cruel y segura de su propia popularidad—. No ha tenido nunca ningún pretendiente. Y él no ha estado nunca enamorado de ella, aunque sean novios. ¿Te acuerdas, Scarlett, cómo te rondaba las últimas Navidades...?

—No seas charlatana, niña —dijo su madre—. Los primos no se deberían casar nunca entre ellos, ni aun los primos segundos. La sangre se debilita. No sucede como con los caballos. Podéis aparear una yegua con su hermano o un potro con su hermana y obtendréis bue nos resultados, si conocéis la raza, pero entre la gente la cosa es dis tinta. Se podrán obtener buenas apariencias, quizá, pero vigor no. —¡En esto, señora, no estoy de acuerdo con usted! ¿Podría citarme gente mejor que los Wilkes? Y se han casado siempre entre ellos desde que Brian Born era un chiquillo.

—Pues ya es hora de que cesen, porque empiezan a notarse los resultados. ¡Oh, no lo digo por Ashley, que es un guapo muchacho, aunque también él...! Pero mire a esas dos muchachas paliduchas. ¡Pobrecitas! Chicas monas, naturalmente, ¡pero tan pálidas! Mire también a la pequeña Melanie. Delgada como una caña y tan delicada que un soplo de aire se la llevaría, y sin pizca de gracia. No sabe nada de nada. «Sí señora», «¡No señora!» es todo lo que sabe decir. ¿Me comprenden ustedes? Esa familia necesita sangre nueva, sangre fina y vigorosa, como la de mis niñas o la de Scarlett. ¿Me comprenden? Los Wilkes son buenas gentes a su manera y ya saben que yo los aprecio, ¡pero seamos francos! Están demasiado educados y son también poco naturales, ¿no le parece? Tendrán buena figura a caballo en una carretera seca y limpia, pero fíjese en lo que digo: no creo que los Wilkes puedan galopar por un camino enfangado. Me parece que carecen de energía y sostengo que no son capaces de superar los obstáculos que puedan presentárseles. Animales que tienen necesidad del buen clima. ¡A mí denme un buen caballo que corra con cualquier tiempo! Sus matrimonios consanguíneos los han hecho diferentes de los que los rodean. ¡Siempre enredando en el piano o atiborrándose la *cabeza* de libros! Apuesto a que Ashley prefiere leer a cazar. ¡Sí, lo creo sinceramente, señor O'Hara! Y mire los huesos de esa gente. Demasiado endebles. Necesitan yeguas y sementales vigorosos...

—¡Ah..., ejem! —hizo improvisadamente Gerald, dándose cuenta de que esta conversación, que para él era adecuada e interesante, no le habría parecido así a Ellen. Realmente, ella no lo perdonaría nunca de haber sabido que exponía a sus hijas a unas conversaciones tan libres. Pero la señora Tarleton era, como de costumbre, sorda a cualquier otra idea cuando se engolfaba en su tema favorito: la crianza, ya fuese de hombres o de caballos.

—Sé lo que digo, porque tengo varios primos casados entre ellos, y le aseguro que sus hijos nacieron todos con los ojos saltones como sapos. ¡Pobres criaturas! Y, cuando mi familia quiso que yo me casara con un primo segundo, me encabrité como un potro. Dije: «No, mamá. Eso no es para mí. Mis hijos habrán de tener cascos y buena alzada.» Mamá se desmayó oyéndome hablar de caballos, pero yo permanecí firme y mi abuela me sostuvo.

Ella era muy ducha en la cria de caballos y dijo que tenía razón. ¡Me ayudó a huir con el señor Tarleton! ¡Y mire a mis hijos! Grandes y sanos, sin padecer nunca un constipado, aunque Boyd no mide más que un metro setenta y cinco. En cambio, los Wilkes...

—No es que quiera cambiar de tema, señora... —interrumpió Gerald, que había observado la mirada de asombro de Carreen y la ávida curiosidad que se pintaba en el rostro de Suellen, y temía que al volver a casa pudiesen hacer a Ellen preguntas embarazosas, que revelarían lo mal que él cuidaba de sus hijas. Notó, complacido, que su gatita parecía pensar en otra cosa, como correspondía a una señorita. Hetty vino en su ayuda.

—¡Por Dios, mamá, vamonos! —exclamó, impaciente—. Hace un sol que quema y siento que me están saliendo ya pecas en el cuello.

—Un momento, señora, antes de que se marche. ¿Qué ha decidido usted hacer sobre la venta de caballos que nos pidieron para la Milicia? La guerra puede estallar cualquier día y los muchachos quieren que el asunto se arregle. Es un escuadrón del condado de Clayton y queremos para ellos caballos también de Clayton. Pero usted, criatura obstinada, se niega a vender sus mejores bestias.

—Quizá no haya guerra —contemporizó la señora Tarleton, ya alejado por completo su pensamiento de las raras costumbres matrimoniales de los Wilkes.

—¡Pero señora, usted no puede...!

—Mamá —interrumpió nuevamente Hetty—, ¿no podéis, tú y el señor O'Hara, hablar de eso cuando estemos en Doce Robles?

—Es muy justo, señorita Hetty —dijo Gerald—; no los entretendré más que un minuto. Dentro de poco estaremos en Doce Robles, y todos, viejos y jóvenes, queremos saber lo que va a pasar con los caballos. ¡Se me parte el corazón viendo a una señora tan fina y preciosa como su mamá, tan avara de sus bestias! ¿Dónde está su patriotismo, señora Tarleton? ¿La Confederación no representa nada para usted?

—¡Mamá! —gritó la pequeña Betsy—. ¡Randa se ha sentado sobre mi vestido y me lo está arrugando todo!

—Bueno, empújala para que se levante y chitón. En cuanto a usted, Gerald O'Hara, escúcheme. —Y sus ojos se abrieron—. ¡No me eche en cara la Confederación! Significa mucho más para mí que para usted, máxime cuando tengo cuatro chicos en el escuadrón, mientras que usted no tiene ninguno. Pero mis hijos pueden cuidarse ellos mismos y mis caballos no. Daría de buena gana los caballos, y hasta gratis, si supiese que iban a montarlos muchachos que conozco, caballeros acostumbrados a los pura sangre. No, no dudaría ni un minuto. ¡Pero dejar mis tesoros a merced de gañanes y de blancos pobres acostumbrados a montar en mulo! ¡No señor! He tenido pesadillas pensando si los ensillarían y si los cuidarían como es debido. ¿Cree usted que voy a dejar que bárbaros ignorantes monten mis tesoros, ensangrentándoles la boca y pegándoles hasta rendirlos? ¡Se me pone la carne de gallina nada más que de pensarlo! No, señor O'Hara. Es usted muy galante pidiéndome mis caballos, pero es mejor que se vaya a Atlanta a comprar rocines viejos.

—¡Mamá, vamos, por favor! —exclamó Camilla, uniéndose al coro impaciente—. Sabes muy bien que acabarás cediendo tus tesoros. Cuando papá y los chicos te digan que la Confederación los necesita, te pondrás a llorar y se los darás.

La señora Tarleton sonrió, encogiéndose de hombros.

—No haré tal cosa —dijo, tocando los caballos con la punta del látigo. El coche arrancó velozmente.

—Es una excelente mujer —dijo Gerald, quitándose el sombrero y poniéndose al lado de su coche—. Arrea, Toby. Los encontraremos allí y seguiremos hablando de caballos. Naturalmente, tiene razón. Tiene razón. Si un hombre no es un caballero, no tiene nada que hacer sobre un caballo. Su puesto está en la infantería. Pero es lástima que no haya en el condado los suficientes hijos de plantadores para formar un escuadrón completo. ¿Qué dices, gatita?

—Papá, por favor, anda delante o detrás de nosotras. Levantas tal cantidad de polvo que nos ahogamos —dijo Scarlett, sintiendo que no podría soportar la conversación mucho tiempo. La distraía de sus pensamientos; y estaba deseando arreglar éstos lo mismo que su rostro, en forma agradable, antes de llegar a Doce Robles. Gerald, obediente, espoleó su caballo y se alejó entre una nube rojiza detrás del carruaje de los Tarleton, donde podría continuar su conversación caballar.

6

Cruzaron el río y el coche subió la colina. Antes de distinguir la casa, Scarlett vio una nube de humo que se cernía perezosamente por encima de los altos árboles y husmeó los sabrosos olores mezclados de los troncos encendidos de nogal y de los cochinillos y corderos asados.

Los hoyos para la barbacoa, que ardían lentamente desde la madrugada, serían ahora largas zanjas de rescoldo aurirrojo sobre las cuales giraban las carnes en los asadores y la grasa goteante chisporroteaba al caer en las brasas. Scarlett sabía que aquel olor, transportado por la leve brisa, provenía de la explanada de grandes robles que había detrás de la amplia casa. John Wilkes organizaba allí siempre sus barbacoas, sobre la suave ladera que conducía al jardín lleno de rosas; un lugar sombreado y mucho más agradable, por ejemplo, que el que utilizaban los Calvert. A la señora Calvert no le gustaban los cochinillos asados, y decía que el olor se mantenía dentro de la casa durante algunos días; y, por eso, sus invitados se reunían siempre en un sitio llano y sin sombra, a casi medio kilómetro df la casa. Pero John Wilkes sabía realmente organizar una barbacoa.

Las largas mesas colocadas sobre caballetes, cubiertas con los más finos manteles que poseían los Wilkes, estaban situadas donde la sombra era más densa, rodeadas de bancos sin respaldo; sillas, banquillos y cojines de la casa estaban esparcidos en los claros para los que no quisieran sentarse en los bancos. A una distancia suficiente para evitar que el humo llegase hasta los invitados, estaban las largas zanjas en que se asaban las carnes y las enormes ollas de hierro de las que salían los suculentos olores de las salsas y de los estofados. El señor Wilkes disponía siempre de una docena de negros, por lo menos, que corrían de un lado para otro con las fuentes, sirviendo a los invitados. Más allá, detrás de los graneros, había otros hoyos donde se asaban las carnes para los criados de la casa, los cocheros y los sirvientes de los invitados, que celebraban allí su propio festín a base de tortas, ñames y despojos (aquellos platos de tripas de cerdo tan entrañablemente apreciados por los negros) y, cuando era la época, de sandías suficientes para hartarlos.

Cuando el olor del cerdo fresco asado llegó hasta ella, Scarlett lo aspiró con gesto de estimación, esperando tener un poco de apetito cuando fuese hora de comerlo. En aquel momento se sentía tan llena y tan encorsetada que temía eructar de un momento a otro. Hubiera sido fatal, porque sólo los hombres y las mujeres muy viejas podían hacerlo sin temor a la reprobación social.

Se acercaban a la cumbre, y la blanca casa desplegó ante ella su perfecta simetría; las grandes columnas, las amplias galerías, la techumbre plana, bella como una mujer hermosa tan segura de su rostro que puede ser gentil y generosa con todos. A Scarlett le gustaba Doce Robles más aún que Tara, porque tenía una belleza majestuosa y una dulce dignidad que, con toda seguridad, la casa de Gerald no poseía.

El ancho y curvo camino de acceso estaba lleno de caballos ensillados, de coches y de invitados que se apeaban y saludaban en alta voz a los amigos. Negros gesticulantes, excitados como siempre en las fiestas, conducían a los animales bajo techado para quitarles las sillas y los arreos. Gritería de chiquillos, blancos y negros, que corrían y retozaban por el prado, de un verde fresco, jugando a la rayuela y al «tócame tú», y que se regocijaban pensando que iban a comer hasta no poder más. El amplio vestíbulo, que iba de la parte delantera de la casa hasta la posterior, bullía de invitados y, cuando el coche de los O'Hara se detuvo ante el pórtico, Scarlett vio a las muchachas con sus miriñaques abigarrados,

como mariposas, subiendo y bajando las escaleras hasta el segundo piso, enlazadas por el talle, recostándose sobre la frágil barandilla, riendo y llamando a los muchachos que se hallaban al fondo del vestíbulo.

A través de los balcones abiertos, veía a las señoras mayores sentadas en el saloncillo, vestidas de seda oscura, que se abanicaban hablando unas con otras de los niños, de las enfermedades, de los que se habían casado, del cómo y del porqué de todo. Tom, el mayordomo de los Wilkes, se afanaba por los salones con una gran bandeja de plata en las manos, inclinándose y sonriendo al ofrecer grandes vasos a los jóvenes de pantalones grises y finas camisas con chorreras.

La soleada galería delantera estaba llena de invitados. Sí, pensó Scarlett; allí estaba todo el condado. Los cuatro chicos Tarleton con su padre, apoyados en las altas columnas; los gemelos Stuart y Brent, uno junto al otro, inseparables como de costumbre; Boyd y Tom al lado de su padre, James Tarleton. El señor Calvert estaba junto a su esposa, una yanqui, quien, aun después de quince años de estancia en Georgia, no parecía nunca estar a gusto en ninguna parte. Todos eran muy amables y corteses con ella porque la compadecían, pero nadie podía olvidar que había agravado su error inicial de nacimiento siendo aya de los hijos de Calvert.

Los dos muchachos Calvert, Raiford y Cade, estaban con su hermana Cathleen, una espectacular rubita, embromando al moreno Joe Fontaine y a Sally Munroe, su linda novia. Alex y Tony Fontaine susurraban algo al oído de Dimity Munroe, haciéndola morir de risa. Había familias que venían de Lovejoy, a dieciséis kilómetros de distancia, de Fayetteville y de Jonesboro, y unos cuantos hasta de Atlanta y de Macón. La casa estaba abarrotada de gente, y el incesante murmullo de conversaciones, de risas sonoras y sofocadas, de gritos femeninos y de exclamaciones, subía y bajaba de tono sin cesar.

En los escalones del pórtico estaba rígidamente erguido John Wilkes, con sus cabellos plateados, irradiando una tranquila simpatía. Su hospitalidad era tan cálida y constante como el sol veraniego de Georgia. A su lado estaba Honey[6] Wilkes (así llamada porque se dirigía indistintamente, con esa expresión afectuosa, a todo el mundo, incluidos los braceros de su padre), que se movía inquieta y saludaba con una risita forzada a los invitados que llegaban.

El nervioso y evidente deseo de Honey de mostrarse atractiva con todos los hombres contrastaba vivamente con la actitud de su padre, y Scarlett pensó que, después de todo, había quizás algo de verdad en lo que decía la señora Tarleton. Ciertamente, los Wilkes varones tenían cierto aire de familia. Las largas pestañas color de oro oscuro que sombreaban los ojos grises de John Wilkes y de Ashley eran, por el contrario, escasas e incoloras en los rostros de Honey y de su hermana India.

Honey tenía la inexpresiva mirada de un conejo; India sólo podía ser descrita con la palabra «insignificante».

A India no se la veía por allí, pero Scarlett pensó que, probablemente, estaría en la cocina dando las últimas instrucciones a los criados. «¡Pobre India! —se dijo—; ha tenido siempre tanto que hacer en la casa desde que murió su madre, que no se le ha presentado nunca ocasión de atraer a ningún pretendiente, excepto a Stuart Tarleton; y realmente no es mía la culpa si le parezco más bonita que ella.»

John Wilkes bajó los escalones para ofrecer el brazo a Scarlett. Al apearse del coche, vio ella que Suellen sonreía afectuosamente y comprendió que debía andar por allí Frank Kennedy.

«¡Si no pudiera yo tener un enamorado mejor que esa vieja solterona con

pantalones!», pensó con desprecio, al pisar el suelo para dar las gracias, sonriendo, a John Wilkes.

Frank Kennedy corría hacia el coche para ayudar a Suellen y ésta presumía en tal forma, que a Scarlett le dieron ganas de pegarle. Frank Kennedy era el mayor terrateniente del condado y, al mismo tiempo, un hombre de corazón excelente; pero esto no contaba ante el hecho de que tenía ya cuarenta años, padecía de los nervios y tenía una barba color jengibre y modales característicos de solterón.

Sin embargo, recordando su plan, Scarlett ocultó su desdén y le dirigió una sonrisa luminosa a guisa de saludo, que él le devolvió; gratamente sorprendido, recogió el brazo extendido hacia Suellen y, volviendo los ojos hacia Scarlett, se acercó a ella con viva complacencia.

La mirada de Scarlett escudriñó el gentío en busca de Ashley, mientras charlaba amablemente con John Wilkes, pero aquél no estaba en el pórtico. Se oyeron gritos de salutación, y los gemelos Tarleton vinieron hacia ella. Las chicas Munroe se desataron en exclamaciones admirativas sobre su vestido y al poco rato Scarlett fue el centro de un grupo de personas, cuyas voces aumentaban, pues cada cual intentaba hacerse oír por encima de los demás. ¿Pero dónde estaba Ashley? ¿Y Melanie y Charles? Procuró no dar a entender que miraba a su alrededor y examinó el animado grupo formado dentro del vestíbulo.

Mientras charlaba, reía y lanzaba rápidas miradas al interior de la casa y al jardín, sus ojos cayeron sobre un desconocido, solo en el vestíbulo, que la miraba fijamente con tan fría impertinencia que despertó en ella un sentimiento mixto de placer femenino por haber atraído a un hombre, y de turbación porque su vestido era demasiado escotado. No le pareció muy joven: unos treinta y cinco años. Era alto y bien formado. Scarlett pensó que no había visto nunca a un hombre de espaldas tan anchas ni de músculos tan recios, casi demasiado macizo para ser apuesto. Cuando sus miradas se encontraron, él sonrió mostrando una dentadura blanca como la de un animal bajo el bigote negro y cortado. Era moreno, y tan bronceado y de ojos tan ardientes y negros como los de un pirata apresando un galeón para saquearlo o raptar a una doncella. Su rostro era frío e indiferente; su boca tenía un gesto cínico mientras sonreía, y Scarlett contuvo la respiración. Notaba que aquella mirada era insultante y se indignaba consigo misma al no sentirse insultada. No sabía quién era, pero sin duda alguna aquel rostro moreno revelaba una persona de buena raza. Aquello se veía en la fina nariz aguileña, en los labios rojos y carnosos, en la alta frente y en los grandes ojos.

Apartó ella la mirada sin responder a la sonrisa, y él se volvió hacia alguien que le llamaba:

—¡Rhett, Rhett Butler, ven aquí! Quiero presentarte a la muchacha más insensible de Georgia.

¿Rhett Butler? El nombre le sonaba a conocido, aunque unido a algo agradablemente escandaloso; pero su pensamiento estaba con Ashley y desechó aquel otro.

—Tengo que subir a arreglarme el pelo —dijo a Stuart y a Brent, que intentaban alejarla de la gente—. Esperadme aquí, muchachos, y no os vayáis con otra chica, o de lo contrario, me enfadaré.

Pudo ver que Stuart iba a ser difícil de manejar aquel día si coqueteaba con cualquier otro. Había bebido y tenía aquella expresión desafiadora que, como ella sabía por experiencia, quería decir que habría jaleo. Se detuvo en el vestíbulo para saludar a unos amigos y charlar con India, que salía de detrás de la casa con el pelo revuelto y unas gotas de sudor en la frente. ¡Pobre India! Como si no fuera bastante tener el pelo descolorido, las

pestañas invisibles y una barbilla prominente que denotaba terquedad, debía a sus veinte años considerarse una solterona. Se preguntó si estaría irritada porque ella le había quitado a Stuart. Mucha gente decía que aún estaba enamorada de él, pero no podía uno nunca saber lo que pensaba un Wilkes. Si estaba irritada por aquello, no lo demostraba en lo más mínimo y trataba a Scarlett con la misma cortesía cordial y distante de siempre.

Scarlett habló afablemente con ella y empezó a subir los anchos escalones. En aquel momento, oyó pronunciar tímidamente su nombre; se volvió y vio a Charles Hamilton. Era una muchacho de agradable aspecto, cabellos negros y rizados, y ojos castaños tan puros y afectuosos como los de un perro de pastor. Iba bien vestido con unos pantalones color mostaza y una chaqueta negra, y su camisa de rizada gorguera estaba rematada por la más ancha y elegante de las corbatas negras. Un leve rubor apareció en su rostro cuando Scarlett se volvió, porque era tímido con las muchachas. Como la mayor parte de los hombres tímidos, admiraba muchísimo la locuaz vivacidad y la desenvoltura de las jóvenes como Scarlett. Hasta ahora, nunca le había concedido ella más que una amable cortesía, y por esto, al verse acogido con una sonrisa radiante y con las manos extendidas alegremente, se le cortó casi la respiración.

—¡Charles Hamilton, simpático y viejo amigo! ¡Apuesto a que viene usted de Atlanta con el propósito de despedazar mi pobre corazón!

Casi balbuceando por la emoción, Charles estrechó entre las suyas las tibias manecitas y miró fijamente los ojos verdes y animados de Scarlett. Así solían hablar las demás muchachas con los chicos; pero nunca con él. No sabía por qué las muchachas le trataban siempre como a un hermanito, cariñosamente pero sin tomarse la molestia de embromarle. Hubiera querido que se portasen con él como con otros bastante menos guapos y con menos bienes de fortuna. Pero las escasas veces en que esto sucedió, no supo nunca qué decir y se encontró en un atormentado apuro a causa de su timidez. Y después, se quedaba toda la noche desvelado pensando en las bonitas galanterías que podía haber dicho; pero raramente se le presentaba una segunda ocasión, porque las muchachas, después de un par de tentativas, le dejaban solo.

Hasta con Honey, con la que tenía un tácito acuerdo matrimonial para cuando entrase en posesión de sus bienes, era silencioso y desconfiado. A veces, tenía la ingrata sensación de que las coqueterías de Honey y sus aires de propietaria no resultaban halagadores para él, pues a Honey le agradaban tanto los jóvenes que habría hecho lo mismo con cualquiera en cuanto se le presentara la oportunidad. La perspectiva de casarse con ella no le entusiasmaba, porque la muchacha no despertaba en él ninguna de las violentas emociones novelescas que sus amados libros aseguraban eran propias de un enamorado. Siempre había tenido la ilusión de ser amado por una criatura bella y fogosa, ardiente y traviesa.

¡Y allí estaba Scarlett, con la broma de que él venía a destrozarle el corazón!

Intentó pensar algo que decirle, y no pudo, pero la bendijo en silencio porque Scarlett sostuvo constantemente la charla sin que él necesitase buscar ningún tema de conversación. Aquello era demasiado hermoso para ser verdad.

—Ahora, espéreme aquí hasta que vuelva, porque quiero comer con usted en la barbacoa. Y no vaya a galantear a otras muchachas, porque soy sumamente celosa. —Estas increíbles palabras fueron pronunciadas por unos labios rojos, con un hoyuelo en cada lado, mientras las espesas pestañas negras bajaban deliciosamente sobre los ojos verdes.

—Obedeceré —consiguió decir Charles finalmente, sin sospechar ni lejanamente que ella le consideraba como un ternerillo en espera del matarife.

Golpeándole suavemente el brazo con el abanico cerrado, la joven se volvió para subir las escaleras y sus ojos cayeron nuevamente sobre el hombre a quien había oído llamar Rhett Butler y que se mantenía apartado, no lejos de Charles. Efectivamente, había oído toda la conversación porque de nuevo le sonrió maliciosamente como un gato y sus ojos se fijaron en ella con una mirada que carecía de la consideración a que estaba acostumbrada.

«¡Por la camisa de San Peter! —dijo para sí Scarlett, indignada, usando la imprecación favorita de Gerald—, mira..., mira como si yo estuviera desnuda...» Y, moviendo la cabeza, subió las escaleras.

En el dormitorio donde las damas dejaban sus chales, encontró a Cathleen Calvert que se miraba en el espejo, mordiéndose los labios para ponérselos más rojos. Tenía en la cintura unas rosas frescas que armonizaban con sus mejillas, y sus ojos azul lirio bailaban de excitación.

—Cathleen —dijo Scarlett, tirándose el vestido hacia arriba para taparse el escote —, ¿quién es ese hombre odioso que está abajo y que se llama Butler?

—¿Cómo, no lo sabes, querida? —murmuró Cathleen, excitada, echando una ojeada a la habitación inmediata donde Dilcey y el aya de las señoritas Wilkes chismorreaban—. No sé qué pensará el señor Wilkes por tenerlo en su casa; pero Butler estaba visitando al señor Kennedy en Jonesboro, creo que para comprar algodón, y el señor Kennedy, naturalmente, ha debido traerlo consigo. No podía marcharse y dejarle allí, ¿verdad?

—¿Y qué tiene ese hombre?

—Que es un indeseable, querida.

—¿De verdad?

—De verdad.

Scarlett se tragó esto en silencio, pues nunca se había encontrado bajo el mismo techo que una persona indeseable. Era una cosa interesantísima.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¡Oh, Scarlett! Tiene la reputación más terrible del mundo. Se llama Rhett Butler, es de Charleston y sus parientes son personas muy distinguidas, pero no se tratan con él. Caro Rhett me habló de él el verano pasado. No tiene relaciones con su familia, pero ella, como todos, sabe cuanto a él se refiere. Fue expulsado de West Point. ¡Figúrate! Y por cosas demasiado graves para que Caro las sepa. Y entonces sucedió el asunto de esa muchacha con la que él no quiso casarse.

—¡Cuéntamelo!

—¿Tampoco sabes nada de esto, tesoro? A mí me lo contó Caro el verano pasado, y su madre se moriría si supiese que Caro está enterada de ello. Pues este señor Butler llevó a una muchacha de Charleston a dar un paseo en coche. No he sabido nunca quién era ella, pero tengo mis sospechas. Fue demasiado complaciente, porque si no no hubiera salido sola con él sin aya, en las últimas horas de la tarde. Bueno, querida, permanecieron fuera casi toda la noche y finalmente volvieron a casa diciendo que el caballo se había desbocado, que el coche se rompió y que ellos se perdieron en el bosque. Adivina lo que...

—No puedo adivinarlo. ¡Dímelo! —exclamó Scarlett, entusiasmada, esperando lo peor.

—¡Al día siguiente se negó a casarse con ella!

—¡Oh! —dijo Scarlett, desilusionada.

—Dijo que no había..., que no le había hecho nada y no veía por qué tenía que casarse. Y, naturalmente, el hermano de ella fue a buscarle y él le dijo que prefería un

balazo antes que casarse con una estúpida. Se batieron y el señor Butler mató al hermano de la muchacha y tuvo que marcharse de Charleston porque nadie quiere recibirlo —terminó Cathleen triunfante; y muy a tiempo, pues Dilcey entró en la habitación para vigilar cómo se acicalaban las jóvenes que le habían sido confiadas.

—¿Y ella tuvo un crío? —cuchicheó Scarlett al oído de Cathleen.

Ésta sacudió violentamente la cabeza.

—Pero quedó igualmente deshonrada —susurró a su vez.

«Ojalá yo hubiera hecho que Ashley me comprometiese —pensó Scarlett de repente —. Es demasiado caballero para no casarse conmigo.»

Pero en el fondo sentía cierto respeto por aquel hombre que se había negado a casarse con una estúpida.

Scarlett estaba sentada en una otomana de palo de rosa, bajo la sombra de un enorme roble, detrás de la casa, con sus volantes y sus frunces flotando a su alrededor y asomando bajo las faldas unos centímetros de chinelas de tafilete verde; lo más que una señora podía mostrar si quería seguir siendo una señora. Tenía en las manos un plato, que apenas había probado, y siete caballeros a su alrededor. La barbacoa había llegado a su apogeo y el aire templado estaba lleno de risas, de voces, de tintineo de cubiertos y choques de porcelanas, del denso olor de las carnes asadas y de los estofados. De vez en cuando y al levantarse, un soplo de brisa, bocanadas de humo procedentes de las hogueras envolvían al gentío y se escuchaban gritos burlones de espanto de las señoras y violentos aleteos de abanicos de palma.

La mayoría de las muchachas estaban sentadas con sus galanes en los largos bancos alrededor de las mesas, pero Scarlett, convencida de que una muchacha sólo tiene dos costados y de que sólo un hombre puede sentarse a cada uno de sus lados, había preferido acomodarse aparte, para reunir a su alrededor el mayor número posible de jóvenes.

Bajo los árboles estaban instaladas las señoras casadas; sus vestidos negros ponían una nota severa en el color y la alegría circundantes. Las matronas, cualquiera que fuese su edad, se agrupaban siempre, separadas de las muchachas de ojos ardientes, de sus cortejadores y de su alegría, pues no existían casadas coquetas en el Sur. Desde la abuela Fontaine, que eructaba francamente por el privilegio de su edad, hasta la jovencita de diecisiete años Alíce Munroe, que luchaba contra las náuseas de su primer embarazo, el grupo de cabezas se juntaba en interminables discusiones genealógicas y de obstetricia, que hacían aquellas charlas tan agradables e instructivas.

Dirigiendo miradas desdeñosas a aquel grupo, Scarlett pensaba que parecían una bandada de gordos cuervos. Las señoras casadas no tenían nunca la menor diversión. No se le ocurría que si se casaba con Ashley quedaría automáticamente relegada como ellas a los cenadores y a los salones principales, con graves matronas vestidas de seda negra, tan seria como ellas, sin tomar ya parte en los pasatiempos y diversiones. Como a muchas muchachas, su imaginación la llevaba hasta el altar y ni un paso más allá. Además, sentíase ahora demasiado desgraciada para seguir una abstracción.

Bajó los ojos al plato y mordisqueó delicadamente un bizcochito, con una elegancia y una falta de apetito que hubieran obtenido el aplauso de Mamita. Pues, aunque nunca había tenido mayor abundancia de cortejadores, en su vida se había sentido más desdichada. No lograba comprender cómo sus planes de la noche anterior habían fracasado tan miserablemente en lo que a Ashley se refería. Había atraído a docenas de muchachos, pero no a Ashley, y todos los temores de la tarde anterior volvían a invadirla, haciendo latir su corazón precipitada o lentamente, y sus mejillas pasaban del rubor a la palidez.

Ashley no había intentado unirse al círculo que la rodeaba, y desde que llegó no había cambiado ni una palabra a solas con él, después del primer saludo. Ashley se adelantó a saludarla cuando ella llegó al jardín posterior; pero daba el brazo a Melanie, que le llegaba apenas al hombro.

Era ésta una muchacha pequeña y frágil, que tenía el aspecto de una niña disfrazada con las enormas faldas de su madre, ilusión que aumentaba por la expresión tímida, casi asombrada, de sus ojos negros demasiado grandes. Tenía un pelo rizoso y castaño tan prensado en la redecilla que no se le salía ni un cabello; aquella masa oscura que enmarcaba su rostro formando un pico en la frente acentuaba la forma triangular de los pómulos, demasiado señalados, y de la barbilla, muy puntiaguda. Era un rostro dulce y tímido, pero inexpresivo, sin trucos femeninos que hiciesen olvidar a los observadores su escasa belleza. Melanie parecía, y lo era, tan sencilla como la tierra, tan buena como el pan y tan transparente como el agua de primavera. Pero, no obstante sus facciones poco agraciadas y su estatura insuficiente, sus movimientos le daban una tranquila dignidad que era extrañamente conmovedora e impropia de sus diecisiete años. Su vestido de organdí gris, con el cinturón de raso color guinda, disimulaba entre sus pliegues y frunces el desarrollo infantil de su cuerpo; y el sombrero amarillo con largas cintas, color guinda también, aclaraba su piel lechosa. Pesados zarcillos de oro con largos flecos colgaban bajo los cabellos recogidos y se balanceaban muy cerca de los oscuros ojos, que tenían el tranquilo resplandor de un lago del bosque, en invierno, cuando las hojas negras se reflejan en el agua tranquila.

Sonrió tímidamente al saludar a Scarlett, elogiando su traje verde, y Scarlett tardó en responder amablemente, tan vehemente era su deseo de hablar a solas con Ashley. Desde entonces, Ashley estuvo sentado en un banco a los pies de Melanie, lejos de los otros invitados, hablando tranquilamente con ella y sonriendo con aquella sonrisa un poco indolente que tanto le gustaba a Scarlett. Lo que empeoraba la situación era que, bajo aquella sonrisa, los ojos de Melanie se habían animado un poco y hasta Scarlett tuvo que reconocer que estaba casi bonita. Cuando Melanie miraba a Ashley, su rostro se iluminaba como con una llama interna, pues si alguna vez se reflejó en un semblante un corazón enamorado era en el de Melanie Hamilton.

Scarlett intentó apartar sus ojos de aquella pareja, pero no pudo; y después de cada mirada su alegría aumentaba con sus pretendientes, y reía, decía cosas chocantes, charlaba, inclinando la cabeza a sus galanterías y haciendo bailar sus zarcillos. Exclamó repetidamente: «¡Tonterías!», afirmando que ninguno era sincero y jurando que no creía nada de cuanto le decían aquellos caballeros. Pero Ashley no parecía darse cuenta de nada. Alzaba la vista hacia Melanie y le hablaba, y Melanie bajaba los ojos y le contestaba con una expresión que irradiaba la certeza de que le pertenecía.

Y, por eso, Scarlett se sentía desgraciada.

Para unos ojos extraños, jamás una muchacha había tenido menos motivo de serlo. Indudablemente era la más bella de la barbacoa, el centro de la atención. En cualquier otra ocasión, el entusiasmo de los hombres y los celos de las otras muchachas le habrían proporcionado un enorme placer. Charles Hamilton, seducido por su advertencia, se había plantado a su derecha, negándose a moverse de allí a pesar de los esfuerzos combinados de los gemelos Tnrleton. Tenía en una mano el abanico de Scarlett y en la otra su plato de cochinillo y trataba tenazmente de evitar los ojos de Honey, que parecía estar a punto de estallar en llanto. Cade estaba graciosamente echado a la izquierda de Scarlett tirándole a cada momento de la falda para atraer su atención y mirando a Stuart con ojos furibundos.

Entre él y los gemelos, el aire estaba cargado de electricidad, y ya habían cambiado palabras fuertes. Frank Kennedy bullía alrededor como una gallina con un pollito, corriendo delante y detrás del umbroso roble hasta las mesas para coger golosinas que ofrecía a Scarlett, como si no hubiese una docena de criados que lo hicieran. Como resultado de ello, el hondo resentimiento de Suellen había sobrepasado el límite del aguante femenil secreto y clavaba sus ojos en Scarlett. La pequeña Carreen habría llorado de buena gana, porque, a pesar de las palabras alentadoras de Scarlett aquella mañana, Brent se había limitado a decirle «Hola, pequeña» y a tirarle de la cinta del pelo, antes de volverse y prestar toda su atención a Scarlett. Acostumbraba a ser tan bueno y la trataba con tan cariñosa deferencia que le daba la impresión de ser una persona mayor y soñaba secretamente con el día en que pudiera hacerse moño, ponerse de largo y recibirle como a un verdadero galán. Y ahora parecía que Scarlett se lo llevaba. Las chicas Munroe disimulaban su pena por el alejamiento de los morenos Fontaine, pero las molestaba ver cómo Tony y Alex permanecían alrededor del círculo, esperando poder ocupar un sitio cerca de Scarlett en cuanto se levantase cualquiera de los otros galanteadores.

Telegrafiaban su desaprobación a Hetty por la conducta de Scarlett, arqueando delicadamente las cejas. La única palabra adecuada para definirla era «descarada». Simultáneamente, las tres muchachas abrieron sus quitasoles de blonda, dijeron que ya habían comido bastante, dieron las gracias y, tocando ligeramente con los dedos el brazo del hombre que tenían más cerca, expusieron dulcemente el deseo de ver la rosaleda y el pabellón de primavera y el de verano. Esta retirada estratégica en buen orden no pasó inadvertida a las mujeres presentes y no fue notada por ningún hombre.

Scarlett rió para sí viendo a tres hombres escaparse de su radio de seducción para visitar parajes familiares a las muchachas desde su infancia y lanzó una mirada penetrante hacia Ashley para ver si se había dado cuenta. Pero él estaba entretenido jugueteando con la banda del cinturón de Melanie y sonriéndole. Un intenso dolor le contrajo el corazón. Sintió que sería capaz de arañar con alegría la piel de marfil de Melanie hasta hacerle sangre. Al apartar sus ojos de ésta, chocó con la mirada fija de Rhett Butler, que no se había mezclado con los grupos y conversaba aparte con John Wilkes.

La estaba observando y al mirarle ella se echó a reír abiertamente.

Scarlett tuvo la penosa sensación de que aquel hombre a quien nadie recibía era el único allí presente que sabía lo que se ocultaba bajo su fingida alegría y que esto le procuraba una sardónica diversión. Le hubiera arañado también con gran complacencia.

«Si logro soportar esta barbacoa hasta la tarde —pensó—, todas las muchachas subirán a descansar un poco para estar animadas a la noche y yo me quedaré aquí y conseguiré hablar con Ashley. Habrá notado, seguramente, lo festejada que soy.» Calmó su corazón con otra esperanza: «Naturalmente, tiene que estar atento con Melanie, porque, al fin, es su prima y nadie la corteja, y, si no fuera por él, se quedaría de plantón en el baile.»

Le hizo recobrar valor este pensamiento y redobló sus coqueteos con Charles, cuyos negros ojos la contemplaban ávidamente. Era un día magnífico para Charles, un día de ensueño; se había enamorado de Scarlett sin el menor esfuerzo. Ante esta nueva emoción, Honey desapareció tras una densa niebla. Honey era un gorrión estridente, y Scarlett, un centelleante colibrí. Le embromaba con sus zalamerías, haciéndole preguntas que ella misma contestaba, de modo que Charles parecía muy inteligente sin necesidad de decir una palabra. Los otros jóvenes estaban perplejos y muy enojados ante aquel evidente interés de Scarlett por él, pues sabían que Charles era demasiado tímido para decir dos palabras seguidas, y ponían a dura prueba su propia educación para disimular su creciente rabia.

Todos ardían de amor por ella, y, de no haber sido por Ashley, Scarlett hubiera logrado un auténtico triunfo.

Cuando acabaron el último bocado de cochinillo, de pollo y de cordero, Scarlett creyó que había llegado el momento de que India se levantase para decir a las señoras que podían entrar en la casa. Eran las dos y el sol abrasaba; pero India, cansada por los tres días de preparativos para la fiesta, estaba muy satisfecha de poder estar sentada un poco, bajo los árboles, hablándole a gritos a un viejo caballero sordo de Fayetteville.

Una perezosa soñolencia descendía sobre los grupos. Los negros holgazaneaban alrededor, quitando las largas mesas sobre las que habían servido las viandas. Las risas y las conversaciones decayeron y, aquí o allá, algunos grupos estaban silenciosos. Todos esperaban de los anfitriones la señal de que habían terminado los festejos matinales. Los abanicos de palma se agitaban más lentamente y algunos ancianos cabeceaban a causa del sueño y de los estómagos repletos. La barbacoa había terminado y todos sentían deseos de descansar mientras el sol se hallara tan alto.

En aquel intervalo entre la reunión matinal y el baile de la noche parecían un grupo plácido y tranquilo. Sólo los jóvenes conservaban la incansable energía que hasta poco antes había animado a todos. Yendo de grupo en grupo arrastrando sus voces quedas, eran hermosos como sementales de raza, y tan peligrosos como éstos. La languidez del mediodía pesaba sobre la reunión; pero bajo aquella calma escondíanse temperamentos que podían en un momento ascender a alturas enormes y desplomarse después con la misma rapidez. Hombres y mujeres eran hermosos y salvajes, todos algo violentos bajo sus agradables modales, y sólo ligeramente domados.

Pasó otro rato, el sol era más abrasador y Scarlett y otros invitados miraban a India.

Iba decayendo la conversación y, en la calma, todos oyeron entre la arboleda la voz de Gerald alzarse furibunda. A poca distancia de las mesas, estaba en el punto culminante de una discusión con John Wilkes.

—¡Por la camisa de San Peter, hombre! ¿Rezar por un acuerdo pacífico con los yanquis? ¿Después de que hemos disparado contra esos bribones de Fort Sumter? ¿Pacífico? ¡El Sur demostrará con las armas que no puede ser insultado y que no se separa de la Unión por bondad de ésta, sino por su propia fuerza!

«¡Oh, Dios mío, ya está con su tema! —pensó Scarlett—. Ahora todos estaremos aquí sentados hasta medianoche.»

En un momento, la soñolencia desapareció de los grupos, y algo eléctrico agitó el aire. Los hombres se levantaron de los bancos y de las sillas, agitando los brazos y elevando la voz para acallar las de los demás. No se había hablado en toda la mañana de política ni de guerra, a ruegos del señor Wilkes, que no quería que se molestase a las señoras. Pero Gerald había pronunciado las palabras «Fort Sumter» y todos los presentes olvidaron la advertencia de su anfitrión.

«Claro que combatiremos...» «¡Yanquis ladrones...!» «Los haremos polvo en un mes...» «¿Es que uno del Sur no puede deshacer a veinte yanquis?» «Darles una lección que no olvidarán.» «¿Pacífico? Pero si son ellos los que no nos dejan en paz...» «¿Habéis visto cómo ha insultado el señor Lincoln a nuestros comisarios?...» «¡Sí! ¡Los ha engañado durante muchas semanas, jurando que evacuarían Fort Sumter...!» «Quieren guerra; pues se hartarán de guerra...» Y sobre todas las voces tronaba la de Gerald. Todo lo que Scarlett lograba oír era: «¡Derechos de los Estados!», gritado una vez y otra. Gerald pasaba un rato feliz, pero no así su hija.

Secesión... Guerra... Estas palabras tan repetidas hastiaban a Scarlett, pero ahora las

odiaba hasta en su sonido, porque significaban que los hombres seguirían allí horas enteras discurseando y ella no tendría posibilidad de monopolizar a Ashley. Claro era que no habría guerra y los hombres lo sabían. Les gustaba hablar de ello sólo por oírse hablar a sí mismos.

Hamilton no se unió a los otros. Encontrándose relativamente solo con la muchacha, se le acercó y, con la audacia nacida del nuevo amor, le musitó su confesión:

—Señorita O'Hara..., yo..., yo he decidido que, si vamos a la guerra, me marcharé a Carolina del Sur, a unirme allí con la tropa. Se dice que el señor Wade Hampton[7] está organizando un escuadrón de caballería y, naturalmente, yo quiero ir con él. Es un gran hombre y el mejor amigo de mi padre.

Scarlett pensó: «¿Qué quiere que yo haga...? ¿Que dé tres vivas?», porque la expresión de Charles demostraba estarle revelando los secretos de su corazón. Ella no supo qué decirle y se limitó a mirarle, maravillándose de que los hombres fuesen tan tontos que creyesen que a las mujeres les interesan tales asuntos. Él tomó su gesto por una pasmada aprobación y continuó rápida y audazmente:

—Si me marchase... ¿lo sentiría usted, señorita O'Hara?

—Lloraré todas las noches sobre mi almohada —respondió Scarlett, intentado ser graciosa; pero él tomó aquella frase al pie de la letra y enrojeció de alegría. La mano de ella estaba escondida entre los pliegues de su vestido; él la buscó con cautela y se la apretó, asombrado de su propia osadía y de la aquiescencia de ella.

—¿Rezará por mí?

«¡Qué tonto!», pensó amargamente Scarlett mirando disimuladamente a su alrededor, con la esperanza de que alguien la librase de aquella conversación.

—¿Lo hará?

—¡Oh! ¡Claro que sí, señor Hamilton! ¡Lo menos tres rosarios cada noche!

Charles miró rápidamente a su alrededor y contrayendo los músculos del estómago contuvo la respiración. Estaban realmente solos y no podría tener nunca una oportunidad parecida. Y, si se le presentaba otra bendita ocasión, le faltaría valor.

—Señorita O'Hara..., tengo que decirle algo... ¡Yo... la amo!

—¿Eh...? —dijo Scarlett, distraída, tratando de ver, a través de los grupos de hombres que peroraban, si Ashley estaba aún sentado a los pies de Melanie.

—¡Sí! —susurró Charles, arrobado, al ver que ella no reía, ni gritaba, ni se había desmayado, como siempre imaginó él que hacían las muchachas en semejantes circunstancias—. ¡La amo! Es usted la más... la más... —y por primera vez en su vida no le faltaron palabras—, la más bella muchacha que he conocido nunca, la más adorable y gentil, y yo la amo con todo mi corazón. No puedo creer que otro la quiera como yo, pero si usted, mi querida señorita O'Hara, quisiera darme alguna esperanza, lo haré todo en el mundo para que usted me ame. Haré...

Se interrumpió porque no conseguía imaginar nada que fuese lo bastante difícil para convencer a Scarlett de la profundidad de sus sentimientos, y entonces dijo simplemente:

—Quiero casarme con usted.

Scarlett volvió a la realidad con un sobresalto, al sonido de la palabra «casarme». Estaba pensando en el matrimonio y en Ashley, y miró a Charles con mal disimulada irritación. ¿Por qué aquel cretino con cara de carnero venía a inmiscuirse en sus sentimientos, precisamente aquel día en que, de tan angustiada, estaba a punto de perder la cabeza? Miró sus ojos negros suplicantes y no vio en ellos nada de la belleza del primer amor de un muchacho tímido, ni de la adoración de un ideal hecho realidad, ni de la

frenética felicidad y la ternura que ardían como una llama en aquella mirada.

Scarlett estaba acostumbrada a que los hombres se le declarasen, hombres más atrayentes que Charles Hamilton, hombres que tenían la delicadeza de no hacerlo en una barbacoa cuando su pensamiento estaba ocupado en otros asuntos más importantes. Vio sólo a un joven de veinte años, colorado como una remolacha y con cara de tonto. Sintió deseos de decirle lo tonto que parecía. Pero, automáticamente, le vinieron a los labios las palabras que Ellen le había enseñado a decir para casos semejantes y, bajando púdicamente los ojos, con la fuerza de una larga costumbre, murmuró:

—Señor Hamilton, no soy digna del honor que me hace pidiéndome por esposa, pero todo esto es para mí tan inesperado que no sé qué decirle.

Era un modo cortés de lisonjear la vanidad de un hombre y de quitárselo de encima, y Charles picó en el anzuelo como si éste fuese nuevo y él se lo tragase por primera vez.

—¡Esperaré siempre! No quiero que me conteste hasta que esté segura. ¡Por favor, dígame que puedo esperar, señorita O'Hara!

—¿Eh? —dijo distraídamente Scarlett cuyos ojos sagaces se fijaban en Ashley, que no se había levantado para tomar parte en la discusión bélica y seguía sonriendo a Melanie. Si aquel estúpido que trataba de obtener su mano se callase un momento, quizá conseguiría ella oír lo que se estaba diciendo. Tenía que oírlo. ¿Qué le diría Melanie para que los ojos de él brillasen con tanto interés?

Las palabras de Charles apagaban las voces que ella intentaba oír. —¡Oh, chist! —susurró, pellizcándole una mano y sin mirarle siquiera.

Atónito y avergonzado, Charles contuvo la respiración, y luego, viendo los ojos de ella fijos en su hermana, sonrió. Scarlett temía que alguien pudiese oír sus palabras. Era vergonzosa y tímida por naturaleza y la angustiaba la idea de que otros pudiesen oírle. Charles sintió un impulso de virilidad como jamás lo había experimentado, pues era la primera vez en su vida que había azorado a una muchacha. La emoción fue embriagadora. Dio a su rostro una expresión de natural indiferencia y prudentemente devolvió el pellizco a Scarlett, para mostrarle que era hombre de mundo y que comprendía y aceptaba su censura.

Ella apenas sintió el pellizco, porque en aquel momento oía claramente la dulce voz que constituía el mayor encanto de Melanie:

—No estoy de acuerdo contigo sobre Thackeray. Es un cínico. Y temo que no sea un caballero como Dickens.

«¡Qué cosas más tontas para ser dichas a un hombre! —pensó Scarlett, pronta a reír con satisfacción—. ¡No es más que una marisabidilla y todos saben lo que piensan los hombres de ellas...!» La manera de interesar a un hombre y de mantener su interés era hablarle de él, y, después, gradualmente, llevar la conversación hacia una misma... y sostenerla allí. Scarlett se hubiera podido alarmar si Melanie hubiese dicho: «¡Eres extraordinario!», o «¿Cómo puedes pensar esas cosas? ¡Mi reducido cerebro estallaría si yo intentase pensarlas también!» Pero allí estaba Melanie, con un hombre a sus pies y hablándole tan seriamente como si estuviese en la iglesia. La perspectiva se le apareció más brillante, tan brillante que volvió los ojos hacia Charles y sonrió de pura alegría. Entusiasmado por tal prueba de afecto, éste le cogió el abanico y la abanicó con tanto entusiasmo que su peinado empezó a alborotarse.

—Ashley no nos ha favorecido con su opinión —dijo James Tarleton, volviéndose desde el grupo de hombres vociferantes.

Ashley se disculpó y se puso en pie. No había ninguno tan guapo como él, pensó Scarlett, observando la gracia de su actitud negligente y cómo brillaba el sol en sus cabellos

dorados y en su bigote. Hasta los señores viejos enmudecieron para escuchar sus palabras.

—Pues sí, señores míos, si Georgia va a la guerra, iré a ella. ¿Para qué otra cosa me hubiera incorporado a la Milicia? —dijo él. Sus ojos grises se abrieron y su soñolencia desapareció con una viveza que Scarlett no había visto nunca antes—. Pero, como mi padre, espero que los yanquis nos dejen en paz y que no haya lucha... —Levantó la mano, sonriendo, porque de los chicos Fontaine y de los Tarleton se elevaba una Babel de voces —. Sí, sí; sé que nos han insultado y que nos han mentido; pero, si hubiéramos estado en el pellejo de los yanquis y ellos hubiesen intentado separarse de la Unión, ¿cómo hubiéramos obrado? Probablemente de la misma manera. No nos habría gustado.

«Ya está con esto otra vez —pensó Scarlett—. Siempre colocándose en el lugar de los demás.» Para ella, toda discusión sólo presentaba un lado. A veces no comprendía a Ashley.

—No nos calentemos demasiado la cabeza y no habrá ninguna guerra. La mayor parte de la miseria del mundo ha sido causada por las guerras. Y cuando las guerras acaban nadie sabe lo que las motivó. Scarlett frunció la nariz. Por fortuna, Ashley tenía una inatacable fama de valiente, pues si no la cosa se hubiera puesto fea. Mientras pensaba esto, un clamor de voces disconformes, indignadas y fieras se alzó en torno a Ashley.

Bajo el árbol, el viejo señor sordo de Fayetteville tocó levemente a India.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué dicen?

—¡Guerra! —le gritó India al oído haciendo bocina con las manos—. ¡Quieren combatir contra los yanquis!

—¿La guerra, eh? —gritó él a su vez, buscando su bastón y levantándose con más energía que la demostrada en muchos años—. Yo les hablaré de la guerra. He estado en ella. —No era frecuente que el señor MacRae tuviese ocasión de hablar de la guerra, porque su esposa se lo tenía prohibido.

Llegó rápidamente hasta el grupo, agitando el bastón y gritando, y, como no oía las voces de los demás, pronto fue dueño de la situación. —Escuchadme, jóvenes comedores de fuego. Vosotros no podéis querer la lucha. Yo he combatido y sé lo que es. Estuve en la guerra de los Seminólas y fui lo bastante loco para ir a la de México. Ninguno de vosotros sabe lo que es la guerra. Creéis que es únicamente montar en un hermoso caballo y que las muchachas os tiren flores al pasar, llamándoos héroes. ¡No es así, señores! Es padecer hambre y coger erupciones y pulmonías por dormir en la humedad. Y, si no son éstas, serán los intestinos. Sí señores; lo que la guerra da a los hombres es eso..., disentería y cosas por el estilo...

Las señoras estaban sofocadas. El señor MacRae era un recuerdo de una época más vulgar, como la abuela Fontaine con sus ruidosas flatulencias; época que todos hacían lo indecible para olvidar.

—Corre y trae a tu abuelo —susurró una de las hijas de aquel viejo señor a una niña que estaba a su lado—. Les aseguro —murmuró después a las señoras de su alrededor— que está cada día peor. ¿Querrán ustedes creer lo que esta mañana ha dicho a María, que sólo tiene dieciséis años? «Ahora, hijita...» —Y el resto de la frase se perdió en un susurro, mientras la nietecita corría a intentar convencer al abuelo de que volviera a su silla, a la sombra.

Entre todos los grupos reunidos alrededor de los árboles, muchachas que sonreían excitadas y hombres que hablaban apasionadamente, una sola persona parecía tranquila. Los ojos de Scarlett se volvieron hacia Rhett Butler, que estaba apoyado en un árbol con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Desde que John Wilkes se fue de su lado se

había quedado solo, sin pronunciar una palabra mientras la conversación se acaloraba. Los rojos labios se arqueaban bajo el tupido bigote negro y en sus oscuros ojos brilló un divertido desprecio, como si escuchase fanfarronadas infantiles. «Una sonrisa muy desagradable», pensó Scarlett. Él continuó escuchando tranquilamente, hasta que Stuart Tarleton, con su rojo pelo enmarañado y los ojos centelleantes, gritó:

—¡Los desharemos en un mes! Los caballeros luchan siempre mejor que la chusma. Un mes..., sí, una batalla...

—Caballeros —dijo Rhett Butler, sin moverse de su sitio, arrastrando las palabras con un acento que revelaba su origen charlestoniano, sin separarse del árbol ni sacarse las manos de los bolsillos—, ¿puedo decir una palabra?

El grupo se volvió hacia él y le concedió la correcta acogida que se debe a un forastero.

—¿Ha pensado alguno de ustedes, señores, que no hay ni una fábrica de cañones al sur de la línea Mason-Dixon? ¿Y en las pocas fundiciones que hay en el Sur? ¿Y en las escasas fábricas de lana y algodón? ¿Han pensado ustedes que no tenemos ni un barco de guerra y que los yanquis pueden bloquear nuestros puertos en una semana, haciendo que no podamos vender nuestro algodón al extranjero? Pero... claro es que habrán pensado ustedes en estas cosas.

«¡Eso quiere decir que los muchachos son una partida de tontos!» pensó Scarlett, indignada, y sus mejillas se arrebolaron.

Evidentemente, no fue la única que tuvo aquel pensamiento, porque ya algunos muchachos empezaron a adelantar la barbilla. John Wilkes volvió, despreocupada pero rápidamente, a su sitio junto al que había hablado, como para recordar a todos los presentes que aquel hombre era su huésped y que, además, había señoras delante.

—Lo malo de la mayoría de nosotros, los del Sur —prosiguió Rhett Butler—, es que no viajamos bastante o que no sacamos el suficiente provecho de nuestros viajes. Todos ustedes naturalmente, han viajado. ¿Pero qué han visto? Europa, Nueva York, Filadèlfia, y las señoras, claro es, han estado en Saratoga[8] —Se inclinó ligeramente hacia el grupo que estaba en el cenador—. Han visto los hoteles y los museos, y los bailes, y las casas de juego. Y han vuelto a casa creyendo que no hay nada como el Sur. En cuanto a mí, he nacido en Charleston, pero he pasado estos últimos años en el Norte. —Con una sonrisa mostró sus blancos dientes, como si se diera cuenta de que todos los presentes sabían por qué no vivía ya en Charleston y no le importase nada que lo supieran—. He visto muchas cosas que ustedes no han visto. Los millares de emigrantes que lucharán gustosos con los yanquis, por la comida y unos dólares; las fábricas, las fundiciones, los astilleros, las minas de hierro y de carbón... y todo lo que nosotros no tenemos. Lo único que poseemos es algodón, esclavos y arrogancia... Nos aniquilarían en un mes.

Hubo un momento de silenciosa tensión. Rhett Butler sacó del bolsillo de su chaqueta un fino pañuelo de hilo y se sacudió distraídamente el polvo de una manga. Del grupo surgió un murmullo amenazador y del cenador llegó un rumor parecido al de una colmena alborotada. Aunque Scarlett sintiese aún en sus mejillas el ardor de la cólera, algo en su espíritu práctico le hizo comprender que aquel hombre tenía razón y que hablaba con sentido común. Sí, ella no había visto nunca una fábrica ni conocido a nadie que la hubiera visto. Pero aunque aquello fuese verdad, no era caballeroso hacer aquellas declaraciones..., y menos en una reunión donde todos estaban divirtiéndose.

Stuart Tarleton se adelantó con las cejas fruncidas, llevando a Brent pegado a sus talones. Los gemelos eran, naturalmente, unos muchachos bien educados y no iban a armar

una escena en la barbacoa, aunque los provocasen gravemente. Al mismo tiempo, las señoras sentíanse agradablemente excitadas porque rara vez podían ver ahora un jaleo o una riña. Generalmente, las oían contar a terceras personas.

—¿Qué quiere usted decir, caballero? —dijo Stuart lentamente.

Rhett le miró con ojos corteses pero burlones.

—Quiero decir —respondió— lo que Napoleón... (¿quizás ha oído usted hablar de él?) hizo observar una vez: «¡Dios está al lado del ejército más fuerte!» —Y, volviéndose a John Wilkes, le dijo con una cortesía que no era fingida—: Me prometió usted mostrarme su biblioteca. ¿Quiere usted hacerme el gran favor de enseñármela ahora? Tengo que regresar a Jonesboro a primeras horas de la tarde, pues me reclaman allí unos pequeños negocios.

Se volvió de frente al grupo, hizo chocar sus tacones y se inclinó como un maestro de baile, con una reverencia graciosa en un hombre tan fuerte, y tan insolente como una bofetada. Cruzó el prado con John Wilkes, con la negra cabeza erguida, y el sonido de su risa mortificante llegó hasta el grupo que estaba junto a las mesas.

Hubo un silencio sorprendido, y luego volvió a elevarse el murmullo. India, cansada, se levantó de su silla en el cenador y se acercó al furibundo Stuart Tarleton, pero la expresión de sus ojos mientras contemplaba fijamente el alterado rostro del muchacho hizo sentir a Scarlett como un remordimiento de conciencia. Era la misma expresión que tenía Melanie cuando miraba a Ashley, pero Stuart no la notaba. Luego, India le amaba. Scarlett pensó que si ella no hubiese coqueteado tan descaradamente con Stuart el año anterior, en aquella reunión política, haría tiempo que él estaría casado con India. Pero luego desapareció aquel remordimiento, ante el consolador pensamiento de que no era culpa suya si las otras muchachas no sabían retener a sus galanes.

Finalmente, Stuart sonrió a India con una sonrisa forzada, asintiendo con la cabeza. Probablemente India le había rogado que no siguiera al señor Butler para no armar jaleo. Un comedido tumulto se oyó bajo los árboles, cuando los invitados se levantaron, sacudiéndose las migas de los trajes. Las señoras casadas llamaron a las ayas y a los niños, reuniéndolos para la partida, y grupos de muchachas se pusieron en marcha hacia la casa riendo y charlando, para subir a los dormitorios y chismorrear y hacer una siesta reparadora.

Todas las mujeres, excepto la señora Tarleton, salieron de la explanada dejando la sombra de los robles y el cenador a los hombres. La señora Tarleton se detuvo con Gerald, Calvert y otros que deseaban una respuesta acerca de los caballos para la tropa.

Ashley se encaminó hacia donde estaban sentados Scarlett y Charles, con una sonrisa pensativa y divertida en el rostro.

—Un maldito arrogante, ¿verdad? —observó, siguiendo con la mirada a Butler—. Parece un Borgia.

Scarlett pensó rápidamente, pero no pudo recordar ninguna familia del condado de Atlanta o de Savannah que se llamara así. —No los conozco. ¿Es pariente de ellos? ¿Quiénes son? Una extraña expresión se pintó en la cara de Charles. La incredulidad y la vergüenza luchaban con el amor. Triunfó éste al comprender que a una muchacha le bastaba con ser amable, cariñosa y bella aunque no fuera instruida, lo cual estorbaría a sus encantos, y contestó: —Los Borgia eran italianos.

—¡Oh! —dijo Scarlett, perdiendo interés—, ¡extranjeros! Devolvió a Ashley su preciosa sonrisa, pero por alguna razón éste no la miraba. Miraba a Charles y en su comprensivo rostro había una leve expresión de lástima.

Scarlett, asomada al rellano de la escalera, escudriñó cautelosamente desde la barandilla el vestíbulo inferior. Estaba vacío. Desde los dormitorios del piso de arriba, llegaba un incesante runrún de voces que aumentaba y disminuía, acompañadas de carcajadas y de «¡No es posible! ¿Qué te dijo entonces?». En las camas y en los divanes de las seis grandes alcobas, las muchachas descansaban, después de haberse quitado los vestidos y aflojado los corsés y con los cabellos sueltos a la espalda. La siesta de la tarde era una costumbre local y no resultaba nunca tan necesaria como en las reuniones que duraban todo el día, que empezaban por la mañana temprano y acababan con el baile. Durante media hora las muchachas charlaban y reían, y luego las criadas cerraban las persianas y en la semioscuridad las voces se convertían en susurros y al final cesaban y el silencio era interrumpido tan sólo por las respiraciones, suaves y regulares.

Antes de trasladarse al vestíbulo y de bajar las escaleras, Scarlett se aseguró de que Melanie estaba acostada en la cama junto a Honey y Hetty Tarleton. Desde la ventana del rellano pudo ver el grupo de los hombres sentados en el cenador bebiendo en grandes vasos y comprendió que permanecerían allá hasta el final de la tarde. Sus ojos rebuscaron en el grupo, pero Ashley no estaba entre ellos. Escuchó con atención y oyó su voz. Como esperaba, estaba aún en el camino principal, despidiendo a las señoras y a los niños.

Bajó rápidamente la escalera, con el corazón en la garganta. ¿Y si se hubiera encontrado con el señor Wilkes? ¿Qué disculpa le daría para rondar la casa, cuando todas las demás muchachas estaban durmiendo la siesta para mantener su belleza? Bueno, había que arriesgarse.

Al llegar al último escalón oyó a los criados que trajinaban en el comedor a las órdenes del mayordomo, quitando la mesa y las sillas, preparándolo todo para el baile. Al otro lado del amplio vestíbulo, la puerta de la biblioteca estaba abierta; se asomó y entró sin hacer ruido. Esperaría a que Ashley terminase sus despedidas y le llamaría entonces, cuando entrara en la casa.

La biblioteca estaba en la penumbra, pues tenía echadas las persianas. La estancia oscura, de altas paredes completamente cubiertas de negros libros, la deprimió. No era aquél el lugar que hubiera escogido para una cita como la que esperaba. Los libros en gran cantidad siempre la deprimían, así como las personas aficionadas a leer mucho. Mejor dicho..., todas excepto Ashley. Los pesados muebles surgían en aquella media luz; las butacas de altos respaldos y hondos asientos, hechas para los gigantescos Wilkes: bajas y mullidas butaquitas de terciopelo con unas banquetas delante, tapizadas también de terciopelo, para las muchachas. En un extremo de la amplia habitación frente a la chimenea, había un sofá de dos metros (el sitio preferido de Ashley) que alzaba su macizo respaldo como un enorme animal dormido.

Entornó la puerta, dejando una rendija, y trató de calmar los latidos de su corazón. Se esforzó en recordar con precisión lo que la noche anterior había planeado decir a Ashley, pero no lo consiguió. ¿Había pensado decirle algo realmente o había planeado hacer hablar a Ashley? No lo recordaba; la invadió, de repente, un escalofrío de terror. Si su corazón dejase de latir de aquel modo tan rápido, quizá podría pensar serenamente, pero el rápido palpitar aumentó su velocidad, al oír a Ashley decir adiós a los últimos que se marchaban y entrar en el vestíbulo.

Sólo conseguía pensar que le amaba..., que amaba todo en él, desde la punta de sus cabellos dorados hasta sus elegantes botas oscuras; amaba su risa aunque la desconcertara a veces, y sus extraños silencios. ¡Oh, si entrase y la cogiese entre sus brazos, entonces no tendría necesidad de decirle nada! Seguramente la amaba. «Quizá, si rezase...» Cerró los

ojos y empezó a murmurar «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

—¡Cómo! ¡Scarlett!

Era la voz de Ashley que interrumpía su oración, sumiéndola en la mayor de las confusiones. Se había detenido en el vestíbulo, mirándola desde la puerta entornada con una sonrisa enigmática.

—¿De quién te escondes? ¿De Charles o de los Tarleton? Ella se reprimió. ¡De modo que Ashley se había dado cuenta de los hombres que habían estado a su alrededor! ¡Qué admirable estaba con sus ojos tranquilos, sin notar lo más mínimo su turbación! No pudo pronunciar una sola palabra, pero le cogió de una mano y le hizo pasar a la habitación. Él entró, algo sorprendido pero interesado.

Había en ella una tensión y en sus ojos un fulgor que él nunca había visto antes, y en la semioscuridad percibió también el rubor que le había subido a las mejillas. Automáticamente, Ashley cerró la puerta y le cogió una mano.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Al contacto de su mano, ella empezó a temblar. Empezaba a suceder lo que había soñado. Mil pensamientos incoherentes bulleron en su mente, pero le fue imposible captar ni uno solo y expresarlo en palabras. Sólo pudo mover la cabeza y mirarle a la cara. ¿Por qué no hablaba él?

—¿Qué pasa? —repitió Ashley—. ¿Quieres decirme un secreto? De repente, Scarlett recobró el habla y, en el mismo instante, todos las enseñanzas de Ellen quedaron olvidadas y la fogosa sangre irlandesa de Gerald habló por boca de su hija. —Sí..., un secreto. Te amo. Por un momento hubo un silencio tan profundo que pareció que ninguno de los dos respiraba. Dejó ella de temblar y la invadió, en cambio, una oleada de felicidad y de orgullo. ¿Por qué no lo había hecho antes? ¡Cuánto más sencillo que todas las tonterías propias de una dama que le habían enseñado! Y sus ojos buscaron ávidamente los de Ashley.

Había en ellos consternación, incredulidad y... algo más... ¿Qué era? Sí; Gerald tenía la misma expresión el día en que su caballo favorito se rompió una pata y fue necesario rematarlo. ¿Por qué le venía ahora esto a la mente? ¡Qué pensamiento más estúpido! ¿Por qué Ashley la miraba tan extrañamente, sin decir nada? Algo como una máscara cortés apareció ahora en la cara del muchacho, que sonrió galantemente.

—¿No te basta con la colección de corazones de todos los demás hombres? —dijo con su voz acariciadora y burlona—. ¿Quieres conquistarlos a todos? Bien; sabes que has tenido siempre mi corazón, lo sabes y has probado tus dientes en él.

No..., no era aquello. No era así como ella se lo había imaginado. En el furioso remolino de ideas que se agitaban en su cabeza, una empezaba a tomar forma. Por alguna razón que ella ignoraba, Ashley fingía, como si ella estuviese coqueteando con él. Pero él sabía que no era eso. Estaba segura de que lo sabía.

—Ashley... Ashley..., dime..., tú debes... ¡Oh, por favor, no te burles ahora! ¿Tengo de verdad tu corazón? ¡Oh, querido, yo te a...!

—¡No debes decir eso, Scarlett! No debes. No lo piensas de verdad. Te odiarás a ti misma por haberlo dicho y me odiarás a mí por haberlo escuchado.

Ella volvió la cabeza, denegando. Una ola cálida corría velozmente por sus venas.

—No podré nunca odiarte. Te digo que te amo. Y sé que tú también me quieres, porque... —se interrumpió. No había visto jamás una expresión tan dolorosa en un rostro—. Ashley, me quieres..., ¿verdad?

—Sí —respondió él con voz opaca—. Te quiero.

Si le hubiese dicho que la odiaba, no la hubiera aterrado tanto. Le apretó la mano en silencio.

—Scarlett —replicó él—, ¿no podríamos marcharnos de aquí y olvidar lo que hemos hablado, como si no hubiera sucedido?

—No —susurró la joven—. No puedo. ¿Qué quieres decir con eso? ¿No quieres... casarte conmigo?

Él contestó:

—Me casaré con Melanie muy pronto.

Sin saber cómo, de repente, Scarlett se encontró sentada en la silla roja de terciopelo, y Ashley en la banqueta, a sus pies... Le tenía ambas manos fuertemente cogidas. Él le decía cosas..., cosas que no tenían sentido. La cabeza de la muchacha estaba vacía, completamente vacía de cuantos pensamientos se agolpaban allí un momento antes y las palabras de Ashley le causaban tan poca impresión como la lluvia en los cristales. Caían en oídos que no escuchaban, eran palabras tiernas y dulces, llenas de compasión como las de una madre que habla a una niña dolida.

El nombre de Melanie traspasó su aturdimiento y Scarlett miró los ojos grises, de cristal, del muchacho. Vio en ellos aquel aire distante que tanto la había atraído en otras ocasiones..., y también una expresión como de odio hacia sí mismo.

—Mi padre anunciará nuestro compromiso matrimonial esta noche. Nos casaremos pronto. Te lo debí haber dicho antes, pero creía que lo sabías ya. Creí que lo sabías todo... desde hace años. Nunca me imaginé que tú..., tú, que tienes tantos adoradores y galanes... Pensé que Stuart...

Ella recobraba ahora la vida, el sentimiento y la comprensión. —Pero acabas de decirme que me querías. Sus manos ardorosas la oprimían.

—Querida, ¿por qué tratas de obligarme a decir cosas que pueden herirte?

El silencio de ella le impulsó a proseguir:

—¿Cómo podré hacerte comprender estas cosas? ¡Eres tan joven e irreflexiva, que no sabes lo que significa el matrimonio! —Sé que te amo.

—El amor no basta para hacer un matrimonio feliz, y más cuando se trata de dos personas tan diferentes como nosotros. Tú, Scarlett, lo querrías todo de un hombre, el cuerpo, el corazón, el alma, los pensamientos. Y, si no los posees, serás desgraciada. Yo no desearía todo tu corazón y tu alma. Esto te ofendería y empezarías a odiarme..., ¡oh, amargamente! Odiarías los libros que leyera y la música que me gustase porque me apartarían de ti aunque sólo fuera por un momento, y yo..., quizá yo...

—¿Amas a Melanie?

—Ella es como yo, de mi sangre, y nos comprendemos mutuamente. ¡Scarlett! ¡Scarlett! ¿Cómo podré hacerte comprender que un matrimonio sólo puede ser feliz entre dos personas parecidas?

Alguien más lo había dicho: «Cada oveja con su pareja, pues de otro modo no serán felices.» ¿Quién lo había dicho? Parecíale a ella que había pasado un millón de años desde que oyera estas palabras. Pero tampoco la convencieron. —Tú has dicho que me querías. —No debía haberlo dicho. En el fondo del cerebro de Scarlett se encendió una pequeña llama y, convirtiéndose en ira, empezó a abrasarla.

—Sí, has sido lo bastante insensato para decirlo...

Él palideció.

—He sido un insensato, puesto que estoy a punto de casarme con Melanie. Te he hecho daño a ti, y aún más, a Melanie. No debí haberlo dicho porque sé que no me

comprenderás. ¿Cómo podría yo vivir contigo, contigo, que tienes toda la pasión por la vida que yo no tengo? Tú puedes amar y odiar con una violencia para mí imposible. Porque eres elemental como el fuego, el viento y las cosas salvajes, mientras que yo...

Ella pensó en Melanie y vio de repente sus tranquilos ojos castaños con su expresión distante, sus plácidas manitas en los ajustados mitones de encaje negro y sus apacibles silencios. Entonces su ira estalló, la misma ira que había hecho a Gerald matar a un hombre y a otros irlandeses a realizar actos que pagaron con su cabeza.

No había ahora, en ella, nada de los correctos y ponderados Robillard, que sabían dominar en silencio la situación más violenta.

—¿Por qué no lo dijiste, cobarde? ¡Tuviste miedo de casarte! Prefieres vivir con esa estúpida cretina que sólo sabe abrir la boca para decir «sí» y «no» y que criará una piara de niños tan memos e insulsos como ella. Porque...

—¡No debes hablar así de Melanie!

—¡Pues me da la gana! ¿Quién eres tú para decirme que no debo? ¡Cobarde, patán...! Me hiciste creer que te casarías conmigo y...

—¡Sé justa, por favor! —rogó Ashley—. ¿Cuándo te he dicho que...?

No quería ser justa aunque supiese que no decía la verdad, pero no quería callarse. Ashley no había traspasado nunca los límites de la amistad con ella, y, al recordar esto, una nueva cólera la invadió, la cólera del orgullo herido y de la vanidad femenina. Había perdido el tiempo creyendo que la quería. Prefería a una estúpida con la cara de mosquita muerta como Melanie. ¡Oh, cuánto mejor hubiera sido seguir los consejos de Ellen y de Mamita! Así no le hubiese revelado nunca que le amaba... ¡Cualquier cosa valía más que sufrir aquella vergüenza!

Se levantó con los puños apretados y él la imitó con la expresión de muda angustia de quien se ve forzado a afrontar unas realidades dolorosas.

—Te odiaré mientras viva, canalla..., estúpido...; sí, estúpido...

¿Qué otras palabras podía decir? No se le ocurrían otras peores.

—Scarlett..., por favor...

Extendió su mano hacia ella y, cuando lo hacía, Scarlett alzó la suya y lo abofeteó con toda su fuerza. En el silencio de la habitación, aquel ruido sonó como un latigazo. La rabia de Scarlett desapareció súbitamente dejándole el corazón desolado.

La marca roja de su mano resaltaba claramente sobre el rostro pálido y cansado de Ashley. Él no dijo nada; pero, cogiendo la mano de ella, la llevó a sus labios y la besó. Y luego, antes de que ella hubiese podido decir una palabra, salió cerrando suavemente la puerta.

Scarlett volvió a sentarse repentinamente, porque la reacción de su rabia le hizo doblar las rodillas. Se había ido de allí y el recuerdo de su rostro abofeteado la perseguiría hasta la muerte.

Oyó el suave rumor de sus pasos que se alejaban por el largo vestíbulo y se le apareció la evidente enormidad de sus actos. Lo había perdido para siempre. Ahora la odiaría cada vez que la viese, se acordaría de cómo le buscó, cuando él no la había alentado en absoluto.

«Soy tan mala como Honey Wilkes», pensó de improviso, y recordó que todos, y ella más que cualquiera, se habían reído desdeñosamente de la conducta descocada de Honey. Vio la torpe coquetería de Honey y oyó su necia risita cuando iba del brazo de cualquier muchacho y este pensamiento despertó en ella una nueva rabia, rabia contra ella misma, contra Ashley, contra todo el mundo. Porque, odiándose a sí misma, odiaba a todos

con la furia de la humillación y el frustrado amor de sus dieciséis años. Sólo un átomo de verdadera ternura se mezclaba con aquel amor. La mayor parte se componía de vanidad y de complicada confianza en sus propios encantos. Ahora había perdido y más que su sentimiento de perder sentía el temor de haber dado un público espectáculo de sí misma. ¿Había sido tan descarada como Honey? ¿Se reirían de ella? Ante este pensamiento, empezó a temblar. Apoyó su mano sobre una mesita que había a su lado, tocando un florero de porcelana, en el que sonreían dos querubines. La habitación estaba tan silenciosa que casi sintió deseos de gritar para romper el silencio. Tenía que hacer algo o volverse loca. Cogió el florero y lo lanzó rabiosamente, atravesando el cuarto, contra la chimenea. Pasó rozando el alto respaldo del sofá y se hizo pedazos con leve estrépito contra la repisa de mármol.

—Esto —dijo una voz desde las profundidades del sofá— es ya demasiado.

Nada en su vida la había asustado tanto, y su boca quedó tan seca que no pudo emitir ni un sonido. Se asió al respaldo de la silla sintiendo que se le doblaban las rodillas, mientras Rhett Butler se incorporaba del sofá donde estaba tumbado y le hacía una reverencia de exagerada cortesía.

—Malo es que le perturben a uno la siesta con un episodio como el que me han obligado a escuchar, pero ¿por qué ha de peligrar mi vida? Era una realidad y no un fantasma. Pero ¡Dios mío, lo había oído todo! Scarlett reunió sus fuerzas para lograr una digna apariencia.

—Caballero, debía usted haber hecho notar su presencia.

—¿De verdad? —Los dientes blancos de él brillaron y sus audaces ojos oscuros rieron—. ¡Pero si los intrusos fueron ustedes! Yo tenía que esperar al señor Kennedy, y notando que era, quizá, persona «non grata» abajo, he sido lo suficientemente considerado para evitar mi presencia importuna y vine aquí pensando que no sería molestado. Pero, ¡ay! —Y se encogió de hombros, riendo suavemente.

Empezaba ella a irritarse al pensar que aquel hombre grosero e impertinente lo había oído todo..., había oído cosas que prefería haber muerto antes que revelarlas.

—Los que escuchan escondidos... —comenzó furiosa.

—... oyen a veces cosas muy divertidas e instructivas —dijo él con burlona sonrisa —. Con una gran experiencia de escuchar escondido, yo...

—¡No es usted un caballero! —le interrumpió Scalett.

—Observación justísima —contestó él, sonriente—. Y usted, joven, no es una señora. —Parecía encontrar aquello muy divertido, porque volvió a reír suavemente—. Nadie puede seguir siendo una señora después de haber dicho y hecho lo que acabo de oír. Aunque las señoras presentan escaso atractivo para mí, en verdad. Sé lo que piensan; pero nunca tienen el valor o la falta de educación de decir lo que piensan. Y esto, con el tiempo, es un aburrimiento. Pero usted, mi querida señorita O'Hara, es una muchacha de valor, de singular energía, de un carácter realmente admirable, y yo me descubro ante usted. Comprendo muy bien los encantos que el elegante señor Wilkes puede hallar en una muchacha de su apasionada naturaleza. Debe dar gracias a Dios, postrarse ante una muchacha con su..., ¿cómo dijo...?, con su «pasión por la vida», pero siendo un pobre de espíritu...

—¡No es usted digno de limpiarle las botas! —gritó Scarlett rabiosamente.

—¿Y dice usted que va a odiarlo toda la vida? —Y Butler volvió a sentarse en el sofá mientras ella oía su risita.

Si hubiese podido matarlo, lo habría hecho. En lugar de eso, salió de la habitación

con toda la dignidad que pudo conseguir, y cerró estrepitosamente la pesada puerta.

Subió las escaleras tan rápidamente que cuando llegó al rellano creyó que se iba a desmayar. Se detuvo y cogióse a la baranda, latiéndole el corazón con tal fuerza, por la cólera, la afrenta y el esfuerzo, que parecía salírsele del corpino. Intentó respirar profundamente, pero el corpino abrochado por Mamita era demasiado estrecho. Si se desvanecía y la encontraban en el rellano de la escalera, ¿qué pensarían? ¡Oh, pensarían Dios sabe qué cosa, Ashley, aquel abominable Butler y aquellas odiosas muchachas, tan celosas! ¡Por primera vez en su vida lamentó no llevar sales como las otras muchachas! Tampoco había llevado nunca una cajita de vinagre aromático. Se había vanagloriado siempre de no saber lo que era un vahído. ¡Imposible desmayarse ahora!

Poco a poco el sufrimiento empezó a disminuir. Pronto se sentiría mejor, se deslizaría silenciosamente hacia el lavabo junto al dormitorio de India para aflojarse el corsé y después echarse en uno de los lechos junto a una muchacha dormida. Trató de calmar los latidos del corazón y de tranquilizar su rostro, porque suponía que debía tener el aspecto de una loca. Si alguna de las chicas se hubiera despertado, habría comprendido en seguida que se trataba de algo que no le había salido bien. Nadie debía saber lo que había ocurrido.

A través de la amplia ventana del rellano de la escalera vio a los hombres que aún permanecían bajo los frondosos árboles. ¡Cómo los envidiaba! ¡Qué cosa tan bella era ser hombre y no tener que sufrir las penas por las que había atravesado momentos antes! Mientras los miraba, con los ojos que le ardían y la *cabeza* que le giraba, oyó un veloz galopar en el camino principal, el crujir de la arena y el eco de una voz excitada que hacía una pregunta a los negros. La arena volvió a crujir y ella pudo ver la figura de un hombre a caballo que galopaba a través del prado verde hacia el grupo indolente que formaban los hombres. ¿Un invitado retrasado? Pero ¿por qué atravesaba a caballo el prado que era el orgullo de India? No le reconoció; pero, cuando el jinete bajó del caballo y cogió el brazo de John Wilkes, Scarlett distinguió sus excitadas facciones. Todos le rodearon rápidamente, abandonando en las mesas y en tierra los vasos y los abanicos de palma. A pesar de la distancia, oyó el clamor de las voces que interrogaban y llamaban y percibió en seguida la febril tensión de los hombres. Finalmente, por encima del vocerío confuso se oyó la voz de Stuart Tarleton en un grito exaltado: «¡Yee-eey-y!», como si estuviese de caza. Así, Scarlett oyó por primera vez el grito de los rebeldes.

Mientras miraba, los cuatro Tarleton, seguidos de los muchachos Fontaine, salieron del grupo gritando:

—Jeems! ¡Eh, Jeems! Ensilla los caballos.

«Se debe de haber incendiado la casa de alguien», pensó Scarlett. Fuese fuego o no, debía entrar en el dormitorio antes de ser descubierta.

Su corazón latía ahora menos violentamente. Subió de puntillas los escalones hasta el vestíbulo silencioso. Una templada somnolencia invadía toda la casa, como si ésta durmiese también, como las muchachas. Así permanecería hasta que llegase la noche, con toda su belleza de músicas y candelabros. Muy despacito, Scarlett abrió la puerta del lavabo y se deslizó dentro. Aún tenía la mano sobre el pestillo, cuando de la puerta de enfrente, entreabierta, y que daba a un dormitorio, le llegó la voz de Honey Wilkes, sumisa como un susurro.

—Me parece que Scarlett se ha portado hoy como una descarada. La muchacha sintió que su corazón empezaba de nuevo la loca danza anterior, e inconscientemente puso encima su mano, como para obligarle a que se detuviera. «Los que escuchan ocultos

escuchan también cosas muy instructivas», le resonó en la memoria. ¿Debía salir nuevamente? ¿O debía hacerse ver y poner en evidencia a Honey como merecía? Pero la voz que oyó inmediatamente después la hizo detenerse. Ni un tronco de caballos hubiera podido moverla al oír la voz de Melanie.

—¡Oh, Honey, no seas mala! Es sólo vivaz, ingeniosa. A mí me parece simpatiquísima.

«¡Oh! —pensó Scarlett, clavándose las uñas en el corpino—. ¡Sentirse defendida por esa hipócrita!»

Era peor que la leve maledicencia de Honey. Scarlett no había tenido jamás confianza en ninguna mujer y no había atribuido a ninguna, con excepción de su madre, motivos que no fuesen netamente egoístas.

Melanie estaba segura de Ashley y por eso podía concederse el lujo de manifestar un espíritu cristiano. Scarlett pensó que de este modo Melanie presumía de su conquista y al mismo tiempo se procuraba la reputación de ser buena y dulce. Era un truco que ella había empleado muchas veces hablando de otras muchachas con los hombres, y había conseguido siempre convencerlos de aquel modo de su bondad y su altruismo.

—¿Qué dices, querida? —replicó Honey ásperamente y levantando la voz—. Cualquiera diría que estás ciega.

—Chist, Honey —susurró Sally Munroe—. ¡Se te va a oír en toda la casa!

Honey bajó la voz y continuó:

—¿No has visto cómo coqueteaba con todos? Hasta con el señor Kennedy, que es el pretendiente de su hermana. ¡No he visto nunca cosa igual! Y también ha tratado de atraer a Charles. —Honey sonrió con cierta petulancia—. Sabe muy bien que Charles y yo... —¿De verdad? —murmuraron algunas voces excitadas. —Sí, pero no lo digáis a nadie... ¡Todavía no! Hubo algunas risas y los muelles de la cama crujieron como si alguien hubiese pinchado a Honey. Melanie murmuró algunas palabras sobre lo feliz que la hacía tener a Honey por hermana.

—¡Ah, pues a mí no me gustaría que Scarlett fuese mi cuñada, porque es descarada como nadie! —añadió la voz afligida de Hetty Tarleton—. Casi se ha arreglado con Stuart. Brent dice que no le importa un comino, aunque en realidad está loco por ella.

—Si me preguntáis a mí —murmuró Honey con misteriosa importancia—, yo os diré quién es el que le interesa a ella: Ashley.

Los susurros se fueron elevando violentamente preguntando, interrumpiendo, y Scarlett se sintió helada por el temor y la humillación. Honey era una estúpida, una cretina, una simplona por lo que respecta a los hombres, pero tenía en lo concerniente a las mujeres un instinto femenino que Scarlett no había apreciado nunca. La mortificación y el orgullo ofendido, de los cuales había sufrido en la biblioteca con Ashley y después con Rhett Butler, no tenían importancia comparados con esto. Se podía tener confianza en que los hombres (incluso un individuo como el señor Butler) callarían, pero aquella charlatana de Honey Wilkes criticaba a diestra y siniestra; antes de las seis lo sabría toda la comarca. Y Gerald, la noche anterior había dicho que no quería que en el país se riese nadie de su hija. ¡Cómo se reirían todos ahora! Un sudor viscoso le bañó los costados, partiendo de las axilas.

La voz de Melanie, mesurada y tranquila, se levantó sobre las otras en son de queja.

—Sabes muy bien que no es eso, Honey, y no está bien que hables así...

—Es así, Melly, y, si tú no estuvieses siempre dispuesta a buscar la bondad en los que no la tienen, repararías en ello. Yo estoy contenta. Le está bien empleado. Scarlett

O'Hara no ha hecho nunca otra cosa que enredar y tratar de llevarse los enamorados de otras chicas. Sabes muy bien que ha separado a Stuart de India, y hoy ha intentado atraerse al señor Kennedy, a Ashley, a Charles...

«¡Debo irme a casa! —pensó Scarlett—. ¡Debo irme a casa!» ¡Si hubiera podido por obra de magia ser transportada a Tara...! ¡Poder estar con Ellen, verla, esconder la cara en su regazo, llorar y contárselo todo! Si hubiese oído una palabra más se habría precipitado en la habitación y hubiera agarrado a Honey por los pálidos cabellos y habría escupido en la cara de Melanie Hamilton para enseñarle lo que pensaba de su caridad. Pero se había portado ya hoy de un modo bastante vulgar, tanto como una miserable cualquiera, y éste era su tormento. Apretó en sus manos las faldas para que no hiciesen ruido y retrocedió como un animal asustado. «A casa —pensaba al atravesar velozmente el vestíbulo, delante de las puertas cerradas y de las habitaciones silenciosas—, debo marcharme a casa.» Estaba ya en la puerta de la calle cuando le asaltó un nuevo pensamiento: ¡no podía irse a casa, no podía huir! Debía quedarse, soportar toda la malicia de las muchachas y la propia humillación de su corazón. Huir significaba darles mayor motivo.

Golpeó con el puño cerrado la gran columna que estaba a su lado, como si hubiese sido Sansón, y deseando hacer saltar Doce Robles destruyendo todo lo que había dentro. Los haría arrepentirse, les haría ver... No sabía aún cómo, pero lo haría. Los ofendería más que ellos la habían ofendido a ella.

Por el momento, Ashley, como tal Ashley, estaba olvidado. No era el joven soñador del que ella estaba enamorada; era una parte de los Wilkes, de Doce Robles, de la comarca; y Scarlett los odiaba a todos porque se reían de ella. La vanidad es más fuerte que el amor a los dieciséis años, y por eso en su corazón ardiente no había sitio para otra cosa sino para el odio.

«No iré a casa —pensó—, permaneceré aquí y los haré arrepentirse. No diré nada a mamá ni a nadie.» Hizo un esfuerzo para entrar de nuevo en la casa, subir las escaleras y entrar en un dormitorio. Al volverse, vio a Charles que entraba por la otra extremidad del amplio vestíbulo. Al verla, se dirigió a ella de prisa. Tenía los cabellos en desorden y la cara arrebolada por la excitación.

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido? —gritó antes de haberse unido a ella—. ¿Ha oído? ¡Ha llegado ahora mismo Paul Wilson de Jonesboro con la noticia!

Hizo una pausa, sin aliento, llegando a su lado. Ella no se movió y le miró fijamente.

—Lincoln pide hombres, soldados (voluntarios, quiero decir), ¡setenta y cinco mil!

¡De nuevo el señor Lincoln! ¿Pero sería posible que los hombres no pensasen nunca en las cosas de importancia? He aquí que ese idiota esperaba que ella se excitase por los caprichos del señor Lincoln, mientras tenía el corazón deshecho y la reputación arruinada.

Charles la miró fijamente; el rostro de la joven estaba blanco como la cera y sus ojos verdes brillaban como si fuesen esmeraldas. No había visto un fuego parecido en la cara de ninguna muchacha, ni tal esplendor en los ojos de nadie.

—Soy un bruto —dijo—. Habría debido decirlo más suavemente. ¡He olvidado que las mujeres son muy delicadas! Siento haberla molestado. ¿No se siente mejor? ¿Puedo traerle un vaso de agua?

—No —respondió Scarlett, y esbozó una sonrisa forzada.

—¿Quiere ir a sentarse en un banco? —dijo el joven, cogiéndola por un brazo.

Ella asintió y Charles la ayudó cortésmente a descender los peldaños y la condujo a través de la hierba hasta el banco de hierro bajo la encina más majestuosa, en la glorieta

situada delante de la casa. «¡Qué frágiles y tiernas son las mujeres! —pensó—. Basta nombrar la guerra para verlas desmayarse.»

Esta idea le hizo sentirse más hombre, y entonces redobló su amabilidad. La muchacha parecía tan extraña y en su rostro blanco había una belleza tan salvaje que le hacía latir el corazón con violencia. ¿Era posible que se hubiera asustado al pensar que él pudiese ir a la guerra? No; se trataba de una presunción excesiva. ¿Pero por qué le miraba de un modo tan raro? ¿Por qué sus manos temblaban mientras sacaba su pañuelito de seda? Sus espesas pestañas batían como las de aquella niña de la novela que había leído, con verdadera timidez y amor.

Charles se aclaró la voz tres veces para hablar, sin conseguirlo. Bajó los ojos, porque los verdes de ella eran tan penetrantes que casi parecía que le atravesaban.

«Tiene mucho dinero —pensó rápidamente Scarlett, mientras su cerebro formaba un nuevo plan—. Y no tiene padres que puedan molestarme, y, además, vive en Atlanta. Si me casara pronto, haría ver a Ashley que me importa un comino..., que sólo quería coquetear. Y para Honey sería la muerte. No encontrará nunca otro cortejador y todos se reirán de ella. Melanie sufrirá por ello, porque quiere mucho a Charles. También sufrirán Stuart y Brent...» No sabía precisamente por qué quería perjudiCharles a ellos, a no ser porque tenían hermanas antipáticas.

«Todos se sentirían despechados cuando yo volviese aquí de visita en un buen coche, con gran cantidad de vestidos y con casa propia. No podrán nunca, nunca, reírse de mí.»

—De seguro, habrá que luchar —dijo Charles después de algunas tentativas embarazosas—. Pero no se conmueva, señorita Scarlett: en un mes habrá terminado todo y oiremos cómo piden piedad. ¡Seguro que sí! No quisiera por nada del mundo dejar de oír eso. Temo que esta noche no haya baile, porque el Escuadrón debe reunirse en Jonesboro. Los Tarleton se han marchado a difundir la noticia. Sé que a las señoras las desgarrará.

Ella murmuró «¡Oh!», no sabiendo decir otra cosa; pero esto fue suficiente. Volvíale la sangre fría y su mente empezaba a ver claro. Sobre todas sus emociones se formaba una capa de hielo y pensó que ya jamás volvería a sentirse ardiente. ¿Por qué no casarse con aquel buen muchacho tímido? Valía tanto como los otros y a ella no le importaba nada ninguno. No, ya no querría a ninguno, aunque viviese hasta los noventa años.

—No puedo decidir ahora si iré con el señor Wade Hampton a la Legión de Carolina del Sur o con la Guardia de la ciudad de Atlanta. Ella volvió a decir «¡Oh!». Sus ojos se encontraron, y las pestañas de Scarlett, agitándose, fueron la perdición del joven.

—¿Me esperará, señorita Scarlett? Será..., será magnífico saber que me espera hasta que los hayamos vencido. —Y aguardó sin respirar las palabras de ella, observando los labios rojos que se plegaban en las comisuras de su boca, notando por primera vez la sombra de aquellas comisuras, pensando lo hermoso que sería besarla.

La mano de ella, con la palma húmeda de sudor, resbaló entre las suyas.

—No sé... —murmuró, y sus ojos se velaron. Sentado, apretándole la mano, él la miró fijamente con la boca abierta. Con los ojos bajos, Scarlett le observaba a través de sus pestañas, con la impresión de contemplar un sapo enorme.

Él hizo por hablar otra vez; no pudo, y volvió a enrojecer.

—¿Es posible que me ame?

Ella no respondió, pero bajó los ojos, y Charles fue nuevamente transportado a un éxtasis de turbación. Acaso un hombre no debía hacer tal pregunta a una mujer. Quizás ella encontrara inconveniente responderla. No habiendo tenido el valor, antes de ahora, de

colocarse en una situación parecida, Charles no sabía cómo comportarse. Tenía deseos de gritar, de cantar y de besarla, de hacer cabriolas en el prado y, después, de correr a decir a todos, blancos y negros, que ella le amaba.

Pero se limitó a estrecharle la mano hasta clavarle los anillos en la carne.

—¿Quiere casarse pronto conmigo?

—¡Hum! ¡Yo...! —respondió ella, jugueteando con un pliegue del vestido.

—Podríamos celebrar un matrimonio doble con Mel...

—No —respondió ella rápidamente, y sus ojos fulgieron con un relámpago amenazador.

Charles comprendió que había cometido un nuevo error. Era natural que una muchacha desease una fiesta de bodas propia, no una gloría compartida. ¡Qué buena era al no hacer caso de sus desaciertos! ¡Si al menos estuviese oscuro, quizás él se envalentonaría con las tinieblas y se atrevería a besarle la mano diciéndole todo lo que anhelaba decirle!

—¿Cuándo puedo hablar con su padre?

—Cuanto antes mejor —respondió ella, esperando que él aflojase la dolorosa presión sobre los anillos sin verse obligada a decírselo.

Charles se puso en pie y, por un momento, Scarlett temió que hiciese una cabriola antes de que la dignidad le contuviese. La miró radiante a los ojos, con todo su sentido y noble corazón. Nadie la había mirado así hasta ahora y nadie más la miraría de aquel modo; y, sin embargo, ella pensaba que parecía un ternero.

—Voy a buscarle —dijo Charles con el rostro iluminado por una sonrisa—. No puedo esperar. ¿Quiere excusarme..., querida?

Pronunció esta palabra con esfuerzo; pero, habiéndole salido bien, la repitió con placer.

—Sí, le esperaré aquí. Hace fresco y se está bien. El atravesó el prado y desapareció detrás de la casa, dejando a Scarlett sola bajo la encina, cuyas hojas susurraban movidas por el viento. De las cuadras salían hombres a caballo; los siervos negros cabalgaban velozmente detrás de sus amos. Los Munroe pasaron a galope agitando sus sombreros; los Fontaine y los Calvert recorrieron el camino gritando. Los cuatro Tarleton atravesaron el prado y los adelantaron. Brent gritó:

—¡Mamá nos dará los caballos! ¡Yeeeyyy! Y desaparecieron, dejándola nuevamente sola. La casa blanca se levantaba delante de ella, con sus grandes columnas, y parecía que se retraía de ella, con dignidad. De ahora en adelante, ya no sería su casa. Ashley no le haría nunca traspasar aquel umbral como su esposa. ¡Oh, Ashley! ¿Qué he hecho? En lo profundo de su intimidad, bajo el orgullo feliz y el frío sentido práctico, algo se agitó haciéndola padecer. Había nacido en ella una emoción de adulta, más fuerte que su vanidad y que su obstinado orgullo. Ella amaba a Ashley. Sabía que le amaba, y no le había querido nunca tanto como en el momento en que vio a Charles desaparecer en el recodo del camino enarenado.

7

Dos semanas después, Scarlett estaba casada, y dos meses más tarde viuda. Fue liberada pronto de las ligaduras que había atado con tanta prisa y con tan poca reflexión; la descuidada libertad de cuando era soltera había desaparecido para siempre. La viudez había seguido muy de cerca al matrimonio, y la maternidad, para desánimo suyo, siguió después de breve tiempo.

En los años posteriores, cuando volvía a pensar en los últimos días de abril de 1861, Scarlett no recordaba nunca perfectamente los detalles. El tiempo y los sucesos se veían como a través de un telescopio, confusos como una pesadilla que no tenía lógica ni realidad. Hasta la hora de su muerte habría lagunas en el recuerdo de aquellos días. Especialmente vago era el recuerdo del tiempo transcurrido desde que aceptó a Charles hasta el matrimonio. ¡Dos semanas! Un noviazgo tan breve habría sido imposible en tiempo de paz. Habría sido necesario el decoroso espacio de un año o, por lo menos, de seis meses. Pero el Sur estaba en llamas por la guerra y los acontecimientos se sucedían rápidamente, como llevados por un viento impetuoso, y el ritmo tranquilo de los antiguos días había desaparecido.

Ellen levantó las manos al cielo y aconsejó un aplazamiento para que Scarlett pudiese reflexionar. Pero a sus insistencias la joven respondió con rostro inflexible y no le prestó atención. Quería casarse y pronto. A más tardar dentro de dos semanas.

Sabiendo que el matrimonio de Ashley había sido anticipado del otoño al día uno de mayo, a fin de que pudiese marchar con la Milicia apenas fuese llamado al servicio, Scarlett había fijado la fecha de su propia boda para el día anterior al de la suya. Ellen protestó, pero Charles peroró con nueva elocuencia, porque estaba impaciente por marchar a Carolina del Sur para unirse a la legión de Wade Hampton; Gerald se puso de parte de los jóvenes. Estaba excitado por la fiebre de la guerra y complacido de que Scarlett hubiese hecho una buena elección. ¿Por qué retrasarlo?

Ellen, aturdida, terminó por consentir como tantas otras madres en aquellos días. Su mundo tranquilo había sido trastornado; sus plegarias, sus consejos y sus exhortaciones se rompían contra la fuerza nueva que los arrastraba.

El Sur estaba ebrio de entusiasmo y de excitación. Todos se hallaban convencidos de que una batalla bastaría para terminar la guerra y los jóvenes se apresuraban a enrolarse antes de que la guerra terminase y se daban prisa a casarse antes de ir a batir a los yanquis. Se hicieron docenas de casamientos de guerra en el condado; quedaba muy poco tiempo para sentir el dolor de la separación; todos estaban demasiado ocupados y emocionados para tener pensamientos graves o para perder el tiempo en lamentaciones. Las mujeres preparaban uniformes, hacían punto y cortaban vendas; los hombres se ejercitaban y organizaban. Trenes repletos de tropas atravesaban diariamente Jonesboro, dirigiéndose al Norte, a Atlanta y a Virginia. Algunos destacamentos fueron alegremente uniformados con los colores Scarlett, azul y verde de las compañías de la Milicia; otros pequeños grupos vestían ropas tejidas a mano y gorros de piel de tejón; otros, sin uniforme, vestían de paño negro. Todos estaban armados a medias y ejercitados a medias también, pero llenos de excitación y con ganas de gritar como cuando iban a una fiesta. La vista de aquellos hombres daba a los muchachos de la comarca el temor de que la guerra pudiese terminar antes de que ellos mismos llegasen a Virginia; los preparativos para la partida del Escuadrón fueron activados.

En medio de este tumulto, se hicieron también los preparativos para el casamiento de Scarlett, la cual, casi antes de darse cuenta, fue envuelta en el vestido de novia y en el velo de Ellen y descendió la larga escalinata de Tara del brazo de su padre, mientras gran cantidad de invitados los esperaban. Después recordó, como en un sueño, los cientos de candelabros que iluminaban las paredes, el rostro de su madre, afectuoso, un poco angustiado, con sus labios que se movían en una silenciosa plegaria por la felicidad de su hija; Gerald, rojo por los abundantes tragos de coñac y por el orgullo de casar a su gatita con un joven dotado de dinero y buen nombre... y Ashley, al fondo de la escalera, con Melanie del brazo.

Viendo la expresión de aquel rostro, ella pensó: «No puede ser verdad. No puede ser. Es una pesadilla. Me despertaré y encontraré que era una pesadilla. No debo pensar en esto ahora. Pensaré más tarde, cuando pueda soportarlo..., cuando no vea más sus ojos.»

Era en verdad como un sueño, aquel paso, a través de dos filas de personas sonrientes, el rostro encarnado de Charles y sus palabras balbuceantes y las respuestas propias, tan extrañamente claras y frías. Después, las felicitaciones y los abrazos, los brindis y el baile..., todo, todo como un sueño. También la sensación del beso de Ashley en su mejilla y el dulce susurro de Melanie, «Ahora somos verdaderamente hermanas», eran irreales. Hasta la excitación provocada por la serie de incidentes ocasionados por la gruesa y emotiva tía de Charles, la señorita Pittypat Hamilton, parecía una pesadilla.

Cuando el baile y los brindis terminaron y sobrevino la aurora, cuando todos los invitados de Atlanta que fue posible hospedar en Tara y en las dependencias se fueron a acostar en los lechos, en los divanes y en las balas de algodón extendidas en el suelo, y todos los vecinos se volvieron a descansar en vista del casamiento del siguiente día en Doce Robles, entonces, aquel estado de catalepsia semejante a un sueño se rompió como un cristal ante la realidad. La realidad era Charles, que salía lleno de emoción de su gabinete, en camisón de noche, evitando la mirada de espanto que ella le dirigía desde la cama.

Ciertamente, ella sabía que las personas casadas ocupaban el mismo lecho; pero no había pensado nunca en esto. La cosa parecía naturalísima en el caso de sus padres, pero no había pensado nunca en aplicarla a sí misma.

Ahora, por primera vez después de la barbacoa, se dio cuenta de lo que había hecho. El pensamiento de que aquel joven extraño, con quien ella en realidad no se había querido casar, debiera venir a su cama, mientras su corazón estaba lleno de angustia y de llanto por su acción demasiado ligera y de desolación por haber perdido a Ashley para siempre, le era insoportable. Mientras él dudaba en acercarse, ella murmuró con voz ronca:

—Si te acercas gritaré fuerte, gritaré, gritaré con todas mis fuerzas. ¡Márchate! ¡No me toques!

Así, Charles Hamilton pasó su noche de bodas sobre una butaca colocada en un ángulo del dormitorio, sin sentirse demasiado infeliz, porque comprendía, o creía comprender, el pudor y la delicadeza de su esposa.

Estaba dispuesto a esperar que sus temores se desvanecieran; sólo..., sólo... Suspiró, rebulléndose para buscar una posición cómoda, y pensó que dentro de poco tendría que marchar a la guerra.

Si sus propias bodas tuvieron para Scarlett un carácter de pesadilla, las de Ashley aún fueron peores. Con su vestido verde manzana del «segundo día», en el saloncito de Doce Robles, entre el esplendor de centenares de velas y apretada entre la misma multitud del día anterior, vio la carita insignificante de Melanie Hamilton resplandecer hasta llegar a ser bella en el momento en que se convirtió en Melanie Wilkes. Ahora, Ashley estaba

perdido para siempre. Su Ashley. No, no «su» Ashley. ¿Había sido alguna vez suyo? Todo estaba confuso en su mente, su cerebro estaba cansado y lleno de angustia. Le había dicho que lo quería, pero ¿qué los había separado? Si al menos consiguiese recordar... Había impuesto silencio a las comadrerías de la comarca casándose con Charles, pero ¿cuál era el resultado? Entonces le había parecido importante, pero ahora no lo era realmente. Lo único que importaba era Ashley. Ahora se había escapado para siempre y ella estaba casada con un hombre al que no sólo no amaba, sino por el que sentía un verdadero desprecio.

¡Oh, cómo lo lamentaba todo! Había oído hablar de gentes que se habían cortado la nariz para burlarse de su propio rostro, pero hasta hoy esto no había sido para ella más que una figura retórica. Ahora comprendía lo que quería decir: junto al deseo frenético de liberarse de Charles y volver sana y salva a Tara, doncella aún, tenía conciencia de que la culpa era de sí misma. Ellen había tratado de retenerla y ella no había querido escucharla.

Bailó toda la noche como alucinada y habló mecánicamente y sonrió maravillándose de las estupideces de los demás, que la creían una esposa feliz y no veían que tenía el corazón destrozado. ¡No, gracias a Dios, no lo veían!

Aquella noche, después de que Mamita la hubo ayudado a desnudarse y se marchó, cuando Charles salió del gabinetito preguntándose si debía pasar una segunda noche en la butaca, ella rompió a llorar. Lloró hasta que Charles subió al lecho, a su lado, y trató de confortarla; lloró sin pronunciar palabra y al fin cesaron las lágrimas y permaneció sollozando tranquilamente con la cabeza sobre el pecho del joven.

Si no hubiese sido por la guerra, habrían estado una semana de visitas a través de la comarca, con bailes y convites en honor de las dos parejas de esposos, antes de que partiesen para Saratoga o White Sulphur en viaje de bodas. Si no hubiese sido por la guerra, Scarlett se hubiera puesto trajes para el tercero, cuarto y quinto día, para recibir a los Fontaine, a los Calvert y a los Tarleton. Pero no hubo ni recibimientos ni viajes de novios. Una semana después de la boda, Charles se marchó para unirse al coronel Wade Hampton; quince días después, también Ashley y la Milicia se pusieron en marcha, dejando toda la comarca desierta de jóvenes.

En aquellas dos semanas, Scarlett no tuvo nunca ocasión de ver a Ashley solo ni de cambiar una palabra con él. Únicamente, en el terrible momento de la partida, cuando se detuvo delante de Tara, camino del tren, ella pudo decirle unas palabras. Melanie, con cofia y chai, serena en su nueva posición de señora casada, estaba cogida de su brazo. Todos los habitantes de Tara, blancos o negros, salieron para saludar a Ashley, que se iba a la guerra; Melanie dijo:

—Debes besar a Scarlett, Ashley. Ahora es mi hermana.

Ashley se inclinó y le rozó con los labios fríos el rostro rígido e impasible. Scarlett no sintió la menor alegría por este beso: no estaba satisfecha, porque lo había sugerido Melanie. Ésta le apretó un brazo, diciéndole:

—¿Irás a Atlanta a hacernos una visita, a la tía Pittypat y a mí? ¡Tenemos tantos deseos de tenerte con nosotros, querida! Deseamos conocer mejor a la esposa de Charles.

Transcurrieron cinco semanas durante las cuales vinieron de Carolina del Sur cartas de Charles, tímidas, extáticas, enamoradas, llenas de amor y de proyectos para después de la guerra, llenas de su deseo de ser un héroe por su amada y de su adoración por su comandante Wade Hampton. La séptima semana llegó un telegrama del mismo coronel y después una carta, una bella y digna carta de condolencia. Charles había muerto. El coronel quería haber telegrafiado antes pero Charles, creyendo que su enfermedad no fuese cosa importante, no había querido preocupar a su familia. El desgraciado muchacho no sólo

había sido engañado en el amor que creía haber conquistado, sino también en sus altas esperanzas de honor y de gloria en el campo de batalla. Había muerto ignominiosamente después de una breve pulmonía a continuación de un sarampión, sin haberse podido acercar a los yanquis.

A su debido tiempo nació el niño de Charles, y, como se acostumbraba dar a los hijos el nombre del comandante de sus padres, fue bautizado con el nombre de Wade Hampton Hamilton. Scarlett lloró de desesperación cuando supo que estaba encinta y deseó morir. Llevó su embarazo con un mínimo de molestias, trajo al mundo al niño con pocos sufrimientos y se restableció tan rápidamente, que obligó a decir a Mamita que ésta era una cosa vulgar, porque una señora debía sufrir más.

Scarlett demostró poco afecto por el niño. No lo había deseado y no estaba contenta con su llegada. Ahora que lo tenía, le parecía imposible que fuese suyo y una parte de sí misma.

Si bien físicamente se había restablecido pronto, mentalmente estaba aturdida y dolorida. Su espíritu estaba decaído a pesar de todos los esfuerzos de los habitantes de la plantación para levantarlo. Ellen atendía a sus labores con aire preocupado, y Gerald, blasfemando más que de costumbre, llevaba de Jonesboro inútiles obsequios a su hija. Hasta el viejo doctor admitió estar desorientado después de que su tónico compuesto de azufre e hierbas no diera resultado. Dijo a Ellen, en privado, que era el dolor lo que hacía a Scarlett tan irritable y cada día más indiferente. Pero Scarlett, si hubiese tenido ganas de hablar, habría dicho que se trataba de un dolor muy diferente del que creían y más complejo. No dijo que era el fastidio, el terror de ser madre y sobre todo la ausencia de Ashley lo que le daba aquella expresión tan dolorida.

Su fastidio era agudo y continuo. El condado carecía de toda diversión y de toda manifestación de vida social desde que la Milicia partiera a la guerra. Todos los jóvenes interesantes se habían marchado: los cuatro Tarleton, los dos Calvert, los Fontaine, los Munroe y todos los muchachos atrayentes de Jonesboro, Fayetteville y Lovejoy. Habían quedado los viejos, los inválidos y las mujeres; éstas pasaban el tiempo haciendo punto y cosiendo, cultivando con más abundancia el algodón y el grano y criando mayor número de cerdos, ovejas y vacas para el Ejército. No se veía nunca un verdadero hombre, excepto cuando una vez al mes venía el comisario del Escuadrón, el maduro cortejador de Suellen, Frank Kennedy, a abastecerse de víveres. Los hombres del almacén de intendencia no eran muy interesantes, y el tímido cortejo de Frank Kennedy la fastidiaba hasta resultarle difícil ser cortés en sus miradas. ¡Si al menos él y Suellen se decidieran!

Aunque los soldados de intendencia hubiesen sido más interesantes esto no hubiera cambiado la situación. Ella era viuda y su corazón estaba en la tumba de su marido. Por lo menos todos estaban convencidos de ello y pensaban que ella obraba de conformidad con lo que creían. Esto la irritaba, porque, por mucho que buscase, no conseguiría recordar nada de Charles como no fuese aquella expresión de ternero moribundo cuando ella le dijo que se casaría con él. También esta imagen iba desapareciendo. Era viuda y tenía que comportarse como tal. Las diversiones de las muchachas ya no eran para ella. Ahora debía ser todavía más seria que una señora casada.

Ellen se lo recordó el día que encontró al lugarteniente de Frank que paseaba en el jardín con Scarlett y la hacía reír de todo corazón. Profundamente preocupada, Ellen le había dicho lo fácil que era ser criticada como viuda. La conducta de ésta debía ser mucho más reservada ante la gente que la de una señora con marido.

«Dios sabe —pensó Scarlett mientras escuchaba obediente la dulce voz de su madre

— que las mujeres casadas no se divierten nada en absoluto; así que a las viudas más les valdría morir.»

Una viuda tenía que llevar horribles vestidos negros sin un adorno que los avivase, ni flores, ni cintas, ni encajes o joyas; sólo alfileres de ónice o collares hechos con el pelo del difunto. El velo de crespón negro que llevaba en la cofia debía llegarle hasta las rodillas y sólo podía ser acortado tres años después de la viudez, de modo que le llegase sólo hasta los hombros. Las viudas no podían charlar animadamente ni reír fuerte. Cuando sonreían, debían hacerlo de una manera triste y trágica y (ésta era la cosa más terrible) no podían, de ningún modo, demostrar que experimentaban placer en compañía varonil. Si algún hombre era tan grosero que le demostrase interés, ella debía persuadirle con una digna referencia de su marido. «¡Oh, sí! —pensaba Scarlett tristemente...—. Hay viudas que se vuelven a casar, pero cuando están viejas y arrugadas. Dios sabe cómo lo consiguen, con todos los vecinos ocupándose siempre de ellas. Generalmente, es con algún viejo desolado que debe atender a una gran plantación y a una docena de chiquillos.»

El matrimonio era ya de por sí una cosa desagradable, pero la viudez... ¡Oh, entonces la vida había terminado para siempre! ¡Qué engañados estaban aquellos que le decían que el pequeño Wade Hampton debía servirle de gran consuelo ahora que Charles no existía, y cómo la fastidiaba que le dijesen que ya tenía por quién preocuparse en la vida!

Todos afirmaban que sería muy dulce para ella conservar este recuerdo postumo de su amor; naturalmente, ella no los desengañaba; pero este pensamiento estaba lejos de su mente. Se interesaba poco por Wade y algunas veces le resultaba difícil recordar que era suyo.

Por la mañana, cuando se despertaba, en los primeros momentos, era todavía Scarlett O'Hara; el sol brillaba a través de las ramas del magnolio, delante de su ventana, los mirlos cantaban y el agradable olor a tocino frito llegaba a su olfato. Era de nuevo joven y despreocupada. De pronto oía llorar a un rorro hambriento y experimentaba un momento de sorpresa durante el cual pensaba: «¡Pero si hay un niño en casa!» Y entonces recordaba que era suyo.

¡Y Ashley! ¡Oh, más que nada Ashley! Por primera vez en su vida detestó Tara, el largo camino rojizo que conducía a la colina y al río, detestó los campos purpúreos con los verdes brotes del algodón. Cada palmo de terreno, cada árbol y cada arroyuelo, cada camino y sendero le recordaba a él. Ashley pertenecía a otra mujer y se había marchado a la guerra, pero su espíritu vagaba aún por los caminos en el crepúsculo y le sonreía con sus ojos grises y soñadores en la sombra del porche. Cada vez que el estrépito de herraduras llegaba del camino de Doce Robles, por un agradable momento pensaba: «¡Ashley!»

Ahora odiaba Doce Robles, que una vez había amado. Lo odiaba, pero se sentía atraída allí para poder oír a John Wilkes y a las muchachas hablar de Ashley y oírlos leer sus cartas de Virginia. Le hacían daño, pero quería oírlas. Le eran antipáticas India, tan rígida, y Honey, tan boba y criticona, y sabía que ella les era igualmente antipática. Pero no podía permanecer lejos. Cada vez que volvía a casa desde Doce Robles se acostaba malhumorada y rehusaba levantarse para bajar a cenar.

Este desprecio a la comida era lo que mayormente preocupaba a Ellen y a Mamita. Mamita le llevaba platos de alimentos tentadores, insinuando que ahora que estaba viuda podía comer cuanto quisiera; pero Scarlett no tenía apetito.

Cuando el doctor Fontaine dijo gravemente a Ellen que el dolor puede minar un temperamento exuberante y conducirlo a la tumba, la señora O'Hara palideció, porque éste era el temor que ella escondía en lo profundo del corazón.

—¿Y no se puede hacer nada, doctor?

—Un cambio de aires sería lo mejor para ella —respondió el doctor, ansioso de librarse de una enferma tan fastidiosa.

Así Scarlett partió, sin estusiasmo y con un niño, primero a visitar a sus parientes O'Hara y Robillard en Savannah y después a casa de la hermana de Ellen en Charleston. En Savannah fueron amables con ella, pero James y Andrew y sus mujeres, que eran viejos, preferían sentarse tranquilamente a hablar de un pasado que no tenía ningún interés para Scarlett. Igual sucedió con los Robillard.

Tía Pauline y su marido, un viejecito lleno de una cortesía formal y voluble y con el aire ausente de una persona que viviese en otro siglo, habitaban en una plantación junto al río, mucho más aislada que Tara. Sus vecinos más próximos vivían a una distancia de treinta kilómetros, que era necesario recorrer a través de sombríos caminos entre pantanos llenos de cipreses y encinas. Las encinas, con sus vestiduras de musgo gris, daban siempre escalofríos a Scarlett y le recordaban las historias de Gerald de espíritus irlandeses errantes entre la niebla color de ceniza. No había nada que hacer en todo el día más que punto; por la noche se escuchaba al tío Carey, que leía en alta voz las instructivas novelas de Bulwer-Lytton.

Eulalie, oculta en un jardín de altas paredes, en su caserón de la calle Battery de Charleston, no era más divertida. Scarlett, acostumbrada al amplio paisaje de colinas rojas, tuvo la impresión de estar en la cárcel. Había más vida social que cerca de tía Pauline, pero Scarlett no experimentaba ninguna simpatía por los visitantes, con sus tradiciones, su presunción y la importancia que daban al linaje. Sabía que todos la consideraban el producto de una *mésalliance* y que aún estaban estupefactos de que una Robillard se hubiese casado con un vulgar irlandés. Scarlett oía que tía Eulalie la defendía a espaldas suyas, cosa que la irritaba, porque, como a su padre, a ella le tenía sin cuidado la estirpe de la familia. Estaba orgullosa de lo que Gerald había conseguido sin otra ayuda que su sagaz cerebro irlandés.

¡Además, aquellos charlestonianos se vanagloriaban tanto de lo de Fort Sumter! Señor, ¿no comprendían que si no hubiesen sido ellos los primeros en cometer la tontería de disparar el primer tiro que había conducido a la guerra habrían sido otros tan locos como ellos los que lo hubieran hecho? Acostumbrada a las voces agudas de la Georgia de la altiplanicie, las voces graves y melosas de la llanura le parecían una afectación. En algunos momentos le daban ganas de gritar. Durante una visita de ceremonia llegó a tal punto su desesperación que recurrió al léxico de Gerald, con gran escándalo de su tía. Entonces decidió volver a Tara. Era mejor vivir atormentada por el recuerdo de Ashley que por el acento de Charleston.

Ellen, ocupada día y noche en duplicar el producto de la plantación para ayudar a la Confederación, se aterrorizó cuando vio volver a su hija mayor, delgada, pálida e irritable. También ella sabía lo que era tener el corazón partido; ahora, acostada junto a Gerald, que roncaba, pasaba la noche pensando en lo que debía hacer para aliviar el dolor de Scarlett. La tía de Charles, Pittypat Hamilton, había escrito varias veces pidiéndole que dejase a Scarlett acercarse a Atlanta para pasar allá una larga temporada; ahora por primera vez Ellen consideró con seriedad la propuesta.

«Estoy sola con Melanie en esta enorme casa —escribía Pittypat—, sin protección varonil, ahora que mi querido Charles ha muerto. Es verdad que tengo a mi hermano Henry, pero la delicadeza me impide escribir mucho acerca de él. Melanie y yo nos sentiremos más tranquilas y seguras con Scarlett en casa. Tres mujeres solas están mejor que dos. Quizás

Scarlett encuentre un poco de alivio a su dolor curando (como dice Melanie) a nuestros pobres soldados en los hospitales de nuestra ciudad... Y, además, Melanie y yo tenemos tantas ganas de ver al pequeño...»

Así, el baúl de Scarlett fue cerrado de nuevo conteniendo sus trajes de luto, y ella partió para Atlanta con Wade Hampton, su niñera Prissy, gran cantidad de advertencias sobre el comportamiento a observar de parte de Ellen y Mamita y cien dólares en billetes de la Confederación, que le dio Gerald. No deseaba particularmente ir a Atlanta. Tenía a tía Pittypat por la vieja más fastidiosa que conocía, y la idea de vivir bajo el mismo techo que la mujer de Ashley le repugnaba. Pero el condado, con todos sus recuerdos, le hacía la vida imposible y cualquier cambio era bien recibido.

SEGUNDA PARTE

8

En el tren que la conducía hacia el Norte, aquella mañana de mayo de 1862, Scarlett pensaba que era imposible que Atlanta fuese tan aburrida como habían sido Charleston y Savannah y, a pesar de su antipatía por Pittypat y por Melanie, tenía cierta curiosidad por ver cómo había cambiado la ciudad después de su última visita, en el invierno anterior a la guerra.

Atlanta le había interesado siempre más que cualquier otro lugar, porque cuando era niña Gerald le había dicho que ella y Atlanta tenían precisamente la misma edad. Cuando fue mayor, Scarlett descubrió que Gerald había alterado un poco la verdad, como era su costumbre cuando una ligera modificación podía mejorar una historia. Atlanta tenía sólo nueve años más que ella y esto la hacía una ciudad •extraordinariamente joven en comparación con todas las demás ciudades que Scarlett conocía. Savannah y Charleston tenían la dignidad de sus años; por una corría ya el segundo siglo y la otra entraba en el tercero; a sus jóvenes ojos le causaban la impresión de viejas abuelas que tomaban plácidamente el sol. Pero Atlanta era de su misma generación, tosca como suele ser la juventud, y tan obstinada e impetuosa como ella.

La historia que le había contado Gerald estaba fundada en el hecho de que ella y Atlanta fueron bautizadas en el mismo año. Nueve años antes del nacimiento de Scarlett, la ciudad se llamó Terminus y después Marthasville; únicamente el año en que nació Scarlett la denominaron Atlanta.

Cuando Gerald fue a establecerse a la Georgia septentrional, Atlanta no existía, ni aun en forma de aldea; el lugar estaba salvaje y desierto. El año siguiente, esto es, en 1836, el Estado autorizó la construcción de un ferrocarril que conducía al Norte a través del territorio recientemente cedido por los indios iroqueses. El destino del ferrocarril (Tennessee y el Oeste) era claro y definido, pero su punto de partida en Georgia estaba aún incierto, hasta que, después de un año, un ingeniero colocó un poste en la tierra roja para indicar el término meridional de la línea: Atlanta, nacida Terminus, empezó a existir.

Entonces no había ferrocarriles en Georgia septentrional y muy pocos en otros lugares. Durante los años que precedieron al casamiento de Gerald con Ellen, la pequeña colonia, a treinta y cinco kilómetros al norte de Tara, se convirtió lentamente en una aldea y poco a poco la línea férrea se extendió aún más hacia el norte. La construcción del ferrocarril verdaderamente había empezado. De la vieja ciudad de Augusta, un segundo camino de hierro atravesó el Estado hacia occidente, para unirse con la nueva línea de Tennessee. Desde la antigua Savannah, una tercera vía fue construida hasta Macón, en el corazón de Georgia, y después hacia el norte, a través de la comarca donde vivía Gerald, hasta Atlanta, para unirse con las otras dos, dando así al puerto de Savannah una salida al oeste. En el mismo punto de unión, en la joven Atlanta, fue construida una cuarta línea que volvía hacia el sudoeste, hacia Montgomery y Mobile.

Nacida de un camino de hierro, Atlanta se desarrolló al mismo tiempo que los ferrocarriles. El conjunto de las cuatro líneas unía el oeste, el mediodía, la costa y, a través de Augusta, la parte septentrional con el este. Atlanta, pues, había llegado a ser el punto de

cruce para los viajes de norte a sur y de este a oeste; así la pequeña aldea surgió a la vida.

En un lapso poco mayor que los diecisiete años de Scarlett, Atlanta llegó a ser una pequeña ciudad de diez mil habitantes y era el centro de la atención de todo el Estado. Las viejas ciudades, más tranquilas, miraban hacia la joven ciudad más tumultuosa con la sensación de una gallina que ha empollado un pato. ¿Por qué era tan diferente de las otras ciudades de Georgia? ¿Por qué se desarrollaba tan pronto? Después de todo, pensaban, no tenía nada especial: solamente sus ferrocarriles y un puñado de gentes que se abrían camino hacia delante a fuerza de codazos.

Los fundadores de la ciudad, que la llamaron sucesivamente Terminus, Marthasville y Atlanta, eran verdaderamente gentes llenas de voluntad. Hombres inquietos y enérgicos, de las viejas regiones de Georgia y de otros Estados más lejanos, eran atraídos a esta ciudad, que se extendía alrededor del nudo ferroviario. Llegaban allá con entusiasmo. Levantaron sus negocios alrededor de las cinco calzadas de rojo fango que se cruzaban cerca de la estación, construyeron sus hermosas casas en las calles Washington y Whitehall, a lo largo de la margen del terreno que innumerables generaciones de indios calzados con abarcas habían hollado formando un camino que se llamaba Peachtree Trail. Estaban orgullosos del lugar, orgullosos de su desarrollo, orgullosos de sí mismos. Las viejas ciudades decían lo que les parecía de Atlanta, pero ésta no se preocupaba.

Scarlett había querido siempre a Atlanta por las mismas razones por las que condenaba a Savannah, Augusta y Macón. Como ella, la ciudad era una mezcla de nuevo y de viejo, en lo que lo viejo estaba siempre en conflicto con lo nuevo vigoroso y terco, y siempre sacaba la peor parte. Por otro lado, había algo de personal, de excitante, en una ciudad que había nacido, o por lo menos había sido bautizada, en el mismo año que ella había venido al mundo.

La noche precedente había sido lluviosa; pero, cuando Scarlett llegó a Atlanta, un sol cálido intentaba con valentía secar las calles, que estaban transformadas en torrentes de fango rojo. En el espacio abierto alrededor de la estación, el suelo estaba surcado y hollado por el continuo afluir del tráfico, hasta parecerse a una enorme porqueriza; de vez en cuando, los vehículos se hundían en el barro hasta media rueda. Una caravana incesante de carruajes militares y de ambulancias cargaban y descargaban trenes de abastecimiento y heridos, aumentando el fango y la confusión cuando llegaban y partían; mientras sus conductores blasfemaban, los mulos se clavaban en el fango y lo salpicaban a varios metros de distancia.

Scarlett estaba en la plataforma del tren. Era una graciosa figura palidísima, con su traje de luto y su velo de crespón que llegaba casi al suelo. Dudaba porque no quería ensuciarse los zapatos y las faldas, y entretanto miraba a la hilera de carros, coches y calesas, tratando de descubrir a Pittypat. No se veían trazas de la obesa y colorada señora. Mientras Scarlett miraba ansiosamente, un viejo negro delgado, con espesos cabellos ensortijados y aspecto de digna autoridad, avanzó hacia ella sobre el fango, con el sombrero en la mano.

—Señora Scarlett, ¿verdad? Yo soy Peter, el cochero de la señorita Pitty. No se baje en este barro —ordenó severamente mientras Scarlett se recogía las faldas, preparándose para saltar—. Tiene tan poco cuidado como la señorita Pitty y se resfriaría si se mojara los pies. Yo la llevaré.

A pesar de su delgadez y su edad, cogió en brazos a Scarlett con la máxima facilidad y, observando a Prissy que estaba en la plataforma con el niño en brazos, se detuvo.

—¿Es el niño de nuestro amo? Señora Scarlett, esta chica es demasiado joven para criar al niño del señor Charles. Pero en esto ya pensaremos después. Tú, muchacha, ven detrás de mí y ten cuidado de no dejar caer al niño.

Scarlett se resignó sin protestar a dejarse llevar en brazos al coche y también a la manera perentoria con que el tío Peter las trataba a ella y a Prissy. Al atravesar el fango con Prissy, que se hundía en él refunfuñando detrás de ellos, se acordó de lo que Charles le había narrado a propósito del tío Peter.

—Ha hecho toda la campaña mexicana con papá, curándole las heridas. En fin de cuentas, fue él quien le salvó la vida. Prácticamente se puede decir que ha educado a Melanie y a mí, porque éramos muy pequeños cuando murieron nuestros padres. La tía Pitty había tenido en aquella época una cuestión con su hermano Henry. Por eso ella vino a vivir con nosotros y también para cuidar de nuestra educación. Pero es la mujer más inexperta del mundo; ha permanecido a través de los años como una niña. El tío Peter la trata exactamente como si fuese una chiquilla. No sería capaz de salir adelante si Peter no se ocupase de todo. Fue él quien decidió que yo debía tener una asignación para mis gastos, a la edad de catorce años, e insistió para que fuese a la Universidad de Harvard cuando el tío Henry manifestó el deseo de que yo estudiase allá. Decidió a su tiempo que Melanie se hiciera un peinado alto y empezase a frecuentar diversiones. Es él quien dice a tía Pitty, cuando el tiempo está frío o húmedo, que no vaya a hacer visitas, o cuándo debe ponerse el chai... Es el viejo negro más sagaz que jamás he visto y el más leal. Su único mal es que sabe que es el patrón de nosotros tres: en cuerpo y alma.

Las palabras de Charles se confirmaron cuando Peter subió al pescante y cogió la fusta.

—La señorita Pitty está toda angustiada porque no ha venido a recibirla. Tenía miedo de que usted no comprendiera, pero yo he dicho que ella y la señora Melanie se enfangarían y estropearían los vestidos nuevos y que yo le explicaría a usted, señorita Scarlett... Es mejor que coja usted el niño. Esa negrita va a dejarlo caer.

Scarlett miró a Prissy y suspiró. La negrita no era la mejor de las niñeras. Su reciente promoción, desde los vestidos cortos y las trenzas alrededor de su cabeza a la dignidad de un largo traje de percal y de una cofia blanca almidonada, era algo emocionante para la muchacha.

No habría ascendido a este puesto tan pronto si no hubiese llegado la guerra y las demandas de la intendencia de Tara, que hacían imposible a Ellen prescindir del trabajo de Mamita, de Dilcey y también de Rosa o de Teena. Prissy no se había alejado nunca más de un kilómetro de Doce Robles o de Tara, y el viaje en tren, junto a su ascenso a niñera, era más de lo que podía soportar el cerebro que estaba encerrado en su pequeño cráneo negro. El viaje de treinta kilómetros de Jonesboro a Atlanta la había excitado tanto que Scarlett se vio obligada a tener el niño todo el tiempo. Ahora, la vista de tanta gente y de tantos edificios completó el trastorno de Prissy. Se agitaba en su asiento, saltaba, brincaba, indicaba lo que veía, y sacudió tanto al niño, que éste se puso a llorar. Scarlett pensó con nostalgia en los viejos y robustos brazos de Mamita. Bastaba que Mamita pusiera las manos en un niño para que éste dejase de llorar. Pero Mamita estaba en Tara y Scarlett no podía hacer nada para remediarlo. Era inútil coger a Wade de los brazos de Prissy: lloraba igualmente cuando lo tenía ella. De buena gana le hubiera tirado a la chica de las cintas de la cofia y le hubiera despedazado el vestido. Fingió no haber oído las palabras de Peter.

«Quizás con el tiempo aprenda a tratar a los niños —pensó mientras el coche se tambaleaba y atrancaba en el fango, delante de la estación—. Pero no conseguiré nunca

divertirme con ellos.» El rostro de Wade se puso rojo de tanto chillar y ella ordenó, de mal humor:

—Dale ese pedazo de azúcar que tienes en el bolsillo, Prissy. Algo para hacerle callar. Sé que tiene hambre, pero en este momento no puedo hacer nada.

Prissy sacó el pedazo de azúcar que Mamita le había dado por la mañana y los gritos del niño cesaron. Con la calma que sobrevino y con la nueva vista que se ofrecía a sus ojos, Scarlett empezó a animarse. Finalmente, cuando tío Peter consiguió sacar el coche de las roderas fangosas y se dirigió por la calle Peachtree, Scarlett experimentó cierto interés por primera vez en varios meses. ¡Cómo había crecido la ciudad! Había pasado poco más de un año desde que estuvo la última vez y no parecía posible que aquella pequeña Atlanta estuviese tan cambiada.

El año anterior Scarlett estaba tan preocupada con sus propios pensamientos, tan fastidiada por cualquier mención de guerra, que no se dio cuenta de cómo Atlanta se transformaba. Los mismos ferrocarriles que habían hecho de la ciudad el punto de cruce comercial en tiempo de paz eran de vital importancia estratégica en tiempo de guerra. Alejada de las líneas de batalla, la ciudad y sus ferrocarriles unían entre sí los dos ejércitos de la Confederación, el de Virginia y el de Tennessee, con el Oeste. Al mismo tiempo., Atlanta abastecía a los ejércitos de lo que necesitaban y que provenía del Sur. A causa de la necesidad de la guerra, llegó a ser también un centro industrial, una base de hospitales y uno de los principales depósitos sudistas de alimentos y suministros para los ejércitos en campaña.

Scarlett miró en torno, buscando la pequeña ciudad que recordaba tan bien. Había desaparecido. Lo que veía ahora era como un niño que en el transcurso de una noche hubiese crecido como un gigante enorme.

Atlanta zumbaba como una colmena, consciente de su importancia en la Confederación, y en ella el trabajo para transformar una región agrícola en industrial era continuo. Antes de la guerra había pocas fábricas de algodón, hilado de lana, arsenales y negocios de máquinas al sur de Maryland, hecho del cual los meridionales estaban muy orgullosos. El Sur producía hombres de Estado y soldados, plantadores y doctores, abogados y poetas, pero no ingenieros ni mecánicos. Estas profesiones vulgares eran buenas para los yanquis. Pero ahora que los puertos de la Confederación estaban bloqueados por los navios de guerra yanquis y que muy pocas mercancías llegaban de Europa eludiendo el bloqueo, el Sur intentaba desesperadamente construir su propio material de guerra. El Norte podía recabar de todo el mundo aprovisionamientos y soldados, ya que millares de irlandeses y de alemanes se enrolaban en el Ejército de la Unión atraídos por el espejismo de las buenas pagas. El Sur no podía contar más que consigo mismo. En Atlanta había fábricas de maquinaria que fatigosamente transformaban sus instalaciones para producir material de guerra; fatigosamente porque había pocas máquinas en el Sur que se pudiesen utilizar, y cada rueda y diente debían ser fabricados sobre diseños que venían de Inglaterra. Había muchos extranjeros ahora en las calles de Atlanta. Los ciudadanos que un año antes habían prestado atención al menor acento que no fuese del país, ahora no se preocupaban de todas las lenguas habladas por europeos que habían traspasado el bloqueo para venir a fabricar máquinas y municiones. Hombres hábiles, sin los que la Confederación no habría tenido la posibilidad de fabricar pistolas y fusiles, cañones y pólvora.

Se sentía casi el latido del corazón de la ciudad, mientras el trabajo continuaba día y noche para enviar por medio del ferrocarril el material de guerra a los dos frentes de batalla.

Los trenes cargaban y salían a todas horas. De noche los hornos ardían y los martillos batían aún muchísimo tiempo después de que la población durmiera. Donde el año anterior había terrenos para construcción ahora había diferentes fábricas de talabartería y zapatería, de fusiles y de cañones, fundiciones que producían material ferroviario y vagones para sustituir los destruidos por los yanquis; gran variedad de industrias pequeñas para la fabricación de espuelas, riendas, hebillas, botones, tiendas de campaña, sables y pistolas. Las fundiciones empezaban ya a sentir la falta de hierro porque a causa del bloqueo no llegaba nada y las minas de Alabama estaban casi paradas, debido a que los mineros se hallaban en el frente. No se encontraban ya en los jardines de Atlanta glorietas de hierro ni estatuas metálicas, cancelas ni barandas; todo fue llevado a las fundiciones. A lo largo de la calle Peachtree y en las calles adyacentes, estaban los cuarteles generales de los diferentes departamentos del Ejército, todos llenos de hombres con uniforme: la intendencia, el cuerpo de transmisiones, los servicios postales, transportes ferroviarios y la policía militar. Al otro lado de los suburbios estaban los depósitos de la remonta, donde los caballos y mulos se reunían en vastos recintos, y en las calles laterales se elevaban los hospitales. Por todo cuanto le dijo el tío Peter, Scarlett llegó a la conclusión de que Atlanta debía ser la ciudad de los heridos, porque los hospitales generales, así como los de contagiosos y convalecientes, eran innumerables. Cada día, los trenes que llegaban descargaban nuevos enfermos y heridos.

La pequeña ciudad había desaparecido y la nueva estaba animada de un movimiento y de un ruido incesante. La vista de tanta gente bulliciosa mareó casi a Scarlett, que venía de la tranquilidad rural, pero esto le agradaba. Aquella atmósfera excitante la animaba. Era como si sintiera el ritmo acelerado del corazón de la ciudad latir junto al suyo.

Mientras avanzaba lentamente por la calle principal de la ciudad, observó con interés las nuevas construcciones y los nuevos rostros. Las aceras estaban repletas de hombres con uniformes que llevaban las insignias de todos los grados y de todos los cuerpos; en la estrecha calzada se embotellaban los vehículos: carruajes, calesas, ambulancias, furgones militares guiados por conductores civiles que blasfemaban, mientras los mulos luchaban por salir del lodo en que se habían atascado; enlaces que corrían de un cuartel a otro llevando órdenes y despachos; convalecientes que cojeaban apoyados en las muletas y a los que acompañaba generalmente una enfermera. Trompetas y tambores y órdenes militares resonaban en los campos de instrucción, donde los reclutas se transformaban en soldados. Con el corazón en la garganta, Scarlett vio por primera vez los uniformes yanquis. Ello fue cuando el tío Peter le indicó con la punta de la fusta un destacamento de hombres de aspecto abatido que eran conducidos a la estación, como una manada de borregos, escoltados por una compañía de confederados con la bayoneta calada, para ser internados en campos de concentración, de donde nadie sabía cuándo ni cómo serían liberados.

«¡Oh! —pensó Scarlett con un sentimiento de verdadera alegría, el primero que experimentó después del famoso convite de Doce Robles—. ¡Cómo me agradará estar aquí! ¡Todo es tan vivo y excitante!»

La ciudad estaba también más animada de lo que ella creía, porque había docenas de nuevos bares; las prostitutas que siguen siempre a los ejércitos bullían en las calles y los lupanares se multiplicaban con gran consternación de las personas temerosas de Dios. Hoteles, pensiones y casas particulares estaban llenas de huéspedes que venían a vivir al lado de los parientes heridos que se encontraban en los grandes hospitales de Atlanta. Todas las semanas había bailes, recepciones y rifas benéficas e innumerables casamientos de

guerra (los esposos con permiso, vestidos de gris y galones de oro, y las esposas elegantes, entre filas de sables desenvainados y brindis hechos con champaña entrado burlando el bloqueo) y despedidas tristes. De noche, en las oscuras calles bordeadas de árboles resonaban músicas que venían de los salones donde voces de soprano se unían a las de los soldados en la agradable melancolía de *Las trompetas tocan descanso* y *Tu carta llegó, pero demasiado tarde,* canciones tristes que traían lágrimas a los ojos de quienes no derramaron nunca lágrimas de verdadero dolor.

Mientras avanzaban a lo largo de la calle, en el barro blando, Scarlett hizo a Peter gran cantidad de preguntas a las que el negro respondía indicando acá y allá con la fusta, orgulloso de mostrar sus propios conocimientos.

—Aquello es el arsenal. Sí, señora, allí hacen cañones y otras armas. No, aquéllas no son tiendas; son las oficinas del bloqueo. ¿No sabe lo que son las oficinas del bloqueo? Son oficinas donde los extranjeros compran nuestro algodón confederado y lo mandan a Charleston y Wilmington, para enviarnos luego pólvora para fusiles. No, señora, yo no sé qué clase de extranjeros son. La señorita Pitty dice que son ingleses, pero nadie comprende una palabra de lo que hablan. Sí señora, hay un humo terrible y estropea todas las cortinas de seda de la señorita Pitty. Viene de las fundiciones y de los trenes de laminaciones. ¡Y qué ruido hacen de noche! Nadie puede dormir. No, señora, no podemos pasar para verlo, porque he prometido a la señorita Pitty llevarla pronto a casa... Señora Scarlett, haga una reverencia. Ésas son las señoras Merriwether y Elsing, que la saludan.

Scarlett recordaba vagamente a dos señoras que se llamaban así, llegadas de Atlanta a Tara para su boda y que eran las mejores amigas de tía Pittypat. Se volvió rápidamente hacia la parte indicada por Peter y se inclinó. Las dos señoras estaban sentadas en un coche delante de una tienda de ropas. El propietario y dos dependientes estaban en la puerta con los brazos llenos de piezas de tejidos de algodón, que ellas examinaban. La señora Merriwether era una mujer alta y corpulenta con el corsé tan ajustado que su seno surgía hacia delante como la proa de una nave. Sus cabellos grises parecían más abundantes por una franja de rizos postizos que eran descaradamente morenos, desdeñando adaptarse al resto de la cabellera. Tenía una cara redonda y colorada que reflejaba su bondadosa inteligencia y su costumbre de mandar. La señora Elsing era más joven; una mujercita delgada y frágil, que había sido una maravilla y que aún conservaba el recuerdo de la frescura desvanecida y un aire elegante e imperioso.

Aquellas dos señoras, con una tercera, la señora Whiting, eran las columnas de Atlanta. Dirigían en todo las tres parroquias a las que pertenecían, el clero, los coros y los fieles; organizaban tómbolas y presidían comités de trabajo, bailes y meriendas; sabían quién hacía un buen matrimonio y quién no; quién bebía a hurtadillas y quién esperaba un niño y para cuándo. Eran la verdadera autoridad en materia de genealogía de cualquier familia de Georgia, de Carolina del Sur y de Virginia, y no se preocupaban de los otros Estados porque estaban convencidas de que las personas de importancia sólo provenían de estos tres Estados. Sabían cómo se debía comportar la gente y cómo no, sobre todo cuando se trataba de personas de rango, y no se privaban de decir abiertamente lo que pensaban: la señora Merriwether con acento chillón, la señora Elsing con distinguida voz melosa y la señora Whiting en un murmullo desolado que mostraba cuánto le desagradaba hablar de ciertas cosas. Estas tres señoras se detestaban recíprocamente la una a la otra, como los primeros triunviros de Roma; su estrecha alianza se debía probablemente a aquellas mismas razones.

—He dicho a Pitty que deseo que usted me ayude en mi hospital —gritó la señora

Merriwether, sonriendo—. ¡Así que no se comprometa con la señora Meade o Whiting!

—Me guardaré bien —respondió Scarlett, que ignoraba completamente lo que quería aquella señora, pero experimentaba una sensación agradable al verse bien acogida y saberse deseada—. Espero verla bien pronto.

El coche continuó su camino y se detuvo un momento para dejar que dos señoras que llevaban una cesta llena de vendas atravesaran la calle cenagosa poniendo los pies en algunas piedras que sobresalían. Al mismo tiempo, los ojos de Scarlett se fijaron en una figura que estaba en la acera, vestida con un traje vistoso, demasiado elegante para la calle, y con un chai de largos flecos que le llegaban a los pies. Al volverse la figura, Scarlett vio a una mujer alta y bella, con una masa de cabellos rojos, demasiado rojos para ser naturales. Era la primera vez que veía una mujer de la que podía estar segura que «había hecho algo a sus cabellos» y la observó descaradamente.

—Tío Peter, ¿quién es aquélla?

—No sé.

—Sí lo sabe, estoy segura. ¿Quién es?

—Se llama Bella Watling. —Y el labio inferior de Peter empezó a sobresalir.

Scarlett observó en seguida que Peter no había antepuesto al nombre el apelativo de «señora» o «señorita».

—¿Y quién es?

—Señora Scarlett —respondió el viejo gravemente, acariciando el lomo del caballo con la fusta—, la señorita Pitty no permitirá que usted pregunte cosas que no estén bien. En esta época hay en la ciudad muchas personas de las que es feo hablar.

«¡Dios mío! —pensó Scarlett, encerrándose en su silencio—. ¡Debe de ser una mujer mala!»

No había visto nunca una mujer de mal vivir y se volvió a mirarla hasta que se perdió entre la multitud. Ahora eran más amplios los espacios de terreno entre las tiendas y las nuevas construcciones. Finalmente, el barrio de los negocios terminó; todas las casas eran residencias particulares. Scarlett las reconocía como viejas amigas: la de Leyden, digna y soberbia; la de los Bonnell, con las columnas blancas y las persianas verdes; la casa georgiana de ladrillos rojos de la familia MacLure, detrás de sus setos de boj. Ahora caminaban más lentamente, porque desde las puertas y los jardines las señoras la llamaban. Conocía a algunas superficialmente; a otras las recordaba de modo vago; pero la mayor parte le eran desconocidas. Pittypat, ciertamente, había propagado la noticia de su llegada. A veces era necesario levantar al pequeño Wade, para que las señoras que se aventuraban a acercarse al coche atravesando el lodo hasta el montadero pudiesen admirarlo. Todas le decían a Scarlett que debía formar parte de su círculo de costura o punto, del comité de su hospital y de ningún otro, y ella prometía incansablemente a diestra y siniestra.

Cuando pasaban por delante de una casa de madera verde construida sin orden ni concierto, una negrita que estaba apostada en los escalones de acceso gritó: «¡Aquí está! ¡Ya llega!», y en seguida salieron el doctor Meade con su mujer y su hijo de trece años saludándola a voces. Scarlett recordó que también ellos habían ido a su casamiento. La señora se subió en el poyo para montar y alargó el cuello para ver al pequeño, pero el doctor, sin preocuparse del barro, avanzó hasta el coche. Era alto, con una perilla de color gris hierro; las ropas bailaban sobre su cuerpo delgado como si estuviesen suspendidas en una percha. Atlanta le consideraba la fuente de toda fuerza y sabiduría, y no era de extrañar que él mismo hubiese asimilado algo de esta creencia. Pero, aparte de su costumbre de pronunciar sentencias como si fuesen oráculos, y de su modo de obrar algo pomposo, era el

hombre más afable del mundo.

Después de haber estrechado la mano de Scarlett y de haber pellizcado las mejillas de Wade, el doctor anunció que la tía Pittypat había prometido y jurado que su sobrina no iría a otro comité hospitalario y de preparación de vendas que al de la señora Meade.

—¡Dios mío, pero ya se lo he prometido a un millar de señoras! —exclamó la joven.

—¡Apuesto que a la señora Merriwether! —exclamó la señora Meade, indignada—. ¡Al diablo esa mujer! ¡Estoy segura de que va a la llegada de todos los trenes!

—Lo he prometido porque no sabía de qué se trataba —confesó Scarlett—. Ante todo, ¿qué son esos comités hospitalarios?

El doctor y la señora movieron la cabeza, un poco escandalizados de su ignorancia. —Naturalmente, ha estado siempre en el campo y allí no podía saber —la excusó la señora Meade—. Tenemos comités para los diferentes hospitales y en diversos días. Cuidamos a los hombres y ayudamos a los doctores, hacemos vendas y vestidos; cuando los hombres están en condiciones de dejar los hospitales, los acogemos en nuestras casas durante la convalecencia, hasta que estén dispuestos a volver a su regimiento. Nos ocupamos de las familias de los heridos pobres. El doctor Meade está en el hospital del Instituto donde trabaja mi comité; todos dicen que es extraordinario y...

—¡Basta, basta! —la interrumpió afectuosamente el doctor—. No te vanaglories de mí ante la gente. Hago lo poco que puedo, ya que no me has dejado alistarme en el Ejército.

—¡No he querido! —exclamó la mujer, indignada—. ¿Yo? Ha sido la ciudad que no ha querido, y lo sabes muy bien. Figúrese que, cuando se supo que quería ir a Virginia como médico militar, las señoras firmaron una petición rogándole que se quedase. La ciudad no puede hacer nada sin él.

—Vamos, vamos —se defendió el doctor, disfrutando evidentemente con aquellos elogios—. Por lo demás, tener un hijo en el frente es bastante en estos tiempos.

—¡Yo iré el año próximo! —exclamó el pequeño Phil, saltando excitado—. Como tambor. Estoy aprendiendo a tocarlo. ¿Quiere oírlo?

Voy por él.

—No, ahora no —ordenó la señora Meade, atrayéndolo hacia sí con una súbita expresión de pesar—. El año que viene no, tesoro. Dentro de dos años.

—¡Entonces la guerra habrá terminado! —exclamó el muchacho con petulancia, apartándose—. ¡Me lo has prometido!

Los ojos de los padres se encontraron por encima de su cabeza y Scarlett observó la mirada. Darcy Meade estaba en Virginia y ellos dedicaban todo su cariño al hijo que había quedado.

Tío Peter exclamó:

—La señorita Pitty está muy nerviosa y si no vuelvo en seguida de la estación, se desmayará.

—Hasta la vista. Esta tarde iré a verlas —añadió la señora—. Y dígale a Pitty de mi parte que si usted no viene a mi comité, todavía se encontrará peor.

El coche avanzó nuevamente por el camino enfangado y Scarlett se volvió a recostar en los cojines, sonriendo. Se sentía bien, como no se había encontrado desde hacía varios meses. Atlanta con su gentío, su animación y su corriente de excitación era más agradable, más divertida y mucho más simpática que la solitaria plantación cerca de Charleston, donde sólo los bramidos de los caimanes rompían el silenció nocturno; mejor que el mismo Charleston, soñador con sus jardines defendidos por altos muros; mejor que

Savannah, con sus amplias calles bordeadas de palmeras enanas y el río que corría a su lado. Sí; y en principio mejor que Tara, aunque Tara fuese un lugar tan querido.

Había algo excitante en aquella ciudad de calles estrechas y enfangadas; algo tosco y sin madurar que recordaba la tosquedad y la falta de madurez que había bajo el fino barniz que Ellen y Mamita habían dado a Scarlett. Al momento, sintió que aquél era un lugar hecho para ella, no las viejas ciudades serenas y tranquilas a las que el río perezoso y amarillo no daba vitalidad alguna.

Las viviendas quedaban ahora cada vez más espaciadas. Asomándose hacia fuera, Scarlett vio finalmente los ladrillos rojos y el techo de pizarra de la villa de Pittypat. Era una de las últimas casas al norte de la ciudad. Después de ésta, la calle Peachtree iba estrechándose y girando tortuosamente bajo altos árboles, hasta perderse de vista en los espesos bosques silenciosos. La valla de madera había sido pintada recientemente de blanco y el jardincito que rodeaba estaba salpicado de amarillo por los últimos junquillos de la estación. En la escalinata había dos mujeres vestidas de negro; detrás de ellas otra, gruesa y amarillenta, con las manos debajo del mandil y la boca abierta en una larga sonrisa. La obesa Pittypat se balanceaba impaciente sobre sus pies pequeñitos, y con una mano en el pecho se oprimía el corazón, que le latía fuertemente. Scarlett vio a Melanie, que estaba a su lado, y con una sensación de antipatía se dio cuenta de que el único defecto de Atlanta consistía en esa personilla vestida de negro, con sus rebeldes rizos negros estirados hacia atrás con dignidad de mujer casada, que ahora le dirigía una gentil sonrisa de bienvenida en su carita triangular.

Cuando un habitante del Sur se tomaba la molestia de llenar un baúl y afrontar un viaje de treinta kilómetros para ir a hacer una visita, ésta no duraba nunca menos de un mes. Los meridionales eran visitantes entusiastas, así como anfitriones generosos, y no era único el caso de parientes que iban a pasar las fiestas de Navidad y se quedaban hasta julio. También, cuando los recién casados hacían sus giras de visita durante la luna de miel, terminaban por detenerse en esta o aquella casa de su agrado y allí permanecían hasta el nacimiento del segundo hijo. Con frecuencia, viejas tías o tíos que acudían a la comida dominical se quedaban allí para ser sepultados en el cementerio del lugar algunos años después. Los visitantes no representaban un problema, porque las casas eran grandes, la servidumbre numerosa y dar de comer a una boca más no tenía importancia allí donde había que alimentar a tantas personas. Gentes de todas las edades y sexos se juntaban en visita, esposos en viaje de bodas, madres jóvenes con su hijito, convalecientes, personas que habían perdido un pariente próximo, muchachas que los padres querían alejar de un matrimonio poco aconsejable, jóvenes casaderas que no habían encontrado novio y que se esperaba pudiesen combinar un buen matrimonio aconsejadas por los parientes de otra ciudad. Los visitantes añadían movimiento y variedad a la monótona vida meridional y eran siempre bien acogidos. Scarlett había llegado a Atlanta sin tener idea del tiempo que había de permanecer allí. Si su estancia resultaba aburrida, como en Charleston y en Savannah, pasado un mes volvería a su casa. Si por el contrario era agradable, nada le impedía permanecer durante un período indefinido. Pero, apenas llegada, tía Pitty y Melanie iniciaron una campaña para inducirla a establecerse permanentemente con ellas. Recurrieron a todos los argumentos posibles. Deseaban tenerla cerca porque la querían bien. Estaban solas y sentían miedo durante la noche en una casa tan grande, y ella era valiente y les daría también ánimo a ellas. Era tan simpática, que las alegraba en sus dolores. Ahora que Charles había muerto, su sitio y el del niño estaba en el mismo hogar donde él había pasado su infancia. Por lo demás, la mitad de la casa le pertenecía, según el

testamento de Charles. Y, por último, la Confederación tenía necesidad de manos para coser, hacer calceta, preparar vendas y curar heridos.

El tío de Charles, Henry Hamilton, que hacía vida de soltero y que habitaba en el hotel Atlanta, cerca de la estación, le habló también seriamente en este sentido. El tío Henry era un anciano irascible, pequeño y panzudo, con la cara colorada y los cabellos plateados, absolutamente falto de paciencia para con las timideces y desmayos de las mujeres. Por esta última razón, casi no se hablaba con su hermana. Desde la infancia fueron absolutamente opuestos en caracteres y más tarde estuvieron también en desacuerdo por la forma en que ella había educado a Charles: «¡Hacer una mujercilla del hijo de un soldado!» Un día la injurió de tal modo que desde entonces Pittypat no hablaba de él sino con timoratos susurros y con tales reticencias que un extraño hubiera podido suponer que el honrado abogado era nada menos que un asesino. La ofensa se verificó un día en que la señorita Pittypat quiso coger quinientos dólares de su patrimonio para invertirlos en una mina de oro inexistente. Tanto se indignó Henry que dijo que su hermana tenía menos sentido común que una pulga, y lo que es peor aún: que el estar más de cinco minutos a su lado le ponía nervioso. Desde aquel día, ella no le veía más que oficialmente una vez al mes, cuando tío Peter la conducía a su oficina para recibir su asignación mensual. Después de estas breves visitas, Pittypat se metía en la cama para el resto del día, que transcurría entre lágrimas y con sales olorosas. Melanie y Charles, que estaban en inmejorables relaciones con su tío, le habían ofrecido muchas veces librarla de esta incumbencia, pero Pittypat había rehusado siempre, apretando con terquedad su boca infantil. Henry era su cruz y tenía que llevarla. Charles y Melanie concluyeron de esto que aquella excitación ocasional le producía un profundo placer, ya que era la única diversión de su vida solitaria.

Scarlett agradó en seguida al tío Henry porque, como él mismo declaró, a pesar de sus estúpidas afectaciones tenía algún rasgo de buen sentido. Él era el administrador, no sólo de la propiedad de Pittypat y de Melanie sino también de la que Charles dejó a Scarlett. Para ésta fue una agradable sorpresa saber que era una mujercita en buena posición, porque Charles le dejó no sólo la mitad de la casa ocupada por la tía Pittypat, sino también terrenos de cultivo y propiedades en la ciudad. Las tiendas y los almacenes que estaban a lo largo de la línea férrea, en las proximidades de la estación, habían triplicado su valor desde el comienzo de la guerra. Al ponerla al corriente de sus propiedades, el tío Henry le planteó la necesidad que tenía de permanecer en Atlanta.

—Wade Hampton será un jovencito rico. Dado el desarrollo de la ciudad, sus propiedades aumentarán diez veces su valor en veinte años y es justo que el pequeño sea educado donde están sus propiedades, a fin de que aprenda a ocuparse de ellas y seguramente de las de Pittypat y Melanie. Será el único hombre que lleve el apellido Hamilton, ya que yo no soy eterno.

En cuanto al tío Peter, éste no puso en duda que Scarlett se quedaría. Le era inconcebible que el hijo de Charles creciese en un lugar donde él, tío Peter, no pudiese vigilar su educación. A todas esas argumentaciones, Scarlett sonreía pero no decía nada, no queriendo comprometerse antes de saber si le agradaría la vida de Atlanta y la convivencia con los parientes adquiridos. Sabía también que era necesario convencer a Gerald y a Ellen. Por otra parte, ahora que estaba lejos de Tara, sentía una gran nostalgia; nostalgia de los campos rojos, de las verdes plantas de algodón y de los crepúsculos silenciosos. Por primera vez comprendió vagamente lo que había querido decir Gerald cuando afirmó que también ella llevaba en la sangre el amor a la tierra. Respondía siempre evasivamente a las preguntas relativas al tiempo que pensaba permanecer y se acomodó fácilmente, casi sin

darse cuenta, a la vida en la casa de ladrillos rojos, en la tranquila extremidad de la calle Peachtree.

Viviendo con consanguíneos de Charles y viendo la casa de donde él provenía, Scarlett pudo ahora comprender mejor al hombre que la hizo esposa, viuda y madre en tan rápida sucesión. Resultaba fácil ver por qué era tan tímido, tan natural, tan idealista. Si Charles había heredado algunas de las cualidades del severo, impávido y ardiente soldado que había sido su padre, éstas fueron destruidas en su infancia por la atmósfera femenil en que había sido educado. Había estado ligadísimo a la infantil Pittypat y encariñado con Melanie más de lo que lo están generalmente los hermanos; no era posible encontrar dos mujeres más dulces ni menos mundanas.

Tía Pittypat[9] fue bautizada como Sarah Jane Hamilton, sesenta años antes; pero, desde la época lejana en que su afectuosísimo padre le había puesto aquel apodo a causa de sus pies inquietos que trotaban continuamente, ninguno la había vuelto a llamar de otro modo. En los años que siguieron a este segundo bautizo, se verificaron en ella algunos cambios que hicieron este sobrenombre algo incongruente. De la niña vivaz y juguetona no habían quedado más que los piececitos, desproporcionados a su peso, y una tendencia a charlar sin límites. Era gruesa, colorada, de cabellos grises, y siempre estaba un poco jadeante a causa de su corsé demasiado apretado. Era incapaz de recorrer más de cincuenta pasos porque le dolían los pies, que calzaba con zapatos demasiado estrechos. Su corazón aceleraba los latidos a la más pequeña emoción y ella lo fomentaba sin avergonzarse, pronta a desmayarse en cualquier ocasión. Todos sabían que sus desmayos eran casi siempre fingidos; pero aun los que tenían confianza con ella se guardaban bien de decirlo. Todos la querían, la trataban como a una niña y rehusaban tomarla en serio, menos su hermano Henry.

Le gustaba chismorrear más que nada en el mundo, más incluso que los placeres de la mesa, y discurría durante horas enteras sobre los asuntos de los demás, de manera infantil e inofensiva. No tenía memoria para retener los nombres de las personas, de lugares y fechas, y a menudo confundía los personajes de un drama ocurrido en Atlanta con los de un drama sucedido en otra parte, cosa que no desorientaba a nadie porque no tomaban en serio lo que decía. Nadie le contaba nunca nada que pudiera ser escandaloso, por consideración a su estado de señorita, aunque tenía sesenta años; sus amigos conspiraban para que siguiera siendo una vieja niña protegida y mimada.

Melanie era parecida a su tía en muchas cosas. Tenía su timidez, sus súbitos sonrojos, su pudor, pero tenía sentido común. «Hasta cierto punto, lo admito», decíase entre sí Scarlett en contra de su voluntad. Como tía Pittypat, Melanie tenía la cara de una niña resguardada que no conocía más que bondad y simplicidad, verdad y amor; una niña que desconocía lo que era el mal y que viéndolo no lo habría reconocido. Habiendo sido siempre feliz, deseaba que todos los que la rodeasen lo fuesen también, o al menos que estuviesen satisfechos. Por esto, veía siempre de cada uno su lado bueno y lo comentaba con bondad. No había sirviente estúpida en la que ella no descubriese alguna cualidad de lealtad o afectuosidad, ningunta tan fea o desagradable en quien no encontrase gracia de formas o nobleza de carácter; no había hombre insignificante o fastidioso en el que ella no viese la luz de sus posibilidades en lugar de la realidad.

A causa de estas dotes, que provenían espontáneamente de un corazón generoso, todos se hacinaban en torno a ella. ¿Quién puede resistir la fascinación de una persona que descubre en las otras admirables cualidades jamás soñadas por ellas mismas? Contaba con más amigas que cualquier otra en la ciudad y también con muchos amigos, aunque tuviese

pocos cortejadores, estando privada de aquella voluntad y egoísmo necesarios para cautivar los corazones masculinos.

Melanie hacía simplemente lo que habían enseñado a todas las chicas del Sur: tratar de que quien estuviera a su lado se sintiese cómodo y contento de sí. Era esta simpática conjuración femenina la que hacía tan agradable la sociedad del Sur. Las mujeres sabían que un país donde los hombres están contentos, donde no se los contradice y no se los hiere en su vanidad, es probablemente el mejor país para una mujer. Así, de la cuna a la sepultura, las mujeres se las ingeniaban para que los hombres estuviesen satisfechos de sí mismos, y éstos las recompensaban pródigamente con galantería y adoración. En realidad, los hombres daban con gusto cualquier cosa a las mujeres, excepto el reconocimiento de su inteligencia. Scarlett ejercía la misma fascinación de Melanie, pero con arte estudiado y con habilidad consumada. La diferencia entre las dos jóvenes consistía en el hecho de que Melanie decía palabras dulces y lisonjeras por el deseo de ver contentas a las personas, aunque fuese temporalmente, mientras que Scarlett lo hacía persiguiendo su propio fin.

Las dos personas que Charles más había querido no habían ejercido sobre él ninguna influencia fortalecedora, ni le habían enseñado cuáles eran las asperezas de la realidad; el lugar en que pasó la adolescencia había sido para él tan dulce y cómodo como el nido de un pajarillo. Era una casa tranquila, serena y muy anticuada comparada con Tara. Para Scarlett faltaba en ella el masculino olor a tabaco, a aguardiente y a aceite capilar; faltaban las voces roncas, los fusiles, los bigotes, las monturas, la bridas y los perros de caza. Experimentaba la nostalgia de las voces disputadoras que se oían en Tara apenas Ellen volvía las espaldas: Mamita que disputaba con Pork; Rosa y Teena que regañaban; sus propias contiendas con Suellen y los gritos amenazadores de Gerald. No era de extrañar que Charles hubiese sido tan afeminado viniendo de una casa como aquélla. Aquí no había nunca nada emocionante; cada uno se rendía cortésmente a las opiniones de los otros, y, en fin, el rizado autócrata negro de la cocina se salía con la suya. Scarlett, que pensó liberarse de las riendas una vez separada de la vigilancia de Mamita, descubrió con disgusto que las ideas de tío Peter sobre el modo de comportarse de una señora, especialmente de la viuda del señor Charles, eran aún más severas que las de Mamita.

En este ambiente, Scarlett volvió poco a poco a ser ella misma; y casi antes de darse cuenta su espíritu recobró la normalidad. Tenía sólo diecisiete años, estaba llena de salud y de energía y los parientes de Charles se esforzaban en hacerla feliz. Si no lo conseguían, la culpa no era de ellos, porque ninguno podía apartar del corazón de Scarlett el dolor que lo laceraba cada vez que se mencionaba el nombre de Ashley. ¡Y Melanie lo nombraba tan frecuentemente! Pero Melanie y Pittypat eran incansables buscando el modo de endulzar la pena que creían que la atormentaba. Ocultaban su propio dolor en el fondo de su alma para tratar de distraerla. Se preocupaban de sus comidas y cuidaban de que echase su siesta y de su paseo en coche. No sólo admiraban infinitamente su vivacidad, su personilla, sus manitas y piececitos y su piel de magnolia, sino que se lo decían a cada momento, acariciándola, abrazándola y besándola para confirmar sus palabras afectuosas. A Scarlett le traían sin cuidado las caricias, pero las alabanzas le hacían su efecto. Ninguno en Tara le había dicho cosas tan agradables. Mamita siempre había tratado de rebajar su presunción. El pequeño Wade ya no constituía una molestia, porque toda la familia, blancos y negros, lo idolatraban y había una incesante rivalidad entre los que aspiraban a tenerlo en brazos. Melanie, especialmente, era muy tierna con él. Aun en los momentos en que lloraba más desesperadamente, ella lo encontraba adorable y decía:

—¡Qué tesoro! ¡Quisiera que fuese mío!

A veces, a Scarlett le costaba trabajo disimular sus propios sentimientos. Encontraba que tía Pittypat era la más estúpida de las viejas y sus despistes y desmayos la irritaban en grado sumo. Sentía por Melanie una antipatía que crecía con el pasar de los días; a veces tenía que salir bruscamente de la habitación cuando Melanie, radiante de orgullo amoroso, hablaba de Ashley o leía en voz alta sus cartas. En general, la vida transcurría felizmente en lo posible, dadas las circunstancias. Atlanta era más interesante que Savannah, Charleston o Tara y ofrecía tal cantidad de insólitas ocupaciones en tiempo de guerra, que Scarlett tenía poco tiempo para pensar o aburrirse. Sólo alguna vez, cuando apagaba la luz y hundía la cabeza en la almohada, suspiraba y pensaba: «¡Si Ashley no se hubiese casado! ¡Si yo no tuviese que ir al hospital a curar los heridos! ¡Oh, si al menos tuviera algunos cortejadores!»

Inmediatamente sintió horror a ser enfermera, pero no podía esquivar aquel deber, porque formaba parte de dos comités, el de la señora Meade y el de la señora Merriwether. Esto significaba cuatro mañanas a la semana en un hospital opresor y maloliente, con los cabellos envueltos en un paño y una pesada bata que la cubría del cuello a los pies. Todas las señoras de Atlanta, viejas y jóvenes, hacían de enfermeras con un entusiasmo que a Scarlett le parecía casi fanático. Creían que ella estaba embebida del mismo fervor patriótico y se habrían escandalizado si hubiesen sabido cuan poco le interesaba la guerra. Exceptuada la continua preocupación de que Ashley pudiese morir, la guerra no le interesaba en absoluto, y si asistía a los enfermos era únicamente porque no sabía cómo deshacerse de aquella obligación.

Ciertamente, el hacer de enfermera no tenía nada de romántico. Para ella significaba gemidos, delirios, muerte y malos olores. Los hospitales estaban llenos de hombres sucios, piojosos, con la barba descuidada, que olían terriblemente y tenían en el cuerpo heridas tan horrorosas que daban náuseas. Los hospitales olían a gangrena; era un olor que llegaba a las narices mucho antes de que se abriese la puerta y que permanecía mucho tiempo en las manos y en los cabellos y la obsesionaba en sus sueños. Moscas y mosquitos revoloteaban zumbando en enjambres por las salas, atormentando a los heridos, que maldecían y sollozaban débilmente; Scarlett, rascándose las propias picaduras de los mosquitos, agitaba abanicos de hojas de palma hasta que le dolía la espalda; entonces deseaba que todos los hombres muriesen.

A Melanie, por el contrario, parecían no molestarla los olores, las heridas y las desnudeces, cosa que Scarlett encontraba extraña en ella, que parecía la más tímida y púdica de las mujeres. A veces, mientras aguantaba cubetas e instrumentos para el doctor Meade, que cortaba carnes gangrenadas, Melanie estaba palidísima. Una vez, después de una de estas operaciones, Scarlett la encontró vomitando en el guardarropa. Siempre se hallaba donde el herido pudiese verla, era gentil, alegre y llena de simpatía; los hombres la llamaban «ángel misericordioso». También a Scarlett le habría agradado ser llamada así, pero eso llevaba consigo el tocar a los hombres llenos de piojos, introducir los dedos en la garganta de los enfermos inconscientes para ver si se estaban ahogando con un trozo de tabaco de mascar, vendar extremidades y cortar pedacitos de carne que se iba corrompiendo. No, no le gustaba ser enfermera.

Quizá le hubiera sido más soportable si hubiese podido emplear su fascinación con los convalecientes, porque muchos de ellos eran simpáticos y de buenas familias; pero como viuda no podía hacerlo. Las señoritas de la ciudad, a las que no se les permitía entrar en el hospital por temor a que viesen cosas no adecuadas a sus ojos virginales, se ocupaban de ellos. Las no impedidas por el matrimonio o la viudez hacían verdaderos estragos entre

los convalecientes; y aun las menos atrayentes, observó Scarlett, no tardaban en quedar prometidas. Con excepción de los enfermos y heridos graves, el mundo de Scarlett era exclusivamente femenino, y esto la atormentaba porque nunca había tenido fe ni simpatía en el propio sexo y, lo que era peor, la fastidiaba profundamente. Tres días a la semana debía asistir a los comités de trabajo de las amigas de Melanie para la preparación de vendas. Las muchachas, todas las que habían conocido a Charles, eran buenas para con ella en estas reuniones, especialmente Fanny Elsing y Maybelle Merriwether, hijas de las matronas notables de la ciudad. Pero la trataban con deferencia, como si fuera vieja y su vida hubiera terminado. Sus charlas sobre bailes y pasatiempos le hacían envidiar esas diversiones y se sentía irritada de que su viudez la excluyera de ellas. ¡Y era tres veces más atractiva que Fanny y que Maybelle! ¡Oh, qué injusta era la vida! ¡Qué extraño era que todos creyeran que su corazón estaba en la tumba de Charles! ¡Por el contrario, estaba en Virginia, con Ashley!

A pesar de estas aflicciones, Atlanta le agradaba. Su permanencia se prolongaba y las semanas iban pasando.

9

Scarlett, sentada junto a la ventana de su dormitorio en aquella mañana de verano, miraba desoladamente los coches y carrozas llenos de muchachas, de soldados y acompañantes que bullían alegremente a lo largo de la calle Peachtree a fin de coger ramas para decorar el local de la rifa que debía efectuarse aquella noche a beneficio de los hospitales.

La carretera roja tenía zonas de sol y de sombra bajo las ramas de los árboles, y el trotar de los caballos levantaba nubecitas de polvo bermejo. El coche que iba en cabeza llevaba cuatro robustos negros provistos de hachas para cortar los árboles de verdor perenne y romper las lianas que se retorcían sobre ellos. En la parte posterior de este coche había acumuladas cestas cubiertas de servilletas, canastas con víveres y una docena de melones. Dos de los negros llevaban una armónica y un banjo y tocaban una burlesca versión de *Si os queréis divertir, venid a la caballería.* Detrás de ellos venía la alegre cabalgata: muchachas con traje de algodón floreado, ligero chai, cofia y mitones para proteger la blancura de la piel; otras con pequeños quitasoles que se alzaban por encima de sus cabezas; señoras ancianas, plácidas y sonrientes entre las risas, las interpelaciones y las bromas de un coche a otro; convalecientes entre robustas acompañantes y gráciles muchachas que los cuidaban con grandes aspavientos; oficiales a caballo que iban a paso tranquilo a los lados de los coches; crujidos de ruedas, tintineo de espuelas, centelleo de alamares, agitar de quitasoles y de abanicos, cantos de negros. Todos recorrían la calle Peachtree para hundirse en el bosque y hacer una merienda y una comilona de melones. «Todos —pensó Scarlett— menos yo.»

Al pasar, la llamaban y le hacían señales de saludo, a las que ella trataba de responder de buen talante, cosa que le era difícil. En el corazón le había empezado un pequeño dolor sordo que subía poco a poco a la garganta, donde se le hacía un nudo, y el nudo se descomponía en lágrimas. Todos iban a la merienda menos ella. Todos irían aquella noche a la rifa y al baile menos ella. Es decir, menos ella, Pittypat, Melanie y las desgraciadas que estaban de luto. Pero parecía que a Melanie y a Pittypat la cosa no les importaba nada. No habían pensado siquiera en ir. Scarlett, por el contrario, lo había pensado, y deseaba ir; lo deseaba vehementemente.

No era justo. Había trabajado más que ninguna en preparar las cosas para la rifa. Había hecho medias y gorritos a la turca y cofias para los niños, zapatitos y encajes y bonitos cubiletes de porcelana pintada y vasitos de tocador. Había bordado media docena de cojines para divanes con la bandera de la Confederación (las estrellas eran un poco irregulares, ciertamente, algunas casi redondas, otras tenían seis o siete puntas, pero el efecto era bueno). El día anterior había trabajado hasta quedar cansadísima, en el viejo granero polvoriento de la armería, para tapizar de muselina amarilla, rosa y verde los mostradores alineados a lo largo de las paredes. Bajo la dirección de las señoras del comité hospitalario, el trabajo era difícil y de ningún modo divertido. No había diversión posible teniendo alrededor a las señoras Merriwether, Elsing y Whíting que daban órdenes como si tratasen con sus esclavos, y tenerlas que escuchar mientras se jactaban de que sus hijas estaban muy solicitadas. Para colmo, se quemó los dedos y le salieron dos ampollas al ayudar a Pittypat y a la cocinera a hacer pasteles para la rifa.

Ahora, después de haber trabajado como una jornalera, le tocaba retirarse cuando empezaba la diversión. No, no era justo que hubiese muerto su marido, que su niño chillara

en la habitación de al lado y tener que permanecer alejada de cuanto era recreo. ¡Pensar que poco más de un año antes bailaba y llevaba vestidos claros en lugar de este negro fúnebre, y que coqueteaba con tres jóvenes! Ahora sólo tenía diecisiete años y sus pies tenían aún muchas ganas de brincar. ¡No, no era justo! La vida pasaba delante de ella, en el camino templado y soleado; la vida con los uniformes grises, las espuelas tintineantes, los vestidos de sedalina de flores y los banjos que sonaban. Trató de no sonreír ni de saludar con mucho entusiasmo a los hombres que conocía mejor, a los que había curado en el hospital, pero era difícil dominar los propios impulsos, difícil comportarse como si su corazón estuviese en la tumba... donde no estaba.

Sus saludos y sus señales fueron bruscamente interrumpidos por Pittypat, que entró en la habitación jadeando como siempre que subía la escalera y la apartó de la ventana sin ceremonias.

—Pero ¿te has vuelto loca, querida? ¡Saludar a los hombres desde la ventana de tu dormitorio! ¡Te aseguro, Scarlett, que estoy escandalizada! ¿Qué diría tu madre?

—Pero ellos no saben que es mi dormitorio.

—Se lo pueden imaginar y es lo mismo. No debes hacer estas cosas, cariño. Todos hablarían de ti y dirían que eres una descarada... De todos modos, la señora Merriwether sabe que es tu dormitorio.

—Y ciertamente esa gallina vieja lo dirá a los muchachos.

—¡Chit...! Dolly Merriwether es mi mejor amiga.

—¡Bah, una gallina vieja de todos modos! ¡Oh, Dios mío, perdóname, no llores! No había pensado que era la ventana de mi dormitorio... No lo haré más... Sólo me agradaba verlos marchar... Quisiera poder ir yo también.

—¡Scarlett!

—Sí, estoy cansada de estar en casa.

—Scarlett, prométeme que no dirás más estas cosas. ¡Figúrate las murmuraciones! ¡Dirían que no tienes respeto para la memoria del pobre Charles...!

—¡Pero no llores, tía!

—¡Oh, ahora también te he hecho llorar a ti...! —sollozó Pittypat, rebuscando el pañuelo en su bata.

Aquella minúscula pena subió finalmente a la garganta de Scarlett y ahora lloraba...; no, como creía Pittypat, por el pobre Charles, sino porque los últimos ecos de la risa y el estrépito de las ruedas iban desapareciendo. Melanie entró en la habitación con la frente arrugada y un cepillo en la mano, los cabellos negros, generalmente alisados con cuidado, libres de la redecilla y encrespados alrededor de su cara en una masa de rizos.

—¡Querida! ¿Qué ha sucedido?

—¡Charles! —sollozó Pittypat, abandonándose con alegría al placer del sufrimiento y escondiendo la cabeza en el hombro de Melanie.

—¡Oh...! —dijo Melanie, en tanto que al oír el nombre de su hermano su labio inferior empezaba a temblar—. Sé valiente, querida. No llores. ¡Oh, Scarlett!

Scarlett se tendió en la cama y sollozó con toda su fuerza. Sollozaba por su juventud perdida y por las alegrías que le estaban vedadas; sollozaba con la indignación y la desesperación de una niña que con las lágrimas obtuviera todo lo que quisiese. Pero ahora sabía que los sollozos no le servían para nada. Con la cabeza escondida entre las almohadas, lloraba y pateaba los gruesos edredones.

—¡Quisiera morirme! —gimió apasionadamente. Pero al oír esta exclamación dolorosa, las lágrimas de Pittypat cesaron y Melanie se precipitó hacia el lecho para

consolar a su cuñada.

—¡Querida, no llores! ¡Piensa en lo que te quería Charles; esto debe ser un consuelo para ti! Piensa en tu precioso hijito.

La indignación ante esa incomprensión de sus parientes se mezcló en Scarlett con la desesperación de estar al margen de todo y le sofocó las palabras en la garganta. Fue una suerte, porque si hubiese podido hablar habría gritado la verdad con palabras enérgicas, a la manera de Gerald. Melanie le acarició el hombro y Pittypat trotó por la estancia bajando las persianas.

—¡No cerréis! —exclamó Scarlett, levantando de las almohadas su rostro rojo e hinchado—. No estoy aún lo bastante muerta para que se tengan que cerrar las persianas..., ¡y Dios sabe que quisiera estarlo! ¡Oh, marchaos y dejadme sola!

Hundió nuevamente la cara en las almohadas. Después de una conferencia entre murmullos, las dos mujeres salieron de puntillas. Oyó a Melanie decir en voz baja a la tía, mientras bajaban las escaleras: —Tía Pitty, quisiera que no le hablases de Charles. Sabes que le hace daño. ¡Pobre criatura, tiene una expresión tan extraña! Comprendo que se esfuerza por no llorar. No debemos afligirla más.

Scarlett golpeó la colcha con los pies, con una rabia impotente, buscando algo grosero que decir.

—¡Por los calzones de Job! —gritó finalmente, y se sintió algo aliviada. ¿Cómo podía Melanie contentarse con permanecer en casa, sin una sombra de diversión, y llevar luto por su hermano, cuando apenas tenía dieciocho años? Parecía que Melanie no supiese (o que no le interesase) que la vida corría con espuelas tintineantes.

«¡Pero es tan aburrida! —pensó Scarlett mientras golpeaba las almohadas—. No ha sido nunca tan cortejada como yo y por eso no siente como yo la falta de tantas cosas. Y después..., después, ella tiene a Ashley, mientras que yo... ¡Yo no tengo a nadie!» Ante esta nueva desgracia surgieron otras lágrimas.

Permaneció tristemente en su habitación hasta bien entrada la tarde; la vista de los excursionistas que volvían con los coches llenos de ramas de pino, lianas y heléchos no la alegró. Todos parecían felizmente cansados, mientras le hacían nuevas señas de salutación a las que ella respondió melancólicamente. La vida era monótona y sin esperanza y no valía la pena de ser vivida. La liberación llegó en la forma más inesperada, cuando, durante la hora de la siesta, la señora Merriwether y la señora Elsing, acudieron a la villa de ladrillos.

Asombradas por una visita a aquellas horas, Melanie, Scarlett y Pittypat se levantaron, se pusieron de prisa y corriendo los corpinos, se arreglaron los cabellos y bajaron al saloncito.

—Los niños de la señora Bonnel tienen el sarampión —anunció la señora Merriwether bruscamente, demostrando que hacía a la señora Bonnel personalmente responsable por haber permitido que semejante cosa ocurriese.

—Las muchachas MacLure han sido llamadas a Virginia —prosiguió la señora Elsing con su voz apagada, abanicándose lánguidamente como si ni esto ni lo otro tuviese mucha importancia—. Dallas MacLure está herido.

—¡Terrible! —exclamaron las tres visitadas a coro—. ¿Y está grave?

—No, sólo en un hombro —respondió alegremente la señora Merriwether—. Pero no podía suceder en un momento peor. Las muchachas se han marchado para traerlo a casa. No tenemos tiempo de quedarnos aquí a charlar. Debemos volver de prisa para decorar el local. Pitty, las necesitamos a usted y a Melanie esta noche para ocupar el lugar de la señora Bonnel y de las chicas Mac Lure.

—¡Pero no podemos ir, Dolly!

—No diga «no podemos», Pitty Hamilton —rebatió vigorosamente la señora Merriwether—. Tenemos necesidad de usted para vigilar a los negros que llevan los refrescos. Es lo que debía hacer la señora Bonnel. Y Melanie estará en el mostrador de la rifa de las MacLure.

—Pero no es posible... El pobre Charles murió sólo hace...

—Lo sé, pero no hay sacrificio demasiado grande por la Causa —intervino la señora Elsing con una voz dulce y decidida.

—Tendríamos mucho gusto en ayudarles, pero... ¿Por qué no ponen una chica guapa en el mostrador de la rifa?

La señora Merriwether tuvo una risita burlona que parecía salir de una trompeta.

—No sé cómo son las chicas de hoy. No tienen el sentido de la responsabilidad. Las que no ocupan ya su puesto encuentran tantas excusas, que no sé qué decirles. ¡Oh, no! Quieren no tener que hacer nada para poder coquetear con los oficiales: eso es todo. Tienen miedo de que detrás del mostrador, sus trajes nuevos no se vean bastante. Quisiera que ese capitán que burla el bloqueo..., ¿cómo se llama?

—El capitán Butler —sugirió la señora Elsing.

—Quisiera que hiciese entrar más aprovisionamiento para los hospitales y menos franjas y vestidos de volantes. ¡Hoy entrarán veinte vestidos, os lo aseguro! Vamos, Pitty, no hay tiempo para discutir. Debe venir. Todos comprenderán. Por lo demás, en la habitación trasera nadie la verá; y Melanie tampoco se verá mucho. El mostrador de las chicas MacLure está en el fondo y no es bonito. Allí nadie las notará.

—Creo que debemos ir —dijo Scarlett, tratando de dominar su agitación y de conservar una expresión seria y natural—. Es lo menos que podemos hacer por el hospital.

Ninguna de las visitantes había pronunciado su nombre. Ambas se volvieron para mirarla severamente. A pesar de su extrema necesidad, no habían pensado pedir a una viuda reciente que apareciese en una reunión mundana. Scarlett soportó sus miradas con expresión infantil e inocente.

—Creo que deberíamos ir a hacer lo que podamos, todas. Yo me quedaré en el mostrador con Melanie porque..., sí, me parece que es mejor dos. ¿No te parece, Melanie?

—Pero... —comenzó Melanie, turbada. La idea de aparecer en una reunión estando de luto era tan inaudita que permaneció aturdida.

—Scarlett tiene razón —afirmó la señora Merriwether, observando signos de debilidad en la resistencia de sus amigas. Se levantó y se arregló los volantes de la falda—. Todas..., sí, deben venir todas ustedes. No empiece a buscar excusas, Pitty. Piense que los hospitales tienen gran necesidad de dinero para comprar nuevas camas y medicinas. Sé que Charles estaría satisfecho de saber que ustedes ayudan a la causa por la que él ha muerto.

—Está bien —dijo Pittypat, débil, como siempre, ante esta personalidad más fuerte que la suya—. Si creen que la gente comprenderá las razones...

«¡Demasiado bello para ser verdad! ¡Demasiado bello para ser verdad!», cantaba el corazón de Scarlett, mientras se colocaba modestamente detrás del mostrador de las chicas MacLure. ¡Finalmente se encontraba en una reunión! Después de un año de apartamiento, de velos de crespón y de voces quedas, después de haber creído casi enloquecer de fastidio, ahora se encontraba en una reunión, la más grande que conoció Atlanta. Veía gente y luces, oía música y contemplaba los bonitos encajes, los vestidos, los adornos que el famoso capitán Butler había traído a través del bloqueo, en su último viaje.

Sentada en uno de los banquillos de detrás del mostrador, miró el largo salón que

hasta aquella tarde había estado desnudo y sin adorno. ¡Cómo debían de haber trabajado hoy las señoras para haberlo puesto tan vistoso! Todas las velas y candelabros de Atlanta debían de estar allí, pensó; de plata con doce brazos, de porcelana con graciosas figuritas que adornaban su base, de latón antiguo, rígidos y dignos, velas de todas las medidas y de todos los colores, olorosas de resina, colocadas en los soportes de fusiles que ocupaban la sala en toda su longitud, en las mesas floridas, en los mostradores y hasta en los alféizares de las ventanas abiertas, donde la leve brisa templada del estío bastaba para agitar las llamas.

En el centro de la sala, la enorme lámpara de pésimo gusto, que algunas cadenas enmohecidas suspendían del artesonado, estaba completamente transformada por ramos de hiedra y de vides silvestres, que el calor empezaba ya a marchitar. Las paredes estaban decoradas con ramas de pino, que esparcían un olor penetrante y convertían los ángulos de la sala en graciosos cenadores donde se sentaban los acompañantes y las señoras de edad. Elegantes festones de hiedra y plantas trepadoras pendían también encima de las ventanas y se retorcían sobre los mostradores adornados de muselina colorada. Entre el verdor, en banderas y oriflamas, brillaban las estrellas de la Confederación sobre su fondo rojo y azul.

La plataforma construida para la orquesta era particularmente artística. Estaba completamente escondida a la vista por los ramos de follaje y las banderas estrelladas. Scarlett sabía que habían sido transportadas allí todas las macetas de la ciudad: begonias, geranios, laureles, jazmines... y hasta las cuatro hermosas plantas de caucho de la señora Elsing, a las cuales se les dio el puesto de honor en las cuatro esquinas.

En la otra extremidad de la sala, frente a la plataforma, las señoras se habían superado a sí mismas. En esta pared colgaban grandes retratos del presidente Davis y del «pequeño Alex» Stephens, el georgiano vicepresidente de la Confederación. Encima había una enorme bandera y debajo estaba el producto de todos los jardines de la ciudad: helechos, haces de rosas amarillas, blancas y bermejas, orgullosos gladiolos, mazos de capuchinas de varios colores, altas y rígidas ramas de malvaloca que alzaban sus corolas pardas y blancas sobre las otras flores. Entre ellos, las velas ardían, como en un altar. Las dos caras miraban hacia abajo la escena, dos caras muy diferentes, de dos jefes de gloriosas empresas: Davis, con el rostro delgado y los ojos fríos como un asceta, la boca sutil cerrada con una expresión firme; Stephens, con los ojos negros y ardientes profundamente hundidos en un rostro que había conocido enfermedades y dolores y había triunfado sobre éstos, con ardor e ironía; dos rostros que eran muy queridos.

Las señoras más ancianas del comité, en quienes recaía la responsabilidad de toda la rifa, iban de acá para allá con la importancia de naves bien aparejadas, empujando de prisa a las rezagadas, casadas y solteras, para que ocuparan sus puestos, y después entrando en las habitaciones adyacentes donde estaban preparados los refrescos. La tía Pittypat las seguía jadeando.

Los músicos subieron a la plataforma, negros y sonrientes, con los gruesos rostros brillantes de sudor, y empezaron a templar los violines. El viejo Levi, cochero de la señora Merriwether, que había dirigido las orquestas de todas las rifas, bailes o bodas desde cuando Atlanta se llamaba Marthasville, golpeó con el arco en la madera para llamar la atención. Había hasta ahora muy pocas personas además de las señoras que dirigían la rifa, pero todos los ojos se volvieron hacia él. Entonces los violines, las violas, los banjos, las flautas y el acordeón empezaron la ejecución de *Lorena,* lentísima, demasiado lenta para ser bailada; el baile empezaría más tarde, cuando los mostradores estuviesen vacíos de mercancías. Scarlett sintió que le latía el corazón más rápidamente al oír la dulce melodía

de aquel vals.

¡Los años pasan lentamente, Lorena! La nieve cubre nuevamente la hierba. El sol está lejano en el cielo, Lorena...

Un, dos, tres, uno, dos, tres, un resbalón... tres, vuelta... dos, tres. ¡Qué bello vals! Ella entrelazó sus manos, cerró los ojos y acompañó el ritmo suave con una leve oscilación del cuerpo. Había algo de embriagador en aquella trágica melodía y en el amor perdido de Lorena, que se mezclaba con su excitación y le hacía como un nudo en la garganta.

Entonces, como resucitados por la música del vals, de la calle oscura llegaron rumores: pisadas de caballos y estrépitos de ruedas, risas en el aire templado y la dulce aspereza de las voces de los negros, que discutían por el lugar donde debían poner los caballos. Hubo cierta confusión en las escaleras; alegría de corazones despreocupados, voces frescas de muchachas unidas a las profundas de los que las acompañaban, gritos de saludos y regocijo de jovencitas que reconocían a las amigas de las que se habían separado horas antes.

De pronto el ambiente se llenó de animación; en un momento entraron como mariposas gran cantidad de muchachas con vestidos multicolores de enormes frunces y calzones de encaje que asomaban por debajo; pequeños y candidos hombros redondos y desnudos; leves insinuaciones de mórbidos senos que se transparentaban bajo volantitos de encaje; chales de blonda echados descuidadamente sobre el brazo; abanicos recamados o pintados, de plumas de avestruz y de pavo real, suspendidos de la muñeca por finas tiras de terciopelo; muchachas con los cabellos negros peinados con raya y recogidos en trenzas en la nuca, en nudos tan pesados que la cabeza colgaba algo hacia atrás; muchachas con masas de rizos dorados en la nuca y largos pendientes del mismo metal, que se agitaban junto a los rizos rebeldes. Encajes, sedas, alamares, cintas y vestidos traídos a través del bloqueo, todo precioso y ostentado con orgullo, para hacer así mayor afrenta a los yanquis.

No todas las flores de la ciudad habían sido colocadas como tributo delante de los retratos de los jefes de la Confederación. Los capullos más pequeños y más fragantes adornaban a las jovencitas. Rosas amarillas prendidas detrás de la oreja, jazmines del Cabo y rosas de pitiminí en pequeñas guirnaldas dispuestas en cascadas sobres los rizos; ramilletes tímidamente escondidos entre los pliegues de la cintura; flores que antes del final de la noche encontrarían reposo en los bolsillos internos de los uniformes grises, como preciosos recuerdos.

Había numerosísimos uniformes entre la multitud, uniformes de hombres que Scarlett conocía, hombres que ella había visto en las galerías de los hospitales, en las calles o en los campos de maniobras. Uniformes resplandecientes, de brillantes botones y de galones de oro en los cuellos y en las mangas, con franjas rojas, amarillas o azules en los pantalones, según las diferentes armas, que hacían con el gris una magnífica combinación. Aquí y allí se veían fajas de oro y Scarlett, sables que centelleaban y batían contra las polainas brillantes, espuelas que resonaban y tintineaban.

«¡Qué hombres tan arrogantes!», pensó Scarlett con una sensación de orgullo mientras aquéllos saludaban, hacían señas a los amigos y se inclinaban para besar las manos de las señoras ancianas. Todos eran de aspecto juvenil, a pesar de sus largos bigotes rubios y de sus barbas negras o castañas; hermosos, intrépidos algunos con los brazos en cabestrillo, otros vendada la cabeza con una venda blanquísima que contrastaba extrañamente con su rostro bronceado. Algunos caminaban con muletas, ¡y qué orgullosas estaban las muchachas que los acompañaban aflojando cuidadosamente el paso para

adaptarlo al de ellos! Entre los uniformes se vio resplandecer, de repente, una brillante mancha de color que oscureció hasta los vestidos de las muchachas y parecía, en medio de la multitud, un pájaro tropical: un oficial de Luisiana con los pantalones bombachos a listas blancas y azules, las polainas crema y la guerrera roja: un hombrecito moreno y sonriente parecido a un mono, con el brazo en un cabestrillo de seda negra. Era el enamorado de Maybelle Merriwether, Rene Picard. Ciertamente todo el hospital estaba presente, por lo menos, todos los que se hallaban en condiciones de andar, los que estaban con permiso ordinario o por enfermedad y los que prestaban servicio en el ferrocarril, en correos y en los hospitales, en los comisariados de Atlanta y de Macón. ¡Qué contentas estarían las señoras! El hospital debería hacer un montón de dinero aquella noche. De la calle llegó un ruido de tambores, un compás de pasos y gritos de admiración de los cocheros. Un toque de trompeta y después una voz de barítono dio la orden de «¡Rompan filas!». En un instante, los miembros de la Guardia Nacional y de la Milicia, vestidos con sus uniformes brillantes, hicieron crujir la angosta escalera y entraron en la sala, saludando, inclinándose, estrechando las manos.

Los de la Guardia Nacional eran muchachos orgullosos de jugar a la guerra que se prometían estar en Virginia el año próximo por aquella época, si la guerra duraba aún, y viejos con la barba blanca, que se lamentaban de no ser jóvenes, pero se sentían felices de llevar el uniforme, reflejando la gloria de los hijos que habían marchado al frente. En la Milicia había muchos hombres de mediana edad y algunos también más viejos, pero había bastantes jóvenes en edad militar, que se comportaban menos marcialmente que sus mayores y menores. Ya la gente empezaba a preguntar en voz baja que por qué no estaban con Lee.

¿Cómo podían caber todos en aquel salón? Parecía muy grande pocos minutos antes, pero ahora estaba abarrotado, con el aire impregnado de los olores de la calurosa noche de estío; olor a agua de colonia, a saquitos perfumados, a cosmético para los cabellos y a antorchas resinosas, a fragancia de flores, y todo ello un poco denso, porque el arrastrar de tantos pies levantaba un polvillo ligero. El estrépito y la confusión de tantas voces hacía casi imposible distinguir alguna palabra y, como si hubiese comprendido la alegría y la excitación del momento, el viejo Levi interrumpió *Lorena* a la mitad de un compás golpeando con su arco el atril. Después, empezando con nueva furia, la orquesta entonó *Bella bandera azul.*

Cien voces se unieron al estribillo, cantándolo, gritándolo como una aclamación. El corneta de la Guardia Nacional subió a la plataforma y se unió a la música en el momento en que empezaba el coro, y las notas de plata resonaron sobre la masa de voces hasta dar escalofríos; una emoción intensa recorrió a la multitud.

¡Hurra, hurra por los derechos del Sur, hurra!

¡Hurra por la hermosa bandera azul

que lleva una sola estrella!

Scarlett, cantando junto a los demás, oyó el dulce tono de soprano de Melanie subir tras ella, claro y limpio como las notas argentadas de la corneta. Volvióse y vio a Melanie en pie, con las manos apretadas sobre el pecho, los ojos cerrados y una lágrima que apuntaba en sus ojos. Sonrió a Scarlett cuando la música terminó, haciendo un gesto de excusa mientras se secaba los ojos con un pañolito. —Me siento tan feliz —murmuró— y

tan orgullosa de nuestros soldados, que me dan ganas de llorar.

En sus ojos había una luz profunda, casi de fanatismo, que por un momento iluminó su carita haciéndola bella.

La misma expresión había en el rostro de todas las mujeres cuando la canción terminó: lágrimas de orgullo sobre las mejillas, ya rosas, ya arrugadas, sonrisas en los labios, una luz ardiente en las miradas que dirigían a los hombres, la enamorada al amante, la madre al hijo, la mujer al marido. Estaban todas hermosas, con esa belleza que transforma también a la mujer más fea cuando se sabe protegida y amada.

Amaban a sus hombres, creían en ellos; tenían fe hasta su último suspiro. ¿Cómo podía la desgracia abatir a semejantes mujeres, defendidas como estaban por un ejército de valientes? Nunca hubo hombres como éstos, desde la creación del mundo hasta nuestros días, nunca jóvenes tan heroicos, tan tiernos y galantes. ¿Cómo era posible que algo impidiese la victoria de una causa justa como la suya? Una causa que ellas amaban tanto como los hombres, una causa a la que servían con sus manos y sus corazones, una causa de la que hablaban, en la que pensaban, con la que soñaban..., una causa por la que habrían sacrificado a aquellos hombres, de ser necesario, soportando su pérdida con el mismo orgullo con el que los hombres llevaban sus banderas en el campo de batalla.

Sus corazones estaban llenos de devoción y de orgullo, de seguridad en la victoria final. Los triunfos de Stonewall Jackson[10] en Valley y la derrota de los yanquis en la batalla de los Siete Días cerca de Richmond lo mostraban claramente. ¿Cómo podía ser de otra manera, con jefes como Lee y Jackson? Otra victoria y los yanquis se arrodillarían pidiendo la paz, y los hombres volverían a casa, acogidos con risas y besos. Una victoria más y la guerra habría terminado.

Sin duda, habría sillas vacías y niños que no verían más la cara de su padre, tumbas sin nombre cerca de las pequeñas bahías solitarias de Virginia y en las montañas de Tennessee; pero ¿era quizás un precio demasiado grande para la Causa? Era difícil encontrar seda para los vestidos, azúcar y té, pero éstas eran cosas sin las que se podía pasar. Por lo demás, los que atravesaban el bloqueo pasando delante de las narices de los yanquis traían de todo, haciendo la posesión de estas mercancías mucho mis emocionante. En breve, Raphael Semmes y la armada de la Confederación darían que hacer a los barcos de guerra yanquis, y entonces los puertos se volverían a abrir. Inglaterra ayudaría a la Confederación a ganar la guerra porque las fábricas inglesas estaban paradas por falta de algodón sureño. Naturalmente, la aristocracia inglesa simpatizaba con la aristocrática gente del Sur y estaba en contra de aquella raza ávida de dólares que eran los yanquis.

Así, las mujeres hacían susurrar sus sedas y reían, mirando a sus hombres con el corazón henchido de orgullo. Sabían que el amor se hacía más ardiente frente al peligro y que la muerte era doblemente dulce por la extraña excitación que la acompañaba.

Al contemplar aquella concurrencia, Scarlett sintió latir su corazón más aceleradamente por la desacostumbrada emoción que le daba el encontrarse en una reunión mundana; pero cuando vio la expresión reflejada en las caras de su alrededor, y la comprendió sólo a medias, su alegría empezó a desvanecerse. Todas las mujeres presentes ardían con una pasión que ella no sentía. Esto la asombró y la deprimió. El salón no se le antojó tan hermoso ni las muchachas tan brillantes; la intensidad del entusiasmo por la Causa que aún iluminaba todos los rostros le pareció... ¡sí, le pareció estúpida!

En una repentina ráfaga de conocimiento de sí misma que le hizo abrir la boca de estupor, se dio cuenta de que no compartía en modo alguno el ñero orgullo de aquellas mujeres, su deseo de sacrificarse a sí mismas y todo lo que poseían por la Causa. Antes de

que el horror la hiciese decirse: «¡No, no..., no debo pensar esto! Es un error..., un pecado...», comprendió que la Causa no tenía ninguna importancia para ella y que estaba harta de oír hablar de la Causa a aquella gente que tenía en los ojos una expresión fanática. La Causa no le parecía sagrada, y la guerra le parecía una calamidad que mataba inútilmente a los hombres, costaba mucho dinero y hacía difícil obtener las cosas de lujo. También la enojaba la infinita labor de punto, la interminable preparación de vendas e hilas que le estropeaban las uñas. ¡Estaba harta de los hospitales! Harta, aburrida y asqueada del repugnante olor de gangrena y de los gemidos continuos, y asustada de la expresión que, al acercarse, daba la muerte a los rostros macilentos.

Miró alrededor furtivamente mientras estos impíos y pérfidos pensamientos le atravesaban la mente, con el temor de que alguien pudiera verlos escritos claramente en su faz. Pero ¿por qué, por qué no podía sentir como las otras mujeres? ¡Tan sensibles de corazón, tan sinceras en su devoción a la Causa! Ellas pensaban realmente lo que decían y lo que hacían. Y sí alguien pudiese sospechar alguna vez que ella... ¡No, no, nadie debía saberlo! Era necesario que siguiese fingiendo un entusiasmo y un orgullo que no sentía, haciendo su papel de viuda de un oficial confederado que soporta valerosamente su dolor, que tiene el corazón en la tumba de él y que siente que la muerte de su marido no tiene ninguna importancia si ha sido por el triunfo de la Causa. Pero ¿por qué era tan diferente, tan distinta de aquellas mujeres amorosas? Ella no podía amar a nadie ni nada con aquella falta de egoísmo. Era una sensación de soledad...: no se había sentido nunca sola en cuerpo y alma hasta entonces. Intentó sofocar aquellos pensamientos, pero la rigurosa honradez hacia sí misma que había en el fondo de su naturaleza no se lo permitió. Así, mientras la rifa continuaba y mientras junto a Melanie atendía a los clientes, su mente trabajaba activamente buscando una justificación frente a sí misma..., tarea que de ordinario no le resultaba difícil.

Las otras mujeres eran simplemente tontas e histéricas con sus discursos patrióticos, y los hombres eran igualmente fastidiosos cuando hablaban de los Derechos de los Estados. Sólo ella, Scarlett O'Hara Hamilton, tenía un claro buen sentido irlandés. No se alzaría por la Causa, pero tampoco revelaría ante todos sus verdaderos sentimientos. Tenía bastante equilibrio para considerar la situación y para afrontarla. ¡Cómo se quedarían todos si conociesen sus pensamientos! ¡Qué escándalo si de improviso se subiese a la plataforma de la orquesta y declarase que en su opinión la guerra debía terminar inmediatamente a fin de que todos pudiesen marchar a sus casas y ocuparse de su algodón y de que hubiese nuevas fiestas, diversiones y gran cantidad de vestidos de color verde claro!

Por un momento, su autojustificación le dio valor; pero siguió mirando al salón con disgusto. El mostrador de las chicas MacLuré se veía poco, como había dicho la señora Merriwether; había largos intervalos durante los cuales nadie se acercaba y Scarlett no tenía nada que hacer sino mirar con envidia a la gente feliz. Melanie notaba su mal humor, pero, atribuyéndolo al recuerdo de Charles, no hacía ninguna tentativa de conversar. Se ocupaba de colocar los artículos en el mostrador de la forma más atrayente, mientras Scarlett miraba malhumorada el salón. Hasta los haces de flores, bajo los retratos de Davis y Stephens, le desagradaban.

«Parece un altar —pensó, encogiendo la nariz—. ¡Y el modo en que los ensalzan, como si fuesen el Padre y el Hijo!» Llena de imprevisto terror por la propia irreverencia, empezó precipitadamente a hacer el signo de la cruz, como para excusarse.

«Pero es verdad —discutió con su propia conciencia—. Todos los rodean como si fuesen santos, y no son más que hombres, y ni siquiera agradables a la vista.»

En realidad, Stephens no tenía la culpa de su aspecto, habiendo sido siempre de salud enfermiza, pero Davis... Miró el rostro altivo, de rasgos precisos como el de un camafeo. Era principalmente su perilla lo que más la fastidiaba. «Los hombres —pensó— deberían ir completamente rasurados, o de lo contrario usar bigotes y barba entera. Aquellos cuatro pelos dan la impresión de que es medio barbilampiño.» No reconocía en aquella cara la fría y tenaz inteligencia que gobernaba a una nación entera.

No, no era feliz ahora, aunque experimentó al principio una gran alegría. El estar en la fiesta no le bastaba. Nadie se ocupaba de ella; era la única mujer sin marido y no tenía cortejadores, mientras que durante toda la vida fue siempre el centro de la atención, dondequiera que estuviera. ¡No era justo! Tenía diecisiete años y sus pies golpeaban nerviosamente el pavimento, deseosos de saltar y bailar. Tenía diecisiete años, un marido en el cementerio de Oakland y un niño en la cuna, en casa de tía Pittypat; todos estaban convencidos de que ella debía estar contenta con su suerte. Tenía el seno más hermoso que cualquiera de las muchachas presentes; la cintura más delgada y los pies más pequeñitos, pero ninguno se ocupaba de ella, como si yaciese junto a Charles, en la tumba, y estuviese esculpida allí la inscripción «Charles y su amada esposa».

No era una muchacha que podía bailar y coquetear, no era una esposa que pudiera sentarse con las otras a criticar la forma de bailar y coquetear de las muchachas. No era lo bastante anciana para ser viuda. Las viudas debían ser viejas, para no sentir deseos de bailar, coquetear o ser admiradas. No, todo esto era injusto; era injusto tener que hablar en voz queda y bajar los ojos cuando los hombres, aunque fuesen simpáticos, se acercaban a su mostrador.

Todas las muchachas de Atlanta estaban rodeadas de hombres, aun las más feas. ¡Tenían todas vestidos tan bonitos! Ella, por el contrario, parecía una corneja, vestida de sofocante tafetán negro, con las mangas largas hasta las muñecas, el escote cerrado hasta la barbilla y ni siquiera sombra de encajes o adornos, ni alhajas, excepto el triste alfiler de ónice de Ellen. Miraba a las muchachas, colgadas del brazo de los hombres, agradables y elegantes. Todo ello simplemente porque Charles Hamilton había muerto de sarampión. Ni siquiera tuvo en la batalla un fin glorioso del que ella pudiese enorgullecerse.

Con un gesto de rebeldía, apoyó los codos en el mostrador y miró descaradamente a la multitud, desatendiendo las advertencias de Mamita, tantas veces repetidas, de no apoyar los codos porque los hacía ponerse feos y arrugados. ¿Qué le importaba que se le pusieran feos? Probablemente ya no encontraría posibilidad de enseñarlos. Miraba ávidamente los vestidos que pasaban delante: seda color crema con guirnaldas de capullos de rosa, raso rojo con dieciocho volantes bordeados de terciopelo negro, tafetán azul claro con diez metros de tela en la amplia falda adornada de caídas de encaje; senos ostentosos, flores preciosas y perfumadas. Maybelle Merriwether se acercó al mostrador inmediato del brazo de su admirador. Su vestido de muselina verde manzana era tan vueludo que hacía aparecer su cintura tan fina como la de una avispa. Aquel vestido favorecedor guarnecido con un encaje de Chantilly color marfil, llegado de Charleston en la última expedición que había atravesado el bloqueo, Maybelle lo ostentaba orgullosamente, como si hubiese sido ella y no el capitán Butler quien efectuó aquella hazaña.

«¡Qué bien estaría yo vestida así! —pensó Scarlett con el corazón lleno de una envidia salvaje—. ¡Ésa tiene la cadera ancha como una vaca! Ese verde es mi color y daría mayor realce a mis ojos. ¿Por qué diantre las rubias se atreven a ponerse ese color? A su piel le da un reflejo de manteca rancia. ¡Y pensar que yo no podré llevarlo nunca, ni aun cuando me quite el luto! No, ni aunque vuelva a casarme. Tendré que llevar el gris, el

morado, el violeta, todo lo más el lila.»

Por un momento consideró la injusticia de todo esto. ¡Qué breve era el tiempo de las diversiones, los bellos vestidos, el baile y la coquetería! ¡Pocos años, demasiados pocos! Después se casaba una y llevaba vestidos oscuros y tristes, los niños desfiguraban la línea del cuerpo y las caderas se ensanchaban; una permanecía sentada en los rincones con otras mujeres casadas y serias y se levantaba a bailar sólo con el marido o con algún señor viejo que le molía los pies. Si no se hacía así, las otras señoras murmuraban, la reputación de una mujer quedaba manchada y su familia en el índice. ¡Qué pérdida de tiempo, pasar toda la infancia aprendiendo el modo de atraer a los hombres y conservarlos, y después gozar de estos conocimientos sólo un año o dos! Examinando su educación, completada por Ellen y Mamita, se daba cuenta de que había sido buena, porque siempre le había dado inmejorables resultados. Había reglas que era necesario seguir: si las seguía, vería coronados sus esfuerzos.

Con las señoras de edad era necesario ser dulce e ingenua, porque las viejas son astutas y vigilan a las muchachas como gatos prontas a arañar a la más pequeña indiscreción de la lengua o de los ojos. Con los señores de edad, una joven debía ser vivaz e impertinente y casi (pero no completamente) coqueta: así la vanidad de los viejos imbéciles se estimulaba. Esto los rejuvenecía y entonces os pellizcaban las mejillas diciendo que erais una pillina. En tales ocasiones, era necesario enrojecer, de otro modo los pellizquitos se hacían más audaces y después los señores dirían a sus hijos que erais unas descaradas.

Con las muchachas y las casadas jóvenes debíais ser toda dulzura, besándolas cada vez que las vieseis, aunque fuese diez veces al día, y poniéndoles el brazo alrededor de la cintura, soportando que ellas hiciesen otro tanto con vosotras, aun cuando esto os molestase. Admirabais ciegamente sus trajes y sus niños; las embromabais hablando de sus cortejadores o las cumplimentabais por sus maridos; reíais afirmando con modestia que vuestros encantos no tenían comparación con los de ellas. Y, sobre todo, no había que decir nunca lo que verdaderamente opinabais sobre cualquier tema, como ellas no os decían nunca sus verdaderos pensamientos.

Debíais dejar en paz, completamente, a los maridos de otras mujeres, aunque en otro tiempo hubiesen sido vuestros admiradores y aunque os agradasen. Si erais demasiado simpáticas con los maridos jóvenes, las mujeres dirían que erais unas impúdicas, y éste era el modo de adquirir una mala reputación y de no encontrar un cortejador.

Pero con los jóvenes... ¡ah, la cosa era diferente! Podíais reíros tranquilamente de ellos, y, cuando venían rápidamente a preguntar por qué reíais, podíais negaros a decírselo y reír aún más fuerte, desafiándolos a adivinar las razones. Con los ojos podíais prometer las cosas más excitantes; así ellos trataban de maniobrar para llevaros aparte. Cuando alguno lo conseguía, entonces debíais mostraros muy ofendidas y mucho más irritadas si intentaba besaros. Le obligabais a pediros perdón por haberse portado como un villano y después le perdonabais, tan suavemente que permanecía a vuestro lado, tratando de besaros por segunda vez. A veces, aunque no con frecuencia, se lo permitíais. (Ellen y Mamita no le enseñaron esto, pero ella sabía que era una cosa de gran efecto.) Entonces os poníais a llorar y manifestabais que no sabíais qué os había pasado y que estabais seguras de que ya nadie os respetaría. Él os secaría las lágrimas y las más de las veces os pediría en matrimonio, justamente para mostraros lo que os respetaba. Y entonces... ¡oh, entonces había tantas maneras de comportarse con los jóvenes! Y ella las conocía todas: el matiz de la larga mirada oblicua, la media sonrisa detrás del abanico, el mover de las caderas de forma que las faldas se balanceasen como campanas, la risa, la adulación, la dulce simpatía.

Todo este galimatías no había fallado nunca en conseguir su objeto... excepto con Ashley.

No, no valía la pena aprender todas estas maniobras para servirse de ellas tan breve tiempo y después abandonarlas para siempre. ¡Qué hermoso sería no casarse nunca, y continuar poniéndose bellos vestidos verde pálido y ser siempre cortejada! Pero si se continuaba así mucho tiempo, una se convertía en solterona como India Wilkes, y todos decían «¡pobrecita!» en un tono de odiosa compasión. No, a fin de cuentas era mejor casarse y conservar el respeto de sí misma, aunque una no pudiese divertirse más.

¡Qué antipática era la vida! ¿Por qué había sido ella tan idiota como para casarse con Charles y terminar su vida a los dieciséis años? Su ensoñación indignada y desesperada fue interrumpida cuando la gente empezó a colocarse a lo largo de las paredes y las señoras recogieron sus miriñaques para impedir que un choque los levantase, mostrando más de lo que era correcto de sus pantalones. Scarlett se empinó para ver por encima de la multitud y advirtió que un capitán subía a la plataforma de la orquesta. Éste gritó una orden y la mitad de la compañía formó. Durante unos minutos hicieron unos brillantes ejercicios que provocaron el sudor de sus frentes y los gritos y los aplausos de los espectadores. Scarlett aplaudió débilmente junto con los demás, y, cuando los soldados, después de escuchar la orden de «rompan filas», rodearon los mostradores donde se distribuían ponches y limonadas, ella se volvió hacia Melanie, pensando que era preferible empezar a fingir sobre la Causa lo mejor posible. —Bonito, ¿verdad? —dijo.

Melanie estaba ordenando en el mostrador algunos artículos. —Muchos de ellos estarían bastante mejor con uniforme gris y en Virginia —respondió sin cuidarse de bajar la voz.

Algunas madres, orgullosas de sus hijos que estaban en la Milicia, oyeron la observación. La señora Guiñan se puso roja y después palideció, porque su hijo Willie, de veinticinco años, estaba en la compañía.

Scarlett se asombró al oír semejantes palabras en boca de Melanie y delante de todos.

—¡Melanie! —exclamó.

—Sabes bien que es verdad, Scarlett. No hablo de los niños ni de los viejos. Hay muchos en la Milicia que podrían tener en la mano un fusil, y eso es precisamente lo que debían hacer en estos momentos.

—Pero..., pero... —empezó Scarlett, que no había pensado nunca en esto—, alguno debe permanecer en casa para... —¡Qué diantre, si lo había dicho Willie Guiñan para justificar su presencia en Atlanta!—. Alguno debe también permanecer en casa para proteger al Estado de una invasión.

—Nadie nos ha invadido ni nos invadirá —replicó rápidamente Melanie, mirando hacia el grupo de la Milicia—. El mejor medio para tener lejos a los invasores es ir a Virginia a luchar contra los yanquis. En cuanto a la historia de que la Milicia debe impedir una sublevación de los negros..., es la cosa más absurda que he oído en mi vida. ¿Por qué había de levantarse nuestra gente? Ésta es una buena excusa para los cobardes. Apuesto que derrotaríamos a los yanquis en un mes si las milicias de todos los Estados fuesen a combatir. ¡Eso es!

—¡Pero, Melanie! —exclamó de nuevo Scarlett, mirándola asombrada.

Los ojos negros de Melanie ardían de cólera. —Mi marido no ha tenido miedo de ir, tampoco el tuyo. Preferiría que hubiesen muerto los dos antes de verlos aquí, en casa... ¡Oh, querida, perdóname! ¡Qué cruel e imprudente soy!

Apretó el brazo de Scarlett como para excusarse y ésta la miró sorprendida. En

aquel momento no pensaba en Charles. Pensaba en Ashley. ¿Si muriese también él? Se volvió de prisa y sonrió automáticamente al doctor Meade, que se acercaba al mostrador.

—Valientes muchachas —dijo saludándolas—. Han sido muy gentiles en venir. Sé que para ustedes ha sido un sacrificio; todo sea por la Causa. Ahora les diré un secreto. He encontrado un modo de hacer dinero para el hospital, pero temo que alguna señora se escandalizará. Se detuvo y sonrió mientras se rascaba la barbilla caprina. —¿Qué es? ¡Díganoslo, sea bueno!

—Verdaderamente, es mejor dejarlo adivinar. Pero vosotras, muchachas, deberíais defenderme si los miembros de la Iglesia proponen expulsarme de la ciudad por esto. Por lo demás, es para el hospital. Ya veréis. No se ha hecho nunca nada de este género.

Prosiguió pomposamente hacia un grupo de «carabinas» instaladas en un ángulo y, mientras las dos jóvenes discutían la posibilidad de aquel secreto, se acercaron dos señores de edad, los cuales dijeron en voz muy alta que deseaban diez metros de encajes. «¡Bah, mejor son viejos que nada!», pensó Scarlett midiendo el encaje y resignándose púdicamente a ser acariciada en las mejillas. Los viejos se volvieron hacia el mostrador de los refrescos y otros ocuparon sus puestos. Su mostrador no tenía tantos clientes como los otros, donde resonaban las risas agudas de Maybelle Merriwether y la risita opaca de Fanny Elsing y las alegres respuestas de las muchachas Whiting. Melanie vendía objetos inútiles a los hombres que no sabían qué hacer con ellos, tranquila y serena como un comerciante, y Scarlett ajustaba su talante al de su cuñada.

Delante de todos los mostradores, exceptuando el suyo, había corros de muchachas que charlaban y de hombres que compraban. Los pocos que se acercaban al suyo hablaban de la propia camaradería universitaria con Ashley; decían que era un soldado valiente, o bien mencionaban respetuosamente a Charles, afirmando que su muerte fue una gran pérdida para Atlanta.

La música empezó el ritmo animado de *Johnny Booker, ayuda a este negro* y a Scarlett le dieron ganas de gritar. Deseaba bailar. Sentía necesidad de ello. Miró al otro lado del salón y golpeó el suelo con los pies; sus ojos ardían con una llama verde. A través de la sala vio a un hombre recién llegado y aún detenido en el umbral de la puerta; se sobresaltó al reconocerle y observó atentamente aquellos ojos de corte oblicuo en su rostro terco y rebelde. Sonrió éste comprendiendo la invitación de Scarlett, que cualquier hombre habría podido ver.

Iba vestido de paño negro; era tan alto que superaba a todos los oficiales que estaban a su lado, y tenía las espaldas anchas pero la cintura delgada y los pies absurdamente pequeños en zapatos muy limpios. Su traje severo, con la camisa finamente plegada y los pantalones airosamente sujetos bajo las polainas muy altas, contrastaba extrañamente con su rostro y su figura, porque iba muy acicalado, pero tenía un cuerpo de atleta secretamente peligroso bajo su graciosa indolencia. Tenía los cabellos negrísimos así como el bigotito, cortado como el de un extranjero, en contraste con los mostachos largos y caídos de los oficiales de caballería que estaban a su lado. Parecía (y era) un hombre de apetitos vigorosos y desvergonzados. Tenía un aspecto de serena y desagradable impertinencia. Había también malicia en sus ojos, que miraban fijamente a Scarlett, hasta que ésta, sintiendo finalmente su mirada, se volvió hacia él.

Tuvo la impresión de conocerlo, aunque al principio no consiguió recordar quién era. Era el primer hombre que, desde hacía muchos meses, le mostraba algún interés; por esto le sonrió alegremente. Él respondió con una pequeña seña a su inclinación; pero cuando se encaminó hacia ella con un andar suave y ágil como el de los indios, Scarlett lo

reconoció y se llevó una mano a la boca con un gesto de horror. Quedó paralizada, como herida por el rayo, mientras él se abría paso entre la multitud. Entonces se volvió con intención de huir a la sala de los refrescos, pero su falda se enganchó en un ángulo del mostrador. Tiró de ella furiosamente, rasgándola; en tanto, ya estaba él junto a ella.

—Permítame —dijo él, inclinándose para desenganchar delicadamente el volante—. No esperaba que se acordase de mí, señorita O'Hara.

Su voz sonó extrañamente agradable a sus oídos; era la voz bien modulada de un caballero, sonora y con el ligero acento meloso de Charleston.

Ella le miró implorante, con el rostro cubierto de rubor al recordar su último encuentro, y se halló frente a los ojos más negros que jamás había visto y que brillaban con una alegría despiadada. Entre todos los hombres del mundo que habrían podido llegar a aquel lugar, tenía que ser precisamente el mismo individuo que asistió a aquella escena con Ashley, aquella escena que aún daba pesadillas a Scarlett; aquel odioso holgazán que perdía a las jóvenes y no era recibido por las personas de bien; aquel hombre despreciable que había dicho (¡y con razón!) que ella no era una señora.

Al sonido de aquella voz, Melanie se volvió y, por primera vez en su vida, Scarlett dio gracias al cielo por la asistencia de su cuñada.

—Pero... es el señor Butler, ¿verdad? —Melanie sonrió levemente tendiéndole la mano—. Le conocí...

—Con el feliz motivo de su petición de mano —la interrumpió él, inclinándose para besarle la mano—. Es usted muy gentil al acordarse de mí.

—¿Y qué hace usted tan lejos de Charleston, señor Butler?

—Negocios, señora Wilkes, y negocios poco divertidos. De ahora en adelante tendré que venir con frecuencia a esta ciudad. No solamente tengo que traer mercancías, sino vigilar cómo son distribuidas.

—Traer... —empezó Melanie arrugando la frente; e inmediatamente después sonrió complacida—. ¡Pero, entonces..., es usted el famosísimo capitán Butler, del que tanto he oído hablar..., el que atraviesa el bloqueo! Figúrate, todos los vestidos que llevan puestos las muchachas han sido introducidos por él. Scarlett..., ¿qué tienes, tesoro? ¿Te sientes mal? Siéntate.

Scarlett se desplomó en la silla, respirando tan precipitadamente que hasta temió que las cintas del corsé se rompiesen. ¡Oh, qué cosa tan terrible! Nunca había pensado volver a encontrar a aquel hombre. Él cogió del mostrador su abanico negro y empezó a darle aire con solicitud, con demasiada solicitud. Su rostro tenía una expresión seria, pero sus ojos brillaban aún maliciosamente.

—Hace mucho calor aquí —dijo después—. Siento que la señorita O'Hara se sienta mal. ¿Quiere que la acompañe a la ventana?

—No.

El monosílabo fue pronunciado con tanta dureza, que Melanie la miró asombrada.

—Hace ya un tiempo que no es la señorita O'Hara —replicó Melanie—. Es la señora Hamilton..., mi cuñada. —Y lanzó a Scarlett una breve mirada afectuosa. Scarlett se sintió sofocada al ver la expresión de la morena cara de pirata del capitán Butler.

—Estoy seguro de que ello es una suerte para ambas, señoras —replicó Butler con una leve inclinación. Era la observación que hacían todos los hombres; pero, dicha por él, a Scarlett le pareció que significaba todo lo contrario.

—Imagino que sus maridos estarán aquí esta noche, en esta alegre ocasión. Sería para mí un placer volver a encontrarles.

—Mi marido está en Virginia —respondió Melanie levantando orgullosamente la cabeza—. Pero Charles... —Su voz se quebró.

—Murió en el frente —dijo Scarlett con voz sin inflexiones, casi masticando las palabras. ¡Oh! ¿No se iría nunca de allí aquel hombre?

Melanie la miró asombrada y el capitán hizo un gesto de desaprobación hacia sí mismo.

—¡Queridas señoras..., no imaginaba! Deben perdonarme. Pero permítanme que les diga que morir por la patria es vivir siempre.

Melanie le sonrió a través de las lágrimas, mientras que Scarlett sintió dentro de sí un ímpetu de cólera y de odio impotente. Él hacía nuevamente una observación gentil, el cumplido que cualquier caballero hubiera hecho en semejante ocasión; pero, ciertamente, sin sinceridad alguna. Se burlaba de ella. Sabía que ella no había amado a Charles. Y Melanie era tan necia que no comprendía lo que había bajo aquellas palabras. «¡Dios mío, esperemos que nadie lo comprenda!», pensó Scarlett con un estremecimiento de terror. ¿Habría dicho Butler lo que sabía? Ciertamente no era un caballero, así que habría sido capaz de contarlo todo. Le miró y vio que su boca tenía un gesto de burlona compasión mientras continuaba agitando el abanico. Algo en aquella expresión fue para ella como un desafío que le devolvió la fuerza en un ímpetu de animosidad. Bruscamente le arrebató de la mano el abanico.

—Estoy muy bien —dijo descortésmente—. Es inútil darme aire para estropearme el peinado.

—¡Scarlett, querida...! Debe excusarla, capitán. No está... Se pone fuera de sí cuando oye hablar de Charles... y no debíamos haber venido aquí esta noche. Estamos aún de luto, como ve; para ella es un esfuerzo... toda esta alegría y la música... ¡Pobre!

—Comprendo —respondió él con estudiada gravedad. Y, al devolver a Melanie una mirada que penetró hasta el fondo de sus dulces ojos turbados, su expresión cambió. En su cara atezada se dibujó el respeto y cierta gentileza—. Creo que es usted una mujercita valiente, señora Wilkes.

«¡Y ni una palabra para mí!», dijo para sí Scarlett, indignada, mientras Melanie sonreía un poco confusa y respondía:

—¡Oh, por Dios, no, capitán Butler! El comité del hospital nos rogó que atendiésemos este mostrador porque en el último momento... ¿Una funda de almohada? He aquí una graciosísima, con la bandera.

Se volvió hacia tres soldados de caballería que se habían acercado al mostrador.

Scarlett permaneció sentada, abanicándose, sin atreverse a levantar los ojos y deseando que el capitán estuviese muy lejos, en la toldilla de su nave.

—¿Hace mucho que murió su marido?

—¡Oh, sí, mucho, casi un año!

—Un lapso inconmensurable, naturalmente.

Scarlett no estaba muy segura del significado de aquellas palabras, pero no podía haber dudas de que el tono de Butler era irónico.

—¿Ha estado casada mucho tiempo? Perdone mis preguntas, pero llevo tanto tiempo ausente de estos lugares...

—Dos meses —respondió Scarlett involuntariamente.

—Una verdadera tragedia —prosiguió la voz tranquila. ¡Que Dios le maldiga! —pensó Scarlett con violencia—. Si fuese otro hombre, yo adoptaría un aire glacial y lo olvidaría. Pero él sabe lo de Ashley y sabe que yo no quería a Charles. Tengo las manos

atadas.» No respondió y miró su abanico.

—¿Es ésta su primera aparición en sociedad?

—Sé que la cosa puede parecer extraña —se apresuró a responder Scarlett—. Las muchachas MacLure que debían vender en este mostrador han tenido que marcharse afuera y no había nadie más, y entonces Melanie y yo...

—Ningún sacrificio es demasiado grande por la Causa.

Extraño: las mismas palabras de la señora Elsíng. Cuando ella las pronunció parecían diferentes. Le asomó a los labios una respuesta hiriente, pero se calló. Después de todo, ella se encontraba allí, no por la Causa, sino porque estaba cansada de estar en casa.

—He pensado siempre —añadió el capitán reflexivamente— que el sistema del luto y de aprisionar a las mujeres en el velo para el resto de su vida impidiendo sus alegrías naturales es tan bárbaro como el rito hindú.

—¿El rito...?

El hombre rió y ella enrojeció de su propia ignorancia. Detestaba a las personas que usaban palabras que desconocía.

—En la India, cuando muere un hombre, lo queman en vez de enterrarlo; su mujer se traslada a la hoguera funeraria y se arroja a ella, junto a él.

—¡Qué horrible! ¿Y por qué lo hace? ¿No lo impide la policía?

—Ciertamente que no. Una mujer que no se hiciese quemar junto a su marido sería socialmente despreciada. Todas las mujeres hindúes de cierta importancia hablarían mal de ella porque no se habría comportado como una mujer bien nacida..., precisamente como aquellas dignas señoras que están en aquel rincón hablarían de usted si esta noche hubiese aparecido aquí vestida de rojo y se pusiese a dirigir la orquesta. Personalmente, creo que el rito hindú es una tradición más misericordiosa que nuestra simpática costumbre meridional, que entierra vivas a las viudas.

—¿Cómo se atreve a decir que estoy enterrada viva?

—¡Cómo se agarran las mujeres a las cadenas que las aprisionan! Usted, que cree bárbara la costumbre hindú..., ¿habría tenido valor de aparecer aquí esta noche si la Confederación no hubiese requerido su presencia?

Los argumentos de este género confundían siempre a Scarlett. Éste la confundía doblemente porque contenía un fondo de verdad. Pero ahora había llegado el momento de tomar el desquite.

—Es obvio que no habría venido. Hubiera sido..., además de irrespetuoso..., habrían podido creer que yo no am...

Los ojos de él esperaron sus palabras con una expresión cínicamente divertida; y ella no consiguió proseguir. Él sabía que Scarlett no había amado a Charles y no le consentía fingir los bellos sentimientos que no experimentaba. ¡Qué cosa tan terrible, tener que tratar con un individuo que no era un caballero! Un caballero aparentaba creer siempre a una señora, aun cuando supiese que mentía. Así eran los caballeros del Sur. El sexo fuerte obedecía las reglas y decía sólo cosas correctas tratando de hacer la vida agradable a las señoras. Pero éste parecía no seguir en modo alguno las reglas, y, evidentemente, se divertía diciendo cosas que nadie decía. —Espero con ansia sus palabras.

—Es usted detestable —dijo ella, turbada, bajando los ojos. Él se apoyó en el mostrador, inclinándose a fin de que su boca estuviese junto al oído de Scarlett, y susurró, en una magnífica imitación del villano que a veces aparecía en la escena del Atheneum Hall:

—¡No tema, bella señora! Su culpable secreto está encerrado en mi corazón.

—¡Oh! —murmuró Scarlett febrilmente—. ¿Cómo puede decir una cosa semejante?

—Lo he dicho para tranquilizarla. ¿Qué quiere que le diga? ¿«Sea mía, hermosa, o de otra manera lo revelaré todo»?

Ella encontró involuntariamente sus ojos y vio que eran burlones, como los de un niño. Entonces se echó a reír. Después de todo, la situación era cómica. También él rió, y tan fuerte que algunas de las «carabinas» que estaban en el rincón se volvieron para mirar.

Viendo que la viuda de Charles Hamilton se divertía, o parecía divertirse con un extraño, movieron las cabezas con ostensible desaprobación.

Redoblaron los tambores y muchas bocas hicieron «¡Chist!» mientras el doctor Meade subía a la plataforma y alargaba los brazos reclamando silencio.

—Todos debemos manifestar nuestra gratitud a las simpáticas señoras cuyos esfuerzos patrióticos e incansables no sólo han hecho de esta fiesta un éxito financiero, sino que han transformado este hosco salón en una reunión de belleza, en un jardín adaptado a los maravillosos capullos de rosa que veo alrededor. Todos aplaudieron.

—Las señoras han dado todo lo que han podido; no sólo su tiempo, sino también el trabajo de sus manos y los graciosos objetos que están expuestos en los mostradores, que son aún más bellos por ser confeccionados por las manos delicadas de nuestras mujeres.

Los aplausos se duplicaron, y Rhett Butler, que estaba apoyado negligentemente en el mostrador junto a Scarlett, murmuró: —¡Qué vanidoso es el barbita de chivo! ¿Verdad?

Turbada y asombrada por esta falta de respeto hacia el ciudadano más amado de Atlanta, Scarlett le miró con desaprobación. Mas realmente el doctor tenía el aspecto de una cabra, con la barbita gris que se movía a cada palabra; así que ella esbozó una sonrisa.

—Pero todo eso no es bastante. Las bondadosas señoras del comité hospitalario, cuyas manos frescas han acariciado tantas frentes febriles y arrebatado de las garras de la muerte a tantos hijos valientes heridos por la más santa de las Causas, conocen nuestras necesidades. No las enumeraré. Precisamos dinero para pagar las medicinas que vienen de Inglaterra; esta noche, tenemos entre nosotros al intrépido capitán que con tanto éxito burla el bloqueo desde hace un año y que seguirá burlándolo para traernos las medicinas que necesitamos. ¡El capitán Rhett Butler!

Aunque cogido de improviso, éste hizo una elegante reverencia. Demasiado elegante, pensó Scarlett tratando de analizarla. Era como si él exagerase su cortesía en virtud del gran desprecio que sentía por todos los presentes.

Hubo una explosión de aplausos y un gran revuelo entre las señoras que estaban en el rincón. ¡Era entonces el capitán Butler aquel hombre con el que la viuda del pobre Charles charlaba! ¡Y Charles había muerto apenas hacía un año!

—Tenemos necesidad de más dinero y yo os lo pido —continuó el doctor—. Pido un sacrificio, que es muy pequeño si lo comparamos con el de nuestros soldados de uniforme gris. Señoras, deseo vuestras alhajas. ¿Las deseo yo? No; es la Confederación quien os las pide y tengo la certeza de que ninguna se negará. ¡Qué bello es el efecto de una piedra preciosa sobre un brazo bonito! ¡Cómo brillan los alfileres de oro en los pechos de nuestras patrióticas damas! Pero ¡cuánto más bello es el sacrificio de todo el oro y de las piedras preciosas de Oriente! El oro será fundido y las piedras vendidas; el dinero se empleará para comprar medicinas y otros géneros de máxima necesidad. Señoras, dos de nuestros heroicos heridos pasarán ante ustedes con las cestitas y...

Pero el resto del discurso se perdió en una explosión de aplausos y voces.

El primer pensamiento de Scarlett fue de profunda gratitud, porque el luto le impedía llevar los preciosos pendientes y la pesada cadena de oro de la abuela Robillard,

así como los brazaletes de oro y esmalte negro y el alfiler granate.

Vio al pequeño zuavo, que, con una cestita bajo el brazo sano, recorría la multitud en la parte de la sala donde ella se encontraba; vio a las mujeres, jóvenes y viejas, sonrientes y agitadas, que se desprendían de los brazaletes y se quitaban los pendientes fingiendo hacerse daño en las orejas, ayudándose una a la otra a desabrocharse los collares y los alfileres. Hubo un ligero tintinear de metales y exclamaciones de: «Espere, espere, ¡he conseguido abrir el muelle! ¡Helo aquí!» Maybelle Merriwether se estaba quitando de los brazos sus hermosos brazaletes gemelos. Fanny Elsing, gritando: «Mamá, ¿puedo?», se quitaba de los rizos el adorno de perlas montado en oro macizo que no salía de la familia desde hacía varias generaciones. A cada objeto que caía en la cestita, los gritos y los aplausos se multiplicaban.

El hombrecito sonriente llegaba ahora junto a su mostrador, con la cestita, que ya pesaba, al brazo; mientras pasaba delante de Rhett Butler, una hermosa pitillera de oro fue lanzada descuidadamente entre los demás objetos. Cuando llegó delante de Scarlett y colocó la cestita sobre el mostrador, ella movió la cabeza enseñándole las manos abiertas para darle a comprender que no tenía nada que dar. Era embarazoso ser la única persona que no daba nada, y en aquel instante reparó en la gruesa alianza de oro que brillaba en su dedo.

Por un momento trató de recordar la expresión que tenía Charles cuando se la colocó, pero su memoria estaba ofuscada; ofuscada por la súbita irritación que el recuerdo de él le ocasionaba siempre. Charles...; era él la razón por la que la vida había terminado para ella, por la que era una mujer vieja.

Con un rápido gesto cogió el anillo, pero no consiguió sacárselo. El zuavo se fue hacia Melanie.

—¡Espere! —exclamó Scarlett—. ¡Tengo una cosa para usted! —El anillo salió del dedo, y mientras lo echaba en la cestita llena de cadenas, relojes, anillos, alfileres y brazaletes, tropezó con la mirada de Rhett Butler, cuyos labios estaban plegados en una leve sonrisa. Con aire de desafío Scarlett dejó caer su alianza sobre el montón de joyas.

—¡Oh, querida! —susurró Melanie, cogiéndola del brazo, con los ojos brillantes de amor y de orgullo—. ¡Qué valiente eres, qué animosa! ¡Espere..., le ruego, teniente Picard, espere! También yo tengo algo para usted.

Se estaba quitando, también ella, el anillo nupcial, aquel anillo que Scarlett sabía que no había abandonado nunca su dedo desde que Ashley se lo puso. Ella sabía, mejor que nadie, lo que significaba aquel anillo para Melanie. Esta se despojó de él con dificultad y por un breve instante lo tuvo encerrado fuertemente en el puño. Después fue colocado suavemente en el montón de alhajas. Las dos jóvenes permanecieron mirando a Picard, que se marchaba hacia el grupo de señoras ancianas, Scarlett con aire de desafío, Melanie con una expresión más dolorosa que si llorase. Ninguna de estas dos expresiones pasó inadvertida al hombre que estaba junto a ellas. —Si tú no hubieses tenido el valor de hacerlo, yo no hubiera sido capaz —dijo Melanie, rodeando con el brazo la cintura de Scarlett y estrechándola dulcemente. Por un momento, tuvo Scarlett deseos de rechazarla y de gritar «¡En nombre de Dios!» con toda la fuerza de sus pulmones, como hacía Gerald cuando estaba irritado. Pero vio la mirada de Rhett Butler y puso en sus labios una sonrisa agridulce. Era desagradable que Melanie interpretara siempre mal los motivos que la obligaban a obrar..., pero quizá fuera peor que sospechase la verdad.

—Hermoso gesto —murmuró suavemente Butler—. Sacrificios como los suyos son los que fortalecen el ánimo de nuestros valerosos soldados.

Furiosas palabras acudieron a los labios de la joven, que las retuvo con dificultad. En todo lo que él decía se notaba burla. Scarlett lo encontraba muy antipático, viéndole apoyarse negligentemente en su mostrador. Pero en él había, además, algo estimulante; algo vital, electrizador. Todo lo que había en ella de irlandés se despertó ante el desafío de aquellos ojos negros. Decidió bajarle un poco los humos a aquel hombre. El que conociera su secreto le daba una ventaja desesperante; era necesario encontrar algo para ponerle en situación de inferioridad. Dominó el impulso de decirle escuetamente todo lo que pensaba de él. Se cogen más moscas con azúcar que con vinagre, como decía Mamita, y ella se disponía ahora a atrapar y a someter aquel moscón, de forma que no pudiese tenerla más bajo su dominio.

—Gracias —dijo con dulzura, pasando por alto deliberadamente su ironía—. Un cumplido como éste, viniendo de una celebridad como el capitán Butler, es verdaderamente precioso.

Él echó hacia atrás la *cabeza* y rió francamente, o más bien ladró, según pensó Scarlett con aspereza mientras el rubor le subía a la cara.

—¿Por qué no dice lo que verdaderamente piensa? —preguntó él, bajando la voz de forma que con el vocerío general llegase sólo a sus oídos—. ¿Por qué no dice que soy un maldito sinvergüenza y no un caballero y que debo irme o de lo contrario me arrojará a la calle mediante uno de esos valientes de uniforme?

La respuesta áspera estaba ya en la punta de su lengua; pero, dominándose heroicamente, Scarlett replicó:

—¿Por qué, capitán Butler? ¡Qué cosas dice! ¡Como si alguien ignorase que es famoso, que es intrépido y que..., que...!

—Me ha decepcionado usted.

—¿Decepcionado?

—Sí. Con motivo de nuestro primero y feliz encuentro, supuse que había encontrado finalmente una muchacha que fuese, no sólo bella, sino también valerosa. Ahora veo que es sólo bella.

—¿Quiere indicar que soy cobarde? —dijo nerviosamente Scarlett. —Precisamente. Le falta el valor de decir lo que siente. Cuando la conocí, pensé: «Ésa es una joven como no hay una en un millón. No es como las otras estúpidas, que creen en todo lo que las mamas y las institutrices dicen, y obran en consecuencia, cualesquiera que sean sus sentimientos. Y esconden sentimientos, deseos y pequeños desengaños amorosos bajo unas cuantas palabras amables.» Pensé: «La señorita O'Hara es una muchacha de espíritu independiente. Sabe lo que quiere y no siente reparo en decir lo que pasa por su mente... o en lanzar floreros contra la chimenea.»

—¡Oh! —exclamó ella, dejándose vencer por la ira—. Entonces le diré justamente lo que pienso. Si tuviese usted una pizca de buena educación, no se habría acercado a hablar conmigo. ¡Habrá comprendido que no deseaba verle jamás! ¡Pero usted no es un caballero! Es un individuo vil y repugnante. Porque sus sucias e insignificantes naves se arriesgan a pasar bajo las narices de los yanquis, se cree usted con derecho a venir a burlarse de hombres valientes y de mujeres que lo sacrifican todo por la Causa.

—Basta, basta —rogó él con una sonrisa—. Por fin ha dicho usted lo que pensaba, pero no me hable de la Causa. Estoy harto de oír hablar de ella y apuesto a que usted también lo está...

—¿Pero cómo puede...? —volvió a decir Scarlett, perdiendo el dominio de sí misma. Y se detuvo, irritadísima, por haber caído en aquella trampa.

—Me detuve un rato en el umbral de la puerta antes de que usted me viese y observé a las otras jóvenes. Parecía que el semblante de todas estaba fundido en el mismo molde. El suyo no; usted tiene un semblante en el que se lee fácilmente. Estaba usted distraída y podría asegurar que no pensaba ni en la Causa ni en el hospital. En su rostro estaba escrito que deseaba bailar, divertirse, y que no podía. Estaba usted furiosa por esto. Dígame la verdad. ¿Tengo razón?

—No tengo nada que decirle, capitán Butler —respondió ella lo más ceremoniosamente que pudo, tratando de reunir toda su dignidad—. Pavonéese cuanto le parezca por ser el «gran burlador del bloqueo», pero absténgase de insultar a las mujeres.

—¡El «gran burlador del bloqueo»! Eso es una broma. Le ruego me conceda aún un segundo de su precioso tiempo, antes de hundirme en las tinieblas. No quisiera que una patriota tan encantadora tuviese una idea errónea sobre mi contribución a la Causa de la Confederación. —No quiero escuchar sus estupideces.

—El bloqueo, para mí, es un negocio que me permite ganar dinero. Cuando no me rinda más, lo abandonaré. ¿Qué le parece?

—Me parece que es usted un mercenario... igual que los yanquis. —En efecto —sonrió burlonamente el capitán—. Los yanquis me ayudan a ganar dinero. Figúrese que el mes pasado anclé mi nave en el mismo puerto de Nueva York para cargar mercancías.

—¿Cómo? —exclamó Scarlett, excitada e interesada a pesar suyo—. ¿Y no lo detuvieron?

—¡Pobre inocente! Ni soñarlo. Hay en la Unión muchos bravos patriotas que ganan dinero vendiendo mercancías a la Confederación. Yo anclo mi nave delante de Nueva York, compro a empresas yanquis (naturalmente al contado) y después me voy. Cuando la cosa es un poco peligrosa, voy a Nassau, donde los barcos patriotas han llevado para mí municiones y artículos de moda. Es más cómodo que ir a Inglaterra. A veces no es tan fácil penetrar en Charleston o en Wilmington... ¡Pero no se puede imaginar lo lejos que se va con un poco de dinero...!

—¡Oh, sabía que los yanquis eran abyectos, pero ignoraba...!

—¿Por qué meterse con los yanquis que ganan honradamente algún dinero vendiendo a su país? Dentro de cien años nadie se acordará de ello. Y el resultado será el mismo. Ellos saben que la Confederación será inevitablemente vencida: ¿por qué no ganar dinero con ella además?

—¿Vencidos... nosotros?

—Sin duda.

—¿Quiere hacer el favor de dejarme... o tendré que llamar mi coche para que me lleve a casa y así librarme de usted?

—¡Una rebelde de lo más vehemente! —dijo él con otra sonrisa burlona.

Se inclinó y se alejó, dejándola llena de indignación y de cólera impotente. En ella había un amargo despecho que no conseguía analizar, semejante al de un niño que ve derrumbarse su ilusión. ¿Cómo se había atrevido aquel hombre a empañar la gloria de los que atravesaban el bloqueo y a decir que la Confederación sería vencida? Era necesario fusilarlo por esto, fusilarlo como a un traidor. Miró alrededor y vio las caras conocidas, tan seguras del éxito, tan valientes, tan devotas; un pequeño escalofrío le traspasó el corazón. ¿Vencidos? ¡Ah, no; eso no! ¡Ciertamente no! Sólo pensarlo era imposible y desleal.

—¿Qué estabais murmurando? —preguntó Melanie, volviéndose apenas se alejaron sus clientes—. He visto que la señorita Merriwether no te quitaba la vista de encima, y sabes que tiene la lengua larga...

—¡Ah, ese hombre es insoportable! ¡Un verdadero villano! —respondió Scarlett—. En cuanto a la vieja Merriwether, déjala que hable. Estoy harta de hacer la chiquilla por su culpa.

—¡Pero, Scarlett! —exclamó Melanie, escandalizada.

—¡Chist! —hizo Scarlett—. El doctor Meade va a pronunciar otro discurso.

Las charlas se interrumpieron nuevamente y la voz del doctor se elevó una vez más, para dar las gracias a las señoras que habían ofrecido generosamente sus joyas.

—Y ahora, señoras y señores, les propondré una sorpresa: una innovación que, quizá, pueda desagradar a algunos de ustedes. Pero les ruego consideren que todo esto se hace para los hospitales y a beneficio de nuestros jóvenes heridos o enfermos.

Todos se callaron, tratando de adivinar lo que podría proponer el doctor, un hombre tan serio.

—Vamos a empezar el baile. El primer número será sin duda, una danza escocesa, un *reel*[11] seguido de un vals. Los bailes siguientes, polcas, mazurcas y valses, irán precedidos de breves reels. Conozco la simpática rivalidad que existe en bailar bien los reels, y por eso... —el doctor arqueó las cejas y echó una mirada burlona hacia el rincón donde su mujer estaba sentada junto a las señoras ancianas—, si ustedes, señores, desean bailar un reel con la dama de su elección, deben concurrir a una puja de la que yo seré el pregonero. Las damas serán adjudicadas a los mejores oferentes y el producto irá a los hospitales.

Los abanicos se detuvieron de repente y la sala fue atravesada por una ola de murmullos excitados. El ángulo de las señoras estaba en pleno tumulto y la señora Meade, deseosa de sostener a su marido en una acción que de corazón desaprobaba, se encontraba en absoluta desventaja.

Las señoras Elsing, Merriwether y Whiting estaban rojas de indignación. Pero, de improviso, la Guardia Nacional lanzó un «viva» que fue respondido por todos los presentes. Las muchachas palmotearon y saltaron excitadas.

—¿No te parece que es..., que es... como una puja de esclavas en pequeño? —susurró Melanie, mirando indecisa al belicoso doctor, que hasta entonces le había parecido siempre perfecto.

Scarlett no dijo nada, pero sus ojos brillaron y su corazón se contrajo con una ligera pena. ¡Si al menos no fuese viuda! ¡Si fuese aún Scarlett O'Hara, con un vestido verde manzana adornado de terciopelo verde oscuro y nardos en los cabellos negros....! Entonces sería ella la que conduciría la danza. Sí, sin duda. Habría una docena de hombres dispuestos a batirse por ella y a pagar al doctor buenas cantidades. ¡Oh, tener que estar aquí sentada sirviendo de adorno, contra su voluntad, y ver a Fanny o Maybelle llevar la danza como la muchacha más bella de Atlanta!

Por encima del tumulto resonó la voz del pequeño zuavo con su acento criollo:

—Veinte dólares por la señorita Maybelle Meriwether.

Maybelle se escondió, enrojeciendo, detrás del hombro de Fanny y las dos muchachas ocultaron el rostro la una en el cuello de la otra, sonriendo mientras otras voces empezaban a gritar otros nombres y otras cifras. El doctor Meade comenzó a sonreír, desoyendo completamente los susurros indignados que venían de las señoras del comité hospitalario.

Desde el principio, la señora Merriwether declaró firmemente y en alta voz que su Maybelle no participaría nunca en semejante subasta; pero al constatar que el nombre de su hija se oía cada vez con más frecuencia y la cifra superaba los setenta y cinco dólares, sus

protestas empezaron a disminuir.

Scarlett tenía los codos apoyados en el mostrador y miraba casi ferozmente a la multitud excitada que reía agrupándose alrededor de la plataforma, con las manos llenas de billetes de banco de la Confederación.

Ahora, todos bailarían, menos ella y las señoras de edad. Todos se divertirían, menos ella. Vio a Rhett Butler detrás del doctor y, antes de que pudiese cambiar la expresión de su rostro, él la miró, bajó una de las comisuras de la boca y levantó una ceja. Scarlett alzó la barbilla y se volvió a otro lado. En aquel momento oyó su nombre, pronunciado por una inconfundible voz charlestoniana que sobrepasó el griterío:

—Por la señora de Charles Hamilton..., ciento cincuenta dólares... en oro.

Un repentino murmullo atravesó la multitud al oír la suma y el nombre. Scarlett quedó tan aturdida que no pudo ni moverse. Permaneció sentada con la barbilla entre las manos y los ojos abiertos, asombrados. Todos se volvieron a mirarla. Vio al doctor inclinarse en la plataforma y decirle algo a Butler. Probablemente decía que ella estaba de luto y no podía bailar. Pero Rhett alzó los hombros con indiferencia.

—¿Quizás otra de nuestras bellezas? —sugirió el doctor.

—No —respondió Rhett, obstinado, mirando a la gente—. La señora Hamilton.

—Le digo que es imposible —insistió el doctor—. La señora Hamilton no querrá...

La voz de Scarlett salió de su boca casi involuntariamente, desconocida.

—¡Sí; estoy dispuesta!

Se puso en pie. El corazón le martilleaba tan violentamente que temió no poder sostenerse, trastornada por la excitación de ser nuevamente el centro de la atención, de ser la más deseada y, ¡sobre todo!, por la perspectiva de bailar...

—¡No, no me importa! ¡No me importa lo que digan! —murmuró, arrastrada por una especie de locura. Levantó la cabeza y salió del mostrador taconeando con un ruido de castañuelas y llevando su abanico completamente desplegado. Por un momento miró el rostro incrédulo de Melanie, la expresión de las señoras, a las muchachas petulantes y a los soldados que aprobaban con entusiasmo. Se encontró en medio de la sala y vio a Rhett Butler que avanzaba hacia ella, entre un pasillo de gente, con su burlona y detestable sonrisa. Pero esto no le importaba... Iba a bailar... A llevar el reel. Le hizo una señal y le dirigió una sonrisa fascinadora. Él se inclinó con una mano en el pecho.

Levi, aunque horrorizado por lo que veía, se repuso rápidamente y gritó:

—¡Escojan sus damas!

La orquesta entonó el reel más hermoso: *Dixie.*

—¿Cómo se ha atrevido a destacarme así, capitán Butler?

—¡Mi querida señora Hamilton, era tan evidente que lo deseaba usted!

—¿Cómo ha podido gritar mi nombre tan públicamente?

—Hubiera usted podido rehusar...

—Pero... me debo a la Causa... No podía pensar en mí misma cuando usted ofreció tanto dinero y en oro. No se ría: todos nos miran.

—Nos mirarán igual. No trate de engatusarme con esta fábula de la Causa. Usted deseaba bailar y yo le he dado la oportunidad. Esta marcha es la última parte del reel, ¿verdad?

—Sí, ahora debo ir a sentarme.

—¿Por qué? ¿Le he pisado un pie?

—No... Hablarán mal de mí.

—¡Ah! ¿Pero eso la aflige?

—Es que..

—No está usted cometiendo ningún delito. ¿Por qué no baila el vals conmigo?

—Si mamá viese lo...

—¿Aún está cosida a la falda de su mamá?

—Tiene usted un modo detestable de representar como estúpida toda virtud.

—Las virtudes son todas estúpidas. ¿Qué le importa lo que diga la gente?

—Nada..., pero... No hablemos más de ello. Por fortuna, ahora empieza el vals. El reel me deja siempre sin respiración.

—No eluda mi pregunta. ¿Le ha importado alguna vez lo que digan las otras mujeres?

—¡Oh, si debo ser sincera..., no! Pero una muchacha debe ser cauta. Esta noche, sin embargo, no me importa nada, de verdad, absolutamente nada. —¡Bravo! Ahora empieza usted a pensar con su cabeza, en vez de dejar a los otros que piensen por usted. Éste es el principio de la sabiduría.

—Pero...

—Mientras que a su costa no se hable tanto como a la mía, no le dé ninguna importancia. Piense que no hay una sola casa en Charleston donde se me reciba. Ni mi tributo a nuestra justa y santa Causa ha sido bastante para rehabilitarme.

—¡Terrible!

—Nada de eso. Hasta que uno no ha perdido la reputación, no comprende que era un peso enorme y que la libertad es algo formidable.

—¡Dice usted cosas escandalosas!

—Escandalosas y verdaderas. Si se tiene valor... y dinero, para nada sirve la reputación.

—No todo se puede comprar con el dinero.

—Esto se lo debe haber dicho alguien. Usted sola no habría pensado semejante tontería. ¿Qué no se puede comprar?

—Ahora no sabría... Por ejemplo, la felicidad o el amor.

—Naturalmente que se puede comprar eso. Y, cuando no es posible, se compra alguno de sus mejores sustitutivos.

—¿Y usted tiene tanto dinero, capitán Butler?

—¡Qué pregunta tan materialista, señora Hamilton! Estoy sorprendido. Pero le diré que sí. Teniendo en cuenta que fui un chico que se encontró en su primera juventud solo frente a la vida y sin un céntimo, he prosperado bastante. Además, el bloqueo me rendirá un milloncejo.

—¡No!

—¡Oh, sí! La gente parece no comprender que se puede ganar tanto dinero con el naufragio de una civilización como con la construcción de otra.

—¿Y qué significa todo esto?

—Su familia, como la mía y todas las que están aquí esta noche, han hecho su fortuna transformando un desierto en un lugar civilizado. Esto se llama construir un imperio. Y la construcción de un imperio hace ganar mucho dinero. Pero se gana aún mucho más en su destrucción.

—¿De qué imperio está usted hablando?

—De este imperio en el que vivimos..., del Sur..., la Confederación... El reino del algodón..., de éste que está a nuestros pies. Sólo los bobos no lo ven y no saben sacar ventaja de esta confusión. Yo, por el contrario, estoy edificando gracias a este desastre mi

fortuna.

—¿Cree usted verdaderamente que nos vencerán?

—Sí. ¿Por qué esconder la cabeza como un avestruz?

—Dios mío, cómo me fastidia hablar de esto... ¿Usted no dice nunca cosas agradables, capitán?

—¿Le agradaría a usted que le dijese que sus ojos son pequeños acuarios llenos de una maravillosa agua verde y que cuando los pececitos vienen a nadar en ellos, como ahora, están diabólicamente preciosos?

—No, no me gusta eso... ¿No es bonita esta música? ¡Oh, podría estar valseando sin interrupción...!

—Es usted la más admirable bailarina que jamás he tenido entre mis brazos.

—¡Capitán Butler, me aprieta demasiado! Todos nos miran...

—Si nadie nos viese, ¿protestaría usted igualmente?

—Capitán, me parece que se está usted propasando.

—Nada de eso. ¿Cómo podría, teniéndola entre los brazos...? ¿Qué música es ésta? ¿Una novedad?

—Sí. ¿No es bonita? La hemos robado a los yanquis.

—¿Cómo se llama?

—*Cuando la guerra cruel termine.*

—¿Cómo es la letra? Cántemela.

Y ella comenzó:

Querido amor mío, ¿te acuerdas
de cuando nos vimos por última vez?
¿Cuando me declaraste tu amor
arrodillado a mis pies?
¡Oh, qué orgulloso estabas ante mí
con tu uniforme gris!
¡Cuando juraste eterna, fe
a tu amada y a tu patria!
¡Ahora lloro triste y sola
y mis suspiros y mis lágrimas son vanos!
¡Cuando la guerra cruel termine
quiera Dios que nos veamos!

—¡Verdaderamente decía «uniforme azul», pero nosotros lo hemos cambiado por «gris»...! Baila usted el vals muy bien, capitán Butler. ¿Sabe usted que muchos grandes hombres no saben bailar? ¡Y pensar que pasarán años y años antes de que yo vuelva a bailar otra vez!

—Sólo pocos minutos. La comprometo para el próximo reel..., y después para el siguiente y el otro.

—¡Oh, no; no puedo! ¡No debo! ¡Mi reputación quedaría destrozada!

—¿Qué importa un baile más? Quizá yo permita que otros bailen con usted después que hayamos bailado cinco o seis piezas; pero la última la quiero yo.

—Está bien. Sé que es una locura, pero no me importa. No me importa nada de lo que digan. Estoy harta de estar en casa. Quiero bailar, bailar. ¡Y no vestir más de negro! Detesto el crespón fúnebre.

—Quíteselo.

—¡Oh, no puedo quitarme el luto...! No debe apretarme tanto, capitán. Hará usted

que me enfade.

—Está usted magnífica cuando se enfada. Ahora la aprieto más..., así, a ver si se enfada de verdad. No se puede dar una idea de lo deliciosa que estaba aquel día en Doce Robles, cuando, enfadadísima, tiraba los objetos...

—¡Oh..., se lo ruego...! ¿No puede olvidar aquel día?

—No; es uno de mis recuerdos más bellos..., una delicada y bien formada belleza meridional en la cual hierve la sangre irlandesa... Es usted muy irlandesa, ¿lo sabe?

—¡Dios mío, la música termina...! ¡Oh, tía Pittypat que sale de la sala de los refrescos! Estoy segura de que la señora Merriwether debe habérselo dicho. Por caridad, alejémonos; vamos a asomarnos a la ventana. No quiero que me hable ahora. Tía Pittypat tiene los ojos desorbitados...

10

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Pittypat estaba llorosa y Melanie en silencio. Scarlett tenía un aire provocativo.

—No me importa lo que digan. Sé que he hecho ganar más dinero para el hospital que todas las demás... con todas las antiguallas que han vendido.

—Pero ¿qué importa el dinero, tesoro mío? —gemía Pittypat, retorciéndose las manos—. Yo no podía creer lo que veían mis ojos... ¡Pensar que el pobre Charles murió apenas hace un año...! Y ese tremendo capitán Butler poniéndote en evidencia... ¡Es una persona horrible, Scarlett! La prima de la señora Whiting, una tal señora Coleman, cuyo marido vino de Charleston, me ha contado que es la oveja negra de una familia muy buena. ¡Oh! ¿Cómo es posible que semejante individuo haya salido de la familia Butler? Nadie lo recibe en Charleston: tiene una pésima reputación y hay también una historia con una muchacha..., algo horrible que ni siquiera la señora Coleman sabía bien. —No creo que sea tan horroroso —interrumpió Melanie dulcemente—. Parece un caballero; y si se piensa en el valor que demuestra forzando el bloqueo...

—No es nada valiente —rebatió Scarlett con perversidad, poniéndose un poco de miel en la tostada—. Lo hace para ganar dinero. Me lo ha dicho él. No le importa nada la Confederación y dice que perderemos la guerra. Pero baila divinamente.

Las otras dos mujeres habían enmudecido de horror. —Estoy cansada de estar en casa y no quiero permanecer más en ella. Si anoche se habló de mí, mi reputación está desprestigiada; de modo que no me importa nada de lo que puedan decir.

No pensaba que esta idea procedía de Rhett Butler. ¡Era tan simple y se adaptaba tan bien a sus sentimientos!

—¿Qué dirá tu madre cuando lo sepa? ¿Qué pensará de mí? Una fría turbación se apoderó de Scarlett al pensar en la consternación de Ellen cuando conociese la escandalosa conducta de su hija. Pero cobró valor al pensar en los cuarenta kilómetros de distancia que separaban a Atlanta de Tara. Ciertamente Pittypat no diría nada a Ellen, para no quedar mal como acompañante. Si Pittypat no decía nada, Scarlett estaba salvada.

—Creo —respondió Pittypat— que haré bien en escribir a Henry sobre este asunto... Aunque me fastidia hacerlo... Él es el único pariente que tenemos, y le rogaré presente sus quejas al capitán Butler... Dios mío..., si Charles viviese... ¡No debes hablar más con ese hombre, Scarlett!

Melanie estaba sentada en silencio, con las manos cruzadas. Los buñuelos se enfriaban en su plato. Se levantó y, situándose detrás de Scarlett, le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Tesoro —le dijo—, no te preocupes. Comprendo que lo que hiciste anoche es un gesto valeroso y que aportará una gran ayuda al hospital. Y, si alguien intenta decir una palabra en contra tuya, se las verá conmigo. No llores, tía Pitty. Es doloroso para Scarlett no figurar en nada: piensa que es una niña. —Y jugueteó levemente con los negros cabellos de Scarlett—. Quizás hagamos bien todas en ir de vez en cuando a alguna reunión. Hemos sido demasiado egoístas permaneciendo encerradas en nuestro dolor. Vivir en tiempo de guerra es diferente. Cuando pienso en todos los soldados que están en esta ciudad, lejos de sus familias y sin amigos con los que pasar el tiempo..., y en los convalecientes que están en condiciones de dejar la cama, pero no lo suficiente bien para incorporarse a su regimiento... Sí, hemos sido egoístas. Deberíamos albergar a tres convalecientes en casa,

como todos, y algunos de los soldados que están aquí de servicio deben venir a comer los domingos. Vamos, Scarlett, no te inquietes. La gente no murmurará cuando comprenda... Nosotras sabemos que tú querías a Charles.

Scarlett estaba bien lejos de sentir inquietud, y las dulces manos de Melanie entre sus cabellos la irritaban. Sentía deseos de echar hacia atrás la cabeza y gritar: «¡Oh, cuántas historias!», porque guardaba vivo recuerdo de cómo los miembros de la Guardia Nacional, la Milicia y los soldados del hospital se habían disputado el placer de bailar con ella la noche anterior.

Melanie era la persona cuya defensa menos deseaba Scarlett en el mundo. Que pensase en defenderse a sí misma, y si aquellas viejas brujas tenían ganas de arañar..., ¡bah, no tenía por qué ocuparse de ellas! Había en el mundo demasiados oficiales apuestos para molestarse por lo que dijeran cuatro viejas.

Pittypat se enjugaba los ojos, algo calmada por las palabras de Melanie, cuando Prissy entró con una carta.

—Para usted, señora Melanie. La ha traído un negrito.

—¿Para mí? —dijo Melanie, asombrada, rasgando el sobre.

Scarlett estaba comiendo sus buñuelos, sin ocuparse de nada, hasta que el llanto de Melanie le hizo alzar la cabeza y ver a la tía Pittypat que se llevaba la mano al corazón.

—¡Ha muerto Ashley! —gritó la solterona, echando la cabeza hacia atrás y dejando caer los brazos inertes.

—¡Oh, Dios! —exclamó Scarlett, sientiendo helársele la sangre.

—¡No, no! —gritó Melanie—. ¡Pronto tráeme las sales, Scarlett! Vamos, querida tía Pitty, ¿te encuentras mejor? Respira así, profundamente. No, no es Ashley. Siento mucho haberte asustado; lloraba porque me siento feliz... —Abrió el puño que tenía cerrado y se llevó a los labios algo que lanzó un destello. Scarlett vio que era un anillo de oro—. ¡Soy tan feliz! —Y empezó nuevamente a llorar—. Lee, lee —dijo, señalando la carta, que había caído al suelo—. ¡Oh, qué simpático, qué bueno!

Scarlett, sombrada, recogió la carta y leyó estas líneas escritas por una mano firme y viril:

—«La Confederación puede tener necesidad de la sangre de sus hombres; pero no pide aún la del corazón de sus mujeres. Acepte, apreciada señora, esta muestra de respeto por su sacrificio y no crea que su acción ha sido inútil, porque este anillo ha sido rescatado por diez veces su valor. Capitán Rhett Butler.»

Melanie se puso el anillo y lo miró con ternura.

—¿No te dije que era un caballero? —añadió, volviéndose a Pittypat, con una sonrisa que brillaba en su rostro inundado en lágrimas—. Sólo un hombre lleno de delicadeza y de sensibilidad podía comprender que se me había destrozado el corazón... Mandaré en su lugar mi cadena. Tía Pitty, debes escribirle invitándole a cenar el domingo, para que yo pueda darle las gracias.

En la excitación del momento, nadie pensó que el capitán no había restituido también el anillo nupcial de Scarlett. Pero ella lo notó con despecho. Sabía que el gesto del capitán no fue dictado por su delicadeza. Quería ser invitado a casa de Pittypat y había encontrado, hábilmente, el medio.

«Me he disgustado mucho al conocer tu reciente conducta», escribía Ellen. Scarlett, que leía apoyada en la mesa, arrugó la frente. Las malas noticias corrían rápidamente. En Savannah y en Charleston siempre había oído decir que la gente de Atlanta era muy chismosa y que se ocupaba de los asuntos ajenos más que la de cualquier otra ciudad del

Sur; ahora estaba convencida de ello. La rifa se había realizado la noche del lunes y hoy era jueves. ¿Cuál de las viejas brujas se había tomado la molestia de escribir a Ellen? Por un momento sospechó de Pittypat, pero abandonó inmediatamente este pensamiento. La pobre Pittypat tenía demasiado temor a ser reprendida por haber permitido aquella locura de Scarlett, y sería la última en notificar a Ellen el resultado de su escasa vigilancia. Más bien sería la señora Merriwether.

«Me resisto a creer que hayas podido comprometer tu dignidad y educación. Pasaré por alto la incorrección de aparecer en público estando de luto, realizando así tu deseo de ayudar al hospital. ¡Pero bailar, y con un hombre como el capitán Butler! He oído hablar mucho de él (¿y quién no ha oído otro tanto?) y también la semana pasada me escribió Pauline, diciendo que es un individuo de pésima reputación, despreciado hasta por su familia de Charleston, excepción hecha, naturalmente, de su desgraciada madre. Es un truhán que se ha aprovechado de tu inocencia para ponerte en ridículo y deshonrarte públicamente, a ti y a tu familia. ¿Cómo ha podido la tía Pittypat descuidar así su deber hacia ti?»

Scarlett miró a su tía a través de la mesa. La pobre señora había reconocido la letra de Ellen y su boquita estaba apretada con una expresión de miedo, igual a la de un niño que teme una regañina y espera alejarla con las lágrimas.

«Tengo el corazón destrozado pensando que has olvidado tu buena educación. Pensé reclamarte inmediatamente a casa; pero dejaré esta decisión a tu padre. Él estará en Atlanta el viernes para hablar con el capitán Butler y para acompañarte aquí. Temo que sea muy severo contigo, a pesar de mis súplicas. Espero y ruego que haya sido sólo la juventud y tu falta de juicio lo que haya permitido una actitud tan descarada. Nadie desea más que yo servir a nuestra Causa y estoy contenta de que mis hijas tengan los mismos pensamientos, pero una conducta tal...»

Continuaba en el mismo tono, pero Scarlett no terminó la lectura. Esta vez estaba verdaderamente asustada. No se sentía ya audaz y temeraria. Se sentía acobardada y culpable como cuando tenía diez años y echó a Suellen una tostada untada de manteca por encima de la mesa. Las ásperas amonestaciones de su madre, siempre tan dulce, y el pensar que su padre venía expresamente a hablar con el capitán Butler, la angustiaban grandemente. Ahora comprendía la gravedad de su acción. Gerald sería severo. Antes sabía evitar los castigos sentándose en sus rodillas, haciéndose la gatita y acariciándole.

—¿No... no son malas noticias? —balbuceó Pittypat.

—Papá llega mañana para castigarme —dijo Scarlett apenada.

—Prissy, búscame las sales —susurró Pittypat, retirando la silla de la mesa donde estaba su plato medio vacío—. Siento..., me parece que me voy a desmayar.

—Están dentro del bolsillo de sus enaguas —dijo Prissy, que giraba alrededor de Scarlett previendo un drama sensacional que la habría llenado de alegría.

Ver a Gerald enfadado era siempre una cosa divertida, siempre que su ira no recayese sobre ella. Pitty rebuscó en su falda y se llevó el frasquito a la nariz.

—Vosotras debéis permanecer junto a mí y no dejarme sola ni un minuto —exclamó Scarlett—. Papá os quiere tanto que si estáis conmigo no me dirá tantas historias.

—No podré —dijo Pitty débilmente y poniéndose en pie—. Me... me siento mal. Debo ir a acostarme. Estaré acostada mañana, todo el día. Presentadle mis excusas.

«¡Bellaca!», pensó Scarlett, mirándola irritada.

Melanie vino en su socorro, aunque pálida y asustada ante la perspectiva de encontrarse ante el furibundo señor O'Hara.

—Yo... te ayudaré a explicarle lo que has hecho por el hospital. Ciertamente lo comprenderá.

—No, no comprenderá —se lamentó Scarlett—. ¡Me moriré si tengo que volver a Tara en desgracia, como amenaza mamá!

—¡No, no puedes volver a casa! —exclamó Pittypat, prorrumpiendo en llanto—. Si tú te vas, me veré obligada..., sí, obligada a rogar a Henry que resida con nosotras, y tú sabes que con Henry yo no puedo vivir. Además, ¡me pone nerviosa el estar de noche en casa, sola con Melanie, con tantos extranjeros en la ciudad! ¡Tú eres tan valiente que contigo no me importa que no haya un hombre en casa!

—¡No, no puedes irte a Tara! —dijo Melanie, que parecía a punto de llorar—. Ésta es ahora tu casa. ¿Qué haremos sin tí?

«Te alegrarías de que me fuera si supieras lo que verdaderamente pienso de ti», dijo para sí Scarlett, descontenta, deseando que fuera otra persona en lugar de Melanie la que le ayudara a hacer frente a las amenazas de Gerald. Era fastidioso ser defendida por una persona que le resultaba tan antipática.

—Quizá debamos aplazar la invitación del capitán Butler —propuso Pitty.

—¡Imposible! ¡Sería el colmo de la descortesía! —exclamó Melanie desolada.

—Acompáñame a mi habitación. Me siento mal —gimió Pitty—.

¡Oh, Scarlett! ¿Cómo has podido dar lugar a esto?

Pittypat estaba en cama cuando llegó Gerald la tarde del siguiente día. Pitty le repitió muchas veces, a través de la puerta cerrada, lo mucho que sentía estar indispuesta, y dejó a las dos muchachas asustadas presidir la mesa durante la cena.

Gerald observaba un silencio amenazador, a pesar de haber besado a Scarlett y pellizcado las mejillas de Melanie afectuosamente, llamándola «primita». Scarlett hubiera preferido imprecaciones, gritos y acusaciones. Fiel a su promesa, Melanie permaneció adherida a las faldas de Scarlett, como una sombra; Gerald era demasiado hidalgo para reñir a su hija delante de ella. Scarlett se vio obligada a reconocer que Melanie se portaba muy bien, mostrándose como si no hubiese ocurrido nada, y hasta consiguiendo que Gerald conversara de otras cosas después de la cena.

—Quiero saber qué pasa por la comarca —dijo Melanie, mirándole con una alegre sonrisa—. India y Honey escriben raramente, y sé que usted está al corriente de todo lo que allí sucede. Háblenos del casamiento de Joe Fontaine.

Gerald se pavoneó ante el halago y dijo que la boda se había celebrado sin festejos, «no como las vuestras», porque Joe disponía de pocos días de permiso. Sally, la pequeña Munroe, estaba bellísima. No, no recordaba cómo iba vestida. Pero oyó decir que no tenía un vestido «para el segundo día».

—¿De veras? —dijeron las muchachas escandalizadas.

—Es natural, desde el momento en que ella no disfrutó de una segunda vez —explicó Gerald con una gran risotada que interrumpió al pensar que estas observaciones no eran aptas para oídos femeninos.

Esta risa levantó el espíritu de Scarlett e hirió la delicadeza de Melanie.

—Porque Joe volvió a Virginia a la mañana siguiente —añadió enseguida Gerald—. No hubo ni visitas ni bailes. Los gemelos Tarleton están en casa.

—Lo sabíamos. ¿Se han curado?

—No han sido heridos gravemente. A Stuart le dieron un tiro en la rodilla, y otro a Brent en la espalda. ¿Os habéis enterado de que han sido citados en la orden del día por su valor? —No; ¡cuéntenos!

—Son unos calaveras... los dos. Creo que en ellos debe haber sangre irlandesa —prosiguió Gerald, satisfecho—. No recuerdo qué es lo que han hecho, pero Brent ahora es teniente.

Scarlett estaba contenta de saber sus hazañas; contenta como una propietaria en cierto modo. Una vez que un hombre había sido su admirador, estaba convencida de que seguía perteneciéndole, y todas las buenas acciones de él la honraban.

—También he oído decir que os están olvidando a las dos. Parece que Stuart empezó a cortejar en Doce Robles.

—¿Honey o India? —preguntó Melanie excitada, mientras Scarlett abría mucho los ojos, casi indignada.

—India, naturalmente. ¿No le hacía ya la corte antes de que esta coqueta niña mía le guiñase el ojo?

—¡Oh! —exclamó Melanie, turbada por la expresión de Gerald. —Además de esto, el joven Brent ha empezado a rondar Tara. Scarlett no encontró palabras que decir. Las acciones de sus admiradores le parecieron casi un insulto. Se acordaba especialmente de cómo se habían enfurecido los dos gemelos cuando ella les dijo que se iba a casar con Charles. Stuart hasta amenazó con matar a Charles, a Scarlett, a él mismo, o a los tres. Fue una cosa divertidísima.

—¿Suellen? —dijo Melanie con una leve sonrisa—. Creía que el señor Kennedy...

—¿Aquél? —dijo Gerald—. Frank Kennedy sigue siendo muy cauteloso. Tiene miedo de su sombra. Si no se decide a hablar, le preguntaré cuáles son sus intenciones. No, se trata de mi pequeña. —¿Carreen?

—¡Pero si es una niña! —exclamó ásperamente Scarlett, recobrando la palabra.

—Tiene casi un año más que tú cuando te casaste —dijo Gerald—. ¿Envidias quizás a tu hermana tu antiguo pretendiente?

Melanie enrojeció; no estaba habituada a aquella franqueza. Hizo señas a Peter para que trajese la torta de batatas. Buscó frenéticamente otro tema de conversación que fuese un poco menos personal y que apartase al señor O'Hara del motivo de su viaje. No consiguió encontrar nada; pero Gerald, una vez que empezaba a hablar, no tenía necesidad de otro estímulo, sino de auditorio. Habló de los latrocinios del comisariado comarcal, que todos los meses aumentaba sus peticiones; de la estúpida actitud de Jefferson Davis y de la bajeza de los irlandeses que se habían enrolado en el ejército yanqui por el vil dinero.

Cuando llevaron el vino a la mesa y las dos muchachas se levantaron para dejarle beber solo, Gerald echó una mirada severa a su hija y le ordenó que se quedara unos minutos. Scarlett dirigió una mirada desesperada a Melanie, la cual volvió la carita, impotente, y salió cerrando suavemente la puerta.

—¡Conque sí, señorita! —mugió Gerald sirviéndose una copa de oporto—. ¡Tienes un magnífico modo de obrar! ¿Buscas ya otro maridó, siendo una viuda tan reciente?

—No grites tanto, papá. Los criados...

—Están ya al corriente, y todos conocen nuestra desgracia; tu pobre madre se ha tenido que meter en cama, y a mí me falta valor para mantener la frente alta. Es una vergüenza. No, gatita, es inútil que trates de venir esta vez con lagrimitas —añadió rápidamente y con cierto pánico en la voz, viendo que Scarlett empezaba a hacer pucheros —. Te conozco, has coqueteado hasta en el funeral de tu marido. No llores. Esta noche no diré más porque tengo que ver a ese valiente capitán Butler, que tan poco respeta la reputación de mi hija. Pero mañana por la mañana... Vamos, no llores. No sirve de nada. Puedes estar segura de que te llevaré mañana a Tara, antes que nos deshonres otra vez. No

llores, tesoro. Mira lo que te he traído. ¿No es un regalo bonito? ¡Mira, te digo! ¿Cómo has podido armar todo este enredo, obligándome a venir aquí, con todo lo que tengo que hacer? ¡Vamos..., no llores!

Melanie y Pittypat hacía rato que se habían ido a dormir; pero Scarlett estaba despierta en la templada oscuridad, con el corazón angustiado y lleno de temor. ¡Dejar Atlanta precisamente ahora que la vida empezaba, y encontrarse frente a Ellen! Preferiría morir antes que mirar a la cara a su madre. Sí, morir en este momento; así todos se arrepentirían de ser tan malos con ella. Estuvo dando vueltas en la cama y hundiendo la cabeza en las almohadas, hasta que del camino silencioso llegó un rumor a sus oídos. Era un ruido extrañamente familiar, aunque indistinto. Saltó afuera del lecho y se acercó a la ventana. El camino, con sus árboles frondosos, estaba oscuro bajo un cielo estrellado. El rumor se acercó: crujir de ruedas, pisar de caballos y voces. De pronto sonrió al oír una voz en la que se mezclaban dialecto y whisky, que ella conocía y que cantaba *Peg en un coche descubierto.* No era día de audiencia en Jonesboro, pero Gerald volvía a casa en las mismas condiciones que allí. Vio la sombra oscura de una calesa detenerse delante de la casa y que de ella descendían dos figuras confusas. Venía alguien con él. Dos sombras se detuvieron delante de la cancela; oyó el girar de la cerradura y, después, la voz de Gerald.

—Ahora oirá *El lamento de Roberto Emmet;* es una canción que debería conocer; se la enseñaré.

—Tendré mucho gusto en aprenderla —respondió su acompañante, en cuya voz melosa se sintió una risa sofocada—. Pero no ahora, señor O'Hara.

«¡Oh, Dios mío, es ese horrible Butler!», pensó Scarlett, muy irritada en el primer momento. En seguida se repuso. Por lo menos no se habían batido en duelo. Y debían estar en relaciones muy amistosas cuando volvían juntos a casa y en aquellas condiciones.

—La quiero cantar, y usted me escuchará; de lo contrario, le disparo un tiro, porque le tengo por un orangista.

—No soy orangista, soy charlestoniano.

—Tanto peor. Tengo dos cuñadas en Charleston, y sé qué clase de gente son ustedes.

«¿Querrá ahora despertar a todos los vecinos?», pensó Scarlett, aterrorizada, buscando su bata. Pero ¿qué podía hacer? No podía bajar a aquellas horas y arrastrar a su padre adentro.

Gerald, que se había agarrado a la cancela, echó la cabeza hacia atrás y entonó el *Lamento* con voz de bajo profundo. Scarlett apoyó los codos en el alféizar y escuchó sonriendo involuntariamente. La canción era bonita... si su padre no hubiese desentonado... Era una de sus favoritas, y por un momento siguió la sutil melancolía de los versos que decían:

Lejana está La tierra donde duerme el joven héroe,

cercanos están los suspiros de amor...

La canción terminó, y ella oyó movimiento en las habitaciones de Pittypat y de Melanie. ¡Pobrecillas! Ciertamente debían estar descompuestas. No estaban acostumbradas a tratar hombres tan viriles y violentos como Gerald. Al terminar la canción, las dos sombras se fusionaron recorriendo el jardincito y subieron la escalinata. Se oyó un golpe discreto en la puerta.

«Me tocará bajar —pensó Scarlett—. Después de todo, es mi padre, y la pobre Pitty moriría antes que ir.» Por otra parte, no quería que la servidumbre viese a Gerald en

aquellas condiciones. Si Peter trataba de acostarle, podía suceder alguna desgracia; sólo Pork sabía cómo tratarle.

Se puso la bata tapándose bien hasta el cuello, encendió la vela y se apresuró a bajar las escaleras y cruzar el vestíbulo. Colocando la vela sobre un cofre, abrió la puerta, y a la luz oscilante vio a Rhett Butler, sin un cabello fuera de su sitio, que sostenía a su padre, rechoncho y pequeño. El *Lamento* fue evidentemente el canto del cisne de Gerald, el cual estaba completamente abandonado en los brazos de su compañero. Tenía el pelo enmarañado, la corbata torcida y en la camisa manchas de licor.

—Su padre, creo —dijo el capitán Butler, cuyos ojos brillaban alegremente en su rostro moreno. Y le dirigió una mirada que pareció atravesar la ligera bata.

—Llévelo adentro —replicó ella brevemente, confusa por su vestimenta y furiosa contra Gerald, que la exponía a la burla de aquel hombre.

Rhett levantó a Gerald.

—¿Debo ayudarla a subirlo? Para usted es imposible; pesa mucho.

Ella abrió la boca, asombrada de la audacia de esa proposición. ¿Qué habrían pensado Pittypat y Melanie si el capitán Butler hubiese subido?

—¡No, por el amor de Dios! Déjelo aquí, en el saloncito, sobre aquel diván.

—¿Debo quitarle los zapatos?

—No. Ya ha dormido en otras ocasiones con ellos.

Se habría mordido los labios después de haber dicho esto, oyendo reír a Butler mientras extendía las piernas de Gerald.

—Le ruego que ahora se marche.

Butler atravesó el oscuro vestíbulo y recogió el sombrero que había dejado caer en el umbral.

—La veré el domingo, en la cena —dijo, y se fue, cerrando la puerta sin estrépito.

Scarlett se levantó a las cinco y media, antes de que la servidumbre entrase en la casa para preparar el desayuno, y bajó silenciosamente a la planta baja. Gerald estaba despierto, estrujándose la cabeza entre las manos como si quisiera exprimirse el cráneo. Alzó los ojos furtivamente al sentirla entrar. Al moverlos le dolieron y emitió un gemido.

—¡Caramba!

—La has hecho buena, papá —empezó Scarlett en voz baja, pero irritadísima—. Venir a casa a esas horas y despertar a toda la vecindad con tus cánticos.

—Pero ¿he cantado?

—¡Cómo! Has despertado a todos cantando el *Lamento.*

—No me acuerdo de nada.

—Los vecinos se acordarán mientras vivan; igual que tía Pitty y Melanie.

—¡Virgen de los Dolores! —se lamentó Gerald, pasándose la lengua sobre los secos labios—. Todos mis recuerdos se confunden después de la partida de cartas. —¿Qué partida?

—Ese muchacho, Butler, sostenía ser el mejor jugador de poker en...

—¿Cuánto has perdido?

—¡Bah! Seguramente he ganado. Tomar unas copas me ayuda a jugar.

—Mira a ver la cartera.

Como si cada movimiento le resultara doloroso, Gerald sacó la cartera y la abrió. Estaba vacía; él la miró con desolador estupor.

—Quinientos dólares —dijo—. Tenía que comprar ropa para mamá a los burladores del bloqueo; y ahora no me queda ni dinero para pagar el viaje de vuelta.

Al mirar con indignación la cartería vacía, a la mente de Scarlett acudió una idea que tomó forma rápidamente.

—Me has rebajado ante toda la ciudad. Nos has deshonrado a todos.

—Calla la boca, gatita. ¿No ves que tengo la cabeza a punto de estallar?

—¡Venir a casa borracho con un hombre como el señor Butler, cantar con toda la fuerza de tus pulmones y perder el dinero!

—Ese hombre es muy hábil en las cartas para ser un caballero. Él...

—¿Qué dirá mamá cuando lo sepa?

Gerald levantó la cabeza con repentino temor.

—¡No vayas a decírselo a mamá! ¿Eh?

Scarlett no respondió, pero apretó los labios.

—Piensa que será un disgusto para ella. ¡Es tan buena!

—¡Y pensar, papá, que anoche dijiste que yo había deshonrado a la familia! ¡Yo, por un mísero baile, para ganar un poco de dinero para los soldados! ¡Oh! ¿Quieres hacerme llorar?

—No, no llores —rogó Gerald—. Sería más de lo que mi pobre cabeza puede soportar; y te aseguro que me está estallando.

—Y has dicho que yo...

—¡Gatita, gatita, no te ofendas por lo que ha dicho tu pobre viejo papá, que no pensaba una palabra y no comprendía nada. Reconozco que eres una hija buena y bienintencionada; eso es verdad.

—¿Y quieres llevarme a casa contigo?

—No, tesoro, no quiero hacer eso. Era sólo para hacerte rabiar. No dirás nada a mamá acerca del dinero que he perdido, ¿verdad?"

—No —respondió Scarlett—, si me dejas quedar aquí y le dices que todo han sido chismorreos de esas viejas brujas.

Gerald miró con tristeza a su hija y le dijo:

—Pero eso es un chantaje...

—¡... Y anoche fue un verdadero escándalo!

—¡Bah! —empezó él, halagándola—. Olvidemos todo esto. ¿No crees que una señora simpática como Pittypat debe tener en casa un poco de aguardiente?

Scarlett se volvió y cruzó de puntillas el vestíbulo silencioso, hasta llegar al comedor para coger la botella de aguardiente, que ella y Melanie llamaban en secreto «botella de los vahídos» porque Pittypat tomaba siempre un sorbo de ella cuando su delicado corazón la hacía desmayarse o fingir el desmayo. En su rostro estaba escrito el triunfo: no mostraba ni rastro de vergüenza por el tratamiento poco filial usado con Gerald. Ahora, si alguien más escribiese a Ellen con mala intención, Gerald sabría tranquilizarla. Y ella podía permanecer en Atlanta. Y hacer todo lo que quisiera, dada la debilidad de Pittypat. Abrió el armario de los licores y permaneció un instante con la botella y el vaso estrechados contra su pecho.

Tuvo una gran visión de excursiones y meriendas a orillas del río que corría a lo largo de Peachtree Creek y de banquetes en Stone Mountain, reuniones y bailes, giras en coche y cenas dominicales. Ella sería, como en otros tiempos, el centro de atracción de una multitud varonil. ¡Y los hombres se enamoraban tan fácilmente después de haber sido atendidos en el hospital! Ahora ya no le desagradaría cuidarlos. ¡Los hombres se dejaban conducir por las narices de tan buena gana cuando estaban enfermos! Caían a los pies de una bella muchacha como las peras de Tara caían sólo con mover el árbol cuando estaban

maduras.

Volvió hacia su padre con el licor vivificante, dando gracias a Dios de que la famosa cabeza O'Hara no hubiese sido capaz de resistir la bebida inmoderada de la noche anterior; y repentinamente se preguntó hasta qué punto Rhett Butler sería extraño a lo acaecido.

11

Una tarde de la semana siguiente, Scarlett volvió del hospital rendida e indignada. Estaba rendida por haber permanecido de pie toda la mañana, e irritada porque la señora Merriwether la regañó por haberla visto sentada en la cama de un soldado mientras le vendaba el brazo herido. Tía Pittypat y Melanie, con sus mejores cofias, esperaban bajo el pórtico junto a Wade y Prissy, listas para efectuar su ronda semanal de visitas. Scarlett les rogó que la excusasen si no las acompañaba y subió a su habitación.

Desvanecido el ruido del coche, cuando estuvo segura de que la familia se había alejado, entró en la habitación de Melanie y giró la llave en la cerradura. Era un cuartito sencillo y virginal, silencioso y templado por la irradiación del sol de la tarde. El suelo estaba limpio y desnudo, a excepción de alguna alfombra de colores vivos, y las paredes blancas y sin adornos, salvo en un rincón en el cual Melanie había erigido una especie de altar.

Bajo una bandera de la Confederación estaba colgado un sable de empuñadura dorada, el sable usado por el padre de Melanie durante la güera mexicana, el mismo que Charles se llevó al partir para la guerra. También la banda y el cinturón de este último estaban colgados en la pared, con la pistola en la funda. Entre la espalda y la pistola había un daguerrotipo de Charles, muy rígido y orgulloso en su uniforme gris, con grandes ojos negros que parecían brillar en el cuadro y una tímida sonrisa en los labios.

Scarlett ni siquiera miró al retrato; pero atravesó la habitación sin vacilar hasta la mesita de junto a la cama, sobre la que había una caja cuadrada de palo rosa que contenía un servicio de escritorio. De ésta cogió un paquete de cartas, atadas con una cinta azul, escritas por Ashley a Melanie. Encima de todas estaba la que llegó aquella mañana: fue ésta la que la joven abrió.

El día en que había desplegado la primera de aquellas cartas, que Scarlett se atrevía a leer a escondidas, sintió tales remordimientos de conciencia y un miedo tan grande a ser descubierta que le temblaron las manos. Ahora, su conciencia, nunca excesivamente escrupulosa, se había embotado con la repetición de la falta; hasta el temor de ser descubierta había desaparecido. A veces pensaba, con el corazón oprimido: «¡Qué diría mamá si lo supiese!»

Sabía que Ellen preferiría verla muerta antes que saberla culpable de semejante deshonor. Al principio, esto la turbó, porque ella deseaba aún parecerse a su madre. Pero la tentación de leer las cartas era muy grande, y así expulsó de sí el pensamiento de Ellen. Desde hacía algún tiempo, había aprendido a decirse: «Ahora no quiero pensar en esta cosa fastidiosa. Pensaré en ella mañana.» Al día siguiente, o el pensamiento no le acudía ya, o estaba tan atenuado por el tiempo transcurrido que no valía la pena volver a él. Y, así, también la lectura de las cartas de Ashley no le pesaba mucho en la conciencia.

Melanie era siempre generosa con las cartas de su marido: leía buena parte de ellas en voz alta a tía Pitty y a Scarlett; pero lo que atormentaba a esta última y la arrastraba a leer a hurtadillas el correo de su cuñada era la parte que permanecía ignorada. Tenía necesidad de saber si Ashley, después de haberse casado, había llegado a amar a su mujer. O si lo fingía. ¿Quién sabe si le escribía palabras tiernas? ¿Qué sentimientos le expresaba? Sacó la carta con cuidado. Las primeras palabras, «querida esposa», la hicieron respirar con alivio. No la llamaba «amor mío» ni «tesoro». «Querida esposa: me has escrito diciéndome que temías que te escondiese mis verdaderos pensamientos, y me preguntabas qué es lo que

en estos últimos tiempos ocupaba mi mente.»

«¡Santísima Virgen! —pensó Scarlett aterrorizada—. ¡Esconder sus verdaderos pensamientos! ¡Es posible que Melanie lea en su corazón! ¿O leerá en el mío? Sospecha quizá que él y yo...»

Sus manos temblaban de terror, pero al leer el párrafo siguiente se calmó.

«Querida esposa, si te he escondido algo ha sido porque no quería añadir a tus preocupaciones por mi salud física las de mi tormento espiritual. Pero no puedo esconderte nada porque tú me conoces muy bien. No tengas miedo; no he sido herido ni he estado enfermo. Tengo bastante que comer, y también un lecho para dormir. Para un soldado es demasiado. Pero pienso mucho, Melanie, y quiero abrirte mi corazón.

»En estas noches de estío, permanezco despierto mientras todo el mundo duerme, y miro las estrellas preguntándome: ¿por qué estás aquí, Ashley Wilkes? En realidad, ¿por qué causa combates?

»No es ciertamente por el honor y la gloria. La güera es una cosa fea, y a mí las cosas feas no me gustan. No soy un soldado, y tampoco quiero buscar la fama en la boca de un cañón. No obstante, estoy en la guerra: bien sabe Dios que nunca he deseado otra cosa que ser un nombre estudioso y un hidalgo aldeano. Las trompetas no me hacen bullir la sangre y los tambores no me excitan; veo muy claramente que hemos sido arrastrados por nuestra arrogancia meridional que nos ha llevado a creer que uno de nosotros podía abatir una docena de yanquis, y que su majestad el algodón podía gobernar el mundo. También nos han ofuscado las palabras, frases, prejuicios y odios que salían de la boca de los que estaban en el poder, de aquellos hombres por los que sentíamos respeto y reverencia; palabras como: "su majestad el algodón", "esclavitud", "derechos de los Estados", "malditos yanquis".

»Así, cuando estoy tendido mirando las estrellas, me pregunto: ¿por qué combato? Y pienso en los derechos de los Estados, en el algodón, en los negros y en los yanquis, a los que nos han enseñado a odiar, y sé que ninguna de éstas es la razón por la que combatimos. Otras veces veo Doce Robles y recuerdo el claro de luna a través de las blancas columnas, el divino aspecto de las magnolias y las rosas que trepaban sombreando el pórtico aun en los días calurosos. Y veo a mamá sentada cosiendo como cuando era niño. Oigo a los negros que volvían cantando de los campos en el crepúsculo, cansados y dispuestos para la cena, y el crujir de la garrucha cuando el caldero descendía en el pozo fresco, y después veo la larga carretera hasta el río, a través de los campos de algodón, y la niebla que se alza en la llanura al ocaso. Es por esto por lo que estoy aquí, yo, que no amo la muerte, ni la desgracia, ni la gloria, y no odio a nadie. Quizás esto sea lo que se llama patriotismo, amor por la propia casa y por el propio país. Pero la cosa, Melanie, es más profunda. Todo cuanto he nombrado no es más que el símbolo por el que arriesgamos la vida, el símbolo de la clase de vida que amo. Combato por los viejos tiempos, por las viejas costumbres que amo tanto y que temo desaparezcan para siempre. Porque, venciendo o perdiendo, nosotros perderemos de todos modos.

»Si nosotros ganamos la guerra y nos quedamos con el reino del algodón de nuestros sueños, perderemos igualmente, porque nos habremos convertido en un pueblo diferente, y la antigua tranquilidad desaparecerá. El mundo vendrá a nuestras puertas a pedir algodón, y nosotros podremos dictar nuestros precios. Entonces temo que nos volveremos como los yanquis, a los cuales hoy criticamos su actividad para hacer dinero y su habilidad comercial. Y si perdemos, Melanie, si perdemos...

»No temo el peligro de ser cogido prisionero, herido o aun muerto, si la muerte debe

llegar; pero temo que, una vez terminada la guerra, no volvamos ya a los tiempos antiguos. No sé lo que nos traerá el futuro, pero ciertamente no podrá ser tan bello como el pasado. Miro a los muchachos que duermen junto a mí y me pregunto si los gemelos o Alex o Cade tienen los mismos pensamientos. Quién sabe si ellos son conscientes de que combaten por una causa que está perdida desde que sonó el primer tiro. Pero no creo que lo piensen; así serán felices.

»No preveía esta vida para nosotros cuando te pedí en matrimonio. Pensaba en la vida de Doce Robles, tranquila, fácil, inmutable, como siempre. Nosotros nos asemejamos, Melanie, porque amamos las mismas cosas; veía ante nosotros una larga serie de años exentos de acontecimientos, dedicados a leer, a oír música y a soñar. ¡Pero nunca pensé en esto! ¡No en este trastorno, esta sangre y este odio! Ni los derechos de los Estados, ni los esclavos, ni el algodón, merecen esto. Nada merece lo que está sucediendo y lo que aún puede suceder, porque, si los yanquis vencen, el futuro será un increíble horror.

»No debería escribir esto, ni siquiera pensarlo. Pero tú me has preguntado qué sentía en el corazón; y éste está lleno del temor a la derrota. ¿Te acuerdas que en el banquete, el día en que fue anunciada nuestra boda, un tal Butler suscitó casi una pelea por sus observaciones sobre la ignorancia de los sudistas? ¿Te acuerdas que los gemelos querían matarle porque dijo que teníamos pocas fundiciones, pocas fábricas, pocos navios, arsenales e industrias mecánicas? ¿Te acuerdas cuando dijo que la flota yanqui podía ponernos un cerco tan estrecho que no lograríamos enviar fuera nuestro algodón? Tenía razón. Nosotros combatimos contra los nuevos fusiles yanquis con los mosquetones de la Guerra de Independencia; dentro de poco, el bloqueo será aún más severo y no dejará entrar ni las medicinas que necesitamos. Deberíamos haber escuchado a un cínico conocedor de la verdad, como Rhett Butler, en lugar de a hombres de Estado que hablaban... sin fundamento. En efecto, Rhett decía que el Sur no tenía nada con que iniciar la guerra, sino algodón y arrogancia. Nuestro algodón, hoy, no vale para nada, y nos queda solamente la arrogancia. Pero, a mi parecer, esta arrogancia es de un valor inconmensurable, y si...»

Scarlett dobló la carta atentamente sin terminar de leerla y la metió en el sobre, harto aburrida para continuar la lectura. Además, el tono de aquellas palabras y aquellos sosos discursos de derrota la deprimían. Después de todo, ella no leía las cartas para conocer las poco interesantes ideas de Ashley. Ya había tenido bastante con escucharle otras veces.

Lo único que ella deseaba saber era si Ashley escribía a su mujer cartas apasionadas. Hasta ahora, no las había escrito. Había leído todas las que estaban en la caja, y ninguna de ellas contenía una frase que un hermano no pudiera escribir a su hermana. Eran afectuosas, humorísticas, prolijas; pero ciertamente no había recibido cartas de un enamorado. Scarlett había recibido muchas cartas ardientes de amor, y podía reconocer a primera vista la auténtica nota de la pasión. Y esta nota faltaba. Como siempre después de sus secretas lecturas, experimentó una sensación de profunda satisfacción, sintiéndose segura de que Ashley la amaba aún. Le asombraba que Melanie no se diese cuenta de que su marido la quería como se podía querer a una amiga. Evidentemente, no observaba lo que faltaba en aquellas misivas. Melanie no había recibido nunca cartas de amor y por lo tanto no podía comparar.

«¡Qué cartas tan sosas! —pensó Scarlett—. Si mi marido me hubiese escrito estas tonterías, ya le habría dicho yo lo oportuno. Hasta Charles escribía cartas mejores que éstas.»

Repasó las cartas y recordó su contenido, rememorando fechas. Ninguna de ellas

contenía descripciones amorosas; eran como las que Darcy Meade escribía a sus padres, o como las que el pobre Dallas MacLure había escrito a sus hermanas solteronas, Faith y Hope. Los Meade y los MacLure leían orgullosamente estas cartas a todo el vecindario, y Scarlett hasta había sentido cierta sensación de vergüenza porque Melanie no tenía cartas de Ashley que pudiese leer en voz alta en las reuniones de costura.

Parecía que al escribir Ashley a Melanie olvidase la guerra y tratase de trazar, alrededor de ambos, un cerco mágico fuera del tiempo, alejando de sí todo lo que había sucedido desde que Fort Sumter se convirtiera en la comidilla del día. Hablaba de libros que él y Melanie habían leído, de canciones que habían cantado, de viejos amigos, de lugares que él había visitado en Europa. A través de las cartas había una melancólica nostalgia de Doce Robles: largas páginas dedicadas a evocar las frías estrellas de un cielo otoñal, los banquetes de cochinillo asado, las reuniones de pesca, las noches tranquilas bañadas en el claro de luna y la serena silueta de la vieja casa.

Ella volvió a pensar en las palabras de esta última carta: «¡Esto no!» Y le parecía el grito de un alma en pena delante de algo que no había querido y no tenía más remedio que afrontar. Pero, si Ashley no temía a las heridas y a la muerte, ¿cuáles eran sus temores? Completamente desprovista de sentido analítico, ella alejó de sí este pensamiento complejo.

«La guerra le fastidia... y él detesta las cosas que le fastidian. Por ejemplo, yo... Me amaba; pero tuvo miedo de casarse conmigo... Quizá temía que yo hubiese turbado su modo de pensar y de vivir. No; no fue precisamente miedo. Ashley no es cobarde. No puede serlo desde el momento en que fue citado en el orden del día y que aquel coronel Sloan escribió a Melanie una carta elogiosa por su valeroso comportamiento al llevar las tropas al asalto. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, ninguno es más decidido y más valiente que él; pero... Vive dentro de sí en vez de vivir fuera y detesta ser arrastrado por el mundo... ¡Bah! No comprende. Si hubiese comprendido esto entonces, estoy segura de que se habría casado conmigo.»

Permaneció un instante estrechando las cartas contra su pecho y pensando con nostalgia en Ashley. Sus sentimientos hacia él no habían cambiado desde el día en que se enamoró. Era la misma primera emoción que la invadió aquel día (tenía catorce años) cuando bajo el pórtico de Tara le vio llegar a caballo y sonreírle, con los cabellos que brillaban al sol. Su amor era aún como el que una jovencita siente por un hombre que no llega a comprender; un hombre que poseía todas las cualidades que a ella le faltaban, pero que despertaban su admiración. Él era aún un Príncipe Azul soñado por una muchacha, la cual no pedía otro galardón por su amor que un beso.

Después de haber leído aquellas cartas, tuvo la seguridad de que Ashley la amaba a ella aunque se hubiese casado con Melanie; y esto era casi todo lo que Scarlett podía desear. Era aún muy joven. Si Charles, a pesar de su ineptitud y su embarazosa timidez, hubiese logrado despertar las venas profundas de pasión que estaban escondidas en ella, la jovencita no se hubiera limitado a desear en sus sueños sólo un beso. Pero las pocas noches pasadas con Charles no habían despertado sus emociones, y aún menos la habían madurado. Su marido no le enseñó qué cosa podía ser la pasión, la ternura, la verdadera intimidad del cuerpo y del espíritu.

La pasión le parecía a ella una esclavitud causada por una inexplicable locura varonil, no compartida por las mujeres; un proceso doloroso y molesto que conducía al penoso trance del parto. Eso no había sido una sorpresa para ella, porque, antes de la boda, Ellen le hizo comprender que el matrimonio es una cosa que las mujeres deben soportar con dignidad y firmeza: los susurrados comentarios con las otras mujeres, después de su viudez,

le confirmaron esta idea. Scarlett estaba, pues, muy contenta de no tener ya nada que ver con la pasión y el matrimonio.

No tenía ya nada que ver con el matrimonio, pero con el amor sí, porque su amor por Ashley era diferente, era algo sagrado que le cortaba la respiración, una emoción que iba creciendo durante los largos días de silencio forzado y se alimentaba de recuerdos y esperanzas.

Suspiró al atar nuevamente la cinta alrededor del paquete y al ponerlo en su sitio. Entonces arrugó la frente, porque le vino a la imaginación la última parte de la carta, que se refería al capitán Butler. Era extraño que Ashley quedase impresionado por lo que aquel bribón dijera hacía un año. Indudablemente, el capitán Butler era un granuja, pero bailaba divinamente. Sólo un granuja podía decir lo que él dijo de la Confederación aquella noche en la rifa de beneficencia.

Se acercó al espejo y se alisó los cabellos, satisfecha de sí. Se sintió tranquilizada, como siempre que veía su piel de magnolia y sus ojos verdes, y sonrió para hacer aparecer los dos hoyuelos de sus mejillas. Arrojó de su mente al capitán Butler, recordando que a Ashley sus hoyuelos le gustaban mucho. Ningún remordimiento por amar al marido de otra o leer el correo de éste turbó su alegría de verse joven y bella y de sentirse segura del amor de Ashley.

Abrió la puerta y bajó rápidamente la sombría escalera de caracol, sintiéndose llena de júbilo. A mitad de la escalera empezó a cantar *Cuando esta guerra cruel termine.*

12

La guerra continuaba, generalmente con discreto éxito; pero la gente había cesado de decir: «Una victoria más y la guerra habrá terminado», como tampoco decía ya que los yanquis eran unos cobardes. Todos estaban persuadidos de que no lo eran en realidad y que sería necesaria más de una victoria para derrotarlos. Hubo, sin embargo, victorias por parte de los confederados: en Tennessee, bajo el mando de los generales Morgan y Forrest, y en la segunda batalla de Bull Run; pero los hospitales y las casas de Atlanta estaban abarrotadas de enfermos y heridos, y cada vez eran más numerosas las mujeres vestidas de negro. Las monótonas filas de tumbas de soldados en el cementerio de Oakland se hacían cada vez más largas.

El dinero de la Confederación había disminuido de modo considerable y el precio de los alimentos y de la ropa aumentó en proporción. Los aprovisionamientos para el Ejército exigían tal cantidad de víveres que las mesas de los habitantes de Atlanta empezaron a mostrar cierta penuria. La harina estaba escasa y costaba tan cara que se empleaba generalmente el grano sarraceno para los bizcochos y el pan. Las carnicerías tenían poca carne y los corderos habían desaparecido; esa carne costaba tanto que sólo las personas ricas podían permitirse el lujo de comerla. En cambio, abundaba aún la carne de cerdo, la volatería y las legumbres.

El bloqueo yanqui se hizo más riguroso, y algunos artículos de lujo, como el té, el café, la seda, los corsés, el agua de colonia, las revistas de moda y los libros eran escasos y carísimos. Hasta los tejidos de algodón más ordinarios habían aumentando su precio y las señoras se veían obligadas, muy a pesar suyo, a ponerse los vestidos de las temporadas precedentes. Telas que años antes habían sido abandonadas en las buhardillas para llenarse de polvo volvían a aparecer, y en casi todas las tiendas se encontraban rollos de tela tejida a mano. Todos, soldados, burgueses, mujeres, niños y negros, empezaban a llevar estas telas. El color gris, que era el color de los uniformes de la Confederación, prácticamente había desaparecido y fue reemplazado por una ropa tejida a mano de color pardo.

Los hospitales empezaban a preocuparse por la falta de quinina, de calomelanos, opio, cloroformo y yodo. Las vendas de hilo y de algodón llegaron a ser un artículo demasiado precioso para tirarlas después de haberlas usado. Todas las señoras que hacían servicio de enfermeras en cualquier hospital se llevaban a casa cestos de ropa ensangrentada para lavarla y plancharla y ser puesta nuevamente en uso.

Para Scarlett, apenas salida de la crisálida de la viudez, la guerra no era más que un período de alegría y diversión. Las pequeñas privaciones de alimento y de vestuario no perturbaban su felicidad de haber vuelto al mundo.

Cuando pensaba en las jornadas largas y monótonas del año precedente le parecía que la vida había tomado ahora un ritmo velocísimo. Cada día le traía una nueva aventura, nuevos hombres que solicitaban hacerle una visita, que le decían que era bella y que luchar y quizá morir por ella era un privilegio. Amaba a Ashley con todas las fuerzas de su corazón, pero no podía por menos de incitar a otros hombres a pedirla por esposa.

La guerra, siempre presente en el fondo, daba a las relaciones sociales una agradable ausencia de ceremonial que las personas ancianas observaban alarmadas. Las madres se maravillaban viendo que hombres para ellas desconocidos venían a visitar a sus hijas; jóvenes que llegaban sin tarjetas de presentación y cuyos antecedentes eran desconocidos. La señora Merriwether, que jamás besó a su marido antes de casarse, no daba

crédito a sus ojos cuando sorprendió a Maybelle besando a su novio. Su consternación aumentó cuando su hija rehusó sentirse avergonzada. A pesar de que Picard pidió inmediatamente la mano de Maybelle, aquello a su madre no le agradó nada. La señora Merriwether tuvo la sensación de que el país iba hacia la ruina moral y no se abstuvo de decirlo, apoyada por las otras madres.

Pero los que temían morir de un día a otro ciertamente no podían esperar un año a que se les permitiera llamar a una muchacha por su nombre de pila anteponiendo, naturalmente, el tratamiento de «señorita». Ni podían perder tiempo en un noviazgo largo, como se acostumbraba antes de la guerra. A lo más esperaban un par de meses antes de pedirla por esposa. Y las muchachas, a las que se les había enseñado que era necesario negarse al menos las tres primeras veces, ahora aceptaban a la primera petición.

Todo esto divertía a Scarlett, la cual, aparte del fastidio de curar enfermos y preparar vendas, no hubiese querido que la guerra terminase jamás. En verdad, ahora soportaba de buen grado el servicio del hospital, porque éste era un sitio buenísimo para la caza. Los débiles heridos sucumbían a su fascinación sin lucha. Bastaba sólo cambiarles las vendas, darles un golpecito en las mejillas y abanicarles un poco y enseguida se enamoraban. ¡Era el paraíso, comparado con el año anterior!

Scarlett volvió a vivir como antes de casarse con Charles; como si no se hubiese casado nunca ni hubiese recibido la triste noticia de su muerte y no hubiera traído al mundo a Wade. Guerra, matrimonio y maternidad habían pasado sobre ella sin tocar ni una cuerda profunda de su intimidad; y el niño estaba tan bien cuidado por los demás, en la casa rojiza, que había casi olvidado que lo tenía. Era nuevamente Scarlett O'Hara, la bella de la comarca. Sus pensamientos eran idénticos a los de su existencia anterior, pero el campo de sus actividades se había ampliado grandemente. Sin preocuparse de la desaprobación de las amigas de tía Pittypat, se comportaba como antes de su matrimonio; iba a las reuniones, bailaba, salía a caballo con oficiales, coqueteaba y, generalmente, hacía lo mismo que antaño cuando estaba soltera; sólo conservaba el luto. Sabía que para Pittypat y Melanie el quitárselo sería un golpe demasiado fuerte. Se sentía feliz, cuando pocas semanas antes era tan desgraciada; feliz de tener admiradores, feliz de su propia fascinación; feliz cuanto era posible serlo con Ashley casado con Melanie y en peligro. Pero era más fácil soportar el pensamiento de que Ashley pertenecía a otra cuando él estaba lejos. Y, gracias al centenar de kilómetros que había entre Atlanta y Virginia, a veces le parecía que Ashley era tan suyo como de Melanie.

Los meses de otoño de 1862 transcurrieron velozmente en estas divertidas ocupaciones, interrumpidas por algunas breves visitas a Tara. Estas no le daban la, alegría que ella se prometía cuando hacía sus planes en Atlanta, porque no tenía tiempo de estar sentada junto a Ellen mientras cosía, aspirando el leve perfume de verbena de sus vestidos; era imposible tener largas conversaciones con su madre y sentir sus dulces manos en sus mejillas.

Ellen, flaca y preocupada, estaba en pie desde la mañana hasta bien entrada la noche, mucho tiempo después de que toda la plantación estuviera dormida. Las demandas del comisariado de la Confederación eran cada vez más gravosas, y ella tenía el deber de hacer que Tara rindiese lo más posible. Hasta Gerald estaba ocupadísimo, por primera vez en muchos años, porque no encontraba un capataz que sustituyese a Jonnas Wilkerson, y se veía obligado a recorrer a caballo toda la plantación. En estas condiciones, Scarlett encontraba Tara muy aburrida. Hasta sus dos hermanas se ocupaban de sus propios quehaceres. Suellen se había «puesto de acuerdo» con Frank Kennedy y le cantaba *Cuando*

esta guerra cruel termine con una intención maliciosa que Scarlett creía insoportable, y Carreen fantaseaba pensando en Brent Tarleton; así que ninguna de ellas era una compañía interesante.

Aunque Scarlett iba siempre a Tara por su voluntad, se alegraba cuando las inevitables cartas de tía Pittypat y Melanie le suplicaban que volviese. Ellen suspiraba entristecida al pensar que su hija mayor y su único nietecito tenían que dejarla.

—Pero no quiero ser egoísta y entretenerte aquí cuando te necesitan como enfermera en Atlanta —decía—. Sólo... me parece que ya no voy a volver a verte, tesoro mío, y sentir nuevamente que eres mi hijita, como antes.

—Soy siempre tu hijita —respondía Scarlett, y escondía la cara en el seno de Ellen, sintiendo que le remordía la conciencia. No decía a su madre que eran los bailes y sus admiradores lo que la atraía en Atlanta y no el servicio de la Confederación. Había muchas cosas que ella callaba a su madre. Sobre todo conservaba el secreto de que Rhett Butler le hacía frecuentes visitas en casa de la tía Pittypat.

Durante los meses que siguieron a la rifa de beneficencia, Rhett iba a verla cada vez que ella venía a Atlanta y la sacaba a paseo en su coche, llevándola a los bailes y a las rifas y esperándola fuera del hospital para acompañarla a casa. Scarlett ya no temía que él revelase su secreto; pero en el fondo de su pensamiento permanecía el inquietante recuerdo de que la había sorprendido en la peor de las situaciones y que sabía la verdad con respecto a Ashley. Era esto lo que la obligaba a dominarse cuando él la fastidiaba, cosa que sucedía con frecuencia. Butler tenía alrededor de treinta y cinco años; era el más viejo de los cortejadores que tuviera ella nunca, y ante él Scarlett se encontraba turbada como una niña e incapaz de tratarle como a los de su edad. Rhett la hacía rabiar y parecía que nada le divirtiese tanto como verla irritada. Y ella se dejaba llevar por la cólera, porque tenía el ardiente temperamento de su padre bajo la dulce carita que había heredado de Ellen. Por otra parte, no se había tomado nunca la pena de dominarse, excepto en presencia de su madre. Ahora le fastidiaba muchísimo tener que contener sus palabras ante aquella sonrisa guasona. Si él hubiese perdido también el dominio de sus nervios, ella no se encontraría en estado de inferioridad.

Después de esas discusiones con él, de las que raramente salía victoriosa, Scarlett juraba que era un hombre insoportable, descarado, mal educado y con el que no quería volver a tener la menor relación. Pero tarde o temprano él volvía a Atlanta, venía a hacer una visita, aparentemente a tía Pittypat, y presentaba a Scarlett, con exagerada galantería, una caja de dulces que le había traído de Nassau. O reservaba un asiento junto a ella en un concierto o le pedía un baile, y, como siempre, la joven se divertía tanto con su suave descaro, que reía y olvidaba los pleitos anteriores hasta la próxima vez.

Empezó a esperar sus visitas. En él había algo excitante que Scarlett no analizaba, pero que le hacía diferente de todos los demás.

«¡Es casi como si estuviese enamorada de él! —pensó un día, escandalizada—. Pero no le amo, ni entiendo lo que me pasa.»

Pero su emocionada excitación persistía. Cuando Rhett iba a hacerle una visita, la femenina morada señorial de tía Pittypat parecía demasiado pequeña, incolora y casi sofocante. Scarlett no era la única en casa en reaccionar extrañamente en su presencia; también Pittypat se ponía en un curioso estado de agitación.

Aun sabiendo que Ellen habría desaprobado aquellas visitas y conociendo que la sociedad de Charleston le despreciaba, Pittypat se dejaba camelar por sus cumplidos y sus besamanos, lo mismo que una mosca sucumbe ante un vaso de miel. Por otra parte, él le

traía siempre de Nassau algún regalito que aseguraba haberse procurado expresamente para ella y haberlo pasado a través del bloqueo arriesgando la vida: ristras de alfileres y agujas, botones, carretes de seda y horquillas para los cabellos. Era casi imposible procurarse estos objetos de lujo en aquella época: las señoras llevaban horquillas de madera curvadas a mano y pedacitos de madera cubiertos de tela a guisa de botones. A Pittypat le faltaba la fuerza moral necesaria para rehusarlos. Por lo demás, sentía una pasión infantil por las sorpresas y no resistía al deseo de abrir los paquetes que encerraban los regalos. Una vez abiertos, no conseguía rechazarlos. Luego, después de haber aceptado los regalos, no tenía valor de decir a Butler que, dada su reputación, las visitas frecuentes a tres mujeres solas privadas de un protector podían dar que hablar. Tía Pittypat sentía necesidad de este protector cada vez que Rhett Butler estaba en casa.

—No sé lo que será —suspiraba angustiada—. Pero..., sí, creo que sería simpático... si una tuviese la impresión de que en el fondo de su corazón respeta a las mujeres.

Después de la devolución del anillo, Melanie le tenía por un caballero lleno de delicadeza y se irritaba ante estas observaciones. Rhett era infinitamente cortés con ella, pero Melanie se sentía un poco intimidada; en gran parte porque generalmente era tímida con los hombres que no conocía desde su infancia. En el fondo le daba lástima; sentimiento éste que habría divertido mucho a Butler si lo hubiese sabido. Estaba convencida de que un desengaño de carácter romántico le había hecho duro y amargo y que de lo que él tenía necesidad era del amor de una mujer buena. En toda su vida, Melanie no había conocido el mal y se resistía a creer que verdaderamente existiese; así que, cuando los chismorreos le informaron de la aventura de Rhett con la muchacha de Charleston, se sintió escandalizada e incrédula. Y esto, en vez de hacerla hostil a él, la hizo mostrarse aún más tímidamente gentil a causa de la indignación hacia lo que consideraba una gran injusticia social.

Scarlett estaba silenciosamente de acuerdo con la tía Pittypat. También ella sentía que aquel hombre no respetaba a ninguna mujer, excepto, quizás, a Melanie. Y tenía la sensación de ser desnudada cada vez que él la miraba; era aquella mirada insolente lo que la enojaba. Parecía como si todas las mujeres fuesen de su propiedad y que pudiese gozar de ellas cuando le parecía o agradaba. Sólo para Melanie no tenía aquella mirada; no había en su semblante ninguna expresión burlona, y sí sólo, en su voz, una nota especial de cortesía, de respeto, de deseos de serle útil.

—No sé por qué es usted más amable con ella que conmigo —dijo Scarlett con petulancia un día. Se había quedado sola con Butler, mientras Melanie y Pittypat se habían retirado para echar la siesta. Había observado durante una hora a Rhett, aprovechando que éste ayudaba a Melanie a ovillar una madeja de lana, notando una expresión inescrutable en el rostro de él mientras su cuñada hablaba larga y órgullosamente del ascenso de Ashley. Scarlett sabía que Rhett nú tenía una gran opinión de Ashley y que no le impresionaba que hubiese ascendido a comandante. No obstante, él respondió gentilmente y murmuró lo que imponía la cortesía a propósito del valor del joven oficial.

«¡Y si yo nombro con frecuencia a Ashley —pensó irritada—, él arquea las cejas y sonríe con esa odiosa sonrisa intencionada.»

—Soy mucho más bella yo —continuó—, y no comprendo por qué es usted más amable con ella.

—¿Puedo atreverme a creer que está usted celosa? —¡Oh, no sea usted vanidoso!

—Otra esperanza destruida. Si yo soy más amable con la señora Wilkes es porque lo merece. Es una de las pocas personas buenas, sinceras y desinteresadas que he conocido. Quizás usted no haya notado estas cualidades. Por otra parte, a pesar de su juventud, es una

de las pocas grandes señoras a las que he tenido la suerte de acercarme. —¿Quiere usted decir que yo no soy una gran señora? —Me parece que quedamos de acuerdo en que no era usted del todo una señora en nuestro primer encuentro.

—¡Oh, qué odioso y descortés es usted al hablarme de ello! ¿Cómo puede culparme por un momento de cólera infantil? Ha pasado tanto tiempo que desde entonces me he convertido en una señora; ya lo habría olvidado si usted no me lo hiciese recordar continuamente.

—No creo que fuese cólera infantil ni que haya cambiado. Es usted tan capaz ahora como antes de estrellar un florero si no obtiene lo que desea. Pero, como de costumbre, lo obtiene. Y ahora no tiene necesidad de destruir los objetos.

—¡Dios, cómo es usted...; quisiera ser un hombre! Me batiría con usted en duelo... y...

—Y moriría por su culpa. Hago blanco a los cincuenta metros. Pero mejor es que se sirva de sus armas: hoyuelos en la cara, floreros y otras parecidas.

—Es usted un granuja.

—¿Espera usted verme enfurecer por esto? Me desagrada causarle una desilusión. No podrá hacerme enfadar dándome títulos que me pertenecen. Seguro, soy un granuja, ¿por qué no? Estamos en un país libre, y un hombre puede ser un bribón, si eso le acomoda. Son sólo los hipócritas como usted, querida señora (negros de corazón y que tratan de esconderlo), los que se enojan cuando se los llama por su verdadero nombre.

Frente a su sonrisa tranquila y a sus palabras punzantes, Scarlett permanecía desorientada. Sus acostumbradas armas a base de burla, frialdad e impertinencia se mellaban en sus manos, porque nada de cuanto ella podía decir conseguía herirle. Sabía por experiencia que el embustero es el más ardiente defensor de la propia sinceridad, el cobarde del propio valor, el villano de la propia calidad de señor y el bribón del propio honor. Pero con Rhett no rezaba nada de eso. El lo admitía todo y reía incitándola a decir más aún.

Rhett fue y volvió muchas veces en aquellos meses, llegando sin avisar y partiendo sin despedirse. Scarlett no supo nunca con precisión qué negocios le llevaban a Atlanta, porque pocos comandantes de su clase creían oportuno alejarse tanto de la costa. Descargaban sus mercancías en Charleston o en Wilmington, donde iban a recibirles innumerables negociantes y especuladores del Sur que compraban al contado los géneros importados. Le hubiera agradado saber que él hacía aquellos viajes sólo por verla; pero a pesar de su enorme vanidad se resistía a creer esta suposición. Si él le hubiese hecho un poco la corte, si se hubiese mostrado celoso de los hombres que siempre andaban a su alrededor, si hubiese tratado alguna vez de retener sus manos entre las suyas o le hubiese pedido un retrato o un pañuelo para conservar en recuerdo, ella habría triunfado viéndolo rendido ante sus gracias. Pero él permanecía indiferente y parecía que no se dejaba arrastrar por sus maniobras para postrarle de rodillas.

Cuando Rhett llegaba a la ciudad, entre todas las mujeres surgía un vivo murmullo. No sólo Butler interesaba por la aureola romántica que le daba el hecho de atravesar con grave riesgo el bloqueo yanqui, sino que era también un elemento atrayente por su mala reputación. Cada vez que las señoras de Atlanta hablaban de él, esta reputación se hacía peor, lo que le daba mayor fascinación ante las muchachas. Inocentes en su mayor parte, ellas no sabían con precisión en qué se fundaba tal reputación; pero sabían que una joven no estaba segura con él. Era extraño que, no obstante, ni siquiera hubiera besado nunca la mano de una muchacha desde que vino a Atlanta por primera vez. Eso le hacía aún más misterioso y excitante.

Era el hombre del que se hablaba más, si se excluían los héroes del Ejército. Todos sabían que había sido expulsado de West Point por la bebida y por «asuntos de faldas». El terrible escándalo de la muchacha de Charleston comprometida y del hermano muerto era del dominio público. Cartas de Charleston informaron después que su padre, señor anciano y simpático, dotado de una voluntad férrea, le había echado de casa sin un céntimo, a los veinte años, y había borrado su nombre de la Biblia familiar. Después de esto, se marchó a California, con los buscadores de oro, en 1849, y después a América del Sur y a Cuba; los informes que se tenían de sus actividades en los diferentes países no eran muy respetables. Riñas por causa de mujeres, homicidios, contrabando de armas en América Central y, lo que era peor de todo, actividades de jugador profesional; todo esto había en su carrera, según se decía en Atlanta.

No existía familia en Georgia que no tuviese por lo menos un miembro jugador, el cual perdía sobre el tapete verde dinero, casas, tierras y esclavos. Sin embargo, la cosa era diferente. Se podía jugar hasta el último céntimo y seguir siendo un caballero; pero un jugador de profesión no podía ser más que un descastado.

Si no hubiese sido por las condiciones particulares del tiempo de guerra y por sus servicios al gobierno de la Confederación, Rhett Butler no habría sido jamás recibido en Atlanta. Pero hoy, hasta los más remilgados comprendían que el patriotismo exigía olvidarse de ciertas cosas. Los más sentimentales sostenían que la oveja descarriada de los Butler se había arrepentido y trataba de expiar sus culpas. Así, las señoras afirmaban que era un deber animarle a seguir el buen camino. Por otra parte, todas sabían que el destino de la Confederación reposaba tanto en la habilidad de los navios que eludían el asedio yanqui como en los soldados que estaban en el frente.

Se decía que el capitán Butler era uno de los mejores pilotos del Sur, siempre dueño de sus propios nervios. Criado en Charleston, conocía todos los estuarios, ensenadas, bahías y bajíos de la costa de Carolina y estaba como en su casa en las aguas de Wilmington. No había perdido nunca un barco ni se había visto obligado a arrojar al mar un cargamento. Al estallar la guerra había surgido de la oscuridad con bastante dinero para comprar un bergantín veloz. Ahora, ganando en cada cargamento el dos mil por ciento, era propietario de cuatro barcos. Éstos zarpaban de Charleston y de Wilmington durante las noches oscuras, llevando algodón para Nassau, Inglaterra y Canadá. Las fábricas de hilatura inglesas estaban paradas y los operarios morían de hambre; el que conseguía burlar el bloqueo yanqui podía después pedir el precio que quisiera en Liverpool. Las naves de Rhett eran afortunadas y conseguían traer, a la vuelta, los materiales que el Sur tanto necesitaba. Sí, las señoras creían que se podían perdonar muchas cosas a un hombre tan hábil y valiente.

Era una figura notable, que todos se volvían a mirar. Gastaba con largueza, montaba un semental negro y llevaba siempre trajes a la última moda y de corte perfecto. Esto habría bastado para llamar la atención de todos, porque los uniformes de los soldados estaban sucios y mal cortados, y los paisanos, más cuidadosos, mostraban en sus trajes hábiles remiendos. Scarlett no había visto nunca pantalones tan elegantes, de color tostado, de cuadritos o a rayas. Sus chalecos eran una maravilla, especialmente el de seda blanco bordado con florecitas rosa.

Y llevaba estos atuendos exquisitos con aire indiferente, como si no advirtiese su elegancia.

Pocas mujeres se resistían a su fascinación cuando sentía deseos de ejercitarla, y, finalmente, también la señora Merriwether se sometió y le invitó a la cena dominical.

Maybelle debía casarse con Picard durante el próximo permiso de éste y lloraba cada vez que pensaba en ello, porque se le había metido en la cabeza que tenía que casarse de raso blanco y en toda la Confederación no había ni un centímetro de tal raso. Ni podía hacerse prestar el vestido, porque los de novia de antaño habían sido transformados en banderas de combate. En vano la señora Merriwether trataba de convencerla de que la lana tejida a mano era el traje ideal para una confederada. Maybelle quería raso. Estaba dispuesta a renunciar a las horquillas, a los botones, a los zapatos bonitos, a los dulces y al té por amor a la Causa, pero quería que fuera de raso su traje de novia.

Rhett, enterado de esto por Melanie, trajo de Inglaterra metros y metros de magnífico raso blanco y un velo de encaje, que dio a Maybelle como regalo de boda. Lo hizo con tal cortesía, que no fue posible ni siquiera intentar pagárselo, y Maybelle se sintió tan feliz que le faltó poco para besarlo.

La señora Merriwether se dio cuenta de que un regalo tan costoso, y especialmente un regalo para vestir, no era correcto; pero no encontró modo de rechazarlo cuando Rhett le dijo, con lenguaje florido, que nada era demasiado bello para vestir a la esposa de un héroe. La señora le invitó a cenar, convencida de pagar largamente el regalo con esta concesión.

Además de traer el tejido, Butler dio a Maybelle magníficos consejos para la confección del vestido. Los miriñaques se llevaban en París más anchos aquel año y las faldas más cortas. No ya adornadas de volantes, sino recogidas con festones que dejaban ver las enaguas bordadas. Dijo también que en la calle no había visto pantalones largos de lencería, por lo que se imaginaba que no se llevaban ya. La señora Merriwether dijo después a la señora Elsing que temía que, de animarle, él hubiera contado qué clase de ropa interior llevaban las parisinas.

Si no hubiese sido un tipo tan viril, su habilidad para recordar los detalles de los vestidos de señora habría hecho pensar que era un afeminado. Las señoras sentían cierto reparo en hacerle preguntas concernientes a la moda, pero le asediaban igualmente, aisladas como estaban del mundo de la elegancia, porque muy pocos libros y revistas pasaban el bloqueo. Por eso, Rhett era un magnífico sustituto del *Godeys* para las señoras, y cada vez que llegaba era el centro de los grupos femeninos, a los que refería que las cofias eran más pequeñas y colocadas más en alto, que se adornaban de plumas y no de flores, que la emperatriz de Francia había abandonado el *chignon* para la noche y llevaba los cabellos recogidos en alto mostrando las orejas, y que los escotes eran de nuevo escandalosamente bajos.

Durante unos meses, él fue el individuo más popular y romántico de la ciudad, a pesar de su precedente reputación y a pesar de las voces que corrían de que se dedicaba no sólo a los transportes, sino también a la especulación de víveres. Los que sentían antipatía por él decían que, después de cada viaje suyo a Atlanta, los precios aumentaban unos cinco dólares. A pesar de estos comadreos, él habría conservado su popularidad si hubiese considerado que valía la pena. A veces parecía que, después de haber buscado la compañía de los ciudadanos serios y patriotas y haberse conquistado su respeto y su simpatía, algo perverso en su interior le obligaba a obrar de forma que los ofendiese, haciéndoles ver que su conducta era sólo una máscara y que nada le divertía más que proceder así.

Daba la impresión de que despreciaba todo y a todos en el Sur, especialmente a la Confederación, sin tomarse la molestia de ocultarlo. Fueron sus observaciones sobre la Confederación las que hicieron que le mirasen con estupor, después con frialdad y finalmente con ardiente irritación. Los hombres se inclinaban ante él con estudiada frialdad y las mujeres atraían a sus hijas a su lado cuando él aparecía en alguna reunión.

Y se habría dicho que no sólo le agradaba ofender a los sinceros y ardientes habitantes de Atlanta, sino que procuraba presentarse bajo el peor aspecto posible. Cuando le cumplimentaban por su valor al burlar el bloqueo, solía decir que cuando se hallaba en peligro tenía siempre miedo, miedo como los bravos muchachos que estaban en el frente. Todos sabían que no, que jamás había habido un soldado miedoso en la Confederación; y por eso sus afirmaciones eran singularmente irritantes. Y cuando alguna mujercita, tratando de coquetear, le agradecía lo que hacía por ellas llamándole «héroe», él se inclinaba respondiendo que no valía la pena, pues habría hecho lo mismo por las mujeres yanquis si se hubiese tratado de ganar la misma cantidad. Desde la primera noche que vio a Scarlett en la rifa de beneficencia, Rhett siempre le manifestó tales ideas; pero ahora, con cualquiera que hablase, había en su conversación un ligero matiz de mofa. Y repetía con satisfacción que si hubiese podido ganar otro tanto en otras cosas, por ejemplo con los contratos del Gobierno, habría abandonado los peligros del bloqueo y habría vendido a la Confederación telas de baja calidad, azúcar mezclado con arena, harina pasada y cuero deteriorado. A muchas de sus observaciones era imposible responder. Corrían rumores escandalosos acerca de los contratos del Gobierno. En sus cartas, los soldados del frente se lamentaban de que los zapatos no duraban más que una semana, de que la pólvora no valía nada y de que los arreos de los caballos se caían a pedazos, de que la carne no se podía comer y de que la harina contenía gorgojos. Los habitantes de Atlanta trataban de persuadirse de que quienes vendían al Gobierno géneros semejantes eran gentes de Alabama, de Virginia, de Tennessee, pero no de Georgia. ¿No pertenecían a las mejores familias los georgianos que tenían contratos de abastecimiento? ¿Y no habían sido de los primeros en suscribirse en favor de los hospitales? La ira contra estos aprovechados no se había despertado aún y las palabras de Rhett se interpretaban sólo como una prueba de su maldad.

No sólo ofendía éste a la ciudad acusando de venalidad a los que ocupaban buena posición y de cobardía a los hombres que estaban en la guerra, sino que se divertía en poner en evidencia a dignos ciudadanos. No podía resistir la tentación de punzar la hipocresía, la presunción y el flamante patriotismo de los que le rodeaban, como un muchacho no puede resistirse a pinchar un globito. Y lo hacía con tal gracia y tan fina sutileza que sus víctimas no estaban nunca seguras de lo que había sucedido hasta que quedaban en ridículo.

Scarlett no se hacía ilusiones acerca de aquel hombre. Ella conocía la falta de sinceridad de sus rebuscadas galanterías y sus madrigales floridos. Sabía que recitaba el papel del heroico burlador del bloqueo únicamente porque esto le divertía. A veces le parecía que Rhett era uno de los muchachos del condado junto a los que había crecido; pero, bajo la aparente ligereza de Rhett, ella sentía que había algo malicioso, casi siniestro, en su suave brutalidad.

Aunque se diese cuenta de su impostura, también Scarlett prefería verle en el papel romántico del vencedor del cerco. Esto, por lo pronto, justificaba en cierto modo su cordialidad para con él. Por eso se enfadó muchísimo cuando él dejó caer la máscara; le pareció que una parte de las críticas contra aquel hombre recaían sobre ella.

Fue en la reunión musical de la señora Elsing, a beneficio de los convalecientes, donde Rhett confirmó su definitivo ostracismo. Aquel día, la casa de Elsing estaba llena de soldados con permiso, de miembros de la Guardia Nacional y de la Milicia Unificada; de señoras casadas, viudas y muchachas. La gran copa de vidrio grabado que el mayordomo de los Elsing tenía entre las manos, junto a la entrada, se había llenado ya dos veces de monedas de plata: la oferta individual de todos los asistentes. Esto representaba ya un éxito, porque cada dólar de plata valía sesenta dólares en papel.

Todas las jóvenes un poco enteradas de música habían tocado y cantado, y en los cuadros vivientes se escucharon calurosos aplausos. Scarlett estaba muy contenta de sí misma, porque no sólo había cantado con Melanie el conmovedor dúo *Cuando en las flores brilla el rocío,* sino que había sido elegida para representar, en último lugar, el cuadro del Espíritu de la Confederación. Había estado fascinadora, vestida con una túnica de muselina blanca adornada de rojo y azul, con la bandera en una mano, mientras que con la otra tendía al capitán Carey Ashburn, de Alabama, arrodillado ante ella, el sable de empuñadura dorada que perteneciera a Charles y a su padre.

Terminado el cuadro, buscó los ojos de Rhett para ver si éste había apreciado su exhibición y vio con una sensación de despecho que él estaba inmerso en una discusión y probablemente ni la había advertido. Por las caras de los que le rodeaban, ella comprendió que estaban furiosos por lo que Butler estaba diciendo.

Scarlett se abrió paso entre la multitud y, en uno de aquellos extraños y pesados silencios que a veces se producen en una reunión, oyó a Willie Guiñan, de la Milicia, decir simplemente:

—¿Debo interpretar que usted opina que la Causa por la que han caído nuestros héroes no es sagrada?

—Si usted fuese atropellado por un tren en marcha, su muerte no santificaría a la compañía ferroviaria, ¿verdad? —replicó Rhett; y su tono parecía pedir humildemente una información.

—Señores —la voz de Willie temblaba—, si no estuviese bajo este techo...

—Tiemblo sólo al pensar lo que ocurriría —respondió Rhett—. Porque la valentía de usted es bien conocida.

Willie se puso rojo y todas las conversaciones cesaron. Todos estaban turbados. Willie estaba sano y fuerte y en edad militar y sin embargo no había ido al frente. Era hijo único, eso era cierto; y, después de todo, hacía falta que alguien se quedase en casa para proteger al Estado. Pero cuando Rhett habló de su valor hubo risitas burlonas por parte de los oficiales y convalecientes.

«Pero ¿por qué no callará? —pensó Scarlett, indignada—. ¡Estropea toda la velada!»

Las cejas del doctor Meade se fruncían amenazadoras. —Para usted, joven, no hay nada sagrado —empezó con la voz que usaba en sus discursos—. Pero para los patriotas del Sur, hombres y mujeres, hay muchas cosas sagradas. Una de ellas es la de libertar a nuestro país de los usurpadores; otra es el derecho de los Estados y... Rhett tenía un aire de desprecio.

—Todas las guerras son sagradas —replicó— para los que deben hacerla. Si los que empiezan una guerra no la declarasen sagrada, ¿quién sería tan bobo que fuese a combatir? Pero, digan lo que quieran los oradores a los idiotas que van a hacerse matar, cualquiera que sea el noble fin que le asignen a la guerra, la razón de ésta es siempre una sola: el dinero. Todas las guerras no son más que cuestión de cuartos. Pero poca gente se da cuenta de ello. Sus oídos están demasiado llenos de toques de trompetas y redobles de tambores y de bellas palabras de los oradores que se quedan en casa. A veces, el grito de guerra es: «¡Liberemos el sepulcro de Cristo de los infieles!»; otras veces «¡Abajo el papado!», «¡Libertad!»; a veces «¡Algodón, esclavitud, derechos de los Estados».

«¿Qué diablos dice del Papa? —se preguntó Scarlett—. ¿Y del sepulcro de Cristo?»

Mientras intentaba acercarse al grupo, vio a Rhett inclinarse secamente y marchar hacia la puerta. Intentó unirse a él, pero la señora Elsing la cogió de la falda.

—¡Déjalo ir! —le dijo con una voz clara que retumbó en la sala un momento silenciosa—. ¡Es un traidor y un especulador! ¡Es una serpiente que hemos alimentado en nuestro seno!

Rhett, en la antesala y con el sombrero en la mano, oyó lo que se pretendía que oyese y se volvió para examinar un instante el salón. Miró impertinentemente el pecho liso de la señora Elsing, sonrió y, haciendo otra inclinación, salió.

La señora Merriwether volvió a casa en el coche de tía Pittypat; apenas las cuatro señoras estuvieron sentadas, exclamó:

—¡Ya lo ha visto, Pittypat Hamilton! ¡Espero que estará satisfecha!

—¿De qué? —preguntó Pittypat en tono aprensivo.

—De la conducta de ese miserable Butler, al que ustedes han protegido.

Pittypat se agitó, harto nerviosa para recordar a la señora Merriwether que Butler había sido también su invitado en varias ocasiones. Scarlett y Melanie lo pensaron, pero por respeto a las personas mayores se abstuvieron de hacer la observación. Así, se entretuvieron en mirar sus propias manos semicubiertas por los mitones.

—Nos ha insultado a todos y ha insultado también a la Confederación —continuó la señora Merriwether, y su abundante seno jadeaba violentamente bajo la brillante guarnición de pasamanería de su corpiño—. ¡Decir que combatimos por el dinero! ¡Que nuestros jefes nos han mentido! Es menester meterlo en la cárcel. Sí: hablaré de esto con el doctor Meade. ¡Si estuviese vivo el señor Merriwether, ya se las vería con él! Ahora, Pittypat Hamilton, óigame: ¡no debe permitir más que ese granuja entre en su casa!

—¡Oh! —dijo Pittypat, turbada y mirando con impotencia a las dos muchachas, que tenían los ojos bajos, y después la espalda rígida del tío Peter. Sabía que éste escuchaba todo lo que se decía y esperaba que se volviese para tomar parte en la conversación, como hacía de costumbre. Pero éste no se movió. Pittypat sabía que el viejo negro no le tenía simpatía a Butler. Entonces suspiró y murmuró:

—Si usted cree, Dolly...

—Lo creo —respondió con firmeza la señora Merriwether—. Además, no sé qué fue lo que la empujó a recibirlo. Pero después de la mañana de hoy no habrá en toda la ciudad una casa honorable que quiera acogerlo. Tenga un poco de sentido común y prohíbale que vaya a su casa.

Echó a las muchachas una mirada penetrante.

—Espero que ustedes dos tendrán en cuenta mis palabras —continuó—, porque en parte es culpa suya. Han sido demasiado amables con él. Ahora deben decirle cortés pero firmemente que su presencia y sus discursos antipatrióticos les son igualmente desagradables.

Scarlett estaba furiosa, pronta a encabritarse como un caballo que siente sus bridas tocadas por un extraño. Pero no se atrevió a hablar por temor a que la señora Merriwether escribiese otra carta a su padre.

«¡Vieja chismosa! —pensó, roja de contenida ira—. ¡Qué alegría sería poderte decir lo que pienso de ti y de tu manera de obrar!»

—Nunca creí oír semejantes palabras en contra de nuestra Causa —prosiguió la señora Merriwether—. Y si supiera que alguna de ustedes dos hablaba otra vez con él... Por el amor de Dios, Melanie, ¿qué tienes?

Melanie estaba pálida y sus ojos parecían inmensos.

—Continuaré hablándole —dijo en voz baja—. No seré descortés con él. No le prohibiré que venga a mi casa.

La señora Merriwether pareció sofocarse, tía Pittypat abrió la boca y el tío Peter se volvió a mirar.

«¿Por qué no he tenido yo el valor de decir eso? —pensó Scarlett con una sensación de envidia mezclada con admiración—. ¿Cómo es posible que esa insignificancia tenga valor para rebelarse contra la vieja Merriwether?»

Las manos de Melanie temblaban, pero ella continuó de prisa, como si tuviese miedo a que se le terminase la audacia.

—No seré descortés con él por lo que ha dicho, porque... No ha debido decirlo en alta voz...; ha sido imprudente, pero... es lo mismo que piensa Ashley. Yo no puedo negar mi casa a un hombre que piensa como mi marido. Sería una injusticia.

La señora Merriwether tomó aliento y replicó:

—¡Melanie Hamilton! ¡No he oído nunca semejante mentira! Ninguno de los Wilkes ha sido nunca un cobarde.

—No he dicho que Ashley sea cobarde. —Los ojos de Melanie empezaron a relampaguear—. He dicho que él piensa lo mismo que el capitán Butler, sólo que lo expresa con diferentes palabras. Y no va a las reuniones a decirlo, creo yo. Pero a mí me lo ha escrito.

La conciencia de Scarlett le remordió unos instantes al tratar de recordar qué era lo que había escrito Ashley. La mayor parte de lo que había leído se le había borrado de la memoria. Entonces pensó que Melanie había perdido la cabeza.

—Ashley me ha escrito que no deberíamos luchar contra los yanquis y que hemos sido engañados por los hombres de Estado, que nos han contado un montón de disparates —continuó Melanie rápidamente—. Y ha dicho que nada en el mundo vale el daño que nos producirá esta guerra.

«¡Ah! —pensó Scarlett—. ¡Es aquella parte...! ¿Y era eso lo que quería decir?»

—No lo creo —replicó la señora Merriwether—. Tú has interpretado mal sus palabras.

—Yo comprendo perfectamente a Ashley —rebatió Melanie tranquila, aunque sus labios temblasen—. Él quiere decir lo que el capitán Butler, pero de otro modo.

—¡Deberías avergonzarte de comparar a un hombre como Ashley Wilkes con un granuja como el capitán Butler! ¡Quizá pienses tú también que la Causa no representa nada!

—Yo... no sé lo que pienso —dijo Melanie incierta, mientras su ardor la abandonaba y una especie de pánico se apoderaba de ella—. Moriría por la Causa... y también Ashley. Pero... quiero decir... que estos pensamientos los dejo para los hombres, que saben más.

—¡No he oído nunca una cosa igual! ¡Deten el coche, tío Peter, estamos en mi casa!

El tío Peter, ocupado en escuchar la conversación, pasaba de largo ante la casa de la señora Merriwether. Ésta descendió, mientras las cintas de su cofia se agitaban como velas en la tempestad.

—Os arrepentiréis de eso —dijo.

Tío Peter fustigó el caballo.

—Debieran avergonzarse de poner a la señorita Pitty en este estado —reprendió a las dos jóvenes.

—No estoy alterada —respondió Pittypat ante el estupor de todos, porque generalmente se desmayaba por mucho menos—. Melanie, tesoro, sé que has querido defenderme, y estoy contentísima de ver que alguien ha humillado a Dolly. ¿Cómo has tenido tanto valor? ¿Crees que has hecho bien en decir eso de Ashley?

—¡Es la verdad! —exclamó Melanie; y empezó a llorar suavemente—. Y no me

avergüenzo de decir que él piensa así. Él cree que la guerra es una equivocación, pero está dispuesto a combatir y a morir, y para esto es necesario tener más valor que cuando se combate por algo que se cree justo.

—No llore, señora Melanie. Estamos en la calle Peachtree —gruñó el tío Peter, aligerando el paso del caballo—. La gente está dispuesta a murmurar. Espere a llegar a casa.

Scarlett no habló. Ni siquiera estrechó la mano que Melanie había puesto en la suya para encontrar alivio. Ella había leído cartas de Ashley con un solo objeto: para asegurarse de que éste la amaba aún. Ahora Melanie había dado un nuevo significado a ciertos párrafos de las cartas que Scarlett apenas había observado. Le desagradaba pensar que alguien tan perfecto como Ashley pudiese tener pensamientos en común con un reprobo como Rhett Butler. Di jóse: «Ambos ven la verdad en esta guerra; pero Ashley está dispuesto a morir y Rhett no. Me parece que esto demuestra el buen sentido de Rhett.» Se detuvo un momento, horrorizada de haber tenido semejante pensamiento a costa de Ashley. «Ambos ven la misma desagradable verdad; pero a Rhett le gusta mirarla de frente e irritar al público hablando de ella, mientras que Ashley no puede soportar su vista.»

Éste era un asunto muy curioso.

13

A instancias de la señora Merriwether, el doctor Meade se decidió a escribir al periódico una carta en que no mencionaba a Rhett, aunque éste fuera fácilmente reconocible. El director del diario, previendo el drama social que se escondía bajo aquel escrito, lo puso en segunda página. Esto era ya una gran innovación, porque las dos primeras páginas del diario estaban siempre dedicadas a anuncios referentes a esclavos, mulos, arados, cofres, casas en venta o para arrendar, curas de enfermedades secretas y reconstituyentes de la fuerza viril.

La carta del doctor fue el preludio de un coro de indignadas voces que empezó a oírse en toda la región contra especuladores y aprovechados. En Wilmington, el principal puerto donde se podía atracar ahora, ya que el de Charleston estaba prácticamente cerrado por los navios de guerra yanquis, la situación se había hecho verdaderamente escandalosa. Los especuladores invadían la ciudad. Y, teniendo dinero contante, compraban cargamentos enteros de mercancías y los escondían para poder alzar después los precios. La subida llegaba siempre, porque, con la creciente escasez de lo necesario, los precios se elevaban cada vez más. Los burgueses se veían obligados a comprar a los precios que fijaban los especuladores, y los pobres o los que estaban en situación modesta sufrían cada vez más privaciones. Con el alza de precios el valor de la moneda confederada disminuyó y su caída marcó el resurgir de una loca pasión por el lujo. Los comandantes de los barcos que atravesaban el cerco tenían la misión de traer mercancías de primera necesidad; pero ahora sus bodegas estaban llenas de artículos de lujo, que ocupaban el lugar de aquellos de que la Confederación tenía necesidad. Empeoraba la situación el hecho de que sólo había una línea ferroviaria de Wilmington a Richmond; y, mientras millares de sacos de harina y cajas de tocino se pudrían en los almacenes de las estaciones por falta de vehículos de transporte, los especuladores que vendían vinos, seda y café conseguían hacer llegar sus mercancías a Richmond dos días después de ser éstas desembarcadas en Wilmington. Los rumores que antes circulaban ocultamente sobre Rhett Butler, ahora se comentaban en voz alta y se afirmaba que no sólo especulaba con sus cuatro naves vendiendo las mercancías a precios inauditos, sino que compraba los cargamentos de otros navios y los almacenaba en espera del alza de precios. Se decía que él era el jefe de una asociación con capital de más de un millón de dólares y tenía en Wilmington su cuartel general a fin de comprar toda mercancía recién desembarcada. Esa compañía contaba con docenas de almacenes en la ciudad de Richmond y en el mismo Wilmington, almacenes abarrotados de víveres y de prendas de vestir. Militares y civiles empezaban a sentirse asqueados y los comentarios contra Rhett y los otros especuladores se hacían cada vez más violentos.

«Hay muchos hombres valientes y patriotas en nuestra Marina que tienen la tarea de eludir el bloqueo —decía la carta del doctor—, hombres desinteresados que arriesgan su vida y sus bienes para que la Confederación pueda sobrevivir. Estos son venerados y honrados por todos nosotros. No es de ellos de quienes intento hablar.

»Hablo de otros desaprensivos que enmascaran bajo el manto del patriotismo su avidez de ganancia; yo reclamo que la justa cólera y la venganza de un pueblo que combate por la más santa de las causas caiga sobre estas aves de rapiña que importan rasos y encajes mientras nuestros hombres mueren y nuestros héroes sufren por falta de morfina. Señalo a la execración pública estos vampiros que chupan la sangre vital de aquellos que siguen a Robert Lee. ¿Cómo podemos soportar entre nosotros a especuladores con zapatos de charol

mientras nuestros muchachos van al asalto con los pies descalzos? ¿Cómo podemos tolerarlos con su champaña y sus pasteles de *jote gras* mientras nuestros soldados tiritan alrededor de sus fogatas en el campo y se alimentan de tocino rancio? Conjuro a todos los confederados leales para que los echen.»

Los habitantes de Atlanta leyeron esta carta, comprendieron que el oráculo había hablado y, como leales confederados, se apresuraron a repudiar a Butler.

De todas las casas que lo habían recibido hasta el final de 1862, la de la señora Pittypat fue la única que siguió acogiéndole en 1863; y, si no hubiese sido por Melanie, probablemente no le habrían admitido. Tía Pittypat estaba aguadísima cada vez que él llegaba a la ciudad. Sabía muy bien lo que decían sus amistades porque se le recibía; pero le faltaba el valor de decirle a Rhett Butler que no le agradaba que las visitara. Cada vez que él llegaba a Atlanta, Pittypat se ponía seria y decía a las muchachas que iría a la puerta para prohibirle la entrada. Pero, cada vez que Rhett llegaba con un paquetito en la mano y un pequeño cumplido en los labios, ella cedía.

—No sé qué hacer. Me mira... y yo... tengo miedo de su reacción si le digo que no vuelva. Tiene tan mala reputación... ¿Creéis que sería capaz de pegarme? Oh..., ¡Dios mío, si Charles viviese! Scarlett, debes decirle que no venga más..., decírselo amablemente. ¡Pobre de mí! Yo creo que tú le animas y toda la ciudad habla de ello; si tu madre lo supiera, ¿qué diría de mí? Tampoco, tú, Melanie, debieras ser tan amable con él. Sed frías y despegadas y lo comprenderá. Quizá será mejor que yo escriba a Henry y que éste hable con el capitán Butler.

—No lo pienses —respondió Melanie—. Y de ninguna manera seré descortés con él. Creo que la gente se porta muy mal con Butler y dice muchas tonterías. No puedo creer que él sea como aseguran el doctor Meade y la señora Merriwether. Es imposible que almacene los comestibles para dejar morir de hambre a la gente. Últimamente me dio cien dólares para los huérfanos. Estoy segura que es tan leal y patriota como cualquiera de nosotros, pero es demasiado orgulloso para defenderse.

Tía Pittypat no sabía hacer más que juntar las manos con desesperación. En cuanto a Scarlett, hacía tiempo que se había resignado a la costumbre de Melanie de ver bondad en todo el mundo. Era una boba, Melanie, pero esto ya no tenía remedio.

Scarlett sabía que Rhett no era un patriota; pero a ella esto no le importaba nada. Lo único que le importaba eran los regalitos que él le traía de Nassau, cositas que todas las señoras podían aceptar sin comprometerse. Con los precios actuales, ¿cómo le hubiera sido posible obtener horquillas, dulces, agujas, si se le hubiese prohibido a Rhett entrar en casa? No; era más cómodo echar las responsabilidades a tía Pittypat, que, después de todo, era la dueña de la casa, la acompañante y el arbitro de lo que era o no normal. Scarlett sabía que la ciudad hablaba de las visitas de Rhett y también de ella; pero sabía además que, a los ojos de Atlanta, Melanie Wilkes no podía dejar de conservar un carácter de respetabilidad.

Sin embargo, hubiera sido preferible que Rhett abjurara de sus herejías. Ella se habría evitado el apuro de notar que la gente miraba hacia otro lado cuando la veían con él.

—Aunque usted piense esas cosas, ¿por qué las dice? —le gritó un día—. Sería mucho mejor para usted que, aun pensando lo que quiera, tuviese la boca cerrada.

—Ése es su sistema, ¿no es verdad, mi pequeña hipócrita de ojos verdes? La imaginaba más valiente. Siempre oí decir que los irlandeses decían lo que pensaban. Dígame sinceramente, ¿no ha creído usted nunca reventar de ganas de decir lo que piensa?

—Sí —admitió Scarlett lentamente—. Por ejemplo, me fastidia grandemente oír hablar siempre de la Causa, día y noche. ¡Pero, si lo confesara, Dios bendito, nadie me

saludaría y ningún joven bailaría conmigo!

—¡Ah, sí; comprendo que es necesario bailar a toda costa! Bien, admiro lo dueña que es de sí misma, pero yo no llego a tal altura. No puedo ponerme la máscara del patriotismo, por conveniente que pueda ser el disimulo. Hay muchos imbéciles que arriesgan hasta el último céntimo y saldrán de la guerra más pobres que Job; no hay ninguna necesidad de que yo aumente su número. Deje también que luzcan la aureola; la merecen. Como ve, soy sincero. Por otra parte, la aureola es lo único que les quedará dentro de uno o dos años.

—¿Cómo puede decir esas cosas cuando sabe que Inglaterra y Francia van a venir en nuestra ayuda...?

—¡Pero, Scarlett! ¡Usted ha leído un periódico! No lo vuelva a hacer; es una lectura que crea confusión en el cerebro de las mujeres. Para su conocimiento, le diré que hace menos de un mes estuve en Inglaterra y puedo asegurarle que su Gobierno no tiene la menor intención de venir en ayuda de la Confederación. Inglaterra no apuesta nunca a favor del perro o del caballo que está en condiciones de inferioridad; y ésta es su fuerza. Por otra parte, aquella holandesa gorda que está en el trono es un alma temerosa de Dios y no aprueba la esclavitud. Es capaz de dejar a millares de operarios de la industria textil morir de hambre por falta de algodón; pero no dará jamás un golpe a favor de la esclavitud. En cuanto a Francia, esa pálida imitación de Napoleón que la gobierna tiene demasiado que hacer en México para ocuparse de nosotros. También bendice la guerra, porque nos impide ir a México a dar caza a sus tropas... No, Scarlett; eso de las ayudas extranjeras es una invención de los periódicos para levantar la moral de los nuestros. Yo mismo creo no poder continuar mis viajes más de seis meses. Después sería demasiado arriesgado. Venderé mis naves a algún imbécil que crea poder hacer lo que he hecho yo. Pero esto no me preocupa. He ganado bastante; y mi dinero está en bancos ingleses, en oro. No quiero esos papelotes sin valor.

Como siempre, sus palabras, que a los demás le sonaban a traición y perfidia, aparecían al oído de Scarlett llenas de buen sentido y de verdad. No obstante sabía que debería enfadarse y escandalizarse. Por lo menos fingiría hacerlo: sería una actitud más digna de una señora.

—Creo que todo lo que ha escrito de usted el doctor Meade es justo, capitán Butler. El único modo que tiene usted de redimirse es alistándose cuando haya vendido sus barcos. Procede usted de West Point y...

—Habla usted como un predicador bautista que pronuncia un discurso para reclutar adeptos. ¿Y si yo no tengo ningún deseo de redimirme? ¿Por qué debo combatir para defender un sistema que no me ha aceptado? Me sentiré, por el contrario, muy contento de verlo destruido.

—No sé de qué sistema habla —replicó ella.

—¿No? También usted forma parte de él, como yo antes; y estoy seguro de que no lo ama usted más que yo. ¿Por qué soy el garbanzo negro de la familia Butler? Porque no me he podido adaptar a los usos de Charleston. Y Charleston no es otra cosa que el Sur algo más exagerado. Me pregunto si usted se imagina lo que esto significa. Tantas cosas que es necesario hacer, sólo porque han sido siempre hechas... Cosas inocentes que no conviene hacer por la misma razón... Cosas que fastidian porque están exentas de sentido común. El no haberme casado con una señorita de la que habrá oído hablar no ha sido otra cosa para mí que la última gota que ha hecho rebosar el cáliz. ¿Y por qué había de casarme con una fastidiosa idiota, por la única razón de que un incidente me impidió llevarla a su casa antes

de que anocheciese? ¿Es por eso por lo que debía permitir que aquel salvaje de su hermano me asesinase, cuando yo disparaba mejor que él? Quizá, si hubiese sido un caballero, me habría dejado matar y esto habría cancelado la mancha en el blasón de los Butler. Pero... la vida me agrada. Así, he permanecido vivo y me he divertido... Cuando pienso en mi hermano, que vive entre las vacas sagradas de Charleston y las respeta tantísimo, me acuerdo de aquella mujer indigesta que es su esposa y de sus insoportables bailes provinciales... ¡Bah; le aseguro que haber roto las relaciones con el sistema tiene sus compensaciones! Nuestro modo de vivir en los Estados del Sur, querida Scarlett, es tan anticuado como el sistema feudal de la Edad Media. El milagro consiste en que haya durado tanto. Tenía que terminar; y estamos de acuerdo en esto. ¿Y quiere usted que me ponga a escuchar a predicadores como el doctor Meade y me excite el redoble de los tambores y coja un mosquetón para ir a derramar mi sangre por Marse Robert? Pero ¿por qué imbécil me toma? Besar la mano que me ha golpeado no es de mi estilo. Entre el Sur y yo, la partida está empatada. El Sur me condenó a morir de hambre; no he muerto, sino que, por el contrario, he ganado tanto dinero gracias a la muerte del Sur que eso me compensa los derechos de primogenitura que he perdido.

—Es usted abyecto y venal —repitió Scarlett; pero pronunciaba estas palabras automáticamente. La mayor parte de lo que él decía le entraba por un oído y le salía por el otro, como la mayoría de las conversaciones que no tenían un tema personal. Pero algunas cosas eran justas. ¡Cuántas tonterías implica la vida entre personas de bien! Fingir haber sepultado el propio corazón cuando no era verdad... Y ver a todos escandalizados aquella vez que bailó en la fiesta de beneficencia. Y el modo en que la miraban cada vez que decía o hacía algo diferente de las demás... No obstante, le molestó oírlo atacar todas las tradiciones que más la fastidiaban. Había vivido demasiado tiempo entre personas que disimulaban educadamente para no sentirse desorientada al oír manifestar en palabras los propios pensamientos.

—¿Venal? No; simplemente soy previsor. Puede ser que esto sea simplemente sinónimo de venal. Al menos, así dice quien no es precavido. Cualquier leal confederado que hubiese tenido en casa mil dólares en el año 1861 podría haber hecho lo que he hecho yo; pero pocos han sido tan perspicaces como para aprovechar la ocasión. Por ejemplo, inmediatamente después de la caída de Fort Sumter, y antes de que se estableciese el bloqueo, yo compré algunos millares de balas de algodón a bajísimo precio y las llevé a Inglaterra, donde siguen aún en los almacenes de Liverpool. No las he vendido todavía ni las venderé hasta que las fábricas inglesas tengan necesidad de él y me paguen el precio que quiera. No me sorprenderá obtener una libra por cada dólar.

—¡Obtendrá una libra por dólar cuando yo cante misa!

—Muy al contrario; estoy persuadido de que la obtendré. El algodón ha llegado ya a setenta y dos centavos la libra. Cuando la guerra termine seré rico, porque he sido previsor...; perdón, venal. Le he dicho ya una vez que los momentos buenos para ganar dinero son dos: cuando se contruye un país y cuando se destruye. Lentamente en el primer caso, deprisa en el segundo. Recuerde mis palabras. Quizás algún día le podrán servir.

—Agradezco mucho los buenos consejos —respondió Scarlett con todo el sarcasmo de que fue capaz—. Pero no tengo necesidad de ellos. ¿Cree usted que papá es pobre? Tiene más de lo que yo pueda necesitar; además, cuento con la herencia de Charles. —Creo que los aristócratas franceses pensaban aproximadamente lo mismo hasta el momento de subir al carro que los llevaba a la guillotina.

A menudo Rhett hacía observar a Scarlett la inoportunidad de vestir de luto mientras

participaba en actividades sociales. A él le gustaban los colores llamativos; y los vestidos fúnebres de Scarlett y el velo de crespón que le llegaba casi a los talones le divertían y le extrañaban al mismo tiempo. Pero ella los soportaba, porque sabía que, si se hubiera puesto vestidos de color antes de que pasasen unos años, las flechas de la murmuración habrían apuntado contra ella más de lo que ya apuntaban. Y, además, ¿cómo se lo habría explicado a su madre?

Rhett le dijo francamente que el velo de crespón le daba aspecto de corneja y que el negro la envejecía diez años. Estas afirmaciones poco galantes la hicieron apresurarse a ir al espejo para ver si realmente aparentaba veintiocho años en lugar de dieciocho.

—Daría prueba de mejor gusto quitándose lo que demuestra un dolor que jamás ha experimentado. Hagamos una apuesta. Dentro de dos meses se habrá quitado ese vestido y ese velo y en su lugar se habrá puesto una elegantísima creación de París.

—Ni soñarlo; y no hablemos más de ello —rebatió Scarlett, un poco enfadada por la alusión a Charles. Rhett, que se disponía a partir a Wilmington para efectuar un nuevo viaje, se despidió con un cariñoso guiño.

Unas semanas más tarde, en una magnífica mañana de verano, apareció llevando en la mano una sombrerera y, después de asegurarse que Scarlett estaba sola en casa, la abrió. Envuelta en un papel finísimo había una cofia que a Scarlett le hizo exclamar: «¡Oh, qué belleza!» Privada durante algún tiempo de vestidos bonitos, le parecía la cofia más bonita que jamás hubiese visto. Era de tafetán verde oscuro, forrado de fina seda verdosa. Las cintas que se anudaban bajo la barbilla también eran de color verde claro. En el ala había un copete de plumas de avestruz.

—Pruébesela —sonrió Rhett.

Ella corrió hacia el espejo y se puso la cofia, metiéndose los cabellos bajo el ala para lucir los pendientes, y se anudó las cintas bajo la barbilla.

—¿Cómo estoy? —dijo, haciendo una pirueta y moviendo la cabeza para agitar las plumas. Sabía que le sentaba bien, aun antes de leer la confirmación en los ojos de él. El verde del forro daba un reflejo esmeralda a sus ojos y los hacía brillar—. ¡Oh, Rhett!, ¿para quién es? Siento deseos de comprarla. A cualquier precio. —Es suya. ¿Quién sino usted podría llevar este matiz de verde? ¿Cree que no me he acordado bien del color de sus ojos?

—¿De verdad, la ha mandado hacer para mí?

—Sin duda, y en la caja está escrito Rué de la Paix.

Ella continuaba mirándose; era el sombrero más bonito que se había puesto desde hacía más de dos años. Pero de repente su sonrisa desapareció.

—¿No le gusta?

—¡Oh, es un sueño! ¡Pero... qué rabia tener que cubrir este verde con el crespón negro y tener que teñir las plumas!

En un momento, él estuvo junto a ella, desató las cintas del sombrero y volvió a meterlo en la caja.

—¿Qué hace? ¿No ha dicho que era para mí?

—Sí, pero no para transformarlo en un sombrero de luto. Ya encontraré otra hermosa señora con los ojos verdes que aprecie mi gusto.

—¡Oh, no! ¡No hará eso! ¡Me enfadaría! ¡Sea bueno, Rehtt! ¡Démelo!

—¿Para convertirlo en una birria como los otros sombreros? ¡No, no!

Ella agarró la caja. ¿Aquel delicioso sombrerito que la hacía tan joven, dárselo a otra? Jamás! Por un momento pensó en lo horrorizadas que se sentirían Pittypat y Melanie. Pensó en Ellen y tembló. Pero la vanidad fue más fuerte.

—No lo teñiré. Se lo prometo. Ahora, démelo.

Él le dio la caja con una sonrisa sardónica y la contempló mientras se volvía a poner el sombrero y se admiraba.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Scarlett de repente poniéndose seria—. Ahora tengo sólo cincuenta dólares; pero el mes próximo...

—Costaría cerca de dos mil dólares en dinero de la Confederación —respondió él, sonriendo ante su expresión desolada.

—¡Dios mío! Bah, puedo darle ahora cincuenta, y después...

—No quiero nada. Es un regalo.

Scarlett abrió la boca. Las normas, por lo que concernía a recibir regalos de los hombres, eran muy claras.

«Dulces y flores, querida —había dicho muchas veces Ellen—, quizás un libro de versos, un álbum o un frasco de agua de Florida son las únicas cosas que una dama puede aceptar de un caballero. Nunca un regalo caro ni aun del mismo prometido. Ni una alhaja o prenda de vestir, guantes o pañuelos. Aceptar regalos de esta clase autoriza a un hombre a creer que no tiene ante sí a una señora y a tomarse libertades.»

«Dios mío —pensó, mirándose en el espejo, y después volviendo la mirada hacia el rostro impasible de Rhett—, no puedo decirle que no lo acepto. Es demasiado bonito. Preferiría que se tomase alguna libertad... si se tratase de una cosa de poca importancia.» Se asustó de haber tenido semejante pensamiento y enrojeció.

—Le daré..., le daré cincuenta dólares.

—Si lo hace, los tiraré a la basura. O, mejor, haré decir algunas misas por su alma. Estoy seguro de que tiene necesidad de ellas.

Ella rió involuntariamente y su sonrisa bajo aquellos reflejos verdes la decidió instantáneamente.

—Pero ¿qué intenciones tiene usted?

—Tentarla con bellos regalos a fin de destruir sus ideales infantiles y dejarla a mi merced. —Y añadió con aire sentencioso—: ¡Sólo hay que aceptar dulces y flores de los hombres, querida!

Scarlett soltó una carcajada.

—Es usted un pillo de marca, Rhett Butler, y sabe que este sombrero es demasiado bonito para que yo pueda rehusarlo.

Los ojos de él sonreían burlonamente.

—Puede decir a la señorita Pitty que me ha dado una muestra de tafetán verde, que me ha hecho un diseño del sombrero y que me ha pagado cincuenta dólares.

—No. Diré cien dólares y ella lo contará a toda la ciudad y se pondrán verdes de envidia y hablarán de mi despilfarro. Pero no debe traerme más objetos costosos, Rhett. Es usted infinitamente amable, pero no puedo aceptar ningún otro.

—¿De veras? Pues le aseguro que le traeré todos los regalos que quiera y siempre que vea algo que pueda realzar su belleza. Le traeré seda verde para hacer un vestido que armonice con su cabello. Y le advierto que no se trata de amabilidad. Recuerde que no haga nunca nada sin motivo ni doy una cosa sin calcular que me será devuelta. Y siempre soy bien pagado.

Sus ojos negros la miraron fijamente y después se posaron en sus labios. Scarlett bajó la vista, llena de excitación. Ea, ahora él estaba a punto de tomarse alguna libertad, como había predicho Ellen. La besaría o trataría de besarla; y ella no sabía qué hacer. Si rehusaba, él le quitaría el sombrero y se lo daría a otra. Por otra parte, si le permitía un

casto besito, con la esperanza de obtener otros, él le traería otro bonito regalo. ¿Por qué tantas historias por un beso? Con frecuencia los hombres después de un beso se enamoraban ciegamente y hacían cosas absurdas, siempre que la muchacha tuviese la habilidad de resistirse después del primer beso. Sería agradabilísimo ver a Rhett Butler enamorado e implorando un beso o una sonrisa. Sí, se dejaría besar.

Pero él no hizo el menor gesto. Ella le echó una mirada oblicua por debajo de las pestañas y murmuró:

—¿Ah, sí? ¿Es usted siempre bien pagado? ¿Y qué pide? —Eso lo pediré en su día.

—Si cree que a cambio del sombrero yo estoy dispuesta a casarme con usted, se equivoca —replicó ella audazmente; y movió la *cabeza.* para agitar las plumas.

Los dientes blancos de él brillaron bajo su bigote.

—Se engaña usted, señora. Yo no deseo casarme con usted ni con ninguna otra. No soy un tipo de esos que se casan.

—¿De veras? —exclamó Scarlett, aturdida. Y, convencida ahora de que él se tomaría alguna libertad, replicó—: Pues no estoy dispuesta ni a darle un beso tan sólo.

—Entonces, ¿por qué frunce la boca de ese modo tan gracioso?

—¡Oh! —Lanzó una mirada al espejo y comprobó que, verdaderamente, su roja boquita estaba fruncida como para un beso—. ¡Es usted el hombre más detestable que jamás he conocido y no quiero volver a verle más!

—Si eso fuese verdad, usted misma, pisotearía en seguida el sombrero. ¡Pero qué furiosa está y qué bien le sienta esta expresión! ¡Vamos, Scarlett, pisotee ese sombrero para mostrarme lo que piensa de mí y de mis regalos.

—¡No lo toque! —exclamó la joven cogiendo el sombrero por las alas y retirándose.

El la siguió, riendo dulcemente, y estrechó las manos de ella entre las suyas.

—Es usted tan niña, Scarlett, que siento que se me oprime el corazón. Y ya que, según parece, esperaba ser besada, no la desilusionaré. —Se inclinó indolentemente y le rozó la mejilla con el bigotito—. Ya está. Y ahora, ¿no le parece que, para salvar las conveniencias, debería darme una bofetada?

Ella le miró con aire de enfado y vio en sus ojos tal expresión risueña que no pudo contener una carcajada. ¡Qué tormento era aquel hombre, y qué exasperante! Pero si él no pensaba casarse ni quería besarla, ¿qué quería? Y, si no estaba enamorado de ella, ¿por qué venía tan frecuentemente y le hacía regalos?

—Así es mejor —replicó Butler—. Pero yo ejerzo una pésima influencia sobre usted, Scarlett; y si usted tuviese una pizca de buen sentido se desharía de mí... siempre que fuese capaz de ello. Es difícil librarse de mí. Soy un peligro para usted.

—¿De veras?

—¿No lo cree? Desde que la vi en la jifa de beneficencia, su conducta ha sido verdaderamente escandalosa, y en la mayor parte por culpa mía. ¿Quién la ha animado a bailar? ¿Quién la ha obligado a admitir que pensaba que nuestra Causa no es ni gloriosa ni sagrada? ¿Quién la ha ayudado a dar a las viejas señoras tal cantidad de temas de murmuración? ¿Quién consigue que se quite el luto mucho tiempo antes del que requieren las conveniencias? ¿Y quién, en fin, la obliga a aceptar un regalo que ninguna señora aceptaría?

—Se equivoca, capitán Butler. No he hecho nada que sea escandaloso; y, si he hecho algo de lo que dice, ha sido sin su ayuda.

—Lo dudo. —Y su cara se puso de repente taciturna—. Sin mí, sería aún la viuda de Charles Hamilton, famosa por el bien que hace a los heridos. A menos que...

Pero ella no le escuchaba; se estaba mirando de nuevo en el espejo, complacida y pensando que aquel mismo día se pondría el sombrero para ir al hospital a llevar flores a los oficiales convalecientes.

No prestó atención a la verdad que encerraban las últimas palabras de él. No se daba cuenta de que había sido Rhett quien le abrió las puertas de la prisión de la viudez, ni de que las enseñanzas de Ellen estaban desde hacía tiempo muy olvidadas. El cambio había sido tan gradual que el abandono de una pequeña convención parecía no tener relación con el abandono de otra y ninguna de las dos cosas con Rhett. Animada por él, ella había olvidado las severas órdenes de su madre respecto al decoro, y también las lecciones relativas al comportamiento de una señora.

Al siguiente día, Scarlett estaba delante del espejo con el peine en la mano y la boca llena de horquillas tratando de peinarse de una manera nueva que Maybelle, de vuelta de una visita hecha a su marido en Richmond, había referido que hacía furor en la capital. Se llamaba «Gato, ratón y ratoncito». Los cabellos estaban divididos por una raya central y dispuestos a los lados en tres bucles diferentes. El primero, el «gato», y el segundo, el «ratón», se cogían con cierta facilidad; pero el «ratoncito» huía de las horquillas de un modo irritante. Estaba decidida a conseguirlo, porque Rhett iba a venir a cenar; él notaba y comentaba siempre cualquier innovación en su tocado.

Mientras luchaba con sus rizos rebeldes, oyó un paso precipitado en el vestíbulo y reconoció que era el de Melanie, que volvía del hospital. La oyó subir las escaleras de dos en dos y se detuvo, pensando que debía haber sucedido algo, porque Melanie se movía siempre con decoro, como una verdadera señora. Fue a abrir la puerta; Melanie entró precipitada, roja y afanosa, como una niña culpable.

Tenía lágrimas en los ojos y el sombrero en la nuca, suspendido al cuello por las cintas. Los aros de su miriñaque se agitaban violentamente. Apretaba algo en la mano y un perfume violento y vulgar invadió la habitación.

—¡Oh, Scarlett! —exclamó, cerrando la puerta y tirándose sobre el lecho—. ¿Ha vuelto la tía? ¿No? ¡Menos mal! ¡Estoy tan avergonzada, Scarlett, que quisiera morir! ¡Por poco me desmayo, y tío Peter amenaza con decírselo a tía Pitty!

—¿Decir qué?

—Que he hablado con aquélla... —Melaníe se abanicó la cara sudorosa con el pañolito—. ¡Aquella mujer de los cabellos rojos, aquella Belle Watling!

—¿Pero cómo, Melanie? —exclamó Scarlett, tan escandalizada que no supo decir otra cosa.

Belle Watling era la mujer pelirroja que ella vio en la calle el primer día de su llegada; y se había convertido en la meretriz más famosa de Atlanta. Muchas prostitutas habían afluido a la ciudad, siguiendo a los soldados; pero Belle permanecía muy por encima de las demás, fuera por sus cabellos rojos o porque vestía siempre muy bien. Se la veía raramente en la calle Peachtree u otras calles elegantes, pero, si por casualidad aparecía, las señoras se apresuraban a cruzar la calle para evitar aquel contacto. ¡Y Melanie le había hablado! No era de extrañar que tío Peter estuviese indignado.

—¡Moriré si tía Pitty se entera! Se lo diría a todos y yo quedaría deshonrada... —sollozó Melanie—. Y no ha sido culpa mía. No he podido..., no he podido plantarla en mitad de la calle; ¡no puedo ser tan descortés! ¡Me daba tanta pena! ¿Crees que hago mal en pensar así?

Pero Scarlett no se preocupaba de la moral de la acción. Como muchas mujeres inocentes y bien nacidas, sentía una curiosidad devoradora acerca de las rameras.

—¿Pero qué quería? ¿Cómo habla?

—Oh, no es culta, pero he visto que la pobrecilla trataba de hablar lo mejor posible. Salí del hospital y, como no vi a tío Peter con el coche, pensé volver a pie. Cuando llegué ante el jardín de Emerson, ella estaba escondida detrás de unas plantas. ¡Gracias a Dios, los Emerson están aún en Macón! Y me dijo: «Perdón, señora Wilkes, quisiera hablar con usted, por favor.» No sé cómo sabía mi nombre. Sé que debí haber apresurado el paso, pero... ¡oh, Scarlett, tenía un aspecto tan triste... como si suplicase! Iba vestida de negro y nada llamativa. Si no hubiese sido por los cabellos rojos, habría parecido una mujer corriente. Antes de que yo pudiera responderle, continuó: «Sé que no debiera dirigirle la palabra, pero he tratado de hablar con ese pavo real de la señora Elsing y me ha puesto en la puerta del hospital.»

—¿La ha llamado así, «pavo real»? —dijo Scarlett, riéndose contenta.

—¡Oh, no te rías! No es cosa divertida. Parece que..., en resumen, esa mujer quiere servir al hospital, ¿comprendes? Se ha ofrecido a cuidar enfermos por las mañanas y la Elsing ha debido sentirse morir sólo ante esa idea, y la ha despedido. Después me dijo: «Yo también quiero hacer algo. ¿No soy tan confederada como usted?» Y te aseguro que este deseo suyo de ser útil me ha conmovido. No puede ser tan mala. ¿Crees que yo soy mala por pensar así?

—Por caridad, Melanie, a nadie le importa que una sea mala. ¿Qué más ha dicho?

—Ha dicho que estaba observando a las señoras que iban al hospital y le ha parecido... que yo tenía una cara dulce y por eso me ha hablado. Tenía un poco de dinero y ha querido dármelo para que yo lo emplease en el hospital sin decir su procedencia. También me ha dicho que la señora Elsing no lo admitiría si supiera qué clase de dinero era. ¡Qué clase de dinero! Entonces creí que iba a desmayarme. Estaba tan molesta y deseosa de irme, que le dije: «Sí, sí, es usted muy amable», o cualquier otra bobada por el estilo; entonces ella sonrió diciéndome: «Tiene usted sentimientos verdaderamente cristianos», y me puso en la mano este pañuelo. ¡Puah! ¿Hueles este perfume?

Alargó a Scarlett un pañuelo de hombre usado y fuertemente perfumado: había unas monedas encerradas en un nudo.

—¡Me estaba dando las gracias y diciendo que me traerá dinero todas las semanas, cuando llegó tío Peter con el coche y me vio! —Melanie prorrumpió en lágrimas y escondió la cabeza en las almohadas—. Y cuando vio con quién estaba parada..., figúrate, Scarlett, me dijo a gritos: «¡Suba usted pronto en el coche!» Naturalmente, obedecí, y durante todo el camino tío Peter ha venido sermoneándome, sin dejarme hablar, amenazándome con decírselo a tía Pitty. Ve a verle, Scarlett, y ruégale que calle. Quizá te haga caso. Tía Pitty moriría si supiese que he mirado la cara a esa mujer. ¿Me haces este favor?

—Sí, iré. ¡Pero cuánto dinero hay aquí dentro! Parece que pesa.

Desataron el nudo y una porción de monedas de oro cayeron al suelo.

—¡Cincuenta dólares! —exclamó Melanie después de haberlas contado—. ¡Y en oro! ¿Crees, Scarlett, que se puede emplear esta clase..., quiero decir, el dinero ganado... de este modo, en nuestros soldados? ¿No crees que Dios comprenderá su deseo de hacer bien y no dará importancia a que este dinero sea sucio? Piensa en las muchas necesidades que tiene el hospital...

Scarlett no la escuchaba. Estaba mirando el pañuelo y se sentía invadir por la cólera y la humillación. En una esquina tenía bordado el monograma: «R. K. B.» En su cajita ella tenía uno idéntico a aquél; un pañuelo que Rhett Butler le prestó el día anterior para

envolver los tallos de las flores que habían recogido en el campo. Pensaba devolvérselo esta misma noche cuando viniese a cenar.

Conque Rhett tenía relaciones con aquella abyecta criatura y le daba dinero. De ahí venía el dinero para el hospital. ¡Y Rhett tenía la desvergüenza de mirar a la cara a las mujeres honradas, después de haber estado con aquella mujer! ¡Y ella había creído que estaba enamorado de ella! Esto probaba que era imposible.

Las mujeres de mal vivir y todo lo que las concernía eran para Scarlett un tema misterioso y repugnante. Sabía que los hombres protegían a aquellas mujeres por motivos que una señora no puede ni nombrar..., y, si los mencionaba, tenía que ser en voz baja, indirectamente o con eufemismos. Ella creyó siempre que sólo hombres vulgares visitaban a aquellas mujeres. Jamás pensó que hombres elegantes (sí, hombres como aquellos con los que bailaba y trataba) hiciesen cosas semejantes. Era un nuevo horizonte que se le abría; ¡y qué horrible resultaba! ¡Quizá todos los hombres fueran así! ¡No les bastaba con obligar a sus esposas a hacer cosas indecentes; iban también con mujeres de ese género y les pagaban por aquello! ¡Oh, los hombres eran abyectos y vulgares y Rhett Butler era el peor de todos!

Le arrojaría a la cara aquel pañuelo y después le pondría en la puerta de la calle y no le dirigiría más la palabra. Pero no; no podía. No podía darle a entender que ella conocía la existencia de mujeres de mal vivir y que sabía que los hombres iban a buscarlas. Una dama no podía hacer aquello.

«¡Oh —pensó furibunda—, si no fuese una dama, qué cosas le diría a ese reptil!»

Haciendo una pelota con el pañuelo, fue hacia la cocina en busca de tío Peter. Al pasar delante del horno, tiró el pañuelo a las llamas y con impotente ira lo vio arder.

14

En el Sur, todos los corazones estaban llenos de esperanza al iniciarse el verano de 1863. A pesar de las privaciones, las molestias, los especuladores, la penuria de alimento, las enfermedades y los sufrimientos que habían padecido casi todas las familias, los Estados del Sur empezaron nuevamente a decir: «Una victoria más y la guerra habrá terminado»; y lo decían con mayor seguridad que el año precedente. Los yanquis eran un hueso duro de roer, pero finalmente los sudistas lo roerían.

La Navidad de 1862 fue alegre para Atlanta y para todos los Estados del Sur. La Confederación obtuvo una brillante victoria en Fredericksburg y los muertos y heridos yanquis se contaron por millares. Las fiestas fueron, pues, alegres para todos; el pueblo estaba lleno de gratitud por el cambio de los acontecimientos. El Ejército confederado fue ahora llamado «de los vencedores»; los generales habían probado su habilidad y todos estaban convencidos de que, al comenzar las hostilidades en la primavera, los yanquis serían vencidos definitivamente.

La primavera llegó y la lucha volvió a empezar. En el mes de marzo, la Confederación obtuvo otra victoria en Chancellorsville, y el país vibró de entusiasmo.

Una incursión de la caballería de la Unión fue transformada en un triunfo de los georgianos. Las gentes reían y se daban golpes en la espalda diciendo: «¡Sí, señor! En cuanto el viejo Nathan Bedford Forrest se lanzó tras ellos, los fastidió de lo lindo.» Más tarde, en abril, se produjo una nueva sorpresa: la caballería yanqui, compuesta de mil ochocientos hombres mandados por el coronel Streight, llegó a Roma, situada a unos cien kilómetros al norte de Atlanta. Tenía por objetivo cortar el ferrocarril principal entre Atlanta

y Tennessee y luego marchar hacia el Sur a fin de destruir las fábricas y aprovisionamientos concentrados en Atlanta.

Era un golpe atrevido y hubiera resultado bastante duro para el Sur, si no hubiese sido por el general Forrest. Con una fuerza numérica tres veces inferior (¡pero qué hombres y qué jinetes eran!) fue a su encuentro, empeñándoles en una batalla, no dándoles tregua ni de día ni de noche y capturando finalmente a todas las fuerzas atacantes.

La noticia llegó a Atlanta casi al mismo tiempo que la de la victoria de Chancellorsville y la ciudad se llenó aún más de gozo y alegría.

La victoria de Chancellorsville podía ser más importante que la captura de la caballería de Streight, pero ésta dejaba a los yanquis absolutamente en ridículo.

—Los yanquis no deberían bromear con el viejo Forrest —decían todos alegremente.

El destino de la Confederación parecía haber tomado nuevo rumbo. No obstante, los yanquis, guiados por Grant, asediaron Vicksburg a mediados de mayo. El Sur sufrió una gran pérdida cuando Stonewall Jackson fue gravemente herido en Chancellorsville, y Georgia perdió uno de sus más valientes y brillantes jefes cuando el general Cobb fue muerto en Fredericksburg. Pero era evidente que los yanquis no podían soportar otras derrotas como estas dos últimas. Debían ceder y entonces la guerra cruel terminaría.

En los primeros días de julio llegaron rumores, más tarde confirmados por telegramas, de que Lee marchaba por territorio de Pennsylvania. ¡Lee en territorio enemigo! ¡Ésta era verdaderamente la última batalla de la guerra! Atlanta estaba llena de excitación, de alegría y de ardiente sed de venganza. ¡Ahora verían los yanquis lo que significaba tener la guerra en el propio país! ¡Sabrían lo que era ver los campos arrasados, las bestias robadas, las casas ardiendo, los hombres arrastrados a las prisiones, las mujeres y los niños hambrientos!

Todos sabían lo que los yanquis habían hecho en Missouri, en Kentucky, en Tennessee y en Virginia. Hasta los niños podían narrar con odio y con miedo los horrores llevados a cabo por los yanquis en el territorio conquistado; Atlanta estaba llena de refugiados de Tennessee, los cuales habían contado sus padecimientos. Estos clamaban por que Pennsylvania fuese sometida a hierro y fuego: hasta las mujeres más buenas y afables tenían expresiones de feroz violencia.

Pero cuando llegó la noticia de que Lee había dado orden de que ninguna propiedad privada de Pennsylvania fuese tocada bajo pena de muerte y de que el Ejército pagara todo lo que requisaba..., ¡oh, entonces sólo el respeto que se sentía hacia él pudo conservarle la popularidad! ¿No había necesidad de tocar nada en los ricos almacenes de aquel Estado? ¿Qué pensaba el general Lee? ¿Y los soldados del Sur, que tenían tanta hambre y que necesitaban botas, trajes y caballos?

Una carta urgente de Darcy Meade al doctor, la primera información recibida en Atlanta en aquel principio de julio, pasó de mano en mano provocando una indignación siempre creciente.

«¿Podrías procurarme un par de botas, papá? Hace dos semanas que estoy descalzo y no veo posibilidad de hacerme con ellas. Si no tuviese los píes tan grandes, podría, como mis camaradas, abastecerme con las de los yanquis muertos; pero hasta ahora no he encontrado a ninguno con los pies grandes. Si consigues encontrarlas, no me las mandes. Alguien las robaría y yo no podría disfrutarlas. Más bien, pon a Phil en el tren y que me las traiga. Te escribiré diciendo dónde estaremos. Por ahora no lo sé; sólo sé que iremos hacia el Norte. Estamos en Maryland y todos dicen que iremos a Pennsylvania.

»Creí que haríamos probar a los yanquis su misma medicina; pero el general ha dicho "no". Yo, por mi parte, quiero darme el placer de incendiar una casa yanqui aunque me fusilen. Hoy marchamos a través de los campos más grandes de maíz que jamás había visto. Es de una calidad diferente del nuestro. Debo confesar que hemos robado un poco de este maíz, porque teníamos mucha hambre, y lo que se hace sin que el general lo vea no puede merecer castigo. Pero el maíz verde nos ha hecho daño. Todos mis compañeros tenían disentería y ese alimento la ha agravado. Es más fácil caminar con una pierna herida que con la disentería. Te insisto, papá, en que busques las botas.

»Ahora soy capitán y un capitán debe ir bien calzado, aunque no tenga un uniforme nuevo y charreteras.»

Pero el Ejército estaba en Pennsylvania y esto era lo importante. Una victoria más y la guerra terminaría; entonces Darcy Meade podría tener todas las botas que quisiera, los muchachos volverían a sus casas y todos serían felices. Los ojos de la señora Meade se llenaban de lágrimas cuando pensaba que su hijo finalmente volvería a casa, para quedarse ya.

El tres de julio un súbito silencio se produjo en la línea telegráfica del Norte, un silencio que duró hasta el mediodía del cuatro, día en el que noticias fragmentarias empezaron a llegar al cuartel general de Atlanta. Se libraba una violenta batalla en Pennsylvania, cerca de una pequeña ciudad llamada Gettysburg; una gran batalla en la que había tomado parte todo el ejército de Lee. La noticia era incierta porque la batalla se libraba en territorio enemigo; la información venía de Maryland a Richmond y de aquí a Atlanta.

La espera se hizo ansiosa y cierto temor empezó a esparcirse por la ciudad. Las familias que tenían hijos en el frente rezaban ardientemente para que no se encontrasen en Pennsylvania, pero aquellas que los sabían en el mismo regimiento que Darcy Meade apretaban los dientes y decían que era un honor para ellos encontrarse en la gran batalla que derrotaría a los yanquis para siempre.

En casa de la tía Pitty, las tres mujeres se miraban a los ojos con un terror que no conseguían esconder. Ashley estaba en el regimiento de Darcy.

El día cinco llegaron malas noticias, no del Norte, sino del Oeste. Vicksburg había caído, después de largo y duro asedio, y prácticamente todo el Mississippi, desde Saint Louis a Nueva Orleans, estaba en manos de los yanquis. La Confederación quedaba cortada en dos. En cualquier otro momento la noticia de este desastre hubiera dado lugar a pánicos y lamentaciones. Pero ahora no se podía pensar mucho en Vicksburg; la preocupación se centraba en Lee y en Pennsylvania. La pérdida de Vicksburg no iba a ser una catástrofe si Lee venciese en el Este. Por aquella parte, estaban Filadèlfia, Nueva York y Washington. Su captura paralizaría el Norte y neutralizaría la derrota en el Mississippi.

Las horas pasaban y la sombra profunda de la calamidad se cernía sobre la ciudad. Por doquier se formaban corros de mujeres delante de las puertas, en la aceras, hasta en medio de la calle, comunicándose las novedades e intentando confortarse mutuamente, tratando de darse ánimos. Pero el rumor espantoso de que Lee había muerto, la batalla perdida y que había una enorme cantidad de muertos y heridos se difundió por las calles inquietas de la ciudad como una bandada de veloces murciélagos.

Incrédulos aún, todos, agitados por el pánico, se precipitaron a los periódicos y al cuartel general, pidiendo noticias, fueran cuales fueran.

En la estación se congregó una gran multitud que esperaba obtener informaciones de los trenes que llegaban; en Telégrafos y ante el cuartel general había una muchedumbre

silenciosa que iba aumentando por momentos. Nadie hablaba. De vez en cuando, la voz temblorosa de un viejo preguntaba si se sabía algo; pero la inexorable respuesta era siempre igual: «Todavía ningún telegrama del Norte; se confirma que siguen combatiendo.» Las mujeres que llegaban a pie y en coche eran cada vez más numerosas, y el calor que emanaba de aquella multitud y el polvo levantado por los pies inquietos era sofocante. Nadie hablaba, pero las caras pálidas tenían una muda elocuencia más eficaz que cualquier lamento.

Bien pocas eran las casas de la ciudad que no tenían en el frente un hijo, hermano, padre, novio, o marido. Todos esperaban oír que la muerte había llamado a su casa. Esperaban la muerte, no la derrota. Este era un pensamiento que no entraba en sus mentes. Podían morir a millares; pero, como los dientes del dragón, otros millares de hombres, con el grito de los rebeldes en los labios, brotarían de la tierra para ocupar sus puestos. Nadie sabía de dónde vendrían estos hombres. Pero estaban seguros de ello, como también de que en el cielo reinaba un Dios justo y vigilante, de que Lee era milagroso y de que el ejército de Virginia sería invencible.

Scarlett, Melanie y Pittypat estaban sentadas en su coche ante las oficinas del *Daily Examiner*. Las manos de Scarlett temblaban tanto que su sombrilla se balanceaba sobre su cabeza. Pittypat estaba tan excitada que su nariz se estremecía como la de un conejo, y Melanie permanecía sentada como una estatua de piedra, con los negros ojos cada vez más abiertos. Hizo una sola observación en dos horas, mientras sacaba de su bolsito un frasquito de sales y se lo alargaba a la tía. Aquélla fue la única vez, en toda su vida, que le habló en un tono no muy correcto.

—Toma, tía, y sírvete de él si sientes desmayo. Te advierto que si te desmayas te haré llevar a casa por tío Peter, pues yo no pienso moverme de aquí hasta... que sepa algo. Y no dejaré que se marche Scarlett.

Scarlett no tenía la menor intención de marcharse. No, ni aunque Pittypat hubiese muerto ella hubiera dejado el sitio donde podía tener noticias de Ashley. El estaba en la batalla, quizá se estaba muriendo, y la redacción del periódico era el único lugar donde se podía saber la verdad.

Echó una ojeada sobre la multitud, reconociendo a amigos y vecinos: la señora Meade con el sombrero a un lado y agarrada del brazo de su hijo de quince años; las señoritas MacLure, que trataban de morderse los labios temblorosos para ocultar sus dientes de conejo; la señora Elsing, derecha como una madre espartana, revelaba su agitación por los mechones grises que le colgaban del moño, y Fanny Elsing, pálida como un espectro. (Ciertamente Fanny no podía estar tan preocupada por su hermano Hugh. ¿Tenía quizás en el frente un enamorado que nadie sospechaba?) La señora Merriwether, sentada en su coche, acariciaba la mano de Maybelle. Ésta se envolvía lo mejor posible en su chai, tratando de esconder su inminente maternidad. Pero ¿por qué estaba tan inquieta? Nadie había oído que las tropas de Luisiana estuviesen en Pennsylvania y seguramente su pequeño zuavo se hallaba sano y salvo en Richmond.

Hubo un movimiento entre la multitud, que se apartó para dejar paso a Rhett Butler. Éste dirigió su caballo hacia el coche de tía Pittypat. Scarlett pensó: «Se necesita tener valor para venir en este momento, arriesgándose a que lo hagan pedazos, sólo por no vestir uniforme.»

Mientras Butler se acercaba, ella se dijo que de buena gana sería la primera en arremeter contra él. ¿Cómo se atrevía a mostrarse en aquel caballo, con los zapatos brillantes y un magnífico traje de hilo blanco, elegante y bien alimentado y con un cigarro

en la boca, mientras Ashley y todos los demás combatían a los yanquis con los pies descalzos, hambrientos, debilitados por el calor y destrozados por la disentería? Butler seguía avanzando despacio por entre la gente, y algunos le echaban miradas indignadas. La señora Merriwether, que no temía a nada, se levantó ligeramente en su coche y dijo en voz alta: «¡Especulador!», con un tono lleno de odio. El no hizo ningún caso y se quitó el sombrero para saludar a Melanie y a tía Pittypat. Después, aproximándose a Scarlett, se inclinó y le susurró:

—¿No cree usted que éste sería un buen momento para que el doctor Meade pronunciara su acostumbrado discurso sobre la victoria que se posa como un águila con las alas desplegadas en nuestras banderas?

Con los nervios tensos por la angustia, ella se volvió como un gato furioso. Las palabras le acudían a la garganta atropelladamente. Pero él la contuvo con un gesto.

—He venido para comunicarles, señoras —dijo en voz alta—, que he estado en el cuartel general y ahora están llegando las primeras listas de muertos y heridos.

Un murmullo se levantó entre los que estaban alrededor y habían oído sus palabras. Todo se agitaron, deseosos de correr hacia el cuartel general.

—No vayan —gritó él, levantándose de la silla de su caballo y agitando una mano —. Las listas han sido enviadas a los dos periódicos y se están imprimiendo. Permanezcan donde están.

—¡Oh, capitán Butler! —exclamó Melanie, volviéndose a él con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Qué bueno ha sido viniendo a decírnoslo! ¿Cuándo estarán terminadas?

—Dentro de unos minutos, señora. Hace ya media hora que las han recibido. El comandante no quiso que se supiese hasta que estuvieran impresas, por temor a que el público se agolpase en las oficinas. ¡Oh, mire!

Una ventana del diario se abrió y apareció una mano sosteniendo un montón de pruebas manchadas de tinta y llenas de nombres. La gente se precipitó a arrebatarlas. Los que se hicieron con alguna trataron de retroceder para leerla, los demás empujaban gritando: «¡Dejad paso!»

—Tome las riendas —dijo Rhett brevemente a tío Peter, saltando a tierra.

Vieron sus anchas espaldas hundirse entre el gentío mientras él avanzaba abriéndose camino brutalmente. En un momento estuvo de vuelta trayendo en las manos media docena de hojas. Dio una de ellas a Melanie y distribuyó las otras entre las señoritas MacLure, las señoras Merriwether, Meade y Elsing.

—Rápido, Melanie —gritó Scarlett con el corazón en la garganta, desesperada al ver que las manos de Melanie temblaban de tal forma que le era imposible leer.

—Cógelo tú —susurró Melanie; y Scarlett cogió la hoja—. La doble uve. ¿Dónde está la doble uve? ¡Oh, en el mismo final y está todo manchado! Whíte... —leyó, y su voz tembló—. Wilkins... Zabulón... ¡No está, Melanie...! ¡No está! ¡Por caridad, tía! ¡Melanie, las sales! ¡Sostenedla!

Melanie, llorando de felicidad, sujetó la cabeza de Pittypat y le colocó las sales bajo la nariz. Scarlett apuntaló por el otro lado a la gruesa señora, con el corazón saltándola de alegría. Ashley estaba vivo. Ni herido siquiera. ¡Qué misericordioso había sido el buen Dios! ¡Qué...!

Oyó un gemido y, volviéndose, vio a Fanny Elsing con la cabeza en el seno de su madre. La lista de los caídos estaba en el suelo del coche, y los labios de la señora Elsing temblaban mientras estrechaba a su hija entre sus brazos y decía en voz baja al cochero: «A casa. Rápido.» Scarlett dio una rápida ojeada a la lista: Hugh no estaba entre las bajas.

Fanny debía haber tenido un enamorado y éste había muerto. La gente se abrió con simpatía para dejar paso al coche de los Elsing, seguido por el cochecillo de las muchachas MacLure. La señorita Faith guiaba, con el rostro petrificado, y su hermana, sentada junto a ella, estaba rígida y cogida a sus faldas. Parecían dos viejas. Su joven hermano Dallas era su tesoro y el único pariente que tenían en el mundo. Y Dallas había muerto.

—¡Melanie! ¡Melanie! —gritó Maybelle con voz alegre—. ¡Rene está a salvo! ¡Y también Ashley! ¡Oh, gracias a Dios! —El chai, que se le había caído hacia atrás, dejaba ver claramente su estado de embarazo; pero esta vez, ni ella ni su madre hicieron caso—. ¡Señora Meade! •Rene...! —Pero su voz cambió instantáneamente—. ¡Mira, Melanie! ¡Oh, señora Meade, por caridad! Quizá Darcy...

La señora Meade tenía la cabeza inclinada y no la levantó al oír pronunciar su propio nombre; pero la cara del pequeño Phil era, junto a ella, un libro abierto en el que todos podían leer. —Mamá, mamá, te suplico... —repetía turbado. La señora Meade alzó los ojos y se encontró con la mirada de Melanie.

—Ya no tendrá necesidad de las botas —dijo en voz baja. —¡Dios, Dios! —sollozó Melanie, apoyando a tía Pittypat en el hombro de Scarlett y saltando de su coche para correr hacia la mujer del doctor.

—Mamá, te quedo yo —murmuró Phil, en un desesperado esfuerzo para confortar a la dama de la cara pálida—. Y, si me dejas ir, mataré a todos los yan...

La señora Meade le cogió del brazo con fuerza. —¡No! —dijo con voz angustiada y sofocada. —¡Calla, Phil! —impuso Melanie, subiendo al coche y abrazando a la pobre madre—. ¿Crees que puede ser consolador para ella el pensar que tú también puedes caer? ¡A casa, pronto! —ordenó después; y mientras Phil cogía las riendas se volvió a Scarlett—. Apenas hayas acompañado a la tía a casa, ven a la de la señora Meade. Capitán Butler, ¿puede ir a avisar al doctor? Está en el hospital.

El coche se movió a través de la multitud que se iba retirando. Algunas mujeres lloraban de alegría; en cambio, otras parecían demasiado aturdidas para darse completa cuenta de la desgracia que las hería. Scarlett inclinó la cabeza para mirar la lista, recorriéndola velozmente con la vista para buscar los nombres de los conocidos. Ahora que Ashley estaba a salvo, podía pensar en los demás. ¡Dios mío, qué larga era aquella lista! ¡Y cuántas personas había de Atlanta y de Georgia!

—¡Dios bendito! Calvert... Raiford, teniente. ¡Raif! —Repentinamente recordó el día, tan lejano, en que se escaparon de casa, pero al caer la noche volvieron porque tenían hambre y la oscuridad los asustaba—. Fontaine... Joseph, soldado raso. —¡El pequeño Joseph, tan irritable! ¡Y Sally que acababa de tener el niño!— Munroe... Lafayette, capitán. —El novio de Cathleen Calvert. ¡Pobre Cathleen! Doble pérdida: el hermano y el futuro esposo... Pero la pérdida de Sally era aún mucho mayor: el hermano y el marido.

Sentía casi miedo a seguir leyendo...

Ciertamente... debía existir un error. No podía haber tres Tarleton en la lista. Quizá los impresores, con la prisa... Pero no. Allí estaban: Tarleton... Brenton, teniente. Tarleton... Stuart, cabo. Tarleton... Thomas, soldado. Y Boyd, muerto en el primer año de guerra y sabe Dios en qué sitio de Virginia estaría enterrado. Todos los muchachos Tarleton. Thomas y los dos indolentes gemelos a los que tanto les gustaba criticar y gastar bromas; y Boyd, que tenía la gracia de un profesor de baile y una lengua de víbora.

No pudo leer más. No quería descubrir si alguno más de aquellos muchachos con los que había crecido, bailado, coqueteado y hasta cambiado algún beso, estaba en la lista. Hubiera querido llorar, liberarse de los dedos de acero que le apretaban la garganta.

—Lo siento, Scarlett. —Era la voz de Rhett. Ella alzó los ojos. Había olvidado su presencia—. ¿Muchos de sus amigos?

Ella afirmó con la cabeza e intentó hablar.

—Casi todas las familias del condado y... los tres muchachos Tarleton.

La cara de él estaba serena, algo taciturna, y en sus ojos no había trazas de burla.

—Y aún no ha terminado —dijo—. Estas son las primeras listas y no están completas. Mañana saldrá otra más larga. —Bajó la voz para no ser oído en los coches de al lado—. Scarlett, el general Lee debe de haber perdido la batalla. He oído decir en el cuartel general que se ha retirado a Maryland.

Ella levantó los ojos angustiada; pero su temor no dependía de la noticia de la derrota de Lee. ¡Otra lista, mañana! Mañana. No había pensado en esto, tanta fue su felicidad al ver que el nombre de Ashley no figuraba en la lista que tenía ante sus ojos. Quizás en este momento estuviera muerto y ella no lo sabría hasta mañana. O quizá dentro de una semana.

—Pero ¿por qué tiene que haber guerras, Rhett? ¡Habría sido mejor que los yanquis hubieran pagado por los negros..., o que nosotros se los hubiéramos regalado, antes que consentir esto!

—No se trata de los negros, Scarlett. Eso no es más que un pretexto. Las guerras se hacen siempre porque hay hombres que aman la guerra. Las mujeres no, pero los hombres... sí, y ese amor es más fuerte que el amor a las mujeres.

Su boca adquirió su sonrisa habitual y levantó su ancho sombrero Panamá.

—Hasta la vista. Voy a buscar al doctor Meade. Es una ironía de la suerte que sea yo quien tenga que darle la noticia de la muerte de su hijo, pero quizá no se dé cuenta de momento. Más tarde, quizás encontrará horroroso el pensar que un especulador le haya comunicado la noticia de la muerte de un héroe.

Scarlett acostó a tía Pittypat y, después de haberle dado una bebida a base de alcohol, azúcar y agua, la dejó bajo la custodia de Prissy y de la cocinera y bajó la escalera dirigiéndose a toda prisa a casa de los Meade. La señora estaba en su habitación, en el primer piso, junto con Phil, esperando la llegada de su marido; Melanie, en el saloncito de la planta baja, hablaba en voz queda con un grupo de vecinos, al tiempo que trabajaba con agujas y tijeras modificando un vestido de luto que la señora Elsing había prestado a su desgraciada amiga. Toda la casa estaba llena del olor agrio de la tintura negra que hervía en una enorme caldera, donde la cocinera metía, sollozando, todos los vestidos de su ama.

—¿Cómo está? —preguntó dulcemente Scarlett. —Ni una lágrima —respondió Melanie—. Es terrible cuando una mujer no puede llorar. Yo me pregunto cómo hacen los hombres para soportar el dolor sin llorar. Quizá porque serán más fuertes y más valientes que las mujeres. Dice que irá a Pennsylvania para traer el cadáver. El doctor no puede dejar el hospital.

—¡Pero será horrible! ¿Por qué no mandan a Phil? —Porque temen que vaya a alistarse. Sabe que está alto para su edad, y ahora los aceptan a los dieciséis años.

Uno a uno fueron saliendo los vecinos; ninguno quería estar presente cuando llegara el doctor. Melanie y Scarlett permanecieron solas cosiendo en el saloncito. Melanie estaba triste, pero tranquila; de vez en cuando, una lágrima caía en la tela que tenía entre las manos... Evidentemente, no había pensado que quizá la batalla podía continuar y que Ashley podía resultar muerto también. Scarlett, con el corazón angustiado, no sabía qué era mejor, si comunicar a Melanie las pala— bras de Rhett para tener el alivio de compartir su nuevo temor, o conservarlo para sí. Finalmente optó por esto último. No sería prudente que

Melanie se diese cuenta de cuánto la preocupaba la suerte de Ashley. Y dio gracias a Dios de que todos, incluso Melanie y Pittypat, estuviesen aquella mañana demasiado preocupadas para advertir su angustia.

Después de un intervalo de silencio, oyeron ruido en la calle y, mirando por la ventana, vieron al doctor que se apeaba del caballo. Tenía la espalda encorvada y la cabeza baja. Entró lentamente y, después de haber dejado el sombrero y la bolsa, besó las manos a las jóvenes sin hablar. Luego subió las escaleras con paso cansado. Un momento después vieron bajar a Phil. Le hicieron señas para que se sentase junto a ellas, pero el muchacho fue a sentarse en la escalinata de la puerta, y escondió la cabeza entre sus manos.

Melanie suspiró.

—Está furioso porque no quieren dejarle ir a combatir. ¡Tiene quince años! ¡Qué alegría debe ser, Scarlett, la de tener un hijo así!

—¿Y mandarlo al matadero? —replicó Scarlett brevemente, pensando en Darcy.

—Mejor es tener un hijo, aunque hubiese de morir, que no tenerlo —rebatió Melanie, lanzando un suspiro—. Tú no puedes comprenderlo, porque tienes al pequeño Wade, pero yo... ¡Oh, Scarlett, cómo deseo un niño! Quizá no sea delicado decirlo tan francamente, pero esto es lo que toda mujer desea... Y nadie..., nadie lo sabe mejor que tú. Scarlett hizo un esfuerzo para no sonreír.

—Si Dios permitiese que Ashley..., creo que no podría soportarlo, si él muriese, moriría yo también. SÍ al menos tuviese un hijo suyo para consolarme de su pérdida... ¡Oh, Scarlett, qué suerte tienes! A ti te ha quedado un hijo de Charles... ¡Y a mí, si Ashley muriese... no me quedaría nada, nada! Perdóname, Scarlett, pero a veces tengo celos de ti. —¿Celos... de mí? —exclamó Scarlett, asombrada. —Sí, porque tú tienes un niño y yo no. ¡A veces imagino que Wade es mío, porque es terrible no tener ninguno!

«¡Cuántas historias!», pensó Scarlett con alivio. Echó una mirada rápida a la figurita endeble que inclinaba sobre la costura el rostro lleno de rubor. Melanie podía desear un niño, pero ciertamente no tenía la figura apropiada para la maternidad. Era poco más alta que una chica de doce años; tenía las caderas estrechas y el pecho liso. El solo pensamiento de que ella pudiese tener alguna vez un niño de Ashley era insoportable para Scarlett; le parecería haber sido despojada de algo suyo.

—Perdóname lo que he dicho de Wade. ¡Sabes que lo quiero tanto...! ¿No estás enfadada conmigo?

—No seas tonta —replicó Scarlett secamente—. Anda, ve a la puerta y dile algo a Phil. Está llorando.

15

El ejército, rechazado en Virginia, se retiró a los cuarteles de invierno en el Rapidan; un ejército cansado y desmoralizado después de la derrota de Gettysburg. Como la Navidad se aproximaba, Ashley vino a casa con permiso. Scarlett, que lo veía por primera vez después de dos años, se asustó de la violencia de sus propios sentimientos. Dos años atrás, cuando en el saloncito de Doce Robles Scarlett presenció la ceremonia que le convertía en esposo de Melanie, creyó que no podría amarlo nunca con más intensidad; pero ahora se daba cuenta de que los sentimientos de aquella tarde lejana se parecían a los de una niña a la que le quitan un juguete, mientras que actualmente su emoción estaba agudizada por el mucho pensar y soñar y por el silencio que había tenido que imponerse.

Este Ashley Wilkes, con su uniforme descolorido, con los cabellos rubios tostados por el sol de los veranos, era muy diferente del jovencito distraído y soñador que ella había amado desesperadamente antes de la guerra. Estaba flaco y bronceado, mientras que antes era blanco de carnes y esbelto; los largos bigotes rubios que le caían sobre la boca eran la última pincelada necesaria para componer el retrato de un perfecto soldado.

Se mantenía militarmente erguido en su uniforme, con la pistola en su funda y la vaina del sable curvo golpeando gallardamente las botas altas con espuelas mates: era el comandante Ashley Wilkes C. S. A. (Confedérate States of America). En él se descubría ahora la costumbre del mando y un aire de autoridad y de seguridad en sí mismo. A los lados de su boca empezaban a dibujarse algunas arrugas. Había un no sé qué de extraño en el porte resuelto de sus hombros y en el frío brillo de sus ojos.

Mientras en otro tiempo parecía perezoso e indolente, ahora era ágil como un gato, con la continua tensión de quien tiene los nervios siempre tirantes como cuerda de violin. Sus ojos tenían una expresión de cansancio, y su piel, quemada por el sol, estaba demacrada y adherida sobre los huesos de la cara. Era siempre su guapo Ashley, pero tan diferente...

Scarlett había proyectado pasar las Navidades en Tara; pero, después del telegrama de Ashley, ninguna fuerza del mundo, ni siquiera una orden de Ellen, habría podido arrancarla de Atlanta. Si Ashley hubiera pensado ir a Doce Robles, ella se habría apresurado a correr a Tara para estar a su lado; pero él escribió a los suyos que se reuniesen con él en Atlanta; y el señor Wilkes, con India y Honey, habían llegado ya. ¿Ir a Tara y privarse de verlo después de dos años? ¿Privarse del sonido de su voz, privarse de leer en sus ojos que él no la había olvidado? ¡Nunca! ¡Por nada del mundo!

Ashley llegó cuatro días antes de Navidad, con un grupo de jóvenes de la comarca, también de permiso; un grupo dolorosamente disminuido después de lo de Gettysburg. Entre ellos estaba Cade Calven, un Cade desconocido que tosía continuamente; dos de los Munroe, excitadísimos porque aquél era su primer permiso desde el 1861, y Alex y Tony Fontaine, los dos magníficamente embriagados, impetuosos e insultantes. El grupo fue llevado por Ashley a casa de la tía Pittypat.

—Como si no bastase lo que han peleado en Virginia —observó amargamente Calvert, mirándolos cómo disputaban ya, como dos gallitos, sobre quién había de ser el primero en besar a tía Pittypat, conmovida y lisonjeada—. Pero si no han hecho otra cosa que beber y preguntar que cuándo llegábamos a Richmond. Se han pasado varios meses arrestados y habrían pasado también las Navidades en la prisión si no hubiera intervenido Ashley.

Pero Scarlett ni siquiera lo escuchaba, sintiéndose demasiado feliz sólo por hallarse en la misma habitación donde se encontraba Ashley. ¿Cómo podía haber pensado durante aquellos dos años que otros hombres eran guapos y simpáticos? ¿Cómo había soportado que le hicieran la corte si estaba Ashley en el mundo? Helo ahí nuevamente en casa, separado de ella sólo por unos centímetros. Scarlett necesitaba todas sus fuerzas para no derramar lágrimas de felicidad cada vez que lo miraba, sentado en el diván con Melanie a un lado, India al otro y Honey apoyada en el respaldo. ¡Si tuviese ella también el derecho de sentarse a su lado y cogerle del brazo! Si pudiese, al menos, acariciarle a cada momento la manga para estar bien segura de su presencia..., o cogerle una mano entre las suyas o utilizar su pañuelo para enjugar sus propias lágrimas de alegría. Melanie hacía todas estas cosas sin avergonzarse. Demasiado feliz para mostrarse, tímida y reservada, permanecía agarrada al brazo de su marido, adorándole con la sonrisa, con las lágrimas. Y Scarlett era demasiado dichosa para estar celosa.

De vez en cuando se pasaba la mano por la mejilla que él le había besado y volvía a sentir la emoción de aquel momento. Ashley, desde luego, no la había saludado en seguida. Melanie se echó en sus brazos, gritando incoherentemente, estrechándole como si no quisiera separarse más de él. Y después, India y Honey le abrazaron, arrancándoselo dulcemente a su mujer. Entonces Ashley abrazó a su padre; un abrazo digno, que demostraba la serenidad del profundo sentimiento que le profesaba. Después, a tía Pittypat, que iba de acá para allá completamente excitada. Y finalmente se volvió hacia Scarlett, que estaba rodeada por los jóvenes que reclamaban un beso, y exclamó:

—¡Oh, Scarlett! ¡Tú siempre tan encantadora! —Y la besó en la mejilla.

Aquel beso hizo olvidar a Scarlett todas las frases de bienvenida que había pensado decirle. Después de muchas horas, recordó que no la había besado en los labios. Entonces pensó cómo habría sido su encuentro si hubiesen estado solos. El habría inclinado su alta estatura y ella se habría alzado sobre la punta de los pies para sentirse abrazada largo tiempo. Estos pensamientos la hacían sumamente feliz y se convencía de que esto podría ocurrir. Había tiempo para todo: ¡una semana entera! Sin duda, ella conseguiría encontrarse a solas con él y le diría: «¿Te acuerdas de nuestras cabalgatas por los senderos solitarios? ¿Te acuerdas de cómo brillaba la luna aquella noche que te sentaste en la escalinata de Tara y recitaste una poesía? (¡Dios mío! ¿Qué poesía era?) ¿Te acuerdas de aquel día que me hice daño en el tobillo y me llevaste a Tara en brazos?»

¡Cuántas cosas podría decir a Ashley empezando por las palabras «te acuerdas»! ¡Tantos episodios que los transportarían a los bellos días en que iban de gira por la comarca como muchachos despreocupados; la época en que Melanie Hamilton aún no había entrado en escena! Y quizás ella leería en sus ojos una rápida emoción que la haría comprender que, no obstante el afecto conyugal por Melanie, él aún la quería como aquel día del banquete, cuando la verdad le brotó de la boca a pesar suyo. No se paraba a pensar en lo que haría si Ashley le revelase su amor con palabras inequívocas... Le bastaría saber que aún la quería... No le importaba que de momento Melanie lo acariciara; ella sabría esperar. Después de todo, ¿qué sabía de amor aquella candida criatura?

—Amor mío, pareces un pordiosero —dijo Melanie, calmada ya la primera excitación—. ¿Quién te ha remendado el uniforme y por qué le han puesto piezas de otro color?

—No se trataba de ser elegante —respondió Ashley—. Compara mi traje con el de los demás y sabrás apreciar lo acertado de estos remiendos. Ha sido Mose quien los ha hecho, y piensa que antes de la guerra jamás tuvo una aguja en la mano. En cuanto a los parches de color azul..., es preciso escoger entre tener agujeros o taparlos con pedazos de uniformes de prisioneros yanquis... No se podía hacer otra cosa. Y respecto a lo de parecer un mendigo, da gracias a Dios de que tu marido no haya vuelto descalzo. La semana pasada tuve que decir adiós a mis botas, y habría vuelto con los pies liados en trapos si no hubiese tenido la suerte de dar caza a dos «exploradores» yanquis. Las botas de uno de ellos me sentaban de maravilla.

Extendió las piernas para hacer admirar el calzado.

—Por el contrario, a mí no me están bien las del otro —dijo Calvert—. ¡Son demasiado pequeñas; me están haciendo sufrir un martirio! ¡Pero gracias a ellas llegaré a casa con perfecta elegancia!

—Y este egoistazo no ha querido dárnoslas a uno de nosotros —dijo Tony—. ¡Con lo bien que hubieran sentado a nuestros aristocráticos pies! Me avergüenzo de presentarme ante mamá con estos zapatos viejos. ¡Antes de la guerra, ella no hubiera permitido ni a uno

de nuestros esclavos que los llevase!

—No te preocupes —exclamó Alex mirando las botas de Cade—. Se las quitaremos cuando estemos en el tren. Por mamá, no me importa, pero... ¡no quiero que Dimity Munroe me vea con los dedos fuera!

—¡Vamos, son mías! —replicó Tony, refunfuñándole a su hermano—. He sido yo el primero en reclamarlas.

Pero Melanie, previendo una de las famosas peleas de los Fontaine, intervino para poner paz.

—Yo tenía una magnífica barba —dijo Ashley—. Una de las más bellas del ejército. Apuesto a que ni Jeb Stuart, ni Nathan Forrest las tuvieron nunca parecidas. Cuando llegamos a Richmond, estos dos canallas —e indicó a los Fontaine— decidieron que, como ellos se afeitaban, yo debía hacer otro tanto. Me arrojaron al suelo y me afeitaron a la fuerza, y es cosa de milagro que no se me llevaran la cabeza junto con las barbas. Únicamente, gracias a la intervención de Evan y de Cade, pude salvar el bigote.

—¡No le haga usted caso, señora Wilkes! Debiera estarnos agradecido. Si no lo hubiésemos hecho, usted no le habría reconocido ni dejado entrar —dijo Alex—. Lo hicimos para demostrarle nuestro agradecimiento por haber impedido a los gendarmes que nos metieran en la cárcel. En cuanto a ti —añadió, dirigiéndose a Ashley—, una palabra más y te quitamos el bigote sin más cumplidos.

—¡Oh, no, gracias! —se apresuró a decir Melanie, cogiéndose con espanto del brazo de Ashley, pues los dos hombrecitos de tostada piel parecían muy capaces de realizar cualquier violencia—. Yo lo encuentro muy bien tal como está.

—Cosas del amor —afirmaron los Fontaine meneando la cabeza.

Cuando Ashley salió a la calle para acompañar a los dos jóvenes a la estación en el coche de tía Pittypat, Melanie tomó del brazo a Scarlett.

—Su uniforme está en un estado deplorable, ¿no es verdad? ¿No crees que mi casaca será para él una sorpresa? ¡Oh, si por lo menos yo tuviera bastante paño para hacerle unos pantalones!

La casaca destinada a Ashley era un tema doloroso para Scarlett, ya que hubiera deseado ser ella misma y no Melanie quien le hiciese este regalo de Navidad. El paño de lana gris para uniformes había llegado a ser literalmente más caro que los rubíes, y Ashley, como todos sus camaradas, vestía una grosera tela doméstica. Incluso esta clase de tela no era corriente y muchos soldados vestían uniformes yanquis teñidos con pulpa de nogal. Pero Melanie había tenido la suerte de obtener una pieza de paño gris suficiente para cortar una casaca... más bien cortita, pero al fin una casaca. Había cuidado en el hospital a un mozo de Charleston y cuando éste murió ella envió a su madre un mechón de su cabellos acompañado del pobre contenido de sus bolsillos y de un emocionante relato de sus últimas horas, si bien se abstuvo, como es natural, de narrar los sufrimientos que el pobre muchacho había soportado. Se había establecido así una correspondencia entre ambas mujeres, y, sabiendo que Melanie tenía el marido en el frente, la madre del mozo le envió el paño gris y los botones de latón que había adquirido para su hijo. Era una tela magnífica, gruesa y de abrigo; seguramente procedía del bloqueo y era indudablemente muy costosa. Melanie había confiado su confección a un sastre, a quien atosigaba sin tregua a fin de que la casaca estuviera lista para la mañana de Navidad. Scarlett hubiera dado cualquier cosa por completar el uniforme, pero le era completamente imposible proporcionarse en Atlanta el tejido necesario.

Scarlett también había preparado para Ashley un regalo de Navidad; por desgracia

era muy insignificante al lado de la espléndida casaca gris de Melanie. Era un pequeño costurero de franela que contenía el precioso paquete de agujas que Rhett le trajera de Nassau, tres pañuelos de batista del mismo origen, dos carretes de hilo y un par de tijeritas. Pero ella anhelaba ofrecerle algo más personal, algo que una esposa hubiese podido ofrecer a su marido, por ejemplo, una camisa, un par de guantes o un sombrero. Sí, a cualquier precio, un sombrero. Este pequeño quepis de Ashley era ridículo. Scarlett había detestado siempre esos quepis. Nada le importaba que Stonewall Jackson los prefiriese a los fieltros. No por ello eran más bonitos. Desgraciadamente, los únicos sombreros que era posible procurarse en Atlanta eran de lana, toscamente elaborados y aún más feos que los quepis de campaña.

Este problema del sombrero llevó a Scarlett a pensar en Rhett Butler. Éste tenía anchos panamàs para el verano, chisteras para las ceremonias, sombreros de caza, fieltros marrón, negros o azules. ¿Para qué necesitaba tantos sombreros, cuando su Ashley adorado tenía que cabalgar bajo la lluvia, calado y chorreando?

«Yo me las compondré para que Rhett me dé su sombrero nuevo de fieltro negro. Lo ribetearé con una cinta gris y le coseré encima las insignias de Ashley. Será maravilloso.»

Se calmó y reflexionó en seguida que le sería difícil obtener el sombrero sin dar una explicación. No obstante, ella no podía decirle a Rhett que quería su sombrero para dárselo a Ashley. Era indudable que él la contemplaría alzando las cejas con aquel gesto odioso que adoptaba cada vez que Scarlett pronunciaba el nombre de Ashley, y al fin rehusaría entregárselo. ¡Tanto peor! Inventaría una historia emocionante de un soldado del hospital que necesitaba un sombrero, y Rhett no sabría nunca la verdad.

Toda aquella tarde procuró encontrarse a solas con Ashley, aunque fuera sólo unos instantes, pero Melanie no lo dejó ni un momento e India y Honey lo seguían a través de la casa con sus ojos claros y sin pestañas. El mismo John Wilkes, visiblemente orgulloso de su hijo, no pudo, con todo, tener con él una breve sentada.

Lo mismo sucedió a la hora de la cena, cuando todos lo asediaron a preguntas sobre la guerra. ¡La guerra! ¿Quién se preocupaba de la guerra?

Scarlett se imaginaba que el mismo Ashley no tenía extraordinario interés en abordar este tema. Y, en efecto, aunque Ashley no cesó de hablar, rió a menudo y llevó la conversación con mayor brío que nunca, dijo pocas cosas de importancia. Contó anécdotas divertidas, bromas de soldado, describió humorísticamente las trapacerías con que se entretenían sus camaradas, evitó referirse a los duros sufrimientos debidos al hambre y a las interminables marchas bajo la lluvia, y trazó un detallado retrato del general Lee durante la retirada de Gettysburg mientras gritaba a sus soldados: «Caballeros, ¿forman ustedes parte de las tropas de Georgia? Pues bien, no podemos prescindir de ustedes los georgianos.»

A Scarlett le pareció que él hablaba febrilmente para impedir que le volviesen a hacer preguntas que no quería contestar. Vio cómo bajaba los ojos ante la larga mirada turbada de su padre; y, entonces, un poco perpleja, se preguntó qué podía esconderse en el corazón de Ashley. Pero este pensamiento desapareció en seguida, porque en su mente no cabía otra cosa más que un sentimiento de delirante felicidad y un ferviente anhelo de estar a solas con él.

Aquellas felicidad duró hasta que empezaron a bostezar todos los que estaban alrededor de la chimenea, y el señor Wilkes y sus hijas se dispusieron a marcharse al hotel. Entonces, cuando Ashley, Melanie, Pittypat y Scarlett subieron las escaleras mientras tío Peter los alumbraba, una fría punzada le atravesó a esta última el corazón. Hasta aquel

momento Ashley había sido suyo, sólo suyo, aunque en toda la tarde no había podido cambiar una sola palabra con él. Pero ahora, al dar las buenas noches, vio que las mejillas de Melanie se volvían de púrpura y que la joven temblaba. Vio también que su expresión era tímida pero feliz y que, cuando Ashley abrió la puerta de su dormitorio, ella entró sin levantar los ojos. Ashley dijo «Buenas noches» bruscamente y cerró la puerta sin mirar a Scarlett.

Ésta permaneció con la boca abierta, repentinamente desconsolada. Él era de Melanie. Y, mientras Melanie viviese, ésta podía entrar en el dormitorio con su marido y cerrar la puerta... dejando fuera al resto del mundo.

Ashley estaba a punto de irse; volvía a Virginia, volvía a las largas marchas bajo la lluvia, a las acampadas sin alimentos en la nieve, a las incomodidades y a los riesgos en los que tenía que exponer su cabeza rubia y su cuerpo arrogante, con el peligro de ser abatido de un momento a otro como una hormiga bajo un pie descuidado. La semana, con su agitación febril y luminosa, había transcurrido.

Fueron ocho días veloces como un sueño, un sueño fragante de perfume de ramas de pino y de árboles de Navidad, brillantes de velas y de adornos relucientes; un sueño en el que los minutos huían rápidos como los latidos del corazón. Una semana afanosa que Scarlett había tratado, con una mezcla de dolor y alegría, de proveer de pequeños incidentes que recordar después de su partida; acontecimientos que ella repasaría después con toda calma y que le aportarían leves consuelos: bailar, cantar, reír, correr a buscar lo que Ashley deseaba, sonreír cuando él sonreía, callar cuando él hablaba, seguirle con los ojos en cada gesto, espiar cada movimiento de sus cejas y de su boca... Todo esto quedaba impreso indeleblemente en su imaginación; porque una semana pasa pronto y la guerra continúa siempre...

Estaba sentada en el diván del saloncito, sosteniendo en su regazo el regalo de despedida, esperando a que él hubiese dicho adiós a Melanie y rogando a Dios que bajase solo, que el cielo le concediese estar algún minuto con él.

Tenía el oído atento, escuchando los ruidos del piso superior, pero la casa estaba extrañamente silenciosa y hasta su respiración le parecía demasiado perceptible. Tía Pittypat lloraba entre las almohadas, en su habitación. Del dormitorio de Melanie no llegaban murmullo de voces ni sonido de llanto. A Scarlett le parecía que Ashley llevaba allí dentro un siglo; calculó amargamente que el joven comandante prolongaba la despedida de su mujer. Los momentos pasaban y quedaba muy poco tiempo.

Recordó todo lo que hubiera querido decirle durante aquella semana. Pero no había tenido la oportunidad de decírselo; y ahora pensaba que quizá no la tendría tampoco.

¡Tantas cosas, y ya no había tiempo! También los pocos minutos que restaban le serían robados por Melanie, si ésta acompañaba a su marido abajo y después a la cancela. ¿Por qué no había conseguido hablarle en toda la semana? Melanie estaba siempre junto a él, como adorándole; después los vecinos, amigos y parientes, desde la mañana a la noche. Luego, la puerta del dormitorio se cerraba y él quedaba solo con Melanie. Ni una vez su mirada dijo a Scarlett algo que fuera más allá de un afecto fraterno. Y ella no podía dejarlo partir sin saber si la amaba aún. En este caso, si él muriese, le quedaría el secreto de su amor hasta el final de sus días. Después de una eternidad, oyó el crujir de sus botas y luego la puerta que se abría y se volvía a cerrar. Le oyó bajar. ¡Solo! ¡Dios fuera alabado!

Ashley bajó lentamente haciendo tintinear las espuelas; el sable le golpeaba en las polainas a cada escalón. Al entrar en el saloncito, tenía los ojos tristes y el rostro pálido, como si su sangre hubiese afluido a una herida interna. Ella se levantó al verle, y pensó con

orgullo de propietaria que era el soldado más apuesto que pudiera ver. El cinturón y las botas estaban lustrosos; las espuelas plateadas y la vaina del sable brillaban después de la laboriosa limpieza realizada por Peter. El uniforme nuevo, regalo de Melanie, no le caía a la perfección, porque su confección fue hecha con muchas prisas; pero, aunque hubiese llevado una armadura, Ashley no le hubiera parecido a Scarlett un caballero tan legendario como le parecía ahora.

—Ashley —empezó ella bruscamente—, ¿puedo acompañarte al tren?

—No, te lo ruego. Allí estarán papá y mis hermanas. Prefiero despedirme aquí mejor que en la estación.

Scarlett renunció inmediatamente a su proyecto. La presencia de India y Honey, que sentían tanta antipatía por ella, habría hecho imposible cruzar una sola palabra con él.

—Entonces no voy —añadió en seguida—. Mira, Ashley, tengo un regalito para ti.

Un poco intimidada, ahora que había llegado el momento de dárselo, abrió el paquetíto. Era una larga faja amarilla de seda china con un fleco. Rhett Butler le había traído de La Habana un chai amarillo, con alegres bordados de flores y pajaritos en tonos azules y rojos. Durante una semana, ella había deshecho pacientemente el bordado y había cortado una tira para hacer la faja.

—¡Qué bonita es, Scarlett! ¿La has hecho tú? Entonces la aprecio mucho más. Pónmela. ¡Mis camaradas palidecerán de envidia cuando me vean en toda la gloria de mi uniforme nuevo con esta faja!

Ella se la ciñó alrededor de su fina cintura y anudó las dos extremidades en un lazo. Melanie le había regalado el traje nuevo; pero esta faja era su regalo, el secreto galardón que él llevaría a la batalla, algo que le obligaría a acordarse de ella cada vez que lo viese. Dio un paso atrás y lo miró con orgullo, pensando que ni el general Stuart[12] con su faja ondeante y la pluma en el sombrero era tan apuesto como su caballero.

—Es preciosa —repitió Ashley, jugueteando con el fleco—. Pero sé que para hacerla has tenido que cortar un vestido o un chai. No debías haberlo hecho, Scarlett. Es demasiado difícil, en estos tiempos, tener cosas bellas.

—¡Oh, Ashley, yo...!

Iba a decir: «hubiera cortado mi corazón para dártelo»; pero, en lugar de ello, terminó la frase así: —Haría cualquier cosa por ti.

—¿De veras? —Y, al decir esto, los ojos de él se iluminaron—. Entonces hay una cosa que puedes hacer por mí, Scarlett, y que me permitirá sentirme más tranquilo cuando esté lejos.

—¿Qué es? —preguntó ella feliz, dispuesta a prometer prodigios. —Scarlett, ¿quieres cuidar de Melanie por mí? —¿Cuidar de Melanie?

Sintió llenársele el ánimo de amarga desilusión. Ésta era, pues, su última petición, ¡cuando ella estaba pronta a prometer algo espectacular, grandioso! Fue presa de la ira. Aquel momento era su momento con Ashley, suyo sólo. Y he aquí que, aunque Melanie estuviese ausente, su sombra pálida permanecía entre ellos. ¿Por qué nombrarla en aquel momento de su despedida? ¿Cómo podía pedirle aquello en semejante momento?

Él no observó la desilusión expresada en el rostro de la joven. Como en otro tiempo, sus ojos miraban a través de ella, más allá, hacia otra cosa, como si no la viese.

—Sí, cuídate de ella, presta atención a lo que haga. Es delicada y no se da cuenta. Se destroza cosiendo y haciendo de enfermera. ¡Es tan buena y tan tímida! Con excepción de tía Pitty, tío Henry y tú, no tiene parientes cercanos; sólo los Burr, de Macón, que son primos suyos en tercer grado. Tía Pitty es como una niña, ya lo sabes; Melanie te quiere

mucho, y no porque seas la mujer de Charles, sino porque... sí, porque eres tú. Ella te quiere como a una hermana. Scarlett, es un tormento para mí pensar que, si yo muriese, Melanie no tendría a nadie a quien acudir. ¿Me prometes...?

Ella no oyó su ruego, aterrorizada como estaba por las palabras «si yo muriese...». Había leído todos los días las listas de los muertos y de los heridos, con el corazón oprimido, porque sabía que, si a Ashley le ocurriese algo, el mundo se habría acabado para ella. Pero siempre había tenido el presentimiento de que, aunque el ejército confederado fuese destrozado, Ashley se salvaría. Y ahora..., ahora sentía que el corazón le latía violentamente y se sentía presa de un terror supersticioso que no conseguía vencer con razonamientos. Como buena irlandesa, creía en la intuición, especialmente cuando se trataba de la muerte, y vio en los ojos grises de Ashley una tristeza infinita, que interpretó como la de un hombre que siente en su espalda el contacto de la mano helada y oye el gemido del hada Banshee[13].

—¡No debes decir eso! ¡Ni siquiera pensarlo! ¡Trae desgracia hablar de la muerte! ¡Di una oración, pronto!

—Dila tú por mí y agrégale algo más —respondió él, sonriendo ante el terror que había en la voz de ella.

Pero Scarlett no pudo replicar: ante sus ojos pasaban los cuadros más espantosos: Ashley muerto en las nieves de Virginia, lejos de ella. El continuó hablando y en su voz había una melancolía y una resignación que aumentaron el terror y la desilusión de la joven.

—No sé qué será de mí, Scarlett, o de nosotros. Pero cuando llegue el final, yo estaré muy lejos de aquí, aunque esté vivo, y no podré cuidar de Melanie.

—¿El... el final?

—El final de la guerra y el final del mundo.

—Pero ¿no pensarás, Ashley, que los yanquis vayan a derrotarnos? En estas semanas no has hablado de otra cosa más que de la fuerza y la habilidad del general Lee...

—He mentido como todos los que venimos con permiso. ¿Para qué asustar a Melanie y a tía Pitty sin necesidad? Sí, Scarlett, creo que los yanquis nos vencerán. Gettysburg ha sido el principio del fin. Muchos lo ignoran... ¡Pero son tantos los hombres descalzos, Scarlett; hay tanta nieve ahora en Virginia! Y cuando veo aquellos pies congelados envueltos en viejos trapos o en pedazos de saco, y veo las huellas ensangrentadas que dejan en la nieve... y sé que yo tengo botas..., me parece que debería tirarlas y andar también descalzo.

—¡Oh, Ashley, prométeme que no las tirarás!

—Cuando veo estas cosas... veo el final de todo. ¡Los yanquis están reclutando soldados en Europa a millares! La mayor parte de los prisioneros que hemos cogido últimamente no saben ni una palabra de inglés. Son alemanes, polacos o irlandeses. Cuando nosotros perdemos un hombre, no se puede sustituir. Y, cuando nuestras botas se gastan, ya no hay otras. Estamos atrapados, Scarlett. Y no podemos luchar contra todo el mundo.

Ella pensó: «¡Que se hunda la Confederación o que termine el mundo pero que tú no mueras! ¡No podría vivir si murieses!»

—Espero que no repetirás lo que te he dicho, Scarlett. No quiero alarmar a los demás. No hubiera querido tampoco asustarte, pero he tenido que explicarte por qué te pedía que cuidases de Melanie. Ella es débil, mientras que tú eres fuerte, Scarlett. Sería un gran consuelo para mí pensar que, si alguna cosa me sucediera, vosotras dos estaríais juntas. ¿Me lo prometes?

—¡Oh, sí! —exclamó, porque en aquel momento, viendo la muerte junto a él, habría

prometido cualquier cosa—. ¡Ashley, Ashley, no puedo dejarte marchar! ¡No puedo tener tanto valor!

—Debes tenerlo —replicó él; y su voz cambió. Era más sonora, más profunda, y sus palabras salían rápidas de su garganta—. Debes ser valiente. De otro modo, ¿cómo podría yo resistir...?

Los ojos de él buscaron su rostro y ella creyó comprender que su separación le partía el alma. El semblante de él estaba triste como cuando bajó de la habitación de Melanie, pero en sus ojos no consiguió ella descifrar nada. Él se inclinó un poco, le cogió la cara entre las manos y la besó levemente en la frente.

—¡Scarlett, Scarlett! ¡Eres tan bella, tan fuerte y buena! Bella, no por tu carita tan dulce, sino por toda tú, por tu espíritu y tu alma.

—¡Oh, Ashley! —susurró Scarlett, feliz al oír sus palabras y conmovida al sentir sus manos en la cara—. Jamás ningún otro hombre me ha...

—Me agrada creer que quizá te conozco mejor que los demás. Yo veo las cosas bellas escondidas dentro de ti y que los otros, observadores superficiales, no saben apreciar.

Se interrumpió dejando caer las manos, pero siguió mirándola. Ella permaneció un instante con la respiración anhelosa, esperando las dos palabras mágicas. Pero éstas no llegaron.

Aquel segundo quebranto de sus esperanzas era más de lo que su corazón podía soportar. Se sentó, con un «¡oh!» de desesperación infantil, sintiendo las lágrimas agolparse en sus ojos. Entonces oyó en el camino de acceso un ruido que la llenó de temor. Era el coche que tío Peter conducía hasta la puerta para acompañar a Ashley al tren.

—Adiós —murmuró Ashley. Cogió de la mesa el fieltro de anchas alas que Scarlett se había procurado halagando a Rhett y se encaminó al vestíbulo semioscuro. Con la mano en el picaporte, se volvió, y la contempló con una mirada larga, desesperada, como si hubiera querido llevarse consigo todos los detalles de su rostro y de su figura. A través de un velo de lágrimas ella vio su expresión y, con la garganta atenazada por el dolor, sintió que él se marchaba lejos de allí, lejos del refugio seguro de su casa, fuera de su vida, quizá para siempre, sin haber dicho las palabras que ella anhelaba oír. El tiempo había pasado y era muy tarde. Scarlett corrió a través del saloncito y le cogió por los extremos de la faja.

—Bésame —le dijo en un murmullo—. Bésame para decirme adiós.

Los brazos de Ashley la rodearon suavemente. Inclinó la cabeza sobre el rostro de Scarlett y cuando tocó con sus labios los de ella, los brazos de la joven se aferraron frenéticos a su cuello. Durante un infinito momento, Ashley oprimió contra su cuerpo el de Scarlett. Pero en seguida ésta sintió que se tensaban todos los músculos del hombre y, con un movimiento brusco, Ashley dejó caer el sombrero al suelo. Luego, enderezándose, desprendió de su cuello los brazos de Scarlett.

—No, Scarlett, no —dijo en voz baja, apretándole las muñecas tan fuertemente que le hizo daño.

—Te amo —susurró ella, sofocada—. Te he amado siempre. Nunca he amado a nadie más. Me casé con Charles para... vengarme de ti... ¡Oh, Ashley, te amo tanto que iría a Virginia... a limpiarte las botas, a cocinar para ti y cuidar de tu caballo...! ¡Ashley, di que me amas! ¡Viviré recordando esas palabras hasta el último día de mi vida!

Él se inclinó rápidamente para recoger su sombrero, y ella vislumbró en un relámpago el rostro de Ashley. En aquel rostro se pintaba tanto dolor como ella no viera jamás en otro. Su expresión revelaba su amor por ella y su alegría de que ella también le amase, pero todo esto se combinaba con una mezcla de vergüenza y desesperación.

—Adiós —dijo Ashley con voz ronca.

La puerta se abrió y una bocanada de viento frío entró en la casa, agitando las cortinas. Scarlett se estremeció viendo correr a Ashley hacia el coche, con el sable brillando al pálido sol invernal y la faja aleteando alegremente en su costado.

16

Enero y febrero de 1864 pasaron entre impetuosos vientos y frías lluvias. El desaliento invadía los ánimos y el ambiente moral no era menos sombrío que el aspecto del cielo anubarrado. A las derrotas de Gettysburg y Vicksburg se añadió el derrumbamiento del centro de las líneas sudistas. Después de duras luchas, casi todo Tennessee fue ocupado por las tropas de la Unión. Pero ni aun estas pérdidas, unidas a las anteriores, lograron quebrantar el espíritu del Sur. Una torva resolución de enfrentarse cara a cara con la realidad había sucedido a las entusiastas esperanzas anteriores. Además, entre las nubes amenazadoras surgía también un argentado destello de luz, a los ojos de la gente. Y era la recién energía con que los yanquis habían sido rechazados en septiembre cuando trataron, tras sus victorias en Tennessee, de avanzar hacia Georgia.

En Chickamauga, extremo noroeste del Estado, se habían desarrollado serios combates, los primeros que tenían lugar en suelo geormano desde el principio de la guerra. Los yanquis tomaron Chattanooga y marcharon hacia Georgia a través de los desfiladeros, pero fueron rechazados con graves pérdidas.

Atlanta y sus ferrocarriles contribuyeron en gran parte a convertir la acción de Chickamauga en una gran victoria para el Sur. Utilizando las vías que conducen de Virginia a Atlanta hacia el norte de Tennessee, el cuerpo mandado por el general Longstreet había sido trasladado a toda prisa al teatro de operaciones. A lo largo de varios centenares de kilómetros se dejaron libres las líneas férreas y fue acumulado todo el material rodante para organizar el movimiento de tropas.

Hora tras hora, Atlanta vio pasar por la vía que cruzaba sus calles convoyes y convoyes de carruajes de pasajeros, de vagones de mercancías abiertos o cerrados, cargados todos de hombres vociferantes. Llegaban sin comer ni dormir, sin caballos, ambulancias ni intendencia, y, sin descansar un instante, descendían de los trenes para precipitarse en la batalla. Y los yanquis, arrojados de Georgia, hubieron de replegarse a Tennessee.

Aquél era el mayor éxito de la guerra y Atlanta se sintió orgullosa y satisfecha del papel que sus ferrocarriles habían jugado en la victoria.

Bien necesitaba el Sur el triunfo de Chickamauga para sostener su moral durante el invierno. Ahora nadie negaba ya que los yanquis eran buenos soldados y que, además, tenían buenos generales. Grant podría ser un carnicero que no se preocupaba de cuántos hombres iba a costarle cada victoria, pero lo cierto es que conseguía esas victorias. El nombre de Sheridan ponía espanto en los corazones del Sur. Y existía, además, un tal Sherman, al que cada vez se mencionaba más a menudo. Se había acreditado en las campañas de Tennessee y del Oeste, y su reputación de combatiente resuelto e implacable crecía de día en día.

Desde luego, ninguno de ellos podía compararse con el general Lee. La fe en el general y en el ejército era muy fuerte aún. La confianza en la victoria final no disminuía. Pero la guerra amenazaba prolongarse mucho. Ya había muchos muertos, muchos heridos y mutilados, muchos huérfanos y muchas viudas. Y, no obstante, faltaba por realizar un esfuerzo aún mayor y más duro, que significaría más muertos, más heridos, más huérfanos y más viudas.

Lo que empeoraba las cosas era la vaga desconfianza que la población civil comenzaba a experimentar respecto a los que ocupaban altos cargos. Muchos periódicos hablaban abiertamente contra el presidente Davis y su modo de llevar la guerra. En el

Gobierno confederado había disensiones, surgían desacuerdos entre el presidente y sus generales. La moneda se desvalorizaba de un modo alarmante. Escaseaban vestuarios y calzado para el Ejército, y los repuestos militares y medicamentos escaseaban todavía más. Los ferrocarriles necesitaban nuevos vagones para sustituir los viejos, y nuevos raíles para reemplazar los levantados por los yanquis. Los generales en campaña solicitaban apremiantemente tropas de refresco y cada vez eran menores las reservas que cabía enviarles. Lo más lamentable era que algunos gobernadores, entre ellos Brown, que lo era de Georgia, rehusaban enviar armas y tropas de la milicia del Estado fuera de los límites de éste. En aquellas fuerzas estatales había miles de hombres de excelentes condiciones físicas que urgían en el Ejército, pero el Gobierno central no lograba que fuesen enviados al frente.

La nueva depreciación de la moneda hizo subir más los precios. La carne de cerdo o de vaca y la manteca costaban treinta y cinco dólares la libra, la harina mil cuatrocientos dólares el barril, la sosa cien dólares la libra. Las ropas de abrigo, cuando cabía procurárselas, alcanzaban precios tan prohibitivos que las señoras de Atlanta se veían forzadas a forrar sus vestidos viejos con trapos y retales, almohadillándolos con papeles para protegerse contra el frío. Los zapatos costaban de doscientos a ochocientos dólares el par, según fuesen de cartón o de cuero auténtico. Las damas usaban polainas hechas de chales antiguos o de alfombras cortadas. Las suelas que se utilizaban eran de madera.

En realidad, el Norte mantenía al Sur en un verdadero estado de sitio, aunque muchos no hubiesen reparado aún en ello. Los barcos de guerra yanquis cerraban el acceso a los puertos y muy pocas naves sudistas lograban burlar el bloqueo.

El Sur había vivido siempre de vender algodón y comprar todo lo que no producía; pero ahora no podía vender ni comprar nada. Gerald O'Hara almacenaba en sus depósitos de Tara la cosecha de algodón de tres años, pero de nada le servía. En Liverpool hubieran pagado por ella ciento cincuenta mil dólares, pero no había posibilidad de mandarlo a Liverpool. Gerald, antes hombre adinerado, se había convertido en un hombre que se preguntaba de qué modo iba a dar de comer a su familia y a sus negros durante el invierno.

La mayoría de los plantadores de algodón de todo el Sur se encontraban en la misma situación. Con el bloqueo estrechándose cada vez más, no había modo de convertir el algodón sureño en el dinero que por él pagaban los mercados ingleses, ni era posible pagar con el importe del algodón los suministros que se importaban años atrás. Y el Sur agrícola, en lucha con el Norte industrial, necesita ahora muchas cosas que no había creído precisas en los años de paz.

La situación era ideal para especuladores y ventajistas, y no faltaban gentes que procurasen Henrycerse a costa de tal estado de cosas. Cuanto más escaseaban víveres y ropas y más fabulosamente subían los precios, más energía y virulencia adquiría el clamor público contra los especuladores. En aquellos días iniciales de 1864 no se podía abrir un periódico sin que saltase a la vista un artículo de fondo acusando a los especuladores de ser buitres y sanguijuelas que succionaban la sangre del país y estimulando al Gobierno a reprimirlos con mano dura. El Gobierno hacía lo posible, pero ello no servía de nada porque había demasiados problemas que requerían la atención de los dirigentes del Sur.

Contra ninguno de aquellos pescadores en aguas turbias era más amargo el resentimiento que contra Rhett Butler. Rhett, al hacerse más difícil burlar el bloqueo, había vendido sus barcos y ahora se dedicaba abiertamente a especular en géneros alimenticios. Los comentarios que corrían sobre él abarcaban Atlanta, Richmond y Wilmington y hacían enrojecer de vergüenza a los que antes le habían abierto las puertas de sus casas.

Pese a tantas pruebas y tribulaciones, los diez mil habitantes de Atlanta se habían

duplicado durante la guerra. Incluso el bloqueo sirvió para añadir prestigio a la ciudad. Desde tiempo inmemorial, las ciudades costeras habían dominado al Sur comercialmente y en los demás conceptos. Pero ahora, cerrados los puertos y tomadas o sitiadas muchas de las ciudades del litoral, la salvación del Sur dependía de sus propios recursos. Sólo los productos del interior tenían importancia, si el Sur quería ganar la guerra, y por lo tanto Atlanta era ahora un centro insustituible. La población de la ciudad sufría angustias, privaciones, enfermedades y muertes tan duramente como el resto de la Confederación, pero Atlanta, como ciudad, había ganado más que perdido en el curso de la guerra. Atlanta, corazón del Sur, latía fuerte y plenamente, y sus ferrocarriles eran las arterias por las que circulaban una incesante corriente de hombres, provisiones y pertrechos.

En otro tiempo, Scarlett se habría lamentado de sus ropas estropeadas y sus zapatos llenos de piezas y arreglos, pero ahora esto no la preocupaba, ya que la única persona que podía importarle no estaba allí para verla. Durante aquellos dos meses fue más feliz de lo que había sido durante años. ¿Acaso no había sentido acelerarse los latidos del corazón de Ashley cuando ella le ciñó el cuello con los brazos? ¿No había visto aquella expresión de su faz, que constituía una confesión más elocuente que todas las palabras? Sí, él la amaba. Ella, ahora estaba segura, y semejante convicción era tan agradable que incluso le permitía mostrarse más afectuosa con Melanie. Hasta sentía hacia su cuñada cierta compasión, mezclada con un ligero desprecio por su estupidez y su ceguera.

«¡Cuando la guerra termine! —pensaba—. Cuando termine, entonces...» A veces se decía también, con cierta punzada de terror: «Cuando termine, ¿qué?» Pero en seguida eliminaba de su mente ese pensamiento. Cuando la guerra acabase todo se arreglaría de un modo u otro. Si Ashley la amaba, él no podría seguir viviendo con Melanie, y esto era lo importante.

Sin embargo, no cabía pensar en el divorcio, porque Ellen y Gerald, católicos fervientes como eran, no le permitirían jamás casarse con un hombre divorciado. ¡Eso significaba dejar de pertenecer a la Iglesia! Scarlett, meditando al respecto, resolvió que, puesta a elegir entre Ashley y la Iglesia, optaría por Ashley. Pero ¡qué escándalo produciría semejante cosa! Las personas divorciadas sufrían el anatema, no sólo de la Iglesia, sino de la sociedad. A ningún divorciado se le recibía en parte alguna. Pero ella arrostraría también esto por Ashley. Sí: lo sacrificaría todo por Ashley.

Pero, en fin, fuera como fuese, todo iría bien cuando la guerra terminara. Si Ashley la amaba de verdad, él encontraría modo de conseguirlo. Ella le haría encontrar el medio. Y, cada día que pasaba, Scarlett se sentía más segura del cariño de él, más convencida de que él lo arreglaría todo satisfactoriamente cuando los yanquis fuesen derrotados. Era verdad que él había dicho que los yanquis dominaban la situación; pero para Scarlett esto era sencillamente una necedad. Sin duda estaba fatigado y perturbado cuando habló así. Por lo demás, a ella no le preocupaba gran cosa que los yanquis ganasen o no. Lo importante era que la guerra concluyese rápidamente y que Ashley regresase pronto a casa.

Entonces, mientras las violentas ráfagas del viento de marzo forzaban a todos a permanecer recluidos en casa, fue cuando Scarlett se enteró de la abominable novedad. Melanie, con los ojos refulgentes de alegría y la cabeza baja para disimular su orgullo, comunicó a Scarlett que iba a tener un hijo.

—El doctor Meade opina que será a fines de agosto o en septiembre —afirmó—. Yo me lo figuraba..., pero no he estado segura hasta hoy. ¿Verdad que es magnífico, Scarlett? ¡Con lo que te envidiaba a tu Wade y con lo mucho que deseaba tener un hijo! ¡Cuánto temor sentía de no tener siquiera uno! Porque yo, Scarlett, desearía una docena...

Scarlett, que se estaba peinando para acostarse cuando Melanie entró con la noticia, se interrumpió con la mano que empuñaba el peine suspendida en el aire.

—¡Dios mío! —exclamó.

Y por un momento no comprendió bien lo que aquello significaba. Después, de súbito, acudió a su mente el recuerdo de la puerta cerrada del dormitorio de Melanie y un dolor agudo como la herida de un cuchillo le desgarró el alma. Era un dolor tan punzante como si Ashley fuese su esposo y le hubiera sido infiel. Un hijo. ¡Un hijo de Ashley! ¿Cómo podía ser así cuando él la amaba a ella y no a Melanie?

—Ya sabía que te habías de sorprender —dijo Melanie, con voz entrecortada—. ¿Verdad que es maravilloso? No sé cómo escribírselo a Ashley, Scarlett. Creo que no sería tan embarazoso decírselo... o... En fin, no decirle nada, hacérselo comprender gradualmente. Me entiendes, ¿verdad?

—¡Dios mío! —repitió Scarlett, a punto de romper a llorar, dejando caer el peine y apoyándose en el borde del tocador para no tambalearse.

—No te pongas así, querida. Bien sabes que tener un niño no es una cosa tan trágica. Tú misma lo dices. No quiero que te disgustes por mí, aunque te agradezco el verte tan preocupada. Es verdad que el doctor Meade dice que yo soy... —y Melanie se ruborizó — muy estrecha; pero confía en que no haya complicaciones y... Dime, Scarlett, ¿escribiste tú a Charles cuando lo de Wade, o lo hizo tu padre en tu nombre? ¡Si yo tuviese una madre para que se encargara de ello! Porque, realmente, no veo cómo...

—¡Cállate! —gritó violentamente—. ¡Cállate! —¡Qué tonta soy, Scarlett! Lo siento. Claro: las personas felices somos siempre egoístas. Había olvidado a Charles, lo olvidé sólo un momento...

—¡Cállate! —volvió a decir Scarlett, esforzándose en dominar sus emociones y no dejarlas traslucir en su rostro. Porque era preciso que nunca, nunca, Melanie pudiese adivinar lo que ella sentía.

Melanie, la más discreta de las mujeres, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas al reconocer la crueldad que había cometido. ¿Cómo había hecho recordar a Scarlett las terribles circunstancias del nacimiento de Wade tan pocos meses después de la muerte del pobre Charles? ¿Cómo podía haber sido tan atolondrada?

—Permíteme ayudarte a desvestirte, querida —dijo Melanie humildemente—. Yo te arreglaré el cabello.

—Déjame sola —repuso Scarlett, con el rostro convertido en piedra.

Melanie, deshecha en lágrimas de repoche hacia sí misma, salió precipitadamente de la alcoba, dejando a Scarlett con los ojos secos, sí, pero con su orgullo herido y sus celos como compañeros de lecho. Scarlett pensaba que le sería imposible vivir por más tiempo bajo el mismo techo que la mujer que llevaba en su seno al hijo de Ashley. Se decía que debía volver a Tara, a aquella casa que era la suya. Imaginaba que no podría volver a mirar a Melanie sin delatar su secreto en su rostro. Y se levantó a la mañana siguiente con la decidida intención de preparar su equipaje inmediatamente después de desayunar. Pero mientras se sentaban las tres a la mesa, Scarlett, sombría y silenciosa, Pittypat desconcertada y Melanie entristecida, llegó un telegrama.

Era de Mose, el criado de Ashley, e iba dirigido a Melanie.

«He buscado por todas partes y no le encuentro. ¿Debo volver a casa?»

Ninguna sabía concretamente lo que aquello significaba, pero las tres mujeres se miraron con ojos dilatados por el terror, y Scarlett olvidó todos sus propósitos de marcha. Sin terminar el desayuno se hicieron conducir en coche al centro de la ciudad para

telegrafiar al coronel de Ashley. Pero cuando llegaron a la oficina encontraron un telegrama para Melanie.

«Siento informar a usted que el capitán Wilkes ha desaparecido hace tres días durante una misión de reconocimiento. La tendré al corriente.»

El regreso a casa fue lúgubre. Tía Pittypat lloraba tapándose la cara con el pañuelo; Melanie permanecía pálida y rígida. Scarlett, en un rincón del carruaje, se mantenía muda y concentrada en sí misma. Ya en casa, Scarlett subió, tambaleante, las escaleras y, tomando su rosario, que estaba encima de la mesa, se arrodilló y trató de rezar. Pero las plegarias no acudían a sus labios. Y sobre su espanto infinito descendía una cierta sensación de que Dios había apartado su faz de ella en castigo de su pecado. Había amado a un hombre que era esposo de otra" e intentado arrebatárselo, y Dios la había castigado haciéndolo morir. Quería rezar, sí, pero no podía levantar los ojos al cielo. Quería llorar, pero las lágrimas no afluían a sus ojos; inundaban su pecho, impetuosas y cálidas, y le abrasaban las entrañas, pero no afluían.

Se abrió la puerta y Melanie entró. Su ovalado rostro parecía un corazón recortado en papel blanco entre el marco de sus cabellos negros. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, como los de una niña asustada perdida en la oscuridad.

—Scarlett —dijo, tendiéndole las manos—, perdóname lo que te dije, porque... porque tú eres todo lo que me queda en el mundo. ¡Ay, Scarlett! Estoy segura de que mi amor ha muerto.

Y Scarlett, sin saber cómo, encontró a Melanie en sus brazos. Sus menudos senos temblaban al compás de sus sollozos. Las dos acabaron tendiéndose en el lecho, estrechamente enlazadas, con las caras unidas. Ahora Scarlett lloraba también y las lágrimas de una caían en las mejillas de la otra. Era muy doloroso el llorar, pero no tanto como no poder hacerlo. «Ashley ha muerto, ha muerto... ¡Y yo le he matado con mi amor!» Nuevos sollozos la estremecieron, mientras Melanie, experimentando una especie de consuelo en las lágrimas de su cuñada, le ceñía más estrechamente el cuello con los brazos.

—Al menos —cuchicheó—, al menos tengo un hijo...

«Y yo —pensó Scarlett, demasiado afectada ahora para albergar mezquinos sentimientos de celos—, yo no tengo nada... ¡Nada, excepto la expresión de su semblante cuando se despidió de mí!»

Los primeros informes daban a Ashley como «Desaparecido; créese que muerto», y así se lo citó en la lista de bajas. Melanie telegrafió al coronel Sloan una docena de veces y al fin llegó una carta de él, llena de manifestaciones de simpatía, detallando que Ashley había salido de reconocimiento con un destacamento y no había regresado. Había noticias de una viva escaramuza en el interior de las líneas yanquis. Mose, loco de dolor, había arriesgado su vida para buscar el cuerpo de Ashley, pero no encontró nada. Melanie, ahora extrañamente calmada, le envió telegráficamente dinero e instrucciones para que regresase.

Cuando en una nueva lista de bajas se leyó «Desaparecido; créese que prisionero», la alegría y la esperanza reanimaron la casa entristecida. Costaba gran trabajo hacer que Melanie abandonase la oficina de telégrafos. Acudía, además, a la llegada de todos los trenes en espera de carta. A la sazón se sentía mal y su estado se manifestaba en muchas formas molestas, pero se negaba a seguir los consejos del doctor Meade, quien insistía en que guardase cama. Una energía febril la poseía, impidiéndole estar tranquila. Por las noches, Scarlett, ya en el lecho desde largo tiempo antes, oía el continuo pasear de Melanie por el cuarto contiguo.

Una noche ésta volvió a casa desde el centro de la ciudad conducida por el

atemorizado tío Peter y sostenida por Rhett Butler. Melanie se había desmayado en la oficina de telégrafos, y Rhett, que pasaba por allí y observó que la gente se aglomeraba, se apresuró a escoltarla a su casa. La acompañó, escaleras arriba, hasta su dormitorio, y mientras todos los de la casa, alarmados, preparaban ladrillos calientes, mantas y whisky, él la recostó sobre las almohadas del lecho.

—Señora Wilkes —preguntó bruscamente—, va usted a tener un niño, ¿no?

De no haberse sentido Melanie tan débil, enferma y abatida se hubiera quedado helada al oír tal pregunta. Incluso con sus amigas, le resultaba muy violento mencionar su estado, y en cuanto a las visitas del doctor Meade, constituían un auténtico tormento para ella. Por lo tanto, una pregunta hecha por un hombre, y más por Rhett Butler, resultaba inaudita. Pero ahora, débil y abandonada como se sentía, no supo más que asentir. Y una vez hecho esto, la cosa no le pareció tan terrible, dado lo amable y solícito que se mostraba Rhett.

—Entonces debe usted tener más cuidado. Tanto andar agitada de un lado a otro y tantas inquietudes no pueden ser buenas para usted y podrían traer algún percance al niño. Si me lo permite, señora Wilkes, pondré en juego ciertas influencias que tengo en Washington a fin de saber algo de su marido. Si ha caído prisionero, figurará en las listas de los federales... y si no... En fin, no hay nada peor que la incertidumbre. Pero necesito su promesa de cuidarse entre tanto. Si no, le juro por Dios que no moveré ni una mano.

—¡Es usted muy bueno! —exclamó Melanie—. ¿Cómo puede la gente decir de usted los horrores que dice?

Y entonces, doblemente abrumada al reparar en su falta de tacto y al recordar lo horrible que era haber estado hablando con un hombre acerca de su estado, comenzó a llorar débilmente. Scarlett, que en aquel momento acababa de subir corriendo las escaleras con un ladrillo caliente envuelto en una franela, halló a Rhett acariciando la mano de su cuñada.

Butler cumplió su palabra. Nunca supieron qué resortes había tocado, ni osaron preguntárselo, temiendo que ello implicase reconocer sus conexiones ocultas con los yanquis. Pasó un mes antes de que él llevase noticias, noticias que de momento les quitaron un peso de encima, pero que luego deslizaron en sus corazones una devoradora ansiedad.

¡Ashley vivía! Había sido herido y hecho prisionero y los informes le daban por recluido en Rock Island, un campo de concentración de Illinois. En el primer arrebato de alegría, ellas no pensaron en nada, salvo en que estaba vivo. Pero cuando comenzaron a recobrar la calma, se miraron unas a otras y exclamaron: «¡En Rock Island!», con el mismo tono de voz con que hubiesen podido decir: «¡En el infierno!» Porque si Andersonville era un nombre que sobresaltaba el corazón de los del Norte, Rock Island ponía pavor en el alma de los sudistas que tenían un allegado prisionero allí.

Cuando Lincoln se negó al canje de prisioneros, creyendo que ello apresuraría el fin de la guerra al cargar a los confederados con el peso de alimentar y atender los prisioneros unionistas, había millares de uniformes azules en Andersonville, Georgia. Los confederados estaban a media ración y carecían prácticamente de medicamentos e hilas para sus propíos heridos y enfermos. Tenían, pues, muy poco que compartir con sus prisioneros. Éstos comían lo que los soldados en el frente, es decir, tocino y guisantes secos. Con semejante dieta, los yanquis morían como moscas, a veces a razón de cien en un día. El Norte, indignado al saberlo, resolvió hacer más duro el trato de los prisioneros enemigos. Y en ningún lado eran peores las condiciones de vida que en Rock Island. Escaseaba la comida, había una manta para cada tres hombres, y la viruela, la fiebre tifoidea y la pulmonía

convertían aquel lugar en un foco de infección. Tres cuartas partes de los hombres que entraban allí no salían vivos.

¡Y Ashley estaba en aquel tremendo lugar! Vivía, pero herido y en Rock Island, en un momento en que espesas nevadas debían de cubrir los campos del Illinois. ¿Habría muerto de su herida después de que las noticias sobre su paradero fueron enviadas a Rhett Butler? ¿Habría caído víctima de la viruela? ¿Deliraría, presa de neumonía, falto de una manta que lo cubriese?

—¡Oh, capitán Butler! ¿No habría algún modo de que...? ¿No podría usted emplear su influencia para que lo canjearan? —exclamó Melanie.

—El justo y compasivo señor Lincoln, que tantas lágrimas vertió por los cinco hijos de la señora Bixby, no derrama una sola por los miles de yanquis que perecen en Andersonville —dijo Rhett, haciendo una mueca—. No le preocupa que mueran. La orden es rigurosa: nada de canje de prisioneros. No se lo había dicho antes, señora Wilkes, pero su marido ha tenido una posibilidad de quedar libre y la ha rechazado.

—¡Es imposible! —exclamó Melanie, incrédula. —No, no lo es. Los yanquis están reclutando hombres para luchar en las regiones fronterizas contra los indios, y los reclutan entre los prisioneros confederados. Todo prisionero que presta juramento y se alista para el servicio contra los indios, queda en libertad y es enviado al Oeste. Pero su marido ha rehusado.

—¿Por qué lo ha hecho? —gritó Scarlett—. ¿Por qué no prestó juramento para desertar después y volver con nosotros una vez fuera de la prisión?

La menuda Melanie se convirtió súbitamente en una furia. —¿Cómo se te ocurre siquiera sugerir que él hiciese semejante cosa? ¡Traicionar a la Confederación para prestar ese vil juramento y luego traicionar la palabra dada a los yanquis! Preferiría oír que había muerto en Rock Island a saber que había prestado un juramento así. Si él muere en el cautiverio, yo me sentiré orgullosa de él. Pero si hubiese jurado, yo no le miraría más a la cara. ¡Nunca! ¡Claro que ha rehusado! ¡Naturalmente!

Cuando Scarlett acompañó a Rhett hasta la puerta, le preguntó, indignada:

—Si estuviera usted en el lugar de Ashley, ¿no habría prestado ese juramento a los yanquis para no morir en ese sitio, y luego hubiera desertado?

—Desde luego —convino Rhett, brillantes sus dientes bajo el bigote.

—Y entonces, ¿por qué Ashley no había de hacer lo mismo? —Porque es un caballero —dijo Rhett.

Y Scarlett quedó maravillada de cuánto cinismo y desprecio podía contener una expresión tan honrosa.

TERCERA PARTE

17

Llegó mayo de 1864 —un mayo seco y ardiente que agostaba los capullos en flor— y los yanquis, al mando del general Sherman, invadieron de nuevo Georgia, más arriba de Dalton, ciento sesenta kilómetros al noroeste de Atlanta. Corría el rumor de que se preparaban grandes combates en la frontera de Georgia y en Tennessee. Los yanquis concentraban a sus fuerzas para atacar el ferrocarril Atlántico-Oeste, la línea que enlazaba Atlanta con Occidente y con Tennessee, la misma por la que las tropas del Sur se habían precipitado el pasado otoño para lograr la victoria de Chickamauga.

Pero, en general, la población de Atlanta no veía con inquietud la perspectiva de una batalla cerca de Dalton. El lugar donde los yanquis se concentraban estaban muy pocos kilómetros al sudeste del campo de batalla de Chickamauga. Y puesto que de allí habían sido rechazados ya una vez cuando trataban de colarse por los desfiladeros de la región, se daba por hecho que ahora se los haría retroceder de nuevo.

Atlanta —y toda Georgia— sabía bien que, dada la importancia que la Confederación otorgaba al Estado, el general Joe Johnston no podía permitir a los yanquis permanecer largo tiempo en sus fronteras. El viejo Joe y su ejército no consentirían que ni un solo yanqui avanzase hacia el Sur, desde Dalton, por los muchos asuntos que dependían de que todo marchase bien en Georgia. El Estado, intacto hasta entonces, era un vasto granero, una inmensa fábrica y un nutrido almacén de la Confederación. Allí se fabricaba gran parte de la pólvora y de las armas usadas por el Ejército y se manufacturaba la mayoría de los tejidos de lana y algodón. Entre Atlanta y Dalton estaba la ciudad de Roma, con su fundición de cañones, así como Etowah y Allatoona, con los mayores talleres metalúrgicos que había al sur de Richmond. Y en Atlanta no sólo radicaban las fábricas de pistolas y sillas de montar, de tiendas y de municiones, sino también los mayores talleres de laminado, los de los principales ferrocarriles y los más grandes hospitales.

Además, Atlanta era la encrucijada de las cuatro vías férreas que sostenían, en rigor, la vida de la Confederación del Sur.

Así que nadie experimentó una inquietud excesiva. Al fin y al cabo, Dalton estaba lejos, en los confines de Tennessee. Como en Tennessee hacía tres años que se luchaba, la gente se había acostumbrado a pensar en aquel Estado como en un campo de batalla remoto, casi tanto como Virginia o las orillas del Mississippi. Además, entre los yanquis y Atlanta estaba el viejo Joe con sus hombres, y nadie ignoraba que después del general Lee,

una vez muerto Stonewall Jackson, no había general más ilustre que Johnston.

Una tarde de mayo, en la terraza de la casa de la tía Pitty, el doctor Meade resumió el punto de vista de la población civil sobre el asunto, diciendo que Atlanta no tenía nada que temer, ya que el general Johnston cerraba las montañas como un férreo baluarte. Quienes le escuchaban experimentaron emociones diversas, pues mientras se balanceaban ante el crepúsculo, atentos al mágico vuelo de las primeras luciérnagas en la penumbra, sopesaban en sus mentes importantes asuntos. La señora Meade, con la mano apoyada en el brazo de Phil, deseaba que su marido tuviese razón. Sabía que si la guerra se aproximaba, Phil tendría que ir al frente. Tenía dieciséis años y servía en la Guardia Territorial. Fanny Elsing, pálida y con los ojos hundidos desde lo de Gettysburg, procuraba expulsar de su mente la torturadora imagen que la obsesionaba desde meses atrás: el teniente Dallas McLure agonizando en una traqueteante carreta de bueyes, bajo la lluvia, en la larga y terrible retirada de Maryland.

Al capitán Carey Ashburn le dolía de nuevo el brazo inútil y le deprimía el pensamiento de que la conquista de Scarlett siguiera estancada. La situación se mantenía desde que llegaran las noticias del cautiverio de Ashley Wilkes, pero Carey no acertaba a relacionar aquellos dos acontecimientos. Scarlett y Melanie, por su parte, pensaban en Ashley, como hacían siempre, salvo cuando alguna gente, tarea o la necesidad de intervenir en una conversación las obligaba a olvidarlo por un momento, Scarlett pensaba, con amargo desconsuelo: «Debe de haber muerto. Si no, sabríamos algo de él.» Melanie se esforzaba una y otra vez en rechazar el temor que la invadía en el curso de las interminables horas de íncertidumbre: «No puede haber muerto... Yo lo presentiría..., lo sabría...» Rhett Butler, en la sombra, cruzaba negligentemente sus largas piernas, de pies elegantemente calzados, y su rostro moreno permanecía impenetrable. Wade dormía tranquilo en sus brazos con un huesecillo muy limpio en su manita, como un talismán. Cuando estaba Rhett, Scarlett permitía que Wade se acostara tarde, porque el tímido niño quería a Butler y éste, por extraño que pudiera parecer, sentía afecto por él. En general, a Scarlett le desagradaba la presencia del niño; pero éste siempre se comportaba bien cuando estaba en brazos de Rhett. En cuanto a tía Pitty, se esforzaba nerviosamente en disimular un eructo, provocado por la digestión del gallo viejo y correoso que habían cenado.

Aquella mañana, tía Pitty había tomado la penosa decisión de que valía más matar al patriarca del corral que dejarlo morir de viejo y añorando su harén, devorado largo tiempo atrás. Hacía días que el gallo recorría, con la cresta gacha, el solitario gallinero. Cuando el tío Peter le hubo retorcido el cuello, tía Pitty sintió remordimientos al pensar, mientras la familia iba a regalarse con el ave, que muchos de sus amigos llevaban semanas sin comer pollo, y sugirió que invitaran a algunos a la cena. Melanie, que se hallaba en el quinto mes y que no salía nunca, ni recibía invitados desde hacía semanas, se espantó ante tal idea. Pero tía Pitty se mantuvo firme por una vez. Sería un gran egoísmo comerse el gallo solas. Y si Melanie se subía un poco más el aro del miriñaque, nadie notaría nada, ya que aún era muy lisa de busto.

—Pero, tía, yo no quiero ver a nadie mientra Ashley...

—No es igual que si... que si Ashley hubiese fallecido —repuso tía Pitty, no sin un temblor en la voz, pues estaba segura de que Ashley había muerto—. Está tan vivo como tú. Y a ti te conviene tener compañía. Invitaré también a Fanny Elsing. La señora Elsing me ha rogado que haga lo posible para animarla y para que vea a gente.

—Tía, es cruel obligarla cuando hace tan poco que Dallas ha muerto, y...

—Melanie, no me irrites. Me sentiré vejada si te opones. Creo que soy tu tía,

¿verdad? Pues yo sé mejor que tú lo que conviene y quiero celebrar una reunión.

Tía Pitty celebró la reunión, en efecto, aumentada por un huésped que llegó en el último minuto y al que nadie esperaba ni deseaba. En el preciso momento en que el olor del asado llenaba la casa, Rhett Butler, que regresaba de uno de sus misteriosos viajes, llamó a la puerta. Llevaba bajo el brazo una gran caja de bombones envuelta en papel de encaje y un montón de intencionados cumplidos para tía Pitty. No había más remedio que invitarlo a quedarse, aunque tía Pitty sabía perfectamente la opinión que el doctor y su esposa tenían acerca de él y el encono que Fanny experimentaba contra cualquiera que no vistiera uniforme. Sin duda, ni los Meade ni los Elsing le hubiera hablado en la calle; pero en casa de unos amigos comunes tenían que ser atentos con él. Además, Rhett estaba más firmemente que nunca bajo la protección de la frágil Melanie. Desde que él se preocupara de averiguar noticias de Ashley, Melanie había declarado públicamente que su casa estaría abierta para Butler de por vida, por muchos comentarios que hicieran los demás.

El desasosiego de tía Pitty se calmó al ver que Butler se comportaba del mejor modo posible. Dedicó a Fanny tantas deferencias que incluso logró que ella le sonriese. Y la cena transcurrió perfectamente. Fue un festín principesco. Carey Ashburn llevó una cantidad de té que había encontrado, camino de Andersonville, en la tabaquera de un yanqui capturado, y cada uno pudo tomar una taza de infusión, si bien levemente aromatizada a tabaco. Cada uno recibió una porción del viejo y correoso gallo, una regular guarnición de harina sazonada con cebolla, un plato de guisantes secos y abundancia de arroz y salsa, si bien ésta un poco clara, por falta de harina suficiente para darle espesor. Como postre, se sirvió un pastel de batata, seguido por los bombones de Rhett, y cuando éste sacó auténticos habanos para que los señores fumasen mientras bebían sus vasos de licor de moras, todos admitieron que el banquete había sido digno de Lúculo.

Cuando los caballeros se unieron a las señoras en el pórtico de la terraza, la conversación versó sobre la guerra. Entonces se hablaba siempre de lo mismo. Toda charla, todo tema, nacía o acababa a raíz de algún asunto de la guerra. Ora se trataba de sus aspectos tristes, ora de los alegres, pero siempre de la guerra. Idilios de guerra, bodas de guerra, muertes en los hospitales o en el campo, episodios de campamento, marcha y batalla; actos de arrojo o de cobardía, contento, depresión, privaciones y esperanzas. Las esperanzas persistían siempre, firmes a pesar de las derrotas del verano anterior.

Cuando el capitán Ashburn anunció que había solicitado con éxito el traslado de Atlanta al ejército de Dalton, las damas besaron con la mirada su brazo inútil y disimularon el orgullo que les inspiraba declarando que él no podía marchar, porque, en tal caso, ¿quién estaría allí para dedicarles su atención?

El joven Carey se mostró turbado y complacido al oír tales afirmaciones de aquellas matronas y solteronas, como lo eran, respectivamente, la señora Meade y Melanie, la tía Pitty y Fanny, y deseó que los elogios de Scarlett fueran sinceros.

—¡Bah! No tardará en volver —dijo el doctor Meade, pasando un brazo sobre el hombro de Carey—. Bastará una batalla para que los yanquis huyan a la desbandada hacia Tennessee. Y cuando lleguen allí, ya se encargará de ellos el general Forrest. No se alarmen, señoras, con motivo de la proximidad de los yanquis, porque el general Johnston y su ejército cierran las montañas como un férreo baluarte. ¡Sí, un férreo baluarte! —repitió, subrayando la expresión—. Sherman no pasará. Nunca logrará sacar de sus posiciones al viejo Joe.

Las señoras aprobaron sonriendo, porque la más insignificante opinión del doctor pasaba por verdad indiscutible. Al fin y al cabo, los hombres entendían de aquellas cosas

mucho más que las mujeres, y si Meade decía que el general Johnston era un férreo baluarte, debía serlo sin duda. Sólo Rhett tomó la palabra. Desde que acabara la cena había permanecido en silencio, sentado en la penumbra crepuscular, escuchando la charla sobre la guerra, con la boca contraída en una mueca, sin dejar de sostener al niño dormido apoyado en su hombro.

—¿No se dice que Sherman dispone de unos cien mil hombres ahora que acaba de recibir refuerzos?

El doctor le contestó secamente. Había atravesado una dura prueba desde que, al llegar a la casa, encontrara a aquel hombre por quien sentía tan viva aversión, viéndose obligado a comer en su compañía. Sólo el respeto debido a Pittypat y el hallarse bajo su techo le había impedido exteriorizar sus sentimientos más abiertamente. —¿Y qué, señor? —gruñó como respuesta.

—Que creo que el capitán Ashburn ha dicho hace un momento que el general Johnston tenía unos cuarenta mil hombres, contando los desertores a quienes la última victoria ha animado a volver a sus compañías.

—Señor —dijo la señora Meade, indignada—. En el Ejército confederado no hay desertores.

—Perdón —se excusó Rhett, con burlona humildad—. Me refería a los miles de hombres con permiso que se olvidan de volver a sus regimientos y a los que, curados de sus heridas hace seis meses, continúan en sus casas ocupándose de las labores agrícolas de primavera o de sus otros quehaceres habituales.

Sus ojos relampaguearon, irónicos. La señora Meade se mordió los labios. Scarlett se hubiera reído de buena gana de su derrota y de lo limpiamente que Rhett la había hecho callar. Había, en efecto, centenares de hombres escondidos en los pantanos y en las montañas, que desafiaban a la Guardia Nacional a que los obligase a volver a filas. Entre ellos algunos afirmaban que aquélla era «una guerra de ricos hecha por pobres» y que estaban hartos de ella; pero la mayoría eran simplemente hombres que, aunque figuraban como desertores en las listas de sus compañías, distaban mucho de tener la intención de desertar permanentemente. Eran quienes en tres años no habían obtenido una sola licencia, mientras recibían de sus casas cartas en las que, escrito con pésima ortografía, solía leerse: «Tenemos ambre. Este año no ay cosecha. No ay quien haré... Tenemos ambre. Los comisarios se yevan los cochiniyos y ace meses que no recibimos dinero tullo... No bibimos más que de guisantes secos.»

Aquel coro repetía, cada vez más alto: «Todos estamos ambrientos: tu mujer, tus ijos, tus padres. ¿Cuando acabará esto? ¿Cuando volverás ha casa? Estamos hambrientos, hambrientos...» Y cuando en el Ejército, cuyos efectivos disminuían rápidamente, se denegaban permisos, aquellos soldados se iban sin licencia, para arar sus tierras y recoger sus cosechas, reparar sus casas y reconstruir sus cercados. Los oficiales se hacían cargo de la situación y, si preveían una batalla enconada, escribían a aquellos hombres diciéndoles que se reincorporasen a sus compañías y que no se les molestaría para nada. Generalmente, los hombres volvían tras asegurarse de que su familia no pasaría hambre durante los meses inmediatos. Los «permisos para labrar» no eran considerados a la misma luz que una deserción ante el enemigo, pero debilitaban al Ejército en la misma medida.

El doctor Meade se apresuró a llenar el vacío de la desagradable pausa que siguió, diciendo secamente:

—Capitán Butler: la diferencia numérica entre nuestras fuerzas y las del Norte no ha importado nunca. Un confederado vale por doce yanquis.

Las señoras asintieron. Era notorio para todos.

—Eso era cierto al principio de la guerra —dijo Rhett—. Acaso lo sería todavía si los confederados tuviesen munición para sus fusiles, calzado para sus pies y alimentos para su estómago. ¿Verdad, capitán Ashburn?

Su voz seguía sonando dulce, llena de insidiosa humildad. Carey Ashburn parecía molesto, pues también a él le desagradaba Butler. Gustosamente se hubiera puesto al lado del doctor, pero no podía hacerlo. La razón por la que había solicitado que lo trasladasen al frente, a pesar de su brazo inútil, era la conciencia de que la situación era difícil, algo que la población civil ignoraba. Había otros muchos hombres que, cojeando sobre una pata de palo, o con un ojo, algunos dedos o un brazo perdidos, volvían, silenciosamente, desde el comisariado, los servicios de hospitales, correos y ferrocarriles, a sus antiguas unidades de combate, porque les constaba que el viejo Joe necesitaba a todos los hombres disponibles.

Carey no dijo, pues, una sola palabra. En cambio, el doctor Meade, perdiendo el dominio de sí mismo, tronaba:

—Nuestros hombres han luchado ya sin calzado y sin alimento y han ganado victorias. ¡Y ahora volverán a luchar y a vencer! Le digo que el general Johnston no será vencido. Los desfiladeros han sido siempre, desde los tiempos antiguos, el refugio de los pueblos fuertes que sufren una invasión. Acuérdese de... de las Termopilas...

Scarlett se esforzó en comprender, pero no pudo. Las Termopilas no decían nada a su mente.

—Los defensores de las Termopilas murieron todos, ¿verdad, doctor? —preguntó Rhett, haciendo una mueca para contener la risa que asomaba a sus labios.

—¿Pretende insultarme, joven? —¡Por Dios, doctor! No me comprende usted. Me limitaba a pedirle detalles. Recuerdo pésimamente la historia antigua.

—Si es necesario, morirá hasta el último hombre de nuestro Ejército antes de permitir que los yanquis avancen hacia el interior de Georgia —replicó el doctor con acritud—. Pero no hará falta. Bastará un encuentro para que sean arrojados de Georgia.

Tía Pittypat se levantó apresuradamente y rogó a Scarlett que cantase y tocase algo al piano, Veía que la conversación se deslizaba de un modo amenazador hacia aguas profundas y turbulentas. ¡Bien sabía ella que invitar a Rhett a comer traería complicaciones! Siempre surgían disgustos cuando él estaba presente. No comprendía cómo, pero el caso era que ocurrían. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué podría Scarlett encontrar de agradable en aquel hombre? ¿Y cómo podía la pobrecita Melanie defenderlo?

Cuando Scarlett, obediente, entró en el salón, invadió la terraza un silencio, en el que latía una airada repulsa contra Rhett. ¿Cómo era posible que hubiera quien no creyese en la invencibilidad de Johnston y sus hombres? Creerlo así era un deber sagrado. Y aquellos traidores que tuviesen el descaro de no creerlo, lo mínimo que podían hacer era Cerrar la boca.

Scarlett arrancó al teclado algunos acordes y su voz llegó hasta ellos desde el salón, entonando, dulce y tristemente, la letra de una canción popular:

A un hospital de sangre de encahdas paredes, donde muchos soldados moribundos yacían con heridas de bala, granada o bayoneta, el novio de una joven fue conducido un día.

¡El novio de una joven! ¡Adolescente y bravo! ¡Cómo abruma el cansancio su dulce cara pálida! ¡Quépronto apagará la tierra de la tumba la luz desfalleciente de su juvenil gracia!

—«Están sus rizos de oro húmedos y enredados...» —siguió entonando la insegura

voz de soprano de Scarlett.

Pero Fanny se incorporó a medias en su silla y dijo, con voz débil y ahogada:

—¡Canta otra cosa!

El piano enmudeció súbitamente porque Scarlett había quedado abrumada de sorpresa y turbación. Luego, apresuradamente, entonó los primeros acordes de *Guerrera gris;* pero se interrumpió, emitiendo una nota falsa, al recordar que también aquella canción era muy dolorosa. El piano volvió a guardar silencio y Scarlett quedó desconcertada. No recordaba aire alguno que no hablase de muerte, despedida y tristeza.

Rhett se levantó ágilmente, depositó a Wade en el regazo de Fanny y entró en el salón.

—Toque *Mi viejo Kentucky[14]* —sugirió en voz baja.

Scarlett, agradecida, inició la canción. A su voz se unió la excelente voz de bajo de Rhett, y ya desde el segundo verso los que estaban en la terraza respiraron más aliviados, aunque en verdad no podía decirse que se tratara de una melodía alegre:

Sólo unos pocos días de soportar la carga,
la carga que ya nunca nos será ligera...
Algunos vacilantes pasos en el camino,
¡y luego buenas noches, mi Kentucky, mi hogar!

La predicción del doctor Meade resultó cierta... en parte. Johnston permaneció firme, en efecto, en las montañas, a ciento sesenta kilómetros de Atlanta, como un férreo baluarte. Con tanta firmeza resistió y tan reciamente repelió el intento de Sherman de forzar el paso del valle hacia Atlanta que al fin los yanquis se retiraron y celebraron consejo. A continuación, en vista de la imposibilidad de romper las líneas grises mediante un ataque frontal, se pusieron en marcha al amparo de la noche y avanzaron en semicírculo a través de los desfiladeros, esperando *atacar* a Johnston por la retaguardia y cortar el ferrocarril a sus espaldas, en Resaca, veinticinco kilómetros más abajo de Dalton.

Al ver en peligro aquel precioso camino de hierro, los confederados abandonaron las trincheras que tan desesperadamente habían defendido y, a la luz de las estrellas, se dirigieron a Resaca a marchas forzadas por el camino más corto. Cuando los yanquis, bajando de los montes, cayeron sobre los sudistas, éstos los aguardaban, tras nuevos parapetos, montadas las baterías y relampagueantes las bayonetas, como sucediera en Dalton.

Cuando los heridos de Dalton dieron noticias, no siempre coherentes, de la retirada del viejo Joe a Resaca, Atlanta se sintió sorprendida y un tanto turbada. Fue como si una oscura nubécula apareciese hacia el noroeste, la primera nubécula de una tormenta estival. ¿En qué pensaba el general al consentir que los yanquis penetrasen treinta kilómetros más en el interior de Georgia? Como el doctor Meade decía, las montañas eran fortalezas naturales. ¿Por qué el viejo Joe no había detenido ante ellas a los yanquis?

Johnston luchó desesperadamente en Resaca y rechazó a los yanquis de nuevo; pero Sherman, mediante idéntico movimiento de flanqueo, desplegó su numeroso ejército en otro semicírculo, cruzó el río Oostanaula y otra vez atacó el ferrocarril a espaldas de los confederados. De nuevo las tropas grises abandonaron rápidamente sus trincheras de tierra rojiza para defender la vía férrea y, agotados por la falta de sueño, rendidos por las marchas y los combates, y hambrientos, como siempre, realizaron otra marcha acelerada, valle abajo. Alcanzaron la pequeña población de Calhoun, unos diez kilómetros al sur de Resaca, tomaron posiciones ante los yanquis, se atrincheraron y, cuando el enemigo atacó, estaban preparados ya para rechazarlo. El ataque provocó un duro encuentro y los yanquis fueron

repelidos. Los sudistas, extenuados, necesitaban un poco de respiro y descanso; pero no lo tuvieron. Sherman avanzaba inexorablemente, paso a paso, desplegando su ejército en torno al enemigo en una línea curva muy amplia y forzando de nuevo a los sudistas a retirarse para defender la línea férrea que quedaba tras ellos.

Los confederados marchaban medio dormidos, demasiado fatigados la mayoría para poder pensar siquiera. Pero, aunque hubiesen pensado, habrían seguido confiando en el viejo Joe. Sabían que se retiraban, pero sabían que no habían sido derrotados. Lo que ocurría era que no disponían de bastantes hombres para defender sus posiciones y a la vez impedir los movimientos de flanqueo de Sherman. Siempre que los yanquis presentaban combate, los confederados lograban ventaja. Pero resultaba imposible prever cuál iba a ser el final de aquella retirada. El viejo Joe sabía lo que se hacía, y esto les bastaba. Había dirigido la retirada con magistral destreza, perdiendo muy pocos hombres, mientras que los yanquis muertos o capturados eran numerosos. Los sudistas no abandonaron un solo furgón y únicamente perdieron cuatro cañones. Y, sobre todo, conservaban el ferrocarril que se extendía a sus espaldas. A pesar de sus numerosos ataques frontales, cargas de caballería y movimientos laterales, Sherman no había logrado tocar la vía férrea ni con un dedo.

¡El ferrocarril! Sí: aún era de los sudistas aquella delgada cinta de hierro que descendía por el soleado valle hacia Atlanta. Cuando los hombres se tendían a dormir veían serpentear los rieles, brillando débilmente a la luz de las estrellas. Y cuando caían, para morir, la última visión que distinguían sus ojos velados eran los raíles refulgiendo bajo el sol implacable que lanzaba bocanadas de calor a lo largo de la línea. A medida que los grises bajaban por el valle, un ejército de refugiados los precedía. Plantadores y granjeros, ricos y pobres, blancos y negros, mujeres y niños, viejos, moribundos, enfermos, heridos, mujeres embarazadas, se apiñaban en el camino de Atlanta, huían en tren, a pie, a caballo, en coches y furgones cargados de baúles y enseres domésticos. Unos ocho kilómetros por delante del Ejército en retirada, caminaban los refugiados, para detenerse en Resaca, en Calhoun, en Kingston, esperando en cada parada saber que los yanquis habían sido rechazados y que ellos podían tornar a sus hogares. Pero era imposible volver a emprender en sentido inverso la ruta, ardiente de sol. Las tropas grises pasaban ante casas vacías, granjas desiertas, solitarias cabanas con las puertas entornadas. Aquí y allá se encontraban alguna mujer sola, con un grupo de atemorizados esclavos, y todos salían al camino a saludar a las tropas, llevando vasijas de agua de pozo para los hombres sedientos, vendando a los heridos y enterrando a los muertos en sus propios cementerios familiares. Pero la mayor parte del valle soleado estaba desierto y abandonado, y las cosechas, desatendidas, se agostaban en los campos desolados.

Desbordado otra vez de flanco en Calhoun, Johnston retrocedió a Adairsville, donde hubo vivos combates; luego, a Cassville, y después, al sur de Cartersville. ¡Y el enemigo había avanzado cien kilómetros desde Dalton! En New Hope Church, veinticinco kilómetros más allá a lo largo del camino tan rabiosamente disputado, los grises se detuvieron, resueltos a mantenerse firmes. Las líneas azules, incansables, avanzaron como una monstruosa serpiente, extendiéndose, desplegándose, hiriendo furiosamente, retrocediendo cuando se sentían muy dañadas, pero volviendo a atacar otra vez. En New Hope Church se trabó una desesperada batalla, que se sostuvo durante once días de continuas luchas, en cuyo curso todos los ataques yanquis fueron sangrientamente rechazados. Después, Johnston, desbordado por el flanco una vez más, retiró sus debilitadas líneas otros pocos kilómetros al sur.

Los muertos y heridos de los confederados en New Hope Church fueron numerosos.

Los heridos afluían a Atlanta en trenes atestados y la ciudad se espantó. Nunca, ni aun después de la batalla de Chickamauga, había visto la ciudad tantos heridos. Los hospitales se desbordaban y había que colocar a los pacientes en el suelo, sobre balas de algodón, en los almacenes o en otro cualquier lugar que quedara vacío. Todos los hoteles, todas las casas de huéspedes y todas las residencias particulares estaban llenas de heridos. También la tía Pittypat hubo de recibir algunos, no sin protestar por lo improcedente que le parecía acoger a extraños en casa en un momento en que Melanie estaba muy delicada y la vista de aquellos dolorosos espectáculos podía producirle un parto prematuro. Pero Melanie alzó un poco más aún el aro de su miriñaque, para disimular el ensanchamiento de su talle, y los heridos invadieron la casa de ladrillo. Aquello era un interminable cocinar, tender heridos en el lecho, cambiarles de postura, darles aire... Eran inacabables horas de lavar, escoger y arrollar vendajes, larguísimas noches calurosas sin dormir, oyendo el incoherente delirio de los hombres en la habitación inmediata. Finalmente, la abarrotada ciudad no pudo recibir más heridos, y los muchos que seguían llegando eran enviados a los hospitales de Macón y Augusta.

Aquel aluvión de heridos que transmitían inquietantes noticias, y la creciente marea de asustados refugiados que se apiñaban en la ya superpoblada ciudad, sumieron a Atlanta en un extraordinario bullicio. La nubécula en el horizonte se había convertido en una vasta y sombría nube de tormenta y con su aproximación se filtraba en los espíritus un viento helado.

Nadie había perdido la fe en la invencibilidad del Ejército, pero todos, al menos la población civil, habían perdido la fe en el general. ¡New Hope Church estaba sólo a cincuenta y seis kilómetros de Atlanta! El general se había retirado, con los yanquis a sus talones, ciento cinco kilómetros en tres semanas. ¿Por qué no los contenía en vez de batirse siempre en retirada? Era un loco, si no algo peor. Los viejos barbudos de la Guardia Territorial y los miembros de la Milicia del Estado, muy a salvo en Atlanta, insistían en que ellos hubieran dirigido con más inteligencia la campaña y trazaban mapas sobre los manteles para probar mejor sus asertos. El general, a medida que se vía forzado a retroceder y veía diezmarse las líneas de sus tropas, apelaba desesperadamente al gobernador Brown para que le enviase todos los hombres disponibles; pero las fuerzas del Estado se sentían seguras. Al fin y al cabo, el gobernador se había negado a acceder a igual petición de Jeff Davis. ¿Por qué había de atender al general Johnston?

¡Lucha y retirada, lucha y retirada! Durante veinticinco días y a lo largo de ciento diez kilómetros, los confederados habían combatido casi diariamente. Ahora las tropas grises volvían la espalda a New Hope Church, y esto era un simple recuerdo en una loca confusión de análogas remembranzas; calor, hambre, polvo, fatiga, sonar de pisadas sobre los rojizos caminos llenos de surcos, chapoteos en el barro rojo, retirada, atrincheramiento, lucha... New Hope Church era ya una pesadilla de otra vida, y lo mismo Big Shanty, donde los sudistas hicieron frente a los yanquis, atacándolos como demonios. Pero, aunque se combatiese a los yanquis hasta que todo el campo se cubriera de muertos con uniforme azul, siempre quedaban más yanquis, más yanquis de refresco, siempre persistía aquel siniestro curvarse de las líneas azules hacia la retaguardia confederada, hacia el ferrocarril... ¡y hacia Atlanta! Desde Big Shanty, las tropas, extenuadas y soñolientas, se retiraron camino abajo hasta los montes Kennesaw, próximos a la pequeña población de Marietta, y allí desplegaron sus líneas formando un arco de quince kilómetros. En las escarpadas laderas de la montaña cavaron sus trincheras y plantaron sus baterías en las alturas dominantes. Los hombres, sudorosos, entre juramentos, arrastraron los pesados cañones por

abruptas laderas inaccesibles para los mulos. Los emisarios y heridos que llegaban a Atlanta daban seguridades a los empavorecidos ciudadanos. Las alturas de Kennesaw eran inexpugnables. Lo mismo ocurría con el Monte del Pino y el Monte Perdido, próximos a Kennesaw y que también habían sido fortificados. Los yanquis no podrían desalojar de allí a los soldados del viejo Joe y les sería difícil flanquearlos ahora, porque las baterías situadas en lo alto de los montes dominaban todos los caminos en una extensión de varios kilómetros. Atlanta respiró, aliviada, pero...

¡Pero los montes de Kennesaw estaban solamente a cuarenta kilómetros!

El día en que los primeros heridos de Kennesaw llegaron a Atlanta, el carruaje de la señora Merriwether se detuvo ante la casa de la tía Pittypat a la increíble hora de las siete de la mañana y el negro tío Levi transmitió la orden de que Scarlett se vistiera inmediatamente y fuese al hospital. Fanny Elsing y las hermanas Bonnel, despertadas muy temprano de un sueño harto ligero, bostezaban en el asiento posterior y la Mamita de las Elsing iba sentada con aspecto melancólico en el pescante, con un cesto de vendas recién lavadas sobre el regazo. Scarlett se levantó a disgusto. Había estado danzando hasta la madrugada en la reunión dada por la Guardia Nacional y tenía cansadísimos los pies. Maldijo en su interior a la infatigable señora Merriwether, a los heridos y a toda la Confederación del Sur, mientras Prissy le abotonaba su más viejo y estropeado vestido de algodón, que era el que solía usar Scarlett para su tarea en el hospital. Bebió el amargo brebaje de grano tostado y batatas secas que pasaba por café y bajó a reunirse con las muchachas.

Estaba harta de su misión de enfermera. Ese mismo día se había propuesto decir a la señora Merriwether que Ellen le había escrito pidiéndole que fuese a hacer una visita a casa. Pero fue trabajo perdido, porque la digna matrona, con los brazos arremangados y la corpulenta figura envuelta en una amplia bata, le dirigió una severa mirada y dijo:

—Evíteme oírle más tonterías, Scarlett Hamilton. Escribiré hoy a su madre diciéndole que me es usted muy necesaria, y estoy segura de que ella se hará cargo y usted se quedará aquí. Ahora póngase la bata y vaya con el doctor Meade. Necesita que le ayude alguien a vendar heridos.

«¡Dios mío! —pensó Scarlett con horror—. Eso es lo peor de todo. Mamá me hará quedar aquí y yo me moriré si sigo aspirando más tiempo estos hedores. Quisiera ser una vieja para poder tiranizar a las jóvenes, en vez de ser tiranizada yo... ¡Y así podría decir a estas viejas brujas, como la Merriwether, que se fuesen a paseo!»

Sí, estaba harta del hospital, de sus odiosos hedores, de los piojos, de presenciar dolores y ver cuerpos sucios. Si alguna vez encontró algo de romántico y novelesco en ser enfermera, esto se había disipado hacía más de un año. Además, aquellos hombres heridos en la retirada no eran tan atractivos como lo habían sido los otros. No mostraban el menor interés por ella y apenas sabían decir otra cosa que: «¿Cómo va la lucha? ¿Qué hace ahora el viejo Joe? ¡Cuidado que es listo el viejo Joe!» Pero ella no opinaba que el viejo Joe fuese listo. Lo único que había hecho era dejar que los yanquis penetrasen ciento cuarenta kilómetros en Georgia.

No, aquellos heridos no tenían nada de atractivo. Además, muchos de ellos morían, y lo hacían rápido, en silencio, carentes casi en absoluto de fuerzas para combatir el envenenamiento de su sangre, la gangrena, la tifoidea o la neumonía que contrajeran antes de poder llegar a Atlanta y ser atendidos por los médicos.

El día era caluroso. Por las ventanas abiertas entraban enjambres de moscas, moscas enormes e insistentes que quebrantaban más el ánimo de los pacientes que los dolores que padecían. El hedor y el espectáculo de los sufrimientos oprimían cada vez más a Scarlett. El

sudor empapaba su vestido recién almidonado mientras, con un recipiente en la mano, seguía al doctor Meade.

¡Oh, la náusea de tener que permanecer junto al doctor mientras éste, con el brillante bisturí, cortaba la carne lacerada! ¡Oh, el horror de oír los gritos que llegaban de la sala de operaciones cuando se practicaba una amputación! ¡Y aquel desalentador sentimiento de compasión ante el aspecto de los rostros, tensos y palidísimos, de los hombres medio destrozados, de aquellos hombres que esperaban que el doctor se dirigiese a ellos, de aquellos hombres en cuyos oídos resonaban los gritos de los demás mientras aguardaban las aterradoras palabras: «Lo siento muchacho, pero hay que cortar esa mano... Sí, sí, ya lo sé; pero ¿ves estas señales encarnadas? Hay que sacar todo esto...»

El cloroformo andaba tan escaso que sólo se usaba para las amputaciones graves, mientras que el opio se consideraba objeto precioso, únicamente empleado para hacer más dulce la muerte de los agonizantes, no para aliviar el dolor de los vivos. Faltaban la quinina y el yodo. Sí; Scarlett estaba harta, y hubiera deseado poder alegar como Melanie la excusa de un embarazo, única que era socialmente aceptable para las enfermeras en aquellos días.

Cuando llegó el mediodía se quitó la bata y se escabulló del hospital, sintiéndose incapaz de resistir más tiempo. Había aprovechado que la señora Merriwether estaba ocupada escribiendo la carta de un montañés analfabeto. No, Scarlett no podía más. Aquello constituía una verdadera tortura. Además, sabía que cuando llegase el tren de la tarde traería más heridos, con lo que habría faena hasta bien entrada la noche y probablemente pasaría el día entero sin comer.

Caminando a buen paso, se dirigió a la calle Peachtree, respirando el aire puro tan profundamente como se lo permitía su corsé, excesivamente apretado. Se detuvo en la esquina, insegura sobre lo que debía hacer. Le avergonzaba regresar ahora a casa de la tía Pittypat, pero estaba resuelta a no volver aún al hospital. En aquel momento pasó Rhett Butler conduciendo un pequeño carruaje.

—Parece usted la hija del trapero —comentó él, fijando los ojos en el remendado vestido de algodón de la joven, empapado en sudor y salpicado aquí y allá del agua que ella había llevado en un gran recipiente, Scarlett se sintió furiosa, confusa, indignadísima ¿Por qué había de fijarse siempre Rhett en los vestidos de las mujeres y por qué tenía la rudeza de mencionar de aquella manera el presente desaliño de la joven?

—No quiero oírle una palabra más. Déjeme subir y lléveme a cualquier sitio donde nadie me vea. No vuelvo al hospital aunque me ahorquen. ¡Dios mío! Yo no he provocado esta guerra y no veo por qué tengo que trabajar hasta matarme, y...

—¡Caramba! ¿Conque es usted una traidora a nuestra gloriosa Causa?

—Dijo la sartén al cazo... Vamos, ayúdeme a subir. No me importa adonde vaya. Sólo quiero que me saque de aquí por un rato.

El saltó al suelo y Scarlett pensó súbitamente en lo agradable que era ver a un hombre entero, sin un ojo o un miembro de menos, que no estaba blanco por el dolor ni amarillo por la malaria, sino que parecía sano y bien nutrido. Y además vestía muy elegantemente. La levita y el pantalón eran del mismo paño, y se le ajustaban perfectamente, sin colgarle ni venirle estrechos, casi hasta estallar, como solía suceder a los demás. Aquel traje estaba nuevo, no desgarrado ni con agujeros que permitiesen ver partes de piel desnuda o piernas llenas de vello. Dijérase que Rhett no tenía preocupación alguna en el mundo, algo que ya de por sí era extraordinario en aquellos días en que todos los hombres estaban tan disgustados e inquietos y con un aspecto tan sombrío. Su cara morena presentaba una expresión jovial, y su boca, de labios rojos, tan bien formada como la de

una mujer, y francamente sensual, sonreía distraídamente mientras ayudaba a Scarlett a subir al carruaje. Los músculos de su cuerpo vigoroso se acusaban bajo el traje bien cortado. Como siempre, la sensación de su gran robustez física impresionó a Scarlett reciamente cuando él se sentó a su lado. Miró los hombros de Rhett, rotundos bajo la fina ropa, fascinada y hasta un poco temerosa. El cuerpo del hombre rebosaba energía y dureza, tanto como sagacidad su mente. Emanaba de todo él una vitalidad gallarda, elástica e indolente a la vez, como la de una pantera que se estirase al sol, pronta a saltar y herir.

—De modo, traidorcilla —dijo él, fustigando al caballo—, que se ha pasado la noche bailando con los militares, dándoles cintas y rosas y diciéndoles que estaba dispuesta a morir por la Causa, y luego, apenas se trata de vendar unas pocas heridas y de quitar unos cuantos piojos, despeja usted el campo apresuradamente, ¿eh?

—¿No puede usted hablar de otra cosa e ir más de prisa? Sólo me foliaría que el abuelo Merriwether saliese ahora, me viera y se lo dijese a la vieja, quiero decir a la señora Merriwether.

Rhett fustigó la jaca y el animal trotó vivamente a lo largo de Five Points y atravesó la vía férrea que divide la ciudad en dos partes. Había llegado el tren lleno de heridos y los sanitarios trabajaban activamente bajo el sol ardiente, transportando heridos a las ambulancias y a los furgones cubiertos. Aquel espectáculo no hizo sentir remordimientos a Scarlett, sino un gran alivio al pensar que se había librado de ello. —Estoy harta y cansada del hospital —dijo, recomponiéndose las faldas y anudándose más prietas bajo la barbilla las cintas del sombrero—. Cada día llegan más heridos. La culpa es del general Johnston. Si hubiese detenido a los yanquis en Dalton...

—¡Pero si los ha detenido, niña ignorante! Sólo que, de haber insistido en quedarse allí, Sherman le habría flanqueado, aplastándole entre las dos alas de su ejército. Y se habría perdido el ferrocarril, que es precisamente lo que Johnston defiende.

—En cualquier caso —repuso Scarlett, con quien no tenía sentido hablar de estrategia, de la que no entendía nada—, la culpa sigue siendo suya. Creo que bien podía haber hecho algo, y opino que debía quitársele el mando. ¿Por qué no sigue luchando en vez de retirarse?

—Ya veo que también usted, como los demás, grita: «¡Que le corten la cabeza!» Y todo porque no puede hacer imposibles. En Dalton era Jesús, el Salvador, y en los montes Kennesaw es Judas, el Traidor. Todo ello en seis semanas. Si consiguiese hacer retrocer treinta kilómetros a los yanquis, volvería a ser Jesús. Pero Sherman, hijita, tiene el doble de hombres y puede perder dos por cada uno de nuestros valientes muchachos. En cambio Johnston no puede perder un solo hombre y necesita angustiosamente refuerzos. ¿Y cuáles podrían enviarle? ¿Los niños mimados de Joe Brown? ¿Las tropas territoriales? ¡Vaya una ayuda que serían!

—¿Es cierto que van a llamar a la Milicia? ¿Y a la Guardia Territorial? ¿Sabe usted algo de eso? Yo no he oído nada.

—Circula un rumor sobre eso. Un rumor que ha llegado esta mañana en el tren de Milledgeville. La Milicia y la Guardia Territorial parece que van a ser enviadas al general Johnston para reforzarle. Sí, los niños mimados del gobernador Brown acabarán teniendo que oler la pólvora al fin, e imagino que la mayoría de ellos van a quedar muy sorprendidos. Seguramente no esperaban entrar nunca en batalla. El gobernador les había prometido que no irían. ¡Así que van a divertirse! Se creían seguros desde que el gobernador se enfrentó con Jeff Davis y rehusó enviarlos a Virginia. Afirmaba que los necesitaba para defender su Estado. ¿Quién iba a imaginar que la guerra iba a colársenos

por las puertas y que ellos, en efecto, tendrían que defender su propio Estado?

—¿Cómo puede burlarse de todo eso, hombre implacable? ¡Piense en los viejos y en los muchachitos de la Guardia Territorial! Ya ve: tendrán que ir el pobre Phil Meade, tan niño, y el abuelo Merriwether, y el doctor Meade.

—Yo ahora no hablaba de los niños y de los veteranos de la guerra de México. Hablaba de los valerosos jóvenes como William Guiñan, a los que les gusta lucir un hermoso uniforme y agitar el sable...

—¿Y, entonces, usted...?

—No crea que me ofende en lo más mínimo, hija. Yo no llevo uniforme ni agito el sable y la suerte de la Confederación me tiene completamente sin cuidado. No pertenezco a la Guardia Territorial ni a ejército alguno. Ya tuve bastante de asuntos militares con mi estancia en West Point. ¡Bastante para el resto de mi vida! En fin: deseo mucha suerte al viejo Joe. El general Lee no puede ayudarle porque los yanquis ya le dan bastante que hacer en Virginia. De modo que Johnston no puede recibir otros refuerzos que las tropas del Estado de Georgia. Y merece algo mejor, porque es un gran estratega. Siempre acierta a situarse en mejores posiciones que los yanquis. Pero no tendrá más remedio que seguir retrocediendo para proteger el ferrocarril, y (fíjese en lo que le digo) si los yanquis logran arrojarle de las montañas a la llanura de Atlanta le causarán una matanza horrenda.

—¡La llanura de Atlanta! —exclamó Scarlett—. ¡Los yanquis no llegarán nunca hasta aquí!

—Kennesaw está sólo a cuarenta kilómetros, y por mi parte le apuesto...

—¡Mire, Rhett, mire allí abajo, en el camino! ¡Qué multitud! Y no son soldados. ¿Qué podrá ser? ¡Pero sí son negros!

Una gran nube de polvo rojizo avanzaba por el camino y de ella llegaba el ruido de numerosas pisadas y de más de un centenar de voces de negros, roncas y profundas, que entonaban un himno. Rhett apartó el carruaje a un lado del camino y Scarlett miró con curiosidad el grupo de sudorosos hombres de color, con picos y palas al hombro, a quienes conducían un oficial y una escuadra de soldados con las insignias del cuerpo de ingenieros.

—¿Quiénes podrán ser...? —empezó ella de nuevo. Sus ojos entonces se fijaron en un negro que iba en primera fila, cantando. Era un verdadero gigante, de metro noventa y cinco de estatura, de piel negra como el ébano, que caminaba con la gracia salvaje de un vigoroso animal. Sus blancos dientes relampagueaban cuando abría la boca al cantar *¡Desciende, oh Moisés!* Seguramente no había en el país un negro tan alto y de tan fuerte voz sino Big Sam, el capataz de Tara. Pero ¿qué hacía Big Sam aquí, tan lejos de casa, especialmente ahora que no había capataz blanco en la plantación y Sam era el brazo derecho de Gerald? Scarlett se incorporó en su asiento para ver mejor y entonces el gigante la descubrió y en su negro rostro se dibujó una alegre expresión: la había reconocido. Se detuvo, dejó caer la pala y avanzó hacia ella llamando a los negros más próximos a él:

—¡Dios omnipotente! ¡Si es la señorita Scarlett! ¡Elias, Profeta, Apóstol! ¡Es la señorita Scarlett!

En las filas hubo cierta confusión. La muchedumbre se detuvo, indecisa, haciendo gestos alegres, y Big Sam, seguido de otros tres corpulentos negros, cruzó corriendo el camino hacia el coche, seguidos por el oficial, que gritaba:

—¡Volved a las líneas! ¡Volved o ya veréis...! ¡Ah, si es la señora Hamilton! Buenos días, señora; buenos días, señor. ¡Está usted provocando un verdadero motín, una insubordinación, señora! ¡Y bien sabe Dios el trabajo que me han dado estos muchachos toda la mañana!

—No les reprenda, capitán Randall. Son de nuestra casa, de Tara. Éste es Big Sam, nuestro capataz, y éstos, Elias, Apóstol y Profeta. Es comprensible que quieran hablarme. ¿Cómo estáis muchachos? ¿Adonde vais?

Estrechó la mano a todos. Su manecita blanca desaparecía en las grandes palmas negras. Los cuatro, contentísimos del encuentro, explicaban orgullosos a sus compañeros, lo buena y lo bella que era la señorita Scarlett.

—¿Qué hacéis tan lejos de Tara? ¡Seguramente os habéis escapado! ¡Va a haber que poneros grilletes para aseguraros! Ellos rieron, complacidos de la broma.

—¿Escaparnos? —contestó Big Sam—. No, señorita, no nos hemos escapado. Han ido a buscarnos, porque somos los más grandes y fuertes de Tara. —Y exhibió, orgulloso, sus dientes blancos—. Sobre todo, me buscaban a mí, por lo bien que canto. Sí, señora; fue a buscarnos el señor Frank Kennedy. —¿Por qué, Sam?

—¡Caramba, señorita Scarlett! ¿No lo sabe? Vamos a hacer agujeros para que los señores blancos se escondan en ellos cuando lleguen los yanquis.

El capitán Randall y los ocupantes del coche hubieron de reprimir la risa al escuchar aquella ingenua explicación de que los negros iban a abrir trincheras.

—El señor Gerald no quería dejarme marchar, porque decía que no podía hacer nada sin mí. Pero la señora Ellen dijo: «Lléveselo, señor Kennedy. La Confederación necesita a Big Sam más que nosotros.» Y me dio un dólar y me dijo que hiciera todo lo que los señores blancos me mandaran. Y por eso estamos aquí. —¿Por qué esto, capitán Randall?

—Es muy sencillo. Tenemos que reforzar las fortificaciones de Atlanta con más kilómetros de trincheras y el general no puede sacar hombres del frente para cavarlas. Y se están buscando los negros más robustos de la comarca para ello. —Pero una glacial insinuación de horror oprimió el pecho de Scarlett. ¡Más kilómetros de trincheras! ¿Para qué hacían falta más? El año último se habían construido, en torno a Atlanta, a casi dos kilómetros del centro de la ciudad, una serie de grandes reductos de tierra, con emplazamientos para baterías. Aquellas vastas obras, enlazadas con trincheras y pozos de tirador, se prolongaban, kilómetro, tras kilómetro rodeando por completo la plaza. ¡Más trincheras!

—Pero... ¿qué necesidad hay de que nos fortifiquemos más todavía? No creo que haga falta. Seguramente el general no permitirá que... —Nuestras fortificaciones actuales están muy cerca de la ciudad —dijo Randall, conciso—. O sea, que resultan demasiado próximas para defenderlas cómodamente... y con seguridad. Las nuevas llegarán bastante más lejos. Porque otra retirada, ya lo comprende usted, traería a nuestros hombres hasta Atlanta.

En el acto deploró su última observación, al ver los ojos de Scarlett dilatarse de espanto.

—Claro que seguramente no habrá más retiradas —se apresuró a añadir—. Las líneas que rodean Kennesaw son inexpugnables. Las baterías están colocadas en lo alto de las montañas y dominan todos los caminos, así que los yanquis no podrán forzar el paso.

Pero Scarlett vio que Randall bajaba los ojos ante la penetrante y a la vez indolente mirada de Rhett y se acongojó. Recordó la afirmación de Rhett: «Si los yanquis logran arrojarlo de las montañas a la llanura de Atlanta, le causarán una matanza horrenda.» —¿Usted cree, capitán?

—Claro que no. No se preocupe ni por un momento. El viejo Joe cree oportuno tomar todas las precauciones posibles y ésa es la única razón de que se hagan más

trincheras... Bien: hemos de irnos. Encantado de verla... Muchachos, despedios de vuestra señorita, y en marcha.

—Adiós, muchachos. Si enfermáis u os lastimáis o si os pasa cualquier cosa, avisadme. Yo vivo al final de la calle Peachtree. Es casi la última casa de la ciudad. Esperad un momento. —Y buscó en su monedero—. ¡No llevo ni un centavo! Déjeme unas monedas, Rhett. Toma, Sam, compra tabaco para ti y para los muchachos. Sed buenos y obedeced al capitán Randall.

La fila dispersa volvió a formarse, y de nuevo se alzó la nube de polvo rojizo cuando reemprendieron la marcha y Big Sam reanudó su cántico:

¡Desciende, Moisés, desciende
a las tierras de Egipto!
¡Y di al viejo Faraón
que nos deje marchar libres!

—Rhett, el capitán Randall me ha mentido... Me ha mentido como todos los hombres mienten a las mujeres, por temor a nuestros desmayos. ¿No es cierto que me oculta la verdad? Si no hay peligro, ¿a qué vienen estas nuevas fortificaciones? ¿Y está el Ejército tan escaso de hombres que necesita recurrir a los negros?

Rhett fustigó la yegua.

—El Ejército están condenadamente escaso de hombres. ¿Por qué se llamaría, si no, a la Guardia Territorial? Y en cuanto a las trincheras, o como quiera usted llamarlas, se preparan para caso de sitio. El general se dispone a efectuar aquí su última resistencia.

—¿Un sitio? ¡Oh, haga volver el caballo! ¡Me voy a Tara inmediatamente!

—¿A santo de qué?

—¡Un sitio! ¡Un sitio, Dios mío! ¡Yo sé lo que es eso! Papá estuvo en uno (o no sé si fue el abuelo) y me ha hablado de ello...

—¿Qué sitio fue?

—El de Drogheda, cuando Cromwell asedió a los irlandeses. Papá dice que no tenían qué comer y que caían muertos de hambre en las calles. Al fin se comieron todos los gatos y ratas, y hasta los bichos más asquerosos. Y papá dice que acabaron comiéndose los unos a los otros, aunque yo no he sabido nunca si eso podía creerlo o no. Y cuando Cromwell tomó la ciudad, todas las mujeres fueron... ¡Un sitio! ¡Madre de Dios!

—Es usted la joven más disparatadamente ignorante que he visto en mi vida. El sitio de Drogheda ocurrió en el año mil seiscientos y Pico y su padre no podía vivir entonces. Además, Sherman no es Cromwell.

—No; pero es peor. Se dice... —Y en cuanto a los estrafalarios manjares que los irlandeses comieron durante el asedio... tanto me da comer un buen ratón en su salsa como uno de los platos que últimamente me sirven en el hotel. Creo que acabaré volviéndome a Richmond. Allí hay buena comida si se tiene dinero para pagarla.

Y sus ojos reían ante el terror que delataba la faz de Scarlett. Ésta, enojada, por haberlo exteriorizado, exclamó:

—¡No sé por qué ha estado tanto tiempo aquí! No piensa usted más que en estar cómodo y en comer... y en cosas por el estilo.

—No conozco mejor modo de pasar el tiempo que comiendo y... haciendo cosas por el estilo —repuso Rhett—. Y, en cuanto a quedarme aquí, se debe a que he leído muchas descripciones de asedios, de ciudades cercadas y todo eso, pero nunca lo he presenciado. Así que creo que me quedaré para asistir a ello. No es fácil que resulte herido, puesto que no soy combatiente, y al final habré vivido una experiencia más. Las experiencias nuevas,

Scarlett, son muy útiles, porque Henrycen el espíritu.

—Mi espíritu está bastante Henrycido ya...

—Nadie lo sabe mejor que usted, pero yo diría..: En fin, me callo, por no ser grosero... Acaso también se me presente ocasión de salvarla durante el asedio. Yo no he salvado nunca a una mujer en peligro. Y también ello constituiría una nueva experiencia.

Scarlett comprendía que Rhett la embromaba, pero a la vez advertía cierta seriedad en sus palabras. Movió la cabeza.

—No necesito que nadie me salve. ¡Muchas gracias! Sé cuidarme yo misma.

—No diga eso, Scarlett. Piénselo, si quiere, pero nunca se lo diga a un hombre. Es lo que resulta molesto en las muchachas yanquis. Serían encantadoras si no se pasasen la vida diciéndole a uno que no le necesitan, que gracias... Y el caso, ¡válgame Dios!, es que suelen decir la verdad. Y, claro, los hombres las dejan que se las arreglen solas.

—¡Va usted muy lejos! —dijo ella, fríamente, ya que no existía en el Sur insulto peor para una mujer que ser comparada a una mujer yanqui—. Creo que exagera usted cuando habla de un asedio. Le consta que los yanquis no llegarán nunca a Atlanta.

—Estarán aquí este mismo mes. Le apuesto una caja de bombones contra... —Y sus ojos oscuros se fijaron en los labios de la joven—. Contra un beso.

Por un breve instante, el temor de la invasión yanqui oprimió el corazón de Scarlett; pero la palabra «beso» le hizo olvidar rápidamente tal temor. Ahora se sentía en terreno conocido y mucho más interesante que las operaciones bélicas. Exprimió, no sin trabajo, una sonrisa de triunfo. Desde el día en que le regalara el sombrero verde, Rhett no había hecho ni dicho nada que pudiese interpretarse como propio de un enamorado. Eludía siempre conversaciones personales, aunque ella se esforzaba en iniciarlas. Y ahora, sin que ella le provocase, hablaba de besos...

—No me agradan estas conversaciones —repuso Scarlett secamente y frunciendo el ceño—. Y, además, preferiría besar a un cerdo antes que a usted.

—Aquí no se trata de preferencias. Por otra parte sé que los irlandeses tienen gran simpatía por los cerdos. Creo que hasta los meten debajo de la cama... Lo malo, Scarlett, es que tiene usted urgente necesidad de besos. Todos sus galanes la han respetado demasiado, Dios sabe si porque la temían o porque usted se comportaba debidamente. El resultado es que procede usted con una altanería insoportable. Usted necesita que la besen y que lo haga alguien que sepa hacerlo bien.

La conversación no seguía el camino que Scarlett hubiera querido. Siempre le pasaba lo mismo con él. Era como un duelo en el que ella llevaba la peor parte.

—Y usted se considera la persona apropiada, ¿no? —dijo, sarcásticamente, reprimiendo a duras penas su enojo.

—Sí, si quisiera tomarme la molestia —repuso él, negligente—. Las mujeres dicen que sé besar bastante bien...

—¡Oh! —exclamó ella, airada ante aquel desprecio a sus encantos—. ¿Es posible que...?

Pero bajó los ojos, turbada, súbitamente. Él sonreía, mas en el fondo de sus ojos oscuros relampagueo un resplandor brillante y débil, cual una incipiente llamita.

—Supongo que se habrá usted extrañado con frecuencia de que yo no intentara una continuación de aquel casto beso que le di el día que le llevé el sombrero.

—Nunca he...

—Entonces, Scarlett, no es usted una muchacha sensible, y lo siento. Todas las muchachas sensibles se extrañan cuando los hombres no tratan de besarlas. Saben que no

deberían desearlo y que deben considerarse ofendidas si un hombre lo intenta..., pero no por eso dejan de anhelarlo. Anímese, querida. Algún día la besaré y a usted le agradará. Pero ahora no. Le ruego que no sea tan impaciente.

Sabía que él se mofaba y, como siempre, sus burlas la ponían furiosa. Además, en cuanto él decía había tanta verdad como siempre. Pero esto tenía que terminar. Si alguna vez era tan insolente que osara tomarse libertades con ella, se lo mostraría.

—¿Tiene la amabilidad de dar la vuelta, capitán Butler? Deseo regresar al hospital.

—¿De verdad, hermoso ángel consolador? ¿Así que prefiere piojos y manchas a charlar conmigo? Muy bien: ¡lejos de mí el impedir a unas manos laboriosas que trabajen por nuestra gloriosa Causa! Hizo girar el caballo y volvió a Five Poínts.

—El motivo de que no lo volviera a intentar —continuó, amablemente, como si ella no le hubiese hecho entender que daba la conversación por terminada— es que yo estaba esperando que madurase usted un poco más. Yo soy muy refinado en mis placeres. Besarla a usted ahora no me agrada mucho. Nunca me ha atraído besar a las niñas.

Reprimió una sonrisa al ver, con el rabillo del ojo, la violencia con que palpitaba el pecho de Scarlett.

—Y además —prosiguió, suavemente— esperaba que el recuerdo del estimable Ashley Wilkes se disipara algo más.

La mención del nombre de Ashley hizo brotar en Scarlett una repentina pena. Sintió que le abrasaban los párpados ardientes lágrimas. ¿Disiparse el recuerdo de Ashley? No, nunca se disiparía, aunque llevase mil años muerto. Pensó en Ashley herido, agonizando en una lejana prisión yanqui, sin manta que le cubriese, sin nadie que le quisiera y apretase su mano... Y entonces sintió odio hacia el hombre bien nutrido que se sentaba a su lado, y que le hablaba con un sarcasmo casi a flor de su voz untuosa. Calló, demasiado enojada para hablar, y rodaron algún tiempo en silencio.

—Ahora he comprendido verdaderamente todo lo que se refiere a usted y a Ashley —continuó Rhett, al fin—. Desde que todo empezó con aquella tan poco elegante escena en Doce Robles, he tenido los ojos muy abiertos y he aprendido muchas cosas. ¿Cuáles? Pues que usted alberga hacia él una romántica pasión de colegiala a la que él corresponde en la medida que su honorable carácter se lo consiente. Y que la señora Wilkes no sabe nada y que, entre los dos, la están obligando a hacer un lindo papel... Yo lo comprendo todo, excepto una cosa, que pica mi curiosidad. El honorable Ashley, ¿ha puesto alguna vez en peligro la salvación de su alma dándole un beso?

Ella sólo contestó con un silencio de tumba y una desviación de cabeza.

—Bien: entonces la ha besado. Supongo, que sería cuando estuvo aquí de permiso. Y, ahora que probablemente ha muerto, guarda usted el recuerdo de ese beso en su corazón. Pero estoy seguro de que concluirá por olvidarlo, y entonces, yo...

Ella se volvió, enfurecida:

—¡Vayase a paseo! —dijo, rabiosa, con sus verdes ojos relampagueantes de ira—. Déjeme que baje de este coche o me tiro de él saltando sobre las ruedas. No volveré a dirigirle la palabra en mi vida.

Rhett detuvo el coche; pero antes de que pudiese ayudarla, ella saltó al suelo. El miriñaque se encajó en la rueda y por un momento la multitud que transitaba por Five Points tuvo una rápida visión de enaguas y pantalones de mujer. Rhett se inclinó y la liberó hábilmente. Ella echó a correr sin una palabra, sin volverse una sola vez para mirarle. Butler rió quedamente y fustigó el caballo.

18

Por primera vez desde que empezara la guerra, Atlanta pudo oír el fragor de la batalla. Temprano, de mañana, antes de que despertasen los rumores de la población, se oía débilmente el cañón de los montes Kennesaw, con un retumbar apagado y lejano comparable al trueno de una tormenta de estío. A veces sonaba con más fuerza, y entonces se imponía sobre el ruido del tráfico del pleno día. La gente trataba de no escucharlo, esforzándose en hablar, reír y ocuparse de sus quehaceres como si los yanquis no estuvieran a cuarenta kilómetros de distancia. Pero aquel fragor resonaba sin cesar en los oídos de todos. La población en masa tenía un aspecto inquieto. Cualquier que fuera su ocupación todos escuchaban, escuchaban, y sus corazones experimentaban repentinos sobresaltos cien veces al día. ¿No sonaba más reciamente el cañón? ¿O acaso lo imaginaban? ¿Podría el general Johnston rechazar a los yanquis esta vez? ¿Podría?

El pánico latía bajo la superficie. Los nervios, sometidos a una tensión cada día mayor durante la retirada, estaban a punto de estallar. Nadie hablaba de temor, ya que esté tema era un verdadero tabú; pero la tensión nerviosa se aliviaba en duras críticas al general. Una verdadera fiebre excitaba la opinión pública. Sherman estaba, literalmente, a las puertas de Atlanta. Otra retirada llevaría a los confederados a la ciudad.

¡Dadnos un general que no se retire! ¡Dadnos un general que resista y combata!

Con el lejano retumbar del cañón en los oídos, la Milicia del Estado, a la que se llamaba «los niños mimados de Joe Brown», y la Guardia Territorial, salieron de Atlanta para defender los puentes y pasos del río Chattahoochee, en la retaguardia de Johnston. El día era triste y gris. Mientras las fuerzas marchaban por Five Points y por la carretera de Marietta adelante, comenzó a llover. Toda la ciudad había acudido a verlos marchar y la gente se apiñaba bajo los soportes de madera de los toldos de las tiendas de la calle Peachtree, para despedirlos. Scarlett y Maybelle Merriwether habían obtenido permiso para dejar el hospital e ir a despedir las tropas, ya que el tío Henry Hamilton y el abuelo Merriwether pertenecían a la Guardia Territorial. Se juntaron con la señora Meade, oprimidas entre la multitud, alzadas de puntillas para ver mejor. Scarlett, aunque compartiera el universal deseo sudista de creer que las cosas marcharían del mejor modo posible, y que todo transcurriría de manera conveniente y tranquilizadora, sintió frío en el ánimo viendo desfilar las abigarradas líneas. Seguramente la situación debía ser desesperada cuando se llamaba a aquel tropel de viejos y chiquillos. Cierto que en las líneas que desfilaban había hombres robustos y jóvenes vestidos con brillantes uniformes (muy aparatosos, de ondulantes plumas y fajas de seda) de las unidades de la Milicia, reclutados entre lo más selecto de la sociedad. Pero también figuraban muchos viejos y muchachillos cuyo aspecto sembró el espanto en el ánimo de Scarlett. Había hombres de barba gris, de más edad que su padre, que se esforzaban en caminar con arrogancia al son de pífanos y tambores, bajo la fina y penetrante lluvia. El abuelo Merriwether, que llevaba sobre el hombro la mejor manta listada de la señora Merriwether para defenderse contra el aguacero, iba en primera fila y saludó a las muchachas con una sonrisa. Ellas agitaron sus pañuelos y le dedicaron alegres saludos; pero Maybelle oprimiendo el brazo de Scarlett, cuchicheó:

—¡Pobre viejo! Un chubasco fuerte acabará con él. Su lumbago... El tío Henry marchaba en la fila detrás del abuelo Merriwether, con el cuello de su largo abrigo negro alzado hasta las orejas, dos pistolas de la guerra de México a la cintura y un saquito de

viaje. A su lado caminaba su criado negro, casi tan viejo como él, con un paraguas abierto bajo el que ambos se guarecían. Hombro a hombro con los ancianos iban muchachos que no aparentaban más de dieciséis años. Muchos de ellos habían dejado el colegio para unirse a las tropas y aquí y allá se veían grupos con los uniformes de cadetes de las academias militares, ostentando las negras plumas de gallo sobre las gorras grises mojadas por la lluvia y los distintivos de lona sobre el pecho empapado. Phil Meade iba entre ellos, llevando con orgullo el sable y las pistolas de arzón de su hermano muerto y con el sombrero audazmente ladeado. La señora Meade se esforzó en sonreír y saludarle hasta que pasó, y entonces apoyó la cabeza en los hombros de Scarlett, como si la abandonasen de repente las fuerzas.

Muchos de ellos iban completamente inermes, pues la Confederación ya no tenía fusiles ni municiones que darles. Pero confiaban en equiparse a costa de los yanquis muertos o prisioneros. Eran numerosos los que llevaban cuchillos de monte envainados y empuñaban palos con puntas de hierro conocidos con el nombre de «picas a lo Joe Brown». Los más afortunados sostenían al hombro viejos mosquetones de chispa y ostentaban cuernos de pólvora en la cintura.

Johnston había perdido diez mil hombres en su retirada. Necesitaba, pues, otros tantos para sustituirlos. «¡Y le enviaban aquella tropa!», pensó Scarlett, con terror.

Al pasar la artillería, salpicando de fango a la muchedumbre, la mirada de Scarlett reparó en un negro montado en un mulo, al lado de un cañón. Era un hombre joven, de faz terrosa. Cuando Scarlett se fijó más, gritó:

—¡Si es Mose! ¡Mose, el de Ashley! ¿Qué hará aquí? —Y, abriéndose paso entre la multitud, le llamó—: ¡Mose! ¡Párate!

El muchacho, al verla, tiró de las bridas, sonrió alegremente e hizo ademánide desmontar. Un empapado sargento, dirigiéndose a él, gritó:

—¡Quieto en la mula, muchacho, o te ato una antorcha al culo! ¡A ver si conseguimos llegar de una vez a las montañas!

Mose, indeciso, miró al sargento y a Scarlett, que chapoteando en el fango se acercaba a las ruedas y asía el estribo de Mose.

—¡Un momento, sargento! No te apees, Mose. ¿Qué haces aquí?

—Ir de nuevo a la guerra, señora Scarlett. Esta vez con el señor John, el viejo, en vez de con el señor Ashley.

—¿El señor Wilkes? —exclamó Scarlett, asombrada, pensando en que el señor Wilkes tenía cerca de setenta años—. ¿Dónde está?

—Detrás del último cañón, señora Scarlett. Allí detrás.

—¡En marcha, muchacho! Lo siento, señora, pero...

Scarlett quedó inmóvil un momento, con el barro hasta los tobillos, mientras desfilaban los cañones. «¡No! —pensaba—. ¡Es demasiado viejo! ¡No puede ser! Y además le desagradaba tanto la guerra como al mismo Ashley.» Retrocedió unos pasos y observó atentamente los rostros de cuantos pasaban. Cuando llegó el último cañón, con su avantrén, entre gran fragor de ruedas y lanzando salpicaduras de barro, vio a Wilkes, delgado, erguido, húmedo el cabello plateado que le caía sobre el cuello, montando una jaquita de color rojizo que caminaba sobre el barro tan graciosamente como una princesa vestida de seda. «¡Pero si es Nelly, la yegua de la señora Tarleton, su adorado tesoro!»

Al ver a Scarlett de pie entre el fango, Wilkes tiró de las bridas, sonriendo con satisfacción, y desmontando se acercó a ella.

—Pensaba ir a verla, Scarlett. Le traigo muchos recuerdos de su familia. Pero no he

tenido tiempo. Hemos llegado esta mañana y nos vamos inmediatamente, como puede ver.

—¡Oh, señor Wilkes! —exclamó ella desesperadamente, asiendo su mano—. ¡No se vaya! ¿Por qué se ha de ir?

—¿También usted me juzga demasiado viejo? —dijo él con una sonrisa idéntica a la de Ashley en su arrugado rostro—. Acaso lo sea para andar, pero no para montar y disparar. La señora Tarleton ha tenido la gentileza de dejarme su Nelly, así que voy bien montado. Confiando que no le suceda nada a la yegua, porque si algo le pasase no me atrevería a volver a casa y mirar a la cara a la señora Tarleton. Nelly era el último caballo que le quedaba. —Y su risa disipó los temores de Scarlett—. Sus padres y hermanas están bien y le envían muchos besos. ¡A poco viene también su padre con nosotros!

—¡Papá no! —exclamó Scarlett, aterrada—. ¡Papá no! Papá no irá a la guerra, ¿verdad?

—No, pero se empeñaba en venir. Aunque no puede andar con su rodilla rígida, se empeñó en acompañarnos a caballo. Su madre accedió con la condición de que fuese capaz de saltar montado la cerca del prado, ya que, según ella dijo, habría de realizar muchas cosas análogas en el Ejército. Su padre aceptó, considerándolo cosa fácil, pero... ¿quiere usted creerlo? El caballo, al llegar al cercado, se detuvo en seco y su padre salió despedido por encima de su cabeza. ¡No sé cómo no se ha roto la nuca! Usted sabe lo obstinado que es su papá. Volvió a montar y quería intentarlo de nuevo. En resumen, Scarlett, fue lanzado de su caballo tres veces antes de que su mamá y Pbrk le metiesen en la cama. Estaba furioso y afirmaba que su madre debía haber hablado al caballo al oído... No está para prestar servicio activo, Scarlett. No se avergüence usted. Al fin y al cabo, alguien ha de quedarse en casa y recoger las cosechas para el Ejército.

Scarlett no sentía vergüenza alguna, sino un vivísimo alivio.

—He mandado a India y a Honey a Macón, con los Burr, y su padre cuidará de Doce Robles a la vez que de Tara. Tengo que irme, hija. Permítame besarle esa linda cara.

Scarlett correspondió al beso del anciano con un agudo dolor en el corazón. Quería mucho a Wilkes. Incluso había deseado, antaño, ser su nuera.

—Y este beso para Pittypat y éste para Melaníe —dijo él, volviendo a besarla dos veces—. ¿Qué tal está Melanie?

—Bien.

—¡Ah! —Y sus ojos la miraron como si contemplasen algo más allá de ella, lo mismo que la mirara Ashley, como si aquellos soñadores ojos grises se dirigieran a otro mundo—. Me hubiera gustado ver a mi primer nieto. Adiós, hija.

Saltó sobre Nelly y cabalgó, sombrero en mano, descubiertos a la lluvia los cabellos de plata. Scarlett se unió a la señora Meade y a Maybelle antes de poder comprender el sentido de aquellas últimas palabras. Luego la invadió un supersticioso terror y trató de orar. Wilkes había hablado de su muerte, como su hijo Ashley, y Ashley, ahora... Nunca debía mencionarse la muerte: era tentar a la providencia. Mientras las tres mujeres regresaban al hospital bajo la lluvia, silenciosas, Scarlett rogaba: «¡Él no, Señor! ¡Él y Ashley, no!»

La retirada desde Dalton a los montes Kennesaw había durado de primeros de mayo a mediados de junio. Cuando pasaron los días de junio, lluviosos y cálidos, y Sherman fracasó en su intento de desalojar a los confederados de sus posiciones en las escarpadas laderas, la esperanza renació en los corazones sudistas. Todos se sentían más optimistas y hablaban más cordialmente del general Johnston. Cuando los húmedos días de junio dieron paso a un julio más húmedo aún, y los confederados, batiéndose desesperadamente en las

alturas fortificadas, contuvieron el avance de Sherman, una infinita alegría se adueñó de Atlanta. La esperanza se subía a las cabezas como el champaña. ¡Hurra, hurra! ¡Los rechazamos! Se declaró una epidemia de bailes y reuniones. En cuanto llegaba un grupo de hombres que venían del frente para pasar la noche en la ciudad, se les daban comidas y había bailes en su honor, y las jóvenes, que estaban en proporción de diez a uno, halagaban a los hombres y se los disputaban para bailar con ellos.

Atlanta rebosaba de visitantes, refugiados, familias de heridos hospitalizados, mujeres y madres de los combatientes de las montañas, que deseaban hallarse cerca de ellos por si caían heridos. Además, bandadas de beldades de los distritos rurales, donde todos los hombres que quedaban tenían menos de dieciséis años o más de sesenta, descendían a la ciudad. Tía Pittypat las censuraba con acritud, porque no comprendía que pudiesen ir a Atlanta por la sola razón de buscar marido, y semejante frivolidad la hacía aterrorizarse de lo desquiciado que estaba el mundo. Scarlett las criticaba también. Cierto que no creía tener que preocuparse mucho de la enconada competición de las muchachas de dieciséis años, aunque las frescas mejillas y radiantes sonrisas de éstas pudieran hacer olvidar sus trajes vueltos dos veces y sus zapatos recompuestos, ya que las ropas de ella eran más lindas y nuevas que las de las demás, gracias a las telas que Rhett Butler le había llevado en el último buque con que burló el bloqueo; pero al fin y al cabo contaba ya diecinueve años y sabido es que los hombres tienen la costumbre de perseguir a las chiquillas jóvenes, por necias que sean. Pensaba que ser viuda y con un hijo la situaba en posición de desventaja respecto a aquellas mozuelas. Pero, en aquellos agitados y vibrantes días, su viudez y su maternidad pesaban menos en ella de lo que pesaran antes. Entre sus deberes en el hospital durante el día y las reuniones de la noche, apenas le quedaba tiempo para ver a Wade. Y a veces olvidaba durante largos ratos que tenía un hijo.

En aquellas húmedas y calurosas noches de verano, las casas de Atlanta se abrían a los soldados defensores de la ciudad. Las grandes casas que se alineaban desde la calle Washington hasta la calle Peachtree resplandecían y en todas ellas eran acogidos los enfangados combatientes de las trincheras. El sonido de bajos y violines y el rumor de los pies de los que bailaban se perdían en la noche, en alas del viento. Numerosos grupos se apiñaban en torno a los pianos y las voces cantaban con energía las tristes estrofas de *Llegó tu carta, pero llegó tarde,* mientras andrajosos galanes miraban significativamente a las muchachas que reían tras sus abanicos de pluma de pavo, como pidiéndoles que no esperasen a que fuera también demasiado tarde para ellos. Y ninguna de las jóvenes esperaba, si podía evitarlo. Impelidas por la marea de excitación e histérica alegría que flotaba sobre la ciudad, se precipitaban al matrimonio.

Hubo, pues, muchos casamientos aquel mes, mientras Johnston rechazaba a los yanquis en Kennesaw. Bodas en que la novia aparecía sofocada de felicidad y ataviada de cualquier manera con alhajas prestadas por una docena de amigas, y en que el novio llevaba el sable al cinto, golpeándole los pantalones remendados. ¡Cuánta alegría, cuántos bailes, cuántas emociones! ¡Hurra! Johnston contiene a los yanquis a cuarenta kilómetros de distancia!

Sí; las líneas que rodeaban Monte Kennesaw eran inexpugnables. Después de veintidós días de lucha, el general Sherman se convenció de ello al observar la enormidad de sus bajas. En vez de continuar el asalto frontal, desplegó su ejército en un amplio círculo, como antes, tratando de situarse entre los confederados y Atlanta. De nuevo resultó afortunada la maniobra. Johnston se vio forzado a abandonar las alturas en que se batiera tan bien, para proteger su retaguardia. Había perdido en aquella lucha un tercio de sus

hombres y el resto, extenuado, se replegó, a campo traviesa, bajo la lluvia, hacia el río Chattahoochee. Los confederados ahora no podían esperar nuevos refuerzos, mientras el ferrocarril, que los yanquis dominaban, llevaba a Sherman tropas de refresco y pertrechos todos los días. Así, pues, las líneas grises retrocedieron, a través de los campos encharcados, hacia Atlanta.

La pérdida de las posiciones consideradas inexpugnables lanzó sobre la ciudad una nueva oleada de terror. Durante aquellos veinticinco días, todos se habían asegurado unos a otros que semejante cosa no podía suceder. ¡Y había sucedido! Pero seguramente el general detendría a los yanquis al lado opuesto del río. Aunque bien sabía Dios que el río estaba muy cerca. ¡Sólo a once kilómetros!

Entonces Sherman flanqueó de nuevo a los sudistas, vadeando el río aguas arriba, y las agotadas líneas grises hubieron de cruzar el agua amarillenta con toda celeridad, volviendo a colocarse entre los invasores y Atlanta y cavando trincheras apresuradamente al norte de la ciudad, en el valle de Peachtree Creek.

¡Luchar y retroceder, luchar y retroceder! Y cada retroceso acercaba más a los yanquis a la población. Peachtree Creek estaba sólo a ocho kilómetros. ¿En qué pensaba el general?

Los clamores de «¡Dadnos un hombre que resista y luche!» llegaron a Richmond. Richmond sabía que, si se perdía Atlanta, la guerra estaba perdida también, y, en cuanto el Ejército hubo cruzado el Chattahoochee, el general Johnston fue relevado del mando y sustituido por el general Hood, uno de los comandantes de cuerpo. Entonces la ciudad respiró un poco mejor. Hood no se retiraría. ¡No, no haría tal £Osa aquel gigantesco kentuckiano, de barba flotante y relampagueantes ojos, que tenía la reputación de un perro de presa! Sin duda lanzaría a los yanquis al otro lado del Peachtree Creek, les haría cruzar al otro lado del río y luego, paso a paso por el camino de retirada, los empujaría hasta Dalton. No obstante, el Ejército clamaba: «¡Devolvednos a Joe!» Porque ellos habían compartido con el viejo Joe el fatigoso repliegue de Dalton a Atlanta, y sabían bien las dificultades que el general había debido superar y que ignoraba la población civil.

Sherman no esperó que Hood se aprestase al ataque. El día siguiente al traspaso del mando, el general yanqui cayó rápidamente sobre la pequeña Villa de Decatur, nueve kilómetros más abajo de Atlanta, tomándola y cortando por allí la vía férrea que enlazaba Atlanta con Augusta, con Charleston, con Wilmington y con Virginia. Sherman había asestado a la Confederación un golpe certero. Había llegado el momento de actuar y Atlanta exigía acción a gritos.

Entonces, en una tarde de julio, de sofocante calor, Atlanta vio cumplido su deseo. Hood hizo algo más que resistir y luchar. Asaltó a los yanquis duramente en Peachtree Creek, lanzando a sus hombres desde las trincheras contra las líneas azules, aunque los soldados de Sherman que las guarnecían sumaban doble número que los confederados.

Acongojados, rogando a Dios que el ataque de Hood hiciese retroceder a los yanquis, todos los habitantes de Atlanta escuchaban el tronar del cañón y el crepitar de miles de fusiles que disparaban a ocho kilómetros del centro de la ciudad, sonando tan estrepitosamente como si el tiroteo se mantuviera en la esquina. Oían el fragor de las baterías, veían el humo detenerse sobre los árboles como flotantes nubes, pero pasaron horas sin que supiesen el resultado de la batalla.

Muy entrada la tarde comenzaron a llegar noticias —todas inciertas, contradictorias, amedrentadoras— que traían los heridos caídos al principio de la lucha. Aquellos hombres llegaban sofocándose, aislados o en grupos, y los de menos gravedad sostenían a los que

cojeaban o se tambaleaban. Pronto hubo una verdadera corriente de heridos que caminaban penosamente a través de la ciudad hacia los hospitales, con los rostros oscurecidos, como de negros, por el polvo, el sudor y la pólvora, con las heridas sin vendar, sangrantes, rodeados por enjambres de moscas.

La casa de tía Pitty era una de las primeras de la ciudad que alcanzaban los que venían desde el norte, y, uno tras otro, se tambaleaban ante la verja, caían sobre la hierba y suplicaban:

—¡Agua!

Durante toda aquella ardiente tarde, tía Pittypat y los demás de la casa, blancos y negros, permanecieron al sol, con cubos de agua y vendas, dando agua y vendando heridas hasta que las hilas se acabaron y ya no quedaron ni sábanas ni toallas. La tía Pittypat, completamente olvidada de que no podía soportar la vista de la sangre sin desmayarse, trabajó hasta que sus menudos pies, calzados en zapatos no menos menudos, se hincharon y se negaron a sostenerla. Melanie, a pesar de lo adelantada que iba en su estado, prescindió de su pudor y trabajó al lado de Príssy, Cookie y Scarlett, con la faz tan tensa como las de los heridos. Cuando al fin se desmayó, no hubo sitio donde acomodarla, salvo en la mesa de la cocina, porque todos los lechos, divanes y asientos de la casa estaban llenos de heridos.

Olvidado en el tumulto, Wade, acurrucado entre los balaustres de la terraza, asustado, miraba el césped como un conejo enjaulado, dilatados los ojos por el terror, chupándose el dedo pulgar e hipando con desconsuelo. Scarlett le vio una vez y le gritó rudamente: —¡Vete a jugar en el patio de atrás, Wade Hampton! Pero él estaba demasiado aterrorizado y fascinado por el enloquecedor espectáculo que presenciaba para obedecer.

El césped estaba plagado de hombres rendidos, demasiado cansados para seguir adelante, demasiado débiles por sus heridas para moverse. Tío Peter los cargaba en el carruaje y los conducía al hospital, hasta que el viejo caballo estuvo literalmente cubierto de espuma. Las señoras Meade y Merriwether enviaron sus coches también, y éstos iban tan cargados que sus muelles crujían bajo el peso de los heridos. Más tarde, en el largo y ardiente crepúsculo, llegaron del campo de batalla las traqueteantes ambulancias y los furgones de intendencia, con los toldos sucios de barro, seguidos, camino abajo, por carros de *labranza,* carretas de bueyes y hasta vehículos particulares requisados por el Cuerpo de Sanidad. Pasaban ante la casa de Pittypat, oscilando en el desigual pavimento, atestados de heridos y moribundos, goteando sangre sobre el polvo rojizo. Al ver a las mujeres con cubos y vasijas, los carros se detenían y sonaba un coro trágico de gritos y murmullos: —¡Agua!

Scarlett sostenía las abatidas cabezas para que los secos labios pudiesen beber, y arrojaba cubos de agua sobre los cuerpos polvorientos y febriles y sobre las heridas abiertas a fin de que los desgraciados encontrasen algún alivio, siquiera momentáneo. Empinándose sobre los pies, tendía jarros de agua a los conductores de los vehículos y preguntaba a todos, sintiendo el corazón en la garganta:

—¿Qué noticias hay? ¿Qué noticias?

Todos contestaban igual.

—No sabemos nada. Aún no está nada resuelto. Es demasiado pronto para decir...

Cayó la noche, una noche bochornosa. No soplaba una ráfaga de aire y las antorchas de resina que sostenían los negros caldeaban aún más la atmósfera. El polvo cegaba la nariz de Scarlett y le resecaba los labios. Su vestido de algodón, tan limpio aquella mañana, tan oloroso a espliego, tan almidonado, estaba manchado de sangre, sudor y basura. A esto se refería Ashley cuando escribió que en la guerra no había gloria, sino suciedad y miseria.

El cansancio daba a toda la escena un aspecto irreal, de pesadilla. No, aquello no podía ser real. Y, si lo era, entonces el mundo se había vuelto loco. De otro modo, ¿por qué había de estar ella allí, en el tranquilo jardín de tía Pittypat, a la luz de las vacilantes antorchas, vertiendo agua sobre aquellos mozos moribundos, muchos de los cuales le habían hecho la corte y aun ahora, al verla, intentaban forzar una sonrisa? Entre los hombres que llegaban vacilantes, por aquel camino oscuro y polvoriento, había muchos a quienes ella conocía bien, y muchos de los que morían allí mismo, ante sus ojos, con los rostros cubiertos de mosquitos y otros insectos, eran hombres con quienes había reído y danzado, para quienes había cantado y tocado, con quienes había bromeado... y a los que incluso había amado un poquitín.

Encontró a Carey Ashburn bajo un montón de heridos, en una carreta de bueyes, vivo, pero con un balazo en la cabeza. No era posible sacarle sin molestar a otros seis heridos, así que dejó que lo llevaran al hospital. Más tarde supo que había muerto antes de que el doctor pudiese reconocerle y que había sido enterrado en un sitio cualquiera, no se sabía exactamente dónde. ¡Muchos hombres habían sido enterrados ya aquel mes en tumbas a flor de tierra, presurosamente cavadas en el cementerio de Oakland! Melanie sintió no haber podido cortar un mechón de los cabellos de Carey para enviarlo a su madre, en Alabama.

A medida que avanzaba la ardorosa noche, a todos les dolía más la cabeza y se les doblaban las rodillas de cansancio. Scarlett y tía Pittypat gritaban sin cesar a todos los hombres que llegaban:

—¿Qué noticias hay? ¿Qué noticias?

Y con el transcurso de las horas lograron respuesta, una respuesta que hizo que cada una de ellas viese palidecer mortalmente los rostros de las otras.

—Retrocedemos. Nos retiramos. Son millares y millares más que nosotros. Los yanquis han copado a la caballería cerca de Decatur. Tenemos que ir a reforzarlos. Todos nuestros hombres estarán en la ciudad dentro de poco, Scarlett y Pitty se asieron mutuamente, para sostenerse.

—¿Vienen... vienen los yanquis?

—Sí, señoras, vienen; pero no teman, señoras. No tomarán Atlanta. No, señoras: hay un millón de kilómetros de fortificaciones en torno a la ciudad. He oído al viejo Joe en persona decir: «Puedo sostener Atlanta indefinidamente.»

—Pero ya no tenemos al viejo Joe. Tenemos a...

—¡Chist, tonto! ¡Cállate! ¿Qué necesidad tienes de asustar a estas señoras? Los yanquis no tomarán nunca esta población, señoras.

—¿Por qué no se han ido ustedes a Macón o a otro sitio donde estuvieran más seguras? ¿No tienen parientes allí?

—Los yanquis no tomarán nunca Atlanta, pero no será nada agradable para las mujeres estar en la ciudad mientras ellos lo intenten. Porque aquí va a volar mucha bala suelta.

Al día siguiente, cálido y lluvioso, el ejército derrotado afluyó a Atlanta. Eran miles de hombres agotados por el hambre y la fatiga, aniquilados por setenta y seis días de batalla y retirada, con los caballos esqueléticos y rendidos, con los cañones y armones atalajados con cabos de cuerda y tiras de cuero viejo. Pero no entraban como un tropel desordenado y en derrota. Marchaban en buen orden, a pesar de sus harapos, con sus rojas y desgarradas banderas de combate ondeando bajo la lluvia. Habían aprendido a replegarse con el viejo Joe, quien había convertido la retirada en una hazaña estratégica igual al avance. Las hileras

de hombres sucios y barbudos avanzaron por la calle Peachtree a los acordes de *¡Maryland, mi Maryland!,* y toda la ciudad salió a saludarlos. Vencedores o derrotados, eran sus combatientes.

La milicia del Estado, que saliera tan poco tiempo atrás con sus resplandecientes uniformes nuevos, apenas se distinguía de las tropas veteranas, de tan sucios y andrajosos como iban sus hombres. En sus ojos brillaba una nueva mirada. Sus tres años de excusas, de explicaciones de por qué no iban al frente, habían quedado atrás desde que cambiaron la seguridad de la retaguardia por los peligros del combate. Muchos dejaron una vida regalada para sufrir una dura muerte. Eran veteranos ya, pese a su breve servicio, con una veteranía bien ganada. Buscaban entre la multitud los rostros amigos y los miraban, orgullosos, retadores. Ahora podían llevar la cabeza muy alta.

Los viejos y los muchachos de la Guardia Territorial desfilaron también. Los primeros, demasiado fatigados para seguir el compás de la marcha; los segundos, con caras de niños rendidos, precozmente enfrentados a problemas propios de adultos. Scarlett distinguió a Phil Meade y apenas lo reconoció, tan negra tenía la cara de pólvora y suciedad y tan transformada por el esfuerzo y la fatiga. El tío Henry cojeaba bajo la lluvia e iba sin sombrero, con la cabeza asomando por el agujero de una pieza de tela impermeable en que se envolvía. El abuelo Merriwether iba en un avantrén, con los pies desnudos protegidos por los harapos de una manta. Pero, por mucho que buscó, no vio rastro de John Wilkes.

En cambio, los veteranos de Johnston caminaban con el paso incansable y negligente que habían adquirido en tres años de lucha y aún les quedaba energía para sonreír y saludar a las muchachas bonitas y dirigir rudos sarcasmos a los hombres sin uniforme. Caminaban hacia las trincheras que rodeaban la ciudad, y que ya no eran zanjas sin profundidad, presurosamente cavadas, sino verdaderas fortificaciones, con parapetos que cubrían todo el cuerpo hasta el pecho con sacos de tierra y maderos puntiagudos. Kilómetro tras kilómetro, las trincheras rodeaban la ciudad, como rojas incisiones en la tierra, coronadas por rojizos baluartes, en espera de los hombres que debían llenarlas.

La muchedumbre aclamaba a las tropas como las hubiera aclamado en caso de triunfo. El temor invadía todos los corazones; pero ahora que ya había ocurrido lo peor, ahora que la guerra entraba por las puertas, un verdadero cambio se operó en la ciudad. Nada ya de pánico ni histerismo. Lo que el corazón temiera no se reflejaba en el rostro. Todos parecían alegres, aunque su alegría fuese forzada. Todos procuraban mostrar semblantes valerosos y confiados a las tropas. Todos repetían lo que dijera el viejo Joe poco antes de ser relevado del mando: «¡Puedo sostener Atlanta indefinidamente!»

Ahora que Hood se había retirado, muchos de la ciudad deseaban también, como los combatientes, que volviese el viejo Joe; pero no lo confesaban, limitándose a darse ánimos con las palabras de aquel general:

—¡Puedo sostener Atlanta indefinidamente!

La táctica prudente del general Johnston no era compartida por Hood, quien atacó en seguida a los yanquis por el este y por el oeste. Sherman rodeaba la ciudad tanteando, como el atleta que pretende cazar en una presa el cuerpo del antagonista, y Hood no esperó en sus trincheras el asalto del enemigo. Salió de ellas arrojadamente y cayó sobre los yanquis. En un intervalo de breves días se sucedieron las batallas de Atlanta y Erza Church, encuentros importantes en comparación con los cuales el combate de Peachtree Creek era una mera escaramuza. Pero los yanquis no retrocedían. Habían sufrido graves pérdidas, mas podían permitírselo impunemente. Sus baterías, sin cesar, diluviaban proyectiles sobre Atlanta, matando a la gente en sus casas, derrumbando los tejados de los edificios, abriendo

profundos cráteres en las calks. Los ciudadanos se refugiaban lo mejor que podían en bodegas, en agujeros cavados en el suelo y en pequeños túneles excavados bajo los terraplenes del ferrocarril. Atlanta estaba sitiada.

Todo el tramo de ferrocarril de Atlanta a Tennessee se hallaba en manos de Sherman. Su ejército interceptaba el ferrocarril del este y había cortado el quef por el sudoeste, corría hacia Alabama. La única línea libre aún era la del sur, que conducía a Macón y a Savannah.

La ciudad estaba llena de soldados, pululante de heridos, obstruida por los refugiados, y aquella única vía era insuficiente para las urgentes necesidades de la población. No obstante, mientras se conservase una línea férrea, Atlanta podría resistir.

Scarlett quedo aterrada cuando advirtió la importancia adquirida por aquella línea, la dureza con que Sherman atacaría para cortarla y lo desesperadamente que Hood batallaría para defenderla. Y se aterró porque aquel ferrocarril conducía al condado, pasando por Jonesboro. ¡Y Jonesboro estaba sólo a ocho kilómetros de Tara! Y Tara, ahora, le parecía un apacible puerto de refugio en comparación con el ardiente infierno de Atlanta; pero Tara estaba sólo a ocho kilómetros de Jonesboro.

Scarlett y otras muchas señoras se instalaron en las azoteas, a la sombra de sus quitasoles, para presenciar la lucha, el día de la batalla de Atlanta. Pero, cuando empezaron a caer granadas en las calles por primera vez, todas se precipitaron a los sótanos. Aquella noche empezó el éxodo de mujeres, viejos y niños que huían de la ciudad y se dirigían a Macón. Muchos de los que huían lo hacían ya por quinta o sexta vez desde que Johnston inició su retirada desde Dalton. Viajaban, por supuesto, con menos equipaje que cuando llegaran a Atlanta. La mayoría no llevaba más que un saquito de viaje y una frugal merienda en un paquete. Aquí y allá, asustados sirvientes transportaban cubiertos y vasijas de plata y uno o dos retratos de familia que se habían quedado en las primeras fugas.

Las señoras Elsing y Merriwether rehusaron partir. Eran necesarias en el hospital y además, según afirmaban orgullosamente, no tenían miedo y ningún yanqui podría hacerlas salir de sus casas. No obstante, Maybelle y su hijo, así como Fanny Elsing, se fueron a Macón. La señora Meade, desobedeciendo a su marido por primera vez en su vida, se negó abiertamente a cumplir su orden de que tomase el tren y se pusiera a salvo. El doctor la necesitaba, según ella... Además, Phil estaba en las trincheras, y ella quería hallarse cerca de él, en el caso... En cambio, se fueron la señora Whiting y muchas otras mujeres del círculo de Scarlett. Tía Pitty, la primera en acusar a Johnston por su sistema de retiradas, fue la primera en hacer el equipaje para retirarse a su vez. Afirmaba que tenía los nervios delicados y que no podía soportar fragores. Temía desmayarse al oír una explosión y no poder luego alcanzar el sótano. No era que tuviese miedo, decía tratando de dar inútilmente a su boca infantil una expresión marcial. Iría a Macón, con su prima, la anciana señora Burr. Y las muchachas debían acompañarla.

Scarlett no tenía ganas de ir a Macón. Por mucho que le espantasen las granadas, prefería quedarse en Atlanta antes que ir a Macón con la anciana Burr, a quien detestaba. Años antes, la Burr había dicho de Scarlett que era una desvergonzada al sorprenderla besándose con su hijo Willie en una reunión en casa de Wilkes. De modo que la joven contestó a tía Pitty que ella se iría a Tara y que Melanie podía acompañar a la tía.

Entonces Melanie comenzó a llorar desgarradoramente. Mientras Pittypat, asustada, corría a llamar al doctor Meade, Melanie cogió las manos de Scarlett, rogándole:

—¡No, querida; no puedes irte a Tara y dejarme! ¡Estaría tan sola sin ti! ¡Me moriría si no estuvieses conmigo cuando nazca el niño! Ya... ya sé que tengo a tía Pitty y que es

muy buena... Pero nunca ha visto nacer a un niño y además a veces me hace poner tan nerviosa que me falta poco para llorar... No me abandones, querida. Has sido siempre una hermana para mí, y además —y sonrió débilmente— has prometido a Ashley atenderme. Me dijo que iba a pedírtelo...

Scarlett miraba a Melanie con asombro. ¿Cómo podía aquella mujer quererla tanto cuando a ella le costaba tanto trabajo disimular la aversión que le producía? ¿Cómo podía Melanie ser tan estúpida que no adivinase el secreto de su amor por Ashley? Scarlett se había traicionado más de cien veces en aquellos meses de tormento en que esperaban noticias de él. Pero Melanie no veía nada, ni podía ver nada sino bondad en aquellos a quienes quería... Sí; Scarlett había prometido a Ashley atender a Melanie. ¡Oh, Ashley, Ashley! ¡Ashley, que debía de haber muerto hacía muchos meses! Y, ahora, lo que le había prometido surgía y la ligaba.

—Está bien —dijo secamente—. Le he prometido eso, en efecto, y yo no me vuelvo atrás de lo que prometo. Pero no quiero ir a Macón con esa vieja bruja de la Burr. ¡Tendría que sacarle los ojos a los cinco minutos! Iré a Tara y tú puedes venir conmigo. Mamá se alegrará de que me acompañes.

—Sí; eso me agrada. ¡Tu madre es tan buena! Pero la tía se moriría si no estuviese a mi lado al nacer el niño y sé que no quiere ir a Tara, que está demasiado cerca del campo de batalla. Y la tía quiere hallarse en terreno seguro.

El doctor Meade, que llegó jadeante, esperando encontrarse en presencia de un parto prematuro, a juzgar por la alarmante llamada de tía Pitty, se indignó y no se molestó en ocultarlo. Y, al enterarse de la causa del sobresalto, se expresó en términos que sentenciaban el asunto sin dejar lugar a dudas.

—Está absolutamente fuera de lo posible el que vaya usted a Macón, Melanie. No respondo de usted si se mueve. Los trenes van cargados y no tienen horario fijo, y los pasajeros corren el riesgo de que les hagan apearse en pleno camino si hacen falta los convoyes para trasladar tropas, heridos o pertrechos. Y en las condiciones de usted... —¡Pero sí podría ir a Tara, con Scarlett!

—Ya le he dicho que no puede moverse. El tren de Tara es el tren de Macón, y las condiciones, las mismas. Además, nadie sabe dónde están los yanquis ahora, y pueden estar en todas partes. El tren puede ser capturado. Y, aun suponiendo que llegase bien a Jonesboro, quedan ocho kilómetros de mal camino a Tara. No es viaje para una mujer en circunstancias tan delicadas. Finalmente, en todo el condado no hay un médico desde que el doctor Fontaine se unió al ejército... —Pero hay comadronas.

—Hablo de un doctor —repuso él bruscamente, mientras sus ojos examinaban la débil figurita—. No debe usted moverse. Sería peligroso. No le gustaría dar a luz en el tren o en un coche, ¿verdad?

Aquella franqueza profesional redujo a las mujeres a un ruborizado silencio.

—Debe usted quedarse aquí, para que yo pueda atenderla. Y además debe meterse en cama. No ande corriendo escaleras arriba y abajo para ir a los sótanos. No lo haga aunque entren los proyectiles por la ventana. Al fin y al cabo, el peligro no es mucho. Haremos retroceder muy pronto a los yanquis. ¡Los derrotaremos! Ahora, señorita Pitty, hará usted bien en marchar a Macón y dejar aquí a las jóvenes.

—¿Sin una mujer de edad que las acompañe? —exclamó Pitty, espantada.

—Son casadas... y una, viuda —respondió rudamente el doctor—. Y mi mujer está dos casas más allá. Además, no van a recibir hombres, ahora que Melanie está en ese estado. ¡Dios mío, señorita Pitty! Estamos en tiempo de guerra y no podemos pensar tanto

en las apariencias. Lo importante es pensar en Melanie.

Salió del cuarto y esperó en la terraza que Scarlett se le reuniese.

—Le hablaré francamente, Scarlett —empezó, acariciándose la barba gris—. Usted me parece una muchacha de sentido común, así que evíteme rubores tontos. No quisiera volver a oír hablar de que IVÍelanie pretende irse de Atlanta. Dudo de que pudiera resistir el viaje. Aun en el caso mejor, va a pasar un mal rato. Es muy estrecha de caderas y probablemente se necesitará emplear fórceps. No quiero, por lo tanto, que caiga en manos de cualquier ignorante comadrona negra. Mujeres como ella no debieran tener hijos nunca; pero... De todos modos, haga el equipaje de su tía y envíela a Macón. Está tan asustada, que no hará más que sobresaltar a Melanie, y esto no puede convenir a la pobre muchacha. Y ahora —agregó, dirigiéndole una mirada penetrante— tampoco quiero oír hablar de que se va usted a su casa. Tiene usted que estar con Melanie hasta que nazca el niño. No siente usted miedo, ¿verdad?

—¡Oh, no! —mintió Scarlett, valerosamente.

—Es usted una chica valiente. Mi mujer las acompañará siempre que lo necesiten y además les enviará nuestra vieja Betsy para que les cocine, si su tía quiere llevarse consigo a los sirvientes. Esto no durará mucho. El niño debe nacer dentro de cinco semanas; pero con los primeros partos nunca se puede decir nada seguro, y más con todo este cañoneo alrededor. Puede llegar cualquier día.

En consecuencia, tía Pittypat partió para Macón hecha un mar de lágrimas, llevándose a tío Peter y a Cookie. Donó al hospital, antes de irse, el coche y el caballo, en un arranque de patriotismo del que se arrepintió inmediatamente y que le costó más lágrimas aún. Scarlett y Melanie quedaron solas con Wade y Prissy en una casa ahora mucho más tranquila, pese a que el cañoneo continuaba.

19

En aquellos primeros días del sitio, cuando los yanquis intentaban forzar, aquí y allá, las defensas de la ciudad, Scarlett experimentaba un terror tan grande de las granadas que estallaban por doquier que no sabía hacer otra cosa sino cubrirse los oídos con las manos, esperando de un momento a otro verse precipitada en la eternidad. Cuando oía el silbido que anunciaba la aproximación de los proyectiles, corría hacia el cuarto de Melanie y se refugiaba en el lecho, a su lado. Ambas exclamaban, aterradas: «¡Oh, oh!», y hundían el rostro en las almohadas. Prissy y Wade huían al sótano, oscuro y lleno de telarañas, y mientras la negra gritaba a pleno pulmón, el niño sollozaba e hipaba.

Mientras la muerte aullaba sobre sus cabezas, Scarlett, sofocándose entre las almohadas de pluma, maldecía silenciosamente a Melanie, que le impedía refugiarse en las zonas del sótano más seguras. Pero el doctor había prohibido a Melanie que anduviese y Scarlett debía hallarse a su lado. Al terror de volar hecha pedazos en cualquier instante, se añadía el no menor, de que el niño de Melanie naciese en una de esas ocasiones. ¿Qué debía hacer entonces? Sabía que antes dejaría morir a Melanie que salir a la calle en busca del doctor mientras las granadas caían como la lluvia de abril. Y le constaba que también Prissy preferiría que la matase a golpes que salir en un caso de aquéllos. ¿Qué hacer, pues, si el niño llegaba?

Trató del asunto con Prissy, una noche, mientras ponía en una bandeja la cena de Melanie. La muchacha, inesperadamente, calmó sus temores.

—No se preocupe, señorita Scarlett. No hará falta llamar al doctor cuando llegue el momento. Yo me arreglaré. Sé bien cómo se hace todo eso. ¿No sabe que mamá es comadrona? ¿No sabe que también quería que yo lo fuese? Usted déjeme a mí.

Scarlett respiró, un tanto aliviada, al saber que tenía en la casa dos manos expertas; pero, con todo, anhelaba que la prueba pasase pronto. La enloquecía el ansia de huir de las granadas que estallaban sin cesar, se desesperaba por estar en casa, en la quietud de Tara, y cada noche oraba para que el niño naciese al día siguiente y ella pudiera, cumplida su promesa, abandonar Atlanta. Tara se le aparecía como la salvación. ¡Estaba tan lejos de toda aquella miseria!

Pensaba en su casa y en su madre como no había pensado en nada durante toda su vida. Si estuviese al lado de Ellen, no temería nada que pudiera ocurrir. Todas las noches, tras un día de escuchar continuas explosiones, se iba al lecho con los oídos desgarrados por el fragor de las granadas y con la firme intención de decir a Melanie, a la mañana siguiente, que ella no podía seguir ni un solo día más en Atlanta, que se iría a su casa y que Melanie debía instalarse en la de la señora Meade. Pero, al apoyar el rostro en la almohada, surgía ante ella el recuerdo de la expresión que viera en la faz de Ashley el día en que se separaron: una expresión de dolor interno que contradecía la débil sonrisa de sus labios: «Cuidarás de Melanie, ¿verdad? Tú eres fuerte... Prométemelo...» Y ella había prometido. Cierto que Ashley había muerto. Pero, dondequiera que estuviese, él la observaba, velaba por el cumplimiento de su promesa. Estuviera él vivo o muerto, ella no podía dejar de cumplir, por mucho que le costara. Y así transcurría un día tras otro.

En respuesta a las cartas de Ellen, que le insistía para que volviese a casa, ella escribía minimizando los riesgos del sitio, explicando las circunstancias de Melanie y prometiendo ir en cuanto naciera el niño. Ellen, que daba mucha importancia a los lazos de parentesco, ya fuesen de alianza o de sangre, accedió de mala gana a que Scarlett se

quedase; pero le recomendó que enviase en seguida a casa a Wade y a Prissy. Tal sugerencia mereció consenso pleno de Prissy, quien ahora permanecía en un estado de constante semiestupidez, rechinando los dientes al menor ruido. Pasaba tanto tiempo acurrucada en el sótano, que las jóvenes no hubieran comido un bocado de no ser por la vieja Betsy, la sirvienta de la señora Meade, que solía prepararles algún alimento.

Scarlett estaba tan anhelosa como Ellen de ver a Wade fuera de Atlanta, no sólo por la seguridad del niño, sino también porque su constante temor la colmaba de enojo. El cañoneo tenía tan aterrorizado a Wade que no podía ni pronunciar palabra, y aun en los momentos de tranquilidad se asía desesperadamente a las faldas de Scarlett. Tenía miedo de ir a acostarse, miedo de la oscuridad, de que los yanquis llegasen cuando estuviera dormido y se lo llevasen. El débil estremecimiento nervioso que invadía al niño por las noches crispaba insoportablemente los nervios de su madre. En el fondo, ella estaba tan asustada como él; pero le irritaba que aquella faz tensa y desencajada se lo recordase a cada momento. Sí; Tara era el sitio apropiado para Wade. Prissy debía llevárselo y volver en seguida para estar presente cuando naciera el niño de Melanie.

Pero antes de que pudiese enviar a ambos camino de casa, llegaron noticias de que los yanquis se habían infiltrado hacia el sur y que se luchaba entre Atlanta y Jonesboro. Si el tren en que viajaran Wade y Prissy fuese capturado... Scarlett y Melanie palidecieron al pensarlo, porque nadie ignoraba que las atrocidades que los yanquis cometían con los niños eran más terribles aún que las que cometían con las mujeres. Temerosas, pues, de enviarlo a casa, Scarlett dejó a Wade en Atlanta. Y él, asustado, silencioso como un diminuto fantasma, seguía constantemente a su madre, asiéndose a sus faldas y temiendo soltarlas ni por un minuto siquiera.

Prosiguió el asedio durante aquellos calurosos días de julio, días atronadores a los que seguían noches de sombría y ominosa calma. La ciudad comenzó a acostumbrarse a lo malo. Aquello, aunque duro, había sucedido y ya nada peor podía suceder. Habían temido un sitio, y ahora que lo sufrían encontraban que no era, a fin de cuentas, tan terrible. La vida proseguía casi como habitualmente. Sabían que se hallaban sobre un volcán, pero mientras éste no entrase en erupción no podían hacer nada. ¿Por qué inquietarse, pues? Además, probablemente no habría erupción ya. El general Hood mantenía a los yanquis fuera de la ciudad. ¡Y había que ver cómo aseguraba la caballería el ferrocarril de Macón! No: Sherman no tomaría la plaza.

Pero, a pesar de toda la aparente indiferencia con que los habitantes de Atlanta acogían el bombardeo y de la exigüidad de las raciones, a pesar de que se fingiera ignorar que los yanquis peleaban apenas a un kilómetro de la población, a pesar de la ilimitada confianza en las desharrapadas líneas grises que combatían en las trincheras, latía en Atlanta, bajo la superficie, una aterradora incertidumbre sobre lo que cada día pudiera traer.

Bajo una frágil apariencia de seguridad, vibraban el disgusto, la inquietud, el terror, el hambre y el tormento de sentir cómo la esperanza aumentaba y decaía de forma alternativa.

Gradualmente, Scarlett recobró el valor al ver las animadas caras de sus amigos, gracias a esa benéfica disposición de la naturaleza humana que nos hace acostumbrarnos a soportar lo que no cabe curar. Cierto que se sobresaltaba a cada explosión, pero ya no corría, gritando, al cuarto de Melanie para esconder la cabeza en las almohadas. Ahora, devorando su temor, se limitaba a decir con voz débil: —Esa granada ha caído cerca, ¿verdad?

También sentía menos temor a causa de que la vida había tomado para ella las

características de un sueño, un sueño harto terrible para ser real. No era posible que ella, Scarlett O'Hara, se encontrase en tales condiciones, con un peligro mortal sobre su cabeza a cada hora y a cada minuto. No era posible que el tranquilo transcurso de la vida hubiese cambiado de un modo tan radical y en tan poco tiempo.

Era irreal —ridiculamente irreal— que aquel dulce cielo azul de las mañanas pudiese ser profanado por los humos de los cañones que se cernían sobre la ciudad como bajas nubes de tormenta; que los cálidos mediodías, llenos del penetrante aroma de las profusas madreselvas y de las flores de trepadora, se desgarrasen con el horror de los proyectiles estallando en las calles, crujiendo con un fragor apocalíptico, lanzando a centenares de metros de distancia cascos de hierro que despedazaban hombres y animales.

Las tranquilas, plácidas siestas de la tarde no existían, porque, aun cuando hubiese períodos de calma en medio del estruendo de la lucha, la calle Peachtree hervía de constantes ruidos, debido al estrépito de cañones y ambulancias, a los gritos de los tambaleantes heridos que llegaban de las trincheras, al cruzar de los regimientos que, a paso redoblado, se dirigían, presurosos, de un punto de las trincheras de la ciudad a otras fortificaciones más combatidas; a los emisarios que corrían, calle abajo, hacia el Cuartel General, presurosos como si exclusivamente de ellos dependiera el destino de la Confederación.

Las noches traían cierta quietud, pero era una quietud amenazadora. Cuando la noche callaba, lo hacía del todo, como si incluso las ranas, los grillos y los ruiseñores estuviesen tan asustados que no osaran elevar sus voces en el acostumbrado coro de las noches estivales.

Pe vez en cuando, un disparo de fusil en las primeras líneas de defensa rompía el angustioso silencio de la noche.

Con frecuencia, ya entrada la madrugada, con las lámparas apagadas y Melanie dormida, Scarlett, despierta, oía el sonido de la verja al girar, acompañado de suaves pero apremiantes golpes en la puerta.

Eran siempre soldados cuyos semblantes desaparecían en la oscuridad del porche. De la sombra llegaban diferentes voces que le hablaban a la vez:

—Mis más humildes excusas, señora, por la molestia; pero ¿tendría un poco de agua para mí y para mi caballo?

A veces era una áspera voz montañosa; otras, los curiosos tonos nasales de las praderas del lejano Sur; otras, el suave deje de la costa, que sobresaltaba su corazón haciéndole recordar a Ellen.

—Señora, traigo un compañero... Venía en la grupa de mi caballo, pero me parece que no puede sostenerse. ¿Puedo dejarlo aquí?

—¿Puede darme un pan de maíz si le sobra, señora?

—Señora, perdone la intrusión, pero ¿puedo pasar la noche bajo este pórtico? He visto las rosas y olido las madreselvas, y de tal modo me ha parecido hallarme en mi casa que me he atrevido...

No, aquellas noches no eran reales. Eran una pesadilla, y los hombres formaban parte de ella: hombres sin cuerpos ni rostros, sólo con fatigadas voces que le hablaban desde la oscuridad. Darles agua y comida, sacarles almohadas a la terraza, vendar heridas, sostener las sucias cabezas de los moribundos... No; eso no podía ocurrirle a ella...

Una noche, ya muy entrado julio, fue tío Henry quien llamó a la puerta. Tío Henry venía ahora sin paraguas ni equipaje, y hasta sin su voluminoso vientre habitual. La piel del rostro, grueso y colorado, le caía, fofa, como las papadas de un perro de presa, y su

abundante cabello blanco estaba increíblemente sucio. Llegaba casi descalzo, lleno de piojos y hambriento, pero su irascible carácter no había sufrido disminución.

—¡Necia guerra ésta en la que los viejos locos como nosotros tenemos que cargar las armas! —comentó.

Pero las muchachas tuvieron la impresión de que tío Henry estaba satisfecho de que lo necesitasen como si fuera un joven y de ser tan útil como un joven. Además, podía competir con ellos, cosa que le era imposible al abuelo Merriwether, según dijo tío Henry, jubiloso, a las muchachas.

—El viejo Merriwether anda muy molesto con su lumbago y el capitán quiso licenciarlo, pero él se opuso diciendo que prefería el tiroteo y los juramentos del capitán a la continua tortura que le daba su nuera insistiéndole en que dejase de mascar tabaco y se arreglase la barba todos los días. La visita de tío Henry fue breve, porque sólo tenía cuatro horas de permiso y necesitaba la mitad para llegar de las trincheras y volver.

—No os veré en algún tiempo, muchachas —anunció al sentarse en el dormitorio de Melanie y sumergir con delicia sus lacerados e hinchados pies en el recipiente de agua fría que Scarlett le había puesto delante—. Nuestra compañía sale mañana.

—¿Adonde? —preguntó Melanie, asustada, oprimiéndole el brazo. —No me pongas la mano encima —dijo tío Henry, irritado—. Estoy lleno de piojos. La guerra sería una excursión si no fuese por los piojos y la disentería. ¿Que adonde vamos? No me lo han dicho, pero lo supongo. O mucho me equivoco, o iremos hacia el sur, camino de Jonesboro, mañana por la mañana. —¿Por qué hacia Jonesboro?

—Porque va a lucharse de firme allí, queridas. Los yanquis van a cortar el ferrocarril, si pueden. Y, si lo cortan, ¡adiós Atlanta! —¡Ay, tío Henry! ¿Cree que lo cortarán? —¡Vamos, chiquillas! ¿Cómo van a cortarlo estando yo allí? Tío Henry sonrió viendo las asustadas caras de las jóvenes; después volvió a recuperar la seriedad.

—Va a haber una lucha muy dura, hijas. Necesitamos ganarla. Ya sabéis que los yanquis dominan todos los ferrocarriles, menos el de Macón; pero esto no es lo peor. Puede que no sepáis, hijas, que dominan también todas las carreteras, todos los caminos y todos los senderos, excepto la carretera de McDonough. Atlanta está metida en una bolsa y los cordones de esta bolsa están en Jonesboro. Si los yanquis ocupan la lina férrea, apretarán el cordón y nos cogerán dentro como a un ratón en la ratonera. No podemos dejar que nos arrebaten el ferrocarril... Tengo que irme, muchachas. Sólo he venido para despedirme y para asegurarme de que tú, Scarlett, estabas al lado de Melanie.

—Desde luego, sigue conmigo —repuso, afectuosamente, Melanie—. No se preocupe por nosotras, tío Henry, y procure cuidarse.

Tío Henry se secó los pies húmedos en la raída alfombra y gruñó mientras los introducía en los destrozados zapatos.

—Me voy —dijo—. Tengo que andar ocho kilómetros. Scarlett dame algo de comer. Cualquier cosa que tengas.

Besó a Melanie, le dijo adiós y bajó a la cocina, donde Scarlett estaba envolviendo en una servilleta un pan de maíz y algunas manzanas. —Tío Henry... ¿es... es tan grave la cosa? —¿Grave? ¡Dios mío, sí! ¡Pareces tonta! Estamos en las últimas. —¿Cree que los yanquis llegarán a Tara?

—¡Qué Tara ni qué...! —empezó tío Henry, irritado por aquella mentalidad, tan femenina, que sólo se preocupaba de lo que la afectaba personalmente en medio de las situaciones más graves.

Pero después, viendo la asustada y abatida cara de Scarlett, se suavizó.

—No lo creo. Tara está a ocho kilómetros del ferrocarril y el ferrocarril es lo que interesa a los yanquis. Tienes menos cerebro que un mosquito.

Se interrumpió bruscamente.

—Bueno, no he hecho todo este camino sólo para deciros adiós.

Venía a traer malas noticias a Melanie, pero no he tenido valor. Háblale tú.

—Ashley, ¿verdad? ¿Ha oído usted algo acerca de que... haya muerto?

—No. ¿Cómo voy a saber nada de Ashley cuando estoy metido en una trinchera, con fango hasta los ojos? —dijo rudamente el viejo—. No. Se trata de su padre. John Wilkes ha muerto.

Scarlett se dejó caer en la silla, con el paquete de la merienda a medio envolver.

—Vine a decírselo a Melanie, pero no he podido. Díselo tú. Y dale esto.

Sacó del bolsillo un pesado reloj de oro del que pendían algunos dijes, una miniatura de la difunta señora Wilkes y un par de macizos gemelos de camisa. Al ver aquel reloj que distinguiera mil veces en manos de John Wilkes, fue cuando Scarlett comprendió bien que el padre de Ashley había muerto en realidad. Quedó tan atónita que no pudo hablar ni llorar. Tío Henry se agitaba, tosía y procuraba no mirarla, temeroso de ver que una lágrima en sus ojos le hiciese perder el valor.

—Era un valiente, Scarlett. Díselo a Melanie y dile también que escriba a sus hijas. Ha sido un buen soldado, a pesar de su edad. Lo mató una granada. Cayó sobre él y sobre su caballo, e hirió a éste. Hube de rematar de un tiro al pobre animal. Era una yegua magnífica. También será mejor que escribas tú esto a la señora Tarleton. Quería mucho a la yegua. Vamos, envuélveme la merienda, niña. Tengo que irme. Y no lo toméis demasiado a pecho, querida. ¿Qué mejor modo puede tener un viejo de morir que haciendo el trabajo de un joven?

—¡Pero él no debía haber muerto! ¡No debía haber ido a la guerra! Debía haber vivido y visto crecer a sus nietos y morir tranquilamente en la cama... ¿Por qué hizo eso? No aprobaba la secesión y odiaba la guerra, y...

—A muchos nos pasa lo mismo, pero ¿de qué sirve?

Y tío Henry emitió un estruendoso ruido nasal.

—¿Crees que me agrada que los tiradores yanquis me tomen como blanco... a mi edad? Pero ahora no hay otra opción para un caballero. Vamos, un beso, hija, y no te disgustes por mí. Ya verás como salgo vivo de la guerra. Scarlett lo besó y le oyó bajar las escaleras en la oscuridad. Después percibió el rumor de la cancela. Permaneció un instante mirando los objetos que tenía en la mano. Y después subió para dar la noticia a Melanie.

A finales de julio llegó la desagradable nueva, predicha por tío Henry, de que los yanquis, abriéndose de nuevo en semicírculo, descendían hacia Jonesboro. Cortaron el ferrocarril seis kilómetros al sur de la ciudad; pero fueron repelidos por la caballería confederada y luego los ingenieros, sudorosos bajo el sol abrasador, repararon la línea. Scarlett estaba frenética de ansiedad. Esperó durante tres días, con un terror que crecía cada vez más en su corazón. Luego recibió una tranquilizadora carta de Gerald. El enemigo no había llegado a Tara. Se oía desde allí al fragor de la lucha, pero no se había visto un solo yanqui.

La carta estaba tan llena de orgullo y jactancia por la energía con que los yanquis fueron rechazados de la vía férrea que hubiera podido creerse que la hazaña había sido realizada personalmente por él, sin ayuda de nadie. Dedicaba tres páginas a elogiar el valor de las tropas y al fin decía concisamente que Carreen estaba enferma. Ellen aseguraba que era tifus. No estaba muy grave y Scarlett no debía preocuparse, pero bajo concepto alguno

debía volver a casa, aunque el ferrocarril se hallara libre. Ellen se alegraba ahora de que Scarlett y Wade no hubieran ido a Tara cuando comenzó el asedio y deseaba que Scarlett fuese a la iglesia y rezase algunos rosarios por el restablecimiento de Carreen.

La conciencia de Scarlett se sintió inquieta leyendo aquellas frases. Hacía meses que no iba a la iglesia. Antaño, semejante omisión le habría parecido un pecado mortal; pero ahora, por alguna razón, el no concurrir a la iglesia no le parecía tan grave como antes. No obstante, obedeció a su madre, y, subiendo a su alcoba, rezó un apresurado rosario. Cuando se incorporó, no se sintió tan confortada como antes tras una oración. Incluso le parecía que Dios no le prestaba atención, como tampoco a los confederados del Sur, pese al millón de plegarias que se elevaban diariamente a El.

Aquella noche se sentó en la terraza con la carta de Gerald en el regazo, para, tocándola, sentir a Tara y a Ellen más cerca de ella. La lámpara del salón proyectaba a través de la ventana una extraña claridad dorada sobre la parra del porche y en torno de Scarlett formaban un muro de combinadas fragancias los amarillos rosales trepadores y las madreselvas. La noche era infinitamente serena. Desde el crepúsculo no había sonado ni un tiro de fusil y el mundo parecía hallarse muy lejos. Scarlett, sola, se balanceaba en su mecedora, triste después de leer las noticias de Tara, ansiosa de que la acompañase alguien, aunque fuese la misma señora Merriwether. Pero ésta se hallaba de turno de noche en el hospital, la señora Meade estaba en su casa festejando a Phil, que había vuelto de las trincheras, y Melanie dormía. No tenía ni la más ligera esperanza de una visita. En la última semana no se había presentado un solo visitante, puesto que todos los hombres útiles estaban en las trincheras o se batían con los yanquis en las cercanías de Jonesboro.

No solía estar tan sola como ahora, y además no le agradaba estarlo. Cuando se hallaba sola, le daba por pensar y los pensamientos en aquellos días no eran nada agradables. Había adquirido las costumbres de los demás y pensaba, como ellos, en el pasado y en la muerte.

Esa noche, en la quietud de Atlanta, cerraba los ojos e imaginaba hallarse en la rural serenidad de Tara. La vida parecía no haber cambiado ni poder cambiar. Pero sabía que la vida en el condado no volvería a ser la misma de siempre. Pensó en los cuatro Tarleton, en los dos gemelos de cabellos rojos y en Tom y Boyd, y una infinita tristeza le oprimió el pecho. ¡Pensar que Stuart o Brent podían haberse casado con ella! Cuando, terminada la guerra, retornase a Tara, no volvería a oír jamás sus fieros clamores mientras subían la avenida de cedros. Y Raiford Calvert, que bailaba tan divinamente, no volvería a elegirla como pareja. Y los muchachos de los Munroe, y el menudo Joe Fontaine, y...

«¡Oh, Ashley! —sollozó, hundiendo la cabeza entre las manos—. Nunca me acostumbraré a la idea de que me faltes...»

Sintió crujir la cancela y, alzando la cabeza, se apresuró a pasarse la mano por los ojos húmedos. Se levantó y vio a Butler que subía por el jardín con su ancho sombrero panamá en la mano. No le había visto desde el día en que ella se arrojara tan precipitadamente de su coche en Five Points. En aquella ocasión, ella había expresado el deseo de no volver a verle jamás. Pero se sintió tan contenta de poder hablar con alguien y de apartar sus pensamientos de Ashley que se apresuró a eliminar de su mente aquel recuerdo. Evidentemente, él había olvidado el percance o fingía olvidarlo, porque se acomodó a sus pies en el escalón más alto de la terraza, sin mencionar su última discusión.

—¿Conque no se ha refugiado en Macón? He oído decir que la tía Pitty se había marchado, y creí que la acompañaba usted. Así que cuando he visto la luz he entrado para averiguarlo. ¿Por qué está usted aquí?

—Para acompañar a Melanie. Ella ahora... no puede viajar.

—¡Rayos! —dijo él. Y Scarlett vio, a la luz de la lámpara, que su entrecejo se fruncía—. ¿Quiere usted decir que está aquí su cuñada? ¡En mi vida he oído barbaridad semejante! Es peligrosísimo para ella en su condición...

Scarlett, turbada, guardó silencio, porque el estado de Melanie no era como para discutirlo con un hombre. Y la turbaba más aún que Rhett supiera que ello era peligroso para Melanie. Semejante conocimiento no estaba bien en un soltero.

—Es usted muy poco galante al no pensar que también para mí puede ser peligroso —dijo con acritud.

Los ojos de él se entornaron y volvieron a abrirse.

—Yo la defenderé de los yanquis si es necesario.

—No estoy muy segura de que eso sea una galantería —dijo ella, indecisa.

—No lo es —repuso él—. ¿Cuándo dejará usted de buscar galanterías hasta en las más insignificantes frases de los hombres?

—Cuando esté en mi lecho de muerte —contestó ella, sonriendo y pensando que siempre habría hombres que le dirigiesen cumplidos aunque Rhett no lo hiciera.

—Vanidad, pura vanidad —dijo él—. Pero al menos tiene usted la franqueza de confesarlo.

Sacó su cigarrera, extrajo un cigarro negro y lo aplicó a su nariz por un momento. Luego encendió una cerilla, apoyó la espalda en una pilastra, cruzó las manos sobre las rodillas y fumó un rato en silencio. El ruiseñor que anidaba entre las madreselvas despertó de su sueño y emitió una nota tímida y fluida. Y luego, como si se lo hubiera pensado mejor, volvió a guardar silencio.

Rhett, en la sombra del pórtico, rió de improviso con acento bajo y suave.

—¿De modo que se ha quedado con la esposa de Wilkes? Ésa es la más extraña situación en que la he encontrado jamás.

—No veo en ello nada de extraño —repuso Scarlett, sintiéndose inquieta y poniéndose en guardia.

—¿No? En ese caso se sitúa usted en un punto de vista muy impersonal. Mi impresión hasta ahora era que usted no podía soportar a la señora Wilkes. La juzgaba usted una estúpida y sus patrióticas opiniones la enojaban. Rara vez desaprovechaba la oportunidad de deslizar algún comentario molesto para ella. Y por eso me parece extraño que haya optado usted por una actitud tan altruista y se haya quedado aquí durante el bombardeo. ¿Por qué ha obrado así?

—Porque es la hermana de Charles y una verdadera hermana para mí —contestó Scarlett con tanta gravedad como pudo, aunque sintió que se le coloreaban las mejillas.

—Quiere usted decir, más bien, que porque es la viuda de Ashley Wilkes.

Scarlett se incorporó rápidamente, esforzándose en reprimir su enojo.

—Casi estaba a punto de perdonarle su grosero comportamiento anterior, pero ya veo que es imposible. No debí permitirle quedarse en la terraza, y si no fuera por lo abatida que me sentía...

—Vamos, siéntese otra vez y alísese el cabello —dijo él, cambiando de tono. Se acercó a ella y tomándola de la mano la hizo sentar—. ¿Por qué ese abatimiento?

—Hoy he tenido carta de Tara. Los yanquis andan cerca de casa y mi hermana pequeña está enferma de tifus... y ahora, aunque yo pudiera volver a casa, mamá no me dejaría, por temor a que me contagiase. ¡Y con las ganas que tengo de volver a casa, Dios mío!

—Ea, no llore —dijo él, con voz más cariñosa todavía—. Está mucho más segura en Atlanta, aun suponiendo que los yanquis la ocuparan, que en Tara. Los yanquis no le harán nada y el tifus sí.

—¡Que no me harán nada los yanquis! ¿Cómo puede usted mentir de ese modo?

—Los yanquis, hija mía, no son demonios. No tienen cuernos ni rabo, como usted parece pensar. Son tan buenos como los meridionales... aunque con peores modales, desde luego, y con un acento espantoso.

—¿Pero los yanquis no...?

—¿No abusarían de usted? No lo creo. Aunque supongo que no les faltarían ganas.

—Si sigue hablando tan groseramente, me meto en casa —exclamó ella, agradeciendo a Dios que la sombra ocultase el rubor de su faz.

—Séame franca. ¿No era eso lo que estaba pensando?

—¡Por supuesto que no!

—¡Ya lo creo que sí! Es inútil que intente ocultarme sus pensamientos, ya que eso es lo que piensan ahora todas nuestras bien educadas y puras mujeres del Sur. Esa idea no sale jamás de su mente. Apuesto a que hasta las graves matronas como la señora Merriwether...

Scarlett guardó silencio, recordando que en aquellos días dondequiera que se reunieran dos o más mujeres casadas cuchicheaban a propósito de tales sucesos, que siempre se daban por acontecidos en Virginia, Luisiana o Tennessee, nunca cerca de Atlanta. Los yanquis abusaban de las mujeres, atravesaban a bayonetazos el vientre de los niños y prendían fuego a las casas para que se desplomasen sobre las cabezas de los viejos. Todos sabían que tales cosas eran ciertas aunque nadie andará gritándolo por las esquinas. Si Rhett tuviese algo de decencia, debía saber que ello era cierto y no mencionarlo. No era cosa para tomarla a risa.

Le sintió ahogar una carcajada. A veces aquel hombre era abominable. En realidad, lo era casi siempre. Resultaba intolerable que un nombre supiese lo que las mujeres pensaban y hablase de ello. Eso ponía a las jóvenes en una situación tan violenta como si se hallasen desnudas a la vista de los demás. Ningún hombre podía saber tales cosas de mujeres honradas. Le indignaba que él leyera sus pensamientos. Le agradaba considerarse un ser misterioso para los hombres, y era obvio que para Rhett resultaba tan transparente como el cristal.

—A propósito de esto —continuó él—, ¿tiene usted alguna acompañante en casa? ¿La inefable señora Merriwether o la señora Meade? Ambas me miran siempre como si supiesen que no vengo con buenos propósitos.

—La señora Meade suele venir todas las noches —repuso Scarlett, contenta de cambiar de conversación—. Pero hoy no viene porque tiene en casa a su hijo Phil.

—Es una suerte —dijo él suavemente— encontrarla sola. En su voz había algo que aceleró agradablemente los latidos del corazón de Scarlett, Sintió que su rostro enrojecía. Había oído un acento semejante en los hombres lo bastante a menudo para saber que presagiaba una declaración de amor. ¡Qué divertido! Si él le decía que la amaba, ¡cuánto le atormentaría ella y cómo se vengaría de todas las sarcásticas observaciones que él le había dirigido en los últimos tres años! Le daría una lección tal que borraría para siempre la humillación de aquel día en que él fue testigo de su querella con Ashley. Y luego le diría dulcemente que sólo podía ser una hermana para él y se retiraría con todos los honores de la guerra. Rió nerviosamente saboreando de antemano aquella victoria. —No se ría —dijo él.

Y cogiendo su mano la volvió y depositó un beso en su palma. Al contacto de sus

labios cálidos, algo vital, eléctrico, se transmitió de él a ella, algo que acariciaba y estremecía todo su cuerpo. Los labios de Rhett buscaron la muñeca de la joven y ella comprendió que él notaría el aceleramiento de los latidos de su corazón, y procuró retirar la mano. No había contado con esto, con el traidor impulso que al contacto de la boca de Rhett le hacía desear sentirla sobre la suya y acariciar con la mano los cabellos de él.

No lo amaba, se dijo confusamente. Amaba a Ashley. Pero ¿cómo explicar aquella sensación que hacía temblar sus manos y ponía un nudo en su estómago? El rió quedamente. —No se retire. ¿Le hago daño?

—¿Daño? ¡No le temo a usted, Rehtt Butler, ni a ninguno como usted! —gritó ella, furiosa al notar que su voz temblaba tanto como sus manos.

—¡Admirables sentimientos! Pero baje la voz. Podría oírla su cuñada. Y tranquilícese. —El tono de su voz parecía delatar cuánto le complacía la ira de Scarlett—. Dígame, ¿no es verdad que le gusto?

Esto se asemejaba más a lo que ella esperaba.

—Algunas veces —repuso, prudente—. Cuando no se comporta como un sinvergüenza.

Él rió de nuevo y apoyó la palma de la mano de la joven en su recia mejilla.

—Creo que si le gusto es precisamente por ser como soy. Ha conocido usted tan pocos hombres desvergonzados en su apacible vida que el hecho de que yo lo sea, y me diferencie de los demás, es lo que le hace encontrarme agradable.

No era ésa la conversación que ella esperaba. Se esforzó en liberar su mano sin conseguirlo.

—¡No es verdad! Me gustan los hombres amables..., los hombres en cuya caballerosidad se puede confiar siempre.

—Quiere usted decir que le gustan aquellos a quienes puede meter en un puño. Pero no importa. Es cuestión de definiciones.

Volvió a besarle la palma de la mano y ella sintió de nuevo escalofríos a lo largo de la espina dorsal, hasta el cuello.

—El caso es que le gusto. ¿No llegaría usted a amarme, Scarlett? «¡Ah! —pensó ella, triunfante—. ¡Al fin se entrega!» Y contestó con estudiada frialdad:

—Desde luego, no. Es decir..., a menos que rectificase su modo de ser.

—No tengo la menor intención de rectificar. ¿De modo que no llegaría usted a amarme? Es lo que yo esperaba. Porque mientras me guste usted inmensamente no la amaré. Y vale más, porque sería trágico para usted sufrir dos veces de un amor mal correspondido. ¿No es así, querida? ¿Puedo llamarla querida, señora Hamilton? Por supuesto, la llamaré querida, acceda usted o no; pero no está de más guardar las apariencias.

—¿De modo que no me ama?

—No. ¿Creía usted que sí?

—¡Podía ser un poco menos presuntuoso!

—¡Lo creía usted! ¡Pobres esperanzas disipadas! Debía amarla, porque es usted encantadora e inteligente, con todas las demás cualidades inútiles que quiera usted agregar. Pero hay muchas mujeres encantadoras y con cualidades tan inútiles como las suyas. No, no la amo. Pero me gusta usted inmensamente, por la elasticidad de su conciencia, por el egoísmo que rara vez se molesta en ocultar y por el astuto positivismo que ha heredado usted, según me figuro, de algún labriego irlandés, cercano antecesor suyo...

¡Labriego! ¡La estaba insultando! Trató de decir algo, pero apenas Pudo emitir un

balbuceo.

—No me interrumpa —continuó él, acariciándole la mano—. Me gusta usted porque yo tengo las mismas características y es natural que busque a quien se me parezca. Ya veo que usted conserva en su memoria el recuerdo del bendito y testarudo Wilkes, que probablemente duerme hace seis meses en su tumba. Pero en su corazón debe quedar lugar también para mí. ¡No se agite tanto! Estoy declarándome a usted. La he deseado desde que fijé por primera vez la vista en usted, en la casa de Doce Robles, mientras se ocupaba usted en fascinar al pobre Charlie Hamilton. La deseo más que he deseado jamás a una mujer. Y he esperado más por usted que por ninguna otra.

Aquellas últimas palabras causaron tal sorpresa a Scarlett que incluso le cortaron la respiración. Pese a sus insultos, él la amaba; pero tenía un espíritu tan contradictorio que no declaraba abiertamente su sentimiento, dejándolo adivinar entre sus palabras por temor a que ella se burlase de él. ¡Ella le enseñaría y sin pérdida de tiempo!

—¿Me está haciendo una proposición matrimonial?

Rhett soltó la mano de Scarlett y rió tan estruendosamente que ella, desasosegada, se echó hacia atrás en su asiento.

—¡Dios mío, no! ¿No le he dicho ya que no soy de los que se casan?

—Pero..., pero entonces...

El se puso en pie, se llevó la mano al corazón e hizo una burlesca reverencia.

—Querida —repuso con tranquilo acento—, hago un elogio a su inteligencia al rogarle que sea mi amante sin haberla seducido previamente.

—¡Su amante!

La mente de Scarlett repitió la palabra, la repitió diciéndose que había sido vilmente insultada. Pero en la primera impresión del momento no se sintió ofendida. Sólo la invadió una furiosa indignación contra el hecho de que él pudiese juzgarla tan estúpida. Sin duda la consideraba una estúpida cuando le hacía semejante proposición en vez de solicitar su mano, como ella esperaba. La rabia, la vanidad herida, el disgusto, produjeron una viva confusión en su mente. Y, antes de que hubiese podido pensar siquiera en las razones de elevada moral con que hubiera podido reconvenirle, se encontró lanzándole las primeras palabras que le acudieron a los labios:

—¡Su amante! ¿Y qué sacaría de ello aparte de un montón de crios?

Y, apenas comprendió lo que acababa de decir, abrió la boca, horrorizada. El rió hasta desternillarse, tratando a la vez de contemplarla en las sombras, anonadada, con el pañuelo sobre la boca...

—¡Por eso me agrada usted! Es usted la única mujer franca que conozco, la única que mira el lado práctico de las cosas sin andarse con rodeos sobre la moralidad y el pecado. Otra mujer se habría desmayado primero, para ponerme, después, en la puerta de la calle.

Scarlett se irguió, roja de vergüenza. ¿Cómo podía haber dicho tal cosa? ¿Cómo podía ella, hija de Ellen, con una educación tan esmerada, haber oído tan groseras palabras y contestado a ellas tan desvergonzadamente? Debería haber gritado. Debería haberse desmayado. Debería haberse vuelto, en un frío silencio, y salido del porche. ¡Pero ahora era demasiado tarde!

—¡Y le pondré en la puerta! —gritó, sin cuidarse de que Melanie o la señora Meade, que vivía tan cerca, pudiesen oírla—. ¡Salga inmediatamente! ¿Cómo se atreve a decirme semejantes cosas? ¿Qué he hecho nunca para animarle, para llevarle a suponer...? Salga y no vuelva más. Se lo digo de veras. No vuelva con papelitos de horquillas ni con

cintajos creyendo que así le perdonaré. Yo..., yo se lo diré a mi padre y él le matará...

Rhett cogió el sombrero y se inclinó. Ella vio a la luz de la lampara que sus dientes mostraban una sonrisa bajo el bigote. No estaba avergonzado, le divertían las palabras de Scarlett y la contemplaba con atento interés.

¡Era abominable! Scarlett giró sobre sus talones y se dirigió hacia la casa. Trató de cerrar la puerta dando un portazo, pero el gancho que la sujetaba era demasiado pesado para ella. Se esforzó, jadeante, en mover el batiente.

—¿Quiere que la ayude? —preguntó él.

Segura de que sus venas estallarían sí permanecía allí un minuto más, Scarlett corrió escaleras arriba. Y ya en el piso alto sintió que Rhett, amable, cerraba la puerta que ella dejara abierta.

20

Cuando los calurosos y agitados días de agosto llegaban a su fin, el bombardeo cesó repentinamente. Cayó sobre la ciudad una impresionante quietud. Los vecinos se juntaban en las calles y se miraban unos a otros, indecisos e inquietos, como preguntándose el motivo de aquella interrupción. La calma, tras aquellos ruidosos días, no aliviaba los excitados nervios, antes bien los sobresaltaba más. Nadie sabía por qué las baterías permanecían mudas, y no se tenían otras noticias de las tropas sino que habían sido retiradas en gran número de los parapetos que rodeaban la ciudad y marchaban hacia el sur para defender el ferrocarril. Nadie sabía dónde se luchaba ahora, en caso de que se luchara, ni cómo transcurría la batalla, si es que la había.

Sólo se disponía de las noticias que circulaban de boca en boca. Faltos de papel, de tinta y de hombres, los periódicos habían suspendido su publicación desde el principio del sitio y los más disparatados rumores, nacidos no se sabía dónde, llenaban la ciudad. Ahora, en la angustiosa calma, la muchedumbre se apiñaba ante el cuartel general de Hood, ante las oficinas de telégrafos y en la estación, esperando informes, informes favorables, ya que todos confiaban en que el silencio de los cañones de Sherman significase que los yanquis estaban en plena retirada y que los confederados los perseguían por el camino de Dalton. Pero no llegaban noticias. Los hilos telegráficos callaban, no venían trenes por la única línea que se poseía y el servicio de correos se hallaba interrumpido.

Aquel final de verano, caluroso, polvoriento, sofocante, añadía su seco ahogo a la angustia de los cansados corazones. Scarlett procuraba conservar un semblante sereno, pero anhelaba noticias de Tara y le parecía que hacía una eternidad que había comenzado el sitio. Era como si siempre hubiese vivido con el tronar del cañón en sus oídos hasta que sobrevino aquella siniestra quietud. Sin embargo, sólo hacía treinta días que comenzara el asedio. ¡Treinta días de sitio! La ciudad rodeada de trincheras de tierra rojiza, el monótono, incansable fragor de las baterías, las largas filas de ambulancias y carretas de bueyes que se dirigían a los hospitales goteando sangre sobre el polvo, las brigadas de sepultureros, abrumados de trabajo, constantemente atareados en enterrar hombres apenas fríos, arrojándolos de cualquier modo en inacabables hileras de fosas a flor de tierra. ¡Sólo treinta días!

¡Y sólo cuatro meses desde que los yanquis avanzaran hacia el sur de Dalton! ¡Sólo cuatro meses! A Scarlett, le parecía, mirando hacia atrás y evocando aquel remoto día, que esto había sucedido en otra vida. ¡Oh, no! No podía hacer cuatro meses. ¡Tenía que haber transcurrido toda una vida!

Hasta cuatro meses atrás, Dalton, Resaca y los Montes Kennesaw sólo eran para ella nombres de estaciones de ferrocarril. Ahora significaban batallas desesperadas, batallas libradas en vano mientras Johnston retrocedía hacia Atlanta. Y ahora Peachtree Creek, Decatur, Ezra Church y Utoy Creek no eran ya bonitos nombres de bonitos lugares. Nunca volvería a pensar en ellos como alegres lugares llenos de acogedores amigos, como verdes parajes donde se merendaba con arrogantes oficiales, sentados en las tiernas márgenes de lentos arroyos. Aquellos nombres significaban también combates y las verdes hierbas donde ella se sentara habían sido holladas y ajadas por las ruedas de los cañones, pisoteadas por frenéticos pies cuando las bayonetas se enzarzaban con otras bayonetas, sembrando el césped de cuerpos moribundos... Los perezosos arroyos se teñían ahora de un rojo que no podía deberse a la tierra rojiza de Georgia. Se decía que Peachtree Creek se había vuelto de

color carmesí después de que los yanquis lo cruzaran. ¡Peachtree Creek, Decatur, Ezra Church, Utoy Creek! No volverían a ser jamás nombres de lugares. Eran nombres de tumbas donde estaban enterrados amigos suyos, nombres de espesas arboledas y de breñales donde yacían cuerpos insepultos, nombres de los cuatro extremos de Atlanta cuyo paso intentara forzar Sherman y donde los hombres de Hood se habían batido, rechazándole.

Llegaron, al fin, noticias del sur a la acongojada ciudad, y tales noticias eran alarmantes, sobre todo para Scarlett. De nuevo el general Sherman atacaba el cuarto lado de la población, procurando otra vez cortar el ferrocarril de Jonesboro. Los yanquis se colocaban allí en gran número y ya no se libraban meras escaramuzas entre destacamentos de jinetes, sino que las tropas yanquis atacaban en masa. Y millares de soldados confederados habían sido retirados de las líneas que circundaban la ciudad para lanzarlos contra el enemigo. Esto explicaba el repentino silencio.

«¿Por qué atacan Jonesboro? —pensaba Scarlett, sintiendo aterrorizarse su corazón al recordar la cercanía de Tara al frente—. ¿Por qué ha de ser siempre Jonesboro? ¿No tienen otro sitio por donde atacar el ferrocarril?»

Llevaba una semana sin noticias de su casa, y la última breve nota de Gerald había aumentado sus temores. Carreen había empeorado y estaba mal, muy mal. Ahora podían pasar días antes de que llegasen nuevos mensajeros y Scarlett pudiera saber si su hermana vivía o había muerto. ¡Oh, si ella hubiese ido a Tara al empezar el sitio, dejando de pensar en Melanie!

Se luchaba en Jonesboro y esto Atlanta lo sabía muy bien; pero se ignoraba cómo transcurría la lucha y los más locos rumores torturaban a la población. Finalmente llegó un emisario de Jonesboro con la alentadora noticia de que los yanquis habían sido rechazados. Pero antes de retirarse hicieron una incursión en Jonesboro, quemaron la estación, cortaron el telégrafo y levantaron kilómetros de vía férrea. Los ingenieros trabajaban como desesperados reparando la línea, cosa que costaba mucho trabajo, porque los yanquis habían arrojado en grandes hogueras las traviesas de madera y los rieles, hasta que éstos estuvieron al rojo vivo. Entonces los torcieron y los arrollaron en torno a los postes del telégrafo, que parecían, así, gigantescos sacacorchos. Y en aquel tiempo era muy difícil reemplazar los rieles o cualquier otra cosa de hierro.

Pero los yanquis no habían llegado a Tara. El mismo emisario que llevaba los despachos al general Hood tranquilizó a Scarlett al respecto. Cuando se dirigía a Atlanta había encontrado en Jonesboro a Gerald, y éste le había pedido que entregara una carta a su hija.

¿Qué haría papá en Jonesboro? El joven emisario pareció turbado, y al fin contestó que Gerald estaba en Jonesboro buscando un médico militar para llevarlo a Tara.

Scarlett, bajo el porche inundado de radiante sol, dio las gracias al mensajero. Se le doblaron las piernas. Carreen debía de estar moribunda cuando ya no bastaban los remedios de Ellen, y Gerald había de buscar un doctor. Mientras el emisario desaparecía entre una nubecilla de polvo rojizo, Scarlett abrió la misiva de su padre, con temblorosos dedos. El papel escaseaba tanto en la Confederación que Gerald había utilizado para escribir a su hija una carta que ésta le dirigiera antes, aprovechando los huecos entre las líneas, lo que dificultaba mucho la lectura.

«Querida hija: Mamá y tus dos hermanas tienen el tifus. Están muy graves; pero debemos confiar en que suceda lo mejor. Mamá, al tener que meterse en cama, me ha pedido que te escribiera para que no vengas por ningún concepto, exponiéndote y

exponiendo a Wade al contagio. Te envía su cariño y te pide que ruegues por ella.»

«¡Rogar por ella!» Scarlett subió las escaleras corriendo, entró en su alcoba, se arrodilló junto al lecho y oró como nunca lo había hecho antes. Nada de rosarios de rutina, sino una repetición continua de las mismas palabras: «¡Madre de Dios, no permitas que muera! ¡Seré muy buena si ella vive! ¡Haz que no muera, te lo ruego!»

Durante la siguiente semana, Scarlett vagó por la casa como un animal herido, esperando noticias, estremeciéndose cada vez que sentía los cascos de un caballo, precipitándose al piso inferior por la oscura escalera cuando, durante las noches, los soldados iban a llamarla la puerta. Pero sin noticias de Tara. Parecía que entre ella y su hogar hubiese todo un continente y no sólo cuarenta kilómetros de carretera polvorienta.

Los correos estaban interrumpidos y nadie sabía qué hacían los confederados ni qué iban a hacer los yanquis. Nadie sabía nada, salvo que miles de soldados grises y azules estaban luchando en algún punto entre Atlanta y Jonesboro. Ni una palabra de Tara en una semana.

Scarlett había visto bastantes casos de tifus en el hospital de Atlanta para saber lo que significaba una semana con aquella mortal dolencia. Acaso Ellen estuviese agonizando y ella, Scarlett, permanecía entretanto en Atlanta con una mujer encinta a su cargo y dos ejércitos entre ella y su casa. ¡Ellen enferma, acaso moribunda! ¿Cómo podía estarlo ella, que nunca había enfermado? Aquella inverosímil idea conmovía hasta los cimientos toda la seguridad sobre la que reposaba la vida de Scarlett. Podían enfermar todos, pero nunca Ellen. Era ella quien cuidaba de los enfermos y los aliviaba. No podía estar enferma. Scarlett deseaba volver a casa con la frenética desesperación de un niño asustado que no conoce otro lugar donde poder refugiarse.

¡Su casa! La blanca casa con ondulantes cortinas blancas en las ventanas, la espesa hierba sobre la que revoloteaban las abejas en el prado, el negrito instalado en la escalera espantando los pavos y patos que amenazaban los lechos de flores, los serenos campos rojizos y los kilómetros de algodón que blanqueaba bajo el sol. ¡Su casa!

¡Si hubiese ido a casa al principio del asedio, cuando todos huían! Incluso podía haberse llevado a Melanie con ella, tantas semanas atrás. «¡Maldita Melanie! —pensaba mil veces—. ¿Por qué no ha ido a Macón con tía Pitty? Lo justo era que se fuera con sus parientes de verdad y no conmigo. Yo no soy de su sangre. ¿Por qué se empeña con tanta insistencia en ser una carga para mí? Si ella hubiese partido a Macón, yo podría haber ido a casa, con mamá. Y aun ahora..., aun ahora tendría una probabilidad de ir a casa, a pesar de los yanquis, si no fuese por ese niño de Melanie. El general Hood es muy amable y creo que podría obtener de él una escolta para pasar a través de las líneas. ¡Pero tengo que esperar a ese niño! ¡Oh, madre, madre! ¡No mueras! ¿Por qué no llega de una vez ese chiquillo? Voy a ver hoy al doctor Meade para preguntarle si hay algún medio de acelerar el parto, para que yo pueda irme a casa... si consigo una escolta... El doctor Meade dice que mi cuñada va a pasar un mal rato. ¡Dios mío! ¿Y si se muere? ¡Melanie muerta! ¡Muerta! Y Ashley... No, no debo pensar en eso; no está bien... Pero Ashley... No, es inútil pensar en eso porque probablemente ha muerto también. Y me hizo prometer que me ocuparía de Melanie... Sólo que si yo no la cuido y ella se muere y Ashley vive todavía... No, no debo pensar en eso. Es pecado. Y he prometido a Dios ser buena ahora, si Él hace que no muera mi madre. ¡Si al menos llegase pronto el niño! ¡Si yo pudiera salir de aquí, irme a casa, estar en cualquier sitio menos aquí...!»

Scarlett odiaba la ciudad, ahora ominosamente tranquila, que antes amara tanto. Atlanta no era el lugar de alocada alegría que antaño le encantara. Era un sitio odioso,

semejante a una ciudad apestada, tan quieta, tan horriblemente quieta después del estruendo del sitio. Antes había cierto interés en el fragor y el peligro del cañoneo. Pero sólo quedaba horror en la calma que lo siguió. La ciudad parecía embrujada por el terror, la incertidumbre y el recuerdo. Los rostros de la gente estaban contraídos y en los de los soldados Scarlett veía una expresión análoga a la de corredores esforzándose en el último tramo de una carrera que ya consideran perdida.

Llegó el último día de agosto y con él firmes rumores de que la batalla más dura después de la de Atlanta estaba desarrollándose en un lugar cercano, al sur. Atlanta, en espera de noticias del desarrollo de la lucha, procuraba reír y bromear. Todos comprendían ahora lo que sabían los soldados dos semanas atrás: que Atlanta defendía su último baluarte; que si se perdía el ferrocarril, Atlanta estaba perdida.

La mañana del uno de septiembre, Scarlett despertó con una angustiosa impresión de terror, un terror que había anidado en ella la noche antes, al acostarse. Pensó, aún soñolienta: «¿Qué era lo que me inquietaba cuando me acosté anoche? ¡Ah, ya: la batalla! Había una batalla ayer, no sé dónde. ¿Quién ganará?» Se sentó apresuradamente en el lecho, restregándose los ojos, y su abrumado corazón sintió de nuevo todo el peso de la inquietud del día anterior.

Incluso en aquella temprana hora matutina, el calor era ya sofocante y prometía un mediodía de deslumbrante cielo azul y de implacable sol. La calle estaba silenciosa. Ningún carro la recorría. Ninguna tropa levantaba el polvo rojizo con sus pisadas. No sonaban perezosas voces de negros en las cocinas de la vecindad, ni agradable rumor de almuerzos preparados, porque todos los vecinos, excepto las señoras Meade y Merriwether, se habían refugiado en Macón. Ningún rumor podía venir de aquellas casas. Más allá, la parte comercial de la calle carecía de movimiento también y muchos de los almacenes y tiendas estaban cerrados, mientras sus dueños y dependientes se hallaban en las trincheras con un fusil en la mano.

Aquella calma le pareció más siniestra aún que la de las otras mañanas de la semana anterior, tan ominosamente silenciosa. Se levantó de la cama a toda prisa, sin los desperezos y encogimientos habituales, y se dirigió a la ventana, esperando ver el rostro de algún vecino o cualquier otra imagen alentadora. Pero la calle estaba desierta. Notó que las hojas de los árboles eran aún de un oscuro verdor, pero estaban secas y cubiertas de una espesa capa de polvo rojo y también observó que las abandonadas flores del jardín estaban ajadas y marchitas. Mientras miraba por la ventana, llegó a sus oídos un sonido lejano, débil y sordo como el primer distante trueno de una tormenta que se aproximara.

«Lluvia —pensó en el primer momento. Y su espíritu, campesino al fin, añadió—: ¡Ya nos hacía falta! —Pero, tras un instante de atención, díjose—: ¿Lluvia? No. ¡Nada de lluvia! ¡Cañonazos!»

Con el corazón palpitante se asomó a la ventana, procurando percibir de qué lado llegaba el lejano estruendo. Pero sonaba tan remoto que, por un instante, no supo acertar. E imploró: «¡Haz que suene por Marietta, Señor! O por Decatur. O por Peachtree Creek. Pero no por el sur. ¡No por el sur!» Se asió con fuerza a la barandilla de la ventana y aguzó el oído. El rumor parecía sonar más recio. Y venía del sur.

¡Cañoneo al sur! Al sur, donde estaban Jonesboro, Tara y Ellen.

¡Acaso los yanquis estaban en Tara en aquel momento! Volvió a escuchar; pero la sangre se agolpaba en sus oídos impidiéndole percibir el distante tronar. No, no podían estar aún en Jonesboro. De ser así, el cañón sonaría más débil, menos claro. Pero debían de estar al menos dieciséis kilómetros al sur hacia Jonesboro, probablemente cerca de la pequeña

localidad de Rough and Ready. Y Jonesboro sólo estaba dieciséis kilómetros más abajo de Rough and Ready...

El cañón al sur podía significar el tañido fúnebre que señalase la hora de la caída de Atlanta. Pero para Scarlett, inquieta por su madre, luchar más al sur sólo significaba luchar más cerca de Tara. Comenzó a pasear por la alcoba, retorciéndose las manos y pensando por primera vez en la posibilidad de una derrota de los confederados, con todo lo que eso implicaba para ella. La idea de miles de hombres de Sherman acercándose a Tara le hizo sentir todo el horror de la guerra, algo que no habían conseguido hasta entonces los cañonazos del sitio, que hacían trepidar los cristales, las privaciones de ropa y alimento y las interminables hileras de moribundos. ¡El ejército de Sherman a pocos kilómetros de Tara! Incluso si eran derrotados, cabía que los yanquis se retirasen por el camino de Tara. Y Gerald no podría huir con tres mujeres enfermas.

Si al menos estuviese ella allí, no importarían tanto los yanquis. Mientras pisaba el suelo con los pies descalzos, el camisón se le envolvía en las piernas, le entorpecía. ¡Quería estar en casa, cerca de Ellen!

Le llegó de la cocina el ruido de la porcelana en que Prissy preparaba el desayuno. No se oía la voz de Betsy. La de Prissy, aguda y melancólica, se alzó cantando *Sólo unos pocos días de soportar la carga.* Aquel son impresionó a Scarlett, su tristeza la espantó, y entonces, envolviéndose en un chai y bajando al vestíbulo precipitadamente, se acercó a la parte posterior de la casa y gritó:

—¡No cantes eso, Prissy!

Oyó un áspero «Bien, señora»; respiró profundamente, sintiéndose avergonzada de sí misma.

—¿Y Betsy?

—No sé. No ha venido.

Scarlett se dirigió al dormitorio de Melanie y abrió un poco la puerta para mirar. Melanie yacía en el lecho, con un camisón de noche, los ojos cerrados y rodeados de un círculo oscuro, hinchado su rostro de forma de corazón, su delgado cuerpo deformado y feo. Scarlett, maligna, lamentó que Ashley no pudiese verla así ahora. Estaba más desagradable que cualquier otra embarazada que ella hubiese visto. Mientras la miraba, Melanie abrió los ojos y una leve y afectuosa sonrisa iluminó su rostro.

—Entra —dijo, volviéndose fatigosamente de lado—. Estoy despierta y pensando desde que salió el sol. Y quería preguntarte una cosa.

Scarlett entró en el dormitorio y se sentó en el lecho, iluminado por un sol deslumbrante. Melanie extendió la mano y oprimió la de Scarlett con un apretón cariñoso y confiado.

—Querida —dijo—. Estoy inquieta por los cañonazos. Suenan hacia Jonesboro, ¿no?

Scarlett emitió un gruñido confirmativo, sintiendo que el corazón le latía más de prisa al acudir de nuevo a su mente su preocupación.

—Sé que estás disgustada. La última semana, cuando supiste lo de tu madre, te hubieras ido a Tara de no ser por mí, ¿verdad?

—Sí —contestó Scarlett secamente.

—¡Qué buenas eres conmigo, querida! Ni siquiera una hermana hubiera sido mejor ni más valiente. ¡No sabes cuánto te lo agradezco y cuánto me disgusta hallarme en este estado! ¡Y te quiero tanto!

Scarlett la miró de hito en hito. ¿La quería? ¡Qué necia!

—He estado pensando, Scarlett, y quería pedirte un gran favor. —Su mano oprimió con mayor viveza la de su cuñada—. Si muero, ¿te encargarás de mi hijo?

Los ojos de Melanie estaban muy abiertos y brillaban con suave apremio.

—¿Lo harías?

Scarlett retiró la mano, sintiendo un terror que hizo su voz más áspera.

—No seas boba, Melanie. No morirás. Todas las mujeres creen que van a morir en el primer parto. Lo mismo me pasó a mí.

—No, tú no. Tú nunca temes nada. Lo dices para animarme. No temo morir, pero temo dejar al niño, si Ashley... Scarlett, prométeme que te encargarás del niño si muero. Así no temeré nada. Tía Pitty es demasiado vieja para cuidarse de un niño, y Honey e India son buenas, pero... Deseo que seas tú quien cuide a mi hijo. Prométemelo, Scarlett. Si es muchacho, edúcalo para que se parezca a Ashley, y, si es niña, entonces quisiera que se pareciera a ti.

—¡Qué condenación! —gritó Scarlett, saltando del lecho—. ¿No están las cosas bastante mal ya para que las pongamos peor hablando de muertes?

—Perdona, querida. Pero prométemelo. Creo que será hoy. Estoy segura de que será hoy. Anda, prométemelo...

—Bueno, bueno; te lo prometo —dijo Scarlett, mirándola con extraviados ojos.

¿Era posible que Melanie fuese tan necia que no supiese que ella quería a Ashley? ¿O lo sabía todo y pensaba que, merced a aquel amor, Scarlett cuidaría debidamente del hijo de Ashley? Sintió un vivo impulso de hacerle aquellas preguntas; pero murieron en sus labios cuando Melanie, tomando su mano, la apoyó a su propia mejilla. Ahora la calma había vuelto a sus ojos.

—¿Por qué crees que será hoy, Melanie?

—Porque tengo dolores desde la madrugada, aunque no muy agudos todavía.

—¿Sí? ¿Y por qué no me has llamado? Voy a enviar a Prissy a buscar al doctor Meade.

—No; aún no. Ya sabes lo ocupado que está, como todos. Envíale únicamente recado de que le necesitamos hoy. Envía recado también a la señora Meade y ruégale que venga a hacerme compañía. Ella sabrá cuándo debemos mandar llamar realmente a su marido.

—Bien; basta de ser tan altruista. Ya sabes que necesitas al doctor tanto como muchos de los que están en el hospital. Lo mandaré llamar en seguida.

—No, no lo hagas. A veces estas cosas se prolongan un día entero, y no puedo hacer que el médico permanezca aquí horas y horas mientras tantos pobres muchachos necesitan su asistencia. Llama a la señora Meade. Ella sabrá cuándo...

—Bien, bien —aceptó Scarlett.

21

Después de mandar el desayuno a Melanie, Scarlett envió a Prissy en busca de la señora Meade y se sentó con Wade para tomar el desayuno a su vez. Pero hoy no sentía apetito. Entre su nerviosa inquietud y el pensar que había llegado el momento para Melanie y su involuntario estremecimiento al sentir el cañón, no podía probar bocado. El corazón le latía de un modo extraño: con regularidad durante unos minutos; luego, golpeando tan fuerte y rápidamente que casi le hacía daño en al estómago. La pesada papilla de maíz se le pegaba a la garganta como cola, y jamás antes le había parecido tan repulsiva la mezcla de grano tostado y batatas que pasaba por café. Aquello, sin azúcar ni crema, era amargo como la hiél, y el sorgo que se empleaba «para endulzar» no lo mejoraba mucho. Después del primer sorbo, apartó la taza. Si no le sobraran razones, hubiera odiado a los yanquis simplemente porque le impedían tomar verdadero café con azúcar y mantequilla.

Wade estaba más tranquilo que de costumbre y ni siquiera elevaba hoy las quejas que cada mañana le sugería la papilla, que le desagradaba tanto. Comía en silencio las cucharadas que se llevaba a la boca y tragaba ruidosos buches de agua para pasarlas mejor. Sus dulces ojos oscuros, grandes y redondos como monedas de dólar, seguían todos los movimientos de su madre con una infantil turbación, como si los temores escondidos de ella se le hubiesen contagiado. Cuando hubo terminado, Scarlett le envió a jugar al patio trasero de la casa y le contempló mientras cruzaba la hierba dirigiéndose a su lugar de juegos, sintiendo verdadero alivio.

Luego se levantó y permaneció indecisa al pie de la escalera. Debía subir con Melanie y procurar distraer su mente de la preocupación por la prueba que la esperaba. ¡Tenía que haber elegido precisamente aquel día para dar a luz... y para hablar de muerte!

Tomó asiento en el escalón inferior y procuró serenarse. Se preguntaba cuál habría sido el resultado de la lucha del día anterior y del mismo día. ¡Era extraño que se diese una gran batalla a pocos kilómetros de allí y no se conociera el resultado! ¡Qué rara la tranquilidad de aquel barrio extremo de la ciudad en contraste con el tumulto del día de la batalla en Peachtree Creek!

La casa de tía Pittypat era una de las últimas en el extremo norte de la ciudad, y ahora que la batalla se mantenía en algún lugar hacia el sur no quedaban en las inmediaciones del edificio refuerzos que cruzasen a paso redoblado, ni ambulancias, ni tambaleantes filas de heridos que volviesen a la población.

Pensó que probablemente esas escenas se repetirían ahora al sur de la ciudad y agradeció a Dios no encontrarse allí. Por otra parte, nadie, excepto los Merriwether y los Meade, residían ahora en aquel extremo de la ciudad, y ello la hizo sentirse sola y abandonada. Hubiera deseado tener a su lado a tío Peter, quien no habría dejado de ir al Cuartel General para traer noticias. De no ser por Melanie, ella misma hubiera ido al centro en busca de informes, pero no podía hacerlo hasta que llegara la señora Meade. Pero ¿por qué no venía la señora Meade? ¿Y qué sería de Prissy?

Se levantó, salió a la terraza y escrutó las cercanías, buscando con los ojos a quienes esperaba. Sin embargo, la casa de los Meade quedaba oculta en un recodo umbroso de la calle y Scarlett no distinguió a nadie. Después de largo rato, apareció Prissy sola, andando tan perezosamente como si no tuviese nada que hacer en todo el día, ondulando sus faldas de lado a lado y volviendo la cabeza sobre el hombro para ver el efecto que ello producía. —¡Qué calma traes, hija mía! —gruñó Scarlett cuando Prissy abrió la puerta del jardín—.

¿Qué dice la señora Meade? ¿Vendrá pronto?

—No estaba —dijo Prissy.

—¿Adonde ha ido? ¿Cuándo vuelve?

—Escuche —repuso Prissy, complaciéndose en dosificar sus palabras, pronunciándolas poco a poco para dar más importancia a su mensaje—. La cocinera dice que la señora Meade ha salido muy temprano de mañana porque el señorito Phil ha recibido un balazo y la señora Meade ha ido en el coche, con el viejo Talbot y Betsy, para traerlo a casa. La cocinera dice que está muy grave y que probablemente la señora Meade no podrá venir.

Scarlett la miró fijamente, sintiendo deseos de sacudirla con violencia. Los negros gozaban siempre que podían ser portadores de malas noticias.

—Bien; no te quedes ahí como una estúpida. Vete a casa de la señora Merriwether y dile que venga o que mande a su mamita. ¡Rápido! —No está, señora Scarlett. He estado en su casa al venir para pasar un rato con su mamita. Y ha salido. La casa está cerrada. Deben de estar todos en el hospital.

—¡Así has tardado! Cuando yo te mande a algún sitio no tienes que ir a pasar ratos con nadie, sino ir adonde te digan. ¿Lo entiendes?

Vete...

Se detuvo y se devanó el cerebro pensando. ¿Qué amigos quedaban que pudiesen serle útiles? ¡Ah, la señora Elsing! Aunque no simpatizara mucho con ella, sentía gran afecto por Melanie.

—Vete a casa de la señora Elsing, explícaselo todo bien, y dile que haga el favor de acudir. Y ahora, Prissy, escúchame. El niño de la señorita Melanie está a punto de llegar y puede que hagas falta de un momento a otro. Así que date prisa y vuelve en seguida.

—Sí señora —repuso Prissy, bajando y poniéndose en marcha a paso de tortuga.

—¡De prisa!

—Sí, señora.

Prissy apresuró el paso imperceptiblemente y Scarlett volvió a entrar en la casa. Vaciló otra vez antes de subir para reunirse con Melanie. Tenía que explicarle el motivo de que no acudiese la señora Meade, y la noticia de que Phil estaba gravemente herido seguramente la impresionaría desagradablemente. Diría una mentira cualquiera, pues...

Entró en el aposento de Melanie y vio que el servicio del desayuno estaba intacto. Melanie yacía acostada de lado, con la cara muy blanca.

—La señora Meade estaba en el hospital, pero va a venir la Elsing —explicó Scarlett—. ¿Te sientes mal?

—No mucho —mintió Melanie—. ¿Cuánto tiempo tardó tu Wade en venir al mundo?

—Muy poco —afirmó Scarlett con una calma que se hallaba lejos de sentir—. Yo estaba en el patio y apenas me dio tiempo para entrar en casa. Mamita dijo que aquella facilidad era escandalosa... que ni que yo hubiese sido una negra.

—Espero ser yo también como una negra —dijo Melanie, esbozando una sonrisa que desapareció al punto, sustituida por una mueca de dolor.

Scarlett miró las estrechas caderas de Melanie y dudó mucho de que el final fuera feliz; pero dijo, tranquilizadora:

—¡Bah; no es tan terrible como crees!

—Ya sé que no. Pero temo ser un poquitín cobarde. Dime: ¿viene pronto la señora Elsing?

—En seguida. Bajo a por agua fresca para lavarte. Hace mucho calor.

Dedicó el menos tiempo posible a coger el agua, saliendo a la puerta a cada instante para ver si volvía Prissy. Pero, como no se veía ni rastro de ella, subió al cuarto de Melanie, le lavó el sudoroso cuerpo y peinó su negra cabellera.

Pasada una hora, sintió en la calle un característico pisar de pies de negro, y, mirando por la ventana, distinguió a Prissy, que volvía lentamente, ondulando la falda como antes y moviendo afectadamente la cabeza como si se hallase ante un vasto e interesado público.

«Un día voy a hacer pedazos a esta rapaza», pensó Scarlett con ira, bajando a toda prisa las escaleras para encontrarla.

—La señora Elsing está en el hospital. Van a llegar en el primer tren muchos soldados heridos. La cocinera estaba preparando la comida para llevársela. Y dice...

—No me importa lo que diga —repuso Scarlett, a punto de estallar—. Ponte un delantal limpio y vete a llevar una nota mía al hospital. Se la darás al doctor Meade, y si no está, al doctor Jones o a otro médico cualquiera. Y sí esta vez no corres te desuello viva.

—Sí, señora.

—Y pide noticias de la batalla a cualquiera de ellos. Si no saben nada, vete a la estación y pregunta a los conductores del tren de heridos si se lucha en Jonesboro o cerca de allí.

—¡Dios mío, señora Scarlett! —exclamó Prissy, con súbita expresión de terror en su negro rostro—. ¿No estarán los yanquis en Tara?

—No lo sé. Ya te digo que preguntes.

—¡Dios mío, señora! ¿Estarán allí? ¿Harán algo a mamá?

Y Prissy comenzó a gritar desesperadamente, añadiendo un nuevo desasosiego a la inquietud que ya experimentaba Scarlett.

—¡Basta de gritos! ¡No vaya a oírte la señorita Melanie! ¡Y ponte el delantal! ¡Pronto!

Así espoleada, Prissy se dirigió apresuradamente hacia la parte posterior de la casa, mientras Scarlett garabateaba una rápida nota en la última carta de Gerald, último trozo de papel que tenían. Al doblarla de modo que su nota saltase a la vista, distinguió las palabras de Gerald: «Tu madre... tifus... bajo ningún pretexto... vengas a casa.» Casi rompió a llorar. De no ser por Melanie, hubiera vuelto a casa en aquel mismo momento, aunque le costase hacer todo el camino a pie.

Prissy salió a la carrera, oprimiendo la carta en la mano, y Scarlett volvió con Melanie, meditando sobre una mentira plausible que explicase la ausencia de la señora Elsing. Pero Melanie no preguntó. Yacía de espaldas, la faz tranquila y plácida, y su aspecto calmó a Scarlett por un rato.

Se sentó y se esforzó en hablar de cosas sin importancia; pero el pensar en Tara y en una posible victoria de los yanquis la hería cruelmente. Imaginó a Ellen moribunda, a los yanquis entrando en Atlanta, quemándolo todo, matando a todos. Entretanto, el lejano tronar del cañón persistía, invadiendo sus oídos con olas rumorosas y estremecedoras. Finalmente le faltaron fuerzas para hablar y permaneció mirando por la ventana la calle calurosa y tranquila y las inmóviles y polvorientas frondas de los árboles. Melanie estaba silenciosa también, pero a intervalos el dolor contraía su serena faz.

Después de cada acceso de dolor decía siempre: «La verdad es que no es tan grave»; pero Scarlett no ignoraba que mentía. Y ella hubiera preferido un dolor clamoroso a aquel resignado sufrimiento. Comprendía que era su deber compadecer a Melanie, pero no

lograba sentir por ella una sola chispa de simpatía. Su mente estaba demasiado desgarrada con su propia angustia.

En una ocasión miró airadamente el rostro de la parturienta, desfigurado por el dolor, y se preguntó por qué había de ser precisamente ella quien estuviera con Melanie en aquel momento concreto. ¡Ella, que no tenía nada en común con Melanie, que la odiaba y que hubiera deseado su muerte! Pero quizás aquel deseo quedase cumplido antes de la noche. Un frío y supersticioso terror la invadió al pensarlo. Desear la muerte de alguien traía mala suerte, casi tan mala como maldecir a otro. «Al que echa maldiciones le caen en la cabeza», solía decir Mamita. Oró, angustiada, pidiendo que no muriese, e inició una charla febril y trivial, casi sin darse cuenta de lo que decía. Melanie le puso la mano en la muñeca.

—No te esfuerces en hablar, querida. Ya sé lo preocupada que estas. Siento causarte tanta molestia.

Scarlett calló, pero distaba mucho de sentirse tranquila. ¿Qué pasaría si ni el doctor ni Prissy llegaban a tiempo? Se dirigió a la ventana, miró a la calle y volvió a sentarse de nuevo.

Pasó una hora y después otra. Se acercaba el mediodía y el sol ardoroso estaba ya muy alto. Ni un soplo de aire agitaba las hojas polvorientas. Los dolores de Melanie se hacían más agudos. El sudor impregnaba su cabellera y se le pegaba el camisón al cuerpo por muchos lugares. Scarlett secaba su rostro en silencio, sintiendo el alma roída por el temor. ¡Dios mío, si el niño llegara antes de aparecer el doctor! ¿Qué haría? No tenía ni la menor idea de cómo debía comportarse en momentos así. Durante varias semanas había temido aquella emergencia.

Había contado con Prissy para resolver el problema, si no había médico a mano, ya que ella conocía todo lo concerniente a la situación, según le había repetido con insistencia. Pero ¿dónde estaba Prissy y por qué no venía? ¿Por qué no llegaba tampoco el médico? Se asomó de nuevo a la ventana. Volvió a prestar oído y se preguntó si sería o no imaginación suya la impresión de que el cañoneo se apagaba a lo lejos. Y si estaba más lejos, significaba que se combatía más cerca de Jonesboro, y entonces...

Al fin, vio a Prissy que llegaba por la calle a paso rápido; Scarlett se asomó a la ventana. Prissy miró, vio a su ama y abrió la boca para gritar. Viendo el pánico escrito en la menuda faz negra, y temiendo que alarmase a Melanie gritando a voz en cuello malas noticias, Scarlett se apresuró a llevarse un dedo a los labios y se retiró de la ventana.

—Voy a traer más agua fresca —dijo, contemplando las oscuras ojeras de Melanie y tratando de sonreír.

Salió a toda prisa del cuarto, después de cerrar la puerta tras de sí.

Prissy, jadeante, se hallaba en el primer escalón.

—¡Están luchando en Jonesboro, señora! Los nuestros están perdiendo. ¡Dios mío, señora Scarlett! ¿Qué les pasará a mamá y a Poke? ¿Qué nos pasará si vienen los yanquis? ¡Dios mío!

Scarlett le puso una mano en la gimiente boca.

—¡Cállate, por amor de Dios!

¿Qué ocurriría si llegaban los yanquis, si entraban en Tara? Pero rechazó aquel pensamiento con energía para ocuparse sólo de la urgencia inmediata. Si pensaba en aquellas cosas, rompería a gritar y llorar como Prissy. .

—¿Y el doctor Meade? ¿Por qué no ha venido?

—No lo he visto, señora Scarlett.

—¿Cómo que no?

—No estaba en el hospital. Ni la señora Merriwether ni la Elsing. Un hombre me dijo que el doctor estaba en los vagones con los heridos que llegaban de Jonesboro; pero yo, señora, he tenido miedo de ir adonde están los vagones... porque hay muchos moribundos... Me asustan los muertos...

—Pero ¿y los demás médicos?

—¡Dios mío, señora! No he encontrado ni uno que leyera su nota. Todos andan corriendo por el hospital como locos. Uno me dijo: «¡Vete al diablo! No vengas hablando de niños que nacen cuando hay aquí tantos hombres que mueren. Busca una mujer cualquiera que os ayude.» Y entonces fui a ver si encontraba quien me diera noticias de la batalla, como usted me mandó, y...

—¿Dices que el doctor Meade está en la estación?

—Sí, señora. Él...

—Ahora escúchame bien. Voy a buscarlo. Tú, entretanto, estáte con la señora Melanie y haz todo lo que te diga. Pero, si se te escapara una sola palabra acerca de dónde se está librando el combate, te vendo, tan seguro como hay Dios. Tampoco le digas que no pueden venir los demás médicos. ¿Has comprendido?

—Sí, señora.

—Limpíate los ojos, coge un cántaro de agua fresca y vete arriba. Tienes que refrescar a la señora Melanie. Dile que me he ido a buscar al doctor Meade.

—¿Ha llegado el momento, señora Scarlett? —No lo sé, pero me temo que sí. Tú lo sabrás. Sube. Scarlett cogió de la consola su ancho sombrero de paja y se lo puso. Se miró al espejo y maquinalmente se arregló algunos mechones de cabello, pero sin verse en realidad. Aunque todo su cuerpo sudaba, la acometían helados escalofríos que irradiaban de su interior hasta sus mejillas y hasta las puntas de los dedos. Salió presurosa, bajo el sol ardiente, cegador, deslumbrante. Mientras bajaba de prisa por la calle Peachtree, el calor hacía latir sus sienes con violencia. A lo lejos, en la calle, percibió un confuso vocerío cuya intensidad aumentaba y disminuía. Al llegar ante la casa de los Leyden, comenzaba a jadear, a causa de lo ajustado que llevaba el talle; pero no aminoró el paso. El rumor de voces se hizo más intenso.

Desde la casa de los Leyden hacia Five Points, la calle presentaba una viva actividad: la actividad de un hormiguero que acaba de ser destruido. Negros de aterrorizados rostros corrían arriba y abajo de la calle, y en los porches había niños blancos que lloraban, sin que nadie los atendiese. La calle estaba llena de furgones militares y de ambulancias cargadas de heridos, así como de coches colmados de maletas y enseres. Muchos jinetes afluían en confusión por las calles laterales, camino del cuartel general de Hood. Frente a la casa de los Bonnet, vio al viejo Amos que sacudía las riendas del caballo de sus amos y que la saludó abriendo mucho los ojos.

—¿Todavía no se va, señora Scarlett? Nosotros ya nos marchamos. La señora está haciendo el equipaje. —¿Adonde os vais?

—¡Sabe Dios! Los yanquis están al llegar.

Ella echó a andar, presurosa, sin despedirse siquiera. ¡Los yanquis estaban al llegar! Ante Wesley Chapel se detuvo para tomar aliento y dejar que se calmase su palpitante corazón. Sí no se tranquilizaba, acabaría desmayándose. Mientras permanecía apoyada en una farola vio subir a la carrera, por Five Points, a un oficial a caballo. En un arranque, se precipitó en medio de la calle y le hizo señas con la mano. —¡Párese, haga el favor!

Él frenó tan rápidamente que el caballo se levantó sobe sus patas traseras. En la faz

del hombre se leían profundas muestras de la fatiga y urgencia que le acuciaban; pero, con todo, se quitó inmediatamente el sombrero gris. —¿Señora?

—Dígame: ¿es cierto que los yanquis están al llegar? —Me temo que sí. —¿Lo sabe o no?

—Sí, señora. Lo sé. Hace media hora ha llegado al Cuartel General un despacho del frente de Jonesboro.

—¿De Jonesboro? ¿Está usted seguro?

—Estoy seguro. Es inútil inventar mentiras piadosas. El mensaje era del general Hardee, y decía: «He perdido la batalla y estoy en plena retirada.»

—¡Oh, Dios mío!

La oscura faz de aquel hombre cansado no exteriorizó emoción alguna. Aflojó las bridas del caballo y se caló el sombrero.

—¡Un momento, señor! ¿Qué debemos hacer?

—No puedo decirlo, señora. El ejército evacuará Atlanta en breve.

—¿Nos dejan abandonados a los yanquis?

—Temo que sí.

El caballo, espoleado, saltó como impulsado por un resorte, y Scarlett quedó sola en medio de la calle, hundida hasta los tobillos en el denso polvo.

Los yanquis llegaban, el ejército partía, los yanquis llegaban... ¿Qué debía hacer? ¿Huir? No, no podía huir. Allí estaba Melanie, en cama, aguardando la llegada de su hijo. ¿Por qué tendrían hijos las mujeres? Si no fuese por Melanie, ella, con Wade y Prissy, se esconderían en los bosques y los yanquis no los encontrarían. Pero no podía llevarse a Melanie a los bosques. Ahora no. Si hubiese tenido su hijo antes, incluso el día precedente, acaso habrían podido montar en una ambulancia, salir de la ciudad y esconderse en cualquier sitio. Pero ahora... Ahora debía encontrar al doctor Meade y volver a casa con él. Acaso él apresurara el nacimiento del niño. Se recogió las faldas y corrió calle abajo; sus pies se movían al ritmo de la frase que repetía en su mente: «Los yanquis llegan, los yanquis llegan.»

Five Points rebosaba de gente que miraba de un lado a otro con extraviados ojos, así como de furgones, ambulancias, carretas de bueyes, carros cargados de heridos. Surgía de la multitud un sordo rumor, semejante al romper del mar en la orilla.

Un extraño espectáculo impresionó sus ojos. Muchas mujeres llegaban del ferrocarril cargadas con jamones. A su lado se apresuraban niños pequeños tambaleándose bajo el peso de grandes recipientes de melaza. Numerosos muchachos llevaban sacos de patatas o trigo. Un viejo transportaba un pequeño barril de harina en un carro de mano. Hombres, mujeres y niños, blancos y negros, todos con la faz congestionada, se apresuraban por la calle cargados con sacos, paquetes y cajones de víveres, más víveres que cuantos ella había podido ver en un año. La muchedumbre abrió pronto camino dando paso a un coche. Era una victoria sobre cuyo pescante iba la elegante y delicada señora Elsing, con las riendas en una mano y el látigo en la otra. Tenía muy pálido el rostro y sus largos cabellos grises pendían, despeinados, sobre la espalda, mientras fustigaba al caballo como una furia. En el asiento posterior del coche iba Melissy, su mamita negra, que aferraba un grasiento trozo de tocino con una mano, mientras con la otra y con los pies procuraba sujetar las cajas y maletas apiladas a su alrededor. Un saco de guisantes secos se había reventado y el contenido se derramaba por la calle. Scarlett llamó a gritos a la Elsing, pero el vocerío de la muchedumbre apagó su voz y el coche continuó su loca carrera.

Durante un momento no pudo comprender lo que todo aquello significaba. Luego,

acordándose de que los depósitos de intendencia estaban próximos al ferrocarril, imaginó que el Ejército debía haberlos abierto al pueblo para que éste salvase lo que pudiera antes de que llegaran los yanquis.

Se abrió camino vivamente a través de la gente, adelantó a la cargada e histérica multitud que se aglomeraba en Five Points y corrió tan de prisa como pudo hacia la estación. En medio de las ambulancias en confusión, entre nubes de polvo, vio médicos y camilleros inclinándose, levantando cuerpos, apresurándose. ¡Gracias a Dios que iba a encontrar en breve al doctor Meade! Pero al doblar la esquina del hotel Atlanta, pudo ver por completo la estación y las vías, y se sintió anonadada.

Bajo el sol implacable, tendidos hombro con hombro, o cabeza con pies, yacían cientos de hombres heridos, sobre los rieles, sobre los andenes, en interminables filas bajo las cocheras. Muchos estaban rígidos y silenciosos, pero otros muchos se retorcían, gimientes, bajo el ardoroso sol. Por doquier, enjambres de moscas cubrían a los hombres, zumbando y rozando sus rostros. Por todas partes había sangre, vendajes sucios, gemidos, blasfemias de dolor, mientras los camilleros transportaban hombres. Un olor revuelto de sangre, sudor, excementos y cuerpos sucios se alzaba en el aire caluroso, produciendo una fetidez que despertó náuseas en Scarlett. Los hombres encargados de las ambulancias se apresuraban de un lado a otro, entre las postradas y patéticas figuras de los heridos, y con frecuencia cargaban con algunos que sacaban de las apretadas filas, mientras los demás los contemplaban fijamente, esperando que llegase su turno.

Ella retrocedió y se llevó la mano a la boca, sintiendo ganas de vomitar. Era horrible. Había visto heridos en los hospitales, así como en el jardín de tía Pitty después del combate de Peachtree Creek, pero nada como esto. Nada como aquellos cuerpos hediondos y ensangrentados expuestos al sol abrasador. ¡Aquello era un infierno de ruidos, hedores, dolor y prisa! ¡Sobre todo prisa! ¡Los yanquis llegaban...!

Con enérgica resolución avanzó entre los heridos, tratando de distinguir entre las figuras en pie la del doctor Meade. Pero no podía buscarlo con la vista, porque, de no andar muy cuidadosamente, se exponía a pisotear a algún pobre soldado. Se recogió las faldas y procuró caminar, entre ellos, hacia un grupo de hombres que daban órdenes a los enfermeros.

Mientras andaba, febriles manos asían su vestido y voces angustiadas suplicaban.

—¡Agua, señora! ¡Agua, señora! ¡Por amor de Dios, agua!

El sudor le corría a torrentes por el rostro mientras procuraba desasir su falda de aquellas manos convulsas. Temía desmayarse si pisaba a alguno de aquellos hombres. Anduvo entre muertos, entre hombres que crispaban sus manos sobre sus cuerpos lleno de sangre coagulada, hombres con los uniformes acribillados y por entre cuyas barbas, rígidas por la sangre seca, surgían de sus mandíbulas rotas sonidos inarticulados que sin duda significaban:

—¡Agua, agua!

Sí no encontraba pronto al doctor Meade, acabaría sufriendo un ataque de nervios. Miró hacia el grupo de hombres que estaban bajo la marquesina, y gritó, tan fuerte como pudo:

—¡Doctor Meade! ¿Está ahí el doctor Meade?

Un hombre se separó del grupo y la miró. Era el doctor. Iba en chaqueta y arremangado. Tenía el pantalón y la camisa enrojecidos como los de un carnicero, y hasta en la punta de su barba gris de tonos metálicos había sangre. Su rostro parecía el de un hombre borracho de ira impotente, de fatiga y de ardiente compasión. Sobre su rostro, sucio

y cubierto de polvo, el sudor describía largos surcos. Pero su voz sonaba tranquila y resuelta cuando habló a Scarlett.

—¡Gracias a Dios que llega usted! Todas las manos nos son útiles. Ella, por un instante, lo miró turbada, soltando las faldas, que fueron a caer sobre el rostro de un herido, quien se esforzó débilmente en librar su cara de aquel torbellino de tela. ¿Qué quería decir el doctor? El polvo de las ambulancias cubría su faz, abrasándola, y el hedor colmaba sus narices como un líquido asqueroso. —¡De prisa, niña! ¡Venga!

Volvió a recogerse las faldas y se acercó a él, tan de prisa como pudo, entre los montones de heridos. Puso una mano en el brazo del doctor y lo sintió tembloroso de cansancio, aunque su rostro no mostrase signos de debilidad.

—¡Tiene que acompañarme, doctor! —exclamó—. Melanie va a tener el niño.

Él la miró como si no pudiese comprender aquellas palabras. Un hombre que yacía a los pies de Scarlett, con la cabeza apoyada en la mochila, rió, bonachón, al escucharla.

—¡Al menos nacen algunos! —comentó, jocoso. Ella, sin mirarlo, sacudió el brazo del doctor. —¡El niño de Melanie, doctor! ¡Tiene usted que venir! Los... los... No era ocasión de andar con rodeos, pero resultaba duro hablar así ante cientos de extraños que la oían.

—Los dolores son intensos ya. Haga el favor de venir. —¡Un niño! ¡Dios mío! —tronó el doctor, mientras en su faz se pintaba súbitamente un odio y una ira no dirigidos a Scarlett ni a nadie, sino a un mundo en el que cabía que ocurriesen semejantes cosas—. ¿Está usted loca? ¿Cómo voy a abandonar a estos hombres que están muriendo a centenares? No voy a dejarlos por un condenado niño. Busque a alguna mujer que la ayude. Llame a la mía.

Scarlett abrió la boca para explicar la razón de que la señora Meade no acudiese, y volvió a cerrarla en el acto. El doctor ignoraba que su propio hijo estaba herido. Se preguntó si Meade habría continuado allí de saberlo, y algo en su interior le dijo que, aunque Phil se hallase moribundo, su padre habría seguido en aquel lugar, prestando sus auxilios a aquella masa de heridos, en vez de a uno solo.

—Tiene usted que venir, doctor. Recuerde que dijo que iba a pasar un mal rato.

Pero ¿era realmente ella quien pronunciaba aquellas indelicadas palabras en semejante infierno de calor y gemidos? —¡Se morirá si usted no acude!

El separó rudamente de su brazo la mano de Scarlett y le habló como si apenas hubiese oído ni comprendido lo que decía. —¿Morir? Sí: van a morir todos estos hombres. No hay vendas, ni quinina, ni cloroformo, ni pomadas... ¡Oh, Dios mío, si tuviésemos algo de morfina! ¡Algo de morfina para los más graves! ¡Un poco de cloroformo! ¡Malditos sean los yanquis, malditos!

—¡Al infierno con ellos, doctor! —dijo el hombre tendido, con los dientes brillantes entre la barba.

Scarlett comenzó a temblar. Lágrimas de horror llenaron sus ojos. El doctor no iba a acompañarla, Melanie moriría y ella lo había deseado. ¡El doctor no la acompañaba!

—¡En nombre de Dios, doctor, venga!

El doctor Meade se mordió los labios, su mandíbula se endureció y su rostro se tornó insensible.

—Procuraré ir, hija, pero no puedo asegurarlo. Lo procuraré en cuanto despache a todos estos hombres. Los yanquis llegan y las tropas están evacuando la ciudad. No sé qué se va a hacer con los heridos. No hay trenes, porque la línea de Macón ha sido cortada... Procuraré ir. Márchese ahora y no me mortifique. Recibir un niño no es cosa del otro

mundo. Corte el cordón...

Se volvió, porque alguien acababa de tocarle el brazo, y comenzó a dar instrucciones, señalando a uno u otro de los heridos. El hombre que yacía a sus pies miró, compasivo, a Scarlett. Ella se volvió; el doctor la había olvidado.

Se abrió camino velozmente entre los heridos y tornó a la calle Peachtree. El doctor no iría. ¡Tendría que arreglárselas sola! ¡Menos mal que Prissy sabía todo lo referente al parto! Le dolía la cabeza del calor y sentía que el corpino, húmedo de sudor, se le pegaba al cuerpo. Notaba el cerebro y los pies embotados, como en una pesadilla de ésas en que se quiere correr y no se consigue. Pensó en el largo camino hasta casa y le pareció interminable.

De nuevo las palabras «los yanquis llegan» comenzaron a sonar, monótonas, en su mente. Su corazón latió más rápido y sus músculos reaccionaron. Caminó a toda prisa entre la multitud, que ahora llenaba de tal modo Five Points que no había un solo hueco en las estrechas aceras, y hubo de caminar por la calzada. Pasaban largas hileras de soldados cubiertos de polvo y rendidos de fatiga. Eran millares de hombres sucios y barbudos, con los fusiles colgados al hombro, que marchaban a paso rápido por la calle. Desfilaron cañones cuyos conductores fustigaban con tiras de cuero a las esqueléticas muías. Furgones de intendencia con los toldos desgarrados recorrían las calles. Pasaban interminables líneas de jinetes levantando nubes de polvo. Jamás había visto tantos soldados juntos. ¡Retirada, retirada! El Ejército abandonaba la ciudad. Lo veía completamente claro.

Las apresuradas filas la obligaron a apartarse a la atestada acera. Sintió un fuerte vaho de whisky barato. Cerca de la calle Decatur se veían entre la multitud mujeres llamativamente vestidas, cuyos adornos chillones y caras pintadas ponían entre el gentío una discordante nota festiva. La mayoría iban ebrias, y los soldados de cuyos brazos se colgaban estaban más ebrios aún. Scarlett distinguió, en un vistazo, una cabeza de rojos rizos, vio a Belle Watling y oyó su estridente risa aguardentosa. Belle iba del brazo de un soldado manco que avanzaba dando tumbos.

Después de abrirse camino entre la multitud con dificultad y rebasada la manzana siguiente a Five Points, notó que el gentío disminuía eri parte. Entonces se recogió las faldas y echó a correr. Ante Wesley Chapel se sintió sin aliento, mareada y con el pecho oprimido. El corsé le cortaba literalmente las costillas. Se dejó caer en la escalinata de la iglesia y sepultó la cabeza en sus manos, en espera de poder respirar más fácilmente. Necesitaba respirar hondo, necesitaba que su corazón dejase de saltar, de latir impetuoso, de sonar como un redoble de tambor. ¡Oh, si hubiese tenido alguien a quien recurrir en aquel enloquecido lugar!

Jamás había afrontado sola cosa alguna en toda su vida. Siempre había tenido alguien que hiciese las cosas por ella, que se preocupase por ella, que la protegiera y la mimara. Era increíble que ahora estuviera en tal situación. Ni un amigo ni un vecino para ayudarla. Antes siempre había tenido amigos, vecinos, hábiles manos de voluntariosos esclavos a su disposición. Y ahora, en este momento de tanta necesidad, no tenía a nadie. Le resultaba increíble que pudiese estar completamente sola, tan asustada y al mismo tiempo tan lejos de su hogar.

¡Su hogar! ¡Oh, quién estuviese en él, con o sin yanquis! ¡En él, aun con Ellen enferma! Añoró la dulce faz de Ellen, los fuertes brazos de Mamita en torno a su cuello.

Mareada aún, se incorporó y reanudó la marcha. Cuando estuvo ante su casa vio a Wade columpiándose en la puerta del jardín. Cuando el niño distinguió a Scarlett, arrugó el semblante y comenzó a llorar, mostrándole un dedo desollado. —¡Pupa! —sollozó—.

¡Pupa!

—¡Calla, calla, calla! ¡Calla o te pego! Vete al patio para hacer bollos con tierra mojada y no te muevas de allí.

—¡Wade tiene hambre! —sollozó el niño, metiéndose en la boca el dedo lastimado.

—No me importa. Vete al patio.

Miró hacia arriba y vio a Prissy en la ventana, con el disgusto y el terror pintados en el semblante. Aquella expresión se mudó en otra de alivio al divisar a su señora. Scarlett le indicó que bajase y entró en la casa. ¡Qué fresco estaba el vestíbulo! Se desanudó el sombrero y lo lanzó sobre la mesa, mientras se pasaba el antebrazo por la frente sudorosa. Oyó abrirse la puerta de arriba y un quejido bajo y lloroso, como de agonía, hirió sus oídos. Prissy bajó las escaleras de tres en tres.

—¿Ha venido el doctor? —El doctor no puede venir.

—¡Dios mío, señora! La señora Melanie está mal, muy mal. —El doctor no puede venir. Nadie puede venir. Tú recibirás al niño y yo te ayudaré.

Prissy abrió la boca y agitó la lengua, pero no dijo una palabra. Miró a Scarlett de reojo, agitó los pies y todo su menudo cuerpo pareció convulsionarse.

—¡No hagas estupideces! —gritó Scarlett, enfurecida al ver su necia expresión—. ¿Qué pasa?

Prissy retrocedió hacia las escaleras. —¡Por Dios, señora!

Y en sus ojos muy abiertos se pintaban el terror y la vergüenza. —¿Qué hay?

—¡Por Dios, señora Scarlett! Necesitamos al médico. Yo... yo, señora, no sé nada sobre eso de recibir niños. Mamá no me permitió nunca que viera cómo se hacía.

El aire escapó de los pulmones de Scarlett en un impulso de horror que sintió antes de que la rabia la invadiera. Prissy, a su vez, respiró profundamente y trató de huir; pero Scarlett la sujetó.

—¿Qué dices, negra embustera? Me has asegurado que sabías todo lo necesario acerca de un parto. ¡Dime la verdad!

Y la sacudió con tal furia que la rizada cabeza se bamboleó como ebria.

—¡Era mentira, señora Scarlett! ¡No sé cómo se me ocurrió una mentira así! Una vez quise ver cómo nacía un niño, y mamá me echó de la habitación.

Scarlett la miró fijamente y Prissy retrocedió, esforzándose en soltarse. Por un momento, su mente se negó a aceptar la verdad; pero cuando al fin comprendió que Prissy no entendía más de aquello que ella misma, la cólera la inflamó. No había maltratado a un esclavo en toda su vida, pero ahora abofeteó la negra mejilla con toda la fuerza de su fatigado brazo. Prissy lanzó un grito penetrante, más de terror que de sufrimiento, y empezó a retorcerse y agitarse para librarse de la garra de Scarlett.

Mientras gritaba, cesó el gemido que sonaba en el segundo piso y, un momento después, la voz débil y temblorosa de Melanie llamó: —¿Eres tú, Scarlett? ¡Ven, por favor! Scarlett soltó el brazo de Prissy y ésta se dejó caer en los escalones, lloriqueando. Scarlett permaneció inmóvil por un momento, mirando hacia arriba, escuchando el apagado gemido que había comenzado de nuevo. Y mientras se hallaba en tal posición le pareció que un yugo ceñía su cuello, que una pesada carga oprimía su nuca y que aquella carga aumentaría apenas pisara el primer peldaño.

Se esforzó en recordar cuanto habían hecho Mamita y Ellen con ocasión del nacimiento de Wade, pero el recuerdo de los dolores de aquel momento oscurecía todo lo demás, en una niebla confusa. Pudo, al fin recordar algo y habló a Prissy rápidamente, con acento autoritario:

—Enciende el fogón y pon a hervir agua en una olla. Trae todas las toallas que puedas encontrar y la bala de algodón. Y las tijeras. Y no me vengas con el cuento de que no lo encuentras. Tráelo todo, y pronto. ¡Corre!

Hizo incorporarse a Prissy y la envió a la cocina de un empujón. Luego, con aire sombrío, comenzó a subir las escaleras. Resultaba difícil decir a Melanie que ella y Prissy iban a encargarse de todo.

22

Jamás en la vida habría otra tarde tan larga como aquélla. Ni tan calurosa. Ni tan llena de pegajosas moscas. Las moscas no cesaban de concentrarse sobre Melanie, a pesar del empeño de Scarlett en espantarlas. Le dolían ya los brazos de tanto agitar el abanico de palma. Todos sus esfuerzos resultaban vanos, porque apenas expulsaba los insectos del húmedo rostro de Melanie, se trasladaban a sus sudorosos pies y piernas y le arrancaban este débil quejido:

—¡En los pies! ¡Por favor!

El cuarto estaba en penumbra/porque Scarlett había corrido las persianas para impedir que entraran el calor y el sol. A través de las persianas y entre sus intersticios se filtraban algunos puntos luminosos. La habitación era un horno. Los vestidos de Scarlett, empapados en sudor, lejos de secarse, se humedecían más a medida que pasaban las horas. Prissy estaba acurrucada en un rincón, sudando también, y hedía de tal modo que Scarlett la hubiera hecho salir del aposento, de no ser por el temor de que, una vez fuera, pusiera los pies en polvorosa. Melanie yacía en el lecho bajo una sábana empapada de sudor y se retorcía y agitaba sin cesar, cambiando del lado izquierdo al derecho, del derecho al izquierdo, colocándose luego de espaldas...

A veces se esforzaba en sentarse y caía hacia atrás, volviendo a retorcerse de nuevo. Al principio trató de contener los gritos, mordiéndose los labios hasta desollárselos; pero Scarlett, cuyos nervios estaban tan en carne viva como los labios de su cuñada, exclamó con rudeza:

—¡Melly, por el amor de Dios, no intentes ser valiente! Grita todo lo que quieras. Aquí no te oye nadie más que nosotras.

A medida que avanzaba la tarde, Melanie se lamentaba sin preocuparse de parecer valiente o no, e incluso gritaba a veces. Cuando lo hacía, Scarlett hundía la cabeza entre las manos y se tapaba los oídos. Su cuerpo se estremecía; hubiera preferido morir. Cualquier cosa era preferible a ser testigo pasivo de aquella tortura. Cualquier cosa era mejor que permanecer allí esperando la llegada de un niño que no acababa de presentarse nunca. ¡Esperando cuando, por lo que podía suponer, los yanquis debían de estar en Five Points!

Ahora se lamentaba amargamente de no haber prestado más atención a las conversaciones de las casadas sobre los partos. ¡Si lo hubiera hecho! De haberse interesado en tales asuntos, podría saber ahora si a Melanie le faltaba mucho tiempo o no. Tenía el vago recuerdo de una historia de la tía Pitty, según la cual una amiga suya pasó dos días luchando para dar a luz un niño y al fin murió sin haber llegado a parir. ¡Si Melanie tuviese que soportar dos días así! Pero Melanie era tan endeble que no soportaría dos días de semejante dolor. Si el niño no llegaba pronto, moriría. ¿Cómo osaría entonces Scarlett volver a ver a Ashley, si vivía aún, y decirle que Melanie había muerto después de prometerle que ella la cuidaría?

Al principio, Melanie se empeñaba en coger la mano de Scarlett cuando sentía dolores fuertes; pero se la apretaba de tal modo, que le trituraba los huesos. Al cabo de una hora, las manos de Scarlett estaban hinchadas y magulladas al extremo de no poder doblarlas siquiera. Entonces anudó dos grandes toallas, las sujetó a la cabecera del lecho y puso el extremo anudado en las manos de Melanie, quien se asió a ellas como a un áncora de salvación, retorciéndolas, estirándolas, desgarrándolas. Durante toda la tarde, su voz sonó como la de un animal moribundo preso en una trampa. A veces soltaba las toallas, se

frotaba las manos débilmente y miraba a Scarlett con los ojos agrandados por el dolor.

—Habíame. Dime algo —cuchicheaba.

Y Scarlett debía hablar sobre cualquier cosa hasta que Melanie asía de nuevo el nudo y comenzaba a retorcerlo.

En el oscuro cuarto lleno de angustia, calor y moscas insistentes, el tiempo transcurría con tal lentitud que Scarlett apenas podía recordar la mañana. Le parecía que llevaba en aquel sitio oscuro, sudoroso, vahoso, toda su vida. Cada vez que Melanie gritaba, sentía deseos de imitarla, y sólo mordiéndose los labios podía evitar sufrir verdaderos accesos de histeria.

Una vez, Wade subió la escalera de puntillas y se detuvo en el umbral, sollozando:

—¡Wade tiene hambre!

Scarlett se dirigía hacia él, pero Melanie murmuró: —No te vayas, te lo ruego. Mientras estás aquí, puedo soportarlo. De modo que Scarlett, encargó a Prissy que recalentase la papilla del desayuno y se la diese al niño. En cuanto a sí misma, le parecía imposible volver nunca a comer después de aquella tarde.

El reloj de la chimenea se paró y Scarlett perdió toda posibilidad de saber la hora. Cuando disminuyó el calor en la habitación y los puntos luminosos que se filtraban por las persianas fueron menos brillantes, las apartó un tanto. Observó con gran sorpresa que estaba muy adelantada la tarde y que el sol, que parecía una bola carmesí, se hallaba muy bajo en el cielo. Había llegado a creer que aquella tarde ardorosa duraría eternamente.

Se preguntaba con ansiedad qué habría sucedido en el centro de Atlanta. ¿Habían partido todas las tropas? ¿Habrían llegado los yanquis? ¿Evacuarían la ciudad los confederados sin intentar más pelea? Entonces recordó, sintiendo un sobresalto en el pecho, los pocos confederados que allí había y los muchos y bien alimentados hombres de que disponía Sherman. ¡Sherman! El nombre del propio demonio no la hubiera asustado tanto. Pero no había tiempo para pensar en ello ahora, porque Melanie pedía agua, solicitaba una toalla fría para la cabeza, quería que la abanicase y que le espantase las moscas...

Al llegar el crepúsculo, Prissy, deslizándose como un minúsculo fantasma negro, le llevó una lámpara encendida. Melanie se sintió más débil. Comenzó a llamar insistentemente a Ashley, como en delirio, hasta que aquella abominable monotonía despertó en Scarlett el deseo de ahogar su voz con una almohada. Acaso llegase el médico, al fin. ¡Si viniera pronto! La esperanza renació en su corazón. Se encaró a Prissy y le ordenó que fuese a casa del doctor a ver si estaba él o su mujer.

—Si no está él, pregunta a la señora Meade o a Betsy lo que tenemos que hacer y pídeles que te acompañen.

Prissy salió con gran estrépito y Scarlett la miró correr por la calle con una velocidad de la que no la hubiera creído capaz. Tras un prolongado rato, Prissy volvió sola.

—El doctor no ha ido a casa en todo el día. Es posible que se haya marchado con los heridos. Señora Scarlett, el señorito Phil ya no existe.

—¿Ha muerto?

—Sí, señora —repuso Prissy, esponjándose por la importancia que le daban las noticias que traía—. Me lo ha dicho Talbot, el cochero. El tiro...

—No me importa nada.

—No he visto a la señora Meade. La cocinera dice que la señora Meade quiere lavarlo y enterrarlo antes de que lleguen los yanquis. La cocinera dice que si los dolores de la señorita Melanie son muy fuertes puede usted poner un cuchillo debajo de la cama, y el dolor se partirá en dos.

Aquellos útiles informes inspiraron a Scarlett el deseo de volver a abofetear a Prissy. Melanie abrió unos ojos inmensos y murmuró:

—Querida, ¿están llegando los yanquis?

—No —dijo Scarlett con energía—. Prissy es una mentirosa.

—Sí, señora; lo soy —convino, fervientemente, Prissy.

—Están llegando —repuso Melanie, sin dejarse engañar y enterrando el rostro en la almohada.

Y su voz sonaba velada.

—¡Pobre hijo mío, pobre hijo mío!

Luego, tras un intervalo, añadió:

—No debes quedarte aquí, Scarlett. Vete y llévate a Wade.

Lo que decía Melanie no dejaba de ser lo mismo que Scarlett estaba pensando; pero oírselo a ella la enfureció, avergonzada como si su oculta cobardía se transparentara en su faz.

—Eres una necia. No tengo miedo. Y sabes que no te abandonaré.

—Puedes hacerlo. Voy a morirme.

Y empezó a quejarse otra vez.

Scarlett bajó las oscuras escaleras lentamente, como una vieja, tanteando el camino, agarrándose a la barandilla para no caer. Le pesaban las piernas como si fueran de plomo, rendidas por el esfuerzo y la fatiga, y el pegajoso sudor que bañaba su cuerpo la hacía tiritar de frío. Llegó extenuada hasta la terraza y se detuvo en lo alto de la escalera. Se apoyó contra un pilar del pórtico y con una mano temblorosa se desabrochó el corpino más abajo del pecho. Una oscuridad suave y cálida llenaba la noche. Scarlett contempló las tinieblas, con la cabeza embotada como un tronco.

Todo estaba concluido. Melanie no había muerto y el niño, que emitía sonidos como los de un gatito recién nacido, estaba en manos de Prissy, recibiendo su primer baño. Melanie se había dormido. ¿Cómo podía dormir después de aquella pesadilla de agudos dolores y de una asistencia ignorante, que debía haberle producido más daño que provecho? ¿Cómo no había muerto? Scarlett pensaba que ella misma hubiera muerto en el curso de tales manipulaciones. En cambio, Melanie, una vez concluido todo, había murmurado débilmente cuando su cuñada se inclinaba sobre ella: «Gracias», para luego quedarse dormida. ¿Cómo podía haberse dormido? Scarlett olvidaba que también ella se durmió después de nacer Wade. Lo había olvidado todo. Su mente era un vacío; el mundo, un vacío; no había existido la vida antes de aquel interminable día ni existiría después, sólo una noche calurosa y pesada, sólo el ruido de su fatigosa y ronca respiración, el frío y viscoso sudor que corría de las axilas a la cintura y de las caderas a las rodillas: un sudor espeso, congelado, pegajoso.

Notó que el pesado ritmo de su respiración se convertía en una serie de sollozos espasmódicos. Sus ojos estaban secos y ardorosos como si nunca más pudieran brotar lágrimas de ellos. Se incorporó fatigosamente y se levantó las amplias faldas hasta los muslos. Sentía frío, calor y humedad a la vez y el efecto del aire de la noche en las pantorrillas la refrescaba. Pensó en lo que diría tía Pitty si pudiese verla de pie en el porche, con las faldas levantadas y exhibiendo la ropa interior; pero no le importaba. Nada le importaba. El tiempo se había detenido. Lo mismo podía acabar de anochecer que ser ya medianoche. No lo sabía y la tenía sin cuidado.

Oyó rumor de pisadas en el piso superior y pensó: «Dios maldiga a Prissy», antes de que sus ojos se cerrasen. Tras un intervalo de inconsciencia, encontró a Prissy a su lado,

charlando complacida.

—Lo hemos hecho muy bien, señora Scarlett. No creo que mi madre lo hubiera hecho mejor.

En la sombra, Scarlett la miró, demasiado fatigada para insultarla, demasiado fatigada para reprenderla, o para enumerar las ofensas que Prissy le hiciera, sus temores, su insoportable torpeza, su inutilidad en el momento crítico, el no encontrar las tijeras, el verter en el lecho la vasija con agua, el haber dejado caer al niño un momento después de nacer. ¡Y ahora se jactaba de lo bien que se había comportado!

¡Pensar que los yanquis querían liberar a los negros! ¡La que se iba a armar!

Volvió a recostarse en el pilar, en silencio, y Prissy, consciente del mal humor de su ama, se apartó de puntillas y se esfumó en la oscuridad del porche. Tras un largo rato, durante el cual su respiración se tranquilizó al fin y su mente se sosegó, Scarlett oyó un débil rumor de voces en el camino y el pisar de muchos pies viniendo del norte. ¡Soldados! Se levantó despacio y se bajó las faldas aunque sabía que nadie podía verla en la oscuridad. Cuando un número imprecisable de ellos pasó como sombras ante la casa, los llamó. —¡Eh! ¡Por favor!

Una sombra se separó del grupo y se acercó a la puerta. —¿Se van ustedes? ¿Nos abandonan?

Creyó ver que la sombra se quitaba el sombrero. En la oscuridad sonó una voz tranquila.

—Sí, señora. Así es. Somos los últimos hombres que quedaban en los parapetos, un kilómetro y medio al norte de aquí.

—Ustedes... ¿Es verdad que el ejército se retira?

—Sí, señora. Los yanquis están llegando, ¿comprende? Eso es lo que ocurre.

¡Los yanquis llegaban! Lo había olvidado. Se le obstruyó súbitamente la garganta y no pudo pronunciar otra palabra más. La sombra se alejó, mezclándose con las demás, y de nuevo los pies sonaron en la oscuridad. «Los yanquis llegan, los yanquis llegan...» Tal era el ritmo que parecían marcar las pisadas, el mismo que el súbitamente inquieto corazón de Scarlett parecía rimar a cada latido. ¡Los yanquis llegan!

—¡Están llegando los yanquis! —gritó Prissy, encogiéndose al lado de Scarlett—. ¡Nos van a matar a todos, señorita! ¡Nos van a clavar las bayonetas en el vientre! ¡Nos...! —¡Oh, cállate!

Ya era bastante tremendo pensar aquellas cosas para oírlas, además, proferidas por labios temblorosos. Un renovado temor la invadió. ¿Qué le cabía hacer? ¿Cómo podía escapar? ¿Dónde podía encontrar ayuda? Todos los amigos le habían fallado.

Pensó de pronto en Rhett Butler, y una repentina calma ahuyentó sus temores. ¿Cómo no había pensado en él aquella mañana mientras andaba de un lado a otro en tan gran desconsuelo? Cierto que lo detestaba, pero Rhett era fuerte y resuelto y no temía a los yanquis. Y aún estaba en la ciudad. Cierto que ella se había indignado con él y que él le había dicho cosas imperdonables la última vez que se vieron; pero bien podían olvidarse semejantes cosas en un momento así. Además, él tenía coche y caballo. ¿Por qué no había pensado antes en él? Podía llevarlos a todos ellos lejos de aquel lugar maldito, lejos de los yanquis, a otra parte, a cualquier parte...

Se volvió hacia Prissy y le habló con febril premura.

—¿Sabes dónde vive el capitán Butler? En el hotel Atlanta.

—Sí señora, pero...

—Vete allí tan de prisa como puedas y dile que lo necesito. Deseo que venga en

seguida, trayendo su coche y su caballo o una ambulancia, si la encuentra. Dile lo del niño. Y dile que quiero que nos saque de aquí. ¡Vamos, de prisa!

Se incorporó y dio un empujón a Prissy para estimularla.

—¡Dios mío, señora Scarlett! ¡Me asusta salir sola, con esta oscuridad! ¿Y si me cogen los yanquis?

—Si te das prisa, alcanzarás a esos soldados y ellos no dejarán que los yanquis te cojan. Rápido.

—¡Tengo miedo! ¿Y si el capitán Butler no está en el hotel?

—Preguntas dónde está. ¿Es que no tienes sentido común? Si no lo encuentras en el hotel, vete al bar de la calle Decatur y pregunta por él. Y si no, a casa de Bella Watling. Búscalo. ¿No ves que si no te das prisa llegarán los yanquis y nos cogerán a todos, imbécil? ¡Date prisa!

—Mamá me pegará con un buen tronco de algodónero si sabe que he ido a un bar o a una casa mala.

Scarlett se levantó con brusquedad.

—Y yo te desollaré si no vas. Te puedes quedar en la calle y llamarlo a gritos, ¿no? O preguntar a alguien si está dentro. ¡Largo!

Y viendo que Prissy agitaba los pies y gruñía, Scarlett le dio de nuevo un empujón que casi la derribó de cabeza por las escaleras.

—Vete o te vendo y no vuelves a ver tu madre ni a ninguno de los que conoces. ¡Y te venderé para trabajar en el campo, además! ¡De prisa!

—¡Dios mío, señora...!

Pero, bajo la enérgica presión de la mano de su dueña, acabó descendiendo los escalones. Crujió la cancela. Scarlett gritó:

—¡Corre, estúpida!

Oyó que iniciaba un trote cuyo ruido se amortiguó luego en el suelo blando.

23

Cuando Prissy hubo partido, Scarlett, fatigada, entró en el piso bajo y encendió la lámpara. La casa abrasaba, como si aún conservase entre sus paredes todo el ardor del día. Parte del embotamiento de Scarlett se había disipado y ahora su estómago reclamaba alimento. Recordó que no había comido nada desde la noche anterior, excepto una cucharada de papilla. Empuñó la lámpara y pasó a la cocina. El fuego se había apagado, pero la estancia se hallaba sofocantemente caldeada aún. Encontró medio panecillo de harina de maíz y lo mordió con avidez mientras miraba en torno buscando otra cosa. En la olla había quedado un resto de papilla, que devoró con un cucharón de cocina sin esperar a ponerlo en el plato. La papilla estaba espantosamente sosa, pero tenía demasiada hambre para reparar en ello. A la cuarta cucharada, el calor de la cocina le pareció tan insoportable que salió con la lámpara en una mano y un trozo de pan en la otra y se dirigió al vestíbulo. Sabía que debía subir y permanecer junto a Melanie. Si pasaba algo, estaría demasiado débil para gritar. Pero la idea de volver a aquella habitación donde había pasado tales horas de pesadilla le resultaba intolerable. No, no volvería allí aunque Melanie estuviese muriéndose. No quería regresar a aquel dormitorio. Colocó la lámpara en el alféizar de la ventana y salió al porche. Allí hacía mucho más fresco, aunque un tibio calor impregnaba la noche. Se sentó al pie de las escaleras en el círculo de luz proyectado por la lámpara y continuó mordiendo el pan de maíz.

Cuando lo hubo terminado, recuperó parte de sus fuerzas, y con ellas sintió también una nueva punzada de temor. Oía un lejano rumor calle abajo, pero ignoraba en absoluto su significado. Nada lograba percibir en concreto, salvo un murmullo confuso que se elevaba y decaía. Se esforzó en oír, poniendo en ello tal tensión física que a poco tuvo todos los músculos doloridos. Ansiaba, más que nada en el mundo, oír un ruido de cascos de caballo, y ver los indolentes ojos de Rhett, siempre tan seguro de sí mismo, burlándose de los temores de ella. Rhett los llevaría a alguna parte, no sabía adonde. Ni le importaba.

Mientras aguzaba los oídos en dirección a la ciudad, un débil resplandor brilló sobre los árboles, asombrándola. Lo miró y lo vio aumentar. El oscuro color del cielo se convirtió en rosado y luego en rojo. Súbitamente, una inmensa lengua de fuego se elevó hacia el firmamento por encima de los árboles. Scarlett dio un salto. Su corazón volvía a latir desordenadamente.

¡Habían llegado los yanquis, sin duda! Seguro que ya estaban allí y habían incendiado la ciudad. Las llamas parecían proceder de la zona este del centro de Atlanta. Se elevaban más cada vez, ensanchándose sin cesar ante los aterrados ojos de la joven. Debía de estar ardiendo toda una manzana. Una débil y cálida brisa que acababa de empezar a soplar llevaba a su olfato el olor del humo.

Subió las escaleras y se asomó a las ventanas de su cuarto para ver mejor. El cielo tenía un ominoso color cárdeno y grandes espirales de humo negro se elevaban sobre las llamas y pendían sobre ellas como pesadas nubes. Ahora el olor del humo era más acusado. La mente de Scarlett vagaba incoherentemente ora calculando cuánto tardarían las llamas en llegar a la calle Peachtree y quemar su casa, ora cuánto tardarían los yanquis en descubrirla, ora adonde debía ir o qué debía hacer. Todos los demonios del infierno parecían aullar en sus oídos. Y en su cerebro se mezclaban tal pánico y confusión que hubo de apoyarse en el alféizar para sostenerse.

«Tengo que pensar —se repetía—. Tengo que pensar.» Pero los pensamientos no

acudían a su mente, antes bien huían de ella como pájaros asustados. Mientras se apoyaba en el alféizar, una ensordecedora explosión atronó sus oídos, más fuerte que cualquier cañón que hubiese oído nunca. Una gigantesca llama cubrió el cielo. Siguieron otras explosiones. La tierra tembló y los cristales de la ventana retumbaron y cayeron despedazados en torno a ella.

El mundo parecía un infierno de ruido, llamas y temblores de tierra. Las explosiones continuaban, atronando los oídos. Torrentes de chispas se alzaban al cielo y descendían lentamente, perezosas, entre nubes de humo coloreadas de un matiz sangriento. Creyó oír una débil llamada en el cuarto contiguo; pero no se movió. Ahora no tenía tiempo para pensar en Melanie. Ni para reparar en nada, salvo en el temor que sentía infiltrarse en sus venas tan rápido como las llamas que contemplaba. Era como una niña loca de miedo y hubiera deseado poder ocultar la cabeza en el regazo de su madre para eludir aquel espectáculo. ¡Si al menos estuviese en casa! En casa, con mamá...

Distinguió, en medio de aquellos ruidos que quebrantaban sus nervios, un sonido distinto: el de pasos apresurados que trepaban los escalones de tres en tres. Después oyó una voz que aullaba como un perro perdido. Prissy irrumpió en el cuarto, corrió hacia Scarlett y le asió el brazo en un apretón con el que parecía arrancarle trozos de carne. —¡Los yanquis! —gritó Scarlett.

—No; son los nuestros —repuso Prissy jadeante, hundiendo profundamente las uñas en el brazo de Scarlett—. Están incendiando la fundición, el depósito de material del Ejército y los almacenes. ¡Dios mío, señorita Scarlett! ¡Hay setenta carros de balas de cañón y pólvora! ¡Por Dios! ¡Vamos a volar todos!

Y rompió en agudos chillidos, oprimiendo tanto el brazo de Scarlett que ésta gritó de dolor y de ira, mientras se quitaba de encima la mano.

¡Los yanquis no habían llegado todavía! Aún había tiempo de huir. Procuró, aunque atemorizada, reunir todas sus fuerzas.

«Si no me domino —pensó—, me pondré a gritar como un gato escaldado.» Y el ver el abyecto terror de Prissy la reanimó. La sujetó por los hombros y la sacudió con violencia.

—Déjate de sandeces y habla con sentido común. ¿No ves que no vienen los yanquis, necia? ¿Has visto al capitán Butler? ¿Qué dice? ¿Viene?

Prissy dejó de gritar, pero sus dientes seguían castañeando. —Sí, señora. Lo encontré, por fin, en un bar, como usted me dijo. Y él...

—No importa dónde le encontraras. ¿Viene? ¿Le has dicho que traiga su caballo?

—Dice que los nuestros le han requisado el caballo y el coche para las ambulancias.

—¡Dios mío! —Pero va a venir. —¿Y qué te ha dicho?

Prissy había recuperado el aliento y parte del dominio de sí misma, pero sus ojos continuaban girando sin cesar.

—Déjeme explicarlo, señora. Lo encontré en un bar. Lo llamé y salió. Y cuando me vio y le empecé a hablar, llegaron los soldados y prendieron fuego a un almacén de la calle Decatur, y entonces me cogió de la mano y me llevó corriendo hasta Five Points y me dijo: «¿Qué pasa? Habla pronto.» Y yo le dije que usted decía que el capitán Butler viniera pronto con el caballo y el coche. Y que la señora Melanie había tenido un niño y que usted quería irse a otra ciudad. Y él dijo: «¿Adonde?» Y yo le dije: «No lo sé; pero quiere huir de los yanquis y quiere irse con usted.» Y él rió y dijo que los soldados se habían llevado su caballo.

Scarlett sintió que la abandonaban las tuerzas. La postrera esperanza se desvanecía.

¿Cómo era tan tonta que no había pensado en que el Ejército, al retirarse, se llevaría todos los animales y vehículos de la ciudad? Por un momento se sintió tan abrumada que no entendió lo que le decía Prissy; pero luego procuró recuperar la presencia de ánimo para oír el resto de la explicación.

—Luego dijo: «Di a la señorita Scarlett que esté tranquila. Yo procuraré robar un caballo del Ejército, aunque tenga que ser el último que quede en Atlanta. Y eso que hasta hoy no he robado ninguno.» Y dijo también: «Dile que robaré un caballo aunque me peguen un tiro.» Y luego se rió otra vez y dijo: «Vete a casa corriendo.» Pero antes de que me moviera hubo un ruido horroroso: ¡Booom! Y yo entonces me asusté muchísimo y él me dijo que no era nada, y que los soldados hacían estallar las municiones para que los yanquis no las cogieran. —¿Va a venir? ¿Va a traer un caballo? —Eso ha dicho.

Scarlett emitió un profundo suspiro de alivio. Si había algún modo de procurarse un caballo, Rhett Butler lo encontraría. Rhett era un hombre espabilado. Bien podía perdonárselo todo si los sacaba de aquel apuro. ¡SaCharles de aquello! Y con Rhett no había nada que temer. El los protegería. Había que agradecer a Dios la ayuda de Rhett. La perspectiva de la salvación le devolvió su sentido práctico.

—Despierta a Wade, vístele y mete algo de ropa de cada una de nosotras en el baúl pequeño. No digas a la señora Melanie que nos vamos. Aún no. Envuelve al pequeño en un par de toallas resistentes y no te olvides de coger también su ropa.

Prissy seguía cogida a sus faldas y en sus ojos apenas se veía más que lo blanco de las órbitas. Scarlett le dio un empujón y se soltó.

—¡De prisa! —gritó. Y Prissy huyó como un conejo asustado.

Scarlett comprendió que debía subir para tranquilizar a Melanie, que debía estar aterrada y fuera de sí por los atronadores ruidos que se sucedían sin cesar y por el rojo resplandor que iluminaba el cielo. El fragor y el aspecto de todas las cosas parecían presagiar el fin del mundo.

Pero aún se sentía incapaz de volver a aquella habitación. Se precipitó escaleras abajo, con la vaga intención de empaquetar las porcelanas de tía Pittypat y la poca plata que ésta había dejado allí al irse a Macón. Pero al llegar al comedor sus manos estaban tan temblorosas que dejó caer tres platos, que se destrozaron. Salió al porche, escuchó, regresó al comedor y ahora dejó caer al suelo la plata, con vivo tintineo. Se le deslizaba de las manos cuanto cogía. En su prisa, resbaló en la alfombra y cayó al suelo; pero se levantó tan rápidamente que ni siquiera notó el dolor del golpe. Arriba se oía a Prissy corriendo como un animal salvaje y el sonido la enloqueció, pensando que corría sin objeto.

Salió por duodécima vez a la terraza, pero ya no reanudó su inútil empeño. Se sentó. Le era imposible empaquetar nada. Imposible hacer nada mientras le latiese el corazón de aquel modo, esperando a Rhett. Parecía que pasaban horas y él no llegaba. Al fin oyó, lejano en el camino, el chirriar de unos ejes desengrasados y un lento e inseguro pisar de cascos. ¿Por qué no se apresuraba Rhett? ¿Por qué no hacía trotar el caballo?

Los sonidos se aproximaban. Se incorporó y llamó a Rhett por su nombre. Luego lo vio, en las sombras, saltar del pescante de un pequeño vehículo. Oyó el rechinar de la verja y vio que él se aproximaba. Cuando estuvo cerca, la luz de la lámpara le mostró claramente. Vestía tan elegante como si fuera a un baile: chaqueta y pantalón de hilo blanco de excelente hechura, chaleco gris de seda, con bordados, y camisa finamente plisada. Llevaba el ancho sombrero panamá muy ladeado y en el cinturón ostentaba dos pistolas de duelo, de largo cañón y puño de marfil. Los bolsillos de su chaqueta iban pesadamente cargados de municiones.

Avanzó por el sendero con el paso elástico de un salvaje, erguida la hermosa cabeza como la de un príncipe pagano. Los peligros de la noche, que colmaran de pánico a Scarlett, obraban en él como un estímulo. En su rostro moreno se transparentaba una ferocidad reprimida a duras penas, una crueldad que habría atemorizado a Scarlett si en aquellos momentos hubiese tenido serenidad bastante para notarla.

Sus negros ojos bailaban como si le divirtiera todo aquello, como si aquel ruido que perforaba los oídos y aquel horrible resplandor fueran meras ficciones para asustar niños. Ella se precipitó a su encuentro, con el rostro muy pálido y los ojos verdes llameantes cuando Rhett subió la escalera.

—Buenas noches —dijo él con su voz acariciadora, mientras se quitaba el sombrero con gallardo ademán—. Magnífica temperatura, ¿eh? He oído decir que tiene usted interés en hacer una excursión.

—Si empieza usted a bromear, no volveré a hablarle en mi vida —repuso ella con voz temblorosa.

—¡No querrá decir que tiene miedo!

Rhett fingió sorpresa y sonrió de un modo que despertó en Scarlett el deseo de arrojarle por las escaleras.

—¡Sí lo tengo! Estoy muerta de miedo, y si tuviese usted siquiera el seso de un pájaro estaría asustado también. Pero no nos queda tiempo para hablar. Tenemos que irnos de aquí.

—A sus órdenes... Pero ¿adonde cree que podemos ir? Me he llegado hasta aquí por simple curiosidad, para saber adonde se proponía dirigirse. No cabe encaminarse al norte ni al sur, ni al este ni al oeste. Los yanquis lo rodean todo. Sólo hay un camino que los yanquis no hayan cortado todavía y por él se retira nuestro Ejército. Además, no permanecerá mucho tiempo libre. La caballería del general Steve Lee está librando una acción de apoyo de retaguardia en Rough and Ready, a fin de dejar libre esa ruta el tiempo suficiente para que las tropas se retiren. Si seguimos el camino de MacDonough, que es al que me refiero, detrás de las tropas, éstas nos quitarán el caballo, y eso que no vale gran cosa. Me ha costado mucho trabajo robarlo... Así, pues, ¿adonde quiere ir?

Ella escuchaba sus palabras casi sin oírlas y temblando. Pero al escuchar aquella pregunta comprendió en el acto adonde deseaba ir, adonde había deseado ir todo aquel día. ¡No existía más que un lugar para ella!

—Quiero ir a casa —dijo. —¿A casa? ¿Se refiere a Tara? —Sí, sí: a Tara. ¡Démonos prisa, Rhett! Él la miró como si la tomara por loca.

—¿A Tara? ¡Dios mío, Scarlett! ¿No sabe que se ha luchado todo el día en Jonesboro? Se ha luchado dieciséis kilómetros arriba y otros tantos abajo del camino de Rough and Ready, y hasta en las calles de Jonesboro... Puede que ahora los yanquis estén en Tara y en todo el condado. ¡Cualquiera sabe en qué lugar del contorno se encuentran! ¡No puede usted ir a su casa! ¡No puede usted cruzar las líneas del ejército yanqui!

—¡Me iré a casa! —gritó ella—. ¡Lo conseguiré! —No sea tonta —dijo Rhett, con voz rápida y recia—. No puede ir. Aun sin caer en poder de los yanquis, tenga en cuenta que los bosques están llenos de rezagados y desertores de ambos ejércitos. Y muchos de nuestros soldados todavía se están retirando de Jonesboro. Nos quitarían el caballo tan pronto como los mismos yanquis. No hay más que una probabilidad: seguir a las tropas camino de MacDonough abajo y rogar a Dios que no nos vean en la oscuridad. Pero no ir a Tara. Incluso si llega allí, no encontrará usted más que ruinas quemadas. No la dejaré irse a su casa. Es una locura.

—¡Quiero ir a casa! —insistió ella, con voz desgarrada que concluyó en un grito—: ¡Me iré! ¡No puede usted impedírmelo! ¡Quiero ir a casa! ¡Quiero ver a mamá! ¡Le mataré si trata de impedírmelo! ¡Me iré a casa!

La prolongada tensión la hizo estallar al fin en lágrimas de terror e histerismo. Golpeó con los puños el pecho de Rhett y volvió a gritar:

—¡Me iré! ¡Me iré! ¡Aunque tenga que andar a pie todo el camino!

De pronto se encontró en los brazos de Rhett, con la húmeda mejilla reclinada en su plisada camisa, con sus nerviosas manos entre las de él. Las manos de Rhett acariciaron entonces suavemente su revuelto cabello y su voz sonó, también suave y amable. Tan amable y suave, tan exenta de mofa, que no parecía la voz de Rhett Butler, sino la de algún desconocido, de un hombre que olía a coñac, a tabaco y a caballos, olores agradables a Scarlett porque le recordaban a Gerald.

—Ea, ea, querida, no llore —dijo él, dulcemente—. Irá a su casa, mi niña valiente. No llore. Irá a su casa.

Scarlett sintió un contacto en sus cabellos y pensó vagamente, en su confusión, que acaso fueran los labios de Rhett. Él se mostraba tan tierno, tan infinitamente afectuoso, que Scarlett hubiera permanecido, gustosa, toda la vida entre sus brazos. Con tan fuertes brazos en torno a ella no podía ocurrirle mal alguno.

Él sacó un pañuelo del bolsillo y le secó las lágrimas.

—Ahora suénese como una niña obediente —dijo, con una insinuación de sonrisa en los ojos— y dígame qué quiere hacer. Tenemos que apresurarnos.

Ella, sumisa, se sonó, temblorosa aún, pero no supo qué decirle. Rhett, viendo cómo temblaban los labios de la joven y la expresión de súplica de sus ojos, tomó la iniciativa.

—¿Ha nacido ya el niño de la señora Wilkes? Sería peligroso hacerle recorrer cuarenta kilómetros en ese vehículo destartalado. De modo que valdría más dejarla en casa de la señora Meade.

—Los Meade no están en casa. Y no puedo abandonarla.

—Muy bien. Irá en el carromato. ¿Dónde está esa papanatas que tiene usted a su servicio?

—Haciendo el baúl.

—¿El baúl? No se puede llevar un baúl en ese coche. Apenas cabremos todos en él, y tiene las ruedas en tal estado que se desprenderán a la primera ocasión. Llámela y dígale que ponga en el coche el colchón de pluma más pequeño que haya en la casa.

Scarlett no acertaba a moverse. Rhett asió con fuerza su brazo y algo de la vitalidad que animaba su cuerpo pareció transmitirse al de ella. ¡Si pudiese sentirse tan indiferente y serena como él! Rhett la empujó hasta el vestíbulo; pero ella continuó allí, mirándole con expresión desvalida. Los labios de Butler murmuraron burlones:

—¿Conque ésta es la heroica joven que me aseguraba no temer a los hombres ni a Dios?

Rompió a reír y soltó el brazo de Scarlett. Ella le miró con odio.

—No tengo miedo —dijo.

—Sí lo tiene. De aquí a un minuto se desmayará. Y yo no llevo frasquito de sales.

Ella golpeó el suelo con el pie, incapaz de encontrar otro modo de expresar su ira y, sin pronunciar palabra, cogió una lámpara y subió las escaleras en silencio. El la siguió de cerca y Scarlett oyó su queda sonrisa. Aquella risa le recorrió la espina dorsal. Entró en el cuarto de Wade y lo halló a medio vestir, acurrucado en los brazos de Prissy, sollozando e hipando quedamente. Prissy lloriqueaba. El colchón de Wade era pequeño, y Scarlett le

ordenó que lo bajase al coche. Prissy se desasió del niño y obedeció. Wade la siguió por las escaleras, interrumpidos sus sollozos por el interés que despertaban en él los acontecimientos.

—Venga —dijo Scarlett, dirigiéndose a la puerta de Melanie. Y Rhett la siguió, sombrero en mano.

Melanie yacía muy quieta, con la sábana hasta la barbilla. Su rostro estaba mortalmente pálido, pero sus ojos, hundidos y rodeados de surcos oscuros, estaban serenos. No mostró sorpresa al ver a Rhett en su alcoba, pareciendo aceptarlo como un hecho natural. Se esforzó en sonreír débilmente, pero la sonrisa expiró antes de alcanzar las comisuras de sus labios.

—Nos vamos a Tara —explicó Scarlett rápidamente—. Están llegando los yanquis. Rhett nos llevará. No hay más remedio, Melly.

Melanie trató de asentir débilmente con la cabeza, e hizo un ademán mostrando al pequeño. Scarlett cogió al niño y lo envolvió presurosamente en una tupida toalla. Rhett se acercó al lecho.

—Procuraré no lastimarla —dijo tranquilo, plegando la sábana en torno a Melanie —. Intente pasar los brazos alrededor de mi cuello.

Melanie lo intentó, pero sus brazos cayeron, inertes. Él se inclinó, deslizó un brazo bajo sus hombros y otro bajo sus piernas y la levantó con delicadeza. Melanie no lanzó un solo grito, pero Scarlett pudo ver que se mordía los labios y que su rostro palidecía aún más.

Scarlett alzó la lámpara para alumbrar a Rhett y se dirigió hacia la puerta. En aquel momento Melanie señaló la pared con fatigado ademán.

—¿Qué pasa? —preguntó amablemente Rhett.

—Por favor —repuso Melanie, esforzándose en señalar—. Charles...

Rhett la miró creyendo que deliraba, pero Scarlett comprendió y se sintió irritadísima. Sabía que Melanie quería el retrato de Charles que colgaba de la pared, debajo de su espada y su pistola. —Por favor —susurró Melanie otra vez—. La espada... —Ah, bueno —repuso Scarlett. Y después de alumbrar a Rhett, que bajaba con cuidado las escaleras, volvió atrás y descolgó la espada y la pistola. Ambas cosas, unidas al niño y a la lámpara, resultaban embarazosas. Era muy típico de Melanie eso de ocuparse en recoger las cosas de Charles, estando todos a dos dedos de la muerte y con los yanquis pisándoles los talones.

Cuando descolgaba la fotografía, dirigió una ojeada al rostro de Charles. Los grandes ojos oscuros de él se cruzaron con los suyos. Scarlett se detuvo un momento para examinar la fotografía. Aquel hombre había sido su esposo, había compartido su lecho por algunas noches y le había dado un hijo con sus mismos ojos oscuros y dulces. Y, sin embargo, ella apenas podía recordarle.

El niño que llevaba en brazos crispaba los puñitos y lloraba quedamente. Ella le dirigió una mirada. Por primera vez se dio cuenta de que era hijo de Ashley, y lamentó con todas las energías que conservaba que no fuese de ella, de ella y de Ashley...

Prissy llegó trepando por las escaleras y Scarlett le entregó el niño. Bajaron a la carrera. La lámpara proyectaba inciertas sombras en las paredes. Scarlett vio un sombrero en el vestíbulo y se lo puso precipitadamente, anudándose las cintas bajo la barbilla. Era el sombrero de luto de Melanie y no se ajustaba bien a su cabeza, pero no recordaba bien dónde había dejado el suyo.

Salió del edificio y bajó las escaleras de la terraza, sosteniendo la lámpara y

esforzándose en que el sable no le golpease las piernas. Melanie estaba recostada en el asiento trasero del coche y a su lado se hallaban Wade y el niñito envuelto en la toalla. Prissy subió y lo cogió en brazos. El coche era muy pequeño y de bordes muy bajos. Las ruedas, inclinadas hacia dentro y vacilantes, parecían prontas a desprenderse al primer movimiento. Scarlett miró el caballo y se le afligió el corazón. Era un animal pequeño y esquelético, con la cabeza colgante, casi entre los remos delanteros. Tenía el lomo lleno de mataduras y señales de los arneses y respiraba como no hubiera respirado ningún caballo sano.

—No es un animal magnífico, ¿eh? —rió Rhett—. Da la impresión de que se nos va a morir entre las varas. Pero es el mejor que pude encontrar. Algún día le contaré con todo detalle cómo y dónde lo robé y lo poco que me faltó para que me asestaran un tiro al hacerlo. Nada sino mi adhesión a usted podía decidirme a semejante cosa, es decir, a convertirme en ladrón de caballos a estas alturas de mi vida... En ladrón de caballos... ¡y de qué caballo! Permítame ayudarla a subir.

Le cogió la lámpara y la posó en el suelo. El pescante del coche era una simple y estrecha tabla de lado a lado. Rehtt levantó a Scarlett y la encaramó al pescante.

Mientras se recogía la falda, pensó que sería admirable ser hombre y tan fuerte como Rhett. Con Rhett a su lado no temía nada, ni al ruido, ni al fuego, ni a los yanquis.

El saltó al pescante junto a ella y empuñó las riendas.

—¡Aguarde! —gritó Scarlett—. He olvidado cerrar la puerta.

Rhett rompió en una carcajada y agitó las riendas sobre el lomo del caballo.

—¿De qué se ríe?

—De usted..., que quiere encerrar a los yanquis fuera... —dijo él.

El caballo arrancó, despacio y a la fuerza. La lámpara seguía encendida en la acera, proyectando en torno suyo un circulillo de luz amarillenta que iba empequeñeciéndose a medida que se alejaban.

Rhett dirigió el caballo hacia poniente por la calle Peachtree y el traqueteante coche comenzó a dar tumbos en la calle desigual con una violencia que arrancó a Melanie un gemido rápidamente sofocado. Oscuros árboles se entrelazaban sobre sus cabezas, las sombrías casas silenciosas se alineaban a ambos lados y las blancas empalizadas de los cercados brillaban débilmente como filas de piedras sepulcrales. La estrecha calzada era como un tenebroso túnel a través de cuya densa bóveda de hojas penetraba el lúgubre resplandor rojizo del cielo, haciendo correr ante el coche sombra tras sombra, que se agitaban como enloquecidos espectros. Cada vez era más intenso el olor a humo, y la cálida brisa traía en sus alas un caos de sonidos procedentes del centro de la ciudad: gritos, rodar de los pesados carros militares y pisar de innumerables pies en marcha. En el momento en que Rhett hacía embocar al caballo otro camino lateral, una nueva e imponente explosión desgarró el aire y una especie de monstruoso cohete de llamas y humo se elevó en el cielo.

—Debe ser el último convoy de municiones —opinó Rhett, tranquilo—. ¿Cómo no se lo han llevado esta mañana, esos necios? Tenían tiempo sobrado. En fin, peor para nosotros... Creo que rodeando el centro de la ciudad podremos evitar el fuego y la multitud ebria de la calle Decatur y llegaremos al extremo sudoeste de la ciudad sin peligro. Pero en todo caso hemos de cruzar la calle Marietta, y la explosión última o mucho me engaño o ha ocurrido precisamente allí.

—¿Es preciso que... que atravesemos el fuego? —balbuceó Scarlett.

—Si nos damos prisa, no —repuso Rhett.

Y saltando del coche desapareció en la oscuridad de un patio. Al volver llevaba en

la mano una pequeña rama de árbol con la que golpeó inflexiblemente al lastimado lomo del animal. El caballo inició un desesperado trote, jadeando penosamente, y el coche adelantó entre tumbos que lanzaban a los viajeros unos contra otros, como trigo agitado en una criba. El niño gemía, Prissy y Wade gritaban y se asían a los lados del carromato, pero Melanie no emitió un solo quejido.

Cerca de la calle Marietta empezaron a aclararse los árboles. Altas llamas se elevaban sobre los edificios iluminando calles y casas con un resplandor más intenso que la luz del día, creando monstruosas sombras que se retorcían como velas desgarradas en las vergas de un navio que zozobra.

Los dientes de Scarlett rechinaban sin cesar, pero era tal su terror que ni siquiera lo advertía. Tenía frío y tiritaba, a pesar de que el calor de las llamas casi les quemaba los rostros. Se encontraba en el infierno. De haber podido recuperar las fuerzas que faltaban a sus piernas temblorosas, habría saltado del coche y huido, enloquecida, por la calle oscura que habían seguido, para buscar de nuevo refugio en casa de la tía Pittypat. Se acercó más a Rhett, oprimió su brazo con temblorosos dedos y le miró, ansiosa de palabras, de consuelo, de algo que la tranquilizase. En el crudo resplandor bermejo que los envolvía, el moreno perfil de Rhett se destacaba neto, como la cabeza de una moneda antigua, hermoso, decadente y cruel. Cuando ella le tocó, se volvió. Sus ojos brillaban con una luz tan temible como la del fuego. A Scarlett le pareció alborozado y desdeñoso, como si gozara la situación, como si acogiese con alegría el infierno al que se acercaban.

—Mire —le dijo él, poniendo la mano sobre una de las largas pistolas que llevaba a la cintura—, si alguien se acerca al caballo por su lado, dispare sobre él. ¡Ya le interrogaremos más tarde! Pero no vaya, en su turbación, a disparar sobre el caballo.

—Yo tengo... tengo una pistola —murmuró ella, oprimiendo el arma que llevaba en el regazo, completamente segura de que si viese la muerte cara a cara el susto le impediría oprimir el gatillo. —¿Sí? ¿Dónde la ha cogido? —Es la de Charles. —¿Charles? —Sí. Mi marido...

—¿Es posible, querida, que haya tenido usted alguna vez marido? —susurró él, riendo suavemente. ¿Por qué no tendría más seriedad? ¿Por qué no se apresuraría más?

—¿Cómo podría, si no, tener un hijo? —repuso, irritada.

—Hay otros medios... sin necesidad de marido.

—¿Quiere usted callar y darse prisa?

Pero Rhett tiró bruscamente de las riendas. Estaban muy cerca de la calle Marietta, a la sombra de un almacén no alcanzado aún por las llamas.

—¡De prisa! —no tenía otra palabra en la mente—. ¡De prisa! ¡De prisa!

—Soldados —dijo Rhett.

El destacamento bajaba por Marietta, entre los edificios incendiados a paso lento, con fatiga, los fusiles puestos de cualquier modo, gachas las cabezas, demasiado cansados para redoblar la marcha, demasiado cansados para reparar en la vigas que se desprendían a derecha e izquierda y en el humo que los envolvía. Iban tan haraposos que no se distinguía a los oficiales de los soldados, salvo, cuando, aquí y allá, se advertía un sombrero con el ala levantada y sujeta por un distintivo coronado por las letras C.S.A.[15] Muchos iban descalzos y algunos llevaban vendada la cabeza o un brazo. Pasaron sin mirar a los lados, tan silenciosos que, a no ser por el rumor de sus pisadas, se los hubiera podido tomar por espectros.

—Mírelos bien —dijo la voz burlona de Rhett— y así podrá contar a sus nietos que vio usted la retaguardia de la Gloriosa Causa en retirada.

Repentinamente ella lo detestó, lo detestó de tal modo que por un momento aquel impulso superó a su miedo, lo convirtió en pequeño e insignificante. Sabía que su salvación y la de los demás del coche dependía de Rhett únicamente, pero lo detestaba por burlarse de aquellas huestes andrajosas. Pensó en Charles, muerto, y en Ashley, que podía estarlo, y en todos los hombres jóvenes, alegres y valerosos que yacían en sus tumbas, y olvidó que en otro tiempo ella incluso los había tomado por locos. No articuló palabra, pero la ira y la aversión brillaban en sus ojos mientras contemplaba fijamente a Rhett.

Al fin pasó el último de los soldados, una figura menuda que iba en la postrera fila, arrastrando el fusil por el suelo. Se tambaleó, se detuvo y miró a los otros con su rostro sucio, embotado por la fatiga como el de un sonámbulo. Era tan bajo como Scarlett, hasta el punto de que su fusil parecía tan alto como él, y su cara mugrienta no tenía señal de barba. Scarlett, acongojada, pensó que debía de tener dieciséis años como máximo. Sin duda pertenecía a la Guardia Territorial, e incluso era muy posible que hubiese dejado el colegio para unirse a las tropas.

Mientras le miraba, las rodillas del muchacho se doblaron lentamente y su cuerpo se desplomó en el polvo. Dos hombres se separaron en silencio de la última fila y se dirigieron hacia él. Uno, alto y esquelético, con negra barba que le llegaba hasta la cintura, entregó su fusil y el del muchacho al otro hombre. Luego se echó el caído al hombro, con tanta facilidad como si se tratara de un juego de manos. A continuación echó a andar tras la columna, curvados los hombros bajo el peso, mientras el agotado muchacho se enfurecía como un niño atormentado por los mayores, y gritaba:

—¡Maldito seas! ¡Bájame! ¡Bájame! ¡Puedo andar solo! El barbudo no contestó y desapareció con su carga tras un recodo de la calle.

Rhett permanecía con las riendas flojas en la mano, mirándolos con una extraña expresión de disgusto en su rostro moreno. Luego sonó un crujir de vigas cercanas y Scarlett vio una delgada lengua de fuego elevarse sobre el tejado del almacén a cuya sombra se hallaban. En el acto, las llamas se elevaron hacia el cielo, triunfales como banderas y pendones de combate. El humo ardiente se introdujo en su nariz. Wade y Prissy empezaron a toser. El niño emitió débiles sonidos quejumbrosos.

—¡Por el amor de Dios, Rhett! ¿Está usted loco? ¡De prisa, de prisa!

Rhett no contestó, pero descargó la rama sobre las costillas del animal con una fuerza feroz que hizo dar un salto al caballo. A toda la velocidad que el animal podía sostener, cruzaron entre tumbos y saltos la calle Marietta. Ante ellos, en la calle estrecha y corta que conducía a la vía férrea, se abría un túnel rodeado por el fuego que consumía los edificios de ambos lados. Se precipitaron por él. Un resplandor más brillante que una docena de soles hirió sus ojos, un intenso calor les abrasó la piel y oleadas de ruidos de hundimientos y roturas llegaron a sus oídos durante un prolongado rato. Pareció que transcurría una eternidad mientras atravesaban el fuego. Luego se hallaron otra vez de pronto en la semioscuridad.

Al bajar por la calle y al cruzar los carriles férreos, Rhett golpeaba maquinalmente al caballo. Su rostro estaba contraído y como ausente, como si hubiese olvidado dónde se hallaba. Sus anchos hombros se inclinaban hacia delante y la barbilla sobresalía como si se encontrara absorto en desagradables pensamientos. El calor del incendio hacía correr surcos de sudor por su frente y sus mejillas, pero no se ocupaba de secarlo. Entraron por una bocacalle, luego por otra, doblaron y anduvieron de un callejón a otro hasta que Scarlett perdió completamente la orientación. El crepitar de las llamas se apagó tras ellos. Rhett callaba y seguía golpeando al animal con regularidad. El resplandor del cielo empezaba a

disiparse y el camino era tan oscuro y amedrentador que Scarlett hubiera oído con gusto cualquier palabra de Rhett, aunque fuera injuriosa o insultante. Pero él no hablaba.

Sin embargo, aunque él callase, Scarlett agradecía al cielo el consuelo de su presencia. Era tranquilizador llevar un hombre a su lado, poder estrecharse a él y sentir el contacto de su duro brazo, sabiendo que él se interponía entre ella y los mil inconcretos terrores que la rodeaban, aunque se limitara a ir sentado y silencioso, mirando fijamente ante sí.

—¡Oh, Rhett! —murmuró, apretando su brazo—. ¿Qué hubiéramos hecho sin usted? ¡Cuánto me alegro de que no haya estado en el Ejército!

El volvió la cabeza y la miró de un modo que la hizo soltarle el brazo y echarse hacia atrás. Ahora en aquellos ojos no había burla. Miraban sin doblez, con una expresión semejante al disgusto y la estupefacción. Adelantó el labio inferior y volvió nuevamente la cabeza. Marcharon largo tiempo en un silencio sólo interrumpido por los débiles llantos del pequeño y por las quejas de Príssy. Cuando se sintió incapaz de soportar más tiempo aquel sonido, Scarlett se volvió y pellizcó a la negra fuertemente, haciéndola prorrumpir en un alarido desaforado antes de caer en una aterrada mudez.

Rhett hizo doblar al caballo en ángulo recto y al rato se hallaron en una carretera ancha y lisa. Las oscuras formas de las casas se distanciaban más cada vez, y el bosque se extendía como un muro a los lados del camino.

—Ya estamos fuera de la ciudad —dijo Rhett, conciso, aflojando las riendas— y en el camino principal que lleva a Rough and Ready.

—¡Apresúrese! ¡No se detenga!

—¡Dejemos respirar un poco al animal! —Y luego, volviéndose, a ella, preguntó en voz baja—: ¿Sigue usted resuelta a esa locura, Scarlett?

—¿A qué locura?

—A intentar llegar a Tara. Es un suicidio. La caballería de Steve Lee y el ejército yanqui están entre usted y Tara.

¡Dios! ¿Iría él a negarse a llevarla a Tara después de todo lo sufrido aquel terrible día?

—¡Sí, sí! ¡Apresúrese, Rhett! El caballo no está fatigado.

—Espere, espere un momento. No se puede ir a Jonesboro por este camino. Tampoco por la línea del ferrocarril. Se ha estado combatiendo todo el día arriba y abajo de Rough and Ready. ¿Conoce usted otra carretera, camino o sendero que salga de Rough and Ready o de Jonesboro?

—¡Sí! —exclamó Scarlett, aliviada—. Si podemos llegar hasta Rough and Ready, conozco desde allí un camino de coches que arranca de la carretera de Jonesboro y recprre varios kilómetros entre los campos. Papá y yo solíamos utilizarlo. Desemboca muy cerca de la finca de los Macintosh, que está sólo a kilómetro y medio de Tara.

—Bien. Entonces acaso pueda usted pasar sin novedad Rough and Ready. El general Steve Lee ha estado todo el día cubriendo la retirada. Tal vez los yanquis no estén allí aún. Quizá pueda usted llegar si los soldados de Lee no le quitan el caballo. —¿Llegar... yo?

—Sí, usted —dijo Rhett, con voz áspera. —Pero, Rhett... ¿No nos lleva... usted? —No. Yo los dejo aquí.

Ella dirigió en torno una mirada enloquecida. Vio el cielo lívido que se elevaba sobre ellos, los negros árboles que los encerraban, por ambos lados, como entre los muros de una prisión, las asustadas figuras que iban en el asiento trasero... y al fin le miró a él. ¿Se

habría vuelto loca? ¿Habría oído mal?

Rhett sonreía. Ella podía ver sus blancos dientes brillando a la débil luz y en sus ojos la antigua expresión burlona. —¿Que nos deja? Y ¿adonde se va? —Me voy, hija mía, a unirme al Ejército.

Ella suspiró, con irritación y alivio. ¿Por qué elegiría Rhett semejante momento para bromear? ¡Al Ejército! ¡Después de cuanto había dicho sobre los necios que se lanzaban a perder la vida arrastrados por el son del tambor y las buenas palabras de los oradores, sobre aquellos necios que corrían a la muerte mientras los hombres sensatos podían ganar dinero!

—¡Lo estrangularía por el susto que me ha dado! ¡Ande, vamos! —No bromeo, querida. Y siento que no acoja usted con alborozo mi heroico sacrificio. ¿Qué ha sido de su patriotismo, de su amor a nuestra Gloriosa Causa? En este momento, lo oportuno sería decirme que debo volver con mi escudo o encima de él. Pero démonos prisa, porque necesito tiempo para dirigirle un elocuente discurso antes de irme a la guerra.

La voz melosa sonaba irónica en sus oídos. Se burlaba de ella y, además, se burlaba de sí mismo. ¡Hablaba de patriotismo, de escudos, de discursos elocuentes! No era posible que pensase hacer lo que decía. Era imposible que hablase con tanta naturalidad de abandonarla allí, en aquel camino oscuro, con una mujer que acaso estuviera moribunda, con un recién nacido, una estúpida muchacha negra y un niño asustado, dejándola marchar a lo largo de kilómetros y kilómetros de campos de batalla, con rezagados y yanquis y fuego, y Dios sabía qué más.

Una vez, a los seis años, Scarlett se había caído de un árbol, desplomándose sobre el estómago. Recordaba muy bien el terrible intervalo que pasó antes de que su cuerpo recobrase la respiración. Ahora, mientras miraba a Rhett, se sintió, como entonces, anonadada, sin aliento, con una espantosa náusea.

—¡Bromea usted, Rhett!

Asió su brazo. Sintió caer en su muñeca las lágrimas que el terror arrancaba a sus ojos. Rhett tomó la mano de Scarlett y la besó jovial.

—Egoísta hasta el fin, ¿eh, querida? Pensando sólo en salvar su piel y no en la heroica Confederación. ¡Pero figúrese cómo se elevará la moral de nuestras tropas al verme aparecer entre ellas a última hora! —Y su voz sonaba con maliciosa ternura.

—¡Rhett! —suplicó ella—. ¿Cómo puede hacer esto conmigo? ¿Por qué me abandona?

—¿Por qué? —rió él, siempre jovial—. Acaso por ese fondo de sentimentalismo que anida en el alma de todos nosotros, los meridionales. Acaso..., acaso porque me siento avergonzado... ¿Quién sabe?

—¿Avergonzado? ¡Dejarnos aquí solas y desamparadas, eso sí que debería hacerle morir de vergüenza...!

—¡Querida Scarlett! No está usted desamparada. Una persona tan egoísta y resuelta como usted no está desamparada nunca. Si llega a hallarse entre los yanquis, ellos serán quienes necesiten ayuda contra usted.

Saltó repentinamente del coche y ante la mirada atónita de ella, dio la vuelta al vehículo y se acercó a su lado.

—Apéese —ordenó.

Scarlett lo miró. El la cogió por debajo de los brazos resueltamente y la puso en tierra, a su lado. Asiéndola con fuerza, la hizo apartarse varios pasos del coche. El polvo y los pedruscos llenaron las zapatillas de Scarlett, lastimando sus pies. La oscuridad, quieta y cálida, la envolvía como en un sueño.

—No le pido que me comprenda ni me perdone. Me tiene sin cuidado, puesto que yo mismo no me perdonaré nunca esta estupidez. Me indigno contra mí mismo al pensar que aún resta tanto quijotismo en mí. Pero nuestro hermoso Sur necesita de todos sus hombres. ¿No dijo lo mismo nuestro valiente gobernador Brown? Sea como fuere, me voy a la guerra.

Y rompió a reír, con una risa fresca y sonora que despertó los ecos de los oscuros bosques.

—«No pude amarte, querida, más de cuanto amé al honor.» Linda frase, ¿verdad? Seguramente bastante mejor que cuanto pudiera ocurrírseme a mí en estos momentos. Porque yo la amo, Scarlett, a pesar de todo lo que le dije en la terraza aquella noche, el mes pasado.

Su acento era acariciador, y sus manos, cálidas y fuertes, se deslizaban por los desnudos brazos de Scarlett.

—La amo, Scarlett, porque ambos nos parecemos mucho. Somos,, querida, unos renegados y unos picaros egoístas. A ninguno de ambos nos importa un comino que el mundo entero se vaya al diablo, siempre que nosotros quedemos salvos y cómodos.

Ella oía su voz en la oscuridad, pero sin comprender bien el sentido de lo que decía. Su mente procuraba esforzarse en admitir la dura verdad de que él iba a dejarla allí, sola, cerca de los yanquis. Pensó: «Me deja, me deja»; pero no se sintió trastornada.

Entonces los brazos de él rodearon sus hombros y su cintura y ella sintió el contacto de sus músculos robustos y la presión de los botones de la chaqueta de Rhett contra su pecho. Una cálida oleada de sentimiento, miedo y estupor descendió sobre ella, abstrayendo su mente del lugar, la ocasión y las circunstancias. Sintióse débil como una muñeca rota. ¡Y eran tan agradables los brazos de Rhett!

—¿No ha rectificado usted a propósito de lo que le dije el mes pasado? No hay nada como el peligro y la muerte para prestar a estas cosas un estímulo más. Sea patriota, Scarlett, y piense que puede hacer que un soldado vaya a la muerte colmado de dulces memorias.

Su bigote cosquilleaba la boca de Scarlett mientras la besaba lentamente, como si sus labios cálidos tuviesen toda la noche para acariciarla. Charles no la había besado nunca así. Tampoco los besos de los Tarleton ni los Calvert le habían producido esta sensación de calor y de frío, estos temblores de ahora... Rhett inclinó hacia atrás el busto de Scarlett y sus labios descendieron hasta la garganta y luego hasta donde un broche cerraba su corpino. —¡Querida! —murmuró—. ¡Querida!

Scarlett distinguió en la oscuridad la silueta del coche y oyó la voz temblorosa de Wade.

—¡Mamá! ¡Wade tiene miedo!

La fría razón volvió bruscamente a su mente vacilante y oscurecida y recordó lo que había olvidado por un momento: que estaba asustada, que Rhett la iba a abandonar. Sí: aquel maldito desvergonzado la abandonaba. Y, para colmo, tenía la impudicia de hacerla apartarse a un lado del camino e injuriarla con sus infames proposiciones. La rabia y el odio la inundaron. Con un fuerte tirón se desprendió de sus brazos. —¡Desvergonzado! —gritó. Y trató de recordar los más groseros insultos que Gerald dirigía a Lincoln, a los Macintosh y a los mulos tercos, pero las palabras oportunas no acudían a su cerebro—. ¡Abyecto, cobarde, canalla!

Y como no lograba hallar otras palabras más insultantes, alzó la mano y le abofeteó con todas sus fuerzas. Él retrocedió un paso y se llevó la mano a la cara.

—¡Ah! —exclamó quedamente.

Por un momento permanecieron mirándose en la oscuridad. Scarlett oyó la pesada respiración de Rhett y la suya propia, jadeante como después de una carrera.

—¡La gente tiene razón, mucha razón! ¡No es usted un caballero!

—¡Qué inoportuna es usted, querida! —repuso él.

Scarlett comprendió que se reía, y tal idea la enfureció más.

—¡Vayase! ¡Vayase ahora mismo! ¡Márchese en el acto! Y no quiero volver a verle nunca más. ¡Ojalá lo alcance una bala de cañón y le vuele en mil pedazos! Yo...

—No hace falta que siga. Imagino lo que pretende decirme. Cuando yo haya, muerto en aras de la patria, espero que le remuerda su conciencia.

Scarlett le oyó reír mientras él se daba la vuelta y se dirigía al coche. Cuando volvió a oír su voz, era cortés y respetuosa, como siempre que se dirigía a Melanie.

—Señora Wilkes...

La asustada voz de Prissy contestó desde el coche:

—¡Dios mío, capitán Butler! La señorita Melanie se ha caído atrás en el asiento y se ha desmayado.

—¿No está muerta? ¿Respira?

—Sí, señor. Respira.

—Mejor así. Si estuviera consciente, dudo de que sobreviviera a tanta congoja. Cuídala, Prissy. Toma este dinero para ti y procura no ser más tonta de lo que ya eres.

—Sí, señor. Gracias.

—Adiós, Scarlett.

Ella se dio cuenta de que Rhett se volvía y la miraba, pero permaneció silenciosa. El odio le impedía proferir una palabra. Oyó sus pasos sobre los guijarros del camino y vio por un momento sus anchos hombros destacados en la oscuridad. Luego desapareció. Oyó aún sus pisadas durante un rato y después se desvanecieron en las tinieblas. Volvió lentamente al coche, con las piernas temblorosas.

¿Por qué se había ido, por qué desaparecía en las sombras, camino de la guerra, por servir a una causa perdida, en un mundo desquiciado? ¿Por qué hacía aquello Rhett, el Rhett que amaba el placer, las mujeres y los licores, las buenas comidas y los blancos lechos, las ropas de fino hilo y los buenos zapatos, el hombre que detestaba al Sur y ridiculizaba a los necios que se batían por él? Y he aquí que ahora sus botas de charol le conducían hacia un áspero camino en el que el hombre corría con incansable paso y en el que la fatiga, las heridas y la angustia pululaban como lobos aullantes... Y al fin de aquel camino estaba la muerte. Rhett no necesitaba haberlo seguido. Era rico, vivía bien, estaba seguro. Pero se había ido, dejándola sola en una noche negra como la misma ceguera, con el ejército yanqui entre ella y su casa. Recordó todos los insultos que hubiera querido dirigirle, pero ya era tarde. Apoyó la cabeza en el inclinado cuello del caballo y rompió a llorar.

24

El brillante resplandor de la mañana, filtrándose a través de las frondas de los árboles, despertó a Scarlett. Durante un momento, entumecida por la violenta postura en que había dormido, no pudo recordar dónde estaba. El sol le cegaba los ojos, las duras tablas del coche le lastimaban todo el cuerpo y sentía un gran peso en las piernas. Procuró incorporarse y advirtió que lo que pesaba tanto era Wade, que había dormido con la cabeza apoyada en sus rodillas. Los pies descalzos de Melanie le tocaban casi la cara y Prissy estaba enroscada bajo el asiento del vehículo, como un gato negro, con el bebé entre ella y el cuerpo de Wade.

Entonces lo recordó todo. Se sentó y miró, inquieta, a su alrededor. ¡Ningún yanqui a la vista, gracias a Dios! Su escondrijo no había sido descubierto durante la noche. Ahora lo recordaba todo: el viaje de pesadilla desde que se apagaron los pasos de Rhett, la interminable noche, el camino oscuro, lleno de baches y piedras, a lo largo del cual avanzaron entre tumbos; las profundas cunetas en que el coche se deslizaba y la energía, hija del temor, con que Prissy y ella hubieron de empujar las ruedas para sacarlo de ellas. Recordó, estremeciéndose profundamente, las varias veces que había tenido que conducir el caballo, que se resistía a avanzar, a través de campos y bosques, cuando sentían aproximarse soldados e ignoraban si eran amigos o enemigos. Y recordó también los momentos de angustia cada vez que una tos, un hipo o un lamento del sollozante Wade podía delatar su presencia a los hombres que se cruzaban con ellos.

¡Oh, aquel camino negro en el que los hombres parecían fantasmas, en el que las voces se apagaban y sólo se percibían sordas pisadas sobre la capa de polvo del suelo, el débil sonar de las bridas agitadas y el crujido de las correas de los atalajes! ¡Y aquel terrible momento en que el caballo, extenuado, se negó a seguir y la caballería y los cañones de pequeño calibre pasaban, estrepitosos, a su lado, en la oscuridad, mientras ellas contenían la respiración, sintiendo a los soldados tan cerca que casi los podían tocar, percibiendo el olor a sudor de sus cuerpos!

Cuando, por fin, llegaron a las cercanías de Rough and Ready, algunos aislados fuegos de campamento indicaban el sitio donde la retaguardia de Lee esperaba órdenes para replegarse. Allí dieron un rodeo, cruzando casi dos kilómetros de campo labrado, hasta que el resplandor de las hogueras se diluyó a sus espaldas. Entonces, Scarlett perdió el camino en la oscuridad y rompió a llorar al no hallar la senda de carros que tan bien conocía. Cuando al fin la encontró, el caballo cayó en uno de sus profundos surcos y se negó a levantarse por mucho que ella y Prissy tiraron de las riendas.

Tuvo que desengancharlo y luego, extenuada de fatiga, se retiró al coche para extender las doloridas piernas. Recordaba, como algo muy lejano, la débil voz de Melanie, una vocecita que suplicaba, antes de quedarse dormida.

—Scarlett, ¿no hay un poco de agua?

Y ella había contestado, durmiéndose antes de que las palabras acabasen de brotar de su boca: —No, no la hay.

Ahora era ya de día y el campo, tranquilo y sereno, verde y dorado, brillaba bajo el sol naciente. No se veían soldados. Estaba hambrienta y sedienta, dolorida, acalambrada y, sobre todo, maravillada de que ella, Scarlett O'Hara, que nunca podía dormir sino entre sábanas de hilo y sobre suaves colchones de pluma, hubiese descansado hoy, como una labriega, sobre unas duras tablas.

Sus ojos, medio cegados por el sol deslumbrante, se fijaron en Melanie. La angustia le cortó la respiración. Melanie, pálida e inmóvil, parecía muerta. Sí: muerta. Como una de esas ancianas cuyo rostro muestra al morir las huellas de largos sufrimientos y aparece encuadrado por una masa de cabellos revueltos. Pero Scarlett se sintió aliviada al observar que el pecho de Melanie palpitaba, aunque débilmente. Su cuñada, pues, había sobrevivido a la terrible noche.

Se puso la mano sobre los ojos, como una visera, y miró en torno. Vio que habían pasado la noche bajo los árboles, en el jardín de una hacienda. Una senda enarenada y cubierta de gravilla se extendía ante sus ojos, describiendo caprichosos recodos bajo una doble hilera de cedros.

«¡Estamos en Mallory!», pensó. Y su corazón saltó jubiloso ante la idea de que iban a encontrar amigos y ayuda. Pero un silencio de muerte dominaba la plantación. Cascos de caballos, ruedas y pies habían pisoteado el suelo de un lado a otro, aplastando la hierba y tronchando los matorrales. Miró la casa. En vez de los blancos muros que tan bien conocía, sólo distinguió un rectángulo prolongado de cimientos de ennegrecido granito y dos altas chimeneas que levantaban sus ladrillos ahumados entre las hojas calcinadas de los árboles inmóviles. Exhaló un profundo y doliente suspiro. ¿Encontraría Tara así, arrasada hasta los cimientos, silenciosa como la muerte?

«Ahora no debo pensar en esto —se dijo precipitadamente—. Debo evitar estas ideas. Si lo pienso otra vez, se me caerá el alma a los pies.» Pero, a su pesar, el corazón le palpitaba aceleradamente y cada uno de sus latidos parecía gritar: «¡A casa! ¡De prisa!» ¡A casa! ¡De prisa! Debían marchar en seguida camino de Tara. Pero antes urguía encontrar alimento y sobre todo agua, agua... Sacudió a Prissy para despertarla. Prissy giró los ojos de un lado a otro y la miró.

—¡Dios mío, señora! ¡Yo que no pensaba despertar hasta hallarnos en la Tierra de Promisión!

—Aún nos queda un buen trecho para llegar... —contestó Scarlett, mientras se esforzaba en alisar sus desgreñados cabellos.

Tenía la cara húmeda y todo el cuerpo empapado en sudor. Se sentía sucia, llena de polvo, desaliñada. Casi temía oler mal. Sus ropas estaban arrugadas, por haber dormido con ellas puestas. Jamás había sentido más cansancio y disgusto en su vida. Los músculos, cuya existencia nunca notara antes, le dolían por los insólitos esfuerzos de la noche anterior, y cada movimiento le causaba una aguda sensación de dolor.

Miró a Melanie y vio que tenía abiertos ya los ojos oscuros. Eran unos ojos de enferma, brillantes de fiebre, con grandes y profundos surcos en torno. Melanie abrió sus pálidos y resecos labios y murmuró, lastimeramente:

—¡Agua!

—Prissy —ordenó Scarlett—, levántate, vete a la fuente y trae un poco de agua.

—¡Pero, señora Scarlett...! ¿No sabe que debe haber fantasmas por ahí? Figúrese que haya alguno y...

—¡Yo sí que te convertiré en fantasma a ti como no te apees! —dijo Scarlett, que no tenía gana alguna de emprender semejante conversación, saltando al suelo, medio derrengada.

Entonces se acordó del caballo. ¿Qué pasaría, Dios mío, si había muerto durante la noche? Cuando lo desenganchó parecía a punto de expirar. Dio presurosamente la vuelta al vehículo y vio al animal tendido de lado. Si ya no vivía, era cosa de maldecir a Dios y morir ella también. Había alguien en la Biblia que había hecho lo mismo. Maldecir a Dios y

morir. Ella comprendía ahora lo que debió experimentar el personaje bíblico. Pero el caballo vivía aún, respirando fatigosamente, con sus ojos dolientes medio cerrados. ¡Pero vivía! Un poco de agua le devolvería los ánimos.

Prissy, de mala gana, salió del coche y siguió a Scarlett por la avenida, entre gemidos y lamentos. Detrás de las ruinas se veían las encaladas barracas de los negros, silenciosas y desiertas bajo los árboles que las sombreaban. Entre los barracones y las ennegrecidas ruinas estaba el pozo. El cubo, atado a la cuerda, se hallaba en el fondo. Entre ambas lo izaron tirando de la cuerda, y cuando el cubo de agua fría surgió de la oscura profundidad, Scarlett sumergió ansiosamente los labios en él y bebió con gran estrépito, salpicándose de agua todo el vestido.

Bebió hasta que una impaciente exclamación de Prissy le recordó las necesidades de los demás.

—¡Yo también tengo sed, señora!

—Desata la cuerda, lleva el cubo al coche, da de beber a todos y lo que sobre ponió al caballo. ¿Crees que la señora Melanie podrá dar de mamar al niño? Debe de estar hambriento...

—Señora Scarlett, la señora Melanie no tiene leche... y no la tendrá ya.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto muchas en su caso.

—Basta de historias. También ayer sabías todo lo necesario sobre cómo ayudar a nacer un niño. Vamos, date prisa mientras yo procuro buscar algo de comer por aquí cerca.

Las pesquisas de Scarlett fueron inútiles al principio. Al cabo, halló en el huerto algunas manzanas. Los soldados habían estado allí antes que ella y no habían dejado ninguna en los árboles. Las que encontró estaban caídas en el suelo y podridas casi del todo. Llenó su falda con las mejores que pudo hallar y volvió al coche pisando la tierra blanca y llenándose las zapatillas de piedrecitas. ¿Cómo no se le había ocurrido ponerse zapatos la noche anterior? ¿Por qué no había cogido su sombrero de paja y algo que comer? Se había comportado como una necia. Pero como suponía que Rhett se encargaría de llevarlos...

¡Rhett! Tan mal efecto le causaba aquel nombre que escupió en el suelo con asco. ¡Cómo le detestaba! ¡Qué despreciable había sido su comportamiento! Y ella había estado a solas con él en el camino, y se había dejado besar... y casi le agradó. Había estado loca la noche anterior. Y él era un ser abyecto.

Ya en el coche repartió las manzanas y colocó el resto en la trasera. El caballo se había incorporado, aunque no parecía que el agua le aliviase mucho. A la luz del día, su precario estado era más evidente que en la noche anterior. Los huesos de las ancas le sobresalían como los de una vaca vieja, las costillas se le marcaban como las ranuras de una tabla de lavar y su lomo era un conjunto de mataduras. Mientras lo enganchaban, se estremecía al tocarlo. Cuando fue a ponerle el bocado, observó que carecía prácticamente de dientes. ¡Era tan viejo como el mundo! Ya que Rhett había robado un caballo, ¿por qué no robaría uno mejor?

Subió al pescante e instigó al animal, que se puso en marcha, jadeante, andando tan despacio que Scarlett, una vez en el camino, observó que ella, a pie, hubiera adelantado más. ¡Si no llevase con ella a Melanie, a los dos niños, y a Prissy! ¡Qué pronto habría llegado a casa cubriendo a la carrera la distancia que la separaba de Tara, de su madre...! No habría hasta Tara más de veinte kilómetros, pero el paso del viejo matalón tardarían todo el día, pues tendrían que pararse a menudo para que el animal descansara. ¡Todo el día!

Contempló el camino rojizo, surcado por profundas señales allí donde las ruedas de los cañones o las ambulancias lo habían recorrido. Pasarían horas antes de saber si Tara existía y si Ellen estaba allí. ¡Horas antes de concluir aquel interminable y horrible viaje bajo el ardoroso sol de septiembre! Se volvió a mirar a Melanie, que estaba recostada en el asiento, con los ojos entornados para protegerse del sol. Desanudándose el sombrero, lo tendió a Prissy.

—Pónselo sobre la cara. Le librará los ojos del sol. —Luego, al sentir cómo la luz ardiente hería su destocada cabeza, pensó: «Antes de que acabe el día tendré más pecas que un huevo de perdiz.»

Jamás en su vida había estado expuesta al sol sin velo o sombrero, ni había empuñado unas riendas sin guantes que protegieran la blanca piel de sus finas manos. Y hoy se encontraba soportando el sol en un destartalado carruaje, con un caballo medio muerto, sucia, sudorosa, hambrienta, desamparada, impotente para hacer otra cosa que caminar a paso de tortuga por un camino desierto. ¡Y pensar que pocas semanas antes había estado segura y tranquila! ¡Hacía tan poco tiempo que todos creían que Atlanta no caería y Georgia no sería tomada! Pero la nubécula que surgiera en el noroeste cuatro meses antes se había convertido en una impetuosa tempestad y luego en un huracán desatado que había barrido todo su mundo y destruido toda su serena vida, arrojándola en medio de esta silenciosa y fantasmal desolación.

¿Existiría Tara aún? ¿O también se la había llevado el viento que asolaba Georgia?

Fustigó el caballo, procurando estimularle. Las ruedas se bamboleaban, como ebrias, sobre el camino. La muerte flotaba en el aire. Bajo los últimos rayos del sol crepuscular, los tan conocidos campos y arboledas aparecían verdes y silenciosos, con una quietud sobrenatural que impresionó y colmó de terror el corazón de Scarlett. Cada casa vacía y arruinada que dejaban atrás, cada angosta chimenea que se levantaba como un centinela sobre ruinas ennegrecidas por el humo, la asustaban más. Desde la noche anterior no habían visto hombre ni animal alguno. Sí hombres y caballos muertos, y también cadáveres de muías que yacían en el camino, hinchados, cubiertos de moscas; pero ni un ser vivo. Ni lejanos mugidos de ganado, ni cantos de aves, ni un soplo de viento entre los árboles. Sólo el cansino rumor del pisar del caballo y los débiles sollozos del niño de Melanie rompían el silencio que los rodeaba.

Todo el campo yacía como bajo un maleficio. O algo peor, pensaba con un escalofrío, como el amado y familiar rostro de una madre, quieto y hermoso tras las agonías de la muerte. Los antes familiares bosques le parecían ahora llenos de espectros. Habían muerto millares de hombres luchando junto a Jonesboro. Y sin duda vagaban ahora por aquellos bosques embrujados sobre los que brillaba el oblicuo sol de la tarde a través de las frondas inmóviles. Todos ellos, amigos y enemigos, la miraban pasar en su coche desvencijado, con sus ojos vidriosos, helados, horribles, ciegos por la sangre y el polvo rojizo.

—¡Mamá, mamá! —susurró. ¡Si siquiera pudiese llegar hasta Ellen! ¡Si, por un milagro divino, Tara estuviese en pie y ella pudiese subir la avenida de árboles, entrar en la casa y ver el amoroso y bello rostro de su madre, sentir una vez más sus manos dulces y expertas, que alejaban de ella todos los temores, asir sus faldas y sepultar en ellas el rostro! Ellen sabría lo que convenía hacer. No dejaría morir a Melanie ni a su hijo. Expulsaría todos los miedos y a todos los fantasmas con su tranquilo «¡Chist, chist!». Pero Ellen estaba enferma, acaso moribunda...

Scarlett volvió a fustigar la cansada grupa del caballo. ¡Tenían que apresurarse!

Habían avanzado por el interminable camino durante todo el ardoroso día. Pronto sería de noche y se hallarían solas en aquella mortal desolación. Apretó más las riendas en sus manos desolladas y las sacudió con fuerza sobre el lomo del animal, aunque los brazos doloridos parecían quemarle.

¡Si pudiese *alcanzar* los brazos amorosos de Tara y de Ellen y depositar en ellos sus cargas, tan pesadas para sus hombros juveniles: aquella mujer moribunda, aquel recién nacido, su hijo hambriento, la negra aterrorizada, todos los que buscaban en ella fuerza y apoyo, todos los que confiaban en un valor que no poseía, en una fuerza que hacía tiempo que le faltaba!

El exhausto caballo ya no respondía al látigo ni a las riendas, y avanzaba vacilante, tropezando con los guijarros del camino e inclinándose como a punto de caer sobre sus rodillas. Mas al llegar el ocaso alcanzaron el tramo final y salieron a la carretera. Sólo faltaba poco más de un kilómetro hasta Tara.

Allí empezaba el seto de naranjos que indicaba el principio de la finca de los Macintosh. Poco después, Scarlett tiró de las riendas ante la avenida de robles que llevaba del camino a la casa del viejo Angus Macintosh. Sus ojos escrutaron las sombras, bajo la doble hilera de añosos árboles. Todo oscuro. Ni una luz en la casa o en los barracones. Aguzando los ojos en las tinieblas, distinguió una repetición del espectáculo que le era familiar aquel día: dos altas chimeneas como gigantescos obeliscos en una tumba, irguiéndose sobre el arruinado segundo piso y ventanas destrozadas que perforaban los muros como ojos apagados o ciegos.

—¡Ah de la casa! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ah de la casa! Prissy se asió a ella con aterrado frenesí y Scarlett se volvió y le vio girar los ojos locamente.

—¡Vamonos, señora! —balbuceó con voz temblorosa—. ¡Vamonos! ¡Ahí no debe haber nadie que pueda contestar!

«¡Dios mío! —pensó Scarlett con un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo—. ¡Dios mío! ¡Tiene razón! ¡Cualquiera sabe lo que puede salir de aquí!»

Agitó las riendas y acució al caballo. El aspecto de la casa de los Macintosh había apagado en su alma la última lucecita de esperanza. La casa estaba quemada, desierta y en ruinas, como todas las plantaciones ante las que habían pasado durante el día. Tara estaba sólo a ochocientos metros, en el mismo camino, sobre la ruta del ejército, ¡Tara, pues, debía hallarse también arrasada! Sólo encontrarían ladrillos ennegrecidos, la luz de las estrellas brillando entre los muros sin techumbre... Ellen, Gerald, y las niñas, y Mamita, y los negros habrían partido Dios sabía adonde, y sólo hallarían aquella ominosa quietud envolviéndolo todo.

¿Por qué había emprendido aquella huida alocada, contraria a todo sentido común, conduciendo a Melanie y a su hijo? Mejor les hubiera sido morir en Atlanta que ir a morir entre las silenciosas ruinas de Tara, luego de ser torturados por aquel día de sol ardiente en el desvencijado vehículo.

Pero Ashley le había confiado el cuidado de Melanie. «Cuídala...» ¡Oh, el día bello y conmovedor en que él se había despedido de ella, besándola antes de partir para siempre! «Cuidarás de Melanie, ¿verdad? ¡Prométemelo!» Y ella lo había prometido. ¿Por qué había hecho semejante promesa, que ahora que Ashley había muerto la ataba más aún? Y en medio de su abatimiento odiaba a Melanie y los débiles gemidos del recién nacido, cada vez más apagados, que rompían el silencio.

Pero lo había prometido, y ahora aquellos dos seres eran tan suyos como Wade y Prissy, y tenía que luchar y esforzarse por ellos mientras le quedasen alientos y fuerzas.

Podía haberlos dejado en Atlanta, instalado a Melanie en el hospital y partido sola. Pero, de hacerlo así, nunca más hubiera osado mirar a Ashley a la cara, ni en este mundo ni en el otro, para decirle que había abandonado a su hijo y a su mujer, dejándolos que muriesen entre desconocidos.

¿Dónde se hallaría él aquella noche mientras ella rodaba por aquel camino espectral con su hijo y su mujer? ¿Viviría y pensaría en ella incluso mientras yacía entre rejas en Rock Island? ¿O habría muerto de viruela meses atrás y se pudriría en cualquier larga zanja entre cientos de confederados?

Los nervios alterados de Scarlett estuvieron a punto de estallar cuando oyó un ruido cercano, entre la maleza. Prissy lanzó un alarido y se arrojó al suelo, con el niño debajo. Melanie movió las manos débilmente, buscando a su hijo, y Wade, demasiado espantado para gritar, se encogió, cubriéndose los ojos con las manos. Luego los matorrales se rompieron bajo unas pesadas pezuñas y un mugido bajo y quejumbroso hirió sus oídos.

—No es más que una vaca —dijo Scarlett, con voz áspera por el miedo—. No seas necia, Prissy. Has aplastado al niño y espantado a la señora Melanie y a Wade.

—¡Es un fantasma! —gimió Prissy, escondiendo el rostro en las tablas del coche.

Scarlett se volvió, empuñó la rama del árbol que usaba como fusta y golpeó con ella la espalda de Prissy. Estaba demasiado exhausta, y débil y asustada, para tolerar debilidades o sustos en los demás.

—Levántate, estúpida —dijo—, antes de que te parta esto en las costillas.

Prissy alzó la cabeza, miró afuera del coche y comprobó que, en efecto, se trataba de una vaca blanca y rojiza que los contemplaba lastimeramente con grandes y espantados ojos. La res abrió las fauces y volvió a mugir.

—¿Estará herida? Ese mugido no parece normal.

—Muge porque tiene colmadas las ubres y necesita que la ordeñen —dijo Prissy, recuperando parte de su ánimo—. Debe ser del ganado de Macintosh y los negros la habrán echado al bosque antes de que llegasen los yanquis.

—La llevaremos con nosotros —decidió rápidamente Scarlett— y así tendremos leche para el niño.

—¿Cómo vamos a llevar una vaca con nosotros, señorita? Es imposible que nos llevemos una vaca. Las vacas no se dejan llevar si no están ordeñadas. Y tampoco podríamos ordeñarla sin atarla primero.

—Puesto que sabes tanto de eso quítate las enaguas, córtalas en tiras y ata la vaca a la trasera.

—Señora Scarlett, ya sabe usted que hace un mes que no llevo enaguas, y aunque las tuviese no podría hacer nada con ellas. No he tratado con vacas en mi vida y me dan miedo.

Scarlett soltó las riendas y se levantó la falda. La enagua de encajes *éta* la última prenda bonita que le quedaba en buen estado. Desanudó la cinta del talle, dejó deslizar la enagua hasta sus pies y arrugó con las manos los pliegues de fino hilo. Rhett le había traído de Nassau aquella tela y los encajes, en el último barco con que pudo burlar el bloqueo, y ella había trabajado una semana para bordarla. Resueltamente, la tomó por abajo, se puso una punta entre los dientes y tiró hasta que la tela, con un crujido, se desgarró, al fin, en toda su longitud. Continuó rasgándola con furia, empleando manos y dientes, y la enagua quedó en breve hecha tiras. Anudó los extremos de las tiras con sus dedos ensangrentados y llenos de ampollas, temblorosos por la fatiga.

—Sujétale esto a los cuernos —ordenó. Pero Prissy titubeaba. —Me asustan las

vacas, señora. Nunca he andado con ellas. No soy negra de corral; soy negra de casa.

—Lo que eres tú es una negra imbécil, y la peor ocurrencia que papá ha tenido en su vida ha sido comprarte —repuso Scarlett, lentamente, sin fuerzas ya para estallar en cólera—. Y si puedo recobrar alguna vez el uso de mi brazo, te juro que romperé esta rama en tus espaldas.

Pensó en seguida que la había llamado «negra» y que su madre no lo habría aprobado.

Prissy miró con extraviados ojos, primero la contraída faz de su dueña y luego a la vaca, que mugía plañideramente. Scarlett le pareció menos peligrosa, así que se asió al costado del coche y permaneció donde estaba.

Scarlett se apeó del pescante. Se sentía medio derrengada, casi rígida, y cada movimiento le causaba una tortura en los doloridos músculos. No era Prissy la única que temía a las vacas. Scarlett las había temido siempre y aun la más inofensiva vaca lechera le parecía una cosa estremecedora; pero ahora no era cuestión de pararse en temores minúsculos cuando la rodeaban tantos temores grandes. Afortunadamente, la vaca era muy mansa. En su congoja, había buscado la compañía humana y no hizo ningún movimiento amenazador mientras le ataba las tiras de la enagua en torno a los cuernos. Scarlett anudó el otro extremo de la improvisada cuerda a la trasera del coche lo mejor que sus entorpecidos dedos se lo permitieron. Al ir a trepar de nuevo al pescante, una inmensa fatiga la acometió y se tambaleó un instante, presa del vértigo. Se sujetó a un borde del coche, para no caer. Melanie abrió los ojos y, viéndola a su lado, murmuró: —¿Estamos ya en casa, querida?

¡En casa! Ardientes lágrimas acudieron a los ojos de Scarlett al oír semejante palabra. ¡En casa! Melanie ignoraba que no había casa alguna y que estaban solas en el mundo desolado y enloquecido.

—Aún no —contestó con la mayor amabilidad que le permitía el nudo de su garganta—. Pero llegaremos pronto. Acabo de encontrar una vaca y así tendremos leche para ti y para el niño.

—¡Pobrecillo! —susurró Melanie, tendiendo débilmente la mano hacia su hijo y dejándola caer, desfallecida.

Trepar al pescante requirió todas las fuerzas de que Scarlett disponía, pero al cabo lo consiguió. El caballo, con la cabeza caída, se negaba a andar. Scarlett lo fustigó implacablemente. Confiaba en que Dios le perdonase el maltratar de aquel modo a un animal fatigado. Y si no le perdonaba, lo mismo daba. Después de todo, Tara estaba cerca y, tras medio kilómetro más, el caballo podía dejarse caer de una vez entre la varas, si quería. Al final el animal arrancó lentamente. El coche crujía y la vaca mugía lúgubre a cada paso. Aquel doliente mugido del animal penetraba de tal modo los nervios de Scarlett, que estuvo tentada de detenerse y desatarlo. ¿De qué les servía llevar la vaca si en Tara no había nadie? Ella no sabía ordeñarla, y, si lo intentaban, seguramente el animal cocearía al que pretendiera exprimir sus doloridas ubres. Pero ya que la tenía, sería mejor conservarla. Era casi lo único que le quedaba en este mundo.

Los ojos de Scarlett se nublaron al iniciar la subida de una suave ladera. En la otra vertiente se hallaba Tara. Pero en seguida sintió un inmenso abatimiento. El decrépito animal no podía subir la colina. ¡Y pensar que la cuesta le había parecido tan suave, tan poco empinada, cuando la trepaba al galope de su jaca de aladas patas! Parecía imposible lo empinada que se había vuelto desde la última vez que la viera. Jamás podría remontarla el caballo con una carga tan pesada. Se apeó con dificultad y tomó al animal por la brida. —Bájate, Prissy —ordenó—, y baja a Wade también. Llévale en brazos o de la mano. Da el

pequeño a la señorita Melanie.

Wade rompió en lágrimas y sollozos. Scarlett sólo pudo distinguir entre ellos:

—¡Oscuro..., oscuro! Wade tiene miedo...

—Señora Scarlett, no puedo andar. Tengo los pies llagados y me aprietan los zapatos. Como Wade y yo no pesamos mucho...

—¡Baja! ¡Baja antes de que te tire yo del coche! Y como lo haga, te dejo sola en la oscuridad. ¡Venga!

Prissy, entre gemidos, miró los negros árboles que flanqueaban ambos lados del camino, aquellos árboles temibles que acaso la cogiesen y se la llevasen si abandonaba el cobijo del coche... No obstante, entregó el pequeño a Melanie, saltó al suelo, se empinó y cogió a Wade. El niño sollozaba, apretándose a su niñera.

—Hazle callar. No puedo soportar ese llanto —protestó Scarlett cogiendo la brida del caballo y haciéndolo arrancar a empellones—. Pórtate como un hombrecito, Wade, y deja de llorar o te doy unos azotes.

Y, mientras pisaba indignada el camino oscuro, pensaba con ira para qué habría inventado Dios los niños, aquellos seres inútiles, llorones, molestos, siempre necesitados de cuidado, siempre estorbando para todo.

En su fatiga moral no había lugar para compadecer al asustado niño, que procuraba correr al lado de Prissy, asiéndose a su mano y jadeando. Le quedaba sólo la pesadumbre de haberlo parido, el asombro de haberse casado alguna vez con Charles Hamilton.

—Señora Scarlett —balbuceó Prissy, sujetándole el brazo—, no vayamos a Tara. No debe de haber nadie. Se habrán ido todos. Puede que hayan muerto... Sí: mamá también y todos los demás.

El eco de sus propios pensamientos enfureció a Scarlett. Se libró de los dedos que apresaban su brazo.

—Bien: dame la mano de Wade. Puedes sentarte y quedarte aquí, si quieres.

—No, señorita, no...

—Entonces, cállate.

¡Qué lentamente caminaba el caballo! La espuma que su boca dejaba caer mojaba la mano de Scarlett. Rememoró unas palabras de la melodía que una vez cantara con Rhett. No podía recordar el resto:

Sólo unos pocos días más de soportar la carga...

«Sólo unos pasos más —repetía su cerebro una y otra vez—, sólo unos pasos de soportar la carga...»

Remontaron al fin la cuesta y aparecieron ante su vista las encinas de Tara, elevada masa sombría bajo el oscuro cielo. Scarlett miró con ansiedad, buscando una luz. No había ninguna.

«¡Se han ido! —clamaba su corazón, que le pesaba en el pecho como frío plomo—. ¡Se han ido!»

Dirigió el caballo hacia el camino. Los cedros, entrelazando las ramas sobre sus cabezas, los envolvieron con la oscuridad de una noche cerrada. Esforzando su vista en el túnel de tinieblas vio —*¿o* sería una ilusión de sus ojos fatigados?— los blancos ladrillos de Tara, borrosos e indistintos. ¡El hogar! ¡El hogar! Los muros blancos tan queridos, las ventanas con flotantes cortinas, las amplias terrazas, ¿estarían ante ella, en la oscuridad, o ésta sólo ocultaría, piadosa, un espectáculo horrendo como el de la casa de los Macintosh?

La avenida parecía tener kilómetros de longitud, y el caballo, aunque acuciado por

su mano, andaba más despacio cada vez. Los ojos de Scarlett sondeaban con afán las tinieblas. La techumbre parecía intacta. ¿Sería posible? No, no lo era. La guerra no respetaba nada, ni siquiera Tara; construida para durar al menos quinientos años. No podía haber respetado Tara.

El incierto perfil adquirió relieve. Scarlett acució aún más al caballo. Las blancas paredes emergían entre la oscuridad, y no parecían ennegrecidas por el humo. ¡Tara se había librado! ¡Su casa! Soltó las riendas y cubrió a la carrera los últimos pasos, anhelosa de tocar con las manos aquellos muros. Entonces vio una figura, más sombría que la oscuridad, que emergía del negror de la terraza y se detenía en lo alto de los escalones. Tara no estaba desierta. ¡Había alguien en casa!

Un grito de alegría brotó de su garganta para expirar instantáneamente. La casa estaba oscura y silenciosa y la figura no se movía ni le hablaba. ¿Qué podía pasar? ¿De qué se trataba? Tara estaba intacta, sí, pero mostraba la misma estremecedora quietud que se cernía sobre el resto de la martirizada comarca. Entonces la figura se movió. Rígida y lenta, descendió los peldaños.

—¿Papá? —preguntó ella, con voz temblorosa, casi dudando de que fuera él—. Soy yo, Katie Scarlett. He vuelto.

Gerald avanzó hacia ella, silencioso como un sonámbulo, arrastrando su pierna rígida. Se acercó a Scarlett y la miró turbado, como si la creyese una imagen de sueño. Luego apoyó una mano sobre su hombro. Scarlett notó que su mano temblaba, como si su padre despertase de una pesadilla y empezase a comprender a medias la realidad. —¡Hija mía! —dijo, con un esfuerzo—. ¡Hija mía! Y luego guardó silencio. «¡Caramba, qué viejo está!», pensó Scarlett.

Los hombros de Gerald estaban encorvados. En el rostro que ella veía confusamente no quedaba ni rastro de aquella virilidad, de aquella infatigable vitalidad de Gerald. Y aquellos ojos que se fijaban en los de su hija poseían una mirada casi tan temerosa y atónita como los del pequeño Wade. Gerald no era más que un hombre viejo y vencido.

Y, ahora, el miedo a las cosas desconocidas que la rodeaban la dominó, tal como si emergiese de pronto de las tinieblas y cayese sobre ella, sin que pudiese hacer más que permanecer allí, muda, mirando a su padre, con todo el torrente de preguntas que se le ocurrían acumulado y quieto en sus labios. Llegó del coche un débil vagido. Gerald pareció sobreponerse dificultosamente a sí mismo.

—Son Melanie y su hijo —murmuró Scarlett rápidamente—. Ella está muy mal... La he traído hasta aquí.

Gerald retiró la mano del hombro de su hija. Mientras avanzaba despacio hacia el coche era como una fantasmal apariencia del antiguo dueño de Tara acogiendo a los huéspedes. Sus palabras parecían brotar de recuerdos ensombrecidos.

—Prima Melanie —la voz de Melanie contestó con un murmullo indistinto—, prima Melanie, ésta es tu casa. Doce Robles está incendiado. Tienes que quedarte con nosotros.

La conciencia de los prolongados sufrimientos de Melanie impulsó a Scarlett a la acción. Una vez más, la acuciaba la urgencia del presente: la necesidad de acostar a Melanie y a su hijo en un lecho blando y de ocuparse de algunos detalles necesarios para ellas. —Hay que llevarla. No puede andar.

Se oyó un rumor de pies y una oscura silueta surgió de las tinieblas del vestíbulo. Era Pork. Bajó corriendo los escalones.

—¡Señora Scarlett, señora Scarlett! —gritó.

Scarlett le cogió los brazos. ¡Pork, parte integrante de Tara, tan querido como sus ladrillos y sus frescos corredores! Sintió caer sus propias lágrimas sobre sus manos, mientras él le daba torpes palmaditas, exclamando:

—¡Estoy muy contento de que haya vuelto! ¡Estoy muy...!

Prissy prorrumpió en sollozos mezclados con incoherentes palabras:

—¡Poke, Poke, querido!

Y el pequeño Wade, alentado por la debilidad de las personas mayores, comenzó a lloriquear de nuevo y a gemir:

—¡Wade tiene sed!

Scarlett procuró poner orden en el desconcierto.

—La señora Melanie y su hijo están en el coche. Pork, haz el favor de transportarla con cuidado y llevarla al cuarto de invitados de la parte de atrás. Prissy, coge al pequeño y a Wade, llévalos adentro y da a Wade un vaso de agua. ¿Está Mamita aquí, Pork? Dile que la necesito.

Galvanizado por su voz imperiosa, Pork se acercó al coche y comenzó a atrafagarse en su trasera. Melanie exhaló un quejido cuando él medio la levantó y medio la arrastró afuera del colchón de pluma en que la joven pasara tantas horas. Y cuando estuvo en los fuertes brazos de Pork, su cabeza cayó, como la de un niño, sobre el hombro de él. Prissy, con el pequeño en brazos y Wade de la mano, los siguió por los anchos escalones y desapareció en la oscuridad del vestíbulo. Los ensangrentados dedos de Scarlett apretaron con apremio la mano de su padre.

—¿Se han curado, papá?

—Las niñas mejoran.

Se hizo un silencio. Una idea, demasiado monstruosa para expresarla con palabras comenzó a dibujarse. Ella no podía hacerla salir a sus labios. Una y otra vez carraspeó, pero una súbita sequedad parecía haber obstruido su garganta. ¿Sería aquélla la respuesta al enigmático silencio de Tara? Gerald habló como si contestara a la pregunta que rondaba su mente:

—Tu madre... —dijo. Y se detuvo.

—¿Mamá...?

—Tu madre murió ayer.

Asida con fuerza al brazo de su padre, Scarlett avanzó por el ancho y oscuro vestíbulo que, aun en la oscuridad, le resultaba tan familiar como siempre. Procurando no tropezar con las sillas de alto respaldo, con el armero vacío, con el viejo armario de patas en forma de garras, se dirigió instintivamente al despachito de la parte trasera de la casa, donde Ellen acostumbraba sentarse para hacer sus interminables cuentas. Sin duda, cuando ella entrara en el cuarto su madre se hallaría sentada ante el escritorio y, posando la pluma, se levantaría, entre rumores de su miriñaque y un suave aletear de dulce fragancia, para recibir a su fatigada hija. Ellen no podía haber muerto, por mucho que papá lo dijera, repitiéndolo luego una vez y otra como un loro que sólo conoce una frase: «Murió ayer, murió ayer, murió ayer...»

¡Oh, qué extraño era no sentir ahora nada, nada salvo una debilidad que encadenaba sus miembros como con férreas cadenas y un hambre que hacía temblar sus rodillas! Pensaría en su madre después. Arrancó de su mente a su madre por el momento, para no andar tropezando estúpidamente como Gerald o sollozando monótonamente como Wade.

Pork bajó los anchos escalones, dirigiéndose a sus dueños, apresurándose hacia Scarlett como un animal aterido hacia la lumbre.

—¿Por qué no enciendes? —preguntó la joven—. ¿Cómo está la casa tan oscura, Pork? Trae velas.

—Se han llevado todas las velas, señora Scarlett. Todas menos una ya casi consumida que empleamos para buscar las cosas en la oscuridad. Mamita usa como luz una mecha de trapo en un plato lleno de grasa para cuidar a las señoritas Suellen y Carreen.

—Trae la vela que queda —ordenó Scarlett—. Llévala al gabinete de mamá... A su gabinete. Pork se dirigió al comedor, arrastrando los pies, y Scarlett, avanzando en la habitación en tinieblas, se dejó caer en el sofá. El brazo de su padre seguía apoyado en el codo de ella, desvalido, suplicante, confiado, como sólo suelen serlo los brazos de los muy niños o de los muy viejos.

«Es ya muy viejo, un viejo fatigado», pensó Scarlett de nuevo, asombrada por su propia indiferencia al constatarlo.

Osciló una luz en la habitación. Pork entraba llevando una vela medio consumida en una salsera. El oscuro aposento recobró la vida, con el hundido y viejo sofá en que se sentaban, con el alto escritorio que se elevaba hacia el techo, con la frágil silla labrada de mamá ante el escritorio, con las filas de casilleros donde aún se veían papeles escritos con su fina letra, con la gastada alfombra... Todo, todo estaba igual; pero Ellen faltaba. Ellen, con su tenue perfume de limón y verbena y la dulce mirada de sus ojos entornados. Scarlett experimentó un leve dolor en el corazón, como si sus nervios, embotados por la misma profundidad de su herida, se esforzasen en sentir de nuevo. Pero no podía dejarlos que se exteriorizasen ahora; tenía por delante toda una vida para que la hiciesen padecer. Pero ahora no. ¡No, Dios, ahora no!

Miró la faz amarillenta de Gerald, y por primera vez en su vida le vio sin afeitar, cubierta la antes lozana piel de cerdas plateadas. Pork colocó la vela en el candelero y se acercó a Scarlett. Ella adivinó que, de haber sido un perro, hubiera puesto la cabeza en su regazo, esperando una caricia.

—¿Cuántos morenos quedan aquí, Pork?

—Los asquerosos negros se fueron, señora Scarlett, y algunos hasta se marcharon con los yanquis, y... —¿Cuántos quedan?

—Mamita y yo, señora Scarlett. Ella ha estado cuidando a las niñas todo el día. Ahora las acompaña Dilcey. Quedamos solamente nosotros tres, señora.

¡«Nosotros tres», donde había un centenar! Scarlett, con un esfuerzo, irguió la cabeza sobre el dolorido cuello. Comprendió que tenía que hablar con voz firme. Con gran sorpresa suya, las palabras le afluyeron tan fría y naturalmente como si la guerra no hubiese existido nunca y le bastara un simple ademán para tener diez sirvientes alrededor.

—Estoy hambrienta, Pork. ¿Hay algo que comer?

—No. Los yanquis se lo han llevado todo.

—¿Y el huerto?

—Dejaron los caballos sueltos en él.

—¿Han escarbado también los bancales de ñames? Algo análogo a una sonrisa de complacencia se dibujó en los gruesos labios del hombre.

—¡Me había olvidado de ellos, señora Scarlett! Deben de seguir en su sitio. Los yanquis no debían de haberlos visto nunca y habrán creído que eran raíces, y...

—La luna saldrá pronto. Vete a coger unos cuantos y ásalos. ¿No hay maíz? ¿Ni guisantes secos? ¿Ni pollos?

—No, señora, no. Los pollos que no se comieron aquí mismo los yanquis se los llevaron colgados de los arzones.

¡Siempre los yanquis! ¿No acabarían nunca sus fechorías? ¿No les bastaba quemar y matar? ¿Necesitaban también dejar mujeres y niños y desamparados negros morirse de hambre en el país que habían desolado?

—También tengo unas manzanas que Mamita enterró al lado de la casa, señorita. Es lo que hemos comido hoy.

—Tráelas antes de ir a por los ñames, Pork. Y, además, Pork..., ¡me siento tan débil! ¿No hay vino en la bodega? ¿Ni licor de moras?

—La bodega, señora, fue el primer sitio donde entraron.

Una angustiosa náusea, mezcla de hambre, sueño, cansancio y violentas emociones, abrumó a Scarlett. Hubo de asirse fuertemente a las rosas talladas en los brazos del sofá.

—¡No hay vino! —exclamó con desaliento, recordando las interminables hileras de botellas de la bodega. Y un recuerdo acudió a su memoria—. Pork, ¿y aquel whisky que papá enterró en la barrica de madera de roble junto al atracadero?

Otra sombra de sonrisa, de agrado y respeto iluminó la negra faz.

—¡Qué listísima es usted, señora Scarlett! ¡Y yo me había olvidado de eso! Pero ese whisky no puede ser bueno, señora Scarlett. No tiene más que un año. Y, además, el whisky no es bueno nunca para las señoras.

¡Qué estúpidos eran los negros! Nunca se les ocurría nada. ¡Y pensar que los yanquis querían liberarlos!

—Pues será lo bastante bueno para esta señora que ves y para papá. Date prisa, Pork: tráenos dos vasos, menta y azúcar, y yo prepararé un poco de jarabe.

—Señora Scarlett, ya sabe usted que no hay azúcar en Tara desde yo qué sé cuándo. Y los caballos devoraron toda la menta y los yanquis rompieron todos los vasos.

«Si dice otra vez "los yanquis", grito. ¡Es intolerable!», pensó ella. Y manifestó en voz alta:

—Está bien; trae el whisky pronto. Lo tomaremos solo. —Y mientras él se volvía, añadió—: Aguarda, Pork. Hay tantas cosas que hacer que no me acuerdo de todas... ¡Ah, sí! He traído un caballo y una vaca.

Hay que ordeñar la vaca, desenganchar el caballo y darle de beber. Di a Mamita que se ocupe de la vaca. Que se arregle como pueda para sujetarla. El niño de la señora Melanie se morirá de hambre si no toma algo y...

—¿La señora Melanie no puede...?

Y Pork se interrumpió, delicadamente.

—La señora Melanie no tiene leche.

¡Dios mío! Mamá se hubiera desmayado de oírla hablar así.

—Bueno, señora Scarlett, pero Dilcey puede darle de mamar. Dilcey ha tenido otro niño y seguramente podrá amamantar a los dos.

—¿De modo que tienes otro niño, Pork?

¡Niños, niños, niños! ¿Por qué crearía Dios tantos niños? Pero no era Dios quien los creaba, no, sino la gente necia.

—Sí, señora. Es muy grande, muy gordo y muy negro. Él...

—Di a Dilcey que deje a las niñas. Yo las cuidaré. Que dé de mamar al niño de la señora Melanie y que haga lo que pueda por ella. Y di a Mamita que se ocupe de la vaca y que lleve ese pobre caballo a la cuadra.

—No hay cuadra, señora Scarlett. Los yanquis la demolieron para usar la madera como leña.

—No me hables más de lo que han hecho los yanquis. Di a Dilcey que se ocupe de

lo que te he dicho, y tú ve por el whisky y por unos ñames.

—Pero no tengo luz para ir, señora.

—¿No puedes usar una astilla?

—No hay astillas. Los yanquis...

—Arréglate como puedas. No me importa cómo. Pero trae lo que te digo. ¡Y pronto!

Pork se deslizó afuera del cuarto al notar que la voz de Scarlett adquiría una inflexión de enojo. Ella se quedó sola con Gerald. Le palmeó suavemente un muslo. Notó lo flaccidos que estaban aquellos miembros en que antes se marcaban sus duros músculos de jinete. Era preciso hacer algo para sacarle de aquel decaimiento, pero no quería preguntarle por Ellen. Más tarde, sí, cuando ella pudiese soportarlo.

—¿Por qué no han quemado Tara?

Gerald la contempló fijamente un momento, como sin oírla. Ella repitió la pregunta.

—Porque —contestó él trabajosamente— utilizaron la casa como cuartel general.

—¿Los yanquis... en esta casa?

Y en su interior sintió que aquellos muros habían sido profanados. Los muros de aquella casa, sagrada porque Ellen la había habitado... ¡Y ellos... ellos allí! —Estuvieron aquí, sí, hija mía. Vimos el humo de Doce Robles, al otro lado del río, antes de que llegaran. Pero India y Honey y algunos de los negros se habían refugiado en Macón, así que no nos preocupamos por ellos. Mas nosotros no podíamos ir a Macón. ¡Tu madre y las niñas estaban tan enfermas! No podíamos partir. Nuestros negros huyeron... no sé adonde... Se llevaron los carros y las muías. Mamita y Daisy y Pork se quedaron... Y a las niñas... y a tu madre... no podíamos trasladarlas.

—Sí, sí; claro.

No debía dejarle hablar de su madre. Había que comentar cualquier cosa, aunque fuera que el propio general Sherman había utilizado el despachito de su madre como cuartel general. ¡De cualquier cosa!

—Los yanquis avanzaron sobre Jonesboro para cortar el ferrocarril. Vinieron a millares carretera arriba, desde el río, con caballos y cañones a miles también. Yo los esperé en el porche de la puerta principal.

«¡Valiente papaíto! —pensó Scarlett, con el corazón rebosante—. ¡Papá afrontando al enemigo en las escaleras de Tara como si tuviese detrás un ejército en vez de tenerlo delante!»

—Me dijeron que me fuese, que iban a quemar la casa. Y yo les dije que para quemarla pasarían sobre mi cadáver. No podíamos irnos porque las niñas... y tu madre...

—¿Y entonces?

¡Era terrible volver de nuevo siempre al tema de Ellen!

—Les dije que en la casa había enfermas de tifus y que hacerlas salir era matarlas. Que quemaran la casa, si les placía, y desplomaran el techo sobre nosotros. Yo no quería... abandonar Tara.

Su voz cedió paso al silencio. Miró distraídamente los muros. Scarlett comprendió. Tras los hombros de Gerald se apiñaban demasiados antecesores irlandeses, demasiados hombres que habían muerto por unos pocos metros de tierra, luchando hasta el fin antes que abandonar los hogares en que habían vivido, labrado, amado, engendrado hijos.

—Les dije que tendrían que quemar la casa con tres mujeres moribundas dentro. Pero que no nos iríamos. Y el joven oficial, que era un... un caballero...

—¿Un yanqui caballero? ¡Vamos, papá!

—¡Un caballero! Se fue al galope y volvió a poco con un capitán, un médico, que

examinó a las niñas... y a tu madre...

—¿Dejaste que entrara un maldito yanqui en su alcoba? —Tenía opio. Y nosotros no. Logró salvar a tus hermanas. Suellen sufría una hemorragia. El hombre se mostró tan amable como pudo. Y cuando dijo a los soldados que ellas estaban mal, no quemaron la casa. Entraron, eso sí, y vino no sé qué general con su estado mayor. Ocuparon todos los cuartos, menos el de las enfermas. Y los soldados...

Se interrumpió, demasiado fatigado para proseguir. Su enérgica barbilla se inclinó pesadamente sobre las ahora fofas masas de carne de su cuello y su pecho. Con un esfuerzo, continuó:

—Acamparon en los alrededores de la casa, en todas partes, en el algodón, en el maíz. La hierba quedó cubierta por el azul de sus uniformes. Aquella noche encendieron un millar de hogeras de campamento. Arrancaron las vallas y echaron los maderos al fuego, para guisar con ellos, y después los cobertizos, y los establos, y el ahumadero. Mataron las vacas, los cerdos y los pollos... y hasta mis pavos (¡los preciosos pavos de Gerald, también perdidos!). Se llevaron las cosas, incluso los cuadros... algunos muebles, la vajilla.... —¿Y la plata?

—Pork y Mamita hicieron no sé qué con la plata... La metieron en el pozo... No me acuerdo ahora. —La voz de Gerald sonaba trémula—. Luego libraron una batalla desde aquí..., desde Tara. ¡Si vieras qué ruido...! Gente galopando y corriendo por todas partes. Y, después, los cañones de Jonesboro sonaban como un trueno... hasta las niñas lo oían, a pesar de estar enfermas, y me decían una y otra vez: «Papá, haz que se callen esos truenos.»

—¿Y mamá? ¿Sabía que los yanquis estaban en la casa? —No..., no lo supo nunca.

—¡Gracias a Dios! —dijo Scarlett—. Mamá se evitó esa pena. Ellen nunca lo supo, no oyó jamás al enemigo, que ocupaba la planta baja, ni oyó los cañones de Jonesboro, ni supo jamás que la tierra que formaba parte de su corazón era hollada por los yanquis.

—Yo vi a muy pocos de ellos, porque me quedaba arriba con las niñas y con tu madre. Al que más vi fue al joven cirujano. Era amable, muy amable, Scarlett. Después de haber trabajado todo el día, curando a los heridos, venía a sentarse con ellas. Incluso dejó algunos medicamentos. Me dijo que, cuando ellos se fuesen, las nenas se pondrían bien, pero que tu madre... Estaba tan delicada, dijo..., demasiado delicada para soportarlo. Dijo que le fallaban las fuerzas.

En el silencio posterior, Scarlett vio a su madre tal y como debió de estar en aquellos últimos días, como una frágil torre de refuerzo en Tara, haciendo de enfermera, trabajando, sin sueño ni comida para que otros pudiesen dormir y comer.

—Y después se marcharon... Después se marcharon. Permaneció en silencio largo rato; y luego le cogió la mano. —¡Me alegro de que hayas vuelto a casa! —dijo simplemente. Se oyó un ruido como de raspar en el porche trasero. El pobre Pork, acostumbrado durante cuarenta años a quitarse el polvo de los zapatos antes de entrar en casa, no lo olvidaba ni aun en aquellos momentos. Entró, sosteniendo con cuidado dos calabazas, y precedido por el fuerte olor a alcohol que emanaba de ellas.

—Se me ha vertido mucha, señora Scarlett. Es muy difícil verter el líquido de un barril sin espita en una calabaza. —No importa, Pork. Muchas gracias.

Scarlett cogió la mojada calabaza, arrugando la nariz al sentir aquel olor desagradable y acre.

—Bebe esto, papá —dijo, poniendo en su mano aquel extraño receptáculo y cogiendo la segunda calabaza llena de agua que traía Pork. Gerald levantó la suya, obediente como un chiquillo, y tragó ruidosamente. Scarlett le dio después agua, pero él

negó con la cabeza.

Cuando ella cogió la calabaza del whisky de sus manos y se la acercó a la boca, vio que los ojos de él seguían sus movimientos mostrando una vaga desaprobación.

—Ya sé que las damas no beben alcohol —dijo, lacónica—. Pero hoy no soy una dama, papá, y esta noche tenemos que trabajar. No lo olvides.

Inclinó la vasija, llenó los pulmones de aire y bebió con avidez. El ardiente líquido pareció quemarle desde la garganta al estómago, ahogándola y arrancando lágrimas de sus ojos. Respiró otra vez y de nuevo levantó la vasija.

—¡Katie Scarlett! —protestó Gerald, poniendo en su voz la primera nota de autoridad que había oído ella desde su llegada—. Basta ya. No estás acostumbrada al alcohol y te puedes emborrachar.

—¿Emborracharme yo? —exclamó ella con una carcajada desagradable—. ¿Emborracharme? ¡Ojalá! Me gustaría emborracharme para olvidar todo esto.

Bebió otra vez y una lenta oleada de calor le recorrió las venas e inundó su cuerpo hasta hacerle sentir un cosquilleo en la punta de los dedos. ¡Qué agradable sensación la de aquel fuego caritativo! Parecía penetrar hasta su corazón, oprimido por el hielo, y el vigor se extendía de nuevo velozmente por todo su cuerpo. Viendo la sorprendida y apenada fisonomía de Gerald, le volvió a acariciar las rodillas e intentó repetir una de aquellas picarescas sonrisas que tanto le agradaban antes.

—¿Cómo podría emborracharme, papá? Soy hija tuya. ¿Acaso no he heredado la cabeza más firme de todo el condado de Clayton?

El casi sonrió, contemplando la fatigada cara de su hija. El whisky le reconfortaba también. Scarlett se lo volvió a dar.

—Ahora vas a beber otro trago, y luego te acompañaré arriba para que te metas en la cama.

Se contuvo. Así hablaba ella a Wade, pero no debía dirigirse en la misma forma a su padre. Era una falta de respeto. Mas él estaba pendiente de sus palabras.

—Sí, señor, a meterte en la cama —añadió, en tono ligero— y a darte otro trago, incluso todo lo que quede, para que duermas. Necesitas dormir, y Katie Scarlett está aquí; de modo que no tienes que preocuparte de nada. Bebe.

Gerald bebió de nuevo, obediente, y ella, deslizando su brazo por debajo del suyo, le hizo levantarse.

—¡Pork!

Pork asió la calabaza con una mano y el brazo libre de Gerald con la otra. Scarlett cogió la vela encendida y los tres atravesaron el oscuro vestíbulo y ascendieron los tortuosos escalones que conducían al cuarto de Gerald.

La habitación en donde Suellen y Carreen yacían quejándose y revolviéndose sobre la misma cama apestaba al olor del trapo retorcido que ardía en una salsera llena de sebo y que constituía la única iluminación. Cuando Scarlett abrió la puerta, la densa atmósfera de la estancia, con las ventanas cerradas y el aire saturado de todos los olores propios del cuarto de un enfermo, olores a medicamentos y a fétida grasa quemada, casi la hicieron desvanecerse. Ya podían decir los médicos que el aire fresco era fatal en la habitación de un enfermo. Pero si ella tenía que permanecer allí, necesitaba aire puro o se moriría. Abrió las tres ventanas, dejando penetrar el aroma de la tierra y de las hojas de encina, pero el aire fresco no bastaba para disipar los insoportables hedores acumulados durante varias semanas en aquella habitación cerrada.

Carreen y Suellen, pálidas y demacradas, dormían con sobresalto y se despertaban

para mascullar vagas palabras, mirando con asombro desde el elevado lecho de cuatro columnas, donde habían cuchicheado juntas en días mejores y más felices. En un rincón de la estancia había una cama vacía, una estrecha cama estilo francés, de pies y cabecera curvados, que Ellen había traído de Savannah. Allí había reposado Ellen.

Scarlett se sentó junto a las dos niñas y las contempló como una estúpida. El whisky bebido con el estómago vacío empezaba a jugarle malas pasadas. Unas veces, sus hermanas le parecían estar muy alejadas y sus voces débiles e incoherentes llegaban hasta ella como zumbidos de insectos. Otras, parecían adquirir un enorme volumen, llegando hasta ella con la velocidad de un relámpago. Estaba cansada, cansada hasta los tuétanos. Podía acostarse y dormir días enteros.

¡Si lograse siquiera dormirse y al despertar viera que Ellen le sacudía suavemente el brazo diciendo: «Es tarde ya, Scarlett. No seas tan perezosa»! Pero eso ya no sucedería más. ¡Si viviese Ellen, si hubiese alguna persona mayor que ella, de más experiencia, a quien poder acudir! ¡Alguien en cuyo regazo pudiese ella reposar la cabeza, alguien en cuyos hombros pudiese descargar el peso que ahora la abrumaba!

La puerta se abrió despacio y entró Dilcey, llevando el niñito de Melanie junto al pecho y la calabaza de whisky en la mano. A la luz humeante e incierta de la vela, parecía más delgada que la última vez que Scarlett la viera y la sangre india se acusaba más en su rostro. Los salientes pómulos parecían más prominentes, la nariz aguileña más afilada, y la piel cobriza relucía con mayor brillo. Su deslucido vestido de percal estaba abierto por el escote, mostrando un voluminoso y bronceado pecho. Estrechamente arrimado a ella, el bebé de Melanie oprimía con avidez su boquita de capullo de rosa contra el oscuro pezón, chupando, agarrando con sus manitas la suave carne, como un gatito que busca el calor del vientre materno.

Scarlett se levantó vacilante y posó una mano sobre el brazo de Dilcey.

—Fuiste muy buena quedándote, Dilcey.

—¿Cómo me hubiera podido ir con esos negros asquerosos, señora Scarlett, cuando su papá fue tan bueno que me compró a mí y a mi pequeña Prissy, y su mamá ha sido tan buena?

—Siéntate, Dilcey. ¿Qué? ¿No extraña el pecho el niño? ¿Y cómo está la señora Melanie?

—Al nene no le pasa nada; sólo tenía hambre; y yo tengo leche bastante para alimentar a un chiquillo hambriento. No, mí ama, la señora Melanie está bien. No se morirá, señora Scarlett. No se preocupe. He visto muchas personas, blancas y negras, igual que ella. Está muy cansada, muy nerviosa, y tiene miedo por su hijito. Pero la hice callar, le di un poco de lo que quedaba en la calabaza y ahora está durmiendo. ¡Así, pues, el whisky había servido para toda la familia! En su histeria, Scarlett pensó que a acaso convendría dárselo también al pequeño Wade para ver si así se le quitaban los hipos y los sollozos. Y Melanie no se moriría. Y cuando regresara Ashley..., si regresaba... ¡No, ya pensaría en eso más tarde! ¡Había tantas cosas que desenredar, que resolver...! ¡Si pudiese borrar para siempre las horas de las preocupaciones...! Se incorporó de pronto al escuchar un ruido, algo así como «kerbunk... kerbunk...», que rompía la quietud del aire exterior.

—Es Mamita, que saca agua para lavar a las señoras. Necesitan mucho baño —explicó Dilcey, colocando las calabazas sobre la mesa entre los frascos de medicamentos y un vaso.

Scarlett se echó a reír bruscamente. Sus nervios debían estar hechos trizas para que el ruido de la polea del pozo, tan ligado a sus más lejanos recuerdos, pudiera asustarla.

Dilcey la miró fijamente, mientras reía, con expresión de inmóvil dignidad, pero Scarlett adivinó que la comprendía. Se hundió más en la silla. ¡Si pudiese al menos despojarse del apretado corsé, del cuello que la ahogaba, y de las zapatillas llenas aún de arena y piedrecillas que le producían ampollas en los pies!

La polea crujía lentamente mientras iba arrollándose la cuerda, y cada crujido acercaba el cubo al brocal. Pronto estaría Mamita con ella, la Mamita de Ellen, su Mamita. Scarlett permaneció sentada en silencio, sin fijar su atención en nada, mientras el bebé, saciado ya de leche, gruñía porque se le había escapado el dulce pezón. Dilcey, silenciosa también, guió la boca del niño para devolvérselo, meciéndole en sus brazos, mientras Scarlett escuchaba el lento arrastrar de los pies de Mamita en el patio posterior. ¡Qué tranquilo estaba el aire nocturno! El menor ruido llegaba a sus oídos como un gran estrépito.

El vestíbulo superior pareció temblar cuando el pesado cuerpo de Mamita se acercó a la puerta. En seguida entró en la estancia con los hombros encorvados bajo dos pesados cubos de madera y su amable rostro negro tristón, con la incomprensible tristeza de la cara de un simio. Sus ojos se iluminaron al ver a Scarlett, los blancos dientes brillaron al dejar los cubos en el suelo, y Scarlett corrió hacia ella, posando su cabeza sobre los generosos y caídos pechos que habían sostenido tantas cabezas, blancas y negras. Percibió, finalmente, algo de la antigua vida, que perduraba allí inmutable. Pero las primeras palabras de Mamita disiparon su ilusión.

—¡Ha vuelto a casa mi niña! ¡Oh, señorita Scarlett! ¿Qué hacer ahora, muerta la señorita Ellen? ¡Oh, si al menos me hubiera muerto yo con ella! No puedo estar sin la señorita Ellen. Aquí no ha habido más que desdichas y miserias. ¡Cargas demasiado pesadas, niña mía, demasiado pesadas de soportar!

Mientras Scarlett permanecía con la cabeza en el pecho de Mamita, reparó en las palabras «cargas» y «soportar». Eran las mismas que se agitaran, monótonas, en su mente durante aquella tarde. Ahora, con el corazón abatido, recordó el resto de la canción.

Sólo unos pocos días de soportar la carga, la carga que ya nunca ligera nos será... Algunos vacilantes pasos en el camino...

«Ya nunca ligera nos será...» Las palabras se repetían en su fatigado cerebro. ¿No le sería nunca ligera la carga? Volver a Tara, en vez de significar paz y descanso, ¿significaría más cargas aún? Se desprendió de los brazos de Mamita y acarició su arrugada frente.

—¡Pero si está usted despellejada! —Mamita asió las manos ensangrentadas y llenas de ampollas y las contempló horrorizada—. Pero ¡cómo!, señorita Scarlett; le tengo dicho siempre que debía usted tener cuidado de su piel... ¡y tiene también la cara quemada por el sol!

¡Pobre Mamita! Seguía pensando en cosas tan fútiles a pesar de que la guerra había pasado junto a ella. Y a renglón seguido diría que las señoritas con las manos despellejadas y la cara llena de pecas no encontraban marido. Pero no le dio tiempo a formular aquella observación.

—Mamita, quiero que me hables de mi madre. No he podido soportar que me lo contase papá.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Mamita cuando se inclinó para coger los cubos. En silencio, los llevó junto a la cama y, abriendo la sábana, comenzó a quitar la ropa de noche a Suellen y a Carreen. Scarlett, contemplando a sus hermanas a la débil y vacilante luz, vio que Carreen llevaba una camisa de dormir hecha jirones y que Suellen

estaba envuelta en un viejo «négligée», una prenda de hilo pardusco cuajada de hilachas y rotos entredoses de encaje irlandés. Mamita lloraba silenciosamente mientras pasaba la esponja por aquellos flacos cuerpecillos, usando los restos de un delantal viejo para secarlas.

—Señorita Scarlett; fueron ésos, los Slattery, esos cochinos blancos de mala ralea, los que mataron a la señorita Ellen. Ya le dije una y otra vez que de nada servía hacer bien a esa gentuza, pero la señorita era tan dura de cabeza y tan blanda de corazón que no sabía decir nunca que no a los que la necesitaban.

—¿Los Slattery? —preguntó Scarlett asombradísima—. ¿Qué tuvieron que ver...?

—Estaban enfermos de eso —gesticuló Mamita, señalando con su trapo a las dos niñas desnudas, que chorreaban agua sobre la sábana mojada—. La hija mayor de la señorita Slattery, Emmie, lo cogió, y la señorita Slattery vino aquí a escondidas para buscar a la señorita Ellen, como hacían siempre cuando les ocurría algo malo. ¿Por qué no cuidaba ella de los suyos? Bastante tenía ya que hacer la señorita Ellen. Pero mi ama fue allí y cuidó a Emmie. Y la señorita Ellen ya no era ella, señorita Scarlett. Su mamá hacía tiempo que no estaba bien. No ha habido mucho que comer por aquí, con los comisarios que se llevaban todo lo que teníamos en el campo. Y la señorita Ellen comía siempre como un pajarito. Yo no dejaba de repetirle que no se ocupase de esa gentuza blanca, pero no me hacía caso. Bueno, cuando parecía que Emmie estaba mejor, la niña Carreen lo pilló. Sí, señorita, el tifus saltó de la carretera y pescó a la niña Carreen y después a la niña Suellen. Y, claro, la señorita Ellen se puso también a cuidarlas.

Con todas esas guerra por ahí, y los yanquis al otro lado del río, y nosotros sin saber lo que iba a pasarnos, y con los braceros que huían, me sentía enloquecer. Pero la señorita Ellen estaba siempre tan fresca como una lechuga. Sólo le preocupaba no poder encontrar medicinas para las amitas. Y una noche, me dijo: "Mamita, si yo pudiera vendería mi alma por un pedazo de hielo que poner sobre la cabeza de mis hijas." Y no quería dejar entrar allí al señor Gerald, ni a Rosa, ni a Teena; solamente a mí, porque yo había pasado ya el tifus. Y luego cayó ella enferma y vi en seguida que no había nada que hacer.

Mamita se enderezó, secándose los ojos con el delantal. —Fue muy rápido y ni siquiera aquel buen doctor yanqui pudo hacer la menor cosa. No se daba cuenta de nada; yo hablaba y la llamaba, pero ella no conocía a nadie, ni siquiera... ni siquiera a su Mamita.

—¿Y nunca... me nombró..., nunca me llamó? —No, encanto. Creía que era otra vez una niña y que estaba en Savannah. No llamó a nadie por su nombre.

Dilcey se volvió, colocando al niño sobre sus rodillas. —Sí, señora. Llamó a alguien.

—¡Tú a callar, negra retinta! —Mamita se encaró con Dilcey con amenazadora violencia.

—¡Silencio, Mamita! ¿A quién llamó? ¿A papá? —No, a su papá, no. Fue la noche en que quemaron el algodón... —¿Que quemaron el algodón? ¡Habla pronto! —Sí, todo el algodón. Los soldados amontonaron las balas en el corral y les prendieron fuego gritando y cantando: «¡Mirad qué gran hoguera hay en Georgia!»

Tres cosechas de algodón almacenadas: ¡ciento cincuenta mil dólares en una fogata!

—Y las llamas lo iluminaban todo como si fuese de día; nosotros estábamos asustados, por si la casa se quemaba también, y había tanta luz en esta habitación que se podía ver una aguja en el suelo. Y, cuando la luz brilló en la ventana, pareció despertar la señorita Ellen, y se incorporó en la cama y gritó en voz alta, una y otra vez: «¡Philip! ¡Philip!» Nunca le había oído este nombre, pero era el nombre de alguien a quien ella

llamaba.

Mamita estaba inmóvil, como si se hubiese vuelto de piedra, mirando coléricamente a Dilcey, mientras Scarlett hundía la cabeza entre sus manos. ¡Philip...! ¿Quién podría ser y qué relación tendría con su madre, para que ella muriera llamándole?

La larga caminata desde Atlanta hasta Tara había terminado; había terminado en un muro ciego, en vez de acabar en los brazos de Ellen. Ya nunca más podría descansar como una chiquilla, segura bajo el techo paterno, con la protección del amor de su madre envolviéndola como un reconfortante edredón. No había seguridad ni verdadero asilo al que pudiese encaminarse ahora. Ningún cambio, ninguna vuelta, ningún sendero podían evitar el callejón sin salida al que había llegado. No quedaba ya nadie sobre cuyos hombros pudiese descargar sus pesares. Su padre estaba viejo y aturdido por la adversidad; sus hermanas, enfermas; Melanie, frágil y débil; los pequeños, inermes, y los negros, mirándola con infantil fe, cogiéndose a su falda, sabiendo que la hija de Ellen constituía el refugio que la madre había sido siempre para ellos.

Por la ventana, a la pálida luz de la luna que se levantaba, Tara se extendía ante sus ojos, abandonada por los negros, con las tierras devastadas y los cobertizos en astillas, como un cuerpo ensangrentado, como su propio cuerpo que se desangrara paulatinamente. Éste era ya el término del camino: una vejez entre temblores, enfermedades, bocas hambrientas, manos impotentes aferradas a sus faldas. Y al final de aquel camino no quedaba nada, nada más que Scarlett O'Hara Hamilton, de diecinueve años, viuda y con un hijo pequeño.

¿Qué iba a hacer con todos ellos? La tía Pittypat y los Burr, de Macón, podían recoger a Melanie y a su nene. Si las niñas se salvaban, la familia de Ellen tendría que encargarse de ellas, les gustase o no. Y ella y Gerald podían recurrir al tío James o al tío Andrew.

Miró las flacas figurillas que se agitaban inquietas, en la cama, bajo las sábanas oscuras y mojadas por el agua. A Suellen no la quería. Lo percibía ahora con una súbita claridad. Nunca la había querido. No sentía tampoco gran cariño por Carreen, porque ella era incapaz de querer a nadie que fuese débil. Pero llevaban su propia sangre, formaban parte de Tara. No, no podía dejarlas toda la vida en casa de las tías, como unas parientas pobres. ¿Los O'Hara en calidad de parientes pobres, comiendo el pan de la caridad y sufriendo...? ¡Oh, eso nunca!

¿No había escape en aquel camino sin salida? Su fatigado cerebro funcionaba con gran lentitud. Se llevó las manos a la cabeza, con tanto esfuerzo como si en vez de aire fuese agua lo que tenían que vencer sus brazos. Cogió la calabaza que estaba entre el vaso y la botella y la examinó. Quedaba algo de whisky en el fondo; no podía decir cuánto con una luz tan débil. Era extraño, pero el áspero olor no desagradaba ya a su olfato. Bebió lentamente, y esta vez el líquido no le abrasó la garganta; sintió tan sólo una sensación de calor.

Soltó la calabaza vacía y miró en torno suyo. Era todo un sueño, aquella tenebrosa habitación llena de humo, las esqueléticas niñas, Mamita, deforme y voluminosa, acurrucada junto a la cama; Dilcey, convertida aún en una estatua de bronce, con la dormida y rosada carita del bebé resaltando junto al oscuro pecho..., un sueño del cual despertaría para oler el jamón que se freía en la cocina, para oír las roncas carcajadas de los negros y el rechinar de los carros de labranza que salían hacia el campo, y sentir sobre ella la mano insistente y suave de Ellen.

Después descubrió con asombro que estaba en su propia cama, a la débil luz de la

luna, que intentaba perforar las tiniebla, y que Mamita y Dilcey la estaban desnudando. El corsé torturador ya no le pellizcaba la cintura, y podía respirar honda y silenciosamente hasta el fondo de sus pulmones y su vientre. Sintió cómo la despojaban suavemente de las medias, y oyó a Mamita murmurar confusos pero confortadores sonidos mientras bañaba sus pies lacerados por las ampollas. ¡Qué fresca estaba el agua, qué bien se sentía tendida sobre algo blando, cuidada como cuando era niña! Suspiró, se estiró y, pasado cierto tiempo —lo mismo pudo ser un año que un segundo—, se encontró sola; la habitación parecía más brillante, inundada por los rayos de la luna que caían sobre su lecho.

No sabía que estaba ebria, ebria de cansancio y de whisky. Sólo sabía que había abandonado su cansado cuerpo y que flotaba no sabía cómo ni donde, pero en alguna parte donde no existían el dolor ni el cansancio y donde su cerebro percibía las cosas con claridad sobrehumana. Veía las cosas con otros ojos, porque en el largo camino hasta Tara había dejado atrás su niñez. No era ya una dúctil y plástica arcilla que acusaba nuevos contornos a cada nueva experiencia. La arcilla se había endurecido, no sabía cuándo, en aquel día indefinido que había durado mil años. Aquella noche sería la última vez qué habrían de cuidarla como a una chiquilla. Ahora ya era una mujer y la juventud había acabado.

No, ya no podía, no quería dirigirse a las familias de Gerald o de Ellen. Los O'Hara no aceptaban limosnas. Los O'Hara se cuidaban solos. Sus cargas eran suyas y sólo suyas, y las cargas eran para hombres capaces de soportarlas. Pensó sin sorpresa, mirando hacia abajo desde su altura, que sus hombros eran ahora lo suficientemente vigorosos para soportar cualquier peso, ya que habían soportado lo peor que podía ocurrirle. Le resultaba imposible desertar de Tara; pertenecía a aquellas hectáreas de rojas tierras más de lo que las tierras podían pertenecer a ella. Sus propias raíces penetraban hondamente en el suelo color de sangre y sorbían vida en él, lo mismo que el algodón. Se quedaría en Tara y la sostendría, de un modo u otro, y mantendría a su padre y a sus hermanas, a Melanie y al hijo de Ashley, y a los negros. Mañana, ¡oh, mañana...! Inclinaría el cuello al yugo. Mañana habría muchas cosas que hacer. Ir a Doce Robles y a la finca de los Macintosh a ver si había quedado algo en los abandonados huertos, ir a los pantanos del río y dar una batida en busca de cerdos o gallinas perdidos, ir a Jonesboro y a Lovejoy con la alhajas de Ellen... Alguna quedaría que pudiese venderse para sacar con qué comer. Mañana... mañana... Su cerebro funcionaba con mayor lentitud cada vez, como un reloj al que se le acabara la cuerda; pero la visión persistía.

De pronto, los viejos relatos familiares que había oído desde su infancia, que había oído casi aburrida, impaciente y comprendiéndolos sólo a medias, se le aparecieron claros como el cristal. Gerald, sin un centavo, había levantado Tara; Ellen se había sobrepuesto a alguna misteriosa pena; el abuelo Robillard, sobreviviendo al derrumbamiento del trono de Napoleón, había rehecho su fortuna en la fértil costa de Georgia; el bisabuelo Prudhomme había creado un pequeño reino en la jungla de Haití, y lo había perdido, viviendo lo suficiente para que su nombre fuese glorificado en Savannah. Hubo unas Scarlett O'Hara que combatieron entre los voluntarios irlandeses por una Irlanda libre y a quienes ahorcaron en recompensa, y otros O'Hara que murieron en el Boyne luchando hasta el final por lo que era suyo.

Todos ellos habían sufrido aplastantes infortunios, y no quedaron nunca aplastados. No habían podido quebrantarlos ni el derrumbamiento de imperios, ni los machetes de los esclavos sublevados, ni la guerra, ni la revolución, ni el destierro o las confiscaciones. Un hado maligno había podido quizá doblegar su cuello, pero no su espíritu. No habían gemido, sino luchado. Y, cuando murieron, murieron extenuados pero invictos. Todas

aquellas sombras desaparecidas, cuya sangre corría por sus venas, parecían moverse, silenciosas, en la estancia iluminada por la luna. Y a Scarlett no le sorprendía ver a aquellos antecesores que habían sufrido lo peor que el destino podía reservarles, y lo habían transformado en lo mejor. Para ella, Tara era su destino, su lucha, y debía conquistarlo.

Dio una vuelta en la cama, soñolienta, mientras crecientes sombras envolvían su mente. ¿Estaban realmente junto a ella aquellos hombres de antaño, susurrándole muchas palabras de aliento, o formaba aquello parte de su sueño?

—Tanto si estáis como si no estáis —murmuró amodorrada—, buenas noches... y muchas gracias.

25

A la mañana siguiente, el cuerpo de Scarlett estaba tan rígido y dolorido por los largos kilómetros de caminata y por los vaivenes del carro que cada movimiento era una agonía. Su rostro, quemado por el sol estaba rojo; tenía las palmas de las manos desolladas por las ampollas, la lengua pastosa y la garganta seca, como si las llamas la hubiesen abrasado, y no había agua bastante para calmar su sed. Sentía la cabeza como hinchada y hasta girar los ojos le causaba dolor. Náuseas que le recordaban los primeros días de su embarazo hicieron insoportable para ella hasta el olor de los humeantes ñames del desayuno. Gerald hubiera podido decirle que sufría las consecuencias normales de su primera experiencia con las bebidas fuertes, pero Gerald no se daba cuenta de nada. Estaba sentado a la cabecera de la mesa y no era más que un viejo canoso, de ojos apagados y ausentes que se clavaban en la puerta, con la cabeza algo inclinada como para tratar de escuchar el crujido de las enaguas de Ellen, para aspirar su perfume de limón y verbena.

Al sentarse Scarlett a la mesa, Gerald murmuró:

—Esperamos a la señora O'Hara. Ya se demora.

Scarlett levantó su cabeza dolorida, mirándole con asombrada incredulidad, y encontró la suplicante mirada de Mamita, de pie tras la silla de Gerald. Se levantó vacilante, con la mano en la garganta, y contempló a su padre a la luz de la mañana. Él la miró vagamente y ella observó que las manos de su padre temblaban y que su cabeza estaba también algo trémula.

Hasta aquel momento no comprendió en qué medida había contado con Gerald para que la ayudase, para que le dijese lo que debía hacer. Y ahora... ¡Pero si la noche anterior parecía estar casi normal! No mostraba, es cierto, la vitalidad y la exuberancia habituales, pero por lo menos le había hecho un relato coherente, y ahora... Ahora, ni siquiera se acordaba de que Ellen había muerto. La impresión simultánea de la llegada de los yanquis y de la muerte de su mujer le habían trastornado. Scarlett fue a decir algo, pero Mamita sacudió la cabeza violentamente y, levantando el delantal, se enjugó los enrojecidos ojos. «¡Oh! ¿Se habrá vuelto loco papá? —pensó Scarlett, y su trepidante cabeza parecía a punto de estallar bajo aquella nueva presión—. No, no. Está un poco aturdido, y nada más. Es como si estuviese mareado. Ya se le pasará. Tiene que pasársele. Pero ¿qué voy a hacer si no se le pasa...? No quiero ni pensarlo ahora. No quiero pensar en él, ni en mamá, ni en ninguna de esas cosas terribles, ahora. No, no puedo pensar en nada hasta que me sienta capaz de soportarlo. ¡Hay tantas otras cosas en qué pensar...! Cosas que yo puedo remediar si no me dedico a pensar en las irremediables.»

Salió del comedor sin haber probado bocado y se fue al pórtico de atrás, donde encontró a Pork descalzo y vestido con los harapientos restos de su mejor librea, sentado en los escalones y mondando cacahuetes. La cabeza de Scarlett sentía aún incesantes martilleos y pulsaciones, y la deslumbradora luz del sol le acuchillaba los ojos. Sólo para mantenerse en pie necesitaba hacer un gran esfuerzo de voluntad; y hablaba con el mayor laconismo, suprimiendo las fórmulas habituales de cortesía que su madre le enseñara a usar desde la infancia.

Comenzó a preguntar tan bruscamente y a dar órdenes en un tono tan decidido que las cejas de Pork se alzaron con sorpresa. La señora Ellen jamás había hablado a nadie tan secamente, ni siquiera cuando cogía a un negro robando pollos o sandías. Le interrogó nuevamente sobre los campos, los huertos, el ganado, y sus ojos verdes adquirían un brillo

acerado que Pork nunca había visto en ellos.

—Sí, señora; el caballo murió, allí donde yo lo había atado con el hocico metido en el cubo, que tiró, por cierto. No, la vaca no murió. ¿No sabía usted? Tuvo una ternera anoche. Por eso mugía tanto.

—¡Vaya una comadrona que sería Prissy! —observó Scarlett irónicamente—. Dijo que la vaca mugía porque necesitaba que la ordeñasen.

—Prissy no piensa ser partera de vacas, señora Scarlett —concluyó Pork diplomáticamente—. Y no vale la pena discutir los bienes que Dios nos manda, porque esa ternera supondrá una vaca muy grande, y habrá leche y manteca en abundancia para las niñas, que es lo que necesitan, según dijo el doctor yanqui.

—Bueno, sigue. ¿Quedan más animales?

—No, señora. Nada más que una cerda vieja y sus lechones. Los llevé a los pantanos el día que llegaron los yanquis, pero Dios sabe cómo podremos darle caza ahora. Quiero decir a la marrana.

—Ya los encontraremos, no te apures. Tú y Prissy podéis empezar a busCharles.

Pork pareció sorprendido e indignado.

—Señora, eso es cosa de los del campo. Yo he sido siempre un negro de casa.

Un diablillo con un par de tenacillas candentes parecía divertirse pellizcando los ojos de Scarlett.

—O buscáis vosotros dos la cerda... u os largáis de aquí, lo mismo que se fueron los negros del campo.

Las lágrimas temblaron en los apenados ojos de Pork. ¡Oh, si la señora Ellen estuviera allí! Ella comprendía aquellos distingos, y se hacía cargo de la enorme diferencia que había entre las obligaciones de un peón del campo y las de un negro doméstico.

—¿Marcharme, señora Scarlett? ¿Y adonde iba a ir yo?

—No lo sé, ni me importa. Pero cualquiera que no quiera trabajar en Tara puede irse a buscar a los yanquis. Puedes decírselo también a los demás.

—Bien, señora.

—Y ahora dime: ¿qué hay del maíz y del algodón, Pork?

—¿El maíz? Dios mío, señora Scarlett, pusieron los caballos a pastar en el maizal y se llevaron después todo lo que los caballos no habían comido o estropeado. Y metieron los cañones y los carros por el algodón hasta destrozarlo todo, excepto unas cuantas hectáreas al fondo de la quebrada, en que no se fijaron. Pero por ese algodón no vale la pena ni molestarse, porque apenas hay allí tres balas.

¡Tres balas! Scarlett recordó las docenas y docenas de balas que producía Tara, y la cabeza le dolió más aún. ¡Tres balas! Tal cantidad era apenas un poco más de lo que cogían aquellos pobretones de los Slattery. Y para colmo de males, quedaba la cuestión de los impuestos. El Gobierno confederado aceptaba el algodón en lugar de dinero, como pago de impuestos; pero tres balas no bastarían ni para pagar éstos. Poco les importaba, sin embargo, a ella o a la Confederación, ahora que todos los braceros habían huido y que no quedaba nadie para recoger el algodón.

«No quiero pensar tampoco en esto —se dijo—. Las contribuciones no son cosas de mujeres, en modo alguno. Papá es el que debe atender estas cosas; pero papá..., no quiero pensar ahora en papá. La Confederación puede esperar el dinero sentadita. Lo que necesitamos ahora es algo que comer.»

—Pork, ¿habéis estado alguno de vosotros en Doce Robles, o en la finca de los Macintosh, para ver si queda allí algo en los huertos?

—No, señora. ¡No hemos salido de Tara! Podrían cogernos los yanquis.

—Enviaré a Dilcey a la finca de los Macintosh. Acaso encuentre allí algo. Y yo iré a Doce Robles.

—¿Con quién, niña?

—Yo sola. Mamita tiene que quedarse con las pequeñas, y mi padre no puede...

Pork lanzó una exclamación que la puso furiosa. Podría haber yanquis o negros bandidos en Doce Robles. No debía ir allí sola.

—Bueno, basta ya, Pork. Dile a Dilcey que se ponga en camino inmediatamente. Y tú y Prissy id a traerme la cerda y las crías —dijo secamente, dando media vuelta.

La vieja cofia de percal de Mamita, descolorida, pero limpia, colgaba de una percha en el pórtico trasero y Scarlett se la puso, recordando, como si fuese algo de otro mundo, el sombrero con rizada pluma verde que Rhett le había traído de París. Cogió un gran canasto hecho con ramas de roble y bajó las escaleras posteriores, no sin que cada paso repercutiese en su cabeza, como si la espina dorsal fuese a escapársele por el cráneo.

El camino hasta el río se extendía, rojizo y abrasador, entre los devastados campos de algodón. No había árboles que lo sombreasen, y el sol traspasaba la cofia de Mamita como si fuera de muselina y no de recio percal, mientras el polvo flotante se filtraba por su nariz y su garganta, hasta parecerle que si intentaba hablar saltarían en tiras sus membranas. En el sendero, profundos hoyos y surcos mostraban el rastro del paso de los caballos y de los cañones pesados, y, a los lados, las rojizas cunetas mostraban grandes surcos, abiertos por las ruedas de los vehículos. Las plantas de algodón aparecían pisoteadas y deshechas en los sitios por donde la caballería y la infantería, empujadas afuera del estrecho sendero por la artillería, habían marchado a través de los verdes arbustos, hundiéndolos en la tierra. Aquí y allá, en campos y veredas, se veían hebillas y trozos de correajes, cantimploras aplastadas por los cascos y ruedas de armón, botones, gorras azules, calcetines agujereados, harapos ensangrentados, todos los desechos que deja un gran ejército en marcha.

Pasó junto al pequeño grupo de cedros y la baja cerca de ladrillos que señalaban el minúsculo cementerio de la familia, tratando de no pensar en la nueva tumba, contigua a los tres montículos de las de sus hermanitos. ¡Oh, Ellen! Siguió bajando trabajosamente el polvoriento cerro, pasando cerca del montón de cenizas y de la mutilada chimenea, que era todo lo que quedaba de la casa de los Slattery, y deseó con crueldad que toda la tribu de aquel apellido estuviese también hecha cenizas. Si no hubiese sido por los Slattery, por aquella antipática Emmie, que tenía un chiquillo bastardo, hijo del capataz, Ellen no habría muerto.

Lanzó un gemido cuando un afilado guijarro se clavó en su lacerado pie. ¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué Scarlett O'Hara, la belleza del condado, el orgullo de Tara, siempre tan cuidada y protegida, caminaba casi descalza por aquel escabroso sendero? Sus piececitos estaban hechos para bailar, no para andar cojeando; sus delicados escarpines, para asomarse atrevidamente entre brillantes sedas, no para recoger cortantes pedruscos y polvo. Había nacido para ser mimada y atendida, y, sin embargo, allí estaba ahora, llena de náuseas y harapienta, impulsada por el hambre, a la caza de alimento en los huertos de sus vecinos.

Al pie del amplio cerro estaba el río, y ¡qué frescura y quietud había en aquellos árboles que trenzaban sus ramas sobre el agua! Se dejó caer en la orilla, se quitó los restos de los zapatos y las medias y humedeció los ardorosos pies en la fría agua. ¡Qué grato sería permanecer allí todo el día, lejos de los melancólicos ojos de Tara, allí donde sólo el susurro de las hojas y el murmullo del agua lenta rompían el silencio! Pero, con un esfuerzo, se puso otra vez las medias y los zapatos y avanzó penosamente por la orilla,

alfombrada de esponjoso musgo, bajo la sombra de los árboles. Los yanquis habían quemado el puente, pero ella conocía otro puentecillo de troncos tendido sobre una angostura del río, un centenar de metros más abajo. Lo atravesó con cautela y ascendió trabajosamente la abrasadora cuesta de casi un kilómetro que había de recorrer hasta llegar a Doce Robles.

Allí se elevaban los doce robles, tal como se habían elevado desde los días de los indios; pero ahora sus hojas estaban tostadas por el fuego, y las ramas, quemadas y medio carbonizadas. Dentro del círculo que formaban, yacían las ruinas de la casa de John Wilkes, los abrasados restos de la antes señorial mansión que coronaba el cerro con la noble dignidad de sus blancas columnas. El hoyo profundo que quedaba de lo que había sido la bodega, las ennegrecidas piedras de los cimientos y dos grandes chimeneas, marcaban el emplazamiento de la casa destruida. Una alta columna, medio quemada, había caído transversalmente sobre el césped, aplastando las matas de jazmines.

Scarlett se sentó sobre la derribada columna. Viendo aquel espectáculo, se sentía demasiado acongojada para continuar. Aquella desolación penetraba tan profundamente en su corazón, como si no hubiese experimentado otros dolores. Allí, a sus pies, estaba el orgullo de los Wilkes, convertido en cenizas. Allí estaba el fin de aquella casa tan amable y cortés, en la que siempre la recibieran con los brazos abiertos; la casa de la que, en sus vanos ensueños, había aspirado a ser ama y señora. En ella había bailado, comido y flirteado, y en ella había contemplado, con el corazón dolorido y celoso, cómo Melanie procuraba agradar a Ashley. Allí también, a la fresca sombra de sus árboles, Charles Hamilton había oprimido su mano con éxtasis cuando ella le prometió casarse con él.

«¡Oh, Ashley! —pensó—. Deseo de corazón que hayas muerto. No soportaría la idea de que pudieras ver todo esto.»

Ashley se había casado allí con su prometida, pero su hijo y sus nietos no podrían ya traer otras prometidas a esa casa. No habría ya bodas ni nacimientos bajo el hospitalario techo que Scarlett amara tanto y que había deseado gobernar. La casa había muerto y, para Scarlett, era como si también los Wilkes hubiesen muerto entre sus cenizas. —No quiero pensar en eso ahora. No puedo soportarlo. Ya pensaré más tarde —dijo en voz alta, desviando la mirada.

Buscó el huerto, tropezando, entre las ruinas, con los pisoteados rosales que los Wilkes cuidaban con tanto esmero; atravesó el patio posterior y las cenizas del ahumadero, de los cobertizos y gallineros. La valla de troncos cortados alrededor del huertecillo de la casa estaba destrozada, y las antes simétricas hileras de plantas verdes habían sufrido el mismo trato que las de Tara. La blanda tierra estaba llena de las cicatrices causadas por los cascos de los caballos y las pesadas ruedas, y las legumbres habían sido hundidas en el suelo. Allí no quedaba nada que pudiera servirle.

Retrocedió por el patio y siguió el sendero que conducía a la silenciosa fila de blancas barracas destinadas a la servidumbre, gritando «¡Eh, eh!» conforme caminaba. Pero ninguna voz respondió a la suya. Ni siquiera ladró un perro. Evidentemente, los negros de los Wilkes habían huido o se habían unido a los yanquis. Ella sabía que cada esclavo tenía allí su parcela de huerto, y cuando llegó a los pabellones de los negros confiaba en que tales parcelas hubiesen quedado inmunes. Su búsqueda fue recompensada, pero estaba demasiado extenuada para sentir alegría a la vista de los nabos y las coles, algo mustios por falta de agua, pero todavía en pie, así como las alubias, amarillentas pero comestibles. Se sentó entre los surcos y cavó la tierra con temblorosas manos, llenado el cesto poco a poco. Lograrían hacer una buena comida en Tara, aquella noche al menos, a pesar de la falta de

unos trozos de carne que cocer con las legumbres. Acaso un poco de la grasa que Dilcey empleaba para alumbrar podría utilizarse como condimento. Tenía que acordarse de decir a Dilcey que emplease pinas y economizase la grasa para guisar.

Cerca del último escalón de una de las cabanas halló una pequeña hilera de rábanos, y el hambre se apoderó de ella súbitamente. Un rábano ácido y picante era precisamente lo que su estómago parecía reclamar. Quitó someramente con la falda la tierra adherida, mordió la mitad y la comió a toda prisa. Era un rábano viejo y correoso, y tan picante que hizo brotar las lágrimas de sus ojos. Apenas pasó aquel primer bocado, su vacío y castigado estómago se rebeló, y Scarlett hubo de tenderse sobre la blanda tierra mientras vomitaba penosamente.

El vago olor a negro que exhalaba de la cabana aumentó todavía más su náuseas y, falta de fuerzas para combatirlas, continuó sufriendo dolorosas arcadas, en tanto que la cabana y los árboles giraban velozmente en torno suyo.

Al cabo de un largo rato se tendió de cara al suelo; la tierra le parecía tan blanda y confortable como una almohada de plumas y su cerebro erraba débilmente de una cosa a otra. Ella, Scarlett O'Hara, yacía junto a una cabana de negros, entre ruinas, demasiado enferma y agotada para poder moverse; y no había en el mundo nadie que lo supiese o a quien le importase lo más mínimo. A nadie le importaba, aunque lo supiesen, porque todos tenían demasiadas preocupaciones propias para ocuparse de las ajenas. Y todo esto le ocurría a ella, a Scarlett O'Hara, que jamás había tenido que levantar la mano ni para recoger una media tirada en el suelo o para atarse los cordones de los zapatos; a Scarlett, cuyas más leves jaquecas y nerviosismos habían suscitado ansiedades y mimos durante toda su vida. Mientras yacía postrada, demasiado débil para ahuyentar tales recuerdos, éstos se precipitaban sobre ella, se cernían formando círculos en torno suyo, como cuervos que aguardaran su muerte. Ya no tenía energías para decirse: «Pensaré en mamá y papá, y en Ashley y en todas estas ruinas más adelante... Sí, más adelante, cuando pueda soportarlo», sino que pensaba en ello ahora, lo quisiera o no. Los pensamientos giraban y se cernían sobre ella, descendían después hincando agudos picos y afiladas garras en su cabeza. Durante un infinito espacio de tiempo, yació allí, con la cara medio sepultada en la tierra, mientras el sol caía, abrasador, sobre ella, recordando cosas y personas que habían muerto, rememorando una vida que ya no podía existir y contemplando angustiosamente la perspectiva del tenebroso futuro.

Cuando pudo incorporarse al fin y vio de nuevo las negras ruinas de Doce Robles, su cabeza se irguió, y entonces algo que fue juventud, belleza e intensa ternura había desaparecido para siempre. Lo pasado, pasado. Los muertos estaban muertos. El ocio y el lujo de días mejores quedaban lejos y no volverían jamás. Y cuando Scarlett arregló el pesado cesto colgándoselo del brazo, había arreglado también su mente y su vida entera.

No se podía retroceder, y ella iba a marchar hacia delante. En todo el Sur, durante medio siglo, se verían mujeres de mirada rencorosa que se acordarían del pasado, de los hombres muertos, de los tiempos idos, que evocarían recuerdos dolorosos e inútiles, soportando con orgullo su dura pobreza, merced a que conservaban tales recuerdos. Pero Scarlett no iba a mirar nunca hacia el pasado.

Contempló las ennegrecidas piedras, y le pareció ver por última vez la casa de Doce Robles surgir ante sus ojos tal como fuera anteriormente, rica y poderosa, símbolo de una raza y de todo un modo de vivir. Y en seguida emprendió el camino carretera abajo, hacia Tara, con el pesado cesto, que se le incrustaba en la carne.

El hambre volvía a roerle el vacío estómago. Exclamó en voz alta: —Dios sea

testigo de que los yanquis no van a poder conmigo. Voy a sobrevivir a esto, y cuando todo termine no volveré a pasar hambre otra vez. Ni yo ni ninguno de los míos, aunque tenga que robar o matar. ¡Dios sea testigo de que nunca más voy a pasar hambre!

Durante los días siguientes, Tara podía haber sido la desierta isla de Robinson Crusoe: tan silenciosa y aislada estaba del resto del mundo. El mundo estaba unos kilómetros más allá, pero era como si hubiese un vasto océano entre Tara y Jonesboro y Fayetteville y Lovejoy, e incluso entre Tara y las plantaciones inmediatas. Muerto el viejo caballo, ya no existía medio de transporte, y Scarlett carecía de tiempo y de fuerzas para recorrer fatigosamente kilómetros de tierra rojiza. A veces, en aquellos días de agotadora labor, de desesperada lucha por la comida y de incesantes cuidados a las tres enfermas, Scarlett descubría que sus oídos trataban de recoger sonidos familiares: las agudas risotadas de los negritos jóvenes en sus pabellones, el chirrido de los carros que regresaban del campo, el relincho del caballo de Gerald, suelto por los pastos; el rechinar de las ruedas de los carruajes por el sendero que conducía a la casa, y las alegres voces de los vecinos que iban a pasar la tarde en inofensivo chismorreo. La carretera permanecía quieta y desierta, y jamás una sola nubecilla de polvo indicaba la llegada de visitantes. Tara era una isla en un mar de ondulantes y verdes cerros y de rojizos campos.

Quizás en alguna parte quedara un mundo de familias que comían y dormían seguraç, bajo su propio techo. En alguna otra parte habría muchachas vestidas con elegancia, que flirtearan alegremente y cantaran *Cuando se acabe esta guerra cruel,* como lo había cantado ella pocas semanas antes. En alguna otra parte había guerra y atronadores cañones y ciudades incendiadas y hombres que se pudrían en los hospitales entre hedor a medicamentos. En alguna otra parte, un ejército descalzo, con sucios uniformes de confección casera, marchaba, luchaba, dormía, ayunaba y se fatigaba, con esa pesada fatiga que abruma cuando se han perdido ya las esperanzas. Y en alguna otra parte, los cerros de Georgia azuleaban bajo los uniformes de los yanquis, de yanquis bien nutridos, montados sobre caballos ahitos de buen maíz.

Más allá de Tara estaba la guerra, estaba el mundo. Pero en la plantación, la guerra y el mundo sólo existían como recuerdos que era preciso olvidar si se agolpaban en la mente en algún momento de renuncia y agotamiento. El mundo exterior pasaba a segundo plano ante las demandas de los estómagos vacíos, y la vida venía a condensarse en dos ideas unidas: procurarse alimento y comer.

¡Comida! ¡Comida! ¿Por qué el estómago tenía la memoria más sensible que el cerebro? Scarlett podía apartar de su ánimo las penas, pero no podía olvidar el hambre y todas las mañanas, estando aún medio dormida, antes de que la memoria trajese otra vez a su mente las ideas de guerra y de hambre, se acurrucaba en la cama esperando percibir los apetitosos aromas del pan que se doraba en el horno y del tocino que se freía en la sartén. Y, cada mañana, su olfato imaginaba oler aquellas cosas que la impulsaban a despertar de sus nocturnas pesadillas.

Tenían en Tara manzanas, ñames, cacahuetes y leche; pero aun estos humildes alimentos no abundaban. Al verlos, tres veces al día, su memoria no podía por menos de retroceder a los tiempos y a las comidas de antaño, a la mesa iluminada por innumerables velas, a los sabrosos manjares que perfumaban el aire.

¡Con cuánta indiferencia consideraban entonces la cuestión alimenticia! ¡Qué pródigo derroche! Barritas de pan, bollos de maíz, bizcochos, barquillos, mantequeras colmadas, todo en una comida. A un extremo de la mesa, el jamón; al otro, el pollo; patos silvestres que nadaban en cacerolas de reluciente grasa; habichuelas que se amontonaban en

amplias fuentes de florida loza; calabaza frita, zanahorias en salsas tan espesas que podían cortarse. Y para que todos estuviesen contentos, tres clases de postre: tarta de chocolate, merengue de vainilla y bizcocho cubierto de nata. El recuerdo de tan sabrosos platos tenía el poder de hacerle derramar más lágrimas que la muerte y la guerra; tenía la fuerza de hacer que su ansioso estómago pasase de una vaciedad de mareo a las náuseas. En cuanto al buen apetito que Mamita había deplorado siempre, el natural apetito de una muchacha sana de diecinueve años, estaba cuadruplicado ahora por una dura e incesante labor, desconocida hasta entonces.

Su apetito no era el único que podía inquietar en Tara, pues por todos lados sus ojos sólo encontraban caras hambrientas, tanto en negros como en blancos. Muy pronto, Carreen y Suellen mostrarían el hambre insaciable de unas convalecientes de tifus. Ya el pequeño Wade gemía monótonamente: «Wade tiene mucha hambre. Wade quiere más ñames.»

También los demás refunfuñaban:

—Señora Scarlett, si no tengo algo más que comer, no sé como voy a ocuparme de las niñas.

—Señora Scarlett, como no me eche algo más al estómago, no voy a poder cortar leña.

—Niña mía, estoy deseando comer algo.

—Hija, por Dios, ¿no hay más que ñames para la comida?

Melanie era la única que no se quejaba. Melanie, cuyo rostro estaba más pálido y más delgado cada día y que hacía muecas de dolor incluso dormida.

—No tengo hambre, Scarlett. Da mi parte de leche a Dilcey. La necesita para alimentar a los nenes. Las personas enfermas nunca tienen hambre.

Aquella resignada actitud irritaba a Scarlett más que las quejas plañideras de los otros. Podía obligar, y obligaba, a los demás a que se callasen, con sus amargos sarcasmos; pero ante el espíritu de sacrificio desplegado por Melanie se sentía desarmada, tan desarmada como furiosa. Gerald, los negros y Wade se arrimaban ahora a Melanie, porque ésta, aun en su debilidad, se mostraba compasiva y cariñosa, y Scarlett en aquellos días era todo lo contrario.

Wade, especialmente, no salía del cuarto de Melanie. A Wade le pasaba algo, pero Scarlett no tenía tiempo para descubrirlo. Aceptó lo que decía Mamita, respecto a que el chiquillo tenía lombrices, y le hizo tomar una medicina compuesta de ciertas hierbas secas y de corteza de árbol, que Ellen empleaba siempre para los negritos. Pero el vermífugo sólo sirvió para que el niño palideciese aún más. En aquellos días, Scarlett casi no consideraba a Wade como a un ser humano. Era para ella tan sólo una preocupación más, una boca más que alimentar. Más tarde, cuando pasaran aquellos apuros, jugaría con él, le contaría cuentos, le enseñaría el abecedario; pero ahora no tenía ni tiempo ni ganas de hacerlo. Y como se lo encontraba constantemente en medio cuando ella estaba más cansada o más preocupada, muchas veces le hablaba con dureza.

Incluso le enojaba que sus breves reprensiones hiciesen asomar a los ojazos del niño una expresión de verdadero espanto, porque, cuando se asustaba, parecía como idiotizado. Ella no se hacía cargo de que el pequeño había vivido entre terrores demasiado fuertes para que un adulto pudiese comprenderlos. El miedo se había apoderado de Wade, un miedo que agitaba su espíritu y hacía que por las noches despertase dando gritos. Cualquier ruido inesperado, cualquier regaño, le hacía temblar porque, en su mente, los ruidos inesperados y las voces violentas estaban indisolublemente ligados a los yanquis, y tenía más miedo a los yanquis que a los fantasmas de Prissy.

Hasta que empezó la tormenta del sitio, jamás había conocido el chiquillo más que una vida tranquila, plácida y feliz. Aunque su madre no se ocupaba mucho de él, no había recibido nunca más que mimos y palabras cariñosas hasta la noche en que fue arrancado del sueño para encontrarse bajo el cielo enrojecido por el resplandor de los incendios y las explosiones que retumbaban en el aire. Aquella noche y al siguiente día, le abofeteó su madre por primera vez y él escuchó de su boca los primeros gritos de regaño. La vida que él conocía en la linda casa de ladrillo de la calle Peachtree, la única vida que conociera hasta entonces, se había desvanecido aquella noche y no podría recobrarla jamás. En la huida de Atlanta, nada comprendió él de lo que pasaba, excepto que los yanquis le perseguían, y vivía aún ahora bajo el terror de que los yanquis le cogiesen y le hiciesen pedazos. Cada vez que Scarlett levantaba la voz para regañarle, le asaltaba el terror, y su vaga memoria infantil evocaba los horrores de la primera noche en que ella le había regañado. Ahora, los yanquis y las palabras duras estaban perpetuamente unidos en su mente, y sentía un miedo muy grande a su madre.

Scarlett no podía por menos que notar que el niño comenzaba a rehuirla, y, en los raros momentos en que sus interminables quehaceres le permitían pensar en ello, se preocupaba bastante. Aquello era todavía peor que tenerle todo el día colgado de su falda, y la molestaba que el refugio del niño fuesen Melanie y el cuarto de ésta, en donde jugaba pacíficamente a lo que Melanie le sugería, o escuchaba los cuentos que ésta le contaba. Wade adoraba a su «tifta», que tenía la voz dulce, que sonreía siempre, que nunca le decía: «¡Cállate, Wade! Me mareas», o bien: «Estáte quieto, Wade, por amor de Dios!»

Scarlett no tenía tiempo ni ganas de acariciarle, pero se sentía celosa de que Melanie lo hiciese. Al verle un día haciendo volatines en la cama de Melanie y dejándose caer sobre ésta, le pegó.

—¿No se te ocurre nada mejor que dar esos golpetazos a tu tía, que está mala? ¡Ya te puedes ir a jugar al patio y no volver por aquí! Pero Melanie extendió el débil brazo y atrajo al gimiente niño hacia ella.

—Vamos, vamos, Wade. Tú no querías darme ningún golpe, ¿verdad? No me molesta, Scarlett; déjale que se quede aquí. Déjame que me ocupe de él un poco. Es lo único que puedo yo hacer hasta que me ponga buena, y tú estás demasiado atareada para hacerlo.

—No seas tonta —respondió secamente Scarlett—. No estás todavía tan repuesta como debieras; y que Wade se deje caer sobre tu vientre no creo que te venga muy bien. Y a ti, Wade, si te vuelvo a pescar en la cama de tu tía, ya verás la que te espera. Y menos lloriqueos. Siempre andas gimiendo. Debes procurar portarte como un hombrecito.

Wade, sollozante, escapó para ir a esconderse en los sótanos. Melanie se mordió el labio, y los ojos se le inundaron de lágrimas, mientras Mamita, que estaba de pie en el corredor y había presenciado la escena, frunció el ceño y respiró trabajosamente. Pero nadie le ponía objeciones a Scarlett en aquellos días. Todos tenían miedo a su acerada lengua, todos tenían miedo al nuevo ser que se había posesionado de su cuerpo.

Ahora, Scarlett era la reina suprema de Tara, y, como sucede a otros cuya autoridad cae repentinamente en sus manos, todos los tiránicos instintos de su naturaleza afloraron a la superficie. No es que ella fuese mala por esencia. Era por estar tan asustada y tan insegura de sí misma por lo que se mostraba cruel, por miedo a que los demás descubriesen su flaqueza y se negasen a obedecerla. Además, le causaba cierto placer gritar a la gente y saber que le tenían miedo. En ello encontraba cierto alivio para su tensión nerviosa. No se le ocultaba el hecho de que su personalidad se transfiguraba. A veces, cuando sus secas

órdenes hacían que Pork adelantase el labio inferior y que Mamita murmurase: «A algunas personas se les han subido los humos en estos días», ella no podía por menos de asombrarse de haber perdido sus buenos modales. Toda la cortesía, toda la suavidad que Ellen le había inculcado, se habían desprendido de ella como se desprenden las hojas de los árboles al soplo del primer viento otoñal.

Una y otra vez, Ellen le decía: «Sé firme, pero amable con los inferiores, especialmente con los negros.»

Mas si fuese amable, los negros permanecerían sentados en la cocina todo el día, hablando incesantemente de los buenos tiempos pasados en que a un criado de casa no se le exigía que hiciese el trabajo de un peón de campo.

«Ama y cuida bien a tus hermanos. Sé buena con los afligidos —decía Ellen—. Muéstrate cariñosa con los que tienen penas y dificultades.»

Pero no podía amar a sus hermanas. No eran más que un peso muerto cargado sobre sus hombros. En cuanto a cuidarlas, ¿no las bañaba, las peinaba y les daba de comer aun a costa de tener que caminar kilómetros al día para ir a buscar legumbres? ¿No estaba aprendiendo a ordeñar la vaca, aunque el corazón se le subía a la garganta cada vez que el terrible animal agitaba los cuernos en dirección suya? En cuanto a ser amable, era perder el tiempo. Si se mostraba demasiado amable con ellas, probablemente se quedarían en la cama más tiempo del que debían, y ella quería verlas en pie lo antes posible, a fin de contar con cuatro manos más para ayudarla.

Convalecían lentamente, y yacían, débiles y esqueléticas, en su camita. Mientras reposaban inconscientes, el mundo había cambiado. Habían llegado los yanquis, los negros se habían ido y su madre había muerto. Estos tres acontecimientos eran increíbles, y sus mentes no podían comprenderlos. A veces les parecía estar delirando todavía, y que tales cosas no habían ocurrido. Realmente, Scarlett había cambiado tanto que aquello no podía ser cierto. Cuando les exponía el programa de lo que quería que hiciesen cuando estuvieran buenas, la miraban como si fuese un ser del otro mundo. El no tener ya cien esclavos para trabajar era algo que sobrepasaba su comprensión. También excedía a ésta la idea de que una O'Hara debiese hacer trabajos manuales.

—Pero, hermana —decía Carreen, mostrando en su carita infantil y dulce toda su consternación—, ¡yo no podría cortar astillas! ¡Me estropearía las manos!

—Mira las mías —contestó Scarlett, con pavorosa sonrisa, poniendo ante sus ojos dos palmas callosas y llenas de ampollas.

—¡Es odioso que nos hables así a la niña y a mí! —gritaba Suellen—. Creo que estás mintiendo y tratando de asustarnos. ¡Si mamá estuviese aquí no te dejaría hablarnos así! ¡Mira que partir astillas nosotras!

Suellen miraba con débil expresión de odio a su hermana mayor, segura de que Scarlett decía tales cosas únicamente por espíritu de maldad. Suellen había estado a punto de morir, había perdido a su madre y se sentía sola y atemorizada, y quería que la mimasen y le hiciesen mucho caso. En vez de esto, Scarlett las examinaba todos los días desde los pies de la cama, calculando el grado de su mejoría con un nuevo y aborrecible destello de sus oblicuos ojos verdes y les hablaba de hacer las camas, de preparar la comida, de llevar cubos de agua y de partir astillas. Y parecía gozar al decir cosas tan horribles.

Scarlett gozaba realmente al hacerlo. Tiranizaba a los negros y torturaba los sentimientos de sus hermanas, no sólo porque estaba demasiado preocupada, inquieta y fatigada para hacer otra cosa, sino porque contribuía al olvido de sus propias amarguras el comprobar que todo lo que su madre le había enseñado sobre la vida era erróneo.

Nada de cuanto su madre le enseñara le servía ahora para nada, y el corazón de Scarlett estaba dolorido y extrañado. No se le ocurría que Ellen jamás pudo prever aquel colapso de la civilización en la que había educado a sus hijas, ni pudo tampoco profetizar la desaparición de la vida social para cuya ascensión las había preparado con tanto cuidado.

A Scarlett no se le ocurría que Ellen contemplaba entonces una perspectiva de plácidos años futuros, semejantes a los tranquilos años de su propia vida, cuando le enseñó a ser gentil y condescendiente, modesta, amable, buena y sincera. La vida trataba bien a las mujeres que habían aprendido a ser así, decía Ellen.

Scarlett pensaba con desesperación: «¡No, nada, nada de lo que ella me enseñó me sirve ahora para nada! ¿De qué me serviría ahora la cortesía? ¿De qué la dulzura? Más me hubiera valido haber aprendido a arar, o a recolectar algodón como un negro. ¡Oh, madre, qué equivocada estabas!»

No se detenía a pensar que el mundo ordenado de Ellen había desaparecido, siendo sustituido por un mundo brutal, un mundo en el que todo patrón, todo valor, eran distintos. Ella sólo veía, o le parecía ver, que su madre estaba equivocada y se esforzaba en cambiar rápidamente a fin de adaptarse a aquel nuevo mundo para el cual no estaba preparada.

Sólo sus sentimientos hacia Tara no habían cambiado. No se acercaba nunca a la casa, fatigada por venir a campo traviesa, sin que al divisar la blanca mansión, amplia y baja, su corazón rebosara de la alegría y del placer de regresar a ella. Jamás contemplaba desde la ventana los verdeantes pastos, los rojizos campos y las altas y enmarañadas copas de los entrelazados árboles del bosquecillo, sin sentirse inundada del sentimiento de su belleza. Su amor por aquella tierra de suaves y ondulantes cerros de tierra roja y brillante, aquella magnífica tierra del color de la sangre, del granate, del polvo de ladrillo, del bermellón, donde crecían tan maravillosamente arbustos verdes salpicados de blancos brotes, era una parte de Scarlett que resistía inalterable a todos los cambios. En ningún otro lugar del mundo existía una tierra como aquélla.

Cuando contemplaba Tara, comprendía en parte por qué se luchaba en las guerras. Rhett estaba equivocado al decir que los hombres hacían la guerra por el dinero. No; combatían por ondulantes hectáreas de tierra, suavemente surcada por el arado, por verdes pastos de erguida hierba recién segada, por perezosos y amarillentos riachuelos y por casas blancas y frescas, sombreadas de magnolias. Aquellas cosas eran las únicas merecedoras de que se luchase por ellas, aquella rojiza tierra que era de ellos, y que sería de sus hijos, y que habría de producir abundancia de algodón para los hijos de sus hijos.

Aquellas pisoteadas tierras de Tara eran lo único que le quedaba, ahora que su madre y Ashley ya no vivían, que Gerald estaba senil e inútil por las emociones y que su dinero, los negros, su seguridad y su posición se habían desvanecido de la noche a la mañana. Y, como si fuese ya una cosa del otro mundo, recordaba una conversación con su padre acerca de las tierras, y se maravillaba ahora de haber podido ser tan joven y tan ignorante como para no entender lo que él quería decir cuando afirmó una vez que la tierra era la única cosa del mundo que merecía que se luchase por ella.

«Porque es la única cosa en el mundo que perdura... y porque, para cualquiera que tenga en sus venas una sola gota de sangre irlandesa, la tierra en que vive y de la que vive es como su madre... Es lo único que justifica que se trabaje, se luche y se muera por ella.»

Sí, Tara merecía que se combatiese por ella, y ella aceptaba el combate simplemente y sin reparos. Nadie podría quitarle Tara. Nadie los dejaría a ella y a su gente a la ventura, viviendo de la caridad de sus parientes. Conservaría Tara aunque tuviese que reventar trabajando a todos los que allí vivían.

26

Scarlett llevaba dos semanas en Tara desde su regreso de Atlanta cuando la ampolla más inflamada que tenía en un pie comenzó a ulcerarse, hinchándosele hasta el punto de no poder ponerse el zapato y tener que cojear constantemente, apoyándose sobre el talón. Se desesperaba viendo la cárdena rozadura en el dedo. ¿Y si llegase a gangrenarse como las heridas de los soldados y tuviera ella que morir por no tener ningún médico cerca? Por amarga que fuese ahora la vida para ella, no sentía deseo alguno de abandonarla. Porque ¿quién se ocuparía de Tara si ella muriese?

Al principio, esperaba que reviviese el antiguo espíritu de Gerald y que éste tomase el mando; pero, en aquellas dos semanas, tal esperanza hubo de disiparse. Scarlett era consciente de que, lo quisiera o no, la plantación y todos sus habitantes quedaban en sus inexpertas manos, porque Gerald no hacía más que estar sentado en silencio, como si soñase, sumiso pero ausente de Tara. Cuando ella le pedía algún consejo contestaba únicamente: «Haz lo que te parezca mejor, hija mía.» O algo peor aún: «Consúltalo con tu madre, pequeña.»

Ya nunca cambiaría; y Scarlett, al comprenderlo así, lo aceptó sin emoción. Gerald, mientras viviese, seguiría aguardando a Ellen, intentando oír su voz. Se hallaba en un nebuloso país fronterizo donde el tiempo no transcurría; y para él, Ellen estaba siempre en la habitación contigua. Al morir Ellen, perdió el resorte maestro de su existencia, y con él desaparecieron su impetuosa seguridad, su desparpajo y su inquieto dinamismo. Ellen había sido el auditorio ante el cual se representara el tumultuoso drama de Gerald O'Hara. Ahora, el telón había caído para siempre, las candilejas estaban apagadas y el público se había marchado, mientras el confuso y viejo actor permanecía sobre el escenario vacío, esperando su turno para continuar.

Aquella mañana, la casa estaba quieta porque todos, excepto Scarlett, Wade y las tres enfermas, andaban por el pantano buscando a la cerda. El mismo Gerald se había animado un poco y arrastraba los pies por el campo arado, apoyando una mano en el brazo de Pork y con un rollo de cuerda en la otra. Suellen y Carreen se habían dormido después de llorar, como hacían un par de veces al día por lo menos, con lágrimas de pena y de debilidad que corrían por sus demacradas mejillas al acordarse de Ellen. Melanie incorporada sobre las almohadas por primera vez aquel día, se envolvía en una sábana remendada entre las dos criaturillas, con la cabecita dorada y suave de la una acurrucada en un brazo, mientras que con el otro sostenía cariñosamente la testa negra y rizosa del hijo de Dilcey. Wade estaba sentado a los pies de la cama escuchando un cuento de hadas.

Para Scarlett, el silencio de Tara era insoportable, porque le recordaba demasiado vivamente el silencio mortal de toda la desolada comarca que hubo de atravesar aquel interminable día en que salió de Atlanta para volver a casa. La vaca y el ternero pasaban horas y horas sin exhalar un mugido. Los pájaros no piaban cerca de su ventana, e incluso la alborotada familia de estorninos que vivían entre el follaje de los magnolios, a través de varias generaciones, no cantaban aquel día. Scarlett llevó una silla junto a la ventana abierta de su cuarto, que daba al camino principal de entrada, dominando el macizo césped y los pastos solitarios y verdes del otro lado del camino, y allí permaneció sentada, con la falda por encima de las rodillas y la barbilla apoyada en las manos, asomada a la ventana. Tenía junto a ella un cubo de agua del pozo, y de cuando en cuando metía en él el pie ulcerado, haciendo una mueca de dolor cada vez que sentía la punzante sensación.

Malhumorada, apoyó la barbilla en la mano. Precisamente cuando más necesidad tenía de todas sus fuerzas, se le enconaba el dedo. Aquellos imbéciles no encontrarían nunca a la cerda. Habían tardado una semana en coger los cerditos, uno por uno, y ahora, al cabo de dos semanas, la marrana seguía en libertad. Scarlett tenía la seguridad de que, si hubiera estado con ellos en el pantano, se habría arremangado la falda hasta las rodillas y, cogiendo la cuerda, habría echado el lazo al animal en un abrir y cerrar de ojos.

Pero, aun en caso de cazar la cerda, si es que llegaba a cogerla, ¿qué harían después de comerse a ésta y a sus crías? La vida continuaría y el apetito también.

El invierno se aproximaba y no habría alimentos, ni siquiera los escasos restos de legumbres de los huertos vecinos. ¡Habría que tener tantas cosas! Guisantes secos, y trigo, y arroz, y semillas de algodón y de maíz para sembrar en primavera; y también otras ropas. ¿De dónde iba a salir todo aquello y cómo se pagaría?

Había registrado ocultamente los bolsillos y la caja del dinero de Gerald, y lo único que pudo encontrar fueron unos paquetes de bonos de la Confederación y tres mil dólares en billetes, confederados también. Era casi lo suficiente para que pudiesen hacer una buena comida todos, pensó irónicamente, ahora que el dinero confederado valía poco menos que nada. Pero, aunque tuviese dinero, ¿dónde se podría encontrar víveres y cómo podría traerlos a casa? ¿Por qué había permitido Dios que se muriese el viejo caballo? Incluso aquel miserable animal que Rhett había robado supondría para ellos un mundo de diferencia. ¡Oh, aquellas finas muías que solían cocear en la pradera, al otro lado del camino, y los soberbios caballos para el coche, y su pequeña yegua, y los jacos de las niñas, y el magnífico caballo de Gerald, que galopaba y corría por los pastos...! ¡Oh, qué no daría ella por una de aquellas monturas, incluso por la mula más terca!

Pero no importaba... Cuando se curase el pie, iría andando hasta Jonesboro. Sería la caminata más larga que hubiese hecho en su vida, pero la haría. Aun en el caso de que los yanquis hubiesen quemado totalmente la ciudad, ella encontraría seguramente en la vecindad alguien que pudiese indicarle en dónde hallar provisiones. La compungida fisonomía de Wade surgió ante sus ojos. No le gustaban los ñames, decía; quería un ala de pollo, arroz y mucha salsa.

La brillante luz del sol en el jardín se nubló repentinamente y los árboles se borraron entre sus lágrimas. Dejó caer la cabeza entre los brazos y se esforzó en no llorar. El llanto no servía ahora de nada. La única ocasión en que podía servir el llanto era cuando se tenía cerca a un hombre de quien se quisiera obtener algún favor. Mientras estaba acurrucada allí, apretando los ojos para que no le brotasen las lágrimas, se sobresaltó al oír el ruido de los cascos de un caballo al trote. Pero no levantó siquiera la cabeza. ¡Se había imaginado aquel ruido tantas veces, durante los días y las noches de las dos semanas anteriores, lo mismo que había creído oír el crujido de la falda de Ellen! Su corazón martilleaba, como le ocurría siempre en tales casos, antes de ordenarse severamente a sí misma: «¡No seas idiota!»

Pero los cascos alteraron su compás, de manera sorprendentemente natural, hasta ponerse al ritmo del paso, y se oyó el rechinar de la arena. Era un caballo, ¡Oh, los Tarleton, los Fontaine! Miró rápidamente. Era un militar perteneciente a la caballería yanqui.

Automáticamente, Scarlett se ocultó detrás de la cortina y le miró, fascinada, a través de los pliegues de la tela, sintiéndose tan sobresaltada que el aire salía de sus pulmones con dificultad.

Encorvado sobre su montura, veía a un hombre grueso y de aspecto rudo, con una enmarañada barba que caía sobre la abierta guerrera azul. Sus ojillos, muy juntos, que

bizqueaban al sol, parecían estudiar la casa con calma, bajo la visera de su ceñida gorra militar azul. Cuando se apeó despacio y anudó cuidadosamente las riendas alrededor del poste en que se ataban los caballos, Scarlett recobró el aliento tan repentina y dolorosamente como cuando se recibe un fuerte golpe en el estómago. ¡Un yanqui, un yanqui con un largo pistolón a la cadera! ¡Y ella estaba sola en casa con tres chicas enfermas y dos criaturas!

Conforme el militar avanzaba por el camino, con la mano en la funda de la pistola, y sus relucientes ojillos mirando a derecha e izquierda, una calidoscópica serie de confusas escenas pasó por su mente, historias que la tía Pittypat le había cuchicheado sobre ataques a mujeres solas, cuellos cortados, casas incendiadas con mujeres moribundas dentro, niños ensartados con bayonetas porque gritaban, todos los horrores ligados al odioso nombre de «yanqui».

Su primer aterrorizado impulso fue esconderse en un ropero, meterse debajo de la cama, echar a correr escaleras abajo y huir gritando hacia el pantano; cualquier cosa con tal de huir de aquel hombre. Pero oyó en seguida sus cautelosos pasos sobre los peldaños de la entrada, y luego en el vestíbulo, y comprendió que tenía cortada la retirada. El miedo la paralizó y, sin poder moverse, escuchó el paso del hombre de una habitación a otra en la planta baja y cómo pisaba más fuerte y firmemente al no descubrir a nadie. Estaba ahora en el comedor y en un instante entraría en la cocina.

Al pensar en la cocina, Scarlett sintió que la invadía una rabia repentina, tan aguda que traspasaba su corazón como una cuchillada. Y, ante aquel violento furor, el miedo se desvaneció totalmente. ¡La cocina! Allí, sobre la lumbre, había dos pucheros, uno lleno de manzanas puestas a cocer y el otro con una mescolanza de legumbres penosamente traídas de Doce Robles y del huerto de los Macintosh..., la comida destinada a nueve personas hambrientas, cuando apenas alcanzaba para dos. Scarlett había estado reprimiendo su propio apetito durante varias horas, esperando el regreso de los demás; y la idea de que el yanqui se comiese su escaso almuerzo la llenó de cólera.

¡Malditos todos! Habían caído como una nube de langostas, dejando que Tara muriese de hambre, lentamente, y ahora volvían para robar lo poco que dejaron. Su vacío estómago se retorcía. ¡Santo Dios, allí había un yanqui que no robaría más!

Se quitó el gastado zapato y, descalza, se deslizó velozmente hacia el despacho, sin notar siquiera dolor en su lastimado pie. Abrió sin ruido el cajón de arriba y sacó la pesada pistola que había traído de Atlanta, el arma que llevara Charles, pero que nunca había usado. Buscó en la caja de cuero que colgaba de la pared bajo el sable y sacó una bala. La metió en el cargador con mano firme. Rápida y silenciosamente, corrió hacia el rellano y bajó la escalera apoyándose en la baranda con una mano y sosteniendo la pistola junto a la pierna, entre los pliegues de su falda.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz nasal, y ella se detuvo en mitad de la escalera, latiéndole la sangre con tanta fuerza en los oídos que no podía apenas percibir sus palabras —. ¡Alto o disparo! —dijo la voz.

El estaba en la puerta del comedor, encogido y en tensión, sosteniendo en una mano la pistola y en la otra una cajita de costura, de madera de rosa, con el dedal y el alfiletero de oro, y las tijeritas montadas también en oro. Scarlett notaba las piernas paralizadas, pero la rabia sofocaba su rostro. ¡El costurerito de Ellen, en sus manos! Quiso gritarle: «¡No lo toques! ¡No lo toques, asqueroso...», pero las palabras no lograron salir de su boca. Sólo podía mirarle horrorizada, por encima del pasamanos, viendo cómo su rostro pasaba de una tensión agresiva a una sonrisa medio despectiva, medio amistosa.

—Veo que hay alguien en casa, ¿eh? —dijo él, metiendo otra vez la pistola en su funda y avanzando por el vestíbulo hasta quedar, precisamente, debajo de ella—. ¿Sólita, verdad?

En un relámpago, ella asomó el arma por encima del pasamanos, casi tocando el barbudo rostro del hombre. Antes de que él pudiese siquiera llevar la mano a la pistola, Scarlett apretó el gatillo. El retroceso del arma la hizo vacilar, el estruendo de la explosión la ensordeció y un humo acre cosquilleó su nariz. El hombre se desplomó hacia atrás, cayendo, piernas y brazos abiertos, con tal violencia, que retemblaron los muebles. La cajita se le escapó de la mano y su contenido se dispersó por el suelo. Sin darse siquiera cuenta de que se movía, Scarlett descendió los últimos peldaños y se quedó de pie, viendo lo que quedaba del rostro desde más arriba de la barba, un orificio sangriento donde antes estaba la nariz, y los vidriosos ojos quemados por la pólvora. Mientras lo contemplaba, dos regueros de sangre se deslizaron por el pulido suelo, uno brotando de la cara y otro de la nuca. Sí, estaba muerto. No cabía duda. Había matado a un hombre.

El humo ascendía hacia el techo en perezosas espirales; y los rojos regueros se ensanchaban a sus pies. Durante un momento de incalculable duración, Scarlett permaneció allí, y en el cálido silencio de la mañana estival cualquier sonido leve y cualquier olor parecían aumentar: las aceleradas palpitaciones de su corazón, como redobles de tambor, el rumor de las hojas de los magnolios al rozar unas contra otras, el lejano y quejumbroso chillido de un pájaro en los plátanos y el dulce aroma de las flores junto a la ventana.

Había matado a un hombre, ella que procuraba siempre no tomar parte en las cacerías, ella que no podía soportar los gruñidos de un cerdo al ser degollado, ni los quejidos de un conejo preso en el lazo. «¡Un asesinato! —pensaba confusamente—. ¡He cometido un asesinato! ¡Oh, no es posible que me haya ocurrido esto!» Sus ojos se volvieron hacia la mano gruesa y velluda, tan próxima a la cajita de costura, y, repentinamente, recobró su vitalidad, íntegramente satisfecha, sintiendo un goce frío y leonino. Hasta habría pisoteado con su talón la ensangrentada herida que sustituía ahora la nariz de aquel hombre, y experimentado un dulce placer al contacto de aquella sangre aún caliente en sus pies descalzos. Era un acto de venganza por lo de Tara... y por lo de Ellen.

Se oyeron unos pasos precipitados y torpes en el vestíbulo superior, y luego, otros pasos débiles y prolongados, acentuados por chasquidos metálicos. Recobrando el sentido del tiempo y de la realidad, Scarlett alzó la mirada y vio a Melanie en lo alto de la escalera, sin más vestido que la harapienta camisa que le servía de bata de noche y sosteniendo con su débil brazo el sable de Charles. Los ojos de Melanie contemplaron en un instante el cuadro entero que tenía a sus pies, el cuerpo caído y uniformado de azul destacándose del charco de sangre, la cajita de costura junto a él, Scarlett descalza y con el rostro grisáceo, todavía con la pistola en la mano.

Su mirada y la de Scarlett se cruzaron en silencio. Había un resplandor de orgullo en su fisonomía, generalmente tan dulce; había una aprobación y un gozo feroz en su sonrisa, que eran comparables al alborotado tumulto en el pecho de Scarlett.

«¡Oh! ¡Es igual que yo! ¡Comprende mis sentimientos! —pensó Scarlett en aquel largo momento—. ¡Ella hubiera hecho lo mismo!»

Emocionada, miró desde abajo a la frágil y vacilante joven por quien antes, si algún sentimiento albergaba, era sólo de menosprecio y antipatía. Ahora, luchando contra el odio por la mujer de Ashley, surgió un sentimiento de camaradería y de admiración. Vio en un relámpago de percepción clara, libre de toda baja emoción, que bajo la dulce voz y los ojos de palomita de Melanie había una hoja fina de templado e irrompible acero, y comprendió

asimismo que vibraban cornetas y banderines de bravura en la tranquila sangre de Melanie.

—¡Scarlett! ¡Scarlett! —chillaban las débiles y asustadas voces de Suellen y Carreen, apagadas por la puerta cerrada, y la vocecita de Wade gritaba también—: ¡Tía! ¡Tía!

Rápidamente, Melanie se llevó un dedo a los labios y, dejando el sable sobre el escalón superior, descendió penosamente hasta el pasillo de abajo y abrió la puerta del cuarto de las enfermas.

—¡No os asustéis, palomitas! —dijo con voz de fingida jovialidad—. Vuestra hermana mayor quería limpiar la pistola de Charles y se le ha disparado, y casi se muere del susto... Ahora, Wade Hampton, mamá *acaba* de disparar con la pistola de tu padre. Cuando seas mayor te dejaré que dispares tú también.

«¡Qué magnífica embustera! —pensó Scarlett con admiración—. Yo no hubiera podido discurrirlo con tanta rapidez. Pero ¿para qué mentir? Tendrán que saber lo que he hecho.»

Volvió a mirar el cadáver, y ahora se vio acometida por una gran repugnancia, conforme se disipaba su furia y su miedo, y, en la reacción, le comenzaron a temblar las rodillas. Melanie se arrastró nuevamente a lo alto de la escalera y comenzó a bajarla, sujetándose al pasamanos, mordiéndose el pálido labio inferior.

—¡Vuélvete a la cama, tonta! ¡Te vas a matar! —gritó Scarlett. Pero la casi desnuda joven logró llegar trabajosamente hasta el vestíbulo.

—Scarlett —le dijo al oído—, debemos sacarlo de aquí y enterrarlo. Pudiera no estar solo, y si lo encuentran aquí... —Y, hablando, se apoyó en el brazo de Scarlett.

—Debe de haber venido solo —contestó ésta—. Desde la ventana de arriba no vi a nadie. Debía de ser un desertor.

—Aunque estuviese solo, nadie tiene que saber lo ocurrido. Los negros pueden irse de la lengua, y entonces vendrían y te llevarían. Scarlett hemos de ocultarlo antes de que esa gente venga del pantano.

Espoleado su ánimo por la febril voz de Melanie, Scarlett hizo un esfuerzo para pensar.

—Podemos enterrarlo en un rincón del jardín, bajo la parra; la tierra está todavía removida donde Pork cavó para sacar la barrica de whisky. Pero ¿cómo voy a llevarlo hasta allí?

—Tiraremos cada una de una pierna y lo arrastraremos —dijo Melanie con firmeza.

En contra de su voluntad, la admiración de Scarlett se acrecentó.

—Tú no podrías arrastrar ni a una gata. Yo lo arrastraré —dijo con rudeza—. Tú te vuelves a la cama. Te vas a matar. Y no intentes ayudarme o te llevo arriba a la fuerza yo misma.

En la pálida fisonomía de Melanie se dibujó una sonrisa de dulce comprensión.

—Eres muy buena —dijo. Y sus labios rozaron suavemente la mejilla de Scarlett. Antes de que ésta pudiera recobrarse de su sorpresa, Melanie continuó—: Si tú puedes arrastrarlo hasta fuera, yo limpiaré... lo que éste ensució, antes de que esa gente vuelva. Y, Scarlett...

—¿Qué?

—¿Crees que sería deshonesto registrar su mochila? Podría llevar algo que comer.

—Ciertamente —admitió Scarlett, algo enojada porque a ella no se le había ocurrido tal idea—. Tú le miras la mochila y yo le registraré los bolsillos.

Se agachó hacia el cadáver y, con repugnancia, acabó de desabrocharle la guerrera y

comenzó a hurgar en todos los bolsillos.

—¡Dios mío! —prorrumpió, sacando una abultada cartera envuelta en un trapo—. Melanie... Melly... ¡Me parece que está llena de dinero!

Melanie no contestó, pero se sentó bruscamente en el suelo, apoyándose contra la pared.

—Mira tú —dijo con voz entrecortada—. Me siento un poco débil.

Scarlett tiró del trapo con manos temblorosas y abrió los costados de piel.

—¡Mira, Melanie...! ¡Por favor, mira!

Melanie miró, y sus ojos se dilataron. Desordenadamente mezclados, había allí un montón de billetes de verde reverso, billetes de Estados Unidos con billetes confederados y, brillando entre ellos, una moneda de oro de diez dólares y dos de cinco dólares.

—No te detengas a contar ahora —dijo Melanie cuando Scarlett comenzó a hojear los billetes—. No tenemos tiempo...

—¿Te haces cargo, Melanie, de que este dinero significa que podremos comer?

—Sí, sí, querida, lo sé. Pero no tenemos tiempo ahora. Tú mira en los demás bolsillos y yo miraré en la mochila.

A Scarlett le costaba trabajo soltar la cartera. Brillantes perspectivas se ofrecían ante su vista: ¡dinero, el caballo yanqui, víveres! Había un Dios, al fin y al cabo, y Él se encargaba de proveer para todos, aunque recurriera a medios algo extraños. Se sentó en cuclillas y contempló fijamente la cartera, sonriente. ¡Alimento! Melanie se la arrancó de las manos.

—¡Date prisa! —le urgió.

Nada salió de los bolsillos del pantalón, a no ser un cabo de vela, un cortaplumas, un trozo de tabaco prensado y un poco de cordel. Melanie sacó de la mochila un pequeño paquete de café, que olfateó con deleite como si fuese el más aromático de los perfumes, galleta seca y, lo que cambió la expresión de su rostro, la miniatura de una niña en un marco de oro adornado con perlitas, un imperdible de granates, dos anchos brazaletes de oro con pequeñas cadenitas colgantes, un dedal de oro, un brillante vasito para niño, de plata, una sortija con un brillante solitario y un par de pendientes de brillantes en forma de pera de más de un quilate cada uno.

—¡Era un ladrón! —dijo en voz baja Melanie, retirándose del inerte cuerpo—. Scarlett, todo esto debió de haberlo robado.

—Por supuesto. Y entró aquí con la intención de robarnos a nosotros también.

—Me alegro de que le hayas matado —dijo Melanie, con dura expresión en sus dulces ojos—. Pero, ahora, date prisa, querida, y sácalo de aquí.

Scarlett se inclinó, cogió al muerto por las botas y tiró de él. Repentinamente se hizo cargo de cuánto pesaba el hombre y cuan débil estaba ella. ¿Y si no pudiese moverlo? Dando la vuelta y colocando el cadáver tras de sí, cogió una pesada bota por debajo de cada brazo y se echó con todo su cuerpo hacia delante. Pudo moverlo y dio otro tirón. Su dolorido pie, olvidado por la excitación, le dio ahora una aguda punzada que le hizo rechinar los dientes y poner todo el esfuerzo impulsivo sobre el talón. Tirando y haciendo esfuerzos, con el sudor bañándole la cara, lo sacó hasta el vestíbulo de entrada, dejando a su paso un rastro sangriento.

—Si continúa sangrando por el patio no podremos ocultarlo dijo con voz entrecortada—. Déjame tu camisa, Melanie y le envolveré la cabeza.

La pálida faz de Melanie se volvió carmín.

—No seas tonta. ¡No voy a mirarte! —dijo Scarlett—. Si yo llevase enaguas o

pantalones, los usaría.

Acurrucándose contra la pared, Melanie se sacó por la *cabeza* la remendada camisa y silenciosamente se la arrojó a Scarlett, tapándose ella como pudo con los brazos.

«Gracias a Dios, yo no soy tan vergonzosa», pensó Scarlett, adivinando más que viendo la tortura de Melanie mientras ella envolvía con el harapiento lienzo la mutilada cabeza del muerto.

Con una serie de cojos tirones arrastró el cuerpo hacia el pórtico trasero, y deteniéndose para enjugarse el sudor de la frente con el dorso de la mano, volvió la cabeza para mirar a Melanie, que estaba sentada junto a la pared, hecha un ovillo, con las rodillas junto a los desnudos pechos. ¡Qué tonta era Melanie preocupándose del pudor en momentos como éstos!, pensó Scarlett con irritación. Era en parte su actitud exageradamente delicada lo que siempre había hecho que la despreciase. En seguida se avergonzó de ello. Después de todo, Melanie se había arrastrado desde la cama, a pesar de haber parido tan recientemente, y había acudido en su ayuda con un arma tan pesada que ni siquiera la podía levantar. Esto exigía valor, la clase de valentía que Scarlett era incapaz de tener, la bravura de fuerte y fino acero que había caracterizado a Melanie en la terrible noche en que cayó Atlanta y durante el largo viaje de regreso. Ese intangible y sereno valor que poseían todos los Wilkes era una cualidad de la que Scarlett carecía, pero a la que rendía involuntario tributo.

—Vuélvete a la cama —le dijo por encima del hombro—. Si no, te vas a matar. Ya limpiaré yo esto después de enterrarlo.

—Yo lo haré con una de las alfombras —dijo en voz baja Melanie, mirando el charco de sangre con angustiada expresión.

—Bueno; ¡si quieres matarte, no me importa! Si cualquiera de los de casa vuelve antes de que yo termine, rétenlo aquí y dile que el caballo se han presentado solo, sin que sepamos de dónde.

Melanie se sentó, temblando, a la luz del sol matutino, tapándose los oídos para no escuchar la serie de golpetazos que daba la cabeza del muerto contra los peldaños del pórtico.

Nadie preguntó de dónde venía el caballo. Era obvio que se había extraviado a raíz de la batalla reciente, y todos estaban encantados de tenerlo allí. El yanqui yacía en el foso profundo que Scarlett había cavado de mala manera bajo el emparrado. Las estacas que sostenían las ramas de la parra estaban podridas y aquella noche ella misma acabó de romperlas con el cuchillo de la cocina, hasta que se derrumbaron y la enmarañada masa de ramas se esparció sobre toda la tumba. Por supuesto, Scarlett nunca sugirió que se reemplazaran las estacas, y los negros no adivinaron la razón; o guardaron silencio.

Ningún fantasma se levantó de la improvisada fosa para atormentarla durante las largas noches en que yacía despierta en la cama, demasiado cansada para conciliar el sueño. Ningún sentimiento de horror o de remordimiento asaltó su memoria. Se maravillaba de que fuese así, sabiendo que tan sólo un mes antes hubiera sido incapaz de hacer lo que entonces había hecho. La señora Hamilton, joven y bonita, con sus hoyuelos en las mejillas y sus tintineantes pendientes y sus aires aniñados, ¡cómo hubiera podido convertir en pulpa de un tiro el rostro de un hombre y enterrarlo después en un hoyo abierto precipitadamente con las uñas! Scarlett exhibió una sarcàstica mueca al pensar en la consternación que tal idea produciría en cualquiera que la conociese de antes.

—No voy a pensar más en ello —decidió—. Ya está hecho, y yo hubiera sido una imbécil no matándolo. Me parece... me parece que debo haber cambiado un poco desde que

llegué a casa; de no ser así, jamás lo hubiera hecho.

No pensó en ello conscientemente, pero en el fondo de su mente, siempre que se veía enfrentada con una tarea desagradable y difícil, la idea asomaba y le devolvía su fortaleza: «He cometido un asesinato y, por lo tanto, puedo seguramente hacer esto.»

Había cambiado más de lo que se figuraba, y la dura corteza que había comenzado a formarse alrededor de su corazón mientras yacía en el huerto de los esclavos en Doce Robles se iba espesando lentamente.

Ahora que tenía un caballo, Scarlett podía averiguar por sí misma lo que había ocurrido a sus vecinos. Desde su regreso, se había preguntado con desesperación más de una vez: «¿Seremos nosotros las únicas personas que quedan en el condado? ¿Habrá dispersado el incendio a todos los demás? ¿Habrán ido todos a refugiarse en Macón?» Con el recuerdo de las ruinas de Doce Robles, de la finca de los Macintosh y de la casucha de los Slattery, todavía tan frescos en su mente, casi temía averiguar la verdad. Pero era mejor saber las cosas que quedarse en la duda. Decidió, pues, cabalgar hasta la casa de los Fontaine, primero, no sólo porque eran los vecinos más próximos, sino porque podía estar allí el viejo doctor Fontaine. Melanie necesitaba un médico. No se reponía como debiera y a Scarlett le asustaba su palidez y su debilidad.

En consecuencia, el primer día en que su pie estuvo ya lo suficientemente curado para soportar el zapato, montó el caballo del yanqui. Con un pie metido en el estribo acortado y la otra pierna encogida sobre el pomo de la silla, como sí fuese una silla de señora, arrancó a campo traviesa hacia Mimosa, preparada para encontrarlo todo quemado.

Con sorpresa y placer vio la desteñida casa de estuco amarillo que se erguía entre las mimosas, sin cambio alguno aparente. Un sentimiento cálido de felicidad, de una felicidad que casi le arrancó las lágrimas, inundó su ser cuando las tres mujeres de la familia Fontaine salieron a recibirla con besos y gritos de júbilo.

Pero, cuando terminaron las primeras exclamaciones de cariñosa bienvenida, y todas se apiñaron en el comedor para sentarse, Scarlett experimentó una sensación de frío. Los yanquis no habían llegado a Mimosa porque estaba algo lejos de la carretera principal. Por lo tanto, los Fontaine conservaban aún su ganado y sus provisiones, pero en Mimosa reinaba el mismo silencio que en Tara y sobre toda la comarca. Todos los esclavos, excepto cuatro sirvientes de la casa, habían huido, asustados por la llegada de los yanquis. No había un solo hombre en la finca, a menos que se considerase como tal al niñito de Sally, Joe, que apenas había dejado los pañales. Solas en el gran caserón estaba la abuela Fontaine, que pasaba de los setenta años; su nuera, que siempre sería conocida como la «Señoritita», aunque había cumplido los cincuenta; y Sally, que apenas llegaba a veinte. Estaban lejos de todos los vecinos y sin protección alguna, pero si tenían miedo no lo mostraban en sus caras. Probablemente, pensó Scarlett, porque Sally y la Señoritita temían demasiado a la abuela, frágil como la porcelana, pero todavía indomeñable, para atreverse a expresar sus temores. La misma Scarlett temía a la anciana, porque poseía vista de lince y lengua afiladísima, y ella había tenido ocasión de comprobarlo en otros tiempos.

Aunque no estaban unidas por lazos de sangre, existía un parentesco espiritual y de experiencias comunes que enlazaba a aquellas mujeres. Las tres llevaban luto, las tres estaban agotadas, tristes, preocupadas, amargadas por un dolor que no se traducía en quejas o palabras agrias, pero que, sin embargo, asomaba en sus sonrisas y sus frases de bienvenida. Era comprensible: sus esclavos habían escapado y su dinero nada valía; el marido de Sally, Joe, había muerto en Gettysburg y la Señoritita había quedado viuda también, porque el joven doctor Fontaine había muerto de disentería en Vicksburg. Los

otros dos hijos, Alex y Tony, andaban por Virginia, y nadie sabía si estaban vivos o muertos; y, en cuanto al viejo doctor Fontaine, se hallaba Dios sabe dónde, con la caballería del general Wheeler.

—Y ese viejo loco tiene setenta y tres años, aunque trate de parecer más joven, y tiene más dolores reumáticos que pulgas tiene un cerdo —decía la abuela Fontaine, orgullosa de su marido, con relucientes ojos que desmentían sus palabras de censura.

—¿Han tenido ustedes alguna noticia de lo que ha pasado en Atlanta? —preguntó Scarlett una vez que todo el mundo se hubo instalado confortablemente—. Nosotros, en Tara, estamos tan ansiosos...

—¡Dios mío! —dijo la anciana, apoderándose de la conversación como solía hacerlo—; estamos igual que tú. Sólo sabemos que Sherman tomó al fin la ciudad.

—La tomó al fin... ¿Qué hace ahora? ¿Dónde se combate ahora?

—¿Cómo quieres que tres mujeres solitarias, aisladas aquí en el campo, sepamos nada sobre la guerra, cuando hace semanas que no hemos leído ni una sola carta ni un periódico? —dijo la vieja dama con cierta sequedad—. Uno de nuestros negros habló con un negro que vio a otros que habían estado en Jonesboro, pero fuera de eso nada sabemos. Lo que decían era que los yanquis estaban instalados en Atlanta para dar descanso a sus hombres y a sus caballos, pero si esto es verdad o no tú podrás juzgarlo lo mismo que yo. Acaso necesitan reposo después de lo que les hicimos pelear.

—¡Pensar que has estado en Tara todo este tiempo y nosotras no lo sabíamos! —interrumpió la Señoritita—. ¡Oh, ahora me arrepiento de no haberme acercado hasta allí! ¡Pero ha habido tanto que hacer aquí, desde que se marcharon los negros, que yo no podía dejar esto! No obré como muy buena vecina. Claro que pensábamos que los yanquis habían quemado vuestra casa, lo mismo que habían quemado Doce Robles y la casa de los Macintosh, y que todos vosotros os habíais ido a Macón. Y nunca pensamos que tú pudieses estar en tu casa, Scarlett.

—¿Cómo íbamos a figurarnos otra cosa, cuando los negros del señor O'Hara llegaron aquí tan asustados que se les saltaban los ojos y nos dijeron que los yanquis iban a pegar fuego a Tara? —interrumpió a su vez la abuela.

—Y vimos que... —comenzó Sally.

—Estoy hablando yo, perdona —dijo la anciana brevemente—. Y dijeron que los yanquis habían acampado en derredor de Tara y que tu familia se disponía a marchar a Macón. Y después, esa misma noche, advertimos desde aquí el resplandor del incendio por la parte de Tara, y eso duró muchas horas, y espantó a nuestros imbéciles negros, y entonces se marcharon, ¿Qué es lo que se quemó?

—Todo nuestro algodón, por valor de ciento cincuenta mil dólares —replicó Scarlett con amargura.

—Da las gracias de que no fuera tu casa —dijo la abuela, apoyando la barbilla sobre el puño de su bastón—. Siempre puedes cultivar más algodón, pero no puedes cultivar una casa. Y a propósito, ¿has comenzado a recoger el algodón?

—No —dijo Scarlett—, y ahora casi todo está perdido. Me imagino que no quedarán más que unas tres balas utilizables, y eso allá, al pie del arroyo; pero ¿de qué nos van a servir? Todos nuestros peones del campo se han ido y no queda nadie para recoger la cosecha.

—¡Vaya, conque se marcharon todos los peones, se marcharon y no queda nadie para recogerlo! —exclamó la abuela, imitando el tono de voz de Scarlett y dirigiéndole una mirada satírica—. ¿Que les pasa a tus lindas patitas, niña, y a las de tus hermanas? —¿Yo

recogiendo algodón? —gritó Scarlett, horrorizada como si la abuela hubiese sugerido algún crimen nefando—. ¿Como un peón negro? ¿Como un pordiosero blanco? ¿Como las mujeres de los Slattery?

—Pordioseros blancos, ¿eh? ¡Qué blanda y delicada se ha vuelto esta generación! Déjame que te diga, niña, que cuando yo era muy joven mi padre perdió todo su dinero, y a mí no me dio vergüenza trabajar honradamente con mis manos, incluso en el campo, hasta que mi padre tuvo bastante dinero para adquirir más esclavos. He cavado surcos para sembrar y he recogido algodón, y lo haría otra vez si fuese preciso. Y creo que tendré que hacerlo. ¡Conque pordioseros blancos!, ¿eh?

—¡Oh, mamá Fontaine! —exclamó su nuera, dirigiendo imploradoras miradas a las dos chicas, como suplicándoles que aplacasen a la septuagenaria dama—. De eso ya hace mucho tiempo, eran días muy diferentes y todo ha cambiado.

—Las cosas no cambian nunca cuando hay necesidad de trabajar honradamente —manifestó la soliviantada señora, que no estaba dispuesta a calmarse—. Lo siento por tu madre, Scarlett, cuando te oigo decir que el trabajo convierte en pordioseros blancos a las personas decentes. Cuando Adán cavaba y Eva hilaba...

Para cambiar de tema, Scarlett preguntó precipitadamente: —¿Y qué se sabe de los Tarleton y de los Calvert? ¿Les incendiaron también la casa? ¿Pudieron refugiarse en Macón?

—Los yanquis no llegaron hasta donde viven los Tarleton. Están fuera de la carretera central, lo mismo que nosotras, pero sí llegaron a casa de los Calvert y les robaron todo el ganado y todas las aves y obligaron a todos los negros a que se fuesen con ellos... —comenzó a decir Sally.

La abuela la interrumpió:

—¡Claro! Prometieron a todas las hembras negras trajes de seda y pendientes de oro. Eso fue lo que hicieron. Y Cathleen Calvert dijo que algunos de los soldados se llevaron a las negras sentadas a la grupa de sus caballos. Bueno, lo único que resultará serán chiquillos color de café con leche, y no creo que la sangre yanqui pueda mejorar la raza negra.

—¡Oh, mamá Fontaine!

—No pongas esa cara, Jane. Todas somos mujeres casadas, ¿no? Y, bien sabe Dios, hemos visto bebés mulatos antes de ahora. —¿Cómo no quemaron la casa de los Calvert? —Se salvó la casa gracias a las súplicas combinadas de la segunda señora Calvert y de Hilton, ese capataz yanqui —dijo la anciana, que siempre se refería a la ex institutriz como la «segunda señora Calvert», aunque la primera señora Calvert había muerto treinta años antes—. «Somos fieles y sinceros simpatizantes de la Unión» —continuó la vieja, tratando de hacer una parodia y pronunciando la frase a través de su larga y delgada nariz—. Cathleen aseguró que ambos habían jurado y perjurado que toda la casa de los Calvert era yanqui. ¡Y pensar que el señor Calvert murió en el «Wilderness»! ¡Y Raiford en Gettysburg, y Cade en Virginia con el ejército! Cathleen se sintió tan humillada que dijo que hubiera preferido que quemasen la casa. Agregó que Cade reventaría de rabia cuando regresara y se enterara de ello. Pero éste es el resultado de que un hombre se case con una yanqui... No tienen orgullo ni decencia, no piensan más que en su pellejo... Pero ¿cómo fue que no quemaron Tara, Scarlett?

Scarlett hizo una pausa antes de contestar. Sabía que la pregunta siguiente habría de ser: «¿Y cómo están todos los de tu casa? ¿Y cómo está tu querida madre?» Sabía que no podía decirles que Ellen estaba muerta. Sabía que si pronunciaba esas palabras estallaría en

un mar de lágrimas y lloraría hasta ponerse enferma. No había llorado de veras desde que regresara a su hogar, y estaba segura de que, tan pronto como abriese las compuertas del llanto, todo aquel valor tan celosamente conservado desaparecería en la corriente. Pero sabía también, mirando con confusión las amistosas fisonomías que tenía a su alrededor, que si ocultaba la noticia del fallecimiento de Ellen jamás se lo perdonarían. La abuela, en particular, sentía gran afecto hacia Ellen, y eso que había poquísimas personas en el condado que a ella le importasen algo.

—Vamos, habla —dijo la abuela, con mirada penetrante—. ¿No sabes hablar, niña?

—Bueno, verán. Yo no llegué a casa hasta el día después de la batalla —contestó Scarlett precipitadamente—. Los yanquis ya se habían ido entonces. Papá... Papá me dijo que... que los yanquis no habían incendiado la casa porque Suellen y Carreen estaban tan enfermas con el tifus que no había medio de transportarlas.

—Es la primera vez que oigo que un yanqui hace algo decente —dijo la abuela, como sintiendo tener que oír algo favorable respecto a los invasores—. ¿Y cómo están ahora las pequeñas?

—¡Oh, están mejor, mucho mejor, casi bien, pero muy débiles! —contestó Scarlett.

En seguida, viendo que la pregunta que ella más temía se dibujaba en los labios de la vieja, buscó aceleradamente algún otro tema de conversación.

—¿No... no podrían prestarnos algo de comida? Los yanquis nos limpiaron, como una plaga de langosta. Pero si también andan ustedes mal de comida, me lo dicen francamente y...

—Envíanos a Pork con su carro y te daremos la mitad de lo que tenemos: arroz, harina, jamón, algunos pollos... —dijo la vieja dama, dirigiendo a Scarlett una mirada penetrante. —¡Oh, eso es mucho! Realmente, yo...

—Ni una palabra. No quiero ni escucharte. ¿Para qué están los vecinos?

—Son ustedes tan buenos que no puedo... Pero tengo que marcharme ya. En casa estarán inquietos por mí.

La abuela se levantó rápida y cogió a Scarlett por el brazo. —Vosotras dos quedaos aquí —ordenó, empujando a Scarlett hacia el pórtico de atrás—. Tengo que hablar dos palabras en privado con esta niña. Ayúdame a bajar, Scarlett.

La Señoritita y Sally le dijeron adiós y prometieron ir a visitarlos muy pronto. Estaban devoradas por la curiosidad de saber qué era lo que la abuela tenía que decir a Scarlett; pero, a menos que ésta quisiese contárselo, no iban a enterarse. Las viejas eran difíciles de convencer. La Señoritita cuchicheó algo al oído de Sally mientras reanudaban su labor de costura.

Scarlett permaneció junto a su caballo, con la brida en la mano, sintiendo el corazón oprimido.

—Ahora, vamos a ver —dijo la abuela mirándola a los ojos—. ¿Qué pasa en Tara? ¿Qué es lo que no nos has contado?

Scarlett levantó la vista hacia aquellos ojos intensos y comprendió que podía decir la verdad sin llorar. Nadie se atrevía a llorar delante de la abuela Fontaine sin su permiso.

—Mamá ha muerto —dijo sencillamente.

La mano que se apoyaba en su brazo se lo apretó hasta hacerle daño, y los arrugados párpados que enmarcaban los amarillentos ojos se agitaron convulsivamente. —¿La mataron los yanquis?

—Murió de tifus. Murió... el día antes de volver yo. —¡No me digas más! —exclamó la abuela severamente, y Scarlett notó como tragaba saliva—. ¿Y tu padre? —

Papá... Papá no es el mismo. —¿Qué quieres decir? Habla. ¿Está enfermo? —La emoción... Se ha vuelto muy extraño. No es... —¡No me digas que no es el mismo! ¿Tiene perturbado el cerebro? Era casi un alivio oír la verdad expresada tan abiertamente. Por fortuna, la anciana no pronunció palabras de consuelo, que hubieran provocado el llanto de Scarlett.

—Sí —contestó suavemente—. Ha perdido la cabeza. Obra como si estuviese aturdido, y a veces no parece ni recordar que mamá ha muerto. ¡Oh, señora, se me parte el corazón al verle sentado hora tras hora, aguardándola con tanta paciencia, él, que era más impaciente que un niño! Pero es todavía peor cuando se acuerda de que ha muerto. De vez en cuando, después de haber permanecido inmóvil aguzando el oído para escuchar sus pasos, salta del asiento de pronto y marcha a tropezones hasta el lugar en donde está la tumba. Y cuando regresa casi arrastrándose, con la cara bañada en lágrimas, me dice y me repite hasta que yo he de hacer un esfuerzo para no ponerme a gritar: «Katie Scarlett, la señora O'Hara ha muerto. Tu madre ha muerto»; y eso es tan terrible para mí como cuando se lo oí decir por primera vez. Y otras veces, ya muy entrada la noche, oigo cómo la llama, y tengo que saltar de la cama y decirle que mamá ha ido a los pabellones para visitar a un negrito enfermo. Y él no quiere que ella se canse tanto haciendo de enfermera de los demás. ¡Y es tan difícil hacer que se acueste otra vez! Es como un niño pequeño. ¡Oh, cómo quisiera que el doctor Fontaine estuviese aquí! ¡Sé que seguramente haría algo por papá! Y Melanie también necesita un médico. No se repone del parto tan pronto como debiera...

—¿Cómo? ¿Melly tiene un nene? ¿Y está contigo?

—Sí.

—¿Qué hace Melly contigo? ¿Por qué no está en Macón con su tía y sus parientes? Me parece que tú no la querías muy bien, niña, a pesar de ser hermana de Charles. Dime, pues, ¿cómo es que se ha reunido con vosotros?

—Es una larga historia, señora. ¿No quiere usted volver a la casa y sentarse?

—No me canso de pie —dijo la abuela secamente—. Y si cuentas delante de las otras lo que ha pasado, comenzarán a lloriquear y a hacer que sientas más tus penas. Conque, vamos, cuenta.

Scarlett comenzó entre balbuceos a relatar el sitio de la ciudad y el estado de Melanie; pero, conforme adelantaba la historia y sentía sobre sí los ojos de la anciana, que disminuían la intensidad de su mirada, fue encontrando palabras, palabras de vigor y de horror. Todo volvió a su mente: el calor sofocante del día en que nació el niño, la agonía de su temor, la huida, el abandono de Rhett. Habló de la salvaje oscuridad de la noche, de las llameantes hogueras en el campo, que lo mismo podían ser de amigos que de enemigos; de las desnudas chimeneas que se levantaban ante sus ojos al sol matutino, de los cadáveres de hombres y de caballos sembrados a lo largo de la carretera, del hambre que pasaron, de su desolación, del temor de que Tara estuviese quemada.

—Yo creía que, si podía llegar hasta casa y hasta mi madre, ella lo arreglaría todo, y yo podría soltar mi pesada carga. Yendo hacia casa, me parecía que lo peor ya había pasado; pero cuando supe que ella había muerto comprendí que esto era lo peor que podía ocurrirme. Bajó la vista y aguardó a que la abuela hablase. Tan prolongado fue el silencio que no sabía si la abuela se había hecho cargo de su desesperada situación. Finalmente, la cascada voz se dejó oír, pero con tonos amables, los más amables que Scarlett jamás le oyera emplear al hablar con nadie.

—Niña, mala cosa es para una mujer tener que soportar lo peor, porque cuando le ha ocurrido lo peor ya no puede temer nunca nada. Y es muy malo para una mujer no tener miedo a algo. Tú crees que no he entendido bien lo que me has contado..., lo que has

pasado. Bueno, pues lo he comprendido muy bien. Cuando yo tenía aproximadamente tu edad, me encontré en la sublevación de los indios creek, después de la matanza del Fort Mims —explicó con voz lejana—. Sí, tenía casi tu edad, porque esto debió de ocurrir hace cerca de cincuenta años. Y me las arreglé para esconderme entre las malezas bien escondida y vi quemar nuestra casa y vi cómo los indios arrancaban el cuero cabelludo a mis hermanos y hermanas. Y yo no podía hacer más que permanecer quieta allí y rezar para que el resplandor de las llamas no delatase mi presencia. Y sacaron a mi madre a rastras y la mataron, a unos veinte pasos de donde yo estaba. Y también le arrancaron el cuero cabelludo. Y con frecuencia volvía un indio cualquiera para hundir su hacha en el cráneo de ella otra vez... Yo, yo que era la favorita de mi madre, tuve que permanecer quieta y presenciar todo eso. Y por la mañana marché hacia el primer poblado, que estaba a casi cincuenta kilómetros de distancia. Necesité tres días para llegar allí, a través de los pantanos y eludiendo a los indios, y cuando llegué creyeron que iba a perder el juicio... Allí fue donde conocí al doctor Fontaine. Él me cuidó... ¡Oh, eso pasó hace cincuenta años, y desde entonces no he tenido miedo ni a nada ni a nadie, porque ya conocía lo peor que podía pasarme! Y esta ausencia de miedo me ha metido en no pocas dificultades y me ha costado buena parte de mi felicidad. Dios quiso que las mujeres fuesen criaturas tímidas y asustadizas, y hay algo antinatural en una mujer que no siente el miedo... Scarlett, procura tener siempre algo que te infunda miedo... lo mismo que te debe quedar siempre algo que amar...

Su voz se fue apagando, y al fin permaneció quieta, con ojos que contemplaban una visión retrospectiva de medio siglo atrás hasta el día en que ella aún sentía miedo. Scarlett se agitaba impaciente. Había creído que la abuela comprendería sus problemas, y acaso le ayudaría a resolverlos. Pero, como les pasa a todas las personas viejas, le había dado por hablar de cosas acaecidas antes de que los demás hubiesen nacido siquiera, cosas que no interesaban a nadie. Scarlett se arrepintió de haberse confiado a ella.

—Bueno, vuélvete a casa, chiquilla; ya estarán inquietos por ti —dijo la anciana de pronto—. Envíame a Pork con el carro esta tarde... Y no creas que vas a poder soltar la carga. Nunca. No podrás. Lo sé yo.

El veranillo de San Martín se prolongó aquel año hasta entrado noviembre, y sus días soleados y claros eran días magníficos para los que vivían en Tara. Lo peor había pasado. Ahora tenían un caballo y podían cabalgar en vez de ir a pie. Comían huevos fritos para el desayuno y jamón frito para la cena, variando así la monotonía de los ñames, cacahuetes y manzanas secas y, en una ocasión especial, incluso pollo asado. Se capturó finalmente a la vieja cerda, y ésta y su prole hociqueaban y gruñían debajo de la casa, en donde tenían la porquera. A veces emitían tales gruñidos que no dejaban ni hablar; pero era un sonido agradable para todos. Significaba cerdo fresco para las personas de raza blanca y mondongo para los negros, cuando hiciese frío y llegase la época de la matanza, y esto implicaba alimento para todos durante el invierno.

La visita de Scarlett a los Fontaine le había dado más ánimos de lo que ella se figuraba. Tan sólo el saber que tenía vecinos, que algunos amigos de la familia y algunas cosas habían sobrevivido, disipó la sensación de hallarse sola y perdida, que tanto la oprimiera durante las primeras semanas en Tara. Y los Fontaine y los Tarleton, cuyas plantaciones habían quedado fuera del camino de las tropas, se mostraron sumamente generosos en compartir con ella lo poco que tenían. Era tradición del condado que todo vecino ayudase a sus vecinos, y rehusaron aceptar ni un centavo de Scarlett, diciéndole que ella hubiera hecho otro tanto y que podría pagarles devolviendo los mismos artículos o sus

equivalentes el año siguiente, cuando Tara produjese otra vez.

Scarlett tenía ahora víveres para la familia y criados, tenía caballo, tenía el dinero y las joyas cogidas al desertor yanqui, y su más urgente necesidad era la ropa. Sabía que era arriesgado enviar a Pork hacia el Sur para comprarla, ya que tanto los yanquis como los confederados podían apoderarse del caballo. Pero, por lo menos, poseía el dinero para comprar las ropas, carros y caballos para la expedición y quizá Pork pudiese hacer el viaje sin que lo capturasen. Sí; lo peor había pasado.

Todas las mañanas al despertarse, Scarlett daba gracias a Dios por aquel cielo azul pálido y por aquel sol reconfortante, porque cada día de buen tiempo aplazaba el inevitable momento de necesitar ropas de abrigo. Y cada día templado permitía acumular más y más algodón en las vacías cabanas de los esclavos, único lugar que quedaba en la plantación para poder almacenarlo. En los campos había algo más de algodón de lo que tanto ella como Pork habían calculado. Probablemente llegaba a cuatro balas, y pronto las cabanas estarían todas llenas.

Scarlett no se había propuesto recoger ella misma el algodón, ni aun después de la punzante observación de la abuela Fontaine. Era absurdo que ella, una O'Hara, ahora ama y señora de Tara, trabajase en los campos. Ello la rebajaría al nivel de los Slattery y de Emmie, con sus sucias pelambreras. Se proponía ordenar que los negros hiciesen la labor campestre mientras ella y las niñas convalecientes atendían la casa; pero tropezó con un prejuicio de casta aún más fuerte que el suyo. Pork, Mamita y Prissy pusieron el grito en el cielo ante la mera idea de trabajar en el campo. Repetían que ellos eran criados domésticos, no peones agrícolas. Mamita, en especial, declaró vehemente que ella jamás había sido una negra de campo. Había nacido dentro de la gran casa de los Robillard, no en las cabanas exteriores, y había crecido en el dormitorio de la vieja Señorita, durmiendo sobre un jergón a los pies de su cama. Sólo Dilcey callaba y miraba a Prissy con una mirada tan fija que la ponía nerviosa.

Scarlett se negó a escuchar tales protestas y los llevó a todos en el carro hasta el sembrado de algodón. Pero Mamita y Pork trabajaban tan lentamente y se lamentaban tanto, que Scarlett envió a Mamita otra vez a la cocina, y a Pork al bosque y al río con lazos para cazar conejos y otros animalillos, y con cañas de pescar. Recoger el algodón era algo ofensivo para la dignidad de Pork, pero cazar y pescar no lo era. Después trató de trabajar con sus hermanas y con Melanie en el campo, pero tampoco dio resultado. Melanie estuvo arrancando algodón con precisión, rapidez y excelente voluntad durante una hora, bajo el sol que abrasaba; pero se desmayó silenciosamente y tuvo que permanecer luego en cama durante una semana. Suellen, reacia y llorosa, fingió perder el conocimiento también; pero se recobró, bufando como un gato enfurecido, cuando Scarlett derramó sobre su cara una calabaza llena de agua. Finalmente, se negó rotundamente a continuar. —¡No quiero trabajar en el campo como un negro! Tú no puedes obligarme. ¡Si nuestros amigos se enterasen! ¡Oh, si el señor Kennedy se enterase! ¡Oh, si la pobre mamá viese esto...!

—Si vuelves a mencionar el nombre de mamá una vez más, Suellen O'Hara, te doy un par de bofetones —gritó Scarlett—. Mamá trabajaba más en la finca que cualquier negro, y tú lo sabes bien, señorita Remilgos.

—¡No es verdad! Por lo menos, no trabajaba en el campo. Se lo voy a decir a papá, y él no me obligará a trabajar.

—¡Ni se te ocurra molestar a papá con nuestros problemas! —le gritó Scarlett, indignada con su hermana y temerosa de Gerald.

—Yo te ayudaré, hermanita —intervino dócilmente Carreen—.

Trabajaré por Suellen y por mí. Ella no se encuentra bien todavía y no debe estar mucho rato al sol.

Scarlett le dijo con gratitud: «Gracias, preciosa», pero miró preocupada a su hermana menor. Carreen, que siempre había tenido un color blanco y rosado, como los pétalos que el viento primaveral esparce por los huertos, no tenía ya esos tonos de rosa; pero su carita dulce y pensativa todavía conservaba algo de la fragilidad y suavidad de un pétalo de cerezo o de almendro. Parecía silenciosa, algo deslumbrada, desde que había vuelto a la vida y se había encontrado con que su madre ya no vivía, con Scarlett hecha un tirano, con el mundo cambiado, un mundo en el que la orden del día era trabajar incesantemente. La delicada naturaleza de Carreen no podía ajustarse fácilmente al cambio. No podía comprender todo lo acaecido y daba vueltas por Tara como una sonámbula, haciendo exactamente lo que le decían. Parecía muy débil y lo era; pero mostraba buena voluntad, era sumisa y complaciente. Cuando no tenía órdenes de Scarlett que cumplir, llevaba en la mano un rosario, y sus labios se movían rezando por su madre y por Brent Tarleton.

Jamás pudo ocurrírsele a Scarlett que Carreen había tomado la muerte de Brent tan en serio y que su pena no se había curado. Para Scarlett, Carreen era todavía la «hermanita pequeña», demasiado joven para haber sentido un amor realmente serio.

Scarlett, de pie y al sol entre las hileras de algodóneros, con los riñones doloridos por el continuo encorvamiento y las manos ásperas y rugosas por el contacto con las cápsulas secas, pensaba que lo deseable hubiera sido tener una hermana que combinase la energía y la fuerza de Suellen con las sumisas inclinaciones de Carreen. Porque Carreen recogía el algodón con diligencia y buen deseo. Pero, después de haber trabajado durante una hora, se hizo evidente que era ella y no Suellen, la que todavía no estaba suficientemente restablecida para ese trabajo. Por lo tanto, la hizo volver a las labores caseras.

Sólo quedaban ahora con ella, entre las largas hileras de plantas, Dilcey y Prissy. Prissy recogía el algodón perezosa y espasmódicamente, quejándose de los ríñones, de los pies, de sus miserias internas, de su fatiga, hasta que su madre cogió un tronco de algodónero y la zurró a pesar de sus chillidos. Después de esto trabajó algo más, pero procurando siempre permanecer lejos del alcance de su madre.

Dilcey trabajaba sin descanso, como una máquina, y Scarlett con los ríñones doloridos y el hombro desollado por el peso del saco en que metía el algodón recogido, pensó que Dilcey valía su peso en oro.

—Dilcey —le dijo—, cuando vuelvan los buenos tiempos no olvidaré cómo te has portado. Has sido muy buena.

La gigante de bronce no sonrió amablemente ni hizo los gestos propios de los negros cuando se los alaba. Volvió hacia Scarlett su rostro inmutable y contestó con dignidad:

—Gracias, señora. Pero el señor Gerald y la señora Ellen fueron buenos conmigo. El señor Gerald compró a mi Prissy para que yo no sufriese, y no lo he olvidado. Yo soy india en parte, y los indios no olvidan a los que son buenos con ellos. Perdone lo de Prissy. No sirve para nada. No es más que una negra cualquiera, como su padre. Su padre tampoco vale gran cosa.

A pesar del problema de Scarlett para conseguir ayuda de los demás para la recolección, y a pesar del cansancio de tener que hacer el trabajo ella misma, el ánimo se le levantó conforme el algodón iba pasando de los campos a las cabanas. Había en el algodón

algo que tranquilizaba y fortalecía. Tara había prosperado con el algodón, lo mismo que todo el Sur, y Scarlett, nacida en el Sur, no podía por menos de tener fe en que tanto Tara como el Sur resurgirían de entre los rojizos campos. Por supuesto, todo ese algodón que había recogido no era mucho, pero era algo. Le valía algo en dinero confederado, y ese poco le permitiría economizar los billetes verdes y el oro de la cartera del yanqui hasta que fuese imprescindible gastarlos.

En primavera intentaría que el Gobierno confederado devolviese a Big Sam y a todos los demás peones del campo que les habían requisado; y si el Gobierno no quería dárselos, emplearía el dinero alquilando peones a los vecinos. En la primavera siguiente plantaría y plantaría... Incorporó su fatigada espalda y, mirando los parduscos campos otoñales, vio la cosecha del año siguiente, espesa y verdeante: una hectárea, y otra, y otra.

¡La primavera siguiente! Acaso para entonces habría terminado la guerra y volverían los buenos tiempos. Y, tanto si la Confederación perdía como si ganaba, los tiempos serían mejores. Cualquier cosa era preferible al constante peligro de las incursiones de ambos ejércitos. Cuando terminara la guerra, una plantación podría subsistir honradamente.

¡Oh, si la guerra terminara! ¡Entonces la gente podría ya plantar patatas con alguna seguridad de recogerlas!

Ahora había esperanzas. La guerra no podía durar siempre. Ella tenía ya su poquito de algodón, tenía víveres, tenía un caballo, tenía un escaso pero atesorado capital en dinero. ¡Sí, lo peor se había pasado!

27

Un mediodía, hacia mediados de noviembre, todos se hallaban sentados en grupo alrededor de la mesa comiendo los últimos restos del postre confeccionado por Mamita con harina de maíz y arándanos secos y endulzado con sorgo. Se notaba fresquillo en el aire, el primer frío del año, y Pork, que permanecía de pie tras la silla de Scarlett, se frotó las manos con anticipado deleite y preguntó:

—¿No sería ya tiempo de matar los cerdos, señora Scarlett?

—Ya te estás relamiendo con el mondongo, ¿verdad? —respondió ella riéndose—. Bueno, creo que también a mí me apetecería el cerdo, y si el tiempo se sostiene por unos días...

Melanie interrumpió con la cuchara en los labios:

—¿No oyes, querida? ¡Alguien se acerca!

—Alguien que grita —añadió Pork con inquietud.

En el seco y transparente aire otoñal, el ruido de cascos de caballo, que martilleaba con veloz ritmo, se oyó junto con una chillona voz de mujer que gritaba:

—¡ Scarlett! ¡Scarlett!

Las miradas de todos se cruzaron por un segundo alrededor de la mesa antes de que se echasen para atrás las sillas y todo el mundo se pusiese en pie de un salto. A pesar de que el miedo la hacía chillona y estridente, todos reconocieron la voz de Sally Fontaine, que sólo una hora antes se había detenido en Tara, camino de Jonesboro en una breve visita. Ahora, cuando todos se lanzaron confusamente hacia la puerta principal, la vieron llegar con la velocidad del viento sobre un caballo espumeante, con el pelo suelto y flotando a modo de cola y el sombrero colgando de las cintas. No recogió las riendas mientras galopaba como una loca hacia ellos, y sólo agitó el brazo hacia atrás, señalando la dirección en que venía.

—¡Vienen los yanquis! ¡Los he visto! ¡Por la carretera! ¡Los yanquis...!

Oprimió cruelmente el bocado sobre la boca de su montura, para evitar que el animal subiese al galope los peldaños delanteros de la casa. Describió un agudo ángulo, franqueó en tres saltos el césped de frente a la fachada y saltó por encima del metro y medio de altura que medían los arbustos que encuadraban el césped, como si estuviese participando en una cacería. Todos oyeron el pesado golpeteo de sus cascos conforme pasaba por el patio trasero y seguía por el angosto sendero entre las cabanas de los negros, y comprendieron que tomaba un atajo entre los campos hacia Mimosa.

Por un momento se quedaron paralizados, pero pronto Suellen y Carreen comenzaron a sollozar y a entrecruzar sus temblorosos dedos. El pequeño Wade, como si hubiese echado raíces, quedó quieto y temblando, sin fuerzas ni para gritar. Lo que él tanto temía desde Atlanta sucedía ahora. Los yanquis venían a robarlo.

—¿Yanquis? —dijo Gerald vagamente—. ¡Pero si los yanquis ya estuvieron aquí!

—¡Madre de Dios! —gritó Scarlett, y su mirada encontró los asustados ojos de Melanie.

Durante un fugaz momento pasaron por su memoria de nuevo los horrores de la última noche en Atlanta, las casas arruinadas que moteaban toda la región, todos los relatos de violaciones, tormentos y asesinatos que había oído. Vio otra vez al soldado yanqui en el vestíbulo, con el costurero de Ellen en la mano. Y pensó: «Moriré. Moriré aquí mismo. Creí que estas cosas habían terminado ya. Moriré. No puedo aguantar más.»

Pero luego sus ojos se detuvieron en el caballo, ensillado y sujeto al poste, que esperaba a Pork, para dar un recado a los Tarleton. ¡Su caballo! Los yanquis se quedarían con él, y con la vaca y la ternera. Y con la cerda y los cerditos —oh, cuántas penosas horas de búsqueda había costado esa cerda!— y las ágiles gallinas, y los patos que las Fontaine les habían regalado. Y los ñames y las manzanas en la despensa. Y la harina, y el arroz, y los guisantes secos. Y el dinero en la cartera del soldado yanqui. Ahora se apoderarían de todo lo que poseían y les dejarían morirse de hambre.

—¡No lo cogerán! —gritó en voz alta, y todos la miraron sobrecogidos, temiendo que su juicio se hubiese resentido ante tales noticias—. ¡No he de pasar hambre! ¡No me lo quitarán! —¿Qué te pasa, Scarlett? ¿Qué te pasa?

—¡El caballo! ¡La vaca! ¡Los cerdos...! ¡No los cogerán! ¡No les dejaré que me los quiten!

Se volvió rápidamente hacia los cuatro negros que se acurrucaban junto a la puerta, con caras que se habían vuelto de un color ceniciento.

—¡El pantano! —les dijo rápidamente.

—¿Qué pantano?

—¡El pantano junto al arroyo, estúpidos! Llevad los cerdos al pantano. ¡En seguida! Pork, tú y Prissy deslizaos por los bajos de la casa y sacad a los cerdos. Suellen, Carreen y tú, llevad los cestos con todos los víveres que podáis cargar y escondedlos por el bosquecillo. Mamita: mete la plata en el pozo otra vez. Y tú, Pork, escúchame. Pork, ¡no te quedes ahí pasmado! ¡Llévate a papá! No me preguntes adonde. ¡Adonde quieras! Papá, vete con Pork... Así me gusta, papá.

Aun en su frenesí, pensó en lo que la presencia de uniformes azules podía significar para el errático cerebro de Gerald. Se detuvo, retorciéndose las manos con desesperación, y los asustados sollozos de Wade, que se agarraba a la falda de Melanie, acrecentaron su pánico. —Y yo, ¿qué debo hacer? —preguntó Melanie, cuya voz permanecía tranquila entre los gemidos y lágrimas y precipitados pasos de los demás. Aunque su rostro estaba blanco como el papel y todo el cuerpo le temblaba, aquella imperturbabilidad de su voz dio fortaleza a Scarlett, demostrándole que todos confiaban en sus órdenes, en su guía y dirección.

—La vaca y la ternera —dijo sin vacilar— están pastando. Monta el caballo y condúcelas al pantano y allí...

Antes de que Scarlett pudiese terminar la frase, Melanie se liberó de los tirones de Wade y bajó la escalerilla delantera, corriendo hacia el caballo, levantándose las faldas para correr mejor. Scarlett apenas había podido distinguir las delgadas piernas y una ondulación de faldas y enaguas, cuando Melanie se hallaba ya montada, con los pies colgando muy por encima de los estribos. Recogió las riendas y batió los talones contra los costados del animal; pero, de pronto, contuvo bruscamente el caballo, con una contorsión de terror en el rostro.

—¡Mi hijo! —gritó—. ¡O mi hijo! ¡Los yanquis lo matarán! ¡Dámelo! Tenía ya la mano en la silla para apearse del caballo, pero Scarlett le vociferó:

—¡Sigue! ¡Sigue! ¡Llévate la vaca! ¡Yo me encargo del crío! ¡Vete, por favor! ¿Crees que iba yo a permitir que tocasen al hijo de Ashley? ¡Vete, vete!

Melanie miró hacia atrás con aire desesperado, pero al fin martilleó con sus tacones los flancos del animal, que, despidiendo arena con los cascos, arrancó sendero abajo, hacia los pastos.

Scarlett pensó: «Jamás pensé que vería a Melly Hamilton a horcajadas sobre un

caballo!», y volvió precipitadamente hacia la casa. Wade seguía lloriqueando, tratando de agarrarse a sus faldas. Al subir los escalones de tres en tres vio a Suellen y a Carreen con los canastos de madera en brazos, corriendo hacia la despensa, y a Pork, que tiraba no muy suavemente del brazo de Gerald, arrastrándole hacia el pórtico trasero.

Gerald murmuraba algo quejosamente y tiraba a su vez como un niño recalcitrante.

Desde el patio trasero, Scarlett oyó la voz estridente de Mamita: —¡Tú, Prissy! ¡Métete debajo de la cama y dame los marranillos! ¿No ves que soy demasiado grandota para meterme por el enrejado? Dilcey, ven aquí y haz que esta idiota...

«¡Y yo que creía que era tan buena idea meter los cerdos debajo de la casa, para que nadie los robase! —pensó Scarlett, corriendo hacia su cuarto—. ¡Oh! ¿Por qué no se me ocurrió construir una porquera en el pantano?»

Abrió de un tirón el cajón superior del pupitre y dio vueltas al envoltorio hasta tener en su mano la cartera del yanqui. Cogió precipitadamente la sortija con el solitario y los pendientes de brillantes de donde los había escondido en el costurerito y los metió en la cartera. Pero ¿dónde esconderlo? ¿En el jergón? ¿En la chimenea? ¿Echarlo al pozo? ¿Ocultarlo en su pecho? ¡No, allí menos que en ninguna parte! El bulto podía notarse, y si los yanquis se apercibían de él la desnudarían y la registrarían.

«¡Me moriría si lo hiciesen!», pensó con terror.

Abajo, había una confusión infernal de pies que corrían y voces que sollozaban. Aun en su frenesí, Scarlett deseaba que Melanie estuviese a su lado, aquella Melly de voz imperturbable, aquella Melly que tan valiente se mostrara el día en que ella mató de un tiro al yanqui. Melly valía por tres de los demás. Melly... ¿qué había dicho Melly? ¡Ay; sí, el crío!

Oprimiendo la cartera contra su seno, Scarlett atravesó el vestíbulo corriendo hacia la habitación en donde el pequeño Beau dormía en su cunita. Lo tomó en sus brazos, y el nene se despertó, agitando los diminutos puños y gimiendo sin saber por qué. Oyó gritar a Suellen:

—¡Anda, Carreen! ¡Anda! Ya tenemos bastante. ¡Date prisa, hermana, date prisa!

Se oyeron fuertes gruñidos, alaridos indignados en el patio trasero, y, mirando por la ventana, Scarlett vio a Mamita andando y meciendo las caderas a través de los campos de algodón, con un cerdito debajo de cada brazo. Detrás de ella iba Pork, llevando también dos cerditos y empujando ante él a Gerald. Y éste iba dando tropezones por los surcos, agitando su bastón.

Asomando el cuerpo afuera de la ventana, gritó: —¡Coge la cerda, Dilcey! ¡Que se la lleve Prissy! Dilcey levantó la cabeza, mostrando inquietud en su rostro de bronce. En el delantal llevaba un montón de cubiertos de plata. Señaló el sótano de la casa.

—La cerda ha mordido a Prissy y la ha acorralado debajo de la casa.

«¡La cerda sabe lo que se hace!», pensó Scarlett. Volvió precipitadamente a su habitación y a toda prisa sacó de su escondrijo los brazaletes, broche, miniatura y taza que había encontrado en el equipaje del muerto. Pero ¿dónde ocultarlos? Era difícil, llevando al bebé en una mano y la cartera de alhajas en la otra. Comenzó por tratar de poner al niño sobre la cama.

En cuanto lo soltó, el bebé se puso a llorar a grandes gritos, y esto le dio a ella una magnífica idea. ¿Qué mejor escondrijo podría encontrar que los pañales del nene? Le dio la vuelta rápidamente, abrió las ropas y metió la cartera entre los pañales, junto a uno de los costados de la criatura, que acentuó entonces los chillidos, mientras ella se apresuraba a ceñir fuertemente el paño triangular alrededor de aquellas piernecitas que pataleaban

furiosamente.

«Ahora —pensó, respirando profundamente—. Ahora, hacia el pantano.»

Agarrando a la llorosa criatura con un brazo y llevando las alhajas en la otra mano, echó a correr hacia el vestíbulo de la planta baja. De pronto se detuvo en su veloz marcha, temblándole de miedo las piernas. ¡Qué silenciosa estaba la casa! ¿Se habrían ido todos, dejándola sola? ¿Nadie la había aguardado? No había supuesto que la dejarían sola. En aquellos tiempos, cualquier cosa podía ocurrirle a una mujer enteramente sola, y si venían los yanquis...

Saltó al oír un ligero ruido y, volviéndose vivamente, vio a su olvidado hijito, hecho un ovillo junto al barandal de la escalera, con los ojos dilatados por el terror. Trató de decir algo, pero su garganta se movió sin producir el menor sonido.

—Levántate, Wade —le mandó brevemene, El niño corrió hacia ella, como un animalito asustado, y asiéndose a su amplia falda, sepultó el rostro entre sus pliegues. Scarlett sentía las manitas que trataban de agarrarse a sus piernas. Comenzó a bajar los escalones, pero sus movimientos se veían obstaculizados por los tirones de Wade, y entonces le dijo furiosamente—: Suéltame, Wade, ¡suéltame y camina! —Pero el chico todavía se agarró más a ella.

Al llegar al rellano de la escalera, toda la planta baja pareció levantarse ante sus ojos. Cada uno de los objetos, cada mueble, parecía cuchichearle: «¡Adiós! ¡Adiós!» Un sollozo obstruyó su garganta. Estaba abierta la puerta del despachito en el cual Ellen había trabajado con tanta diligencia, y podía ver un ángulo del viejo pupitre. Allí estaba también el comedor, con las sillas en desorden y la comida todavía en los platos. En el suelo quedaban las alfombras que Ellen había tejido con sus propias manos. Y quedaba el retrato de la abuela Robillard con los pechos medio descubiertos, el pelo recogido hacia arriba y las aletas de la nariz marcadas profundamente que parecían darle un aspecto de perpetua superioridad sobre el vulgo. Todo aquello que había formado parte integrante de sus recuerdos más lejanos, todo lo que estaba ligado a la más profundas raíces de su ser, parecía gritarle ahora: «¡Adiós! ¡Adiós, Scarlett O'Hara!»

¡Los yanquis lo quemarían todo... todo! Esta era la última mirada a su casa, la última mirada, exceptuando lo que aún pudiese ver de su exterior, desde el bosquecillo o el pantano, mientras las chimeneas quedaban envueltas en humo y el tejado se derrumbaba estrepitosamente entre las llamas.

«No puedo dejaros —pensó, en tanto que el miedo hacía castañetear sus dientes—. No puedo dejaros. Papá tampoco os dejaría. Les dijo la otra vez que tendrían que quemar el tejado encima de su cabeza. De modo que tendrán que quemaros también sobre la mía, porque yo tampoco puedo abandonaros. Sois lo único que me queda.»

Al tomar esta decisión, parte de su miedo se disipó y quedó sólo una emoción seca y concentrada en su pecho, como si el temor se le hubiese helado. Mientras estaba así, oyó por la avenida de entrada a la finca el ruido de numerosos cascos de caballos, el golpeteo de bocados, estribos y sables en sus vainas y una voz ronca que gritaba: «¡Pie a tierra!» Prestamente, se inclinó hacia el niñito, que seguía junto a ella, y su voz era apremiante, pero extrañamente afectuosa:

—¡Suéltame, Wade, anda, precioso! Baja la escalera corriendo y vete por el patio de atrás hacia el pantano. Mamita estará allí con la tía Melanie. Anda, corre, cariño mío, no tengas miedo.

Al percibir el cambio de tono, el chiquillo levantó la vista, y Scarlett se sintió acongojada por la expresión de sus infantiles ojos, que parecían los de un conejillo preso en

un lazo.

«¡Oh, Madre de Dios! —rogó con el pensamiento—. ¡Que no le dé ahora un ataque! No, delante de los yanquis no. Que no sepan que les tenemos miedo.» Y como quiera que el muchachito se agarraba a sus faldas todavía más desesperadamente, le dijo con voz clara:

—Pórtate como un hombrecito. ¡No son más que una cuadrilla de malditos yanquis! —Y bajó la escalera para afrontarlos.

Sherman cruzaba el Estado de Georgia, desde Atlanta hasta el mar. Tras de él quedaban las humeantes ruinas de Atlanta, a la que se había pegado fuego al abandonarla el ejército azul. Ante él se ofrecían casi quinientos kilómetros de territorio virtualmente indefenso, donde no se hallaban sino unos cuantos milicianos del Estado y los viejos y los chiquillos de la llamada Guardia Territorial.

Allí se le presentaba aquel fértil Estado, salpicado de plantaciones, en el que sólo quedaban mujeres, niños, ancianos y negros. En un radio de trece kilómetros de anchura, los yanquis avanzaban saqueando y quemando. Había centenares de casas ardiendo, centenares de casas que crujían bajo sus pies. Pero, para Scarlett, que contemplaba cómo los yanquis se volcaban sobre la parte delantera de la suya, no se trataba de una desgracia general. Era algo enteramente personal, una acción maligna dirigida solamente contra ella y contra su gente.

Se quedó al pie de la escalera, con el bebé en brazos. Wade se aferraba fuertemente a ella, con la cabecita oculta entre los frunces de su falda, mientras los yanquis invadían la casa, pasando sin miramientos por su lado y subiendo por la escalera, arrastrando muebles hacia la galería delantera, asestando cuchilladas y bayonetazos a todo mueble tapizado y registrando en búsqueda de tesoros ocultos. Arriba, se destripaban colchones y edredones de plumón hasta que la atmósfera del vestíbulo se llenó de plumas que fueron posándose lentamente por todas partes. La rabiosa impotencia apagó en ella el escaso temor que aún quedaba en su pecho mientras permanecía inerme viendo cómo los soldados saqueaban, robaban y destruían en derredor suyo.

El sargento que los mandaba era un hombrecillo canoso y con las piernas arqueadas, que dejaba ver en una mejilla el bulto del trozo de tabaco prensado que estaba masticando. Se aproximó a Scarlett antes que ninguno de sus hombres y, escupiendo groseramente al suelo y sobre las faldas de la joven, le dijo sin rodeos:

—Déme eso que tiene en la mano.

Ella se había olvidado de las cosas de valor que se proponía ocultar. Con una mueca tan sarcàstica y elocuente, según pensaba, como la que aparecía en el retrato de la abuela Robillard, tiró al suelo todo lo que tenía en la mano, y casi experimentó placer al ver cómo todos aquellos hombres se arrojaban al suelo.

—Dénos ahora la sortija y los pendientes.

Scarlett colocó al bebé con la cara hacia abajo, mientras el pobrecillo se ponía rojo de llorar, y se desprendió de los pendientes de granate, que fueron el regalo de boda de Gerald a Ellen. Después se quitó el solitario de zafiro que Charles le había dado como anillo de esponsales.

—No lo tire. Démelo a mí —ordenó el sargento, extendiendo la mano—. Esos bandidos ya cogieron bastante. ¿Tiene algo más?

Sus ojos examinaron las amplias faldas de la joven.

Por un momento Scarlett creyó perder el conocimiento, como si sintiese que unas manos rugosas se introducían por su escote y la manoseaban hasta las ligas.

—No tengo nada más, pero supongo que ustedes acostumbrarán a desnudar a sus

víctimas.

—¡Oh, creeremos lo que nos dice! —respondió el sargento con aire condescendiente, escupiendo un pardusco salivazo al alejarse.

Scarlett enderezó al chiquillo y trató de calmar su llanto, oprimiendo con una mano el sitio en donde había escondido la cartera entre los pañales, no sin dar gracias a Dios de que Melanie tuviera un hijo de mantillas.

Arriba se oía todavía el pisoteo de las pesadas botas soldadescas, el chirrido de los muebles que parecían protestar cuando se los arrastraba sin ceremonia por el suelo, el estrépito de las porcelanas y de los espejos al romperse, las maldiciones al ver que no aparecía nada de valor. En el patio se oían gritos: «¡No los dejéis pasar! ¡Que no se escapen!», y los desesperados graznidos de patos y gansos. Sintió una punzada en el corazón al oír un chillido de agonía, seguido inmediatamente por el estruendo de un disparo de pistola, y comprendió que habían matado a la vieja cerda. ¡Maldita Prissy! ¡Había huido sin llevársela! ¡Si siquiera los marranillos estuviesen a buen recaudo! Pero era imposible saberlo.

Permaneció quieta en el vestíbulo mientras la soldadesca rebullía en torno suyo, vociferando y renegando. Los deditos de Wade seguían fuertemente agarrados a su falda. Se apretaba tanto contra ella que Scarlett percibía el temblor del niño, pero no logró hablarle con cariño para tranquilizarlo. Tampoco pudo dirigir palabra a los yanquis, ni para protestar, ni para increparlos, ni para suplicarles. Sólo sabía dar mentalmente gracias a Dios de que sus rodillas pudieran sostenerla, de que su cuello tuviera todavía fuerzas para mantener la cabeza erguida. Pero cuando una cuadrilla de hombres barbudos bajaron dificultosamente la escalera cargados con toda clase de objetos que le robaban, vio la espada de Charles en mano de un soldado y lanzó un grito de cólera.

Aquella espada era ahora de Wade. Había sido del padre y del abuelo del niño y Scarlett se la había regalado a éste el día de su último cumpleaños. Incluso se celebró con esta ocasión una pequeña ceremonia familiar, y Melanie había llorado lágrimas de orgullo y de penosos recuerdos, y había besado al niño diciéndole que tenía que crecer para llegar a ser un militar tan valiente como su padre y su abuelo. Wade estaba muy orgulloso, y con frecuencia se subía a la mesa sobre la cual pendía el arma en la pared, para pasarle la manita por encima. Scarlett podía soportar que la despojasen a ella, que sus propios objetos saliesen de la casa en manos de sus odiados enemigos, pero esto no. Aquella espada era el orgullo de su hijito. Wade, mirando a hurtadillas bajo la protección de la falda materna, al oír el grito, recobró el valor y el habla y emitió un gran sollozo. Extendiendo una mano, chilló:

—¡Es mía!

—¡No os podéis llevar eso! —dijo brevemente Scarlett, levantando el brazo.

—Conque no puedo, ¿eh? —dijo el soldadito que la transportaba mirándola con insolente expresión—. Bueno, pues sí puedo: ¡es el arma de un rebelde!

—No, no lo es. Es una espada procedente de la guerra de México. No me la podéis quitar. Es de mi hijo. ¡Era de su abuelo! ¡Oh, capitán! —gritó, dirigiéndose al sargento—, ¡mándele que me la devuelva! El sargento, lisonjeado por el «ascenso», adelantó un paso. —Déjame ver esa arma, Bub —dijo. No de muy buen grado, el soldado se la entregó. —El puño es de oro de verdad —observó.

El sargento le dio vueltas en sus manos y puso la empuñadura a la luz para poder leer la inscripción allí grabada:

«Al coronel William R. Hamilton —fue descifrando—, sus oficiales. Por su valor.

Buena Vista, 1847.»

—¡Caramba, joven! —dijo—. Yo también estuve en Buena Vista. —¿De veras? —preguntó Scarlett muy fríamente. —¿Que si estuve? Se peleó de verdad allí, y puedo asegurarlo. Nunca he visto combates tan desesperados en esta guerra como los que vimos en México. ¿Así que esta espada era del abuelo de este mocosíllo? —Sí.

—Bueno, pues puede quedarse con ella —dijo el sargento, que ya estaba satisfecho con las alhajas y demás cosillas que había metido muy ataditas en un pañuelo.

—Pero ¡el puño es de oro bueno! —insistió el soldado. —No importa, se lo dejaremos como recuerdo —dijo el sargento, sonriendo.

Scarlett cogió la espada, sin dar las gracias siquiera. ¿Por qué agradecer a aquellos bandidos que le devolviesen algo que era suyo? Apretó el arma contra su cuerpo mientras el soldado discutía y argumentaba con el sargento:

—¡Maldita sea! ¡Ya les dejaré yo algún otro recuerdo a estos rebeldes! —vociferó finalmente el chasqueado cuando el sargento, perdiendo ya la paciencia, le mandó al infierno y le hizo callar. El furioso soldado se fue hacia la parte de atrás del edificio y Scarlett respiró más libremente. No habían dicho nada de quemar la casa. No le habían ordenado que se marchase para prender fuego. Acaso... acaso... La tropa iba llegando al vestíbulo de ingreso desde arriba y desde los patios de la casa.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó el sargento. —Un puerco y unos cuantos pollos y patos.

—Algo de maíz, unos ñames, unas alubias. Ese gato montes que vimos a caballo debe haber dado la alarma. —Así que no os habéis lucido, ¿eh?

—La verdad es que no hay mucho por aquí, sargento. Lo mejor se lo llevó usted. Más vale que nos vayamos antes de que toda la comarca sepa que hemos venido.

—¿Habéis mirado debajo del ahumadero? Casi siempre entierran allí las cosas.

—No hay nada.

—¿Habéis mirado debajo de la cabanas de los negros?

—En las cabanas no hay más que algodón. Ya le pegamos fuego.

Por un breve instante pasaron por la memoria de Scarlett aquellas largas jornadas en los campos de algodón abrasados por el sol. Sintió nuevamente el terrible dolor en los ríñones, la dolorosa desolladura en el hombro. Todo para nada. El algodón convertido en humo.

—No tiene usted gran cosa realmente, ¿verdad, joven?

—Vuestro ejército estuvo antes aquí —respondió ella con frialdad.

—Es cierto. Estuvimos por estos parajes en septiembre —dijo uno de los hombres, dando vueltas a algo que tenía en la mano—. Lo había olvidado.

Scarlett vio que lo que sostenía era el dedalito de oro de Ellen. ¡Cuántas veces lo había visto relucir en todas direcciones cuando su madre hacía pequeñas labores de fantasía! Al verlo, se despertaron en su mente no pocas memorias de la mano que solía moverlo. Y ahora estaba en las sucias y callosas manos de un invasor y pronto sería llevado al Norte para adornar la mano de alguna mujer yanqui que se enorgullecería de poseer cosas robadas. ¡El dedal de Ellen!

Scarlett bajó la cabeza para que los enemigos no la viesen llorar, y sus lágrimas fueron cayendo dulcemente sobre la cabecita del bebé. A través de la niebla lacrimosa vio cómo los soldados se movían hacia la puerta de entrada, oyó al sargento dar órdenes con bronca voz. Se iban y Tara estaba a salvo; pero, con el dolor del recuerdo de Ellen, apenas sintió alegría. El ruido de los sables y de los cascos no bastó para aliviar su pena y se quedó

apoyada contra la pared, de pronto débil y nerviosa, mientras ellos bajaban por la avenida de ingreso, todos cargados con cosas robadas, ropa, mantas, cuadros, gallinas, patos, la cerda. A poco, hasta su olfato llegó el tufo de humo, y echó a andar, demasiado exhausta por todas las emociones, para preocuparse siquiera del algodón. Por los abiertos ventanales del comedor vio cómo el humo se elevaba perezosamente de las cabanas de los negros. Ya no había algodón. Ya no había dinero para los impuestos, ni para ayudarse a pasar un invierno tan duro. Nada podía hacer ella sino ver cómo ardía todo. Había visto otros incendios de algodón y sabía cuan difícil era extinguirlos, aunque trabajasen en ello muchos hombres. ¡Gracias a Dios, las cabanas quedaban lejos de la casa! ¡Gracias a Dios, no soplaba viento que pudiese llevar chispas a Tara!

De pronto, giró sobre sus pies, rígida como un perro de caza, y miró con ojos dilatados por el terror el vestíbulo y los pasillos en dirección a la cocina. ¡De la cocina salía humo! Entre el vestíbulo y la cocina pudo dejar al bebé en alguna parte. En alguna parte se sustrajo a los tirones de Wade, empujándole contra la pared. Penetró corriendo en la cocina llena de humo y hubo de echarse para atrás, tosiendo y con los ojos llenos de lágrimas causadas por la espesa humareda. Entró nuevamente, tapándose la nariz con la falda.

La estancia estaba oscura, ya que no recibía luz más que por una pequeña ventana, y el humo era tan denso que quedó medio a ciegas. Pero podía oír los silbidos y chasquidos de las llamas. Colocándose la mano sobre los ojos y entrecerrándolos, escudriñó y distinguió finas lengüetas llameantes que serpenteaban por el suelo de la cocina hacia las paredes. Alguien había esparcido por el suelo los troncos de leña encendidos que estaban antes bajo la campana de la gran chimenea, y el suelo de seco pino absorbía las llamas como agua.

Echó a correr otra vez hacia el comedor y cogió una alfombra del suelo, derribando dos sillas con gran estrépito al hacerlo.

«¡No podré apagarlo jamás..., jamás, jamás! ¡Oh, Dios mío, si al menos hubiese alguien para ayudarme! ¡Tara perdida..., perdida! ¡Oh, Dios mío! ¡Esto debió ser lo que aquel infame soldado quiso hacer cuando habló de que iba a dejarnos algo más como recuerdo! ¡Oh! ¿Por qué no le dejé llevarse la espada?»

En el comedor, pasó por delante de su hijo, acurrucado junto a la pared con el arma entre sus brazos. Tenía los ojos cerrados, y su rostro reflejaba una expresión de descanso, de sobrehumana paz.

«¡Dios mío! ¡Se ha muerto! ¡Le han matado de miedo!», pensó torturada. No obstante, pasó de largo corriendo hacia el gran cubo de agua potable que siempre estaba en el pasillo de la cocina.

Empapó un extremo de la alfombra en el cubo, y absorbiendo una profunda bocanada de aire, se zambulló nuevamente en la estancia llena de humo, cerrando la puerta tras de sí. Durante una eternidad, se tambaleó y tosió, sacudiendo la alfombra mojada sobre las llamas, que surgían veloces en derredor suyo. Dos veces, su larga falda se prendió, pero ella apagó el fuego con las manos. Podía percibir el olor de su cabello al chamuscarse, ya que el peinado se le había deshecho y la larga cabellera oscilaba ahora sobre sus hombros. Las llamas corrían por delante de ella, siempre algo más lejos, hacia las paredes del otro pasillo cubierto, como encolerizadas culebras que ondulaban y se erguían, y, al fin, vencida ya por el agotador esfuerzo, comprendió que todo era inútil.

De pronto se abrió la mampara y la corriente de aire hizo elevarse las llamas nuevamente. Se cerró con un golpetazo, y, entre los torbellinos de humo, Scarlett, medio cegada, vio a Melanie que pisoteaba las llamas y golpeaba con algo pesado y oscuro. La vio

tambalearse, la oyó toser, divisó entre una nebulosa su rostro descompuesto y sus ojos dilatados y apretados para protegerse de la humareda, vio cómo su delicada figura se curvaba en todas direcciones sacudiendo otra alfombra hacia arriba y hacia abajo. Durante toda otra eternidad, lucharon y se tambalearon y Scarlett pudo observar que las llameantes rayas se acortaban. De pronto, Melanie se volvió hacia ella y, con un grito, la golpeó sobre los hombros con toda su escasa fuerza. Scarlett cayó al suelo en un remolino de humo y de tinieblas.

Cuando abrió los ojos, se hallaba acostada en el pórtico posterior, con la cabeza apoyada confortablemente sobre el regazo de Melanie. El sol de la tarde brillaba sobre su rostro. Las manos, la cara y los hombros le escocían de manera insoportable por las quemaduras. Todavía salían de los pabellones negras espirales de humo que envolvían las cabanas de espesas nubes, y le llegaba un fuerte olor a algodón quemado. Scarlett observó también jirones de humo que salían de la cocina y se agitó frenéticamente para levantarse.

Pero se sintió retenida y sujeta, y escuchó cómo la voz tranquila de Melanie decía:

—Estáte quieta, querida. El fuego está apagado. Se quedó quieta por un momento, con los ojos cerrados, suspirando con alivio, y oyó los indescriptibles pero satisfechos sonidos que exhalaba el bebé, cerca de ella, y el tranquilizador hipo de Wade. ¡No había muerto su hijo, gracias a Dios! Abrió los ojos y halló fijos en ella los de Melanie. Sus rizos estaban requemados, su cara ennegrecida por los tizones, pero los ojos le brillaban de emoción y sonreía.

—¡Pareces una negra! —murmuró Scarlett, sepultando fatigosamente la cabeza en aquella blanda almohada.

—Y tú pareces unos de esos negros de teatro, con la cara embetunada como un zapato viejo —respondió Melanie con tono sereno. —¿Por qué me diste aquel trastazo?

—Porque tu pelo estaba ardiendo por detrás, querida. Jamás se me ocurrió que podías perder el sentido, aunque Dios sabe que has experimentado hoy emociones sobradas para matar a cualquiera... Tan pronto como metí los animales en el bosquecillo, volví aquí corriendo. La idea de que tú y el bebé estabais solos aquí me volvía loca. Y los yanquis, ¿te... te ofendieron mucho?

—Si te refieres a si me violaron, no —contestó Scarlett, gimiendo al intentar incorporarse. Si bien el regazo de Melanie era blando, el suelo del pórtico, sobre el que se hallaba tendida, no era muy cómodo—. Pero se lo llevaron todo, todo. Lo hemos perdido todo... ¿Por qué haces ese gesto como si no te importase?

—Estamos vivas las dos, y juntas, y nuestros hijitos no han sufrido el menor daño y nos queda todavía un techo para nuestras cabezas —respondió Melanie, y su voz parecía adquirir nuevo brío—. Y una cosa así es casi lo máximo que se puede esperar en estos tiempos... Pero, caramba, ¡el pobrecillo Beau está todo mojado! Me figuro que los yanquis incluso se habrán llevado los pañalitos limpios... Scarlett, ¿qué demonios tiene aquí, entre los pañales?

Metió una mano temblorosa entre las húmedas ropitas del nene, y después de maniobrar un poco sacó la abultada cartera. Por un momento, la miró y remiró como si no la hubiese visto jamás anteriormente, y en seguida soltó la risa, alegres carcajadas que no delataban el menor síntoma de histeria.

—¡Sólo a ti podía habérsete ocurrido esto! —gritó, echando los brazos al cuello de Scarlett; la besó—. ¡No hay una mujer más lista que tú!

Scarlett permitió tales caricias porque estaba demasiado débil para oponer resistencia, porque las palabras de lisonja eran como un bálsamo para su espíritu, y porque,

en la oscura cocina llena de humo, había nacido en ella un respeto mayor hacia su cuñada, un sentimiento de camaradería que no había existido hasta entonces.

«He de confesar una cosa —pensó, casi de mala gana—; cuando la necesitas la encuentras a tu lado.»

28

El frío apareció de pronto como una fuerte helada. Rachas de viento glacial se deslizaron por debajo de las puertas e hicieron trepidar los cristales de las ventanas, con monótonos golpeteos. Las últimas hojas caían de los ya desnudos árboles, y solamente los pinos se mantenían firmes y conservaban su vestimenta, negra y fría en contraste con el grisáceo fondo. Los senderos rojizos llenos de baches estaban endurecidos por las heladas, y el hambre cabalgaba sobre los vientos que recorrían Georgia.

Scarlett recordaba con amargura su conversación con la abuela Fontaine. Aquella tarde, un par de meses atrás —que ahora parecían largos años—, ella había dicho a la anciana que ya conocía lo peor que pudiese ocurrirle jamás, y lo había dicho con la mayor sinceridad. Ahora, tal declaración parecía una hipérbole de colegiala. Antes de que las tropas de Sherman pasasen por Tara la segunda vez, poseía pequeños tesoros de víveres y de dinero, tenía vecinos más afortunados que ella y tenía el algodón, lo que le permitiría ir tirando hasta la primavera. Ahora no tenía ni algodón, ni víveres, y el dinero no le servía para nada, porque no había alimentos que comprar, y todos los vecinos estaban en igual o peor situación que ella. Por lo menos, Scarlett tenía la vaca y la ternera, unos cuantos cochinillos y el caballo, mientras que los vecinos no poseían más que lo poco que hubiesen podido esconder en los bosques o enterrar en alguna parte.

Fairhill, la espléndida residencia de los Tarleton, estaba incendiada hasta los cimientos, y la señora Tarleton, con sus cuatro hijas, se alojaban de mala manera en la casa del capataz. La casa de los Munroe, cerca de Lovejoy, había quedado igualmente calcinada hasta el nivel del suelo.

El ala de madera de Mimosa también se había quemado, y si se había salvado el edificio central fue gracias a sus espesos muros de manipostería y a la frenética labor de las Fontaine y de sus esclavos con mantas y colchas mojadas. La casa de los Calvert, en cambio, no había sufrido daños, gracias a la intervención de Hilton, el capataz yanqui, pero no quedaba en la finca una cabeza de ganado, ni una gallina, ni siquiera una panocha de maíz.

En Tara, y en todo el condado, el problema de los víveres era el más importante. La mayor parte de las familias no poseían más que lo que les quedaba de su cosecha de ñames y de cacahuetes y la caza que podían obtener en los bosques. Y, como en los días prósperos de antaño, cada uno compartía con los vecinos menos afortunados cuanto poseía; pero no tardó en llegar el tiempo en que no hubo nada que compartir.

En Tara, comían conejo, zarigüeya y pescaditos de río, cuando Pork tenía suerte. Los demás días, se repartían pequeñas raciones de leche, avellanas, bellotas asadas y ñames. Siempre estaban hambrientos. A Scarlett sólo le parecía encontrar en derredor suyo manos tendidas, ojos suplicantes. Y verlos la ponía más furiosa aún, puesto que ella pasaba tanta hambre como los demás.

Mandó matar la ternerilla, porque consumía demasiada leche, y aquella noche todo el mundo comió tanta carne que todos se pusieron enfermos. Sabía que tenía que matar uno de los marranillos, pero lo iba aplazando, esperando poder criarlos hasta que creciesen. ¡Eran tan chiquitos todavía! Poco se sacaría de uno matándolo ahora, y, si se pudiese ir tirando un poco más, se haría bastante mayor. Todas las noches discutía con Melanie la conveniencia de enviar a Pork a caballo por los alrededores, provisto de algunos billetes «del Norte», a ver si podía comprar provisiones. Pero el temor de que quitasen a Pork el

caballo y el dinero las retenía. No sabían por dónde andaban los yanquis. Podían hallarse a mil kilómetros de distancia o al otro lado del río. Una vez, Scarlett desesperada ya, quiso ir a caballo en busca de alimentos, pero las histéricas protestas de toda la familia, temerosa de los yanquis, la obligaron a desistir de sus planes.

Pork forrajeaba en un radio bastante amplio. A veces no regresaba en toda la noche, y Scarlett ni siquiera le preguntaba dónde había estado. En ocasiones, volvía con algo de caza; en otras, con unas panochas de maíz o una bolsa de guisantes secos. Una vez trajo un gallo, que dijo haber encontrado por los bosques. La familia lo comió con deleite, pero no sin cierto remordimiento porque sabían que Pork lo había robado, igual que el maíz y los guisantes. Una noche, poco después, llamó con los nudillos a la puerta de Scarlett, cuando ya todos los de la casa estaban dormidos, y mostró avergonzado una pierna acribillada de perdigones. Mientras ella se la vendaba, él contó torpemente que había sido descubierto al intentar meterse en un gallinero en Fayettevílle. Scarlett no intentó ni siquiera preguntarle de quién era el gallinero, pero le dio unas palmadas en el hombro, mientras las lágrimas le afluían a los ojos. Los negros eran irritantes a veces, estúpidos y perezosos, pero había en ellos una lealtad que no podía pagarse con dinero, un sentimiento de unidad con sus amos blancos que los impulsaba a poner en peligro su vida para llevar vituallas a su mesa.

En otros tiempos, los hurtos de Pork hubieran sido mirados como cosa grave, que probablemente exigiría aplicarle una paliza. En otros tiempos, se hubiera visto forzada a reprenderle severamente por lo menos. «Recuerda siempre, hija mía —le había dicho Ellen—, que eres responsable tanto del estado moral de tus negros como de su estado físico. Debes hacerte cargo de que son como niños, y hay que protegerlos contra sí mismos y debes siempre darles buen ejemplo.»

Pero ahora, Scarlett relegó tal amonestación a un rincón de su cerebro. Que con ello alentaba el robo, y acaso el robar a gentes que vivían peor que ella ya no representaba un problema de conciencia. De hecho, el aspecto moral del asunto no tenía gran valor para ella. En vez de castigarlo o reprenderlo, sólo lamentaba que hubiese sufrido ese tropiezo.

—Ten más cuidado, Pork. No queremos perderte. ¿Qué haríamos sin ti? Has sido muy bueno y muy fiel, y cuando tengamos dinero otra vez voy a regalarte un gran reloj de oro con una inscripción que diga lo que se lee en la Biblia: «Te has comportado bien, siervo fiel y bueno.»

Pork se esponjó con la lisonja y se frotó vivamente la pierna vendada.

—Me agrada oír eso, señora Scarlett. ¿Cuándo espera usted tener dinero?

—No lo sé, Pork, pero lo tendré de un modo o de otro, antes o después. —Se inclinó mirándole con ojos tan ausentes pero tan amargamente enconados que el negro se agitó algo inquieto—. Algún día, cuando acabe esta guerra, he de tener mucho dinero y nunca más sufriré hambre ni frío. Ninguno de nosotros sufrirá jamás hambre ni frío. Todos vestiremos bien y tendremos pollo asado cada día y...

Calló. La regla más estricta de Tara, regla que ella misma había establecido y que se respetaba rigurosamente, consistía en que nadie podía hablar de lo bien que comían antes ni de lo que comerían ahora si pudiesen.

Pork abandonó la habitación mientras ella permanecía absorta, con la mirada perdida en el vacío. En otros tiempos, que ya no volverían, la vida había sido compleja, pletórica de intrincados y complicados problemas. Había existido el problema de conseguir el amor de Ashley y de conservar a una docena de admiradores menos afortunados pero sin dejarles perder las esperanzas. Había habido pequeños deslices de conducta que era necesario ocultar a las personas mayores; amigas celosas a las que desafiar o aplacar; había

que elegir incesantemente nuevos vestidos, materiales y modelos, diferentes peinados que probar y, ¡oh, tantas, tantas cosas que resolver! Ahora, en cambio, la vida se había simplificado asombrosamente. Lo único que importaba era la comida, alimentos suficientes para no morirse de hambre, bastante ropa para no morirse de frío y un tejado sin demasiadas goteras sobre sus cabezas.

Fue durante esos días cuando Scarlett tuvo una y otra vez una pesadilla que iba a perseguirla después durante años. Lo que soñaba era siempre lo mismo, los detalles no variaban jamás, pero el terror que sentía se hacía mayor cada vez, y el temor de volver a soñar lo mismo de nuevo la perturbaba aun durante las horas en que estaba despierta. Se acordaba muy bien de los incidentes del día en que por primera vez tuvo tal pesadilla.

Había caído durante varios días una lluvia fría, y la casa estaba helada a causa de la humedad y las corrientes de aire. Los leños de la chimenea estaban húmedos y despedían mucho humo, pero poco calor. Desde el desayuno, nada habían podido comer, excepto un poco de leche, porque se habían acabado los ñames y ni los cepos que Pork colocaba en el bosquecillo ni su pesca habían producido nada. Habría que matar uno de los marranillos si querían comer algo al día siguiente. Con caras tensas y hambrientas, tanto blancos como negros parecían pedirle con los ojos que les proporcionase algún alimento. No tenía más remedio que arriesgar el caballo y enviar a Pork a que comprase algo donde pudiese.

Para empeorar las cosas, Wade estaba enfermo, le dolía mucho la garganta y tenía fiebre, y, por supuesto, no había ni médico ni medicinas por aquellos parajes.

Hambrienta y fatigada, después de cuidar al niño durante largas horas, lo dejó en manos de Melanie por un rato y fue a tumbarse en la cama. Con los pies helados, daba vueltas y vueltas, sin poder dormirse, abrumada por el temor y la desesperación. Una y otra vez pensaba: «¿Qué puedo hacer? ¿A quién acudir? ¿No hay en el mundo nadie que pueda ayudarme?» ¿No le quedaba ya ningún recurso? ¿Por qué no había alguien, alguna persona sabia y fuerte, que quitase tan pesada carga de sus hombros? Ella no estaba hecha para soportar tanto peso. No sabía cómo llevarlo... Y al fin se entregó a una inquieta modorra.

Se hallaba en un país salvaje y extraño, tan oscurecido por torbellinos de niebla que no podía ver ni su propia mano al ponerla ante los ojos. El suelo parecía oscilar bajo sus pies. Era como una tierra embrujada, silenciosa, de un ominoso silencio, y ella estaba perdida allí, perdida y asustada como un niño en las tinieblas. Se sentía hambrienta y helada, y tan aterrada por aquella ignota atmósfera que la rodeaba que quería gritar y no podía. En la neblina, percibía cosas extrañas que venían a tirar de su falda, a cogerla y arrastrarla hacia un suelo incierto y movedizo en el que ella se sostenía difícilmente en pie; percibía manos crueles, espectrales. Luego sentía que, más allá, entre la opaca atmósfera, existía un refugio, un asilo, un techo que podía proporcionarle protección, calor, hospitalidad. Pero ¿dónde estaba? ¿Podría llegar hasta él antes de que esas manos la agarrasen y la derribasen entre las movedizas dunas?

De pronto se veía corriendo, corriendo como loca entre la neblina, chillando y gritando, extendiendo los brazos para asir lo que no era más que aire y niebla húmeda. ¿Dónde estaba el refugio? No daba con él, pero estaba cerca, oculto en alguna parte. ¡Si pudiese llegar hasta allí, estaría salvada! Pero el terror debilitaba sus piernas y el hambre le hacía perder los sentidos.

Dio un desesperado grito y se despertó viendo junto a ella el inquieto rostro de Melanie y sintiendo la mano de Melanie que la sacudía para despertarla.

La pesadilla se repitió una y otra vez, en cuanto se acostaba con el estómago vacío. Y esto ocurría con mucha frecuencia. Estaba tan asustada que temía quedarse dormida,

aunque se decía febrilmente a sí misma que era tonto tener miedo de un sueño. Era tonto, claro... pero la idea de caer desmayada en aquella región de nieblas era para ella tan aterradora que comenzó a dormir en la cama de Melanie, a fin de que ésta la despertase en cuanto comenzara a gemir y a revolverse inquieta, dejando adivinar que era víctima de la pesadilla una vez más.

Bajo la tensión, se fue quedando pálida y flaca. Su cara perdió sus lindos contornos, haciendo sobresalir los pómulos, acentuando sus oblicuos ojos verdes y haciéndola parecerse a un gato hambriento en busca de presa. «Bastantes pesadillas tengo durante el día para que sufra otras por la noche», pensaba con angustia, y comenzó a guardar su pequeña ración diaria para comerla precisamente antes de irse a la cama.

En los días de Navidad, Frank Kennedy y un pequeño pelotón del comisariado llegaron hasta Tara en inútil busca de cereales y animales para el Ejército. Parecía un grupo de harapientos rufianes, montados sobre caballos cojos o macilentos, en tal estado que resultaba evidente que no podían ser empleados en servicios más activos. Al igual que sus monturas, aquellos individuos eran inútiles como fuerzas en el frente de batalla y, a excepción de Frank, al que no le faltaba un ojo le faltaba un brazo o algún otro órgano. Casi todos llevaban uniformes azules cogidos a los yanquis, y durante un breve momento de terror las gentes de Tara creyeron que habían vuelto los soldados de Sherman.

Se quedaron en la plantación aquella noche, durmiendo sobre el suelo en el salón y felices de tumbarse sobre una mullida alfombra, porque llevaban semanas sin acostarse bajo techado, o sobre algo más blando que briznas de pino formando una capa sobre la endurecida tierra. A pesar de sus andrajos y de sus barbas sucias, formaban una pandilla de hombres bien educados, charlatanes y bromistas, chistosos y requebradores, muy contentos de poder pasar la Nochebuena en una gran casa, rodeados de mujeres jóvenes y bonitas, como acostumbraban a pasarla en otros tiempos. Se negaron a tomar la guerra en serio, contaron tremendos embustes para hacer reír a las chicas y llevaron a la desnuda y saqueada mansión los primeros destellos de frivolidad, los primeros síntomas de alegría que se habían conocido allí durante largo tiempo.

—Esto es casi como antes, cuando dábamos fiestas en casa, ¿verdad? —cuchicheó Suellen, que se sentía feliz, a Scarlett. Suellen estaba en la gloria al tener admiradores a su lado otra vez y no podía apartar su mirada de Frank Kennedy. Scarlett quedó sorprendida al ver que su hermana podía parecer casi bonita, a pesar de la delgadez extrema que le quedara después de su enfermedad. Ahora, sus mejillas aparecían rosadas y en sus ojos brillaba una mirada suave y luminosa.

«Debe de quererle realmente —pensó Scarlett con cierto desdén—. Me figuro que incluso se humanizaría si llegase a tener marido, aunque el marido fuese un carcamal como Frank.»

Carreen también se había animado un poco, y aquella noche abandonó en parte su aspecto de sonámbula. Averiguó que uno de aquellos hombres había conocido a Brent Tarleton y había estado con él cuando lo mataron, y se prometió a sí misma una larga conversación acerca del asunto después de la cena. Durante ésta, Melanie sorprendió a todos haciendo un esfuerzo para abandonar su timidez habitual y mostrarse casi vivaracha. Se rió y bromeó y casi, aunque no del todo, llegó a coquetear con un soldado tuerto que agradeció aquel esfuerzo con pródigas galanterías. Scarlett apreciaba cuánto significaba aquel esfuerzo, tanto mental como físicamente, porque Melanie sufría verdaderas torturas por su invencible timidez ante la presencia de cualquier ser del género masculino. Además, no se encontraba del todo bien. Aunque insistía en que estaba ya buena y trabajaba más que

Dilcey, Scarlett sabía que seguía enferma. En cuanto tenía que levantar algo un poco pesado, palidecía, y tenía una manera especial de sentarse de repente, como si las piernas se negasen a sostenerla, tan pronto como intentaba hacer el menor esfuerzo. Pero, en esa noche, tanto ella como Suellen y Carreen, hicieron todo lo posible para que los soldados pasasen una Nochebuena agradable. La única que no disfrutó con la compañía de sus huéspedes fue Scarlett.

La pequeña tropa había agregado su ración de maíz tostado y carne prensada a la cena de guisantes secos, manzanas cocidas y cacahuetes que Mamita les sirvió, y todos declararon que era la mejor cena que habían comido desde hacía varios meses. Scarlett los veía comer y se sentía intranquila. No solamente les regateaba con el pensamiento cada bocado que engullían, sino que estaba temblando de miedo por si llegaban a descubrir el lechón que Pork había degollado el día anterior. El lechoncillo quedó colgado en la despensa, y ella había prometido muy en serio que sacaría los ojos a cualquiera de la casa que mencionase a los huéspedes la presencia de los hermanos y hermanas del difunto cerdito, puestos en seguridad en el pantano. Aquellos hombres hambrientos devorarían el lechón en una sola comida, y, si averiguaban que había otros vivos, los requisarían para el Ejército. No menos alarmada estaba con respecto a la vaca y al caballo, y lamentaba que una y otro no se encontrasen igualmente escondidos en el pantano en vez de estar atados en el bosque junto al prado. Si el comisariado se llevaba su ganado, era imposible que Tara soportase el invierno. No había manera de reemplazar esos animales. Lo que el Ejército comía o dejaba de comer no era cosa de ella. El Estado debía preocuparse de su Ejército. Bastante trabajo tenía ella para alimentar a los suyos.

Los soldados añadieron todavía como postres unos cuantos «panecillos de ariete». Era la primera vez que Scarlett veía aquel comestible confederado, acerca del cual se hacían entonces casi tantos chistes como acerca de los piojos. Consistían en carbonizadas espirales de algo que parecía madera. Los huéspedes la retaron a que hincase el diente a uno y, cuando lo hizo, descubrió que bajo la superficie ennegrecida por el humo había una especie de pan de maíz sin sal. Los soldados mezclaban con agua su ración de maíz, añadiendo sal cuando la tenían, envolvían con la espesa pasta los arietes y los tostaban sobre las hogueras de los campamentos. Quedaban tan duros como el turrón de almendra, pero tan insípidos como el serrín, y, después de probar el primer bocado, Scarlett se apresuró a devolver el pedazo entre grandes carcajadas de todos. Cruzó su mirada con la de Melanie y el mismo pensamiento se reflejó patentemente en muchas fisonomías: «¿Cómo pueden continuar luchando si no tienen para comer más que esta porquería?»

La comida fue bastante alegre, e incluso Gerald, que la presidía con mirada ausente desde la cabecera de la mesa, se las compuso para extraer del fondo de su cerebro algo de sus modales de buen anfitrión y una vaga sonrisa. Los hombres charlaban, las mujeres sonreían y se mostraban halagadoras; pero Scarlett, al volverse súbitamene hacia Frank Kennedy para preguntarle noticias de la señorita Pittypat, sorprendió en su rostro una expresión que le hizo olvidar lo que pensaba decir.

Sus ojos se habían apartado de los de Suellen y se paseaban por toda la estancia, hacia la mirada sorprendida y casi familiar de Gerald; hacia el suelo, desprovisto de alfombras; hacia la chimenea, desnuda de todo ornamento; hacia los muebles hundidos y la rasgada tapicería que la bayonetas yanquis habían destrozado; hacia el rajado espejo suspendido sobre la consola; hacia las manchas oscuras que habían dejado en la pared los cuadros que allí colgaban antes de la llegada de los yanquis; hacia el reducido servicio de mesa; hacia los viejos, pero cuidadosamente remendados, vestidos de las muchachas; hacia

el saco de harina que, convertido en infantil vestimenta, llevaba Wade.

Frank rememoraba aquel Tara que él había conocido antes de la guerra, y su rostro registraba una contracción de dolor, de cansada e impotente cólera. Amaba a Suellen, tenía afecto a sus hermanas, respetaba a Gerald y sentía verdadero cariño hacia la plantación. Desde que Sherman se paseara por toda Georgia, Frank había visto muchos espectáculos tristes en sus excursiones a caballo por el Estado a fin de buscar provisiones para el Ejército. Pero nada había impresionado tanto su corazón como ahora Tara. Hubiera querido hacer algo por los O'Hara, especialmente por Suellen, y nada podía hacer. Cuando Scarlett le sorprendió, él meneaba la cabeza compasivamente y chascaba la lengua contra los dientes. Percibió la llama de indignado orgullo que brotaba de los ojos de ella y se apresuró a bajar la mirada hacia el plato, confuso.

Las muchachas estaban hambrientas de noticias. No había servicio de Correos desde la caída de Atlanta, hacía ya cuatro meses, y se hallaban ahora en completa ignorancia de por dónde andaban los yanquis, qué tal iba el ejército confederado, qué había sucedido en Atlanta y qué era de todos los amigos. Frank, cuya misión le obligaba a recorrer todo aquel sector, era tan valioso como un periódico, más aun, porque estaba emparentado o conocía a todo el mundo desde Macón hasta Atlanta, y podía facilitar pequeñas noticias de índole personal e íntima que la prensa suele omitir. Para disimular su confusión al ser sorprendido por Scarlett, se sumergió precipitadamente en un lago relato noticiario. La Confederación, dijo, había recobrado Atlanta cuando Sherman evacuó la ciudad; pero era una captura desprovista de valor, ya que Sherman la quemó totalmente.

—¡Pero yo creía que Atlanta ardió ya la noche en que yo salí de ella! —gritó Scarlett, asombrada—. ¡Yo creía que nuestros mismos muchachos la habían incendiado!

—¡Oh, no, señora Scarlett! —replicó Frank, como agraviado—. ¡Nosotros jamás incendiamos nuestras ciudades dejando a nuestra gente dentro! Lo que usted vio arder fueron los almacenes y los artículos que no queríamos que los yanquis capturasen, las fundiciones, las municiones... Pero nada más. Cuando Sherman tomó la ciudad, estaba intacta y sus casas y sus tiendas tan hermosas como siempre. Y alojó a sus hombres en ellas.

—Pero ¿y habitantes? ¿Qué les ocurrió? ¿Los mató?

—Mató a algunos..., pero no a balazos —explicó el soldado tuerto en tono amargo —. Tan pronto como entró en Atlanta le dijo al alcalde que todo ser viviente tenía que abandonar la ciudad, todos absolutamente. Y había muchas personas ancianas que no pudieron soportar el viaje, y muchas otras enfermas que no estaban en condiciones de ser trasladadas, y señoras que..., vamos, que tampoco podían ser trasladadas. Y, cuando obligó a todos a marcharse bajo una lluvia de las que rara vez se ven fy eran centenares y centenares de personas), los metió a todos por entre los bosques, cerca de Rough and Ready, y envió un mensaje al general Hood para que fuese a busCharles. Mucha gente murió de pulmonía, y por no poder soportar aquel trato...

—¿Qué necesidad tenía de hacer eso? ¡Si no podían causarle el menor daño! —exclamó Melanie.

—Dijo que necesitaba la ciudad para que descansasen en ella sus hombres y sus caballos —contestó Frank—. Y, en efecto, los dejó descansar hasta mediados de noviembre, y después se largó de allí. Y, al abandonarla, prendió fuego a todo lo que quedaba.

—¡Pero no todo, seguramente! —exclamaron las muchachas, asustadas.

Era inconcebible que aquella animada ciudad que habían conocido tan llena de gente, tan llena de militares, hubiese desaparecido. Todas aquellas magníficas casas bajo la

sombra de los árboles, todas las grandes tiendas y los bellos hoteles... ¡No era posible que no quedase nada! Melanie parecía a punto de estallar en lágrimas porque había nacido allí y no conocía otro lugar. El corazón de Scarlett se conmovió profundamente porque tenía gran cariño a esa ciudad.

—Bueno, casi todo quedó destruido —se apresuró a enmendar Frank, perturbado por la expresión de sus rostros.

Trataba de mostrarse alegre, porque no era partidario de disgustar a las damas. Las damas apenadas siempre le daban lástima y se sentía impotente para consolarlas. No tenía valor para comunicarles lo peor. Que lo averiguasen por otras personas.

No tenía valor para contar lo que el Ejército había visto al volver a entrar en Atlanta, las hectáreas y hectáreas de chimeneas que se levantaban ennegrecidas de entre las cenizas, las pilas de escombros medio quemados y montones de ladrillos medio carbonizados que obstruían las calles, los añosos árboles secos por el incendio, con sus abrasadas ramas cayendo al suelo al empuje del viento frío. Recordó lo mal que se había sentido ante tal espectáculo, recordó las enconadas imprecaciones de los confederados cuando vieron las ruinas de su ciudad. Confiaba en que sus amiguitas no se enterasen jamás de los horrores del cementerio saqueado, porque no se repondrían nunca de la impresión. Charles Hamilton y los padres de Melanie estaban enterrados allí. Ese espectáculo del cementerio todavía causaba pesadillas a Frank. Esperando encontrar alhajas que a veces se entierran con los muertos, los soldados yanquis habían abierto nichos y panteones, excavado sepulturas. Habían despojado a los cadáveres, arrancado de los féretros las placas de oro o plata, los ornamentos y asas de plata. Los esqueletos y los cadáveres, arrojados entre los astillados ataúdes, yacían en montón, patéticamente expuestos a los elementos.

Y Frank tampoco podía hablarles de los gatos y perros. ¡Las señoras son tan sensibles acerca de sus animales favoritos! Pero aquellos millares de bestias famélicas que quedaron sin refugio cuando se evacuó a sus dueños tan perentoriamente le habían causado casi tanto horror como la vista del cementerio, porque Frank también era aficionado a los perros y a los gatos. Los animalitos andaban asustados, muertos de frío, hambrientos como lobos del bosque, y los más fuertes atacaban a otros más débiles, y los débiles esperaban a que muriesen los que eran más débiles todavía para comérselos. Y, por encima de la ciudad, los cuervos surcaban el espacio con sus siluetas ágiles y siniestras.

Frank buscó en su cerebro alguna información mitigadora que pusiese a las damas de mejor humor.

—Hay algunas casas en pie todavía —dijo—, casas situadas en terrenos amplios, separadas de las demás, y a las que no se propagó el fuego. Y quedan las iglesias y la gran sala de fiestas. Unas cuantas tiendas también. Pero el barrio mercantil, y las calles a lo largo del ferrocarril, y Five Points... Bueno, señoritas, toda esa parte de la población quedó hecha cisco.

—Entonces —exclamó Scarlett con amargura—, ese almacén que Charles me dejó en herencia, cerca de la vía, ¿está deshecho también?

—Si estaba junto a la vía no quedará mucho de él; pero...

De pronto, su cara se iluminó con una gran sonrisa. ¿Por qué no se había acordado antes?

—¡Una buena noticia, señoritas! La casa de su tía Pitty ha quedado en pie. Algo averiada, naturalmente, pero en su sitio.

—¡Oh! ¿Cómo se libró de la quema?

—Está construida de ladrillo y tiene tejado de pizarra, acaso el único que hay en

Atlanta, y eso hizo que las chispas no prendiesen, me figuro. Además, es casi la última casa del extremo norte de la ciudad, y el incendio no fue tan intenso por esa parte. Por supuesto, los yanquis acuartelados allí hicieron abundantes destrozos. Quemaron como leña incluso los paneles y el barandal de caoba de la escalera. Pero, ¡qué demonio!, ha quedado en buen estado. Cuando vi a la señorita Pitty por última vez en Macón...

—¿La vio usted? ¿Cómo está?

—Divinamente. Cuando le dije que su casa seguía en pie, decidió irse allí inmediatamente. Es decir..., si ese viejo negro, Peter, le permite marcharse. Mucha gente de Atlanta ha regresado allí ya, porque comenzaban a estar intranquilos en Macón. Sherman no tomó Macón, pero todo el mundo teme que los soldados de Wilson vayan allí, y Wilson es peor que Sherman.

—Pero ¡son unos necios volviendo allí si no quedan ya casas! ¿Dónde van a vivir?

—Señora Scarlett, viven en tiendas de campaña y en barracones, y en cabanas hechas de troncos de árboles, y metiéndose seis o siete familias en cada casa medio habitable; y están tratando de reconstruir la población. No los llame usted necios, señora Scarlett. Conoce usted a la gente de Atlanta igual que yo. Están encariñados con su ciudad, casi tanto como los de Charleston lo están con la suya, y hace falta algo mucho más serio que los yanquis y el fuego para alejarlos de ella. Las gentes de Atlanta son (perdóneme usted, señora Melanie) tan obstinados como muías en lo que se refiere a su ciudad. No sé por qué, pues a mí Atlanta siempre me pareció una ciudad demasiado atrevida, insolente, digamos. Pero, claro, yo he nacido en el campo, y las ciudades no me gustan. Ahora les diré una cosa: los primeros que vuelvan serán los más listos. Los últimos en llegar no encontrarán ni un ladrillo ni una astilla de lo que fueron sus casas, porque los que ya están allí andan buscando por toda la población materiales abandonados para reparar o reconstruir sus hogares. Anteayer mismo, vi a la señora Merriwether y a la señorita Maybelle y a su vieja negra recogiendo ladrillos en una carretilla de mano. Y la señora Meade me dijo que pensaba construir una cabana de troncos en cuanto llegue el doctor y la ayude. Me aseguró que había vivido en una cabana de troncos cuando llegó a Atlanta por primera vez y que no tendría inconveniente en volver a hacerlo. Por supuesto, bromeaba; pero esto les mostrará su estado de ánimo.

—Creo que son gente de mucho espíritu —dijo Melanie con orgullo—. ¿No te parece, Scarlett?

Esta asintió con la cabeza, con melancólico orgullo de su ciudad adoptiva. Como decía Frank, era una población emprendedora, insolente; pero por eso mismo le gustaba. No era una de esas poblaciones de ideas atrasadas y estrechas, dominadas por los convencionalismos, como otras ciudades más viejas, sino que poseía una exuberancia y una osadía comparables a las suyas. «Yo soy como Atlanta —pensó—. Hace falta algo más que los yanquis o el fuego para que yo me rinda.» —Si la tía Pitty vuelve a Atlanta, valdría más que nos fuésemos a vivir con ella —dijo Melanie interrumpiendo el engranaje de sus pensamientos—. Sola, se morirá de miedo.

—Pero, Melly, ¿cómo puedo yo dejar esto? —preguntó Scarlett enfadada—. Si tantas ganas tienes de salir de aquí, no seré yo quien te detenga.

—¡Oh, no quise decir eso, querida! —exclamó Melanie sonrojada por la angustia—. ¡Qué alocada soy! Naturalmente, tú no puedes dejar Tara y... me figuro que el tío Peter y la cocinera negra pueden cuidar bien a la tía.

—Nada te impide marcharte —repitió Scarlett con sequedad. —Sabes bien que yo no he de dejarte —contestó Melanie—. Sin ti, me... me moriría de miedo.

—Como gustes. Además, nunca se me ocurriría a volver a Atlanta. Tan pronto como levanten unas cuantas casas, irá Sherman otra vez y las incendiará.

—No irá —dijo Frank, y, a pesar de sus esfuerzos, su rostro se nubló—. Ha seguido atravesando el Estado hasta la costa. Savannah fue tomado esta semana, y dicen que los yanquis están penetrando ya por Carolina del Sur.

—¡Han tomado Savannah!

—Sí. Era inevitable, señora. Savannah tenía que caer por fuerza. No dejaron suficientes hombres para defenderla, aunque se echó mano de todos lo que fue posible reclutar..., a todo hombre que pudiese aunque no fuera más que arrastrar un pie detrás de otro. ¿No saben ustedes que cuando los yanquis marchaban contra Milledgeville se llamó a todos los cadetes de las academias militares, por jóvenes que fuesen, y hasta abrieron los presidios del Estado para conseguir más tropas? Sí, señor; dejaron en libertad a todos los presidiarios que quisiesen luchar e incluso se les prometió el perdón para después de la guerra, si vivían... Se me ponía la carne de gallina viendo a esos pobres cadetes alineados con ladrones y asesinos.

—¿Liberaron a los presidiarios para que puedan volver a empezar?

—Vamos, señora Scarlett, cálmese. Están muy lejos de aquí, y además, se portan bien como soldados. Ser ladrón no impide ser buen soldado, ¿verdad?

—Me parece bien esa medida —opinó Melanie con dulzura.

—Bueno, pues a mí no —repuso Scarlett categóricamente—. Bastantes bandidos hay ya por ahí, de todos modos, con los yanquis y con los...

Se detuvo a tiempo, pero los invitados se echaron a reír.

—Con los yanquis y con nuestro departamento de comisariado —añadieron para terminar la frase; y ella se sonrojó.

—Pero ¿dónde está el ejército del general Hood? —intervino Melanie presurosamente—. Me parece que él hubiera podido defender Savannah.

—¿Cómo, señora Melanie? —prorrumpió Frank, sorprendido y hasta indignado—. El general Hood no se ha aproximado siquiera a ese sector. Está combatiendo en Tennessee, tratando de atraer a los yanquis y de echarlos de Georgia.

—¡Pues sí que le resultaron bien sus planes! —exclamó Scarlett con ironía—. Dejó que los malditos yanquis entrasen por aquí sin que tuviéramos para protegernos más que chicos de la escuela, presidiarios y viejos de la Guardia Territorial.

—Hija mía —dijo de pronto Gerald, incorporándose—, estás usando un lenguaje censurable. Tu madre se disgustará.

—¡Todos los yanquis son unos malditos! —exclamó Scarlett fogosamente—. Y siempre habré de llamarlos así.

Al nombrarse a Ellen, todo el mundo se sintió algo embarazado, y la conversación se cortó en seco. Melanie la reanudó de nuevo.

—Cuando estuvo usted en Macón, ¿vio a India y a Honey Wilkes? ¿Sabían... sabían algo de Ashley?

—Señora Melanie, ya sabe usted que si yo hubiese tenido la menor noticia de Ashley habría venido corriendo hasta aquí desde Macón para comunicársela —dijo Frank, en tono de reproche—. No, no sabían nada... pero no se inquiete usted por Ashley, señora Melly. Ya sé que hace tiempo que no se ha oído nada acerca de él; pero ¿cómo tener noticias de alguien que está prisionero? Y menos mal que las cosas andan mejor en las cárceles yanquis que en las nuestras. Después de todo, a los yanquis les sobra comida, y tienen medicamentos y mantas. No están como nosotros, que al no tener suficiente para

alimentarnos tampoco podemos alimentar muy bien a nuestros prisioneros.

—¡Oh, a los yanquis siempre les sobra todo! —exclamó Melanie con amarga excitación—. Pero no se lo dan a los prisioneros. Ya sabe usted que no, señor Kennedy. Lo dice únicamente para que yo esté tranquila. Ya sabe usted bien que nuestros muchachos se hielan allí, cuando no se mueren de hambre, sin doctores ni medicamentos, y esto, claro, porque los yanquis los odian. ¡Oh, si pudiésemos hacer desaparecer del mundo hasta el último yanqui! Yo sé que Ashley está... —¡No lo digas! —le gritó Scarlett, sintiendo el corazón en la garganta.

Mientras nadie dijese que Ashley estaba muerto, persistía en su corazón una vaga esperanza de que viviese; pero le parecía que, si oía pronunciar las fatales palabras, él moriría en aquel mismo momento.

—Vaya, señora Wilkes, no se preocupe usted por su marido —dijo el soldado tuerto en tono persuasivo—. Yo fui capturado después de la primera batalla de Manassas, y canjeado después, y mientras estuve en el calabozo me sirvieron de lo mejor: pollo asado, bizcochos...

—Creo que es usted un embustero —dijo Melanie con leve sonrisa; y era ésta la primera vez que Scarlett le veía desplegar alguna agresividad con un hombre—. ¿No tengo razón?

—¡Sí, la tiene! —concedió el soldado tuerto, dándose una palmada sobre el muslo mientras soltaba una carcajada.

—Si vienen ustedes al salón, les cantaré algunos villancicos de Navidad —dijo Melanie, contenta de poder variar de conversación—. El piano fue la única cosa que los yanquis no pudieron llevarse. ¿Está muy desafinado, Suellen?

—Atrozmente —contestó ésta, dirigiendo una sonrisa invitadora a Frank.

Pero, al salir del comedor, Frank se quedó rezagado y tiró de la manga a Scarlett.

—¿Puedo hablarle a solas?

Durante unos terribles instantes, ella temió que fuera a hablarle de los animales escondidos y se dispuso a soltarle cualquier mentira.

Cuando se despejó la estancia y ambos quedaron de pie junto a la lumbre, todo el buen humor ficticio que había mostrado Frank delante de los demás desapareció, y Scarlett observó que parecía un viejo. Su rostro estaba demacrado y tan pardusco como las hojas que danzaban por el prado de Tara, y su barba rojiza y rala estaba veteada de gris. Frank se la alisó maquinalmente y tosió con embarazo antes de comenzar a hablar.

—Siento mucho lo de su madre, señora Scarlett.

—Por favor, no hable de ello.

—¿Y su padre? ¿Está así desde...?

—Sí... No es el mismo, como puede usted ver.

—Ciertamente, la quería de veras.

—¡Oh, señor Kennedy, se lo ruego, no hablemos de...!

—Lo siento, señora Scarlett; perdóneme —dijo él moviendo los pies nerviosamente —. La verdad es que quería hablar con su padre de un asunto, y ahora veo que sería inútil.

—Acaso pueda yo servirle para el caso, señor Kennedy. Soy ahora el cabeza de familia.

—Bueno, yo... —comenzó Frank, dando nuevos tirones a su pobre barba—. La verdad es que... Bueno, señora Scarlett; yo tenía intenciones de pedir en matrimonio a la señorita Suellen.

—¿Quiere usted decir —exclamó Scarlett con sorpresa— que todavía no había

pedido el consentimiento de mi padre? ¡Sí ha estado usted cortejándola desde hace años!

Frank se ruborizó y sonrió muy embarazado y confuso, como un adolescente vergonzoso.

—Bien... ¿Qué sabía yo si ella me haría caso o no? Tengo bastante más edad que ella y... había tantos muchachos jóvenes y buenos mozos que rondaban por Tara, que...

«¡Qué tonto! —pensó Scarlett—. Si venían era por mí, no por ella.»

—Todavía no sé si Suellen me aceptará o no. No le he preguntado nada, pero seguramente adivina mis sentimientos. Yo tenía intenciones de decir... de decírselo al señor O'Hara, de decirle la verdad, señora Scarlett. No poseo ahora ni un solo centavo. Tenía antes bastante dinero, si me permite mencionarlo; pero ahora lo único que poseo es mi caballo y la ropa que llevo encima. Verá usted: cuando me alisté en el Ejército vendí la mayor parte de mis tierras, invirtiendo el dinero en bonos de la Confederación y... ya sabe usted cuánto valen hoy: menos que el papel en que se imprimieron. De todos modos, ni siquiera me queda el papel: al quemar los yanquis la casa de mi hermana, quemaron también esos bonos. Ya sé que es casi una insolencia por mi parte pedir la mano de la señorita Suellen ahora que estoy sin un centavo; pero así son las cosas. He pensado y he reflexionado, y veo que no sabemos cómo acabará todo; nadie lo sabe. Para mí, esto es como el fin del mundo: nada hay seguro; y sería un gran consuelo (y acaso significaría también cierta tranquilidad para ella) estar ya prometidos. Siempre sería una seguridad. No me atrevería a proponer matrimonio hasta convencerme de que soy capaz de encargarme de ella, señora Scarlett y no sé cuándo podrá ser. Pero si el amor sincero tiene para usted algún valor, puede usted estar persuadida de que la señorita Suellen será rica de este valor, aunque no lo sea de otro. Pronunció las últimas palabras con cierta sencilla dignidad que conmovió a Scarlett, incluso en su irónica actitud. No acertaba a comprender que nadie pudiese enamorarse de Suellen. Su hermana le parecía un monstruo de egoísmo, una de esas niñas tontas que jamás están contentas, una mujer que nunca podía hacer más que amargar la vida a los demás.

—Eso no importa, señor Kennedy —contestó ella con amabilidad—. Estoy segura de poder hablar en nombre de mi padre. El siempre le apreció a usted y esperaba que algún día Suellen y usted se casaran.

—¿De veras? —exclamó Frank, con alegría reflejada en su rostro.

—Ciertamente —contestó Scarlett, ocultando la risa, porque recordaba que frecuentemente Gerald había gritado a Suellen a la hora de cenar: «¿Y qué hay de eso, señorita? Ese ardiente admirador tuyo, ¿no se ha declarado todavía? ¿Voy a tener que preguntarle qué intenciones trae?»

—Entonces, le hablaré esta noche —dijo él, con la faz temblorosa mientras agarraba la mano de la joven y se la sacudía con inconsciente vigor—. ¡Es usted muy bondadosa, señora Scarlett!

—Voy a decir a mi hermana que venga —contestó Scarlett con una sonrisa y dirigiéndose al salón.

Melanie comenzaba a tocar. El piano estaba desafinado; pero algunas notas sonaban pasablemente, y Melanie levantaba la voz para dirigir a los demás el canto de *¡Escuchad, los ángeles anunciadores cantan!*

Scarlett se detuvo. Parecía imposible que la guerra hubiese pasado por allí dos veces, que viviesen en un país devastado, casi sin tener qué comer, y que pudiesen estar entonando ese cántico navideño como si nada ocurriese. Se volvió de pronto hacia Frank.

—¿A qué se refería cuando ha dicho que esto le parecía como si fuese el fin del

mundo?

—Se lo diré con franqueza —respondió lentamente—, pero no quisiera que alarmase usted a los demás con lo que voy a explicarle. La guerra no puede prolongarse mucho. No hay hombres de refresco para nutrir las filas, y las deserciones menudean... más de lo que se admite oficialmente. Claro, esos hombres no pueden continuar alejados de sus familias cuando saben que éstas se mueren de hambre, y vuelven a sus casas con objeto de procurar cuidar de su alimentación. No se les puede criticar, pero eso debilita al Ejército. Y el mismo Ejército no puede combatir sin víveres, y no los hay. Lo sé porque yo me ocupo precisamente de eso. He recorrido esta comarca en todas direcciones desde que recuperamos Atlanta y no queda en ella ni lo bastante para alimentar a un tordo. Lo mismo ocurre si uno desciende quinientos kilómetros más al sur, hacia Savannah. La gente se muere de hambre, los ferrocarriles están destrozados, no hay fusiles, las municiones se acaban y no tenemos ni suelas para las botas... Como ve usted, ya hemos llegado casi al fin.

El eclipse de las esperanzas de la Confederación pesaba menos en el ánimo de Scarlett que sus manifestaciones acerca de la gran escasez de víveres. Ella había tenido la intención de enviar a Pork con el carro y el caballo, las monedas de oro y el dinero del Norte para que recorriese toda la comarca en búsqueda de provisiones. Pero si era verdad lo que Frank había dicho...

Sin embargo, Macón no había caído. Y debía de haber víveres de alguna clase en Macón. Tan pronto como se hubiesen alejado un poco los del comisariado, enviaría a Pork a la ciudad, arriesgándose a que el Ejército se quedase con el valioso animal. Tenía que intentarlo.

—Bueno, no hablemos más acerca de cosas desagradables esta noche, señor Kennedy —dijo—. Vaya usted a sentarse al despachito de mamá, y yo le enviaré a Suellen para que puedan..., bueno, para que puedan hablar ustedes un poco a solas.

Ruborizado y sonriente, Frank se deslizó afuera de la estancia, seguido por la mirada de Scarlett.

«¡Qué lástima que no puedan casarse en seguida! —pensó ella—. Sería una boca menos que alimentar.»

29

Al llegar abril, el general Johnston, a quien le habían devuelto los maltrechos restos de las tropas de su antiguo mando, se rindió con ellas en Carolina meridional y se terminó la guerra. Pero la noticia no llegó a Tara hasta dos semanas más tarde. Había demasiado que hacer en Tara para que nadie malgastase el tiempo en viajes y excursiones para averiguar lo que se rumoreaba, y, como sus vecinos andaban tan ocupados como ellos, no se hacían muchas visitas, y las noticias se difundían muy lentamente.

La labor de arado primaveral estaba en su punto culminante, y las semillas de algodón y de hortalizas que Pork trajera de Macón empezaban a sembrarse. Pork no servía ya casi para nada, desde tal viaje, de puro orgullo por haber regresado de Macón con el carro cargado de telas, semillas, aves de corral, jamones, carne fresca, harina. Una y otra vez contaba la historia de los peligros en que se viera, de los senderos por los que hubo de meterse al regresar a Tara. Había estado de viaje cinco semanas, cinco semanas de agonía para Scarlett. Pero no le reprendió a su vuelta a Tara, porque se sentía contentísima de que el negro hubiese podido efectuar su misión con tanto éxito, devolviéndole, además, casi tanto dinero como ella le había dado. Mucho sospechaba ella que la causa de que le sobrase tanto dinero era que la mayor parte de las aves y carnes que trajo no eran producto de compras. Pork se hubiera avergonzado de gastar el dinero cuando encontraba por el camino tantos ahumaderos y gallineros mal vigilados.

Ahora que tenía algunas provisiones, todo el mundo en Tara trataba de restablecer en lo posible un plan de vida normal. Había allí trabajo para todas las manos, demasiado trabajo, incesante e interminable. Había que arrancar los tallos secos del algodón del año anterior para dejar sitio a las semillas de este año, y el reacio caballo, no acostumbrado a tirar de un arado, lo arrastraba por los campos de mala gana. Había que quitar las malas hierbas del huerto y plantar las semillas, había que cortar la leña para la lumbre, y había que comenzar a rehacer las pocilgas y los muchos kilómetros de valla que tan despreocupadamente quemaran los yanquis, había que inspeccionar dos veces al día los cepos para conejos que tendía Pork, y no se podía dejar de reponer el cebo en las cañas de pesca junto al río. Había camas por hacer, suelos por barrer, comidas que preparar, platos y cubiertos que lavar, cerdos y gallinas que alimentar, huevos que recoger. Había que ordeñar la vaca y llevarla a pastar junto al pantano, y alguien tenía que quedarse a vigilarla por miedo a que los yanquis o los mismos hombres de Frank volviesen y se llevasen a tan útilísimo animal. Incluso el pequeño Wade trabajaba. Todas las mañanas salía con aire de persona importante para recoger ramitas secas y trozos de corteza de árbol que servían para encender la lumbre.

Fueron los chicos de los Fontaine los primeros del condado que regresaron de la guerra, los que trajeron la noticia de la rendición. Alex, que todavía llevaba las botas, iba a pie, y Tony, descalzo, cabalgaba a pelo sobre un mulo. Tony siempre se las componía para salir el mejor librado de la familia. Los Fontaine estaban más curtidos que nunca, después de cuatro años de exposición al sol y a los elementos, más delgados y enjutos, y las descuidadas barbas negras que traían de la guerra les hacían parecer hombres desconocidos.

De camino para Mimosa y ansiosos de llegar a su casa, sólo se detuvieron en Tara unos instantes para saludar a las chicas y darles la noticia de la rendición. Todo había terminado, dijeron, y no parecían querer hablar mucho de ello. Lo único que les interesaba saber era si Mimosa había sido quemada o no. En su viaje de regreso desde Atlanta, habían

pasado por delante de chimeneas desnudas que se erguían en los lugares en donde antes estaban las casas de sus amigos, y les parecía demasiado esperar que la suya hubiera resultado indemne. Suspiraron con alivio al escuchar tan agradable información, y rieron y se dieron palmadas en los muslos cuando Scarlett les contó la loca carrera de Sally y cómo había saltado tan magníficamente por encima de la cerca de malezas.

—Es una chica con mucho coraje —dijo Tony—, y es una lástima que haya tenido la desgracia de que matasen a Joe. ¿No tendría usted por ahí tabaco de mascar, Scarlett?

—Nada más que eso que llaman «tabaco conejero». Papá lo fuma en una pipa de maíz.

—Todavía no he caído tan bajo —respondió Tony—, pero llegaré seguramente a ello.

—¿Y Dimity Munroe, está bien? —preguntó Alex con ansiedad, aunque algo embarazado.

Scarlett recordó entonces vagamente que antes parecía él andar enamorado de la hermana pequeña de Sally.

—¡Oh, sí! Vive con su tía en Fayetteville. No sé si sabe usted que también ardió su casa de Lovejoy. Y el resto de la familia está en Macón.

—Lo que él quiere preguntar es si se ha casado Dimity con algún bravo coronel de la Guardia Territorial —dijo Tony burlonamente.

Alex le miró con aire furioso.

—Por supuesto, no se ha casado —repuso Scarlett, divertida.

—Acaso hubiera hecho mejor casándose —dijo Alex con melancolía—. ¿Cómo demonios... y perdone usted, Scarlett; pero cómo puede un hombre atreverse a pedir a una chica que se case con él cuando se ha quedado sin negros y sin ganado y no tiene un centavo en el bolsillo?

—Ya sabe que eso no le importaría a Dimity —dijo Scarlett.

Podía ser leal a Dimity y hablar bien de ella, porque Alex Fontaine no había figurado nunca en el coro de sus propios admiradores.

—¡Qué demonios! Perdón otra vez, Scarlett. Como no me quite este vicio de jurar, la abuela me va a dar una buena tunda. Yo no puedo pedir a una señorita que se case con un pordiosero. Acaso no le importase a ella, pero a mí sí.

Mientras Scarlett hablaba con los muchachos, en el pórtico delantero, Melanie, Suellen y Carreen se deslizaron dentro de la casa tan pronto como oyeron la noticia de la rendición. Cuando se marcharon los chicos, atravesando los campos de Tara hacia su casa, Scarlett entró y oyó sollozar a las chicas, sentadas todas en el sofá del despachito de Ellen. Se había disipado para siempre aquel hermoso y brillante sueño tan esperado y tan querido: la Causa que habían abrazado sus amigos, novios y esposos, y que había arruinado a sus familias, la Causa que ellas creían invencible estaba perdida para siempre. Pero para Scarlett no era ocasión de lágrimas. En el instante en que oyó la noticia sólo pensó: «¡Gracias a Dios! Ya no me robarán la vaca. Ya está el caballo a salvo. Ahora podemos sacar del pozo los cubiertos de plata y todos usaremos tenedor y cuchillo. Ahora ya no tendré miedo al salir a buscar algo que comer.»

¡Qué alivio! Nunca más tendría que asustarse al oír el ruido de cascos de caballos. Nunca más se despertaría por la noche, reteniendo la respiración para escuchar mejor, dudando si era real o soñado el ruido de sables y cascos que había creído oír en el patio, las roncas voces de mando de los yanquis... Y, sobre todo, ¡Tara estaba a salvo! Su más terrible pesadilla ya no se convertiría en realidad. Ahora ya jamás tendría que ver desde fuera cómo

se arremolinaban las nubes de humo que salían de la casa ni escuchar el rugido de las llamas al desplomarse el tejado.

Sí, la Causa había muerto, pero la guerra siempre le pareció a ella una cosa estúpida, y la paz era siempre preferible. Jamás se quedó con los ojos iluminados y extáticos cuando izaban la bandera de las estrellas y las franjas en lo alto de un mástil, ni sintió escalofríos cuando tocaban el himno *Dixie.* No había sido el fanatismo el que la había sostenido a través de todas las privaciones, de las fatigosas labores de enfermera, de los temores del ataque y el hambre de los últimos meses, que era lo que hacía soportable todo ello a los demás, con tal de que la Causa prosperase. Todo había terminado para siempre, pero no era Scarlett quien iba a derramar lágrimas por ello.

¡Todo había terminado! Aquella guerra que parecía interminable, aquella guerra que, indeseada por todos, había seccionado su vida en dos, había socavado una hendidura tan profunda entre ambas partes que era ahora difícil para ella recordar los días tranquilos y plácidos. Podía mirar hacia atrás sin emoción, a la linda muchacha que fuera, con los delicados zapatitos de tafilete verde y con los volantes de la falda perfumados de lavanda; pero dudaba de poder volver a ser la misma persona, la misma Scarlett O'Hara, con todo el condado a sus pies, con cien esclavos para atender sus caprichos y con el muro de la riqueza de Tara y el apoyo de amantísimos padres, ansiosos de complacer su menor deseo. Aquella Scarlett mimada y superficial que jamás tuvo un antojo que no quedase satisfecho, a excepción de lo que se refería a Ashley...

En alguna parte, en la prolongada cuesta que había tenido que recorrer durante esos cuatro años, la señorita perfumada y con zapatitos de baile se había esfumado, dejando su puesto a una mujer de acerados ojos verdes, que contaba los centavos y empleaba sus manos en diversos trabajos manuales, una mujer a la que nada quedaba del naufragio excepto la indestructible tierra rojiza que pisaba.

Mientras permanecía en el corredor oyendo los sollozos de las chicas, su imaginación trabajaba.

«Plantaremos más algodón, mucho más. Enviaré a Pork mañana a Macón para comprar más semilla. Ahora, los yanquis no lo quemarán, y nuestras tropas no lo necesitan. ¡Dios mío! ¡El algodón tendrá una subida enorme este otoño!»

Entró en el despachito y, sin hacer caso de las muchachas que sollozaban en el sofá, se sentó ante el pupitre y cogió una pluma para calcular el coste de la semilla y cuánto dinero disponible le quedaría.

«La guerra ha terminado», pensó de nuevo, y de pronto soltó la pluma y se dejó inundar de intensa felicidad. La guerra se había acabado, y Ashley —¡si Ashley estaba vivo!— no tardaría en volver. Dudaba de que Melanie, dominada por su tristeza al llorar por la Causa perdida, hubiese pensado en ello.

«Pronto habremos de recibir alguna carta... No, cartas no. No se pueden recibir cartas. Pero pronto... ¡Oh, él nos avisará de un modo o de otro!»

Mas los días se convirtieron en semanas, y todavía no llegaban noticias de Ashley. El servicio postal en el Sur era inseguro, y en los distritos rurales ni siquiera lo había. Ocasionalmente, algún viajero que pasaba por allí desde Atlanta les traía una notita de la tía Pitty rogando a las muchachas que volviesen. Pero jamás la menor noticia de Ashley.

Después de la rendición, la jamás desaparecida disensión entre Suellen y Scarlett se avivó. Ahora que ya no existía el temor a los yanquis, Suellen quería ir a hacer visitas a sus vecinos. Solitaria y echando de menos la agradable sociabilidad de otros tiempos, Suellen ansiaba ver a sus amistades, aunque sólo fuese para cerciorarse de que el resto del condado

estaba en tan mala situación como Tara. Pero Scarlett se mostró inflexible. El caballo era para el trabajo, para arrastrar troncos del bosque, para arar, para que Pork fuese en búsqueda de alimentos. Y los domingos, el pobre animal tenía derecho a pastar por el prado y descansar. Si Suellen quería darse el gusto de ir de visitas, que fuese a pie.

Antes del año precedente, Suellen jamás había caminado cien metros, y la perspectiva distaba mucho de ser agradable para ella. Por lo tanto, se quedaba en casa lloriqueando y gimiendo y repitiendo sin cesar: «¡Oh, si mamá estuviese aquí!» Hasta que Scarlett le soltó el tan prometido bofetón, con tanto vigor que la derribó sobre la cama chillando, lo que causó gran consternación en toda la casa. Pero, en adelante, Suellen no se quejó tanto, por lo menos en presencia de Scarlett.

Esta era sincera al decir que quería dar descanso al caballo, pero sólo a medias. La otra mitad de la verdad era que ella había hecho una tanda de visitas en el primer mes después de la rendición, y el espectáculo de los antiguos amigos y de las antiguas plantaciones había minado su valor más de lo que quería reconocer.

Los Fontaine habían salido mejor librados que nadie, gracias a la prodigiosa carrera de Sally; pero su situación era floreciente sólo por comparación con la desesperada situación de los demás vecinos. La abuela Fontaine jamás pudo recuperarse totalmente del ataque al corazón que sufrió al dirigir a los demás para apagar las llamas y salvar la casa. El viejo doctor Fontaine convalecía lentamente de la amputación de un brazo. Alex y Tony tenían que emplear sus inexpertas manos en el manejo del arado y la hoz. Se inclinaron sobre la valla para estrechar la mano de Scarlett cuando llegó, y se rieron de su destartalado carromato, aunque con amargura en los ojos porque se burlaban de sí mismos tanto como de ella. Quería comprarles semillas de maíz. Ellos le prometieron vendérselas, y se pusieron a charlar de los problemas del campo. Poseían doce gallinas, dos vacas, cinco cerdos y la mula que llevaban consigo al venir de la guerra. Uno de los cerdos acababa de morir, y tenían gran miedo a perder los otros. Al escuchar frases tan serias acerca de los cerdos en boca de aquellos señoritos antaño tan elegantes que jamás habían tenido problemas más serios que la elección de corbata, Scarlett se rió; pero también su risa era amarga.

Todos la recibieron muy cordialmente en Mimosa, e insistieron en regalarle, no en venderle, la semilla de maíz. Los vivos temperamentos de la familia Fontaine saltaron en cuanto ella puso un billete sobre la mesa, y se negaron en absoluto a admitir el pago. Por lo tanto, Scarlett recogió el billete y lo deslizó ocultamente en la mano de Sally. Sally era muy diferente de la joven que había recibido a Scarlett ocho meses antes, cuando ella acababa de regresar a Tara. Ahora, toda su vivacidad había desaparecido, como si la rendición le hubiese quitado todas las esperanzas.

—Scarlett —le preguntó asiendo el billete—. ¿De qué ha servido todo? ¿Por qué peleamos? ¡Oh, mi pobre Joe! ¡Oh, mi pobre niño!

—No sé por qué combatimos ni me importa —replicó Scarlett—. No me interesa. No me interesó nunca. La guerra es cosa para los hombres, no para las mujeres. Lo único que me interesa ahora es una buena cosecha de algodón. Toma ese dólar y cómprale un vestidito al pequeño. Bien sabe Dios que lo necesita. Yo no quiero robaros ese maíz, a pesar de toda la gentileza de Alex y de Tony.

Los muchachos la acompañaron hasta el carro y la ayudaron, corteses a pesar de sus harapos, con el buen humor de los Fontaine; pero el cuadro de su pobreza reflejado aún en sus ojos hacía temblar a Scarlett al abandonar Mimosa. Estaba ya cansada de la miseria y la penuria. ¡Qué agradable debía de ser tratarse con gentes ricas que no tuviesen que preocuparse acerca de si comerían o no al día siguiente!

Cade Calvert estaba en su casa de Pine Bloom, y, cuando ella subió los peldaños de aquella morada en la cual había bailado tan frecuentemente en días más felices, vio que la muerte se retrataba en si rostro. Se hallaba demacrado y tosía atrozmente al sentarse en un sillón al sol, con una manta sobre las rodillas, pero sus facciones se iluminaron al verla. Sólo tenía un poco de frío que le había bajado al pecho, dijo, al tratar de levantarse para recibirla. Pero desaparecería pronto y entonces podría ayudar también en el trabajo.

Cathleen Calvert, que salió del interior de la casa al oír el sonido de voces, cruzó su mirada con la de Scarlett por encima de la cabeza de su hermano, y en ella leyó un exacto conocimiento de su estado y la natural desesperación. Cade podía ignorarlo, pero Cathleen lo sabía. Pine Bloom estaba sin arar e invadida por hierbas de toda clase, las pinas comenzaban a soltar sus semillas por los campos y la casa tenía un aire de abandono y de ruina. Cathleen estaba flaca y como en tensión.

Ellos dos, con su madrastra yanqui, sus cuatro hermanastros e Hilton, el capataz yanqui, continuaban en la silenciosa casa llena de inusitados ecos. A Scarlett el capataz yanqui, Hilton, nunca le había resultado más simpático que su propio capataz, Jonnas Wilkerson, y le era todavía menos simpático ahora que andaba por allí y la saludaba como a una igual. Anteriormente mostraba ya la misma combinación de servilismo e impertinencia que Wilkerson, pero ahora, muertos en la guerra el señor Calvert y Raiford, y enfermo Cade, había descartado todo servilismo, La segunda señora de Calvert jamás había sabido inspirar respeto a sus criados negros, y no se podía esperar que se lo impusiese a un blanco.

—El señor Hilton ha sido tan bueno quedándose con nosotros en tiempos tan difíciles... —decía la señora Calvert, nerviosamente—. Muy bondadoso. Supongo que estarás enterada de cómo salvamos dos veces nuestra casa cuando Sherman estuvo aquí. No sé cómo hubiéramos podido arreglarnos sin él, no teniendo dinero y con Cade...

El rubor coloreó las mejillas de Cade y las largas pestañas de Cathleen velaron sus ojos mientras se endurecía la expresión de su boca. Scarlett sabía que todo su ser se retorcía de rabia impotente al tener algo que agradecer a su capataz yanqui. La señora Calvert parecía a punto de romper a llorar. Debía de haber cometido algún lamentable error. Siempre cometía alguno. No acertaba a entender a las gentes del Sur, a pesar de haber vivido en Georgia durante veinte años. Nunca sabía cómo debía hablar a sus hijastros, los cuales, dijese lo que dijese, siempre se mostraban exquisitamente corteses con ella. En silencio juraba y perjuraba que se volvería al Norte, con los suyos, llevándose a sus hijos propios y dejando para siempre a aquellos enigmáticos aunque correctísimos extraños. Después de tales visitas, Scarlett no sintió deseos de ver a los Tarleton. Ahora que no estaban allí los cuatro muchachos Tarleton y que la casa se hallaba quemada y toda la familia tenía que hacinarse en la casita del capataz, no podía resolverse a visitarlos. Pero Suellen y Carreen se lo rogaron, y Melanie dijo que parecería poco amistoso no saludar al señor Tarleton a su regreso de la guerra, de modo que Scarlett fue allí un domingo.

Aquello resultó lo peor de todo.

Al pasar por las ruinas de la antigua casa, vieron a Beatrice con un raído traje de montar, con la fusta debajo del brazo, sentada sobre la traviesa superior de la valla y contemplando el vacío. Junto a ella, se mantenía en equilibrio el negrito zambo que había entrenado antes los caballos de Beatriz y que parecía tan decaído como su ama. La caballeriza, antes rebosante de inquietas jacas y plácidas yeguas de cría, estaba ahora vacía, a excepción de una mula, la mula con que el señor Tarleton había cabalgado a su regreso del Sur.

—Te juro que no sé qué hacer ahora que he perdido los seres más queridos para mí

—dijo la señora Tarleton bajándose de la valla. Un extraño hubiera podido creer que se trataba de sus cuatro hijos, muertos en la guerra, pero las chicas sabían que eran los caballos los que echaba de menos—. ¡Mis preciosos caballos, todos muertos! ¡Oh, mi pobre Nellie! ¡Si al menos me quedase Nellie! Pero aquí no queda nada, nada más que una mula. ¡Una maldita mula! —repitió mirando indignada al flacucho animal—. Es un insulto a la memoria de mis queridos purasangres tener una mula en sus caballerizas. ¡Las mulas son seres antinaturales, mal engendrados, y debiera prohibirse criarlas! Jim Tarleton, completamente transformado bajo una barba enmarañada, salió de la casa del capataz para saludar a las muchachas, y sus cuatro hijas pelirrojas con sus vestiditos muy remendados salieron corriendo también, dando pisotones a la docena de perros canelos y blancos que se precipitaron hacia la puerta al oír voces extrañas. Se observaba en toda la familia un aire de resuelto y determinado optimismo que causó a Scarlett mayor impresión que la amargura de Mimosa o la fúnebre atmósfera de Pine Bloom.

Los Tarleton insistieron en que las cuatro chicas se quedasen allí a comer, diciendo que ahora recibían muy pocas visitas y tenían ganas de saber noticias. Scarlett no quería prolongar su visita, porque aquel ambiente la oprimía, pero sus dos hermanas y Melanie sentían también ganas de cambiar impresiones y por lo tanto se quedaron al fin para comer parcamente la carne con guisantes secos que les sirvieron.

Todos bromearon acerca de la abreviada minuta, y las chicas se rieron mucho contando las transformaciones y arreglos que hacían para vestirse, como si para ellas todo fuese un divertido juego. Melanie contribuyó no poco al buen humor general, sorprendiendo a Scarlett con su inesperada vivacidad al relatar todas las tribulaciones pasadas en Tara, pero tomándolas por el lado jocoso. Scarlett, en cambio, apenas podía hablar. El comedor le parecía vacío sin los cuatro chicos Tarleton, que siempre daban vueltas por la sala fumando y bromeando. Y, si a ella le parecía vacía, ¿qué habría de parecerles a ellos, que se esforzaban ahora por presentar un aspecto sonriente?

Carreen no había hablado mucho durante la comida, pero al terminar se puso al lado de la señora Tarleton y le habló al oído. La fisonomía de la señora Tarleton se alteró y la frágil sonrisa abandonó sus labios cuando pasó el brazo alrededor del fino talle de Carreen. Salieron ambas del comedor, y Scarlett, que no podía ya soportar la atmósfera de aquella casa, las siguió. Bajaron por el sendero que cruzaba el jardín y Scarlett vio que se dirigían hacia el pequeño cementerio de la familia. Pero le era ya imposible volver a la casa. Parecería demasiado descortés. ¿Por qué se le había ocurrido a Carreen llevar a la señora Tarleton hasta la sepultura de sus hijos cuando Beatrice hacía tan denodados y visibles esfuerzos por mostrarse valiente?

Había dos nuevas losas de mármol en la parcela cerrada con ladrillos bajo los cedros funerarios... Tan nuevas que la lluvia todavía no las había salpicado de polvo rojizo.

—Las tenemos desde la semana pasada —dijo con orgullo la señora Tarleton—. Mi esposo fue a Macón y las trajo en el carro.

¡Piedras sepulcrales! ¡Lo que debían de haber costado! Y, repentinamente, a Scarlett ya no le dieron tanta pena como antes los Tarleton. Personas que derrochaban el precioso dinero en lápidas cuando los alimentos estaban tan caros no merecían mucha compasión. Cuantas más letras grabadas, más caro el precio. ¿Estaría loca toda la familia? Y les habría costado también no poco dinero traer los tres cadáveres. De Boyd, no se habían encontrado ni trazas.

Entre los sepulcros de Brent y de Stuart había una lápida que decía: «En vida fueron buenos y amables y la muerte no los separó.»

Sobre la otra tumba aparecían los nombres de Boyd y de Tom, con una inscripción en latín que comenzaba: «Dulce et...»[16]; pero nada significaba esto para Scarlett, que había conseguido eludir el estudio del latín en la Academia de Fayetteville.

¡Tanto dinero en lápidas! ¡Eran idiotas! Se sentía tan indignada como si fuese suyo el dinero derrochado.

Los ojos de Carreen mostraban un extraño brillo.

—Me parece muy bella —dijo en voz baja, señalando la primera lápida.

A Carreen le parecía muy bien, por supuesto. Todo lo sentimental le producía efecto.

—Sí —repuso la señora Tarleton con voz suave—. Nos pareció lo más adecuado. Murieron casi al mismo tiempo, primero Stuart y luego Brent, que había recogido la bandera que su hermano soltó.

Al regresar las cuatro muchachas a Tara, Scarlett permaneció silenciosa durante algún tiempo, reflexionando sobre todo lo que había visto en las diferentes moradas, recordando a pesar suyo el condado en todo su esplendor, con huéspedes en todas las grandes casas, y el dinero abundante, con negros que se acumulaban en los pabellones, con los bien atendidos campos desbordantes de algodón.

«Dentro de otro año habrá nacientes pinos por todos estos campos —pensó. Y, mirando hacia el boscaje que los rodeaba, se estremeció—. Sin los negros, lo más que podremos hacer será subsistir. Es imposible atender debidamente una plantación sin los negros, y, como muchos campos se quedarán sin cultivar, el bosque se apoderará otra vez del terreno. Nadie podrá sembrar más que muy poco algodón, y ¿qué haremos entonces? ¿Qué será de la población rural? La gente de la ciudad se las compone bien, de un modo u otro. Siempre han sabido componérselas. Pero la gente del campo retrocederemos un siglo. Volveremos a estar como aquellos pioneros que vivían en cabanas y apenas arañaban unas hectáreas de tierra, y apenas existían. No —pensaba con resolución—. En Tara no va a suceder eso. ¡Aunque tenga que ponerme a arar yo misma! Toda la comarca, todo el Estado, pueden volver a ser bosques, si quieren, pero yo no voy a dejar que Tara se pierda. Y no seré yo quien malgaste el dinero con tumbas ni el tiempo en lloriquear a propósito del resultado de la guerra. De un modo o de otro nos arreglaremos. Sé que podremos arreglárnoslas si no han muerto todos los hombres. La pérdida de los negros no ha sido lo peor. Es la pérdida de nuestros hombres, de los más jóvenes.»

Pensó nuevamente en los cuatro Tarleton y en Joe Fontaine, en Raiford Calvert y en los hermanos Munroe y en todos los muchachos de Fayetteville y de Jonesboro cuyos nombres había leído en la lista de bajas.

«Si quedasen hombres suficientes podríamos defendernos, pero...»

Otra idea se le ocurrió. ¿Y si pensase en casarse otra vez? Por supuesto, no quería casarse nuevamente. Una vez era más que suficiente. Además, el único hombre a quien ella había querido era Ashley, y Ashley, si aún vivía, estaba casado. Pero, suponiendo que ella tuviese ganas de casarse, ¿con quién hacerlo? La idea era aterradora.

—Melly —preguntó—, ¿qué va a ser de las muchachas del Sur?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. ¿Qué les va a ocurrir? No queda nadie para casarse con ellas. Mira, Melly, con todos esos jóvenes muertos en la guerra, miles de chicas en todo el Sur tendrán que quedarse solteras.

—Y no podrán tener hijos —añadió Melanie, para quien esto era lo más importante.

Evidentemente, la idea no era nueva para Suellen, que estaba sentada en la trasera

del carro, porque se puso a llorar repentinamente. No había sabido nada de Frank Kennedy desde Navidad. No sabía si ello era culpa del servicio de correos o si él se había propuesto únicamente burlarse de su candidez. O acaso le hubieran matado en los últimos días de la guerra. Ella hubiera preferido esto último a quedar olvidada, porque en la muerte de un novio existía cierta dignidad, como en el caso de Carreen y de India Wilkes, pero la situación de una muchacha abandonada por su prometido era humillante.

—¡Oh, cállate ya, por Dios! —protestó Scarlett.

—¡Claro, vosotras podéis hablar! —decía Suellen entre sollozos—, porque os pudisteis casar y habéis tenido hijos, y todo el mundo sabe que hubo un hombre que os prefirió a las demás. Pero ¡miradme a mí! Y todavía me reprocháis con mala intención que sea soltera. ¡Como si yo tuviese la culpa! Sois odiosas las dos.

—¡Cállate! Ya sabes que detesto a las personas que se pasan la vida gimiendo. Sabes muy bien que tu viejo de las barbas color de canela no ha muerto y que cualquier día vendrá a casarse contigo. El pobre es tan tonto como eso. Pero, personalmente, yo preferiría quedarme soltera a casarme con él.

Volvió a reinar el silencio en la parte trasera del carro, y Carreen consoló a su hermana con unas palmaditas cariñosas, pero su mente estaba muy lejos, pues se acordaba de los paseos a caballo, tres años atrás, con Brent Tarleton a su lado. En sus ojos se reflejaba un brillo de exaltación.

—¡Oh! —decía Melanie con tristeza—. ¿Qué será ahora del Sur sin nuestros magníficos muchachos? ¿Qué hubiera sido de él si hubiesen sobrevivido? Su bravura, su energía y su cerebro nos hubieran servido ahora de mucho. Scarlett, nosotras, las que tenemos hijos, debemos eduCharles para que reemplacen a los que se fueron, para que sean tan buenos y valientes como ellos.

—Jamás habrá hombres como ellos —dijo Carreen suavemente—. Nadie puede reemplazarlos.

Y el resto del trayecto se hizo en silencio.

Un día, poco después, Cathleen Calvert llegó a caballo a Tara, cerca de la puesta del sol. Su silla de amazona adornaba ahora la mula más tristona que jamás había visto Scarlett, una animal cojo y de orejas caídas. Cathleen tenía un aire casi tan decaído como su escuálida cabalgadura. Su vestido era de percal desteñido, de la calidad que anteriormente sólo usaban las criadas, y su sombrero de paja estaba sujeto a la barbilla por un trozo de bramante. Llegó hasta el mismo pórtico, pero no desmontó, y Scarlett y Melanie, que estaban contemplando el crepúsculo, descendieron los peldaños para saludarla. Cathleen se hallaba tan blanca como Cade el día en que ellas estuvieron en su casa, pálida, dura, tensa, como si su fisonomía estuviese a punto de agrietarse mientras hablaba. Pero su espina dorsal se mantenía totalmente rígida y su cabeza se mostraba erguida al saludarlas.

Scarlett se acordó súbitamente de aquel día de la barbacoa en casa de los Wilkes, cuando ella y Cathleen habían cuchicheado acerca de Rhett Butler. ¡Qué bonita y graciosa estaba Cathleen aquel día con un vestido de organdí lleno de volantes y un ramito de fragantes rosas en la cintura, y unos zapatitos de terciopelo negro atados sobre sus delicados tobillos! Ahora no quedaban ni trazas de aquella jovencita en la rígida figura que se erguía sobre la mula.

—No me apeo, gracias —dijo—. He venido sólo para deciros que me voy a casar.

—¿Qué? —¿Con quién? —¡Enhorabuena, Cathleen!

—¿Cuándo?

—Mañana —contestó quietamente Cathleen, y en su voz había algo que borró

pronto las sonrisas de las muchachas—. He venido a deciros que me caso mañana, en Jonesboro... y que no voy a invitaros a la boda.

La escucharon en silencio, mirándola, intrigadas. Al fin, Melanie habló:

—¿Es alguien conocido?

—Sí —contestó Cathleen lacónicamente—. Con el señor Hilton.

—¿El señor Hilton? —Sí, el señor Hilton, nuestro capataz.

Scarlett no encontró alientos ni para exclamar «¡Oh!», pero Cathleen, fijando bruscamente sus ojos en Melanie, dijo con voz ronca y feroz:

—¡Si lloras, Melly, no podré soportarlo! ¡Me moriré aquí mismo! Melanie nada dijo, pero inclinó la cabeza e hizo una caricia al pie que, calzado en un zapato de confección casera, colgaba del estribo. —Y no me acaricies. ¡No puedo soportarlo tampoco! Melanie retiró la mano, pero sin levantar la cabeza todavía. —Bueno, tengo que marcharme. No he venido más que para decíroslo. La pálida máscara volvió a cubrir su faz, mientras ella recogía las riendas.

—¿Cómo sigue Cade? —preguntó Scarlett, incapaz de encontrar palabras que pudiesen romper el embarazoso silencio.

—Está muriéndose —dijo Cathleen concisamente. Su voz parecía desprovista de todo sentimiento—. Y va a morirse con alguna comodidad y tranquilidad, si puedo arreglar las cosas, sin la preocupación de lo que me queda por pasar a mí cuando él desaparezca del mundo. Mi madrastra y los pequeños se vuelven al Norte mañana, y se quedarán allí. Bueno, me voy.

Melanie levantó la cabeza y encontró la dura mirada de Cathleen. Había lágrimas en las pestañas de Melanie, y comprensión en sus ojos, y ante esto los labios de Cathleen se curvaron en la forzada sonrisa del chiquillo valiente que no quiere llorar. Todo ello era sumamente confuso para Scarlett, que todavía estaba tratando de hacerse a la idea de que Cathleen Calvert iba a casarse con un capataz... Cathleen, hija de un rico plantador; Cathleen, que, después de Scarlett, tenía más adoradores que ninguna otra señorita de la comarca.

Cathleen se inclinó y Melanie se puso de puntillas. Se besaron. Entonces, Cathleen dio una fuerte sacudida a las riendas y la vieja mula se puso en movimiento.

Melanie la siguió con la vista; las lágrimas le corrían ahora por las mejillas. Scarlett miraba al vacío todavía, como aturdida.

—Melly, ¿estará loca? No es posible que pueda haberse enamorado de él.

—¿Enamorado? ¡Oh, Scarlett!, ¿cómo se te ocurre pensar una cosa tan horrenda? ¡Oh, pobre Cathleen! ¡Pobre Cade!

—¡Bobadas! —exclamó Scarlett, que comenzaba a sentirse irritada. Era molesto que Melanie siempre pareciese comprender ciertas situaciones mejor que ella. La de Cathleen le parecía a ella más inesperada que catastrófica. Por supuesto, no era cosa muy agradable lo de casarse con un yanqui de clase baja, pero, después de todo, una mujer no podía vivir sola en una plantación; era forzoso tener un marido que la ayudase a dirigirla.

—Es lo que te decía yo el otro día, Melly... No hay nadie con quien puedan casarse las chicas, y tienen que casarse con alguien.

—¡Oh, no necesitan casarse! No es ninguna vergüenza quedarse soltera. Ahí tienes a tía Pitty. ¡Yo hubiera preferido ver a Cathleen muerta! El mismo Cade, estoy segura, lo hubiera preferido también. Este es el fin de los Calvert. ¡Pensar que ella..., pensar lo que serán sus hijos! ¡Oh, Scarlett, di a Pork que ensille el caballo y corra tras ella para decirle que se venga a vivir con nosotras!

—¡Santo Dios! —exclamó Scarlett, horrorizada por la facilidad con que Melanie ofrecía Tara a los demás. Por supuesto, Scarlett no tenía ninguna intención de alimentar otra boca. Iba a decirlo así, pero algo en el rostro emocionado de Melanie retuvo sus palabras.

—No vendría, Melly —dijo, corrigiéndose—. Ya sabes tú que no vendría. Es muy soberbia, y le parecería que le ofrecemos una limosna.

—¡Es verdad, es verdad! —prorrumpió afligida Melanie contemplando cómo la nubecilla de rojizo polvo se iba esfumando a lo lejos por la carretera.

«Llevas conmigo varios meses —pensó Scarlett gravemente, mirando a su cuñada — y jamás se te ha ocurrido pensar que tú vives también de limosna. Probablemente no se te ocurrirá nunca. Eres una de esas personas a las que la guerra no ha cambiado en lo más mínimo, y sigues pensando y obrando como si no hubiese pasado nada..., como si fuésemos todavía ricos como Creso y tuviésemos tanto que comer que no supiéramos cómo deshacernos de todo y los huéspedes no nos importaran. Me figuro que habré de cargar contigo por todo lo que me queda de vida. Pero no quiero cargar también con Cathleen.»

30

Durante el caluroso verano que siguió a la paz, Tara salió repentinamente de su aislamiento. A lo largo de varios meses, una riada de espectros barbudos, andrajosos y siempre hambrientos y con los pies doloridos, subieron trabajosamente el rojizo cerro hasta Tara para descansar sobre los sombreados peldaños del pórtico delantero, solicitando algo que comer y alojamiento por una noche. Eran soldados confederados que regresaban a pie a sus casas. El ferrocarril había transportado los restos del ejército de Johnston desde Carolina del Norte hasta Atlanta, y los había descargado a todos allí, y desde Atlanta comenzaban las peregrinaciones individuales. Cuando pasó la oleada de soldados de Johnston comenzaron a llegar los fatigados veteranos del ejército de Virginia, y después las tropas occidentales, dirigiéndose todos hacia el sur, hacia hogares que acaso no existieran ya, y a unirse con familias que quizás estuvieran dispersas o muertas. La mayoría caminaban a pie, unos cuanto afortunados cabalgaban sobre flacos jamelgos y muías que, según las cláusulas de la rendición, podían conservar, extenuados animales que aun el más lerdo podía ver que no llegarían jamás a Florida o a Georgia meridional.

¡A casa! ¡A casa! Este era el único pensamiento que albergaba la mente de aquellos soldados. Unos estaban tristes y silenciosos; otros alegres y sin hacer caso de todas las dificultades, porque la idea de que la guerra había terminado y de que volvían a sus casas sostenía su ánimo. Muy pocos se mostraban enconados y vengativos. Dejaban los odios a las mujeres y a los viejos. Habían sostenido una buena pelea, habían perdido, y ahora estaban dispuestos a empuñar el arado otra vez bajo la misma bandera contra la que combatieran activamente.

¡A casa! ¡A casa! No sabían hablar de otra cosa, ni de batallas, ni de heridas, ni de prisiones, ni siquiera del porvenir. Más tarde revivirían las batallas y contarían a sus hijos y a sus nietos estrategias y expediciones y cargas, y marchas forzadas, y heridas recibidas, y días de hambre, pero ahora no. Algunos de ellos habían perdido un brazo, una pierna o un ojo, muchos ostentaban cicatrices que les dolerían en tiempo lluvioso aunque viviesen hasta los setenta años, pero todas estas cosas eran insignificantes por el momento. Más tarde sería distinto.

Viejos y jóvenes, charlatanes y taciturnos, ricos plantadores y curtidos obreros, todos tenían dos cosas en común: los piojos y la disentería. El soldado confederado estaba ya tan acostumbrado a este estado parasitario, que ni pensaba en ello siquiera, y se rascaba sin el menor reparo en presencia de las damas. En cuanto a la disentería —el «flujo de sangre», como lo llamaban las damas delicadamente—, parecía no haber perdonado a nadie, ya fuera simple soldado o general. Cuatro años de deficiente nutrición, cuatro años de raciones indigestas o en mal estado, habían dejado rastros profundos en cada uno de los militares que se detuvieron en Tara, y el que no estaba convaleciente de tal enfermedad era porque la padecía aún.

—No hay un solo vientre sano en todo el ejército confederado —observaba Mamita sombríamente, mientras sudaba junto a la lumbre preparando una amarga infusión de raíces de morera que había sido el soberano remedio de Ellen para tales afecciones—. Para mí no fueron los yanquis los que vencieron a nuestros señores. Fueron esas cosas que llevan dentro. No hay nadie que pueda pelear cuando las tripas se le vuelven agua.

Mamita daba su medicina a todos, sin detenerse a hacer inútiles preguntas acerca del estado de sus órganos interiores, y todos ellos bebían la poción sumisamente y con caras

contraídas por el amargor, recordando acaso otros rostros negros mucho más duros y otras manos negras e inexorables que sostenían cucharas con medicamentos.

En cuanto a la «compañía», Mamita se mostraba no menos severa. En Tara no podía entrar ningún soldado piojoso. Los obligaba a ir tras un grupo de malezas, los despojaba de sus uniformes, les daba un barreño de agua y un recio jabón de greda para lavarse, y les dejaba mantas o colchas para cubrir su desnudez mientras ella metía en agua hirviendo todas sus ropas en el enorme caldero de la colada. Era inútil que las señoritas le dijesen que esto humillaba a los pobres soldados. Mamita argumentaba que mucho más humilladas habrían de sentirse ellas si se encontraban piojos encima.

Cuando los soldados comenzaron a venir todos los días, Mamita protestó de que se les permitiese utilizar los dormitorios. Siempre temía que se le hubiese escapado algún bicho. En vez de discutir con ella, Scarlett decidió convertir en dormitorio el salón, con su mullida alfombra de terciopelo. Mamita gritó más aún ante el sacrilegio de que se permitiese a los soldados acostarse sobre las alfombras de Ellen, pero Scarlett se mantuvo firme. En alguna parte tenían que dormir los pobrecillos. Y, en los meses que siguieron a la rendición, la espesa y mullida trama de la alfombra comenzó a mostrar señales de deterioro, y el cañamazo no tardó en asomar por los lugares en donde los taconazos eran más frecuentes o en donde las espuelas habían dado más dentelladas.

A todos los soldados les preguntaban ansiosamente por Ashley. Suellen, nerviosa, siempre pedía noticias de Kennedy. Pero ninguno parecía saber quiénes eran, ni se mostraban dispuestos a hablar de los desaparecidos. Bastante era que ellos hubiesen salvado la vida, y no querían pensar en los millares que yacían en anónimas tumbas y que jamás regresarían.

La familia procuraba levantar el ánimo de Melanie después de cada una de estas decepciones. Por supuesto, Ashley no podía haber muerto en una prisión. Si así hubiese ocurrido, algún capellán yanqui les habría escrito. Sin duda regresaría, pero quizá su prisión estuviera en algún punto lejano de Tara. Aun en tren, podían ser necesarios muchos días, y si Ashley tenía que venir a pie como aquellos pobres... «¿Por qué no habrá escrito?» «Bueno, querida, todos sabemos cómo andan ahora los correos..., tan inciertos e irregulares aun en donde se han restablecido las rutas postales.» ¿Y si ha muerto por el camino?» «Melanie, alguna mujer yanqui nos hubiera escrito...»

«¡Mujeres yanquis; bah!...» «Melly, hay mujeres yanquis que son buenas.» «Sí, naturalmente, Dios no podría crear una nación sin poner en ella mujeres buenas y decentes. Scarlett, ¿no te acuerdas de que conocimos a una yanqui muy simpática en Saratoga, aquella vez? Cuéntale, cuéntale a Melly...»

—¿Simpática? ¡Narices! —contestó Scarlett—. ¡Me preguntó cuántos sabuesos teníamos en la finca para cazar a los negros si se escapaban! Estoy de acuerdo con Melly. Jamás he conocido a ningún yanqui simpático, hombre o mujer. Pero ¡no llores, Melly! Ashley volverá. El trayecto es largo, y acaso el pobre no tenga ni zapatos.

Y, ante la sola idea de que Ashley pudiese andar descalzo, Scarlett sintió ganas de llorar. Otros soldados podían andar cojeando con los pies cubiertos de trapos o retazos de alfombra, pero Ashley no. Debía regresar sobre un gallardo caballo, vestido con elegantes ropas y relucientes botas, con una pluma en el sombrero. Para ella, la última degradación era pensar que Ashley se hallaba reducido al mismo estado de miseria que los otros soldados.

Una tarde de junio, cuando todo el mundo en Tara se había congregado en el pórtico trasero para contemplar ansiosamente cómo Pork arrancaba la primera sandía de la

estación, a medio madurar nada más, oyeron pisadas de cascos por la enarenada senda de la entrada principal. Prissy se levantó lánguidamente para ir a la puerta mientras las demás discutían con ardor acerca de si debían esconder la sandía o reservarla para la cena de aquella noche, si el visitante resultaba ser algún soldado.

Melly y Carreen sugirieron que al soldado visitante se le diese también su ración, pero Scarlett, apoyada por Suellen y por Mamita, hizc señas a Pork para que la escondiese.

—¡No seáis idiotas! Ni siquiera tenemos bastante para nosotros, y si vienen dos o tres soldados hambrientos, ninguno de nosotros va a poder probarla siquiera.

Mientras Pork se quedaba quieto con la sandía apretada contra su cuerpo, inseguro de cuál sería la decisión final, oyeron chillar a Prissy:

—¡Dios Todopoderoso! ¡Señora Scarlett! ¡Señora Melly! ¡Vengan en seguida!

—¿Quién será? —gritó Scarlett, saltando por los escalones y corriendo hacia el vestíbulo con Melly a su lado y las otras detrás.

«¡Ashley! —pensó—. ¡Oh, acaso...!»

—¡Es el tío Peter! ¡El tío Peter, el de la señora Pittypat!

Corrieron todas hacia el pórtico delantero y vieron al alto y canoso viejo déspota de la casa de tía Pitty que desmontaba de una yegua con cola de ratón sobre cuyos lomos se había colocado un trozo de colchoneta. En la cara redonda y negra de tío Peter, el aire de dignidad que le era habitual pugnaba con el gozo de ver a antiguos amigos, y, como resultado, su frente quedaba surcada de profundas arrugas al tiempo que su boca se abría desdentada y feliz como la de un viejo sabueso.

Todos se precipitaron por la escalinata para saludarle, lo mismo blancos que negros, estrechando su mano y acribillándole a preguntas, pero la voz de Melly se elevó sobre la de los demás.

—¿Está enferma la tía Pitty?

—No, señora. No anda mal, gracias a Dios —contestó Peter, mirando severamente, primero a Melly y luego a Scarlett, que se sintieron algo avergonzadas sin saber por qué—. No anda mal, pero está indignada con ustedes, y, a decir verdad, también lo estoy yo. —Pero, tío Peter... ¿Qué pasa?

—No sirve de nada excusarse. ¿No les ha escrito la señora Pitty no sé cuántas veces que vayan ustedes a su casa? ¿No la he visto yo escribir y llorar después cuando le contestaban ustedes que tenían tanto que hacer aquí, en esta casucha vieja, y no podían ir? —Pero, tío Peter...

—¿Cómo la dejan ustedes tan sola, cuando ella está tan asustada? Saben tanto como yo que es una señora que no puede vivir sola y que se muere de miedo desde que volvió de Macón. Me ha dicho que les diga bien claro que no puede comprender cómo la dejan tan abandonada en estas horas de necesidad.

—Bueno, chitón ya —dijo Mamita, malhumorada, porque no le gustó que hablasen de Tara como de una «casucha vieja». Sólo un inculto negro de la ciudad podía ignorar la diferencia entre una plantación y una casucha—. ¿No estamos nosotros también en un momento de apuro? ¿No necesitamos nosotros aquí a la señora Scarlett y a la señora Melanie? Las necesitamos, y de veras. ¿Por qué la señora Pitty no pide ayuda a su hermano, si la necesita?

El tío Peter le dirigió una mirada fulminadora. —Hace años que no tenemos nada que ver con el señor Henry, y somos ya muy viejos para cambiar las cosas. —Se volvió hacia las muchachas, que trataban de reprimir la risa—. Ustedes, las señoras jóvenes, deberían sentir vergüenza de dejar tan sola a la señora Pitty, con la mitad de sus amigos

muertos y la otra mitad en Macón, y Atlanta llena de soldados yanquis y de negros libres que creen poder hacer lo que les da la gana.

Las dos muchachas habían escuchado el sermón con cara seria mientras pudieron, pero la idea de que la tía Pitty les enviaba a Peter para reprenderlas y para llevárselas en brazos a todas hasta Atlanta rebasó su fuerza de voluntad. Rompieron en carcajadas y tuvieron que apoyarse unas en otras. Naturalmente, Pork, Dilcey y Mamita también lanzaron ruidosas risotadas al ver que se tomaba a broma al audaz que se atrevía a hablar de Tara con desprecio; Suellen y Carreen se ahogaban de risa, e incluso la fisonomía de Gerald parecía sonreír vagamente. Todo el mundo se reía, excepto Peter, que, en su indignación, sólo sabía apoyar su alto cuerpo tan pronto sobre una pierna como sobre la otra.

—Pero ¿qué te pasa, negro? —le preguntó Mamita, riéndose aún—. ¿Te has vuelto demasiado viejo para proteger a tu señora ama?

Peter se sintió insultado.

—¡Demasiado viejo...! ¿Demasiado viejo yo? ¡De ningún modo! Puedo proteger a la señora Pitty como la he protegido siempre. ¿No la protegí hasta Macón cuando íbamos huidos? ¿No la protegí cuando los yanquis llegaron a Macón y ella estaba tan asustada que se desmayaba a cada momento? ¿Y no compré esta yegua para llevarla a Atlanta otra vez y defenderla, a ella y a la plata que le dejó su padre, durante todo el camino? —Peter se erguía al reivindicarse a sí mismo—. Yo no hablo de protección. Hablo de las apariencias. —¿Qué apariencias?

—Hablo de lo que dice la gente viendo que la señora Pitty tiene que vivir sola. La gente suele criticar mucho a las damas solteras que viven solas —continuó Peter. Era evidente que, para él, Pittypat seguía siendo una joven regordeta y encantadora, de dieciséis años, a la que había que preservar de las malas lenguas—. Y yo no quiero que la gente pueda hablar mal de ella. No, no señor... Y no es cosa de que alquile habitaciones en su casa para tener compañía. Ya se lo he dicho. No, mientras tenga personas de su propia carne y de su propia sangre que deban estar con ella. Pero, si las personas de su propia sangre la dejan abandonada... La señora Pitty no es más que una niña...

Al oír esto, Scarlett y Melly lanzaron verdaderos alaridos de risa y se dejaron caer sobre los peldaños de la escalinata. Finalmente, Melly tuvo que enjugarse las lágrimas que las carcajadas hacían brotar de sus ojos.

—¡Pobre tío Peter! Perdona que me ría. Lo siento, perdóname... Ni la señora Scarlett ni yo podemos ir ahora a vuestra casa. Puede ser que yo vaya en septiembre, cuando ya esté recogido el algodón. ¿Te envió la tía sólo para que cargases con todas nosotras a lomos de ese saco de huesos?

A esta pregunta, las mandíbulas de Peter se abrieron repentinamente y la consternación inundó su rostro negro y arrugado. Su saliente labio inferior se encogió hasta las líneas normales con la rapidez de una tortuga que encoge el cuello para meter la cabeza dentro de su concha.

—Señora Melly, me voy haciendo viejo, por lo visto, porque se me había olvidado de momento la causa de que me mandasen aquí. Tengo una carta para usted. La señora Pitty no ha querido confiarla al correo o a otros, sino que quería que la trajese yo y... —¿Una carta? ¿Para mí? ¿De quién?

—Bueno, es de... La señora Pitty me dijo: «Tú, Peter, prepara poco a poco a la señora Melly», y yo digo...

Melly se levantó del peldaño, con la mano en la garganta. —¡Ashley! ¡Ashley! ¡Ha muerto...!

—¡No, no señora! —gritó Peter con voz que se elevó hasta hacerse un estridente grito, mientras rebuscaba en el bolsillo interior de su andrajosa chaqueta—. ¡Está vivo! ¡Esta carta es suya! ¡Va a venir...! ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¡Cógela, Mamita! Déjame que yo... —¡No la toques, viejo idiota! —rugió Mamita, tratando de sostener el cuerpo de Melanie que, abandonado por todas sus energías, se desplomaba—. ¡Imbécil! ¡Mono negro! Conque ¿es así cómo la preparabas suavemente? ¡Tú, Pork, cógela por los pies! Señorita Carreen, ¡póngale bien la cabeza! ¡Llevémosla al sofá del salón!

Se produjo un confuso tumulto cuando todos, a excepción de Scarlett, se agruparon alrededor de la desmayada Melanie. Todo el mundo estaba alarmado y corría hacia la casa a buscar agua y almohadas; en un momento, Scarlett y Peter se encontraron solos y frente a frente al pie del pórtico. Ella se había quedado inmóvil, como si hubiese echado raíces, en la postura que había tomado al oír sus palabras, mirando azorada al aturdido negro que débilmente le tendía una carta. Su cara de negro viejo daba tanta compasión como la de un niño regañado por su madre; toda su dignidad se había derrumbado.

Por un momento, Scarlett no pudo ni hablar ni moverse, y su cerebro no cesaba de gritar: «¡No ha muerto! ¡Va a volver!» Sin embargo, esa noticia no parecía causarle ni júbilo ni excitación, sino sólo una completa inmovilidad. La voz del tío Peter llegaba hasta sus oídos como lejana, plañidera y sumisa.

—El doctor Willie Burr, de Macón, que es pariente nuestro, se la llevó a la señora Pitty. El señor Willie estaba en la misma prisión que el señor Ashley. Pero el señor Willie tenía caballo y llegó más pronto. Y el señor Ashley viene a pie y...

Scarlett arrancó el sobre de sus manos. Estaba dirigido a Melly con letra de la tía Pitty, pero esto no la hizo dudar ni un momento. Desgarró el sobre, y la nota que incluía la tía Pitty cayó al suelo. Dentro del sobre había un trozo de papel doblado, ennegrecido por el roce con el sucio bolsillo del que la había traído, arrugado y roto por los bordes. La dirección estaba escrita de puño y letra de Ashley: «Señora de George Ashley Wilkes. Suplicada a la señora Sarah Jane Hamilton, Atlanta, o en Doce Robles, Jonesboro, Estado de Georgia.» La abrió con temblorosos dedos y leyó: «Amada mía: Vuelvo a casa y a ti...»

Las lágrimas comenzaron a correr abundantemente por sus mejillas hasta el punto de no poder seguir leyendo, y su corazón pareció hincharse como si fuese incapaz de contener tanto júbilo. Asiendo fuertemente la carta, corrió escalinata arriba, pasó a lo largo del pasillo, sin entrar en el salón en donde todos se estorbaban unos a otros al tratar de reanimar a la desmayada Melanie, y se metió en el despachito de Ellen. Cerró la puerta de un golpe, echó la llave y se dejó caer sobre el hundido y baqueteado sofá, llorando, riendo, besando la carta.

—«Amada mía» —repitió ella en un murmullo—. «Vuelvo a casa y a ti.» El sentido común les decía que, a menos que le brotasen alas a Ashley, pasarían semanas, y acaso meses, antes de que pudiera cubrir el trayecto entre Illinois y Georgia, pero aun así sus corazones latían con furia cada vez que un hombre uniformado desembocaba por la avenida de acceso a Tara. Cualquier espantapájaros con barbas podía ser Ashley. Y, si no era el mismo Ashley, podía ser un soldado que trajese noticias suyas o una carta de tía Pitty hablando de él. Tanto negros como blancos, todos corrían al pórtico de la fachada en cuanto oían pasos. Ver un uniforme bastaba para que todos corriesen desde el rincón de la leña, desde el prado o desde la parcela dedicada al algodón. Durante un mes después de recibir aquella carta, el trabajo estuvo casi paralizado. No se hacía nada. Todo el mundo quería estar, allí cuando él llegase, Scarlett más que nadie. Y no podía exigir que los demás atendiesen a sus labores cuando ella misma descuidaba las suyas.

Pero, cuando se deslizaron las semanas, una tras otra, sin que llegase Ashley ni se tuviesen noticias suyas, Tara fue retornando a su acostumbrada rutina. Los corazones más ansiosos sólo pueden soportar la ansiedad hasta cierto límite. Y en la mente de Scarlett fue penetrando el temor de que le hubiese ocurrido algo durante el trayecto de regreso. Rock Island estaba muy lejos, y acaso él estuviese enfermo o muy débil cuando fue puesto en libertad. No poseía dinero alguno, y viajaba por regiones en donde se odiaba a los confederados. Si ella supiese dónde se hallaba, le enviaría dinero, le enviaría hasta el último centavo que tenían, aunque la familia pereciese de hambre, para que él pudiese llegar antes en el tren.

«Amada mía: Vuelvo a casa y a ti...»

En el primer impulso de alegría, cuando sus ojos leyeron estas palabras, significaron tan sólo que Ashley volvía a ella. Ahora, razonando fríamente, comprendía que era a Melanie a quien volvía. A Melanie, que ahora paseaba por la casa cantando muy gozosa. A veces, Scarlett lamentaba con rabia que Melanie no hubiese muerto de parto en Atlanta. Eso lo habría arreglado todo. Entonces, después de un intervalo decente, ella se hubiese podido casar con Ashley y ser una buena madrastra para Beau. Cuando se le ocurrían tales pensamientos, no se precipitaba a rezar para que Dios la perdonase, fingiendo que no deseaba tal cosa. Ni el mismo Dios la asustaba ya.

Los soldados llegaban ora solos, ora a pares o por docenas, y siempre estaban hambrientos. Scarlett, desesperada, creía que una plaga de langosta hubiera sido preferible. Maldecía nuevamente las viejas costumbres hospitalarias que habían prevalecido en las épocas de abundancia, estas costumbres que no permitían que ningún viajero, poderoso o humilde, prosiguiera su jornada sin que se le ofreciese al menos alojamiento por una noche, alimentos para él y para su cabalgadura y la mayor cortesía que se pudiera otorgar en la casa. Ella sabía que esa época había pasado para no volver, pero el resto de la casa no lo sabía, ni lo sabían tampoco los soldados, y se recibía a cada uno de ellos como si fuese un huésped a quien se esperaba con ansiedad.

Conforme iba pasando por allí la interminable fila, se iba endureciendo su corazón. Los soldados se estaban comiendo las vituallas destinadas a las bocas de Tara: las legumbres para cuya siembra y recolección ella había tenido que quebrarse el espinazo, los otros víveres que había podido comprar después de largos kilómetros de búsqueda. Era dificilísimo encontrar alimentos, y el dinero de la cartera del yanqui no iba a durar siempre. Sólo quedaban unos cuantos billetes dé reverso verde y las dos monedas de oro. ¿Por qué había ella de dar de comer a toda aquella horda de hombres hambrientos? Ya no habrían de colocarse nuevamente como barrera entre ella y el peligro. Por lo tanto, dio órdenes a Pork de que siempre que hubiese un soldado en la casa las comidas fuesen lo más parcas posible. Esta regla prevaleció hasta que observó que Melanie, que jamás había recobrado el vigor desde que naciera Beau, hacía que Pork no le pusiese casi nada en el plato, para dar su parte a los soldados.

—No lo hagas más —dijo riñéndola—. Estás todavía medio enferma y si no te alimentas lo bastante tendrás que volver a guardar cama y tendremos que cuidarte. Deja que esos hombres se queden con hambre. Ellos pueden aguantarlo. Lo han aguantado durante cuatro años y pueden muy bien aguantarlo un poco más.

Melanie se volvió hacia ella, y en su rostro se transparentó la primera expresión de verdadera emoción que Scarlett había visto en sus ojos serenos.

—¡Oh, Scarlett, no me riñas! Déjame que lo haga. No sabes cuánto me consuela hacerlo. ¡Cada vez que doy mi parte a uno de esos hombres, pienso que acaso en alguna

parte del trayecto desde el Norte hay alguna mujer compasiva que cede a mi Ashley una parte de su comida y le ayuda con ello a que vuelva más pronto! «¡Mi Ashley!» «¡Vuelvo a casa y a ti!»

Scarlett la dejó. No podía ni hablar. Después de esta conversación, Melanie notó que había más de comer en la mesa cuando venían huéspedes, aunque a Scarlett le doliese cada bocado que comían.

Cuando los soldados estaban demasiado enfermos para proseguir su viaje, Scarlett los dejaba acostarse, pero no de muy buena gana. Cada enfermo significaba una boca más que alimentar. Alguien tenía que ocuparse de él, y esto significaba menos manos para la labor de reparar vallados, arrancar hierbas, manejar la azada y el arado. Un muchacho, en cuyo rostro comenzaba apenas a brotar un rubio vello, fue dejado en el pórtico delantero por un militar montado que seguía hasta Fayetteville. Lo había encontrado sin sentido junto a la carretera y lo había llevado, atravesado sobre la silla, hasta Tara, la casa más próxima. Las chicas suponían que sería uno de aquellos cadetes a quienes se hizo abandonar la Academia Militar cuando Sherman se acercaba a Milledgeville; pero no llegaron a averiguarlo jamás, ya que murió sin recobrar el conocimiento, y el registro de sus bolsillos no arrojó ninguna luz sobre su identidad.

Un guapo chico, evidentemente de buena familia... En algún lugar del Sur habría alguna mujer que escudriñaría los caminos preguntándose por dónde andaría él y si volvería o no, lo mismo que ella y Melanie miraban ansiosamente a toda figura barbuda que se acercaba por el sendero de ingreso. Enterraron al cadete en el pequeño cementerio de la familia, junto a los tres niñitos O'Hara, y Melanie lloró a lágrima viva mientras Pork llenaba la fosa; se preguntaba, angustiada, si gentes extrañas estarían haciendo lo mismo con el vigoroso cuerpo de Ashley.

Will Benteen fue otro soldado que, igual que el anónimo jovencito, llegó sin conocimiento, atravesado sobre la montura de un camarada. Will estaba gravemente atacado de pulmonía y, cuando las chicas le metieron en cama, temieron que pronto iría a reunirse con el jovencito en el pequeño cementerio.

Tenía la pálida tez de los labradores de la Georgia meridional, cabellos de un rubio rosado y apagados ojos azules que, aun en su delirio, parecían dulces y pacientes. Una de las piernas estaba cortada por la rodilla, y bajo el muñón se había ajustado una pierna de madera mal cepillada.

Era seguramente un labrador, como el muchacho recientemente sepultado era sin duda hijo de algún plantador. Las chicas sabían esto, aunque no hubieran podido decir por qué. Ciertamente, Will no estaba más sucio, ni era más velludo, ni tenía más piojos encima que muchos verdaderos caballeros que pasaban por Tara. Ciertamente, el lenguaje que empleaba en su delirio no era menos correcto que el de los gemelos Tarleton. Pero ellas sabían intuitivamente, igual que distinguían un caballo de raza de uno de anónimos y mezclados ascendientes, que aquél no era un hombre de su clase. Ello no les impidió hacer todo lo posible para salvarlo.

Demacrado por un año pasado en una prisión yanqui, agotado por su larga caminata con la mal ajustada pierna de palo, tenía pocas energías para combatir la pulmonía, y durante varios días yació sobre la cama quejándose, tratando de incorporarse, disputando otra vez pasadas batallas. Ni una sola vez llamó a una madre, esposa, hermana o novia, y esta omisión preocupaba a Carreen.

«Todo hombre debe tener algún pariente o amigo íntimo —decía—. Pero parece que este hombre no conozca a nadie en el mundo entero.»

A pesar de su extremada delgadez, poseía un organismo resistente, y los buenos cuidados lo salvaron. Llegó finalmente el día en que sus ojos azul claro, ya conscientes de lo que les rodeaban, se detuvieron en Carreen, sentada cerca de él rezando el rosario, y con el sol de la mañana brillando sobre sus cabellos.

—Así que no era usted una cosa de sueño —dijo con su voz igual y sin matices—. Espero no haberla molestado demasiado, señorita.

La convalecencia fue larga; él yacía tranquilamente mirando los magnolios desde la ventana y dando poco que hacer. A Carreen le agradaba por sus plácidos silencios, sin asomo de embarazo. Se quedaba sentada cerca de él durante las largas y calurosas tardes, abanicándole sin decir nada.

Carreen tenía poco que decir aquellos días mientras se movía, delicada y etérea como una aparición, para ocuparse de las escasas tareas que le permitían sus fuerzas. Rezaba mucho; cuando Scarlett entraba en su habitación sin llamar, siempre la encontraba arrodillada junto a la cama. Tal espectáculo jamás dejaba de irritarla, porque Scarlett consideraba que el tiempo de rezar había pasado. Si Dios había creído necesario castigarles así, entonces Dios podía pasarse muy bien sin rezos. Para Scarlett, la religión siempre había sido una especie de transacción. Ella prometía a Dios ser buena a cambio de favores. Si Dios había quebrantado el convenio una y otra vez, según ella pensaba, le parecía que nada absolutamente le debía ahora a Dios. Y siempre que encontraba a Carreen de rodillas, cuando debería estar echando la siesta o remendando, le parecía que eludía compartir las cargas de los demás.

Así se lo dijo a Will Benteen una tarde, cuando él pudo ya sentarse en una silla, y quedó sorprendida ante la respuesta de su voz sin inflexiones:

—Déjela usted, señora Scarlett. Eso la consuela.

—¿La consuela?

—Sí, reza por la madre de ustedes y por él.

—¿Quién es «él»?

Los pálidos ojos del hombre la miraron desde detrás de las rubias pestañas, sin sorpresa. Nada parecía sorprenderle o emocionarle. Acaso había visto demasiadas cosas insospechadas para poder ya sentir emoción alguna. Que Scarlett pareciese ignorar el secreto del corazón de su hermana no le resultaba extraño. Lo aceptó como había aceptado el hecho de que Carreen encontrara alivio contándoselo a él, un extraño.

—Su novio, ese Brent, o como se llame, que murió en Gettysburg. —¿Su novio? —exclamó Scarlett—. ¡Qué novio ni qué calabazas! Tanto él como su hermano eran pretendientes míos.

—Sí, ya me lo dijo. Parece ser que todos los jóvenes de la comarca eran pretendientes de usted. Pero, aun así, se hizo novio de ella después de que usted le rechazara, porque cuando él estuvo por aquí de permiso quedaron prometidos. Ella me ha dicho que era el único muchacho que le ha interesado en su vida, y por eso ahora encuentra consuelo rezando por él.

—¡Vaya, esto sí que tiene gracia! —dijo Scarlett, sintiendo un leve alfilerazo de celos.

Miró con curiosidad a aquel hombre flaco y de encorvados hombros, con su cabello rojizo y sus ojos plácidos y firmes. Resultaba que sabía cosas de su propia familia que ella no se había preocupado de averiguar. ¡Conque era por eso por lo que Carreen andaba siempre suspirando y se pasaba el tiempo rezando! Bueno, ya se le curaría. Multitud de chicas habían perdido el novio, y hasta el marido, y se consolaban al fin. ¿No se había

consolado ella totalmente de la muerte de Charles? Y conocía una muchacha de Atlanta que había quedado viuda tres veces durante la guerra, y todavía se interesaba por los hombres. Así se lo dijo a Will; pero éste movió la cabeza.

—La señorita Carreen no es de ésas —dijo con acento concluyente.

Era agradable charlar con Will porque tenía poco que decir, y en cambio era un oyente muy comprensivo. Scarlett le habló de sus problemas: arrancar hierbas, trabajar con el azadón, plantar, engordar a los cerdos, vigilar la leche de la vaca, y él le dio buenos y prácticos consejos, porque había sido propietario de dos negros y de una pequeña granja en el sur de Georgia. Sabía que ahora sus esclavos quedaban libres y que la granja estaba invadida por las hierbas y por las semillas de pino. Su hermana, único pariente que tenía, se había trasladado a Texas años antes, con su marido, y él había quedado solo en el mundo. Sin embargo, nada de eso parecía importarle, como tampoco parecía acordarse de la pierna que se había dejado en Virginia.

Sí, Will vino a ser un alivio para Scarlett después de los penosos días en que los negros murmuraban, y Suellen protestaba y lloraba constantemente, y Gerald preguntaba con demasiada frecuencia dónde estaba Ellen. A Will le podía contar todo. Incluso le contó cómo había matado al yanqui, y se enorgulleció cuando él comentó brevemente:

—¡Bien hecho!

En ocasiones, toda la familia solía ir a parar al cuarto de Will para descargar sus preocupaciones, incluso Mamita, que al principio se mantenía distante, ya que él no era «persona de calidad», puesto que sólo poseía un par de esclavos. Cuando Will pudo al fin andar por la casa, comenzó a ocupar sus ociosas manos en confeccionar canastos de listones de roble y en reparar todos los muebles estropeados por los yanquis. Era diestro para los trabajos en madera, y Wade andaba constantemente a su lado para que le hiciese juguetes, los primeros juguetes que el chiquillo había tenido. Estando Will en la casa, todo el mundo se sentía tranquilo al dejar a Wade y a los dos niños, mientras los mayores iban a trabajar, porque él sabía cuidarlos perfectamente, y sólo Melanie le superaba en habilidad para calmar a un chiquillo llorón, blanco o negro.

—Han sido ustedes muy buenas conmigo, señora Scarlett, siendo yo un extraño y sin conocerme siquiera. Les he dado mucho que hacer, muchas molestias, y, si no tienen inconveniente, voy a quedarme aquí y ayudar con mi trabajo hasta que pueda pagarles algo de lo que han hecho en mi favor. No puedo pagarlo todo, por supuesto, porque no hay nada con que un hombre pueda pagar el haberle salvado la vida.

Así, se quedó allí y, de modo gradual, casi imperceptiblemente, una buena porción de las cargas de Tara pasaron de los hombros de Scarlett a la huesuda espalda de Will Benteen.

Llegó septiembre, y con él la recolección del algodón. Will Benteen, sentado en la escalinata delantera, a los pies de Scarlett, al agradable calor de una tarde de principios de otoño, dejaba oír su voz plana, que disertaba sobre el elevado coste de limpiar y desfibrar el algodón en el nuevo ingenio cercano a Fayettevílle. No obstante, había averiguado ese mismo día en Fayetteville que podía reducir el gasto a una cuarta parte prestando el carro y el caballo durante dos semanas al propietario. Había aplazado la aceptación de la oferta hasta poder hablar del asunto con Scarlett.

Ella miró la flaca y alta figura que se apoyaba contra una columna del pórtico, chupando una paja. Indudablemente, como decía Mamita con gran frecuencia, Will era un don de los dioses, y la misma Scarlett se preguntaba más de una vez cómo habrían podido vivir sin él durante los últimos meses. Nunca tenía nada que decir, nunca parecía desplegar

gran energía, nunca parecía tomar gran interés en todo lo que se hacía en derredor suyo; pero todo lo sabía, con respecto a todos y cada uno de los habitantes de Tara. Y hacía cosas. Las hacía en silencio, con paciencia y eficacia. Aunque sólo tenía una pierna, trabajaba con más rapidez que Pork. Y hacía trabajar a éste, lo que, para Scarlett, era cosa casi milagrosa. Cuando la vaca tuvo un cólico y el caballo contrajo una misteriosa dolencia que amenazaba con hacerle desaparecer del escenario de Tara, Will se pasó la noche al lado de los animales y los salvó. El hecho de que fuese muy astuto para las transacciones le hizo merecer el respeto de Scarlett, porque podía salir a caballo una mañana con un cesto o dos de manzanas, ñames y otros frutos del huerto y volver con semillas, trozos de paño, harina y otras cosas muy necesarias, que Scarlett sabía perfectamente que ella jamás hubiera podido conseguir, aunque se preciaba de buena comerciante.

Gradualmente, Will había llegado a ser como un miembro de la familia, y dormía en un catre en el pequeño cuarto ropero contiguo al aposento de Gerald. Jamás dijo nada acerca de marcharse de Tara, y Scarlett tenía buen cuidado de no preguntárselo, temerosa de que pudiese dejarlas. A veces pensaba que al fin ese hombre se marcharía, aunque no tuviese casa a donde ir. Pero, aun con esa idea, rogaba fervientemente que Will se quedase para siempre. ¡Era tan conveniente tener un hombre en la casa!

Pensó también que si Carreen tuviese siquiera el cerebro de un ratón podría ver que Will se había enamorado de ella. Scarlett habría quedado eternamente agradecida a Will si éste le hubiese pedido la mano de Carreen. Por supuesto, antes de la guerra no hubiera sido un pretendiente aconsejable. No pertenecía a la clase de los plantadores, aunque tampoco era un pordiosero blanco. Era simplemente un labrador modesto, educado a medias, que a veces cometía errores gramaticales y desconocía los finos modales que los O'Hara solían ver entre los caballeros amigos suyos. A decir verdad, Scarlett se preguntaba si podría o no llamársele «caballero», y decidió que no. Melanie le defendía calurosamente, diciendo que cualquiera que poseyese el buen corazón y la consideración hacia los demás que tenía Will era persona bien nacida. Scarlett sabía bien que Ellen se hubiera desmayado con la idea de que una hija suya se casase con un hombre así; pero ahora la necesidad había obligado a Scarlett a apartarse tanto de las enseñanzas de su madre, que tal pensamiento no la inquietaba en lo más mínimo. Los hombres escaseaban, las chicas tenían que casarse fuese como fuera y en Tara hacía falta un hombre. Pero Carreen, cada vez más profundamente sumergida en el libro de oraciones y cada día con menor contacto con la realidad, trataba a Will con la misma dulzura que a un hermano, pero lo consideraba poco más o menos como a Pork.

«Si Carreen poseyese el menor sentido de gratitud hacia mí por lo que yo he hecho por ella, se casaría con él, y no le dejaría que se marchase de aquí —pensaba Scarlett con indignación—. Pero no, tiene que pasar las horas gimiendo por un muchacho que probablemente jamás pensó en ella seriamente.»

En todo caso, Will se quedó en Tara, aunque Scarlett no sabía por qué. Hallaba tan agradable como práctica la actitud que tomó con ella, como de hombre a hombre. Se mostraba ceremoniosamente atento con Gerald, pero era siempre a Scarlett a quien se dirigía como cabeza de familia. Scarlett aprobó el plan de dar en alquiler el caballo, aunque esto significase para la familia quedarse sin medios de transporte temporalmente. Suellen sería la más afectada por tal situación. Su mayor placer era ir a Jonesboro o a Fayetteville y enterarse de todo el chismorreo del condado. Suellen jamás perdía las oportunidades de salir de la plantación y darse aires de grandeza ante gente que ignoraba que tenía que trabajar arrancando malas hierbas en el campo o haciendo las camas.

La «señorita Presumida» tendría que abstenerse de sus excursiones durante un par de semanas, pensó Scarlett, y a ella le tocaría soportar sus pesadeces y lloriqueos.

Melanie se unió a ellos en la galería, con el bebé en brazos, y tendiendo una manta vieja en el suelo puso allí a Beau para que aprendiese a gatear.

Desde la carta de Ashley, Melanie dividía el tiempo entre sentirse felicísima y experimentar ansiosas premuras. Pero, feliz o deprimida, estaba demasiado delgada, demasiado pálida.

El viejo doctor Fontaine diagnosticó que aquello era una dolencia femenina, y coincidió con el doctor Meade en opinar que nunca debía haber tenido el niño. Agregó con franqueza que otro parto la mataría. —Cuando estuve en Fayetteville hoy —dijo Will— encontré algo muy bonito que me pareció podía interesarles a ustedes, y me lo traje. Buscó en el bolsillo trasero del pantalón y sacó una carterita de percal, reforzada con corcho, que Carreen le había confeccionado. Extrajo de ella un billete de banco confederado.

—Si le parece a usted que el dinero confederado es tan bonito, Will, a mí no me lo parece ciertamente —dijo Scarlett con sequedad, porque hasta la vista de aquel dinero repugnaba—. Tenemos tres mil dólares de billetes así en el baúl de papá, y Mamita me los está pidiendo siempre para tapar los agujeros en las paredes del desván, a fin de que no entren las corrientes de aire, y me parece que se los daré. Por lo menos, servirán para algo.

—El imperioso César, muerto y convertido en arcilla[17] —dijo Melanie con triste sonrisa—. No lo hagas, Scarlett. Guárdalos para Wade. Algún día, estará orgulloso de poseerlos.

—Bueno, yo no sé nada acerca del imperioso César —dijo Will pacientemente—; pero lo que tengo es algo que va bien con lo que acaba usted de decir acerca de Wade, señora Melly. Es un poema pegado al dorso de este billete. Ya sé que a la señora Scarlett no le interesan mucho los poemas; pero quizás éste la complazca.

Dio la vuelta al billete. Sobre su reverso aparecía pegada una tira de papel moreno y ordinario, del que se usa para envolver, escrito con tinta pálida de confección casera. Will se aclaró la garganta y leyó despacio y con dificultad:

—El título es: «Unas líneas detrás de un billete confederado»:

Aunque no represente en esta tierra nada, y nada en las aguas que hay debajo, guarda, querido amigo, este recuerdo de una nación que fue, para mostrarlo...

Muéstralo a aquellos que prestar oídos quieran de este papel al fiel relato de una nación que vio muerta en la cuna la libertad que sus hijos soñaron...

—¡Oh, qué bello! ¡Qué conmovedor! —gritó Melanie—. Scarlett, no des esos billetes a Mamita para que los pegue en el desván. Son lo que dice el poema: «El recuerdo de una nación que fue.»

—¡Melly, no seas romántica! El papel es papel, y nosotros no tenemos casi nada, y yo estoy ya cansada de oír a Mamita quejarse de las rendijas del desván. Cuando Wade crezca, ya tendré yo billetes verdes del Norte en abundancia para poderle dar, en vez de esa basura confederada.

Will, que mientras se discutía había procurado atraer a Beau con el papelito para que se arrastrase sobre la manta, levantó la vista y, poniéndose una mano a modo de visera para resguardarse los ojos de la luz, miró hacia el sendero de entrada.

—Más visitas —anunció haciendo un guiño a causa de los rayos del sol—. Otro militar.

Scarlett siguió su mirada y contempló una visión ya muy familiar: un soldado barbudo que avanzaba lentamente por la avenida, bajo los cedros; un hombre con una

andrajosa mezcla de uniformes grises y azules, con la cabeza inclinada por la fatiga, que arrastraba pausadamente los pies.

—Creí que ya se habían acabado los soldados —dijo Scarlett—. Esperemos que éste no traiga mucha hambre.

—La traerá —repuso Will sucintamente.

Melanie se levantó.

—Vale más que le diga a Dilcey que ponga otro cubierto —dijo— y que avise a Mamita que no haga desnudarse al pobre hombre con excesiva rudeza y...

Se interrumpió tan bruscamente que Scarlett se volvió para mirarla. La flaca mano de Melanie estaba ahora en su garganta, oprimiéndola como si se la desgarrase el dolor, y Scarlett podía ver las venas por debajo de la palpitante y blanca epidermis. El rostro de la joven se puso más pálido aún, y sus castaños ojos se dilataron enormemente.

«Va a desmayarse», pensó Scarlett, incorporándose de un salto para asirla por el brazo.

Pero, en un instante, Melanie se desasió de ella y descendió los escalones. Voló en dirección al sendero pareciendo planear como un pájaro, dejando que su descolorida falda flotase tras ella como una cola, y con los brazos tendidos. Scarlett comprendió la verdad como si recibiese un fuerte golpe. Retrocedió buscando el apoyo de una columna del pórtico cuando el visitante levantó su rostro cubierto por una descuidada barba rubia, y se detuvo mirando hacia la casa como si la fatiga le impidiese dar un paso más. Su corazón saltó, se paró y volvió a saltar al ver cómo Melanie, lanzando incoherentes gritos, se arrojaba en los sucios brazos del militar y cómo la cabeza de éste se inclinaba hacia ella. Arrobada, Scarlett dio dos rápidos pasos hacia delante; pero se vio detenida cuando la mano de Will agarró su falda.

—No lo estropee —dijo él a media voz.

—¡Suélteme, imbécil! ¡Suélteme! ¡Es Ashley!

Pero él no aflojó su presión.

—Después de todo, es su marido, ¿no es cierto? —preguntó Will con calma, mirándola, mientras ella se debatía en una confusión de júbilo y de impotente furia.

Scarlett vio en las serenas profundidades de los ojos de Will comprensión y piedad.

CUARTA PARTE

31

Una fría tarde de enero de 1866, Scarlett estaba sentada en el despachito escribiendo a la tía Pitty una carta en la que le explicaba en detalle por qué ni Melanie ni Ashley podían volver a Atlanta para vivir con ella. Escribía impacientemente porque sabía que la tía Pitty no leería más que las primeras líneas, y luego le escribiría otra vez diciendo: «¡Pero es que tengo miedo de vivir sola!»

Sentía las manos heladas, y se detuvo para frotárselas y para enterrar más los pies en el retazo de colchón viejo que los cubría. Las suelas de las zapatillas estaban casi inservibles, aun reforzadas con remiendos de alfombra. Esa alfombrilla podía evitarle pisar el suelo, pero no era muy útil para conservar los pies calientes. Por la mañana, Will había llevado el caballo a Jonesboro para herrarlo. Y Scarlett pensaba sarcásticamente que las cosas habían llegado a tal extremo que a los caballos se les calzaba de nuevo y a las personas se las dejaba con los pies tan desnudos como los de un perro callejero.

Cogía la pluma para continuar escribiendo cuando sintió regresar a Will por la puerta de atrás. Oyó el golpeteo de su pata de palo en el pasillo cercano al despachito y en seguida Will se detuvo. Scarlett aguardó un momento a que entrase, y, al ver que no lo hacía, lo llamó. El entró, con las orejas enrojecidas por el frío, el rojizo pelo en desorden, y se quedó mirándola con una sonrisa vagamente humorística en los labios.

—Señora Scarlett —preguntó—, ¿cuánto tiene usted exactamente en dinero contante y sonante?

—¿Va usted a tratar de casarse conmigo por mi dinero, Will? —preguntó ella algo irritada.

—No, señora; pero quisiera saberlo.

Le miró, intrigada. Will no parecía hablar en serio, pero era un hombre que jamás parecía hablar en serio. Sin embargo, percibió que se trataba de algo anormal.

—Tengo diez dólares en oro —dijo ella. Lo que queda del dinero del yanqui.

—Bien, señora; pero no basta.

—¿No basta para qué?

—Para la contribución —contestó él, y, renqueando hacia la chimenea, se inclinó y expuso sus coloradas manos al ardor de la lumbre.

—¿La contribución? —repitió ella—. ¡Por Dios santo! La contribución está ya pagada.

—Sí, señora. Pero dicen ahora que usted no pagó lo justo. Lo he oído hoy en Jonesboro.

—Pero, Will, no acierto a comprender... ¿Qué quiere decir?

—Señora Scarlett, puede usted estar segura de que me duele molestarla con más dificultades de las que ya tiene; pero es mi obligación decírselo. Dicen que usted debería pagar una contribución mucho más alta de la que pagó. Han elevado la cuota que corresponde a Tara hasta las nubes..., más alta que ninguna otra en el condado.

—Pero ¿cómo pueden hacerme pagar más impuestos cuando los he pagado ya?

—Señora, usted va poco a Jonesboro, y me alegro de que sea así. No es lugar para

una señora, hoy en día. Pero, si fuese usted por allí, sabría que hay una cuadrilla de politicastros de distintas tendencias que recientemente se han hecho los amos de todo. Son capaces de volver loco a cualquiera. Y cuando los negros empujan a los blancos fuera de la acera y...

—¿Pero qué tiene esto que ver con las contribuciones?

—A ello voy, señora Scarlett. No sé por qué razón, han subido la contribución de Tara como si fuese una plantación que rindiese mil balas de algodón. Al oírlo, he ido recorriendo las tabernas para escuchar lo que se decía por allí, y he averiguado que alguien se propone comprar Tara en subasta judicial si usted no puede pagar los impuestos. Y todos están enterados de que usted no puede pagarlos. No sé todavía quién es el que tiene el antojo de quedarse con esto; pero tengo idea de que ese tipo, Hilton, que se casó con la señorita Cathleen, está enterado, porque se rió de un modo bastante sospechoso cuando traté de sondearle.

Will se sentó en el sofá y se frotó el muñón de la pierna. Le dolía cuando hacía frío, y el aditamento de madera no estaba almohadillado ni ajustado debidamente. Scarlett lo miró, descompuesta. ¡Qué indiferente parecía su actitud mientras tañía las campanas funerarias por Tara! ¿Tara vendida en subasta judicial? ¡Y en otras manos! ¿Adonde irían todos? ¡No, eso no se podía ni pensar!

Había estado tan ocupada tratando de sacarle provecho a Tara que no había prestado mucha atención al mundo exterior. Ahora que estaban allí Will y Ashley para encargarse de cuantos asuntos tuviera ella que atender en Jonesboro y Fayetteville, rara vez abandonaba la plantación. Y, al igual que en los días anteriores a la guerra había tomado a risa las disertaciones bélicas de su padre, no hacía ahora mucho caso de las discusiones de sobremesa entre Will y Ashley sobre los comienzos de la Reconstrucción.

¡Oh, por supuesto que sabía algo de los llamados *scallawags,* hombres del Sur que se habían vuelto republicanos en provecho de sus intereses, y acerca de los *carpetbaggers,* yanquis que habían venido al Sur como cuervos después de la rendición, con todos sus bienes en una maleta![18] Y ya había tenido desagradables experiencias con la oficina de esclavos emancipados. Se había enterado también de que algunos de los negros ahora libres se habían vuelto más que insolentes. Le costaba trabajo creer esto último, porque en toda su vida había visto un negro insolente.

Pero ocurrían muchas cosas que Will y Ashley, de común acuerdo, le venían ocultando. Al azote de la guerra había seguido el azote peor de la reconstrucción; pero ambos habían convenido en dejarla ignorar los detalles más alarmantes al discutir la situación en casa. Y, cuando Scarlett se tomaba la molestia de escucharlos, la mayor parte de lo que decían le entraba por un oído y le salía por el otro.

Había oído a Ashley decir que el Sur estaba recibiendo un trato de país conquistado y que la venganza parecía ser la política imperante de los conquistadores. Pero era ésta una manifestación que no tenía el menor valor para Scarlett. La política era cosa de hombres. Había oído decir a Will que le parecía que el Norte no tenía el menor interés en que el Sur se repusiese. Bueno, pensó Scarlett, los hombres siempre hallaban algo absurdo de que preocuparse. Por lo que a ella se refería, los yanquis no la habían vencido jamás y no iban a hacerlo ahora. Lo único que había que hacer era trabajar como un diablo y no preocuparse más del Gobierno yanqui. Después de todo, la guerra estaba terminada.

Scarlett no se hacía cargo de que habían cambiado todas las reglas de juego y que el trabajo honrado no recibía ya su justa recompensa. Georgia se hallaba ahora virtualmente bajo la ley marcial. Los soldados yanquis quedaban de guarnición en todo el sector de

Georgia y la oficina de esclavos emancipados era la dueña de todo y promulgaba ordenanzas a su gusto.

Esta oficina, organizada por el Gobierno federal para cuidarse de los ociosos y excitados ex esclavos, iba atrayéndolos a millares desde las plantaciones a pueblos y ciudades. La oficina les daba de comer mientras ellos haraganeaban y se exaltaban más y más contra sus antiguos amos. El antiguo capataz de Gerald, Jonnas Wilkerson, estaba ahora encargado de la oficina local, y su ayudante era Hilton, el marido de Cathleen Calvert. Ambos conspiraban para propagar insidiosamente el rumor de que las gentes del Sur y los demócratas estaban aguardando la oportunidad de volver a sumir en la esclavitud a los negros, y que la única esperanza que los negros tenían de escapar a tal suerte era acogerse a la protección de la oficina y el partido republicano.

Wilkerson e Hilton dijeron también a los negros que valían tanto como los blancos en todos los sentidos y que se permitirían los matrimonio entre blancos y negros. Asimismo les aseguraron que muy pronto las fincas de sus antiguos amos quedarían divididas y cada negro poseería dieciséis hectáreas de terreno y una mula. Mantenían en tensión a los negros con relatos de crueldades perpetradas por los blancos, y así, precisamente en una región que era conocida por las afectuosas relaciones entre esclavos y propietarios de esclavos, comenzaron a nacer el odio y las sospechas.

Dicha oficina estaba respaldada por los militares, quienes habían promulgado muchas y contradictorias órdenes relativas al comportamiento de los conquistados. Era muy fácil verse detenido, aunque sólo fuera por no respetar suficientemente a los empleados de aquella oficina. Se habían promulgado órdenes militares concernientes a las escuelas, a la sanidad, hasta a la clase de botones que uno podía llevar en el traje, acerca de la venta de géneros, acerca de todo. Wilkerson e Hilton gozaban de poderes para inmiscuirse en cualquier trato que Scarlett pudiese hacer y para fijar los precios de cualquier cosa que vendiese o trocase.

Afortunadamente, Scarlett había entrado poco en contacto con esos dos individuos, porque Will la había persuadido de que le dejase a él ocuparse de las transacciones mientras ella dirigía la plantación. A su manera plácida, Will había resuelto algunas dificultades de tal género, sin decirle nada. Will sabía entenderse bien con los forasteros yanquis si era necesario. Pero surgía ahora un problema que era demasiado importante para él. Esa cuestión del aumento de contribución y el peligro de perder Tara eran cosas de las que había que informar a Scarlett, y en seguida.

Ella le miró con ojos llameantes.

—¡Oh, malditos sean los yanquis! —exclamó—. ¿No es bastante que nos hayan dejado en la miseria para que ahora nos echen encima a esos canallas explotadores? La guerra había terminado, se había proclamado la paz; pero los yanquis podían todavía robarle, podían matarla de hambre, podían arrojarla de su casa. ¡Qué tonta había sido pensando, durante todo esos interminables meses, que si podía aguantar hasta la primavera todo se arreglaría! Esta aplastante noticia que traía Will, llegando después de un año de agotadora labor y de esperanzas aplazadas, era la última gota.

—¡Oh, Will! ¡Yo que esperaba que al acabarse la guerra terminarían nuestros sinsabores!

Will alzó su cara de aldeano, de barbilla casi cuadrada, y le dirigió una larga y profunda mirada.

—No, señora; nuestros disgustos empiezan ahora. —¿Cuánta contribución de más quieren que paguemos? —Trescientos dólares.

Por un momento, el asombro la dejó paralizada. ¡Trescientos dólares! Era como si le hubiesen dicho tres millones de dólares.

—¿Cómo? —balbuceó—. ¿Cómo? Entonces, ¿tenemos que buscar trescientos dólares?

—Sí, señora..., y además un arco iris y un par de lunas. —¡Oh, Will! Pero no se atreverán a vender Tara... Los pálidos ojos del joven mostraban más odio y amargura de lo que ella les creía capaces.

—¿No se atreverán? Pueden hacerlo y lo harán, ¡y gozarán haciéndolo! Señora Scarlett, el país se ha ido al mismo infierno, si me perdona la expresión. Esos yanquis y sus amigos pueden votar, y la mayor parte de nosotros, los demócratas, no podemos. No nos dejan votar si pagábamos una contribución de más de dos mil dólares en el año sesenta y cinco. Esto elimina a personas como su padre y los Tarleton, y los McRaes y los Fontaine. Tampoco puede votar nadie que haya tenido un rango igual o superior al de coronel durante la guerra, y apuesto, señora Scarlett, a que nuestro Estado tiene más coroneles que ningún otro Estado en la Confederación. Y tampoco puede votar nadie que haya ocupado cargos oficiales bajo el Gobierno confederado, y esto elimina a los notarios, jueces y demás, y de éstos andamos más que sobrados. Tal y como los yanquis han redactado la amnistía, nadie que haya votado antes de la guerra puede votar ahora. Ni las gentes que eran algo, ni los ricos. Claro que yo podría votar si quisiese prestar el maldito juramento que exigen. No tenía dinero en el año sesenta y cinco, y ciertamente no era ni coronel ni nada que valiese la pena. Pero no voy a jurar lo que quieren. Es bien seguro. Si los yanquis se hubiesen portado decentemente, yo me habría sometido a ellos; pero ahora no. Me pueden hacer volver a estar en la Unión, pero no me pueden integrar en ella. No voy a jurar lo que exigen aunque no vuelva a votar en mi vida... Pero gentuza como Hilton, y los canallas como Jonnas Wilkerson, y los blancos tan pobres como los Slattery, y los que no sirven para nada, como los Macintosh, ésos sí pueden votar. Y son ahora los amos del cotarro. Y, si les da la gana fastidiarla a usted con contribuciones extraordinarias, lo harán. Lo mismo que ahora un negro puede matar a un blanco y no lo cuelgan, y hasta...

Marcó una pausa embarazosa, porque en la memoria de ambos estaba lo sucedido a una mujer blanca que se hallaba sola en una granja aislada cerca de Lovejoy.

—Estos negros pueden hacer todo lo que se les antoje contra nosotros, y la oficina de esclavos emancipados y los soldados los protegerán con fusiles, y nosotros no podemos remediarlo ni votar.

—¡Votar! —exclamó ella—. ¿Qué tiene que ver el voto con todo esto, Will? De lo que hablamos es de los impuestos... Will, todo el mundo sabe qué buena plantación es Tara. Podríamos hipotecarla por una suma suficiente para pagar los impuestos, si fuese necesario.

—Señora Scarlett, usted no tiene nada de tonta; pero a veces habla como sí lo fuese. ¿Quién tiene hoy dinero para prestarle sobre la finca? ¿Quién, excepto esos mismos yanquis recién llegados del Norte que son los que quieren quitarle a usted Tara? Tierras, las tienen aquí todos. Pero la tierra no basta.

—Tengo esos pendientes de brillantes que llevaba el yanqui encima. Podríamos venderlos.

—Señora Scarlett, ¿quién hay hoy por aquí que tenga dinero para comprar pendientes? Las gentes no tienen dinero para comprar chuletas tan siquiera, de modo que no pueden pensar en alhajas de esa clase. Si usted es dueña de diez dólares en oro, juraría que tiene usted más que la inmensa mayoría de la gente.

Quedaron en silencio otra vez, y a Scarlett le parecía como si estuviese dando

cabezazos contra un muro de piedra. ¡Y habían sido tantos los muros de piedra contra los que se había estrellado su cabeza durante el último año!

—¿Qué vamos a hacer, señora Scarlett?

—No lo sé —dijo ella con apagada voz y como si ya no le importase.

Este muro de piedra ya era demasiado, y se sentía repentinamente tan cansada que le dolían hasta los huesos. ¿De qué le servía trabajar y luchar y agotarse? Al final de cada combate parecía que acechaba la derrota para burlarse de ella.

—No sé —dijo ella—. Pero que no se entere mi padre. Se preocuparía mucho.

—No se lo diré.

—¿Se lo ha dicho usted a alguien?

—No. He venido a usted directamente.

Sí, pensó ella, todos iban a ella directamente con las malas noticias; ya estaba harta...

—¿Dónde está el señor Wilkes? Acaso él pueda sugerir algo.

Will dirigió hacia ella su plácida mirada, y ella comprendió, lo mismo que el primer día de la llegada de Ashley, que Will lo sabía ya todo.

—Está en la huerta partiendo troncos de árbol. Oí los hachazos cuando metí el caballo en el establo. Pero no creo que él tenga más dinero que nosotros.

—Si deseo hablar con él sobre el particular puedo hacerlo, ¿verdad? —preguntó ella, poniéndose en pie y dando un puntapié al retazo de colchón que le cubría los pies.

Will no se molestó por el tono desabrido de la pregunta, y continuó frotándose las manos frente a la lumbre.

—Vale más que se ponga usted el mantón, señora Scarlett. En el exterior hace frío.

Pero ella salió sin el mantón, porque lo tenía arriba y su necesidad de ver a Ashley y contarle sus cuitas era demasiado urgente para permitir retrasos.

¡Qué suerte para ella si pudiese encontrarlo solo! Ni una sola vez había podido hablar con él a solas desde su regreso. Siempre se arracimaba toda la familia en derredor suyo; siempre encontraba a Melanie a su lado, tocándole el brazo de cuando en cuando como para asegurarse de que realmente estaba allí. El espectáculo de tales gestos posesivos había despertado en Scarlett toda la celosa animosidad que se había aletargado durante los meses en que creyó probable que Ashley hubiese muerto. Ahora estaba resuelta a verlo. Esta vez nadie le impediría hablar a solas con él.

Atravesó el huerto, y los retoños desnudos y las húmedas hierbas mojaron sus pies. Podía oír cómo el hacha de Ashley resonaba al partir los troncos traídos del pantano. La renovación de las cercas que habían destruido los yanquis era tarea larga y pesada. Todas las tareas eran largas y pesadas, pensó ella con fatiga, y ¡estaba ya tan cansada, tan cansada, tan aburrida, tan irritada, tan harta de todo! Si al menos Ashley fuese su marido, en vez de serlo de Melanie, ¡qué alivio sentiría ella al poder ir a él y descansar su cabeza sobre su hombro, y llorar, y dejar en sus manos todo lo que la abrumaba, para que él se encargase de arreglarlo lo mejor posible!

Rodeó un bosquecillo de granados que agitaban sus ramas al viento frío, y le vio, apoyado en el hacha, limpiándose la frente con el revés de la mano. Llevaba los restos de unos pantalones de color avellana y una camisa de Gerald, una camisa que, en días mejores, sólo servía para fiestas y días de gala, una camisa plisada que era demasiado corta para su actual portador. Había colgado la chaqueta de la rama de un árbol, porque el trabajo daba calor, y estaba tomándose un descanso cuando ella se acercó.

Al ver a Ashley vestido de harapos y con un hacha en la mano, su corazón se

desgarró, henchido de amor y de furia contra el cruel destino. No podía soportar verlo a él cubierto de andrajos, haciendo trabajos manuales, a su Ashley, tan mundano e inmaculado. Sus manos no estaban hechas para trabajar, ni su cuerpo debía llevar más que fino paño y ropas de hilo. Dios lo había creado para que fuese el dueño de una gran mansión, para hablar con gentes refinadas, para tocar el piano, para escribir cosas que pareciesen bellísimas aunque careciesen de sentido.

Podía tolerar ver a su propio hijo con delantalitos hechos de tela de saco, y a sus hermanas vestidas de deslucido percal; podía soportar que Will trabajase más que cualquier peón negro; pero ver así a Ashley, no. Era un hombre superior a todo esto, un hombre al que quería con un amor infinito. Prefería partir los troncos ella misma a sufrir mientras lo hacía él.

—Dicen que Abraham Lincoln comenzó cortando troncos —dijo Ashley al verla acercarse—. ¡Imagínate hasta dónde puedo llegar yo!

Ella frunció el ceño. Ashley hacía siempre comentarios frivolos acerca de sus cuitas. Para ella, estas cosas eran muy serias, y a veces sus observaciones jocosas casi la exasperaban.

Le contó inmediatamente las noticias traídas por Will, de manera concisa, sintiéndose aliviada al hablar. Seguramente a él habría de ocurrírsele algún remedio. Pero Ashley guardaba silencio; pasado un momento, al verla estremecerse, cogió la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—Bueno —dijo ella finalmente—, ¿no opinas que hemos de encontrar ese dinero de algún modo? —Sí —contestó él—; pero ¿dónde? —Es a ti a quien lo pregunto —replicó Scarlett enojada. Había desaparecido en ella el sentimiento de alivio por desprenderse de su carga. Si no podía él ayudarla, ¿por qué no decía algo consolador aunque no fuese más que «¡Cuánto lo siento!»? Él sonrió.

—En todos estos meses que llevo en casa, sólo tengo noticias de una persona que tenga dinero ahora: Rhett Butler.

La tía Pittypat había escrito la semana anterior contando que Rhett estaba de regreso en Atlanta con coche y dos magníficos caballos y con los bolsillos llenos de billetes verdes. Daba a entender, no obstante, que no había ganado esto muy honradamente. La tía Pitty tenía la teoría, muy compartida por otras personas de Atlanta, de que Rhett había logrado escapar con los míticos millones del Tesoro confederado.

—No hablemos de él —dijo Scarlett escuetamente—. Es un mal bicho. ¿Qué va a ser de todos nosotros?

Ashley dejó caer el hacha y miró hacia la lejanía. Sus ojos parecieron trasladarse a un país remoto, al que ella no podía seguirle.

—No sé —contestó él—. No sé lo que va a ser de todos nosotros, no sólo de los de Tara, sino de todo el mundo en el Sur.

Ella tenía ganas de saltar y decir: «¡Que se vayan a paseo todos los demás del Sur! ¡Lo que importa somos nosotros!»; pero mantuvo la boca cerrada, porque la sensación de cansancio volvía a dominarla más fuertemente que nunca. Estaba segura de que Ashley no iba a ayudarla en nada.

—Al fin y a la postre, sucederá lo que siempre ha sucedido cuando una civilización se derrumba. Las gentes con valor y con cerebro sobreviven y los que carecen de esto quedan eliminados. Por lo menos, aunque no haya sido muy agradable, ha sido interesante asistir a un *Götterdämmerung*.

—¿Un qué?

—Un ocaso de los dioses. Desgraciadamente, nosotros, los del Sur, creíamos ser dioses.

—¡Por amor de Dios, Ashley Wilkes! No me digas más sandeces cuando somos concretamente nosotros los que estamos a dos dedos de la ruina.

Algo de su exasperado agotamiento pareció penetrar en el cerebro de Ashley, haciéndole regresar de sus lejanas peregrinaciones mentales, porque cogió y levantó las manos de ella tiernamente y, poniendo las palmas hacia arriba, contempló las callosidades que mostraban.

—Estas son las manos más bellas que he visto en mi vida —dijo, besando ligeramente ambas palmas—. Son bellas porque son fuertes, y cada callosidad es una medalla. Están estropeadas por causa nuestra, de tu padre, de las chicas, de Melanie, del niño, de los negros y de mí mismo. Ya sé lo que piensas, querida. Piensas: «He aquí un imbécil que no sirve para nada, diciendo majaderías acerca de dioses muertos cuando son los vivos los que están en peligro.» ¿No es así?

Ella asintió con la cabeza, deseando que él le tuviese las manos cogidas por toda una eternidad; pero Ashley las soltó.

—¿Y viniste a mí esperando que yo podría ayudarte? Pues bien, no puedo. —Su mirada era dura cuando miró el hacha y el montón de troncos—. Mi casa no existe, tampoco el dinero que yo tenía y me parecía natural tener. No estoy en disposición de hacer nada en el mundo, porque el mundo al que yo pertenecía ya no existe. No puedo ayudarte, Scarlett, excepto aprendiendo de mala manera a hacer de torpe labrador. Y no será esto lo que te permita conservar Tara. No creas que no me hago cargo de la amargura de tu situación, cuando yo vivo aquí por caridad tuya. ¡Oh, sí, Scarlett, comprendo que es por caridad tuya! Jamás podré pagarte lo que has hecho por mí y por los míos por pura bondad de tu corazón, y soy consciente de ello cada vez más. Y cada día que pasa veo con mayor claridad cuan inútil soy para ponerme al nivel de la situación en que nos hallamos todos... No hay día en que mi maldito horror a la realidad no me haga más difícil afrontar las realidades nuevas. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Ella asintió con la cabeza. No tenía clara idea de lo que él quería decir, pero estaba pendiente de sus palabras, reteniendo el aliento. Era ésta la primera vez que Ashley le hablaba de lo que él pensaba mientras parecía tan lejano de ella. Se sentía tan emocionada como si estuviese en vísperas de un descubrimiento.

—Es una maldición ese afán de no querer mirar las realidades escuetas. Hasta la guerra, la vida nunca fue para mí más real que una serie de sombras chinescas vistas en una pantalla. Y yo prefería que fuese así. No me gusta que los contornos de las cosas sean demasiado nítidos. Me gusta todo suavemente vago, un poco borroso.

Se interrumpió y esbozó una sonrisa, temblando ligeramente cuando el helado viento atravesó la fina camisa.

—En otras palabras, Scarlett: soy un cobarde.

Sus frases sobre sombras chinescas y contornos vagos no significaban nada para ella; pero esas últimas palabras ya las decía en un lenguaje que ella podía comprender. Sabía que eran inexactas. La cobardía no podía abrigarla él. No había línea de su esbelta figura que no revelase generaciones de hombres valientes y denodados, y Scarlett sabía de memoria su hoja de servicios en la guerra.

—¿Cómo? ¡Eso no es verdad! ¿Cómo puede ser cobarde el hombre que saltó sobre un cañón en Gettysburg para animar a sus soldados? ¿Acaso el mismo general hubiese escrito a Melanie una carta para hablar de un cobarde? Y...

—Eso no es valentía —dijo él con fatiga—. El combate es algo como el champaña. Se sube a la cabeza de los cobardes tan rápidamente como a la de los héroes. Cualquier imbécil puede ser valiente en el campo de batalla, cuando ha de serlo o morir. Yo hablo de otra cosa. Y la índole de mi cobardía es mucho peor que si yo hubiese echado a correr la primera vez que oí un cañonazo.

Emitía las palabras lentamente y como con dificultad, cual si le hiciese daño hablar, y parecía quedarse pensando luego con tristeza en lo que acababa de decir. Si fuese otro hombre el que pronunciara tales palabras, Scarlett las hubiera considerado simple modestia fingida para poder escuchar lisonjas. Pero Ashley parecía ser sincero, y había en sus ojos una mirada que escapaba a su penetración: no de temor ni de excusa, sino de empeño en arrostrar una inminente presión tan inevitable como irresistible. El húmedo viento azotó los tobillos mojados de Scarlett y ella se estremeció de nuevo; pero el estremecimiento provenía menos del viento que del temor que las palabras de Ashley habían evocado en su corazón.

—Pero, Ashley, ¿qué es lo que temes?

—¡Oh, cosas sin nombre! Cosas que parecen tonterías cuando uno quiere expresarlas con palabras. En su mayoría, cosas que surgen porque, repentinamente, la vida se ha hecho demasiado real, porque uno se ha puesto en contacto, en contacto demasiado personal, con algunos de los simples hechos de la vida. No es que me importe estar cortando leña aquí, en el barro; pero sí me importa mucho lo que esto implica. Me importa mucho haber perdido todo lo que había de bello en la vida de antes, para mí tan grata. Scarlett, antes de la guerra, la vida era hermosa. Poseía una brillantez, una perfección, una simetría, comparables a las del arte griego. Acaso no fuese así para todos. Ahora lo comprendo. Pero, para mí, viviendo en Doce Robles, existía verdadero encanto en la vida. Yo pertenecía a esa vida. Formaba parte de ella. Y ahora ha desaparecido, y me hallo fuera de lugar en la nueva vida, y tengo miedo. Ahora sé que, en otros tiempos, lo que yo veía no era más que un desfile de sombras. Yo eludía todo lo que no eran sombras, las gentes y las situaciones que eran demasiado reales, demasiado vitales. Me irritaba su presencia. También me esforzaba por eludirte a ti, Scarlett. Tú estabas demasiado pletórica de vida, eras demasiado real, y yo era lo bastante cobarde para preferir sombras y sueños. —Pero... pero... ¿Melly?

—Melanie es un dulce ensueño, la parte más dulce de mis sueños. Y, si no hubiese sobrevenido la guerra, yo habría vivido mi vida, encerrado voluntariamente en Doce Robles, viendo plácidamente cómo desfilaba la vida, pero sin formar yo parte de ella. Al llegar la guerra, la vida, tal y como es, se echó sobre mí. La primera vez que entré en combate, fue en Bull Run, te acordarás, vi cómo mis amigos de niñez volaban destrozados y oí los relinchos de los caballos moribundos, y sentí la horrible y repulsiva sensación de ver cómo un hombre se desplomaba escupiendo sangre al disparar yo contra él. Pero no era todo eso lo peor de la guerra, Scarlett. Lo peor de la guerra fueron los hombres con quienes yo tuve que convivir. Yo había levantado una barrera de protección contra las gentes, toda mi vida. Mis escasos amigos los había seleccionado muy cuidadosamente. Pero la guerra me enseñó que yo me había creado un mundo mío, en el que sólo habia figuras de ensueño. Me enseñó lo que realmente son las personas, pero no me enseñó a convivir con ellas. Temo que no podré aprenderlo nunca. Ahora sé que, para mantener a mi mujer y a mi hijo, tendré que abrirme camino entre un mundo de gentes con las que nada tengo en común. Tú, Scarlett, estás agarrando la vida como a un toro por los cuernos y retorciéndoselos a voluntad. Pero ¿dónde puedo yo encajar ahora en el mundo? Te digo la verdad: tengo

miedo.

Mientras Ashley seguía desahogándose con aquella voz baja y resonante, impregnada de una desolación que Scarlett no podía comprender, ella trataba de aferrar palabras sueltas aquí y allá para captar su sentido. Pero esas palabras se le escapaban de la mano como si fuesen pájaros asustados. Algo le estaba atormentando con crueldad, inexorablemente; pero ella no lograba comprender qué era.

—Scarlett, no sé exactamente cuándo desperté a la trágica comprensión de que mi sesión particular de sombras chinescas había terminado. Acaso ya en los primeros cinco minutos, en Bull Run, cuando vi caer al suelo el primer muerto. Pero comprendí que mi ensoñación había terminado y que ya no podía permanecer como espectador. No, me encontré súbitamente en escena, como actor, en mala postura y haciendo fútiles gestos. Mi pequeño mundo interior se había disipado por completo, invadido por gentes que no pensaban como yo y cuyas acciones me eran tan ajenas como las de un hotentote. Habían pisoteado mi mundo con sus pies cubiertos de lodo y no quedaba ya lugar alguno en donde poder refugiarme cuando las cosas llegasen a serme absolutamente insoportables. Mientras estaba en la prisión, pensaba: «Cuando termine la guerra, podré reanudar mi vida de antes, mis sueños, y contemplaré otra vez las sombras chinescas.» Pero no se puede volver al pasado, Scarlett. Y esto es lo que tenemos que afrontar ahora, algo que es peor que la guerra y la prisión y para mí peor que la muerte... Ya ves, Scarlett; me veo castigado por tener miedo.

—Ashley —comenzó a decir ella, sintiéndose sumergida en un pantano de confusión—, si tú temes que nos muramos todos de hambre, yo... yo... ¡Oh, Ashley, ya nos las compondremos! ¡Estoy segura de que sí!

Por un momento, él giró otra vez hacia ella sus ojos, grandes y de un gris cristalino, y en ellos se pintó la admiración. Luego, repentinamente, su mirada pareció remota otra vez, y ella comprendió, con el corazón oprimido, que él no había pensado en el hambre. Eran siempre como dos personas que se comunicaran en diferentes lenguajes. Mas Scarlett le amaba tanto que, cuando Ashley se alejaba en espíritu de ella, como ahora, era como si se nublase el sol dejándola expuesta a un frío glacial. Sentía deseos de asirlo por los hombros y apretarlo junto a su cuerpo para hacerle percibir que ella era de carne y hueso, no algo de sueño. ¡Oh, si hubiera podido sentirse tan unida a él como aquel día, tanto tiempo atrás, en que Ashley, a su regreso de Europa, se paró en la escalera de Tara para sonreírle!

—¡Morirse de hambre no es muy agradable! —dijo él—. Lo sé porque he pasado hambre, pero no es esto lo que me da miedo. Me asusta afrontar la vida sin la suave belleza de aquel mundo nuestro que fue y que ha desaparecido.

Scarlett pensó con desesperación que Melanie sabría comprender seguramente lo que él quería decir. Melly y él hablaban siempre de tales tonterías, de poesía, de libros, de sueños, de rayos de luna y de polvo de estrellas. Él no temía las mismas cosas que ella, ni las torturas de un estómago vacío, ni los azotes del viento invernal, ni el ser arrojados de Tara.

Se acobardaba ante temores que ella no había conocido jamás y que no podía ni concebir. Porque, en nombre de Dios, ¿qué había que temer en este destrozado mundo más que el hambre y el frío y el quedarse sin casa?

Ella había creído que, si escuchaba con más atención, sabría qué respuesta darle a Ashley.

—¡Oh! —exclamó, y la decepción de su voz era la de un chiquillo que abre un paquete lujosamente envuelto y ve que está vacío. Al notar su tono, él sonrió con pena,

como excusándose. —Perdóname, Scarlett, por hablarte así. No puedo hacer que me entiendas porque tú posees un corazón de león junto con una completa ausencia de imaginación, y te envidio ambas cualidades. A ti jamás te importará afrontar realidades, y jamás ansiarás escapar de ellas como yo.

—¡Escapar!

Parecía que ésta fuera la única palabra inteligible que él hubiera pronunciado. Ashley, lo mismo que ella, estaba fatigado de la lucha y deseaba escapar. Su respiración se aceleró.

—¡Oh, Ashley! —exclamó—. Estás equivocado. Yo también deseo escapar. ¡Estoy tan cansada de todo!

Una escèptica sorpresa arqueó las cejas de él. Scarlett puso una mano, febril y apremiante, sobre el brazo de Ashley.

—Escúchame —comenzó a decir vertiginosamente, con palabras que se atropellaban las unas a las otras—. Estoy cansada de todo, te lo confieso. Me duelen hasta los huesos, y no puedo aguantarlo más. He luchado por la comida y por el dinero, he arrancado hierbajos y manejado el azadón, he recogido el algodón y hasta he arado; pero ya no puedo resistirlo más. Créeme, Ashley: ¡el Sur está muerto! ¡Está muerto! Lo tienen los yanquis y los negros libres, y los recién llegados del Norte, y no queda nada para nosotros. ¡Ashley, huyamos de aquí! Él la miró intensamente, inclinando la cabeza para observar más de cerca su fisonomía, ahora arrebolada.

—¡Sí, huyamos... dejándolos a todos! Estoy ya harta de trabajar para los demás. Alguien se ocupará de ellos. Siempre hay alguien que se ocupa de los que no pueden ocuparse de sí mismos. ¡Oh, Ashley, huyamos tú y yo! Podríamos marcharnos a México... En el ejército mexicano buscan oficiales, y podríamos ser felices allí. Yo trabajaré para ti, Ashley. Haré por ti cualquier cosa. Ya sabes que tú no amas a Melante...

Él iba a hablar con el aturdimiento reflejado en su semblante; pero ella detuvo sus palabras con un torrente de las suyas:

—Me dijiste que me amabas más que a ella aquel día... ¡Oh!, ¿te acuerdas de aquel día? ¡Y sé que no has cambiado! Y acabas de decir que ella no es más que un sueño... ¡Oh, Ashley, huyamos! Podría hacerte feliz. Y, de todas maneras —añadió con encono—, Melanie no puede..., el doctor Fontaine dijo que ella no podría ya tener más hijos, y yo podría darte...

Las manos de Ashley le apretaban los hombros tan fuertemente que le hacían daño. Se detuvo, falta de aliento.

—Habíamos quedado en que olvidaríamos ese día en Doce Robles —dijo él.

—¿Crees que jamás podría olvidarlo? ¿Lo has olvidado tú? ¿Puedes decir honradamente que no me quieres?

Él hizo una profunda aspiración de aire y contestó rápidamente.

—No, no te quiero.

—És mentira.

—Aun siendo mentira —dijo Ashley, y su voz tenía acentos de calma mortal—, no es cosa que pueda discutirse.

—¿Quieres decir que...?

—¿Crees que podría marcharme y abandonar a Melanie y al niño, aunque los odiase a los dos? ¿Destrozar el corazón de Melanie? ¿Entregarlos a una y a otro a la caridad de nuestros amigos? Scarlett, ¿estás loca? ¿No te queda el menor sentimiento de lealtad? Nunca podrás abandonar a tu padre y a tus hermanas. Es una responsabilidad que te

incumbe, lo mismo que a mí me incumbe la de Melanie y Beau, y, tanto si no puedes más como si puedes, ahí los tienes, y has de llevar tu cruz. .

—Podría dejarlos a todos...; estoy harta de ellos..., harta de todo...

Ashley se inclinó hacia ella y, por un instante, Scarlett creyó, con el corazón palpitante, que él iba a cogerla entre sus brazos. Pero, en vez de hacerlo, Ashley le acarició una mano y le habló como si apaciguase a una chiquilla.

—Ya sé que estás cansada y harta de todo. Por eso hablas así. Has soportado una carga excesiva para tus hombros. Pero voy a ayudarte...; no seré siempre tan torpe.

—No hay más que una manera de ayudarme —dijo ella con voz apagada—, y es llevándome lejos de aquí y buscando los dos una nueva vida en otra parte donde tengamos alguna probabilidad de ser dichosos. Nada hay que nos retenga aquí.

—Nada —respondió él quedamente—. Nada..., excepto el honor.

Ella le miró con desilusionada ansiedad y vio, como si fuera la primera vez, cómo la media luna que formaban sus pestañas tenía el cálido matiz del trigo maduro, cuan erecta se asentaba su cabeza sobre su cuello desnudo y cómo aquel cuerpo erguido y esbelto había conservado el sello de raza y de dignidad a despecho de los grotescos harapos que lo cubrían. Sus ojos se encontraron, los de ella tiernos e implorantes, los de él tan remotos como dos lagos de montaña bajo un cielo gris.

Y ella leyó en los suyos el fracaso de todos sus sueños, de todas sus locas ansias.

Abrumada por el dolor de su corazón y por el cansancio, inclinó la cabeza, dejándola caer entre sus manos y rompió a llorar. Nunca la había visto él llorar. Nunca había creído que las mujeres de tan vigoroso temple pudiesen llorar, y a su vez se vio dominado por la ternura y el remordimiento. Se acercó a ella súbitamente, y un instante después la tomó entre sus brazos, anidada en ellos confortablemente, oprimiendo su oscura cabecita contra su corazón, y diciéndole:

—¡Querida mía! ¡Tú que eres tan valiente! ¡No llores! ¡No debes llorar!

De inmediato, percibió Ashley que todo cambiaba en ella al sentirse entre sus brazos, y notó que había algo mágico y enloquecido en aquel frágil cuerpecillo que se ceñía al suyo, y un resplandor cálido y dulce en aquellos ojos verdes que lo miraban. Parecía que ya no existiese el cruel invierno. Para Ashley, había vuelto la primavera, esa medio olvidada y fragante primavera de verdores y murmullos de fuentes, una primavera plácida e indolente, de días despreocupados en los que los juveniles deseos circulaban por sus venas. Se desvanecieron por encanto todos los años amargos y vio que los labios de ella, rojos y temblorosos, se abrían cerca de él y los besó.

En los oídos de ella retumbó un ruido extraño y profundo, como si hubiese puesto junto a ellos dos caracolas de mar, y a través de aquel fragor percibió oscuramente la trepidación de su corazón. Su cuerpo parecía fundirse con el de Ashley, y durante un incalculable momento permanecieron unidos el uno al otro, mientras los labios de él oprimían los de Scarlett ansiosa, insaciablemente.

Cuando súbitamente la soltó, a ella le pareció que no podía si quiera tenerse en pie, y su mano buscó a tientas la cerca para apoyarse. Levantó hacia él sus ojos, resplandecientes de amor y de triunfo.

—¡Me amas! ¡Me amas! Dilo..., ¡dilo!

Las manos de Ashley descansaron sobre los hombros de ella, y Scarlett percibió su temblor y se enorgulleció. Se inclinó ardientemente hacia él, pero Ashley la detuvo con la mano, mirándola con ojos de los que había desaparecido toda vaguedad, con ojos atormentados por la lucha y la desesperación.

—¡No te acerques! —dijo—. ¡No te acerques! ¡Si lo haces, serás mía aquí mismo!

Ella sonrió. Una sonrisa resplandeciente y cálida que hacía caso omiso del lugar y del tiempo, de todo lo que no fuese la memoria de la boca de él sobre la suya.

De pronto, él la cogió por los brazos y la sacudió violentamente, la sacudió hasta que sus negros cabellos se desparramaron sobre sus hombros, la sacudió con loca rabia hacia ella y hacia él mismo.

—¡No lo haremos! —gritó—. ¡Te juro que no lo haremos!

A Scarlett le pareció que el cuello se le iba a romper si él le daba otra sacudida. Los cabellos le cubrían los ojos, cegándola, y el arranque de Ashley la había aturdido. Se desasió de sus manos y lo miró fijamente.

En la frente de Ashley se habían formado pequeñas gotitas de sudor, y tenía las manos cerradas en forma de garras, como si le doliesen. La miró cara a cara, con penetrantes ojos grises.

—Es culpa mía..., no tuya, y no volverá a suceder, porque me voy a llevar a Melanie y al niño, y nos iremos.

—¡Iros! —exclamó ella con angustia—. ¡Oh, no!

—¡Sí, te lo juro! ¿Crees que podría quedarme aquí después de lo ocurrido? Cuando volviese a suceder...

—Pero, Ashley, no puedes marcharte. ¿Por qué habrías de marcharte? Me quieres...

—¿Deseas que te lo confiese? Pues bien, lo diré. Te quiero.

Se inclinó hacia ella con tan repentino furor que Scarlett retrocedió, casi incrustándose en el cercado.

—Te quiero. Te quiero por tu bravura y tu tenacidad, y tu brío y tu implacable dureza. ¿Cuánto te quiero? Tanto que, hace un momento, hubiera ultrajado la hospitalidad de la casa que nos ha acogido a mi familia y a mí, hubiera olvidado la esposa más buena que jamás pueda tener un hombre... Te quiero lo bastante para haberte poseído aquí mismo, sobre el barro, como un...

Ella se debatía en un caos de pensamientos y sentía en su corazón un punzante y frío dolor, como si un témpano lo hubiese atravesado. Y dijo, balbuciendo: —Si sentías todo eso y no te has hecho dueño de mí..., entonces, es que no me quieres.

—Jamás podré hacer que me comprendas.

Permanecieron mirándose en silencio. De pronto, Scarlett se estremeció, y vio, como si regresase de una larga jornada, que era invierno, y que los campos eran ásperos eriales, y que ella tenía frío. Vio también que aquel rostro impenetrable y lejano de Ashley, que ella conocía tan bien, había reaparecido, y era también un rostro invernal, asolado por el dolor y el remordimiento.

Hubiera dado la vuelta y le hubiera dejado, buscando el asilo de su casa para esconderse, pero se sentía demasiado exhausta para moverse. Incluso hablar representaba un trabajo, una fatiga.

—No me queda nada —dijo al fin—. No me queda nada. Nada que amar. Nada por qué luchar. Tú te vas, y Tara se va.

El la miró durante largos instantes, y después, inclinándose, cogió del suelo un puñado de tierra arcillosa y rojiza.

—Sí, algo te queda —dijo, y el espectro de su antigua sonrisa retornó a su faz, una sonrisa que parecía burlarse un poco de ella y de sí mismo—. Algo que tú amas más que a mí, aunque acaso no te des cuenta. Todavía tienes Tara.

Asió su mano, y depositando en la palma la húmeda arcilla, cerró sobre ella los

dedos de Scarlett. Ahora, ni en las manos de ella ni en las manos de Ashley quedaban vestigios de fiebre. Scarlett miró un instante aquella rojiza pasta; nada significaba para ella. Le miró después a él y comprendió vagamente que había en él una integridad de espíritu que no podía ser rota ni por sus manos apasionadas ni por manos algunas.

Aunque ello le costase la vida, Ashley jamás dejaría a Melanie. Aunque se abrasase de pasión por Scarlett, jamás sería suyo, y haría lo indecible para mantenerse a distancia de ella. Nunca podría ella atravesar tal coraza. Las palabras «hospitalidad», «honor», «lealtad», significaban para él mucho más que para ella.

La arcilla continuaba, fría, en su mano, y ella la miró otra vez. —Sí —dijo—. Aún me queda esto.

Al principio, las palabras no tenían valor alguno para ella, y la arcilla era solamente arcilla. Pero, como un intruso, penetró en su mente el recuerdo de aquel mar de rojizo polvo que rodeaba a Tara, y pensó cuan querido le era y cuánto había luchado ella para conservarlo, así como cuánto tendría que luchar aún si quería conservarlo en adelante. Miró a Ashley otra vez, y no pudo por menos de preguntarse adonde había ido a parar aquella oleada de pasión. Podía pensar en él o pensar en Tara, pero no sentía nada porque su cuerpo había quedado limpio de toda emoción. —No necesitas marcharte —le dijo con voz firme —. No necesitáis moriros de hambre simplemente porque me haya ofrecido a ti. Esto no volverá a suceder nunca.

Dio media vuelta y se alejó camino de la casa a través de los desiguales campos, arrollando sus cabellos en un moño sobre su nuca. Ashley la contempló mientras se iba y observó cómo Scarlett erguía sus frágiles hombros conforme caminaba. Y este gesto penetró en su corazón mucho más profundamente que cualesquiera palabras que ella hubiera pronunciado.

32

Todavía tenía en su mano la bolita de arcilla roja cuando subió los peldaños de la escalinata central. Había evitado cuidadosamente la entrada de atrás, porque los agudos ojos de Mamita no hubieran dejado de notar que le pasaba algo serio. Scarlett no quería ver ni hablar a Mamita, le parecía que no podía hablar con ella ni con nadie, ni ahora ni nunca.

Ahora no experimentaba ya ningún sentimiento de vergüenza, de decepción o de amargura; sólo sentía flojedad en las rodillas y un gran vacío en el corazón. Apretó la arcilla tan fuertemente que se le escapó del puño mientras se repetía una y otra vez, monótona como un loro: «Todavía tengo esto. Sí, todavía tengo esto.»

No tenía nada más, no tenía más que ese suelo rojizo, esa tierra que ella se había mostrado dispuesta a dejar atrás como un pañuelo roto, unos minutos antes. Ahora era otra vez algo muy amado para ella, y se maravillaba vagamente de que, en un momento de locura, hubiese podido estimarla tan poco. Si Ashley hubiese accedido, tal vez ella se habría marchado con él, habría abandonado familia y amigos sin mirar atrás ni una sola vez, pero, aun en su vacío moral, comprendía que su corazón se habría desgarrado al dejar aquellos rojizos cerros y aquellos altos y negros pinos. Sus pensamientos habrían vuelto ávidamente hacia ellos durante todo el resto de su vida. Ni el mismo Ashley hubiera podido llenar el hueco que quedaría en su corazón al arrancar de él las raíces de Tara. ¡Qué acertado estuvo Ashley y qué bien la conocía! No tuvo más que apretar en su mano la tierra húmeda para lograr que ella volviese en sí.

Se hallaba en el pasillo disponiéndose a cerrar la puerta cuando oyó un ruido de cascos de caballos, y se volvió para mirar el sendero de entrada. Recibir visitas en estos momentos era en verdad demasiado. Correría a su cuarto y fingiría tener jaqueca.

Pero, cuando se acercó el vehículo, Scarlett se detuvo, asombrada. Era un coche nuevo, de reluciente barniz, y las guarniciones eran nuevas también, con ornamentos de brillante latón aquí y allá. Forasteros, indudablemente. Ninguna de las personas que ella conocía poseía tal carruaje.

Se quedó en el umbral mirando mientras la fría corriente de aire le enrollaba las faldas alrededor de sus húmedos tobillos. El coche se detuvo a la puerta de la casa, y de él se apeó Jonnas Wilkerson. Scarlett se quedó tan sorprendida a la vista de su antiguo capataz guiando un equipo tan soberbio y vestido con un abrigo de tanto lujo que por un momento creyó que la engañaban sus ojos. Will le había dicho que Jonnas parecía andar muy próspero desde que tenía el nuevo empleo en la oficina de esclavos emancipados. Había hecho fortuna, según Will, estafando a los negros o al Gobierno, o confiscando el algodón de los particulares y jurando que era algodón que pertenecía al Gobierno confederado. Ciertamente era imposible que ganase tanto dinero honradamente en tiempos difíciles como aquéllos.

Pero ahí le tenía ahora, descendiendo de un elegante carruaje y ayudando a apearse a una mujer vestida con tanto exceso de lujo como gusto dudoso. Scarlett vio a la primera ojeada que el vestido era de color llamativo y vulgar, pero aun así sus ojos lo contemplaron con ansia. ¡Hacía tanto tiempo que no había visto vestidos nuevos y algo a la moda! ¡En fin! Observó que los miriñaques no se llevaban tan anchos aquel año al fijarse en el vestido a cuadros rojos. ¡Y qué cortas se llevaban las chaquetas! ¡Y qué sombrero más gracioso! Las cofias debían estar pasadas de moda, porque ese sombrero era sólo una cosa absurda y plana de terciopelo rojo colocada sobre la coronilla de la mujer, como si fuese una especie

de torta dura. Las cintas colgantes no iban atadas por debajo de la barbilla, como en las cofias, sino detrás, debajo de un grupo de espesos bucles que caían bajo el sombrero, bucles que, según Scarlett no pudo por menos de notar, no casaban bien ni en color ni en textura con los cabellos de aquella mujer.

Cuando la mujer se apeó y miró hacia la casa, Scarlett vio algo que le pareció familiar en aquella cara conejuda, tan cubierta de polvos blancos.

—¡Cómo! ¡Si es Emmie Slattery! —exclamó, tan sorprendida que la exclamación se le escapó en voz alta.

—Sí, soy yo —dijo Emmie, moviendo la cabeza con una sonrisa que pretendía ser amable y avanzando hacia los peldaños.

¡Emmie Slattery! La sucia y asquerosa Emmie a cuyo hijo ilegítimo había bautizado Ellen, la Emmie que había contagiado su tifus a Ellen y le había causado la muerte. Y ese asqueroso ejemplar femenino de «pordiosero blanco», ordinaria, maligna y presuntuosamente vestida, quería subir los peldaños de Tara sonriendo y haciendo monerías como si fuese íntima de la casa. Scarlett pensó en Ellen, y la pasión, como una tormenta, llenó todo el vacío de su mente con una furia tan rabiosa y tan viva que recorrió su cuerpo como un ataque de fiebre.

—¡Fuera de aquí, sinvergüenza! —le gritó—. ¡Salga de esta casa! ¡Fuera!

La boca de Emmie se abrió repentinamente y sus ojos se volvieron a Jonnas, que se acercó con las cejas fruncidas. A pesar de su cólera, intentó tomar una actitud digna.

—No puede usted hablar así a mi esposa —dijo.

—¿Esposa? —prorrumpió Scarlett, soltando una carcajada de punzante desprecio—. ¡Hora sería de que fuese su esposa! ¿Quién bautizó a sus otros crios después que mató a mi madre?

Emmie dijo «¡Oh!», y bajó apresuradamente los peldaños, pero Jonnas la detuvo antes de que se aproximase al carruaje, asiéndola por el brazo con rudeza.

—Veníamos a hacer una visita..., una visita de amistad —dijo incisivamente—. Y a hablar algo de negocios con los antiguos amigos...

—¿Amigos...? —La voz de Scarlett era como un gran trallazo—. ¿Cuándo fuimos nosotros amigos de gente como ustedes? Los Slattery vivían de nuestra caridad, y la pagaron matando a mi madre..., y usted... usted... Mi padre le despidió por lo del niño de Emmie, y usted lo sabe bien. ¡Amigos! Salgan de aquí antes de que llame al señor Benteen y al señor Wilkes.

Al oír estas palabras, Emmie se desasió de su marido y huyó hacia el coche, en una confusión de botas de charol con borlas de color rojo vivo.

Ahora agitaba a Jonnas una furia igual a la de Scarlett, y su terrosa fisonomía estaban tan colorada como la cresta de un pavo encolerizado.

—Conque todavía presumiendo de grandeza y de señorío, ¿eh? Pero estoy bien enterado. Sé que no tiene usted ni zapatos que ponerse. Sé que su padre está idiotizado...

—¡Salgan de aquí inmediatamente!

—¡Oh, no gritará usted así por mucho tiempo! Ya sé que están arruinados. Sé que no pueden pagar siquiera la contribución. Y vine aquí para ofrecerle comprarle la finca..., para hacerle una excelente proposición. A Emmie le haría ilusión vivir aquí. Pero ¡le juro que ahora no le voy a pagar ni un centavo! Ya sabrán ustedes, irlandeses pobres y presumidos, quién es el amo aquí cuando se venda la finca para pagar los impuestos. Y seré yo quien la compre, íntegra..., con muebles y todo..., y viviré en ella.

Era, pues, Jonnas Wilkerson el que quería quedarse con Tara, y Emmie la que, por

tortuosidades de su cerebro, quería vengar pasados menosprecios yendo a habitar la casa en donde habían sido desdeñados. Todos los nervios de Scarlett vibraban de odio, como habían vibrado el día en que acercó el cañón de su pistola a la barbuda cara del yanqui y disparó. Hubiera deseado tener ahora esa pistola en las manos.

—Derribaría esta casa piedra por piedra y la quemaría, y sembraría de sal todo el terreno antes que permitir que ni uno ni otro pusieseis el pie sobre el umbral. ¡Fuera, os he dicho! ¡Fuera!

Jonnas la miró lleno de furor. Iba a decir algo más, pero se contuvo y echó a andar hacia el coche. Subió a él junto a su quejumbrosa compañera e hizo dar la vuelta al caballo. Cuando el animal comenzó a trotar, Scarlett sintió el impulso de escupir. Y escupió. Comprendía que aquél era un gesto pueril y de mal gusto, pero se encontró aliviada al hacerlo. Lástima no haberlo hecho cuando ellos lo hubiesen visto.

¡Esos malditos amigos de los negros que osaban venir a la finca para insultar su pobreza! Esa mala bestia jamás tuvo intenciones de comprar Tara. Lo utilizaba como pretexto para poder venir con Emmie a jactarse ante ella. ¡Esos cochinos advenedizos, esos piojosos pordioseros blancos, que se jactaban de que iban a residir en Tara!

Pero, poco a poco, se vio asaltada por un miedo repentino, y su furia se disipó. ¡Por lo clavos de Cristo! ¡Iban a venir a vivir a su casa! Nada podía hacer ella para impedirles que comprasen Tara, nada para impedirles que embargasen espejos, mesas y camas, y el cuarto de Ellen, de caoba y palo de rosa, todo tan precioso para ella, a pesar de los desperfectos que habían causado los invasores yanquis. Y también la plata de los Robillard. «No permitiré que lo hagan —pensó Scarlett con vehemencia—. ¡No y no, aunque tenga que pegar fuego a todo! ¡Emmie Slattery no pondrá jamás el pie sobre un palmo del suelo que pisaba mamá!»

Cerró la puerta, apoyándose después contra ella, muy asustada. Más asustada que el día en que el ejército de Sherman se metió en su casa. Ese día, lo más grave que podía temer era que quemasen Tara sobre su propia cabeza. Pero lo de ahora era peor. Aquellas viles criaturas habitando su casa, vanagloriándose ante sus groseros amigos de cómo habían arrojado de allí a los orgullosos O'Hara. Acaso metiesen allí negros, a comer y a dormir. Will le había dicho que Jonnas alardeaba de igualdad con los negros, comía con ellos, los visitaba en sus casas, los paseaba en coche, ponía familiarmente el brazo sobre sus hombros.

Al pensar en la posibilidad de este supremo insulto a Tara, su corazón latió con tanta fuerza que apenas podía respirar. Trataba de concentrarse en el problema, de buscarle una salida, pero cada vez que quería llevar sus pensamientos a tal propósito nuevas rachas de rabia y de miedo sacudían todo su ser. Debía existir alguna solución, debía existir alguien que tuviese dinero para prestárselo. El dinero no podía desvanecerse así como así y echar a volar. Alguien habría que tuviese dinero. De pronto, recordó las sarcásticas palabras de Ashley.

—Sólo hay una persona, Rhett Butler..., que tenga dinero.

Rhett Butler. Entró en el salón y cerró la puerta tras sí. La penumbra de las cerradas persianas y del crepúsculo vespertino la envolvió. A nadie se le ocurriría ir a buscarla allí, y necesitaba tiempo para pensar sin que nadie la estorbara. La idea que se le ocurrió era tan sencilla que se admiró de no haber pensado en ello más pronto.

—Será Rhett quien me dé el dinero. Le venderé los pendientes de brillantes. O le pediré prestado el dinero dejándole en depósito los pendientes hasta que pueda devolvérselo.

Por un momento, su alivio fue tan grande que incluso sintió una debilidad repentina. Pagaría los impuestos y se reiría abiertamente de Jonnas Wilkerson. Pero tras esa feliz idea vino en seguida un pensamiento más inexorable.

«Necesito dinero, no sólo para las contribuciones de este año, sino también para las del año próximo. Para el año próximo y para todo el resto de mi vida. Si pago este año, me aumentarán la cuota el año que viene hasta conseguir echarme. Si consigo una buena cosecha de algodón, la tasarán de forma que yo no saque nada, o acaso la confisquen inmediatamente diciendo que es algodón confederado. Los yanquis y esos canallas que están con ellos me tienen acorralada contra una pared. Toda mi vida, mientras viva, estaré asustada y tendré que andar buscando dinero. Y temeré siempre que se salgan con la suya, y ello para ver que mi trabajo no me sirve de nada y que me roban el algodón... Conseguir ahora trescientos dólares en préstamo sólo servirá para tapar momentáneamente una grieta. Lo que yo quiero es salir de esta situación de una vez y para siempre..., poder acostarme por la noche sin temor a lo que pueda ocurrirme al día siguiente, y al mes siguiente, y al año siguiente.»

Su mente trabajó febrilmente. De modo frío y lógico, una idea se abrió paso en su cerebro. Pensó en Rhett: una hilera de blancos dientes destacándose en un rostro curtido y moreno, con sardónicos ojos negros que la miraban siempre acariciadores.

Recordó aquella calurosa noche en Atlanta, casi al finalizar el sitio de la ciudad, cuando Rhett estaba sentado en el pórtico de la tía Pitty, medio oculto en las tinieblas veraniegas, y sintió nuevamente el calor de su mano contra el brazo de ella mientras le decía: «La deseo más de lo que he deseado jamás a ninguna mujer... y he aguardado más tiempo por usted que por ninguna otra mujer.» «Me casaré con él —resolvió fríamente—. Y así estaré segura de no tener que preocuparme más por cuestiones de dinero.»

¡Oh, qué bendición sería, más dulce que las esperanzas de ganar el Cielo, no tener que inquietarse ya por cosas de dinero, saber que Tara estaba salvada, que la familia se hallaba bien alimentada y vestida, que ya no tendría que darse de cabezazos contra un muro!

Se sentía muy vieja. Los acontecimientos de la tarde la habían dejado vacía de toda emoción. Primero, la inesperada noticia acerca de los impuestos, luego Ashley, y, por último, su furiosa reacción contra Jonnas Wilkerson. No, no quedaba en ella ni una sola emoción. Si no hubiese agotado toda capacidad de sentir, algo en ella hubiera protestado contra el proyecto que tomaba forma en su mente, porque odiaba a Rhett como no odiaba a nadie en el mundo. Pero era incapaz ya de sentir. Sólo podía pensar, y sus pensamientos eran muy prácticos.

«Le dije unas cosas terribles cuando nos abandonó en la carretera, pero puedo hacer que las olvide —pensó con desdén, segura todavía de sus encantos—. Fingiré cuanto sea preciso cuando esté junto a él. Le haré creer que siempre le he querido, pero que aquella noche estaba trastornada y asustada. ¡Oh, los hombres son tan vanidosos que creen todo lo que lisonjea su amor propio...! No debo dejar que se entere de las circunstancias en que nos hallamos, hasta que le tenga seguro. ¡Oh, no debe saberlo! Si se entera de nuestra pobreza, comprenderá que es su dinero, y no su persona, lo que me atrae. Después de todo, no es de esperar que lo sepa, porque aún la tía Pitty no conoce lo peor. Y, después que me haya casado con él, tendrá que ayudarnos... No puede dejar morir de hambre a la familia de su mujer.»

¡Su mujer! ¡La esposa de Rhett Butler! Cierta repugnancia, sepultada muy en el fondo de su frío razonamiento, se agitó débilmente para aquietarse luego. Recordaba los

embarazosos y repulsivos episodios de su luna de miel con Charles, sus manos ávidas, su torpeza, sus incomprensibles emociones... Y Wade Hampton.

«No quiero pensarlo ahora. Ya me preocuparé de ello después de casarme con él...»

¡Después de casarse con él...! Un recuerdo asaltó su memoria. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Recordó nuevamente aquella noche en el pórtico de la tía Pitty, recordó haberle preguntado si aquello era una proposición matrimonial, recordó la odiosa carcajada que soltó Rhett cuando dijo: «Querida, yo no soy de esos hombres que se casan.»

«Supongamos que él siguiese pensando lo mismo. Supongamos que, a pesar de encantos y artificios, él rehusase casarse. Supongamos, ¡oh, qué suposición más terrible!, supongamos que ya se hubiese olvidado de mí y anduviese tras otra mujer cualquiera...»

«La deseo más de lo que he deseado a ninguna otra mujer...»

Las uñas de Scarlett penetraron profundamente en sus palmas. «Si me ha olvidado, yo haré que me recuerde. Haré que me desee otra vez.»

Y si no quería casarse con ella, pero todavía la deseaba, ésa era otra manera de conseguir el dinero. Después de todo, ya le había propuesto una vez que fuese su amante.

En la grisácea penumbra del salón, Scarlett libró una batalla decisiva con los tres lazos más fuertes de su alma: la memoria de Ellen, las enseñanzas de su religión y su amor por Ashley. Sabía que lo que se proponía hacer habría de parecer odioso a su madre, aun en ese sereno y lejano cielo en donde estaba seguramente. Sabía que la prostitución era un pecado mortal. Y sabía que, amando como amaba a Ashley, su plan constituía una doble prostitución.

Pero todo ello desaparecía ante la implacable frialdad de su mente y el acoso de la desesperación. Ellen estaba muerta, y acaso la muerte diera la facultad de comprenderlo todo. La religión prohibía fornicar bajo pena del fuego del infierno, pero si la Iglesia creía que ella iba a omitir algún medio de salvar a Tara y salvar del hambre a su familia..., bueno, que fuera la Iglesia la que se preocupara... Ella, no. Por lo menos, no ahora. Y Ashley no la quería. Sí, la quería. El recuerdo de aquella cálida boca sobre la suya bien se lo dejaba comprender. Pero nunca se marcharía con ella. Era extraño; marcharse con Ashley no le parecía un pecado, pero con Rhett...

En aquel grisáceo atardecer de invierno Scarlett llegó al final de la larga senda que había emprendido la noche de la caída de Atlanta. Había empezado a recorrer esa senda como una chica mimada, egoísta e inexperta, desbordante de juventud, de entusiasmo, fácilmente asombrada ante la vida.

Ahora, el final de la senda, nada quedaba de aquella joven. El hambre, la dura labor, el miedo, la constante tensión, los terrores de la guerra y los terrores de la Reconstrucción habían hecho desaparecer toda ternura, toda emoción, todo lo que en ella había de juvenil. Alrededor de lo más íntimo de su ser se había formado una dura corteza, y poco a poco, capa por capa, esa corteza se había hecho más gruesa durante aquellos interminables meses.

Pero, hasta ese día mismo, la sostenían aún dos esperanzas. Había esperado que, terminada la guerra, la vida recobraría gradualmente su ritmo de antes. Había esperado que el regreso de Ashley significaría un cambio en su existencia. Ahora, una y otra esperanza se habían disipado. El ver a Jonnas Wilkerson junto a la entrada principal de Tara le había hecho comprender que para ella, lo mismo que para el Sur, la guerra no terminaría jamás. La enconada lucha, las brutales represalias, no hacían más que comenzar. Y Ashley estaba aherrojado para siempre por palabras que eran más irrompibles que cualquier grillete.

La paz era un fracaso para ella. Y con Ashley ella había fracasado también. Ambas cosas le fallaban a la vez, y era como si esa corteza formada alrededor de su ser hubiese

quedado ya petrificada. Se había convertido en lo que la abuela Fontaine había mencionado, en una mujer que ha visto lo peor y ya no tiene miedo a nada, ni a la vida, ni a su madre, ni a perder el amor, ni a la opinión pública. Sólo el hambre y su pesadilla del hambre podían causarle temor.

Una curiosa sensación de ligereza, de libertad, se difundió por todo su ser, ahora que su corazón había quedado acorazado contra todo lo que la ligaba todavía a los tiempos que se fueron y a la Scarlett de antes. Había tomado una decisión y, gracias a Dios, no temía llevarla a cabo. Nada tenía que perder y estaba resuelta.

Si pudiese inducir a Rhett a casarse con ella, todo iría perfectamente. Pero, si no podía..., entonces conseguiría el dinero de otro modo. Por un breve momento, se preguntó con impersonal curiosidad qué era lo que se esperaba de una «amante». ¿Insistiría Rhett en tenerla en Atlanta, como la gente decía que tenía a aquella mujer, la Watling? Si la hacía quedarse en Atlanta, tendría que pagarle bien..., pagar lo bastante para compensar el coste de su ausencia de Tara. Scarlett lo ignoraba todo de la parte oculta de la vida masculina y carecía de medios para conocer exactamente qué arreglos implicaría todo ello. Y si llegase a tener un hijo... ¡Oh, eso sería una cosa terrible!

«No quiero pensar en ello ahora. Ya tendré tiempo para pensarlo más tarde», y rechazó la desagradable hipótesis al fondo de su mente, para que no pudiese influir en su resolución. Diría por la noche a la familia que iba a Atlanta a buscar dinero, a hipotecar la finca si era necesario. Era todo lo que necesitaban saber hasta el mal día en que averiguasen de qué se trataba.

Al pensar ya en la acción, su cabeza se irguió y sus hombros se enderezaron. La cosa no iba a ser muy fácil, por supuesto. Antes, había sido Rhett quien solicitaba sus favores, y ella la que dominaba. Ahora, la solicitante era ella, y una solicitante que no se hallaba en situación de poner condiciones.

«Pero no me dirigiré a él como una pordiosera. Iré como una reina que dispensa mercedes. Él nada sabrá.»

Se aproximó al oblongo espejo de cuerpo entero y se miró en él, manteniéndose con la cabeza alta. Y, al verse enmarcada por la agrietada moldura dorada, vio a una extraña. Realmente podía decirse que se veía por primera vez desde hacía un año. Dirigía una mirada al espejo todas las mañanas para comprobar si tenía la cara limpia y el pelo pasablemente peinado, pero siempre andaba demasiado escasa de tiempo para mirarse con algo más de atención. Pero ¡esta extraña que veía...! No era posible que aquella mujer con las mejillas hundidas fuese Scarlett O'Hara. Scarlett O'Hara tenía una fisonomía linda, de expresión vivaz y coqueta.

El rostro al que ahora miraba no tenía nada de bonito y no mostraba tampoco aquella gracia que ella conocía tan bien. Estaba pálido y tenso, y las negras cejas que resaltaban sobre el blanco cutis semejaban las alas de un pajarillo asustado. En todo aquel rostro había una expresión dura, acosada...

«¡No estoy ahora lo suficientemente bonita para gustarle! —pensó, y otra vez la invadió la desesperación—. ¡Estoy tan delgada, tan terriblemente delgada!»

Se tocó las mejillas, pasó frenética la mano por sus huesudas clavículas, sintiéndolas sobresalir aun por debajo de la ropa. Y sus senos habían quedado demasiado pequeños, casi tan pequeños como los de Melanie. Tendría que ponerse volantes en el delantero del corpino para hacerlos parecer más abultados, a pesar de que siempre miraba con menosprecio a las amigas que recurrían a tales subterfugios. ¡Volantes y frunces! Eso hizo nacer en ella otro pensamiento. Su ropa. Se miró el vestido, extendiendo el remendado

vuelo de su falda entre ambas manos. A Rhett le gustaban las mujeres ataviadas con elegancia, a la moda. Recordó con nostalgia el vestido de volantes que había llevado cuando se quitó el luto, el otro vestido que se puso con la capota de plumas verdes que él le había traído, y recordó los aprobadores piropos que él le dirigió. Recordó también, con aborrecimiento enconado por la envidia, el vestido a cuadros rojos, las botas con caña roja y borlas y el sombrero plano de Emmie Slattery. Todo eso era chillón, pero nuevo y a la moda, y ciertamente llamaba la atención. ¡Oh, cuánto deseaba ella llamar la atención! Especialmente la de Rhett Butler. Si la viese con el vestido viejo, comprendería que las cosas iban mal en Tara. Y no debía saberlo.

¡Qué loca había sido al creer que podría ir a Atlanta y rendirlo a sus pies en cuanto ella se presentase allí, cuando ahora era una mujer de cuello flaco y ojos de gato hambriento vestida con ropas harapientas! Si no había logrado que él le propusiese matrimonio cuando estaba en el apogeo de su belleza y tenía preciosos vestidos, ¿cómo esperar que lo hiciera ahora que estaba tan fea y se vestía tan pobremente? Si lo que contaba tía Pitty era cierto, Rhett debía tener mucho más dinero que nadie en Atlanta, y probablemente le sobrarían facilidades para elegir mujeres a su gusto, honradas o no. «Bien —pensó gravemente—; yo tengo algo que no tienen otras mujeres, aun las más bonitas..., y es una cabeza que ha tomado una firme resolución. Y si tan sólo tuviese un vestido decente...» Pero no había en Tara un solo vestido en buen uso, un vestido que no hubiese sido remendado y vuelto del revés un par de veces.

«¡Cómo estamos!», pensó con desaliento, mirando al suelo. Vio la alfombra de terciopelo color verde musgo, ahora gastada, manchada y destrozada por las docenas de hombres que sobre ella durmieron, y esa alfombra de su madre la deprimió más todavía, porque comprendió que Tara estaba tan harapienta como ella. La habitación, toda ella, la deprimía, medio a oscuras como estaba. Yendo hacia la ventana, la abrió un momento, descorrió la persiana y dejó penetrar en la estancia los últimos resplandores del crepúsculo invernal. Cerró otra vez la ventana, apoyó la cara sobre las cortinas de terciopelo y miró por encima del prado hacia los oscuros cedros del pequeño cementerio.

La cortina de terciopelo verde musgo daba una sensación de rugosa suavidad, y Scarlett se frotó un poco la cara con ella, como un gato. Y, de pronto, se fijó en los dos cortinones.

Un minuto después, arrastraba por el suelo una pesada mesa con tablero de mármol, cuyas mohosas ruedecillas rechinaron como protestando. La llevó hasta la ventana y, recogiéndose la falda, se subió encima y se puso de puntillas para llegar hasta la pesada barra que sostenía los cortinones. Casi no alcanzaba, y tiró de las cortinas con tanta impaciencia que los clavos que sujetaban la barra se desprendieron, y barra y cortina cayeron al suelo con estrépito.

Como por arte de magia, se abrió la puerta del salón y apareció la negra faz de Mamita, mostrando en cada una de sus arrugas tanta curiosidad como desconfianza. Miró con desaprobación a Scarlett, de pie sobre la mesa y con la falda levantada por encima de las rodillas, dispuesta a saltar al suelo. La expresión de triunfo y excitación que iluminaba su rostro inmediatamente engendró en Mamita confusas sospechas.

—¿Qué quiere usted hacer con las cortinas de la señora Ellen? —preguntó.

—¿Y qué haces tú escuchando tras de las puertas? —preguntó Scarlett, saltando ágilmente al suelo y recogiendo en una brazada una de las pesadas y polvorientas cortinas.

—No se trata de eso ahora —replicó Mamita, aprestándose al combate—. No tiene usted por qué tocar los cortinones de la señora Ellen, arrancando barras y clavos y

haciéndolos caer al suelo. La señora Ellen tenía mucho cariño a esas cortinas y no he de ser yo quien permita que las traten así.

Scarlett volvió hacia Mamita sus ojos verdes, ojos que ahora brillaban con febril gozo, ojos que parecían ser los de aquella niña traviesa que hacía rabiar a Mamita en los tiempos felices que la fiel negra tanto echaba de menos.

—Corre al ático y bájame la caja de patrones para vestidos, Mamita —exclamó, dándole un suave empujón—. Voy a hacerme un vestido nuevo.

Mamita se encontró dividida entre dos sentimientos: indignación ante la idea de que los noventa kilos de su voluminoso cuerpo pudiesen correr a ninguna parte y menos al ático, y el nacimiento de una horrible sospecha.

De un tirón arrancó las cortinas de los brazos de Scarlett y las apretó contra sus monumentales y caídos pechos, como si fuesen sagradas reliquias.

—No será de los cortinones de la señora Ellen de donde sacará usted el vestido, si era eso lo que pensaba hacer. Mientras yo conserve el aliento, no le dejaré hacerlo.

Por un momento, la expresión que Mamita solía calificar interiormente de «la de toro que embiste» pareció asomarse a la fisonomía de su joven ama, pero pronto se distendió en una de aquellas sonrisas a las que Mamita no sabía resistir. Sin embargo, la vieja esclava no se dejaba engañar. Sabía que Scarlett empleaba esta sonrisa sólo para ablandarla, y ella no estaba dispuesta a ceder.

—Mamita, no seas mala. Tengo que ir a Atlanta a buscar dinero, y necesito un vestido decente.

—No necesita usted otro vestido. Ahora ninguna señora de verdad tiene vestidos nuevos. Llevan los viejos y los llevan con orgullo. No hay razón para que una hija de la señora Ellen no pueda llevar los trapos que le dé la gana, y todo el mundo le tendrá el mismo respeto que si vistiese de seda.

La expresión «de toro que embiste» comenzó a dibujarse nuevamente. «Señor —pensaba Mamita—, es curioso cómo, con el tiempo, la señora Scarlett se parece más al señor Gerald que a la señora Ellen.»

—Vamos, Mamita, ya sabes que tía Pitty nos escribió que la señorita Fanny Elsing se casa el sábado, y, naturalmente, yo voy a la boda. Tengo que ir con un vestido presentable.

—El vestido que lleva usted ahora está tan bien como el vestido de la novia, seguramente. La señorita Pitty escribió que los Elsing hoy día son muy pobres.

—Pero ¡necesito otro vestido! Mamita, ya sabes que hemos de encontrar dinero. Las contribuciones...

—Sí, señora, sé lo de las contribuciones, pero...

—¡Ah!, ¿lo sabes?

—Dios me dio oídos para que oyese, ¿no? Especialmente cuando el señor Will nunca se molesta en cerrar la puerta.

¿Había algo de que Mamita no estuviese enterada? Scarlett se maravillaba de que un corpachón tan grande, que hacía trepidar el piso de madera cuando andaba por él, pudiese moverse tan inaudiblemente cuando su propietaria quería escuchar una conversación.

—Bueno, si has oído todo eso, supongo que habrás oído también a Jonnas Wilkerson y a Emmie...

—Sí, señora —contestó Mamita con ojos como brasas. —Entonces, no seas mala, Mamita. ¿No comprendes que tengo que ir a Atlanta y buscar el dinero para la contribución...? Tengo que encontrar dinero. ¡Sin falta! —Golpeó sus pequeños puños uno

contra el otro—. ¡Por Dios santo, Mamita! Quieren ponernos a todos en la calle, y ¿adonde iremos? ¿Vas a discutir conmigo una bagatela como las cortinas de mamá, cuando esa asquerosa Emmie, que la mató, se propone trasladarse aquí y dormir en la cama en que dormía mamá?

Mamita se apoyaba sobre un pie y sobre otro, alternativamente, como un elefante inquieto. Percibía vagamente que acabaría transigiendo.

—No, señora, no quiero ver a esa asquerosa en esta casa, ni vernos nosotras en la calle, pero...

Con escrutadores ojos y aire acusador, miró a Scarlett y preguntó:

—¿De quién piensa usted recibir el dinero, para necesitar un vestido nuevo?

—Eso... —dijo Scarlett, cogida por sorpresa—, eso es cosa mía.

Mamita le dirigió una aguda mirada, lo mismo que cuando Scarlett era pequeña y conseguía enhebrar plausibles excusas para sus travesuras. Parecía leer en su mente, y Scarlett bajó involuntariamente los ojos: era la primera vez que experimentaba un sentimiento de culpabilidad por lo que se proponía hacer.

—De modo que necesita usted un vestido nuevo y elegante para ir a que le presten el dinero, ¿eh? Ahí hay algo que no me convence. Y no quiere usted decir de dónde ha de venir el dinero...

—No tengo por qué decir nada —replicó Scarlett, indignada—. Es cosa mía. ¿Vas a darme esas cortinas y ayudarme a hacer el vestido, o no?

—Sí, señora —dijo Mamita suavemente, capitulando con una facilidad que despertó las sospechas de Scarlett—. Voy a ayudarla a hacer el vestido, y espero que se pueda hacer también un refajo con el forro, que es de satén, y hasta adornar unos pantaloncitos con las cortinillas de encaje.

Entregó el cortinón a Scarlett y una sonrisa astuta se difundió por todo su rostro.

—¿Va la señora Melanie con usted a Atlanta?

—No —dijo ella ásperamente, comprendiendo ya lo que iba a venir—. Voy sola.

—Esto lo cree usted —contestó Mamita con firmeza—, pero yo también voy con usted y con ese vestido nuevo. Sí, señora; ni un paso sin mí.

Por un instante, Scarlett imaginó su viaje a Atlanta y su conversación con Rhett bajo la intensa vigilancia de Mamita en su papel de cancerbero negro. Se sonrió nuevamente y posó la mano sobre el brazo de Mamita.

—Mamita querida, eres muy buena al querer venir conmigo y ayudarme, pero ¿cómo demonios podrían componérselas sin ti los de aquí? Tú lo diriges casi todo en Tara.

—¡Bah! —dijo Mamita—. Es inútil halagarme, señora Scarlett. La conozco a usted muy bien desde que le puse el primer pañal. Dije que iba con usted a Atlanta, y voy. La señora Ellen se levantaría de su tumba si fuese usted sola a la ciudad llena de yanquis y de negros liberados y gente de esa calaña.

—Pero ¡si estaré en casa de tía Pittypat! —exclamó Scarlett frenética.

—La señorita Pittypat es una excelente mujer que cree que lo ve todo, y no ve nada —dijo Mamita.

Y, dando media vuelta con el majestuoso aire del que da por terminada una entrevista, se fue hacia el pasillo. Las maderas del suelo retemblaron cuando gritó:

—¡Prissy, niña! ¡Vuela a la buhardilla y trae la caja de patrones, y a ver si encuentras las tijeras sin necesitar toda la noche para buscarlas! «Pues me he lucido —pensó Scarlett con desaliento—. Es como si llevase a mi zaga un sabueso.»

Después de cenar y levantar manteles, Scarlett y Mamita esparcieron sobre la mesa

los patrones, mientras Carreen se dedicaba a descoser los forros de satén y Melanie cepillaba el terciopelo con un cepillo húmedo para quitar bien el polvo. Gerald, Will y Ashley se quedaron allí fumando y sonriendo mientras contemplaban el tumulto femenino. Un sentimiento de agradable excitación, emanado de Scarlett, parecía haberse apoderado de todos, excitación que ellos eran incapaces de comprender. La fisonomía de Scarlett estaba ahora arrebolada, un acerado brillo iluminaba sus ojos, y se reía mucho. Esa risa era agradable para todos, porque hacía muchos meses que nadie la había oído reírse de verdad. Gerald parecía el más complacido. Sus ojos acusaban menos vaguedad que de ordinario mientras seguían la ajetreada figura de su hija, y, cada vez que ella se ponía a su alcance, le daba una palmadita de cariñosa aprobación. Las muchachas andaban tan excitadas como si hiciesen preparativos para un gran baile, y descosieron, cortaron e hilvanaron como si se confeccionasen vestidos de fiesta para ellas mismas.

Scarlett iba a Atlanta a buscar dinero, o a hipotecar Tara si fuese preciso. Pero ¿qué era realmente una hipoteca? Scarlett decía que podrían pagarla fácilmente con la cosecha de algodón del año próximo, y todavía les sobraría dinero; y lo decía con aire tan concluyente que a nadie se le ocurrió pedir más detalles. Sólo le preguntaron quién iba a prestar el dinero, y ella contestó: «No se pueden hacer preguntas indiscretas», con un aire tan solemne que todos se rieron y le gastaron infinidad de bromas sobre su millonario amigo.

—Debe de ser el capitán Rhett Butler —dijo sagazmente Melanie, y todos soltaron la carcajada al oír cosa tan absurda, porque sabían el odio que le tenía Scarlett, que no hablaba nunca de él sin decir: «Esa mala bestia de Rhett Butler.»

Pero Scarlett no se rió con ellos esta vez, y Ashley, que se reía, cambió súbitamente de expresión al notar la mirada rápida y enigmática que Mamita dirigía a Scarlett.

En un impulso de generosidad debido a la atmósfera reinante, Suellen se fue a buscar su cuello de encaje de Irlanda, todavía bonito a pesar de lo muy gastado que se hallaba, y Carreen insistió para que Scarlett llevara sus zapatos, que eran los menos deteriorados que había en la casa. Melanie rogó a Mamita que le dejara terciopelo suficiente para forrar su viejo abrigo y suscitó alaridos de risa al decir que si el único gallo que les quedaba en el gallinero no se largaba en seguida, éste tendría que renunciar a su soberbia cola negra y verde.

Scarlett, vigilando los veloces dedos que trabajaban, oyó las carcajadas y miró a unos y a otros con disimulada amargura y menosprecio. «No tienen ni idea de lo que me está pasando realmente, de lo que les pasa a ellos y al Sur. Piensan todavía, a pesar de todo, que no puede ocurrirles nada verdaderamente malo, porque son quienes son: O'Hara, Wilkes, Hamilton. Los mismos negros piensan igual. ¡Oh, todos son idiotas! ¡No comprenden! Siguen creyendo y viviendo lo mismo que antes, y nada podrá cambiarlos. Melly puede ir vestida de harapos e incluso ayudarme a matar a un hombre, pero eso no la ha alterado en lo más mínimo. Es todavía la misma señora Wilkes, tímida y bien educada, la perfecta dama. Y Ashley puede contemplar la guerra y la muerte, quedar herido, ser cogido prisionero y regresar para no encontrar aquí más que miseria, y continuar siendo el mismo caballero que era cuando poseía Doce Robles. Will es distinto. Conoce el estado real de las cosas, pero Will jamás tuvo mucho que perder. Y, en cuanto a Suellen y Carreen, éstas creen que sólo es cosa de un momento. Esperan que Dios haga un milagro en beneficio de ellas. Pero no lo hará. El único milagro que se hará aquí lo haré yo cuando me case con Rhett Butler... Ellos no han de cambiar. Acaso no pueden cambiar. Yo soy la única que ha cambiado... y no habría cambiado tampoco si no me hubiese visto obligada a hacerlo.» Mamita, finalmente, echó del comedor a los hombres y cerró la puerta a fin de

comenzar a probar el vestido. Pork ayudó a Gerald a subir las escaleras y a meterse en la cama, y Ashley y Will se quedaron solos a la luz de la lámpara del vestíbulo delantero. Permanecieron silenciosos unos instantes. Will masticaba su tabaco, como un plácido rumiante. Pero su expresión distaba mucho de ser plácida.

—Ese viaje a Atlanta —dijo finalmente, con voz lenta— no me gusta. No me gusta ni pizca.

Ashley miró rápidamente a Will y en seguida miró a otra parte, preguntándose si a Will le asaltaban las mismas sospechas que le atormentaban a él. Pero esto era imposible. Will ignoraba lo que había pasado en el huerto aquella tarde y cómo él había empujado a Scarlett a la desesperación. Will no pudo haber observado la cara de Mamita cuando se mencionó el nombre de Rhett Butler y, además, Will nada sabía de la mala reputación de Rhett y de su dinero. Por lo menos, Ashley no creía que pudiese estar enterado de ello, aunque desde su regreso a Tara había notado él que Will, como Mamita, parecían saber muchas cosas sin que nadie se las dijese e incluso presentirlas o adivinarlas antes de que acaecieran. Percibía algo siniestro en el aire, pero era impotente para salvar de ello a Scarlett. Ni una sola vez había podido cruzar su mirada con la de ella aquella noche, y el buen humor punzante y duro con que ella le había tratado le asustaba. Las sospechas que le atormentaban eran demasiado terribles para ser expresadas con palabras. Él no tenía derecho a insultarla preguntándole si eran ciertas. Apretó los puños. No tenía derecho alguno sobre ella, porque esa misma tarde había renunciado a tenerlos, y para siempre. No podía ayudarla. Nadie podía ayudarla. Pero, cuando recordó la cara de Mamita y la resuelta expresión que mostraba al meter la tijera en las cortinas de terciopelo, se sintió algo aliviado. Mamita protegería a Scarlett tanto si ésta lo deseaba como si no.

«Yo soy la causa de todo ello —pensaba con desesperación—. Yo la he empujado a ello.»

Se acordó del modo en que Scarlett había enderezado los hombros al separarse de él por la tarde, se acordó de qué manera resuelta había alzado la cabeza. Su corazón se derritió de compasión por ella, desgarrado por su propia impotencia, inundado de admiración. Ashley sabía que en el diccionario de Scarlett no existía la palabra «denuedo», y sabía que ella le hubiera mirado sin comprender si él le hubiese dicho que era el ser más denodado que jamás conociera en toda su vida. Sabía que ella ignoraba todas las bellas cualidades que él le atribuía al creerla denodada. Sabía que ella tomaba la vida tal y como se presentaba, oponiendo su sólido y firme cerebro a cualquier obstáculo que surgiese, luchando siempre con una determinación que no conocía la derrota y continuando la lucha aunque viese que la derrota era inevitable.

Pero, durante cuatro años, él había visto que también se negaban a reconocer la derrota hombres que avanzaban sonriendo hacia el desastre seguro, porque eran denodados. Y habían sido vencidos a pesar de todo.

Pensó, mientras miraba a Will en el tenebroso vestíbulo, que jamás había conocido un denuedo como el que mostraba Scarlett O'Hara al ponerse en marcha para conquistar el mundo, vestida con las cortinas de su madre y adornada con las largas plumas de un gallo de la casa.

Soplaba un viento, fuerte y frío y las densas nubes eran de un oscuro tono pizarroso cuando Scarlett y Mamita se apearon del tren en Atlanta, la tarde del siguiente día. No se había reconstruido la estación después de la quema de la ciudad, y tuvieron que recorrer unos cuantos metros entre cenizas y barro sobre las ennegrecidas ruinas que señalaban el antiguo emplazamiento del edificio. Impulsada por la costumbre, Scarlett hizo ademán de buscar a Peter y el carruaje de tía Pitty porque siempre los había encontrado esperándola cuando iba desde Tara hasta Atlanta durante los años de guerra. Pero pronto se rehizo, y se reprochó mentalmente su falta de memoria. Naturalmente, Peter no podía estar allí, porque ella no había avisado a tía Pitty de su llegada y, además, recordaba que en una de sus cartas tía Pitty le había relatado lacrimosamente la muerte del pobre animal que Peier había adquirido en Macón para conducirla a Atlanta después de la rendición.

Miró el terreno lleno de surcos de ruedas que rodeaba la antigua estación, buscando el coche de algún amigo o conotido que pudiese conducirlas hasta la casa de tía Pitty, pero no vio ningún rostro familiar, ni negro ni blanco. Era probable que ninguno de sus amigos tuviese ya coche, si era cierto lo que había escrito la tía. Los tiempos eran duros, y si resultaba difícil hallar alimentos y acomodo para las personas, mantener a los animales era imposible. La mayor parte de los amigos de Pitty, lo mismo que ésta, tenían ahora que andar a pie.

Había unos cuantos carros que cargaban mercancías junto a los vagones y varias calesas salpicadas de barro con desconocidos de desagradable aspecto en el pescante, pero sólo había dos carruajes. Uno era un coche cerrado; el otro, abierto, iba ocupado por una mujer bien vestida y un oficial yanqui. Scarlett retuvo involuntariamente la respiración al ver el uniforme. Aunque Pittypat había escrito que Atlanta tenía una guarnición yanqui y estaba llena de militares, la primera visión de las guerreras azules le chocó y atemorizó. ¡Era tan difícil recordar que la guerra había terminado y que ese militar no iba a perseguirla, ni a robarla, ni a insultarla!

El relativo vacío junto al tren hizo retroceder su memoria a aquella mañana de 1862, cuando ella llegó a Atlanta como joven viuda, envuelta en crespones y loca de aburrimiento. Rememoró cuan ocupado estaba aquel espacio por carros, carruajes y ambulancias, y cuánto alboroto armaban de carreteros y cocheros y los gritos de las gentes saludando a sus amigos. Añoró la despreocupada excitación de los tiempos de guerra y suspiró con desmayo al pensar que tenía que caminar a pie hasta la casa de tía Pittypat. Pero tenía esperanzas de que, una vez en la calle Peachtree, podría encontrar a alguien que las llevase en coche.

Mientras miraba a su alrededor, un negro color de cuero, de mediana edad, guió su carruaje cerrado hasta ella y, saltando del pescante, preguntó:

—¿Desea coche, señora? Medio dólar a cualquier calle de Atlanta.

Mamita le dirigió una mirada aniquiladora.

—¡Un coche de alquiler! —rugió—. Negro, ¿sabes quiénes somos?

Mamita era una negra rural, pero no siempre había vivido en el campo, y sabía que ninguna mujer decente circulaba en un vehículo de alquiler, especialmente en coche cerrado, sin ir escoltada por algún miembro masculino de la familia. Echó a Scarlett una severa mirada cuando vio que se le iban los ojos hacia la berlina.

—¡Venga por aquí, señora Scarlett! ¡Un coche alquilado y un negro liberado! ¡Esa sí

que es una buena combinación!

—Yo no soy un negro liberado —declaró el cochero con calor—. Pertenezco a la señora Talbot, lo mismo que el coche, y lo traigo con objeto de ganar dinero para ella.

—¿Qué señora Talbot es ésa?

—La señora Suzannah Talbot, de Milledgeville. Nos trasladamos aquí cuando el viejo amo murió en la guerra.

—¿La conoce usted, señora Scarlett?

—No sé —lamentó Scarlett—. ¡Conozco tan pocas personas en Milledgeville!

—Entonces, iremos a pie —sentenció Mamita severamente—. Puedes seguir tu camino, negro.

Asió la maleta que contenía el vestido de terciopelo de Scarlett, su sombrero y su camisa de noche y recogió el lío envuelto en un gran pañuelo de algodón que encerraba sus propias cosas, y empujó suavemente a Scarlett hacia el vasto espacio cubierto de cenizas. Aunque Scarlett hubiera preferido ir en coche, no quiso discutir con Mamita. Desde la tarde del día anterior, cuando Mamita la sorprendió con las cortinas en la mano, había notado en los ojos de la vieja negra una expresión alerta y vigilante que no agradaba a Scarlett lo más mínimo. Iba a ser difícil escapar de aquella Mamita en disposición de guardiana, y así procuró no excitar el espíritu combativo de la negra mientras no fuese absolutamente imprescindible.

Según avanzaban por las estrechas aceras hacia la calle Peachtree, Scarlett se sentía tan apenada como desalentada, porque Atlanta tenía un aspecto devastado y muy diferente del que ella había conocido. Pasaron junto a lo que había sido el hotel Atlanta, en donde habían vivido Rhett y el tío Henry. De tan elegante albergue sólo quedaba la armazón, los ennegrecidos muros. Los almacenes que habían bordeado la vía a lo largo de quinientos metros, y que contenían toneladas y toneladas de provisiones militares, no habían sido reconstruidos y sus rectangulares cimientos parecían desnudos y esqueléticos bajo la luz grisácea. Sin edificios a uno y otro lado y sin cobertizos de coches, las vías parecían abandonadas y expuestas a los elementos. Confundidos entre aquellas ruinas, yacían los restos del almacén que Scarlett edificara en los terrenos que Charles le había legado. El tío Henry había pagado los impuestos del año precedente. Tendría que reembolsarle ese dinero, cuando pudiese. ¡Otra cosa en que pensar!

Al dar la vuelta a la esquina de la calle Peachtree y mirar hacia Five Points, no pudo dejar de exhalar un grito de espanto. A pesar de todo lo que Frank le había dicho acerca de que la ciudad estaba totalmente quemada, ella no había imaginado una destrucción tan completa. En su mente, la ciudad que tanto amaba existía aún, con sus apretados edificios y sus bellas casas. Pero aquella calle Peachtree estaba ahora tan desconocida que era como si jamás la hubiese visto anteriormente. La enlodada calle por la que ella había corrido con la cabeza inclinada y piernas temblorosas cuando las granadas reventaban sobre su cabeza durante el sitio, esa calle que ella había visto por última vez bajo el calor, la premura y la angustia del trágico día de la retirada, le era tan extraña que sintió ganas de llorar.

Aunque habían surgido muchos edificios nuevos en el año transcurrido desde que Sherman salió de la ciudad incendiada y volvieron a ella los confederados, quedaban todavía muchos solares alrededor de Five Points, y en ellos yacían montones de ladrillos rotos entre un cúmulo de escombros, hierbas secas y trozos de escoba. Quedaban las ruinas de unos pocos edificios que Scarlett conocía: paredes de ladrillos sin techos, ventanas sin cristales, chimeneas que se erguían solitarias. Aquí y allá, sus ojos divisaban algo que le era familiar y que había sobrevivido a las granadas y al incendio, y que había sido reparado,

destacándose el rojo vivo de los ladrillos nuevos sobre el fondo antiguo... En nuevas tiendas y nuevos escaparates vio con placer nombres que conocía de antes, pero eran pocos, especialmente sobre los rótulos que señalaban los despachos de doctores, abogados y comerciantes de algodón. Hubo tiempos en que conocía en Atlanta a casi todo el mundo, y el ver ahora tantos nombres extranjeros la deprimió. Pero también la reconfortó observar los nuevos edificios levantados a lo largo de la calle.

Había docenas de ellos, ¡y muchos tenían hasta tres pisos! Por todas partes se construía; cuando contempló la calle en toda su largura, tratando de ajustar su mente a la nueva Atlanta, oyó martillazos y rechinar de sierras, vio andamios y hombres que trepaban por las escaleras con cestos de ladrillos sobre la espalda. Miró con afecto la calle que le era familiar y sus ojos se humedecieron.

«Te quemaron —pensó— y te arrasaron. Pero no te vencieron. No pueden vencerte. Revivirás tan grande y tan atrevida como siempre fuiste.»

Según caminaba por la calle Peachtree, seguida por los andares bamboleantes de Mamita, encontró las aceras tan llenas de gente como lo estaban durante el agitado período de la guerra. En la resucitada población se percibía el mismo aire de apresuramiento y de actividad que cuando llegó allí, mucho tiempo atrás, para hacer su primera visita a la tía Pitty. Los vehículos que circulaban traqueteando sobre enlodados baches parecían ser tantos como antes, excepto que ahora no se veían allí las ambulancias de los confederados, y había tantos caballos y muías como en otros tiempos, trabados a los postes de la acera frente a los tejadillos de madera que protegían las tiendas del reflejo del sol. Aunque las aceras desbordaban de gente, las caras que Scarlett veía eran tan desconocidas para ella como los rótulos que leía a su paso, gentes recién llegadas, muchos hombres de tipo ordinario, muchas mujeres vestidas chillonamente. Las calles estaban repletas de negros ociosos, apoyados en las paredes o sentados en el borde de la acera, viendo pasar los coches con la ingenua curiosidad de niños que presencian el desfile de un circo.

—Negros recién emancipados —comentó despreciativamente Mamita—. No han visto en su vida un carruaje de verdad. Y tienen cara de insolentes todos ellos.

Tenían, en efecto, cierto aire descarado, convino Scarlett, porque la contemplaban con insolencia, pero ella no les hizo caso, dominada por la repugnancia de ver allí tantos uniformes azules. La ciudad rebosaba de soldados yanquis, a caballo, a pie, en carros militares, vagabundeando por las calles, saliendo de las tabernas dando traspiés. «Jamás me acostumbraré a verlos! —pensó—. ¡Jamás!» Y gritó por encima del hombro:

—¡Mamita, date prisa! Salgamos de entre este gentío. —Pronto me deshago yo a puntapiés de toda esta basura negra —contestó Mamita en voz alta, esgrimiendo el saco de mano contra un negro presumido que se ponía delante de ella y haciéndole saltar a un lado —. No me gusta esta ciudad, señora Scarlett. Está demasiado llena de yanquis y de negros de nuevo cuño.

—Será más agradable en donde no haya tanta gente. Cuando lleguemos a Five Points, ya caminaremos mejor.

Siguieron andando sobre las resbaladizas piedras que servían de puente para cruzar el barrizal de la calle Decatur y continuaron por la calle Peachtree ya en su parte menos concurrida. Cuando llegaron a Wesley Chapel, en donde Scarlett se había detenido para recobrar el aliento aquel día de 1864 cuando corría en busca del doctor Meade, miró el edificio y rió en voz alta, breve y sarcásticamente. Los vivos ojos de Mamita buscaron los suyos con aire de interrogación y de sospecha, pero su curiosidad no se vio satisfecha. Scarlett recordó con desdén el terror que la había dominado aquel día. Estaba muerta de

pavor, torturada por el miedo, aterrorizada por los yanquis, espantada por el próximo nacimiento de Beau.

Ahora se preguntaba por qué había estado tan asustada, tan aterrada como un chiquillo que oye un gran estruendo. ¡Y qué inocente había sido al creer que los yanquis, y el incendio, y la derrota, eran lo peor que podía acontecerle! ¡Qué cosas tan triviales eran éstas comparadas con la muerte de Ellen, la enajenación mental de Gerald y la perpetua pesadilla de la inseguridad! ¡Qué fácil sería ahora mostrar bravura ante un ejército invasor, pero qué difícil afrontar el grave peligro que amenazaba a Tara! No, ya no podría jamás asustarse de nada, excepto de la pobreza.

Por la calle Peachtree subía un carruaje cerrado, y Scarlett se aproximó al borde de la acera para ver si conocía al ocupante, porque la casa de tía Pitty todavía quedaba a bastante distancia. Tanto ella como Mamita se inclinaron para mirar cuando el coche llegó a su nivel, y la cabeza de una mujer asomó un momento por la ventanilla, una mujer con los cabellos de un rojo demasiado vivo debajo de una magnífica capota de piel. Scarlett dio un paso atrás y en ambas fisonomías se denotó el mutuo reconocimiento. Era Belle Watling, y Scarlett percibió unas aletas de nariz dilatadas por el desagrado antes de que el coche pasara de largo. Era curioso que la de Belle fuese la primera cara conocida que encontrase.

—¿Quién es ésa? —preguntó Mamita con desconfianza—. Se ve que la conoce, pero no ha saludado. Jamás he visto pelo de ese color en toda mi vida. Ni siquiera en la familia Tarleton. Para mí que ese pelo es teñido.

—Lo es —dijo Scarlett lacónicamente, caminando más de prisa.

—¿Y usted trata a una mujer con el pelo teñido así? Le he preguntado quién es.

—Es una mala mujer, pero te doy palabra de que no la trato. De modo que cierra el pico.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Mamita, quedándose con la boca abierta y mirando el carruaje con apasionada curiosidad.

No había visto a una mala mujer profesional desde que salió de Savannah con Ellen, hacía más de veinte años, y sentía en el alma no haberse fijado en Belle más detenidamente.

—Ciertamente, va bien vestida y tiene un magnífico coche con un cochero —murmuró—. No sé en lo que piensa el Señor cuando permite que mujeres así anden tan florecientes mientras nosotras, que somos buenas, andamos hambrientas y casi descalzas.

—El Señor dejó de pensar en nosotros hace muchos años —contestó Scarlett con amargura—. Y no empieces a decirme que mamá se agitará en su sepultura al oírme decir esto.

Quería sentirse virtuosa y superior a Belle, pero no podía. Si sus planes salían bien, quizá descendiese al mismo plano de Belle y fuera mantenida por el mismo hombre. Si bien no deploraba en lo más mínimo su decisión, la cosa, vista en su verdadero aspecto, la inquietaba.

«No quiero pensar en esto ahora», se dijo, y apresuró el paso.

Pasaron por delante del solar en donde había estado la casa de los Meade y de la que sólo quedaban los peldaños de piedra y un caminito que no iba a ninguna parte. Donde se levantaba antes la casa de los Whiting existía ahora un desnudo erial. Habían desaparecido hasta las piedras de los cimientos y las chimeneas de ladrillo, y se veía el surco de los carros que se habían llevado los últimos restos del edificio. La casa de los Elsing, construida de ladrillos, estaba en pie, con un segundo piso y un tejado nuevos. La de los Bonnell, torpemente remendada y con un tejado de tablas en vez de texas, parecía habitable a pesar de su maltrecha apariencia.

Pero en ninguna de ellas se veía un rostro en la ventana ni una figura viviente en el pórtico, de lo cual se alegró Scarlett. No quería ahora hablar con nadie.

Pronto, el nuevo tejado de pizarra de la casa de tía Pitty, con sus paredes de rojos ladrillos, se hizo visible, y el corazón de Scarlett palpitó. ¡Qué bueno fue Dios al no destruirla del todo! Saliendo del patio trasero, apareció el tío Peter con la cesta del mercado colgada del brazo, y cuando vio a Scarlett seguida de Mamita, una sonrisa tan amplia como incrédula descompuso su negra fisonomía. «Besaría con gusto a ese viejo imbécil, ¡cuánta alegría me da verle!», pensó Scarlett gozosa, y le gritó:

—¡Corre a buscar el frasco de sales de la tía, Peter! ¡Soy realmente yo!

Aquella noche, la ineludible pasta de maíz y los guisantes secos aparecieron en la mesa de tía Pittypat, y mientras Scarlett los comía hizo el voto de que, en cuanto tuviese dinero otra vez, aquellos dos platos no volverían a presentarse a su mesa. Por muchos sacrificios que eso le costara, ella tendría dinero otra vez, y dinero para algo más que pagar meramente los impuestos. De algún modo, algún día ella habría de tener mucho dinero, aunque para conseguirlo tuviese que asesinar a alguien.

A la amarillenta luz de la lámpara del comedor, preguntó a tía Pitty acerca del estado de sus bienes, esperando contra toda esperanza que acaso la familia de Charles pudiese prestarle la suma que necesitaba. Las preguntas no pecaron de delicadas, pero Pitty, con el placer de tener a alguien de la familia con quien hablar, ni siquiera notó el atrevimiento de aquellas preguntas, y se sumergió lacrimosamente en los detalles de sus infortunios.

No sabía exactamente adonde habían ido a parar sus fincas rurales, sus casas urbanas y su dinero, pero todo había volado. Por lo menos, esto era lo que le había dicho su hermano Henry. No había podido pagar la contribución sobre sus propiedades. A excepción de la casa en que habitaba, todo se lo había llevado el diablo, y Pitty jamás se había detenido a pensar que esa casa no era suya, sino de Melanie y de Scarlett conjuntamente. Henry a duras penas conseguía pagar la contribución sobre la casa. Le pasaba una pequeña cantidad al mes, para que su hermana pudiese ir viviendo, y, por humillante que fuera para ella, tenía que aceptarlo.

—Mi hermano Henry dice que no sabe cómo arreglárselas con todas las cargas que tiene que soportar y con unos impuestos tan excesivos; pero, por supuesto, es muy posible que ande sobrado de dinero, aunque no me quiera dar mucho.

Scarlett sabía que el tío Henry no mentía. Las escasas cartas que de él había recibido con referencia a las propiedades de Charles lo demostraban. El viejo abogado batallaba valientemente para salvar la casa y la única parcela de propiedad urbana en donde se levantaba antes el almacén, a fin de que a Scarlett y a Wade les quedase algo del naufragio. Scarlett sabía que pagaba esas contribuciones con gran sacrificio personal.

«Por supuesto, él no tiene dinero —pensó Scarlett sobriamente—. Bien; tanto él como tía Pitty quedan eliminados de mi lista. No hay nadie más que Rhett. Tengo que hacerlo. Debo hacerlo. Pero no puedo pensar en ello ahora... Debo procurar que ella misma hable de Rhett, y así podré yo sugerir que le invite a visitarnos mañana.»

Se sonrió y estrechó afectuosamente entre las suyas las regordetas manos de tía Pitty.

—Queridísima tía —le dijo—. No hablemos más de cosas tan penosas como el dinero. Olvidémoslo y charlemos de otros temas más agradables. Tiene usted que contarme más noticias acerca de nuestros amigos. ¿Cómo están la señora Merriwether y Maybelle? Me dijeron que el criollo de Maybelle había vuelto sano y salvo. ¿Cómo están los Elsing, y

el doctor y la señora Meade?

Pittypat se animó con el cambio de tema, y su cara aniñada cesó de temblar con los lloros. Dio informes detallados acerca de sus antiguos vecinos, lo que hacían, lo que vestían, lo que comían y lo que pensaban. Contó con horrorizado acento cómo, antes de que Rene Picard regresase de la guerra, la señora Merriwether y Maybelle iban tirando confeccionando tartas de dulce y vendiéndolas a los soldados yanquis. ¡Era tremendo! A veces, se veían hasta dos docenas de yanquis en el patio trasero de la casa de los Merriwether, aguardando a que terminase la hornada. Ahora Rene, que había vuelto, guiaba todos los días un carro viejo hasta el campamento de los yanquis, y vendía a los soldados tartas, pasteles y bizcochos. La señora Merriwether decía que en cuanto reuniese algún dinerillo iba a abrir una tienda en el centro de la ciudad. Pitty no quería criticar, pero a pesar de todo, ella, por su parte, prefería morirse de hambre a tener tratos con los yanquis. Era para ella cosa de honor mirar con desdén a todo soldado con quien se cruzaba, o atravesar la calle de la manera más insultante posible, aunque esto era incómodo cuando hacía mal tiempo. Scarlett pudo colegir que en lo que concernía a la señorita Pittypat, ningún sacrificio, aunque fuese el de llenarse de barro los zapatos, era demasiado grande para mostrar su lealtad a la Confederación.

El doctor Meade y su esposa habían perdido su casa cuando los yanquis incendiaron la ciudad, y no tenían dinero ni alientos para reconstruirla, ahora que Phil y Darcy habían muerto. La señora Meade decía que ya no quería una casa grande, porque ¿qué era una casa sin hijos y nietos que la habitasen? Se sentían muy solos, y habían ido a vivir con los Elsing, que habían reconstruido la parte deteriorada de su casa. El señor y la señora Whiting también tenían en ella una habitación, y la señora Bonnel hablaba de trasladarse igualmente allí si tenía la suerte de poder arrendar su casa a un oficial yanqui con su mujer.

—Pero ¿cómo pueden meterse allí todos? —exclamó Scarlett—. La señora Elsing, Fanny, Hugh...

—La señora Elsing y Fanny duermen en el salón y Hugh en el desván —exclamó Pitty, que conocía los arreglos domésticos de sus amigos—. Hija mía, siento tener que decírtelo, pero... la señora Elsing los llama «invitados de pago». —Aquí la voz de la señorita Pitty se convirtió en un cuchicheo—. No son más que *huéspedes,* en el sentido vulgar de la palabra. ¡La señora Elsing tiene una casa de huéspedes! ¿No es eso horrible?

—Lo considero magnífico —contestó Scarlett con viveza—. ¡Ya quisiera yo tener huéspedes de pago en Tara, en vez de tenerlos gratuitos! Acaso no seríamos tan pobres ahora.

—Scarlett, ¿cómo puedes decir estas cosas? ¡Tu pobre madre se removería en su tumba al mero pensamiento de cobrar dinero por la hospitalidad de Tara! Por supuesto, la señora Elsing se vio literalmente forzada a hacerlo así, porque aunque probaron a defenderse cosiendo en casa y con los bordados de Fanny y el poco dinero que sacaba Hugh vendiendo leña a domicilio, les fue imposible cubrir gastos. ¡Y Hugh que se preparaba para ejercer de abogado! Es cosa de ponerse a llorar el ver lo que ahora tienen que hacer nuestros pobres muchachos.

Scarlett pensó en todas aquellas hileras de algodóneros bajo el deslumbrante sol de Tara y en cómo le dolían los riñones de tanto inclinarse. Recordó el contacto de los mangos del arado en sus manos, y pensó que Hugh Elsing no merecía compasión especial. ¡Qué pobre imbécil era la tía Pitty y, a pesar de toda la devastación ocurrida en derredor suyo, qué protegida había estado!

—Si no le gusta vender de casa en casa, ¿por qué no ejerce la abogacía? ¿O es que

ya no se puede ejercer en Atlanta?

—¡Oh, sí! Se ejerce mucho. Casi todo el mundo pleitea con los demás, hoy en día. Como se ha quemado todo y no existen ya líneas de demarcación, nadie sabe exactamente en dónde principia y en dónde acaba su propiedad. Pero no se puede sacar dinero de los litigios judiciales porque nadie tiene dinero. Y por eso Hugh tiene que seguir de vendedor ambulante... ¡Oh, casi lo olvidaba! ¿No te lo escribí? Fanny Elsing se casa mañana por la noche y, por supuesto, debes asistir a la boda. La señora Elsing se alegrará mucho de verte cuando sepa que estás en la ciudad. Espero que habrás traído otros vestidos, además del que llevas. No es que éste no te vaya bien, pero... parece algo gastado. ¡Ah!, ¿tienes un vestido elegante? Me alegro, porque ésta va a ser la primera boda que valga la pena, después de la caída de la ciudad. Habrá pasteles, y vino, y baile después. No sé cómo pueden permitírselo los Elsing; son tan pobres...

—¿Con quién se casa Fanny? Creí que después de que Dallas Mac-Lure muriera en Gettysburg...

—Querida, no debes criticar a Fanny. Todo el mundo no es tan fiel a sus muertos como tú lo eres al pobre Charles. Espera. ¿Cómo se llama? Nunca puedo acordarme de los nombres... Tom no sé qué más. Conocí mucho a su madre, estudiamos juntas en el Instituto Lagrange. Era una Tomlinson y su padre se llamaba..., espera..., ¿Perkins, Parkins, Parkinson? Eso es. De Sparta. Muy buena familia, pero, sin embargo..., no debía decirlo, pero ¡no sé cómo Fanny pudo pensar en casarse con él!

—¿Es bebedor, o qué?

—No, por cierto. Su conducta es perfecta, pero, verás, fue herido, recibió una herida de granada y esto hace que sus piernas..., bueno, siento tener que emplear esta palabras, pero las piernas le han quedado «espatarradas». Eso le da una apariencia vulgar cuando camina, hace feo... No sé por qué Fanny se casa con él.

—Las chicas solteras tienen que casarse con alguien.

—No veo por qué —dijo Pitty, altanera—. Yo nunca me sentí obligada a hacerlo.

—¡Querida tía, no me refería a usted! ¡Todo el mundo sabe cuántos admiradores tenía usted, y aun ahora...! El mismo juez Carlton le ponía a usted ojos de carnero hasta que yo...

—¡Oh, cállate, Scarlett! ¡Ese tonto! —exclamó la tía Pitty, riendo complacida—. Después de todo, Fanny era tan popular que podía haber encontrado mejor partido, y no creo que ella esté enamorada de ese Tom... como se llame... No creo que se haya consolado de la muerte de Dallas MacLure, pero no es como tú, querida. Tú has sido fiel a la memoria del pobre Charles, aunque hubieras podido volverte a casar una docena de veces. Melly y yo nos hemos maravillado muchas veces de tu lealtad a su memoria, cuando todo el mundo decía que eras una coqueta sin corazón.

Scarlett no hizo caso de tal confidencia indelicada y, con destreza, fue pasando de un conocido a otro, pero, entretanto, ardía de impaciencia por llevar la conversación hacia Rhett. No convenía que ella preguntase directamente acerca de él nada más llegar. Ello podía llevar a la vieja a pensar en cosas que valía más no tocar. Sobraba tiempo para despertar las sospechas de Pitty si Rhett rehusaba casarse con ella.

La tía Pitty continuó charlando a su gusto, feliz como un chiquillo al tener quien la escuchase. Las cosas en Atlanta habían llegado a los peores extremos, con todas las maldades que según decía ella cometían los republicanos. Lo peor de todo eran las ideas que metían en la cabeza de los pobres negros.

—Querida, ¡quieren dejar a los negros que voten! ¿Has oído jamás algo más

absurdo? Aunque no sé, porque ahora que me acuerdo, el tío Peter tiene mucho más sentido común que ningún republicano que yo conozca y modales mucho mejores; pero, por supuesto, el tío Peter está demasiado bien educado para querer votar. Mas el proyecto ha trastornado a los negros. ¡Y algunos se han vuelto tan insolentes...! No hay seguridad en las calles en cuanto anochece, y aun en pleno día empujan a las señoras de las aceras y las obligan a caminar por el barro. Y si algún caballero se atreve a protestar lo detienen y... ¿te dije, querida, que el capitán Butler está en la cárcel? —¿Rhett Butler?

Aun a pesar de tan mala noticia. Scarlett agradeció que su tía le hubiese evitado el tener que sacar ese nombre a colación.

—¡El mismo! —La excitación coloreó las mejillas de Pitty, que se había incorporado—. Y a estas horas está preso por matar a un negro, y pueden ahorcarlo. ¡Imagínate, el capitán Butler en la horca!

Por un instante, Scarlett se quedó sin respiración, y no pudo hacer más que mirar con asombro a tía Pitty, que se sentía a todas luces halagada por el efecto que causaban sus noticias.

—No lo han probado todavía, pero alguien mató a ese negro que había insultado a una mujer blanca. Y los yanquis están muy apurados porque han matado recientemente a muchos negros insolentes. No tienen pruebas contra el capitán Butler, pero quieren que alguien sirva de ejemplo, dice el doctor Meade. Dice también que si los yanquis lo cuelgan será la primera buena obra que hayan hecho, pero, vamos, no sé... ¡Y pensar que el capitán Butler estuvo aquí pocos días antes y me trajo como regalo la codorniz más gorda que he visto en mi vida, y preguntó por ti, y dijo que temía haberte ofendido la noche del sitio, y que acaso tú no quisieses perdonárselo nunca...! —¿Cuánto tiempo estará en la cárcel?

—Nadie lo sabe. Es posible que lo ahorquen y es posible que no puedan probar nada después de todo. No obstante, no parece preocuparles mucho a los yanquis si las personas son culpables o no, siempre que puedan ahorcar a alguien. Están tan inquietos... —Pitty bajó aquí la voz misteriosamente— con el Ku Klux Klan. ¿Tenéis el Klan allí, en vuestro condado? Estoy segura de que sí, querida, y de que Ashley nada os dice a vosotras. Los miembros del Klan tienen la consigna de no decir nada. Van a caballo por la noche, vestidos de fantasmas, y hacen inopinadas visitas a los yanquis recién venidos que roban dinero y a los negros que se muestran demasiado insolentes. A veces no hacen más que asustarles y advertirles que deben marcharse de Atlanta; pero cuando no se comportan bien, les dan una tunda y —cuchicheó Pitty—, a veces, los matan y los dejan en donde puedan ser encontrados fácilmente, con la tarjeta del Ku Klux Klan sobre el cadáver... Y los yanquis están furiosos, y quieren hacer un escarmiento con alguien... Pero Hugh Elsing me dijo que no creía que ahorcaran al capitán Butler, porque los yanquis creen que él sabe dónde está el dinero, aunque no quiere decirlo. Están tratando de obligarle a que lo diga. —¿El dinero?

—¿No lo sabías? ¿No te lo escribí? Querida, ¡has estado tan enterrada en Tara...! La ciudad se quedó realmente asombrada cuando el capitán Butler regresó aquí con un magnífico coche y un buen caballo y con los bolsillos repletos de dinero, mientras todos los demás no sabíamos de dónde saldría la comida del día siguiente. Todo el mundo se puso rabioso al ver que un especulador que siempre decía pestes de la Confederación tuviese tanto cuando nadie tenía nada. Todos estaban intrigados por saber cómo se las compuso para salvar su dinero, pero nadie tuvo valor para preguntárselo... excepto yo. Y él se rió y me dijo: «De ningún modo honrado; puede usted estar segura de ello.» Ya sabes lo difícil que es lograr que hable en serio. —Debió de ganar el dinero con el bloqueo...

—Desde luego, hijita, al menos parte de él. Pero no fue más que una gota de agua

en comparación con lo que hoy posee realmente. Todo el mundo, incluso los yanquis, creen que tiene millones en oro, pertenecientes a la Confederación, escondidos en alguna parte. —¿Millones... en oro?

—Dime, hijita, ¿adonde fue a parar todo el oro de la Confederación? Alguien lo tiene y el capitán Butler debe de ser uno de ellos. Los yanquis pensaron que el presidente Davis lo tenía al salir de Richmond, pero cuando capturaron al pobre hombre vieron que apenas tenía un céntimo. No había dinero en el Tesoro cuando terminó la guerra, y todo el mundo cree que alguno de los que burlaban el bloqueo lo guarda y se calla.

—¡Millones... en oro! Pero ¿cómo?

—¿No llevó el capitán Butler millones de balas de algodón a Inglaterra y a Nassau para venderlas en nombre del Gobierno confederado? —preguntó tía Pitty triunfalmente—. No solamente algodón suyo, sino del Gobierno también. Y ya sabes qué precios alcanzó el algodón en Inglaterra durante la guerra. ¡El precio que se quería pedir! Él era un agente libre que trabajaba para el Gobierno y se suponía que había de vender el algodón y con su importe comprar cañones y municiones y traérnoslos. Bueno, cuando el bloqueo se estrechó, no podía ya traer las armas y de todos modos no pudo haber gastado en ellas ni la centésima parte del dinero del algodón, y quedaron por lo tanto millones de dólares en los bancos ingleses, puestos allí por esos agentes y por el capitán Butler, en espera de que el bloqueo perdiera intensidad. Y nadie me dirá que lo pusieron a nombre de la Confederación. Lo pusieron a nombre suyo, y allí está... Todo el mundo ha venido hablando de ello desde la rendición y criticando a los agentes muy severamente, y, cuando los yanquis detuvieron al capitán Butler por haber matado al negro, debían de estar enterados del rumor, porque han querido forzarle a que diga dónde está el dinero. ¿No ves que todos los fondos confederados pertenecen ahora a los yanquis... o por lo menos así lo creen los yanquis? Pero el capitán Butler dice que él no sabe nada... El doctor Meade asegura que debieran ahorcarlo de todos modos, aunque la horca es cosa demasiado buena para un ladrón y un sinvergüenza como ése... Pero, querida, ¡tienes una cara tan extraña! ¿Te sientes mareada? ¿Te he trastornado hablándote así? Ya sé que era un admirador tuyo, pero tenía entendido que todo se había acabado hacía tiempo. Personalmente, no me gusta mucho porque es un pillastre...

—No es amigo mío —dijo Scarlett haciendo un esfuerzo—. Tuve una disputa con él durante el sitio, después que usted se fuera a Macón. ¿Dónde... dónde está?

—En el cuartel de bomberos, cerca de la plaza. —¿En el cuartel de bomberos? La tía Pitty se echó a reír ruidosamente.

—Sí, en el cuartel de bomberos. Los yanquis lo emplean ahora como prisión militar. Están acampados en tiendas por todos los alrededores del Ayuntamiento, en la plaza, y el cuartel de bomberos está un poco más abajo, y allí tienen al capitán Butler. Y ayer, Scarlett, oí la cosa más cómica que puedas figurarte acerca del capitán. No recuerdo quién me lo contó. Sabes lo atildado que andaba siempre...; era muy elegante, realmente... Pues ahora no le permiten bañarse, y él todos los días insiste en que necesita un baño, y finalmente lo sacaron del cuartel y lo condujeron a la plaza, en donde hay un gran abrevadero para los caballos, en el que ya se había bañado todo el regimiento, en la misma agua. Y le dijeron que podía bañarse allí, y él dijo que no, que prefería su propia suciedad a la suciedad yanqui, y...

Scarlett escuchaba la alegre y charlatana voz, pero sin enterarse de las palabras que decía. En su mente no había más que dos ideas. Rhett tenía todavía más dinero del que ella esperaba, y estaba preso. El hecho de que se hallara en la cárcel y pudiera ser ahorcado

podía alterar algo el aspecto de las cosas, incluso hacerlas más favorables. No le producía mucho efecto lo del posible ahorcamiento. Su necesidad de dinero era demasiado apremiante y desesperada para que ella se inquietase por la suerte de Butler. Además, casi compartía la opinión del doctor Meade de que la horca era demasiado buena para Rhett. Un hombre capaz de dejar a una mujer que huye, abandonada entre dos ejércitos en plena noche, sólo por ir a combatir por una causa que ya estaba perdida, merecía la horca... Si pudiese componérselas para casarse con Rhett en la misma cárcel, todos aquellos millones serían suyos y sólo suyos, en el caso de que a él lo matasen. Y, si el matrimonio no era posible, acaso pudiera conseguir de él un préstamo bajo la promesa de casarse con él cuando quedase en libertad, o prometiéndole... ¡oh, prometiéndole todo lo que él quisiese! Si lo ahorcaban, el ajuste de cuentas no tendría lugar jamás.

Por un momento, su imaginación se inflamó al pensar en quedarse viuda gracias a la amable intervención del Gobierno yanqui. ¡Millones en oro! Podría hacer reparaciones en Tara, alquilar peones y plantar muchas hectáreas de algodón. Y podría tener magníficos vestidos, comer tanto como se le antojase, y lo mismo Suellen y Carreen. Y Wade podría tomar cosas nutritivas para redondear sus demacradas mejillas, y tener ropas de abrigo, y una institutriz, y después ir a la universidad en lugar de crecer descalzo e ignorante como un labrador cualquiera. Un buen médico podría atender a su padre y en cuanto a Ashley... ¡qué no podría hacer por Ashley!

La tía Pittypat interrumpió su monólogo interior, al preguntar:

—¿Qué hay, Mamita?

Y Scarlett, retornando de sus ensueños, vio a Mamita de pie en el quicio de la puerta con las manos bajo el delantal y una mirada penetrante y alerta en sus ojos. Se preguntó cuánto tiempo llevaría la negra allí y cuánto habría podido escuchar y observar. Todo, probablemente, a juzgar por el fulgor de sus cansados ojos.

—La señora Scarlett me parece que está fatigada. Sería mejor que fuese a acostarse.

—Sí, estoy cansada —dijo Scarlett, levantándose y dirigiendo a Mamita una mirada infantil y suplicante—, y me temo, además, que he cogido un constipado. Tía Pitty, ¿no le importaría que mañana me quedase en cama y no fuese a hacer visitas con usted? Puedo hacerlas cualquier otro día, y tengo muchos deseos de asistir a la boda de Fanny mañana. Y si el constipado se agrava no voy a poder ir. Un día en cama sería una cura maravillosa.

La mirada de Mamita se llenó de inquietud al tocar las manos de Scarlett y ver su fisonomía. No parecía estar bien, ciertamente: la excitación de su mente se había calmado de golpe, dejándola pálida y temblorosa.

—Su mano está como el hielo, niña. Venga usted a la cama y yo le prepararé una infusión de hierbas y le pondrá un ladrillo caliente a los pies para hacerla sudar.

—¡Qué desconsiderada he sido! —exclamó la gruesa anciana saltando de la silla y dando palmaditas sobre el brazo de Scarlett—. Yo, habla que te habla, sin pensar en nada. Nena, quédate mañana en la cama todo el día, y descansa; y charlaremos después... ¡Ay, querida, no podré estar contigo! He prometido ir a cuidar mañana a la señora Bonnell. Tiene la gripe, y su cocinera también. Mamita, me alegro de que estés aquí. Así podrás venir conmigo por la mañana y ayudarme.

Mamita se dio prisa en llevar a Scarlett escaleras arriba, murmurando frases sobre las manos frías y los zapatos finos, y Scarlett parecía sumisa y resignada. ¡Si pudiese siquiera calmar las sospechas de Mamita y procurar que no estuviese en la casa el día siguiente, todo iría bien! Podría entonces ir a la cárcel y ver a Rhett. Mientras subía lentamente la escalera, comenzó a sonar un distante fragor de truenos, y, al detenerse en el

jamás olvidado rellano, pensó en lo mucho que se parecía aquel ruido a los cañonazos del sitio de la ciudad. Se estremeció. Durante toda su vida los truenos habrían de evocar en ella el cañón y la guerra.

34

El sol brilló, intermitente, a la mañana siguiente. El fuerte viento que empujaba, veloces, las oscuras nubes sobre el disco solar, hacía retemblar los vidrios de las ventanas y gemía débilmente alrededor de la casa. Scarlett rezó una breve oración de gracias al notar que había cesado la lluvia de la noche anterior, porque había estado escuchándola toda la noche y pensando que esa lluvia supondría la total ruina de su vestido de terciopelo y de su sombrero. Ahora que podía contemplar breves rachas de sol, su ánimo se elevó considerablemente. Le era difícil permanecer en la cama y aparentar languidez, y fingir molestias de garganta hasta que tía Pitty, Mamita y Peter se marchasen y estuviesen ya a medio camino de la casa de la señora Bonnell. Cuando, finalmente, la verja delantera se hubo cerrado con un golpe y ella se quedó sola en la casa, sin otra compañía que la cocinera que estaba cantando en la cocina, saltó de la cama y sacó del armario sus ropas de gala.

El sueño la había refrescado y fortalecido, y del frío fondo de su corazón extrajo nueva bravura. Había algo en una contienda de inteligencia con un hombre, con cualquier hombre, algo que le picaba en el amor propio. Y, después de tantos meses de batalla contra desalentadores obstáculos, ahora se enfrentaba por lo menos con un adversario concreto al que podía derribar con las armas que ella poseía, y esta idea le daba una sensación de brío.

Era difícil vestirse sin auxilio ajeno, pero lo consiguió al fin, y, poniéndose la linda capota con sus coquetonas plumas, corrió al cuarto de tía Pitty para contemplarse en el alto espejo: ¡qué bonita estaba! Las plumas de gallo le daban un aire agresivo, y el verde mate del sombrero prestaba mayor brillo a sus ojos, que ahora parecían casi del color de la esmeralda. Y el vestido era incomparable, de aspecto lujoso y bello, y, sin embargo, digno. ¡Era tan agradable ponerse otra vez un lindo vestido! Era tan halagüeño saber que estaba bonita y provocativa, que se inclinó hacia delante y besó su propia imagen en el espejo, riéndose en seguida de su puerilidad. Cogió el mantón de Ellen para echarlo sobre los hombros. Los apagados colores del ya desteñido mantón producían un feo contraste con el vestido verde musgo y le daban un aire pobretón.

Abriendo, pues, el armario de tía Pitty, sacó de allí una capa de paño negro, una prenda que Pitty sólo utilizaba los domingos, y se la puso. Colocó en sus perforadas orejas las arracadas de diamantes que trajera de Tara y meneó la cabeza de un lado para otro para apreciar el efecto. Los pendientes originaban pequeños tintineos que le parecieron muy satisfactorios, y pensó que tendría que acordarse de sacudir la cabeza con frecuencia cuando estuviese sola con Rhett. Los pendientes saltarines siempre atraían a los hombres y daban a las chicas un aire de animación.

¡Qué lástima que tía Pitty no tuviese más guantes que los que ahora llevaba puestos sobre sus manos regordetas! Ninguna mujer podía realmente sentirse una dama sin llevar guantes, pero Scarlett no había poseído otro par desde que salió de Atlanta. Y los largos meses de labor en Tara había estropeado sus manos de tal modo que estaban ahora muy lejos de ser bonitas. Cogería el pequeño manguito de nutria de la tía y ocultaría en él las manos. A Scarlett le pareció que el manguito completaría su apariencia de elegancia. Nadie que la viese ahora podría sospechar que sus hombros iban cargados con el peso de la pobreza y la necesidad.

Era muy importante que Rhett no barruntase nada... Debía creer que sólo un sentimiento de ternura la impulsaba a visitarle.

Bajó de puntillas las escaleras y salió de la casa, mientras la cocinera cantaba a grito

pelado en la cocina. Se apresuró a descender la calle Baker, para evitar los inquisidores ojos de las casas vecinas, y se sentó en un poyo de la calle Ivy, frente a una casa quemada, para aguardar a que pasase algún coche o carro que la pudiese llevar. El sol brillaba y se ocultaba detrás de las presurosas nubes, iluminando la calle con falsos resplandores que no daban calor alguno, y el viento jugaba entre el encaje de los largos pantalones de Scarlett. Hacía más frío del que ella había supuesto, y se arropó temblorosa e impaciente en la capa de tía Pittypat. Cuando ya se preparaba a recorrer a pie el largo trayecto a través de la ciudad hasta el campamento yanqui, apareció un carro destartalado. Sobre él iba una vieja con el labio manchado de rapé y un rostro curtido por el viento que asomaba bajo el descolorido sombrero de paja. Guiaba una mula vieja y tropezona. Iba en dirección al Ayuntamiento y, aunque no de buena gana, se prestó a llevar a Scarlett. Pero era obvio que el vestido, el sombrero y el manguito no le producían un efecto muy favorable.

«Cree que soy una cualquiera —pensó Scarlett—. Y acaso tenga razón.»

Cuando llegaron finalmente a la plaza y surgió la blanca cúpula del Ayuntamiento, la joven dio las gracias, saltó del carro y aguardó a que la campesina se alejase un poco. Mirando cuidadosamente en derredor suyo para asegurarse de que no la observaban, se pellizcó las mejillas para darles color y se mordió los labios hasta que le dolieron, para hacerlos enrojecer. Se reajustó el sombrerito, se alisó los cabellos y echó un vistazo por la plaza. El edificio municipal de ladrillo rojo y de dos pisos de altura había sobrevivido a la quema de la ciudad. Pero parecía abandonado y descuidado bajo aquel cielo gris. Rodeando completamente el edificio y cubriendo el rectángulo de terreno del cual éste era centro se levantaban hileras tras hileras de barracas militares, feas y salpicadas de barro. Los soldados yanquis deambulaban por todas partes, y Scarlett los miró con algo de incertidumbre. Ahora le flaqueaba el valor. ¿Qué haría para encontrar a Rhett en pleno campo enemigo?

Miró calle abajo hacia el cuartel de bomberos, y vio que las amplias puertas rematadas por un arco estaban cerradas y valladas y que dos centinelas iban y venían a lo largo de ambos costados del edificio. Allí estaba Rhett. Pero ¿qué diría a los soldados yanquis? ¿Y qué le dirían a ella? Enderezó la espalda con gallardía. Si no había tenido miedo de matar a un soldado yanqui, no podía tener miedo a hablar con otro de ellos.

Fue caminando cuidadosamente sobre las piedras que sobresalían entre el lodo de la calle y avanzó hasta llegar ante un centinela con el capote azul abotonado para protegerse del viento, que la detuvo.

—¿Qué desea, señora?

Su voz tenía un extraño acento nasal del centro-oeste, pero era cortés y respetuosa.

—Quisiera ver a una persona que está ahí dentro..., un prisionero.

—No sé —contestó el centinela rascándose la cabeza—. Ponen muchas dificultades a las visitas y... —Se interrumpió y la miró a la cara con atención—. ¡Por Dios, señora, no llore usted! Vaya al puesto de guardia y pregunte a los oficiales. Apostaría algo a que la dejan entrar.

Scarlett, que no tenía intención alguna de llorar, le dirigió la más agradecida de las sonrisas. El hombre se volvió hacia otro centinela que paseaba lentamente.

—¡Eh, Bill, ven aquí!

El segundo centinela, un hombretón arrebujado en un capote azul del que sobresalían unas negras barbazas, cruzó el barro hasta ellos.

—Acompaña a esta señora hasta el cuerpo de guardia. Scarlett le dio las gracias y siguió al centinela.

—Tenga cuidado de no torcerse un pie en esas piedras —dijo el soldado, cogiéndola por el brazo—. Y vale más que se recoja un poco la falda para no mancharse.

La voz que surgía de entre las barbas tenía el mismo acento nasal, pero era amable y grata, y su mano también firme y respetuosa. ¡Así que los yanquis no eran tan atroces después de todo!

—Hace un día muy frío para que salgan de casa las señoras —dijo su acompañante —. ¿Viene usted de muy lejos?

—¡Oh, sí, del otro extremo de la ciudad! —replicó ella, tranquilizada por la amabilidad de su voz.

—No hace un tiempo adecuado para que las señoras anden por ahí —insistió el soldado, con reproche—. Hay mucha gripe... Aquí está el puesto del comandante, señora. ¿Qué le pasa?

—Esta casa..., esta casa ¿es el cuartel general?

Scarlett miró de arriba abajo el bello edificio que había frente a la *plaza,* y sintió ganas de llorar. ¡Había asistido a tantas fiestas allí durante la guerra! Había sido entonces un lugar alegre y simpático, ¡y ahora una gran bandera de Estados Unidos ondeaba sobre él!

—¿Qué le pasa?

—Nada. Sólo que... yo conocía a los que vivían aquí.

—Es una lástima. Supongo que no reconocerían su casa si la viesen ahora, porque ciertamente ha variado por dentro. Entre usted, señora, y pregunte por el capitán.

Scarlett subió los escalones apoyándose en la rota barandilla, y empujó la puerta. El vestíbulo estaba oscuro y frío como una tumba, y un aterido centinela se apoyaba contra las cerradas puertas de corredera de lo que había sido, en días anteriores, el comedor.

—Deseo ver al capitán —dijo Scarlett.

El soldado abrió las puertas y ella entró en la habitación con el corazón palpitante y el rostro enrojecido por la vergüenza y la excitación. Había en la estancia un olor casi asfixiante formado por el humo de la lumbre y el del tabaco, el cuero, los mojados uniformes de lana y los cuerpos sin lavar. Ella tuvo una confusa impresión de paredes desnudas cubiertas de rasgado papel, de hileras de capotes azules y sombreros flexibles que colgaban de clavos en la pared, de un fuego chisporroteante y de un grupo de oficiales con uniforme azul de botones dorados.

Procuró aclararse la voz. No debía mostrar a esos yanquis que tenía miedo. Debía aparecer ante ellos tan bonita como natural.

—¿El capitán?

—Yo soy uno de los capitanes —dijo un hombre grueso que llevaba la guerrera desabrochada. —Quisiera ver a un preso. Al capitán Rhett Butler. —¿Otra vez a Butler? ¡Es un hombre muy popular! —exclamó el capitán quitándose de la boca un masticado cigarro —. ¿Es usted pariente suyo, señora?

—Sí..., sí..., su hermana... El gordo se rió otra vez.

—Debe de tener muchas hermanas. Una de ellas estuvo ayer aquí. Scarlett se sonrojó. ¡Alguna de esas mujeres con las que Rhett trataba; probablemente la Watling! Y estos yanquis creían que ella era otra por el estilo. Era inaguantable. Ni siquiera por salvar a Tara se quedaría allí un minuto más si había de ser insultada. Giró hacia la puerta y asió con cólera el picaporte, pero otro oficial se puso prontamente a su lado. Era joven, iba bien afeitado y tenía unos ojos juveniles, sonrientes y amables.

—Un instante, señora. ¿No quiere sentarse aquí, junto a la lumbre? Aquí no se siente frío. Voy a ver lo que se puede hacer. ¿Cómo se llama usted? El preso rehusó ver a

la... la señora que vino a verle ayer. Scarlett se sentó en la silla que le ofrecieron, mirando airada al derrotado capitán grueso, y dio su nombre. El simpático joven se echó el capote encima y salió de la habitación. Los otros se agruparon al otro extremo de la mesa, en donde hablaron en voz baja hojeando papeles. Ella extendió los pies con elegancia hacia la lumbre, percatándose entonces de lo fríos que estaban y lamentando no haber puesto un pedazo de cartón para tapar el agujero en la suela de uno de los zapatos. A poco, se oyeron murmullos de voces al otro lado de la puerta, y sonó la risa de Rhett. Se abrió la puerta, una corriente de aire frío barrió la estancia y apareció Rhett, sin sombrero, con una capa echada descuidadamente sobre los hombros. Estaba sucio y sin afeitar y no llevaba corbata, pero se mostraba altanero como siempre, a pesar de su desaliño, y sus vivos ojos oscuros parecieron saltar gozosamente al verla.

—¡Scarlett!

Tomó entre las suyas ambas manos de la joven. Como siempre, había algo cálido, vital y fortalecedor en su simple apretón de manos. Antes de que Scarlett se diese cuenta, él se había inclinado y la había besado en la mejilla, haciéndole cosquillas con el bigote. Al sentir el sorprendido movimiento que ella hizo para separarse, Rhett dijo: «¡Mi querida hermana!», y la miró sonriente, como si disfrutase de la impotencia de ella para eludir su caricia. Scarlett no pudo por menos que reírse al ver cómo se aprovechaba él de las circunstancias. ¡Qué pillo era! La cárcel no le había cambiado ni un ápice.

El capitán obeso murmuraba al oficial de ojos humorísticos:

—Esto no está permitido. Debía haberse quedado en el cuartel. Ya conoces las órdenes. —¡Oh, por amor de Dios, Henry! La señora se helaría en ese cobertizo.

—Bueno, bueno. Queda bajo tu responsabilidad.

—Aseguro a ustedes, señores —dijo Rhett volviéndose hacia los oficiales, pero manteniendo asido aún el hombro de Scarlett—, que mi... hermana no me ha traído ninguna sierra ni lima para ayudarme a escapar.

Todos se rieron, y entonces Scarlett echó una mirada rápida en torno suyo. ¡Santo cielo, tendría que conversar con Rhett en presencia de seis oficiales yanquis! ¿Era un prisionero tan peligroso que no podían perderle de vista? Al observar su inquieta mirada, el oficial amable abrió una puerta y les dijo unas palabras en voz baja a dos soldados que se pusieron en pie. Los soldados cogieron sus carabinas y salieron al pasillo, cerrando cuidadosamente la puerta tras ellos.

—Si lo desean, pueden sentarse aquí, en la salita de los ordenanzas —dijo el joven capitán—. Y no intente usted huir por la otra puerta. Los soldados están fuera.

—Ya ves qué terrible criminal soy, Scarlett —dijo Rhett—. Gracias, capitán. Es usted sumamente amable.

Hizo una leve inclinación y, tomando a Scarlett por el brazo, la ayudó a levantarse de la silla y la llevó a la destartalada salita. Nunca pudo ella recordar cómo era esta habitación, excepto que era pequeña y bastante oscura, y no muy caliente, y que había papeles escritos a mano sujetos con chinchetas a las destartaladas paredes, y sillas de piel de vaca con el pelo adherido aún.

Cuando cerró la puerta, Rhett se acercó a Scarlett rápidamente y se inclinó sobre ella. Adivinando sus deseos, la joven echó la cabeza a un lado, pero sonriéndole provocativamente.

—¿No la puedo besar de verdad ahora?

—En la frente, como un buen hermano, sí —contestó ella con aire pudoroso.

—Gracias. Prefiero esperar algo mejor.

Sus ojos buscaron los labios de ella y se detuvieron en ellos un instante.

—¡Ha sido usted muy buena viniendo a verme, Scarlett! Es usted la primera persona respetable que me visita desde mi encarcelamiento, y estando preso es cuando más se aprecian a los amigos. ¿Cuándo llegó a la ciudad?

—Ayer por la tarde.

—¿Y viene esta mañana? Pero, querida, esto es ser más que buena.

Y le dirigió una sonrisa, la primera expresión de sincero placer que ella viera jamás en su fisonomía. Scarlett rió interiormente y bajó la cabeza como avergonzada. —¡Por supuesto que he venido en seguida! La tía Pitty me contó anoche lo ocurrido y... no pude dormir pensando en lo horrible del caso. ¡Rhett, estoy tan apenada! —¡Cómo, Scarlett...!

Su voz era suave, pero había en ella una nota vibrante. Mirando su moreno semblante, Scarlett ya no vio en él el escepticismo, el humor sardónico que ella conocía tan bien. Ante la mirada tan franca de Rhett, ella bajó los ojos con un embarazo que esta vez era auténtico. Las cosas iban mejor aún de lo que esperaba.

—Vale la pena estar en la cárcel con tal de verla otra vez y oírle decir cosas así. La verdad, no podía creer lo que oía cuando me anunciaron su nombre. No esperaba que me perdonase mi patriótica conducta aquella noche en la carretera, cerca de Rough and Ready. Pero ¿puedo creer que esta visita significa que me ha perdonado usted?

Todavía se sentía ella hervir de cólera, aun después de tanto tiempo, al pensar en aquella noche; pero se dominó y sacudió la cabeza hasta que bailotearon los colgantes de las arracadas.

—No, no le he perdonado —dijo, haciendo un mohín. —¡Otra esperanza desvanecida! ¡Y esto después de que ofrecí mi vida a mi patria y combatí descalzo entre la nieve en Franklin y pesqué el mayor caso de disentería que se haya visto, como recompensa!

—No quiero oír nada de sus... penas y quebrantos —dijo Scarlett, todavía con un mohín de disgusto, pero sonriéndole con los ojos—. Sigo creyendo que se comportó usted odiosamente aquella noche, y no me parece que pueda perdonarle nunca. ¡Dejarme sola de ese modo cuando podía sucederme cualquier cosa!

—Pero no le sucedió nada. Ya ve usted que mi confianza estaba justificada. Sabía que iba a llegar a su casa sin tropiezo, y ¡pobre del yanqui que se hubiese puesto en su camino!

—Rhett, ¿cómo pudo usted hacer una cosa tan sin sentido? ¡Eso de alistarse a última hora, cuando sabía que nos iban a ganar! ¡Y después de todo lo que había dicho usted acerca de los imbéciles que iban a hacerse matar!

—Scarlett, no me hable de esto. ¡Me avergüenzo cada vez que pienso en ello!

—Me alegro de que se avergüence al fin de haberme tratado de aquel modo.

—No me ha comprendido. Siento decirle que mi conciencia no me ha remordido jamás por haberla abandonado allí. Pero en cuanto a mi alistamiento... ¡Cuando pienso que fui al ejército con botas de charol y traje de piqué blanco y sin más armas que un par de pistolas de duelo! ¡Y esas largas y glaciales marchas de muchos kilómetros sobre la nieve cuando se gastaron mis botas, sin tener abrigo y sin comer...! No puedo comprender por qué no deserté. Era todo una pura locura. Pero lo lleva uno en la sangre. Los del Sur no resistimos a la fascinación de una causa perdida. Mas dejemos aparte mis razones. Me basta con estar perdonado.

—No lo está. Creo que es usted un canalla.

Pronunció esta última palabra de forma tan acariciadora, que parecía decir «un

encanto».

—No sea usted embusterilla. Me ha perdonado ya. Las señoritas no arrostran los centinelas yanquis para ir a ver un preso sólo por espíritu caritativo; no vienen además, vestidas de gala con terciopelos y plumas y manguitos de nutria. Scarlett, ¡qué preciosa está! Gracias a Dios, no tiene que llevar harapos ni lutos. ¡Está uno tan harto de ver a las mujeres con vestidos viejos y gastados o con los perpetuos crespones negros! Parece usted salir de la *rué de la Paix.* Dé la vuelta, querida, y déjeme admirarla.

Así que se había fijado en el vestido. Por supuesto, siendo Rhett como era, tenía que fijarse. Scarlett se echó a reír, ligeramente excitada, y giró sobre las puntas de los pies con los brazos abiertos. El revuelo del miriñaque dejaba ver los largos pantalones adornados de encaje. Los negros ojos de Rhett absorbieron la imagen desde la capota a los talones, en una mirada que no pasaba nada por alto, la mirada de antes, atrevida, que parecía desnudar a las mujeres y que siempre ponía a Scarlett carne de gallina.

—Parece estar muy boyante y muy bien arreglada. Dan ganas de comérsela. Si no fuese por esos yanquis de ahí fuera... Pero aquí está usted muy segura, querida. Siéntese. No trataré de aprovecharme como hice la última vez que la vi.

Se frotó la mejilla en broma, como si le doliese aún.

—En serio, Scarlett, ¿no cree usted que fue algo egoísta esa noche? Piense en todo lo que yo había hecho por usted: arriesgué mi vida, robé un caballo... ¡y qué caballo...! ¡Y corrí a la defensa de nuestra gloriosa Causa! ¿Y qué saqué de todo ello? Palabras duras y un bofetón todavía más duro.

Ella se sentó. La conversación no iba por completo en la dirección que ella deseaba. ¡Rhett había parecido tan amable en el primer momento de verla, tan sinceramente gozoso por su visita! Se había mostrado casi como un ser humano, y no como el miserable tunante que ella conocía tan bien.

—¿Necesita usted siempre recompensa por lo que hace?

—¡Claro, por supuesto! Soy un monstruo de egoísmo, como debe usted saber. Siempre espero que me paguen por todo lo que doy.

Esto le causó a Scarlett un ligero escalofrío que recorrió su cuerpo; pero se recuperó e hizo tintinear otra vez sus arracadas. —¡Oh, no es usted realmente tan malo, Rhett! Le gusta mostrarse así.

—¡Lo que ha cambiado, palabra de honor! —dijo él, echándose a reír—. ¿Qué es lo que la ha vuelto tan humana? He seguido algo sus avatares a través de la señorita Pittypat, pero ella jamás me dejó entender que ahora poseía usted esa dulzura femenina. Cuénteme más de su vida, Scarlett. ¿Qué ha hecho usted desde la última vez que nos vimos? Todo el antagonismo e irritación que siempre le inspiraba ese hombre ardían en el corazón de la joven. Sentía ansias de hablarle con acritud. Pero sonrió, y los hoyuelos reaparecieron en sus mejillas. El había acercado su silla a la de ella, y Scarlett se inclinó y le puso suavemente la mano en el brazo, como si lo hiciese inconscientemente.

—¡Oh, no lo he pasado mal! En Tara todo va bien ahora. Por supuesto, pasamos momentos terribles cuando Sherman atravesó la comarca; pero, después de todo, no nos quemó la casa, y los negros salvaron la mayor parte del ganado conduciéndolo al pantano. Y obtuvimos una cosecha bastante buena en este último otoño, veinte balas. Por supuesto, esto no es nada comparado con lo que Tara puede rendir; pero no tenemos muchos peones. Papá dice, naturalmente, que el año próximo será mejor. Pero, Rhett, ¡es tan aburrido ahora el campo! Imagínese, no hay bailes ni meriendas, y de lo único que la gente habla es de los malos tiempos. ¡Dios mío, ya estoy cansada de tanto oírlo! Finalmente, la semana pasada

estaba ya tan hastiada que papá dijo que debía hacer un viaje y distraerme. Vine aquí, por lo tanto, para encargarme algunos vestidos, y luego iré a Charleston para hacer una visita a mi tía. ¡Será tan agradable volver a ir al baile otra vez!

«Bueno —pensó con orgullo—, he soltado todo ese párrafo con el tono adecuado: ligero pero no frivolo.»

—Siempre está usted lindísima con vestido de baile, querida; ¡y lo sabe, por desgracia! Supongo que la verdadera causa de su viaje es que agotó usted ya toda la lista de admiradores en el condado, y ahora va a buscar más en lejanos campos de operaciones.

Scarlett pensó que era afortunado para ella que Rhett hubiese pasado en el extranjero los últimos meses y acabara de llegar a Atlanta. De otro modo, jamás hubiera dicho una cosa tan ridicula. Pensó rápidamente en sus adoradores del condado, los harapientos y amargados Fontaine, los empobrecidos hermanos Munroe, los pretendientes de Jonesboro y Fayetteville, que andaban ahora tan ocupados arando, cortando leña y cuidando a sus animales viejos y enfermos y que ni se acordaban de que hubiesen existido bailes y agradables flirteos. Pero los apartó de su memoria y soltó una pequeña risa como si admitiese la exactitud de tales suposiciones.

—¡Bah! —dijo con aire despectivo. —Es usted una criatura sin corazón, Scarlett; pero acaso eso forme parte de su encanto.

Rhett se sonrió del mismo modo que antes, con una comisura de la boca torcida hacia abajo; pero ella sabía que él quería decirle un piropo con su frase.

—Por supuesto, sabe usted bien que posee más atractivos de los que permiten las leyes. Hasta yo mismo los he sentido, a pesar de la experiencia que tengo. Siempre me he preguntado qué había en usted que me hacía recordarla siempre, porque he conocido muchas mujeres que eran más bonitas que usted, y seguramente más listas, y, debo decirlo, moralmente más rectas y más buenas. Pero, sea por lo que fuere, siempre me he acordado de usted. Incluso durante los meses después de la rendición, cuando yo estaba en Francia y en Inglaterra y ni la había visto ni sabía nada de usted. ¡Siempre la recordé y me preguntaba qué habría sido de Scarlett...!

Por un momento, se sintió indignada, de que él dijese que otras mujeres eran más bonitas, más listas y más buenas que ella; pero ese arrebato momentáneo se disipó ante la satisfacción de saber que él siempre había recordado su encanto. Y Rhett se estaba comportando casi tan bien como lo hubiera hecho un caballero en análogas circunstancias. Ahora, lo único que Scarlett tenía que hacer era referirse a él insinuando que tampoco ella lo había olvidado, y entonces...

Le oprimió el brazo cariñosamente y sonrió de nuevo.

—¡Oh, Rhett! ¡Cómo le gusta dejar confusa a una pobre muchacha del campo como yo! Demasiado sé que no me dedicó ni un pensamiento desde que me abandonó aquella noche. No me venga a contar que se acordó de mí con todas esas guapas francesas e inglesas que tenía usted en Europa. Pero no he venido hasta aquí para hablar de tonterías acerca de mí misma. He venido... porque...

—¿Por qué?

—¡Oh, Rhett, estoy tan angustiada con respecto a usted! ¿Cuándo le dejarán salir de este lugar tan terrible?

Con rapidez, él cubrió la manita de ella con la suya y la apretó contra su brazo.

—Esta angustia habla mucho en favor suyo. Es imposible decir cuándo saldré de aquí. Acaso cuando hayan estirado la cuerda un poco más.

—¿La cuerda?

—Sí; supongo que mi salida de aquí será al extremo de una cuerda.

—¿No le colgarán a usted realmente?

—Lo harán, si pueden conseguir alguna prueba contra mí.

—¡Oh, Rhett! —exclamó ella llevándose la mano al corazón.

—¿Lo sentiría? Si lo siente, la mencionaré en mi testamento.

Sus negros ojos reían mientras le apretaba la mano.

—¡Su testamento!

Scarlett bajó prontamente la vista para que sus ojos no la delatasen; pero no con bastante rapidez, porque los ojos de Rhett brillaron de curiosidad.

—Según pretenden los yanquis, mi testamento ha de valer la pena. Parece existir actualmente gran interés acerca de mis finanzas. Todos los días me arrastran ante un nuevo Consejo de Investigación y me dirigen preguntas idiotas. Parece ser que corre insistentemente el rumor de que yo escapé con el fabuloso oro de la Confederación. —¿Y qué...? ¿Es cierto?

—¡Vaya una pregunta capciosa! Usted sabe tan bien como yo que la Confederación hacía funcionar una prensa de imprimir, en vez de una Casa de la Moneda.

—¿Cómo ganó usted su dinero? ¿Especulando? Tía Pitty dijo... —¡Qué preguntas tan directas hace!

¡Maldito Rhett! ¡Por supuesto que tenía el dinero! Estaba tan excitada que ni siquiera podía hablarle con dulzura.

—Rhett, me tiene tan trastornada verle a usted aquí... ¿No cree tener algunas probabilidades de salir? —*Nihil desperandum* es mi lema. —¿Qué significa eso?

—Quiere decir «quizás», adorable ignorantilla. Ella hizo aletear sus pestañas para mirarle, y las volvió a bajar. —¡Usted es demasiado listo para que le cuelguen! Estoy casi segura de que se le ocurrirá algún modo ingenioso para ganarles la partida y salir. Y cuando lo consiga...

—¿Y cuando lo consiga...? —preguntó él con suavidad. —Bueno, yo...

Y logró aparentar graciosa confusión y sonrojo, El sonrojo no era tan difícil porque los latidos de su corazón eran tan fuertes como el redoble de un tambor y no podía respirar.

—Rhett..., lamento tanto lo que yo..., lo que le dije aquella noche..., ya sabe usted cuál..., en Rough and Ready. Estaba yo... tan... tan asustada y trastornada, y usted se mostró tan...

Scarlett bajó la vista y vio la morena mano de él apretar la suya. —¡Creí que nunca, nunca podría perdonarle! Pero cuando tía Pitty me dijo ayer que usted... que podrían matarlo..., la cosa fue tan repentina que yo... yo...

Le miró a los ojos con mirada rápida e implorante, y en ella supo poner toda la agonía de un corazón destrozado.

—¡Oh, Rhett, me moriría si lo ahorcasen! ¡No podría resistirlo! ¿No comprende que yo...? Y, no pudiendo ya sostener el candente brillo de los ojos de Rhett, los suyos bajaron otra vez.

«Dentro de un momento voy a echarme a llorar —pensó, en un frenesí de sorpresa y de excitación—. ¿Lloro o no? ¿Qué parecería más natural?»

Él saltó:

—¡Pero, Scarlett! ¿Acaso quiere decir que usted...?

Y sus manos oprimieron tan fuertemente las de ella, que le hicieron daño.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de hacer brotar las lágrimas; pero se acordó de que debía volver la cabeza un poco para que él pudiese besarla fácilmente. Ahora, dentro de

un instante, se juntarían con los suyos los labios de Rhett, esos labios persistentes y duros que recordó de pronto con una avidez que la hizo sentirse débil. Pero él no la besó. La desilusión desazonó extrañamente a Scarlett. Abrió los ojos un tanto, mirándole de reojo. La negra cabeza de Rhett estaba inclinada sobre sus manos. Mientras ella lo miraba, él le tomó una y la besó, y colocó la otra junto a su mejilla un momento. Este gesto dulce y amoroso, cuando ella esperaba cierta violencia, la sorprendió. Se preguntaba qué expresión tendría el rostro de Rhett pero no podía averiguarlo, porque él tenía la cabeza agachada.

Scarlett bajó la vista prontamente por miedo a que Rhett se incorporase y viese la expresión de su propia fisonomía. Sabía que la sensación de triunfo que la invadía había de delatarla. De un momento a otro, él le propondría matrimonio, o por lo menos diría que la amaba, y entonces... Mientras lo contemplaba a través del velo de sus pestañas, él le volvió la mano con la palma hacia arriba para besarla también y, de pronto, sofocó una exclamación de asombro. Scarlett se fijó en su propia mano y, por primera vez en un año, cayó en la cuenta del aspecto que tenía. Un terror frío se apoderó de ella. Era la mano de un extraño, no la de Scarlett O'Hara, suave, blanca, con hoyitos, una mano de princesa. Esa mano era áspera, estaba quemada por el sol y salpicada de pecas. Las uñas eran irregulares, estaban rotas en algunos dedos, y la palma estaba cubierta de callos. En el pulgar había todavía una ampolla a medio cicatrizar. Otra cicatriz roja, producida por grasa hirviendo el mes anterior, hacía un efecto desagradable. Ella la miró con horror y, sin pensar en nada, cerró el puño.

Pero él no levantó aún la cabeza. La obligó inexorablemente a abrir el puño y observó su palma. Cogió la otra mano y las juntó en silencio sin dejar de examinarlas.

—Míreme —dijo él al fin, con voz muy queda—. Y no ponga esa expresión de niña candorosa.

Aun en contra de su voluntad, Scarlett se vio obligada a mirarle. Los ojos de ella expresaban desconcierto y desafío. Los de Rhett brillaban con intensidad bajo las cejas enarcadas.

—Conque han prosperado mucho en Tara, ¿verdad? Sacaron tanto dinero del algodón que ahora puede usted ir por ahí de viaje. ¿Qué labor manual ha estado usted haciendo...? ¿Arando?

Ella trató de retirar las manos; pero él las tenía cogidas fuertemente, pasando sus pulgares sobre las callosidades.

—Éstas no son las manos de una dama —dijo, soltándolas sobre el regazo de Scarlett.

—¡Oh, cállese! —exclamó Scarlett, sintiendo un instantáneo e intenso alivio al poder ya hablar sin fingimientos—. ¿Qué le importa a usted lo que yo haga con mis manos?

«¡Qué imbécil soy! —pensó vehementemente—. Debí haber cogido los guantes de tía Pitty. Pero no me di cuenta de que mis manos estaban tan estropeadas. Y, claro, él tenía que advertirlo. Y, ahora me he encolerizado y seguramente lo he echado todo a perder. ¡Y que haya sucedido esto cuando estaba ya a punto de declararse!»

—Ciertamente, sus manos nada me importan —dijo Rhett fríamente, recostándose hacia atrás en la silla con la más indiferente expresión en sus facciones.

Iba a ser difícil tratar con Rhett. Ella tenía que resignarse sumisamente, le gustase o no, si pretendía convertir su derrota en victoria. Acaso hablándole con dulzura...

—Me parece muy poco galante meterse con mis pobres manos. Sólo porque guié un coche la semana pasada sin ponerme guantes y se me estropearon...

—¿Un coche? ¡Un cuerno! —contestó él, en el mismo tono tranquilo—. Ha estado

usted trabajando con esas manos, y trabajando como un negro. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué me mintió diciendo que todo iba muy bien en Tara?

—Mire, Rhett...

—Vamos a ser francos. ¿Cuál es el verdadero objeto de su visita? Casi llegué a persuadirme, viendo sus coqueterías, de que yo le importaba algo y que me compadecía usted.

—¡Oh, Rhett, me da usted tanta lástima...!

—¡Qué le voy a dar lástima! Por lo que a usted respecta, me pueden colgar más alto que un campanario. Eso está escrito claramente en su cara, lo mismo que la dura faena está escrita en sus manos. Usted necesita algo de mí, y lo necesita tanto que no ha vacilado en montar una obra teatral. ¿Por qué no acudió a mí abiertamente diciéndome de qué se trataba? Hubiera tenido muchas más probabilidades de conseguirlo, porque, si hay una virtud que yo aprecie en la mujer, es la franqueza. Pero no; ha tenido usted que venir agitando los pendientes y haciendo pamplinas y gestos como una prostituta con un posible cliente.

No levantó un ápice su voz al decir estas palabras ni las subrayó en nada; pero para Scarlett sonaron como un trallazo y comprendió con desesperación que ya no le quedaba la menor esperanza de matrimonio. Si Rhett hubiese estallado de cólera y de vanidad herida y la hubiese insultado, como otros hombres hubieran hecho, ella habría podido manejarlo. Pero la tranquilidad de su tono la incapacitaba para pensar en otro camino que tomar. Aunque él estaba preso y los yanquis estaban en la sala contigua, se le ocurrió súbitamente que Rhett Butler era un hombre de quien resultaba muy peligroso burlarse.

—Veo que mi memoria se debilita. Debí acordarme de que usted era lo mismo que yo, y que nunca hace nada sin un motivo. Ahora vamos a ver. ¿Qué planes secretos tenía usted, señora Hamilton? ¿Es posible que estuviese usted tan mal informada que creyese que yo iba a pedirla en matrimonio?

El rostro de Scarlett enrojeció. Pero no contestó.

—¿Ha olvidado usted mi repetidísima afirmación de que yo no soy de los hombres que se casan?

Al no contestar ella, él le dijo con súbita violencia:

—¿Lo ha olvidado usted? ¡Contésteme!

—No lo he olvidado —contestó ella, abrumada.

—¡Qué espíritu de jugador tiene usted, Scarlett! —exclamó él con burla—. Especuló con la probabilidad de que mi encarcelamiento, al aislarme de toda compañía femenina, me afectara de tai modo que mordería el anzuelo como una trucha se zampa un gusanillo.

«Y eso es lo que hiciste —pensó Scarlett con interior enojo—, y si no hubiese sido por mis manos...»

—En fin; sabemos ya gran parte de la verdad, excepto sus móviles. A ver si puede usted decirme la verdad de por qué quería conducirme al matrimonio.

Vibraba ahora en su voz una nota suave, casi compasiva, y ella se rehízo un poco. Acaso no lo hubiese perdido todo aún. Por supuesto, se habían ido al diablo todas las esperanzas de boda; pero, aun en su desesperación, Scarlett se alegraba de ello. Había en aquel hombre impasible algo que la asustaba, y ahora la idea de casarse con él le producía terror. Pero, si ella era lista y lograba despertar su simpatía y sus recuerdos, podría quizá conseguir un préstamo. Puso en su rostro una expresión infantil y apaciguadora.

—¡Oh, Rhett...! ¡Podría usted ayudarme tanto, si fuese bueno!

—No hay nada que me complazca tanto como ser bueno.

—Rhett, en nombre de nuestra antigua amistad, quisiera que me hiciese un favor. —¡Ah! La dama de las manos callosas va a decirnos al fin su verdadero objetivo. Ya me parecía que eso de visitar a los enfermos y a los prisioneros no era papel adecuado para usted. ¿Qué necesita? ¿Dinero?

La rudeza de su pregunta eliminaba toda esperanza de preparar el terreno de manera sutil y sentimental.

—No sea usted tan crudo, Rhett —dijo ella en tono conciliatorio—. Sí, necesito algún dinero. Quisiera que me prestase trescientos dólares.

—¡La verdad al fin! Se habla de amor y se piensa en el dinero. ¡Qué femenino es esto! ¿De veras necesita usted mucho ese dinero?

—¡Oh, sí! Es decir, no de un modo terrible; pero me vendría muy bien.

—Trescientos dólares es una gran cantidad hoy en día. ¿Para qué los quiere?

—Para pagar las contribuciones sobre Tara.

—Así pues, quiere que le preste dinero. Bueno, puesto que habla usted de negocios, yo hablaré también como hombre de negocios. ¿Qué garantía me dará usted?

—¿Qué garantía...?

—Resguardo. Algo en prenda. Como es natural, yo no deseo perder ese dinero.

Su voz era ficticiamente suave, casi melosa; pero ella no lo notó. Acaso se arreglarían las cosas, después de todo.

—Mis arracadas.

—No me interesan las arracadas.

—Le daré una hipoteca sobre Tara.

—¿Y qué haría yo con una finca rústica?

—Podría usted... podría..., es una buena plantación. Y nada habría de perder usted. Yo le pagaría con el algodón del año próximo.

—No estoy muy seguro de ello.

Rhett se recostó hacia atrás con la silla y metió las manos en los bolsillos.

—El precio del algodón baja. Los tiempos son difíciles y el dinero anda escaso.

—¡Oh, Rhett! ¿Por qué me atormenta usted? ¡Usted que tiene millones!

Sus ojos reflejaron viva malicia al mirarla.

—De modo que todo va muy bien y no necesita mucho el dinero. Bueno, me alegro de saberlo. Es satisfactorio saber que nuestros amigos no carecen de nada.

—¡Oh, Rhett, por amor de Dios...! —comenzó ella a decir con desesperación, perdiendo ya todo dominio de sí misma. —Baje la voz. No querrá usted que los yanquis la oigan, supongo... ¿Nadie le ha dicho que tiene ojos de gato..., de un gato en la oscuridad?

—¡Rhett, por favor! Se lo diré todo. ¡Necesito tanto ese dinero! Mentí, mentí al decir que todo iba bien. Las cosas no pueden estar peor. Papá está..., está..., bueno, no es el mismo. Está muy raro desde que murió mamá, y no me puede ayudar en nada. Es como un niño. ¡Y no tenemos un solo peón para cultivar el algodón, y somos tantos a comer, trece personas! ¡Y los impuestos son tan elevados! Rhett, se lo contaré todo. ¡Oh, usted no sabe! ¡No puede saber! Durante un año hemos estado a punto de morirnos de hambre. Nunca teníamos bastante que comer, y es terrible irse a la cama con hambre y despertarse con hambre. Y carecemos de ropas de abrigo, y las pequeñas están siempre enfermas, y...

—¿De dónde sacó usted ese lindo vestido?

—Lo hice con las cortinas de mi madre —contestó ella, demasiado desesperada ya para ocultar su vergüenza—. Pude aguantar el hambre y el frío; pero, ahora, los recién

llegados nos aumentan la contribución. Y hay que pagar el dinero en seguida. Y no tengo más que una moneda de oro de cinco dólares. ¡He de conseguir el dinero para los impuestos! ¿No lo comprende? Si no pago... perdemos Tara, y ¡no podemos perderla! ¡No puedo dejar que me la quiten!

—¿Por qué no me dijo todo esto desde el principia, en vez de jugar con mi susceptible corazón..., siempre débil en lo que concierne a las mujeres bonitas? No, Scarlett, no llore usted. Ha ensayado ya todo menos eso, y no creo poder aguantarlo. Mis sentimientos están ya muy heridos al descubrir que era mi dinero y no mi encantadora persona lo que le interesaba a usted.

Recordó ella que Rhett frecuentemente decía atrevidas verdades sobre sí mismo cuando hablaba con ironía..., burlándose de sí mismo tanto como de los demás. Le miró. ¿Realmente había herido sus sentimientos? ¿Estaba realmente enamorado de ella? ¿Había estado Rhett a punto de declararse antes de ver sus manos? ¿O preparaba solamente la odiosa proposición que ya le había hecho dos veces anteriormente? Si en verdad estaba enamorado de ella, podría apaciguarlo. Pero sus negros ojos la analizaban de una forma que no era la de un enamorado, mientras se reía plácidamente.

—No me satisface su garantía. No soy plantador. ¿Qué otra cosa tiene usted que pueda ofrecerme?

Había llegado finalmente el momento de la verdad. ¡A por todas! Aspiró una profunda bocanada de aire y le miró decididamente a los ojos, abandonando toda coquetería y toda pretensión, ya que su ánimo se disponía para enfrentarse con lo que más temía.

—Tengo... me tengo a mí misma. —El perfil de su mandíbula se contrajo casi hasta ponerse rígido y sus ojos se tornaron esmeraldas—. ¿Se acuerda usted de aquella noche en el pórtico de la casa de tía Pitty, durante el sitio? Usted dijo... usted dijo que me deseaba.

Él se echó hacia atrás con negligencia y miró el tenso rostro de Scarlett; pero su morena fisonomía era inescrutable. Algo pasó por sus ojos, mas nada dijo.

—Usted dijo... usted dijo que jamás había deseado a una mujer como me deseaba a mí. Si todavía me desea usted, seré suya, Rhett. Haré todo lo que usted me diga; pero, por amor de Dios, ¡escriba una orden de pago por esa suma! Siempre cumplo mi palabra. Le juro que no me volveré atrás. Le firmaré un documento, si quiere.

Él la miró extrañamente, siempre inescrutable. Mientras hablaba, Scarlett no podía adivinar si su proposición asqueaba o divertía a Rhett. ¡Si al menos él dijese algo! Sentía afluir la sangre a sus mejillas.

—Necesito el dinero muy pronto, Rhett. Si no, nos echarán a la calle, y ese maldito capataz que tuvo papá será el amo de aquello y...

—Un instante. ¿Por qué cree usted que la deseo todavía? ¿Qué le hace creer que vale trescientos dólares? La mayor parte de las mujeres no piden tanto.

Scarlett enrojeció hasta la raíz de sus cabellos. No podía humillarse más.

—¿Por qué hace eso? —prosiguió Rhett—. ¿Por qué no abandona la finca y se va a vivir en casa de la señorita Pittypat? La mitad de la casa es suya.

—¡Por amor de Dios! —exclamó ella—. ¿Cómo es usted tan insensato? No puedo permitir que Tara se pierda. Es nuestro hogar. No, no quiero perder Tara. ¡No, mientras me quede un soplo de vida!

—Los irlandeses —dijo él poniendo la silla en posición normal y sacándose las manos de los bolsillos— son la raza más especial que hay. ¡Ponen todo su interés en tantas cosas que no valen la pena! La tierra, por ejemplo. Pero ¡si cada trozo de terreno es igual a otro trozo cualquiera...! Bueno, vamos a aclarar la cuestión, Scarlett. Usted viene a mí con

una proposición comercial. Yo le doy trescientos dólares y usted será mi amante.

—Sí.

Ahora que se había pronunciado la repugnante palabra, ella se sintió más aliviada, y su esperanza renació. El había dicho «yo le doy». Había en los ojos de Rhett una reflejo diabólico, como si algo le divirtiese en extremo.

—Y, sin embargo, cuando yo tuve la desfachatez de hacerle la misma proposición, usted me arrojó de su casa. Y me llamó no sé cuántas cosas feas, y mencionó, de paso, que no quería tener «una colección de crios». No, querida, no es que quiera vengarme ahora. Pero es que me admiran las peculiaridades de su modo de pensar. No lo hubiera hecho usted por gusto, pero lo hace para librarse de la miseria. Eso prueba mi tesis de que la virtud es sólo una cuestión de precio.

—¡Oh, Rhett, cuánto habla usted! Si quiere insultarme, insúlteme; pero déme el dinero.

Respiraba ya mejor. Siendo Rhett lo que era, querría, naturalmente, atormentarla e insultarla todo lo que pudiese, para vengarse de los desprecios pasados y de la reciente tentativa de engaño. Bueno, podía aguantarlo. Podía aguantar cualquier cosa. Tara lo valía. Por un brevísimo instante, se vio en pleno verano, bajo el azulado cielo de la tarde, recostada perezosamente sobre la espesa hierba de la pradera de Tara, contemplando cómo flotaban las nubéculas, con la fragancia de las blancas flores halagándole el olfato y con el suave zumbido de las abejas en sus oídos. Toda la quietud de la tarde, sin otro rumor que el producido por el lejano ruido de los carros que volvían de los rojizos campos. Tara lo valía todo y más aún.

Su cabeza se irguió.

—¿Va usted a darme ese dinero?

Parecía como si él se estuviese divirtiendo. Cuando habló, había en su voz una brutalidad tranquila.

—No, no se lo doy —dijo.

Por un momento, la mente de Scarlett fue incapaz de comprender tales palabras.

—No podría dárselo aunque quisiese. No llevo encima ni un centavo. No tengo ni un dólar en Atlanta. Poseo algún dinero, sí; pero no aquí. No digo ni cuánto ni dónde. Pero, si tratase de girar una letra, los yanquis saltarían sobre mí como un pato sobre un insecto, y ni usted ni yo lo cobraríamos. ¿Qué le parece?

El rostro de Scarlett se volvió de un tinte verdoso, manchas pecosas aparecieron sobre su nariz, y su deformada boca recordó la de Gerald cuando se enfurecía. Se puso en pie de un salto, con un grito incoherente que hizo cesar repentinamente el sonido de voces en la habitación contigua. Veloz como una pantera, Rhett estaba ya a su lado, poniendo su pesada mano sobre la boca de ella y agarrándola fuertemente con el otro brazo por la cintura. Scarlett luchó contra él como una loca, tratando de morderle la mano, de gritar su rabia, su desesperación, su odio, el tormento de su orgullo humillado. Se dobló y se retorció contra aquel brazo de hierro, con el corazón a punto de estallar; el apretado corsé le impedía casi respirar. El la sujetaba tan estrecha y duramente que le hacía daño, y la mano que tapaba su boca oprimía cruelmente sus mandíbulas. Bajo la tez bronceada por el sol, el rostro de Rhett se había quedado pálido, casi blanco, y sus ojos tenían una expresión dura y ansiosa cuando la levantó completamente, la apretó contra su pecho y se sentó en la silla, sujetándola sobre sus rodillas a pesar de todos los esfuerzos de Scarlett.

—¡Querida, por Dios! ¡Cállese! ¡No chille! Si la oyen, correrán todos aquí en seguida. Cálmese. ¿Quiere usted que los yanquis la vean así?

Ya no le importaba quién podría verla. No le importaba nada, a no ser el feroz deseo de matarlo; pero el aturdimiento se apoderaba de ella. No podía respirar, él la asfixiaba, su corsé era como una opresora faja de acero; sentir los brazos de Rhett en derredor de su cuerpo la hacía agitarse con impotente odio y furia. Muy pronto, la voz de él pareció apagarse, y el rostro que se inclinaba sobre el suyo comenzó a girar entre una niebla que la mareaba y que se hacía más densa y más densa hasta que ya no pudo verle..., no pudo ver absolutamente nada.

Cuando comenzó a hacer débiles gestos al ir recobrando el conocimiento, se sintió completamente débil, agotada, aturdida. Estaba recostada sobre la silla, sin su capota, y Rhett le daba golpecitos en las muñecas mientras sus negros ojos escrutaban ansiosamente su rostro. El capitán joven y amable trataba de verter una copa de coñac en su boca, y el líquido le chorreaba por el cuello. Los demás oficiales se movían en derredor suyo cuchicheando y agitando las manos.

—¿Me... me he desmayado? —dijo. Y su voz le sonaba tan lejana que se asustó.

—Bebe esto —repuso Rhett cogiendo la copa y empujándola contra sus labios.

Ahora Scarlett lo recordaba ya todo vagamente; le dirigió una débil mirada de odio, pero estaba demasiado exhausta para sentir ira. —Anda, hazlo por mí.

Scarlett se atragantó y tosió, pero él le acercó nuevamente la copa a los labios. Scarlett la apuró de un trago, y el caliente líquido le quemó repentinamente la garganta.

—Creo que ya está algo mejor ahora, señores —dijo Rhett—, y les doy a ustedes las gracias. Al saber que me iban a ejecutar, no ha podido soportarlo.

El grupo de uniformes azules movió los pies y pareció algo embarazado. Después de emitir varios carraspeos para despejarse la garganta, fueron saliendo. El joven capitán se detuvo en el quicio de la puerta.

—¿Puedo ser útil en alguna otra cosa?

—No, muchas gracias.

Salió, cerrando la puerta tras él.

—Beba otro sorbo —dijo Rhett.

—No. —Bébalo.

Tomó otro sorbo, y el calor comenzó a propagarse por todo su cuerpo, y sus temblorosas piernas empezaron a recobrar las fuerzas. Rechazó la copa que Rhett aún le tendía y trató de levantarse; pero él la empujó hacia atrás.

—No me toque. Me voy.

—Todavía no. Aguarde un minuto. Podría desmayarse otra vez.

—Prefiero desmayarme por el camino que aquí ante usted.

—No me importa, pero no quiero que se desmaye en la calle.

—Déjeme. Le detesto.

Una leve sonrisa reapareció en el rostro de Rhett.

—Eso es ya más propio de usted. Es prueba de que se siente mejor.

Permaneció quieta y tranquila por un momento, tratando de que la cólera la ayudase, tratando de buscar fuerzas. Pero estaba demasiado fatigada. Demasiado exhausta para odiar o para que nada la preocupase. La derrota pesaba en su ánimo como plomo. Había apostado en ese juego todo lo que tenía, y había perdido. Ni siquiera orgullo le quedaba ya. Éste era el final de sus esperanzas. Éste era el final de Tara, el final de todo. Durante largos instantes quedó recostada, con los ojos cerrados, escuchando la ruidosa respiración de Rhett muy cerca de ella, y el efecto del coñac se acentuó gradualmente, proporcionándole fuerza y calor de un modo artificial. Cuando por fin abrió los ojos y vio

su cara casi junto a la suya, la cólera resurgió. Y, cuando Scarlett frunció el ceño aproximando sus cejas oblicuas, la sempiterna sonrisa burlona de Rhett volvió también.

—Ahora sí que está usted mejor. Lo veo por lo furioso de su expresión.

—Claro que estoy mejor. Rhett Butler, es usted odioso, la bestia más repugnante que he conocido. Sabía usted muy bien lo que yo iba a decirle tan pronto como empecé a hablar, y sabía que no iba a darme el dinero. Y, no obstante, me dejó usted continuar. Podía usted haberme evitado...

—¿Evitado que hablase y perderme el oír todo lo demás? De ninguna manera. Tengo aquí muy pocas distracciones. No recuerdo haber oído nunca nada tan lisonjero para mí.

Se rió con aquella súbita risa sarcàstica que tenía a veces. Al escucharla, ella saltó sobre sus pies y agarró la capota de un tirón.

Él la cogió por los hombros inmediatamente.

—Todavía no. ¿Se siente lo suficientemente bien para que hablemos con sentido común?

—Déjeme marchar.

—Está ya bien, por lo que veo. Ahora dígame una cosa. ¿Era yo la única perspectiva que tenía usted a la vista? Sus ojos eran penetrantes y permanecían atentos, vigilando todos los movimientos de sus facciones. —¿Qué quiere usted decir? —¿Era yo el único hombre con quien pensaba usted intentar ese plan?

—¿Le importa a usted algo?

—Más de lo que se figura. ¿Tiene otros hombres a la vista? ¡Dígame! —No.

—Es increíble. No puedo imaginarla sin cinco o seis más en reserva. Seguramente saldrá alguien que acepte su interesante proposición. Estoy tan seguro de ello, que quiero darle un modesto consejo. —No necesito sus consejos.

—No obstante, se lo daré. Consejos son la única cosa que puedo darle por ahora. Escúcheme, porque es un buen consejo. Cuando quiera conseguir algo de un hombre, no se lo espete de pronto, como hizo usted conmigo. Procure ser más sutil, más seductora. Da mejores resultados. Antes sabía usted hacerlo a la perfección. Pero ahora, cuando me ofreció la... la «garantía» por mi dinero, parecía un enemigo irreconciliable. He visto ojos como los suyos por encima de una pistola de duelo, a veinte pasos, y no son muy agradables. No despiertan el menor ardor en un pecho masculino. Ésa no es la manera de tratar con los hombres. Está usted olvidando todo su entrenamiento.

—No necesito que me diga usted cómo debo comportarme —dijo ella. Y cansadamente se puso el sombrero.

Se admiraba de que él pudiese bromear tan alegremente teniendo una cuerda casi alrededor del cuello y conociendo ya las patéticas circunstancias en que ella se encontraba. Ni siquiera observó que Rhett había hundido los puños en los bolsillos y los crispaba con rabia ante su propia impotencia.

—Hay que animarse —dijo él mientras Scarlett se anudaba las cintas de la capota —. Puede usted asistir a la ceremonia cuando me ahorquen, y se sentirá vengada y consolada. Y la compensaré de todas mis deudas con usted... incluso de ésta. La mencionaré en mi testamento.

—Gracias, pero quizá cuando lo ahorquen será demasiado tarde para pagar la contribución —dijo ella con una malevolencia igual a la suya, sólo que más sincera.

35

Estaba lloviendo cuando salió del edificio, y el cielo tenía un sucio y mate color de esmeril. Los soldados, en la *plaza,* habían buscado refugio en sus barracas, y las calles estaban desiertas. No había vehículo alguno a la vista, y Scarlett comprendió que tendría que efectuar a pie el largo trayecto hasta su casa.

El efecto del coñac se disipaba conforme proseguía su caminata. El frío viento la hacía estremecerse y las heladas gotas parecían penetrar como puntas de agujas en su cara. La lluvia no tardó en calar la fina capa de tía Pitty, formando espesos pliegues mojados sobre su cuerpo. Sabía que el vestido de terciopelo iba a quedar hecho un guiñapo y, en cuanto a las plumas de gallo del sombrero, estaban ya tan caídas y despeinadas como cuando su verdadero propietario las ostentaba en el encharcado gallinero de Tara. Los ladrillos de las aceras estaban rotos o bien habían desaparecido completamente. En esos trozos, el barro le llegaba hasta el tobillo y los zapatitos de Scarlett se quedaban pegados en él como sí fuese goma, hasta desprendérsele de los pies. Y cada vez que se inclinaba para ponérselos de nuevo el borde de su falda se metía en el barrizal. Ni siquiera trataba ya de evitar los charcos, sino que pasaba por ellos resignadamente, arrastrando tras ella la pesada falda. Sentía cómo el refajo y los largos pantalones, empapados también, se le agarraban a los tobillos, pero ya no le importaba dejar inservibles las ropas en las que tantas esperanzas había cifrado. Estaba helada, descorazonada y desesperada.

¿Cómo podía regresar a Tara y verse con los suyos después de sus optimistas promesas? ¿Cómo decirles que todos tenían que irse adonde pudiesen? ¿Cómo podría dejarlo todo, los rojos campos, los altos pinos, las oscuras tierras de fondo pantanoso, el silencioso y pequeño cementerio en donde yacía enterrada Ellen a la sombra de los cedros?

El odio que sentía por Rhett abrasaba su corazón mientras avanzaba con esfuerzo por el resbaloso camino. ¡Qué ser más despreciable era! Esperaba de corazón que lo ahorcasen, para no tener que encontrarse nunca frente a frente con quien había presenciado su vergüenza y su humillación. Claro está que él hubiera podido sacar el dinero si hubiese querido. ¡Oh, ahorcarlo era poco! Gracias a Dios, no podía verla ahora, con los vestidos chorreando, el pelo deshecho en mechones y castañeteando los dientes. ¡Qué horrible debía de estar, y cómo se hubiera reído él!

Los negros junto a quienes pasaba le dirigían insolentes sonrisas y se reían entre ellos después, mientras ella tropezaba y resbalaba en el lodo, deteniéndose con fatigosa respiración para calzarse nuevamente el zapato. ¿Cómo osaban reírse esos negros simios? ¿Cómo se atrevían a mirar insolentemente a Scarlett O'Hara, de Tara? Habría de vivir lo bastante para verlos azotados hasta que la sangre corriese por sus espaldas. ¡Qué seres absurdos eran los yanquis al dejarlos libres para que tomaran chacota a los blancos!

Conforme descendía la calle Washington, la perspectiva se hacía tan desolada como su propio corazón. Nada había en ella de la animación y alegría que había observado en la calle Peachtree. Muchas bellas casas se levantaban antes en la calle Washington pero pocas estaban reconstruidas ahora. Ahumados cimientos y solitarias chimeneas negras (conocidas por el nombre de «centinelas de Sherman») aparecían con desoladora frecuencia. Senderos en los que ya crecía la hierba conducían a lo que habían sido magníficas mansiones, a viejos jardincillos que Scarlett conocía tan bien, cubiertos ahora de hierbas secas, a peldaños para subir a los carruajes que ostentaban nombres tan familiares para ella, a postes para atar los caballos que jamás volverían a sentir el abrazo de las riendas. Viento frío y

lluvia, barro y árboles desnudos, silencio y desolación. ¡Qué mojados tenía ahora ella los pies y qué interminable era el camino hasta su casa!

Oyó un chapoteo de cascos equinos tras ella y se apartó un poco en la estrecha acera para evitar más salpicaduras de barro sobre la capa de tía Pittypat. Un cochecillo de dos asientos tirado por un caballo ascendía lentamente la calle. Se volvió para mirarlo, resuelta a rogar que la llevasen si la persona que conducía era blanca. La lluvia le enturbiaba la visión cuando el cochecillo la alcanzó, pero observó que el conductor atisbaba por encima de la lona encerada que se extendía desde el tablero del pescante hasta su barbilla. Había algo familiar en esa cara, y, cuando ella se detuvo y avanzó hacia el centro de la calle para verlo de más cerca, el hombre tosió con cierto embarazo y una voz muy conocida exclamó con acento de júbilo y de asombro: —¡No me diga que es la señora Scarlett!

—¡Oh, señor Kennedy! —gritó chapoteando al atravesar la calle para apoyarse sobre la enlodada rueda, sin preocuparse ya de lo mucho que se ensuciaría su capa—. ¡En mi vida me he alegrado tanto de ver a una persona como a usted ahora!

Él se ruborizó de placer por la evidente sinceridad de sus palabras, se apresuró a escupir un chorro de jugo de tabaco al otro lado del carruaje y saltó ágilmente al suelo. Estrechó la mano de la joven y, levantando la cubierta de lona, la ayudó a subir al coche.

—Scarlett, ¿qué hace usted sola y por este distrito? ¿No sabe usted què es peligroso en estos tiempos? Y está usted chorreando. Tenga, arrópese los pies con la manta.

Mientras él la atendía con pequeños cacareos como de gallina, ella se entregaba al deleite de que la cuidasen. Era agradable tener junto a sí a un hombre que la atendiese y la riñese cariñosamente, aunque fuese esa especie de solterona con pantalones que era Frank Kennedy. Y resultaba mucho más apetecible después del brutal tratamiento de Rhett. ¡Oh, qué placer daba ver una cara de su propio condado cuando se hallaba tan lejos, muy lejos de su hogar! Él iba bastante bien vestido, observó, y el cochecillo era nuevo también. El caballo parecía joven y bien alimentado, pero Frank aparentaba ser más viejo de lo que era, más viejo que en la Nochebuena en que estuvo en Tara con sus soldados. Estaba flaco y curtido por los elementos, y sus ojos amarillentos se veían acuosos, hundidos en pliegues de carne blanduzca. Su barba color de canela parecía más escasa que nunca, estriada por regueros de jugo de tabaco y desigual como siempre, debido a su costumbre de tirar de ella incesantemente. Pero se mostraba vivaz y contento, en contraste con las señales de tristeza, preocupación y cansancio que Scarlett advertía en todos los rostros.

—¡Qué placer es para mí verla! —dijo Frank con calor—. No sabía que estaba usted en la ciudad. Vi a la señorita Pittypat la semana pasada, y nada me dijo de su llegada. ¿No ha venido nadie de Tara con usted?

¡Pensaba en Suellen, el viejo tonto!

—No —dijo ella envolviéndose en la confortable manta y subiéndosela hasta el cuello—. Vine sola. Y no envié ningún aviso a tía Pitty. Con un chasquido de la lengua contra el paladar, Frank arreó al caballo, que siguió su cuidadosa marcha por el resbaladizo arroyo. —¿Y los de Tara, están todos bien? —Oh, sí, bastante bien.

Debía pensar en algún tema de conversación, pero le era difícil. El fracaso había entorpecido su cerebro, y lo único que deseaba era arroparse en la manta y decirse a sí misma: «No quiero pensar en Tara ahora. Pensaré más tarde, cuando no me sea tan doloroso.» Si pudiese dar pie a Kennedy para que hablase de algo durante todo el camino, ella no tendría que hacer más que murmurar discretas palabras de asentimiento hasta llegar a casa.

—Señor Kennedy, ha sido una sorpresa verle. Ya sé que no me he portado bien no

escribiendo a los amigos, pero no sabía que estaba usted en Atlanta. Me parecía que alguien dijo que estaba en Marietta.

—Tengo negocios en Marietta, muchos negocios —respondió él—. ¿No le contó la señorita Suellen que yo tenía una tienda?

Scarlett recordaba vagamente que Suellen mencionó algo acerca de Frank y de una tienda, pero nunca se fijaba mucho en lo que Suellen decía. A Scarlett le bastaba saber que Frank vivía y que pronto se llevaría a su hermana. —Ni una palabra —mintió—. ¿Tiene usted una tienda? ¡Qué listo es usted!

Pareció algo ofendido de que Suellen no hubiese publicado la noticia, pero la lisonja le animó.

—Sí, tengo una tienda, una buena tienda, creo yo. La gente me dice que he nacido para comerciante. —Y se rió complacido, con esa risita parecida a un cloqueo que a ella le parecía siempre tan cargante.

«¡Qué vanidoso imbécil!», pensó.

—¡Oh, usted tendrá éxito en cualquier cosa que quiera emprender, señor Kennedy! Pero ¿cómo logró usted instalar la tienda? Cuando le vi a usted en las penúltimas Navidades, me dijo que no tenía ni un céntimo.

Frank tosió un poco para despejarse la garganta, se arañó la barba y sonrió con su sonrisa nerviosa y tímida.

—Es una larga historia, Scarlett.

«¡Alabado sea Dios!», pensó ella. Acaso durase todo el resto del trayecto. Y, en voz alta, dijo:

—Cuénteme, cuénteme.

—¿Se acuerda usted de cuando estuvimos la última vez en Tara buscando provisiones? Bueno, poco después pasé al servicio activo. Quiero decir a pelear de verdad. Se acabó para mí ser comisario de Intendencia. Poco se necesitaba esta comisaría, Scarlett, porque no podíamos encontrar nada para el Ejército, y decidí que el lugar para un hombre sano era la línea de combate. Bueno, me incorporé a la caballería, y luché durante algún tiempo hasta que recibí un balazo en el hombro.

Parecía estar muy orgulloso de ello, y Scarlett hubo de exclamar:

—¡Terrible!

—¡Oh, no lo fue mucho! Era una herida superficial —dijo él con fingida modestia —. Me enviaron a un hospital en el Sur, y, cuando estaba casi repuesto, vinieron los invasores yanquis. ¡Allí sí que se armó un jaleo! Nos avisaron a última hora, y todos nosotros, los que podíamos andar, ayudamos a sacar de allí los depósitos del Ejército y el equipo del hospital para llevarlo junto a la vía y ponerlo en el tren. Teníamos un tren ya casi enteramente cargado cuando los yanquis entraron por un extremo de la ciudad, y nosotros nos marchamos por el otro tan de prisa como pudimos. Fue triste ver, desde el techo de los furgones en donde estábamos sentados, cómo los yanquis quemaban todo lo que tuvimos que dejar en la estación. Fíjese, Scarlett, quemaron por lo menos un kilómetro de material amontonado por nosotros junto a la vía. Nosotros escapamos a duras penas. Por poco...

—¡Terrible!

—Sí, ésta es la palabra. Terrible. Nuestras tropas habían vuelto ya a Atlanta por entonces, y ese tren fue enviado aquí. Bueno, la guerra no tardó en terminarse y..., bien, había cantidades de loza, de catres, de colchones y de mantas que nadie reclamaba. Supongo que, legalmente, pertenecían a los yanquis. Creo que eso fue lo que se convino cuando la rendición, ¿no es así?

—Sí, eso creo —dijo Scarlett distraídamente. Iba entrando en calor y se amodorraba poco a poco.

—No sé aún si hice bien —continuó Frank—. Pero por lo que yo veía, todo ello no iba a servir de mucho a los yanquis. Lo probable es que lo quemasen. Y nuestras gentes habían pagado su dinero para adquirirlo, y estimé que debía volver a la Confederación o a los confederados. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí...

—Me alegro de que esté usted de acuerdo conmigo, Scarlett. En cierto modo, tenía un peso sobre mi conciencia. Muchas personas me han dicho: «No te preocupes, Frank», pero yo no me atrevería a levantar la cabeza si juzgase que lo que he hecho no estaba bien. ¿Le parece que hice bien?

—Naturalmente —dijo ella, sin saber realmente lo que Frank le estaba contando. ¿Por qué le atormentaba la conciencia? Cuando un hombre llega a la edad de Frank, debe haber aprendido ya a no preocuparse de cosas que no importan nada. Pero él siempre fue algo nervioso y remilgado y tenía cosas de vieja solterona.

—Me alegro mucho de que usted lo diga. Después de la rendición, lo único que yo poseía eran diez dólares en plata, y nada más. No sabía verdaderamente qué hacer. Pero me gasté los diez dólares en poner un tejadillo a una tienda desvencijada que había en Five Points, y trasladé allí el equipo del hospital, y comencé a venderlo. Todo el mundo necesitaba camas, y colchones, y loza, y yo lo vendía todo barato, porque estimaba que estas cosas eran tan mías como de los demás. Pero hice algún beneficio y compré más mercancías, y la tienda marcha muy bien. Espero ganar mucho dinero con ella, si las cosas se arreglan.

Al oír la palabra «dinero», la mente de Scarlett se despejó y quedó clara como el cristal.

—¿Dice usted que ha ganado dinero?

Al ver su interés, Frank se esponjó visiblemente. A excepción de Suellen, pocas mujeres le habían mostrado más que la acostumbrada cortesía, y era halagüeño tener a una belleza como Scarlett admirada y pendiente de sus palabras. Disminuyó el paso del caballo a fin de poder relatar toda la historia antes de llegar a la casa.

—No soy millonario, Scarlett, y, considerando el dinero que poseía antes, lo que tengo ahora resulta poco. Pero he ganado mil dólares este año. Por supuesto, quinientos sirvieron para comprar nuevos géneros, reparar la tienda y pagar el alquiler. Pero he sacado quinientos dólares limpios de polvo y paja, y, como las cosas mejoran ciertamente, pienso sacar dos mil el año próximo. Y no me vendrán mal, ¿sabe usted?, porque tengo otro negocio.

A la mención del dinero, el interés de la joven se había despertado. Bajó las espesas y gruesas pestañas para que velasen sus ojos y se acercó a él algo más.

—¿Qué quiere decir eso, señor Kennedy? Él se echó a reír y sacudió las riendas sobre el lomo del caballo. —Me parece que la estoy aburriendo al hablar de negocios, Scarlett. Una joven bonita como usted no necesita saber nada de negocios. ¡Qué majadero!

—¡Oh, ya sé que soy muy tonta con respecto a los negocios, pero me intereso tanto por sus asuntos...! Le ruego que me lo cuente todo, y ya me explicará lo que yo no entienda.

—Bueno, mi otro negocio es un aserradero. —¿Un qué...?

—Un taller para cortar y alisar madera. No lo he comprado aún, pero voy a hacerlo. Hay un individuo llamado Johnson que tiene uno muy arriba de la calle Peachtree y está con muchas ganas de venderlo. Necesita dinero contante inmediatamente, y está dispuesto a

venderlo y a continuar dirigiéndolo por un jornal semanal. Es uno de los pocos molinos de aserrar que hay en este sector. Los yanquis destruyeron la mayor parte. Y el que posea hoy un molino de ésos posee una mina de oro, porque se puede pedir por la madera el precio que le dé a uno la gana. Los yanquis quemaron aquí tantas casas que no hay bastante para cobijar a la gente, y todo el mundo está loco por construir. La gente se vuelca ahora sobre Atlanta, acuden todas las personas de los distritos rurales que no pueden cultivar sus fincas sin negros. Le aseguro a usted que Atlanta va a ser muy pronto una gran ciudad. Necesitan madera para hacer casas, y por lo tanto yo voy a comprar ese taller tan pronto como..., bueno, tan pronto como me paguen algunas cuentas que me deben. Dentro de un año, a estas fechas habré de respirar libremente con respecto al dinero. Me... me figuro que ya sabe usted por qué tengo tanto empeño en juntar dinero muy pronto, ¿no es así? Se ruborizó y cacareó otra vez. «Piensa en Suellen», adivinó Scarlett con desagrado.

Por un momento, consideró la posibilidad de pedirle que le prestase trescientos dólares, pero rechazó fatigada la idea. Frank Kennedy quedaría confuso, balbuciría una disculpa, pero no se los prestaría. Había trabajado mucho para ganarlos y poderse casar con Suellen en la primavera, y si daba el dinero su boda se aplazaría indefinidamente. Aun si ella procuraba explotar sus simpatías y sus deberes hacia su futura familia y obtenía la promesa de un préstamo, sabía que Suellen no habría de permitirlo. Suellen se inquietaba cada vez más por el hecho de que se estaba convirtiendo en una solterona, y habría de remover cielos y tierra para impedir que nada retrasase su boda.

¿Qué tenía aquella niña siempre quejumbrosa para que este viejo imbécil tuviese tantos deseos de proporcionarle un nido? Suellen no se merecía un marido enamorado y los beneficios de una tienda y de un aserradero. Tan pronto como Suellen pusiese las manos en un poco de dinero, comenzaría a darse un tono insoportable y jamás contribuiría con un céntimo al sostenimiento de Tara. ¡Ca! Sólo pensaría en lo afortunada que era al haber podido marcharse de allí, y nada le importaría que vendiesen Tara en subasta por no pagar los impuestos si tenía vestidos bonitos y podía ya anteponer el título de señora a su nombre.

Al reflexionar brevemente Scarlett sobre el seguro porvenir de Suellen, y el suyo y el de Tara tan precarios, llameó en ella una viva ira por las injusticias de la vida. Ella iba a perder todo lo que tenía, mientras que Suellen... Repentinamente nació en ella una resolución.

¡Ni Frank, ni su tienda, ni su taller de maderas, serían para Suellen!

Suellen no los merecía. Sería ella misma quien los tendría. Pensó en Tara y se acordó de Jonnas Wilkerson, venenoso como una serpiente cobra, al pie de los peldaños del pórtico, y se agarró a la última pajita que flotaba por encima del naufragio de su vida. Rhett había fallado, pero el Señor le había proporcionado a Frank.

«Pero ¿puedo conseguirlo? —Sus dedos se apretaban mientras contemplaba la lluvia sin verla—. ¿Podría yo lograr que olvidase a Suellen y me propusiera casarnos ahora, en seguida? Si casi pude hacer que me lo propusiese Rhett, estoy segura de conseguir que lo quiera Frank. —Recorrió con los ojos su figura, pestañeando—. Ciertamente, no es ningún Adonis —pensó fríamente—, y tiene muy mala dentadura, y le huele el aliento, y tiene edad para ser mi padre. Además, es nervioso, tímido, candido, y posee toda una serie de defectos. Pero, al menos, es un caballero, y creo que podría tolerar mejor la vida con él que con Rhett. Por lo menos, lo manejaría mucho más fácilmente. De todos modos, los mendigos no podemos escoger.»

Que se tratara del prometido de Suellen en nada perturbaba su conciencia. Después del colapso moral completo que la había conducido a Atlanta y a Rhett, el hecho de

apropiarse el prometido de su hermana le parecía una bagatela de la que no valía la pena preocuparse.

Con el resurgimiento de nuevas esperanzas, su espina dorsal se enderezó y olvidó que tenía los pies fríos y mojados. Miró a Frank tan fijamente, contrayendo las pupilas, que éste pareció alarmarse y ella bajó la mirada instantáneamente recordando las palabras de Rhett: «He visto ojos como los suyos por encima de una pistola de duelo... No despiertan ardor en el pecho masculino.»

—¿Qué le pasa, Scarlett? ¿Se ha resfriado usted? —Sí —contestó, como si estuviese vencida—. ¿Le importaría...? —vaciló tímidamente—. ¿Le importaría que metiese la mano en el bolsillo de su abrigo? Hace mucho frío, y mi manguito está empapado.

—¿Cómo? ¡Claro que no! Y no lleva usted guantes... ¡Qué bárbaro he sido pasando el tiempo así, charlando tanto, cuando debe usted estar helada y deseando sentarse junto a la lumbre! ¡Arre, Sally! Y, por cierto, he charlado tanto que me he olvidado de preguntar qué hacía usted en este barrio con un tiempo así.

—Estuve en el Cuartel General yanqui —contestó sin pensarlo. Las cejas de Frank se elevaron, asombradas.

—¡Pero qué me dice usted, Scarlett! Los soldados... «María, Madre de Dios, hazme inventar una buena y plausible mentira», pensó ella apresuradamente. No convenía en modo alguno que Frank supiese que había ido a ver a Rhett. Frank tenía a Rhett por un gran canalla a quien era peligroso que las mujeres decentes hablasen siquiera.

—Fui allí... fui allí para ver si... si alguno de los oficiales quería comprar bordados de fantasía hechos por mí, para enviar a sus esposas. Bordo muy bien.

Él se recostó contra el respaldo; su indignación luchaba con su asombro.

—¿Fue usted a ver a los yanquis? ¡Pero, Scarlett, jamás debió usted...! Seguro que su padre no lo sabe. Seguro que la señorita Pittypat...

—¡Oh, me muero si se lo dice usted a tía Pittypat! —exclamó ella con verdadera ansiedad, y estalló en lágrimas. Era fácil llorar, porque se sentía entumecida y muy desgraciada, pero el efecto fue maravilloso. Frank no se habría sentido más embarazado e impotente si ella hubiese comenzado a desnudarse. Hizo chascar la lengua contra sus dientes, murmurando: «¡Oh! ¡Oh!» y esbozando hacia ella indecisos gestos. Por su mente cruzó la atrevida idea de que Scarlett debía reposar la cabeza sobre su hombro y que él le daría palmaditas cariñosas, pero no había hecho jamás una cosa así, y no sabía cómo conseguirlo. ¡Scarlett O'Hara, tan bonita y tan mimada, Scarlett O'Hara, la más orgullosa de las orgullosas, tratando de vender su labor a los yanquis! Su corazón ardía de indignación.

Ella continuó sollozando, murmurando unas cuantas palabras de vez en cuando, y él entonces acertó a comprender que las cosas no marchaban bien en Tara. El señor O'Hara todavía estaba trastornado, y no había provisiones bastantes para tanta gente. Por esto ella había tenido que venir a Atlanta a fin de ganar algún dinero para ella y para su niño. Frank hizo chascar la lengua otra vez y descubrió súbitamente que la cabeza de ella reposaba sobre su hombro. No sabía cómo estaba allí, pero estaba. Desde luego no era él quien la había puesto así, pero tenía a Scarlett sollozando contra su pecho flaco, lo que era una excitante y nueva sensación para él. Le dio unos golpecitos en la espalda, delicadamente al principio, pero al ver que ella no protestaba se sintió atrevido y lo hizo con más firmeza. ¡Pobre mujercita, tan femenina y aniñada! ¡Y qué valiente, al tratar de ganar dinero con sus labores de aguja! Pero eso de tener tratos con los yanquis..., eso era ya demasiado.

—No se lo diré a la señorita Pittypat, pero tiene usted que prometerme, Scarlett, que nunca más volverá a hacer una cosa así. Es un escándalo que una hija del padre de usted...

Los verdes ojos de Scarlett buscaron los suyos con expresión implorante.

—Pero, señor Kennedy, tengo que hacer algo. Debo cuidarme de mi pobrecito niño, y no hay nadie que se ocupe de nosotros ahora.

—Es usted una mujercita valiente —proclamó él—, pero no me gusta que haga usted una cosa así. Su familia se moriría de vergüenza.

—¿Qué debo hacer, entonces?

Los húmedos ojos de Scarlett le miraron como si él fuese infalible y ella estuviese pendiente de sus palabras.

—Bueno, en este momento, no sé. Pero ya se me ocurrirá algo.

—¡Oh, ya sé que sí! ¡Es usted tan inteligente, Frank!

Nunca le había llamado por este nombre, y el oírlo causó a Kennedy agradable impresión y sorpresa. La pobre muchacha estaba probablemente tan trastornada que ni siquiera se dio cuenta. Sentía por ella el mayor afecto, un afecto protector. Si había algo que pudiese hacer él por la hermana de Suellen O'Hara, ciertamente lo haría. Sacó de su bolsillo un gran pañuelo de hierbas y se lo entregó, y ella se enjugó los ojos y comenzó a sonreír, trémula.

—Soy una tonta —dijo, excusándose—. Perdóneme, por favor.

—No es usted ninguna tonta. Es usted una mujercita valiente y trata de llevar sobre sí demasiada carga. Me temo que la señorita Pittypat no pueda ayudarla mucho. He oído que perdió la mayor parte de sus propiedades y que el mismo señor Henry Hamilton anda muy mal también. Sólo «iento no tener casa que ofrecerles como refugio. Pero, Scarlett acuérdese siempre de que, cuando Suellen y yo nos casemos, siempre habrá sitio bajo nuestro techo para usted y para el pequeño Wade Hampton.

¡Había llegado el momento! Seguramente los santos y los ángeles la protegían cuando le daban tan magnífica oportunidad. Se las compuso para aparecer muy trastornada y abrió la boca como para decir algo, cerrándola después de golpe. —No me dirá usted que no sabía que yo iba a ser hermano político suyo esta primavera —dijo él en tono nervioso y de buen humor. Y, al ver que los ojos de la joven se llenaban de lágrimas, preguntó alarmado—: ¿Qué pasa? No estará enferma Suellen, ¿verdad? —¡Oh, no! ¡No!

—Hay algo extraño aquí... Tiene usted que decírmelo. —¡Oh, no puedo! ¡Yo no sabía! Pensé que seguramente ella le había escrito a usted... ¡Oh, qué maldad! —Dígame, Scarlett, ¿qué hay?

—¡Oh, Frank, no quería decir nada! Pero suponía, naturalmente, que usted lo sabía... que ella le había escrito... —¿Escrito, qué? —Frank estaba temblando. —¡Oh, hacer esto a un hombre tan bueno como usted...! —¿Qué ha hecho?

—¿No se lo ha escrito? ¡Oh, me figuro que estaba demasiado avergonzada para escribírselo! ¡Con razón estaba avergonzada! ¡Oh, tener una hermana así...!

Ahora Frank ya no podía formular preguntas con los labios. La miraba con los ojos muy abiertos, el rostro grisáceo y las riendas flojas en sus manos.

—Va a casarse con Tony Fontaine el mes que viene. ¡Oh, lo siento tanto, Frank! Siento tener que ser yo la que se lo diga. Se cansó de esperar y tenía miedo a quedarse soltera.

Mamita estaba en el pórtico delantero cuando llegaron, y Frank ayudó a Scarlett a bajarse del cochecillo. Evidentemente, Mamita llevaba esperando bastante tiempo, porque su cofia estaba mojada y el viejo chai apretado contra su opulenta figura mostraba manchas de agua. Su arrugada y negra fisonomía reflejaba cólera y temor, y sus labios aparecían más protuberantes de lo que jamás los había visto Scarlett. Mamita echó un rápido vistazo a

Frank y, cuando vio quién era, su rostro cambió y el agrado, la confusión y algo semejante al remordimiento se esparcieron por todas sus facciones. Se adelantó cadenciosamente hacia Frank, sonrió y hasta le hizo una reverencia cuando él le estrechó la mano.

—¡Es un placer ver amigos de casa! —dijo—. ¿Y cómo está usted, señor Frank? Tiene usted un aspecto magnífico. Si hubiese sabido que la señora Scarlett había salido con usted no me habría preocupado tanto, sabiendo que tenía quien la cuidase. Al volver aquí, me encuentro con que se ha marchado, y he andado tan loca como un pollo cuando le cortan la cabeza, pensando que ella iba por esta ciudad llena de esos asquerosos negros liberados. ¿Cómo fue que no dijo usted que iba a salir, nena? ¡Si estaba usted con un catarro...!

Scarlett hizo un significativo guiño a Frank y, a pesar de la angustia de éste por la mala noticia que acababa de oír, sonrió, viendo que ella le rogaba silencio y le hacía cómplice suyo en una agradable conspiración.

—Corre y prepárame ropa seca, Mamita —dijo Scarlett—. Y té bien caliente.

—¡Dios mío, y su vestido nuevo se ha estropeado! —gimió Mamita—. ¡Menudo trabajo voy a tener secándolo y cepillándolo para que pueda llevarlo esta noche a la boda!

Entró en la casa, y Scarlett se inclinó acercándose a Frank, y le dijo al oído:

—Venga usted a cenar esta noche. ¡Estamos tan solas! Y acompáñenos a la boda después. ¡Sea usted nuestro caballero! Y, se lo ruego, no diga usted nada a tía Pitty acerca de... acerca de Suellen. Le daría mucha pena, y no puedo soportar que ella sepa que mi hermana...

—¡No, no diré nada! —dijo Frank apresuradamente, asustado ante la idea.

—¡Ha sido usted tan bueno para mí hoy y me ha hecho tanto bien...! Seré valiente otra vez.

Le apretó la mano al despedirse, concentrando en él toda la batería artillera de sus ojos.

Mamita, que estaba esperándola junto a la puerta, le dirigió una mirada inescrutable y la siguió, respirando con dificultad, hasta el dormitorio.

Permaneció silenciosa mientras la despojaba de sus mojadas ropas, las fue colgando sobre las sillas y arropó a Scarlett en la cama. Cuando le trajo una taza de hirviente té y un ladrillo caliente envuelto en un trozo de franela, miró a Scarlett y le dijo en el tono más cercano a la excusa que jamás oyera Scarlett en su voz:

—Nenita, ¿por qué no dijo usted a su Mamita lo que se proponía? Entonces no hubiera tenido que arrastrarme hasta esta Atlanta. Estoy demasiado vieja y demasiado gorda para estos trotes.

—¿Qué quieres decir?

—Nenita, no puede usted engañarme. La conozco a usted. He visto la cara del señor Frank, y he visto la cara de usted y puedo leer lo que piensan como un pastor lee su Biblia. Y he oído lo que usted le dijo bajito sobre la señorita Suellen. Si se me hubiese pasado por el magín que a quien usted quería era al señor Frank, me habría quedado en casa, que es donde yo debía estar.

—Bueno —contestó Scarlett brevemente, encogiéndose bajo las sábanas y comprendiendo que era inútil tratar de despistar a Mamita—. ¿Quién creíste que era?

—Niña, no sé, pero no me gustó su cara ayer. Y me acordé de que la señorita Pittypat había escrito a la señora Mellie que ese pillastre de Butler tenía muchísimo dinero, y yo nunca olvido lo que oigo. Pero el señor Frank es un caballero, aunque no pueda presumir de guapo.

Scarlett le dirigió una mirada penetrante y Mamita se la devolvió con omnisciente calma.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Ir a contárselo a Suellen? —Voy a ayudar a usted en todo lo que pueda para que guste al señor Frank —respondió Mamita, subiendo las ropas de la cama alrededor del cuello de Scarlett.

Scarlett permaneció quieta un rato mientras Mamita daba vueltas por la estancia. Era para ella un alivio que no hubiera ya necesidad de palabras entre ambas. No se le pedían explicaciones, no se le hacían reproches. Mamita había comprendido, y se callaba. En Mamita, Scarlett había encontrado a una mujer más realista que ella misma. Aquellos ojos moteados y cansados veían claro, con la directa percepción del salvaje y del niño, sin remordimientos de conciencia cuando se trataba de salvar a su «niña». Scarlett era su niña, y lo que a la niña se le antojaba, aunque perteneciese a otra, Mamita estaba dispuesta a ayudarla para conseguirlo. Los derechos de Suellen y de Frank no entraban en su mente, a no ser para causarle cierta risa ahogada. Scarlett estaba en apuros y hacía cuanto podía, y Scarlett era la hija de la señora Ellen. Mamita se puso de su parte sin un momento de vacilación.

Scarlett percibió este refuerzo silencioso, y, conforme el ladrillo caliente daba vida a sus pies, la luz de la esperanza que había renacido débilmente durante el frío trayecto de regreso se convirtió en una llama y penetró en todo su ser, haciendo que la sangre circulara por sus venas en fuertes borbotones. Las fuerzas le volvían, y con ellas una excitación nerviosa que le daba deseos de reír. «No estoy vencida aún», pensó jubilosa.

—Pásame el espejo, Mamita —le dijo.

—No saque afuera los hombros —ordenó Mamita, entregándole el espejo con una sonrisa en sus gruesos labios. Scarlett se miró en él. —Estoy tan blanca como un espectro —dijo— y mi pelo parece la cola de un caballo.

—No está usted tan linda como de costumbre.

—Hum... ¿Llueve mucho?

—A cántaros; ya lo sabe usted.

—Bueno, pero a pesar de eso tienes que ir al centro de la ciudad para un encargo.

—Yo no salgo con un tiempo así.

—Sí sales, o iré yo misma.

—¿Qué tiene usted que hacer que no pueda esperar? Me parece que ya ha hecho bastante por hoy. —Necesito —dijo Scarlett mirándose atentamente al espejo— una botella de agua de colonia. Podrás luego lavarme la cabeza y friccionarme con colonia. Y cómprame un tarrito de bandolina para sujetar el cabello.

—No voy a lavarle la *cabeza* en un día como éste y no voy tampoco a ponerle colonia en la cabeza como si fuese usted una mujer perdida. No lo haré mientras me quede un soplo de vida.

—Sí, mujer, mira en mi bolso, saca la moneda de oro de cinco dólares y vete a la ciudad. Y... Mamita, ya que vas allí, tráeme también un tarro de colorete.

—¿Y eso qué es? —preguntó Mamita con desconfianza.

Scarlett devolvió su mirada con una frialdad que estaba muy lejos de sentir. No había medio de saber hasta qué punto se podía dominar a Mamita.

—No te importa Tú lo pides y nada más.

—Yo no compro nada sin saber lo que es.

—Bueno, es pintura, ya que eres tan curiosa. Pintura para la cara. Y no te quedes ahí inflada como un sapo. Anda.

—¡Pintura! —prorrumpió Mamita—. ¡Pintura para la cara! ¡Bueno, no es usted tan mayor que no le pueda aún dar unos azotes! ¡En mi vida me he escandalizado tanto! ¡Ha perdido usted el juicio! ¡La señora Ellen se estará revolviendo en su tumba! ¡Pintarse como una...!

—Tú sabes muy bien que la abuela Robillard se pintaba. Y...

—Sí, y llevaba sólo una enagua y la humedecía en agua para que se pegase más y mostrase la forma de las piernas; pero ¡no va usted a hacer cosas así! Aquellos tiempos de cuando la vieja señora era joven eran escandalosos; pero los tiempos cambian y...

—¡Dios santo, basta ya! —exclamó Scarlett, perdiendo la paciencia y apartando a un lado las ropas de la cama—. ¡Ya te estás volviendo a Tara!

—No puede usted mandarme a Tara si yo no quiero ir. Soy libre —respondió Mamita, enardecida—. Yo me quedo aquí. Vuélvase usted a la cama. ¿Quiere usted pescar una pulmonía? ¡Deje usted ese corsé! Déjelo usted quieto, niña. Pero, señora Scarlett, yo no voy a ninguna parte con este tiempo. ¡Dios mío! Ahora sí que es usted lo mismo que su padre. ¡Vuélvase a la cama! Yo no puedo ir a comprar pintura. ¡Me moriría de vergüenza...; todo el mundo sabría que es para mi niña! Señora Scarlett, es usted tan preciosa que no necesita pinturas. Nenita, son cosas que no usan más que mujeres malas.

—Bueno, pero son las que consiguen lo que quieren. ¿No es verdad?

—Jesús, tener que oír esas cosas! ¡Querida, no diga cosas semejantes! Deje usted esas medias mojadas, niña. No puedo dejarla que vaya usted misma a comprar esas porquerías. La señora Ellen me atormentaría en mis sueños. Vuélvase a la cama. Iré yo. Miraré a ver si encuentro una tienda en donde no nos conozcan.

Aquella noche en casa de la señora Elsing, cuando Fanny se había casado ya y el viejo Levy y los demás músicos templaban sus instrumentos para el baile, Scarlett miró con placer en derredor suyo. ¡Era tan excitante para ella encontrarse nuevamente en una fiesta de esta índole! Se sentía satisfecha de la calurosa acogida que se le había dispensado. Cuando entró en la casa del brazo de Frank, todo el mundo se había precipitado hacia ella con gritos de alegría y de bienvenida. La besaron, le dieron fuertes apretones de mano, le dijeron cuánto la habían echado de menos y le aseguraron que no debía volver nunca a Tara. Los hombres parecían haber olvidado que ella había tratado de destrozar sus corazones en otros tiempos, y las chicas, que había hecho lo posible por quitarles sus novios y pretendientes. Incluso la señora Merriwether, la señora Whiting, la señora Meade y otras damas de edad que se habían mostrado frías con ella durante los últimos días de la guerra, olvidaron su conducta ligera y su propia desaprobación y recordaron sólo que Scarlett había sufrido mucho en la derrota común y que era la sobrina de la señorita Pittypat y la viuda de Charles. La besaron y le hablaron con gentileza, lamentaron con lágrimas en los ojos la muerte de su querida madre, y le preguntaron extensamente por su padre y por sus hermanas. Todos pedían noticias de Melanie y Ashley, y querían saber por qué no habían regresado a Atlanta.

A pesar del placer que le causaba tal acogida, Scarlett sentía una vaga inquietud, que trató de disimular, acerca del aspecto de su vestido de terciopelo. Éste estaba todavía húmedo hasta las rodillas y manchado por el borde, a despecho de los frenéticos esfuerzos que Mamita y la cocinera hicieron con una tetera de agua hirviendo, un cepillo limpio y grandes sacudidas ante la encendida chimenea. Scarlett temía que alguien notase tales detalles y adivinase que éste era el único vestido decente que poseía. No obstante, la consolaba un poco pensar que muchos de los vestidos que llevaban otras invitadas tenían mucho peor aspecto que el suyo. Eran antiguos y la mayoría de ellos revelaban haber sido

recientemente remendados y planchados. Por lo menos, el vestido de Scarlett estaba completo y era nuevo, por mojado que estuviese. En verdad, era el único vestido nuevo que se vio en la ceremonia, exceptuando el satinado vestido de novia de Fanny.

Recordando lo que tía Pitty le había dicho acerca de las finanzas de los Elsing, tenía curiosidad por saber de dónde había salido el dinero para el vestido y para las decoraciones, refrescos y música, que les debieron costar un pico. Dinero prestado, probablemente, a menos que todos los parientes de Elsing hubiesen cotizado para hacer que Fanny pudiese casarse con cierto esplendor. Tales bodas, en tiempos tan difíciles, parecían a Scarlett un despilfarro comparable a las lápidas para los hermanos Tarleton, y experimentaba la misma irritación y la misma ausencia de compasión que sintió cuando estuvo en el minúsculo cementerio de los Tarleton. Los tiempos en que se gastaba el dinero a manos llenas habían pasado. ¿Por qué persistían las gentes en llevar el tren de vida de antaño cuando los tiempos eran ahora tan distintos?

Pero dejó de lado este momentáneo enojo. Después de todo, el dinero no era suyo y no quería que las necesidades de los demás le estropeasen el atractivo de la velada.

Descubrió que conocía muy bien al novio, que era Tommy Wellburn, de Sparta, a quien ella había cuidado en 1863, cuando estaba herido en un hombro. Era, entonces, un guapo chico de metro ochenta de altura y había abandonado sus estudios de medicina para irse a la guerra, a servir en la Caballería. Ahora parecía un viejecito, encorvado como había quedado por una herida en la cadera. Caminaba con cierta dificultad y, como había observado tía Pittypat, tenía que abrir las piernas de un modo muy desagradable. Pero parecía no darse cuenta de su apariencia, o no le importaba, y su actitud era la de un hombre que no necesita ayuda de nadie. Había abandonado toda esperanza de continuar sus estudios y era ahora contratista, disponiendo de una cuadrilla de irlandeses que construían el nuevo hotel. Scarlett se preguntó cómo se las arreglaba para realizar ese trabajo tan penoso, pero se calló comprendiendo que nada es imposible cuando la necesidad apremia.

Tommy y Hugh Elsing y el pequeño Rene Picard, que parecía un mico, estuvieron charlando mientras se retiraban las sillas y los muebles junto a la pared como preparativo para el baile. Hugh no había cambiado desde que lo vio en 1862... Era todavía el mismo muchacho delicado, con el mismo ricito de pelo castaño claro colgando sobre la frente y las mismas manos finas, visiblemente inútiles para el trabajo manual, que ella recordaba tan bien. Pero Rene había cambiado desde aquel permiso que obtuvo cuando se casó con Maybelle Merriwether. Todavía conservaba en sus ojos la malicia francesa y el ímpetu vital de los criollos; pero, a pesar de sus fáciles risotadas, había en su fisonomía cierta dureza que no tenía en los primeros días de la guerra. Y el aire de refinada elegancia que lo impregnaba cuando lucía su elegante uniforme de zuavo había desaparecido.

—¡Mejillas como la rosa, ojos como la esmeralda! —dijo con su perceptible acento francés al besar la mano de Scarlett, rindiendo homenaje a los afeites que animaban el rostro de la joven—. Tan linda como cuando la vi por vez primera en el bazar de caridad. ¿Se acuerda? No he olvidado nunca cómo echó su anillo de boda en mi cestita. ¡Ésa sí que fue una actitud valiente! Pero jamás creí que aguardaría usted tanto tiempo por otro anillo.

Sus ojos chispearon picarescamente, mientras daba un codazo en las costillas de Hugh.

—Y jamás creí yo que usted fuera a guiar el carro de una pastelería, Rene Picard —replicó ella. En vez de sentirse avergonzado de que sacasen a relucir su degradante ocupación, Rene pareció complacido y se rió a grandes carcajadas, dando palmadas en la espalda a Hugh.

—*Touché!* —exclamó, como en un asalto de esgrima—. *Ma bellemère,* la señora Merriwether, me obliga a hacerlo. Es el primer trabajo que he hecho en toda mi vida; ¡yo, Rene Picard, que pensaba llegar a viejo criando caballos de carreras y tocando el violin! Ahora conduzco el carro de la pastelería, ¡y me divierte! La señora Merriwether es capaz de conseguir que cualquier hombre haga lo que ella quiera. Debiera haber sido general: hubiéramos ganado la guerra, ¿eh, Tommy?

«¡Parece mentira —pensó Scarlett— que le divierta la idea de ser carretero cuando su familia era dueña de más de quince kilómetros de terreno a lo largo del río Mississippi y tenía además una gran casa en Nueva Orleans!»

—Si hubiéramos tenido a nuestras suegras en nuestras filas, hubiéramos vencido a los yanquis en una semana —convino Tommy dirigiendo los ojos a la orgullosa figura de su nueva madre política—. La única razón por la que resistimos tanto fue, sencillamente, porque las mujeres en la retaguardia no nos dejaban darnos por vencidos.

—¡Y ellas *nunca* se darán por vencidas! —añadió Hugh, con una sonrisa orgullosa, pero algo forzada—. No hay aquí esta noche ni una sola mujer que se haya rendido, a pesar de lo que hayan podido hacer en Appomattox[19] los hombres de su familia. La cosa es mucho peor para ellas que para nosotros. Siquiera nosotros nos desahogamos combatiendo.

—Y ellas odiando —completó Tommy—, ¿verdad, Scarlett? A las mujeres les es mucho más doloroso ver hasta dónde han descendido los hombres de su familia y sus amigos que a nosotros mismos. Hugh iba a ser juez. Rene iba a tocar el violin ante las testas coronadas de Europa. —Bajó la suya cuando Rene le amenazó con asestarle un puñetazo—. Yo iba a ser médico. Y ahora...

—¡Que nos den tiempo! —exclamó Rene—. ¡Entonces me verán a mí de príncipe de los pasteles del Sur! Y a mi amigo Hugh, de rey de las astillas, y tú, Tommy, serás amo de esclavos irlandeses en vez de esclavos negros. ¡Qué cambio! ¡Qué divertido! Y a ustedes, ¿cómo les va, Scarlett? ¿Y Melly? ¿Ordeñan las vacas, recogen el algodón?

—¡Ciertamente que no! —contestó Scarlett con la mayor sangre fría, incapaz de comprender cómo Rene podía aceptar alegremente su ruina—. Nuestros negros lo hacen.

—He oído que Melly le puso a su hijo el nombre de Beauregard. Dígale que a mí me parece muy bien y que, a excepción de Jesús, no existe nombre mejor.

Y, aunque se sonreía, sus ojos relucieron de orgullo al mencionar el nombre del denodado héroe de Luisiana.[20]

—Bueno, existe el nombre de Robert Edward Lee —observó Tommy—. Y, aunque no trato de menguar la reputación del «Viejo Beau», mi primer hijo habrá de llamarse Bob Lee Wellburn. Rene rió y se encogió de hombros.

—Voy a contarles una anécdota, que es una historia auténtica. Y verán ustedes lo que nuestros criollos piensan acerca de nuestro bravo Beauregard y de vuestro general Lee. En el tren, cerca de Nueva Orleans, un virginiano, es decir, un partidario del general Lee, se encontró con un criollo de las tropas de Beauregard. Y el virginiano habló y habló de que el general Lee hizo esto y el general Lee dijo esto otro. Y el criollo, muy cortés, frunció el ceño como si tratase de recordar, y luego se sonrió y dijo: «¿Lee? ¡Ah, sí! ¡Ahora ya sé! ¡El general Lee! ¡Ese hombre de quien habla tan bien el general Beauregard!»

Scarlett trató de participar cortésmente en la hilaridad general, pero no veía al cuento gracia alguna, exceptuando la de que los criollos eran gentes tan vanidosas como las de Charleston y Savannah. Además, siempre opinó que el hijo de Ashley debió haber llevado el mismo nombre que su padre.

Los músicos, después de los discordantes sonidos preliminares, comenzaron a tocar

El viejo Dan Tucker, y Tommy se volvió hacia ella.

—¿Quiere usted bailar, Scarlett? Yo no puedo tener ese gusto, pero Hugh o Rene...

—Lo siento, no bailo —dijo ella—, guardo luto por mi madre.

Sus ojos buscaron los de Frank y le hicieron levantarse de su asiento al lado de la señora Elsing.

—Me sentaré en aquella salita si me trae usted algunos refrescos, y entonces podremos charlar a gusto —le dijo a Frank.

Mientras él corría a traerle una copa de vino y una rebanada de bizcocho fina como un papel, Scarlett tomó asiento en la alcoba que había al final del salón y se arregló cuidadosamente la falda para que no se viesen las manchas mayores. Los humillantes acontecimientos de aquella mañana, con Rhett, quedaron lejos de su mente, borrados por la excitación de ver a tanta gente y oír música otra vez. Mañana pensaría en el comportamiento de Rhett y en su propia vergüenza y volvería a retorcerse otra vez. Mañana se preguntaría si había hecho alguna impresión en el corazón herido y maltrecho de Frank. Pero no esta noche. Esta noche vivía, la vida le desbordaba hasta por las puntas de los dedos, todos sus sentidos estaban tensos de esperanza y sus ojos fulguraban.

Desde la alcobita, miró el enorme salón y contempló a los que bailaban, acordándose de cuan hermosa era esa estancia cuando ella fuera a Atlanta por primera vez. Entonces, el piso de parqué brillaba como el vidrio y, por encima, la gran lámpara, con sus centenares de pequeños prismas, recogía y reflejaba todos los destellos de sus velas, lanzándolos otra vez en forma de diamantes, zafiros y rubíes por toda la sala. Los viejos retratos de las paredes mostraban su dignidad y cortesía y parecían mirar a sus huéspedes con aire de amable hospitalidad. Los sofás de palo de rosa eran mullidos y acogedores, y uno de ellos, el más ancho, había ocupado el lugar de honor en la salita en donde ella se sentaba ahora. Era el asiento favorito de Scarlett en todas las fiestas. Desde aquel sitio se divisaba el prolongado panorama del salón y del comedor antiguo, con la mesa ovalada de caoba a la que podían sentar veinte comensales, con veinte sillas de esbeltas patas arrimadas a las paredes, la maciza consola y el aparador cargado de pesada plata y de candelabros de siete brazos, vasos, vinagreras, jarras, botellas y relucientes copitas. ¡Scarlett se había sentado con tanta frecuencia en ese sofá durante los primeros años de la guerra, siempre con algún oficial guapo junto a ella, y había escuchado tantas veces los sonidos del violín y del violoncelo, del acordeón y del banjo, así como los crujidos que los pies de los bailarines producían sobre el encerado y pulido piso! Ahora, la gran lámpara colgaba sin luces. Estaba torcida y estropeada, y la mayor parte de sus cristalinos prismas se hallaban rotos, como si los ocupantes yanquis hubiesen hecho de aquella obra de arte un blanco para sus botas. Ahora sólo una lámpara de petróleo y unas cuantas velas alumbraban la estancia, y era la llameante y chisporroteante leña en la amplia chimenea la que proporcionaba más claridad. Su inquieto resplandor permitía ver hasta qué punto el piso estaba ahora irremediablemente deteriorado, estriado y astillado. Los oscuros rectángulos en el desteñido papel de las paredes evidenciaban que en otros tiempos colgaban allí bellos cuadros y retratos de familia, y las anchas grietas del estuco rememoraban el día en que una granada estalló en la casa durante el sitio, destrozando parte del tejado y del segundo piso. La pesada mesa de caoba, con sus botellas de cristal tallado, todavía presidía el espacioso comedor, pero estaba toda arañada, y sus rotas patas delataban improvisadas reparaciones. El aparador, la plata y las esbeltas sillas habían desaparecido. Faltaban también los cortinajes de damasco amarillo oscuro que cubrían las arqueadas ventanas al extremo de la estancia, y solamente quedaban restos de los visillos de encaje, limpios, pero visiblemente

zurcidos.

En lugar del viejo sofá curvado que tanto le gustaba, había un duro banco poco confortable. Se sentó en él con la mejor voluntad posible, deseando que su falda estuviese suficientemente presentable para poder bailar. ¡Qué agradable sería poder bailar otra vez! Pero, por supuesto, más podía hacer con Frank, en esta retirada alcobita que girando por el salón, ya que aquí podía aparentar escuchar fascinada su conversación y alentarle a dar nuevos vuelos a su fantasía.

Pero la música era ciertamente incitante. Su zapatito marcaba nostálgicamente el compás al ritmo del pesado pie del viejo Levy, que pulsaba un banjo y anunciaba las figuras de la «danza de los lanceros». Los pies se arrastraban, siseaban y repiqueteaban en el suelo conforme las dos filas de bailarines avanzaban la una hacia la otra, retrocedían y giraban para formar un pasillo arqueando los brazos.

El viejo Dan Tucker se bebió un azumbre (Media vuelta a la pareja) ¡Se cayó en el fuego y apagó la lumbre! (Más ligeras, señoritas)

Después de los monótonos y agotadores meses en Tara, era agradabilísimo oír otra vez la música y el ruido de pies que bailaban, muy grato ver rostros familiares que se reían a la débil luz, repitiendo antiguas bromas y chistes, conversando, discutiendo y flirteando. Era como volver a la vida después de estar muerta. Casi le parecía que habían regresado los antiguos tiempos. Si al menos pudiese cerrar los ojos y no ver los raídos y reformados vestidos, las remendadas botas masculinas y zapatitos femeninos; si al menos su imaginación no evocase las fisonomías de los muchachos que ahora no tomaban parte en los «lanceros», casi podría pensar que nada se había alterado. Pero mientras contemplaba a los viejos agrupados en el comedor junto al frasco de vino, a las matronas que se alineaban a lo largo de la pared cuchicheando tras sus manos faltas de abanicos, y a los bailarines que se agitaban, se le ocurrió la idea repentina de que todo estaba tan cambiado como si aquellas familiares figuras fuesen fantasmas.

Parecían iguales, pero eran diferentes. ¿Por qué? ¿Era sólo que todos tenían cinco años más? No, era algo más que el mero transcurso del tiempo. Algo les faltaba, a ellos y a su mnundo. Cinco años antes, una sensación de seguridad los envolvía tan completa y suavemente que ni siquiera se percataban de ella. A su amparo habían florecido. Ahora se había disipado, y con ella la emoción de antaño, la sensación de que les aguardaba algo delicioso y excitante a la vuelta de la esquina, el antiguo hechizo de su manera de vivir.

Sabía que ella misma había cambiado también, però no había cambiado de igual modo que ellos, y esto la intrigaba. Desde su asiento, los contemplaba y se sentía como una extraña entre los demás, tan extraña y solitaria como si viniese de otro mundo, hablando un idioma que ellos no entendían, como ella no comprendía el suyo. Vio entonces que este sentimiento era el mismo que había experimentado ante Ashley. Con él y con todas las personas de su clase (y éstas constituían la mayor parte del mundo de ella) se sentía apartada de algo, de algo que le era imposible adivinar.

Sus caras no se habían alterado mucho, y sus maneras, nada; però le parecía que esas dos características eran las únicas que quedaban de sus viejos amigos. Una dignidad permanente, una bravura inextinguible, todavía los rodeaba y los rodearía hasta su muerte; però llevarían a la tumba la amargura de su fracaso, una amargura demasiado profunda para traducirse en palabras. Eran gentes de suave lenguaje, fieros y fatigados, aquellos vencidos que habían sido derrotados y no reconocían la derrota, aplastados, però que parecían resueltamente erguidos. Estaban deshechos e inermes, eran ciudadanos de provincias

conquistadas. Veían al estado que tanto amaban pisoteado por el enemigo, a los canallas burlándose de la ley, a sus antiguos esclavos convertidos en amenaza, a sus hombres despojados del sufragio, a sus mujeres insultadas. Y a todas horas se acordaban de las tumbas de los suyos.

Todo había cambiado en el mundo, excepto las antiguas fórmulas. Los viejos usos continuaban, debían continuar, porque las formas externas era lo único que les quedaba. Se asían fuertemente a las cosas que más conocían y amaban en los antiugos tiempos: los modales ceremoniosos, la cortesía, la agradable superficialidad de los contactos sociales y, más que nada, su actitud protectora con respecto a sus mujeres. Fieles a las tradiciones en las que habían sido educados, los hombres eran corteses y tiernos, y casi lograban crear una atmósfera resguardada para evitar a sus mujeres todo lo que era áspero e inadecuado para los ojos femeninos.

Esto, pensaba Scarlett, era totalmente absurdo porque ahora había pocas cosas que la mujer más protegida no hubiese visto y sabido durante los últimos cinco años. Habían cuidado a los heridos, cerrado ojos moribundos, sufrido la guerra y el fuego de la devastación, habían conocido el terror y la huida, el hambre y la muerte.

Pero, a despecho de todo lo que hubiesen podido ver, de la labor manual que hubiesen hecho y tenían que hacer, seguían siendo damas y caballeros, majestades en el destierro, seres amargados, altivos, indiferentes, amables los unos con los otros, duros como el diamante, brillantes y quebradizos como los trocitos de cristal de la averiada lámpara que ahora colgaba sobre sus cabezas. Los buenos tiempos habían pasado, pero estas gentes continuarían como si existiese aún el pasado, se mostrarían encantadores y sosegados, resueltos a no precipitarse y arremolinarse para recoger las monedas del suelo, como hacían los yanquis, determinados a no alterar su prístino modo de ser y de vivir.

Scarlett sabía que ella también había cambiado muchísimo. De otro modo, jamás hubiera podido hacer todo lo que estaba haciendo desde que había llegado a Atlanta la vez anterior; de otro modo, jamás estaría dispuesta a hacer lo que ahora se proponía. Sí; había una diferencia entre el temple de los demás y el de ella, pero en qué estribaba la diferencia no hubiera podido decirlo. Acaso estribase en que no había nada que ella no estuviese dispuesta a hacer y había muchas cosas que toda esa gente estaba dispuesta a no hacer aunque les costase la vida. Acaso fuera porque ellos no tenían ya esperanzas, pero sonreían a la vida, hacían una airosa reverencia al pasar, y seguían. Y, esto, Scarlett no lo podía hacer.

No podía desconocer la vida. Tenía que vivirla, y ésta era demasiado hostil, demasiado brutal para que ella intentase velar sus asperezas con sonrisas. De la bondad, valor e inquebrantable orgullo de sus amigos» ella nada veía. Sólo veía una rigidez de principios que reconocía los hechos, pero sonreía y rehusaba encararse con ellos.

Mientras contemplaba a los que bailaban, arrebolados por la viveza de aquel baile virginiano, se preguntaba si las circunstancias los acosaban a ellos como la acosaban a ella: novios muertos, esposos mutilados, hijos que estaban hambrientos, hectáreas de tierra que se esfumaban, techos amados que ahora cobijaban a personas extrañas. ¡Claro estaba que los acosaban también! Conocía sus problemas casi tan bien como los suyos propios. Sus pérdidas eran las suyas; las privaciones que pasaban, las mismas de ella; sus problemas, los mismos. Empero, ellos Feaceioriaban de manera diferente a todo ello. Los rostros que ella veía no eran rostros, eran caretas, excelentes caretas de las que no se desprendían jamás.

Pero, si ellos sufrían tan agudamente como ella debido a las brutales circunstancias, y sufrían sin duda, ¿cómo podían mantener ese aire de alegría y de superficialidad? *¿Y* por

qué tenía ella que aparentarlo? Eran cosas que excedían a su comprensión y la irritaban. No podía ser como ellos. No podía presenciar el naufragio del mundo con aire de indiferencia o falta de interés. Se sentía perseguida como un zorro, corriendo con la lengua fuera, procurando buscar un agujero antes de que los perros de caza la alcanzasen.

Repentinamente, se percató de que los odiaba a todos, porque eran diferentes de ella, porque soportaban sus pérdidas con un aire que jamás podría ella adoptar, que nunca desearía adoptar. Los odiaba porque esos extraños de ágiles pies, esos necios orgullosos, se enorgullecían de lo que habían perdido y hasta de haberlo perdido. Las mujeres se comportaban como damas y ella sabía que eran damas, a pesar de que la labor manual era tarea diaria para ellas y de que no sabían siquiera de dónde iban a sacar su primer vestido. ¡Todas eran unas damas! Pero ella no se sentía una dama a pesar de su vestido de terciopelo y de sus cabellos perfumados, a pesar del orgullo de su nacimiento y del orgullo de la riqueza que antes poseía. El áspero contacto con la roja tierra de Tara la había despojado de toda capa de refinamiento, y sabía que jamás volvería a sentirse como una dama hasta que su mesa se doblegase bajo el peso de la plata y el cristal y humease con suculentos manjares, hasta que tuviese caballos propios en las cuadras y carruajes en las cocheras, hasta que manos negras y no blancas cosechasen el algodón en Tara.

«¡Ah! —pensó rabiosamente reteniendo el aliento—. ¡Ésta es la diferencia! Aunque son pobres, todavía se sienten señoras, y yo no. ¡Las muy necias creen que se puede ser una dama sin tener dinero! ¡Están en un error!»

Aun en ese relámpago de revelación, comprendió vagamente que, por tonto que pareciese, la actitud de los demás era la procedente. Ellen hüBiera opinado lo mismo. Y esto la perturbó. Sabía que debía sentir como esas gentes, pero no podía. Sabía que debía creer, como ellos, que una dama bien nacida continuaba siendo una dama, aun reducida a la mayor pobreza, pero no podía inducir su ánimo a creerlo ahora.

Toda su vida había oído censurar a los yanquis porque sus pretensiones al señorío se basaban en la riqueza, no en el nacimiento ni en la educación. Pero en estos momentos, aunque pareciese una herejía, no podía por menos de pensar que los yanquis tenían razón en esto, aunque; estuviesen equivocados en todo lo demás. Para ser una dama, se necesita dinero. Sabía que su madre se habría desmayado si hubiese llegado a oír tales palabras en boca de su hija. La más profunda pobreza no hubiera podido hacer que Ellen se sintiese avergonzada. ¡Avergonzada! Sí, así es como se sentía Scarlett. Avergonzada de ser pobre y reducida a penosos expedientes, a la penuria y a un trabajo que los negros deberían hacer.

Se encogió de hombros con irritación. Acaso esas gentes tenían razón y ella no; pero, de todos modos, esos necios orgullosos no se esforzaban, como lo hacía ella poniendo en tensión todos sus nervios arriesgando aun su honor y su reputación, en recobrar lo perdido. La «dignidad» de la mayoría de ellos les impedía rebajarse a un confuso pugilato por el dinero. Los tiempos eran duros y exigentes. Se necesitaba exigencia y dureza, y lucha para sobreponerse a ellos. Scarlett no ignoraba que la tradición familiar impedía a muchos de ellos empeñarse en una lucha de tal índole, a pesar de que el común objetivo era abiertamente el de hacer dinero. Todos pensaban que era vulgar ir abiertamente a la caza del dinero, e incluso hablar de dinero. Naturalmente, se daban algunas excepciones. La señora Merriwether con su horno de pastelería, y Rene haciendo de carretero. Y Hugh Elsing cortando astillas y vendiéndolas de casa en casa, y Tommy metido a contratista. Y Frank, con el sentido común suficiente para poner una tienda. Pero ¿qué hacía la gran mayoría? Los plantadores arañarían unas cuantas hectáreas de tierra y vivirían en la miseria. Los abogados y los médicos retornarían a sus profesiones y a esperar clientes que

acaso no aparecerían jamás. ¿Y el resto, los que habían vivido ociosamente de sus rentas? ¿Qué sería de ellos?

Pero ella no iba a ser pobre toda su vida. No iba a sentarse y aguardar pacientemente un milagro que la salvase. Iba a zambullirse en el remolino de la vida para sacar de él todo lo que pudiese. Su padre había comenzado como un pobre joven inmigrante y había ganado con su esfuerzo los vastos campos de Tara. Lo que él había hecho, su hija podía hacerlo también. No era ella como esas gentes que se jugaron todo lo que poseían a una Causa que había desaparecido ya y que se contentaban con estar orgullosos de haber perdido esa Causa, porque ésta valía cualquier sacrificio. Ellos extraían su denuedo del pasado. Ella encontraba el suyo en el futuro. Y Frank Kennedy, hoy en Tája representaba su futuro. Al menos tenía la tienda y tenía dinero contante Y si podía casarse con él y manejar ese dinero, sabía que podría ir tirando en Tara por un año más. Y después de esto Frank debía comprar el aserradero. Era obvio lo de prisa que se iba reconstruyendo la ciudad, y cualquiera que estableciese uti negocio en maderas ahora, cuando existía tan poca competencia, poseería una mina de oro.

Ésta es la destrucción que él previo —pensó Scarlett—, y no se equivocaba. Ganará dinero cualquiera que no tenga miedo a trabajar... o a cogerlo.»

Vio que Frank atravesaba el saloncito y venía hacia ella con un vasito de licor de moras en la mano y un bocado de bizcocho en un platillo, y sus labios dibujaron una sonrisa. No se le ocurrió preguntarse si por Tara valía la pena casarse con Frank. Sabía que Tara valía más que nada, y no se preocupó de otra cosa.

Le sonrió mientras bebía el licor a sorbitos, consciente de que sus mejillas lucían rosados tonos más atrayentes que los de ninguna de las chicas que bailaban. Apartó las faldas para que él se sentase a su lado y agitó el pañuelo suavemente para que el aroma de la colonia llegase a su olfato. Se sentía orgullosa de esa colonia, porque ninguna de las otras damas la usaba, y Frank se había dado cuenta de ello. En un arranque de atrevimiento le había dicho en voz baja que ella tenía el color y la fragancia de una rosa.

¡Si al menos no fuese tan tímido! Le hacía pensar en un medroso conejo silvestre. ¡Si al menos poseyese Frank la galantería y el ardor de los chicos Tarleton, incluso la descarada osadía de Rhett Butler! Pero, si poseyese tales cualidades, habría sido suficientemente listo para percibir la desesperación que se ocultaba bajo aquellos párpados que se bajaban modestamente. Él era incapaz de adivinar lo que una mujer se proponía. Era una suerte para Scarlett que fuera así, pero ello no hacía que aumentara su estima hacia Frank.

36

Se casó con Frank dos semanas más tarde, después de un vertiginoso período de cortejarla que, según ella le decía muy ruborosa, la dejaba sin alientos para resistir más a su ardor.

No sabía él que durante esas dos semanas Scarlett se había paseado por su habitación gran parte de la noche, rechinando los dientes al ver la lentitud con que él reaccionaba a sus indicaciones y a sus alentadoras indirectas, mientras rogaba al Cielo que no llegase ninguna carta inoportuna de Suellen que pudiese destrozar sus planes. Daba gracias a Dios de que su hermana fuese tan perezosa que se deleitara tanto recibiendo cartas cuanto tenía horror a escribirlas. Pero siempre había una posibilidad de que escribiese, pensaba ella durante las largas horas nocturnas en que daba vueltas y vueltas por la fría habitación, con el deslucido mantoncillo de Ellen arrebujado sobre la camisa de dormir. Frank no sabía que Scarlett había recibido una lacónica carta de Will relatando que Jonnas Wilkerson había hecho otra visita a Tara, y al ver que ella estaba en Atlanta había comenzado a chillar y a despotricar hasta que Will y Ashley le arrojaron a puntapiés de la finca. La carta de Will incrustó más en su mente el hecho, para ella tan sabido, de que el plazo se acortaba más y más y había que pagar la contribución. Se sentía invadida de feroz desesperación al ver cómo transcurrían los días, y hubiera deseado poder asir con sus manos el reloj de arena del Tiempo, para impedir que su dorada arenilla continuase cayendo inexorablemente, ininterrumpidamente.

Pero disimuló tan diestramente sus sentimientos y desempeñó tan hábilmente su papel, que Frank nada sospechó, nada vio, a no ser lo que asomaba a la superficie; la bella e indefensa viudita de Charles Hamilton, que le acogía todas las veladas en la sala de estar de la señorita Pittypat y escuchaba, reteniendo la respiración, todo lo que él decía acerca de sus futuros planes para la tienda y de cuánto dinero esperaba ganar cuando pudiese adquirir el aserradero. Su dulce comprensión y el interés patente por cada palabra que él pronunciaba fueron eficaz bálsamo para curar la herida abierta por la supuesta censurable conducta de Suellen. El corazón de Kennedy estaba dolorido y confuso ante aquella traición amorosa; y su vanidad, la tímida y susceptible vanidad de un solterón de mediana edad que sabe que no goza de gran partido entre las mujeres, estaba también profundamente herida. No podía escribir a Suellen reprochándole su infidelidad; eso era inconcebible para él. Pero podía consolar su corazón hablando de ella con Scarlett. Sin decir ni una palabra desleal a Suellen, ella podía mostrarle que se hacía cargo de lo mal que le había tratado y del buen tratamiento que merecía por parte de otra mujer que realmente lo conociese y lo apreciase.

La señora Hamilton era una personilla tan linda y de tan frescos colores, que alternaba tan melancólicos suspiros al pensar en su triste situación con risas alegres y suaves como el tintineo de cascabeles de plata, que él incluso hacía pequeños chistes para distraerla. Su vestido verde, ahora ya satisfactoriamente limpio y repasado por Mamita, ponía de relieve aquella esbelta figurilla, de perfecto talle, y la suave fragancia que impregnaba siempre su pañuelito y sus cabellos era como un hechizo. Era incomprensible que una mujercita tan buena tuviese que permanecer sola e indefensa en un mundo tan malvado y crudo, que ella no podía tan siquiera entender. No tenía marido, ni hermanos, ni siquiera un padre que la protegiese. Frank creía que el mundo era un lugar totalmente imposible para una mujer sola, y Scarlett, silenciosa y cordialmente, compartía esta opinión.

Él iba a visitarla todas las noches porque la atmósfera de la casa era agradable y suave. La sonrisa de Mamita al abrirle la puerta de entrada era la sonrisa reservada para las personas de calidad. La tía Pitty le servía café reforzado con coñac o aguardiente y revoloteaba, solícita, en derredor suyo mientras Scarlett estaba pendiente de todas sus frases. A veces, por las tardes, se llevaba a Scarlett en el cochecillo cuando tenía que salir por asuntos de negocios. Estos paseos eran siempre alegres, porque Scarlett le hacía preguntas tan ingenuas «como suelen hacer las mujeres», se decía él complacido. Por tal motivo, no podía por menos de reírse de su ignorancia en las cosas de negocios, y ella se reía también, diciendo:

—Bueno, claro, no puedes esperar que una mujercita tonta como yo entienda vuestras cosas de hombres.

Le hacía sentirse, por primera vez en su vida de solterón meticuloso, un hombre fuerte y notable, modelado por Dios en un molde más noble que los demás hombres, creado especialmente para proteger a las pobrecillas mujeres ingenuas e indefensas.

Cuando, al fin, se hallaron ambos frente al funcionario matrimonial, la manita confiada de Scarlett en la de Frank, y sus inclinadas pestañas destacándose como espesas y negras medias lunas sobre sus rosadas mejillas, no sabía aún cómo había acontecido todo. Sólo le contaba que había hecho algo romántico y emocionante por primera vez en su vida. Él, Frank Kennedy, había hecho perder el equilibrio a tan encantadora criatura haciéndola caer en sus varoniles brazos. Era una sensación embriagadora.

Ningún pariente ni amigo asistió al acto. Los testigos fueron personas extrañas. Scarlett había insistido en ello, y él había cedido, aunque con sentimiento, porque le hubiera agradado tener a su lado a su hermana y a su cuñado, que residían en Jonesboro. Y una recepción con brindis a la salud de la novia en la sala de la señorita Pitty, entre amigos gozosos, hubiera sido una gran satisfacción para él. Pero Scarlett no quiso que estuviese presente ni siquiera la señorita Pitty.

—¡Nadie más que nosotros dos, Frank! —le rogó, oprimiéndole el brazo—. Como si nos hubiésemos fugado. ¡Siempre deseé que me raptasen para casarme! ¡Hazlo, querido mío, hazlo por mí!

Fueron este título cariñoso, todavía tan nuevo para sus oídos, y las relucientes lágrimas que bordeaban los ojos verdes de la joven cuando lo miraban suplicantes, los que le hicieron capitular. Después de todo, un novio tiene que hacer concesiones a su novia, especialmente en lo que se refiere a la boda, ya que las mujeres dan tanta importancia a las cosas sentimentales.

Y, casi sin enterarse, se encontró casado.

Frank le dio los trescientos dólares, aturdido por su cariñosa persistencia, de mala gana al principio, porque ello suponía el derrumbamiento de sus esperanzas de comprar el aserradero. Pero no podía consentir en el desahucio de la familia de su esposa, y su pena pronto amenguó a la vista de su radiante alegría, y se eclipsó totalmente ante el adorable agradecimiento con que ella premiaba su generosidad. Frank jamás había experimentado esa sensación de ser un bienhechor amado, y estimó que, después de todo, ese dinero estaba bien gastado.

Scarlett envió inmediatamente a Mamita a Tara, con el triple propósito de entregar el dinero a Will, anunciar su boda y traer a Wade a Atlanta. A los dos días, tenía una breve nota de Will, que llevaba consigo y que leía y releía con creciente júbilo. Will le anunciaba que se había pagado la contribución y que Jonnas Wilkerson se había mostrado furioso al saberlo, pero que no había proferido ninguna amenaza más, hasta el presente. Will

terminaba deseando que fuese muy feliz, una lacónica felicitación de fórmula, exenta de todo comentario. Sabía que Will comprendería lo que ella había hecho y por qué y que se abstenía de alabarlo o censurarlo. «Pero ¿qué pensará Ashley? —se preguntaba Scarlett febrilmente—. ¿Qué pensará de mí ahora, después de todo lo que le dije tan poco tiempo atrás en el huerto de Tara?»

También recibió una carta de Suellen, con pésima ortografía, violenta, insultante, manchada de lágrimas, tan llena de veneno y de veraces juicios sobre su modo de ser, que jamás podría olvidarla ni perdonar a la que la escribió. Pero ni siquiera las palabras de Suellen podían nublar su júbilo al ver que Tara quedaba a salvo, por lo menos del peligro inmediato.

Era difícil hacerse cargo de que Atlanta y no Tara iba a ser ahora ¡su residencia permanente. En su desesperación por conseguir el dinero para los impuestos, ningún otro pensamiento más que Tara y el destino que la amenazaba pudo tener cabida en su mente. Aun en el momento de su boda, no había dedicado un solo pensamiento al hecho de que el precio que pagaba por la seguridad de su hogar era su permanente destierro de él. Ahora que la cosa no tenía remedio, lo comprendió así, con una oleada de nostalgia difícil de disipar. Pero estaba hecho. Y estaba reconocida a Frank por haber salvado a Tara; le tenía afecto y estaba resuelta a que jamás se arrepintiese de haberse casado con ella.

Las damas de Atlanta conocían los asuntos de sus vecinos casi tan perfectamente como· los propios, y se interesaban más en ellos. Todas sabían que, durante años, Frank había tenido una «inteligencia» con Suellen O'Hara. De hecho, él mismo había dicho avergonzadamente que esperaba casarse en la primavera. Por lo tanto, el tumulto de chismorreos, suposiciones y profundas sospechas que siguió al anuncio de su secreta boda con Scarlett no era sorprendente. La señora Merriwether, que jamás permitía que su curiosidad quedase insaciada por mucho tiempo si podía evitarlo, le preguntó a quemarropa que cómo era que se había casado con una hermana cuando era el prometido de la otra. Y hubo de comunicar a la señora Elsing que recibió por toda respuesta una mirada aturdida. Ni siquiera la señora Merriwether, por osada y entremetida que fuese, se atrevió a sondear a Scarlett sobre el particular. Scarlett apareció modesta y quieta en aquellos días, pero se leía en sus ojos una satisfecha complacencia que enojaba a sus amigas, aunque ninguna se atrevió a perturbar esa ficticia suavidad.

No se le ocultaba a ella que todo se comentaba en Atlanta, pero no le importaba. Después de todo, no había nada inmoral en casarse con un hombre. Tara estaba a salvo. Que hablase la gente. Ella tenía otras cosas de que ocuparse. Lo más importante era hacer que Frank comprendiese, pero haciéndolo con mucho tacto, que la tienda debía procurarle mayores beneficios. Después del gran susto que Jonnas Wilkerson le había dado, jamás estaría tranquila hasta que no tuviese algún dinero ahorrado. Y, aun si no surgía ningún nuevo apuro, era preciso que Frank ganase más dinero, si ella tenía que pagar los impuestos del año siguiente. Además, lo que Frank había dicho acerca del molino de aserrar se le había quedado en la mente. Frank podía ganar mucho dinero con un taller de aserrar. Cualquiera podía ganarlo, cuando la madera alcanzaba precios tan fantásticos. Se lamentaba silenciosamente de que los fondos de Frank no fuesen suficientes para pagar la contribución en Tara y comprar además el aserradero. Y había decidido que Frank tenía que hacer más dinero con la tienda, de un modo o de otro, y hacerlo pronto, a fin de poder adquirir el taller antes de que otro se apresurase a comprarlo. Ella podía ver muy bien que era una ganga. Si ella fuera hombre, el aserradero sería suyo. Aunque tuviese que hipotecar la tienda para conseguir el dinero. Pero, cuando se lo indicó delicadamente a Frank, al día

siguiente de su boda, él se sonrió y le dijo que su preciosa cabecita no estaba hecha para preocuparse de las cosas de negocios. Le sorprendió incluso que ella supiese lo que era una hipoteca, y, al principio, pareció divertirle. Pero esta diversión pasó pronto y se tornó en desagrado, ya en los primeros días de su matrimonio. En una ocasión, incautamente, le dijo que había «gente» (tuvo cuidado de no revelar nombres) que le debía dinero, pero que no podía pagar por el momento, y, naturalmente, no quería hacer mucha presión sobre amigos antiguos y «gente distinguida». Frank lamentó después habérselo dicho, porque desde entonces ella le había hecho preguntas sobre el particular una y otra vez. Lo hacía con aire infantil y encantador, por sentir la curiosidad, decía, de saber quién le debía y cuánto. Frank se mostraba muy evasivo en el asunto. Tosía nerviosamente y agitaba las manos y repetía tas acostumbradas frases sobre «su linda cabecita».

Había comenzado a penetrar en él la idea de que esa misma linda cabecita era excelente para los números. En verdad, mucho mejor que la de él, y el fenómeno era inquietante. Se quedó atónito al ver que podía sumar rápidamente y de memoria una larga columna de cifras, cuando él necesitaba papel y lápiz para más de tres cantidades. Y las fracciones no presentaban para ella la menor dificultad. Le parecía a él que había algo incongruente en que una mujer estuviese al corriente de las fracciones y de las cosas de negocios, y es más: creía que, si alguna mujer tenía la desgracia de poseer conocimientos tan inexplicables en una dama, debía fingir no tenerlos. Ahora, le desagradaba hablar de negocios con ella tanto como le había gustado hacerlo antes de casarse. Veía que ella lo entendía todo demasiado bien, y experimentó la usual indignación masculina contra la doblez de las mujeres. Añadíase a ello el usual desencanto masculino al descubrir que una mujer tiene cerebro.

Lo pronto o tarde que en su vida matrimonial se enterara Frank del engaño que Scarlett había utilizado para casarse con él, nadie lo pudo saber. Acaso la verdad surgió ante sus ojos cuando vio a Tony Fontaine, evidentemente libre de todo lazo sentimental y que fue a Atlanta por cuestiones de negocios. Acaso le fue dicha más directamente en las cartas de su hermana desde Jonesboro. Su hermana no podía explicarse tal boda. Ciertamente no lo supo por la propia Suellen. Jamás le escribió y, naturalmente, él no podía escribir explicándolo. ¿De qué servían las explicaciones, de todos modos, ahora que ya estaba casado? Le angustiaba en su fuero interno la idea de que Susele no conociese la verdad porque siempre habría ella de creer que él la había traicionado rufianamente. Era probable que así lo pensasen todos y que le criticasen... Ello lo colocaba en embarazosa posición. Y no cabía justificarse, porque no podía ir a contar que había perdido la cabeza por una mujer, y un caballero no podía publicar el hecho de que su esposa le había cazado con un embuste.

Scarlett era su esposa, y una esposa tiene derecho a la lealtad de su marido. Además, no podía llegar a creer que ella se había casado sin sentir el menor afecto hacia él. Su vanidad masculina no permitía que tal idea se albergase por mucho tiempo en su imaginación. Era más lisonjero suponer que ella se había enamorado de él tan violentamente, que hasta había recurrido a una falacia para conseguirlo. Pero todo era muy enigmático. Comprendía que él no era muy buen partido para una mujer a quien doblaba la edad, bonita e inteligente además; pero Frank era un caballero y se reservó las dudas para su fuero interno. Scarlett era su esposa y él no podía insultarla haciéndole embarazosas preguntas que, después de todo, no podían remediar las cosas.

Y no es que Frank desease de modo especial remediarlas, porque le parecía que su matrimonio había de ser feliz. Scarlett era la más encantadora e interesante de las mujeres y la consideraba perfecta por todos estilos, excepto en el detalle de ser obstinada. Frank supo

desde los primeros tiempos de su vida conyugal que, mientras se hacía lo que Scarlett quería, esa vida podía ser sumamente agradable, pero cuando se la contrariaba... Complaciéndola en todo, era tan alegre como un chiquillo, se reía con gran facilidad, gastaba bromitas inocentes, se sentaba en sus rodillas y le tiraba de las barbas hasta hacerle confesar que se sentía veinte años más joven. Sabía mostrarse inesperadamente cariñosa y atenta, calentándole las zapatillas ante la chimenea cuando llegaba a casa por las noches, preocupándose de si se había mojado los pies y de sus interminables catarros de cabeza y recordando siempre que a él le gustaba la molleja del pollo y que echaba tres cucharadillas de azúcar al café. Sí, la vida con Scarlett era plácida y confortable... mientras todo se hacía a gusto de ella.

A las dos semanas de casados, Frank atrapó la gripe, y el doctor Meade le mandó guardar cama. El primer año de la guerra, Frank había pasado dos meses en el hospital con pulmonía, y desde entonces temía mucho recaer, razón por la cual se alegró de poder quedarse a sudar bajo tres mantas y beber los brebajes calientes que Mamita y la tía Pittypat le llevaban de hora en hora.

La enfermedad se prolongó y, conforme pasaban los días, Frank se preocupaba más y más por su tienda. Ésta había quedado a cargo del dependiente del mostrador, que venía a la casa todas las noches a informar acerca de las transacciones hechas en el día, pero Frank no se hallaba satisfecho. Se inquietaba tanto, que Scarlett, que había estado aguardando una oportunidad de tal índole, posó su fresca manita sobre la frente del enfermo y dijo:

—Ahora, amor mío, me enfadaré si te pones así. Yo iré a la ciudad y veré cómo van las cosas.

Y allí fue, sonriendo mientras acallaba sus débiles protestas. Durante las tres semanas siguientes a su boda, tenía verdadera ansia de ver cómo estaban sus libros de cuentas y averiguar el estado de sus finanzas. ¡Qué suerte que él estuviese enfermo en cama!

La tienda estaba emplazada cerca de Cinco Puntos, y su tejado nuevo se destacaba, reluciente, entre los ahumados ladrillos de las demás casas viejas. Un tejadillo de madera cubría la acera hasta el borde del arroyo, y en las largas barras de hierro que conectaban los soportes se ataban los caballos y muías que inclinaban la cabeza bajo la lluvia fría y persistente, con los lomos protegidos por mantas y cobertores. El interior de la tienda era casi como el establecimiento de Bullard en Jonesboro, salvo en que aquí no había ociosos ante la roja y candente estufa afilando ramitas con la navaja y escupiendo chorros de jugo de tabaco sobre las escupideras colmadas de arena. La tienda, aunque mayor que la de Bullard, era mucho más oscura. El tejadillo de madera impedía el paso a la luz del día invernal, y el interior de la tienda aparecía sombrío y pobretón, ya que sólo unos tenues haces de luz penetraban en ella a través de las altas ventanillas de las paredes laterales. El piso estaba cubierto de húmedo serrín y en todas partes se veía polvo y suciedad. Existía cierta apariencia de orden en la parte delantera de la tienda, en donde altos estantes se elevaban hasta las sombras, rebosantes de rollos de paño, de loza, de enseres de cocina y de artículos diversos. Pero en la parte de atrás, al otro lado de los departamentos de madera, reinaba el caos.

Aquí no había pavimento en regla, y la confusa colección de géneros estaba amontonada de cualquier modo sobre la endurecida tierra. En la semioscuridad, Scarlett percibió cajas y balas de mercancías, arados, guarniciones y sillas de montar y ataúdes baratos, de pino. Muebles de segunda mano, que iban desde la madera ordinaria hasta la de palorosa, surgían entre las tinieblas, y la lujosa pero gastada tapicería de brocado o de seda

contrastaba incongruentemente con el miserable ambiente. Tazones, jarras y bacinillas de loza se alineaban por el suelo en compactas hileras, y junto a las cuatro paredes había profundos nichos, tan oscuros que tuvo que sostener la lámpara encima de ellos para descubrir que contenían semillas, clavos, tornillos e instrumentos de carpintería.

«Yo hubiera imaginado que un hombre tan minucioso y detallista como Frank lo tendría todo más ordenado —pensó mientras se limpiaba con un pañuelo el polvo de las manos—. Esto es una porquería. ¡Vaya un modo de tener una tienda! Si quitase el polvo a los géneros y los pusiese a la vista de los parroquianos, vendería todo con mucha mayor rapidez.»

Y, si sus géneros se hallaban en tan deplorable estado, ¡cómo andaría su contabilidad!

«Voy a ver su libro de cuentas», pensó. Y cogiendo la lámpara, volvió a la parte delantera de la tienda. Willie, el muchacho del mostrador, se mostró algo reacio en entregarle el sucio «libro mayor». Era evidente que compartía la opinión de Frank de que las mujeres estaban de más en las cosas comerciales. Pero Scarlett le cerró el pico con cuatro palabras tajantes y le mandó que se fuese a comer. Se sintió más a sus anchas después de que él se fue, porque su desaprobación la molestaba. Se sentó en una silla con asiento de rejilla, junto a la enrojecida estufa, encogió una pierna bajo la otra y colocó el libro sobre su regazo. Era la hora de comer y las calles estaban desiertas. No entró ningún comprador; estaba sola en la tienda.

Fue volviendo las páginas lentamente, ojeando curiosamente nombres y cifras escritos por la cuidadosa y caligrafiada mano de Frank. ¡Era lo que ella esperaba! Frunció el ceño al ver esta nueva prueba de la falta de sentido comercial de Frank. Por lo menos quinientos dólares en débitos, algunos con varios meses de antigüedad, aparecían apuntados bajo los nombres de personas que Scarlett conocía muy bien. Los Merriwether y los Elsing entre otros muy familiares para ella. Juzgando por los depreciatorios comentarios de Frank acerca del dinero que «la gente» le debía, se había imaginado que las sumas eran muy pequeñas. ¡Pero aquello!

«Si no pueden pagar, ¿por qué siguen comprando? —pensó irritada^—, Y, si él sabe que no pueden pagar, ¿por qué sigue vendiéndoles cosas? Muchos de ellos podrían pagar si él los forzase un poco. Los Elsing ciertamente podrían pagar, ya que les es dable regalar a Fanny un vestido nuevo de raso y celebrar una boda tan costosa. Frank es demasiado blando, y la gente se aprovecha. Si cobrase siquiera la mitad de ese dinero, podría comprar el taller de aserrar, a pesar de haberme dado el dinero para los impuestos.»

Entonces pensó: «No puedo imaginarme a Frank, dirigiendo un taller de aserrar. ¡Santo Dios! Si lleva la tienda como un establecimiento de beneficencia, ¿cómo puede esperar ganar dinero con un taller así? El sheriff se lo iba a quitar antes de un mes. ¡Pero yo podría llevar la tienda mejor que él! Y también sabría dirigir un aserradero mejor que él, aunque ahora no tenga idea del negocio de maderas».

Era una idea más que atrevida la de que una mujer pudiese dirigir un negocio igual o aun mejor que un hombre; era una idea revolucionaria, pensó Scarlett, que se había criado en la tradición de que los hombres eran omniscientes y las mujeres no pecaban de inteligentes. Por supuesto, había descubierto que aquello no era realmente cierto, pero la agradable ficción todavía ocupaba un lugar en su mente. Hasta entonces, jamás había fijado en palabras una idea tan original. Se quedó sentada y quieta, con el libro en las manos, con la boca entreabierta por la sorpresa, recordando que durante los meses de estrechez en Tara ella había estado haciendo una labor de hombre y la había hecho bien. Le habían enseñado

a creer que una mujer sola era incapaz de hacer nada, pero ella se las había arreglado para dirigir la plantación sin un hombre que la ayudase hasta que llegó Will. «¿Cómo? —exclamaba mentalmente—. ¡Las mujeres pueden hacer cualquier cosa, todo, sin el auxilio masculino... excepto parir hijos, y Dios sabe que ninguna mujer con los sentidos cabales tendría hijos si pudiese evitarlo!»

Con la idea de que ella era tan capaz como cualquier hombre, surgió de Scarlett una oleada de orgullo y un violento deseo de probarlo, de ganar dinero por sí sola, como lo ganan los hombres. Dinero que sería suyo propio, del que no tendría que pedir ni que dar después cuentas a ningún hombre.

«¡Qué lástima que no tenga yo dinero bastante para comprar el aserradero! —dijo en voz alta, suspirando—. Estoy segura de que lo haría funcionar magníficamente. Y no dejaría que saliese de él a crédito ni una astilla.»

Suspiró otra vez. No podía sacar dinero de ninguna parte, y por lo tanto la idea era irrealizable. Frank era el que tenía que cobrar el dinero que le debían y adquirir ese taller. Era un medio seguro de hacer dinero, y cuando fuese dueño del negocio ya descubriría ella alguna manera de hacerle ser más comerciante en sus transacciones de lo que había sido con la tienda.

Arrancó una de las últimas páginas del libro de cuentas y comenzó a copiar la lista de deudores que no habían hecho pago alguno en los meses recientes. Tendría que hablar de ello a Frank en cuanto llegase a casa. Debía hacerle comprender que aquellas gentes tenían que liquidar sus deudas, aunque fuesen viejos amigos, aunque fuese embarazoso reclamarles el dinero. Claro que ello disgustaría a Frank, quien era tímido y deseaba conservar la buena opinión que de él tenían sus amigos. Su delicadeza era tal, que antes perdería ese dinero que obrar como un verdadero comerciante para lograr el cobro.

Y probablemente diría que nadie tenía ahora dinero para pagarle. Bueno, acaso fuese así. La pobreza no era cosa nueva para ella. Pero casi todo el mundo había podido salvar plata o alhajas, o apegarse a una finquita. Frank podía aceptar algo de eso en vez de dinero contante. Podía imaginarse ya cómo Frank habría de gemir cuando ella le expusiese la idea. ¡Llevarse las alhajas o las propiedades de sus amigos! «Bueno —se dijo con una sacudida de hombros—, que gima todo lo que quiera. Yo le voy a decir que, si él se conforma con ser pobre toda su vida por causa de los amigos, yo no. Frank jamás llegará a ser nada como no muestre más energías. ¡Y tiene que llegar a ser algo! Tiene que ganar dinero, aunque para ello me vea obligada yo a ponerme sus pantalones.»

Estaba escribiendo aceleradamente, con la expresión tensa por el esfuerzo y la lengua apretada contra los dientes, cuando se abrió la puerta de la calle y una ráfaga de frío viento barrió la tienda entera. Un hombre alto entró en el tenebroso compartimiento con pasos ligeros y silenciosos como los de un indio. Y, al levantar los ojos, Scarlett vio a Rhett Butler.

Estaba resplandeciente en su nueva indumentaria, con un abrigo que ostentaba una airosa pelerina echada hacia atrás sobre sus fuertes hombros. Se quitó su alto sombrero de copa en una gran reverencia cuando sus miradas se cruzaron y se llevó la mano a la pechera de una impecable camisa a pliegues. Sus blancos dientes relucían al destacarse de su morena tez y sus osados ojos parecieron escudriñarla totalmente.

—¡Querida señora Kennedy! —dijo avanzando hacia ella. Y soltó una ruidosa carcajada.

Al principio, ella quedó tan asustada como si un fantasma hubiese invadido la tienda, pero en seguida, apresurándose a sacar el pie, que tenía encogido debajo de una

pierna, se incorporó rígidamente y le dirigió una fría mirada.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?

—Fui a visitar a la señorita Pittypat y me enteré de su matrimonio, y me apresuro, por lo tanto, a venir a felicitarla.

El recuerdo de la humillación sufrida con él la hizo ponerse roja de vergüenza.

—¡No sé cómo tiene usted la osadía de ponerse ante mi vista!

—¡Muy al contrario! ¿Tiene usted valor para enfrentarse conmigo?

—¡Oh, es usted el más...!

—¿Y si pactásemos una tregua? —dijo Rhett sonriéndole, en una sonrisa amplia y luminosa que revelaba descaro en él, pero no vergüenza de sus propias acciones ni condenación de las ajenas. Involuntariamente, ella hubo de sonreírse también, pero con sonrisa forzada, violenta.

—¡Qué lástima que no lo ahorcasen!

—Hay otras personas que opinan lo mismo, me temo... Vamos, Scarlett, sosiégúese. Parece como si se hubiese tragado un ariete, y esto no la favorece, la verdad. Ha tenido ya tiempo suficiente para rehacerse de mi..., bueno, de mi pequeña broma.

—¿Una broma? ¡No la olvidaré jamás!

—¡Sí, se le pasará! Quiere usted aparecer muy indignada porque le parece que ésa es la actitud más procedente y respetable. ¿Me puedo sentar?

—No.

Él se dejó caer sobre una silla junto a ella e hizo una mueca.

—Conque, ¿no pudo aguardarme ni siquiera un par de semanas? —dijo con un suspiro burlón—. ¡Qué variable es la mujer!

Al ver que ella no replicaba, continuó:

.: —Dígame, Scarlett, así entre amigos..., entre amigos antiguos y muy íntimos..., ¿no hubiera sido más acertado aguardar hasta que yo saliese de la cárcel? ¿O es que los encantos de la vida matrimonial con Frank son más atractivos que los de unas relaciones ilícitas conmigo?

Como siempre que sus sarcasmos despertaban la ira en ella, la ira luchaba con la risa causada por su mismo descaro.

—No sea usted absurdo.

—¿Y no le importaría satisfacer mi curiosidad acerca de un punto que me viene intrigando desde hace algún tiempo? ¿No ha sentido usted jamás la menor repugnancia femenina, ningún escrúpulo de delicadeza antes de casarse, no ya con un hombre, sino con dos, por quienes no sentía usted amor, ni siquiera afecto? ¿O es que yo estaba mal informado acerca de la delicadeza de nuestras mujeres del Sur?

—¡Rhett!

—Ya me ha constestado. Siempre he creído que las mujeres poseían un temple y una resistencia desconocidos para los hombres a pesar de la bonita ficción que me enseñaron en la niñez de que las mujeres son seres frágiles, tiernos y sensitivos. Pero, claro, según el código europeo de etiqueta, es de mal gusto que marido y mujer se amen. De muy mal gusto en verdad. Siempre me ha parecido que los europeos tenían razón en este particular. Casarse por conveniencia y amar por placer. Un sistema muy acertado, ¿verdad? Está usted más cerca del viejo mundo de lo que yo creía.

Qué agradable hubiera sido poderle gritar: «¡No me casé por conveniencia!» Pero, desgraciadamente, Rhett estaba al corriente de todo, y cualquier protesta de inocencia ofendida sólo suscitaría en él más comentarios punzantes.

—Esto son cosas que usted se figura —contestó ella glacialmente. Deseosa de cambiar de tema, le preguntó—: ¿Cómo pudo usted salir de la prisión?

—¡Oh, eso! —respondió Rhett con un ligero gesto—. No hubo gran dificultad. Me soltaron esta mañana. Recurrí a un delicado sistema de comunicar a escondidas con un amigo de Washington que figura mucho en las altas esferas del Gobierno Federal. ¡Un gran tipo! Uno de esos firmes patriotas de la Unión de quienes yo solía comprar mosquetes y miriñaques para la Confederación. Cuando se puso en su conocimiento, de manera adecuada, mi angustiosa situación, se apresuró a utilizar su influencia, y me dejaron en libertad. La influencia lo es todo, Scarlett. Recuérdelo si la detienen alguna vez. La influencia lo es todo y la culpabilidad o la inocencia es meramente una cuestión académica.

—Juraría que no era usted inocente.

—No. Ahora que estoy libre de trabas, admitiré francamente que soy tan culpable como Caín. Maté al negro. Fue insolente con una dama, y ¿qué otra cosa podía hacer un caballero del Sur? Y, puesto que hago mi confesión, debo admitir también que maté a un soldado yanqui de caballería después de tener unas palabras con él en un bar. Jamás me acusaron de tal pecadillo, así es que acaso algún otro pobre diablo haya sido ahorcado por él, hace tiempo.

Rhett hablaba de sus crímenes con tanto desparpajo que la sangre se le helaba a Scarlett en las venas. Palabras de indignación subían ya a sus labios cuando se acordó súbitamente del yanqui que yacía bajo la maraña de vides de Tara. Aquello no había inquietado su conciencia más que si hubiese pisado una cucaracha. No podía condenar a Rhett cuando ella era tan culpable como él.

—Y como al parecer estoy naciendo confesión general, le diré en estricta confianza (lo que significa que no debe decírselo a la señorita Pittypat) que sí tenía el dinero, puesto a salvo en un Banco de Liverpool.

—¿El dinero?

—Sí; el dinero que tanta curiosidad inspiraba a los yanquis. No fue realmente tacañería lo que me impidió darle el dinero que usted necesitaba. Si yo hubiese girado una letra, se hubieran enterado de un modo u otro, y usted no hubiera percibido ni un centavo. Mi única esperanza estaba en no hacer nada. Sabía que el dinero se hallaba completamente seguro, porque si ocurría lo peor, si lo localizaban, si trataban de quitármelo, yo hubiera denunciado a todo «patriota» yanqui que me vendió municiones y maquinaria durante la guerra. Y algunos de los elevados personajes de Washington no olerían muy bien. De hecho, fue mi amenaza de confesarlo todo lo que me sacó de la cárcel. Yo...

—¿Quiere ello decir que... que realmente tiene usted en su poder el oro de la Confederación?

—Todo, no. ¡Cielos, no! Debe haber por lo menos una cincuentena de antiguos burladores del bloqueo que tienen un poco escondido en Nassau, en Inglaterra y en el Canadá. Por eso somos muy mal mirados por los confederados que no supieron ser tan listos como nosotros. Yo poseo cerca de medio millón. Piénselo, Scarlett; ¡medio millón de dólares, si hubiese usted dominado su fiero carácter y no se hubiese precipitado al lazo conyugal otra vez!

¡Medio millón de dólares! Scarlett sintió una punzada casi como de dolor físico al pensar en una cantidad tan grande. Las irónicas palabras de Rhett pasaron por su cabeza sin que ella las oyese siquiera. Era difícil creer que existiese tanto dinero en aquel mundo amargo y empobrecido. ¡Tanto dinero, tanto dinero, y alguien lo tenía, alguien que lo tomaba como cosa de juego, y que no lo necesitaba! Y ella sólo tenía un esposo enfermo y

aviejado, y esta sucia y miserable tiendecilla como protección contra un mundo hostil. No era justo que una mala persona como Rhett Butler poseyese tanto y que ella, que soportaba tanto peso, tuviese tan poco. Le indignaba verlo delante con su elegante indumentaria, atormentándola sin piedad. Bueno, no sería ella la que fomentase su vanidad con alabanzas a su inteligencia. Buscaba con ansia palabras para herirle.

—Supongo que para usted es muy honroso guardarse el dinero de la Confederación. Pero no lo es. Es un robo como otro cualquiera, y eso no lo ignora usted. No me gustaría tener una cosa así en mi conciencia.

—¡Vaya, vaya, qué verdes están hoy las uvas! —exclamó él, serio—. ¿Ya quién robo yo?

Scarlett quedó en silencio, tratando de hallar quién era exactamente la víctima del robo. Después de todo, Rhett sólo había hecho lo que hizo Frank en menor escala.

—La mitad del dinero me pertenece honradamente —continuó Rhett—. Está ganada honradamente con la ayuda de los patriotas de la Unión que estuvieron dispuestos a traicionar a la Unión mediante un beneficio de cien por cien en sus mercancías. Parte, lo gané con mis pequeñas inversiones en algodón al principio de la guerra, algodón que compré barato y vendí a dólar la libra cuando los telares británicos comenzaron a necesitarlo. Otra parte la gané especulando con los víveres. ¿Por qué tenía yo que regalar a los yanquis los frutos de mi trabajo? Pero el resto, eso sí, pertenecía a la Confederación. Procedía del algodón confederado que conseguí pasar burlando el bloqueo y vendí en Londres a elevados precios. Ese algodón me fue entregado de buena fe para que adquiriese curtidos y fusiles y maquinaría con el producto de la venta. Y yo lo tomé de buena fe para cumplir tales instrucciones. Tenía órdenes de depositar el oro en Bancos ingleses, a mi nombre, a fin de poseer buen crédito. Se acordará usted de cuando se apretó el bloqueo. Yo no podía hacer salir ningún barco de los puertos de la Confederación, ni hacerlos entrar. ¿Qué me cabía hacer? ¿Retirar todo ese dinero de los Bancos ingleses, como un cretino, y tratar de transportarlo a Wilmington? ¿Y dejar así que los yanquis se apoderasen de él? ¿Fue acaso culpa mía que el bloqueo se estrechase tanto? ¿Fue culpa mía que fracasase la Causa? El dinero, es cierto, pertenecía a la Confederación. Bueno, hoy no existe la Confederación..., aunque nadie lo creería así juzgando por el modo que tienen de hablar algunas personas. ¿A quién debo entregar ese dinero? ¿Al gobierno yanqui? Nadie puede, por tanto, llamarme ladrón.

Y mirando a Scarlett, como si estuviera muy interesado en conocer su opinión, sacó de su bolsillo un estuche de cuero y empezó a fumar un puro de grandes dimensiones, aspirando su aroma con complacencia.

«¡Que se vaya al infierno! —pensó ella—. Siempre tiene más razón que yo. Siempre hay algo capcioso en sus argumentos, pero nunca acierto a descubrir el qué.»

—Podría usted —dijo con dignidad— distribuirlo entre los pobres que lo necesitan. La Confederación ha desaparecido, pero quedan muchísimos confederados y sus familias, que se mueren de hambre.

Rhett echó la cabeza hacia atrás y se rió descortésmente.

—Nunca está usted tan encantadora o tan absurda como cuando suelta alguna hipocresía como ésa —exclamó con aire francamente divertido—. Diga siempre la verdad, Scarlett. No sabe usted mentir. Los irlandeses son los que peor mienten en el mundo entero. Vamos a ver, sea franca. A usted jamás le importó un comino la difunta Confederación, y los confederados hambrientos le importan todavía menos. Lanzaría usted grandes gritos de protesta si yo sugiriese siquiera distribuir todo ese dinero sin darle a usted la parte del león.

—No necesito su dinero —comenzó a decir la joven, tratando de adoptar un aire digno.

—¿De veras que no? Ahora mismo siente comezón en la palma de la mano. Si le mostrase una moneda de veinticinco centavos, daría usted un salto para cogerla.

—Si ha venido usted aquí para insultarme y burlarse de mi pobreza, le deseo muy buenos días —replicó ella, tratando de desembarazar su regazo del pesado libro mayor, a fin de poder levantarse y causarle más impresión. Al instante, él fue quien se puso en pie, inclinándose hacia ella y riéndose al empujarla otra vez a su sitio.

—¿Cuándo se le curará esa predisposición a enfadarse en cuanto le dicen la verdad? Nunca tiene usted inconveniente en oírla si se trata de los demás. ¿Por qué la irrita, pues, que se la digan a usted? Yo no la insulto. Creo más bien que la manía adquisitiva, el afán de poseer, es una excelente cualidad que debía ser reconocida y admirada por todos. No estaba muy segura de saber qué era eso de la manía adquisitiva; pero, como él la alababa, se sintió algo más calmada.

—No he venido aquí a gozarme en su pobreza, sino a desearle larga vida y felicidad en su matrimonio. A propósito, ¿qué le pareció a su hermanita Suellen su latrocinio?

—¿Mi qué?

—¡Que le quitase a Frank delante de sus propias narices!

—Yo no...

—Bueno, no discutamos el calificativo. ¿Qué dijo?

—No dijo nada —repuso Scarlett. Sus ojos saltaron desmintiendo sus palabras.

—¡Muy generoso por su parte! Ahora, dígame algo sobre su pobreza. Tengo seguramente el derecho de saber algo después de su reciente excursión a la cárcel. ¿No tiene Frank tanto dinero como usted esperaba?

No había medio de escapar de su insolencia. O tenía que aguantarla o pedirle que se marchase. Y, ahora, no quería que se fuese. Sus palabras llevaban un agudo aguijón, pero era el aguijón de la verdad. Él sabía lo que ella había hecho y por qué lo había hecho, y no parecía que eso la rebajase en su concepto. Era una persona a quien siempre podía decir la verdad. Y, si bien sus preguntas eran enojosamente brutales, parecían estar inspiradas por un auténtico interés hacia ella. Era un alivio poder decir la verdad, porque hacía muchísimo tiempo que no podía hablar a nadie francamente acerca de ella misma y de sus motivos. En cuanto quería ser franca, todo el mundo parecía horrorizarse. Hablar con Rhett era comparable sólo a una cosa: a la sensación de comodidad y de agrado que se experimenta al ponerse unas zapatillas viejas después de haber estado bailando con zapatos demasiado estrechos.

—¿No consiguió el dinero para la contribución? No me diga que en Tara se hallan ustedes en lamisma situación crítica. —Su voz tenía ahora un tono muy diferente.

Ella levantó los ojos para mirarlo y sorprendió una expresión que le chocó y la intrigó al principio y luego le hizo sonreír repentinamente, una sonrisa dulce y encantadora que ahora aparecía muy raramente en su fisonomía. ¡Qué gran canalla era, pero qué simpático sabía hacerse en ocasiones! Scarlett adivinaba ahora que el verdadero motivo de su visita no era el de torturarla, sino el de asegurarse de que ella había logrado el dinero que tan desesperada la puso. Comprendía ahora que él se había precipitado a ir a verla tan pronto como quedó en libertad, sin querer aparentar prisa alguna, para prestarle el dinero si todavía lo necesitaba. Y, sin embargo, tenía que atormentarla e insultarla, y negaría que hubiese tenido tales intenciones si ella lo acusase de tenerlas. Era un hombre incomprensible. ¿Se interesaba por ella realmente más de lo que quería admitir? ¿O tenía

algún otro motivo? Probablemente esto último, pensó. Pero ¿quién podría decirlo? ¡Hacía cosas tan extrañas!

—No —dijo—, la situación no es ya tan crítica. Obtuve el dinero.

—Pero no sin lucha, estoy cenvencido. ¿Consiguió usted reprimirse hasta tener el anillo nupcial en el dedo?

Procuró no sonreírse al escuchar una síntesis tan exacta de su conducta, pero no pudo menos de dejar ver dos hoyuelos en sus mejillas. Rhett volvió a sentarse otra vez, estirando cómodamente sus largas piernas.

—Bueno, cuénteme algo acerca de su pobreza. ¿La engañó ese zorro de Ftank acerca de sus circunstancias? Merecería una paliza por abusar así de una mujercita tan candida. ¡Hala, Scarlett, cuéntemelo todo! No debería usted tener secretos conmigo. Seguramente conozco ya los peores.

—¡Oh, Rhett, es usted el más...; bueno, no sé lo que iba a llamarle! No, no es que me engañase, pero... —Repentinamente fue un gran placer para ella descargarse de todo lo que pesaba sobre su mente—. Rhett, si Frank cobrase siquiera todo el dinero que le deben, no me inquietaría lo más mínimo. Pero hay una cincuentena de personas que le deben dinero, y él no quiere apretarles. ¡Es tan escrupuloso! Dice que un caballero no puede portarse así con otro caballero. Y, posiblemente, pasarán meses antes de que cobremos ese dinero, si lo cobramos.

—Bueno, ¿y qué? ¿No tienen ustedes lo suficiente para comer hasta que él cobre?

—Sí, pero...; bueno, el caso es que no me vendría mal un poco de dinero, en es¡e momento. —Sus ojos brillaron al acordarse del taller de aserrar—. Acaso...

—¿Para qué? ¿Más impuestos?

—¿Le importa a usted algo?

—Sí, porque se está usted preparando para pedirme un préstamo. ¡Oh, conozco los síntomas! Y se lo concederé, querida señora Kennedy, sin esa tentadora «garantía colateral» que usted me ofreció pocos días atrás. Por supuesto que si usted insiste en darla...

—Es usted el más brutal...

—De ningún modo. Sólo quería tranquilizarla. Sabía que estaría preocupada por ese detalle. No mucho, pero algo. Y estoy dispuesto a concederle el préstamo. Pero quiero saber en qué va usted a gastar el dinero. Creo tener derecho a saberlo. Si es para comprarse vestidos bonitos, o un coche, ahí va y que le aproveche. Pero, si es para comprarle a Ashley Wilkes un calzón nuevo de montar, siento tener que negarme al préstamo. Roja de cólera, Scarlett tartamudeó antes de poder coordinar las palabras.

—¡Ashley Wilkes jamás ha tomado un centavo mío! ¡Ni lo tomaría aunque se muriese de hambre! ¡Es usted incapaz de comprender lo caballero y lo soberbio que es! ¿Cómo lo va a comprender siendo usted... lo que es?

—No comencemos otra vez con los calificativos. Yo podría llamarle unas cuantas cosas que no desmerecerían de todas las que me pudiera usted llamar a mí. Se olvida de que he seguido sus pasos a través de la señorita Pittypat, y ella es tan bondadosa que cuenta todo lo que sabe en cuanto encuentra a alguien interesado en escucharla. Sé que Ashley está en Tara desde que regresó de Rock Island. Sé que incluso usted ha tolerado tener a su mujer a su lado, lo que le habrá costado gran esfuerzo.

—Ashley es...

—¡Oh, sí! —dijo él agitando la mano negligentemente—. Ashley es demasiado sublime para mi terrenal comprensión. Pero haga usted el favor de acordarse de que fui testigo interesado de su tierna escenita con él en Doce Robles, y algo me dice que Ashley

no ha cambiado desde entonces. Ni usted tampoco. No hizo un papel tan sublime aquel día, a lo que me parece recordar. Y no creo que el papel que hace ahora sea mucho mejor. ¿Por qué no saca de allí a su familia y se pone a trabajar? Por supuesto que ello será un capricho mío, pero no tengo intención de prestarle a usted un centavo para Tara y contribuir a la manutención de Ashley. Entre hombres hay un nombre muy feo para los que permiten que una mujer los mantega.

—¿Cómo se atreve usted a decir tales cosas? ¡Ha estado trabajando como un peón negro! —A pesar de su cólera, se le desgarraba el corazón al recuerdo de Ashley cortando leña para la cerca de Tara.

—¡Y debe valer su peso en oro como tal peón! Debe ser listísimo con el estiércol y...

—Él es...

—Sí, ya lo sé. Concedamos que hace todo lo que puede, pero no es una gran ayuda, me imagino. De Wilkes, jamás se conseguirá un peón agrícola, ni nada útil. Su raza es puramente ornamental. Ahora baje usted de esas erizadas plumas y no haga caso de mis rudos comentarios acerca del orgulloso y honorable Ashley. Es extraño que persistan tales ilusiones aun en mujeres que razonan fríamente como usted. .. ¿Cuánto dinero necesita y para qué lo quiere?

Al ver que ella no contestaba, repitió:

—¿Para qué lo quiere? A ver si se las compone para decirme la verdad. Sirve lo mismo que cualquier embuste. De hecho, es más práctico, porque, si me miente, seguramente lo habré de averiguar, y piense cuan embarazoso sería esto para usted. Recuerde siempre, Es carlata, que de usted lo puedo tolerar todo, todo menos la mentira...: su antipatía, sus iras, todas sus tretas de oficio, pero no la mentira. Bueno, ¿para qué lo quiere?

Rabiosa como estaba por lo que Rhett había dicho de Ashley, hubiera dado cualquier cosa por poder escupirle y arrojarle orgullosamente a su burlona cara la oferta de dinero que hacía. Por un momento estuvo a punto de hacerlo, pero la fría mano del sentido común la contuvo. Devoró su cólera de mala gana y trató de asumir una expresión de placentera dignidad. Él seguía recostado sobre el respaldo de la silla con las piernas estiradas hacia la estufa.

—Si hay algo en el mundo que me divierta de veras —observó él— es el espectáculo de sus luchas mentales cuando una cuestión de principio está en pugna con una cuestión práctica, como es el dinero. Naturalmente, en usted el lado práctico siempre vence, pero yo continúo a su alrededor para ver si el lado mejor de su naturaleza logra triunfar algún día. Y, cuando llegue ese día, haré la maleta y me marcharé de Atlanta para siempre. Hay demasiadas mujeres en las que triunfan siempre los buenos instintos... Bueno, volvamos a los negocios. ¿Cuánto y para qué?

—No sé cuánto necesitaré exactamente —dijo hoscamente Scarlett—. Pero quiero comprar un taller de aserrar... y creo poderlo comprar barato. Y necesitaré un carro y un par de muías. Quiero que sean muías buenas. Y un cochecillo y un caballo para mi uso personal.

—¿Un taller de aserrar?

—Sí, y, si me presta usted el dinero, podemos hacer el negocio a medias.

—¿Y qué demonio haría yo con un taller de aserrar?

—¡Hacer dinero! Podemos hacer muchísimo dinero. O bien le pagaré los intereses del préstamo... Vamos a ver, ¿qué interés se considera como remunerativo?

—El cincuenta por ciento se considera como muy satisfactorio.

—Cincuenta... ¡Oh, está usted de broma! No se ría usted. Hablo en serio.

—Por eso es por lo que me río. Me pregunto si otra persona que no sea yo puede comprender todo lo que pasa en esa cabeza que hay detrás de su carita tan engañosamente ingenua.

—Bueno, ¿a quién le importa nada de todo eso? Óigame, Rhett, y vea si esto no le parece buen negocio. Frank me habló de ese hombre que es dueño de un molino de aserrar, uno pequeñito que hay en el extremo de Peachtree Street. Ese hombre necesita dinero contante cuanto antes, y está dispuesto a venderlo barato. No hay muchos aserraderos por aquí, hoy en día, y, dado el modo que la gente tiene de estar reconstruyéndolo todo, puede vender la madera cortada y alisada a cualquier precio. El propietario se quedaría y dirigiría el taer a sueldo. Frank compraría el aserradero él mismo si tuviese dinero. Me figuro que se proponía comprarlo con el dinero que me dio para la contribución.

—¡Pobre Frank! ¿Qué va a decir cuando usted le cuente que lo ha comprado y se lo ha arrebatado? ¿Y cómo piensa usted explicar un préstamo de ese dinero sin comprometer su reputación?

Scarlett no había pensado para nada en ello, concentrada su mente como estaba en el dinero que el taller habría de reportarle.

—Con no decirle nada...

—Pero él sabe que el dinero no se encuentra por las calles.

—Le diré...; ya está... Le diré que le vendí a usted mis arracadas de brillantes... Y se las daré. Ésta será mi garantía cola...; bien, como usted la llame...

—Yo no la privaré de sus arracadas.

—No las quiero. No me gustan. No son mías en realidad, ¿sabe?

—¿De quién son?

La imaginación de Scarlett se retrotrajo prontamente a aquella calurosa mañana de verano, en que el silencio campestre envolvía Tara y el hombre vestido de azul yacía al pie de la escalera.

—Me las dejó... alguien que ha muerto... Son mías, mías realmente. Tómelas. No las quiero. Prefiero su valor en dinero.

—¡Por Dios santo! —exclamó él, con impaciencia—. ¿No sabe usted pensar más que en el dinero?

—No —replicó ella con franqueza, volviendo hacia él sus verdes ojos—. Y, si usted hubiese pasado lo que yo, tampoco sabría pensar en otra cosa. He descubierto que el dinero es lo más importante del mundo, y Dios me sea testigo de que me propongo no verme sin dinero de aquí en adelante.

Rememoraba el ardiente sol, la blanda tierra rojiza bajo sus pies, el olor a negros de la cabana tras de las ruinas de Doce Robles. Recordó el estribillo que su corazón repetía: «¡Nunca he de volver a tener hambre! ¡Nunca he de volver a tener hambre!»

—Volveré a poseer dinero algún día, mucho dinero, para poder comer todo lo que se me antoje. Y nunca más aparecerán las gachas o los guisantes secos en mi mesa. Y voy a tener preciosas ropas, todas ellas de seda...

—¿Todas?

—Todas —repitió ella secamente, sin molestarse siquiera en ruborizarse por la insinuación—. Voy a tener dinero suficiente para que los yanquis no puedan desposeerme de Tara. Voy a poner en Tara un tejado nuevo, y nuevo establo, y buenas muías para arar, y más algodón del que haya usted visto en su vida. Y Wade no va a saber jamás lo que es

tener que pasarse sin las cosas que necesite. ¡Jamás! Va a poseer todo lo que quiera. Y toda mi familia jamás volverá a pasar hambre, se lo aseguro. Usted no comprende esto; es usted un miserable egoísta. Nunca tuvo usted esos advenedizos yanquis queriéndole arrojar de su casa. Usted jamás se ha visto helado y harapiento y teniendo que matarse a trabajar para no morir de hambre.

Él contestó quietamente:

—Estuve ocho meses en el Ejército confederado. No conozco lugar mejor para aprender lo que es el hambre.

—¡El Ejército! ¡Bah! Usted jamás ha tenido que recoger algodón ni destruir las malas hierbas entre el maíz. Usted ha... ¡No se ría usted de mí!

Las manos de Rhett se posaron otra vez sobre las suyas al oírla gritar.

—No me reía de usted. Me reía de la gran diferencia que hay entre lo que parece usted ser y lo que es realmente. Y recordaba la primera vez que la vi en una merienda al aire libre, en casa de los Wilkes. Llevaba un vestido verde y zapatitos verdes, y estaba archirrodeada de hombres y muy pagada de su personita. Apostaría a que usted no sabía entonces cuántos centavos tenía un dólar. Sólo había entonces una idea en su cerebro: la de pescar a Ashley.

Scarlett desasió violentamente sus manos de las de Rhett.

—Rhett, si hemos de continuar tratándonos, tendrá usted que abtenerse de hablar de Ashley Wilkes. Siempre discrepamos, porque usted no puede comprenderle.

—Supongo que usted lee en él como en un libro —dijo Rhett con malicia—. No, Scarlett, si le presto el dinero ha de ser reservándome el derecho de discutir sobre Ashley todo lo que quiera. Renuncio al derecho de percibir intereses sobre el préstamo, pero a eso otro no. Y hay un gran número de cosas referentes a ese joven que me interesaría saber.

—No tengo por qué hablar de él con usted —contestó Scarlett con sequedad.

—¡Oh, sí tiene por qué! Yo poseo los cordones de la bolsa, ya lo sabe. Algún día, cuando sea usted rica, tendrá facultades para hacer lo mismo con otras personas... Es obvio que todavía le quiere.

—No le quiero.

—¡Oh, se ve en la manera de apresurarse a defenderlo! Usted...

—No tolero que se haga mofa de mis amigos.

—Bueno, dejemos eso a un lado por el momento. Y él, ¿la quiere todavía, o Rock Island le hizo olvidarla? ¿O es que ya ha aprendido a apreciar la joya que tiene por esposa?

A la mención de Melanie, Scarlett comenzó a respirar trabajosamente, y apenas pudo abstenerse de contarle todo y decirle que solamente el honor retenía a Ashley al lado de Melanie. Abrió la boca para hablar, pero la cerró en seguida.

—¿No tiene aún el suficiente buen sentido para apreciar a su mujer? ¿Y los rigores de la prisión no entibiaron su ardor por usted?

—No necesito discutir el asunto.

—Yo sí deseo discutirlo —insistió Rhett—. Había en su voz una nota baja que Scarlett no comprendía ni le gustaba percibir—. Y, vive Dios, lo discutiré y espero que usted me responda. ¿Así que está todavía enamorado de usted?

—Bueno, ¿y qué si lo está? —gritó Scarlett, perdida ya la paciencia—. No quiero hablar de él con usted porque no puede comprenderle ni a él ni la índole de su amor. Usted sólo comprende esa #specie de amor..., sí, ese amor que siente por las criaturas como la Watling.

—¡Oh! —dijo Rhett suavemente—. ¿Es que yo sólo soy capaz de Sentir apetitos

carnales?

—Bien sabe usted que es verdad.

—Ahora comprendo sus escrúpulos en discutir el asunto conmigo. Mis sucios labios profanan la pureza de su amor. —Bueno, sí..., algo por el estilo. —Me interesa ese amor tan puro.

—No sea usted tan malvado, Rhett. Si es usted tan ruin que cree ha podido existir algo censurable entre nosotros...

—¡Oh, esa idea jamás entró en mi cabeza, de veras! Pero ¿por qué no ha existido nada criticable entre ustedes dos? —Si piensa usted que Ashley podría jamás... —¡Ah! Luego es Ashley y no usted quien luchó para que no se perdiese esa pureza. La verdad, Scarlett, no debería usted delatarse tan fácilmente.

Scarlett dirigió una mirada rebosante de confusión y de ira a la amable pero enigmática fisonomía de Rhett.

—No hay por qué continuar la conversación y no necesito su dinero. Por lo tanto, váyase.

—Sí, necesita usted mi dinero, y, puesto que hemos profundizado ra tanto en el asunto, ¿por qué abandonarlo? Seguramente no puede laber mal alguno en discutir un idilio tan casto..., ya que no ha labido en él nada pecaminoso. ¿De modo que Ashley la quiere a tsted por su inteligencia, por su alma, por su nobleza de carácter? Scarlett se estremeció interiormente al oír tales palabras. Era evidente que Ashley únicamente la quería por estas cualidades. Era una certidumbre lo que le permitía soportar la existencia, la certidumbre de que Ashley, esclavo de su honor, la quería y la respetaba por todas las cosas bellas encerradas en el fondo de sí misma y que sólo él podía ver. Sin embargo, todo perdía su belleza sublime cuando Rhett hablaba de ello en tono meloso lleno de sarcasmo.

—Me devuelve mis ideales de adolescente el saber que un amor así puede existir en este picaro mundo —continuó diciendo Rhett—. ¿De modo que no hay obsolutamente nada de carnal en su amor por usted? ¿Sería igual si fuese usted fea y no poseyese esa piel tan blanca? ¿Y si no tuviese esos ojos verdes que le hacen a un hombre desear saber lo que usted haría si él la cogiese entre sus brazos? ¿Y un modo de mecer las caderas que es una tentación para cualquier hombre que no haya cumplido noventa años? ¿Y esos labios, que son...? Bueno, no debo permitir que aparezcan mis carnales apetitos. ¿No ve Ashley nada de esto? O, si lo ve, ¿no le produce ningún efecto?

Sin proponérselo, la imaginación de Scarlett se retrotrajo al día en que, en el huerto, los brazos de Ashley la sacudían violentamente entre los suyos mientras la tenía asida, en que su boca parecía quemar la de ella, como si no pudiese despegarse. Un color rojo vivo se esparció sobre sus mejillas, y ello no pasó inadvertido a Rhett.

—Ya lo veo. La quiere sólo por su cerebro —dijo en un tono vibrante, casi de cólera, en su voz.

¿Cómo se atrevía él a escudriñar con sus sucios dedos, haciendo que lo único bello y sagrado que existía en su vida pareciese bajo y ruin? Fríamente, resueltamente, forzaba los últimos reductos de Scarlett y la información que él exigía iba a aparecer.

—¡Sí, sólo por eso! —gritó, procurando deshacerse del recuerdo de los labios de Ashley.

—Querida mía: no se ha enterado siquiera de si usted tiene o no cerebro. Si era su cerebro lo que le atraía, no hubiera necesitado luchar contra usted como debe haber hecho para mantener este amor tan... ¿diremos tan santo? Podía vivir muy tranquilo, porque, después de todo, un hombre puede admirar la mente y el alma de una mujer y ser no

obstante un dignísimo caballero y un hombre fiel a su esposa. Pero debe ser difícil para él reconciliar el honor de los Wilkes con el deseo de su cuerpo que sin duda siente.

—¡Juzga usted los pensamientos de los demás por los propios, tan ruines!

—¡Oh, yo no he negado nunca que la deseaba, si esto es a lo que usted se refiere! Pero, a Dios gracias, a mí no me estorban los escrúpulos del honor. Lo que deseo, lo tomo si puedo, y por lo tanto no tengo que luchar ni con ángeles ni con demonios. ¡Qué vida más infernal debe de haber proporcionado usted al pobre Ashley! Soy capaz hasta de compadecerle.

—¿Yo... hacer su vida infernal?

—¡Sí, usted! Allí estaba usted, una tentación constante para él, pero, como la mayor parte de los de su cuerda, él prefiere lo que aquí pasa por ser el honor a cualquier amor verdadero. Y me parece que el pobre diablo se ha quedado sin honor y sin amor que pueda consolarle. —¡Tiene amor!... Quiero decir, ¡me ama!

—¿La ama? Entonces contésteme a lo que voy a decirle y termino ya por hoy y puede coger el dinero y tirarlo por la alcantarilla si quiere, por lo que a mí respecta.

Rhett se puso en pie y arrojó su cigarro a medio fumar en la escupidera. Había en sus movimientos la misma soltura pagana y la misma fuerza contenida que Scarlett había observado en él la noche de la caída de Atlanta, algo siniestro y terrible.

—Si la amaba, ¿cómo demonios le permitió venir a Atlanta a buscar el dinero para la contribución? Antes de que yo permitiese a una mujer que amo hacer esto, yo...

—¡Nada sabía! No tenía la menor idea de que yo... —¿No se le ocurre que debiera haberlo sabido? —Había en su voz brutalidad apenas reprimida—. Queriéndola como dice usted que la quiere, debería saber lo que usted habría de hacer en su desesperación. ¡Debió matarla antes de dejarla venir aquí... y a buscarme a mí precisamente! ¡Santo cielo! —¡Pero él no lo sabía!

—Si no lo adivinó sin necesidad de que se lo dijesen, jamás conocerá a usted ni a su sublime cerebro.

: ¡Qué injusto era! ¡Como si Ashley pudiese leer los pensamientos!

¡Como si Ashley hubiese podido retenerla, aun sabiendo! Pero, ahora lo comprendía repentinamente, Ashley podía haberla detenido. La más leve insinuación suya en el huerto de que acaso algún día las circunstancias variarían, y jamás hubiera pensado ella en salir de Tara.

Una palabra de ternura, una simple caricia de despedida cuando subía al tren, la hubieran retenido allí. Pero sólo había hablado del honor. No obstante..., ¿tendría razón Rhett? ¿Debía Ashley haber conocido sus propósitos? Se apresuró a descartar de sí tal desleal idea. Por supuesto, él nada sospechaba. Ashley no podía sospechar más que ella pudiese soñar tan siquiera en hacer algo tan inmoral.

Ashley era demasiado decente para abrigar tales pensamientos. Rhett sólo trataba de destrozar su amor. Trataba de destruir lo más precioso que existía para ella. Algún día, pensó con encono, cuando la tienda uncionase como debía y el aserradero estuviese en marcha y ella tuviese dinero, haría pagar a Rhett la tortura y la humillación que ahora le causaba.

Él estaba de pie a su lado, mirándola vagamente divertido. La Emoción que le había agitado estaba disipada.

—¿Qué le importa eso a usted después de todo? —preguntó—. Es cosa de Ashley y mía, no de usted.

—Solamente esto. Siento una profunda e impersonal admiración por su temple,

Scarlett, y detesto ver su espíritu aplastado por tantas piedras de molino. Está Tara. Esto ya es una empresa más que regular para cualquiera. Está su padre, enfermo por añadidura. Jamás podrá ayudarla en nada. Y tiene a las chicas y a los negros. Y ahora se ha echado encima a un marido y probablemente a la señorita Pittypat también. Lleva ya bastantes cargas para que caigan sobre usted Ashley y su familia.

—No es una carga. Él ayuda...

—¡Oh, por amor de Dios! —prorrumpió él, impacientemente—. ¡No me venga más con eso! No es una ayuda. Es una carga y lo será para usted o para otro, hasta que se muera. Personalmente, estoy harto de él como tema de conversación... ¿Cuánto dinero quiere usted?

Afluyeron a los labios de Scarlett mil palabras injuriosas. Después de todos sus insultos, después de arrebatarle todo lo que era más precioso para ella y pisotearla, ¡creía todavía que ella iba a aceptar su dinero!

Pero estas palabras no llegaron a pronunciarse. ¡Qué maravilloso sería poder despreciar su ofrecimiento y arrojarlo de la tienda! Mas sólo los que son ricos y están muy seguros pueden permitirse tales lujos. Mientras fuese pobre, tendría que soportar escenas como ésta. Pero, cuando fuese rica, no toleraría nada que no le gustase, no se abstendría de nada que desease, no sería ni siquiera cortés con las gentes a menos que le fuesen simpáticas.

«Entonces les diré a todos que se vayan al quinto infierno, ¡y Rhett Butler será el primero!»

El placer de pensarlo hizo chispear sus verdes ojos y dibujó una semisonrisa en sus labios. Rhett se sonrió también.

—Es usted una criatura muy bonita, Scarlett —le dijo—. Especialmente cuando está meditando alguna maldad. Y, sólo por haber visto esos hoyuelos, estoy dispuesto a comprarle una docena de muías, si las quiere.

Se abrió la puerta de la calle y entró el chico del mostrador limpiándose los dientes con una pluma de ave. Scarlett se levantó, se arrebujó en su chal y anudó las cintas de la capota por debajo de su barbilla. Había tomado una decisión.

—¿Está usted ocupado esta tarde? ¿Puede usted venir ahora conmigo? —le preguntó.

—¿Adonde?

—Quiero que venga usted conmigo al taller de aserrar. Prometí a Frank que no saldría sola en el coche fuera de la ciudad.

—¿Al taller con esta lluvia?

—Sí, quiero comprarlo ahora, antes de que cambie usted de parecer.

Él se rió tan ruidosamente, que el dependiente se asombró y le miró con curiosidad. —¿Se ha olvidado usted de que está casada? La señora de Kennedy no puede permitir que la vean yendo en coche hacia las afueras de la ciudad con este desprestigiado Butler, al que no reciben en los salones decentes. ¿Ha olvidado usted su reputación?

—¡Que se vaya a paseo mi reputación! Quiero ese aserradero antes de que usted cambie de opinión o de que Frank se entere de que lo compro. No ande usted con tonterías, Rhett. ¿Qué importa una lluvia ligera? Vayamos pronto.

¡Aquel aserradero! Frank se daba al diablo cada vez que pensaba en él, maldiciendo de sí mismo por habérselo mencionado a Scarlett. Ya era malo de por sí que hubiese vendido sus arracadas al capitán Butler (¡a Butler precisamente!) y hubiese adquirido el taller de aserrar sin consultar siquiera a su marido; pero era mucho peor todavía que no le

hubiese entregado a él la dirección. Esto le disgustaba. Parecía como si no tuviese confianza en él o en su criterio.

Frank, como los demás hombres, sabía y creía que una mujer debía estar guiada siempre por el superior conocimiento de su esposo, que debía aceptar totalmente sus opiniones y no poseer ninguna propia. Él hubiera cedido ante la mayor parte de las mujeres. Las mujeres eran pequeños seres tan especiales que no importaba satisfacer sus antojillos. Suave y moderado por naturaleza, no estaba en él oponerse mucho a su esposa. Hubiera sido un placer para él complacer los pueriles caprichos de una personilla así y reñirla cariñosamente por sus infantiles prodigalidades. Pero las cosas que se proponía \ hacer Scarlett eran inadmisibles.

Lo del aserradero, por ejemplo. Experimentó el asombro mayor de toda su vida cuando ella le dijo, contestando a sus preguntas y sonriendo dulcemente, que tenía la intención de dirigirlo ella misma. «Dedicarme yo misma al negocio de maderas», fue la manera que tuvo de expresarlo. Frank no olvidaría jamás el horror de aquel momento. ¡Dedicarse ella a los negocios! Era inconcebible. En Atlanta no había mujeres dedicadas a los negocios. A decir verdad, Frank no había oído jamás que ninguna señora se dedicase a los negocios en alguna parte. Si una mujer tenía la desgracia de verse obligada a ganar algún dinero para ayudar a la familia en tiempos tan difíciles, lo ganaba de manera discreta y femenina: junto a un horno, como la señora Merriwether; o pintando porcelana, cosiendo o tomando huéspedes, como la señora Elsing y Fanny; o enseñando en una escuela, como la señora Meade; o dando lecciones de música, como la señora Bonnel. Aquellas damas ganaban dinero, pero se quedaban en sus casas para ganarlo, como debía hacer una mujer. Pero que una mujer abandonase la protección del hogar y se aventurase por el rudo mundo masculino, compitiendo en los negocios con los hombres, dándose codazos con ellos, exponiéndose a los insultos y a las murmuraciones... ¡Especialmente cuando no necesitaba hacerlo, cuando tenía un marido plenamente capaz de mantenerla!

Frank esperaba que ella no quisiese más que gastarle una broma, una broma de dudoso gusto, pero pronto descubrió que le hablaba en serio. Comenzó a dirigir el aserradero. Se levantaba antes que él para ir en su cochecillo hasta el final de Peachtree Street y con frecuencia no volvía a casa hasta mucho después de haber él cerrado la tienda y regresado a cenar en casa de la tía Pittypat. Recorría las largas millas hasta el taller sin más protección que la del reacio y viejo Peter cuando por todas partes pululaban los negros liberados y el hampa yanqui. Frank no podía ir con ella, porque la tienda le absorbía todo su tiempo; pero, cuando protestó, ella le dijo en tono resuelto:

—Tengo que vigilar a ese canallita de Johnson. De lo contrario, sería capaz de vender mis maderas y guardarse el dinero. Cuando pueda buscar un hombre que sirva para encargarse del taller, no tendré que ir por allí tan a menudo. Entonces podré quedarme en la ciudad a vender la madera.

¡Vender madera en la ciudad! Esto era lo peor. Con frecuencia no aparecía por el taller durante todo el día y se dedicaba a ofrecer el género casi de puerta en puerta, y, en tales días, Frank deseaba esconderse en la trastienda y no ver a nadie. ¡Su mujer vendiendo madera!

Y la gente hablaba terriblemente mal de ella. Probablemente, de él también, por pernitirle que se comportase en una forma tan poco femenina. Se sentía embarazado al enfrentarse con sus parroquianos desde el otro lado del mostrador y oírlos decir: «He visto a su esposa hace pocos minutos en...», lodo el mundo se interesaba en decirle lo que ella hacía. Todo el mundo se complacía en contarle lo que sucedió cuando construían el nuevo

hotel. Scarlett llegó allí precisamente cuando Tommy Wellburn estaba comprando madera a otro individuo, y ella se apeó del cochecillo entre los rudos albañiles irlandeses que ponían los cimientos y aseguró a Tommy, en pocas palabras, que le engañaban. Dijo que su madera era mejor que la de nadie, y más barata además, y para probarlo sumó de memoria una larga columna de números y le dio un presupuesto de coste allí mismo. Ya estaba mal eso de haberse metido entre rudos obreros, pero era todavía peor que una mujer mostrase públicamente que conocía las matemáticas de tal modo. Cuando Tommy aceptó su presupuesto y le firmó el pedido, Scarlett no se despidió inmediatamente con discreción, sino que se quedó allí charlando con Johnnie Gallegher, el capataz de los operarios irlandeses, un gnomo de malas pulgas que gozaba de pésima reputación. Toda la ciudad habló del asunto durante varias semanas.

Para colmo, ganaba dinero efectivamente con el aserradero, y ningún hombre podría estar contento de que su mujer tuviese éxito en actividades tan poco femeninas. Y tampoco le entregaba el dinero, o parte de él, para que se empleara en la tienda. La mayor parte iba a Tara, y Scarlett escribía cartas interminables a Will Benteen diciéndole exactamente cómo había que gastarlo. Además, manifestó a Frank que, si podía terminar las reparaciones necesarias en Tara, se proponía prestar el dinero que tuviese disponible, pero sobre hipotecas.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!», gemía Frank siempre que pensaba en ello. Una mujer no debía saber siquiera lo que era una hipoteca.

Scarlett hacía toda clase de planes aquellos días, y cada uno de ellos le parecía a Frank peor que el precedente. Habló incluso de construir un bar en el terreno en donde había estado su almacén de depósito hasta que Sherman lo destruyó. Poseer fincas dedicadas a tabernas era un mal negocio, un negocio de mala nota, casi tan malo como el de alquilar una finca para casa de prostitución. Pero él no podía explicarse por qué estaba mal y a sus torpes argumentos ella sólo contestaba:

—¡Bah! ¡Tonterías! Los bares siempre son buenos inquilinos. Así lo decía el tío Henry —aseguraba—. Siempre pagan puntualmente el alquiler. Mira, Frank, se podría construir un bar modesto, con la madera de mala calidad que no logro vender, y sacar una buena renta, y con el producto de esta renta y del aserradero podría comprar más talleres de aserrar.

—Pero, cariñito, ¡no necesitas más talleres! —exclamaba Frank, horrorizado—. Lo que debías hacer es vender el que tienes. Te está dando demasiado trabajo, y ya sabes lo difícil que es el conseguir que trabajen en él los negros liberados...

—Los negros liberados no sirven ciertamente para nada —convino Scarlett, pasando por alto la alusión de que debía desprenderse del taller—. El señor Johnston dice que todas las mañanas, cuando va a trabajar, no sabe si tendrá o no el personal completo. Ya no se puede contar con los negros. Trabajan un día o dos y luego descansan hasta que se han gastado el jornal cobrado, y toda la cuadrilla es muy capaz de perderse de vista de la noche a la mañana. Cuanto más veo los resultados de la emancipación, más criminal me parece. Ha acabado con los negros. Millares de ellos están ociosos, y aquellos a los que podemos persuadir de que trabajen en el taller son tan holgazanes y tornadizos que no vale la pena de tenerlos allí. Y si llega uno a insultarles —¡y no digo nada si se les dan unos cuantos golpes por su bien!—, la Oficina de Hombres Liberados se echa encima como un pato sobre un insecto.

—Monada, tú no permitirás que el señor Johnson pegue a esos...

—No, por supuesto —replicó ella con impaciencia—. ¿No acabo de indicarte que

los yanquis me meterían en la cárcel si lo hiciese?

—Apostaría a que tu padre jamás dio una paliza a un negro en su vida —dijo Frank.

—Una sola vez. A un chico de la caballeriza que no cepilló a su caballo después de un día de caza. Pero entonces era distinto, Frank. Los negros libres son de otro género, y una buena paliza les sentaría bien a muchos de ellos.

Frank estaba asombrado, no sólo por las opiniones y planes de su consorte, sino por el cambio que se había realizado en ella durante los pocos meses transcurridos desde su matrimonio. Ésta no era ya la criatura dulce, suave y femenina que había tomado por esposa. Durante el breve período del noviazgo, pensó que jamás había encontrado a una mujer más atractivamente femenina, en sus reacciones ante la vida, más ignorante, tímida, asustadiza... Ahora, todas sus reacciones eran masculinas. A pesar de sus rosadas mejillas y de sus hoyuelos y de sus agradables sonrisas, hablaba y obraba como un hombre. Su voz era incisiva y decidida, y resolvía las cosas instantáneamente, sin vacilaciones ni rodeos de colegiala. Sabía lo que quería y salía a buscarlo por el camino más corto, como debía hacer un hombre, no por los ocultos y sinuosos caminos peculiares a las mujeres.

No era que Frank no hubiese visto nunca mujeres autoritarias. Atlanta, lo mismo que cualquier otra ciudad del Sur, tenía su número de viudas enérgicas a quienes nadie se atrevía a irritar. Nadie podía ser más dominadora que la gruesa señora Merriwether, o más imperiosa que la frágil señora Elsing, ni más astuta para conseguir lo que deseaba que la señora Whiting, con su voz armoniosa y su pelo corto de plata. Pero todos los medios y recursos empleados por esas damas eran siempre resursos femeninos. Se esforzaban por mostrarse deferentes con las opiniones de los hombres, tanto si se dejaban guiar por ellas como si no. Tenían la cortesía de aparentar que seguían los consejos masculinos, y esto era lo que importaba. Pero Scarlett no aceptaba más guía que la suya propia, y llevaba sus negocios de manera tan masculina, que toda la ciudad hablaba de ella.

«Y para colmo —pensaba Frank, acongojado—, probablemente hablarán de mí también por dejarla obrar de un modo tan poco femenino.»

Además, había lo de aquel Butler. Sus frecuentes visitas a la casa de la tía Pittypat eran la peor humillación de todas.. A Frank le había desagradado siempre, aun en los tiempos anteriores a la guerra, cuando había tenido negocios con él. Muchas veces maldijo el día en que se le ocurrió llevarlo a Doce Robles y presentarlo a sus amigos. Le despreciaba por la fría crueldad con que había obrado en sus especulaciones durante la guerra, así como por el hecho de que no había estado en el Ejército. Los ocho meses de servicio con la Confederación eran conocidos sólo por Scarlett, porque Rhett le rogó, con pretendido temor, que no revelase su vergüenza a nadie. Sobre todo, Frank le censuraba por seguir reteniendo el oro de los confederados, cuando los hombres honrados, como el almirante Bulloch y otros, al hallarse en idéntica situación, devolvieron muchos miles de dólares el Tesoro federal. Pero, tanto si le gustaba a Frank como si no, Rhett era un visitante asiduo.

Aparentemente, era la señorita Pittypat a quien iba a ver, y ésta era tan ingenua que lo creía y se mostraba lisonjeada por sus visitas. Pero Frank abrigaba la desagradable sensación de que la señorita Pittypat no era la atracción que le llevaba allí.

El pequeño Wade se había aficionado mucho a él, a pesar de ser muy tímido con todo el mundo, e incluso le llamaba «tío Rhett», lo que molestaba a Frank. Y Frank no podía por menos de recordar que Rhett había acompañado mucho a Scarlett durante los tiempos de la guerra y que se había murmurado de ellos. Ninguno de sus amigos tenía valor para mencionar nada de eso a Frank, por francas que fuesen sus palabras al juzgar la

conducta de Scarlett en lo referente al aserradero. Pero Kennedy no pudo por menos de observar que a Scarlett y a él se les invitaba menos a comidas y a fiestas y que cada vez recibían menos visitas. A Scarlett le desagradaban la mayor parte de sus vecinos, y estaba demasiado ocupada para ir a ver a los pocos que le eran simpáticos; así es que la escasez de visitantes no la perturbó lo más mínimo. Pero a Frank le afectaba mucho, una enormidad.

Durante toda su vida, Frank había estado demasiado preocupado por la frase: «¿Qué dirán los vecinos?», y ahora se veía indefenso ante las repetidas infracciones de Scarlett a las convenciones sociales. Estaba seguro de que todo el mundo desaprobaba a Scarlett y le despreciaba a él por permitirle «perder el sexo». Ella hacía muchas cosas que un marido no debiera tolerar; pero si le daba órdenes en contrario, si intentaba criticarla o argumentar con ella, la tempestad descargaba pronto sobre su cabeza.

—¡Válgame Dios! —exclamaba él, impotente—. Se enfurece con más rapidez y le dura la furia mucho más que a ninguna mujer que yo haya conocido en mi vida.

Aun en los momentos en que las cosas marchaban más plácidamente, era maravilloso ver cuan pronto la esposa cariñosa y alegre que andaba tarareando por la casa podía transformarse por completo en una persona totalmente distinta. Bastaba con que él dijese: «Nena, yo en tu lugar no...», para que la tempestad estallara.

Sus negras cejas se apresuraban a contraerse en agudo ángulo sobre la naricilla, y Frank se atemorizaba y casi lo dejaba ver. Scarlett tenía el temperamento de un tártaro y la furia de un gato montes y, en tales accesos, no parecía preocuparse de lo que decía ni de a quién podía agraviar. Melancólicas nubes se cernían sobre la casa en tales ocasiones. Frank iba pronto a la tienda y se quedaba hasta tarde. Pittypat se escurría hacia su dormitorio como un conejo que corre a meterse en su madriguera. Wade y el tío Peter se retiraban a la cochera, y la cocinera no salía de la cocina ni levantaba la voz en sus cánticos de alabanza al Señor. Sólo Mamita soportaba las rabietas de Scarlett con ecuanimidad; pero Mamita había tenido ya muchos años de entrenamiento con Gerald O'Hara y sus arranques.

Scarlett no se proponía tener mal genio y quería realmente ser una buena esposa para Frank, porque le había tomado afecto y le estaba agradecida por su auxilio para salvar a Tara. Pero ponía muy a prueba su paciencia y de diversas maneras.

Scarlett no podía respetar a un hombre que se dejaba dominar por ella, y la tímida y vacilante actitud que Frank desplegaba en cualquier situación desagradable, con ella o con los demás, la irritaba extremadamente. Pero hubiera podido perdonar esto e incluso ser feliz, ahora que algunos de sus problemas monetarios se iban resolviendo, si no hubiese sido por la constantemente renovada exasperación nacida de múltiples incidentes que revelaban que Frank no era un hombre de negocios ni quería que ella lo fuese.

Como se figuraba, Frank rehusó cobrar las cuentas atrasadas hasta que ella le azuzó, y lo hizo luego de manera poco firme y de mala gana. Esta experiencia fue la prueba final que Scarlett necesitaba para convencerse de que la familia Kennedy jamás pasaría de cubrir sus necesidades, a menos que ella personalmente ganase el dinero que estaba resuelta a tener. Sabía ahora que Frank se contentaría con ir tirando el resto de su vida con la sucia tiendecilla. No parecía hacerse cargo de cuan tenue era la cuerda que sujetaba el ancla de la seguridad y de lo importante que era ganar más dinero en aquellos revueltos tiempos en que el dinero era la única protección contra nuevas calamidades.

Frank podía haber sido un buen comerciante en los días fáciles de la anteguerra, pero estaba chapado muy a la antigua, según le parecía a ella, y se emperraba en hacer las cosas a la antigua, cuando los días de antes y los métodos de antes ya se habían acabado. Carecía en absoluto de la agresividad indispensable en estos enconados tiempos. Pues bien,

ella poseía tal agresividad y habría de emplearla, tanto si a Frank le gustaba como si no. Necesitaba dinero y ella lo estaba ganando, pero con un trabajo duro. En su opinión, lo menos que Frank podía hacer era no estorbar los planes de su mujer, ya que conseguían buenos resultados.

Dada su inexperiencia, la dirección del nuevo taller no era cosa fácil, y la competencia era más reñida que al principio, y de ahí que muchas noches, al regresar a su casa, se sintiese rendida, preocupada y malhumorada. Y cuando Frank tosía tímidamente y le decía: «Nena, yo no haría eso», o: «Nena, si estuviese en tu lugar...», tenía que hacer un gran esfuerzo para no estallar en furia, y a veces no sabía contenerse. Si él no tenía agallas para hacer más dinero, ¿por qué había de criticarla siempre? ¡Y las cosas por las que se atormentaba eran tan nimias! ¿Qué más daba, en tiempos como los actuales, que ella no fuese muy femenina? Especialmente cuando el poco femenino aserradero producía el dinero que se necesitaba tanto para ella como para la familia y para el mismo Frank.

Frank deseaba reposo y tranquilidad. La guerra, en la que había participado tan concienzudamente, le había estropeado la salud, le había costado su fortuna y había hecho de él un viejo. No deploraba nada de esto y, después de cuatro años de guerra, lo único que pedía a la vida era paz y amabilidad, caras sonrientes en derredor suyo y la aprobación de sus amigos. Pronto averiguó que la paz doméstica tenía su precio y que este precio era dejar que Scarlett hiciese lo que se le antojase, fuere lo que fuere. De ahí que, sintiéndose tan cansado de luchar, comprase la deseada paz aun a ese precio. A veces, pensaba que valía la pena hacerlo al ver la sonrisa de su mujer cuando ella le iba a abrir la puerta principal en el frío crepúsculo y le besaba en la oreja, en la nariz o en cualquier sitio impropio, o al sentir su cabecita anidar lánguidamente bajo su brazo por la noche, entre las abrigadas mantas de la cama. ¡El hogar era tan agradable cuando se dejaba a Scarlett hacer lo que le viniese en gana! Pero la paz que Frank lograba era falsa, solamente externa, porque la había comprado a costa de todo lo que él creía sagrado en la vida conyugal.

«La mujer tiene que prestar más atención a su casa y a su familia y no andar corriendo por ahí como un hombre —pensaba—. Acaso si tuviese un nene...»

Sonreía al pensar en un nene, y se acordaba de ello con frecuencia. Scarlett había dicho abiertamente que no quería más hijos, pero éstos rara vez aguardaban a recibir una invitación especial. Frank sabía que muchas mujeres decían que no querían tener hijos, pero todo esto eran temores y tonterías. Si a Scarlett le naciese otro nene, le querría mucho y sería feliz quedándose en casa a cuidarlo. Se vería entonces obligada a vender el taller de aserrar, y así se terminarían sus problemas. Una mujer necesita hijos para ser completamente feliz, y Frank comprendía que Scarlett no lo era. Por ignorante que él fuese en todo lo que respectaba a las mujeres, no estaba tan ciego que no viese que ella, en ocasiones, era desgraciada.

A veces, él despertaba por la noche y percibía el suave ruido de un llanto ahogado en la almohada. La primera vez que se despertó al sentir que la cama se movía a compás de las sacudidas de los sollozos, Frank se alarmó y preguntó: «¿Qué te pasa, cariño mío?»; pero ella no le dio más respuesta que un grito vehemente: «¡Oh, déjame, por favor!»

Sí, un hijo la haría feliz y apartaría su mente de cosas en las que no tenía por qué interesarse. Más de una vez, Frank suspiraba y le parecía haber logrado capturar un ave tropical resplandeciente con su plumaje de gemas y llamas, cuando él se hubiera contentado simplemente con un vulgar reyezuelo desprovisto de tan brillantes colores. Sí, un pajarillo le hubiera valido más, mucho más.

37

Una húmeda y tormentosa noche de abril, Tony Fontaine, que había llegado de Jonesboro en un caballo blanco cubierto de espuma y medio muerto de fatiga, se presentó a llamar a la puerta, despertando sobresaltadamente a Frank y a su mujer. Entonces, por segunda vez en cuatro meses, Scarlett hubo de medir todas las consecuencias de la Reconstrucción y comprender exactamente aquello a que Will había hecho alusión al decir: «Nuestras fatigas no han hecho más que empezar», reconociendo la exactitud de las sombrías palabras pronunciadas por Ashley, en la puerta de Tara barrida por el viento: «Lo que nos espera es peor que la guerra, peor que la prisión, peor que la muerte».

Su primer contacto con la Reconstrucción databa del día en que ella se había dado cuenta de que Jonnas Wilkerson podía echarla de Tara con ayuda de los yanquis. Pero esta vez la llegada de Tony vino a abrirle los ojos de un modo más tremendo aún. Estaba oscuro y llovía fuerte. Llamó Tony y minutos más tarde, se hundía para siempre en la noche. Sin embargo, en el curso de aquel breve intervalo, tuvo tiempo de alzar el telón sobre una nueva escena de horror, sobre una de las terribles escenas que Scarlett creía disipadas para siempre.

Aquella noche tormentosa en que el aldabón golpeaba violentamente la puerta, Scarlett, echándose por encima su peinador, se inclinó sobre el vano de la escalera, entreviendo el rostro descompuesto de Tony antes de que éste hubiese apagado la luz que Frank tenía en la mano. Bajó a tientas los escalones para ir apretarle la mano y le oyó murmurar en voz baja: «Me persiguen... Me he escapado de Jonesboro... Mi caballo no puede más y me muero de hambre... Ashley me ha dicho... No encienda la luz... No despierte a los negros. .. No quiero atraer peligros sobre ustedes...»

Una vez bien cerradas las maderas de la cocina y echadas todas las cortinas, consintió al fin en que se encendiese un poco de luz y se puso a hablar a Frank con frases nerviosas, entrecortadas, en tanto Scarlett se afanaba en prepararle una improvisada comida.

No tenía abrigo y estaba calado hasta los huesos. Tampoco traía sombrero y sus cabellos negros se le pegaban a la frente estrecha. Sin embargo, en sus vivos ojos, los ojos de los mozos Fontaine, brillaba una llamita alegre que, esta noche, le daba a uno frío. Scarlett le miró tragar a grandes sorbos el whisky que le había traído y dio gracias al Cielo por el hecho de que tía Pittypat roncara pacíficamente en su cuarto: se habría desvanecido ante una aparición semejante. —Un cerdo..., un *scallawag* menos —dijo, tendiendo su vaso, para que se lo llenasen de nuevo—. He hecho una escapada de todos los diablos; pero es el caso que peligra mi cabeza si no me largo de nuevo inmediatamente. Y merece la pena, ¡qué caramba! Voy a ver si puedo pasar la frontera de Texas y hacer que no vuelvan a acordarse de mí. Ashley estaba conmigo en Jonesboro y ha sido él quien me ha aconsejado que venga a casa de ustedes. Mire a ver, Frank, si le es posible procurarme un caballo de refresco y algo de dinero. El caballo que traigo no puede más... He hecho todo el camino a marchas forzadas y..., como un imbécil, me salí de casa sin capa, sin sombrero y sin un centavo. Y no es que nos sobrase el oro, allá abajo...

Se echó a reír, lanzándose vorazmente sobre una mazorca de maíz frío y un plato de nabos recubiertos por una capa de grasa helada.

—Puede usted llevarse mi caballo —dijo Frank con calma—. Tengo en el bolsillo diez dólares, pero si quiere esperar a mañana por la mañana...

—¡Que si quiero esperar!... —exclamó Tony, enfáticamente, pero sin abandonar su buen humor—. Deben de venir pisándome los talones; no crea que les saco tanta ventaja. De no haber sido por Ashley, que me ha cogido del cuello haciéndome salir a toda prisa, me hubiera quedado quieto como un imbécil y a estas horas estaría balanceándome de una cuerda. Es un buen muchacho ese Ashley.

De modo que Ashley se encontraba implicado en aquel peligroso enigma. Scarlett sintió que la sangre se le helaba en el corazón. Sin darse cuenta, se llevó la mano a la garganta. ¿Se habrían apoderado de Ashley los yanquis? Pero ¿por qué Frank no pedía explicaciones? ¿Por qué tomaba todo esto con tanta flema?

—¿Qué?... ¿Qué... —consiguió tartamudear.

—El antiguo administrador de su padre..., ese condenado Jonnas Wílkerson.

—¿Qué pasa? ¿Es que ha muerto?

—Caramba, Scarlett O'Hara —exclamó Tony, malhumorado—. ¿Es que iba a contentarme con hacerle un pequeño arañazo con mi cuchillo, habiéndoseme metido en la cabeza arreglar mis cuentas con él? No, por Dios. Eso está liquidado.

—Tiene usted razón —dijo Frank con desgana—. Nunca me ha sido simpático ese individuo.

Scarlett miró a su marido. No se trataba ya de aquel Frank timorato que ella conocía, el ser nervioso que pasaba las horas mordisqueándose los bigotes y se dejaba conducir tan fácilmente por malos caminos.

Había en Frank algo firme y resuelto, y no se mostraba dispuesto a perder el tiempo con palabras inútiles. Era un hombre. Y Tony era un hombre también, y en esta circunstancia en que mediaba la violencia, una mujer no tenía ni voz ni voto.

—Pero ¿es que... Ashley...?

—No. Él quería matarlo, pero yo le he dicho que éste era asunto mío, porque Sally es mi cuñada. Y terminó por comprender que tenía razón. Me ha acompañado a Jonesboro para estar allí si Wilkerson me hubiera cogido primero. Pero no me parece que el buen Ashley esté inquieto. Espero que no. ¿Es que no tienen compota para ponerle a esta mazorca? ¿No podrían darme algo más para llevarme?

—¡Me va a dar un ataque si no me lo cuenta usted todo!

—Espere, para el ataque, a que yo me haya ido, si es que tiene empeño en ello. Todo se lo contaré en tanto que Frank ensilla el caballo. Ese... Wilkerson ha fastidiado ya bastante. No tengo que decirle las tonterías que ha hecho. Lo cual no es sino una muestra de su inclinación por la crápula. Pero lo peor de todo era el modo que tenía de excitar a los negros. Si alguien me hubiera dicho que un día yo iba a odiar a los negros, no lo hubiera creído. ¡El diablo cargue con sus negras almas! Toman por evangelio todo lo que les dicen esos canallas y olvidan lo que por ellos hemos hecho aquí abajo. Hoy los yanquis hablan de concederles el derecho de voto y, en cambio, a nosotros nos lo niegan. Mire, en el Condado apenas hay un puñado de demócratas que no se vean tachados de las listas electorales, ahora que los yanquis han puesto de lado a todos los que combatieron en las filas del Ejército confederado. Si dejan votar a los negros, estamos listos. ¡Pero, en fin, Dios mío, nuestro Estado es nuestro y no de los yanquis! Esto no se puede tolerar. Y no lo toleraremos. Nos pondremos enfrente, aunque ello signifique empezar de nuevo la guerra. Pronto tendremos jueces negros, legisladores negros..., gorilas negros salidos de la jungla...

—De prisa..., por favor. ¿Qué ha hecho?

—Déme un poco más de eso antes de envolverlo. Pues bien, empezó a esparcirse el rumor de que Wilkerson iba un poco demasiado lejos con sus principios de igualdad. ¿Qué

quiere usted? Conferenciaba horas y horas con esos cretinos... En resumidas cuentas, tuvo el descoco de... —Tony se detuvo a tiempo—. Sí, el descoco de pretender que los negros tenían derecho a... a... unirse con mujeres blancas.

—Por Dios, Tony, no...

—Pues sí ¡caramba! No me extraña que ponga usted esa cara aterrorizada. Pero es necesario, con todo, que esté al corriente. Los yanquis les han contado esto a los negros de Atlanta.

—No sabía tal cosa.

—Entonces, es que Frank no ha querido hablar de ello. En todo caso, a consecuencia de esto, quedamos todos convenidos en hacer una visita... nocturna al señor Wilkerson y despacharlo de una vez; pero antes de haber podido ejecutar nuestro proyecto... ¿Se acuerda usted de aquel mocetón negro, Eustis, el que fue nuestro capataz?

—Sí.

—Pues bien, hoy mismo ha entrado en la cocina mientras Sally preparaba la cena y... no sé lo que le ha dicho. Tengo, por otra parte, la impresión de que no he de saberlo nunca; pero de todos modos algo le ha dicho y yo mismo he oído a Sally lanzar un grito. Entonces me he precipitado a la cocina y he encontrado a Eustis, borracho como un cerdo... Perdón, Scarlett...

—Continúe.

—Entonces he acabado con él de un pistoletazo y, cuando ha llegado corriendo la madre para atender a Sally, he saltado a la silla y he partido para Jonesboro a la busca de Wilkerson. Él era el culpable. De no ser él, jamás al pobre bruto se le hubiera ocurrido... Junto a Tara, me encontré a Ashley, el cual me acompañó, naturalmente. Me dijo que, después de lo que Wilkerson había tratado de hacer en Tara, quería arreglarle él mismo las cuentas. Por mi parte le repliqué que ello era a mí a quien me incumbía, porque Sally era la mujer de mi hermano muerto en la guerra. Todo el camino hemos ido discutiendo. Al llegar a la ciudad, he aquí que me doy cuenta de que no había cogido mi pistola. Me la había dejado en la cuadra. Estaba tan lleno de ira, que se me había olvidado.

Aquí se detuvo y mordió con toda su alma la mazorca de maíz que ahora comía. Scarlett se estremeció. La rabia asesina de los Fontaine se había hecho legendaria en el Condado, mucho antes de empezar aquel nuevo capítulo.

—No tuve más remedio que liquidarlo de una cuchillada. Lo encontré en el café. Le hice retroceder hasta un rincón, en tanto que Ashley mantenía a los otros en actitud prudente, y antes de agujerearle el pellejo tuve tiempo de explicarle el porqué de querer suprimirle. La cosa acabó antes de que pudiera darme cuenta —declaró Tony con aire pensativo—. Después, no me acuerdo de mucho, si no es de que Ashley me hizo subir de nuevo a caballo y me dijo que viniese a casa de ustedes. Para estas ocasiones, Ashley vale un mundo. Sabe conservar toda su sangre fría.

Volvió Frank, con el capote al brazo, y se lo tendió a Tony. Era su único abrigo, un abrigo bueno y caliente, pero Scarlett no protestó. El sentido y alcance de este asunto, estrictamente masculino, parecía serle inasequible.

—Pero, Tony..., es que le necesitan a usted en casa. Sin duda, si volviera y explicase...

—Se ha casado usted con una loca, Frank —lanzó Tony con una sonrisa, esforzándose al mismo tiempo en encajarse el capotón—. Scarlett imagina que los yanquis le van a dar confites a uno por haber defendido a uno de sus parientes contra un negro. La recompensa sería unos palmos de cuerda. Abráceme, Scarlett. Frank no se enfadará. Es muy

posible que no nos volvamos a ver nunca. Texas está lejos y no me arriesgaré a escribir. Luego que haya partido, hagan decir a mi familia que toda iba bien cuando salí.

Scarlett permitió a Tony que la abrazase. Los dos hombres salieron y quedaron charlando un momento en la terraza trasera. En seguida se oyó el ruido de un caballo que partía al galope. Tony se había marchado. Scarlett entreabrió la puerta y distinguió a Frank, que llevaba a la cuadra un caballo jadeante. Volvió a cerrar la puerta y se sentó, temblándole las rodillas.

Por lo demás, ella sabía muy bien bajo qué aspecto se presentaba la Reconstrucción; lo sabía tan bien como si la casa se hubiera visto atacada por una banda de salvajes medio desnudos. Ahora, una multitud de recuerdos la asaltaba. Veníanle a la mente muchas cosas en que apenas había parado atención estos últimos tiempos, conversaciones que había oído, pero no seguido con atención, discusiones de hombres, interrumpidas por su presencia, pequeños incidentes a los cuales no había concedido ninguna significación en su tiempo, advertencias que Frank le prodigaba vanamente para ponerla en guardia contra los peligros de ir al aserradero bajo la sola protección de tío Peter. Ahora, todos estos recuerdos concordaban y se fundían en una imagen terrorífica.

Los negros sostenidos por las bayonetas yanquis, eran los amos de la situación. «Me pueden matar, me pueden violar. Y ¿quién castigaría a los culpables?» Cualquiera que intentase una venganza estaría perdido, sin formalidades siquiera de juicio. Los oficiales yanquis se cuidarían tan poco de respetar la ley como de conocer las circunstancias del crimen, y ello no sería obstáculo para ahorcar a un sudista, sin otra forma de proceso.

«¿Qué podemos hacer? —se dijo, retorciéndose las manos, desesperada—. ¿Cuál será nuestra suerte con esos demonios, que no dudarían en colgar a un buen muchacho como Tony Fontaine, por haber defendido a las mujeres de su familia contra un borracho y un crapuloso?»

«No se puede tolerar esto, ha dicho Tony, y tiene razón. Pero ¿qué habrán de hacer los sudistas, reducidos a la impotencia, sino doblar el espinazo?» Y Scarlett empezó a temblar de miedo y, por primera vez en su vida, comprendió que las gentes y los acontecimientos tenían existencia real fuera de ella misma y que Scarlett O'Hara no era la única cosa que tenía valor en el mundo. Había, sí, en todo el Sur, miles de mujeres en el mismo caso que ella, miles de mujeres desarraigadas y sin defensa. Y había también miles de hombres que, habiendo depuesto las armas en Appomatox, las habían cogido de nuevo y estaban prestos a jugarse la vida de un minuto a otro por volar en socorro de estas mujeres.

En la cara de Tony había sorprendido ella algo, algo reflejado después en la de Frank, una expresión que había notado recientemente en el rostro de otros hombres de Atlanta, pero que hasta ahora no se había preocupado en analizar. Era una expresión muy distinta de aquel aire lúgubre y profundamente desanimado que se veía en los hombres que volvían a sus casas tras de la rendición. Entonces no pensaban sino en volver a sus hogares; pero ahora, ahora tenían de nuevo un objetivo, sus nervios se desentumecían, se reanimaba la antigua llama. Pensaban como Tony, con fría resolución: «¡Esto no puede tolerarse!».

Scarlett había visto a esos hombres del Sur, encantadores y peligrosos antes de la guerra, rudos e intrépidos en los últimos días de la lucha desesperada. Sin embargo, en el rostro de aquellos hombres, en las miradas que habían cambiado al vacilante resplandor de la bujía, había habido algo diferente, algo que la había reconfortado y horrorizado al mismo tiempo: un furor indescriptible con palabras, una voluntad que nada podía detener.

Por primera vez sintió como un lazo de parentesco con las gentes que la rodeaban, sintió que compartía sus temores y su amargura y que tenía la misma voluntad. ¡No, eso no

podía tolerarse! Era demasiado hermoso el Sur para dejarlo desaparecer sin combate, para permitir a los yanquis que lo aplastaran bajo sus botas. El Sur era una patria demasiado querida para abandonarla a aquellos zotes de negros, ebrios de whisky y de libertad.

Pensando en la brusca llegada de Tony y en su precipitada marcha, Scarlett se sintió emparentada también con él. Recordaba cómo su padre había huido de Irlanda, de noche, a consecuencia de un crimen que ni él ni su familia consideraban como tal. La sangre hirviente de Gerald corría por sus venas. Se acordó de la alegría que había experimentado matando al desertor yanqui. La misma sangre hirviente corría por las venas de todos esos hombres cuya cortés apariencia disimulaba la violencia a flor de piel. Todos los hombres que la conocía se parecían, hasta Ashley el soñador, hasta el timorato Frank, hasta Rhett, que, a pesar de ser un canana sin escrúpulos, había matado a un negro porque «había faltado al respeto a una mujer».

Cuando Frank, chorreante de lluvia, entró tosiendo, Scarlett se levantó de un salto.

—¡Oh, Frank! ¿Cuánto va a durar esto?

—Tanto como nos odien los yanquis, queridita. —¿No puede hacerse nada, entonces?

Frank se pasó la mano por la barba empapada.

—Sí, nos ocupamos de ello.

—¿Sí?

—¿Para qué hablar? Aún no hemos logrado nada. Tal vez nos lleve unos cuantos años. Tal vez... el Sur seguirá siempre así.

—No, eso no.

—Vamos a acostarnos, queridita. Debes de tener frío, estás tiritando.

—¡Cuándo podremos ver el fin de todo esto!

—Cuando se nos conceda de nuevo derecho a votar, pequeña. Cuando todos los que se han batido por el Sur puedan meter en la urna una papeleta de voto con el nombre de un sudista y de un demócrata.

—¡Una papeleta de voto! —exclamó Scarlett—. ¿Para qué sirve todo eso, si los negros se han vuelto locos y los yanquis los han levantado contra nosotros?

Frank empezó a darle explicaciones con su acostumbrada lentitud, pero la idea de que esas papeletas de voto podían acabar con todos aquellos males era demasiado complicada para ella. Además, ella no hacía otra cosa que pensar en Jonnas Wilkerson, que ya no sería una amenaza para Tara, y en Tony.

—¡Oh, pobres Fontaine! —exclamó—. ¡No queda más que Alex, y hay tanto trabajo en Mimosa! ¿Por qué no se le habrá ocurrido a Tony la buena idea de... de hacerlo por la noche, cuando nadie habría podido saber quién era? Sería más útil en su casa durante las labores de primavera que en Texas.

Frank le pasó el brazo por la cintura. Generalmente temblaba al hacerlo así, con una emoción anticipada; pero esta noche su brazo se mantenía firme y sus ojos tenían una mirada ausente.

—En estos momentos hay cosas más importantes que las labores, nena. Se trata, para empezar, de inspirar a los negros un saludable terror y de dar una lección a los yanquis. Mientras queden muchachos del temple de Tony no tendremos que alarmarnos demasiado por el Sur. Vamos a acostarnos.

—Pero, Frank...

—A condición de marchar codo con codo y de no dar ocasión alguna a los yanquis, creo que el día que menos te imagines habremos ganado. No te devanes los sesos, pequeña.

Ten confianza en los hombres que te rodean. Los yanquis acabarán por cansarse de perseguirnos cuando vean que no llegan a quebrantar nuestra resistencia. Todo acabará por quedar como antes y podremos vivir y educar a nuestros hijos honorablemente.

Scarlett pensó en Wade y en el secreto que guardaba hacía varios días. No, ella no quería educar a sus hijos en ese infierno de violencia, de pobreza, de odio y de inseguridad. Por nada del mundo quería que sus hijos conociesen lo que ella había conocido. Ella deseaba vivir en un mundo bien ordenado en que pudiese mirar el porvenir con confianza, cierta de que sus hijos tendrían siempre afecto y amparo, buena comida y excelentes ropas. ¿Y se figuraba Frank que el derecho de voto arreglaría todo eso? ¿El derecho de voto? ¿Para qué servía? Sólo había una cosa que permitiría resistir en cierta medida los golpes del destino: el dinero.

Bruscamente, comunicó a su marido que iba a tener un hijo.

Durante las semanas que siguieron a la fuga de Tony, destacamentos de soldados yanquis vinieron en diversas ocasiones a registrar la casa de tía Pittypat. Se presentaban sin prevenirla y a cualquier hora, recorrían todas las habitaciones, le hacían mil preguntas, abrían los armarios, miraban bajo las camas. Las autoridades militares habían oído decir que Tony había debido refugiarse en casa de la señorita Pittypat y estaban persuadidos de que allí seguía todavía o que se escondía por alguna parte de la vecindad.

No sabiendo nunca cuándo iba a irrumpir en su casa un oficial con un pelotón de hombres, tía Pittypat estaba continuamente «en un estado» tal, según la expresión de tío Peter, que ni Frank ni Scarlett le contaron la corta visita de Tony. Así que hablaba de buena fe cuando decía para disculparse que no había visto a Tony Fontaine más que una vez en su vida, el año 1862 por Navidad.

—Y, ¿sabe usted? —añadía con voz entrecortada por la emoción—, estaba completamente borracho.

Scarlett, que soportaba mal su embarazo, vivía entre un odio feroz hacia los uniformes azules y el miedo de que Tony se dejara coger y revelara el papel jugado por sus amigos. Las prisiones estaban llenas de gente que había sido detenida con menos motivo. Sabía que si acababan por descubrir la más mínima cosa, ella y Frank serían encarcelados, lo mismo que la inocente Pittypat.

Durante cierto tiempo se había hablado mucho en Washington de confiscar todos «los bienes de los rebeldes» para pagar las deudas de guerra de los Estados Unidos, y Scarlett se angustiaba pensando que el proyecto pudiera pasar a estudio nuevo. Por otra parte, por Atlanta corría el rumor de que iban a embargar los bienes de todos los que habían violado la ley marcial, y Scarlett temblaba ante la idea de que no solamente ella y Frank corrían el peligro de perder la libertad, sino el de que les quitaran su casa, el almacén y el aserradero. Y aun suponiendo que no se incautaran del negocio, ¿qué sería de éste, desatendido, si Frank y ella perdían la libertad? Odiaba a muerte a Tony por haberle ocasionado todas estas preocupaciones. ¿Cómo había hecho esto a unos amigos? ¿Cómo había podido Ashley darle el consejo de acogerse en su casa? Lo que es ella no ayudaría a nadie más, bien seguro. No le hacía ninguna gracia pensar que los yanquis pudieran de nuevo caer sobre ella como un enjambre de zánganos. No, atrancaría su puerta y no la abriría a nadie, quitando a Ashley, naturalmente. Durante algunas semanas, después de la breve visita de Tony, no se atrevió a pegar ojo. Al menor ruido en la calle ya estaba temiendo que fuera Ashley que se escapaba también a Texas, perseguido por haber ayudado a Fontaine. No sabía a qué atenerse en este punto, porque no osaba hablar en sus cartas de la visita nocturna de Tony. Los yanquis podían interceptarlas y echar la culpa también a los

de Tara. Sin embargo, pasaron las semanas sin tener malas noticias y Scarlett adivinó que Ashley había salido del lío. Después, cansados, los yanquis acabaron por dejar tranquila la casa.

Esta vuelta a la normalidad no libró a Scarlett de la angustia en que vivía desde que Tony había llamado a la puerta, angustia peor que los bombardeos durante el asedio, peor que el terror que le inspiraban los hombres de Sherman en los últimos días de la guerra. Parecía que la llegada de Tony en plena noche, mientras rugía la tempestad, la había despabilado, obligándola a constatar lo precario de su existencia.

Aquella fría primavera de 1865, Scarlett no tenía más que echar una ojeada a su alrededor para comprender los peligros que la amenazaban, igual que a todo el Sur. Por más que formara proyectos y combinara planes, por más que trabajara más duramente que sus esclavos lo habían hecho nunca, por más que triunfara de todos los obstáculos y resolviera, gracias a su energía, laboriosidad y sacrificios, problemas a los que su educación no la había acostumbrado, estaba expuesta a verse despojada de un momento a otro del fruto de sus esfuerzos. Y, si ocurría esto, no tendría derecho a ninguna compensación ni indemnización, a menos que los tribunales militares, cuyos poderes eran tan arbitrarios, quisieran oírla. En aquel tiempo sólo los negros gozaban de sus derechos. Los yanquis mantenían el Sur en un estado de postración del que no daban muestras de querer levantarlo. El Sur parecía gemir bajo la mano de un gigante maléfico y los que antes habían tenido influencia estaban ahora más inermes que lo habían estado nunca sus esclavos.

Importantes fuerzas militares permanecían acantonadas en Georgia y en particular en Atlanta. Los comandantes de las tropas yanquis en las diversas ciudades ejercían un poder absoluto sobre la población civil y hacían uso de aquel poder que les confería el derecho de vida y de muerte. Podían encarcelar a los ciudadanos con cualquier pretexto, o hasta sin él. Podían confiscarles los bienes, ahorCharles, hacerles la vida imposible con órdenes contradictorias sobre las operaciones comerciales, los sueldos de los criados, lo que se tenía derecho a decir en público o en privado, lo que se tenía derecho a escribir en los periódicos. Ordenaban la hora y el lugar para vaciar los cubos de la basura y decidían el tipo de canciones que las mujeres y las hijas de los ex confederados podían cantar. El primero que tarareaba «Dixie» o «Bella bandera azul» se hacía culpable de un crimen poco menos grave que el de alta traición. Algunos jefes militares llegaban hasta a negar el permiso de matrimonio a los futuros esposos que no habían prestado el odiado juramento.

La prensa estaba tan amordazada, que nadie podía protestar públicamente contra las injusticias o las depredaciones de los soldados, y toda protesta individual tenía pena de prisión. Las cárceles rebosaban de personalidades que se pudrían en los calabozos esperando ser juzgadas. Los jurados de los tribunales y la ley del «habeas corpus» estaban prácticamente abolidos. Los tribunales civiles todavía funcionaban, pero sometidos por entero al capricho de las autoridades militares, a las que no les importaba demasiado el cambiar las leyes a su gusto. Practicábanse detenciones en masa. A la menor sospecha de haber tenido propósitos sediciosos contra el Gobierno o de ser afiliado al Ku Klux Klan, se iba a la cárcel, y para esto también bastaba con ser acusado por un negro de «haberle faltado al respeto». Las autoridades no exigían pruebas ni testimonios. Bastaba una simple denuncia. Y, gracias a las incitaciones de la Oficina de Hombres Liberados, siempre había negros dispuestos a denunciar a cualquiera.

Los negros aún no habían obtenido el derecho al voto, pero el Norte estaba bien decidido a concedérselo y a hacer de suerte que sus votos le fueran favorables. En tales condiciones, ningún mimo era demasiado para los negros. Los soldados yanquis les

apoyaban incondicionalmente y el medio más seguro para un blanco de buscarse complicaciones era dar queja de algún negro.

Ahora, los antiguos esclavos dictaban la ley y, con la ayuda de los yanquis, los menos recomendables y los más ignorantes eran los cabecillas. Los mejores, en cambio, no dejaban de tomar en broma la emancipación y sufrían de todo tan cruelmente como los blancos. Miles de servidores negros que formaban la casta más elevada entre los esclavos permanecían fieles a sus dueños y se rebajaban a hacer trabajos que en otro tiempo hubieran considerado humillantes. Buen número de negros leales, empleados en el campo, se negaban igualmente a hacer uso de su libertad; pero era, sin embargo, entre ellos donde se reclutaban también las hordas de «miserables libertos» que más complicaciones originaban.

En tiempos de la esclavitud, los domésticos y los artesanos despreciaban a esos negros de baja estofa. En todo el Sur, muchas mujeres de colonos igual que Ellen, habían sometido a los negros a una serie de pruebas a fin de seleccionar a los mejores y confiarles puestos en que había que desplegar cierta iniciativa. Los demás, a los que se empleaba en las plantaciones, eran los menos diligentes y los menos aptos para el estudio, los menos enérgicos o los menos honrados, los más viciosos o los más embrutecidos. Y, de ahora en adelante, esta clase de negros, la última de la jerarquía negra, era la que hacía la vida imposible en el Sur.

Ayudados por los aventureros sin escrúpulos que manejaban la Oficina de Hombres Liberados, impulsados por los del Norte, cuyo odio llegaba al extremo del fanatismo religioso, los antiguos campesinos negros se habían encontrado elevados de repente al rango de dominadores y dueños del poder. Y, naturalmente, se conducían como cabía esperar de gente tan poco inteligente. Semejantes a monos o a niños que vivieran en medio de objetos cuyo valor no podían comprender, se entregaban a toda clase de excesos, ya por el placer de destruir, ya por simple ignorancia.

Hay que reconocer, no obstante, en descargo de los negros, que hasta entre los menos inteligentes muy pocos obedecían a malos instintos o a un sentimiento de rencor, y los que así obraban habían sido considerados siempre, y hasta en tiempo de la esclavitud, como «inmundos negros». Pero todos esos libertos no tenían más entendimiento que un niño y se dejaban dominar fácilmente. Habían adquirido, además, el hábito de obedecer, y sus nuevos dueños les daban órdenes de este género: «Vales más que cualquier blanco, así que ya sabes lo que tienes que hacer. En cuanto puedas votar a un republicano, podrás apoderarte de los bienes de los blancos. Es ya como si fueran tuyos. Cógelos, si puedes hacerlo».

Aquellos insensatos consejos les trastornaban el juicio. La libertad se convertía para ellos, pues, en una continua fiesta, en un carnaval de holgazanería, de rapiñas y de insolencias. Los negros del campo invadían las ciudades, dejando los distritos rurales sin mano de obra para las cosechas. Atlanta rebosaba de negros de éstos, que continuaban afluyendo a cientos para transformarse, por efecto de estas nuevas doctrinas, en seres vagos y peligrosos. Amontonados en sórdidas cabanas, la viruela, el tifus y la tuberculosis los diezmaban. Acostumbrados a ser cuidados por sus dueñas, no sabían cómo luchar contra la enfermedad.

En tiempo de la esclavitud, los negros se ponían ciegamente en manos de sus dueños para el cuidado de los niños pequeños y de los ancianos; y ahora no tenían la menor idea de los deberes que les incumbía llenar con los jóvenes y los viejos sin defensa. La Oficina de Liberados se preocupaba demasiado del aspecto político de las cosas para

proporcionar a los negros los mismos servicios desinteresados que los antiguos plantadores.

Los negritos, abandonados por sus padres, correteaban por toda la ciudad como bestias aterrorizadas, hasta que los blancos se apiadaban, les abrían la puerta de la cocina y se encargaban de eduCharles. Los viejos campesinos negros, enloquecidos por el movimiento de la gran urbe, sentábanse lamentablemente al borde de las aceras, gritando a las damas que pasaban: «Señora, por favor, mi dueño está en el Condado de Fayette. Él vendrá a buscar a su pobre negro para llevarlo a casa. Ya estamos hartos de esta libertad, señora».

Los funcionarios de la Oficina de Hombres Liberados, desbordados por el número de solicitantes, se daban cuenta demasiado tarde de ciertos errores y esforzábanse en devolver todos aquellos negros a sus antiguos dueños. Les decían que, si querían volver a la tierra, serían tratados como trabajadores libres, con un salario fijo. Los viejos obedecían con alegría, viniendo a complicar la tarea de los colonos que, reducidos a la miseria, no tenían, sin embargo, el valor de no acogerlos; pero los jóvenes se quedaban en Atlanta. No querían oír hablar de trabajo. ¿Para qué trabajar cuando se tiene qué comer? Por primera vez en su vida, los negros tenían la posibilidad de ingerir tanto whisky como querían. Antes, sólo bebían por Navidad, cuando cada uno de ellos recibía su «gota» al tiempo que su aguinaldo. Pero de ahora en adelante tenían no solamente a los agitadores de la Oficina y a los *carpetbaggers* para embriagarlos, sino que las copiosas libaciones de whisky y los actos de violencia se hacían inevitables. Ni la vida ni los bienes de los ciudadanos se hallaban seguros, y los blancos, sin la protección de la ley, estaban aterrorizados. Los negros, borrachos, insultaban a todo el mundo en plena calle. De noche incendiaban las granjas y las casas, de día robaban los caballos y los corrales. Se cometían toda clase de crímenes y sus autores quedaban casi siempre impunes.

Sin embargo, tales infamias no eran nada en comparación con el peligro al que estaban expuestas las mujeres blancas, gran número de las cuales, privadas por la guerra de sus naturales protectores, vivían solitarias en el campo o junto a los caminos desiertos. Fue la gran cantidad de atentados perpetrados contra las mujeres y el deseo de sustraer a sus esposas y a sus hijas a este peligro lo que exasperó a los hombres del Sur, decidiéndoles a fundar el Ku Klux Klan. Y los periódicos del Norte se pusieron a vituperar a esta organización porque operaba de noche, sin caer en la cuenta de la trágica necesidad que había determinado su constitución. El Norte quería que se persiguiera a todos los miembros del Klan y que se les ahorcara por haberse atrevido a tomarse la justicia por su mano, en una época en que las leyes y el orden público eran despreciados por los invasores. En aquel tiempo se asistía, estupefacto, al espectáculo de una nación en la que una mitad se esforzaba por imponer a la otra la dominación de los negros a punta de bayoneta. Negando el Norte el derecho de voto a sus antiguos dueños, quería concedérselo a esos negros que frecuentemente habían abandonado la selva africana hacía apenas una generación. Creía el Norte que mantener al Sur bajo su bota y privar a los blancos de sus derechos era uno de los medios para impedir que se sublevase. La mayor parte de los hombres que habían combatido en las filas confederadas, o que habían ocupado un cargo público no tenían más derecho de votar que de elegir a los funcionarios. Gran número de ellos, a ejemplo del general Lee, deseaban prestar el juramento de descargo, volver a ser de nuevo ciudadanos y olvidar el pasado, pero no se les permitía. Y, en cambio, aquellos a quienes se concedía este derecho se negaban a aceptarlo, declarando que no querían jurar fidelidad a un Gobierno que les infligía deliberadamente tantas crueldades y humillaciones.

Scarlett oía repetir sin cesar: «Yo hubiera prestado el condenado juramento que

exigen los yanquis si se comportaran decentemente. Podré ser reintegrado a la Unión; pero no quiero ser "reconstruido" en ella».

De día y de noche el miedo y la ansiedad devoraban a Scarlett. La amenaza de los negros, a los que ninguna ley retenía, el temor a ver a los soldados yanquis despojarla de todos sus bienes eran para ella una continua pesadilla. Por más que se repitiera sin cesar la frase que Tony Fontaine había pronunciado con tanta energía: «No, Scarlett, el buen Dios no puede tolerar esto. ¡Y no lo tolerará!», apenas reaccionaba contra el desaliento que se apoderaba de ella, cuando constataba su impotencia, la de sus amistades y la del Sur entero.

A pesar de la guerra, el incendio y la Reconstrucción, Atlanta había vuelto a ser la ciudad coqueta de antes. En muchos aspectos, recordaba la ciudad joven y activa de los primeros días de la Confederación. Desgraciadamente, los soldados esparcidos por sus calles no llevaban el uniforme que se hubiera deseado ver, ni el dinero estaba entre las manos donde hubiera sido necesario, y así los negros se daban la mejor vida, mientras sus antiguos dueños pasaban por pésimos ratos y morían de hambre.

A primera vista Atlanta daba la impresión de una urbe próspera que se levantara rápidamente de entre las ruinas; pero, observando mejor, podía uno advertir que el miedo y la miseria reinaban en ella. Comparada con Savannah, con Charleston, con Augusta, con Richmond y con Nueva Orleáns, parecía que Atlanta sería siempre una ciudad activa, cualesquiera que fuesen las circunstancias. No era, sin embargo, de buen tono agitarse, porque resultaba «demasiado yanqui», pero en aquella época Atlanta estaba peor educada y era más yanqui que lo había sido nunca ni lo sería jamás. Las «gentes nuevas» afluían por todos lados y, de la mañana a la tarde, se andaba a tropezones por las ruidosas calles. Los soberbios troncos de caballos de las esposas de los oficiales yanquis o de los *carpetbaggers* salpicaban las moradas ruinosas de los burgueses. Las suntuosas residencias de los extranjeros ricos crecían en medio de las casas discretas de los antiguos habitantes.

La guerra había consagrado definitivamente la importancia de Atlanta en el Sur y ya la fama de la ciudad llegaba lejos. Las vías férreas por las que Sherman había luchado todo un otoño y que habían costado la vida de miles de hombres traían de nuevo la vida a la ciudad que habían creado. Atlanta había vuelto a ser el centro económico de una vasta región que atraía a una oleada de nuevos ciudadanos, malos y buenos.

Los *carpetbaggers* habían establecido su cuartel general en Atlanta y se codeaban en las calles con los representantes de las más antiguas familias del Sur. Los colonos, cuyas propiedades habían sido incendiadas durante la marcha de Sherman, abandonaban sus plantaciones de algodón que ya no podían cultivar sin esclavos y venían a instalarse en Atlanta. Cada día llegaban nuevos emigrantes que huían de Tennessee y de las Carolinas, donde la Reconstrucción revestía un aspecto todavía más duro que en Georgia. Gran número de irlandeses y alemanes, ex mercenarios de los Ejército de la Unión, se habían fijado en Atlanta, a su desmovilización. Las esposas y las familias de los yanquis, acantonadas en la ciudad, eran impulsadas por la curiosidad de conocer el Sur después de cuatro años de guerra, viniendo a engrosar el contingente de población. Toda clase de aventureros se daba cita con la esperanza de hacer fortuna y los negros del campo continuaban llegando a centenares.

Abierta al primer llegado como un pueblo fronterizo, la escandalosa ciudad no intentaba en modo alguno disimular sus pecados y sus vicios. Los cafés se hacían de oro. A veces, había dos o tres seguidos en la misma acera. Por las tardes las calles se llenaban de borrachos, negros o blancos, que andaban vacilantes. Apaches, rateros y prostitutas vagaban por las avenidas sin luz o por las calles mal alumbradas. En los garitos se jugaba a todo

tren. No pasaba noche sin que hubiera riñas a cuchillo o revólver. Los ciudadanos respetables estaban escandalizados de que Atlanta tuviera un barrio reservado más extendido y próspero que durante las hostilidades. Toda la noche, detrás de las persianas bajadas, se oía tocar el piano, reír y cantar canciones groseras, subrayadas frecuentemente por gritos y pistoletazos. Las pensionistas de estas casas eran todavía más atrevidas que las prostitutas del tiempo de guerra y, asomadas descaradamente a la ventana, llamaban a los transeúntes. El domingo por la tarde los bellos coches cerrados de las patronas del barrio atravesaban las principales calles de la ciudad paseando a sus pupilas, que iban con los mejores vestidos y miraban a través de las cortinas echadas.

Bella Watling era la más célebre de aquellas damas. Había hecho construir una gran casa de dos pisos que eclipsaba a todas las del barrio. En el bajo abríase una espaciosa sala de café, con los muros elegantemente decorados con pinturas al óleo. Una orquesta negra tocaba todas las tardes. Los dos pisos superiores se componían de habitaciones que, de creer el rumor que corría, estaban alhajadas con muebles de peluche de los más elegantes, sólidas cortinas de encaje y un número impresionante de espejos con marco dorado. La docena de muchachas de la casa eran muy bonitas, aunque pintadísimas, y se conducían con mucha más decencia que las pensionistas de las otras casas. Por lo menos la policía había tenido que intervenir muy pocas veces en casa de Bella.

Las señoras de Atlanta sólo hablaban de esta casa en voz baja y los sacerdotes, desde el pulpito, lanzaban contra ella sus anatemas en términos velados, pintándola como un abismo de iniquidad, un lugar de perdición y un azote de Dios. Todo el mundo estimaba que una mujer de la estofa de Bella no había podido ganar por sí sola bastante dinero para montar un establecimiento tan lujoso. Así que debía tener un protector, y un protector muy rico. Como Rhett no se había preocupado nunca de ocultar sus relaciones con ella, se le atribuía, ¡ naturalmente, este papel. Por otra parte, bastaba echar la vista a Bella en su coche cerrado, conducido por un arrogante negro, para darse cuenta de que nadaba en la opulencia. Cuando pasaba al trote de dos soberbios caballos bayos, los niños que conseguían escaparse de casa se precipitaban para verla y cuchicheaban con voz emocionada: «¡ Es Bella, es Bella! ¡ He visto sus cabellos rojos!»

Junto a las casas bombardeadas y reparadas de cualquier modo con ayuda de viejas tablas y de ladrillos ennegrecidos por el humo, se elevaban las suntuosas residencias de los *carpetbaggers* y de los especuladores de la guerra, que no habían ahorrado cornisas en los techados, torrecillas y amplios campos de césped en el jardín. Noche tras noche veíanse llamear las vidrieras de estas casas brillantemente iluminadas con gas y bailar al son de músicas que se esparcían por el aire. Las mujeres, acicaladas con magníficos vestidos de seda, paseaban ante las ventanas en compañía de hombres de etiqueta. Los tapones del champaña saltaban; sobre los manteles de encaje se servían cenas de siete platos; los convidados se hartaban de jamón, pato en su salsa, bocadillos de «foie gras» y frutas exóticas.

En el interior de las viejas casas reinaban la miseria y las privaciones. La existencia era tanto más amarga y más dolorosa por el hecho de que cada uno luchaba heroicamente para conservar su dignidad y afectar una orgullosa indiferencia por las cuestiones de orden material. El doctor Meade sabía demasiado de estas familias que, echadas de sus casas, se habían tenido que refugiar en pensiones y más tarde habían ido a parar a una buhardilla. Abundaban los clientes que sufrían «debilidad cardíaca» o «languidez». Ni él ni sus pacientes ignoraban que las privaciones eran la única causa de todos sus males. Hubiera podido citar el caso de familias enteras atacadas de consunción. La pelagra que antes de la

guerra sólo se encontraba entre los blancos más pobres, hacía ahora su aparición en las mejores familias de Atlanta. Y luego había los bebés raquíticos y las madres que no podían darles el pecho. En otro tiempo el viejo doctor tenía costumbre de dar gracias a Dios devotamente cada vez que asistía a un parto. Ahora, ya no consideraba la vida como un beneficio tan grande. Se hacía mal en traer niños al mundo. ¡Morían tantos en los primeros meses de su existencia!

En las grandes casas de postín derrochábase el vino y la luz; allí el baile y las orquestas, los encajes y los brocados; del otro lado de la calle, el frío, la lenta inanición. La arrogancia y la dureza para los vencedores; los punzantes sufrimientos y el odio para los vencidos.

38

Scarlett asistía a todo esto, lo vivía, siempre pensando con terror en el día siguiente. Sabía que ella y su marido figuraban en las listas negras de los yanquis a causa de Tony y que corrían el peligro de que el desastre se abatiera sobre sus cabezas de un momento a otro. Y, sin embargo, ahora menos que nunca podía dejar que la despojasen del fruto de sus esfuerzos. Esperaba un hijo, la serrería comenzaba precisamente a dar rendimiento, aún tenía que preocuparse del mantenimiento de Tara hasta el otoño, hasta la próxima cosecha del algodón. ¿Y si lo perdía todo? ¿Si tenía que volver a empezar con las pobres armas de que disponía para defenderse contra un mundo que se había vuelto loco? ¿Si había que entablar nuevo combate contra los yanquis y contra todo lo que representaban, poniendo en juego sus ojos verdes, sus labios rojos, toda la energía de su cerebro? Devorada por la angustia, creía preferible matarse antes que pasar otra vez por lo que había pasado.

En medio de las ruinas y del caos reinante en aquella primavera de 1866, Scarlett consagró toda su energía a aumentar el rendimiento de la serrería. Había dinero en Atlanta. La ola de reconstrucción le proporcionaba la ocasión con que tanto había soñado y sabía que podría ganar dinero, si no la metían en la cárcel. Para conservar su libertad no tenía más remedio que poner punto en boca, doblar el espinazo bajo los insultos, soportar las injusticias y evitar disgustar a cualquiera, blanco o negro, que pudiera perjudicarla. Por mucho que detestara a los libertos, por más que sintiera un escalofrío de cólera cada vez que, al cruzarse con alguno de esos negros insolentes, le oía bromear o reír, nunca le dirigiría una mirada despreciativa. Por más que odiara a los *carpetbaggers* y a los *scallawags,* que tan rápidamente hacían fortuna, mientras le costaba tanto a ella, jamás dejaría escapar la menor observación descortés sobre ellos. Nadie en Atlanta sentía más repulsión que ella por los yanquis, ya que la sola vista de un uniforme azul la enloquecía de rabia, pero hasta en la intimidad se guardaba bien de hablar nada sobre ellos.

«Yo no seré tan tonta como los otros —se decía con aire sombrío—. Que los demás pierdan el tiempo lamentándose sobre el buen tiempo pasado y sobre los hombres que ya no han de volver. Que los demás despotriquen a sus anchas contra el dominio de los yanquis, que lloren porque se les aleja de las urnas, que vayan a la cárcel por haber hablado a tontas y a locas, que se ks ahorque por formar parte del Ku Klux Klan (este nombre inspiraba casi tanto terror a Scarlett como a los negros), que las demás mujeres estén orgullosas de ver a sus maridos inscritos en sus filas (gracias a Dios, Frank no se ha mezclado nunca en estas historias); sí, que los demás se acaloren, fulminen y tramen conspiraciones a su gusto... No por ello se puede cambiar el estado de cosas y, además, ¿para qué sirve todo este apego al pasado, cuando el presente es tan angustiador y el porvenir tan incierto? ¿A qué vienen esos cuentos del voto, cuando lo primero es conseguir el pan, y tener un techo, y no ir a la cárcel? ¡Oh, Dios mío, que no me ocurra ninguna complicación de aquí a junio!»

¡Sólo hasta junio! Scarlett sabía que entonces tendría que encerrarse en casa de tía Pittypat hasta el nacimiento de su hijo. Se le reprochaba ya que se presentara en público en el estado en que se encontraba. Ninguna mujer distinguida salía cuando estaba embarazada. Frank y Pittypat le suplicaban que les ahorrara esta nueva vergüenza y ella les había prometido que dejaría de trabajar en junio.

¡Sólo hasta junio! En junio, la serrería iría ya lo bastante bien para no requerir su presencia. En junio, ya tendría el dinero suficiente para contemplar los acontecimientos con más confianza. Pero ¡tenía todavía tantas cosas que hacer y disponía de tan poco tiempo!

Hubiera querido que los días fueran más largos y se pasaba contando febrilmente los minutos. Hacía falta a toda costa ganar dinero, aún más dinero.

A fuerza de acosar a Frank había acabado por hacerle salir un poco de su timidez. Había obtenido el pago de algunas facturas y el almacén producía algo más. Sin embargo, Scarlett contaba con la serrería fundamentalmente. En aquel tiempo Atlanta era como un árbol gigante al que se hubiera cortado el tronco a ras del suelo, pero que hubiera vuelto a crecer con más vigor. Los contratistas de obras no daban abasto a su clientela. Los precios de la madera, del ladrillo y de la piedra de sillería subían y la serrería funcionaba de la mañana a la tarde sin descanso.

Scarlett pasaba en la serrería parte de la jornada. Lo vigilaba todo y, persuadida de que la robaban, se esforzaba en poner coto a este estado de cosas. Pero de todos modos pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad visitando a los contratistas y a los carpinteros. A cada uno le dirigía una palabra amable y no se despedía de ellos hasta haber obtenido un encargo o la promesa de comprarle a ella la madera.

No tardó en hacerse una figura célebre en las calles de Atlanta. Arropada en su capa, con sus delicadas manos enguantadas cruzadas sobre las rodillas, pasaba en su carruaje, al lado del viejo Peter, muy digno y muy poco a gusto con su papel. Tía Pittypat había confeccionado a su sobrina una linda manteleta verde, para disimular su embarazo, y un sombrero del mismo color, para recordar el de sus ojos. Este atuendo le sentaba a las mil maravillas y se lo ponía siempre que iba a ver a sus clientes. Con una ligera capa de rojo en las mejillas y un sutil perfume de agua de colonia a su alrededor, ofrecía ella una imagen deliciosa mientras no se veía obligada a descender del coche pie a tierra. La mayor parte de las veces le bastaba con una sonrisa o un pequeño gesto amistoso para que los hombres se acercaran a su coche y a veces se veía incluso a algunos que permanecían bajo la lluvia discutiendo con ella de negocios.

No era ella la única que había entrevisto la posibilidad de ganar dinero con los materiales de construcción, pero no temía a sus contrincantes. Se daba cuenta, con legítimo orgullo, que valía más que cualquiera de ellos. Era digna hija de Gerald y las circunstancias no hacían más que agudizar el sentido comercial que había heredado de su padre.

Al principio, los otros comerciantes en madera se habían reído de buena gana pensando que una mujer pudiera meterse en negocios, pero ahora ya no les hacía tanta gracia. Cada vez que veían a Scarlett renegaban entre dientes. El hecho de que fuera una mujer era frecuentemente un tanto a su favor, y, además, ella sabía aparentar que se encontraba desamparada, ponía tal aire implorante, que todos le tenían algo de lástima. Acertaba sin la menor dificultad a engañar a las personas sobre su verdadero carácter. Se la tomaba sin esfuerzo por una mujer valerosa, pero tímida, obligada por las circunstancias a ejercer un desagradable oficio, por una pobre mujer indefensa, que se moriría probablemente de hambre si sus clientes no le comprasen la madera. Sin embargo, cuando el género mujer de mundo no daba los resultados previstos, se convertía rápidamente en mujer de negocios y no dudaba en vender hasta perdiendo, con tal de procurarse un nuevo cliente. Tampoco le repugnaba vender una partida de madera de mala calidad al mismo precio que otra de calidad superior, cuando estaba segura de que no se le descubriría la trampa, y no tenía el menor escrúpulo en poner por los suelos a sus competidores. Fingiendo una gran repugnancia en revelar la triste verdad, suspiraba y declaraba a sus futuros clientes que la madera de los otros comerciantes no solamente era mucho más cara, sino que estaba húmeda, llena de nudos, de una calidad deplorable en fin.

La primera vez que Scarlett dijo una mentira de tal especie se sintió a un tiempo

desconcertada y culpable. Desconcertada por la espontaneidad y naturalidad con que había mentido, culpable al pensar de repente: «¿Qué hubiera dicho mamá de esto?»

Lo que hubiera dicho Ellen de su hija que recurría a sistemas poco leales no era difícil averiguarlo. Acongojada e incrédula, le habría dicho unas cuantas cosas que le hubieran llegado a lo hondo, bajo una apariencia afectuosa; le habría hablado del honor, de la honradez, de la lealtad y de los deberes para con el prójimo. De momento, Scarlett tembló evocando el rostro de su madre; después la imagen se difumino, se borró bajo el efecto de esa brutalidad sin escrúpulos y de esa avidez que se habían desarrollado en ella como una segunda naturaleza en la trágica época de Tara. Así, Scarlett franqueó la nueva etapa como había franqueado las otras, suspirando de un modo que no hubiera aprobado Ellen, encogiéndose de hombros y repitiéndose su infalible fórmula: " ¡Ya pensaré más tarde en esto!"

Ya nunca volvió a asociar el recuerdo de Ellen a sus operaciones comerciales; nunca volvió a sentir remordimientos al emplear medios desleales para quitar clientes a los otros comerciantes en maderas. Por lo demás, sabía que no tenía nada que temer de estas mentiras. El caballeroso carácter de los sudistas le servía de garantía. En el Sur, una mujer de mundo podía decir lo que le venía en gana de un hombre, mientras que un hombre que se respetase no podía decir nada de una mujer y mucho menos llamarla mentirosa. No les quedaba, pues, a los otros comerciantes más que echar pestes interiormente contra Scarlett y declarar en voz bien alta, en su casa, que pagarían cualquier cosa porque la señora Kennedy fuera un hombre nada más que cinco minutos.

Un blanco de origen humilde que poseía una serrería junto a la carretera de Decatur trató de combatir a Scarlett con sus propias armas y declaró abiertamente que la joven era una mentirosa y una sinvergüenza. Pero le salió mal la jugada. Todo el mundo quedó horrorizado viendo que un blanco se atrevía a decir tales monstruosidades de una señora de buena familia, aunque se comportara de modo tan poco femenino. Scarlett no respondió a aquellas acusaciones, permaneció muy digna y, porquito a poco, desplegó todos sus esfuerzos para quitarle a aquel hombre la clientela. Ofreció mejores precios que los suyos y, doliéndole en su fuero interno, entregó madera de tan buena calidad para probar su probidad comercial, que no tardó en arruinar al desgraciado. Entonces, con gran escándalo de Frank, le impuso una serie de condiciones y le compró la serrería.

Una vez en posesión de esta segunda serrería tuvo que resolver el delicado problema de encontrar un hombre de confianza que la dirigiera. No quería oír hablar de otro señor Johnson. Sabía bien que, a despecho de toda vigilancia, seguía vendiéndole su madera a escondidas; pero pensó que, no obstante, no le sería muy dificultoso encontrar a la persona que deseaba. ¿No era todo el mundo pobre como Job? ¿No estaban llenas las calles de parados, algunos de los cuales habían nadado antaño en la abundancia? No pasaba día sin que Frank diera limosna a algún ex soldado muerto de hambre o que Pitty y Cookie no dieran de comer a algún mendigo andrajoso.

Sin embargo, Scarlett, por alguna razón que no acertaba a comprender, no pensaba dirigirse a esta clase de gente: «No quiero hombres que lleven un año parados y aún no han encontrado nada —se decía—. Si no han sabido arreglárselas solos, es mal síntoma.

Y, además, ¡tienen un aire tan famélico! No me gusta esta gente. Lo que me hace falta es alguien inteligente y enérgico como Rene, o Tommy Wellbum, o Kefis Whiting, o hasta uno de esos muchachos Simmons... En una palabra, cualquiera de este temple. No tienen ese ai ce de no importarles ya nada que tenían los soldados al día siguiente de la rendición. Ellos, al menos, tienen aspecto de tener algo en el estómago».

Pero una sorpresa aguardaba a Scarlett. Los Simmons, que acababan de montar una fábrica de ladrillos, y Kells Whiting, que se dedicaba a vender una loción capilar preparada por su madre, sonrieron cortésmente, le dieron las gracias y no aceptaron su ofrecimiento. Lo mismo le ocurrió con una docena de hombres. Ya desesperada, aumentó el salario que pensaba ofrecer, pero tampoco tuvo éxito. Uno de los sobrinos de la señora Merriwether le indicó con cierta impertinencia que si había de guiar una carreta prefería guiar la suya y depender de sí mismo mejor que de Scarlett.

Una tarde, Scarlett mandó parar el coche junto a la carretilla de Rene Picard y se dirigió a este último, que conducía a casa a su amigo Tommy Wellbum:

—¡Eh, oiga, Rene! ¿Por qué no viene a trabajar conmigo? Reconozca que es más digno dirigir una serrería que dedicarse a vender pasteles por las calles. Yo en su lugar me moriría de vergüenza.

—¿Morirme de vergüenza? No sé ya lo que es la vergüenza s —contestó Rene, sonriendo—. Ya puede hablarme usted de dignidad; me quedo tan fresco. Mientras la guerra no me hizo tan libre como los negros, llevaba una vida llena de dignidad. Ahora, esto se ha acabado. No voy a sofocarme por tan poca cosa. Me gusta el carrito. Me gusta mi mula. Yo quiero mucho a esos yanquis que me compran los pasteles de mi suegra. No, querida Scarlett, ¡me voy a convertir en el Rey de los pasteles! ¡Es mi sino! Y sigo mi estrella, como Napoleón.

Con el extremo de su fusta dibujó un arabesco dramático. —Pero usted no ha nacido para vender pasteles, lo mismo que Tommy no lo ha hecho para discutir con una retahila de albañiles irlandeses. Lo que yo hago es más...

—Así que usted sí que había nacido para dirigir una serrería, ¿eh? —la interrumpió Tommy, con un marcado pliegue de amargura en las comisuras de los labios—. Sí, estoy viendo desde aquí a la pequeña Scarlett aprendiéndose la lección en las rodillas de su madre: «No vendas nunca madera buena si puedes vender la mala a mejor precio». Rene se desternillaba de risa oyendo aquello. Sus ojillos de mono chispearon de malicia. Dio a Totnmy un codazo de asentimiento.

—¿No sabe usted ser más educado? —replicó Scarlett en un tono seco, porque no veía por ninguna parte la gracia de la broma de Tommy—. Naturalmente que yo no había nacido para dirigir una serrería.

—Conste que no he querido ofenderla. De todos modos, es un hecho que se encuentra usted al frente de una serrería y no lo hace del todo mal. En todo caso, por lo que veo a mi alrededor, nadie hace de momento aquello a que estaba destinado, y hay que abrirse camino como sea. ¿Por qué no pone usted a uno de esos *carpetbaggers* que son tan listos, Scarlett? Ya sabe usted que hay de sobra.

—No quiero un *carpetbagger.* Los *carpetbaggers* no trabajan y arramblan con todo lo que tienen a mano. Si fuera verdad que valen nada más que un poquito, se estarían guapamente en su casa y no vendrían aquí a despojarnos a nosotros. Lo que yo quiero es un hombre dispuesto, que pertenezca a un medio conveniente, alguien inteligente, honrado, enérgico y...

—No exige usted mucho, pero no creo que encuentre a ese pájaro tan raro, con el sueldo que ofrece. Mire, aparte de los mutilados, todos los tipos que le convendrían se han colocado. Sin duda no han nacido para los puestos que ocupan, pero esto no tiene demasiada importancia. Se han creado una situación y preferirán conservarla seguramente a trabajar con una señora.

—No será tan difícil encontrarlos cuando están a dos velas.

—Tal vez, pero siempre tienen su orgullo, no crea...

—¡Orgullo! Es gracioso; eso del orgullo, sobre todo —contestó Scarlett con malicia.

Los dos hombres emitieron una risa un poco forzada y Scarlett tuvo la impresión de que se acercaban uno al otro para manifestar su común desaprobación. Lo que Tommy acababa de decir era cierto, pensó, pasando revista a todos los hombres a los que había ofrecido o se proponía ofrecer la dirección de la serrería. Todos tenían un empleo. Todos lo pasaban muy mal, mucho peor que lo habían pasado nunca antes de la guerra. Sin duda no hacían lo que les gustaba o lo que era menos desagradable, pero hacían algo. Eran demasiado duros los tiempos para permitirse el lujo de elegir la profesión. Y si lloraban sus esperanzas perdidas, si echaban de menos la vida fácil de otros tiempos, nadie se daba cuenta. Estaban de nuevo en guerra, una guerra más ruda que la otra. Tenían sed de vivir, estaban animados del mismo ardor que durante la guerra, cuando su vida no había sida aún partida en dos.

—Scarlett —dijo Tommy con aire forzado—, me es muy desagradable pedirle un favor, sobre todo después de haberle dicho algunas cosas poco galantes, pero me arriesgo de todos modos. Además, puede que le sea de utilidad. A mi cuñado, Hugh Elsing, no le va demasiado bien su negocio de combustibles. Fuera de los yanquis, todo el mundo se proporciona por sí mismo la pequeña cantidad de combustible que necesita. Me consta, además, que no andan bien en casa de los Elsing. Yo... les ayudo en lo que puedo, pero, ya comprenderá usted, tengo a mi mujer y además he de sostener a mi madre y a mis dos hermanas que viven en Sparta. Hugh puede ser el hombre que usted busca. Ya sabe usted que pertenece a una buena familia y que es honrado a carta cabal.

—Pero Hugh no debe de ser muy listo. Si no, ya habría sabido arreglárselas.

Tommy se encogió de hombros.

—¡Tiene usted un modo de considerar las cosas, Scarlett! —respondió—. Usted imagina que Hugh es un hombre acabado y, sin embargo, podría usted hacer peor elección. Me da la impresión de que su honradez y sus buenos deseos compensarían sobradamente su ! falta de sentido práctico.

Scarlett no contestó por miedo a parecer grosera. Ella no conocía casi ninguna, por no decir ninguna, cualidad que pudiera compararse al sentido práctico.

Después de haber corrido toda la ciudad y rechazado las demandas de muchos *carpetbaggers* deseosos de obtener la dirección de la serrería, acabó por dar la razón a Tommy y se dirigió a Hugh Elsing. Durante la guerra se había mostrado como un oficial lleno de valor y de recursos, pero dos graves heridas y cuatro años de campaña parecían haberle desposeído de toda energía. Tenía precisamente el aspecto de hombre alicaído que tanto desagradaba a Scarlett, y en modo alguno era el sujeto que había esperado encontrar.

«Es idiota —se decía—. No entiende nada de negocios y apostaría a que ni sabe sumar. Pero, en fin, es honrado y por lo menos no me robará.»

En aquel tiempo, Scarlett se preocupaba poco, sin embargo, de la honradez; pero cuanto menos importancia le daba en sí misma, más la deseaba en el prójimo.

«¡Qué lástima que Johnnie Gallegher esté ligado por un contrato a Tommy Wellburn! —pensaba—. Es exactamente el tipo de hombre que me haría falta. Duro con la gente, astuto como un zorro, estoy segura de que si le pagara bien no trataría de robarme. Nos entendemos muy bien los dos y podríamos hacer buenos negocios juntos. Cuando el hotel esté terminado, tal vez venga a mi casa. Mientras tanto, no tendré otro remedio que contentarme con Hugh y con Johnson. Si confío la nueva serrería a Hugh y dejo la vieja a Johnson, podré ocuparme de la venta en la ciudad. Hasta que me haga con Johnnie, habré

de tolerar a Johnson. ¡Si al menos no fuera un ladrón! Me parece que voy a construir un almacén de maderas en la mitad del terreno que me dejó Charles. ¡Si Frank no fuera tan quisquilloso podría yo también construir un café en la otra mitad! No importa, que diga lo que quiera, tan pronto tenga bastante dinero, construiré el café. Pero ¡qué puntilloso es este Frank! Señor, ¡por qué habré elegido este momento para tener un hijo! Dentro de poco no podré ni salir. ¡Ay, Dios mío; si al menos no estuviese encinta! ¡Si siquiera estos yanquis quisiesen seguir dejándome tranquila! Si...»

¡Si! ¡Si! ¡Si! Había tantos «síes» en la vida... Nunca se estaba seguro de nada. Siempre vivía uno como el pájaro en la rama, con miedo a perder lo que se tenía, con miedo a conocer el frío y el hambre. La verdad es que Frank ganaba más ahora, pero siempre estaba acatarrado y muchas veces se veía obligado a guardar cama varios días. ¿Y si se volvía un inútil? No, no podía contar con él. No podía contar con nada ni con nadie fuera de ella. ¡Y lo que ella ganaba resultaba tan poca cosa! ¿Qué haría si los yanquis la despojaban de todo lo que tenía? ¡Si! ¡Si! ¡Si!

Cada mes, Scarlett enviaba la mitad de sus ganancias a Tara. Con la otra mitad amortizaba su deuda con Rhett y ahorraba el resto. Ningún avaro contó su oro más veces que ella, ninguno temió tanto perderlo. No quería guardar el dinero en el banco, por miedo a que quebrara o a que los yanquis confiscaran los bienes allí depositados. Siempre llevaba sobre sí, en el corsé, la mayor cantidad posible. Guardaba pequeños fajos de billetes por todos los rincones de la casa, bajo un ladrillo suelto, en su costurero, entre las páginas de una Biblia. A medida que pasaban las semanas se hacía más irascible, porque cada dólar que ahorraba sería un dólar más que podría perder, si se producía la catástrofe.

Frank, Pitty y los criados soportaban sus accesos dé ira con una paciencia evangélica y, no adivinando la verdadera causa, lo atribuían al embarazo. Frank sabía que no conviene contradecir a las mujeres encinta y, reprimiendo todo su orgullo, dejaba de reprochar a su mujer que siguiera ocupándose de las serrerías y que anduviera por la calle en su estado. Su conducta le sumía en un continuo aprieto, pero tomaba su mal con paciencia. Sabía que, cuando naciera su hijo, Scarlett volvería a ser la joven encantadora y dulce que le había enamorado. Pero, por mucho que hiciera por suavizar su humor, seguía ella comportándose de manera tan dura, que a veces Frank pensaba si no estaría endemoniada.

Nadie parecía saber lo que la llevaba a conducirse de esta forma. Quería poner a toda costa sus negocios en orden antes de confinarse entre cuatro paredes. Quería edificar un sólido dique entre ella y el creciente odio de los yanquis. Necesitaba dinero, cada vez más dinero, para el caso en que el diluvio se abatiera sobre ella. El dinero la obsesionaba. Cuando pensaba en el hijo que iba a tener, no podía refrenar un sentimiento de cólera.

«¡La muerte, los impuestos y los hijos! ¡Todo ello siempre viene cuando menos falta hace!»

Atlanta entera se había escandalizado cuando Scarlett, una mujer, se había puesto a dirigir una serrería; pero ahora todo el mundo estimaba que la cosa pasaba de raya. Su falta de escrúpulos en los negocios era sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que su pobre mamá era una Robillard; pero su manera de exhibir su embarazo en plena calle era positivamente indecorosa. Desde el momento en que podía suponerse que estaba encinta, ninguna mujer blanca que se respetase salía de casa, y hasta las negras que lo hacían eran excepción. La señora Merriwetter declaraba llena de indignación que si Scarlett seguía así acabaría por dar a luz un día en medio de la calle.

Sin embargo, todas las críticas que le había valido su conducta anterior no eran nada

en comparación con los rumores que circulaban ahora sobre ella. No solamente Scarlett hacía negocios con los yanquis, sino que daba la impresión de que esto la alegraba.

La señora Merriwether y muchos otros sudistas hacían también negocios con los recién llegados del Norte, pero con la sencilla diferencia de que en ellos se veía que lo hacían por verdadera necesidad y a disgusto. ¡Con decir que Scarlett había ido a tomar el té a casa de las esposas de unos oficiales yanquis! Sólo le faltaba recibir a esta gente en su casa, y todos opinaban que, de no ser por tía Pitty y por Frank, ya lo habría hecho.

Scarlett sabía muy bien que la ciudad comadreaba, pero se le daba un comino de ello. No podía pensar en esas tonterías. Seguía sintiendo por los yanquis el mismo odio feroz que el día en que habían tratado de incendiar Tara, pero sabía disimular ese odio. Sabía que, para ganar dinero, tenía que ponerse del lado de los yanquis y había aprendido que el mejor medio para hacerse con una clientela era halagarlos con sonrisas y frases amables.

El día de mañana, cuando fuera rica y su dinero se hallara seguro, fuera del alcance de los yanquis, ya les diría exactamente lo que pensaba de ellos, ya les enseñaría lo que los execraba y despreciaba. ¡Qué alegría para ella! Pero, entretanto, el sentido común la obligaba a pactar con ellos. Si esto era hipocresía, tanto se le daba. Que los demás de Atlanta imitaran su ejemplo.

Scarlett descubrió que crearse relaciones entre los oficiales yanquis era de una facilidad extraordinaria. Desterrados en un país hostil, sentíanse solos, y muchos de ellos estaban ávidos de conocer a mujeres de la buena sociedad. Cuando pasaban por la calle, las señoras respetables se recogían la falda y los miraban como si fueran a escupirles en el rostro. Solamente las prostitutas y las negras les hablaban cortésmente. Ahora bien: Scarlett, aunque ejerciera una ocupación de hombre, era, sin duda alguna, una mujer de mundo, y los oficiales yanquis no cabían en sí de gozo cuando les dedicaba alguna amable sonrisa o cuando una llama agradable brillaba en sus ojos verdes.

Con frecuencia, Scarlett paraba su carruaje para charlar con ellos; pero, al mismo tiempo que en sus mejillas se marcaban unos graciosos hoyuelos, la acometía tal frenesí de asco, que le costaba mucho no colmarlos de injurias. Sabía, a pesar de ello, dominarse y dábase cuenta de que manejaba a los yanquis a su antojo, como había manejado antaño a los jóvenes del Sur, por coquetería. Pero ahora no se trataba de coquetería. El papel que representaba era el de una mujer encantadora y elegante, llena de aflicción. Gracias a su aire digno y reservado, siempre conservaba a sus víctimas a respetuosa distancia; pero no conservaba por ello menos en sus modales una gracia que encendía el corazón de los oficiales yanquis cuando pensaban en la señora Kennedy.

Scarlett contaba con esta favorable predisposición de ánimo. Buen número de oficiales de la guarnición, no sabiendo cuánto tiempo permanecería aún en Atlanta, habían hecho venir a sus mujeres y a sus hijos, y como todos los hoteles y las pensiones rebosaban de gente, se hacían construir hotelitos para su familia. Así que estaban encantados de poder comprar la madera a la simpática señora Kennedy, que tan amable estaba con ellos. Los *carpetbaggers* y los *scallatugs,* que edificaban tan bellas casas, y hoteles, todos preferían tratar con Scarlett que con los ex soldados confederados, que, a pesar de su corrección les manifestaban una frialdad peor que una enemistad declarada.

Así, como era joven y encantadora y sabía fingir tan bien un aire afligido o desesperado, los yanquis estimaban que debían ayudar a una mujercita tan valerosa, que valía bastante más que su marido, y así se convertían en clientes de Scarlett y, de rechazo, de Frank. Y Scarlett, viendo que sus negocios iban viento en popa, pensaba que no

solamente aseguraría el presente, gracias al dinero de los yanquis, sino que aseguraría también el porvenir, gracias a sus nuevas amistades.

Scarlett constataba que era más fácil de lo que había pensado mantener sus relaciones con los yanquis conforme a sus deseos, ya que ellos parecían tener un santo terror a las damas sudistas; pero sus relociones con sus esposas no tardaron en plantear un problema que ella no había previsto.

Ella no quería tratar con las mujeres yanquis. Le hubiera encantado evitar su trato, pero le era imposible. Las mujeres de los oficiales estaban bien decididas a visitarla. Ardían en deseos de entrar en un conocimiento más amplio con el Sur y las mujeres del Sur, y por primera vez Scarlett les ofrecía un medio de satisfacer su deseo. Las demás damas de Atlanta no sentían en modo alguno el deseo de verlas y hasta les negaban el saludo en la iglesia; así que cuando Scarlett iba por sus casas se la acogía como al Mesías. Cuando detenía su carruaje ante una casa yanqui y pregonaba al dueño, desde su asiento, las excelencias de su madera de construcción, la señora de la casa salía muchas veces a su encuentro para unirse a la conversación o para invitar a Scarlett a tomar una taza de té. Por mucho trabajo que le costara, Scarlett rara vez declinaba esta invitación, ya que con ello esperaba aumentar la clientela de Frank. Sin embargo, las preguntas demasiado personales de estas señoras, su parcialidad y su actitud condescendiente respecto a todo lo del Sur, ponían a prueba su paciencia.

Considerando que, después de la Biblia, el único libro digno de crédito era «La cabana del tío Tom», las mujeres yanquis querían saber todos los detalles sobre los podencos que los sudistas tenían en sus perreras para perseguir a los esclavos fugitivos. Nunca creían a Scarlett cuando les decía que, acerca de podencos, nunca recordaba haber visto a su alrededor más que unos perritos mansos como corderos. Deseaban saber también cómo se las componían los colonos para marcar con un hierro candente el rostro de sus esclavos, cómo les infligían el castigo del gato de nueve colas, que tantas veces les ocasionaba la muerte. En fin, sentían malsana curiosidad por enterarse del concubinato de los esclavos. Desde luego, el número de niños mulatos había aumentado desde que había en Atlanta soldados yanquis.

Cualquier otra mujer de Atlanta se hubiera ahogado de rabia ante tal muestra de ignorancia; pero Scarlett lograba dominarse, encontrando que, por otra parte, tales ideas merecían más el desprecio que el odio. Después de todo, estas mujeres eran yanquis, y ya se sabía lo que había que esperar de esa gente. Los insultos a su patria resbalaban, pues, sobre Scarlett y no le despertaban más que un desdén cuidadosamente disimulado. Esto duró hasta el día en que un incidente vino a reavivar los rencores de la joven, permitiéndole medir la anchura del abismo que separaba al Norte del Sur y la imposibilidad de tender un puente sobre él.

Una tarde que regresaba a casa en su coche con tío Peter, pasó ante una casa donde vivían hacinadas las familias de tres oficiales, en espera de que se acabaran de construir sus casas particulares con madera de Scarlett. Las tres esposas estaban precisamente en medio de la calzada. Al divisar a Scarlett le hicieron señas de que parara y se proximaron al coche, acogiéndola con aquellas voces suyas que siempre hacían pensar a Scarlett que a los yanquis podía perdonárseles casi todo menos el acento.

—Precisamente quería verla, señora Kennedy —declaró una de las señoras, una mujer delgada y alta que venía del Maine—. Quería informarme sobre esta atrasada ciudad.

Scarlett devoró esta injuria inferida a Atlanta con el desprecio que convenía, y se esforzó en sonreír:

—¿En qué puedo servirla?

—Brígida, mi niñera, se ha marchado a vivir de nuevo al Norte. Me ha dicho que no quería seguir un día más en medio de estos negros. ¡Y los niños van a volverme loca! Dígame, por favor, ¿cómo podría encontrar otra niñera? No sé adonde dirigirme.

—No es muy difícil —contestó Scarlett sonriendo—. Si encuentra usted alguna negra del campo que aún no haya sido echada a perder por la Oficina de Liberados, tendrá usted en ella una niñera ideal. Sólo tiene que permanecer ante la verja de su jardín y dirigirse a todas las negras que pasen. Estoy segura de que... lo conseguirá.

Las tres mujeres comenzaron a protestar, indignadas.

—¿Cree usted que voy a confiar mis hijos a una negra? —exclamó la mujer del Maine—. Lo que yo quiero es una buena moza irlandesa.

—Temo que no encuentre usted niñeras irlandesas en Atlanta —respondió Scarlett con cierto desparpajo—. Yo no he visto nunca criados blancos y no los querría en mi casa. En todo caso —añadió con un ribete de ironía— le aseguro que los negros no son caníbales y que se puede depositar en ellos toda la confianza.

—¡Santo Dios! ¡No querría ver a ninguno bajo mi techo! ¡Vaya una idea! ¡Dejar que una negra pusiera su mano sobre mis niños! ¡Ah, no!...

Scarlett pensó en las bondadosas manos gordezuelas y nudosas de Mamita, que tanto había penado por Ellen, por ella y por Wade. ¿Con qué derecho hablaban así estas extranjeras? No sabían cuánto podía amar uno esas manos negras, hechas para calmar, para consolar, para acariciar.

—Es extraño oírles eso —dijo Scarlett, con una rápida sonrisa—. Parecen olvidar que son ustedes los que han libertado a los negros.

—Yo no, querida —repuso la del Maine—. Nunca había visto un negro antes de venir aquí hace un mes y me hubiera pasado muy bien sin haberlos visto nunca. Me ponen la carne de gallina. No me inspiran la menor confianza. Desde hacía un rato, Scarlett se daba cuenta de que tío Peter estaba por momentos más a disgusto y no hacía más que fijar la mirada en las orejas del caballo. Su atención se fijó más en él cuando la del Maine, con una carcajada, le señaló a sus compañeras.

—¡Miren ustedes el viejo negro! Se hincha como un sapo. Apuesto a que es un niño mimado. Ustedes, los sudistas, no saben tratar a los negros. Muchas veces los miman demasiado.

Peter tragó saliva y frunció el ceño, pero permaneció impasible. ¡Verse tratado de «negro» por un blanco! ¡Lo que no le había pasado nunca! ¡Verse tratado de niño mimado él, que tanto se preocupaba de su dignidad, que estaba tan orgulloso de ser, desde hacía años, el mejor sostén de la familia Hamilton!

Scarlett no se atrevió a mirar a tío Peter cara a cara, pero adivinó que su barbilla temblaba bajo el insulto asestado a su amor propio. Se sintió invadida por una ira mortal. Había escuchado con calma a la mujeres burlarse del Ejército confederado, manchar la reputación de Jeff Davis, acusar a los sudistas de asesinar y de torturar a sus esclavos; hasta habría tolerado que se pusiera en duda su virtud y su honradez, si hubiera sacado provecho con esto; pero, sólo de pensar que estas mujeres acababan de herir al viejo y fiel servidor con sus estúpidas observaciones, se incendió como un tonel de pólvora en el que hubieran arrojado un fósforo. Sus ojos se detuvieron en el pistolón que Peter llevaba a la cintura y adelantó la mano. Sí, esta gentuza inculta e insolente merecía de sobra que se los matara como a un perro. Pero se contuvo, apretó los dientes, hasta destacar los músculos del rostro, y recordó a tiempo que aún no era el momento de decir a los yanquis todo lo que pensaba

de ellos. Tal vez un día les lanzara en pleno rostro la verdad, pero no ahora...

—Tío Peter es de la familia —dijo con voz temblorosa—. Adiós. Vamos, Peter.

Peter azotó tan bruscamente al caballo que el animal, sorprendido, se encabritó y el carruaje dio un brinco. Scarlett tuvo sin embargo tiempo de oír a la del Maine preguntar a sus amigas, con perplejidad:

—¿Es de su familia? ¿Creen ustedes que es posible? ¡Es tan negro! ¡Que el diablo los lleve a todos! Merecerían que se los echara a correazos de la superficie del globo. ¿Cuándo podré escupirles a la cara? De buena gana...

Scarlett miró a Peter y vio que una lágrima le corría por la nariz. En seguida sus ojos se nublaron. Sintió una inmensa ternura por el pobre negro, una pena inmensa por su humillación. Esas mujeres habían herido a tío Peter... Peter, que había hecho la campaña de Méjico con el viejo coronel Hamilton y había tenido a su amo en sus brazos, cuando había muerto. Peter, que había visto crecer a Melanie y a Oírlos y había velado por la inocente Pittypat, que la había protegido durante el destierro, que le había «encontrado» un caballo para traerla a Macón a través de un país desolado por la guerra. ¡Y esas mujeres pretendían que no podían fiarse de un negro!

—Peter —dijo Scarlett, con voz condolida, poniendo su mano en el brazo del anciano cochero—. Me da vergüenza verte llorar. No hay que hacer caso de lo que dicen. ¡Son unas malditas yanquis!

—Han hablado ante mí como si fuera una bestia que no pudiera entenderlas, como si fuera un africano y no pudiera saber lo que decían —respondió tío Peter, sorbiendo sus lágrimas—. Y me han llamado negro, y yo nunca he sido llamado negro por un blanco, y me han llamado también niño mimado y han dicho que no podía tenerse confianza en un negro. Que no podía confiarse en mí. Cuando el viejo coronel iba a morir me dijo: «Peter, ocúpate de mis hijos. Veía por la pobre Pittypat —me dijo—, porque no tiene más seso que un mosquito». Y desde entonces he velado siempre por ella.

—Sólo un santo podría haber hecho lo que tú has hecho —le dijo Scarlett para calmarle—. No sé qué hubiera sido de nosotros sin ti.

—Sí, amita, gracias. Usted es muy buena, amita. Ya lo sé; y usted, usted lo sabe también. Pero los yanquis no lo saben y no quieren saberlo. ¿Por qué se meten en sus cosas, amita? ¡No nos comprenden a los confederados!

Scarlett no contestó, porque seguía presa de la ira que no había podido dejar estallar en presencia de las señoras yanquis. El viejo cochero y ella siguieron su camino en silencio. Peter había cesado de llorar, pero su labio inferior avanzaba de un modo cada vez más inquietante. Crecía su indignación a medida que se atenuaban los efectos del golpe recibido.

«¡Qué absurdos son esos malditos yanquis! —pensó Scarlett—. Esas mujeres parecían figurarse que Peter no tenía orejas para oírlas, porque es negro. Sí, los yanquis ignoran que los negros son como niños, que hay que tratarlos con dulzura, dirigirlos, ser amables con ellos, mimarlos, reñirlos cariñosamente. Tampoco comprenden la naturaleza de las relaciones entre los negros y sus dueños. Y, sin embargo, ello no les impidió batirse para libertarlos. Y ahora que lo han logrado no quieren hablar de ellos más que para aterrorizar a los sudistas. No los quieren, no tienen confianza en ellos, no los comprenden y, sin embargo, no dejan de gritar a todos los vientos que los sudistas no saben tratarlos.»

¡No tener confianza en un negro! Pues Scarlett tenía más confianza en los negros que en la mayor parte de los blancos, y desde luego mucho más que en cualquier yanqui. Había en ellos una lealtad, un apego sin límites, un amor que nada podía alterar, que

ninguna suma de dinero podía comprar. Scarlett pensó en los que se habían quedado en Tara en el momento de la invasión, cuando podían haber huido tan fácilmente e ir a darse buena vida bajo la protección de los yanquis. Pensó en Dilcey ayudándole a recoger el algodón, en Pork desvalijando los corrales para que su familia no muriera de hambre, en Mamita acompañándola a Atlanta para protegerla. Pensó en los servidores de sus vecinos que habían permanecido fieles, auxiliando a sus amas mientras los hombres estaban en guerra, ayudándoles a refugiarse en medio de los peligros, cuidando a los heridos, enterrando a los muertos, reconfortando a los afligidos, sufriendo, mendigando o robando para alimentar a familias enteras. E incluso ahora, mientras la Oficina de Liberados les ofrecía el oro y el moro, seguían junto a los blancos y trabajaban más duramente que en tiempos de la esclavitud. Pero los yanquis no entendían esto ni lo entenderían jamás.

—Pues mira, son ellos los que te han dado la libertad —dijo Scarlett muy alto.

—No, amita; no me han dado la libertad. Yo no quería que esos canallas me dieran la libertad —declaró Peter con indignación—. Yo pertenezco siempre a la señorita Pitty y cuando me muera me enterrarán en el cementerio de los Hamilton, donde tengo mi sitio. La señorita se va a poner, cuando le diga que usted ha dejado que me insulten unas mujeres yanquis...

—Eso no es verdad —replicó Scarlett, estupefacta.

—Sí, es verdad, señorita Scarlett —dijo Peter con el labio más amenazador que nunca—. Compréndalo: si usted y yo no nos hubiéramos ocupado de los yanquis, no hubieran podido insultarme. Si usted no les hubiera hablado, no habría habido peligro de que me trataran como una bestia o un africano. ¡Y, además, usted no me ha defendido!

—¿Cómo que no? —protestó Scarlett, picada—. ¿No les he dicho que eras de la familia?

—Eso no es defenderme; es decir la verdad. Señorita Scarlett, usted no tiene necesidad de tratar con los yanquis. Las demás señoras no lo hacen. La señorita Pitty no querría ni rozar con ellos un hilo de ropa. Y no estará contenta cuando sepa lo que me han dicho.

Los reproches de Peter eran mucho más mortificantes que todo lo que Frank, Pittypat o los vecinos podrían decirle, y Scarlett, vejada, se contuvo para no sacudir al viejo cochero como a un árbol. Peter tenía razón, pero le era insoportable oír tales reproches a un negro y sobre todo a un negro que era su servidor. No había nada más humillante para un sudista que no poder gozar del aprecio de sus criados.

—¡Un niño mimado! —gruñó Peter—. Después de esto estoy seguro de que la señorita Pittypat no querrá que guíe más. No, amita, no querrá.

—Eso ya lo veremos. Ahora, cállate.

—Me va a doler la espalda —anunció Peter en tono lúgubre—. Ya me hace sufrir ahora; casi no puedo estar sentado. Si me encuentro mal, la señorita no querrá que la lleve a usted, señorita. De nada le valdrá estar en buenas relaciones con los yanquis y no estarlo con la familia.

Era imposible resumir la situación en términos más precisos, y Scarlett se mordió los labios presa de rabia.

Sí, había obtenido la aprobación de los vencedores, pero sus parientes y amigos la criticaban. Sabía todo lo que se decía de ella, y de ahí que hasta Peter la censuraba ya, hasta el extremo de no querer más mostrarse en público a su lado. Era la gota de agua que hacía desbordar el vaso.

Hasta entonces se había burlado de la opinión de la gente, pero las palabras de Peter

acababan de encender en ella un feroz rencor contra sus allegados, un odio tan fuerte como el que guardaba a los mismos yanquis.

«¿Por qué se meten en lo que hago? ¿Qué tienen que decir? —pensó—. ¿Acaso imaginan que me entretiene visitar a los yanquis y trabajar sin respiro? Lo único que consiguen es hacer más ingrata mi tarea. Pero que piensen lo que quieran; me da igual. No tengo tiempo de pararme a pensar en tonterías. Ahora que, luego, luego...»

¡Luego! Cuando el mundo hubiera vuelto a la calma, podría cruzarse de brazos y convertirse en una gran señora, como lo había sido Ellen. Entonces, depondría las armas, llevaría una vida tranquila y todo el mundo la tendría en estima. ¡Qué no haría ella cuando fuese rica! Podría permitirse ser tan buena y tan amable como su madre, pensaría en los demás y respetaría las costumbres. Ya no pasaría el día temblando de miedo. La vida le sonreiría. Tendría tiempo de jugar con sus niños, de enseñarles la lección. Se reuniría por las tardes, en casa, con sus amigas. Entre el frufrú de sus faldas de gasa, y al ritmo de los abanicos de hoja de palma, serviría el té, unos bocadillos y unos pasteles exquisitos. Se pasaría horas enteras charlando. Y luego sería caritativa con los desdichados. Llevaría regalos a los pobres, caldos y compotas a los enfermos. Pasearía con ella en su coche a los que hubieran tenido menos suerte, como hacía su madre. Sería una verdadera mujer de mundo, en el sentido sudista del término... Entonces todos la querrían, como habían querido a Ellen, todos alabarían su buen corazón y la llamarían «la caritativa señora».

El placer que le causaban estas visiones del porvenir no quedaba alterado por nada. Ella no sospechaba que, en el fondo, no tenía el menor deseo de convertirse en una persona buena o caritativa. Deseaba tan sólo que le atribuyeran estas cualidades. Pero las mallas de su espíritu estaban demasido flojas para darse cuenta de tan pequeña diferencia. Le bastaba pensar que algún día, cuando fuera rica, todo el mundo sentiría estimación por ella.

¡Algún día! Algún día, sí, pero no ahora. En este momento no tenía tiempo para ser una gran dama.

Peter había juzgado bien. Tía Pittypat se enojó muchísimo y los dolores del negro tomaron tales proporciones en una sola noche, que ya no volvió a conducir nunca el carruaje. Scarlett se vio obligada a conducirlo ella misma y vio llenarse de callos sus manos.

Así pasó la primavera. En mayo, mes de hojas verdes y de perfumes, el buen tiempo sucedió a las frías lluvias de abril. Cada semana traía a Scarlett, más molesta día tras día por su embarazo, un nuevo tributo de inquietudes y trabajo. Sus amigos la trataban con frialdad. Por el contrario, en su familia tenían cada vez más atenciones y miramientos hacia la joven, comprendían cada vez menos lo que la hacía obrar de esa manera. En el curso de estas jornadas de angustias y luchas, sólo había una persona que la comprendiera y con la que pudiera contar: Rhett Butler. Scarlett estaba sorprendida de ello, conociendo a Rhett y su genio, inestable y perverso como el de un diablo recién salido del infierno.

Él solía ir con frecuencia a Nueva Orleáns, sin explicar nunca las razones de sus misteriosos viajes; pero Scarlett estaba persuadida, no sin experimentar ciertos celos, de que iba a ver a una mujer o tal vez a varias. Sin embargo, desde que tío Peter se negó a conducir, Rhett pasaba cada vez más tiempo en Atlanta.

Cuando estaba en la ciudad, pasaba la mayor parte del tiempo, o en un garito situado encima del café «La Hermosa de Hoy», o en el bar de Bella Watling, bebiendo con los yanquis y los *carpetbaggers* más ricos y haciendo negocios redondos, lo que le hacía más antipático a los de la ciudad que sus mismos compañeros de mesa. Ya no iba poT casa de tía Pittypat, sin duda por consideración hacia los sentimientos de Frank y de la solterona,

que se hubieran ofendido recibiendo la visita de un hombre estando Scarlett (tan adelantada ya) en estado interesante. Pero apenas pasaba día sin que se encontrara casualmente con Scarlett. Cuando ella lo veía aproximarse a caballo a su coche, mientras seguía las carreteras desiertas que la conducían a una u otra de las serrerías, Rhett se paraba siempre para hablarle y a veces ataba su caballo al coche y cogía las riendas del mismo. En aquella época, Scarlett se fatigaba más de lo que quería admitir y siempre agradecía a Rhett que guiara en vez de ella. Tenía mucho cuidado de despedirse antes de entrar en la ciudad, pero Atlanta entera estaba al corriente de esos encuentros y las malas lenguas se daban el gusto de señalar este nuevo ultraje de Scarlett a las conveniencias.

Scarlett se preguntaba de vez en cuando si tales encuentros se debían solamente al azar. Cada vez eran más frecuentes, a medida que las semanas pasaban y que se multiplicaban los atentados cometidos por los negros. Pero ¿por qué elegía precisamente el momento que menos le favorecía para buscar su compañía? ¿Qué se proponía? ¿Una aventura? No era posible; ¿le habría pasado siquiera por la cabeza? Scarlett comenzó a dudar. Hacía meses que no le había gastado la menor broma sobre la lamentable escena que había tenido lugar entre los dos en la prisión yanqui. Nunca hablaba de Ashley ni del amor que le tenía; ya no hacía observaciones groseras sobre «el deseo que le inspiraba». Pensando que valía más no buscar tres pies al gato, no tardó en aclarar la razón de sus frecuentes encuentros. Por otra parte, había llegado a la conclusión de que Rhett, no teniendo gran cosa que hacer, fuera del juego, y no conociendo a demasiadas personas interesantes en Atlanta, buscaba únicamente su compañía para charlar con una persona simpática.

Aparte de los motivos que pudiera haber, Scarlett estaba encantada de verlo tan frecuentemente. Él la oía quejarse de un cliente que no le pagaba o de uno bueno que había perdido, de las estafas del señor Johnson o de la incompetencia de Hugh. La felicitaba por sus méritos, mientras Frank se contentaba con una sonrisa indulgente y Pittypat exclama: «¡Dios mío!», con aire desesperado. Aunque él se excusaba diciendo que no le había rendido ningún buen servicio, estaba persuadida de que muchas veces le hacía realizar buenas operaciones, ya que conocía íntimamente a todos los yanquis y *carpetbaggers* adinerados. Sabía a qué atenerse y no se confiaba;, pero cada vez que le veía surgir de un camino arbolado montado en un gran caballo negro, se ponía de buen humor. Cuando, tras coger las riendas del coche, le soltaba alguna impertinencia, se sentía rejuvenecida y, a pesar de sus preocupaciones y de su abultada figura, tenía la impresión de ser otra vez una mujer seductora. Le decía casi todo lo que le venía a la imaginación, sin cuidarse de disimular su verdadera opinión, y no evitaba nunca hablar de cualquier tema, como hacía con Frank o hasta con Ashley. ¡Claro que en sus conversaciones con Ashley había tantas cosas que el honor impedía revelar! Era agradable tener un amigo como Rhett, ahora que él había decidido, por lo que fuera, entenderse tan bien con ella. Sí, era muy agradable, muy tranquilizador. ¡Tenía ya tan pocos amigos!

—Rhett —le preguntó con vehemencia, poco tiempo después del ultimátum de tío Peter—, ¿por qué esta gente de la ciudad me trata mal y habla tanto de mí? Entre los *carpetbaggers y* yo, no tienen otro tema de conversación. Nada malo he hecho, y...

—Si no lo ha hecho usted es porque no se le ha presentado ocasión. Se deben dar cuenta de eso, y...

—¿Quiere usted hablar en serio? ¡Me da una rabia todo esto! Sólo he querido ganar algún dinero, y...

—Sí, usted ha buscado sencillamente no obrar como las demás señoras, ¡y a fe mía

que lo ha logrado! Ya le he dicho que la sociedad no quiere que nadie se destaque. Es el único pecado que no perdona. ¡Desdichado del que es diferente de los demás! Y, además, Scarlett, el simple hecho de que su serrería le vaya bien es una injuria para todo hombre que ve sus negocios de capa caída. Recuerde usted que una mujer bien educada debe estarse en su casita sin saber lo que ocurre por ese mundo brutal de los hombres de negocios.

—Pero, si me hubiera quedado en casa, hace mucho tiempo que tal vez no tendría casa.

—A pesar de todo, Scarlett, debería usted haberse quedado en casa, dejándose morir de hambre elegantemente y con orgullo.

—¡A otro perro con ese hueso! Mire usted, por ejemplo, a la señora Merriwether: vende pasteles a los yanquis, lo que aún es peor que dirigir una serrería. La señora Elsing hace trabajos de costura y tiene gente en pensión. Fanny pinta unas cosas horrorosas en porcelana, que a nadie le gustan, pero que todos compran para ayudarla, y...

—No, no es lo mismo, amiga mía. Todas esas señoras no ganan dinero y, por consiguiente, ño hieren el orgullo sudista de los hombres de su alrededor. Éstos pueden decir siempre: «¡Pobrecillas, cómo se afanan! Más vale dejarlas que crean que sirven para algo». Además, esas señoras que dice usted no se alegran en modo alguno de tener que trabajar. Ya tienen buen cuidado en hacer saber que sólo trabajan en espera del día que venga a descargarlas de un peso que no está hecho para sus frágiles hombros. Por eso se apiadan todos de su suerte. Y a usted, al contrarío, se le ve que está encantada con el trabajo y no parece hallarse muy dispuesta a dejar que un hombre la sustituya. ¿Cómo quiere usted que le tengan lástima? Atlanta no la perdonará jamás. ¡Es tan agradable apiadarse de la gente!

—Ya veo que no puede usted decir nada en serio.

—¿No ha oído usted nunca ese refrán oriental: «Los perros ladran, pero la caravana sigue su camino»? Deje que ladren, Scarlett. Temo que nadie pueda detener su caravana. —Pero ¿por qué me reprochan que gane algún dinero?

—No puede usted tenerlo todo. Siga usted ganando dinero igual que un hombre y encontrando rostros fríos por donde vaya, o bien conviértase en una mujer pobre y encantadora y tendrá un montón de amigos. Me parece que usted ya ha elegido.

—No quiero ser pobre —se apresuró a declarar Scarlett—. Pero... he escogido bien, ¿no es verdad?

—Sí, el dinero es para usted lo primero.

—Exacto, me importa más que cualquier otra cosa.

—En estas condiciones, no se ha engañado usted. Ahora que su elección comporta una sanción, como la mayoría de las cosas que a usted le gustan: la soledad.

Scarlett calló un instante para reflexionar. Tenía razón Rhett: se encontraba un poco sola, le faltaba una compañía femenina. Durante la guerra solía desahogarse con Ellen, en los momentos de mal humor. Después de morir Ellen, tuvo a Melanie, aunque ella y Melanie no tuvieran otra cosa en común que la dura labor de Tara. Pero, ahora, no tenía a nadie, pues tía Pittypat no servía para nada más que para comadrear.

—Me parece —empezó Scarlett con voz vacilante— que siempre me ha faltado una compañía femenina. No hay nada como mis ocupaciones para atraerme la antipatía de las mujeres de Atlanta. Nunca me han querido. Fuera de mi madre, ninguna mujer me ha tenido verdadero afecto. Ni mis hermanas siquiera. No sé de qué dependerá, pero incluso antes de la guerra, incluso antes de casarme con Charles, las mujeres no encontraban bien nada de lo que yo hacía Yo...

—Se olvida usted de la señora Wilkes —la interrumpió Rhett, con la mirada chismeante de malicia—. Siempre la ha defendido ante todos y contra todo y seguirá haciéndolo, a menos que no cometa usted un crimen.

, «Ha llegado a aprobar uno que he cometido», se dijo Scarlett interiormente.

—¡Bah! ¡Melanie! —añadió en voz alta, con una risa de desprecio—. No me hace mucho honor que haya sido la única en encontrar bien lo que hacía. ¡No tiene más seso que un chorlito! No sabe lo que es sentido común...

Cesó de hablar de pronto, turbada.

—Si supiera lo que es sentido común, no encontraría tan bien muchas cosas —terminó Rhett—. Usted sabe más que yo en este capítulo.

—¡Oh! ¡Malditos sean usted y sus groserías!

—Esa injustificada salida no vale la pena de tomarla en cuenta. Continuemos. Métase esto en la sesera. Si continúa siendo diferente a las otras, se la arrinconará no sólo por las personas de su edad, sino por la generación de sus padres y lo mismo por la de sus hijos. Nunca la entenderán y les chocará todo lo que haga. Y sin embargo sus abuelos hubieran estado sin duda orgullosos de usted y habrían dicho: «¡No puede negar la sangre!». En cuanto a sus nietos, suspirarán de envidia y dirán: «¡Ha debido ser cosa seria la abuela!», y, naturalmente, querrán imitarla.

Scarlett se echó a reír de buena gana.

—¡Qué cosas tiene usted siempre! Mire, mi abuela Robillard... Cuando me portaba mal, mamá me lo decía y me metía miedo... Iba más tiesa que un palo y le aseguro que no gastaba bromas. Y, ya ve usted, se casó tres veces y un montón de hombres se batieron por ella. Se ponía colorete, llevaba unos vestidos hasta allá de escotados y debajo de ellos no se ponía... no se ponía gran cosa, vaya...

—¡Y a usted se le caía la baba de admiración y no pensaba más que en imitarla!... Pues yo, por parte de los Butler, he tenido un i abuelo que era pirata.

—¿Y que hacía sufrir a la gente el martirio de la tabla?

—No se pararía en barras, sin duda, cuando era un medio de arramblar con dinero. En todo caso, debió ganar suficiente, ya que dejó una bonita fortuna a mi padre. En la familia siempre hemos tenido mucho cuidado en llamarle «el navegante». Lo mataron en el curso de una riña, en una taberna, bastante antes de que yo naciera. No tengo para qué decirle que su muerte fue un gran alivio para sus hijos, pues el caballero andaba casi siempre borracho y cuando le daba por hablar se ponía a evocar recuerdos que ponían a sus oyentes los cabellos de punta. ¡Ah, pero yo le he admirado mucho y he puesto bastante más empeño en imitarle que en imitar a mi padre! Mi padre, ya comprenderá usted, es una persona encantadora, lleno de principios religiosos y de principios simplemente... Ya me entiende usted. Estoy convencido, Scarlett, de que sus hijos no aprobarán su conducta, del mismo modo que la señora Merriwether, la señora Elsing y sus retoños. Sus hijos serán probablemente unos seres dulces y tranquilos, como lo son en general los de los que tienen un carácter de temple. Y lo peor que puede pasarles es que usted, igual que las demás madres, quiera a toda costa evitarles las pruebas que ha pasado usted. No les hará provecho. Las pruebas, la adversidad, forman a la gente o la destrozan. Así que tendrá que esperar a contar con la aprobación de sus nietos.

—No sé a quién se parecerán nuestros nietos.

—¿Qué ha querido decir usted con eso de «nuestros nietos»? ¿Que usted y yo tendremos nietos comunes? ¡Vaya, señora Kennedy!

Scarlett se dio cuenta de su error de expresión y enrojeció. Sin embargo, su

vergüenza provenía sobre todo de que su chanza le había recordado bruscamente la realidad. Había olvidado que estaba embarazada. Ni ella ni Rhett habían hecho la más mínima alusión a su estado. En su compañía siempre había tenido cuidado de mantener su abrigo recogido Con las manos, hasta en los días más calurosos, diciéndose que así nada podía advertirse. Pero ahora la rabia de pensar que estaba encinta y que Rhett lo sabía, tal vez, le daba verdadero vértigo.

—Bájese del coche, desvergonzado —le dijo con voz temblorosa.

—No lo haré —respondió Rhett, sin perder la calma—. Va a oscurecer antes de que llegue a casa y me han dicho que una nueva colonia de negros ha venido a instalarse por aquí, en chozas y tiendas de campaña. Unos negros poco recomendables, a lo que parece. No veo qué interés tiene usted en dar ocasión a los exaltados afiliados del Ku Klux Klan para ponerse sus atavíos nocturnos e irse a dar una vuelta.

—¡Baje usted! —gritó Scarlett, tratando de arrebatarle las riendas; pero en aquel momento sintió que le daban náuseas.

Rhett paró en seguida el caballo, alargó dos pañuelos limpios a Scarlett y le sostuvo la cabeza mientras se inclinaba fuera del coche. Durante algunos instantes tuvo la impresión de que el sol poniente, cuyos oblicuos rayos jugaban a través de las hojas nuevas, zozobraba en un torbellino de colores verde y oro. Cuando le pasó el malestar, hundió el rostro en sus manos y se echó a llorar. No solamente acababa de vomitar delante de un hombre, lo que para una mujer era la peor humillación, sino que, al mismo tiempo, le había dado una prueba de su embarazo. Le pareció que ya nunca osaría mirar a Rhett cara a cara. Pensar que esto le había ocurrido precisamente delante de él, de ese Rhett que no tenía respeto por ninguna mujer... Mientras seguía sollozando, esperaba que él le soltara una de sus bromas groseras que no podría olvidar.

—No se haga la tonta —dijo Rhett tranquilamente—. Es demasiado necio llorar de vergüenza. Vamos, Scarlett, ya no es usted una niña. ¿Cree usted acaso que estoy ciego? Ya sé que está usted encinta.

—¡Oh! —exclamó Scarlett, horrorizada, apretando las manos contra su rostro y poniéndose colorada. Esta palabra la aterrorizaba. Frank evitaba siempre hablarle de «su estado». Gerald había encontrado una fórmula llena de tacto para definir aquello, y de una mujer encinta decía que estaba «en familia». Y, en general, todas las señoras llamaban a esto «tener dificultades».

—Es un poco simplista imaginarse que basta con taparse con el abrigo para que uno no se dé cuenta de nada. Pero Scarlett, ¡si lo sabía perfectamente!... ¿Por qué, entonces...? Rhett calló bruscamente, después tomó las riendas y con un chasquido, puso en marcha el caballo. Por último, se puso ha hablar con voz monótona, que no era desagradable al oído de Scarlett, y, poco a poco, el terroso rostro de la joven recuperó su color.

—No creía que fuera capaz de molestarse hasta ese punto, Scarlett. Creía que era una persona razonable y me he engañado. No sabía que era usted tan tímida. Bien, temo no haber estado muy galante. Ya sé que no soy galante, puesto que la vista de una mujer embarazada no me molesta lo más mínimo. Creo que no hay razón para no tratarlas como a seres normales y no veo por qué mis ojos pueden mirar al cielo, o la tierra, o lo que sea y no podrían detenerse en un vientre. Tampoco veo por qué tengo que lanzarles esas miradas furtivas, de reojo, que siempre me han parecido el colmo de la indecencia. Sí, ¿por qué todas esas gazmoñerías? Es un estado perfectamente normal. En ese aspecto, los europeos son mucho más inteligentes que nosotros. Ellos felicitan a las futuras madres. No recomendaría a nadie llegar a este extremo, tal vez; pero, en fin, es una actitud más sensata

que fingir ignorar la cosa. Le repito que se trata de un estado normal y que las mujeres deberían estar orgullosas, en vez de encerrarse tras de sus puertas, como si hubieran cometido un crimen.

—¡Orgullosas! —exclamó Scarlett, con voz ahogada—. ¡Orgullosas!

—¿Así que no está usted orgullosa de tener un hijo?

—¡Oh, no, por Dios! Me dan horror los niños.

—¿Quiere usted decir los niños... de Frank?

—No..., los niños de cualquiera.

Durante un instante Scarlett se indignó contra sí misma por este nuevo error de expresión, pero Rhett siguió hablando tranquilamente como si nada hubiera notado.

—En esto no nos parecemos. Me gustan mucho los niños.

—¿Le gustan a usted? —exclamó Scarlett, tan sorprendida por esta confesión que olvidó su disgusto—. ¡Qué gran mentiroso!

—Pues sí: me gustan los niños, hasta que empiezan a crecer y se ponen a pensar y a mentir como los mayores; en fin, hasta que se mancha su alma. No es nada nuevo para usted. Ya sabe usted cuánto quiero a Wade Hampton, a pesar de que no es lo que debiera.

«Es verdad —pensó Scarlett con aire ensimismado—. Diríase que le gusta jugar con Wade; le hace muchos regalos.»

—Y ahora que hemos aclarado esta espinosa cuestión y que admite usted que va a ser madre en un porvenir no tan lejano, voy a decirle algo que quería comunicarle hace varias semanas. Se trata de dos cosas. La primera es que hace usted mal en ir por ahí sola. Es peligroso. Y usted lo sabe; no es menester que se lo diga. Se lo han dicho mil veces. Si personalmente le es a usted igual ser violada, debe al menos considerar las consecuencias que ello le traería. Su obstinación la expone a ponerse en una situación tal, que sus heroicos conciudadanos se vean en el caso de vengarla, colgando a algunos negros. Y, naturalmente, los yanquis tomarán cartas en el asunto y acabarán por colgar a su vez a alguno de sus buenos amigos. ¿Nunca se le ha ocurrido pensar que una de las razones por las que las señoras de Atlanta no la estiman es porque su conducta constituye una amenaza para sus hijos y sus maridos? Además, si el Ku Klux Klan sigue ocupándose de los negros, los yanquis van a apretarle las tuercas a Atlanta tan bonitamente que Sherman dará la impresión de haber sido un angelito a su lado. Sé bien lo que me digo, porque conozco pe a pa a los yanquis. Por triste que resulte, me consideran como uno de los suyos y no tienen pelos en la lengua para hablar en mi presencia. Están decididos a hacer desaparecer el Ku Klux Klan aunque necesiten prender fuego a la ciudad de arriba abajo y colgar a un hombre de cada diez. No le convendría eso. Saldría usted perdiendo en todos los órdenes; le costaría su dinero. Y luego, que no se sabe nunca cuándo terminan las cosas que empiezan. Confiscaciones, aumento de los impuestos, multas a las mujeres sospechosas... Les he oído sugerir todas estas medidas. El Ku Klux Klan...

—¿Conoce usted a la gente que forma parte de él? ¿Es que Tommy Wellburn, o Hugh, o...

Rhett se encogió de hombros con impaciencia.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo soy un renegado, un cualquier cosa..., un *scallawag*... ¿Soy acaso alguien para saber esas cosas? Pero conozco gentes que son sospechosas a los yanquis. A la menor bromita, les va la piel en ello, ya lo sabe. Ya sé que puede que le tenga sin cuidado ver al vecino ir a la horca, pero creo que no le haría gracia perder sus dos serrerías. Ya, ya veo en su aire obstinado que no da crédito a mis palabras y que me oye como quien oye llover. Me contentaré, pues, con decirle esto: tome usted esta pistola y

téngala siempre a mano..., y cuando esté en Atlanta ya sabré yo arreglármelas para acompañarla en sus caminatas.

—Entonces, Rhett, ¿es que usted... para protegerme...?

—Sí, querida, sí, para protegerla. Ya conoce usted de sobra mi espíritu caballeresco. —La llamita burlona se puso a chispear en sus ojos y su rostro perdió toda su gravedad—. ¿Y por qué esto? A causa del profundo amor que le profeso, señora Kennedy. Sí, la adoro, no como ni bebo por su causa; pero, como soy una persona decente, igual que el señor Wilkes, no le he dicho nada. ¡Ay! Es usted la mujer de Frank, y el honor me ha impedido hablarle. Pero, lo mismo que el honor del señor Wilkes vacila a veces, también el mío vacila en este momento y le revelo mi secreta pasión y mi...

—Por el amor de Dios, cállese —le interrumpió, irritada, Scarlett, que lo que menos deseaba era que la conversación recayera sobre Ashley y sobre su honor—. ¿Qué tenía que decirme?

—¡Cómo! ¿Cambia usted de conversación en el momento en que le abro mi destrozado corazón, desbordante de amor? Perfectamente: he aquí de qué se trata.

Se apagó su maliciosa mirada y su rostro volvió a adquirir su aspecto serio.

—Debería tener cuidado con su caballo. Es muy indómito y tiene una boca de hierro. Le cansa conducirlo, ¿eh? Vea, si le da por desbocarse, no podría usted sujetarlo. Si la tira a la cuneta, puede matar a su bebé y a usted para colmo. Debería pasarle el bocado lo más fuerte posible, a menos que permita usted que se lo cambie por un caballo más manso.

Scarlett le miró y, ante su aspecto sereno y dulce, su irritación desvanecióse, como se había desvanecido su confusión después de que le había hablado de su embarazo. Rhett había encontrado el medio de tranquilizarla, en un momento en que hubiera deseado morir, y ahora volvía a dar una nueva prueba de gentileza. Sintió un impulso de gratitud hacia Rhett y se preguntó por qué no sería siempre así.

—Sí, es duro de conducir este caballo —afirmó con dulzura—. A veces me duelen los brazos toda la noche a fuerza de haber tirado de las riendas. Bien, haga usted lò que quiera, Rhett, y muchas gracias.

Los ojos de Butler relampaguearon, maliciosos.

—¡Caramba, caramba, qué encantador y femenino! ¡Qué pronto han cambiado sus aires autoritarios! Basta con conocerla para volverla suave como un guante —declaró Rhett.

Scarlett frunció las cejas y volvió a encolerizarse.

—Esta vez va a hacerme el favor de bajarse si no quiere que le dé un latigazo. No sé por qué le soporto..., por qué trato de ser cortés con usted. Es usted un hombre sin educación y sin moral. Es usted un... Bien, ya se está usted bajando. No tengo gana de broma...

Mas cuando él puso pie en tierra y desató su caballo de la trasera del coche, cuando permaneció quieto en medio de la carretera iluminada por el sol poniente y ensayó su más fina sonrisa, Scarlett perdió su aire serio y le devolvió la sonrisa, mientras el coche se alejaba.

Sí, Rhett era un grosero. Pero era también hábil y valía más no tener con él ningún roce. No se sabe nunca si el arma inofensiva que se le ponía en la mano, en un momento de descuido iría a transformarse en una espada del filo más fino. Pero, después de todo, era interesante. Su conversación producía el efecto de una copa de coñac bebida a escondidas.

Los últimos meses, Scarlett había tomado gusto al coñac. Cuando regresaba a casa, por la tarde, mojada por la lluvia, derrengada por una larga caminata en carruaje, sólo la

idea de su botella encerrada en el cajón de su buró le daba ánimos. El doctor Meade no había pensado en decirle que una mujer encinta no debía beber, porque nunca podía haberle pasado por la cabeza la idea de que una mujer de su clase pudiera beber otra cosa que vino de moras. Las mujeres tenían derecho a tomar una copa de champaña en una boda o un *toddy* bien calentito cuando estaban en cama con un catarro. Evidentemente había desdichadas que bebían, lo mismo que había locas que se divorciaban o que pensaban, como la señorita Susana B. Anthony, que las mujeres debían votar. Sin embargo, a pesar de la idea que de Scarlett pudiera tener el doctor Meade, jamás había pensado que pudiera entregarse a la bebida.

Scarlett se había dado cuenta de que un buen vaso de coñac antes de comer le procuraba un gran bienestar y siempre le quedaba el recurso de masticar unos granos de café o de hacer gárgaras con colonia para que le desapareciera el mal aliento. ¿Por qué la gente andaba con tanto cuento a propósito de las mujeres que bebían, mientras los hombres podían embriagarse tranquilamente si les venía en gana? A veces, cuando Frank roncaba a su lado y el sueño le huía y daba vueltas en el lecho pensando en Ashley, en Tara, viendo levantarse ante ella el espectro de los yanquis o de la pobreza, se decía que sin la botella de coñac se habría ya vuelto loca hacía tiempo. Y cuando el calor bienhechor y familiar corría por sus venas, todas sus penas se disipaban poco a poco. A las tres copas, siempre le quedaba el recurso de decirse: «Ya pensaré en estas cosas mañana, cuando tengo fuerza para soportarlas».

Pero ciertas noches ni siquiera el coñac conseguía calmar el dolor que le oprimía el corazón, dolor más fuerte aún que el temor de perder sus serrerías: el pesar de no ver Tara más. Atlanta, con su animación, sus edificios modernos, sus rostros extraños, sus calles estrechas atestadas de caballos, coches y una multitud atareada, parecía a veces hacerle olvidar el mal que la devoraba. Le gustaba Atlanta, pero... ¡Oh, volver a la paz exquisita, a la paz pastoral de Tara, a los campos rojizos bordeados de pinos oscuros! ¡Volver a Tara y vivir allí como fuera! ¡Estar cerca de Ashley, volver a verlo, oírle hablar, estar sostenida por la conciencia de su amor! Cada carta de Melanie diciéndole que todos seguían bien, la menor palabra de Will dándole cuenta de la marcha de la labor y de la siembra o del estado del algodón, reavivaba su deseo de volver allí.

«Iré a Tara en junio. Después de esta fecha ya no podré vivir aquí. Iré a pasar dos meses en mi casa.» Y a este pensamiento su corazón latía de contento.

Y, en efecto, volvió a su casa en junio, pero no de la manera que había pensado, sino porque, a comienzos de aquel mes, un breve mensaje de Will le hizo saber la muerte de Gerald.

39

El tren llevaba mucho retraso y el largo crepúsculo de junio envolvía ya la campiña con sus tonalidades azules cuando Scarlett se apeó en la estación de Jonesboro. Aquí y allí brillaban luces amarillas en las ventanas de las tiendas y de las casas que la guerra no había destruido. Había pocas así en el pueblo. A cada lado de la calle principal, espacios vacíos indicaban el lugar de los edificios aniquilados por el fuego y los obuses. Las casas, silenciosas y sombrías, con sus techos agujereados, parecían mirar a la viajera. Algunos caballos de silla, algunas muías uncidas a las carretas, estaban atados ¡ante el Almacén Bullard. La calle, roja y polvorienta, estaba desierta. A veces, de un café situado en el otro extremo del pueblo llegaba un grito, o la risa de algún beodo, únicos ruidos que turbaban la paz del crepúsculo.

No habían reconstruido la estación desde que se incendió en el curso de la batalla y, en su lugar, se habían contentado con elevar una especie de refugio de madera, abierto a todos los vientos. Scarlett se metió allí y se sentó en un tonel, destinado por lo visto a ese uso. Había recorrido la calle varias veces con la mirada, con la esperanza de descubrir a Will Benteen. Debería haber venido a esperarla. Debería haber adivinado que, después de haberle anunciado en su mensaje la muerte de Gerald, ella cogería el primer tren.

Había salido de Atlanta con tal precipitación que su saco de viaje no contenía más que una camisa de noche y un cepillo de dientes, sin la menor muda. Se sentía poco a gusto dentro del vestido negro que le había dejado la señora Meade, pues no había tenido tiempo de encargarse ropa de luto. La señora Meade había adelgazado mucho y, como el embarazo de Scarlett estaba muy adelantado, el traje le resultaba doblemente incómodo. A pesar del dolor que le causaba la muerte de Gerald, Scarlett no podía desinteresarse del efecto que producía en ella y se estudió con asco. Había perdido por completo la línea y su rostro y sus tobillos estaban hinchados. Hasta ahora no se había preocupado de estos detalles, pero hoy, que estaba a punto de volver a ver a Ashley, la cosa era muy diferente. Tembló pensando en que la vería embarazada de otro hombre. Quería a Ashley y Ashley la quería. Este niño que no había deseado tener le parecía una prueba de su traición a ese amor. Pero, por mucho trabajo que le costase presentarse a Ashley con su talle abultado y su marcha pesada, había que pasar por ello.

Impaciente, Scarlett se puso a golpear con el pie. Debería haber venido Will. Claro que siempre le quedaba el recurso de preguntar en casa de Bullard si no le habían visto o de rogar a cualquiera que la llevase a Tara, si se presentaba algún obstáculo. Pero no quería ver a Bullard. Era domingo y la mitad de los hombres del Condado se hallarían de seguro reunidos. No quería presentarse con esos estrechos vestidos que aún la hacían aparecer más voluminosa de lo que estaba. No quería tampoco oír las condolencias que le dirigirían a causa de la muerte de Gerald. No le interesaba nada despertar su simpatía. Tenía miedo de echarse a llorar escuchando pronunciar el nombre de su padre. Y no quería llorar. Sabía que, si empezaba, sería como aquella horrible noche en que Rhett la había abandonado en mitad de la carretera, mientras caía Atlanta, aquella noche atroz en que había mojado las crines de su caballo con sus lágrimas, sin poder dejar de llorar.

¡No, no lloraría! Sintió de nuevo que su garganta se ahogaba como le ocurría tantas veces desde que se había enterado de la triste noticia. Pero ¿de qué le serviría llorar? Las lágrimas no harían más que avivar su dolor y acabar de debilitarla. ¿Por qué, por qué Will, o Melanie, o sus hermanas, no le habrían escrito que su padre estaba enfermo? Habría

cogido el primer tren a Tara, habría acudido a su cabecera, le habría incluso llevado un doctor de Atlanta. ¡Qué partida de imbéciles! Estaba visto que no sabían hacer nada sin ella. Pero ella no podía estar a la vez en mil sitios. ¡Y pensar que se mataba a trabajar para ellos, en Atlanta!

A medida que se prolongaba la espera se fue poniendo nerviosa. ¿Qué hacía Will? ¿Dónde se habría metido? Entonces escuchó a sus espaldas un ruido. Se volvió y vio a Alex Fontaine que cruzaba la vía y se dirigía hacia una carreta, con un saco de harina al hombro.

—Pero, Scarlett, ¿es usted? —exclamó.

En seguida se despojó de su peso y, con la alegría pintada en su rostro curtido y triste, se precipitó, con la mano extendida, hacia la mujer.

—¡Cuánto me alegro de verla! Acabo de encontrar a Will en la fragua. Estaba haciendo herrar al caballo. Como el tren traía retraso, creyó que tendría tiempo. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

—Si me hace usted el favor, Alex —dijo Scarlett sonriendo, a pesar de su disgusto. ¡Le era tan grato volver a ver a alguien del Condado!

—Scarlett..., Scarlett... —empezó a decir Alex, sin soltarle la mano—. Siento mucho lo de su padre.

—Gracias —contestó Scarlett, lamentando que le hablara de ello.

—Si eso le sirve de consuelo, Scarlett, sepa que aquí estamos orgullosos de él —continuó Alex, soltándole al fin la mano—. Él..., en fin, él ha muerto como un soldado y por una causa digna de un soldado.

«¿Qué querrá decir con eso? —pensó Scarlett, aturdida—. ¿Lo habrán matado? ¿Se habrá batido, como Tony, contra los *scallatvags?»* Pero no quiso escuchar más. Si seguía hablando de él, se desharía en llanto y no quería ponerse a llorar antes de encontrarse con Will en medio del campo, lejos de todas las miradas indiscretas. Llorar delante de Will no tenía importancia. Will era como un hermano para ella.

—Alex, no quiero hablar de ello ahora —le dijo Scarlett.

—Ya sabe usted que la aprecio —declaró Alex, cuya ira alteró súbitamente sus facciones—. ¡Si fuera mi hermana...! Bien, Scarlett, ya sabe usted que nunca he hablado mal de una mujer, pero opino que alguien debía dar una buena paliza a Suellen.

«¿Qué le ocurrirá para hablar así? —se preguntó Scarlett—. ¿A qué viene hablar ahora de Suellen?»

—Es triste decirlo, pero por aquí todo el mundo opina como yo. Will es el único que la defiende, y Melanie, naturalmente, porque es una santa. No ve mal en nada y...

—Ya le he dicho que no quiero hablar ahora de esto —le dijo Scarlett secamente, sin que por eso pareciera que Alex se alterase. Al contrario, parecía comprender muy bien su frialdad y así aún resultaba todo más violento. No quería oír hablar mal de su familia y menos a un extraño, y no quería tampoco mostrar que no estaba al corriente. ¿Por qué Will no le había dado todos estos detalles?

Hubiera deseado que Alex no la mirara con tanta insistencia. Se apercibía de que Alex veía que estaba encinta y se notaba molesta. Y sin embargo Alex pensaba en cosas muy diferentes. Encontraba tan cambiada a Scarlett, que se había extrañado de reconocerla. Tal vez debíase a su embarazo. Las mujeres tenían una cara muy rara cuando estaban encinta y, además, debía estar alterada por la muerte del viejo O'Hara. Era su hija preferida. Pero no, el cambio debíase a algo más profundo. Parecía hallarse mejor que la última vez que la había visto. Al menos daba la impresión de tener buen apetito. Ya no tenía aquella expresión de animal acorralado de miedo. Al contrario, su mirada era dura. Ya no ponía

aquellos ojos de entonces.

Hasta cuando sonreía, conservaba cierto aire autoritario y decidido. No debía divertirse mucho, no, el viejo Frank. Sí, ella había cambiado. Era sin duda una buena moza, pero su rostro había perdido toda su dulzura y toda su gracia. En fin, ya no tenía aquella manera provocativa de mirar a los hombres.

Bien, ¿y es que no habían cambiado todos, acaso? Alex echó una ojeada a sus toscos vestidos y su rostro volvió a adquirir una expresión amarga. De noche, cuando no podía conciliar el sueño y se ponía a preguntarse cómo haría operar a su madre, cómo daría una educación digna al hijo del pobre Joe, cómo encontraría dinero para comprar otra mula, llegaba a lamentar que la guerra hubiera terminado y no continuase todavía. No sabían los hombres lo felices que eran entonces. Siempre tenían algo que llevarse a la boca, aunque no fuera más que un trozo de pan de maíz. Siempre había alguien a quien dar una orden; no había que calentarse la cabeza para resolver problemas insolubles; no, en el Ejército no había preocupaciones, aparte de la de hacerse matar. Y, además, entonces existía Dimity Munroe. Alex hubiera querido casarse con ella, pero sabía que había demasiados que la perseguían para hacerla su mujer. La quería hacía largó tiempo y ahora el rosa de sus mejillas se ajaba, sus ojos perdían el brillo. ¡Si al menos Tony no hubiera tenido que huir a Texas! Con un hombre más en casa, la cuestión habría cambiado de aspecto. Su hermano tenía un genio de mil diablos, pero era tan simpático... ¡Pensar que estará sin un céntimo por alguna parte del Oeste! Sí, todos habían cambiado. ¿Cómo no habrían de haber cambiado? Alex suspiró fuertemente.

—No le he dado aún las gracias por lo que usted y Frank hicieron por Tony —dijo Alex—. Son ustedes los que le ayudaron a huir, ¿verdad? Es algo magnífico por su parte. He sabido de modo indirecto que se encuentra en Texas sano y salvo. No he querido escribirles para preguntárselo, pero ¿acaso Frank o usted le dejaron dinero? Quiero devolvérselo.

—¡Oh, Alex, no hable usted ahora de ello! Se lo pido por favor.

Por una vez en su vida el dinero no tenía importancia para ella.

—Voy a buscar a Will —dijo él—. Mañana asistiremos todos al entierro.

Volvió a cargarse el saco a la espalda y, en el momento en que iba a echar a andar, una carreta vacilante desembocó de una callejuela lateral y se dirigió chirriando hacia la estación.

—Siento haber llegado tarde, Scarlett —gritó Will desde el asiento.

Después de haber bajado penosamente del coche, Will se acercó cojeando y besó a Scarlett en la mejilla. Will no la había besado nunca y siempre la había llamado señorita Scarlett; pero, a pesar de su sorpresa, este gesto la conmovió y le causó una gran alegría. Él la ayudó a poner un pie en la rueda y a subir al carruaje y Scarlett vio que era el mismo carricoche destartalado que le había permitido huir de Atlanta. ¿Cómo podía rodar todavía? Will debía de haberlo cuidado con el mayor esmero. Al recuerdo de aquella noche trágica, sintió un ligero mareo. «No me importa —se dijo—; aunque tenga que ir descalza, aunque tía Pitty no vea un cuarto, me las arreglaré para comprar un carruaje nuevo y para que quemen éste.»

Al principio Will nada dijo y Scarlett se lo agradeció. Él tiró su viejo sombrero de paja al fondo del coche, chasqueó la lengua y el caballo se puso en marcha. Will seguía siendo el mismo, chupado y flaco, la mirada dulce, con el aire apacible y resignado de un animal de labor.

Dejaron el pueblo tras ellos y se adentraron en la carretera rojiza que conducía a

Tara. En el horizonte quedaba un leve tinte rosáceo, y espesas nubes negras, desgreñadas como plumas, conservaban aún reflejos dorados y verde pálido. La calma def crepúsculo campesino se extendía sobre ellos, sedante como una oración. ¿Cómo había podido ella permanecer tanto tiempo, pensó Scarlett, privada del fresco aroma de los campos, del espectáculo de la tierra trabajada y de la dulzura de las noches de estío? ¡Olía tan bien la tierra roja y húmeda, era una amiga tan fiel, que hubiera querido bajarse para coger un puñado! A ambos lados de la carretera, los setos de madreselva exhalaban un perfume penetrante, como siempre que había llovido, el perfume más dulce del mundo. Sobre sus cabezas, las rápidas golondrinas aleteaban dando vueltas y, de vez en cuando, un conejo asustado cruzaba la carretera, moviendo su rabito blanco como una borla de polvera.

Mientras atravesaban los campos arados donde se alineaban vigorosos arbustos, Scarlett constató con alegría que el algodón crecía bien. ¡Qué hermoso todo aquello! Los vaporosos jirones de bruma sobre los pantanos, de tierra roja, el algodón y los sombríos pinos al fondo, como una muralla. ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo en Atlanta?

—Scarlett, antes de hablarle del señor O'Hara..., y tengo intención de contárselo todo antes de llegar a casa..., querría saber su opinión sobre un punto. Tengo la impresión de que ahora es usted el cabeza de familia.

—¿De qué se trata, Will?

Durante un instante, él fijó en ella su mirada dulce y serena.

—Querría saber si a usted le disgustaría que me casara con Susele.

Scarlett quedó tan sorprendida que tuvo que agarrarse al asiento para no caer de espaldas. ¡Will casarse con Suellen! Desde que ella le había arrebatado a Frank, se había imaginado que ya nadie querría nunca a su hermana.

—¡Por Dios, Will!

—¿La disgusta?

—Disgustarme, no; pero ya ve, Will, que me ha cortado la respiración. ¡Casarse usted con Suellen! Si yo creía que usted estaba enamorado de Carreen...

Will agitó las riendas sin apartar los ojos del caballo. Scarlett le veía de perfil. Su rostro permaneció impasible, pero ella tuvo la impresión de que había exhalado un ligero suspiro. —Sí, tal vez —confesó Will.

—¿Y qué?, ¿no le quiere ella?

—No se lo he preguntado nunca.

—Pero Will, ¿está usted loco? Pregúnteselo en seguida. Carreen vale bastante más que Suellen.

—Scarlett, usted no sabe nada de lo que ha ocurrido en Tara. No nos ha prestado mucha atención estos últimos meses.

—Conque no, ¿eh? —se chanceó Scarlett, montando en cólera—. ¿Qué cree usted que hacía entonces en Atlanta? ¿Creía usted que andaba en coche y que estaba de baile todas las tardes? ¿No les he enviado dinero todos los meses? ¿No soy yo quien ha pagado los impuestos, quien ha hecho reparar el techo, quien ha comprado el arado nuevo y las muías? ¿No he...?

—Vamos, no se amosque usted —interrumpió Will sin turbarse—. Si ha habido alguien que supiera lo que hacía usted, soy yo. Ya sé que ha hecho usted el trabajo de dos hombres.

—Entonces ¿por qué me dice usted eso? —le preguntó Scarlett un poco calmada.

—Bien, no le niego que nos haya pagado las cosas y que hayamos vivido gracias a usted. Lo que le digo es que no parecía usted muy ocupada por averiguar nuestros

pensamientos. No se lo censuro, Scarlett. Usted es así. No se ha preocupado nunca de lo que pasaba por el caletre de los demás. Lo que trato de explicarle es por qué no le he preguntado nunca a Carreen si me quería, porque no hubiera servido de nada. Ha sido como una hermana para mí, y apuesto a que a nadie le habrá contado las cosas que me ha contado a mí. Pero no se ha repuesto aún de la muerte de ese muchacho y no se repondrá jamás. Creo que ya puedo decírselo: Carreen se dispone a ingresar en un convento, en Charleston.

—¿Se burla usted de mí?

—Ya sabía el efecto que Je causaría, pero lo que quisiera pedirle es que no discutiera con ella, que no la riñese, y sobre todo que no se burlase. Déjela usted. Es su único deseo. Tiene el corazón destrozado.

—Yo conozco a cien mil que tienen el corazón destrozado y no se les ha ocurrido meterse en un convento por ello. Míreme a mí. Y he perdido mi marido.

—De acuerdo, pero a usted no se le ha destrozado el corazón —declaró Will plácidamente. Y cogiendo una brizna de hierba del suelo del carruaje se la puso en la boca y comenzó a mordisquearla.

Esta observación sobrecogió a Scarlett. Como siempre que oía emitir una verdad, por desagradable que le resultase, una especie de honradez interior y profunda la obligaba a reconocerla como tal. Calló un instante, para tratar de figurarse a Carreen de monja.

—Prométame que no irá a contrariarla en su deseo. —Bien, se lo prometo —dijo Scarlett, mirando a Will en seguida con cierta extrafieza. Will había amado a Carreen, y todavía ahora la quería bastante para aceptar el separarse de ella y favorecer su proyecto. Y se quería casar con Suellen. ¿Tenía esto pies ni cabeza? —¿Qué significa todo esto, Will? ¡Si usted no ha querido a Suellen nunca!

—Sí, la quiero en cierto sentido —dijo él, quitándose la hierba de la boca y examinándola como si ofreciera un extraordinario interés—. Suellen no es tan mala como usted se imagina. Scarlett. Creo que nos entenderemos muy bien los dos. Lo que necesita Suellen es un marido e hijos. Al fin y al cabo, eso es lo que todas las mujeres necesitan.

Will y Scarlett callaron de nuevo, mientras el carricoche proseguía su marcha por la carretera llena de baches. Scarlett pensaba. Debía de ocurrir algo más profundo y más importante para que un muchacho tranquilo y reservado como Will quisiera casarse con una mujer impertinente como Suellen, que no hacía más que quejarse de todo.

—No me ha dicho usted el verdadero motivo, Will. Soy el cabeza de familia y tengo derecho a saberlo.

—Es verdad —respondió Will—. Me parece que, por otra parte, lo entiende usted de sobra. No puedo marcharme de Tara. Es mi hogar, Scarlett, el único hogar que he tenido, y le tengo tanto apego, que amo cada piedra. He trabajado allí como si fuera mío. Y cuando una cosa cuesta algo, uno acaba por amarla. Usted sabe lo que quiero decir, ¿no?

Sí lo sabía. Sintió una súbita ternura por aquel hombre que amaba tanto lo que ella también amaba más en el mundo.

—Mire el cálculo que me he hecho —continuó él—: su papá ya no existe y Carreen estará en el convento. Ya no quedaremos más que Suellen y yo, y, naturalmente, yo no puedo quedarme en Tara, si no me caso con Suellen. Ya sabe usted cómo murmura la gente...

—Pero..., pero, Will, quedan aún Melanie y Ashley.

Al nombre de Ashley, Will se volvió hacia ella y la miró con sus ojos claros e insondables. Igual que en otro tiempo, adivinó Scarlett que Will sabía de sobra a qué atenerse acerca de ella y de Ashley. Tenía la intuición de que lo sabía todo, sin aprobarlo ni

censurarlo.

—Van a marcharse muy pronto.

—¿Marcharse? ¿Adonde? Tara es su hogar tanto como el nuestro.

—No, no se sienten en su hogar en Tara. Esto es lo que mata a Ashley. No se siente en su propia casa y tiene la impresión de no ser lo suficientemente útil para justificar su parte de manutención y la de su familia. No sabe nada del campo y se da cuenta. No es que no lo tome con gana, pero no ha nacido para granjero. Usted lo sabe mejor que yo. Cuando se pone a cortar madera, siempre parece que va a darse un hachazo en un pie. No sabe conducir el arado mejor que Beau; se llenaría un libro con todo lo que ignora de los trabajos del campo. No es culpa suya. No ha sido educado para eso. Y, caray, le preocupa ser un hombre y vivir en Tara a expensas de una mujer, sin darle gran cosa en compensación.

—¡A expensas de una mujer! ¿Ha dicho alguna vez...?

—No, no ha dicho una palabra; pero ya conoce usted a Ashley. No tengo para qué explicárselo. Mire usted: ayer mismo, mientras velábamos a su padre, le dije que había pedido a Suellen que fuera mi mujer y que me había dicho que sí. Entonces Ashley me aseguró que le aliviaba saber esto, porque estaba en ascuas pensando en tener que quedarse en Tara. Claro: sabía que la señora Melanie y *él* se hubieran visto obligados a quedarse, ahora que el señor O'Hara había muerto, nada más que para evitar que la gente murmurase de Suellen y de mí. Entonces me dijo que se proponía marcharse de Tara y buscar trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo? ¿Y adonde?

—No sé lo que hará, pero me ha contado que se dirigiría al Norte. Tiene un amigo yanqui en Nueva York y le ha hablado de darle un empleo en un Banco.

—¡No, no! —exclamó Scarlett, con voz que salió del fondo de su corazón. Al oírla, Will le dirigió la misma mirada plácida que antes.

—Tal vez valga más que vaya a instalarse en el Norte.

—No, no, no opino lo mismo.

Comenzó a cavilar febrilmente. ¡Ashley no podía marchar al Norte! Se exponía a no verle más. Aunque no le hubiera visto hacía meses", aunque no le hubiera dirigido la palabra desde la escena fatal del jardín, no había pasado día que no pensara en él, que no se hubiera alegrado de haberlo acogido bajo su techo. No había enviado un solo dólar a Wili sin sentirse feliz pensando que con esto contribuía a hacer más fácil la vida de Ashley. Desde luego, él no estaba dotado para los trabajos de la granja. «Ashley ha nacido para otras cosas», se dijo Scarlett con orgullo.

Había nacido para mandar, para vivir en una gran mansión, para tener buenos caballos, para leer poemas y decir a los negros lo que tenían que hacer. Que no tuviera casas, caballos, negros, ni libros, no tenía nada que ver. Ashley no estaba hecho para manejar un arado o partir leña. Así que no era extraño que quisiera abandonar Tara.

Pero ella no podía dejar que se marchara de Georgia. Si era menester, no *desalía,* vivir a Frank hasta que le hubiera encontrado un empleo en su almacén, aunque tuviera que echar a alguien. Pero no, tampoco había nacido Ashley para ser una hortera. ¡Un Wilkes en una tienda! ¡Eso nunca!; Había, con todo, que buscar una solución. Ya estaba: la serrería; eso era! Aquella idea le produjo tal alivio que sonrió. Pero ¿aceptaría él una proposición suya? ¿No lo consideraría una limosna? Ya se las compondría para hacerle ver que, al contrario, le prestaba un gran servicio aceptando. Despediría al señor Johnson. Ashley ocuparía su puesto y Hugh dirigiría la nueva serrería. Explicaría a Ashley que la mala salud de Frank y sus ocupaciones en eí almacén le impedían ayudarla e invocaría su estado como una razón más para que la sacara de apuros.

Le haría comprender que en aquel crítico momento no podía prescindir de su apoyo. Y luego, si aceptaba, le haría partícipe a medias en los beneficios de la industria, le daría lo que quisiera con tal de conservarlo a su lado; lo que fuera, para ver aquella radiante sonrisa que le iluminaba el rostro, para poder sorprender en su mirada aquel brillo que le demostraría que seguía amándola. Pero tomó la resolución de no instigarle más a que le declarase su amor, de no volver a inspirarle más el deseo de prescindir de aquel estúpido honor que ponía por encima de la pasión. Había que encontrar a toda costa el medio de participarle, con tacto, sus nuevas decisiones. De otro modo era capaz de no aceptar el ofrecimiento, por miedo a que se reprodujera una escena análoga a la última.

—Puedo encontrarle un empleo en Atlanta —dijo en alta voz.

—Eso es cosa de ustedes dos —contestó Will, volviendo a mordisquear la pajita—. ¡Arre, «Sherman»! Ahora, Scarlett, tengo algo que pedirle, antes de hablarle de su padre. No querría que cayera usted sobre Suellen. Lo hecho, hecho está, y por mucho que haga ella no va a resucitar por eso el señor O'Hara. Además, la pobre ha creído de buena fe que ha obrado del mejor modo.

—Yo era quien quería pedirle aclaraciones, Will. ¿Qué ha ocurrido con Suellen? Alex es tan enigmático... Me ha dicho que Suellen se merecía una paliza. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Sí, ya sé cómo se han puesto contra ella. Toda la gente que he visto en Jonesboro ha jurado no volver a saludarla; pero ya se les pasará el enfado. Ahora, prométame no irritarse. No quiero que disputemos esta tarde, con el señor *todavía* en su lecho de muerte.

«¡Conque no quiere disputas! —pensó Scarlett, indignada—. Habla ya como si Tara fuese suya.»

Entonces pensó en Gerald, tendido sobre su lecho de muerte, en el salón, y estalló en sollozos. Will le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia él y no dijo nada.

Mientras el coche avanzaba lentamente en la sombra que se adensaba, Scarlett, reclinada sobre el hombro de Will y con el sombrero echado sobre la cara, olvidaba al Gerald de los dos últimos años, al anciano fatigado, mirando siempre a la puerta, con la esperanza de ver entrar por ella a una mujer que nunca más habría de reaparecer. Se acordaba del hombre enérgico, lleno aún de vitalidad no obstante su avanzada edad, con su canosa y ondulada cabellera, su aire animoso y comunicativo, sus botas sonoras, su carácter bromista y su generosidad. Recordaba cuánto admiraba a su padre cuando, siendo niña la subía con él a caballo, la cogía en sus brazos o le daba unos azotes si había sido mala y se ponía a gritar tan fuerte como ella, hasta que la perdonaba y hacían las paces. Le parecía verlo, llegando de Charleston y de Atlanta, cargado siempre con los más absurdos regalos. Sonriendo, a través de sus lágrimas, lo veía también, de regreso de la fiesta de Jonesboro, a altas horas de la noche, bastante alegre, saltando el cercado y cantando con voz cascada «El color verde». Y al día siguiente lo humilde que se mostraba ante Ellen. Bien, ya estaba él a su lado.

—¿Por qué no me escribió que se encontraba enfermo? Habría venido en cuanto...

—No ha estado enfermo un solo instante. Ande, tome mi pañuelo. Voy a contárselo todo.

Aceptó su pañuelo, pues no llevaba ninguno, y se apoyó en el brazo de Will. ¡Qué amable era aquel hombre!

—Mire, Scarlett: con el dinero que usted nos ha ido enviando, Ashley y yo hemos pagado los impuestos y comprado una mula, simientes, un sinfín de rasillas, pollos y algunos cerdos. La señorita Melanie hace maravillas con las gallinas. Es una mujer

asombrosa; ya la conoce. Bueno, después de haber comprado todo lo necesario, no quedó mucho para cosas superfluas, pero nadie se quejó, excepto Suellen. La señorita Melanie y la señorita Carreen no van a ninguna parte y se pasan el día trabajando en casa, pero ya conoce usted a Suellen: no sabe lo que son privaciones. Para ella era un suplicio tener que ir con vestidos viejos cuantas veces la Eevaba en coche a Jonesboro o a Fayetteville y más con lo chismosas que son las mujeres de los *carpetbaggers* y con lo que se acicalan. ¡Hay que ver cómo visten las esposas de esos malditos yanquis que están al frente de la Oficina de Liberados! Las señoras del Condado llevan adrede sus peores vestidos cuando van a la ciudad, para demostrar que se les da un comino de ello y que hasta están orgullosas de sus harapos. Pero no así Suellen. Y, además, hubiera querido tener un caballo y un coche. Nos repetía sin cesar que tenía usted uno.

—No es un coche, sino un carromato destartalado —declaró Scarlett, indignada.

—Esto no tiene importancia, pero prefiero prevenirla. Suellen no le ha perdonado nunca que se haya casado con Frank. Y no soy yo quien se lo censuro: fue una mala pasada hacer eso a una hermana.

Scarlett se incorporó furiosa como una serpiente. —¿Una mala pasada? Le ruego que sea más cortés, Will. ¿De modo que es culpa mía que Frank me haya preferido a Suellen?

—Usted no es tonta, Scarlett, y sospecho que debió ayudarle a hacer su elección. Sabe usted estar a la altura de las circunstancias, cuando se lo propone. No me irá usted a negar que Frank era el novio de Suellen. Mire, una semana antes de marchar usted a Atlanta, recibió una carta suya, cariñosísima. Le decía que se casarían en cuanto hubiera ahorrado algo. Lo sé porque me enseñó la carta.

Scarlett guardó silencio. Sabía que Will decía la verdad y no encontraba contestación. Nunca pudo imaginarse que iba a llegar un día en que Will la juzgaría. Además, la mentira que le había contado a Frank no le ocasionó nunca remordimientos. Si una muchacha no sabía conservar su novio y lo perdía, era que no merecía conservarlo.

—Vamos, Will, no sea tan mal pensado —protestó—. ¿Piensa usted que si Suellen se hubiera casado con él habría mandado un céntimo a Tara?

—Ya le he dicho que sabe usted estar, cuando quiere, a la altura de las circunstancias —dijo Will, volviéndose hacia ella y esbozando una sonrisa—. Ya sé que no hubiéramos visto un céntimo de Frank. Pero esto no quita para que una mala pasada sea una mala pasada. Suellen está hecha una furia desde entonces. No creo que quisiera mucho a Frank, pero eso la ha herido en lo vivo y se pasa el tiempo diciéndonos que usted lleva hermosos vestidos, que tiene coche y que vive en Atlanta, mientras ella está aquí, encerrada en Tara. ¡Con lo que le gusta ir de visitas y relacionarse! Ya lo sabe usted. ¡Y con lo que le gusta vestir bien! No es que se lo reproche; las mujeres son así. Hace cosa de un mes la llevé a Jonesboro. Como yo tenía que hacer, la dejé allí y durante ese rato se dedicó a hacer mil visitas. Al regreso, vino callada como una muerta, pero estaba tan excitada que me asustó. Pensé que habría averiguado que alguien iba a tener un..., que debía, en fin, haberse enterado de algún chisme interesante, y no le hice mucho caso. Durante la semana permaneció así, sin abrir el pico para nada. Luego fue a ver a la señora Cathleen Calvert. No podría usted contener las lágrimas, Scarlett, si viera a la señora Cathleen. Hubiera sido preferible para la pobre morirse, antes que haberse casado con Hilton, ese cochino yanqui. ¿Sabía usted que hipotecó la plantación? Se lo ha comido todo y ahora tendrán que marcharse.

—No, no lo sabía, ni me importa. Lo que quiero saber son detalles de la muerte de

papá.

—Todo llegará —contestó Will con calma—. Cuando Suellen volvió de casa de la señora Calvert nos aseguró a todos que estábamos equivocados respecto a Hilton, al señor Hilton, como dijo ella. Desde entonces, ha salido mucho con su padre a dar largos paseos por la tarde, y muchas veces, al volver del campo, los he visto a los dos, sentados sobre un pequeño muro que rodea al cementerio. Suellen hablaba siempre con gran animación y gesticulaba mucho. El pobre señor parecía muy preocupado y movía la cabeza sin cesar. Ya sabe usted cómo era. Pues bien, en los últimos tiempos daba cada vez más la impresión de encontrarse en la luna; hubiérase dicho que no sabía dónde estaba y que ni nos reconocía. Una vez vi a Suellen señalarle la tumba de su madre, Scarlett, y él se echó a llorar. Aquel día cuando entró en casa estaba muy excitada y parecía radiante. La llevé aparte y le eché un sermón: «Señorita Suellen, le dije, ¿por qué diablos atormenta usted así a su padre y le habla de su madre? Ya que no suele acordarse de que ella ha muerto, ¿para qué viene usted a poner el dedo en la llaga?». Entonces echó hacia atrás la cabeza y me contestó: «No se meta en donde no le llaman. Uno de estos días será usted el primero en alegrarse de lo que voy a hacer». La señora Melanie me ha dicho ayer tarde que Suellen la había puesto al corriente de sus proyectos, pero que no creía que hablase en serio. Me ha dicho que no nos ha contado nada, porque esa idea la trastornaba.

—¿Qué idea? ¿Quiere usted acabar? Ya estamos a mitad de camino de casa y deseo saber a qué atenerme sobre la muerte de papá.

—Es que quiero explicárselo todo bien —agregó Will—. Mire, estamos tan cerca de Tara que tengo miedo de no haber acabado antes de llegar. Prefiero que paremos.

Y tiró de las riendas. El caballo se detuvo y resopló. Will colocó el coche junto a un seto que marcaba la finca de los Mac Intosh. Scarlett echó un vistazo a los árboles umbríos y divisó las altas chimeneas que, semejantes a fantasmas, dominaban las silenciosas ramas. Lamentó que a Will no se le hubiera ocurrido escoger otro lugar para pararse.

—Pues la idea de Suellen era ésta: se le había metido en la cabeza que los yanquis pagarían el algodón que habían quemado, las bestias que robaron y las granjas que destruyeron.

—¿Los yanquis?

—¿No ha oído usted hablar de eso? El Gobierno yanqui ha indemnizado a todos los propietarios sudistas que han mostrado simpatía por la Unión.

—Bueno, ya lo sé, pero ¿qué nos importa esto?

—Según Suellen, mucho. Ese día la llevé a Jonesboro; allí se encontró a la señora Mac Intosh y, mientras charlaban, Suellen no apartó la vista del lujoso vestido de la señora Mac Intosh. Naturalmente, le preguntó detalles y la otra le contó, dándose gran importancia, que su marido había formulado una queja ante el Gobierno federal, por destrucción de la finca de un leal partidario de la Unión que jamás había prestado ayuda, bajo ninguna forma, a los confederados. —Nunca han prestado ayuda a nadie —comentó Scarlett—. ¡Bah, gente medio irlandesa y medio escocesa!

—Tal vez sea cierto; no los conozco. En todo caso, el Gobierno les ha entregado no sé cuántos miles de dólares. Una suma muy redondita, créame. Esto ha impresionado a Suellen. Durante toda la semana ha estado dándole vueltas a la idea, sin comunicárnosla, pues sabía que nos burlaríamos de ella. Pero, como no podía dejar de chismorrear con alguien, ha ido a ver a la señora Cathleen, y este mal bicho de Hilton le ha metido una sarta de necedades en la mollera. Le ha hecho observar que su papá no había nacido en el país, no combatió en la guerra, que ningún hijo suyo habíase enrolado en las tropas ni ejercido

ningún cargo público con la Confederación. Le ha dicho que él podría muy bien garantizar las simpatías del señor por la Unión. En una palabra, le ha calentado los cascos y desde que ha vuelto a casa ha empezado a sermonear al señor. Scarlett, me cortaría la cabeza, pero estoy seguro de que la mitad del tiempo su padre no sabía ni de lo que le hablaba. Con esto contaba ella. Esperaba que le haría prestar el maldito juramento sin que se diera cuenta.

—¡Prestar papá el juramento! —exclamó Scarlett.

—Ya sabe que tenía la cabeza muy débil de algún tiempo a esta parte. Sí, ella pensaba sin duda aprovecharse de eso, pero estábamos muy lejos de imaginárnoslo. Sabíamos que algo tramaba, pero no lo sospechábamos. No podíamos imaginar que hacía llamamientos a la memoria de su madre para censurarle que dejase a sus hijos en la pobreza cuando podía sacar ciento cincuenta mil dólares a los yanquis.

—¡Ciento cincuenta mil dólares! —exclamó Scarlett, sintiendo que se atenuaba su repulsión por el juramento.

¡Era una suma respetable! Y para tener posibilidades de lograrla bastaba con prestar un juramento de adhesión a los gobernantes de los Estados Unidos y poner su nombre al pie de una simple fórmula, declarando que el firmante no había ayudado ni sostenido nunca a los enemigos de la Unión. ¡Tanto dinero, por una mentira tan tonta! En verdad, ya no podía, a pesar de todo, censurar a Suellen. ¡Gran Dios! ¿Por qué hablaba entonces Alex de imponerle un correctivo? ¿Por qué todas las personas del Condado se oponían? ¿Estaban locos? ¡Qué no podría ella hacer con tanto dinero! ¡Qué no podría hacer la gente del Condado! ¡Bah! ¿Qué representaba una mentira más o menos? Después de todo, lo único que había de hacer era sacar a los yanquis dinero contante y sonante, sin reparar en los medios.

—Ayer, hacia mediodía, mientras Ashley y yo estábamos partiendo leña, Suellen hizo subir a su papá a este coche y se fueron a la ciudad, sin decir nada a nadie. La señora Melanie sospechaba vagamente alguna cosa, pero esperaba que Suellen no llevaría las cosas a ese extremo y no quiso alarmarnos. Hoy me he enterado por fin de todo lo ocurrido. Hilton, ese sinvergüenza, está en buenas relaciones con los *scallawags* y los republicanos, y Suellen había convenido en ceder a éstos una parte de lo que cobrara, a condición de que accediesen a certificar que el señor Ó'Hara había sido siempre, en el fondo, un leal partidario de la Unión, que era irlandés de nacimiento, que no había tomado parte en la guerra y qué sé yo qué cosas más... En suma, su papá no tenía más que firmar y su expediente sería enviado, en seguida, a Washington. Cuando llego, le leyeron la fórmula del juramento a toda prisa. Él no dijo palabra y todo fue como la seda hasta que le indicaron que firmara. En ese momento el viejo pareció reaccionar y movió la cabeza negativamente. No creo que supiera exactamente de lo que se trataba, pero se daba perfecta cuenta de que era algo que no le gustaba. Ya sabe usted que Suellen no ha sabido nunca tratar a su padre. Naturalmente, después de todo el trabajo que se había tomado, casi le dio un ataque de nervios. Cogió a su padre por el brazo y salió del despacho. Volvieron a subir al coche y Suellen le contó que su madre le gritaba desde el fondo de la tumba que no dejara sufrir a sus hijos tontamente. Me han dicho que su papá permanecía hundido en su asiento y que lloraba como un niño. Todo el mundo los vio y Alex Fontaine se acercó a preguntar qué les pasaba; pero Suellen le contestó que no se metiera en donde no le llamaban y Alex se alejó echando pestes.

»No sé cómo se le ha ocurrido esto, pero lo cierto es que, en el curso de la tarde, ella adquirió una botella de coñac y le hizo beber. Ya sabe usted, Scarlett, que nosotros no bebemos alcohol en Tara desde hace un año, salvo el escaso vino de moras que hace

Ashley, así que el señor O'Hara no estaba ya acostumbrado. Una vez borracho, y después de dos horas de discusión con Suellen, acabó por decir que firmaría todo lo que quisiera. Los yanquis volvieron a presentar el juramento a la firma y, en el momento en que iba a poner la pluma en el papel, Suellen metió la pata. Dijo: "Y ahora supongo que los Slattery y los Mac Intosh no se darán tanta importancia ante nosotros". Como sabrá usted, Scarlett, los Slattery habían pedido una crecida suma por mediación del marido de Emilia Slattery, y ahora lo habían conseguido todo. Me han contado que, al oír eso, su papá se irguió y mirando a Suellen de un modo terrible le dijo: " ¿Es que los Slattery y los Mac Intosh han firmado una cosa como ésta? ". Suellen se quedó petrificada y, en su azoramiento, no dijo ni que sí ni que no. Entonces, su padre gritó con fuerza: "¡Contesta! ¿Es que ese sinvergüenza y ese descamisado han firmado también?". Hilton, queriendo arreglar la cosa, le contestó: "Sí, señor O'Hara, han firmado, percibiendo por ello una cantidad fabulosa, como la percibirá usted".

»Entonces, el señor lanzó un terrible grito de cólera; Alex Fontaine, que estaba dentro del café, en la calle, afirma haberle oído decir, con un acento irlandés más fuerte que nunca: " ¿Creéis acaso que un O'Hara, de Tara, puede comer en el mismo pesebre que ese desvergonzado y ese pelagatos?". Y rompiendo en dos pedazos la hoja se la arrojó a Suellen: "¡No eres hija mía!", aulló y salió del despacho antes de que hubiesen tenido tiempo de decirle nada.

»Alex me ha contado que le vio salir a la calle. Iba como un loco. Me ha dicho que era la primera vez, desde la muerte de su madre, que el señor había recobrado su aspecto y volvía a ser el mismo. Parece ser que iba haciendo eses y lanzando insultos en voz alta. Alex asegura que en su vida ha oído una serie igual de juramentos. El caballo de Alex estaba allí y su padre se subió a él sin más ni más y al instante partió al galope tendido entre una nube de polvo rojo, tan densa que asfixiaba. A la caída de la tarde, Ashley y yo nos sentamos en los peldaños de la escalera para mirar la carretera. Le aseguro que estábamos realmente inquietos. La señora Melanie permanecía tumbada en su cama sollozando, pero no quiso decirnos nada. De repente, oímos el galope de un caballo y alguien que cantaba a grito pelado. Ashley me dijo: "Es curioso, me recuerda al señor O'Hara cuando venía a vernos antes de la guerra".

»Y entonces lo divisamos al otro extremo del prado. Había debido de saltar la barrera. Subía la cuesta a una velocidad infernal y seguía cantando, como un hombre libre de preocupaciones. ¡Qué voz tan extraña tenía! Cantaba: "Pegg se marcha en su carrito". Golpeaba al caballo con el sombrero y el caballo galopaba como un loco. Cuando llegó a lo alto de la pendiente, ni siquiera frenó. Comprendimos que iba a saltar la barrera que está junto a la casa. Nos levantamos de un salto. Estábamos muertos de miedo. Entonces, su padre exclamó con todas sus fuerzas: "¡Mira, Ellen, mira cómo salto! . Pero, por desgracia, el caballo hizo una espantada. Se detuvo en seco y su papá salió despedido por encima de la cabeza. No ha debido sufrir nada. Estaba ya muerto cuando acudimos a levantarlo. Creo que debió romperse la cabeza.»

Will esperó un minuto a que Scarlett hablara; pero como seguía callada, volvió a coger las riendas. «¡Arre, "Sherman"», dijo. Y el caballo emprendió de nuevo la marcha hacia la casa.

40

Scarlett casi no durmió aquella noche. Cuando llegó el alba y el sol comenzó su lenta ascensión sobre los pinos que tapizaban las colinas, al este, saltó de su lecho en desorden, acercó a la ventana un taburete y sentóse. Descansando la cabeza sobre su brazo doblado, contempló la granja, luego el huerto, y por último dirigió la mirada hacia los campos de algodón. Todo estaba fresco y húmedo de rocío, todo estaba silencioso y verde. Viendo el campo sintió que un bálsamo exquisito derramábase en su maltrecho corazón. Aunque su dueño hubiera muerto, Tara, en la madrugada, daba la sensación de una finca cuidada amorosamente, de una tierra en donde reinaba la paz. Las tablas del gallinero, consolidadas con tierra de greda para impedir que entrasen las ratas y las comadrejas, habían sido enjalbegadas y el establo blanqueado también. La huerta, con sus hileras de maíz, de habas, de nabos y de calabazas color amarillo vivo, con su tierra limpia de malas hierbas, estaba cercada por todas partes. Bajo los árboles del jardín crecían solamente margaritas. El sol acariciaba las manzanas y los melocotones medio ocultos por el verde follaje... Más lejos, los algodóneros, colocados en semicírculo, extendíanse inmóviles, bajo la dorada luz del día creciente. Los orgullosos patos y los tímidos polluelos se abalanzaban hacia el campo, seguros de encontrar, bajo la maleza y en la tierra trabajada por el arado, gusanos y caracoles en abundancia.

El corazón de Scarlett se colmó de ternura y de gratitud hacia Will, el autor de todo aquello. A pesar de su culto por Ashley, no podía creer que él hubiera contribuido mucho a crear semejante prosperidad. La resurrección de Tara no era obra de un colono aristocrático, sino de un modesto granjero infatigable y laborioso que amaba la tierra. Evidentemente, Tara era tan sólo una simple granja si se la comparaba con la magnífica plantación de antaño, en que numerosas muías y caballos de raza retozaban por los prados y donde los campos de maíz y de algodón se extendían hasta perderse de vista. Pero todo estaba cuidado maravillosamente y cuando vinieran mejores tiempos podrían empezarse a cultivar de nuevo las porciones de baldío, que serían más fértiles después de aquel largo reposo.

Will no se había limitado a cuidar unos trozos. Entabló una severa lucha contra los dos enemigos de los colonos georgianos, los retoños de los pinos y las zarzamoras. No les había permitido invadir solapadamente el jardín, el prado, los campos de algodón o el césped; no dejó a las zarzas trepar con insolencia al asalto de las galerías, como en tantas otras plantaciones del Estado.

Scarlett se estremeció pensando que Tara había estado a punto de convertirse en un yermo. Will y ella se habían dado buena maña. Habían burlado los propósitos de los yanquis y de los *carpetbaggers* y hasta los de la naturaleza. Y, además, Will le había dicho que para el otoño, cuando hubiera terminado la cosecha del algodón, ya no tendría necesidad de enviarles dinero, a menos, naturalmente, que volviera otro *carpetbagger* a codiciar los bienes de Tara y se las arreglara para sacarles más impuestos. Scarlett sabía que Will sufriría sin su ayuda, pero admiraba y respetaba su espíritu de independencia. Mientras se encontró en la situación de un cualquiera a quien se le remuneraban los servicios, había aceptado dinero, pero ahora que iba a convertirse en su cuñado, que iba a ser una persona de la familia, sólo quería contar con su trabajo. Sí, Will, era un regalo del Cielo.

La víspera, por la tarde, Pork había cavado la tumba junto a la de Ellen y con la azada en la mano permanecía frente al pequeño montón de arcilla roja que iba a volver a echar en su sitio, en seguida. Tras él, inmóvil a la sombra de un cedro de ramaje bajo y

nudoso que el ardiente sol de junio llenaba de motas, Scarlett esforzábase en no mirar hacia el hoyo rojizo. Avanzando penosamente por el centro de la avenida que descendía de la casa, Jim Tarleton, el pequeño Hugh Munroe, Alex Fontaine y el más joven de los nietos del viejo Mac ¡ Rae llevaban el féretro de Gerald en una especie de parihuelas. Siguiéndoles, aunque a respetuosa distancia, extendíase en desorden un largo cortejo, compuesto de vecinos y amigos mal trajeados y contritos. Mientras los que sostenían el ataúd cruzaban el jardín inundado de sol. Pork apoyó la frente en el mango de la azada y se echó a llorar. Scarlett observó que sus crespos cabellos, negro azabache aún cuando marchó a Atlanta, se habían vuelto ahora totalmente blancos.

Dio gracias a Dios por haber llorado toda la noche, ya que le permitía ahora conservar los ojos secos y la cabeza firme. El ruido que hacía Suellen, llorando justamente a su espalda, la irritó tanto que tuvo que cerrar los puños para no volverse a abofetear el rostro enrojecido de su hermana. Suellen era la causa directa o indirecta de la muerte de su padre y pudo haber tenido el decoro de mantenerse serena ante una concurrencia hostil. Nadie le había dirigido la palabra aquella mañana, nadie había tenido para ella una mirada de simpatía. Habían abrazado a Scarlett sin vanas demostraciones, le habían estrechado la mano, habían murmurado algunas frases a Carreen y hasta a Pork; pero todo el mundo fingió no advertir la presencia de Suellen.

A los ojos de toda aquella gente, había hecho algo más que asesinar a su padre: intentó hacerle traicionar al Sur y, para aquella comunidad tan intransigente como estrechamente unida, era como si hubiese atacado el honor de cada uno. Había roto el sólido frente que el Condado presentaba al enemigo. Tratando de sonsacar dinero al Gobierno yanqui se había rebajado al rango de los *carpetbaggers y* de los *scallawags,* seres más vergonzosos aún que los soldados yanquis.

Ella, que pertenecía a una antigua familia confederada; ella, la hija de un colono fiel a la Causa, se había pasado al enemigo atrayendo al mismo tiempo el deshonor sobre todas las familias del Condado.

Las personas que seguían el fúnebre cortejo estaban a la vez indignadas y dolidas por el disgusto; tres sobre todo: el viejo Mac Rae, ligado a Gerald desde su llegada al país, la vieja abuela Fontaine, que tanto le quería por ser el marido de Ellen, y la señora Tarleton, que le tenía aún mayor simpatía que el resto de sus vecinos porque, como ella decía frecuentemente, era el único hombre del Condado que sabía distinguir un semental de un caballo castrado.

La vista de aquellos tres rostros agitados, en el salón oscuro donde yacía el cuerpo de Gerald antes del funeral, había causado alguna inquietud a Ashley y a Will, que se habían retirado junto al escritorio de Ellen para ponerse de acuerdo.

—No faltarán quienes hagan reflexiones sobre Suellen —declaró Will bruscamente, cortando con los dientes la pajita que hacía tiempo mordisqueaba—. Se figuran que están en la obligación de dirigirle la palabra. Puede que sí, no soy yo quien debe juzgarlo. En todo caso, tengan o no derecho, nos veremos obligados a tomar la defensa de Suellen, porque somos de la familia y eso estaría muy feo. Al viejo Mac Rae no puede írsele con razones, es sordo como una tapia y no oirá a los que le aconsejarán que se calle. Por otra parte, ya sabe usted que nadie ha podido nunca hacer callar a la abuela Fontaine, cuando se le ha metido en la cabeza soltarle a alguien cuatro frescas. Y, por último, la señora Tarleton, ya habrá usted visto las miradas que ha echado a Suellen. Ha tenido que contenerse para no abrir la boca. Si les da por hablar, tendremos que intervenir, y ya tenemos bastantes preocupaciones en Tara para buscarnos más complicaciones con nuestros vecinos.

Ashley suspiró. Sabía mejor que Will a qué atenerse sobre el carácter de los vecinos y recordaba que, antes de la guerra, la mitad de las riñas, muchas de las cuales habían terminado a tiros, tuvieron por origen cuatro palabras pronunciadas ante un féretro, según la costumbre del Condado. En general, dichas palabras eran en extremo elogiosas, pero de vez en cuando ocurría lo contrario. Ocurría, a veces, que palabras pronunciadas con la mejor intención del mundo eran mal interpretadas por una familia excitada, y apenas habían recubierto el ataúd las últimas paletadas de tierra estallaba un incidente.

En ausencia de un sacerdote católico y de los ministros metodistas y baptistas de Jonesboro y de Fayetteville, cuyo concurso no se había solicitado con tacto, correspondía a Ashley dirigir el servicio religioso ayudándose del libro de oraciones de Carreen. Más ferviente católica que sus hermanas, Carreen sintióse profundamente afectada por el hecho de que Scarlett no hubiera pensado en traer un sacerdote de Atlanta, pero se consoló un poco ante la idea de que el que viniese a casar a Will y Suellen podría de paso leer el oficio de difuntos sobre la tumba de Gerald. Era ella quien había prescindido de la asistencia de los ministros protestantes del vecindario y pedido a Ashley que sustituyera al oficiante. Apoyado en el antiguo pupitre, Ashley dábase cuenta de que tenía la responsabilidad de velar para que la ceremonia se desarrollara en paz, y sabiendo lo soliviantada que estaba la gente del Condado, buscaba en vano un medio de mantener la calma.

—No podemos hacer nada, Will —dijo, pasándose la mano por el cabello—. Ya comprenderá usted que lo que no puedo hacer es andar a puñetazos con la abuela Fontaine y con el viejo Mac Rae, ni puedo tampoco dejarle caer la mano en la boca a la señora Tarleton. Y ya lo verá, lo menos que dirán es que Suellen ha cometido un crimen y una traición y que, sin ella, el señor O'Hara viviría aún. ¡Qué maldita costumbre, hablar delante de un muerto! ¡Es terrible!

—Escuche, Ashley —contestó Will con calma—. No tengo en absoluto la intención de dejar que la gente chismorree sobre lo que piensa de Suellen, sea cual sea su opinión. Déjeme a mí este asunto. Cuando haya terminado de leer el oficio y de rezar las oraciones, diga usted: «¿Desea alguien decir algo?», y en este momento se vuelve usted hacia mí, para que pueda yo hablar el primero.

Sin embargo, Scarlett no recelaba la tormenta y miraba a los que transportaban a Gerald, esforzándose en hacerlo pasar a través de la puerta, demasiado estrecha, del pequeño cementerio. Con el corazón en un puño, pensaba que, enterrando a su padre, enterraba uno de los eslabones de la cadena que la unía a los días felices de paz e irresponsabilidad.

Por último descargaron el féretro junto a la tumba. Ashley, Melanie y Will penetraron en el cercado y se situaron algo detrás de las señoritas O'Hara. Todos los que pudieron entrar se colocaron tras ellos, quedando el resto fuera del recinto tapiado. Scarlett quedó sorprendida y emocionada a la vez viendo cuánta gente había acudido. Los medios de transporte eran de lo más precario, y haciendo aquel esfuerzo habían demostrado todos su abnegación. Habría allí cincuenta o sesenta personas, muchas de las cuales vivían tan lejos que Scarlett se preguntaba cómo se habían enterado con tiempo para llegar. Había familias enteras de Jonesboro, de Fayetteville y de Lovejoy, y con ellas algunos sirvientes negros. Gran número de modestos granjeros estaban presentes, igual que los guardas y un puñado de hombres que vivían en medio de los pantanos, con el fusil bajo el brazo y mascando tabaco. Estos últimos, gigantes enjutos y barbudos, llevaban trajes de tela grosera, tejidos en casa, y la gorra ladeada. Habían hecho que los acompañasen sus mujeres, cuyos pies desnudos se hundían en la tierra roja y blanda y cuyos labios estaban

ennegrecidos por el tabaco que mascaban. Bajo sus sombreros de paja, aquellas mujeres tenían un rostro en el que la malaria había dejado sus huellas, pero iban muy limpias, y sus ropas, recién planchadas, estaban brillantes y almidonadas.

Los vecinos más próximos habían acudido en masa. La abuela Fontaine, seca, arrugada y amarilla como un canario, se apoyaba en su bastón. Tras ella, Sally Munroe Fontaine y la *Señoritita* la llamaban en voz baja tirándole vanamente del vestido para hacerla sentar sobre el muro. El viejo doctor, esposo de la abuela, no estaba presente. Había muerto hacía dos meses y casi toda la alegría había desaparecido de los ojos de la vieja señora. Cathleen Calvert Hilton permanecía apartada, como convenía a una mujer cuyo marido estaba mezclado en el drama. Bajaba la cabeza y su descolorida mantilla le ocultaba el rostro. Scarlett observó con estupor que su vestido de percal estaba lleno de manchas y que sus manos llenas de pecas estaban sucias y las uñas negras. Cathleen había perdido todo su aire distinguido y parecía una fregatriz o una mendiga. «Acabará hasta oliendo mal, si no le sucede ya —pensó Scarlett—. ¡Dios mío, qué manera de venir amenos!»

Se estremeció dándose cuenta de la poca distancia existente entre la gente distinguida y los blancos pobres.

«Sin mi energía, tal vez estuviera yo igual», se dijo, recordando que después de la rendición ella y Cathleen se habían encontrado en la misma situación: las manos vacías, y sólo el ingenio de cada una. Y sintió que se llenaba de orgullo.

«No me he defendido mal», pensó, alzando la barbilla y esbozando una sonrisa de satisfacción. Permaneció unos momentos sonriendo. La señora Tarleton la miraba indignada, con los ojos rojos de llorar. Detrás de la señora Tarleton y de su marido permanecían en hilera sus cuatro hijas, cuyos rizos pelirrojos ponían una nota de indiscreción y cuyos ojos oscuros chispeaban como los de los animales jóvenes desbordantes de vida y de animación.

De repente, todos se pusieron más rígidos, se calmó el crujir de las faldas, los hombres se descubrieron, las manos juntáronse para rezar y Ashley se adelantó, con el libro de oraciones de Carreen, deshilachado a fuerza de ser leído. Se detuvo y bajó la cabeza, permaneciendo inmóvil. Sus cabellos de oro relucían al sol. Un silencio profundo se hizo en la multitud, tan profundo que se oía al viento mecer *i$s* magnolias. A lo lejos, un mirlo lanzaba de manera obsesionante su nota grave y triste siempre igual. Ashley comenzó a leer las oraciones, y todas las frentes se inclinaron mientras él pronunciaba, con SU voz cálida y admirablemente timbrada, las dignas y breves palabras.

«¡Oh! —pensó Scarlett, con un nudo en la garganta—. ¡Qué hermosa voz! Puesto que es menester que alguien haga eso por papá, estoy contenta de que sea Ashley. Sí, prefiero con mucho que lo haga él en vez de un sacerdote. Prefiero ver enterrar a papá por uno de la (familia que por un desconocido.»

Cuando Ashley llegó al pasaje de la oración que se refería a las almas del Purgatorio y que Suellen se había preocupado en subrayar, cerró bruscamente el libro. Solamente Carreen se dio cuenta de la omisión y dirigió una mirada intrigada a Ashley, que había empezado el Padrenuestro. Sabía que la mitad de las personas congregadas allí no habían oído hablar nunca del Purgatorio y que la otra mitad se indignaría al notar la insinuación, ni siquiera en un rezo, de que un hombre tan perfecto como el señor O'Hara no había ido derecho al Cielo. Así, por respeto a la pública opinión, pasó en silencio toda alusión al Purgatorio. Los concurrentes acompañaron con toda fe la lectura del Padrenuestro, pero mostraron menor seguridad cuando Ashley empezó el Avemaria. Nadie había escuchado nunca esta oración y miraron todos furtivamente hacia las señoritas O'Hara, hacia Melanie

y hacia los sirvientes de Tara, que entonaban la respuesta: «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

Entonces, Ashley levantó la cabeza y pareció sentirse molesto. Todo el mundo tenía los ojos fijos en él. La gente esperaba que el servicio continuara, pues nadie se imaginaba que las oraciones católicas terminaran de aquel modo. En el Condado, los entierros se prolongaban siempre largo rato. Los ministros baptistas y metodistas no se sometían a un ritual preciso; prolongaban las cosas a placer, a compás de las circunstancias, y rara vez se detenían antes de ver derramar lágrimas a todos los asistentes y de que la familia del difunto se lamentase en voz alta. Si el servicio religioso se limitaba a breves oraciones pronunciadas ante los despojos mortales de su amigo querido, los vecinos, extrañados, empezaban a indignarse. Nadie sabía esto mejor que Ashley. Semanas enteras se comentaría el acontecimiento mañana y tarde y todo el Condado opinaría que las señoritas O'Hara no habían testimoniado a su padre el respeto que le debían.

Después de haber lanzado una rápida mirada de reojo a Carreen como para pedirle perdón, bajó de nuevo la cabeza y se puso a recitar, de memoria, las oraciones episcopales de difuntos, que había leído con bastante frecuencia en Doce Robles, en los entierros de los esclavos.

«Yo soy la Resurrección y la Vida, y todo el que cree en mí no morirá.»

Recordaba penosamente estas palabras y se expresaba con lentitud, parándose a veces para buscar las frases. Sin embargo, la lentitud misma con que se expresaba daba más fuerza a sus palabras, y los asistentes, que hasta entonces habían permanecido con los ojos secos, empezaron a sacar los pañuelos. Como todos eran baptistas o metodistas, se figuraron que Ashley seguía escrupulosamente el ritual de las ceremonias católitas. Scarlett y Suellen, tan ignorantes como sus vecinos, encontraron la oración magnífica y confortante. Solamente Melanie y Carreen se dieron cuenta de que se estaba enterrando a un ferviente católico según el rito anglicano. Y Carreen estaba demasiado abatida por la pena y demasiado ofendida por la traición de Ashley para intervenir.

Cuando Ashley hubo terminado, abrió de nuevo sus grandes ojos grises y tristes y miró a la multitud. Al cabo de un momento su mirada encontró la del Will y dijo:

—¿Desea decir alguna cosa cualquiera de los presentes?

La señora Tarleton dio en seguida muestras de inquietud, pero Will, más rápido, se adelantó y situóse ante el féretro.

—Amigos míos —empezó diciendo con voz apagada—, acaso imaginéis que soy un osado hablando el primero, yo, que hace un año no conocía todavía al señor O'Hara, mientras todos vosotros lo conocíais hace lo menos veinte años. Pero ésta es precisamente mi disculpa. De haber vivido un mes más, hubiera yo tenido derecho a llamarle padre.

Un escalofrío de asombro recorrió el grupo. Los allí presentes eran demasiado educados para cuchichear entre ellos, pero todos empezaron a apoyarse primero sobre el pie derecho y luego sobre el izquierdo y a mirar a Carreen, que bajaba la cabeza. Todos sabían el apego que por ella sentía Will, pero Will, dándose cuenta de la dirección de las miradas, continuó como si nada ocurriese.

—Voy a casarme con Suellen tan pronto como llegue un sacerdote de Atlanta. Pensé que esto me daba derecho a hablar el primero.

Sus últimas palabras se perdieron en un confuso murmullo semejante al zumbido de un enjambre de abejas. Había indignación y desencanto en aquel murmullo. Todo el mundo sentía simpatía por Will. Todo el mundo le respetaba por todo cuanto había hecho por Tara. Todo el mundo sabía que amaba a Carreen, así que el anuncio de su matrimonio con

Suellen, que por su conducta había quedado excluida de su sociedad, causaba un estupor rayano en cólera. ¡El bueno de Will casarse con aquella malvada y odiosa Suellen O'Hara!

Durante un momento hubo una atmósfera de gran tensión. La señora Tarleton movía furiosamente los párpados y sus labios temblaban como si fuera a hablar. En medio del silencio, podía oírse perfectamente al viejo Mac Rae rogar a su nieto que le explicara lo ocurrido. Frente a la concurrencia, Will conservaba su expresión tranquila, pero en sus ojos azul claro brillaba un reflejo que prohibía a cualquiera hablar mal de su futura esposa. Durante un momento la balanza osciló ante el sincero afecto que todos sentían por Will y el desprecio que a todos inspiraba Suellen. Pero fue Will el que predominó. Continuó, como si su pausa hubiera sido intencionada:

—Yo no he conocido como vosotros al señor O'Hara en sus años de madurez. Cuando le conocí ya no era más que un anciano muy digno, pero que había perdido sus energías. Pero os he oído hablar de lo que en otro tiempo fue el señor O'Hara. Fue un irlandés lleno de valor, un verdadero caballero del Sur, y si ha habido alguien con amor a la Confederación ha sido él. No se puede soñar mezcla mejor. Nosotros ya no veremos las cosas como él, porque la época en que existían tales hombres ha desaparecido ya. Había nacido en el extranjero, pero la persona que hoy enterramos era más georgiana que cualquiera de los que le lloramos. Compartía nuestra existencia. Amaba nuestro país y, para decir las cosas como son, ha muerto por nuestra Causa como un soldado. Era uno de los nuestros, tenía nuestros defectos y nuestras cualidades, era fuerte como lo somos nosotros y tenía también nuestras debilidades. Poseía nuestras buenas cualidades, en el sentido de que nadie lo detenía cuando había decidido algo y nada le asustaba. Nada que viniese de fuera podía abatirlo.

»Cuando el Gobierno inglés lo buscó para colgarlo, no tuvo miedo. Tomó tranquilamente la puerta y huyó de su casa. Tampoco le asustó desembarcar en este país sin un céntimo. Se puso a trabajar y ganó dinero. No le causó miedo instalarse en esta comarca, donde los indios acababan de ser expulsados y que estaba aún semicivilizada. Desbrozó la tierra y creó una gran plantación. Cuando llegó la guerra, al ver que la ruina se le echaba encima, no tuvo miedo tampoco a verse pobre de nuevo. Y cuando los yanquis pasaron por Tara hubieran podido incendiar su casa o matarlo, pero él no permaneció con los brazos cruzados. Por esto decía yo que contaba con nuestras buenas cualidades. Nada externo podía abatirlo.

»Pero tenía también nuestras debilidades, pues era vulnerable interiormente. Quiero decir que, allí donde el mundo entero no podía nada contra él, su corazón se hería a sí propio. Cuando la señora O'Hara murió, su corazón murió también y no hubo ya nada más. No era él a quien veíamos últimamente.»

Will se detuvo y con su serena mirada examinó los rostros que le rodeaban. La multitud permanecía inmóvil bajo el sol abrasador, olvidando su odio a Suellen. Los ojos de Will se posaron un instante en Scarlett y parecieron sonreír, como para infundirle ánimo. Y Scarlett, que luchaba por no echarse a llorar, sintió efectivamente que recobraba energías. En lugar de soltar una sarta de tonterías, Will decía cosas de buen sentido, y Scarlett había encontrado siempre consuelo y fortaleza en el buen sentido.

—No quisiera que tuvierais de él una opinión inferior a la que merecía, aunque acabara dejándose abatir. Todos nosotros estamos expuestos a lo mismo. Estamos sujetos a las mismas flaquezas y a los mismos extravíos. Nada visible tiene poder sobre nosotros, ni los yanquis, ni los *carpetbaggers,* ni la vida dura, ni los impuestos crecidos, ni siquiera la falta de alimento. Pero en un abrir y cerrar de ojos podemos ser barridos por esa debilidad

que en nosotros mismos reside. No siempre ocurre esto con ocasión de la muerte de algún ser querido como le ha pasado al señor O'Hara. Cada uno reacciona a su modo. Y quiero deciros esto: las personas que son ya incapaces de reaccionar, aquellos en los que ese resorte se ha roto, hacen mejor en morir. En los tiempos que corren no hay sitio para ellos en este mundo. Son más felices en la tumba... He aquí por qué yo os diría a todos que no os afligierais por el señor O'Hara. Al llegar Sherman y al fallecer la señora O'Hara era cuando había que afligirse. Ahora, que va a encontrarse con la que amaba, no veo razón alguna para sentir dolor, a menos de ser muy egoístas, y esto os lo digo yo, yo que le quería como a un padre... Si esto no os llega a lo más hondo, es inútil pronunciar más discursos. Los miembros de la familia se sienten demasiado apenados para escuchar nada más y no sería cortés por nuestra parte continuar.

Will se detuvo y, mirando a la señora Tarleton, le dijo, bajando la voz:

—¿Sería usted tan amable que acompañara a Scarlett a su casa? No tiene objeto que permanezca tanto tiempo de pie, bajo el sol. Ni tampoco la abuela Fontaine parece encontrarse muy bien, con todos los respetos debidos.

Turbada por la brusquedad de Will, que abandonaba sin transición el elogio fúnebre de su padre para ocuparse de ella, Scarlett se puso roja como una amapola y su confusión aumentó al notar que todo el mundo se fijaba en ella. ¿A qué venía que Will hiciera observar a todo el mundo que se encontraba encinta? Le miró indignada de reojo, pero Will no perdió la tranquilidad por ello y la obligó incluso a bajar los ojos.

«No me diga nada —parecía querer darle a entender—; sé bien lo que hago.»

Él era ya el hombre, el cabeza de familia, y Scarlett deseosa de evitar una escena, se volvió hacia la señora Tarleton. Tal como Will había esperado, ésta se olvidó de repente de Suellen y de su ira y, cogiendo a Scarlett del brazo, le dijo, en un tono lleno de dulzura:

—Anda, vámonos, querida.

Su rostro había tomado una expresión bondadosa. Scarlett se dejó conducir por entre la concurrencia, que les abría paso, mientras se elevaba un murmullo de simpatía, y diferentes personas trataban de estrecharle la mano, al pasar. Cuando llegó al sitio donde estaba la abuela Fontaine, la anciana murmuró:

—Dame el brazo, hija mía. —Y añadió, con una mirada orgullosa, dirigiéndose a Sally y a la *Señoritita*—: No, no se molesten, no las necesito.

Las tres mujeres caminaron con lentitud entre la gente que volvía a cerrar el grupo tras ellas, y penetraron en la umbrosa alameda que ponducía a la casa. La señora Tarleton sostenía a Scarlett con una mano tan firme, que ésta tenía la impresión a cada paso de que la levantaban del suelo.

—Pero ¿por qué habrá hecho eso Will? —exclamó Scarlett, Cuando estuvo segura de que nadie podía oírla. Era como si hubiera dicho: «Mírenla ustedes, va a tener un hijo».

—Vamos, ¿estás muy fatigada? —preguntó la señora Tarleton—. Tenía razón Will. Era una locura permanecer más tiempo a pleno sol. ¡Podría haberte dado un desmayo y provocarte un aborto.

—No era esto lo que temía Will —contestó la abuela, un poco acalorada por la marcha—. Will no es tonto. No quería que usted o que yo, Beatriz, nos acercáramos a la tumba. Temía que habláramos y ha encontrado el único medio de librarse de nosotras... Y hay más aún. No quería que Scarlett oyese caer las paletadas de tierra sobre el féretro. Ha hecho bien. Acuérdate siempre de esto, Scarlett: mientras no ha oído una ese ruido, no parece que nadie esté muerto. Pero una vez que se ha escuchado... No hay ruido más horroroso en el mundo. Ya hemos llegado. Ayúdame a subir la escalera, hija mía. Dame la

mano, Beatriz. A Scarlett no le hace falta tu brazo para nada y, como ha observado Will con tanto acierto, no estoy muy rozagante. .. Will sabe que eras la preferida de tu padre y no ha querido añadirte este nuevo sinsabor. Ha pensado que para tus hermanas no sería tan doloroso. A Suellen la sostiene su vergüenza y a Carreen su Dios. Pero tú no tienes nada, ¿verdad?

—No —respondió Scarlett, ayudando al mismo tiempo a la anciana a subir los escalones—. No, yo no he tenido nunca a nadie que me sostuviera, excepto mi madre.

—Pero cuando la perdiste te diste cuenta de que eras bastante fuerte para poder prescindir de ese apoyo, ¿verdad? Pues bien, hay personas que no podrían. Tu padre era una de ellas. Will tiene razón. No te apenes. No podía estar sin Ellen y es más feliz en donde se encuentra ahora, como lo seré yo cuando pueda unirme con el viejo doctor.

Hablaba sin el menor deseo de despertar compasión, y Scarlett y la señora Tarleton se abstuvieron de hacer comentario alguno. Se expresaba en un tono suelto y natural, como si su marido hubiera ido a Jonesboro y le bastara un corto paseo en coche para salir a su encuentro. Era demasiado anciana y había visto demasiadas cosas para temer a la muerte.

—Pero usted también sabe prescindir de un apoyo —dijo Scarlett.

La anciana le dirigió una mirada fulgurante de ave de presa.

—Sí, pero a veces eso es muy desagradable.

—Escuche, abuela —interrumpió la señora Tarleton—, no debiera decir esas cosas a Scarlett. Ya está bastante angustiada. Entre el viaje, este vestido que la oprime, el disgusto y este calor, tiene bastante para abortar. Conque, si encima viene usted a meterle esas ideas negras en la cabeza, ¿adonde iremos a parar?

—¡Por Dios! —exclamó Scarlett algo irritada—. No estoy tan mal como para eso, ni soy tampoco una mujer que aborte por cualquier cosa.

—Eso nunca puede decirse —profetizó la señora Tarleton, con aire doctoral—. La primera vez que estuve embarazada, aborté viendo a un toro cornear a uno de nuestros esclavos y... ¿Se acuerda usted también de mi yegua pinta, «Nellie»? No había animal de mejor carácter, pero era de una nerviosidad tan acusada que, si no hubiera yo tenido mucho cuidado, habría...

—Cállate, Beatriz —dijo la abuela—. Scarlett no va a abortar sólo por darte la razón. Sentémonos aquí, en el vestíbulo, que nos dé el aire. Corre un viento muy agradable. Bueno, ¿querrías traerme un vaso de leche de la cocina, Beatriz? No, mira a ver si en la alacena hay vino. Me tomaría un vasito muy a gusto. Nos quedaremos aquí hasta que la gente venga a despedirse.

—Scarlett haría mejor en acostarse —insistió la señora Tarleton, después de haberle dirigido una mirada disimulada, como persona capaz de darse cuenta del momento exacto del parto.

—Anda, anda —dijo la abuela, y le dio un golpecito con el bastón a la señora Tarleton, que se dirigió hacia la cocina, echando con negligencia su sombrero sobre la consola y pasándose la mano por los cabellos rojos.

Scarlett se arrellanó en su sillón y desabrochó los dos primeros botones de su corpino. Se estaba bien en el amplio vestíbulo, donde imperaba la penumbra; y el viento que porría atravesaba la casa de una punta a otra ocasionando un grato frescor después de la lumbre del sol. Scarlett echó una ojeada al salón, donde había reposado el cadáver de Gerald, pero se propuso no pensar más en su padre y se dedicó a contemplar el retrato de la abuela Robillard, al que las bayonetas yanquis no habían respetado, a pesar de estar colgado muy alto, sobre la chimenea. La contemplación de su abuela, con su moño tan alto, su

amplio escote y su aire casi insolente, producía siempre en Scarlett un efecto tonificante.

—No sé qué es lo que ha afectado más a Beatriz Tarleton, si la pérdida de sus hijos o la de sus caballos —dijo la abuela Fontaine—. Ya sabes que Jim y sus hijas nunca han contado mucho para ella. Pertenece a esa clase de personas a que se refería Will. Su resorte no funciona. Muchas veces me pregunto si no va a seguir los pasos de tu padre. Su único placer consistía en ver crecer y multiplicarse caballos y hombres a su alrededor. Y, mientras tanto, ninguna de sus hijas está casada ni parece tener probabilidades de pescar marido por estos contornos. No tienen el menor arte. Si no fuera una mujer de mundo, de cuerpo entero, sería de lo más vulgar... ¿Es cierto lo que ha dicho Will sobre su matrimonio con Suellen?

—Sí —respondió Scarlett, mirando a la anciana cara a cara. ¡Santo Dios! Bien se acordaba, sin embargo, de la época en que tenía un miedo cerval a la abuela Fontaine. ¡Claro! Se había hecho ya una mujer y se sentía con fuerzas para no permitirle ninguna intromisión en los asuntos de Tara.

—Podría haber hecho mejor elección —dijo la abuela candidamente.

—¿Sí? —observó Scarlett en tono altanero.

—No te pongas así, pequeña —le aconsejó la anciana agriamente—. No voy a atacar a tu preciosa hermana, aunque me haya quedado con las ganas de hacerlo en el cementerio. No; lo que quiero decir es que, dada la falta de hombres en el Condado, podría él haberse casado con la que hubiera querido. Ahí están los cuatro diablos de Beatriz, las pequeñas Munroe, las Mac Rae...

—Pues ya sabe que va a casarse con Suellen.

—Tiene suerte Suellen.

—Y Tara también.

—Sientes cariño por Tara, ¿no?

—Sí.

—Tanto, que te tiene por lo visto sin cuidado que Suellen se case mal, con tal de conservar un hombre aquí para ocuparse de las cosas.

—¿Casarse mal? —preguntó Scarlett, extrañada por esta idea—. ¿Casarse mal? ¿A qué viene la cuestión de las categorías sociales ahora? Lo que es menester es que una muchacha encuentre un marido que vele por ella.

—No está mal —dijo la anciana—. Algunos te darían la razón, pero no te faltarían los que te dijeran que hacías mal suprimiendo las barreras que no deberían haber sido rebajadas ni un dedo. Will no es un hijo de familia, mientras que tú perteneces a una familia distinguida.

La anciana lanzó una mirada al retrato de la abuela Robillard.

—Scarlett pensó en Will, en aquel muchacho flaco, suave e inexpresivo, que mordisqueaba eternamente una pajita y que, semejante a la mayoría de los campesinos de Georgia, tenía un aire tan poco enérgico. No poseía un linaje de antepasados ricos, nobles y habituados siempre a figurar. El primer Will que había venido a fijarse en Georgia fue tal vez un colono de Oglethorpe[21] o un «rescatado»[22]. Will no había ido nunca al colegio. En realidad, había seguido, simplemente, durante cuatro años, los cursos de una escuela rural. Esto constituía toda su educación. Era honrado y recto, paciente y muy laborioso, pero no era indudablemente hijo de una buena familia, y los Robillard no hubieran dejado de decir que Suellen hacía un mal matrimonio.

—¿Así que estás contenta de que entre Will a formar parte de la familia?

—Sí —respondió Scarlett brutalmente, dispuesta a saltar sobre la anciana a la

primera palabra de reproche.

—Abrázame —dijo al anciana, sonriendo de la manera más inesperada—. Hasta hoy, Scarlett, no me eras muy simpática. ¡Has sido siempre tan dura! Hasta cuando eras niña eras dura, y no me agrada la dureza en las mujeres, excepto en mí. Pero me gusta la manera con que has afrontado los acontecimientos. No te sofocas demasiado por las cosas imposibles de remediar. Sabes arreglártelas bien; sí, vales mucho.

Scarlett no sabía si debía sonreír también. De todos modos la obedeció y abrazándola rozó con sus labios la mejilla apergaminada que la anciana le ofrecía.

—Por mucho que la gente aprecie a Will —siguió la anciana—, habrá más de uno que no deje de decir que no deberías haber consentido que Suellen se casase con un campesino. Al mismo tiempo que le prodiguen elogios, dirán que es una cosa terrible para una O'Hara casarse mal. Pero déjales que hablen y no te ocupes de lo que digan.

—Nunca me ha preocupado lo que pudiera decir la gente.

—Es lo que he oído decir —observó la anciana, no sin un toque de malicia—. ¡Bah! A lo mejor son muy felices. Claro está que Will tendrá siempre su aire rústico y que no será el matrimonio lo que le impida seguir cometiendo faltas de ortografía. Y luego, aunque gane dinero, no volverá a dar a Tara el lustre que le había dado el señor O'Hara. Sin embargo, Will tiene un verdadero fondo de nobleza, con el instinto de un hombre de mundo. Mira, solamente un hombre de mundo hubiera podido señalar nuestros defectos como lo ha hecho él en el entierro. Nada puede abatirnos, pero, a fuerza de llorar y de evocar el pasado, acabamos por labrar nuestra propia ruina. Sí, será un buen matrimonio para Suellen y para Tara.

—Entonces, ¿aprueba usted que no me haya opuesto?

—¡Eso no, por Dios! —exclamó la anciana con voz cascada, pero aún vigorosa—. ¡Aprobar que un campesino entre en una familia de alcurnia! Claro que no. ¿Te parece que vería con buenos ojos el cruce de un pura sangre con un caballo de tiro? ¡Oh!, sé muy bien que los campesinos de Georgia son buena gente, gente honrada a carta cabal, pero...

—¿Pero no acaba usted de decirme que será un matrimonio dichoso? —exclamó Scarlett completamente desconcertada.

—Sí, creo que será muy buena cosa para Suellen casarse con Will... Con alguien tenía que casarse. ¡Necesita de tal modo un marido! ¿Y dónde podría haberlo encontrado? ¿Dónde hubiera encontrado a otro que pudiera dirigir mejor Tara? Pero no vayas a creer por esto que me gusta más que a ti.

—¡Pero si a mí me gusta mucho! —dijo Scarlett, esforzándose en comprender lo que quería decir la anciana—. Estoy encantada de que Suellen se case con Will. ¿Por qué ha de creer usted que me disgusta? ¿Por qué se formó usted esa idea?

Scarlett estaba intrigada y se sentía un poco avergonzada, como siempre que cualquiera se imaginase por error que compartía sus reacciones y su manera de ver las cosas.

La anciana se dio aire con su abanico de hoja de palmera.

—Yo no apruebo este matrimonio, como tampoco lo apruebas tú, pero tanto tú como yo somos personas de sentido práctico. Ante un acontecimiento desagradable contra el que nada puede hacerse, no me pongo a lanzar gemidos y a levantar los brazos al cielo para implorar auxilio. No es manera ésta de tomar las alternativas que nos reserva la vida. Te hablo con conocimiento de causa, porque mi familia y la de mi marido han visto cosas de todos los colores. Si teníamos una divisa, podía resumirse así: «No hacer mucho caso, sonreír y esperar nuestra hora». Por este medio hemos podido atravesar una serie de

pruebas con la sonrisa en los labios, llegando a convertirnos en expertos en el arte de arreglárnoslas por nuestros propios medios. Por otra parte, nos hemos visto obligados a ello, pues en mi familia hemos tenido con frecuencia muy mala suerte. Hemos sido expulsados de Francia con los Hugonotes, arrojados de Inglaterra con los Caballeros[23], arrojados de Escocia con el príncipe Charlie, arrojados de Haití por los negros, y ¡mira ahora el estado en que nos encontramos a causa de los yanquis! Pero siempre hemos acabado por desquitarnos al cabo de algún tiempo. ¿Y sabes por qué?

La abuela irguió la cabeza y Scarlett encontró que se parecía más que nunca a un viejo papagayo sabio.

—No, no lo sé —respondió cortésmente, mientras pensaba que se estaba aburriendo como una ostra con aquella conversación.

—Pues, hela aquí: Sabemos plegarnos a las circunstancias. No somos espigas de trigo, sino de alforfón. Cuando sobreviene una tormenta, derriba las espigas de trigo maduras porque están secas y no ceden al viento. Pero las espigas de alforfón están llenas de savia y saben doblar la cabeza. Cuando el viento ha cesado vuelven a levantarse y están tan derechas casi como antes. No hay que ser testarudo. Cuando el viento sopla fuerte, hay que ser flexible; es mejor ceder que mantenerse rígido. Cuando se presenta un enemigo lo aceptamos sin quejarnos y nos ponemos al trabajo y sonreímos y esperamos nuestro hora. Nos servimos de gente de peor temple que nosotros y sacamos de ella el mayor provecho posible. Cuando hemos vuelto a ser otra vez lo bastante fuertes, apartamos de nuestro camino a los que nos han ayudado a salir del pozo. Éste es, hija mía, el secreto de las personas que no quieren sucumbir. —Y después de una pausa, añadió—: No vacilo en confiártelo.

La anciana pareció satisfecha confesando su profesión de fe, a pesar de todo el veneno que contenía. Parecía asimismo esperar una respuesta, pero Scarlett, que apenas comprendía el sentido de sus metáforas, no encontró qué decirle.

—Mira, pequeña —continuó entonces la anciana—, en mi familia cedemos ante la borrasca, pero levantamos en seguida la cabeza. No diría lo mismo de un montón de gente que no están lejos de aquí. Fíjate en Cathleen Calvert, por ejemplo. ¿Qué se ha hecho de ella? Una pobre harapienta. Ha caído más bajo todavía que el que se ha casado con ella. ¿Y los Mac Rae? Por el suelo están y sin poder levantarse. No saben ni qué hacer. Ni siquiera intentan un esfuerzo. Pasan el tiempo quejándose del pasado. Mira, fíjate... fíjate, por así decir, en toda la gente del Condado, quitando a mi Alex y a mi pequeña Sally, quitando a ti, a Jim Tarleton y sus hijas y a algún otro. El resto andan dando tumbos. ¿Qué quieres? No tienen savia, no tienen.

—Se olvida usted de los Wilkes.

—No, no me olvido. Si no he hablado de ellos es por cortesía, pues Ashley y los suyos viven bajo tu techo. Pero, ya que los has sacado a colación, escucha esto: según he oído decir, India se ha vuelto una solterona endurecida. No se harta de lamentarse porque Stu Tarleton ha sido muerto, no hace nada por olvidarlo y ni siquiera procura,,pescar a otro hombre. Verdad es que ya no es una chiquilla; pero, si quisiera molestarse un poco, acabaría por encontrar algún viudo cargado de familia. Y la pobre Honey, ¡Dios sabe cómo deseaba casarse! Pero con su cabeza de chorlito va a costarle trabajo. Y, en cuanto a Ashley, mira a Ashley...

—Ashley es un hombre superior... —comenzó Scarlett con efusión.

—No he dicho nunca lo contrario, pero tiene el aspecto de estar más perdido que una rata. Lo que es si la familia Wilkes sale de ésta, será gracias a Melanie más que a

Ashley.

—¿A Melanie? Vamos, señora, ¿qué está usted diciendo? He vivido con Melanie bastante tiempo para darme cuenta de que no sabe ni tenerse derecha de miedo que tiene a todo. Es incapaz hasta de oxear a una gallina.

—Tal vez tenga miedo de todo y no sepa ni oxear a una gallina; pero puedes estar segura de que si el menor peligro amenazara a su Ashley o a su hijo, todos los gobiernos yanquis del mundo no bastarían a detenerla. No procede del mismo modo que tú o que yo, Scarlett. Melanie se conduce como se hubiera conducido tu madre de haber vivido. Sí, Melanie me recuerda a tu madre cuando era joven... Y ella será, no lo dudes, la que saque a los Wilkes del atolladero.

—¡Pero, por Dios, si Melanie no es más que una pobre tonta llena de buenas intenciones! ¡Y qué injusta es usted con Ashley! Si él...

—A otro perro con ese hueso, querida. Fuera de los libros, Ashley no sirve para nada. Y no son los libros los que permiten a nadie salir de una situación como ésta en que estamos todos metidos hasta las cejas. Más de una vez me han dicho que no había nadie más incapaz que él para manejar el arado. Ahí tienes, sin más, qué diferencia con mi Alex. Antes de la guerra, Alex era un perfecto inútil. A señorito elegante no había quien le ganara. No pensaba en otra cosa que en elegirse las mejores corbatas, en embriagarse, en batirse o en ir detrás de chicas que no valían más que él. Pero míralo ahora. Ha aprendido la agricultura, porque era necesario. Sin esto, se habría muerto él de hambre y nosotros también. Y hoy hace producir el mejor algodón del Condado, querida. Su algodón es bien superior al de Tara, desde luego. Y ha aprendido igualmente a cuidar los puercos y los pollos. ¡Ah, ah, es un muchacho admirable a pesar de su mal genio! Sabe esperar su hora. Sabe adaptarse a las circunstancias, y así, cuando hayamos acabado con esta desdichada reconstrucción, ya verás, será tan rico como su padre o su abuelo. Pero Ashley...

—Todo eso no me importa —dijo Scarlett con aire glacial, ofendida por aquella falta de miramiento hacia Ashley.

—Pues es lástima —contestó la abuela, lanzándole una mirada fulminante—. Sí, es lástima y hasta sorprendente, porque, en suma, tú has adoptado la misma forma de proceder desde tu marcha a Atlanta. ¡Oh, sí, sí! No creas que porque estamos metidos en este agujero no hemos oído hablar de ti. También tú te has adaptado a las circunstancias. Hemos oído contar cómo has sabido componértelas para arrancarles el dinero a los yanquis, a los nuevos ricos y a los *carpetbaggers*. No, no has dado la impresión de ser una mosquita muerta. Me parece muy bien. Sácales lo que puedas. Y, cuando tengas bastante dinero, entonces rompe con ellos. Relaciones de ese tipo no podrían más que ocasionarte disgustos a la larga. Puedes estar segura.

Scarlett miró a la anciana, frunciendo las cejas. Nunca acababa de comprender el sentido de sus peroratas y, además, le había tomado ojeriza por haber dicho que Ashley estaba más perdido que una tortuga volcada en un camino.

—Me parece que se equivoca usted con respecto a Ashley —dijo de pronto bruscamente.

—Veo que no tienes suficiente buen juicio, pequeña.

—Eso lo dirá usted —le lanzó Scarlett, lamentando no poder abofetear a la anciana.

—Ya sé que cuando se trata de dólares rayas a gran altura. Tienes una manera de conducirte propia de un hombre avezado, pero estás desprovista de sutileza femenina. Cuando se trata de formular un juicio sobre alguien, no aciertas una.

Los ojos de Scarlett llamearon y sus manos apretáronse convulsivamente.

—Ya estás loca de rabia —contestó la abuela con una sonrisa—. Vamos, ya he logrado lo que estaba buscando.

—¿Áh, sí? ¿Y por qué? ¿Se puede saber?

—Por mil razones, excelentes todas.

La abuela se reclinó sobre el respaldo de su silla y Scarlett se dio de pronto cuenta de que parecía estar muy fatigada y de lo avejentada que se encontraba. Tenía cogido su abanico con su pequeña mano descarnada y amarillenta como de cera, igual que la de una muerta.

Scarlett se apaciguó. Incorporóse hacia delante y tomó en su mano una de las de la anciana.

—Da gusto verla mentir —le dijo—. No cree usted una sola palabra de todo lo que me ha dicho. Es para que no piense en papá por lo que lo ha hecho, ¿no es cierto?

—No trates de dártelas de aguda conmigo —le aconsejó la anciana, retirando su mano—. Sí, desde luego, en parte ha sido por eso; pero también en parte porque quería decirte algunas verdades, aunque seas poco inteligente para comprenderme.

Sin embargo, sonrió y pronunció estas últimas palabras sin ninguna acrimonia. Scarlett no le guardó rencor por haber hablado mal de Ashley, puesto que ella misma reconocía que no creía todo lo que le había dicho.

—De todos modos, muchas gracias. Es muy amable queriendo cambiarme las ideas... y estoy contenta sabiendo que es usted de mi opinión sobre el caso de Will y de Suellen, aunque... aunque otras personas no me aprueben.

La señora Tarleton regresó trayendo dos vasos de leche. No tenía la menor aptitud para los trabajos domésticos y los dos vasos estaban rebosando.

—He tenido que ir hasta el invernadero —declaró—. Anden, beban deprisa. La gente ya vuelve del cementerio. Dígame, Scarlett: ¿va a consentir usted que Suellen se case con Will? No es que ella esté demasiado bien para él, no, no; pero, en fin, Will no es más que un campesino y...

Las miradas de Scarlett y de la abuela Fontaine se encontraron. La misma llamita maliciosa brillaba en el fondo de sus ojos.

41

Cuando la última persona se hubo despedido de la familia, cuando no se oyó más ruido de coches ni de caballos, Scarlett se dirigió al pequeño buró de Ellen y sacó de un cajón un objeto brillante que había escondido la víspera en medio de un fajo de papeles amarillentos. En el comedor, Pork, que ponía la mesa para comer, iba y venía resoplando. Scarlett lo llamó. Acudió, con el rostro descompuesto, con el aire de un perro que hubiera perdido a su dueño.

—Pork —le dijo su dueña—, si sigues llorando, yo... yo voy a ponerme a llorar también. Ya está bien.

—Sí, amita. Ya lo procuro, pero cada vez que pienso en el señor Geraldy...

—Bueno, pues no pienses más. Puedo aguantar las lágrimas de cualquiera, pero no las tuyas. Vamos —le dijo en un tono más dulce—, ¿no lo comprendes? Si no puedo aguantarlas es porque sé lo mucho que le querías. Suénate, Pork; tengo un regalo para ti.

Pork se sonó ruidosamente y manifestó un simple interés de cortesía.

—¿Te acuerdas de aquella noche en que dispararon sobre ti, mientras saqueabas un gallinero?

—¡Señor santo, señorita Scarlett! Yo nunca...

—Tú recibiste un buen trozo de plomo en la pierna; conque no vengas diciéndome que no es verdad. ¿Recuerdas también lo que te dije? Te prometí regalarte un reloj para recompensar su fidelidad.

—Sí, amita, me acuerdo; pero creía que usted se habría olvidado.

—No, no me he olvidado; mira, ahí lo tienes.

Scarlett le mostró un macizo reloj de oro labrado, con su cadena, a la que iban suspendidos diversos dijes.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Pork—. ¡Si es el reloj del señor Gerald! Le he visto mirar este reloj más de mil veces.

—Sí, es el reloj de papá. Te lo doy, tómalo.

—¡Oh, no, amita! —Pork retrocedió, horrorizado—. No; es un reloj del señor blanco, del señor Gerald... ¿Cómo habla usted de dármelo, señorita Scarlett? Este reloj pertenece en derecho al pequeño Wade Hampton.

—No, te pertenece a ti. ¿El pequeño Wade Hampton ha hecho algo nunca por papá? ¿Es él quien le ha cuidado cuando estaba enfermo y sin conocimiento? ¿Es él el que le ha bañado y vestido y afeitado? ¿Acaso no le abandonó cuando los yanquis vinieron? ¿Es él el que ha robado para que no muriera de hambre? No seas tonto, Pork. Si alguien se ha merecido el reloj eres tú, y estoy segura de que papá me aprobaría. Anda, tómalo, vamos. Scarlett le cogió la negra mano y le puso en ella el reloj. Pork lo contempló con veneración y la alegría se pintó poco a poco en su rostro.

—¿Para mí de verdad, señorita Scarlett?

—Sí, para ti.

—Muchas gracias, señorita, muchas gracias.

—¿Quieres que lo lleve a Atlanta para que graben en él alguna cosa?

—¿Qué quiere decir grabar? —preguntó Pork, con aire desconfiado.

—Quiere decir que haré que escriban en la tapa del reloj alguna cosa como... como: «A Pork, la familia O'Hara, en agradecimiento a sus buenos y leales servicios».

—No, no, gracias, señorita. No quiero.

Pork dio un paso atrás reteniendo con fuerza el reloj en la mano. Scarlett se sonrió.

—¿Por qué, Pork? ¿Es que tienes miedo a que no te lo devuelva?

—No, señorita. Tengo confianza en usted; pero podría usted cambiar de parecer y...

—No, hombre, no, por Dios.

—Podría venderlo, señorita. Esto debe valer mucho dinero.

—¿Te parece que iba yo a vender el reloj de papá?

—Sí señorita, si tuviera necesidad de dinero.

—Te mereces una paliza, Pork. Me están entrando ganas de quitarte el reloj.

—¡No, amita, no lo hará usted! —por primera vez en todo el día, una ligera sonrisa se dibujó en la desolada cara de Pork—. La conozco, señorita.

—¿Es verdad, Pork?

—Si fuera usted la mitad de amable con los blancos que con los negros, creo que la gente sería más amable con usted.

—Todos son muy amables conmigo —dijo Scarlett—. Anda, ahora ve a buscar al señor Ashley y dile que quiero hablar con él en seguida.

Sentado en la sillita de Ellen, Ashley escuchaba a Scarlett proponerle que se repartiera con ella los beneficios de la serrería. Por única vez sus ojos no encontraron los suyos, por única vez no la interrumpió. Con la cabeza gacha, se miraba las manos, las volvía lentamente, examinando primero las palmas, después el reverso, como si no las hubiera visto nunca antes. A pesar de los rudos trabajos habían conservado su finura y aparecían harto delicadas para ser las manos de un granjero. Su cabeza, baja, y su silencio turbaban a Scarlett, que redoblaba sus esfuerzos para hacer su proposición más tentadora. Pero, por más que sonriera y desplegara todas sus artes, era trabajo perdido, pues él seguía obstinadamente con la mirada en el suelo. ¡Si al menos quisiera mirarla! Scarlett no hizo la menor alusión a lo que Will le había contado, a su proyecto de ir a fijarse en el Norte, y se esforzó en hablar en el tono seguro de quien sabe que no existe ningún obstáculo que pueda contrariar sus planes. Sin embargo, el mutismo de Ashley la desarmaba y acabó por no saber qué decir. ¿Iría a negarse? ¿Qué razón podría invocar para declinar su ofrecimiento?

—Ashley... —comenzó para detenerse en seguida.

No tenía la intención de alegar su embarazo, pero viendo que los otros argumentos no hacían mella en él decidió servirse de éste como de una última carta.

—Es menester que vengas a Atlanta. ¡Tengo tal necesidad de ayuda! Yo ya no puedo ocuparme por mí misma en las serrerías. En muchos meses no podré ocuparme, porque... porque, ya lo ves, ya me comprendes...

—¡Scarlett, por favor! —replicó Ashley en tono brutal.

Levantándose bruscamente, se acercó a la ventana y se puso a seguir las evoluciones de los patos que andaban por el corral.

—¿Es... es por eso por lo que no quieres mirarme? —le interrogó Scarlett, desolada —. Ya sé que mi aspecto...

Ashley se volvió de golpe y sus ojos grises se clavaron un instante en la joven con tal intensidad que ella se llevó las manos a la garganta.

—¡Al diablo con si tienes un aspecto u otro! —exclamó con violencia—. De sobra sabes que siempre te encontré bella.

Una ola de felicidad invadió a Scarlett. Sus ojos se empañaron de lágrimas.

—¡Qué alegría oírte decir eso! Tenía tal vergüenza de mostrarme...

—¿Vergüenza? ¿Y por qué habrías de tener vergüenza? Yo soy quien debería tener vergüenza y quien la tiene. Sin mi estupidez no estaríamos así, y nunca te habrías casado

con Frank. No debería haberte dejado que abandonaras Tara el invierno pasado. ¡Qué necio he sido! Debería haberte conocido mejor. Debería haber sabido que te encontrabas dispuesta a todo. Debería... debería...

Y marcó un gesto huraño.

El corazón de Scarlett latía violentamente. ¡Ashley lamentaba no haber huido con ella!

—Sí, yo era el que debía haber encontrado el dinero para los impuestos, y no tú, que nos has recogido a todos como a unos mendigos. Debería haber intentado cualquier cosa: saltear caminos, asesinar, ¡qué sé yo! ¡Lo he echado todo a perder! No eran éstas las palabras que Scarlett había esperado; su corazón se contrajo, su alegría se alteró.

—De todos modos me habría marchado —dijo ella en tono cansado—. No habría podido dejarte cometer ninguna mala acción. Y, además, ¿para qué todas estas lamentaciones inútiles sobre el pasado? lo hecho, hecho está.

—Sí, lo hecho, hecho está —repitió Ashley con amargura—. Tú no me habrías dejado cometer ninguna mala acción, pero tú te has vendido a un hombre al que no amabas. Y has permitido tener con un hijo y todo para que mi familia y yo no nos muriéramos de hambre. Ha sido muy bonito eso de sustituirme.

Su voz, dura, dolorosa, delataba que Ashley sufría de una herida «pie no estaba cerrada aún. Scarlett sintió remordimiento. Ashley se dio cuenta del cambio de su expresión y en seguida se suavizó.

—No creas que te guardo rencor. No, por Dios, Scarlett. Eres la mujer más valerosa que he conocido. Es a mí a quien tengo rencor.

Giró sobre sus talones y se volvió a la ventana. Scarlett aguardó en silencio un largo momento, con la esperanza de que Ashley cambiara de actitud y se pusiera a hablarle otra vez de su belleza, a decirle cosas que recogería cuidadosamente. ¡Hacía tanto tiempo que no había visto a Ashley, tanto tiempo que vivía de recuerdos que, poco a poco, habían ido perdiendo intensidad! Sabía que él la seguía queriendo. Esto era evidente. Todo en él lo indicaba: su amargura, la manera en que se había acusado, su irritación ante la idea de que ella iba a tener un hijo de Frank. ¡Tenía tal deseo de oírle palabras de ternura, de pronunciar ella misma palabras que lo impulsaran a una declaración! Pero no se atrevía. Recordaba la promesa que le había hecho el invierno anterior, en la huerta. Había jurado no decirle nunca la menor palabra de antemano. Sabía bien que para conservar a Ashley a su lado debía cumplir su palabra. A la primera expresión de amor, a la primera mirada tierna, todo habría acabado. Ashley se marcharía, y era necesario que no se fuera.

—¡Oh, Ashley, no tienes por qué guardarte rencor! ¿Qué culpa te echas? ¿No vas a venir conmigo a Atlanta para ayudarme?

—No.

—Pero, Ashley —dijo Scarlett, con la voz alterada por la angustia y la inquietud—, yo contaba contigo. Tengo verdadera necesidad de tu apoyo. Frank no puede sustituirme. Su almacén le absorbe todo el tiempo. Si no vienes, ¿dónde encontraré el hombre que necesito? Todos los hombres inteligentes de Atlanta se han creado una situación y, como es natural, no quieren abandonarla. Y los demás son tan incapaces que...

—Es inútil que insistas, Scarlett. —Entonces, te gustaría más ir a vivir a Nueva York en medio de los yanquis que ir a Atlanta, ¿no?

—¿Quién te lo ha contado? —dijo Ashley volviéndose.

—Will.

—Pues bien, sí, he decidido ir a establecerme en el Norte. Un antiguo amigo con el

que había viajado por Europa antes de la guerra me ha ofrecido un puesto en el Banco de su padre. Es la mejor situación, Scarlett. Yo no te sería de ningún provecho. No entiendo nada de maderas.

—¡Pero menos entiendes aún de cosas de banca y es bastante más difícil! Y, además, yo, a pesar de tu falta de experiencia, me mostraría mucho más generosa que los yanquis.

Ashley hizo un movimiento y Scarlett adivinó que había pronunciado una palabra poco feliz.

—¡No me importa nada la generosidad de nadie! —exclamó él—. Quiero ser independiente. Quiero dar la medida de mi fuerza. ¿Qué es lo que he hecho en mi vida hasta ahora? Ya es tiempo de que me las arregle sólito... o que me hunda definitivamente. Ya hace demasiado tiempo que vivo a tus expensas.

—Pero yo te ofrezco participar en los beneficios de la serrería, Ashley. Tú serías independiente, serías quien haría marchar el negocio.

—Vendría a ser lo mismo. No te habría comprado esa participación en los beneficios. Tendría que aceptarla como un regalo. Ya he aceptado demasiados regalos tuyos, Scarlett... Tú nos has dado de comer, nos has alojado y hasta nos has vestido a Melanie, al bebé y a mí. Y yo no te he dado nada a cambio.

—¿Cómo que no? Will no hubiera...

—¡Ah, es verdad, me olvidaba! Ahora ya sé partir leña muy bien.

—¡Oh, Ashley! —exclamó Scarlett, desesperada—. ¿Qué es lo que te ha pasado desde que me marché? ¡Tienes un aire tan duro, tan amargo! Antes no eras así.

—¿Que qué ha pasado? Algo extraordinario, Scarlett. He meditado. Desde mi regreso y hasta que te marchaste de Tara apenas había pensado nada seriamente. Mi cabeza estaba hueca. Vivía en una especie de postración. Me bastaba con comer según mi apetito y con tener un lecho en que acostarme. Pero cuando te marchaste a Atlanta y te pusiste a realizar un trabajo de hombre, me di cuenta de mi nulidad. No son pensamientos agradables éstos, te lo aseguro, y piensa terminar con ellos. Hay muchos otros que han vuelto de la guerra en peores condiciones que yo, y ahí los tienes ahora... Sí, estoy decidido a establecerme en Nueva York.

—Pero... ¡no te entiendo! Ya que quieres trabajar, ¿por qué razón has de hacerlo mejor en Nueva York que en Atlanta? Y mi serrería... —No, Scarlett. Es mi última posibilidad. Iré al Norte. Si voy a trabajar a tu casa, estoy irremisiblemente perdido.

«Perdido, perdido». La palabra sonaba en los oídos de Scarlett fúnebremente. Trató de sorprender la mirada de Ashley, pero sus «jos grises permanecían perdidos en el vacío y parecían querer contemplar algo que ella no podía ver ni comprender.

—¿Perdido? ¿Quieres decir...? No habrás hecho nada que te pueda causar disgustos con los yanquis de Atlanta, supongo. No será por haber ayudado a Tony a fugarse... ¡Oh, Ashley! No pertenecerás al Ku Klux Klan, ¿verdad?

Volviendo a Scarlett sus ojos ausentes, Ashley sonrió. —Había olvidado lo positiva que eres. No, no es a los yanquis a los que tengo miedo. Lo que quiero decirte es que si voy a Atlanta, aceptando de nuevo tu ayuda, renuncio ya a toda esperanza de crearme una situación independiente.

—¡Ah, no se trata más que de eso! —murmuró Scarlett, aliviada.

—Sí, no se trata más que de eso —repitió Ashley con una sonrisa, glacial esta vez —. Sí, no se trata más que de mi orgullo de hombre, de mi dignidad, en una palabra, de mi alma inmortal.

—Pero —dijo Scarlett, cambiando bruscamente de conversación— tú podrías poco a poco comprarme la serrería. Te convertirías en su dueño, y en ese momento...

—Scarlett —interrumpió Ashley en tono feroz—. ¡Te digo que no! Tengo otras razones también.

—¿Cuáles?

—Tú las conoces mejor que yo.

—¡Ah, sí, ya comprendo! Pero... por ese lado no pasará nada —se apresuró ella a afirmar—. El año pasado te hice una promesa, ya lo sabes. Cumpliré mi palabra y...

—Ya veo que estás más segura que yo. Yo no tendría el valor de cumplirla. No debería habértelo dicho, pero era menester que te hiciera conocer a fondo todas mis razones. En todo caso, Scarlett, todo está ya decidido. Cuando Will y Suellen se hayan casado, me marcharé a Nueva York.

Con la mirada agitada y como vacía, Ashley se fijó un momento en Scarlett; luego atravesó la habitación a grandes zancadas. Ya tenía la mano en el picaporte. Scarlett estaba deshecha. La entrevista había terminado y ella había perdido la partida. Agotada por la fatiga y por los disgustos de la víspera, a los que venía a añadirse este nuevo golpe, no tenía ya fuerza para dominarse. Sus nervios la traicionaron de pronto. Lanzó un grito: «¡Ashley!», y, arrojándose sobre el hundido sofá, comenzó a llorar.

Escuchó las inciertas pisadas de Ashley aproximarse a ella y le oyó murmurar su nombre repetidas veces. Un paso leve atravesó el vestíbulo corriendo, y Melanie, con los ojos dilatados por la angustia, irrumpió en la pieza.

—Scarlett...; el bebé, ¿no?

Scarlett, con la cabeza hundida en los almohadones polvorientos, redobló sus lloros.

—Ashley... es tan malo..., tan odioso.

—Pero, Ashley, ¿qué le has hecho?

Melanie se arrodilló ante el sofá y tomó a Scarlett entre sus brazos.

—¿Qué le has dicho? ¿Cómo has osado? Hubieras podido provocar un accidente. Vamos, querida, pon la cabeza en el hombro de tu Melanie. ¿Qué te pasa?

—¡Ashley... es tan testarudo, tan odioso!

—¡Me dejas sorprendida, Ashley! ¡Poner a Scarlett en este estado cuando aún no acaban de enterrar al señor O'Hara!

—No le hagas reproches —exclamó Scarlett, sin la menor preocupación de lógica —. Después de todo, tiene derecho a hacer lo que le plazca.

Irguió bruscamente la cabeza y mostró el rostro bañado en lágrimas. Su redecilla se había descompuesto y sus cabellos lisos le caían por los hombros.

—Melanie —dijo Ashley, lívido—, deja que te explique. Scarlett ha sido tan generosa que me ha ofrecido un empleo en Atlanta de director de una de sus serrerías...

—¡Director! —exclamó Scarlett indignada—. Le he ofrecido participación en los beneficios, y él...

—Y yo le he dicho que ya había hecho gestiones para irme contigo al Norte, y ella...

—¡Oh! —exclamó de nuevo Scarlett, echándose otra vez a llorar—. No he dejado de repetirle la necesidad que tenía de él... Le he hecho ver que no encuentro a nadie para dirigir la serrería... y le he dicho que esperaba un bebé... y se ha negado a aceptar. Y ahora... ahora voy a tener que vender la serrería. Sé que no puedo obtener un buen precio y que perderé dinero. Esto va a dejarnos en la ruina; pero a él, por lo visto, le tiene sin cuidado. Es tan malo...

Buscó el débil hombro de Melanie y apoyó en él la frente. Al mismo tiempo

concibió alguna esperanza. Adivinaba que en Melanie tenía una aliada, que le estaba entregada en cuerpo y alma. Sentía que Melanie no perdonaría a nadie, ni a su marido siquiera, a quien adoraba, que la hiciera llorar. Entonces, la menuda Melanie se volvió hacia Ashley, y por primera vez se mostró enérgica con él.

—Ashley, ¿cómo has podido negarle eso? ¡Después de todo lo que ha hecho por nosotros! ¡Vas a hacernos pasar por gentes sin corazón! ¿No comprendes lo impedida que se encuentra por su embarazo?... ¡Qué falta de caballerosidad! Así que ella nos ha ayudado mientras hemos necesitado ayuda, y ahora tú se la niegas cuando tiene necesidad de tu concurso.

Scarlett observaba a Ashley a hurtadillas. Contemplaba con estupor a Melanie, cuyos ojos negros brillaban de indignación. Scarlett no estaba, por otra parte, menos sorprendida del vigor con que Melanie se había lanzado al ataque, porque sabía que la mujer de Ashley consideraba que éste se hallaba por encima de todos los reproches.

—Melanie... —comenzó Ashley, parándose en seguida con un gesto de impotencia.

—Vamos a ver, Ashley, ¿cómo puedes vacilar siquiera? Piensa en lo que ha hecho por nosotros..., por mí. Sin ella, me habría muerto en Atlanta, en el momento del nacimiento de Beau. Y ella..., sí, ella ha matado a un yanqui para defendernos. ¿Lo sabías? Ha matado a un hombre por causa nuestra. Antes de que tú regresaras, antes de que Will viniera, ha trabajado y penado como una esclava para que no muriéramos todos de hambre. ¡Cuando pienso que ella ha tirado del arado y ha cosechado algodón!... Yo... ¡Oh, querida!

Y, bajando la cabeza, abrazó los cabellos de Scarlett en signo de fidelidad inquebrantable.

—Y ahora que nos pide una cosa por primera vez...

—No necesitas decirme tú lo que ha hecho por nosotros.

—En fin, Ashley, reflexiona. Aparte de la ayuda que le prestarías, piensa lo que sería para nosotros vivir en medio de gentes conocidas, en lugar de ir a habitar entre los yanquis. Allí están tía Pitty, tío Henry y todos nuestros amigos. Beau tendrá compañeros de juego y asistirá a la escuela. Si nos instaláramos en el Norte no podríamos dejarle que fuera al colegio y conviviera con los yanquis y los negritos. Necesitaríamos una niñera, y no creo que nos lo permitieran nuestros medios.

—Melanie —dijo Ashley con voz suave—. ¿Tanto te gustaría volver a Atlanta? No me lo has dicho nunca cuando forjábamos los proyectos de ir a Nueva York.

—No, pero cuando me hablabas de ir a Nueva York yo creía que no tenías ninguna posibilidad en Atlanta y, además, no era yo, después de todo, quien tenía que hacerte objeciones. Una mujer tiene el deber de seguir a su marido a cualquier sitio. Pero, puesto que Scarlett te necesita y te ofrece un empleo que sólo tú puedes desempeñar, podríamos muy bien volver a nuestra casa. ¡A nuestra casa!

Su voz se ahogó. Estrechó a Scarlett entre sus brazos.

—¡Volver a ver a Cinco Puntos, y Peachtree Street!, y... y... ¡qué falta me hacía todo esto! ¡Tal vez podamos tener una casita propia! Poco me importa que no podamos movernos en ella; pero ¡tener un techo propio!

Sus ojos chispeaban de entusiasmo y de alegría. Su marido y su cuñada la miraban, petrificados. Scarlett se sentía un poco avergonzada y muy sorprendida. Nunca habría creído que Melanie echara tanto de menos a Atlanta y tuviera tanto deseo de vivir en su casa. ¡ Parecía estar tan contenta en Tara!

—¡Oh, Scarlett, qué buena eres, habiendo pensado en esto para nosotros! ¡Ya sabías cuántos deseos tenía de vivir en mi casa! Tendremos una casita. Cinco años hace que

estamos casados y aún no hemos tenido una casa independiente.

—Podréis vivir, si queréis, con nosotros en casa de tía Pittypat. Estaréis como en vuestra casa —balbuceó Scarlett, jugando con un almohadón.

Se sentía molesta y al mismo tiempo experimentaba una gran alegría por aquel brusco cambio de la situación. Por otra parte, como siempre que notaba aquella costumbre de Melanie de atribuir motivos plausibles a lo que carecía de ellos, experimentaba cierta irritación.

—No, querida, no iremos a casa de tía Pittypat. Viviríais demasiado hacinados. Buscaremos una casita. ¡Oh, Ashley, di que sí, por favor!

—Scarlett —dijo Ashley con voz débil—, mírame.

Ella levantó la cabeza, sorprendida.

—Scarlett, iré a Atlanta; no puedo luchar contra las dos.

Dio media vuelta y salió. A pesar de su alegría, Scarlett sintió que la invadía un miedo absurdo. Había leído en los ojos de Ashley la misma expresión que en el momento en que le había dicho que estaría irremisiblemente perdido si iba a Atlanta.

Después del enlace matrimonial de Suellen y de Will y de la entrada de Carreen en un convento de Charleston, Ashley, Melanie y Beau se fueron a vivir a Atlanta y llevaron con ellos a Dilcey para que les sirviera de cocinera y de aya. Prissy y Pork se quedaron en Tara hasta que Will hubiera podido contratar otros negros para que le ayudaran en los trabajos del campo, después de lo cual irían a unirse a sus señores, a la ciudad.

La casita de ladrillo que Ashley alquiló para su familia estaba situada en Ivy Street, y quedaba justamente a espaldas de la de tía Pitty. Los jardines de una y otra se tocaban y no estaban separados más que por un seto de arbustos. Melanie la había escogido por esta razón sobre todo. La mañana de su vuelta a Atlanta declaró, tiendo, llorando y cubriendo de besos a Scarlett y a tía Pittypat, que había estado tanto tiempo separada de ellas que le parecía que ya nunca volvería a estar bastante a su lado.

La casa había tenido en su origen dos pisos, pero el segundo i había sido destruido por los obuses durante d asedio, y el propietario, a su regreso después de la rendición, no había tenido bastante dinero para reconstruirlo. Se había contentado con recubrir el primer piso con un techo plano que confería al edificio el aspecto absurdo y desproporcionado de una casa de muñecas hecha con cajas de zapatos. La casa misma, edificada sobre un amplio sótano, se encontraba muy por encima del nivel del suelo y la demasiado larga Escalera por la que se subía le proporcionaba un aspecto algo grotesco. Sin embargo, todas esas imperfecciones se compensaban en ¡parte gracias a dos viejos robles que le daban sombra y a un magnolio de hojas polvorientas, todas sembradas de flores blancas, que se elevaba junto a la escalera. Un trébol verde y tupido cubría el amplio césped bordeado por un seto de arbustos y de madreselvas de perfume exquisito. Aquí y allá florecía un rosal mutilado, y los mirtos, losados y blancos, crecían a su arbitrio, como si los caballos yanquis no hubieran ramoneado en ellos durante la guerra.

Scarlett pensaba que en su vida había visto una casa más horrorosa, pero para Melanie los Doce Robles en todo su esplendor no habrían sido más bellos. Era su casa y su hogar, y ella, su marido y ¡su hijo vivían juntos, al fin, bajo su propio techo. India Wilkes regresó de Macón, en donde vivía desde 1864 con su hermana Honey, y se instaló en casa de su hermano, no obstante la falta de sitio. Sin embargo, Ashley y Melanie la acogieron alegremente. Los tiempos habían cambiado, no sobraba el dinero, pero nada había modificado las costumbres familiares del Sur, donde se recibía siempre de corazón a los parientes pobres y a las hermanas solteras.

Honey se había casado y, a lo que decía India, su matrimonio había sido desventajoso, ya que lo había contraído con un rústico del Misisipí, establecido en Macón desde la rendición.

Tenía un rostro coloradote, hablaba en voz muy alta y sus maneras joviales no tenían nada de distinguidas. India no aprobaba este matrimonio y sufría viviendo con su cuñado, así que la había encantado la nueva de que Ashley había puesto casa y la idea de poder sustraerse, no solamente a una convivencia que la disgustaba, sino también al espectáculo de una hermana tan puerilmente dichosa con un hombre de tan baja condición.

El resto de la familia estimaba en secreto que Honey, a pesar de su ligereza de cascos, no se las había arreglado tan mal, y se extrañaba de ver que había sido *capaz* de pescar marido. La verdad es que éste era un hombre bien educado y que vivía con desahogo. Lo que ocurría es que, para India, nacida en Georgia y educada en las tradiciones de Virginia, todo aquel que no era del Este tenía aspecto de rústico y de salvaje. El marido de Honey debió quedar sin duda encantado con la marcha de su cuñada, que no era un huésped fácil de contentar.

Desde ahora, India quedaba irremisiblemente destinada a la soltería. Tenía veinticinco años y los representaba tan bien que podía renunciar a toda coquetería. Con sus ojos claros y sus labios prietos, tenía una expresión digna y orgullosa, que, cosa pintoresca, le sentaba mejor que su aire meloso del tiempo en que vivía en Doce Robles. Todo el mundo la consideraba casi como a una viuda. Se sabía que Stuart Tarleton se habría casado con ella si no lo hubieran matado en Gettysburg y le testimoniaban el respeto debido a una mujer que había sido la prometida de un hombre.

Las seis habitaciones de la casita de Ivy Street no tardaron en ser amuebladas someramente por el almacén de Frank. Como Ashley no tenía un céntimo y se veía obligado a comprar a crédito, había escogido los muebles menos caros, y aun así se había limitado a lo estrictamente indispensable. Frank estaba desolado, pues adoraba a Ashley, y lo mismo le pasaba a Scarlett. Tanto ella como su marido les hubieran regalado de la mejor gana los muebles más bellos de caoba y palisandro que se guardaban en el almacén, pero los Wilkes se habían negado rotundamente. La fealdad y la desnudez de su hogar daban pena de ver y Scarlett se estremecía pensando que Ashley vivía sin alfombras ni cortinas. Él no parecía, sin embargo, echar de menos estos detalles y Melanie era tan feliz teniendo un hogar propio, que estaba orgullosa de él. Scarlett se habría muerto de vergüenza si hubiera tenido que recibir **a** alguien en una casa sin colgaduras, tapices ni cojines, sin un respetable número de sillas y de juegos de té y vajillas. Pero Melanie no hacía menos los honores de la suya que si hubiera poseído cortinas de peluche y sofás de brocado.

Pero, a pesar de su aparente dicha, Melanie no se sentía bien. El nacimiento de Beau había arruinado su salud y los penosos trabajos a los que se había sometido en Tara habían acabado de debilitarla. Estaba tan delgada que sus huesos parecía que iban a asomar a través de la piel blanca. Viéndola de lejos, jugando con su niño en el jardín, se la hubiera tomado fácilmente por una chiquilla, tan liso era su pecho y tan poco acusadas sus formas. E igual que el cuerpo, su rostro era demasiado delgado y demasiado pálido, y sus cejas, arqueadas y delicadas como antenas de mariposa, dibujaban una línea oscura sobre su piel descolorida. Sus ojos, demasiado grandes para ser bonitos, estaban rodeados de unas ojeras profundas, que aún los hacían parecer más grandes; pero su expresión no había cambiado desde la época feliz de su juventud. La guerra, los continuos sufrimientos, las tareas agotadoras, no habían podido alterar su dulce serenidad. Su mirada era la de una mujer feliz, de una mujer que sabe resistir los huracanes de la vida sin que su placidez innata se

altere.

«¿Cómo se las compone para conservar esa mirada?», se preguntaba Scarlett con envidia. Sabía que sus propios ojos semejábanse muchas veces a los de un gato hambriento. ¿Qué era lo que Rhett le había contado un día, a propósito de los ojos de Melanie?... Una necia comparación con unas bujías... ¡Ah, sí, los había comparado a dos buenas acciones en un mundo perverso! Sí, los ojos de Melanie lucían como dos bujías protegidas del viento, como dos dulces y discretas llamas, encendidas por la felicidad de tener un hogar y de haber vuelto a encontrar a sus amigos.

Su casita nunca estaba vacía. Todo el mundo había querido siempre con locura a Melanie, desde que era niña, y la gente acudía continuamente a darle la bienvenida. Cada cual le traía un regalo: d uno, dos o tres cucharas de plata; el otro, un cuadro, una funda de almohada, un mantel, una alfombra, pequeños objetos librados de los saqueos de Sherman y preciosamente conservados.

Ancianos que habían hecho la campaña de Méjico con su padre venían a visitarla y llevaban con ellos a sus amigos, para presentarles a «la encantadora hija del coronel Hamilton». Las viejas relaciones de su madre se pasaban la vida haciéndole compañía, pues Melanie siempre había testimoniado un gran respeto a las señoras de edad. Y éstas se lo agradecían más que nunca, ahora que la juventud parecía haberse olvidado de las buenas costumbres de antaño. Las mujeres de su edad, casadas o viudas, la querían porque había compartido sus sufrimientos sin perder su buen carácter y porque siempre escuchaba a las demás con la mayor atención. Los muchachos y las muchachas también iban a verla a su vez, porque en su casa no se aburría uno nunca y se podía encontrar en todo momento a los amigos a quienes se quería ver.

No tardó en formarse alrededor de Melanie un grupo de personas viejas y jóvenes constituido por la mejor sociedad de la Atlanta de antes de la guerra. Diríase que esta misma sociedad, dispersa y arruinada por la guerra, diezmada por la muerte, desamparada por los disturbios sociales, había encontrado en Melanie un sólido punto de reunión.

Melanie era joven, pero poseía todas las cualidades que esta gente, escapada de la tormenta, apreciaba. Era pobre, pero conservaba su orgullo. Valerosa, no se quejaba jamás. Era alegre, acogedora, amable y, sobre todo, fiel a las antiguas tradiciones. Melanie no se resolvía por nada a cambiar; se negaba incluso a admitir que fuera necesario cambiar en un mundo en plena transformación. Bajo su techo, el pasado parecía renacer. Alrededor de ella, sus amigos recobraban la confianza y encontraban medio de despreciar aún más la frenética manera de vivir de los *carpetbaggers* y los republicanos Henrycidos en la guerra.

Cuando miraban su rostro juvenil y leían en él su inquebrantable apego al pasado, acertaban a olvidarse un momento de los que traicionaban a su clase, causándoles a la vez tanta rabia, tanta inquietud y tanto disgusto. Y había un gran número de traidores. Hombres de buena familia, reducidos a la miseria, se habían pasado al enemigo, se habían hecho republicanos y habían aceptado puestos de los vencedores, para que sus hijos no se vieran obligados a mendigar. Ex soldados aún jóvenes no habían tenido el valor de esperar, para volver a ser ricos. Esos jóvenes seguían el ejemplo de Rhett Butler y marchaban de la mano de los *carpetbaggers,* haciendo dinero por los métodos más desagradables.

Las traiciones más penosas venían de algunas muchachas procedentes de las mejores familias de Atlanta. Estas muchachas, niñas todavía durante la guerra, apenas si conservaban ningún recuerdo de los años de prueba, y sobre todo no estaban animadas del mismo odio que los mayores. No habían perdido ni a sus maridos ni a sus novios. Recordaban mal los esplendores del pasado... ¡y los oficiales yanquis eran tan apuestos

mozos bajo sus brillantes uniformes...! ¡Daban bailes tan agradables, tenían caballos tan bonitos y, la verdad, estaban tan interesados por las muchachas del Sur! Las trataban como a reinas y ponían un cuidado exquisito en no herir su orgullo. Después de todo..., ¿por qué no alternar con ellos?

Eran bastante más seductores que los jóvenes de la ciudad, que iban mal vestidos, que estaban siempre serios y que trabajaban tanto que no les quedaba tiempo para entretenerse... Todos estos razonamientos se habían traducido en un cierto número de raptos que habían sumido a las familias de Atlanta en la aflicción. Podía verse a hermanos que no saludaban a sus hermanas al cruzarse en la calle con ellas, madres y padres que no pronunciaban nunca el nombre de sus hijas. El recuerdo de tales tragedias ensombrecía a aquellos cuya divisa era: «Nada de rendición»; pero, ante Melanie, tan serena, tan dulce, se olvidaban de sus inquietudes. Las mismas ancianas opinaban que el ejemplo de Melanie era el mejor que podía darse a las jóvenes de la ciudad. Y, como no alardeaba de sus virtudes, las muchachas no le guardaban rencor.

Melanie no había sospechado nunca que estuviera a punto de convertirse en cabeza o cosa así de una nueva sociedad. Le parecía simplemente que eran muy amables viniendo a verla, rogándole que entrara a formar parte de los círculos de costura o que prestara su concurso a veladas recreativas o musicales. A pesar del desdén de las otras ciudades por la incultura de Atlanta, allí siempre habían «nado la música, la buena música, y, a medida que los tiempos se hacían más duros, más inciertos, crecía la predilección por este arte. Era más fácil olvidar las insolencias de los negros y los uniformes azules escuchando música.

Melanie se sintió confusa al verse al frente del nuevo Círculo musical, que daba veladas cada sábado. Atribuía esta deferencia al hecho de que era capaz de acompañar a cualquiera al piano, incluso à las señoritas Mac Lure, que desafinaban horriblemente, pero que continuaban empeñadas en seguir cantando dúos.

La verdad es que Melanie había conseguido, con mucha diplomacia, fundir en un solo Club la Sociedad de las Damas Arpistas, la Coral Masculina, la Agrupación de Mandolinistas y la Sociedad de Guitarristas, de tal modo que, de ahora en adelante, habría en Atlanta conciertos dignos de este nombre. La interpretación de «La Bohemia» por los artistas del Círculo fue considerada por numerosas personas entendidas como muy superior a cualquier audición de Nueva York o Nueva Orleáns.

Fue luego de haber obtenido la adhesión de las damas arpistas cuando la señora Merriwether dijo a la señora Meade y a la señora Whiting que había que dar la presidencia del Círculo a Melanie. La señora Merriwether declaró que, si Melanie había sido capaz de entenderse con las damas arpistas, podría ya entenderse con cualquiera. Esta excelente señora tocaba el órgano en la iglesia metodista y, en su calidad de organista, sentía un respeto bastante pobre por *l* el arpa y las arpistas.

También habían nombrado a Melanie secretaria de la Asociación para Embellecimiento de las Tumbas de los Gloriosos Muertos y del Círculo de Costura para las viudas y los huérfanos de la Confederación.

Este nuevo honor recayó sobre ella después de una agitada reunión de estas dos sociedades, reunión que estuvo a punto de terminar en un pugilato y con la ruptura de viejas y sólidas amistades. Se había planteado la cuestión de saber si había o no que quitar las malas hierbas de las tumbas de los soldados de la Unión que eran vecinas de las de los soldados confederados. El aspecto de las sepulturas yanquis abandonadas contrarrestaba los esfuerzos de las señoras para embellecer el cementerio en que estaban las de sus propios muertos. En seguida, las pasiones que anidaban en sus corazones se desencadenaron y los

miembros de las dos sociedades entraron en pugna y se echaron fulminantes miradas. El Círculo de Costura se pronunciaba porque sí se quitaran y los señores del Círculo de Embellecimiento se oponían violentamente. La señora Meade expresó la opinión de este último grupo, diciendo:

—¡Quitar las malas hierbas de las tumbas de los yanquis! ¡Lo que yo haría es desenterrarlos y echarlos al muladar!

Oyendo estas violentas palabras, los miembros de las dos asociaciones se levantaron y cada señora se puso a decir lo que le vino en gana, sin escuchar a su vecina. La reunión tenía lugar en el salón de la señora Merriwether, y el abuelo Merriwether, al que habían relegado a la cocina, contó luego que el escándalo era tan fuerte que había creído encontrarse al comienzo de la batalla de Franklin. Y hasta añadió que había corrido menos peligro en Franklin que si hubiera asistido a la reunión de esas señoras.

Milagrosamente, Melanie consiguió deslizarse en medio de la gresca y, milagrosamente también, acertó a hacerse escuchar. Turbada por su audacia y con la voz ahogada por la emoción se puso a gritar: «¡Señoras, por favor!», hasta que la efervescencia se calmó y pudo por fin hablar.

—Quiero decir..., en fin..., he pensado desde hace largo tiempo que... que no solamente deberíamos quitarles a las tumbas yanquis las malas hierbas, sino que deberíamos también plantar flores... Yo..., yo..., ustedes pensarán lo que quieran, pero cuando yo voy a llevar flores a la tumba de mi querido Charles siempre dejo algunas en la de un yanqui desconocido que se encuentra a su lado. ¡Tiene... tiene un aire tan abandonado!

El tumulto arreció, pero esta vez las dos organizaciones estuvieron de acuerdo para protestar.

—¿En las tumbas yanquis? ¡Oh, Melanie! ¿Pero cómo puede usted...? ¡Y son ellos los que han matado a Charles! ¡Y a poco más la matan a usted! ¡Los yanquis, que hubieran podido matar a Beau cuando nació! ¡Que han tratado de incendiar Tara para echarla de allí!

Melanie, apoyada en el respaldo de su silla, se sentía casi abrumada bajo el peso de aquella desesperación. Nunca había encontrado semejante hostilidad.

—¡Por favor, señoras! —exclamó en tono suplicante—. Les ruego que me dejen terminar. Sé que no tengo vela en este entierro, pues, fuera de Charles, ninguno de mis parientes cercanos ha sido muerto y, gracias a Dios, sé donde reposa mi hermano. Pero ¡hay tantas de nosotras hoy día que ignoran dónde están enterrados sus hijos, sus maridos, sus hermanos o sus...!

Se ahogaba y tuvo que pararse. Un silencio de muerte pesaba sobre la reunión.

La resplandeciente mirada de la señora Meade se ensombreció. Había hecho el largo viaje a Gettysburg, después de la batalla, para recoger el cuerpo de Darcy; pero nadie le había podido decir dónde pstaba enterrado. Probablemente yacía en alguna fosa precipitadamente cavada, en cualquier parte del territorio enemigo. Los labios de la señora Alan comenzaron a temblar. Su marido y su hermano habían acompañado a Morgan en su desdichada incursión a Ohio y lo Último que había sabido de ellos es que habían caído al borde de un río en el momento en que la caballería yanqui había dado una carga contra los confederados. También ella ignoraba dónde reposaban. El hijo de la señora Alison había muerto en un campo de concentración del Norte y, por ser más pobre que una rata, no había podido hacer traer su cuerpo. Otras muchas señoras habían leído en las listas transmitidas por el Estado Mayor: «Desaparecido..., probablemente muerto», y esas únicas palabras eran las que debían saber para siempre de los hombres que habían visto marchar al frente.

Se volvieron hacia Melanie con una mirada en la que podía leerse:

«¿Por qué ha vuelto a abrir estas heridas? Estas heridas ya no se curarán nunca...»

El silencio y la calma reinantes dieron ánimos a Melanie.

—Sus tumbas se encuentran en algún lado, en país yanqui, del mismo modo que hay aquí tumbas de soldados de la Unión. ¿No sería horrible oír hablar a una mujer yanqui de desenterrar a nuestros muertos y...?

La señora Meade ahogó un sollozo.

—¡Y qué consuelo, en cambio, enterarnos de que alguna buena mujer yanqui...! Y debe de haberlas; poco me importa lo que la gente diga, pero no todas las mujeres yanquis han de ser malas. ¡Qué consuelo saber que ellas arrancan las malas hierbas de las tumbas en que reposan los que amamos y que les ponen flores! Si Charles hubiera muerto en el Norte, sería para mí un gran consuelo saber que alguien... Y me tiene sin cuidado lo que ustedes piensen de mí, señoras.

La voz de Melanie se alteró.

—Yo presento mi dimisión en los dos clubs y yo... yo arrancaré todas las malas hierbas de todas las tumbas yanquis que encuentre y plantaré flores en ellas y... ¡y que nadie trate de impedírmelo!

Después de haber lanzado este desafío, Melanie prorrumpió en llanto y, con paso vacilante, trató de ganar la puerta.

Una hora más tarde, bien resguardados en un rincón del café de «La Hermosa de Hoy», el abuelo Merriwether refirió al tío Henry Hamilton que, tan pronto hubo terminado su arenga, todo el mundo se lanzó sobre Melanie para abrazarla, que todo terminó en fiesta y que Melanie fue nombrada secretaria de las dos organizaciones.

—¡Y van a arrancarles las malas hierbas! Lo más triste es que Dolly quiere engancharme, con el pretexto de que no tengo grandes cosas que hacer. Personalmente, yo no tengo nada contra los yanquis y creo que la señora Melanie tiene razón; pero, ¡ponerme a arrancar hierbas a mi edad y con mi lumbago!

Melanie formaba parte del Comité de dirección del Hogar de Huérfanos y ayudó a reunir los libros necesarios para constituir un fondo con destino a la Asociación para la Biblioteca Juvenil. «Los Amigos de Tespis», que daban una función de aficionados una vez al mes, reclamaron su concurso. Ella era demasiado tímida para aparecer en público, detrás de las candilejas iluminadas por las lámparas de aceite; pero era capaz de hacer cualquier cosa por ser agradable. Ella fue quien se llevó el voto final del Círculo de lecturas shakespearianas, dividido acerca de la cuestión de saber si había que alternar la lectura de las obras del gran trágico con la de las obras de Dickens y de Bulwer-Lytton, o la de los poemas de Lord Byron, como lo había sugerido un joven de quien Melanie sospechaba en secreto que era un soltero juerguista.

En las noches de aquel fin de verano, su casita mal iluminada estaba siempre llena de invitados. Nunca había bastantes sillas y las señoras se sentaban frecuentemente en la *tenaza,* mientras los hombres se instalaban en la balaustrada, sobre cajones o sobre el césped. A veces, cuando Scarlett veía a alguien disponiéndose a tomar el té sobre la hierba, el único convite que los Wilkes hacían, se preguntaba cómo Melanie podía resolverse a mostrar tan descaradamente su indigencia. Hasta que hubiese logrado amueblar de nuevo la casa de la tía Pitty como antes de la guerra y pudiera permitirse el lujo de ofrecer a sus invitados copas de buen vino, refrescos, lonjas de jamón o fiambres selectos, Scarlett no sentía el menor deseo de recibir en casa a nadie y menos a gente distinguida como era la que frecuentaba Melanie.

El general John B. Gordon, el gran héroe de Georgia, iba con frecuencia con su familia a casa de su cuñada. El padre Ryan, el sacerdote poeta de la Confederación, no dejaba nunca de visitarla cuando estaba de paso en Atlanta. Solía encantar a la asistencia con su ingenio y no había que insistir demasiado para hacerle recitar su «Espada de Lee» o su inmortal «Bandera vencida», que las señoras escuchaban siempre llorando. Alex Stephens, el ex vicepresidente de la Confederación, solía visitar al matrimonio cada vez que se encontraba en Atlanta, y cuando se sabía que iba a ir a casa de Melanie la casa rebosaba de gente que permanecía en ella durante horas absorta ante el encanto del débil inválido de voz vibrante. De ordinario, diez o doce niños asistían a estas reuniones cabeceando en los brazos de sus padres. Deberían haber estado acostados hacía largo rato, pero su padre o su madre deseaban a toda costa poder decir más tarde que el gran vicepresidente los había abrazado o que habían estrechado la mano del que había hecho tanto en defensa de la Causa. Todas las personas distinguidas que pasaban una temporada en Atlanta conocían el camino de la casa de los Wilkes y, frecuentemente, había quienes pasaban la noche en ella. En tales ocasiones, la casa se llenaba pronto. India se acostaba en un jergón en el cuartito en que Solía jugar Beau, y Dilcey corría a pedir prestados unos huevos a la cocinera de tía Pitty. Todo lo cual no impedía a Melanie recibir a Sus huéspedes con la misma distinción que si hubiera poseído un palacio.

Melanie no sospechaba en lo más mínimo que la gente se agrupaba en torno suyo como en torno a una bandera. Así que quedó estupefacta y molesta al mismo tiempo cuando el doctor Meade, al fanal de una agradable velada en su casa, en la que él había representado con todo decoro el papel de Macbeth, le besó la mano y le dirigió un breve discurso, en el tono en que solía expresarse en otro tiempo para hablar de la gloriosa Causa.

—Mi querida señora Wilkes: es siempre un privilegio y un placer encontrarse bajo su techo, pues usted y las señoras como usted son nuestra fuerza común, todo lo que de nosotros queda. Nuestra juventud ha sido segada en flor y nuestras muchachas han perdido la risa. Han arruinado nuestra salud. Hemos sido desarraigados, nuestras costumbres han sido trastornadas. Han arruinado nuestra prosperidad, se nos ha hecho retroceder cincuenta años y se ha colocado una carga demasiado pesada sobre los hombros de nuestros muchachos, que deberían estar en la escuela, y de nuestros ancianos, que deberían calentarse al sol. Pero reconstruiremos el edificio, porque aún nos quedan corazones como el suyo sobre los que apoyar nuestros cimientos. Y mientras los tengamos, que los yanquis tengan todo lo demás.

Hasta que el embarazo de Scarlett estuvo tan avanzado que ya no podía disimular su estado bajo el gran chal negro de tía Pitty, ella y Frank solían pasearse por el seto del jardín y unirse a los invitados de Melanie en la terraza. Scarlett se preocupaba siempre de sentarse a la sombra, donde no solamente permanecía menos expuesta a las miradas, sino que podía observar a su gusto a Ashley.

Solamente Ashley la atraía, pues las conversaciones la aburrían y la disgustaban. Siempre eran las mismas: primero, la dureza de los tiempos; luego, la situación política y, en fin, la guerra. Las señoras se lamentaban muy alto de lo cara que estaba la vida y preguntaban a los caballeros si les parecía que volverían los buenos tiempos. Éstos, que lo sabían todo, respondían que sí, que era una simple cuestión de paciencia. Las señoras sabían muy bien que ellos les mentían y éstos no ignoraban que ellas no se dejaban engañar. Pero no por ello dejaban de mentir de buena fe los unos, ni las otras de fingir que lo creían. Todo el mundo sabía que los malos tiempos no habían terminado.

Una vez agotado este tema de conversación, las señoras hablaban de la creciente

arrogancia de los negros, de los crímenes de los *carpetbaggers* y de la humillación que les causaba la vista de un uniforme azul en cada esquina. ¿Pensaban los señores que los yanquis acabarían algún día con la reconstrucción de Georgia? Y ellos afirmaban en tono tranquilo que esto no duraría ya mucho. Es decir, que llegaría el día en que los demócratas pudieran votar de nuevo. Las señoras eran bastante prudentes para no preguntar cuándo se produciría ese feliz acontecimiento. Y, agotado el tema, se iniciaba el de la guerra.

Cada vez que dos ex confederados se encontraban, no había otro tema de conversación; pero, cuando se hallaban reunidos diez o más, el resultado podía predecirse a ciencia cierta: las hostilidades comenzaban de nuevo con mayor energía que nunca y la palabra «si» jugaba el primer papel en la discusión.

—Si Inglaterra nos hubiera reconocido...

—Si Jeff Davis hubiera requisado todo el algodón y lo hubiera trasladado a Inglaterra antes de empezar el bloqueo...

—Si Longstreet hubiera ejecutado las órdenes que le habían dado en Gettysburg...

—Si Jeb Stuart no hubiera estado en aquella incursión, cuando Marse Bob tenía necesidad de él...

—Si hubiéramos podido resistir solamente un año más...

—Si no hubiera caído Vicksburg...

Y siempre: Si no hubieran sustituido a Johnston por Hood..., o: Si hubieran dado a Hood el mando de las tropas en Dalton, en lugar de dárselo a Johnston...

¡Si, si...! Las voces, suaves y gangosas, se encendían. Los de infantería, los de caballería y los de artillería evocaban sus recuerdos de la época en que sus vidas se hallaban en pleamar, rememorando aquellos cálidos mediodías de sus vidas ahora que se iniciaba el crepúsculo de sus inviernos.

«No se les ocurre nada más. Siempre la guerra, no hacen otra cosa que hablar de guerra. Y seguirán así hasta que se mueran», pensaba Scarlett.

Paseaba la mirada a su alrededor y veía a los niños acurrucados en los brazos de sus padres. Su pecho íatía más de prisa, sus ojos brillaban. Ponían toda su atención en esos relatos de salidas en plena noche, de cargas de caballería y de banderas plantadas en los bastiones del enemigo. Escuchaban redoblar los tambores, sonar las trompetas y gritar a los rebeldes. Veían marchar a los hombres con los pies deshechos, bajo la lluvia y las banderas enarboladas.

«Y esos niños no oirán hablar de otra cosa. Se imaginarán que era magnífico y glorioso batirse con los yanquis y volver a casa ciego o lisiado... o no volver siquiera. A todos les gusta evocar la guerra y hablar de ella. Pero no a mí. Me da horror sólo recordarla. ¡De qué buena gana me olvidaría de ella, si pudiera! ¡ Ah, si pudiera!»

La carne se le ponía de gallina oyendo contar a Melanie las historias de Tara. Su cuñada la pintaba bajo los rasgos de una heroína, explicaba cómo ella había resistido a los invasores, salvado el sable de Charles y apagado el incendio. Pero a Scarlett no le proporcionaba ninguna satisfacción, ningún orgullo todo esto. No quería ni pensar en ello.

«¿Por qué no querrán olvidar? ¿Por qué no se dedican a mirar hacia delante en vez de hacerlo hacia atrás? Hemos sido unos locos haciendo esa guerra. Y cuanto antes nos olvidemos de ella, mejor.»

Sin embargo, nadie quería olvidar, nadie, salvo ella. Así es que Scarlett fue feliz pudiendo decir de buena fe a Melanie que se sentía molesta presentándose en público, ni siquiera en la oscuridad. Melanie comprendió que era una cosa muy natural. A ella, todo lo que se refería al nacimiento la emocionaba profundamente. Sentía los mayores deseos de

tener un segundo hijo, pero el doctor Meade y el doctor Fontaine le habían prevenido que un segundo parto la mataría. Medio resignada con su suerte, pasaba la mayor parte del día con Scarlett y experimentaba placer siguiendo la evolución de un embarazo que no era el suyo. A los ojos de Scarlett, que no había querido este hijo y que se irritaba sólo de pensar que se encontraba encinta en momento tan poco oportuno, tal actitud le parecía el colmo de la sensiblería mentecata. Sin embargo, experimentaba una malsana alegría, diciéndose que el veredicto de los doctores hacía imposible toda intimidad verdadera entre Ashley y su mujer.

Scarlett veía con mucha frecuencia a Ashley, pero nunca solo. Cada tarde, al regreso de la serrería, pasaba por su casa para darle cuenta de las novedades de la jornada, pero Frank y Pittypat se encontraban allí generalmente o, lo que era peor, Melanie e India. La entrevista se limitaba a un cambio de impresiones de orden comercial, tras los cuales Scarlett daba a Ashley algunos consejos y le decía: «Muchas gracias por haber venido a verme. Buenas tardes».

¡Si al menos no estuviera encinta! Hubiera podido ir con él a la serrería cada mañana. Atravesarían juntos los bosques desiertos. Lejos de todas las miradas indiscretas, habrían podido creerse transportados de nuevo al Condado, al tiempo feliz en que los días transcurrían sin precipitaciones. No, no intentaría que le dijera una sola palabra de amor. Se había jurado no volver a hablarle de su mutua ternura. Pero, si ella se encontraba sola con él, Ashley abandonaría tal vez la máscara de indiferencia cortés que había adquirido desde su llegada a Atlanta. Tal vez volvería a ser el mismo, el Ashley que ella había conocido antes de que se hubiese hablado para nada de amor entre ellos. Ya que no podían ser amantes, al menos serían amigos. ¡Tenía tanta necesidad de caldear su corazón transido al fuego de su amistad!

«¡Si al menos tuviera en seguida al niño! —se decía con impaciencia—. Podría pasearme con Ashley todos los días. Charlaríamos...»

No era solamente su deseo de estar sola con Ashley lo que la hacía gemir de impaciencia y rebelarse contra la vida de reclusión que llevaba. Las serrerías tenían necesidad de su presencia. Desde que había cesado de vigilar su marcha y había confiado la dirección de una y otra a Hugh y a Ashley, los dos establecimientos perdían dinero.

Hugh era un perfecto inútil, a pesar de toda su buena voluntad. No tenía el menor sentido comercial ni sabía mandar a los obreros. Todo el mundo obtenía rebajas de él. A poco que un contratista avispado le declarase que su madera era de ínfima calidad y no valía el dinero que pedía por ella, estimaba que un caballero debía presentar excusas y rebajar el precio. Cuando Scarlett se enteró de la cantidad en que había vendido mil pies de madera para entarimados, rompió ." llorar de rabia. ¡El mejor lote de madera que se había vendido en la serrería lo había literalmente regalado! Y, luego, no sabía tratar con la gente. Los negros insistían para que les pagara cada día y frecuentemente ocurría que se lo gastaban en vino y al día siguiente no se presentaban al trabajo. Hugh veíase entonces obligado a salir en busca de otros obreros y el trabajo sufría retraso. Y, para postres, Hugh se pasaba días enteros sin ir a vender la madera a la ciudad.

Viendo tal mengua de beneficios en manos de Hugh, Scarlett se encolerizó por su idiotez y por la suya misma, que no podía hacer nada. Tan pronto tuviera el niño y pudiera volver a tomar la dirección de las cosas, se desharía de Hugh y buscaría otro para que ocupara el sitio. Cualquiera valdría más que él y estaba bien resuelta a no dejarse pisar más por los liberados. ¿Qué cosa de provecho iba a hacerse con esos negros, que dejaban el trabajo por un quítame allá esas pajas?

—Frank —le dijo a su marido, después de una discusión acalorada con Hugh acerca de las faltas al trabajo de sus obreros—, estoy bien decidida a alquilar a unos cuantos forzados para trabajar en las serrerías. Hace algún tiempo, le hablé a Johnnie Gallegher, el contramaestre de Tommy Wellburn, de lo pesado que resultaba hacer trabajar a los negros, y me dijo que por qué no alquilaba forzados. Me parece una buena idea. Me dijo que podía subalquilarlos por casi liada y que me bastaría con darles una bazofia para comer. Añadió que podría hacerles trabajar todo el tiempo que quisiera sin tener siempre husmeando a la gente de la Oficina de Liberados en asuntos que no son de su incumbencia. ¡Ah, y luego, tan pronto expire el contrato de Johnnie Gallegher con Tommy, lo tomaré para reemplazar a Hugh! Un tipo que logra hacer trabajar a sus órdenes a una banda de irlandeses no dejará de obtener excelentes resultados con los forzados.

¡Con forzados! ¡Frank permanecía mudo de horror! ¡Alquilar forzados! Era el colmo; era peor aún que pensar en instalar un bar.

Al menos, ésta era la opinión de Frank y de los medios conservadores en los que se desenvolvía. El sistema consistente en alquilar forzados debía su reciente aplicación a la pobreza del Estado como consecuencia de la guerra. Incapaz de mantener a los forzados, el Estado los alquilaba a los que tenían necesidad de mucha mano de obra para construir vías férreas o para explotaciones forestales. Sin dejar de reconocer la necesidad de tal sistema, Frank y sus amigos sensatos no dejaban de deplorar su existencia. Buen número de ellos ni siquiera habían sido partidarios de la esclavitud y encontraban esto bastante peor.

¡Y Scarlett quería ajustar forzados! Frank sabía que, si hacía una cosa semejante, él no se atrevería a llevar ya la cabeza alta. Era peor aún que poseer y dirigir una serrería, peor que todo lo que su mujer había emprendido o proyectado. Oponiéndose a los proyectos de Scarlett, Frank había sido impulsado siempre por esta pregunta: «¿Qué dirá de nosotros la gente?». Pero esta vez Frank experimentaba un sentimiento más profundo que el temor al qué dirán. Tenía la impresión de que se trataba de un tráfico de carne humana similar al de la prostitución. No podía permitirlo sin sentir el remordimiento de cometer un pecado. Frank estaba tan convencido de esto que encontró ánimos para prohibir a su mujer que llevara a efecto su plan y puso tanta energía en sus observaciones que Scarlett, atemorizada, no fue capaz de responderle. Finalmente, para tranquilizarle, le declaró en tono sumiso que no se trataba más que de un proyecto vago. En el fondo de sí misma pensaba todo lo contrario. Contratando forzados resolvería en el acto uno de los problemas más graves, pero, por otra parte, si Frank tomaba la cosa así...

Suspiró. Si al menos una de las serrerías le produjera beneficios, tomaría su mal con paciencia, pero Ashley apenas daba muestras de más talento que Hugh.

Al principio, Scarlett había quedado sorprendida y decepcionada de que Ashley no se hubiera puesto al corriente en el acto y no hubiera hecho que la serrería rindiera el doble de lo que rendía cuando estaba en sus manos. ¡Era tan inteligente y había leído tantos libros! No había razón alguna para que no tuviera el más brillante éxito y no ganara cantidades fabulosas. Pero, por desgracia, no obtenía mejores resultados que Hugh. Su inexperiencia, sus errores, su falta absoluta de sentido comercial, sus escrúpulos, eran los mismos de Hugh.

En su amor, Scarlett encontró fácilmente excusas a su conducta y no se le ocurrió la idea de juzgar a los dos hombres por el mismo rasero. Hugh era un necio, su caso era desesperado, mientras que Ashley lo que tenía que hacer era iniciarse en los negocios. Sin embargo, se vio obligada a reconocer a pesar suyo que Ashley no sabría nunca hacer, como ella, un cálculo mental rápido ni dar un precio exacto. Y a veces se preguntaba si aprendería

nunca a distinguir el pino del roble. Como era honrado, tenía confianza en el primer sinvergüenza, y varias veces se habría perdido dinero si ella no hubiera intervenido para arreglar las cosas. Si sentía simpatía por alguien —¡y parecía sentirla por todos!— vendía la madera a crédito sin preocuparse siquiera de si el comprador tenía cuenta en el Banco o cualquier otra garantía. A este respecto, no valía más que Frank.

¡Pero ya acabaría por aprender! Sobre esto no albergaba asomo de duda. Y, mientras Ashley se iniciaba en la vida comercial, Scarlett estaba llena de una indulgencia y de una paciencia verdaderamente maternales para sus errores. Cada tarde, cuando llegaba a su casa, agotado y desesperado, ella no dejaba de prodigarle un sinfín de consejos con el tacto más exquisito. Pero, por más que le diera ánimos y tratara de levantar su moral, sus ojos conservaban una extraña mirada, una expresión muerta que ella no comprendía y que la aterraba. ¡Estaba cambiado, resultaba tan distinto del hombre que era antes! Si al menos consiguiera verlo solo, tal vez descubriría a qué se debía aquello...

Esta situación proporcionó a Scarlett muchas noches de insomnio. Se atormentaba pensando en Ashley, primero porque lo veía desdichado y luego porque sabía que siendo desdichado no podría convertirse en un buen comerciante en maderas. Era un verdadero suplicio ver sus serrerías en manos de dos hombres tan poco comerciantes como Ashley y Hugh. Se le partía el corazón viendo a sus competidores arrebatarle los mejores clientes, cuando ella había trabajado tanto y preparado tan minuciosamente su plan de campaña para los meses en que no iba a poder trabajar. ¡Si al menos pudiera volver a hacerlo pronto! Se ocuparía de Ashley y a la fuerza le haría aprender bien su oficio. ¡Y si Johnnie Gallegher pudiera dirigir la otra serrería! Ella misma se encargaría de la venta de la madera y todo iría como sobre ruedas. En cuanto a Hugh, si quería seguir trabajando con ella, le daría un carruaje para repartir el género. ¡No servía para más!

Evidentemente, por despabilado y despierto que fuera Gallegher, de escrupuloso, la verdad, no tenía mucho aspecto. Pero, entonces, a quién llamar? ¿Qué ocurría para que los hombres inteligentes y honrados a la vez manifestaran tan pocos deseos de trabajar para ella? Si al menos consiguiese uno de ellos para ponerlo en el sitio de Hugh, ya podría estar más tranquila, pero...

A pesar de su dolencia física, Tommy Wellburn se había convertido en uno de los contratistas más importantes de la ciudad y, según se decía, ganaba lo que quería. La señora Merriwether y Rene también se abrían camino muy bien y acababan de abrir una pastelería que Rene regentaba con un sentido de la economía verdaderamente francés, y el abuelo Merriwether, encantado de abandonar su rincón al fuego, conducía ahora el carrito con los dulces. Los Simmons tenían tal cantidad de encargos, que empleaban tres equipos de obreros en su ladrillar. Y Kells Whiting también ganaba dinero con su cosmético, que vendía a los negros, diciéndoles que no se les dejaría que votaran si seguían teniendo los cabellos crespos.

Y otro tanto ocurría con la gente joven que Scarlett conocía: los médicos, los abogados, los comerciantes. Esa especie de amodorramiento que se había apoderado de ellos en el momento de la derrota había desaparecido por completo y todos se habían preocupado demasiado en cimentar su propia fortuna para pensar en dedicarse a edificar la ajena. Los otros, los que no desplegaban tanta actividad, eran los hombres del tipo de Hugh... o de Ashley...

¡Qué de penalidades: tratar de llevar adelante un negocio y estar embarazada, para colmo!

«No tendré otro hijo —decidió Scarlett con convicción—. No me propongo imitar a

las demás mujeres y tener un bebé cada año. ¡Santo Dios! ¡Me pasaría la mitad del año en casa, sin ocuparme de mis serrerías! Y ya me doy cuenta ahora de que no puedo permitirme faltar ni un día. Le voy a decir bien claro a Frank que no quiero tener más hijos.»

Frank quería formar una familia numerosa, pero ya le haría ella entrar en razón. El hijo que ahora llevaba sería el último. Las serrerías eran bastante más importantes...

42

Scarlett tuvo una niña menuda y calva, fea como un mono pelón y absurdamente parecida a Frank. Nadie, excepto el padre, cegado por el cariño, pudo encontrar en ella belleza alguna, pero los vecinos llevaron su caridad hasta decir que todos los niños feos podían llegar a volverse guapos. La bautizaron con los nombres de Ella Lorena. Ella por su abuela, y Lorena porque era el nombre más de moda en aquellos días para las muchachas, así como los de Roberto E. Lee y Stonewall Jackson eran los más populares para los chicos y Abraham Lincoln y Emancipación para los negritos.

La niña nació a mediados de una semana en que los ánimos estaban muy excitados en la oprimida Atlanta y la atmósfera en tensión, esperando un desastre. Un negro que se jactó de haber cometido un rapto fue detenido por entonces; pero, antes de pensar en juzgarle, varios miembros del Ku Klux Klan asaltaron la cárcel y lo colgaron sin contemplaciones. El Klan había actuado para evitar que la víctima, desconocida aún, fuese citada a comparecencia para declarar ante el tribunal. Antes que hacer pública su afrenta, el padre y los hermanos la hubieran matado; por eso el linchamiento del negro pareció a los ciudadanos una sensata solución, realmente la única solución decente. Pero las autoridades militares se enfurecieron. No vieron razón para que la muchacha no declarase públicamente.

Los militares efectuaron detenciones a diestro y siniestro y juraron que aniquilarían el Klan, aunque tuviesen que encerrar a todos los blancos de Atlanta. Los negros, irritados y ceñudos, hablaron de incendiar casas en represalia. Corrían rumores de ejecuciones en masa en el caso de que los yanquis cogieran a los culpables y de sorpresas concertadas por los negros contra los blancos. La gente permanecía en su casa con las puertas barreadas y con las ventanas herméticamente cerradas; los hombres no se atrevían a salir a sus asuntos dejando sin protección a las mujeres y a los niños.

Scarlett yacía extenuada en el lecho, débil y callada, dando gracias a Dios de que Ashley hubiera tenido el buen acuerdo de no pertenecer al Klan y de que Frank fuera demasiado viejo y apocado. Hubiera sido espantoso saber que los yanquis podían llegar de un momento a otro a detenerlos. ¿Es que no podían estar tranquilos aquellos juveniles cerebros exaltados que formaban el Klan? Probablemente la muchacha no había sido violada. Seguramente había sufrido tan sólo un susto tonto, y por culpa suya una porción de hombres podían perder la vida.

En aquella atmósfera, con los nervios tensos como una mecha sobre un barril de pólvora, Scarlett recobró sus fuerzas rápidamente. El saludable vigor que la había acompañado durante la dura temporada de Tara siguió sosteniéndola, y dos semanas después del nacimiento de Ella Lorena se encontraba ya en disposición de levantarse hasta una silla y de irritarse por su inactividad. Tres semanas después, estaba en pie y afirmaba su deseo de ir a ver las serrerías. Habían suspendido el trabajo en los dos talleres, porque tanto Hugh como Ashley temían dejar solas a sus familias durante todo el día.

Entonces estalló la tormenta...

Frank, rebosante de orgullo paterno, tuvo el suficiente valor para prohibir a Scarlett que saliera de casa en aquellas condiciones tan peligrosas. Sus órdenes no hubieran tenido ningún efecto si él no hubiera encerrado el caballo y el coche en la cuadra, resolviendo que sólo él podría utilizarlos. Es más, mientras estaba ella en cama, él y Mamita había registrado pacientemente la casa entera y descubierto el dinero en varios escondites. Y

Frank lo había depositado en el Banco a su propio nombre, de suerte que Scarlett no podía disponer de nada.

Scarlett se enfureció contra Frank y Mamita; luego suplicó, y finalmente gritó toda una mañana como una niña despechada. Pero sus lamentaciones sólo le sirvieron para oír: «¡Cálmate, rica! Pareces una chiquilla enferma». Y: «Señorita Scarlett, si sigue usted llorando se le va a alterar la leche y la niña tendrá un cólico».

Llena de furia, Scarlett cruzó el patio posterior dirigiéndose a la casa en busca de Melanie para desahogarse con ella, declarando que iría a pie a las serrerías y que contaría a todo Atlanta que se había casado con un monstruo y que no quería que la tratasen como a una niña estúpida y traviesa. Llevaría una pistola y mataría a quien la amenazase. Había ya matado a un hombre y le agradaría, sí, le agradaría matar a algún otro. Iría... Melanie, que no se atrevía a aventurarse hasta su propio porche, sé quedó aterrada ante semejantes amenazas.

—¡Oh! No debes arriesgarte. ¡Me moriría si te ocurriera algo! ¡Oh, te lo ruego!

—¡Quiero ir! ¡Quiero ir! ¡Iré a pie!

Melanie la miró y vio que no se trataba del histerismo de una mujer debilitada por el reciente parto. En el rostro de Scarlett había la misma terquedad, idéntica decisión que Melanie había visto tantas veces en el rostro de Gerald O'Hara cuando se empeñaba en hacer una cosa. Abrazó a Scarlett, estrechándola fuertemente contra ella.

—La culpa es mía por no ser valiente como tú y por tener encerrado en casa a Ashley en vez de hacerle ir a las serrerías. ¡Oh, querida! ¡Soy tan miedosa! Mira, le diré a Ashley que ya no tengo miedo y permaneceré contigo y con tía Pitty; así él podrá volver al trabajo y... Ni siquiera en su interior quería Scarlett admitir que Ashley fuera incapaz de resolver la situación por sí solo.

—¡Nada de eso! ¿Cómo quieres que pueda trabajar Ashley si está preocupado por ti a todas horas? ¡Todos sois odiosos! ¡Hasta el tío Peter se niega a venir conmigo! ¡Pero no me importa! Iré sola. Recorreré el camino paso a paso y encontraré una cuadrilla de negros en algún sitio...

—¡Oh, no! ¡No debes hacer eso! Podría ocurrirte algo terrible. Dicen que el caserío de Shantytown en la carretera de Decatur está lleno de negros y tienes que pasar por allí. Deja que piense... Prométeme, querida, que no harás nada hoy y yo pensaré algo. Prométeme que te irás a acostar. Tienes mala cara. Prométemelo.

Como su rapto de furor la había dejado extenuada para cualquier cosa, Scarlett, ceñuda, lo prometió y, volviendo a la casa, rechazó con arrogancia toda tentativa de paz por parte de su familia.

Aquella tarde una extraña y escuálida figura pasó el cercado que separaba los corrales de Melanie y de Pitty. Era evidentemente uno de aquellos hombres de los que hablaban Mamita y Dilcey llamándolos «inmundicias que la señorita Melanie recoge en los caminos y deja dormir en su bodega».

En los sótanos de la casa de Melanie había tres aposentos que sirvieron antaño de alojamiento para los criados y de bodega. Ahora Dilcey ocupaba uno de ellos, y los otros dos estaban constantemente ocupados por una chusma miserable de paso por allí. Sólo Melanie sabía de dónde venían y adonde marchaban, y nadie sabía en dónde los recogía. Quizás era cierto lo que decían los negros: que ella efectuaba su redada por las calles. Pero, de igual modo que las personas importantes eran acogidas en su gran salón, así los desdichados encontraban alojamiento en su bodega, donde eran alimentados y tenían un lecho; y luego volvían a marchar con paquetes de víveres. Generalmente, los ocupantes de

los aposentos eran antiguos soldados de la Confederación, gentes rudas e ignorantes, sin casa ni familia, que vagaban por el Condado con la esperanza de encontrar trabajo.

Con frecuencia, campesinas morenas y ajadas, que iban en compañía de una turba de chiquillos silenciosos, pasaban así la noche; mujeres a quienes la guerra había dejado viudas, privándolas de sus granjas, y que andaban buscando a sus parientes dispersos y perdidos. A veces los vecinos se escandalizaban por la presencia de extranjeros, que hablaban muy poco o nada el inglés; gentes atraídas hacia el Sur por el espejismo de una fortuna fácilmente lograda. Incluso un republicano había dormido allí; pero nadie creía los cuentos de Mamita, porque, como es natural, hasta la caridad de Melanie debía tener un límite.

«Sí —pensó Scarlett, sentada en el porche bajo el pálido sol noviembre, con la niña sobre sus rodillas—, debe ser uno de los pordioseros de Melanie. Es realmente un pordiosero.»

El hombre que cruzaba el patio posterior tenía una pierna de Boadera, como Will Benteen. Era alto y flaco, calvo y con la barba gris, tan larga que le llegaba a la cintura. A juzgar por su aspecto, debía tener más de sesenta años a juzgar por su arrugada cara, pero su cuerpo no mostraba las señales de la edad. Era larguirucho y desgaritado, aunque, a pesar de su pierna de madera, se movía con la agilidad de una serpiente.

Subió los escalones y se acercó a ella, y antes de que hablase, por la manera de arrastrar las erres y por su deje especial, Scarlett supo que era de la montaña. A pesar de sus ropas sucias y andrajosas, ofrecía, como muchos montañeses, un aspecto de feroz y reconcentrado orgullo, que no permitía confianzas ni toleraba bromas. Tenía la barba manchada de jugo de tabaco, la nariz aguileña y las cejas espesas; de sus orejas asomaban unos pelos que les daban el aspecto de unas orejas de lince. En lugar de un ojo mostraba una hendidura de la que arrancaba una cicatriz que le cruzaba diagonalmente la mejilla. El otro ojo era pequeño, claro y frío, un ojo inmóvil y cruel. Llevaba en el cinturón una pesada pistola, del cual también sobresalía el mango de un cuchillo de monte.

Respondió fríamente a la mirada de Scarlett y se apoyó en la baranda antes de hablar. En su único ojo había una expresión de desprecio, no especialmente dedicada a ella, sino a su sexo entero.

—La señorita Wilkes me ha mandado a usted para que me dé trabajo —dijo, conciso. Hablaba rústicamente, como quien no está acostumbrado a hacerlo y a quien sus palabras acuden casi con dificultad—. Me llamo Archie.

—Lo siento, pero no tengo trabajo para usted, señor Archie.

—Archie es mi nombre de pila.

—Perdone usted. ¿Cuál es su apellido?

Él vaciló un instante.

—Eso es asunto mío —dijo—. Con Archie basta.

—No me importa saber cómo se llama. No tengo nada para usted.

—Me parece que lo tiene. La señora Wilkes estaba asustada pensando que quería usted ir de paseo sola como una loca, y me ha mandado aquí para que la acompañe.

—¿De veras? —exclamó Scarlett, indignada tanto de la rudeza de aquel hombre como de la intromisión de Melanie.

El único ojo de Archie se clavó en ella con una animosidad impersonal.

—Sí. Una mujer no debe producir quebraderos de cabeza a sus hombres. Si no tiene usted más remedio que ir de paseo, la acompañaré. Odio a los negros... y también a los yanquis. Se pasó al otro carrillo el pedazo de tabaco que estaba mascando y, sin esperar a

que le invitasen, se sentó en los escalones.

—No diré que me guste acompañar a las mujeres; pero la señora Wilkes ha sido buena conmigo dejándome dormir en su bodega y me ha mandado aquí para que la acompañe.

—Pero... —empezó Scarlett vacilante. Y luego se detuvo y lo miró. Después de un momento inició una sonrisa. No le agradaba el aspecto de aquel viejo malhechor, pero su presencia simplificaría las cosas. Llevándolo al lado podría ir a las serrerías y a la ciudad, visitar a los clientes. Nadie podría creerla en peligro y el aspecto de aquel hombre era suficiente para evitar jaleos.

—Convenido —contestó—. Es decir, si mi marido consiente.

Después de una conversación privada con Archie, Frank dio de mala gana su aprobación y envió unas líneas a las cuadras para que sacasen el caballo y el coche. Le irritaba y le producía desilusión que la maternidad no hubiera transformado a Scarlett como él había esperado; pero, si ella estaba decidida a volver a aquellos malditos talleres, entonces Archie sería bienvenido.

Así empezó aquella relación que desde el principio asombró a Atlanta. Archie y Scarlett hacían una extraña pareja: el sucio y truculento viejo con su pierna de madera llena de pegotes de barro, y la linda y elegante muchacha con la frente arrugada en una expresión abstraída. Se los veía a todas horas y en todos sitios, en las cercanías de Atlanta, hablándose rara vez, desagradándose evidentemente uno a otro, pero ligados ambos por una recíproca necesidad, él de dinero y ella de protección. Al menos, dijeron las señoras de la ciudad, era mejor que ir de paseo tan descaradamente con el tal Butler. Sentían curiosidad por saber a dónde había ido a acabar sus días Rhett, que partió bruscamente de la ciudad tres meses antes y de quien nadie, ni siquiera Scarlett, conocía el paradero.

Archie era un hombre callado que no hablaba nunca a no ser que le dirigiesen la palabra y que contestaba generalmente con gruñidos. Todas las mañanas salía de la bodega de Melanie e iba a sentarse en los escalones de la casa de Pittypat, mascando tabaco y escupiendo hasta que salía Scarlett y Peter traía el coche de la cuadra. El tío Peter temía a aquel hombre muy poco menos que al diablo o al Ku Klux Klan; y hasta Mamita pasaba junto a él en silencio y atemorizada. Él odiaba a los negros y sabía que le temían. Había reforzado su armamento con otra pistola más y su fama se difundió entre la población negra. No tuvo nunca necesidad de sacar la pistola o de poner su mano en el cinturón. El efecto moral era suficiente. Ni un negro se atrevía siquiera a reír cuando Archie se hallaba inmediato.

Una vez Scarlett le preguntó con curiosidad por qué odiaba a los negros y se quedó sorprendida cuando él contestó concretamente, ya que en general respondía a todas las preguntas diciendo: «Eso es asunto mío».

—Los odio como todos los montañeses. No los hemos querido nunca ni los hemos utilizado jamás. Ellos son los que han provocado la guerra. Los odio también por esto.

—Pero ¿usted ha peleado en la guerra?

—Ése es un privilegio de los hombres. Odio también a los yanquis, más aún de lo que odio a los negros. Los odio casi tanto como «dios a las mujeres charlatanas.

Aquellas rudas y francas palabras provocaban en Scarlett un furor silencioso contra Archie. Pero ¿qué hubiera hecho sin él? ¿Cómo hubiera podido moverse con tanta libertad? Él era rudo, sucio y, *a* veces, maloliente, pero servía a sus fines. La acompañaba a las serrerías y a visitar a los clientes, escupiendo y contemplando el espado mientras ella hablaba y daba órdenes. Si se apeaba del coche, bajaba detrás de ella y seguía sus pasos.

Cuando estaba ella entre los trabajadores, negros o soldados yanquis, rara vez permanecía él a más de un paso de su codo.

Muy pronto Atlanta se acostumbró a ver a Scarlett con su guardia de corps, y las señoras se habituaron a envidiar su libertad de movimientos. Desde que el Ku Klux Klan inició los linchamientos, las señoras vivían realmente enclaustradas y ni siquiera iban a la ciudad de compras, como no se reunieran en grupos de media docena por lo menos.

Sociables por naturaleza, aquella reclusión forzada las humillaba; y empezaron a pedir a Scarlett que les prestase a Archie. Y ésta, cuando no lo necesitaba, era lo suficientemente amable para cedérselo a las otras señoras.

Y bien pronto Archie llegó a ser una institución en Atlanta, y las señoras se disputaban sus ratos libres. Rara vez pasaba una mañana sin que un chiquillo o un criado negro llegasen a la hora del desayuno con una nota que decía: «Si no va usted a utilizar a Archie esta tarde, le ruego que me lo deje. Voy a llevar unas flores al cementerio». «Tengo que ir a la modista.» «Me agradaría que Archie acompañase a la tía Nelly a tomar el aire.» «Tengo que ir de visita a la calle Peters y el abuelo no se siente bien para acompañarme. Si Archie pudiese...»

Acompañaba a todas, solteras, casadas y viudas, y demostraba a todas el mismo inflexible desprecio. Era evidente que no le gustaban las mujeres, a excepción de Melanie, lo mismo que no le gustaban los negros ni los yanquis. Desde el principio les chocó su rudeza, pero las señoras acabaron por acostumbrarse a él y por considerarlo como a los caballos que guiaba, olvidando su verdadera existencia. Una vez, la señora Merriwether contó a la Meade los detalles completos del parto de su sobrina sin acordarse de la presencia de Archie, sentado en la delantera del vehículo.

En ningún otro momento hubiera sido posible semejante situación. Antes de la guerra, Archie no hubiera sido admitido ni siquiera entre las fregonas. Pero ahora era bienvenida su tranquilizadora presencia. Tosco, ignorante, sucio, era un baluarte entre las señoras y los terrores de la Reconstrucción. No era ni amigo ni criado. Era un guardia de corps asalariado que protegía a las señoras cuando sus maridos trabajaban de día o estaban ausentes del hogar por la noche.

Parecíale a Scarlett que, cuando llegaba Archie, su Frank se ausentaba de noche con mucha frecuencia. Decía que necesitaba hacer el balance del negocio y que de día le quedaba muy poco tiempo después de las horas de trabajo. O bien eran unos amigos enfermos a quienes tenía que ir a visitar. Se había constituido la Asociación de los Demócratas, que se reunían todos los miércoles para discutir el modo de recobrar el voto, y Frank no faltaba nunca a ninguna reunión. Scarlett juzgaba que aquella asociación servía para muy poco, como no fuera para ensalzar los méritos del general Juan B. Gordon sobre los demás generales, excepto Lee, y para reanudar imaginariamente la guerra. Ella no veía indicio alguno de que tales actividades transformasen la situación. Pero a Frank debían agradarle mucho tales reuniones, porque permanecía fuera hasta altas horas aquellas noches.

También Ashley iba a visitar enfermos y frecuentaba asimismo las reuniones democráticas, ausentándose generalmente las mismas noches que Frank. Aquellas noches, Archie escoltaba a Pitty, a Scarlett y a Wade y a la pequeña Ella por el corral hasta casa de Melanie, y las dos familias pasaban las noches juntas. Las señoras cosían mientras Archie, tumbado sobre el sofá del salón, roncaba sonoramente. Nadie le había invitado a ocupar el sofá, que era el mueble mejor de la casa, y las señoras gemían en secreto cada vez que él se tumbaba, colocando sus botas sobre la fina tapicería que forraba aquel mueble. Pero

ninguna de ellas tenía valor para protestar. Especialmente después de haber observado que afortunadamente se dormía con facilidad, pues de otro modo el ruido de la charla femenina, parecida al cacareo de una banda de gallinas, le hubiera vuelto loco con seguridad.

Scarlett se preguntaba a veces, maravillada, de dónde habría venido Archie y cuál habría sido su vida antes de ir a alojarse en la bodega de Melanie, pero no encontraba nunca respuesta. Había algo en aquel rostro con un solo ojo que no fomentaba la curiosidad. Lo único que sabía era que su acento delataba su origen de las montañas norteñas y que había hecho la guerra y perdido la pierna y el ojo poco antes de la rendición. Fueron unas palabras pronunciadas en un acceso de cólera contra Hugh Elsing las que esclarecieron y revelaron la verdad del pasado de Archie.

Una mañana en que el viejo la había acompañado a la serrería de Hugh, Scarlett encontró el taller desocupado; los negros se habían marchado y Hugh estaba sentado con gran desaliento bajo un árbol. Ninguno se había presentado aquella mañana a trabajar y él no sabía qué hacer. Scarlett montó en cólera y no sintió escrúpulos en volcarla sobre Hugh. Precisamente ella acababa de conseguir un pedido —¡un gran pedido!— que le había costado plétora de energía y de despliegue de sus encantos, y he aquí que ahora hallaba parada la serrería...

—Acompáñeme al otro aserradero —dijo a Archie—. Sí, ya sé que está lejos y que nos quedaremos sin comer, pero, ¿para qué le pago? Tengo que decir al señor Wilkes que interrumpa lo que está haciendo y que me prepare su madera. ¡Con tal de que sus obreros no hayan hecho lo mismo! ¡Qué pandilla de bandidos! ¡No he visto nunca un badulaque como Hugh Elsing! Me lo quitaré de encima en cuanto Johnnie Gallegher acabe las tiendas que construye. ¿Qué me importa que Gallegher haya estado en el ejército yanqui? Trabajará. No he visto nunca un irlandés holgazán. Y estoy cansada de negros emancipados. No se puede una fiar de ellos. Diré a Johnnie Gallegher que contrate a unos cuantos presidiarios. Él sacará partido de ellos. Él...

Archie volvió hacia ella su ojo maligno y habló con una cólera fría en su áspera voz:

—El día en que tome usted presidiarios será el día en que la abandonaré —dijo.

Scarlett se quedó estupefacta.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Sé lo que es contratar a un presidiario. Significa matarlo. Tratarlo como a las mulas. Todavía peor. Pegarle, hacerle morir de hambre y a fuerza de trabajo. ¿Y qué importa? Al Estado no le importa. Percibe dinero del salario. De los llamados presidiarios nadie se ocupa. Lo único que importa es alimentarlos gastando poco y sacar de ellos el maypr rendimiento posible. No he pensado nunca bien de las mujeres, ¡y ahora pensaré todavía peor!

—¿Y qué tiene usted que ver con esto?

—Eso es cuenta mía —dijo lacónicamente Archie; y añadió después—: He sido presidiario cerca de cuarenta años.

Scarlett se estremeció y durante un momento se apoyó en los almohadones. Aquélla era, pues, la respuesta al enigma de Árchie, su repugnancia a hablar de su antiguo apellido, del lugar de su nacimiento o de cualquier otra cosa que se refiriese a su vida pasada, la respuesta a la dificultad con que hablaba y al odio frío que sentía por todo el mundo. ¡Cuarenta años! Debió haber ingresado en la cárcel de joven. ¡Cuarenta años! Debió haber sido condenado a cadena perpetua y los condenados a esa pena eran...

—¿Fue... por asesinato?

—Sí —contestó concisamente Archie mientras sacudía las riendas—. Mi mujer.

Scarlett parpadeó rápidamente, aterrada. Pareció que la boca de él, oculta entre la barba, se moviese como si sonriera de aquel miedo.

—No voy a matarla, señora, si es que tiene usted miedo. No hay motivo para matar a una mujer.

—¡Mató usted a la suya!

—Se enredó con mi hermano. Él se marchó. No sentí matarla. Las mujeres perdidas deben ser asesinadas. La ley no tiene derecho a meter a un hombre en la cárcel por eso, pero fui condenado.

—Pero... ¿cómo salió usted? ¿Se escapó? ¿O le indultaron?

—Llámelo usted indulto —sus espesas cejas se unieron, como si el esfuerzo de juntar las palabras le fuera de gran dificultad—. El año 64, cuando llegó Sherman, estaba yo en la cárcel de Milledgeville, donde he pasado cuarenta años. Y el director llamó a todos sus reclusos y les dijo que estaban llegando los yanquis, que incendiaban y mataban. Ahora le advertiré que si hay algo que odio más que a los negros y a las mujeres son los yanquis.

—¿Por qué? ¿Ha... ha conocido usted a los yanquis?

—No señora. Pero he oído hablar de ellos. He oído decir que son incapaces de pensar en sus asuntos. Odio a las personas que no se ocupan de sus asuntos. ¿Qué venían a hacer a Georgia, para libertar a nuestros negros, quemar nuestras casas y matar a nuestra gente? Bueno, el director dijo que el Ejército tenía mucha necesidad de soldados y que aquellos de nosotros que quisieran alistarse serían puestos en libertad al final de la guerra... si es que seguían vivos. Pero a nosotros, los condenados a cadena perpetua..., a nosotros los asesinos, según dijo el director, no se nos quería en el Ejército. íbamos a ser enviados a otro sitio, a otra cárcel. Pero yo le dije al director que yo no era como los demás condenados a cadena perpetua. Estaba allí precisamente por haber matado a mi mujer, y fue necesario que la matase. Y yo quería pelear contra los yanquis. Y el director lo comprendió y me dejó salir con los otros reclusos.

Hizo una pausa y gruñó:

—¡Hum...! Fue algo muy gracioso. Me habían metido en la cárcel por matar y me soltaban dándome un fusil e indultándome para que volviese a matar. Se estaba bien en la costa, libre y con un rifle en la mano. Todos los de Milledgeville éramos buenos combatientes y matamos una porción de yanquis. No he conocido nunca a ninguno que desertase. Y cuando llegó la rendición seguí en libertad. Había perdido esta pierna y este ojo. Pero no los echo de menos.

—¡Oh! —dijo Scarlett débilmente.

Intentó recordar lo que había oído acerca de la liberación de los presidiarios de Milledgeville en el último y desesperado esfuerzo por contener el avance del ejército de Sherman. Frank habló de ello en las Navidades de 1864. ¿Qué había dicho? Pero sus recuerdos de aquel tiempo eran demasiado caóticos. Sintió nuevamente el salvaje terror de aquellos días, oyó el estruendo de los cañones, vio las filas de carros que dejaban detrás un rastro de sangre, vio la partida de la Guardia Nacional y los jóvenes cadetes, los niños como Phil Meade y los viejos como el tío Henry y el abuelo Merriwether. Y los presidiarios habían ido también para morir en el crepúsculo de la Confederación, para helarse en la nieve y con los temporales de aquella última campaña de Tennessee.

Durante un instante pensó que aquel viejo había sido un imbécil luchando por un Estado que le había quitado cuarenta años de su vida. Georgia le había privado de su juventud y de su madurez por un crimen que para él no era tal; sin embargo, él había dado libremente una pierna y un ojo a Georgia. Las amargas palabras pronunciadas por Rhett en

los primeros días de la guerra volvieron a su memoria, y recordó que él había dicho que no combatiría nunca por una sociedad que le había proscrito. Pero, cuando fue necesario, él también había ido a combatir por aquella misma sociedad, como Archie. Le pareció a ella que todos los hombres del Sur, altos o bajos, eran unos locos sentimentales que daban menos importancia a su piel que a unas palabras desprovistas de significado.

Miró las viejas manos nudosas de Archie, sus dos pistolas y su cuchillo, y sintió nuevamente terror. ¿Dónde estaban los otros ex presidiarios, como Archie, asesinos, bandidos, ladrones, indultados de sus crímenes en nombre de la Confederación? ¡Cualquier extranjero en la calle podía ser un asesino! Si Frank supiese la verdad acerca de Archie, habría un jaleo infernal. O si tía Pittypat..., pero la conmoción la mataría. En cuanto a Melanie... Scarlett estaba casi por decirle la verdad. Le serviría para no seguir recogiendo pordioseros e introducirlos entre sus amigos y parientes.

—Me... me alegro de haberle oído, Archie. Yo... yo no se lo diré a nadie. Les causaría una gran impresión a la Wilkes y a las otras señoras si lo supiesen.

—¡Hum! La señora Wilkes lo sabe. Se lo dije la noche en que me dejó dormir en su bodega. ¿Cree usted que iba yo a dejar que una señora tan buena me llevase a su casa sin saberlo?

—¡Dios mío, ampáranos! —exclamó Scarlett horrorizada.

Melanie sabía que aquel hombre era un asesino y no lo había echado de su casa. Le había confiado a su hijo, a su tía, a su cuñada y a todas sus amigas. Y ella, la más tímida de las mujeres, no había tenido miedo de estar sola con él en su casa.

—La señora Wilkes es muy sensata para ser mujer. Comprendió que yo tenía razón. Comprendió que un ladrón sigue robando y que un mentiroso sigue mintiendo toda la vida, pero que nadie comete más que un homicidio en su vida. Y reconoce que quien ha luchado por la Confederación ha reparado con esto todo el mal que hizo. Aunque yo no crea haber hecho mal en matar a mi mujer... Sí, la señora Wilkes es muy sensata para ser mujer... Y yo le repito que el día en que contrate usted a unos presidiarios la dejaré sola.

Scarlett no dijo nada, pero pensó: «Cuanto antes se vaya, más me alegrará. ¡Un asesino!».

¿Cómo había podido Melanie ser tan... tan...? Bueno, no había palabra para definir el modo de obrar de Melanie con aquel viejo rufián. ¡No haber dicho a sus amigas que era un ex presidiario! ¡Aunque el haber servido en el Ejército lavase los antiguos pecados! Melanie era demasiado tonta en lo referente a la Confederación y a sus veteranos y a todo cuanto se relacionase con ellos. Scarlett maldijo interiormente a los yanquis, añadiendo otro motivo a su rencor contra ellos. Ellos eran los responsables de la situación que obligaba a una mujer a conservar a un asesino a su lado para protegerla.

Al volver a casa con Archie aquel atardecer desapacible, Scarlett vio un grupo revuelto de caballos ensillados, de coches y de carromatos delante de la cantina «La Hermosa de Hoy». Allí estaba Ashley a caballo con una extraña expresión vigilante en su rostro; los jóvenes Simmons bajaban de su coche con gestos enfáticos, y Hugh Elsing, con su mechón de pelo negro cayéndole sobre los ojos, agitaba las manos. En el centro del grupo estaba el carrito del pan del abuelo Merriwether, y al acercarse Scarlett vio que Tommy Wellburn y el tío Henry Hamilton estaban apretujados en el asiento junto a él.

«Preferiría —pensó Scarlett, irritada— que el tío Henry no volviese a casa en ese vehículo. Debía darle vergüenza. ¡Como si no tuviese un caballo suyo! Pero lo hace precisamente para poder ir todas las noches a la cantina con el abuelo.»

Al acercarse al grupo tuvo la sensación de que había ocurrido algo; a pesar de su

insensibilidad, sintió que se le oprimía el corazón.

«¡Oh! —pensó—. ¡Espero que no haya ocurrido otra violación! ¡Si el Ku Klux Klan lincha a un negro más, los yanquis nos destrozarán! » Y dijo a Archie:

—Pare. Ha ocurrido algo. —¡No querrá usted que paremos delante de la cantina! —dijo Archie.

—¿No ha oído? Pare. Buenas noches a todos, Ashley... Tío Henry. .., ¿ha ocurrido algo? Parecen todos ustedes tan...

Se volvieron hacia ella, sonriendo, pero se observaba una extraña excitación en sus ojos.

—Algo bueno o algo malo —gritó el tío Henry—. Depende de como se mire. Yo creo que el Parlamento no podía obrar de modo diferente.

«¿El Parlamento?», pensó Scarlett con alivio. Le interesaba muy poco el Parlamento y sentía escaso cariño por él. Era la perspectiva de nuevos alborotos con los soldados yanquis lo que ella temía.

—¿Qué es lo que ha hecho ahora el Parlamento?

—Pues negarse sencillamente a ratificar la enmienda —dijo el abuelo Merriwether en un tono de orgullo en la voz—. Ya lo verán los yanquis.

—Y ya la pagarán... Perdón, Scarlett —dijo Ashley.

—¡Oh! ¿La enmienda? —preguntó Scarlett, intentando parecer inteligente.

No había entendido nunca de política y no perdía el tiempo en pensar en ella. Sabía que poco tiempo antes había sido ratificada la decimotercera enmienda —¿o era decimosexta?—, pero no tenía idea de lo que era una ratificación. Los hombres se excitaban siempre por tales palabras. Algo mostró en su rostro su falta de comprensión y Ashley sonrió.

—Es la enmienda lo que permite votar a los negros, ¿sabes? —explicó—. Ha sido sometida al Parlamento, que se ha negado a ratificarla.

—¡Qué tontería! ¡Sepan ustedes que los yanquis nos la harán tragar a la fuerza!

—Por eso estaba diciendo que ya la pagarán —dijo Ashley con tono firme.

—¡Estoy orgulloso del Parlamento y de su atrevimiento! —murmuró el tío Henry —. Los yanquis no pueden obligarnos a tragárnosla si no queremos.

—Pueden hacerlo y lo harán. —La voz de Ashley era tranquila, pero había inquietud en sus ojos—. Y sufriremos cosas muy opresivas.

—¡Oh, Ashley, seguramente que no! Ya no puede haber cosas opresivas para nosotros.

—Sí, puede haber cosas peores para nosotros, aun ahora. Supónganse que nos dan un Parlamento negro, o un gobernador negro, o una cosa peor, un Gobierno militar. Los ojos de Scarlett se desorbitaron de terror mientras su cerebro empezaba a comprender algo.

—Quisiera comprender qué será mejor para Georgia, mejor para todos nosotros. —Y el rostro de Ashley se oscureció—. Si será más sensato combatir eso como ha hecho él Parlamento, levantando al Norte contra el Sur y poniendo frente a nosotros todo el Ejército yanqui para obligarnos a conceder el voto a los negros, queramos o no. O... tragarnos nuestro orgullo lo mejor que podamos, someternos amablemente y tomar la cuestión con la mayor resignación posible. El resultado final será el mismo. No hay salvación. Tenemos que tomar la dosis que han decidido darnos. Quizá sea mejor para nosotros tomarla sin mayores protestas.

Scarlett oyó apenas aquellas palabras y realmente su importancia se le escapó. Sabía que Ashley, como de costumbre, veía los dos lados de toda cuestión. Ella sólo veía uno...:

hasta qué punto podía afectar aquella bofetada a los yanquis.

—¿Habrá entonces que hacerse radical y votar por los republicanos, Ashley? —preguntó burlonamente el abuelo Merriwether en tono ronco.

Hubo un silencio lleno de tensión. Scarlett vio la mano de Archie iniciar un rápido movimiento hacia su pistola y luego detenerse. Archie pensaba, y con frecuencia lo decía, que el abuelo era una vieja vejiga llena de viento; y Archie no hubiera permitido que nadie insultase al marido de Melanie, aunque éste hablase como un imbécil.

La perplejidad desapareció repentinamente de los ojos de Ashley, encendido en cólera. Pero, antes de que pudiese hablar, el tío Henry atacó al abuelo.

—¡Por el maldito y cornudo Satanás...! Perdón, Scarlett... Abuelo, eres tonto, ¿cómo puedes decir eso a Ashley?

—Ashley no necesita que tú le defiendas —dijo el abuelo fríamente—. Y está hablando como un renegado. ¿Someterse, rayos? Perdón, Scarlett.

—No creo en la secesión —dijo Ashley, y su voz tuvo una vibración áspera—. Pero, cuando Georgia se separó, me fui con ella. Y no creía en la guerra, pero estuve en la guerra. Y no creo que convenga volver a los yanquis más locos de lo que están. Pero si el Parlamento ha decidido hacerlo, estoy con el Parlamento. Yo...

—Archie —dijo el tío Henry bruscamente—, acompañe a la señorita Scarlett a casa. Éste no es sitio para ella. La política no es cosa para mujeres, y aquí se tratará de eso dentro de un minuto. Ande, Archie. Buenas noches, Scarlett.

Mientras iban hacia Peachtree Street, el corazón de Scarlett palpitaba atemorizado. ¿Qué efecto tendría para su seguridad aquel acto insensato del Parlamento? ¿No enfurecería a los yanquis haciéndolos caer sobre sus serrerías?

—Bien, señor —murmuró Archie—. He oído hablar de los conejos que disputaban frente a los perros, pero hasta ahora no lo había visto nunca. Los parlamentarios podían ponerse a gritar francamente: «¡Vivan Jeff Davis y los confederados del Sur!». Y hubiera sido lo mismo. Estos yanquis que aman a los negros se han empeñado en que sean nuestros amos. ¡Pero hay que admirar la valentía del Parlamento!

—¿Admirarla? ¡Son un hatajo de imbéciles! ¿Admirarlos a ellos? ¡Lo que había que hacer es matarlos! ¿No era mejor hacerse rati... radi..., o como sea, y tranquilizar a los yanquis en vez de irritarlos otra vez? Lo mismo conseguirán sometiéndose y es mejor rendirse en seguida que después.

Archie la miró fijamente con su ojo frío.

—¿Rendirse sin luchar? Las mujeres no tienen más orgullo que las cabras.

Cuando Scarlett contrató a diez presidiarios, cinco para cada una de sus serrerías, Archie sostuvo su amenaza y no quiso tener nada que ver con ella. Ni las súplicas de Melanie, ni las promesas de Frank de pagarle un sueldo más elevado, consiguieron inducirle a coger otra vez las riendas. Acompañaba gustoso a Melanie, a Pittypat, a India y a sus amigas hacia la ciudad, pero no a Scarlett. Ni siquiera guiaba el coche de otras señoras, cuando Scarlett iba en él. Era una situación enojosa la de verse juzgada por el viejo bandido; y más enojoso aún saber que su familia y sus amigos concordaban con el viejo.

Frank discutió largo tiempo antes de que ella contratase a aquellos individuos. Ashley, al principio, se negó a trabajar con ex presidiarios y, en contra de su voluntad, se dejó convencer únicamente después de una serie de llantos, súplicas y promesas de que cuando vinieran tiempos mejores ella contrataría obreros negros. Los vecinos manifestaron tan ostensiblemente su desaprobación, que Frank, Pitty y Melanie no se atrevían a levantar la cabeza. Hasta Peter y Mamita declararon que hacer trabajar a presidiarios traía mala

suerte y que tendrían que lamentar su venida. Todos dijeron que no había que aprovecharse de las miserias y de los infortunios ajenos.

—¡Pues no hacíais objeciones cuando trabajaban esclavos! —exclamó Scarlett indignada.

¡Ah! Pero aquello era diferente. Los esclavos no eran miserables ni desdichados. Los negros estaban mejor en la esclavitud que ahora en la libertad, y, si no se creía esto, no había más que mirar alrededor. Pero, como suele suceder, la oposición tuvo por efecto hacer aún más decidida a Scarlett. Quitó a Hugh de la serrería, le confió un carro de transporte de madera y concertó los últimos detalles contratando a Johnnie Gallegher.

Parecía ser la única persona que ella supiera que aprobase lo de los presidiarios. Movió su cabeza redonda con un rostro de gnomo y dijo que era una medida inteligente. Scarlett miraba al menudo ex caballista, plantado firmemente sobre sus cortas piernas arqueadas, pensando: «Indudablemente, cuando montaba a caballo no debía de importarle mucho su cabalgadura. No le dejaría yo dar diez pasos sobre un caballo mío».

Pero no sentía ningún remordimiento en confiarle una cuadrilla de presidiarios.

—¿Y tendré manos libres con esta gente? —preguntó él con sus ojos fríos como ágatas grises.

—Completamente libres. Lo único que le pido es que ponga en marcha el taller y que sirva los pedidos de madera en la cantidad necesaria.

—Seré su hombre —dijo Johnnie concisamente—; le diré al señor Wellburn que me despido.

Viéndolo alejarse entre los grupos de albañiles y de carpinteros, Scarlett sintió aligerado su ánimo. Johnnie era efectivamente su hombre. Era duro y recio y no cabían tonterías con él. Frank lo había tratado de «irlandés» despectivamente; pero por esa misma razón le estimaba Scarlett. Sabía que un irlandés, cualesquiera que sean sus características personales, es un hombre determinado y valeroso. Y se sentía más unida a él que a muchos hombres de su propia clase, pues Johnnie conocía el valor del dinero.

La primera semana justificó todas sus esperanzas, porque rindió más con cinco presidiarios que cuanto Hugh había logrado nunca con sus cuadrillas de diez negros libres. Además, proporcionaba a Scarlett un descanso que ella no había gozado nunca desde que llegó a Atlanta el año anterior, porque la presencia de ella en la serrería no le gustaba; y se lo dijo con toda franqueza.

—Usted ocúpese de las ventas y déjeme a mí entendérmelas con la producción —le dijo él concisamente—. Un campamento de presidiarios no es lugar adecuado para una señora, y, si no se lo dice nadie, se lo digo yo, Johnnie Gallegher. Tengo que entregar su madera, ¿no es eso? Bueno, pues no necesito que me estén molestando todo el día como al señor Wilkes. Él necesita que lo molesten. Yo no.

Aunque de mala gana, Scarlett permaneció lejos de la serrería dirigida por Johnnie, pues temía que si iba allí con demasiada frecuencia él podía despedirse, lo cual sería la ruina. Su observación de que Ashley necesitaba ser estimulado la hirió en lo vivo, aun siendo más justa de lo que ella hubiera querida admitir. Ashley conseguía poco más de los presidiarios que lo que había conseguido de los obreros libres, y no hubiera sabido decir por qué. Además parecía avergonzarrse de tener a sus órdenes unos condenados, y en aquel período de penas habló a Scarlett.

Ésta hallábase preocupada por el cambio que aparecía en él. Veíanse muchos cabellos grises en su rubia cabeza; y ahora sus hombros se encorvaban ligeramente. Rara vez sonreía. No quedaba b¡en él ya nada del afable Ashley que había conmovido su

imaginación acia ya tantos años. Parecía más bien un hombre torturado secretaente por un sufrimiento difícil de soportar; y su boca mostraba ía expresión torva y severa que la contrariaba y la sorprendía. Hubiera querido que se apoyase aquella cabeza sobre su hombro y acaldar sus cabeUos grises diciéndole: «¡Dime cuál es tu pena! ¡Yo sabré encontrar remedio para ti!»

Pero su aire serio y lejano la mantenía a prudente distancia.

43

Era uno de aquellos raros días de diciembre en los que el sol calienta como durante el veranillo de San Martín. Quedaban aún algunas secas hojas rojizas en el roble del corral de la tía Pitty, y la hierba agostada del prado era de un verde amarillento. Scarlett, con su niña en brazos, salió al porche y se sentó en una mecedora aprovechando un rectángulo de sol. Llevaba un vestido nuevo de lanilla verde guarnecido de metros y metros de encaje negro y cubría su cabeza con un nuevo gorrito de puntilla, negra también, que le había regalado la tía Pitty. ¡Qué placer verse bella de nuevo después de haber estado horrorosa durante tantos meses!

Se sentó meciendo a la niña y cantando por lo bajo, cuando oyó un ruido de cascos en el camino. Mirando curiosamente a través de los emparrados que trepaban por el porche, divisó a Rhett Butler, que cabalgaba hacia la casa.

Habíase marchado de Atlanta hacía meses, justamente después de la muerte de Gerald, antes de que hubiera nacido Ella Lorena. Scarlett no había sentido su falta, pero ahora hubiera deseado ardientemente no volver a verlo. Realmente la contemplación de su cara morena le producía una sensación de culpabilidad que la hacía temblar. Tenía sobre su conciencia algo que concernía a Ashley y no quería hablar de ello con Rhett; pero estaba segura de que él la obligaría a discutir, aun en contra de su voluntad.

Rhett paró ante la puerta y saltó a tierra con ligereza; mirándolo, ya nerviosa, pensó que se parecía grandemente a una ilustración de un libro que Wade quería estar siempre oyendo leer a su madre.

«Le faltan únicamente los pendientes y un cuchillo entre los dientes —pensó ella—. Bueno, pirata o no, hoy no me cortará el cuello, si puedo evitarlo.»

Viéndolo acercarse le saludó con la más dulce de sus • sonrisas. ¡Qué suerte haberse puesto el nuevo vestido y lucir aquel sombrero que la hacía tan bonita! Los ojos de él le dijeron que también la encontraban encantadora.

—¡Un nuevo niño! ¡Vaya, Scarlett, esto es una sorpresa! —dijo él riendo, y se inclinó para descubrir la fea carucha de Ella Lorena.

—¡No sea tonto! —dijo ella enrojeciendo—. ¿Cómo sigue usted, Rhett? Ha estado usted fuera largo tiempo.

—Sí. Déjeme coger al niño, Scarlett. ¡Oh! Sé como hay que coger a los niños. Tengo muchas raras habilidades. Bueno, realmente se parece a Frank. En todo, excepto en las patillas; pero ya le saldrán con el tiempo.

—Espero que no. Es una niña. —¿Una niña? Tanto mejor. ¡Los chicos traen tantas molestias! n**o** tenga usted más hijos, Scarlett.

Iba ella a contestarle duramente que no quería ya ni chicos ni chicas, pero se contuvo y sonrió, buscando rápidamente un tema de conversación que aplazase el mayor tiempo posible la discusión temida.

—¿Ha hecho usted un buen viaje, Rhett? ¿Dónde ha estado usted todo este tiempo?

—¡Oh!... En Cuba..., en Nueva Orleáns... y en otros sitios. Tenga, Scarlett, tenga la niña. Empieza a babear y no puedo sacar el pañuelo. Es una niña monísima, pero me está mojando la pechera de la camisa.

Ella volvió a coger a la niña, y Rhett se apoyó con indiferencia en la baranda, sacando un cigarro de una petaca de plata.

—Siempre va usted a Nueva Orleáns —dijo ella con un ligero mohín— y no me

dice usted nunca qué es lo que le lleva allí.

—Soy un tenaz trabajador, Scarlett, y quizá mi negocio sea lo que me lleva allí.

—¡Un tenaz trabajador usted! —rió ella con impertinencia—. Usted no ha trabajado en su vida. Es usted demasiado holgazán. Lo único que usted ha hecho es proporcionar recursos a los *carpetbaggers* en sus latrocinios, quedándose con la mitad de los beneficios, y corromper a los oficiales yanquis para que le dejen llevar a efecto sus planes despojándonos a nosotros, pobres contribuyentes.

Él echó hacia atrás su cabeza, riendo.

—¡Cómo le agradaría a usted tener el suficiente dinero para poder hacer otro tanto! —La sola idea...

Y empezó a enojarse.

—Pero quizá consiga usted algún día estar en condiciones de poder efectuar el soborno en amplia escala. Quizá se haga usted rica con los presidiarios que ha contratado.

—¡Oh! —dijo ella, un poco desconcertada—. ¿Cómo se las ha compuesto usted para estar ya al corriente de lo que se refiere a mi cuadrilla?

—Llegué anoche y pasé la velada en la cantina de «La Hermosa de Hoy», donde oye uno todas las noticias de la ciudad. Es un Banco de liquidación para el chismorreo. Resulta superior a la mejor reunión de señoras. Me han dicho que había contratado usted una cuadrilla de presidiarios y encargado al pequeño y feo Gallegher que los haga trabajar hasta morir.

—Eso es mentira —dijo ella, iracunda—. Él no los matará. Estaré a la mira.

—¿De verdad? —¡Claro que lo haré! ¿Cómo puede usted insinuar tales cosas?

—¡Oh! Perdóneme, señora Kennedy. Sé que sus motivos son siempre irreprochables. Sin embargo, Johnnie Gallegher es el matoncillo más frío que he visto nunca. Hará usted bien en vigilarlo, pues de otro modo corre usted el riesgo de tener jaleos cuando venga el inspector.

—Ocúpese de sus asuntos y no de los míos —dijo ella, indignada—. Y no hablemos más de los presidiarios. Todos se han puesto insoportables con ellos. Mi cuadrilla es asunto mío... y no me ha contado usted lo que ha hecho en Nueva Orleáns. Va usted allí con tanta frecuencia que todos dicen...

Ella se interrumpió. No había tenido la intención de hablar tanto.

—¿Qué es lo que dicen?

—Bueno..., que tiene usted allí un amorío. Y que estaba usted para casarse. ¿Es verdad, Rhett?

Sentía aquella curiosidad desde hacía tanto tiempo, que no había podido por menos de preguntárselo sin ambages. Y la idea de que Rhett fuera a casarse le causaba un ligero resquemor de disparatados celos. Los suaves ojos grises, en repentina alerta, se clavaron en ella provocando un leve rubor en sus mejillas.

—¿Le importaría mucho?

—Me disgustaría perder su amistad —dijo ella con afectación; y procurando adoptar una actitud indiferente se inclinó para ajustar el sencillo gorrito de Ella Lorena sobre la cabecita.

Él se echó a reír de repente y luego dijo:

—Míreme usted, Scarlett.

Ella alzó los ojos involuntariamente y su sonrojo aumentó.

—Puede usted decir a sus curiosas amigas que cuando me case será porque no habré podido conseguir de otro modo a la mujer que quiera. Y no he querido nunca a una mujer lo

suficiente para casarme con ella.

Ahora ella se sintió realmente confusa y desconcertada, recordando aquella noche en que él le había dicho en el porche, durante el sitio: «Yo no soy de los que se casan», y sugerido, a todo evento, que fuera su amante... Recordó también el terrible día en que fue a verlo a la cárcel y aquel recuerdo la avergonzó. En el rostro de Rhett apareció lentamente una sonrisa maliciosa, mientras leía en los ojos de ella.

—Pero satisfaré su vulgar curiosidad, ya que me pregunta tan categóricamente. No es una novia lo que me lleva a Nueva Orleáns. Es un niño, un chiquillo.

—¡Un chiquillo!

La conmoción que le produjo aquella noticia inesperada hizo desaparecer su confusión.

—Sí; está bajo mi tutela y soy responsable de él. Está en la escuela de Nueva Orleáns. Y voy a verlo con frecuencia.

—¿Y a llevarle regalos?

«Hace eso —pensó ella— porque sabe perfectamente lo que le gustan a Wade los regalos.»

—Sí —dijo él brevemente, de mala gana.

—¡Muy bien! ¿Es guapo?

—¡Demasiado guapo, evidentemente!

—¿Y es un niño bueno?

—No. Es un perfecto demonio. Preferiría que no hubiese nacido. Los chicos son unas criaturas molestas. ¿Desea usted saber alguna otra cosa?

Parecía súbitamente irritado, como si lamentara haber hablado de aquella cuestión.

—Bueno, no hable más si no quiere —dijo ella suavemente, aunque la consumiera la curiosidad—. Pero no puedo figurármelo en su papel de tutor.

Y se echó a reír, esperando desconcertarlo.

—Ya lo supongo. Su imaginación es graciosamente limitada.

No dijo más y siguió fumando su cigarro en silencio durante un rato. Ella hubiera querido lanzarle alguna réplica desagradable, pero no se le ocurrió ninguna.

—Le estimaría que no hablase de esto a nadie —dijo él por último—. Aunque me imagino que pedir a una mujer que cierre la boca es pedir un imposible.

—Sé guardar un secreto —dijo ella, con dignidad ofendida. —¿Sabrá usted guardarlo? Es algo insospechado entre amigos. Ahora, no se enfurruñe usted, Scarlett. Siento haber sido áspero, pero se lo merecía usted por curiosa. Concédame una sonrisa y sea agradable durante un minuto o dos, antes de que aborde un tema desagradable.

«¡Oh, Dios mío! —pensó ella—. ¡Ahora va a hablar de Ashley y de la serrería!» Y se apresuró a sonreír, mostrando sus hoyuelos para alegrarle.

—¿Dónde más ha estado usted, Rhett? ¿Ha permanecido todo el tiempo en Nueva Orleáns?

—No, estos últimos meses estuve en Charleston. Ha muerto mi padre.

—¡Oh, lo siento!

—No se moleste. Estoy seguro de que a él no le ha disgustado morirse y de que a mí no me desagrada que se haya muerto.

—¿Por qué dice usted esas cosas atroces, Rhett?

—Sería mucho más atroz que fingiera sentirlo cuando no es así, ¿verdad? Entre nosotros no ha existido afecto. El viejo siempre estuvo en contra mía. Me parecía demasiado a su propio padre y él odiaba cordialmente a su padre. Y, cuando fui mayor, su

desaprobación hacia mí se convirtió claramente en antipatía; reconozco que no hice nada para hacerle variar de opinión. Todo cuanto mi padre pretendía de mí ¡me aburría de tal modo! Y, finalmente, me largó por el mundo sin un centavo y desprovisto de toda educación; yo no era más que un señorito de Charleston, buen tirador de pistola y excelente jugador de poker. Y para él fue como una afrenta personal que no me muriese de hambre y utilizase, en cambio, mi destreza en el poker como una magnífica ventaja y sacase un regio provecho del juego. Se sintió tan avergonzado de que un Butler fuera un punto en el juego que, cuando volví a casa la primera vez, prohibió a mi madre que me viese. Y durante toda la guerra, cuando lograba yo llegar a Charleston, mi madre se veía obligada a mentir y a escaparse secretamente para verme. Naturalmente, esto no aumentó en lo más mínimo mi cariño hacia él.

—¡Oh, no sabía nada de eso!

—Era lo que se llama un distinguido y viejo caballero, de la antigua escuela, es decir, ignorante, testarudo, intolerante e incapaz de pensar de otro modo que los otros caballeros de la antigua escuela. Todos lo admiraban enormemente porque me había desheredado y me consideraba muerto. «Si tu ojo derecho te ofende, arráncatelo.» Yo era su ojo derecho, su primogénito, y me arrancó con toda su alma.

Sonrió él, y su dura mirada brilló, divertida, al recordar.

—Bueno, pude haber perdonado todo esto, pero no puedo perdonar lo que hizo a mi madre y a mi hermana cuando terminó la guerra. Estaban materialmente en la miseria. La casa de la plantación incendiada y los arrozales convertidos en tierras pantanosas. Y la casa de la ciudad se fue al diablo por las contribuciones y ellas tuvieron que vivir en dos habitaciones inhabitables hasta para los negros. Mandé dinero a mi madre, pero mi padre lo devolvió —¡dinero corrompido, comprenderá usted!— y fui varias veces a Charleston y di dinero a hurtadillas a mi hermana. Pero mi padre se lo encontraba siempre y se burlaba de ella, hasta que le hizo imposible la vida a la pobre muchacha. Y me devolvía siempre el dinero. No sé cómo han vivido... Sí, lo sé. Mi hermano daba lo que podía; aunque era poco y no quería tampoco aceptar nada de mí... ¡Ya sabe usted que el dinero de los especuladores es dinero maldito! Y han vivido también de la caridad de los amigos. Su tía Eulalie ha sido muy buena. Ya sabe usted que es una de las mejores amigas de mi padre. Le ha dado vestidos y... ¡Dios mío! ¡Mi madre obligada a vivir de la caridad!

Era una de las raras veces en que ella lo veía sin máscara, con el rostro endurecido por un justo odio hacia su padre y por el dolor que le causaba su madre.

—¡Tía Eulalie! ¡Pero, Dios mío, Rhett, si ella no tiene más que lo que yo le mando!

—¡Ah! ¿Ésa es su procedencia? Es poco delicado en usted echármelo en cara, querida, para humillarme. Permítame que se lo devuelva.

—Con mucho gusto —dijo Scarlett, torciendo el gesto de repente; y él sonrió a su vez prontamente.

—¡Ah, Scarlett, cómo brillan sus ojos pensando en los dólares! ¿Está usted segura de no tener algo de sangre escocesa o judía, además de sangre irlandesa?

—¡No sea usted odioso! No he tenido intención de echarle en cara lo de la tía Eulalie. Pero ella cree honradamente que yo fabrico dinero. Me escribe sin cesar que le dé más, y bien sabe Dios que no tengo el suficiente para sostener lo de Charleston. ¿De qué ha muerto su padre?

—De noble inanición, creo... y deseo... Se lo merecía. Quería que muriesen de hambre mi madre y Rosa María, con él. Ahora que ha muerto, podré ayudarlas. Les he comprado una casa en la Batería y tienen criadas. Naturalmente, ellas no quieren que se

sepa de dónde les viene el dinero.

—¿Por qué no?

—Ya conoce usted lo que es Charleston. Usted ha estado allí. Mi familia tiene derecho a ser pobre, pero no por eso queda dispensada de mantener un rango. Ahora bien, ese rango no podrían mantenerlo mucho tiempo si se supiera que aceptaban el dinero de un jugador, de un especulador y de un *carpetbagger*. No, no, mi madre y mi hermana han hecho correr el rumor de que mi padre estaba asegurado por una suma fabulosa, que había hecho un gran esfuerzo para pagar un seguro tan importante y que gracias a él tenían con qué vivir desahogadamente. En una palabra, han dicho tantas cosas, que después de su muerte mi padre pasa aún más por una de esas austeras figuras de antaño... Se le considera poco menos que un mártir. Estoy seguro de que le molesta en su sueño saber que mamá y Rosa María viven ahora bien, a pesar de sus esfuerzos para impedirlo... En cierto sentido lamento que haya muerto... ¡Tenía tal deseo de morirse!

—¿Por qué?

—¡Oh, su verdadera muerte sucedió el día en que Lee se rindió! Ya conoce usted a esos tipos. Nunca ha podido adaptarse a las circunstancias. Nunca dejaba de hablar de los tiempos de antaño.

—Rhett: las personas de edad son todas así.

Scarlett pensaba en Gerald y en lo que Will había dicho de él.

—¡No, por Dios! Mire, ahí tiene usted a su tío Henry y a ese buen viejo de Merriwether, por no citar más que a ellos dos. Los dos han firmado un nuevo contrato con la vida cuando han entrado en fuego con la guardia local. Y me da la impresión de que, desde entonces, están rejuvenecidos y le sacan más jugo a la existencia. Esta mañana me he encontrado al viejo Merriwether. Conducía el coche del reparto de Rene e insultaba al caballo igual que hubiera hecho un sargento que mandara una expedición de acarreos. Me ha dicho que se sentía diez años más joven desde que ha escapado a la tiranía de su nuera. Y su tío Henry encuentra otra clase de placer. Combate a los yanquis en el Palacio de Justicia y defiende a la viuda y al huerfanito contra los *carpetbaggers*... ¡y sin pedirles honorarios! ¡Miedo me da! Sin la guerra, haría tiempo que habría renunciado a la abogacía y se hubiera metido en casita a cuidarse el reuma. Estos hombres están rejuvenecidos porque aún sirven para algo y se dan cuenta de que se tiene necesidad de ellos. Y no maldicen esta época que ha ofrecido a los viejos una nueva posibilidad. Sin embargo, hay un montón de viejos y de jóvenes que piensan como mi padre y como el suyo. No pueden ni quieren adaptarse, y esto me lleva a la cuestión desagradable que quería tratar con usted, Scarlett.

Este brusco giro de la conversación causó tal sorpresa a Scarlett, que se puso a balbucear:

—¿Qué, qué...?

«¡Oh, Señor, ya llegó!», añadió para sí.

—Conociéndola como la conozco, no debería haber esperado de usted ni lealtad, ni honor, ni honradez. Sin embargo, he sido tan necio que he confiado en su palabra.

—No sé lo que quiere decirme.

—Sí, lo sabe usted perfectamente. Tiene usted un aire de culpa que no engaña. Hace un momento, seguía la calle del Acebo para venir aquí a su casa, cuando oí que me llamaban: «¡Buenos días, eh!». ¿Quién podía llamarme así sino la señora de Wilkes? Naturalmente, me detuve y me puse a charlar con ella.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Hemos tenido una conversación muy agradable. Me ha dicho que siempre había deseado felicitarme por mi bravura. ¡Qué quiere usted! Me admira por haber abrazado la causa de la Confederación en una hora tan adversa.

—¡Oh, Melanie está loca! El heroísmo de usted a poco más le cuesta la vida a ella aquella noche.

—Estoy convencido de que habría muerto pensando que mi sacrificio no era inútil. Cuando le pregunté lo que hacía por Atlanta, se mostró muy sorprendida de mi ignorancia y me contó que su marido y ella se habíí n instalado aquí porque usted había tenido la bondad de tomar al señor Wilkes como asociado.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Scarlett en un tono seco.

—Al prestarle dinero para comprar esa serrería, estipulé con usted una cláusula que usted firmó. Ese dinero no debía, bajo ningún pretexto, servir para ayudar a Ashley Wilkes.

—¡Lo veo a usted muy agresivo! Le he devuelto ya su dinero. La serrería me pertenece y tengo derecho a hacer lo que me viene en gana.

—¿Le molestaría decirme cómo ha ganado usted el dinero que le ha permitido devolverme el préstamo?

—¡ Vendiendo madera, señor mío!

—Usted ha ganado dinero gracias a la cantidad que le presté para dedicarse a los negocios. Mi dinero sirve para ayudar a Ashley. Es usted una mujer sin honor y, si no me hubiera reembolsado, sentiría un gran placer exigiendo que me pagara en el acto o procediendo al embargo, si no podía hacerlo.

Rhett aparentaba un tono ligero, pero en sus ojos llameaba la ira.

Scarlett se apresuró a llevar las hostilidades al campo enemigo.

—¿Por qué odia usted tanto a Ashley? ¿Es que está usted celoso?

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se mordió la lengua. Rhett echó atrás la cabeza y se puso a reír a carcajadas. Scarlett se ruborizó hasta las orejas.

—Eso es, añada usted la vanidad al deshonor —dijo Rhett—. Usted creerá siempre que sigue siendo la Reina del Condado. Se cree en un pedestal y se figura que todos los hombres están muertos de amor por usted.

—¡Es falso! —exclamó ella con vehemencia—. Lo único que no entiendo es por qué detesta de ese modo a Ashley y no encuentro otra explicación.

—Pues no; trate de encontrar otra, encanto, porque no es ésta. En cuanto a odiar a Ashley... ¡Bah, no tengo por él más simpatía que odio! La verdad es que el único sentimiento que me inspira es una especie de compasión.

—¿De compasión?

—Sí, y un poco de desprecio. Vamos, sea usted sincera y dígame si no prefiere usted mil veces a un canalla de mi especie y si hago mal sintiendo por él desprecio y compasión. Cuando se haya calmado, ya le diré lo que entiendo por eso, si le interesa.

—No me interesa lo más mínimo.

—Se lo diré de todas maneras, porque me resultaría muy desagradable seguir oyéndola hablar de mis celos. Le tengo compasión, porque mas valdría que se hubiera muerto; lo desprecio, porque no sabe de qué lado volverse, ahora que el mundo de sus sueños ha desaparecido.

Esta idea no era absolutamente nueva para Scarlett. Recordaba vagamente haber oído emitir una reflexión análoga, pero ya no se acordaba dónde ni cuándo. Por lo demás, no trató apenas de averiguarlo, tan ofuscada la tenía la cólera.

—Si a usted le dejaran, no habría un hombre decente en el Sur.

—Y, si se les dejara las manos libres, creo que los tipos como Ashley preferirían la muerte. No les disgustaría reposar bajo una pequeña losa que llevara, grabadas, estas palabras: «Aquí yace un soldado de la Confederación caído por la Causa del Sur», o *«Dulce et decorum est»*..., o cualquiera de los epitafios corrientes.

—No sé por qué.

—Usted no sabe nunca lo que ocurre en sus mismas narices, ¿no es verdad? Si esos hombres se hubieran muerto, habrían terminado sus inquietudes y no tendrían que habérselas con problemas insolubles. Además, sus familias los venerarían, durante generaciones y generaciones. He oído decir que los muertos son felices. ¿Cree usted que Ashley Wilkes sea feliz?

—No veo por qué... —empezó Scarlett. De repente se detuvo, recordando la expresión que había sorprendido en los ojos de Ashley recientemente.

—¿Cree usted que Ashley, Hugh Elsing o el doctor Meade son mucho más felices que lo eran mi padre o el suyo?

—Tal vez no lo son tanto como debieran, porque han perdido toda su fortuna.

—No se trata de eso, querida —dijo Rhett, sonriendo—. No, yo le hablo de otra pérdida..., de la desaparición del mundo en que habían sido educados. Son como peces fuera del agua o como gatos a los que hubieran crecido de pronto alas. Habían sido educados para desempeñar un papel, para hacer unas cosas determinadas, para ocupar tal o cual sitio, y ese papel, esas cosas y esos sitios dejaron de existir el día en que el general Lee se rindió en Appomatox. ¡Oh, Scarlett, no ponga usted ese gesto de boba! ¿Qué le queda por hacer a Ashley Wilkes, ahora que ya no tiene casa, que le han confiscado la plantación por no poder pagar los impuestos y que hay veinte mil como él que van a la caza de un dólar? ¿Puede ganarse la vida con sus manos? ¿Puede emplear de algún modo sus facultades intelectuales? Apuesto a que ha perdido usted dinero desde que está al frente de su serrería.

—¡No!

—¡Qué buen corazón! ¿Me dejaría echar una ojeada a sus libros de cuentas uno de esos domingos por la tarde en que usted puede disponer de tiempo?

—¡Vayase al demonio! ¡Y vayase de prisa. ¡Ande! Para lo agradable que me es su compañía...

—Conozco muy bien al demonio, querida. Es un sujeto bien tonto. No volveré más a verlo, ni siquiera por sus bellos ojos... En fin, veo que sabe usted aceptar mi dinero cuando le hace falta y que sabe emplearlo a su gusto. Sin embargo, nos habíamos puesto de acuerdo sobre la manera en que usted se serviría de él, pero usted ha roto su compromiso. Pues bien, de todos modos, acuérdese de esto: El día menos pensado, mi querida tramposilla, me volverá a pedir sumas mucho más importantes. Querrá usted que yo ponga dinero en Sus negocios a un interés ridículo, para comprar otras serrerías, otras muías y hacer construir otros cafés. Bien, pues ya está usted lista, créame.

—Muchas gracias. Cuando necesite dinero, me dirigiré a mi Banco —declaró Scarlett, en un tono seco, mientras la rabia le levantaba el seno.

—Sí, ¿eh? Pruebe a ver. Soy uno de los accionistas más importantes del Banco.

—¿Es cierto?

—Sí; tengo intereses en una serie de negocios honrados.

—Hay otros bancos.

—Infinidad de ellos, estamos de acuerdo; pero, si depende de mí, puede esperar sentada si quiere obtener un dólar. Cuando le haga falta dinero puede dirigirse a los

carpetbaggers, que son unos usureros.

—Me dirigiré a ellos de muy buena gana.

—Ya desistirá, cuando vea los intereses que le exigen. Las raterías se pagan siempre en el mundo de los negocios, querida. Hubiera sido más ventajoso para usted haber jugado limpio conmigo.

—Usted se considera un hombre extraordinario, ¿no es verdad? ¡Tan rico, tan influyente! Pero esto no le impide aprovecharse de la situación de los que han caído, como Ashley o yo.

—No se ponga al mismo nivel de Ashley. Usted no ha caído y nada la hará caer tampoco. Él sí, él ha mordido el polvo y seguirá derribado, a menos que lo levante alguien enérgico y lo guíe y lo proteja mientras viva. En todo caso, no siento ningún deseo de que mi dinero aproveche a un tipo como él.

—Pues amí... bien me ha ayudado a levantarme y...

—Lo he hecho a título de experiencia, querida. Era bastante arriesgado ayudarla así, pero me interesaba. ¿Por qué? Pues porque usted no ha querido vivir a expensas de los hombres de su familia, lamentándose sobre el pasado. Usted se ha despabilado sólita y hoy su fortuna reposa sólidamente sobre el dinero arrancado a la cartera de un muerto y sobre el dinero robado a la Confederación. Tiene usted muchas cosas en su haber. No solamente pesa sobre usted una muerte, sino que ha tratado, ademas, de seducir al novio de una muchacha, ha pretendido entregarse a la fornicación, ha mentido y ha faltado a su palabra de honor. Omito multitud de pequeñas bajezas que saldrían a relucir en cuanto profundizáramos un poco. Todo eso es admirable y demuestra que es usted una persona enérgica y decidida, a quien, al prestarle dinero, ello no se hace sin riesgo. Yo prestaría diez mil dólares, sin recibo siquiera, a esa vieja matrona romana que es la señora Merriwether. Empezó vendiendo pastelillos con una cestita y ahí la tiene usted: media docena de personas trabajan ya en su pastelería, el abuelo está encantado con el coche del reparto y ese holgazán criollo de Rene, que antes no trabajaba ni aunque lo matasen, se da ahora buen garbo... Y ese pobre diablo de Tommy Wellburn, que hace el trabajo de dos hombres. Y... ¿para qué seguir? Temo abrumarla.

—Sí, me abruma usted. Me abruma y me da dolor de cabeza —declaró Scarlett, con la esperanza de que Rhett se enfadara y olvidara a Ashley. Pero Rhett no cayó en la trampa.

—Esa gente sí es digna de que la ayuden. Pero Ashley Wilkes... Los tipos de su calaña no son de ninguna utilidad en un mundo agitado como el nuestro. Son los que primero desaparecen en la revuelta. ¿Y por qué no, por otra parte? No merecen sobrevivir, puesto que no aceptan el combate y no saben luchar. No es la primera vez que ha habido trastornos en el mundo y no será la última. Cuando esto ocurre, cada uno pierde lo que poseía y todos quedan a un mismo nivel. Entonces uno empieza la batalla sin más armas que su inteligencia y su fuerza. Pero hay personas que, siguiendo el ejemplo de Ashley, no quieren servirse de ellas. Ésos se quedan en su sitio y acaban por hundirse. Es una ley natural, y le aseguro que el mundo prescinde sin pena de ellos. Otros, por el contrario, los más audaces, se abren camino y no tardan en recobrar el lugar que ocupaban antes de la catástrofe.

—¡Usted ha sido pobre! Hace un momento me ha dicho que su padre lo echó de casa, sin un céntimo —dijo Scarlett, furiosa—. ¡Creí que comprendería usted a Ashley y que sentiría sus desgracias!

—Le comprendo admirablemente —replicó Rhett—, pero maldito si me complazco de sus desdichas, como dice usted. Después de la rendición, Ashley se encontraba en mejor

situación que yo cuando fui arrojado de casa por mi padre. Al menos él ha contado con amigos para recogerlo. Mientras que yo, yo era como Ismael. Y ¿qué se ha hecho de Ashley?

—Sí, se compara usted con él. ¡Qué vanidad tiene! Gracias a Dios, se le parece muy poco. No sería él quien se ensuciara las manos con el dinero de los *carpetbaggers,* de los *scallawags* y de los yanquis. Es un hombre de escrúpulos, un perfecto caballero.

—Sus escrúpulos y su caballerosidad no le impiden aceptar el dinero y la ayuda de una mujer. —¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Soy yo el llamado a saberlo? Lo único que sé es lo que he echo yo, durante y después de la guerra, y cuando, antes, me echó mi padre de casa. Y también sé lo que han hecho muchos hombres, hemos visto el partido que podíamos sacar de la ruina de una civilización y nos hemos aprovechado. Unos han recurrido a medios lícitos, otros a medios clandestinos, pero todos hemos estado a la altura de las circunstancias y continuamos estándolo. Los Ashley de este mundo tenían las mismas posibilidades que nosotros, pero no han sabido qué hacer. Les falta energía, Scarlett, y sólo los que tienen energía merecen salvarse del naufragio.

Scarlett apenas escuchaba lo que decía Rhett, pues el recuerdo hque había tratado en vano de precisar unos minutos antes se hacía ahora más preciso. Recordaba la huerta de Tara, barrida por el viento helado. Le parecía ver a Ashley, sentado junto a un haz de leña. Él la había mirado sin verla y le había dicho... ¿qué era exactamente lo que había dicho? Había pronunciado una palabra extraña, una palabra extravagante, había hablado también del fin del mundo. De momento, ella no había penetrado el sentido de sus palabras, pero ahora comenzaba a comprender y experimentaba una sensación de angustia indecible.

—Ashley me dijo un día... —¿El qué?

—Un día, en Tara, me habló de... de un crepúsculo de los dioses y del fin del mundo.

—Ah, un *Gótterdàmmerung*\ —exclamó Rhett, mostrando gran interés—. ¿Y qué más le dijo?

—No recuerdo bien. Apenas prestaba atención a lo que hablaba. ¡ Pero, sí..., esto es..., me dijo poco más o menos que los fuertes siempre salían de las pruebas, y los débiles fenecían.

—Así que él mismo se da cuenta. Eso es más penoso para él. La mayor parte de esa gente no comprenden nada ni lo comprenderán jamás. Se pasarán la vida entera preguntándose por la vida pasada. Pero él, por lo visto, sabe que su suerte está echada.

—No; mientras me queden arrestos, no le ocurrirá nada. —Scarlett —la interrogó Rhett, cuyos rasgos se habían contraído—, ¿cómo se las ha arreglado para lograr que Ashley viniera a Atlanta a dirigir su serrería? ¿Opuso mucha resistencia?

Scarlett recordó la escena que había seguido a los funerales de su padre. Sin embargo, alejó en seguida aquel recuerdo.

—No: ¿por qué había de oponerse? —replicó con indignación—. Le expliqué que lo necesitaba, porque no podía fiarme del sinvergüenza que dirigía la serrería, y que Frank estaba demasiado ocupado en el almacén para poder ayudarme. Le dije que iba a..., en una palabra, que Ella Lorena..., ya me comprende. Y a él le encantó poder serme útil, sacándome del apuro.

—¡Qué agradable excusa, la maternidad! Así es como se ha hecho usted con él, ¿eh? Sí, ha conseguido usted sus fines. He aquí al pobre diablo tan ligado a usted por el agradecimiento como sus forzados a las cadenas. Les deseo a los dos mucha suerte. Pero,

como se lo he declarado al principio de esta discusión, no obtendrán nada más de mí para andar con sus pequeñas intrigas, mi querida farsante.

Scarlett se moría de rabia, pero al mismo tiempo estaba entonces sin reservas económicas. Desde hacía algunas semanas proyectaba pedir de nuevo un préstamo a Rhett para comprar un terreno en el que se proponía construir un almacén de madera.

—¡No necesito su dinero! —exclamó—. Gano más del que me hace falta con la serrería de Galleher. Y, además, tengo colocado dinero sobre hipotecas que me producen beneficios, y el almacén de Frank va muy bien.

—Sí, ya he oído hablar de sus inversiones de dinero. ¡Qué hábil, ¿eh?, apretar a las pobres gentes indefensas, a las viudas, a los huérfanos, a los ignorantes! Pues, ya que se dedica a robar a sus semejantes, Scarlett, ¿por qué no pone mejor su mira en los ricos y fuertes en vez de hacerlo en los pobres y débiles? Desde los tiempos de Maricastaña se considera aquella forma de robo como una acción de alta moralidad.

—Porque es más fácil y más seguro robar, como dice usted, a los pobres —replicó Scarlett, concisamente.

—Es usted una sinvergüenza, Scarlett —decjaró Rhett, riendo tan fuertemente que sus hombros experimentaron una sacudida.

¡Una sinvergüenza! El epíteto la hirió y la dejó sorprendida. «No, no soy una sinvergüenza», se dijo con vehemencia. O, al menos, no tenía intención de serlo. Quería ser toda una señora. Scarlett volvió la vista a varios años atrás y vio otra vez a su madre, con su vestido de seda, al cual imprimía, cuando andaba, un exquisito balanceo; vio sus manos, que habían cuidado a tanta gente, sus manos infatigables. Todo el mundo quería a Ellen. Todo el mundo la respetaba y la rodeaba de consideraciones. Su corazón se encogió de súbito.

—Si trata usted de irritarme, está perdiendo el tiempo —le dijo en tono cansado—. Ya sé que no soy ni tan... escrupulosa, ni tan buena, ni tan agradable como debiera. Pero es algo más fuerte que yo, Rhett. Verdaderamente me es imposible serlo. ¿Qué nos hubiera ocurrido a mí, a Wade, a Tara y a todos nosotros, si hubiera tratado de ser... dulce, cuando los yanquis vinieron a robarnos? Podría haber sido..., pero prefiero no pensar en ello. Y cuando Jonnas Wilkerson quiso incautarse de nuestra casa... ¿dónde estaríamos ahora si me hubieran detenido los escrúpulos? Y ¿dónde estaríamos igualmente si yo hubiera sido una pobre infeliz muy dulce y no hubiera obligado a Frank a que cobrara? Tal vez sea una sinvergüenza, Rhett, pero no seguiré siéndolo siempre. Incluso en este momento, ¿cómo podría salir del lío en que me encuentro si no fuera como soy? Durante estos últimos años tengo la impresión de estar remando en medio de una tempestad, de estar conduciendo una barca cargada hasta arriba. Me cuesta tanto mantener a flote mi barca, que no he titubeado en tirar por la borda todo lo que me molestaba y no me parecía estrictamente necesario.

—Orgullo, honor, virtud, lealtad, bondad— enumeró Rhett con voz melosa—. Sí, Scarlett, tiene usted razón, todas estas cosas no cuentan cuando un barco está a punto de zozobrar. Pero mire usted a sus amigos. O bien abordan en lugar seguro con toda su carga intacta, o bien se van a pique en alta mar, con las banderas desplegadas.

—Son una partida de imbéciles —declaró Scarlett—. Para todo hay tiempo. Cuando tenga dinero, también seré una mujer honorable.

—Tiene todo lo necesario para ello... pero no podrá conseguirlo. Es difícil recuperar las mercancías arrojadas al mar, y, aun en el caso de lograrlo, se da uno cuenta de que están perdidas de todos modos. Temo que el día en que se encuentre en disposición de poder recuperar el honor, la virtud y la bondad que ha arrojado usted por la borda, se dé cuenta de

que su estancia bajo el agua no les ha sido provechosa. Rhett se levantó bruscamente y cogió su sombrero.

—¿Se marcha usted?

—Sí. ¿No le resulta agradable? La dejo sola con lo que le queda de conciencia.

Se detuvo y contempló a la niña, a la que tendió un dedo que ella estrechó en su manecita.

—Supongo que Frank no cabrá en sí de orgullo.

—Evidentemente.

—Seguro que ha hecho ya mil proyectos para su hija.

—Ya sabe usted... ¡Los hombres se encaprichan tanto con sus hijos...!

—Entonces dígale esto —murmuró Rhett, con una expresión extraña—: dígale que haría bien quedándose un poco más en casa por las noches, si es que quiere realizar los proyectos que tiene formados para su hija.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada más que eso. Aconséjele que se quede en casa.

—¡Oh, qué innoble es usted! Insinuar que el pobre Frank...

—¡Santo Dios! —exclamó Rhett, echándose a reír—. No quería decirle que Frank anduviera de picos pardos. ¡Frank! ¡Oh, qué gracia tiene!

Y bajando la escalera, alejóse, riendo.

44

Soplaba el viento, y Scarlett, que en la fría tarde de marzo se dirigía en coche a la serrería explotada por Johnnie Gallegher, se envolvió en su gruesa manta de viaje. Sabía que sus solitarias caminatas eran cada vez más peligrosas, ahora que los negros escapaban de todo control. Tal como lo había predicho Ashley, la situación había empeorado bruscamente desde que el Parlamento se había opuesto al voto de la reforma. El Norte, enfurecido, había considerado su negativa como una bofetada en pleno rostro y no había tardado en vengarse. El Norte estaba bien resuelto a imponer a toda costa el voto de los negros en Georgia, y con este fin, después de declarar al Estado en rebelión, le había aplicado la ley marcial más severa. Georgia ya no existía como Estado, habiéndose convertido, juntamente con Florida y Alabama, en el «territorio militar número 3», puesto bajo el mando de un general federal.

Si la vida había sido difícil e incierta antes, ahora lo era más. El bando de guerra del año anterior era cosa de broma comparado con el que acababa de proclamar el general Pope. El porvenir se presentaba sombrío, y el desdichado país, que estaba yugulado por los vencedores, hacía esfuerzos desesperados por reaccionar. Los negros, por su parte, llenos de orgullo por su situación y sabiéndose respaldados por los soldados yanquis, se entregaban a actos de violencia cada vez más frecuentes. Nadie estaba al abrigo de sus caprichos.

Todo el mundo vivía en el terror y en la angustia. También Scarlett tenía miedo, pero estaba decidida a defenderse y no salía nunca de casa sin llevar a mano la pistola de Frank. Maldecía para sí al Parlamento, que era el causante de todo el mal. ¿A qué venía su gesto, que todos encontraban heroico? Únicamente a agravar la situación, bastante tirante ya para hacer tonterías.

Al acercarse al camino que, adentrándose en medio de unos árboles desnudos, descendía hacia el pequeño valle en el que se elevaba Shantytown[24], Scarlett chasqueó la lengua para que el caballo alargara el paso. Cada vez que pasaba cerca de ese poblado sórdido de tiendas de campaña del tiempo de la guerra y de cabanas hechas con tablas, se sentía a disgusto. No había lugar en la región con peor fama que ese barrio de Atlanta, donde vivían hacinados los negros arrojados de todas partes, las prostitutas de color y los blancos de la más baja estofa. Pasaba por ser el refugio ordinario de los criminales blancos o negros, y los soldados yanquis siempre empezaban por allí sus registros cuando se trataba de perseguir algún malhechor. Los tiroteos y las riñas al arma blanca eran tan habituales, que las autoridades preferían no intervenir y optaban por dejar a los habitantes de Shantytown que arreglaran sus cuentas entre ellos. En los bosques, por los alrededores, había alguna que otra tabernucha en la que se servía un whisky de ínfima calidad y por la tarde se oían en todo momento los juramentos y los gritos de los borrachos.

Los yanquis eran los primeros en reconocer que aquello era una llaga que convenía cauterizar, pero no tomaban para ello ninguna medida. Los habitantes de Atlanta y de Decatur no ocultaban su indignación, pues para ir de un sitio al otro había que pasar por allí. Los hombres que tenían que hacer algo en ese suburbio iban con las pistolas prevenidas, y las mujeres decentes, ni aun protegidas por sus maridos o por sus hermanos, querían aventurarse por aquellos lugares, pues era raro que por lo menos no fueran insultadas a su paso por innobles negras en estado de embriaguez.

Mientras había llevado a Archie a su lado, Scarlett no había tenido nunca miedo de pasar junto a Shantytown, porque ni las negras más descaradas se atrevían a reír en

presencia del ex forzado. Pero ahora que tenía que hacer el trayecto sola, la cosa no era lo mismo, y ya le habían ocurrido una serie de incidentes tan desagradables como exasperantes. Cada vez que las prostitutas negras veían su coche, rivalizaban en insolencia. Scarlett no tenía otro remedio que guardar un aire digno y no hacer caso; pero hervía de cólera. No tenía ni el consuelo de poder confiar su disgusto a las amistades o a la familia, porque lo primero que le hubieran dicho es: «¿Lo ves ya, o pensabas que iba a ocurrir otra cosa?», y todo el mundo volvería de nuevo a la carga, para impedirle que acudiera a las serrerías. Y no tenía la menor intención de no ir.

«Gracias a Dios —se dijo— que no veo a ninguna harapienta al borde del camino.» Cuando llegó a la altura del que conducía a Shantytown, echó una rápida ojeada, en la que se reflejaba el asco, a las apretujadas cabanas del fondo del valle, iluminado por el sol, bajo y sin fuerza. El viento helado le traía el olor de los fuegos del bosque, del asado de carne de cerdo y de los sucios excusados. Tiró enérgicamente de las riendas y el caballo aceleró el paso.

Empezaba en ese momento a respirar aliviada, cuando se le hizo un nudo en la garganta. Un enorme negro, emboscado tras de un encina, salía lentamente de su escondite. Scarlett tenía miedo, pero no hasta el punto de perder su sangre fría. Detuvo el caballo y echó mano a la pistola de Frank.

—¿Qué quiere usted? —gritó en el tono más duro que le fue posible.

El corpulento negro echó a correr y volvió a esconderse detrás del árbol, respondiendo con voz alterada por el miedo: —¡Señorita Scarlett, no mate al pobre Sam!

—¡Sam!

Durante un momento, Scarlett permaneció muda de estupor. El gran Sam, el contramaestre de Tara, al que había visto por última vez en las postrimerías del asedio. ¿Cómo diablos...?

—¡Sal de ahí para que vea si eres realmente Sam!

El negro obedeció de mala gana. Harapiento, descalzo, con un taparrabos de hila y una chaquetilla azul, muy pequeña para él, el gigantesco negro ofrecía un lamentable aspecto. Cuando lo hubo reconocido, Scarlett se guardó la pistola y sonrió.

—¡Oh, Sam, qué alegría volver a verte!

Moviendo los ojos de alegría y riendo con sus dientes blancos, Sam se acercó al coche corriendo y, con sus dos manazas negras, se apoderó de la mano que le tendía su antigua dueña. Al reír se le veía la punta de la lengua, de un rosa de sandía, y, en su júbilo, se removía y contorneaba como un perrazo de humor juguetón.

—¡Señora, gusta tanto ver a uno de la familia! —le dijo, estrechándole la mano hasta hacerle daño—. ¿Por qué se ha vuelto usted tan mala, señorita Scarlett? ¿Por qué lleva una pistola?

—Hay tanta gente mala ahora, Sam, que me veo obligada a llevar un arma. Pero ¿cómo es que vives en este lugar inmundo, tú, Sam, un negro respetable? ¿Por qué no has venido a verme a Atlanta?

—Señorita Scarlett, yo no habito en Shantytown. Había venido a dar una vuelta. Por nada del mundo querría vivir aquí. Nunca en mi vida he visto a negros tan sucios. Y no sabía que estaba usted en Atlanta. Creía que seguiría en Tara. Quería volver a Tara tan pronto como pudiese.

—¿Vives en Atlanta desde el asedio?

—No señorita; he viajado —respondió Sam, soltando la mano a Scarlett, quien sacudió los dedos para convencerse de que no se la había estrujado—. ¿Se acuerda de la

última vez que me vio? —Y Scarlett recordó aquel caluroso día anterior al asedio en que, yendo acompañada de Rhett, vio al gran Sam y a la banda de negros, marchando por la polvorienta carretera hacia las fortificaciones—. Luego trabajé como un perro haciendo trincheras y llenando sacos de arena hasta que los confederados abandonaron Atlanta. Al señor capitán que se ocupaba de mí lo mataron y ya no había nadie para que el gran Sam supiera lo que tenía que hacer. Entonces me escondí en los bosques. Quería volver a Atlanta, pero me dijeron que todo el país estaba ardiendo. Y no sabía, además, por dónde pasar y tenía miedo de las patrullas, porque no llevaba papeles. Entonces vinieron los yanquis, y un señor que era coronel me mostró amistad y me tomó a su servicio para cuidar de su caballo y limpiarle las botas. Sí, amita, yo estaba contento de ser un criado, como Pork, yo que había trabajado siempre en el campo. Se lo dije al coronel y él... Mire, señorita Scarlett, los yanquis no saben nada; no comprendió la diferencia. Entonces me quedé con él y con él fui a Savannah cuando el general Sherman fue allí, y por el amor de Dios, en mi vida he visto cosas tan terribles. Robos, incendios... ¿Han quemado Tara, señorita Scarlett?

—Le prendieron fuego, pero pudimos apagarlo. —¡Ah, qué bien, me alegro mucho! Tara es: mi casa y yo quería volver a Tara. Entonces, cuando la guerra terminó, el coronel me dijo: «Te voy a llevar al Norte conmigo. ¿Sabes Sam? Te pagaré un buen sueldo». Entonces, señorita, yo, como los otros negros, quería conocer la libertad antes de volver a casa. Y me fui al Norte con el coronel. Señorita, estuvimos en Washington, y en Nueva York, y en Boston, dónde vive el coronel. Sí señorita, soy un negro que ha viajado. ¡Señorita Scarlett, en las calles de los yanquis ¡hay más caballos y más ¡coches...! Siempre tenía miedo de que me atropellaran.

—Y ¿ te ha gustado el Norte, Sam? Sam se rascó la cabeza.

—Me ha gustado y no me ha gustado. El coronel es un buen señor que comprende a los negros. Pero su mujer no era así. Su mujer me llamó «señor» la primera vez que me vio. Sí, señorita, dijo eso, y yo quería esconderme cuando lo dijo. El coronel le dijo que me llamara «Sam» y me ha llamado así. Pero todos los yanquis, la primera vez que me veían, me llamaban «señor O'Hara» y me decían que me sentara con ellos, como si fuera uno igual que ellos. Nunca me había sentado con los blancos y soy demasiado viejo para aprender. Me trataban como a un blanco, pero, en el fondo, no me querían..., no quieren a los negros. Y me tenían miedo, por lo grande que soy. Y siempre me pedían que les hablase de los perros que corrían detrás de mí y de las palizas que me daban. ¡Dios mío! señorita Scarlett, nunca me han pegado! Ya conoce usted al señor Gerald y él no hubiera querido que pegaran a un negro como yo. Cuando dije eso y conté que la señora Ellen era tan buena con los negros, que cuando yo tuve la pulmonía se pasó una semana cuidándome, no quisieron creerme. Entonces, señorita, comencé a cansarme tanto y a echar de menos tanto a Tara, que una tarde no pude zontenerme y me marché, y he hecho todo el camino en un tren de mercancías. Fíjese, ¡tan contento de ver a la señora y al señor!... Ya no quería más libertad. Quiero estar con el señor, que me daba bien de comer, y en Tara, donde me cuidaban si me ponía malo. Si volviera a tener la pulmonía! La señora yanqui no me cuidaba. Mucho llamarme señor O'Hara, pero no me cuidaba. Pero la señora, ella sí querrá cuidarme si... ¿Qué le pasa, señorita? —Papá y mamá han muerto, Sam.

—¿Muerto? No me embrome, señorita; no sea usted así.

—No te embromo, Sam. Es verdad. Mamá murió cuando los soldados de Sherman vinieron a Tara, y papá... murió en junio último. ¡Oh, Sam, no llores, te lo suplico! Si lloras, lloraré yo también. No hablemos más de ello ahora. Otro día te lo contaré todo. Suellen se ha quedado en Tara. Se ha casado con un hombre muy bueno, con el señor Will Benteen.

Carreen está en un...

Scarlett se detuvo. No podría nunca hacer comprender a aquel gigante lloroso lo que era un convento.

—Ahora vive en Charleston. Pero Pork y Prissy están en Tara. Vamos, Sam, suénate y no llores más. ¿Tú quieres volver a casa?

—Sí señorita; pero ya no será como cuando la señora Ellen...

—¿Y no preferirías quedarte aquí a trabajar conmigo? Necesito un cochero. Me hace verdadera falta, para no andar sola, con tanto malvado como anda suelto.

—Sí, señorita. Claro que necesita un cochero. Precisamente iba yo a decirle que no está bien que no vaya acompañada. Ya sabe usted qué malos son muchos negros ahora, sobre todo los que viven en Shantytwon. No es prudente para usted. Sólo hace dos días que estoy en Shontytwon, pero ya los he odio hablar de usted... Ayer, cuando esas sucias mujeres la insultaron, yo la reconocí, pero no pude correr detrás, porque iba muy de prisa. Pero al primero que le vuelva a decir algo le voy a arrancar la piel. ¿No me vio usted ayer a mí?

—No, no me di cuenta; pero te doy las gracias, Sam. Entonces, ¿quieres servirme de cochero?

—Gracias, señorita, pero prefiero ir a Tara.

El gran Sam bajó la cabeza y con la punta del dedo pulgar empezó a trazar signos misteriosos en el polvo de la carretera. Parecía hallarse molesto.

—¿Por qué no aceptas? Te daré buen jornal. Necesito que te quedes conmigo.

Sam levantó la cabeza y descubrió un rostro estúpido y negro, alterado por el miedo. Acercándose al coche murmuró:

—Señorita, necesito marcharme de Atlanta. Necesito irme a Tara para que no me busquen. He... matado a un hombre.

—¿A un negro?

—No, amita: a un blanco, a un soldado yanqui. Por eso me buscan y por eso he tenido que venirme a Shantytown.

—¿Y cómo ha ocurrido eso?

—Estaba algo bebido y dijo algo que no me gustaba y le eché las manos al cuello... No quería matarlo, pero tengo mucha fuerza en las manos y lo maté sin querer. Y tenía tanto miedo, que no sabía qué hacer. Entonces vine a esconderme aquí y ayer la vi y dije: «¡Bendito sea el Señor! ¡Es la señorita Scarlett! Ella se ocupará de mí y no dejará que los yanquis me encierren en la prisión. Ella me enviará a Tara».

—¿Dices que te buscan? ¿Saben que has sido tú el que ha matado al soldado?

—Sí señorita. Soy tan alto, que me es difícil pasar inadvertido. Creo que soy el negro más alto de Atlanta. Ayer tarde vinieron a buscarme, pero una muchacha negra me escondió en el bosque.

Scarlett permaneció un momento pensativa. Le tenía sin cuidado que Sam hubiera matado a un soldado yanqui, pero se lamentaba por no poder utilizarlo como cochero. Un mocetón como Sam era tan buen acompañante como Archie. Habría que enviarlo a Tara para ponerlo en seguridad. Era un negro demasiado precioso para dejarlo perder. Jamás había habido mejor capataz en Tara. A Scarlett ni le pasó por las mientes la idea de que ahora era libre. Le pertenecía siempre como Pork, Mamita, Peter, Cookie y Prissy. Continuaba «perteneciendo a la familia» y, a título de tal, tenía derecho a ser protegido.

—Esta noche te enviaré a Tara —decidió al fin Scarlett—. Ahora, escúchame, Sam. Aún me queda un trayecto que andar, pero volveré por aquí antes de que anochezca.

Espérame. No digas a nadie adonde te vas, y, si tienes un sombrero, póntelo, para taparte la cara.

—No tengo sombrero.

—Entonces, toma esto y cómprate uno. Volverás a esperarme en este mismo sitio.

—Sí señorita.

Sam resplandecía de contento. Había encontrado a alguien que sabía aconsejarle.

Scarlett, meditabunda, reemprendió el camino. Seguramente a Will le encantaría el tetorno de Sam. Pork no entendía nada de las cosas del campo ni lo entendería nunca. Así, estando Sam en Tara, Pork podría venir a unirse con Dilcey en Atlanta, como se lo había prometido Scarlett, después de que murió su padre.

Cuando Scarlett llegó a la serrería empezaba ya a anochecer y se reprochó el encontrarse fuera de casa tan tarde. Johnnie Gallegher estaba en el umbral de la miserable cabana que servía de cocina al campamento. Cuatro de los cinco forzados que Scarlett había colocado en la serrería de Johnnie permanecían sentados sobre el tronco de un árbol, frente a la destartalada barraca en que se acostaban. Sus uniformes de presidiarios estaban sucios y manchados de sudor. Los grilletes que les encadenaban los tobillos sonaban al menor movimiento. Todos tenían el mismo aire sombrío y desesperado.

«¡Están muy delgados! —pensó Scarlett—. Parece como si se encontraran enfermos. Y eran unos buenos mozarrones cuando los contraté.» Ni la miraron siquiera cuando bajó del coche; pero Johnnie volvió la cabeza y, con su aire frío habitual, se descubrió sin precipitación.

—No me gusta el aspecto de esos hombres —declaró Scarlett, sin más preámbulo —. No tienen buen aspecto. ¿Dónde está el que falta?

—Enfermo —contestó Johnnie lacónicamente—. Está acostado.

—¿Qué es lo queitiene?

—Pereza, sobre Codo.

—Voy a verlo.

—No vaya usted. Debe estar completamente desnudo. Ya me ocuparé yo de él. Mañana por la mañana volverá ya al trabajo.

Scarlett vaciló. En aquel momento vio a uno de los forzados levantar penosamente la cabeza y dirigir a Johnnie una mirada de intenso odio antes de ponerse a contemplar el suelo otra vez.

—¿Ha pegado a alguno?

—Vamos a ver, señora Kennedy, ¿quién es el que dirige la serrería? Usted me la ha confiado y me ha encargado que vaya adelante, ¿no? ¿Acaso no lo hago un poquito mejor que Hugh Elsing?

—Sí; eso sí —repuso Scarlett, sin poder reprimir, no obstante, un estremecimiento.

Una atmósfera siniestra pesaba sobre aquel campamento de horrendas cabanas, como no pesaba en tiempo de Hugh Elsing. La impresión de soledad y de aislamiento dejaba helado a uno. Los forzados estaban tan desamparados, tan sometidos a la arbitrariedad de Johnnie Gallegher, que podía azotarlos todos los días a su gusto, darles el peor trato y hacer lo que quisiera de ellos sin que Scarlett se enterara. Los forzados se callarían para no ser castigados cuando ella volviera a marcharse.

—Los hombres están muy flacos. ¿Comen lo suficiente? ¡Me ¿parece que le doy bastante dinero para que los alimente! Deberían estar más rollizos. El mes pasado, sin ir más lejos, pagué cerca de treinta dólares de harina y carne de cerdo solamente. Vamos a ver, ¿qué van a cenar hoy?

Scarlett penetró en el interior de la cabana. Una mulata gorda, inclinada sobre un viejo hornillo herrumbroso, le hizo una reverencia al verla y se puso a revolver unos garbanzos que cocía en una cacerola. Scarlett sabía que Johnnie vivía con esa mujer, pero prefería hacer la vista gorda. Pudo darse perfecta cuenta de que, salvo los garbanzos y unos trochos minúsculos de pan de maíz, nada más había preparado.

—¿Eso es todo lo que va a dar de comer a esos hombres?

—Sí señora.

—¿Ha puesto usted tocino en los garbanzos? —No señora.

—¡Y cómo van a estar los garbanzos sin un mal trozo de tocino! ¿Por qué no se lo ha echado usted?

—El señor Johnnie me ha dicho que no hacía falta.

—Pues haga el favor de echarles tocino ahora mismo. ¿Dónde guarda usted las provisiones?

La mulata dirigió una mirada de terror hacia una pequeña alacena que le servía de despensa y de la que Scarlett iba a abrir la puerta. En el suelo había un barril con harina de maíz, ya empezado. En los estantes veíase un saco de harina de trigo, una libra de café, un paquete de azúcar, una botella de jugo de sorgo y dos jamones ahumados. Llena de ira, Scarlett se volvió hacia Johnnie, que la estaba contemplando con frío aire de disgusto.

—¿En donde están los cinco sacos de harina blanca que le envié la semana pasada? ¿En dónde están las provisiones de azúcar y café? ¿En dónde están los cinco jamones que le mandé enviar, y las diez fibras de tocino, y las libras de ñame y de patatas? ¿Dónde ha ido a parar todo? Ni dando de comer cinco veces diarias a esa gente podría haberlo consumido en una semana. Lo ha vendido usted. ¡Es usted un ladrón! Lo ha vendido usted todo, se ha metido el dinero en el bolsillo y no ha dado a estos desgraciados más que garbanzos y maíz. No es extraño que estén así de flacos. ¡Déjeme pasar!

Scarlett dio un trompicón al irlandés y salió de la cabana.

—¡Vengan acá!... ¡Sí, ustedes! ¡Vengan acá! Venga usted —dijo a uno de los forzados.

El hombre se levantó y se acercó lentamente, haciendo sonar sus grilletes. Scarlett pudo darse cuenta de que los nevaba muy ceñidos.

—¿Cuánto tiempo hace que no han probado el jamón?

El hombre bajó la cabeza y empezó a mirar obstinadamente el suelo.

—¡Vamos, conteste!

El forzado levantó al fin los ojos y los fijó en Scarlett con una mirada suplicante.

—No quiere decir nada, ¿eh? ¿Tiene, miedo? Bien, vaya y coja jamón de la despensa. Rebeca, déjele el cuchillo. Vaya y reparta el jamón con sus compañeros. Rebeca, déjeles galletas y haga café a estos hombres. Que beban todo el sorgo que quieran. Vamos, de prisa. Quiero ver lo que les sirve.

—Son las galletas y el café del señor Johnnie —murmuró Rebeca, asustada.

—¡Me es igual! También puede que sea suyo el jamón. Haga lo que le mando. Usted, Johnnie, acompáñeme hasta el coche.

Scarlett atravesó a largos pasos el patio sembrado de detritus de todas clases, se subió al coche y constató con satisfacción que los hombres se cortaban buenas lonchas de jamón sobre las que se arrojaban vorazmente, como si temieran que se las arrebatasen de un momento a otro.

—Es usted el sinvergüenza mayor que he visto —le espetó a Johnnie—. Le haré que me devuelva el valor de las provisiones. En lo sucesivo, le traeré cada día lo que haga falta

para el sustento de estos hombres en lugar de hacer que le envíen un pedido cada mes. Así no podrá usted estafarme.

—En lo sucesivo... me da igual. Ya no estaré aquí —declaró Johnnie.

—¿Piensa usted dejarme?

Scarlett estuvo a punto de añadir: «Pues ya se está usted largando»; pero se detuvo, por prudencia. Si Johnnie se marchaba, ¿qué haría? Gracias a él podía servir el doble de la madera que servía con Hugh y precisamente acababan de hacerle el pedido más importante obtenido hasta entonces, un pedido a un precio muy ventajoso. Si se marchaba Johnnie, ¿a quién pondría en su lugar?

—Sí, me voy. Lo único que me exigió al confiarme la dirección de su serrería era servirle la mayor cantidad de madera posible. Entonces no me dijo usted cómo tenía que arreglármelas para ello, así que no me venga ahora con consejos. Métase en lo que le importe. No podrá usted decir que no he cumplido con mi obligación. Le he hecho ganar dinero. Y me he ganado de sobra el sueldo para poder permitirme cobrar por mi cuenta algún piquito. Y ahora no hace usted más que husmear, preguntar a mis hombres y ponerme en evidencia ante ellos. ¿Qué autoridad quiere usted que tenga luego? ¿La molesta mucho, eh, que les quite algo de vez en cuando? Son unos holgazanes que se merecen mucho más. ¿También la molesta que no los cebe como cerdos? Mire, aún soy demasiado bueno con ellos; así que ya lo sabe: métase donde la llamen y déjeme hacer lo que me parezca, si no quiere que me vaya esta misma noche.

Scarlett no sabía ya qué partido tomar. Si Johnnie ponía en práctica su amenaza, ¿qué haría? No podía pasarse la noche en la serrería, vigilando a los forzados.

Johnnie notó su titubeo, pues sus rasgos perdieron su dureza y se hicieron de pronto suaves.

—Ya es tarde, señora Kennedy —le dijo con voz más suave—. Debería usted regresar ya a casa. No vamos a reñir por una tontería como ésta, ¿verdad? Mire, me descuenta usted diez dólares de mi sueldo y estamos en paz.

A pesar suyo, Scarlett miró a los desdichados que acababan de comer su jamón y pensó en el enfermo acostado en la barraca llena de corrientes de aire. Debía despedir a Johnnie Gallegher. Era un canalla y un ladrón. ¡A saber qué trato daría a los forzados cuando ella se encontrara ausente! Pero, por otro lado, era un hombre enérgico y entendido y Dios sabía bien la necesidad que Scarlett tenía de un f ^nombre así. No, no podía permitirse el lujo de despedirlo en este momento. Le daba a ganar dinero. Lo único que podía hacer era asegurarse de que, de ahora en adelante, los forzados no pasarían hambre.

—Le descontaré veinte dólares —concluyó en tono seco— y ya hablaremos de todo mañana.

Sabía de sobra, sin embargo, que el incidente estaba zanjado y Johnnie también sabía el tono que tendría la conversación del día siguiente. Scarlett tomó las riendas y fustigó al caballo.

Mientras el carruaje se adentraba en el camino de Decatur, desués de haber descendido el camino que conducía a la serrería, un combate se entabló en la conciencia de Scarlett. Amaba el dinero y quería ganar la mayor cantidad posible, pero se decía a sí misma que no tenía derecho a exponer a aquellos hombres a las brutalidades del irlandés. Si alguno de los forzados moría a consecuencia de sus malos tratos, tendría tanta culpa ella como Johnnie, al que debería despedir sabiendo qué clase de hombre era. Pero por otra parte... sí, por otra parte, allá esos hombres, que por algo habrían sido condenados a trabajos forzados. Cuando se cometía un crimen, se habían de sufrir todas las

consecuencias. Este pensamiento alivió un poco a Scarlett, pero no podía olvidarse del todo de aquellas caras macilentas y consumidas de los desdichados.

«Ya pensaré en todo mañana», se dijo, encogiéndose de hombros y relegando aquella idea al fondo de su mente.

Cuando el carruaje llegó al lugar en que la carretera hacía un recodo, a la altura exacta de Shantytown, el sol había desaparecido por completo y los bosques estaban ya sumidos en la oscuridad. Un aire glacial se había levantado con el crepúsculo y soplaba a través de los árboles, haciendo crujir las ramas y moviendo las hojas muertas. Scarlett no se había encontrado nunca sola fuera de casa a tales horas y estaba deseando llegar a ella.

Buscó en vano a Sam con la mirada, pero a pesar de todo se detuvo a esperarle. Su ausencia la inquietaba. Temía que los yanquis le hubiesen echado el guante encima. Entonces oyó a alguien acercarse por el sendero que conducía al campamento negro y exhaló un suspiro de alivio. ¡Buena bronca iba a echar a Sam por su retraso!

Pero no fue Sam el que apareció.

Era un blanco fornido y desharrapado, a quien acompañaba un robusto negro con pecho y hombros de gorila. Scarlett fustigó al caballo y cogió su pistola. El animal partió al trote, pero de pronto realizó una espantada para no tropezar con el blanco, que se había acercado.

—Señora —le dijo éste—, ¿no podría darme una limosna? ¡Me muero de hambre!

—Ya se está usted marchando —respondió Scarlett, con la voz más firme que pudo —. No llevo dinero encima. ¡Arre!

Rápido como un rayo, el hombre blanco cogió las bridas del caballo.

—¡Sube al coche! —gritó al negro—. Debe llevar el dinero en el corpino.

Lo que ocurrió entonces fue como una pesadilla para Scarlett. Apuntó su pistola, pero algo instintivo le impidió tirar sobre el blanco, por miedo a matar el caballo. Con el rostro descompuesto por una risa feroz, el negro iba ya a subir al coche, cuando Scarlett dio media vuelta y le disparó a boca de jarro. Nunca supo si le había dado, pero un segundo más tarde una manaza negra le torcía la muñeca, arrebatándole la pistola. El negro estaba a su lado, tan a su lado, que ella percibía perfectamente el olor a rancio que despedía su cuerpo. Trató de empujarla por encima de la baranda del coche. Ella se defendía enérgicamente con la mano que le quedaba libre, hundiendo las uñas en el rostro de su agresor. Entonces se produjo un ruido como cuando se rasga una tela; la mano negra le rajó de arriba abajo el corpino y se hundió en sus senos. En su vida había sentido Scarlett semejante sensación de horror y de repulsión. Se puso a chillar como una demente.

—¡Hazla callar! ¡Sácala de ahí! —gritó el blanco.

Y la mano negra subió entonces hasta su boca. Scarlett le dio un gran mordisco y comenzó de nuevo a chillar. En medio de sus chillidos oyó al blanco lanzar un juramento y distinguió la silueta de una tercera persona en la carretera. La mano negra la soltó y el negro giró sobre sus talones para hacer frente al gran Sam, que se arrojaba sobre él.

—Sálvese, señorita Scarlett —gritó Sam, luchando con el negro a brazo partido.

Temblando y gritando de miedo, Scarlett cogió las riendas, tomó su látigo y empezó a golpear al caballo. El animal arrancó velozmente y Scarlett sintió pasar las ruedas sobre algo blando y resistente a la vez. Era el cuerpo del hombre blanco, que yacía en medio de la carretera, donde le había derribado un puñetazo de Sam.

Loca de pánico, Scarlett no cesaba de descargar latigazos sobre el lomo del caballo. El carruaje tropezó con una gran piedra y le faltó poco para volcar, pero ella no se dio cuenta siquiera. Hubiera querido correr aún más, porque oía que la perseguían. Si el

monstruo negro volvía a atraparla se moriría de terror antes de que la tocara. —Señorita Scarlett, pare usted —gritó una voz. Sin disminuir la marcha, miró por encima de su hombro y vio al enorme Sam corriendo para alcanzarla a toda la velocidad de sus largas piernas, que se movían vertiginosamente. Tiró de las riendas. Sam saltó al coche. Era tan corpulento, que Scarlett tuvo que apretarse contra el borde del coche para dejarle sitio. El sudor y la sangre inundaban el rostro y jadeaba.

—¿La han herido? ¿No está usted herida? —preguntó él. Scarlett era incapaz de contestar; pero, sorprendiendo la mirada de Sam, se dio cuenta de que su corpino estaba desgarrado hasta la cultura y que llevaba el escote al descubierto. Con mano temblorosa cubrió su pecho con los dos jirones de tela y luego, bajando la cabeza, estalló en sollozos.

—Déme usted esto —le dijo él, cogiendo las riendas—. ¡Arre, . de prisa, vamos!

El látigo silbó y el caballo dio una arrancada que a poco más tumba el coche en la cuneta.

—Creo que he matado a ese sinvergüenza de negro, pero no he esperado a saberlo —dijo Sam—. Pero, si le ha hecho algún mal, volveré a asegurarme.

—No, no, vamos, vamos de prisa —murmuró Scarlett, entre sollozos.

45

Por la noche, cuando Frank los dejó a ella, a tía Pittypat y a los niños en casa de Melanie, y se fue calle abajo con Ashley, de buena gana Scarlett se hubiera echado a llorar de rabia y de dolor. ¡Cómo era posible que se marchase a un mitin político aquella noche! ¡A un mitin político, y precisamente aquella noche! La misma noche en que ella había sido víctima de un atentado; cuando podía haberle ocurrido cualquier cosa. ¡Qué insensible y qué egoísta era! ¡Pero si lo había tomado todo con una tranquilidad enloquecedora, aun cuando Sam la había llevado a casa sollozando, con el corpino desgarrado hasta la cintura! Y mientras ella, con gemidos entrecortados, le contó su aventura, ni una sola vez había hecho un gesto de espanto. Se había limitado a preguntarle amablemente:

—¿Estás herida, vida mía, o solamente asustada?

La rabia y la ira unidas le habían impedido contestar, y Sam se había apresurado a explicar que estaba sencillamente asustada.

—Yo llegué cuando le habían roto el traje.

—Eres un buen chico, Sam, y no olvidaré lo que has hecho. ¿Hay algo en que yo pueda serte útil?

—Sí señor; déjeme usted volver a Tara lo antes posible. Los yanquis me quieren coger.

Frank había escuchado este ruego sin inmutarse y sin hacer ninguna pregunta. Tenía el mismo aspecto que la noche en que Tony había venido a llamar a su puerta. Consideraba todo aquello como un asunto exclusivamente de hombres y pensaba que debía solucionarse con un mínimo de palabras y emociones.

—Puedes irte en la calesa. Haré que Peter te conduzca hasta Rough y Ready esta noche. Puedes ocultarte en el bosque hasta mañana por la mañana, y entonces tomar el tren para Jonesboro. Será lo más seguro... Y ahora, vida mía, no llores más. Ya ha pasado todo, tú no estás herida. Señorita Pitty, ¿me hace el favor de su frasquito de sales? Mamita, tráigale a la señorita Scarlett un vaso de vino.

Scarlett había prorrumpido en renovados sollozos, esta vez de rabia. Necesitaba mimos, indignación, juramentos de venganza. Hubiera preferido que Frank se hubiese incomodado con ella, que la hubiese reñido, recordándole cuántas veces la había prevenido de lo que iba a ocurrir. Cualquier cosa hubiera sido mejor que ver que lo tomaba con tanta tranquilidad y consideraba su peligro como asunto de poca importancia. Estaba amable y cariñoso, desde luego, pero distraído cual si tuviera cosas mucho más importantes en que pensar.

Y esta cosa tan importante había resultado ser un mitin político.

Apenas podía dar crédito a sus oídos cuando le dijo que se cambiara de traje y se arreglara porque la iba a llevar a casa de Melanie para que pasara allí la tarde. Él debía comprender cuan terrible había sido su angustia, debía saber que no tenía ganas de pasarse toda la tarde en casa de Melanie, cuando su aterido cuerpo y sus excitados nervios estaban necesitando el suave descanso del lecho y de las mantas, con un ladrillo muy caliente que la hiciera reaccionar y un ponche hirviente que calmara sus temores. Si realmente la hubiera querido, nada le habría obligado a separarse de su lado, y menos que nunca aquella noche. Se habría quedado en casa, con la mano de Scarlett entre las suyas, le hubiera dicho una y otra vez que si a ella le hubiese ocurrido algo él habría muerto de dolor. Y cuando volvieran a casa y estuvieran los dos solos ya se lo diría ella así.

El saloncito de Melanie estaba tan tranquilo como todas las noches que Frank y Ashley salían y las mujeres se reunían a coser. La llama de la chimenea daba a la habitación alegría y calor. Una lámpara, colocada sobre la mesa, bañaba con suave luz las cuatro cabezas inclinadas sobre la labor. Cuatro faldas se extendían decorosamente sobre ocho piececitos cómodamente posados en los cojines. La tranquila respiración de Wade, Ella y Beau se oía a través de la entornada puerta del cuarto de los niños. Archie, sentado en un taburete al lado del hogar, con la espalda apoyada en la chimenea, con la boca distendida por el continuo masticar tabaco, trabajaba con su cuchillo un pedazo de madera. El contraste entre el sucio y despeinado anciano y las cuatro pulcras y estiradas señoras era tan grande como si él fuera un perro pardo, viejo y gruñón y ellas cuatro gatitos blancos.

La dulce voz de Melanie tenía un leve matiz de indignación al relatar la reciente salida de tono de las damas arpistas. Estas señoras, no habiendo conseguido llegar a un acuerdo con el Club de Caballeros Aficionados a la Música, a propósito del programa de su próximo recital, habían ido a ver a Melanie aquella tarde con la pretensión de rescindir el contrato. Había sido necesaria toda la diplomacia de Melanie para hacerlas desistir.

Scarlett, excitada, hubiera querido poder gritar: «¡Cállate ya con las damas arpistas!». Estaba deseando contar su terrible aventura, relatarla con todo detalle y aliviar así sus temores, atemorizando a las demás. Quería explicar lo valiente que había sido, para convencerse escuchando sus propias palabras de que efectivamente había sido valiente. Pero, cada vez que sacaba esta conversación, Melanie, hábilmente, la desviaba. Esto irritaba a Scarlett sobre toda ponderación. Melanie era tan egoísta como Frank.

¿Cómo los dos podían estar tan tranquilos cuando a ella le acababa de ocurrir una cosa tan terrible? ¿Cómo podían negarle la satisfacción de hablar de ello? Los acontecimientos de aquella tarde la habían agitado más de lo que ella misma quería reconocer. Cada vez que se acordaba de aquel perverso rostro negro que la espiaba desde las sombras en el oscuro sendero del bosque se estremecía. Cuando ptensaba en aquella negra mano en su pecho, y en lo que hubiera podido ocurrir si gran Sam no hubiese llegado, bajaba la cabeza y cerraba los ojos apretándolos fuertemente. Cuanto más tiempo llevaba sentada en el tranquilo saloncito, procurando coser, más tensos se ponían sus nervios. Sentía que de un momento a otro los iba a oír estallar con el mismo chasquido que produce la cuerda de un banjo al romperse.

El ruido que hacía Archie tallando su madera la molestaba; lo miró, pues, ceñuda. De pronto, se le ocurrió pensar que era raro que él estuviese allí sentado, trabajando su trozo de madera; generalmente, durante aquellos atardeceres en que le tocaba la guardia, solía estar tumbado en el sofá, durmiendo y roncando tan violentamente, que su larga barba saltaba sobre su pecho a cada ronquido. Aún le pareció más raro que ni Melanie ni India le hubiesen rogado que pusiera un papel en el suelo para recoger las virutas. La alfombra de delante de la chimenea estaba cubierta de pedacitos de madera, pero no parecían haberse dado cuenta de ello.

Mientras Scarlett lo miraba, él se volvió rápidamente hacia el hogar y escupió con tal violencia el tabaco que tenía en la boca, que India, Melanie y Pittypat se sobresaltaron como si hubiese estallado una bomba.

—¿Necesita hacer tanto ruido al escupir? —dijo India, con voz tan alterada, que Scarlett la miró sorprendida pues India era siempre un modelo de ecuanimidad.

Archie la miró tranquilamente.

—Confieso que sí —dijo, y escupió otra vez. Melanie miró a India con mirada de reconvención.

—Siempre me he alegrado de que el pobre papá no mascase tabaco —empezó a decir Pitty; pero Melanie frunció el ceño y le dijo las palabras más duras que Scarlett recordaba haberle oído nunca.

—¡Oh, cállate, tía! ¡Qué poco tacto tienes!

—¡Por Dios, querida! —dijo Pittypat, dejando caer la labor sobre su regazo—. No comprendo lo que os pasa a todas esta noche. Parecéis tan excitadas como si os estuviesen pinchando.

Nadie contestó. Melanie ni siquiera se disculpó por su brusquedad y, dominándose, volvió a su labor.

—Estás haciendo unas puntas larguísimas—. Tendrás que deshacerlo todo. Pero ¿quieres decirme qué es lo que os pasa?

Melanie siguió sin contestar.

«¿Les ocurriría algo?», se preguntaba Scarlett. ¿Había estado tan absorta en sus propios temores que no se habría dado cuenta? Sí; pese a los esfuerzos de Melanie para hacer que aquella velada pareciese una de tantas como habían pasado juntas, se notaba algo raro en la atmósfera que no podía ser debido únicamente al susto *f* à la alarma por lo que había pasado aquella tarde. Scarlett observó disimuladamente a sus compañeras, interceptando una mirada de India, que la disgustó, pues no era simplemente una mirada fría, sino cargada de odio y de algo más insultante que el desprecio.

«Como si pensara que yo tengo la culpa de lo que me ha ocurrido», se dijo Scarlett indignada.

India se volvió luego a Archie. Su expresión había cambiado, y le miró con velada ansiedad. Pero no encontró sus ojos; en aquel momento Archie los tenía fijos en Scarlett, y en su mirada había el mismo odio y el mismo desprecio que antes en la de India.

Melanie no se preocupó de reanudar la conversación y el silencio reinó en la salita. Se oía el zumbido del viento en la calle. Pronto se convirtió aquello en una velada muy desagradable. Scarlett empezó a notar cierta tensión en la atmósfera, y se preguntaba si habría existido desde el principio y ella habría estado demasiado alterada para observarlo. El semblante de Archie tenía una expresión expectante, y sus peludas orejas se enderezaban como las de un lince. Melanie e India podían a duras penas disimular la inquietud que les hacía levantar la cabeza de la labor cada vez que en el camino resonaban las pisadas de algún caballo, cada vez que las desnudas ramas de los árboles gemían bajo la renovada furia del viento, cada vez que una hoja seca crujía al caer sobre el césped. Se sobresaltaban a cada suave chasquido de los leños que ardían en el hogar, como si fuesen pisadas silenciosas.

Algo marchaba mal y Scarlett se preguntaba lo que era. Algo ocurría de que ella no estaba enterada. Una mirada al ingenuo y regordete rostro de tía Pittypat le dio a entender que la anciana estaba tan ignorante como ella misma. Pero Archie, Melanie e India lo sabían. En el silencio, casi podía oír los pensamientos de India y de Melanie, tan agitados como ardillas en una jaula. Ellas sabían algo, estaban esperando algo, y a pesar de sus esfuerzos no lo podían disimular. Y su inquietud se comunicó a Scarlett, poniéndola aún más nerviosa de lo que estaba. Manejando la aguja, excitada, se la clavó en el dedo y, con un gritito de dolor y disgusto que los sobresaltó a todos, se lo apretó hasta hacer brotar una roja gotita de sangre.

—Estoy demasiado nerviosa para coser —exclamó, tirando al suelo la labor—. Estoy tan nerviosa que me pondría a gritar de buena gana. Quiero irme a casa y meterme en la cama. Frank lo sabía y por lo tanto no debía haber salido. Mucho hablar de proteger a las

mujeres contra los negros y los secuestradores, y, cuando le llega la ocasión de protegerlas, ¿dónde está? ¿En casa protegiéndome y cuidándome? Nada de eso. Está armando barullo con un montón de hombres, que tampoco hacen nada más que hablar y...

Sus chispeantes ojos se fijaron en el rostro de India, y se detuvo. La respiración de India era entrecortada, sus claros ojos sin pestañas se fijaban insistentes en el rostro de Scarlett con aterradora frialdad.

—Si no te molesta demasiado, India —dijo ella con acento sarcástico—, te agradecería que me dijeses... ¿por qué estás toda la noche mirándome? ¿Tengo monos en la cara, o qué?

—No me molesta nada decírtelo; lo haré con mucho gusto —repuso India, con los ojos relampagueantes—. Me indigna el verte menospreciar a un hombre tan bueno como Kennedy, cuando, si supieras...

—¡India! —exclamó Melanie deteniéndola, con las manos crispadas sobre su labor.

—Creo conocer a mi marido mejor que tú —y la perspectiva de una pelea, su primera pelea franca con India, calmó los nervios de Scarlett y la colmó de animación. La mirada de Melanie se fijó en la de India, y ésta, dominándose, apretó los labios. Pero casi inmediatamente volvió a hablar y su voz estaba preñada de odio.

—Me pones mala, Scarlett O'Hara, hablando de que te protejan. Te importa poco que te protejan. Si te importara, nunca te habrías expuesto como lo has hecho durante todos estos meses, paseándote por toda la ciudad, luciéndote ante los extraños, esperando que te admiraran. Lo que te ha ocurrido esta tarde es lo que te mereces, y si hubiese justicia en este mundo debía haberte o currido algo peor.

—¡Por Dios, India, cállate! —gritó Melanie.

—Déjala hablar —protestó Scarlett—. Me estoy divirtiendo mucho. Ya sabía yo que me odiaba y que era demasiado hipócrita para confesarlo. Si creyera que alguien la podía admirar, sería capaz de pasearse desnuda por las calles desde la mañana hasta la noche.

India estaba en pie; su delgado cuerpo se estremecía ante el insulto.

—¡Sí, te odio! —dijo con voz clara, aunque temblorosa—. Pero no es hipocresía lo que me impidió decírtelo. Es una cosa que tú no puedes comprender porque no la tienes: buena educación, cortesía. Es la convicción de que si todos nosotros no estamos unidos, y sepultamos nuestros odios, nunca podremos vencer a los yanquis. Pero tú, tú has hecho todo lo que has podido para rebajar el prestigio de las personas decentes, atrayendo escarnio y vergüenza sobre un buen marido, dando a los yanquis y a la gentuza el derecho de reírse de nosotros y a hacer insultantes comentarios a costa nuestra. Los yanquis no saben que tú no eres, que no has sido nunca, uno de los nuestros. Los yanquis no tienen sentido suficiente para darse cuenta de que tú no tienes ninguna distinción. Te has paseado a caballo por los bosques exponiéndote a un ataque, y has expuesto a todas las mujeres decentes de la ciudad a ser atacadas, porque has llevado la tentación ai corazón de los negros y de la gentuza blanca. Y has puesto la vida de nuestros hombres en peligro porque han ido a...

—¡Dios mío! —gritó Melanie; y, aun en medio de su ira, Scarlett se sintió asombrada al oír a Melanie pronunciar el nombre de Dios en vano—. Debes callarte. Ella no lo sabe, y... Debes callarte; lo has prometido.

—¡Niñas! —imploró tía Pittypat, con labios temblorosos.

—¿Qué pasa que yo no pueda saber?

Scarlett, furiosa, se había puesto en pie contemplando el frío rostro de India y el de la suplicante Melanie.

—Parecen ustedes gallinas en el corral —dijo de pronto Archie, con acento de disgusto. Y, antes de que nadie hubiera tenido tiempo de protestar, alzó la cabeza y se levantó rápidamente—. Alguien llega por el sendero y no es el señor Wilkes; cesen el cacareo.

Su voz sonaba con autoridad varonil. Las mujeres callaron inmediatamente; la cólera se borró de sus semblantes, mientras él cruzaba ligero la habitación para ir a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sin dar al visitante tiempo para que llamara.

—El capitán Butler. Déjeme entrar.

Melanie cruzó la habitación tan rápidamente, que los aros de su miriñaque se agitaron con violencia, dejando ver sus enaguas casi hasta la rodilla, y, antes de que Archie pudiera poner la mano en el pomo, ella abrió la puerta por completo. Rhett Butler estaba en el umbral, con el ancho sombrero negro hundido hasta los ojos; el viento huracanado le ceñía al cuerpo los pliegues de la amplia capa. Por primera vez olvidó sus corteses modales. Ni siquiera se quitó el sombrero, ni pareció ver a las demás personas de la estancia. No tenía ojos más que para Melanie; sin pensar ni en saludarla le dijo bruscamente:

—¿Adonde han ido? ¡Dígamelo pronto! Es cuestión de vida o muerte.

Scarlett y Pittypat, llenas de sobresalto, se miraron desconcertadas, como gatas acorraladas. India cruzó la habitación, poniéndose al lado de Melanie.

—No se lo digas —gritó—. Es un espía, es de los enemigos.

Rhett ni siquiera la miró.

—¡Pronto, señora Wilkes; tal vez sea tiempo aún!

Melanie estaba paralizada por el terror y no hacía más que mirar a Rhett fijamente.

—Pero ¿qué...? —balbuceó Scarlett.

—¡Cállese! —le gritó Archie—. ¡Y usted también, señorita Melanie! ¡Largo pronto de aquí, demonio! ¡Vayase de una vez, condenado!

—No, Archie, no —dijo Melanie poniendo una mano temblorosa sobre el brazo de Rhett, como para protegerle de Archie—. ¿Qué ha ocurrido? Pero ¿cómo... ¿Cómo es posible que sepa...?

En el oscuro rostro de Rhett la impaciencia luchaba con la cortesía.

—¡Dios santo, señora Wilkes! Han estado todos vigilados desde el principio, sólo que habían sido demasiado listos, hasta esta noche. ¿Que cómo lo sé? Estaba jugando al poker esta noche con dos capitanes yanquis borrachos, y lo han dejado escapar. Los yanquis sabían que iba a haber jaleo esta noche y estaban preparados. Los muy locos se han metido en una trampa.

Por un momento pareció como si Melanie se tambalease bajo un rudo golpe. Rhett la sostuvo pasándole el brazo por la cintura.

—No se lo digas; quiere engañarte —protestó India con furia—. ¿No le has oído que ha estado con unos oficiales yanquis esta noche?

Ni siquiera entonces la miró Rhett; sus ojos se fijaban con ansiedad en el lívido rostro de Melanie.

—Dígame adonde iban. ¿Tenían algún lugar de cita?

A pesar de su miedo y de su falta de comprensión, Scarlett pensó que nunca había visto una cara más pálida e inexpresiva que la de Rhett; pero indudablemente Melanie vio algo más, algo que le hizo entregarle su confianza. Se enderezó, desasiendo su menudo cuerpo del brazo de Rhett. Y dijo lentamente con voz estremecida:

—Fuera del camino de Decatur, cerca de Shantytown. Se reúnen en un sótano de la

plantación del viejo Sullivan, en una casa medio quemada.

—Gracias. Iré al galope. Cuando vengan los yanquis aquí, finjan no saber nada de esto.

Desapareció tan rápidamente, hundiéndose en la oscuridad con su capa negra, que apenas pudieran creer que había estado allí, hasta que oyeron el crujido de la grava y el desenfrenado galopar de un caballo.

—¡Venir aquí los yanquis! —gritó tía Pittypat, y girando sobre sus piececitos cayó desplomada en el sofá, demasiado espantada para poder llorar.

—¿Pero qué es lo que ocurre? ¿Qué quería decir? Si no me lo explicáis me volveré loca —dijo Scarlett cogiendo a Melanie por los brazos y sacudiéndola, como si de este modo pretendiera arrancarle una explicación.

—¿Que qué ocurre? Que por tu culpa probablemente Ashley y Kennedy han ido a la muerte. —A pesar del tremendo pánico, había una nota de triunfo en la voz de India—. Deja en paz a Melanie; se va a desmayar.

—Nada de eso —balbuceó Melanie, agarrándose al respaldo de una silla.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Matar a Ashley? ¡Por favor, explicadme!...

La voz de Archie rechinó como un gozne mohoso, cortando las palabras de Scarlett.

—¡Siéntense! —ordenó brevemente—. Cojan su labor. Cosan como si no hubiera pasado nada. Por lo que sabemos, los yanquis deben de estar espiándonos desde el anochecer. Siéntense, les digo, y cosan.

Obedecieron temblando; hasta Pittypat cogió su calcetín con temblorosos dedos, mientras sus ojos miraban a todos en demanda de una explicación.

—¿Dónde está Ashley, Melanie? ¿Qué le ha ocurrido? —gritó Scarlett.

—¿Dónde está tu marido? ¿No sientes interés por él? —Los claros ojos de India brillaban con malsano fulgor, mientras recogía y desarrugaba la toalla rota que había estado zurciendo.

—¡India, por favor! —Melanie dominaba su voz, pero su pálido y contraído rostro y su inquieta mirada revelaban la tensión que la poseía—. Scarlett, tal vez debiéramos habértelo dicho, pero habías pasado tanto esta tarde, que nosotros, que Frank pensó... Y además te exaltabas tanto contra el Klan...

—¿ElKlan?

Al principio, Scarlett pronunció la palabra como si nunca la hubiera oído y no comprendiese su significado.

—¡El Klan! —chilló más que dijo—. Ashley no es del Klan. ¡Frank no puede serlo! Me lo prometió.

—Ya lo creo que sí. Kennedy es del Klan y Ashley también, y todos los hombres que conocemos —gritó India—. Son hombres. ¿Comprendes? Y hombres blancos, y hombres del Sur. Deberías estar orgullosa de él, en lugar de obligarlo a deslizarse como una culebra cada vez que tenía que ir, como si fuese algo vergonzoso, y...

—¡ Y todas lo habéis sabido todo este tiempo y yo no!

—Teníamos miedo que te disgustases —dijo Melanie, enfadada.

—¿De modo que allí es adonde van, cuando yo los creo en los mítines políticos? ¡Oh, y me había prometido...! ¡Ahora los yanquis irán y confiscarán mis serrerías y mi casa y lo meterán en la cárcel! ¡Oh! ¿Qué significa lo que decía Rhett Butler?

Las miradas de India y Melanie se cruzaron llenas de loco temor. Scarlett se levantó violentamente tirando la labor.

—Si no me lo decís, me marcharé a la calle y me enteraré. Se lo preguntaré a todo el

mundo y conseguiré enterarme...

—Siéntese —dijo Archie, mirándola con fijeza—. Yo se lo diré. Como usted salió a pavonearse esta tarde, y por su propia culpa se metió en un lío, el señor Wilkes y el señor Kennedy y los otros hombres han salido esta noche para matar a ese negro y a ese hombre blanco si consiguen cogerlos, y limpiar de bandidos toda Shantytown. Y, si lo que ese demonio nos dijo es verdad, los yanquis han sospechado algo, o se han enterado por algún medio, y han enviado tropas a desembarazarse de ellos. Nuestros hombres se han metido en una trampa. Y si lo que Butler dijo no es verdad, entonces es un espía y habría ido a entregarlos a los yanquis, y los matarán lo mismo. Y, si Butler los entrega a los yanquis, entonces yo lo mataré a él y será el último acto de mi vida. Y, si no los matan, entonces tendrán que marcharse todos a Texas y rendirse y tal vez no vuelvan nunca. Y todo por su culpa; sus manos están, pues, manchadas de sangre.

El temor cedió el paso a la ira en el rostro de Melanie, al ver reflejarse en el de Scarlett, primero, lentamente, la comprensión, y luego un horror indescriptible. Se levantó y apoyó su mano en el hombro de Scarlett.

—¡Una sola palabra más, y sale para siempre de esta casa, Archie! —dijo severamente—. No es culpa suya. Ella únicamente ha hecho... ha hecho lo que creía que debía hacer. Todos no pensamos lo mismo, ni obramos lo mismo, y es una equivocación el juzgar a los demás, por nosotros. ¿Cómo pueden India y usted decirle cosas tan crueles, cuando su marido, igual que el mío, acaso..., acaso...

—Escuchen —dijo Archie en voz queda—. Siéntense, se oyen caballos. —Melanie se dejó caer en una silla y cogió una camisa de Ashley e inconscientemente empezó a desgarrar en tiras la pechera.

El ruido de los cascos se hizo más fuerte, al acercarse los caballos a la casa. Se distinguía el chasquido de los bocados, el tirar de las riendas y el ruido de las voces. Al detenerse las pisadas delante de la casa, una voz se elevó sobre las demás dando una orden, y las que escuchaban oyeron pasos que atravesaban un patio, por una puerta trasera. Sintieron que un millar de ojos enemigos las espiaban a través de las ventanas sin persianas, y las cuatro mujeres, con el corazón rebosante de pánico, inclinaron las cabezas y se aplicaron a la labor. Scarlett murmuraba para sus adentros: «He matado a Ashley. Lo he matado». Y en aquel espantoso momento no se le ocurría siquiera pensar que también podía haber matado a Frank. No había lugar en su imaginación más que para la imagen de Ashley tendido a los pies de los soldados yanquis, con el rubio cabello teñido en sangre.

Cuando resonó en la puerta la impaciente llamada de los yanquis, Scarlett miró a Melanie y vio como su pálido rostro cambiaba hasta volverse tan inexpresivo y su mirada tan indiferente como la del jugador de poker que hace una apuesta con una jugada ínfima. —Abra la puerta, Archie —dijo tranquila.

: Deslizando el cuchillo en la polaina y aflojando la pistola en el cinturón, Archie cruzó la estancia y abrió la puerta de par en par. Pittypat lanzó un pequeño chillido, como el ratón que siente cerrarse **ante** él, la ratonera, al ver agolpados a la puerta a un capitán yanqui y un pelotón de capotes azules. Pero las otras no dijeron nada. Scarlett vio con una ligerísima sensación de alivio que el oficial era conocido suyo. Era el capitán Tomás Jaffery, uno de los amigos de Rhett, y ella le había vendido madera para la construcción de su casa. Sabía que se trataba de un caballero. Tal vez como era un caballero no las metería en la cárcel. Él la reconoció en seguida y, quitándose el sombrero, la saludó, algo turbado.

—Buenas noches, señora Kennedy. —Y preguntó, volviéndose a las otras—: ¿Quién de ustedes es la señora Wilkes?

—Yo soy la mujer de Wilkes —contestó Melanie, levantándose, y toda su diminuta figura irradiaba dignidad—. ¿Puedo saber a qué debo esta intrusión?

Los ojos del capitán recorrieron rápidamente toda la habitación se fijaron en cada rostro, pasando luego a la mesa y al perchero, como en busca de alguna señal que le indicara si podían encontrarse los hombres en la casa.

—Desearía hablar con el señor Wilkes y el señor Kennedy.

—No están aquí —dijo Melanie con voz estremecida.

—¿Está usted segura?

—¿Duda usted de la palabra de la señora Wilkes? —exclamó Archie, temblando de rabia.

—Le ruego me perdone, señora, no quería ofenderla. Si me da usted su palabra no registraré la casa.

—Tiene usted mi palabra. Pero registre si quiere. Están en una reunión, en la ciudad, en el almacén del señor Kennedy.

Él saludó brevemente y salió cerrando la puerta. Los de la casa oyeron una orden ahogada por el viento.

—Rodeen la casa; un hombre en cada ventana y en la puerta.

Se oyó ruido de pasos. Scarlett reprimió un estremecimiento de terror al divisar vagamente rostros barbudos que las vigilaban a través de los cristales. Melanie se sentó y con mano firme cogió un libro de encima de la mesa. Era un ejemplar en rústica de *Los Miserables,* ese libro que había hecho las delicias de los soldados confederados. Lo leían a la luz de los fuegos del campamento y sentían cierto placer llamándolo *Lee's Miserables[25]*. Lo abrió al azar y empezó a leer con voz clara y monótona.

—¡Cosan! —ordenó Archie con autoritario cuchicheo; y las tres mujeres, fortalecidas, por la fría voz de Melanie, recogieron sus labores e inclinaron las cabezas.

¿Cuánto tiempo leyó Melanie bajo aquel círculo de ojos vigilantes? Scarlett no lo supo nunca, pero le parecieron horas. No entendía ni una palabra de la lectura. Ahora empezaba a acordarse también de Frank y no sólo de Ashley. Así que ésa era la explicación de su aparente calma aquella tarde. Le había prometido que nunca tendría nada que ver con el Klan. ¡Oh, éstos eran precisamente los trastornos que ella había temido que le sobreviniesen! Toda la labor de aquel último año había sido inútil. Todas sus luchas, temores y trabajos se habían perdido. ¿Quién hubiera pensado que el frío e indiferente Frank se mezclara en aquellas locas aventuras del Klan? ¡Sí; era probable que en aquellos momentos ya estuviese muerto! Y, si no estaba ya muerto y los yanquis lo cogían, le ahorcarían y a Ashley también.

Se hundió las uñas en la palma de la mano, hasta que se formaron en ella cuatro medias lunas de un rojo brillante. ¿Cómo podía Melanie leer con aquella tranquilidad cuando Ashley estaba en peligro de ser ahorcado, cuando podía estar muerto? Pero algo en la serena voz de Melanie leyendo las peripecias de Jean Valjean la tranquilizaba y le impedía saltar y empezar a gritar.

Su mente retrocedió a aquella noche en que Tony Fontaine, perseguido y exhausto, sin un céntimo, había acudido a ellos. Si no hubiera llegado a su casa y recibido dinero y un caballo fresco, lo habrían ahorcado desde hacía mucho. Si Frank y Ashley no habían muerto ya en estos momentos, estarían en la misma situación y aún peor que Tony entonces. Con la casa cercada, no podían aproximarse a ella y coger dinero y ropas sin que los capturasen; y probablemente todas las casas de la calle estarían igualmente vigiladas por los yanquis, de modo que no podrían recurrir a los amigos en demanda de ayuda. Tal vez ahora estarían

cabalgando como locos en dirección a Texas.

Pero tal vez Rhett los habría alcanzado a tiempo. Rhett siempre llevaba encima grandes cantidades de dinero. Acaso accediese a prestarles lo suficiente para que se marchasen. Pero esto era absurdo. ¿Por qué se iba a molestar por la seguridad de Ashley? Era seguro que no tenía por él la menor simpatía. Seguro que sentía cierto desprecio por él. Entonces, ¿por qué...? Pero tales cavilaciones hicieron crecer sus temores por la salvación de Ashley y de Frank.

«¡Oh, todo ha sido por mi culpa! —se lamentaba para sus adentros—. India y Archie dijeron la verdad. Pero yo nunca pensé que ninguno de ellos iba a ser tan loco que se afiliase al Klan. Y yo nunca creí que pudiera ocurrirme nada. Pero no podía haber obrado de otra manera. Melanie dijo la verdad. Cada uno tiene que hacer lo que debe. Y yo debía tener mis serrerías en marcha. Necesitaba dinero. Ahora probablemente lo perderé todo; y habrá sido por mi culpa.» Después de un gran rato de lectura, la voz de Melanie vaciló, arrastró algunas palabras y por fin quedó en silencio. Se volvió hacia la ventana y miró como si ningún soldado yanqui la mirara a ella desde el otro lado de los cristales. Las otras levantaron la cabeza sorprendidas por su actitud atenta, y ellas también atendieron. Se oía ruido de cascos de caballo, y una canción ahogada por las cerradas puertas y ventanas, apagada por el viento, pero aún reconocible. Era el más odiado y odioso de todos los cantos, el canto de los hombres de Sherman: «Marchando a través de Georgia», y era Rhett Butler el que lo cantaba.

Apenas había terminado los primeros compases cuando otras dos voces le interrumpieron, voces de borrachos, rabiosas y alocadas que tropezaban en las palabras y las confundían. Hubo una breve orden del capitán Jaffery delante del porche y rápido movimiento de pies. Pero aun antes de que se oyesen esos ruidos las señoras se miraron Unas a otras estupefactas porque las voces de borracho que escandalizaban en unión de Rhett eran las de Ashley y Hugh Elsing. Se oyeron voces más fuertes en el camino principal: la del capitán Jaffrey, breve e interrogante; la de Hugh, chillona, con locas carcajadas; la de Rhett, rotunda y atrevida, y la extraña e irreal de Ashley gritando a voz en grito:

—¿Qué diablos ocurre? ¿Qué diablos ocurre?

«No puede ser Ashley —pensó Scarlett enloquecida—. Ashley no se emborracha nunca. Y Rhett, ¿cómo es posible? Cuando Rhett se emborracha, se va quedando cada vez más tranquilo, nunca se exalta como ahora.»

Melanie se levantó y con ella Archie. Oyeron la aguda voz del capitán:

—Estos dos hombres quedan detenidos.

La mano de Archie se cerró sobre la culata de su pistola.

—No —susurró Melanie con firmeza—. No, déjamelo a mí.

Había en su rostro la misma mirada que Scarlett recordaba haberle visto aquel día en Tara, cuando Melanie, de pie en lo alto de los escalones, contemplaba al yanqui muerto, mientras de su frágil puño se desprendía el pesado sable. Un alma dulce y tímida, vigorizada por las circunstancias hasta la furia de una tigresa. Abrió la puerta de par en par.

—Métalo dentro, capitán Butler —llamó con un acento claro cargado de odio—. Supongo que habéis conseguido emborracharlo otra vez. Métalo dentro.

Desde el oscuro y sinuoso sendero, el capitán yanqui habló: —Lo siento señora Wilkes, pero su esposo y el señor Elsing están detenidos.

—¿Detenidos? ¿Por qué? ¿Por embriaguez? Si a todo el que se embriaga en Atlanta lo arrestaran, la guarnición yanqui entera se pasaría la vida en el calabozo. Bien, métalo en

casa, capitán Butler, suponiendo que sea usted capaz de andar.

La inteligencia de Scarlett parecía en estado de embotamiento. Durante unos instante no pudo comprender nada. Ella sabía que ni Rhett ni Ashley estaban bebidos y estaba segura de que Melanie lo sabía también. Y sin embargo allí estaba Melanie, tan agradable y refinada corrientemente, gritando como una arpía, y delante de los yanquis para más vergüenza, que los dos estaban demasiado borrachos para poder andar siquiera.

Hubo una breve discusión salpicada de juramentos, y unos pies inseguros ascendieron los escalones. En el umbral apareció Ashley, con la cara lívida, bamboleándosele la cabeza, el brillante cabello despeinado, con su larga figura envuelta de la cabeza a los pies en la negra capa de Rhett. Hugh Elsing y Rhett, ninguno de los dos demasiado firme sobre sus pies, lo sostenían a cada lado, y era obvio que de no haber sido por su ayuda hubiera caído al suelo. Detrás de eÜos llegaba el capitán yanqui; su rostro era una mezcla de sospecha y burla. Permaneció en pie ante la puerta abierta; sus hombres, llenos de curiosidad, se asomaban por encima de sus hombros. El aire frío barrió la habitación.

Scarlett, asustada e intrigada, miró a Melanie y luego al agotado Ashley, y poco a poco empezó a comprender. Iba a gritar: «¡Pero si no puede estar bebido!». Mas ahogó sus palabras. Comprendió que estaba presenciando una comedia, una desesperada comedia en la que se jugaban las vidas de aquellos hombres. Se dio cuenta de que ni ella ni tía Pittypat tomaban parte en la representación. Pero todos los demás sí, y se lanzaban réplicas uno a otro como los actores de un drama bien ensayado. Sólo entendió a medias, pero lo suficiente para callarse.

—¡Póngalo en la silla! —gritó Melanie indignada—. Y usted, capitán Butler, salga de esta casa inmediatamente. ¿Cómo se atreve usted a presentarse delante de mí, trayéndomelo otra vez de ese modo?

Los dos hombres instalaron a Ashley en una mecedora, y Rhett, tambaleándose, se agarró al respaldo de la silla para sostenerse y se dirigió al capitán con voz de disgusto:

—Bonito modo de darme las gracias, ¿verdad? Yo por evitar que la policía lo recogiera y lo trajera a casa y él vociferando y queriendo arañarme.

—¡Y tú, Hugh Elsing, me avergüenzo de ti! ¿Qué diría tu pobre madre? Bebido y de juerga con un amigo de los yanquis como el capitán Butler.

—¡Cielos, señor Wilkes! ¿Cómo ha podido hacer tal cosa? —Melanie, yo no estoy tan, tan... bebido —balbuceó Ashley; y con estas palabras cayó de bruces sobre la mesa con la cabeza sepultada entre los brazos.

—Archie, llévatelo a su cuarto y mételo en la cama, como siempre —ordenó Melanie—. Tía Pitty, por favor, corre a arreglarle la cama y... —De repente prorrumpió en sollozos—. Oh, ¿cómo ha podido, después de tanto como me prometió...

Archie había pasado el brazo por los hombros de Ashley, y Pittypat, asustada e inquieta, se había levantado, cuando el capitán se interpuso. —¡No lo toquen! Está detenido. ¡Sargento!

Al adelantarse el sargento arrastrando el rifle, Rhett, haciendo visibles esfuerzos por sostenerse, apoyó su mano en el brazo del capitán y con dificultad dirigió hacia él su mirada.

—¿Por qué lo arrestas, Tomás? No está tan bebido. Otras veces lo he visto peor.

—¡Al diablo la bebida! Por mí puede dormir en la cuneta si quiere: poco me importa. Yo no soy policía. Él y el señor Elsing están detenidos por complicidad en una salida del Klan esta noche, en Shantytown. Un negro y un hombre blanco han sido muertos.

El señor Wükes era el que los dirigía.

—¿Esta noche? —Rhett se echó a reír. Reía tan locamente que tuvo que sentarse en el sofá y apoyar la cabeza entre las manos—. Esta noche es imposible, Tomás —dijo cuando por fin pudo hablar—. Los dos han estado conmigo esta noche, desde las ocho, cuando los creían en el mitin.

—¿Contigo, Rhett? Pero... —Frunció el ceño, y miró indeciso al dormido Wilkes y a su desconsolada mujer—. Pero... ¿dónde estabais?

—No me hace mucha gracia decirlo —repuso Rhett, lanzando una astuta mirada de beodo a Melanie.

—Preferirías...

—Salgamos al porche y allí te diré dónde estábamos.

—Dímelo ahora.

—Me molesta decirlo delante de señoras. Si ustedes, señoras, quisieran salir a otra habitación...

—No saldré —gritó Melanie, limpiándose furiosamente los ojos con su pañuelo—. Tengo derecho a saber dónde estaba mi marido. ¡Tengo derecho!

—En casa de Bella Watling —dijo Rhett, con acento confuso—. Él estaba allí, y Hugh, y Frank Kennedy, y el doctor Meade, y... una porción más. Teníamos una juerga. Una juerga estupenda. Champañia, mujeres...

—¿En casa de Bella Watling?

La voz de Melanie sonó con un dolor tal, que todas las miradas se volvieron asustadas hacia ella. Llevóse al pecho las crispadas manos y antes de que Archie pudiera sostenerla cayó al suelo desmayada. Se produjo una gran confusión. Archie la levantó, India corrió a la cocina a buscar agua, Pittypat y Scarlett la abanicaban y le frotaban las muñecas, mientras Hugh Elsing gritaba una y otra vez:

—¡Buena la habéis hecho! ¡Buena la habéis hecho!

—¡Ahora se va a enterar toda la ciudad! —gritó furioso Rhett—. Ya puedes estar satisfecho, Tomás. Mañana no habrá una mujer en toda Atlanta que dirija la palabra a su marido.

—¡Diablos, no tenía ni idea! —A pesar del viento helado que entraba de la puerta abierta a su espalda, el capitán estaba sudando—. Pero, vamos a ver: ¿Repites bajo juramento que estaban en... en casa de Bella?

—¡Demonios, sí! —gruñó Rhett—. Ve y pregúntaselo a la misma Bella, si no me crees a mí. Y ahora déjame llevar a la señora Wilkes a su habitación. Démela, Archie. Si puedo llevarla... Señorita Pitty, vaya delante con una lámpara.

Tomó sin esfuerzo alguno el frágil cuerpo de Melanie de los brazos de Archie.

—Usted lleve al señor Wilkes a su cuarto, Archie. No volveré a poner mis manos en él después de lo de esta noche.

Las manos de Pitty temblaban de tal modo, que la lámpara era un peligro para la seguridad de la casa; pero no obstante la sostuvo y caminó con ella hacia la oscura habitación. Archie, con un gruñido, cogió por los hombros a Ashley y lo llevó.

—Pero... yo he venido a arrestar a estos hombres.

Rhett se volvió en el sombrío camino.

—Arréstalos por la mañana, entonces. No pueden ir muy lejos en este estado, y es la primera vez que oigo decir que sea ilegal el emborracharse en una casa de placer. Por Dios santo, Tomás, hay cincuenta testigos para probar que estaban en casa de Bella.

—Siempre hay cincuenta testigos para probar que un hombre del Sur estaba allí

donde no es cierto que estuviese —murmuró el capitán, malhumorado—. Usted, venga conmigo, señor Elsing. Dejaré al señor Wilkes bajo palabra de...

—Yo soy hermana del señor Wilkes y puedo responder de que no saldrá de aquí —dijo India fríamente—. Y ahora, ¿quiere hacer el favor de marcharse? Ya ha causado suficiente trastorno para una noche.

—Lo lamento muchísimo. —El capitán se inclinó violento—. Deseo que pueda probar su presencia en... casa de la... señorita Watling. Me hará el favor de decirle a su hermano que tendrán que comparecer ante el preboste de la gendarmería, mañana por la mañana, para el interrogatorio.

India se inclinó secamente y, poniendo la mano en el pomo de la puerta, indicó que la rápida marcha del capitán sería vista con agrado. El capitán y el sargento se retiraron, y con ellos Hugh Elsing; **día** cerró violentamente con un portazo. Sin siquiera mirar a Scarlett, se dirigió una después de otra a cada ventana y bajó las persianas. Scarlett, con las rodillas temblorosas, se agarró para sostenerse a la silla en que Ashley había estado sentado. Al mirarla distraídamente, vio una oscura mancha húmeda, más grande que su mano, en el respaldo de la silla. Intrigada, la tocó, y observó con espanto que ¿parecía en su palma una raya roja.

—India —balbuceó—, Ashley... ¿Está herido?

—Pero, loca, ¿creíste realmente que estaba borracho?

India dejó caer la última persiana y se precipitó volando en la alcoba, con Scarlett, terriblemente angustiada, pisándole los talones. El corpachón de Rhett interceptaba la puerta, pero por encima de su hombro Scarlett pudo ver a Ashley, que pálido y rígido yacía en el lecho. Melanie, con agilidad extraña en una persona que acaba de sufrir un desmayo, cortaba rápidamente con unas tijeras de bordar la camisa de Ashley manchada de sangre. Archie sostenía una lámpara sobre el lecho para alumbrar, y uno de sus encallecidos dedos estaba en el puño de Ashley.

—¿Está muerto? —exclamaron a una las dos muchachas.

—No, simplemente desvanecido por la pérdida de sangre. Es una herida en el hombro —dijo Rhett.

—¿Para qué lo ha traído aquí, insensato? —gritó India—. Déjeme ir con él. Déjeme pasar. ¿Para qué lo ha traído aquí? ¿Para que lo arresten?

—Estaba demasiado débil para viajar. No había ningún otro sitio «donde llevarlo, señorita Wilkes. Además, ¿quiere usted verlo en el lestierro como a Tony Fontaine? ¿Querría usted que más de una docena de vecinos suyos tuvieran que vivir en Texas, bajo nombres supuestos por el resto de su vida? Hay una posibilidad; podemos larvarios a todos si Bella...

—Déjeme pasar.

—No, señorita Wilkes, hay también trabajo para usted. Tiene usted que ir a llamar a un médico, no al doctor Meade. Está complicado en esto y probablemente ahora estará explicándose con los yanquis. Traiga algún otro médico. ¿Tiene usted miedo a salir sola por la noche?

—No —dijo India, brillándole los claros ojos—, no tengo miedo. —Cogió la capa con capucha de Melanie, que estaba colgada en una percha del vestíbulo—. Iré a buscar al doctor Dean—. Con gran esfuerzo consiguió serenar su voz—. Siento mucho haberle llamado espía y loco. No comprendía... Le estoy profundamente agradecida por cuanto ha hecho por Ashley... Pero le desprecio a pesar de todo.

—Estimo la franqueza, y le doy las gracias por ella. —Rhett se inclinó y sus labios

se fruncieron en una sonrisa divertida—. Y ahora vaya de prisa por caminos poco frecuentados, y a la vuelta no entre en casa si ve la menor señal de soldados en sus alrededores.

India lanzó una última mirada de angustia a su hermano, se embozó en su capa y, corriendo ligera a través del vestíbulo, desapareció silenciosamente en la noche por la puerta trasera.

Scarlett, contemplando a Ashley desde un lado de la habitación, se sintió emocionada al verle abrir los ojos. Melanie cogió una toalla limpia del estante del lavabo, la apretó contra su hombro sangrante y él sonrió débilmente procurando tranquilizarla. Scarlett notó fijos en ella los penetrantes ojos de Rhett, sintió que su corazón se reflejaba plenamente en su rostro, pero no le importó. Ashley estaba desangrándose, tal vez muriéndose, y ella, que le quería con toda su alma, era quien había abierto aquel agujero en su hombro. Deseaba correr a la cama, dejarse caer a su lado y estrecharle en sus brazos; pero sus rodillas temblaban de tal modo que no podía ni entrar en la habitación. Con la mano apoyada en la boca contemplaba fijamente cómo Melanie ponía otra toalla sobre la herida, apretándola mucho, cual si quisiera retener la sangre dentro de su cuerpo. Pero la toalla se enrojecía como por arte de magia.

¿Cómo podía un hombre sangrar tanto y vivir todavía? Pero, gracias a Dios, no había burbujas de sangre en sus labios. ¡Oh, aquellas espantosas burbujas sanguinolentas, precursoras de la muerte, que ella conocía tan bien desde el espantoso día de la batalla de Peachtree Creek, cuando los huidos habían caído en el césped de tía Pittypat con las bocas ensangrentadas!

—Anímese —dijo Rhett; y había un leve matiz de escarnio en su voz—, no se va a morir. Ahora coja la lámpara y sosténgala para alumbrar a la señora de Wilkes. Necesito a Archie para unos recados.

Archie miró a Rhett a la luz de la lámpara.

—No recibo órdenes de usted —dijo brevemente, moviendo en la boca el tabaco que mascaba.

—Haz lo que él mande —dijo Melanie—, y hazlo pronto. Haced todo lo que el capitán Butler diga. Scarlett, coge la lámpara.

Scarlett se adelantó y tomó la lámpara, sosteniéndola con ambas manos para que no se le cayera. Ashley había cerrado de nuevo los ojos. Su pecho se levantaba despacio y se hundía rápido, y el rojo se deslizaba por entre los valientes deditos de Melanie. Confusamente oyó a Archie atravesar la habitación y oyó a Rhett hablar con rápidas palabras. Su imaginación estaba tan pendiente de Ashley que de las primeraspalabras de Rhett sólo entendió:

—¡Coja mi caballo... atado fuera... y corra como el viento!

Archie murmuró alguna pregunta, y Scarlett oyó contestar a Rhett:

—La plantación del viejo Sullivan. Encontrará los trajes levantando la chimenea. Quémelos.

—¡Hum! —gruñó Archie.

—Y hay dos... hombres en el sótano. Colóquelos sobre el caballo lo mejor que pueda y lléveselos al solar que hay detrás de casa de Bella, el que está entre la casa y el tendido del ferrocarril. Tenga cuidado. Si alguien le ve, le ahorcarán lo mismo que a todos nosotros. Déjelos en ese solar y ponga unas pistolas a su lado. Tome. Aquí tiene las mías.

Scarlett, mirando a través del cuarto, vio a Rhett levantar los faldones de su capote y sacar dos pistolas, que Archie cogió y hundió en su ancho cinturón.

—Dispare una bala de cada uno; debe aparecer como un caso de riña. ¿Comprende?

Archie movió la cabeza cual si comprendiera admirablemente, y un involuntario relámpago de respeto brilló en sus fríos ojos. Pero Scarlett estaba aún muy lejos de comprender. La última media hora había sido tan de pesadilla, que le hacía el efecto de que ya nunca nada volvería a ser sencillo y claro. Sin embargo, Rhett parecía perfectamente dueño de la situación y eso era un pequeño alivio.

Archie se disponía a marcharse; de pronto volvió la cabeza y luego miró a Rhett inquisitivamente.

—¿Él?

—Sí. i Archie gruñó y escupió en el suelo.

—¡Demonios! —dijo mientras cruzaba renqueando la habitación lacia la puerta posterior.

Algo en el último intercambio de palabras en voz queda que hizo nacer en el pecho de Scarlett nuevos temores y sospechas que crecían como espumeante burbuja. Y cuando la burbuja se rompió...

—¿Dónde está Frank?

Rhett llegó ligero atravesando el cuarto. Se acercó a la cama; su corpulenta figura se deslizaba tan silenciosa como la de un gato.

—Cada cosa a su tiempo —dijo con una leve sonrisa—. Tenga firme la lámpara, Scarlett. No querrá usted abrasar al señor Wilkes, señorita Melanie...

Melanie levantó la vista como un buen soldado en espera de una orden, y tan forzada era la situación que no se le ocurrió pensar que por primera vez Rhett la estaba llamando familiarmente por el nombre que sólo la familia y los amigos antiguos usaban.

—Le ruego me perdone, quería decir señora Wilkes...

—¡Oh, capitán Butler, no me pida perdón! Me sentiré honrada si me llama usted Melanie sin el señorita. Me siento como si fuera usted mi..., mi hermano o... mi primo. ¡Qué bueno es usted y qué inteligente! ¿Cómo podré nunca agradecerle lo bastante...

—Gracias —dijo Rhett, y por un momento pareció casi azorado—. Nunca hubiera esperado tanto. Señorita Melanie —y su voz tenía un matiz cual si se disculpase—, siento haber dicho que el señor Wilkes estaba en casa de Bella Watling, siento haberlos envuelto, a él y a los otros, en... Pero tenía que discurrir rápidamente mientras galopaba en su busca, y éste fue el único plan que se me ocurrió. Sabía que mi palabra sería aceptada, porque tengo muchos amigos entre los oficiales yanquis. Me hacen el dudoso honor de considerarme casi como uno de los suyos porque conocen mi... ¿llamémosla impopularidad?, entre mis conciudadanos. Yo, ¿ve usted?, estaba jugando al poker a primera hora del anochecer en el bar de Bella. Hay docenas de soldados yanquis que pueden afirmarlo. Y Bella y sus muchachas estarán encantadas de jurar y perjurar que el señor Wilkes y los otros estuvieron arriba todo el tiempo. Y los yanquis las creerán. Los yanquis son raros en algunas cosas. No se les ocurre pensar ni remotamente que mujeres de esa... profesión sean capaces de lealtad y patriotismo intensos. Los yanquis no creerían en la palabra de una de las más encantadoras damas de Atlanta respecto a lo que se refiere a los caballeros que se supone estuvieron en el mitin, pero creerán en la palabra de... esas otras mujeres. Y yo espero que entre la palabra de honor de un *scallawag* y la de una docena de esas señoras tenemos alguna probabilidad de saCharles del aprieto.

Había en su rostro, al pronunciar estas últimas palabras, una mueca sardónica, pero se borró cuando Melanie volvió hacia él una cara radiante de gratitud.

—Capitán Butler, es usted tan inteligente que creo que no me hubiera importado

que dijese usted que habían estado en el infierno esta noche, si eso podía salvarlos. Porque yo sé, y lo saben todas las personas que pueden importarnos, que mi marido nunca ha estado en un lugar tan horrible como ése.

—Pues bien —empezó Rhett torpemente—, es un hecho que esta noche estaba en casa de Bella. Melanie se enderezó orgullosa.

—Nunca podrá usted hacerme creer semejante mentira.

—Por favor, señorita Melanie. Déjeme usted explicarme. Cuando llegué a la estancia del viejo Sullivan esta noche, encontré al señor Wilkes herido y con él estaban Hugh Elsing y el doctor Meade, y el anciano señor Merriwether.

—¿Un viejo como él? —exclamó Scarlett.

—Los hombres nunca son demasiado viejos para hacer locuras. Y su tío Henry...

—¡Cielo santo! —gimió tía Pitty.

—Los otros se habían dispersado después de su escaramuza con las tropas, y éstos, que habían quedado juntos, fueron a la hacienda del viejo Sullivan para esconder sus trajes en la chimenea y para hacerse cargo de la importancia de la herida del señor Wilkes. Si no hubiera sido por esa herida, a estas horas estarían camino de Texas todos ellos, pero él no habría podido cabalgar durante mucho tiempo, y los otros no querían abandonarlo. Era necesario probar que habían estado en cualquier sitio que no fuese aquel en que precisamente habían estado, y los llevé por caminos retirados a casa de Bella Watling.

—¡Oh, ya comprendo! Le ruego perdone mi grosería, capitán Butler. Ahora comprendo que era necesario llevarlos allí. Pero... joh, capitán Butler!, la gente los habrá visto entrar.

—Ni un alma nos ha visto. Entramos por una puertecilla privada que se abre en la parte posterior y que da a la vía. Está siempre cerrada con llave, y a oscuras.

—Entonces, ¿cómo...?

—Tengo una llave —repuso Rhett, lacónico, y sus ojos miraron francamente a Melanie.

Cuando se dio cuenta del verdadero sentido de la frase, Melanie se azoró tanto, que empezó a enredar con el vendaje hasta que éste se deslizó por completo de la herida.

—Yo no quería ser indiscreta... —dijo con voz ahogada, ruborizándose mientras volvía a poner rápidamente el vendaje sobre la herida.

—Lamento haber tenido que decir semejante cosa a una señora.

«De modo que es verdad —pensó Scarlett con extraña angustia—. Así, pues, vive con esa mujer, con esa horrible Watling. Comparte su casa.»

—Vi a Bella y se lo expliqué. Le dimos una lista de los hombres que habían salido esta noche, y que ella y sus muchachas atestiguarán que han estado en su casa todo el tiempo. Luego, para hacer más patente nuestra salida, llamó a los dos vigilantes que mantienen el orden por aquellos alrededores y nos hizo sacar a la fuerza, atravesando todo el bar, y echarnos a la calle como borrachos escandalosos que estaban perturbando el orden en el local.

Hizo una mueca al recordar:

—El doctor Meade no hacía un borracho muy convincente; sólo el verse en aquel lugar hería su dignidad. Pero su tío Henry y el anciano Merriwether estaban magníficos. La escena perdió dos grandes actores al no haberse dedicado ellos al drama. Parecía divertirlos la cosa. Temo que su tío Henry haya salido con un ojo hinchado gracias al desmedido celo del señor Merriwether. Él...

La puerta posterior se abrió e India penetró en el cuarto seguida por el viejo doctor

Dean, con el largo cabello en desorden y el roto maletín de cuero formando un bulto bajo su capa. Se inclinó sin hablar, saludando a los presentes, y rápidamente levantó el vendaje del hombro de Ashley.

—Demasiado alto para interesar el pulmón. Si no le ha hecho astilla la clavícula no es cosa seria. Tráiganme bastantes toallas, señoras, algodón si tienen y un poco de brandy.

Rhett tomó la lámpara de manos de Scarlett y la colocó sobre la mesa, mientras Melanie e India se multiplicaban cumpliendo las órdenes del doctor.

—No puede usted hacer nada aquí. Venga al saloncito, junto al fuego.

Y cogiéndola del brazo la sacó de la alcoba. Había una suavidad extraña en él, en su voz y en su mano.

—Ha pasado usted un día agotador, ¿verdad?

Le dejó que la llevara al gabinete, y mientras permanecía de pie delante del fuego empezó a tiritar. La burbuja de la sospecha crecía en su pecho. Era más que una sospecha. Era casi una certidumbre, una espantosa certidumbre. Miró el impasible rostro de Rhett y por un momento no pudo hablar. Luego:

—¿Estaba Frank en casa de Bella esta noche?

—No.

La voz de Rhett sonaba ronca.

—Archie lo está llevando al solar vacío, inmediato a casa de Bella. Ha muerto. Un balazo en la cabeza...

46

Pocas familias durmieron aquella noche en el barrio del norte d la ciudad, pues India Wilkes, deslizándose silenciosa como una sombra en los patios posteriores, con rápido cuchicheo a través de las puertas de las cocinas, difundió por todo él las noticias del desastre del Klan y de la estratagema de Rhett. Y a su paso fue dejando temor e inciertas esperanzas.

Desde fuera las casas parecían oscuras, silenciosas y sumidas en el sueño, pero dentro se cuchicheó vehementemente hasta el amanecer. No sólo los complicados en la correría aquella noche estaban preparados para la huida, sino también cada miembro del Klan, y en casi todas las cuadras a lo largo de Peachtree Street los caballos estaban ensillados, en la oscuridad, con las pistolas en el arzón y la comida en las alforjas. Lo que evitó un éxodo general fueron las palabras cuchicheadas por India: «El capitán Butler dice que no huyan. Los caminos estarán guardados. Se ha puesto de acuerdo con esa mujer, ¿la Watling...» En las oscuras alcobas los hombres se resistían: «¡Pero cómo me voy a fiar de ese condenado Butler! Puede ser una trampa.» Y las voces femeninas imploraban: «No te vayas. Si salvó a Ashley y a Hugh puede salvaros a todos. Si India y Melanie se fían de él...» ¡Y ellos se fiaron a medias, y se quedaron porque no tenían otro recurso.

A primera hora de la noche los soldados entraron en una docena de casas, y aquéllos que no quisieron o no pudieron decir dónde habían estado aquella tarde fueron arrestados. René Picard y uno de los sobrinos del señor Merriwether, y los Simmons, y Andy Bonnel, estaban entre los que pasaron la noche en el calabozo. Habían participado en la correría, pero se separaron de los demás después del tiroteo. Vueltos a su casa a todo galope, los arrestaron sin haberse enterado del plan de Rhett. Afortunadamente todos contestaron al interrogatorio diciendo que el sitio donde habían estado aquella noche era cuestión suya y no de los condenados yanquis. Estaban encerrados para interrogarlos de nuevo por la mañana. El anciano señor Merriwether y Henry Hamilton declararon sin rubor que habían pasado la velada en la casa de placer de Bella Watling, y cuando el capitán Jaffery observó, irritado, que ya eran demasiado viejos para tales correrías, intentaron agredirle.

La misma Bella Watling recibió al capitán Jaffery, y antes de que le expusiera sus deseos le gritó que la casa había cerrado por toda la noche. Una pandilla de borrachos pendencieros había estado a primera hora del anochecer, se habían peleado, habían revuelto todo, roto sus mejores espejos y asustado de tal modo a las muchachas, que se había suspendido el trabajo por el resto de la noche. Pero, si el capitán Jaffery quería tomar una copa, el bar estaba aún abierto...

El capitán Jaffery, consciente de que estaban burlándose de sus hombres y sintiéndose desesperado por aquella lucha en las tinieblas, declaró incomodado que no deseaba ni copa ni señoritas y preguntó a Bella si conocía los nombres de sus alborotadores parroquianos. ¡Oh, sí, Bella los conocía! Eran clientes fijos. Iban todos los miércoles por la noche y se denominaban a sí mismos «los de los miércoles demócratas». Ella nunca supo ni la preocupó lo que querían decir con eso. Y si no pagaban la rotura de los espejos del cuarto de arriba los denunciaría. Aquélla era una casa respetable y... ¡oh!, ¿sus nombres? Bella, sin vacilar, dio los nombres de una docena de sospechosos. El capitán Jaffery sonrió sombríamente.

—Estos condenados rebeldes están tan admirablemente organizados como nuestro servicio secreto —dijo—. Mañana tendrá usted que comparecer ante el preboste de la

gendarmería.

—¿Les obligará el preboste a pagarme los espejos?

—¡Vaya al diablo con los espejos! Que pague Rhett Butler por ellos. Vive en la casa, ¿no es así?

Antes del alba todas las familias ex confederadas de la ciudad estaban enteradas de todo. Y sus negros, a quienes nada se les había dicho, estaban enterados también, por ese sistema negro del telégrafo particular, que desafía la comprensión de los blancos. Todo el mundo conocía los detalles de la expedición; la muerte de Frank Kennedy y de Tommy Wellburn, el tullido, y cómo al querer recoger el cuerpo de Frank había sido herido Ashley.

Parte del amargo sentimiento de odio que las mujeres tenían a Scarlett, por ser suya la culpa de la tragedia, se mitigó al enterarse de que su marido había muerto y de que ella, sabiéndolo, no se podía dar por enterada y que ni siquiera tenía el pobre consuelo de reclamar su cadáver. Hasta que la luz del día permitiese encontrar los cuerpos, y las autoridades se lo comunicasen, no debía saber nada. Frank y Tommy, con las pistolas en sus yertas manos, yacían rígidos entre los yerbajos de un solar desocupado. Y los yanquis dirían que se habían matado uno a otro en una riña de borrachos por una mujer de las de la casa de Bella. Fanny, la mujer de Tommy, que acababa de tener un niño, excitaba general simpatía, pero nadie podía deslizarse en la oscuridad para acompañarla y confortarla, porque un pelotón yanqui rodeaba la casa esperando el regreso de Tommy. Había otro pelotón alrededor de casa de tía Pitty en espera de Frank.

Antes del alba, la noticia de que el proceso militar tendría lugar aquel mismo día era del dominio público. Todo el mundo, con los ojos cargados por la falta de sueño y la ansiedad de la espera, sabía que la salvación de algunos de sus más eminentes conciudadanos dependía de tres cosas: la habilidad de Ashley Wilkes para sostenerse en pie y comparecer ante el tribunal militar, como si no sufriera nada más serio que un fuerte dolor de cabeza, la palabra de Bella Watling de que aquellos hombres habían pasado toda la velada en su casa, y la de Rhett Butler de que había estado con ellos.

La ciudad vibraba al pensar en los dos últimos: Bella Watling y Rhett. ¡Bella Watling! Deberle la vida de sus hombres era intolerable. Mujeres que habían cruzado la calle ostensiblemente al ver llegar a Bella se preguntaban si lo recordaría y temblaban pensando que así fuese. Los hombres se sentían menos humillados que las mujeres por deber sus vidas a Bella, porque muchos de ellos la creían una buena mujer. Pero los irritaba mucho más el deber vida y libertad a Rhett Butler, un especulador, ¡Bella y Rhett, la más conocida mujer pública de la ciudad y el hombre más odiado de toda ella! ¡Y tendrían que quedarles agradecidos!

Otra idea que irritaba a los hombres, colmándolos de impotente rabia, era la de que los yanquis se iban a reír de ellos. ¡Oh, cómo se iban a reír! ¡Doce de los más eminentes personajes de la ciudad, reconocidos como habituales parroquianos de la casa de placer de Bella Watling! Dos de ellos muertos en una pelea por una muchacha barata; otros expulsados del lugar como demasiado bebidos para ser tolerados ni siquiera por Bella, y algunos otros arrestados, negándose a confesar que estaban allí donde todo el mundo sabía que estaban.

Atlanta tenía razón al creer que los yanquis se reirían. Habían sufrido demasiado tiempo el desprecio y la frialdad de las gentes del Sur y ahora hubo una explosión de hilaridad. Los oficiales despertaban a sus compañeros para relatarles la estupenda noticia. Los maridos hacían levantar a sus mujeres al amanecer y les contaban todo lo que decentemente se les podía contar a las señoras. Y las mujeres, vistiéndose a toda velocidad,

llamaban a la puerta de los vecinos y difundían la historia. Las señoras yanquis estaban encantadas con todo esto y se reían hasta que las lágrimas les corrían por las mejillas. Ésa era la caballerosidad y la galantería de los del Sur. Tal vez aquellas mujeres que llevaban la cabeza tan alta y rechazaban todo intento amistoso no serían tan altaneras ahora, cuando todo el mundo sabía dónde pasaban el tiempo sus maridos, mientras se les suponía en mítines políticos. ¡Mítines políticos! Era divertidísimo.

Pero, aun mientras reían, expresaban su compasión por Scarlett y su tragedia. Al fin y al cabo, Scarlett era una señora, y una de las pocas señoras de Atlanta que eran amables con los yanquis. Ya había ganado su simpatía por el hecho de tener que trabajar, porque su marido no podía o no quería mantenerla de acuerdo con su categoría. Aunque su marido fuese una persona despreciable, era terrible que la pobrecilla hubiera descubierto que le había sido infiel. Y era doblemente espantoso que su muerte ocurriese simultáneamente al descubrimiento de su infidelidad. Después de todo, un pobre marido era mejor que ningún marido; y las señoras yanquis decidieron ser extraordinariamente amables con Scarlett. Pero con las otras, la señora de Meade, la de Merriwether, la de Elsing, la viuda de Tommy Wellburn, y, más que con otra, con la de Wilkes, se iban a reír en su cara cada vez que las viesen. Eso les enseñaría a ser más amables.

Muchos de los cuchicheos que tenían lugar en las oscuras alcobas en el extremo norte de la ciudad aquella noche versaban sobre lo mismo. Las señoras de Atlanta aseguraban a sus maridos que no se les daba un ardite de lo que las yanquis pensaran. Pero para sus adentros pensaban que cualquier suplicio hubiera sido preferible a la dura prueba de soportar las burlas de los yanquis y de serles imposible decir la verdad sobre sus maridos.

El doctor Meade, fuera de sí, herido en su ultrajada dignidad por la posición en que Rhett los había puesto a él y a los otros, le dijo a su mujer que, a no ser porque al hacerlo complicaría a todos los demás, preferiría confesar y que le colgasen a decir que había estado en casa de Bella.

—Es un insulto para ti.

—Pero todo el mundo sabrá que no estabais allí... para... para...

—Los yanquis no lo sabrán. Tendrán que creerlo si salvamos la cabeza. Y se reirán. El solo hecho de que alguien lo crea y se ría me indigna. Y te insulta a ti, porque..., querida mía, yo siempre te he sido fiel.

—Ya lo sé —y en la oscuridad la señora Meade sonrió y deslizó su fina mano en la de su marido—. Pero casi preferiría que todo fuese verdad antes que ver en peligro un solo cabello de tu cabeza.

—Mujer, ¿sabes lo que estás diciendo? —gritó el doctor, estupefacto, ante el insospechado realismo de su mujer.

—Sí, lo sé. He perdido a Darcy y he perdido a Phil, y tú eres lo único que tengo; y, antes que perderte a ti, preferiría verte como parroquiano permanente de ese lugar.

—Estás delirando. No puedes saber lo que dices.

—¡Querido mío! —dijo la señora de Meade tiernamente, apoyando la cabeza en el brazo de su esposo.

El doctor resopló en silencio, le dio unas palmaditas en la mejilla y continuó:

—¡Y deberle el favor a ese Butler! La horca sería agradable comparada con eso. No, ni siquiera porque le debiera la vida podría ser amable con él. Su insolencia es enorme y su desvergüenza me hace saltar de ira. ¡Deber mi vida a un hombre que nunca sirvió en el Ejército!

—Melanie dice que se alistó después de la caída de Atlanta.

—Es mentira. Melanie es capaz de dar crédito a cualquier bandida, Y lo que no puedo comprender es por qué está haciendo todo esto, metiéndose en semejante jaleo. Siento decirlo, pero, vaya, siempre se ha hablado de él y de la señora de Kennedy. Los he visto, demasiado a menudo este año pasado, volviendo de pasear a caballo. Debe de haberlo hecho por ella.

—Si hubiera sido por Scarlett no hubiera movido una mano. Hubiera estado encantado de ver colgar a Frank Kennedy. Yo creo que ha sido por Melanie.

—Por Dios, ¿no querrás insinuar que haya habido nunca la menor cosa entre los dos?

—¡Oh, no seas tonto! Pero siempre le ha estimado mucho; sobre todo desde que procuró que canjearan a Ashley durante la guerra. Y debo decir en honor suyo que nunca se sonríe de ese modo tan desagradable cuando ella está delante. Es todo lo agradable y atento que puede... Sencillamente, un hombre distinto. Se podría decir, al ver cómo se porta con Melanie, que sería una persona decente si quisiera. Y ahora mi opinión sobre el porqué de lo que está haciendo es...

Hizo una pausa.

—Doctor, no te va a gustar mi idea.

—No me gusta nada de todo este asunto.

—Bien, pues yo creo que lo hace, en parte por Melanie, y en parte porque le parece una burla estupenda de todos nosotros. ¡Le hemos odiado tanto y se lo hemos demostrado tan a las claras! Y ahora os ha puesto en el dilema a todos vosotros: o bien decís que habéis estado en casa de esa mujer, avergonzándoos vosotros y vuestras mujeres delante de los yanquis, o decís la verdad y os cuelgan a todos. Y sabe muy bien que tendremos que quedarle agradecidos, a él y a su querida, y que casi preferiríamos que nos colgasen a deberles nada a ellos. ¡Oh, apostaría a que se está divirtiendo horrores!

El doctor refunfuñó:

—No parecía muy divertido cuando nos subió a esa casa, se lo aseguro.

—Doctor —la señora Meade vaciló—. ¿Qué aspecto tenía?

—¿Qué quieres decir?

—La casa de esa mujer. ¿Qué aspecto tiene? ¿Hay grandes candelabros de cristal? ¿Cortinas de terciopelo rojo y lunas de cuerpo entero biseladas y doradas por docenas? Y ¿dónde se... dónde se desnudan las muchachas?

—¡Santo Dios! —exclamó el doctor, que no podía dar crédito a sus oídos, pues nunca se había imaginado que la curiosidad de una mujer decente en lo que a sus hermanas menos virtuosas se refería fuera tan devoradora—. ¿Cómo puedes hacer unas preguntas tan indecorosas? No estás en tus cabales. Te voy a preparar un calmante.

—No quiero un calmante. Quiero saber. ¡Oh, querido, es la única ocasión que tengo de conocer qué aspecto tiene una casa de placer, y eres lo bastante mezquino para no decírmelo!

—No me fijé en nada. Estaba demasiado azorado al encontrarme en semejante lugar para darme cuenta de lo que me rodeaba —dijo el doctor muy serio, más desconcertado ante aquel nuevo aspecto del carácter de su mujer que lo había estado ante ninguno de los acontecimientos de la velada—. Y ahora perdóname. Voy a ver si duermo un poco.

—Bien, duérmete entonces —contestó ella con acento de desilusión. Y, al inclinarse el doctor para quitarse las botas, habló desde la oscuridad con renovada animación—: Espero que Dolly se lo haya sacado todo al viejo Merriwether, y ya me lo contará.

—¡Santo cielos, mujer! ¿Quieres hacerme creer que las mujeres honestas hablan de esas cosas entre ellas?

—Anda, acuéstate —dijo la señora de Meade.

Al día siguiente granizaba, pero el viento del anochecer invernal barrió las partículas heladas y detuvo su caída. Empezó a soplar viento frío. Envuelta en su abrigo, Melanie caminaba aturdida siguiendo a un extraño cochero que la había llamado misteriosamente, ante un coche cerrado parado delante de la casa. Al acercarse al coche se abrió la puerta y pudo ver a una mujer en su oscuro interior.

Inclinándose para mirar dentro, Melanie preguntó:

—¿Quién es? ¿No quiere entrar en casa? Hace tanto frío...

—Por favor, entre y siéntese conmigo un minuto —dijo desde las profundidades una voz apagada, íntima y azorada.

—¡Oh!, ¿es usted, señora Watling? —exclamó Melanie—. Deseaba tanto verla... Tiene usted que entrar en casa.

—No puedo hacer eso, señora Wilkes.

La voz de Bella Watling sonaba escandalizada.

—Entre usted aquí y siéntese un minuto conmigo.

Melanie entró en el coche, y el cochero cerró la puerta tras ella. Se sentó al lado de Bella y le tendió la mano.

—¿Cómo podré agradecerle nunca bastante lo que ha hecho hoy? ¿Cómo podrá ninguno de nosotros agradecérselo?

—Señora Wilkes, no ha debido usted mandarme esa nota esta mañana. No es que no me sienta orgullosa de haber recibido esa nota de usted, pero los yanquis podían haberla cogido. Y en cuanto a decir que iba usted a ir a verme para darme las gracias... Señora Wilkes, ¿se ha vuelto usted loca? ¡Qué ocurrencia! Vine, tan pronto como empezó a oscurecer, para decirle que no debe pensar en semejante cosa. Pero, ¿cómo usted.,.? ¿Cómo yo...? No estaría nada bien, en absoluto.

—¿No estaría bien en mí el ir a visitar y a dar las gracias a una taujer caritativa que ha salvado la vida de mi marido?

—Cállese, señora Wilkes; ya sabe usted lo que quiero decir.

Melanie permaneció un momento callada, molesta por la complicación. Sin embargo, la hermosa mujer, discretamente vestida, sentada en la oscuridad del coche, no hablaba ni parecía ser como ella se imaginaba que una mujer mala —la dueña de una casa de placer— debía hablar y debía parecer. Algo vulgar y amanerada, sí, pero amable y de buen corazón.

—Estuvo usted magnífica ante el preboste de la gendarmería, señora Watling. Usted y las otras (sus... muchachas) salvaron sin duda la vida de nuestros hombres.

—El señor Wilkes es el que estuvo magnífico. Yo no comprendo cómo pudo tenerse en pie y contar su historia, y tan fríamente como lo hizo. ¡Si sangraba como un cerdo cuando yo lo vi la otra noche! ¿Está ya mejor, señora Wilkes?

—Sí, muchas gracias. El doctor dice que la herida sólo ha interesado la carne y que únicamente ha perdido una gran cantidad de sangre. Esta mañana estaba muy aliviado a fuerza de brandy, sin lo cual no habría tenido fuerza para soportarlo todo tan bien. Pero fue usted, señora Watling, la que los salvó. Cuando se puso como loca y habló de los espejos rotos, ¡sonaba su voz de un modo tan convincente!

—Gracias, señora, pero yo creo que el capitán Butler lo hizo también estupendamente —dijo Bella con una nota de tímido orgullo en su voz.

—¡Oh, estuvo espléndido! —exclamó Melanie con calor—. Los yanquis no tuvieron más remedio que creer en su testimonio. ¡Estuvo tan admirablemente en todo! Nunca podré demostrarle bastante mi agradecimiento... Ni a ustedes tampoco. ¡Qué buenos son ustedes!

—Muchas gracias, señora Wilkes; era un placer para mí el hacerlo. Yo espero que no la molestaría mucho que yo dijese que el señor Wilkes era asiduo de mi casa. El nunca... ¿sabe usted?

—Sí, ya sé. No, no me molestó nada. ¡Le estoy tan agradecida!

—Apostaría que las otras señoras no me están agradecidas —dijo Bella con repentina amargura—. Y apostaría que tampoco lo están al capitán Butler. Apostaría que lo odian por esto más aún. Apostaría que será usted la única señora que me ha de dar las gracias. Apostaría que ni siquiera me mirarán si me encuentran en la calle. Pero no me importa. No me hubiera importado que colgasen a los maridos de todas ellas. Pero me importaba por el señor Wilkes. No se me ha olvidado lo delicada que estuvo usted conmigo, durante la guerra, en lo del dinero para el hospital. Ni una sola señora en toda la ciudad fue conmigo tan delicada como usted entonces. Yo nunca olvido una atención que me hacen. Y pensé que usted pudiera quedarse viuda con un niño, si ahorcaban al señor Wilkes... Y es tan mono su niño, señora Wilkes. Yo también he tenido un hijo y...

—¡Oh! ¿De veras? ¿Y vive en...?

—¡Oh, no! No está en Atlanta. No ha estado nunca aquí. Está fuera, en un colegio. No lo he visto desde que era pequeñín. Yo... Bueno, hablando de otra cosa, cuando el capitán Butler me pidió que mintiese para salvar a aquellos hombres, yo quise saber quiénes eran, y cuando oí que el señor Wilkes era uno de ellos, no vacilé. Les dije a las muchachas: «¡Os zurraré hasta mataros a todas si no ponéis un cuidado especial en asegurar que estuvisteis con el señor Wilkes todo el tiempo!»

—¡Oh! —dijo Melanie, aún más azorada al enterarse de la amenaza de Bella a sus muchachas—. ¡Eso es muy amable en usted y en ellas también!

—No más de lo que usted merece —repuso Bella con entusiasmo—. Pero no lo hubiera hecho por nadie más. Si hubiera sido por la señora Kennedy, no habría movido un dedo, aunque el capitán Butler dijese lo que quisiese.

—¿Por qué?

—Bien, señora Wilkes, la gente de nuestra profesión se entera de un montón de cosas. ¡Buen susto se llevarían muchas de vuestras encopetadas damas si tuviesen idea de todo lo que sabemos de ellas! Y esa señora no es buena, señora Wilkes. Mató a su marido, y a ese pobre chico Wellburn, lo mismo que si les hubiera disparado un tiro. Hizo que todo el mundo en Atlanta tuviera que hablar de ella, excitando a los negros y a la gentuza. Vamos, si ni una sola de mis muchachas...

—No debe usted decir esas cosas de mi cuñada —dijo Melanie con frialdad.

Bella puso una mano ansiosa en el brazo de Melanie, pero la retiró en seguida.

—Por favor, no me hable así, señora Wilkes. No podría sufrirlo, después de lo buena y cariñosa que ha sido conmigo. Se me olvidó que usted la quiere mucho; siento lo que he dicho. También siento mucho la muerte del pobre señor Kennedy. Era muy buena persona. Yo acostumbraba a comprarle algún género para mi casa y siempre me trató amablemente. Pero la señora Kennedy, sencillamente, no es de la misma categoría que usted, señora Wilkes. Es una mujer sumamente fría, y cuando lo pienso no puedo impedir que... Bueno: ¿cuándo será el entierro del señor Kennedy? —Mañana por la mañana. Pero está usted equivocada en lo que piensa de la señora Kennedy. En estos mismos momentos

está postrada por el dolor.

—Tal vez —dijo Bella con evidente incredulidad—. Ea, tengo **qué** marcharme. Tengo miedo de que alguien pueda reconocer este Éoche si estoy aquí más tiempo. Y si alguna vez me encuentra usted en la calle no necesita usted hablarme, señora Wilkes. Yo me hago cargo.

—Me sentiré orgullosa de hablar con usted, orgullosa de deberle un favor. Y espero que nos volveremos a ver.

—No —repuso Bella—, no estaría bien. Buenas noches.

47

Scarlett estaba sentada en su alcoba, picando de la bandeja que Mamita le había llevado y escuchando el viento que rugía fuera. La casa estaba aterradoramente tranquila, más tranquila aún que unas horas antes, cuando Frank yacía en el salón. Entonces se oían pasos de puntillas, voces apagadas, cuchicheos compasivos de los vecinos y, de vez en cuando, los sollozos de la hermana de Frank, que había llegado de Jonesboro para el funeral.

Pero ahora la casa estaba envuelta en silencio. Aunque su puerta estaba abierta, no se podía oír ningún ruido en el piso de abajo. Wade y la pequeñina estaban en casa de Melanie desde que el cuerpo de Frank fue llevado a la casa, y Scarlett echaba de menos el ruido de los pasos del niño y el ronroneo de Ella. Había una tregua en la cocina y no llegaba a Scarlett el ruido de las disputas de Peter, Mamita y Cookie. Y tía Pitty, en la biblioteca, se mecía en la chirriante mecedora en consideración al dolor de Scarlett.

Nadie había ido a sus habitaciones, creyendo que quería que la dejasen a solas con su pena; pero estar a solas con su pena era lo último que Scarlett deseaba. Si sólo hubiera sido pena lo que la abrumaba, la hubiera soportado como había soportado otras. Pero, además de su aturdimiento por el golpe de la muerte de Frank, había en ella temor y remordimiento y el tormento de una conciencia recién despierta. Por primera vez en su vida lamentaba alguno de sus actos, y lo lamentaba con un temor supersticioso que parecía envolverla y que la hacía lanzar largas miradas de reojo al lecho en el cual había reposado con Frank.

Había matado a Frank, lo había matado lo mismo que si hubiese sido suyo el dedo que oprimió el gatillo. Él le había suplicado que no saliera sola, pero ella no le había hecho caso. Y ahora estaba muerto por culpa de su terquedad. Dios la castigaría por eso. Pero había sobre su conciencia otro delito más terrible aún y más abrumador que haber causado su muerte, un delito que no la había turbado nunca hasta que contempló su rostro inmóvil en el ataúd. Había algo desesperado y patético en aquel rígido rostro que la acusaba. Dios la castigaría por haberse casado con él, cuando a quien él amaba realmente era a Suellen. Tendría que inclinarse ante el juicio de Dios y responder por aquella mentira que le había dicho cuando él volvía del campamento yanqui en su calesa.

Era inútil que se dijese ahora que el fin justifica los medios, que las circunstancias la habían impelido a engañarle, que dependía de ella el destino de demasiada gente para haberse parado a considerar los derechos que a la felicidad tenía Suellen ni los que tenía él. La verdad se irguió, poderosa, y tuvo que inclinarse ante ella. Se había casado con él fríamente, y fríamente se había valido de él. Y le había hecho desgraciado durante los últimos seis meses cuando podía haberle hecho muy feliz. Dios la castigaría por no haber sido mejor para él, la castigaría por todas sus bravatas, y sus pullas, y sus riñas tempestuosas, y sus indirectas malintencionadas para enajenarle amistades y avergonzarlo con la construcción del salón, el manejo de las serrerías y el contrato de los presidiarios.

Ella lo había hecho muy desgraciado y lo sabía; pero él lo había soportado todo como un caballero. La única cosa que ella hiciera que le procuró una verdadera felicidad había sido obsequiarle con Ella. Y Scarlett sabía que, si hubiera podido evitarlo, Ella nunca hubiera nacido.

Se estremeció asustada, deseando que Frank hubiera estado vivo para poder ser cariñosa con él; tan cariñosa con él que se hiciera perdonar todo. ¡Oh, si por lo menos Dios

no se le representase tan furioso y vengador! ¡Oh, si los minutos no se deslizaran tan lentos y la casa no estuviera tan silente! ¡Si por lo menos ella no estuviera tan sola!

Si Melanie estuviera con ella, podría calmar sus temores. Pero Melanie estaba en su casa cuidando a Ashley. Por un momento, Scarlett pensó en llamar a Pittypat para que estuviera entre ella y su conciencia, pero vaciló. Pitty seguramente empeoraría las cosas, porque evidentemente lloraba mucho a Frank. Había sido más de su tiempo que Scarlett y le había sido muy adicta. Él había colmado a maravilla los deseos de Pitty de tener un hombre y le contaba inofensivas habladurías, bromas e historias, le leía los periódicos por las noches y le exponía los tópicos de actualidad mientras ella le zurcía los calcetines. Ella se desvivía por él, inventaba para él platos especiales, lo cuidaba con mimo en sus frecuentes constipados. Ahora le echaba enormemente de menos y repetía una y otra vez, mientras frotaba sus enrojecidos e hinchados ojos:

—¡ Ay, si no hubiera salido con el Klan!

Si hubiera al menos una persona que pudiera confortarla, calmar sus temores, explicarle qué eran aquellos confusos temores que agobiaban su corazón con tan fría angustia. Si Ashley... Pero se estremeció al pensarlo. Ella había estado a punto de matar a Ashley, igual que había matado a Frank. Y si Ashley se enterase algún día de la verdad, de cómo había mentido a Frank para conseguirlo, si supiera lo mala que había sido con Frank, nunca más volvería a amarla. ¡Ashley era tan honrado, tan leal, tan bueno, tenía una visión tan recta y tan clara! Si supiera toda la verdad comprendería. ¡Oh, sí, comprendería demasiado bien! Pero nunca más volvería a amarla. Así, pues, nunca debería conocer la verdad, porque tenía que continuar amándola. ¿Cómo le sería posible vivir si este manantial secreto de su fuerza, el amor de Ashley, le fuera arrebatado? Pero ¡qué consuelo sería poner la cabeza en su hombro y llorar descubriendo su culpable corazón!

La tranquilidad de la casa, con la sensación de la muerte pesando sobre ella, aumentaba su soledad en tal forma, que comprendió que no podría soportarla sin ayuda por más tiempo. Se levantó sin ruido, empujó la puerta entornada y rebuscó en el cajón del fondo de la cómoda debajo de su ropa interior. Sacó el frasco de brandy que tía Pitty había escondido allí y lo alzó hasta la lámpara. Estaba casi mediado. Seguramente se había bebido todo lo que faltaba desde la noche antes. Se sirvió una respetable cantidad en su vaso de agua y lo bebió de un trago. Tendría que volver a poner el frasco en la despensa, lleno con agua hasta los bordes, antes de la mañana. Mamita lo había estado buscando antes de los funerales, cuando los mozos de la funeraria querían tomar unas copas y la atmósfera en la cocina estaba cargada de sospechas mutuas entre Mamita, Cookie y Peter.

El brandy le produjo agradable ardor. No hay nada como él cuando se le necesita. Realmente el brandy era bueno siempre, mucho mejor que el vino insípido. ¿Por qué, Señor, había de ser decente en una mujer el beber vino y no había de serlo el beber brandy? La señora de Merriwether y la del doctor Meade le habían olido el aliento descaradamente en los funerales, y ella había podido ver la mirada de triunfo que habían cambiado. ¡Viejas pécoras!

Se escanció otro trago. No importaba marearse un poco esta noche, porque se iba a acostar temprano y haría gárgaras con colonia antes de que Mamita subiese a desnudarla. Deseaba llegar a estar tan completamente bebida y tan inconsciente como Gerald acostumbraba a estarlo en los días de recepción. Entonces acaso pudiese olvidar el sepultado rostro de Frank, que la acusaba de haber arruinado su vida y de haberlo matado.

Se preguntaba si todo el mundo en la ciudad pensaría que ella lo había matado. Desde luego, la gente en los funerales había estado fría con ella. Las únicas personas que

habían puesto algo de calor en sus expresiones de simpatía eran las mujeres de los oficiales yanquis con las que tenía trato. Bueno, no le importaba lo que la ciudad dijese de ella. ¡Qué poco valor tenía al lado de aquello de lo que tendría que responder ante Dios!

Tomó un trago más para desechar este pensamiento, estremeciéndose al sentir pasar por su garganta el ardiente brandy. Se encontraba muy animada ahora, pero aún no conseguía desterrar de su mente la idea de Frank. ¡Qué locos eran los hombres cuando decían que la bebida hace a la gente olvidar! A no ser que bebiese hasta perder los sentidos, seguiría viendo el rostro de Frank como lo había visto la última vez que le suplicó que no saliese sola a caballo: tímido, lleno de reproche, suplicante.

, El aldabón de la puerta (principal golpeó con ruido sordo que resonó en la silenciosa casa. Sintió los torpes pasos de Mamita cruzar *el* vestíbulo y abrirse la puerta. Se oyó el ruido del saludo y un murmullo confuso. Algún vecino que vendría a discutir el funeral, o a traer chismes y cuentos. A Pitty la entretendría. Experimentaba un melancólico placer hablando con los visitantes que venían a darles el pésame.

Scarlett se preguntaba con curiosidad quién sería, y cuando una voz de hombre, vibrante y sonora, se elevó sobre el fúnebre cuchicheo de Pitty, lo supo. Una sensación de alegría y alivio la inundó. Era Rhett. No lo había vuelto a ver desde que le había comunicado la noticia de la muerte de Frank, y ahora sentía en lo más recóndito de su corazón que él era la única persona que podría ayudarle aquella noche.

—Creo que me recibirá —oyó que decía.

—Pero está descansando ahora, capitán Butler, y no quiere ver a nadie. Pobre niña, está completamente anonadada. Ella...

—Creo que me recibirá. Haga el favor de decirle que me marcho mañana y que estaré fuera algún tiempo. Es muy importante.

—Pero... —murmuró tía Pittypat.

Scarlett corrió al vestíbulo, observando con cierto asombro que sus rodillas estaban algo inseguras, y se inclinó por encima del pasamanos.

—Ahora mismo bajo, Rhett —manifestó.

Vio de una ojeada la regordeta cara de tía Pittypat, vuelta hacia arriba, con sus redondos ojos abiertos por la sorpresa y la desaprobación. «Ahora será la comidilla de toda la ciudad que el mismo día de la muerte de mi marido me haya conducido con tan poco decoro», pensó Scarlett mientras se precipitaba a su habitación para arreglarse un poco. Se abrochó hasta la barbilla el negro corpino y se prendió al cuello el alfiler de luto de tía Pitty. «No estoy nada guapa —pensó inclinándose hacia el espejo— con esta cara tan pálida y tan asustada.» Por un momento su mano se dirigió hacia la caja donde guardaba escondidos el carmín y los polvos, pero no se decidió a usarlos. A la pobre Pittypat le daría un ataque si la viese sonrosada y recompuesta. Cogió el frasco de colonia, se enjuagó cuidadosamente la boca y escupió.

Bajó corriendo al vestíbulo, donde la esperaban en pie, pues Pittypat se había quedado tan desconcertada por la salida de Scarlett que no se le ocurrió invitar a Rhett a sentarse. Él vestía discretamente de negro con pechera almidonada y cuello duro; sus maneras eran las que las conveniencias imponen a un buen amigo que hace una visita de duelo a la persona que acaba de sufrir una desgracia. En resumen, estaba tan sumamente correcto, que casi resultaba grotesco, aunque Pittypat no se diera cuenta de ello. Se disculpaba cortesmente por venir a molestar a Scarlett y lamentaba que en su prisa por terminar unos asuntos antes de su marcha le hubiera sido imposible asistir a los funerales.

«¿Qué le habrá impulsado a venir? —se preguntaba Scarlett—. No es cierta una sola

palabra de lo que está diciendo.»

—Lamento venir a molestar a usted en estos momentos, pero necesito discutir con usted un asunto que no admite espera. Unas cosas que el señor Kennedy y yo estábamos planeando.

—No sabía que usted y el señor Kennedy tuviesen algunos asuntos comunes —dijo tía Pittypat, disgustada ante la idea de que algún asunto de Frank le fuese desconocido.

—El señor Kennedy era hombre de muy diversas actividades —repuso Rhett respetuosamente—. ¿Podemos pasar al salón?

—¡No! —gritó Scarlett, mirando las cerradas puertas.

Aún podía ver el ataúd en el centro de aquella habitación; esperaba que nunca más tendría que volver a entrar allí. Pitty, por una vez en la vida, y de mala gana, se hizo cargo de la situación.

—Pasen ustedes a la biblioteca. Yo tengo que subir a coser unas cosas. Tengo retrasada la costura de la semana pasada.

Se marchó escaleras arriba, con una mirada de reproche de la que ni Scarlett ni Rhett se dieron cuenta. Él se hizo a un lado para dejarla pasar a la biblioteca.

—¿Qué negocio tenía usted con Frank? —preguntó Scarlett de buenas a primeras.

Rhett se acercó a ella y murmuró:

—Ninguno. Quería desembarazarme de la señorita Pitty.

Se detuvo y se inclinó hacia ella.

—No es buena, Scarlett.

—¿El qué?

—La colonia.

—Le aseguro que no sé lo que quiere decir.

—Estoy seguro de que sí. Ha estado usted bebiendo de lo lindo.

—¿Y qué, si he estado bebiendo? Eso no es cosa suya.

—¡Sigue usted siendo la cortesía personificada, incluso en este trance! ¡Por Dios, Scarlett, no beba usted a escondidas. La gente siempre lo nota, y así se arruina la reputación de una persona. Y, además, es mala cosa el beber a solas. ¿Qué es lo que le pasa, encanto?

La llevó al sofá de palo de rosa, y ella se sentó en silencio.

—¿Puedo cerrar las puertas?

Ella sabía que si Mamita veía las puertas cerradas se escandalizaría y pasaría unos cuantos días riñéndola y refunfuñando; pero sería muchísimo peor que pudiera llegar a ella algo de la discusión a propósito de la bebida, sobre todo después de haber desaparecido la botella de brandy. Inclinó la cabeza asintiendo y Rhett corrió las puertas, dejándolas perfectamente cerradas. Cuando volvió y se sentó a su lado, mirándola interrogadoramente con sus ansiosos ojos, la sombra de la muerte retrocedió ante la vitalidad que él irradiaba y la habitación recobró su aspecto agradable y acogedor, las lámparas su luz sonrosada y cálida.

—¿Qué le pasa, encanto?

Nadie en el mundo era capaz de pronunciar aquella absurda palabra de cariño tan acariciadoramente como Rhett, aun cuando bromeara. Pero en aquellos momentos no parecía estar bromeando. Scarlett levantó su atormentada mirada hasta su rostro y se sintió algo confortada por la impasible e inescrutable expresión de Butler. No comprendía por qué sentía esta sensación; tal vez fuese porque, como él decía, los dos se parecían mucho. Scarlett pensaba, algunas veces, que todas las personas que ella había conocido, excepto Rhett, le eran extrañas.

—¿No puede decírmelo? —le preguntó con ternura—. ¿Es algo más que la muerte del pobre Frank? ¿Necesita usted dinero?

—¿Dinero? ¡Oh, no! ¡Por Dios, Rhett! ¡Tengo tanto miedo!

—No sea tonta, Scarlett; usted no ha tenido miedo en toda su vida.

—¡Oh, Rhett, tengo miedo!

Las palabras fluían más rápidamente de lo que podía pronunciarlas. Podía decírselo. A Rhett podía decírselo todo. Él había sido tan malo que no podría juzgarla. Era maravilloso encontrar a alguien que era malo y sin conciencia y tramposo, y embustero, cuando el mundo entero estaba lleno de gente incapaz de mentir ni por salvar su alma y que preferiría morir de inanición a cometer un acto deshonroso.

—Tengo miedo de morirme e ir al infierno.

Si él se reía de ella, se moriría allí mismo. Pero no se rió.

—Está usted llena de vida, y, después de todo, tal vez no haya infierno.

—¡Oh, Rhett, sí lo hay! Usted sabe que sí lo hay.

—Sí sé que lo hay, pero está aquí en la tierra. No después de morir. No hay nada después de la muerte, Scarlett. Usted está pasando su infierno ahora.

—¡Oh, Rhett, eso es una blasfemia!

—Pero muy tranquilizadora. Vamos, diga, ¿por qué va usted a ir al infierno?

Ahora estaba embromándola, pero a ella no le importaba. ¡Sus manos eran tan cálidas, tan fuertes, y Scarlett se sentía tan tranquilizada cuando oprimía las suyas!

—Rhett, yo no debía haberme casado con Frank. Fue un engaño. Él pretendía a Suellen y la quería a ella, no a mí. Pero yo le mentí, le dije que Suellen se iba a casar con Tony Fontaine. ¡Oh! ¿Cómo pude hacer eso?

—¡ Ah! ¿De modo que fue por eso? Siempre me maravilló.

—¡Y luego lo hice tan desgraciado! Le obligué a hacer todo lo que él no quería; por ejemplo: exigir el pago de las cuentas a gente que no tenía dinero para ello. ¡Y le disgustó tanto que yo pusiese en marcha las serrerías, y edificase el café, y alquilase presidiarios! Casi no se atrevía a levantar la cabeza de vergüenza. Rhett, yo lo he matado. Sí, lo he matado. Yo no sabía que él era del Klan. Nunca soñé que fuera tan atrevido, pero debía haberlo sabido. Y yo lo maté.

—¡Ojalá pudiera toda el agua del Océano lavar la sangre que hay en mis manos!... [26]

—¿Cómo?

—No haga usted caso, continúe.

—¿Continuar? ¡Eso es todo! ¿No es bastante? Me casé con él, lo hice desgraciado y lo maté. ¡Oh, Dios mío, yo no sé cómo pude hacer semejante cosa! Le mentí y me casé con él. Todo esto me pareció tan bien cuando lo hice, pero ahora comprendo lo mal que estuvo. Mire, Rhett, me parece que no fui yo quien lo hizo así. Me porté perversamente con él, pero yo en el fondo no soy mala. A mí no me educaron así. Mi madre...

Se detuvo y tragó saliva; durante todo el día había luchado con el recuerdo de Ellen, pero ya no podía desechar su imagen.

—A veces me pregunto cómo sería su madre. ¡Usted es tan igual a su padre!...

—Mi madre era... ¡Oh, Rhett! Por primera vez me alegro de que haya muerto; así no puede verme. No me había educado para que fuese tan mala. ¡Ella era tan amable para todo el mundo, tan buena! Hubiera preferido verme muerta a verme hacer esto. ¡Y yo que hubiera querido parecerme a ella en todo! No me parezco en absoluto. Yo nunca lo pensé; ¡tenía tantas otras cosas en que pensar!... Yo hubiera querido ser como ella; no quería ser

como papá. Yo a mi padre lo quería mucho; pero era tan... tan... inconsciente. Rhett, algunas veces yo procuraba con toda mi alma ser amable con la gente y buena con Frank; pero entonces volvía mi pesadilla y me asustaba tanto que no tenía más remedio que lanzarme a la calle y arrancar dinero a la gente, fuese mío o no lo fuese.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, sin que hiciese nada por ocultarlas, y sus manos se crispaban en tal forma que las uñas se le clavaban en la carne.

—¿Qué pesadilla?

La voz de él era tranquila y dulce.

—Es verdad. Se me olvidaba que usted no lo sabe. Pues bien, cuando trataba de ser amable con la gente y me decía que el dinero no lo era todo, en cuanto llegaba la hora de marcharme a la cama, siempre soñaba que estaba otra vez en Tara después de la muerte de mi madre, cuando los yanquis acababan de pasar por allí. Rhett, no se lo puede imaginar, me estremece pensarlo, lo veo de nuevo. ¡Todo está quemado, tan quieto, y no hay nada que comer! ¡Oh, Rhett, en mi sueño siento el hambre otra vez!

—Continúe.

—Yo tengo hambre, y todo el mundo, papá y mis hermanas, y los negros, están muertos de hambre y lo repiten una y otra vez: «¡Tenemos hambre, tenemos hambre!» Y yo estoy tan vacía que siento dolor. Y para mis adentros digo: «Si alguna vez salgo de ésta, nunca más volveré a tener hambre». Y entonces el sueño se desvanece en una niebla gris, y yo estoy corriendo, corriendo en la niebla, y corro tanto que mi corazón está a punto de estallar, y algo me impulsa, y ya no puedo respirar, pero pienso que si consigo llegar allí me salvaré. Pero yo no sé adonde quiero llegar. Y entonces me despierto y me siento estremecida de miedo, un miedo tan grande a volver a tener hambre otra *vez*... Cuando me despertaba de mi sueño, me parecía como si no hubiera en el mundo dinero bastante para evitar que yo pudiera volver a tener hambre. Y Frank era tan blando y tan compasivo con las gentes, que él nunca les hubiera sacado el dinero... No me comprendía. Yo pensaba que algún día llegaría a hacérselo comprender, cuando tuviéramos mucho dinero y yo menos miedo; a pasar hambre. Y ahora ha muerto y es demasiado tarde. Yo creí obrar bien y estaba completamente equivocada. ¡Ay, si pudiese empezar de nuevo, qué distinta iba a ser!

—Basta —dijo Rhett, soltándose de sus frenéticas manos y sacando de su bolsillo un pañuelo limpio—. Ahora séquese la cara. No tiene objeto que se ponga de ese modo.

Scarlett cogió el pañuelo y se enjugó las húmedas mejillas. Experimentaba cierta sensación de alivio, como si se hubiera desembarazado de una parte de la carga demasiado pesada para sus hombros. ¡Él parecía tan fuerte y tan tranquilo! Hasta la ligera contracción de su boca la animaba como si demostrase que compartía su tortura y turbación.

—¿Se encuentra ya mejor? Y ahora vamos con calma al fondo de todo esto. Dice que si pudiera volver a hacerlo sería completamente distinta. Pero ¿lo haría así? Piénselo fríamente. ¿Lo haría?

—Yo...

—¿No volvería a hacer lo mismo? ¿Podría obrar de otro modo?

—No.

—Entonces, ¿por qué se lamenta?

—¡He sido tan mala con él! Y ahora se ha muerto.

—Y si él no se hubiera muerto, usted seguiría siendo igual de mala. Por lo que puedo entender, no está usted disgustada por haberse casado con Frank, y haberle hecho desgraciado, y haber causado inadvertidamente su muerte; por lo que está disgustada es porque va a ir al infierno.

—Es que... ¡Está tan unido lo uno a lo otro!...

—Su moral es algo rara. Está en el mismo caso de un ladrón a quien se coge con las manos en la masa y que está asustado, no por haber robado, sino por miedo a ir a la cárcel.

—¡Un ladrón!

—¡Oh, no tome las cosas tan al pie de la letra! En otras palabras: si no se le hubiese ocurrido esa idea absurda de que estaba condenada a las eternas llamas del infierno, se encontraría muy a gusto desembarazada de Frank.

—¡Rhett!

—Vamos. Se está confesando y debe confesar la verdad como confesaría algunas mentiras. ¿La atormentó mucho su... conciencia cuando por trescientos dólares le ofreció a Frank el..., ¿cómo le llamaremos?..., esa joya que es más preciada que la vida?

El brandy estaba haciendo sus efectos, y Scarlett se sentía mareada e inquieta. ¿De qué le serviría no decirle la verdad, si él parecía leer en su interior?

—Yo entonces no me acordé gran cosa de Dios ni del infierno, y cuando me acordé... pensé que Dios comprendería.

—Pero, ¿usted no creyó que Dios comprendería por qué se casaba con Frank?

—Rhett, ¿cómo puede usted hablar así de Dios cuando no cree en Él?

—Usted cree en un Dios vengador, y eso es lo que ahora tiene importancia para usted. ¿Cómo no podría el Señor comprender...? ¿Siente que Tara sea aún suya y que no estén sus enemigos viviendo allí? ¿Siente no estar ya hambrienta y andrajosa?

—¡Oh, no!

—¿Tenía alguna alternativa no siendo la de casarse con Frank?

—No.

—Él no tenía ninguna obligación de casarse con usted, ¿no es así? Los hombres son libres. No tenía ninguna obligación de aguantar sus desplantes ni de hacer lo que no le placía, ¿verdad?

—Pero...

—Scarlett, ¿por qué preocuparse más por eso? Si tuviera que volver a hacerlo, volvería a mentir y a casarse con él. Volvería a poderse en peligro, y él volvería a tener que vengarse. Si se hubiera casado con su hermana Suellen, ella no hubiera causado su muerte, pero es probable que le hubiera hecho mucho más desgraciado que usted. No podía haber sido de otro modo —Pero yo pude haberme portado mejor con él. —Podría haberlo hecho si hubiera usted sido una persona distinta. Pero usted ha nacido para imponerse a todo el que se deje ¡imponer. Los fuertes están hechos para eso y los débiles para inclinarse ante ellos. Frank tuvo la culpa por no haberla azotado con un látigo. Me sorprende, Scarlett, que se le ocurra a usted desenterrar conciencia a estas alturas de su vida. Los oportunistas como usted no deben tenerla.

—¿Qué es un opor...? ¿Cómo ha dicho?

—Una persona que se aprovecha de las oportunidades.

—No debí hacerlo...

—Esto se ha discutido siempre, especialmente por aquellos que tienen las mismas oportunidades y no saben aprovecharlas.

—Rhett, se está usted burlando de mí, y yo había creído que iba a mostrarse cariñoso.

—Estoy siendo cariñoso, creo yo. Scarlett, querida, usted está mareada, eso es lo que le pasa.

—¿Se atreve...?

—Sí, me atrevo. Tiene usted lo que vulgarmente se llama una ¡borrachera y está a punto de sufrir una crisis de lágrimas. Así que voy a variar de asunto y voy a animarla contándole algunas noticias jque la divertirán. Realmente a eso venía esta tarde: a contarle mi noticia antes de marchar. —¿Adonde va?

—A Inglaterra, y tal vez pase allí unos cuantos meses. Olvide su conciencia, Scarlett. No tengo ganas de perder más tiempo discutiendo el destino de su alma. ¿No tiene ganas de oír mis noticias? —Pero... —empezó débilmente.

Luego se detuvo. Entre el brandy, que iba suavizando los ásperos contornos del remordimiento, y las palabras de Rhett, burlonas, pero tranquilizadoras, el pálido espectro de Frank empezaba a borrarse en las sombras. Acaso Rhett tuviese razón. Tal vez Dios comprendiese. Se recobró lo suficiente para rechazar la idea, y decidió: Mañana pensaré en todo esto».

—¿Cuál es esa noticia? —dijo haciendo un esfuerzo, limpiándole con el pañuelo y echándose para atrás el cabello, que había empezado a alborotársele.

—Mi noticia es ésta —contestó él haciéndole un guiño—: yo la quiero a usted más que a ninguna de las mujeres que conozco. Y, ahora que ya no existe Frank, pensé que le interesaría saberlo. Sí, lo pensé.

Scarlett apartó sus manos de las de Rhett y se puso en pie indignada.

—Yo... Es usted el hombre más grosero del mundo; venir aquí precisamente en estos momentos, con esa indecencia. Debía yo saber que no podía usted cambiar. ¡Cuando el cadáver de Frank está aún caliente! Si tiene usted alguna idea de decoro, márchese de aquí inmediatamente.

—Tranquilícese, o vamos a tener aquí a tía Pitty dentro de un minuto —dijo él, no levantándose, sino extendiendo los brazos y cogiéndola de las muñecas—. Estoy seguro de que equivoca usted mis intenciones.

—¿Equivocar sus intenciones? ¡No equivoco nada!

Y se esforzaba en desasirse.

—¡Suélteme y salga de aquí! Nunca había oído nada de tan mal gusto...

—Cállese —dijo él—. Estoy pidiéndole que se case usted conmigo. ¿Se convencerá si me pongo de rodillas?

Scarlett murmuró:

—¡Oh!

Y se dejó caer sin respiración en el sofá.

Le miró asombrada, con la boca abierta, preguntándose si el brandy la habría trastornado, recordando inconscientemente su frase acostumbrada: «Querida mía, yo no soy hombre de esos que se casan». O ella estaba bebida, o él estaba loco. Pero no parecía loco. Estaba tan tranquilo como si hablara del tiempo. Y su voz resonaba en sus oídos completamente natural.

—Siempre he pensado que llegara a ser mía, Scarlett, desde aquel primer día que la vi en Doce Robles, cuando tiró aquel vaso y juró y demostró que no era usted una señora. Siempre me propuse llegar a poseerla de una manera o de otra. Pero como usted y Frank han hecho algún dinero, comprendo que no la conseguiré con proposiciones ilícitas. Así que me he convencido de que tendré que casarme con usted.

—¡Rhett Butler! ¿Es ésta una de sus perversas burlas?

—Le estoy hablando con el corazón en la mano y no me cree. No, Scarlett; es una declaración en toda regla. Reconozco que no es del mejor gusto venir en estos momentos, pero tengo una magnífica excusa para mi falta de tacto. Me marcho mañana por bastante

tiempo y temo que, si espero hasta la vuelta, la encontraré casada con otro que tenga algún dinero. Y así pensé: «¿Por qué no conmigo y con mi dinero?». Realmente, Scarlett, no puedo pasarme toda la vida esperando a cazarla entre dos maridos.

Y lo pensaba, no cabía la menor duda sobre ello. Ella tenía la boca seca, mientras procuraba convencerse. Tragaba saliva y le miraba a los ojos intentando encontrar la clave de aquello. Estaban llenos de risa, pero había algo más en el fondo que Scarlett no le había visto jamás: un fulgor que desafiaba el análisis. Estaba sentado cómoda y descuidadamente, pero Scarlett sentía que la observaba con tanta ansiedad como el gato observa el agujero del ratón. Le producía el efecto de tener un resorte en tensión bajo su aparente calma, de tal forma que ella se echó hacia atrás algo asustada.

Estaba, efectivamente, pidiéndole que se casase con él; estaba haciendo lo increíble. Alguna vez, Scarlett había planeado cómo le haría sufrir si llegase a proponérselo. Una vez había decidido que si él pronunciaba estas palabras ella lo humillaría y le haría sentir su poder y experimentaría un maligno placer al hacerlo. Y ahora él había hablado y ella ni siquiera se acordaba de sus planes porque no lo sentía en su poder, como no lo había sentido jamás. De hecho, él era el dueño de la situación, de tal modo que ella estaba tan azorada como una jovencita ante la primera declaración, y sólo era capaz de ruborizarse y tartamudear.

—Yo... yo nunca me volveré a casar.

—Ya lo creo que volverá; ha nacido usted para casada. ¿Por qué no conmigo?

—Pero, Rhett, yo... yo no le quiero.

—Eso no es un inconveniente. Yo no sé que el amor haya sido indispensable en sus otros dos matrimonios.

—¡Oh! ¿Cómo puede decir...? Ya sabe que he tenido mucho cariño a Frank.

Él no dijo nada.

—Yo estaba..., yo estaba...

—Bien, no discutamos sobre eso. ¿Quiere pensar en mi proposición mientras estoy fuera? —Rhett, no me gusta dejar las cosas en el aire. Prefiero decírselo ahora. Pienso marcharme a casa, a Tara, pronto. India Wilkes vendrá a quedarse con tía Pittypat. Quiero irme a casa por una larga temporada. Y... y yo no quiero volver a casarme.

—¡Bobadas! ¿Porqué?

—No sé por qué; no lo he pensado. Sencillamente, no quiero volverme a casar.

—Pero, hija mía, realmente usted nunca ha estado casada. ¿Cómo puede usted saber? Voy a admitir que ha tenido mala suerte: una vez por despecho y otra vez por dinero. ¿Ha pensado alguna vez en casarse sencillamente por gusto? —¿Por gusto? No diga tonterías. No hay ningún placer en estar casada.

—¿No? ¿Por qué no?

Había recobrado cierta especie de calma, y con ella toda su natural rudeza, que el brandy hacía aparecer más a la superficie.

—Hay placer para los hombres, aunque Dios sabe por qué. Nunca he podido comprenderlo. Pero todo lo que la mujer saca en limpio es algo que comer, y mucho trabajo, y tener que aguantar todas las chifladuras de un hombre, y... un bebé todos los años.

Él se reía tan estruendosamente, que su risa resonaba en la quietud de la casa, y Scarlett sintió abrirse la puerta de la cocina.

—Cállese. Mamita tiene oídos de lince y no es decoroso reír tan pronto después de... Deje de reír. Sabe de sobra que es verdad. ¡Placer! ¡Vamos, hombre!

—Le digo que ha tenido usted mala suerte, y lo que acaba de decir lo demuestra. Ha

estado casada con un niño y con un viejo. Y estoy completamente seguro de que su madre le dijo que las mujeres tienen que soportar algunas cosas a cambio de las compensadoras alegrías de la maternidad. Bien, pues todo eso es una equivocación. ¿Por qué no casarse con un verdadero joven que tiene bastante mala reputación y costumbre de tratar a las mujeres? Sería divertido.

—Es usted ordinario y presuntuoso, y yo creo que esta conversación ya ha durado bastante. ¡Es de tan mal gusto!

—Y enormemente divertida también. Apostaría a que nunca discutió las relaciones matrimoniales con ningún hombre más que con Charles y con Frank.

Scarlett lo miró ceñuda. Rhett sabía demasiado. Ella se preguntaba dónde habría aprendido todo lo que sabía de las mujeres. Aquello no era decente.

—No se enfade. Fije el día, Scarlett. No insisto en un matrimonio inmediato, para salvar las apariencias. Esperemos el tiempo prescrito. Vamos a ver: ¿cuál es exactamente el término legal?

—Yo no he dicho que me voy a casar con usted. No es decoroso ni siquiera el hablar de semejante cosa en estos momentos.

—Ya le he dicho por qué hablo de ello. Me marcho fuera mañana y soy un enamorado demasiado ardiente para contener mi pasión por más tiempo. Pero tal vez he estado demasiado precipitado en mi pretensión.

Con una rapidez que la desconcertó, se dejó resbalar del sofá hasta quedar de rodillas, y, con una mano caballerescamente puesta sobre su corazón, recitó muy de prisa:

—Perdóneme por asustarla con la impetuosidad de mis sentimientos, querida Scarlett; quiero decir, querida señora Kennedy. No debe haber pasado inadvertido para su perspicacia que la amistad hace mucho tiempo sentía hacia usted ha madurado convirtiéndose en un sentimiento más hermoso, más puro, más sagrado. ¿Me atreveré a decirle su nombre? ¡Ah! Es el amor lo que me hace tan atrevido.

, —Levántese —suplicó Scarlett—. Parece usted un tonto. Imagine que entrase aquí Mamita y lo viese.

—Se quedaría estupefacta e incrédula ante los primeros signos de mi entusiasmo —dijo Rhett, levantándose rápidamente—. Vamos, Scarlett, no sea usted chiquilla; no es una niña ni una colegiala para sacarme de quicio con esas absurdas excusas de decencia y cosas por el estilo. Diga que se casará usted conmigo cuando vuelva o... ¡por Dios, que no me iré! Me quedaré por estos alrededores y tocaré la guitarra debajo de su ventana todas las noches, y cantaré con toda mi voz, y la comprometeré hasta que tenga usted que casarse conmigo para salvar su reputación.

—Rhett, sea comprensivo, por favor. No quiero casarme con nadie.

—¿No? No me dice la verdadera razón; no puede ser timidez infantil. ¿Qué es?

De repente, Scarlett se acordó de Ashley, lo vio tan claramente como si estuviese allí a su lado: el cabello dorado, los ojos soñadores, ; lleno de dignidad, tan radicalmente distinto a Rhett. Él era la verdadera razón por la que no quería casarse otra vez, aunque no tuviera ninguna objeción seria que oponer a Rhett y hasta estuviera encariñada con él. Pertenecía a Ashley desde siempre y para siempre. Nunca había pertenecido a Charles ni a Frank, nunca podría pertenecer a Rhett. Cada partícula de su ser, todo lo que había hecho, por lo que había luchado, lo que había conseguido, pertenecía a Ashley, lo había hecho porque le amaba. Las sonrisas, las risas, los besos que había dado a Charles y a Frank eran de Ashley, aunque él nunca los hubiera reclamado ni nunca los reclamaría. En algún sitio, en lo más profundo de su ser, existía en Scarlett el deseo de reservarse para él, aunque

supiera que él nunca había de aceptarla.

Ella no sabía que su rostro había cambiado, que el ensueño le había dado una dulzura que Rhett no le había visto nunca. Él icontemplaba los oblicuos ojos verdes, grandes y sombríos, y la curva i suave de sus labios; y por un momento contuvo la respiración. Luego hizo con la boca una mueca de burla y exclamó con apasionada impaciencia:

—Scarlett O'Hara, se ha vuelto usted loca.

Antes de que pudiera ser de nuevo dueña de su imaginación, los brazos de él la rodearon tan fuertemente como aquel día, hacía tanto tiempo, en el oscuro camino de Tara. De nuevo sintió la embestida brutal, el naufragio de su voluntad, la oleada de calor que la dejó inerte. Y el secreto de Ashley Wilkes se borró y desapareció en la nada. Él inclinó la cabeza por encima de su hombro y la besó, suavemente al principio, y luego con una creciente intensidad que la obligó a cogerse a él como a lo único firme en un loco mundo vacilante. La boca insistente de Rhett se apoyaba en los temblorosos labios de Scarlett, haciendo vibrar todos sus nervios, evocando en ella sensaciones que nunca se había creído capaz de sentir. Y antes de que el vértigo se apoderara de ella se dio cuenta de que le estaba devolviendo sus besos.

—Déjeme, por favor, no puedo más —balbuceó, intentando débilmente volver la cabeza.

Pero él la oprimió con fuerza contra su hombro y ella vio como en un sueño el rostro de Rhett; sus ojos muy abiertos lanzaban llamas; el temblor de sus manos la asustó.

—No importa. Eso quiero. Has estado esperando esto durante muchos años. Ninguno de los necios que has conocido te ha besado así, ¿verdad? Tu precioso Charles, o Frank, o tu estúpido Ashley.

—Por favor...

—Digo tu estúpido Ashley. Caballeros todos ellos. ¿Qué saben de mujeres? ¿Cómo habían de comprenderte? Yo sí te comprendo.

Su boca estaba de nuevo unida a la de Scarlett y ésta se rindió sin lucha, demasiado débil para volver la cabeza, sin sentir siquiera el deseo de volverla. Su corazón palpitaba con fuertes latidos. Sus nervios se relajaron, ¿Qué iba a hacer Rhett? Ella acabaría desmayándose si no la dejaba. ¡Oh, si la dejase, si la dejase por fin!

—Di que sí.

Su boca se posaba sobre la de ella y sus ojos estaban tan cerca que parecían enormes, llenaban el mundo.

—Di que sí, maldita sea, o...

Scarlett balbuceó: «¡Sí!», sin siquiera pensar lo que decía. Era casi como si él hubiera deseado la palabra y ella hubiese hablado hipnotizada. Pero, en cuanto lo hubo dicho, una súbita calma la invadió, su cabeza cesó de dar vueltas y hasta el mareo del brandy disminuyó. Le había prometido casarse con él cuando no tenía intención de prometerlo. Apenas se daba cuenta de cómo había ocurrido, pero no lo sentía. Ahora le parecía muy natural haber dicho: «Sí», casi como si por intervención divina una mano más fuerte que la suya arreglase sus asuntos resolviendo por ella sus problemas.

Rhett lanzó un profundo suspiro cuando ella hubo hablado y se inclinó como para besarla. Scarlett cerró los ojos y dejó caer la cabeza, pero se sintió algo decepcionada al ver que él se echaba atrás sin tocarla. Ser besada de aquel modo le resultaba extraño, pero también agradablemente excitante.

Rhett permaneció durante un rato sentado muy quieto, con la cabeza de ella

apretada contra su hombro. Con poderoso esfuerzo había logrado dominar el temblor dé sus brazos. La separó un poco de sí y la miró. Ella abrió los ojos y vio que de su rostro había desaparecido la expresión que tanto la asustaba; sin embargo, no pudo resistir su mirada y bajó la suya, llena de confusión. Cuando Rhett habló, su voz era muy tranquila.

—¿Lo piensas así? ¿No deseas retirar tu palabra?

—No.

—¿No será porque te haya... ¿cómo se dice?... hecho perder los estribos con mi... fogosidad?

Scarlett no pudo contestar, pues realmente no sabía qué decir; tampoco podía mirarle a los ojos. Él le cogió la barbilla con una mano y le levantó la cara.

—Te dije una vez que podría soportar de ti cualquier cosa excepto una mentira. Y ahora quiero saber la verdad. Dime: ¿por qué has dicho que sí?

Todavía no consiguió Scarlett pronunciar una palabra; pero, habiendo recobrado algo su equilibrio, sin levantar los ojos sonrió levemente.

—¡Mírame! ¿Es por mi dinero?

—¡Pero, Rhett! ¡Vaya una pregunta!

—Mírame y no intentes engañarme. Yo no soy Charles, ni Frank, ni ninguno de los muchachos del Condado para que me engañes con tus caídas de ojos. ¿Es por mi dinero?

—Sí... En parte...

—En parte.

No parecía enojado. Suspiró profundamente y con un esfuerzo barrió de sus ojos la ansiedad que hasta entonces los llenara, ansiedad que a Scarlett la sorprendía un poco.

—Bien —balbuceó ella apurada—, el dinero ayuda, ya lo sabes tú, Rhett; y Frank no me ha dejado demasiado. Pero... bueno, te lo diré: eres el único hombre que conozco que puede sufrir que una mujer le diga la verdad; será agradable tener un marido que no me crea una tonta y al que no tenga que mentir y... además, te tengo cariño.

—¿Me tienes cariño?

—Mira —le dijo, nerviosa—, si te dijera que estoy locamente enamorada de ti, mentiría y, lo que es peor, tú lo notarías. Estoy completamente segura.

—Algunas veces me parece que llevas tu afán de decir la verdad demasiado lejos. ¿No crees que, aunque fuese mentira, sería más propio que dijeses: «Te quiero, Rhett»?

Scarlett, cada vez más desconcertada, se preguntaba adonde iría Rhett a parar. Su expresión era extraña, ansiosa, dolida y burlona a un tiempo; desasió las manos que ella le tenía cogidas, las metió en el bolsillo del pantalón y ella le vio apretar los puños.

«Aunque me cueste un marido, he de decir la verdad», pensó, malhumorada.

—Rhett, sería una mentira, y ¿qué íbamos a sacar en limpio? Te tengo cariño, como ya te he dicho. Una vez tú me dijiste que no me amabas, pero que teníamos mucho en común. Ambos éramos unos picaros; era lo que tú...

—¡Oh, Dios! —interrumpió él—. ¡Ser cogido en mis propias redes!...

—¿Qué dices?

—Nada.

Y, mirándola, se rió; pero no con una risa alegre.

—Fija la fecha, querida.

Y volvió a reír y se inclinó para besarle las manos. Scarlett se sintió aliviada al ver que su enfado había pasado y otra vez estaba de buen humor, al menos en apariencia.

Rhett acarició sus manos un momento y luego, haciéndole un guiño:

—¿No has tropezado nunca, en las novelas que has leído, con el gastado truco de la

mujer indiferente que llega a enamorarse de su propio marido?

—Ya sabes que no leo novelas —dijo ella, y, procurando ponerse a tono con su humor de broma, continuó—: Además, tú mismo me has dicho muchas veces que no hay cosa más ridicula en el matrimonio que estar enamorados uno de otro.

—¡Maldita sea! ¡La cantidad de majaderías que yo he dicho! —replicó Rhett de mal humor, levantándose.

—No jures.

—Tendrás que acostumbrarte a oírme y aprender a hacerlo tú también. Tendrás que hacerte a todas mis costumbres. Eso será el precio de... tenerme cariño y echarle la zarpa encima a mi dinero.

—Bueno, no lo repitas tanto, porque no miento y te hago sentirte orgulloso. Tampoco tú estás enamorado de mí, ¿no es eso? ¿Por qué habría de estar yo enamorada de ti?

—No, hija mía, no estoy más enamorado de ti de lo que tú lo estás de mí; y, si lo estuviera, tú serías la última persona a quien se lo diría. Dios tenga piedad del hombre que se enamore de ti; le destrozarás el corazón, querida. Eres una gatita cruel y revoltosa y tan despreocupada que ni siquiera te preocupas en esconder las uñas.

La obligó a levantarse y la volvió a besar; pero esta vez de un modo distinto. No parecía preocuparse de no hacerle daño; es más, parecía querer hacérselo, intentar insultarla. Sus labios se deslizaron por su garganta y por fin se detuvieron sobre el terciopelo del vestido oprimiendo su pecho tan fuertemente y por tanto tiempo, que su aliento llegó a quemarle la piel. Sus manos lucharon rechazándolo en un ademán de pudor herido.

—No debes... ¿Cómo te atreves?

—Tu corazón late tan agitado como el de un conejo —dijo él burlonamente—. Demasiado de prisa para tratarse de simple cariño, pensaría yo si fuese presuntuoso. Alisa tu alborotado plumaje. Ya empiezas a adoptar aires virginales. Dime, ¿qué quieres que te traiga de Inglaterra? ¿Un anillo? ¿Cómo lo quieres?

Ella vaciló un momento entre el interés de sus últimas palabras y el femenil deseo de prolongar la escena colérica e indignada.

—¡Oh!... Un anillo de brillantes... Cómpramelo muy grande, Rhett.

—¿Para que puedas lucirlo ante tus amistades pobres y decirles: «Mirad lo que pesqué»? Muy bien; lo tendrás grande, tan grande que tus amigas menos afortunadas puedan consolarse cuchicheando que es atrozmente plebeyo llevar unas piedras tan enormes.

De repente cruzó rápido el salón y ella, asombrada, lo siguió hasta las cerradas puertas.

—¿Qué te pasa? ¿Adonde vas?

—A mi casa a terminar el equipaje.

—¡Oh!, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada. Espero que tengas una feliz travesía.

—Gracias.

Él abrió la puerta y salió al vestíbulo. Scarlett lo siguió, un poco desconcertada y un mucho decepcionada por el súbito cambio de tono. Rhett se puso el abrigo y cogió el sombrero y los guantes.

—¿No vasa...?

—¿A qué? —dijo Rhett, que parecía impaciente por irse.

—¿No vas a darme un beso de despedida? —cuchicheó, temerosa de que la oyesen.

—¿No te parece que ya han sido bastantes besos para una tarde? —repuso él haciéndole un guiño—. Pensar que una jovencita modosa y bien educada... ¿Lo ves? Ya te dije yo que sería divertido.

—¡Eres insoportable! —gritó Scarlett, rabiosa, sin preocuparse de que Mamita la oyera—. Me tiene sin cuidado que no vuelvas nunca.

Se volvió, dirigiéndose hacia las escaleras, esperando sentir cómo la cálida mano de Rhett le agarraba, del brazo para detenerla. Pero él abrió la puerta y una ráfaga de aire helado penetró en la casa.

—Pero volveré —dijo, y salió, dejándola en mitad de la escalera mirando la cerrada puerta.

El anillo que Rhett trajo era verdaderamente enorme, tan enorme que a Scarlett la azoraba llevarlo. Le gustaban las joyas ostentosas y de precio, pero tenía la molesta sensación de que todo el mundo decía, con perfecta verdad, que el anillo era charro. La piedra central era un brillante de cuatro quilates rodeado de esmeraldas. Le llegaba al nudillo y daba a su mano la apariencia de ir cargada con un peso. Scarlett tenía la sospecha de que Rhett había pasado grandes trabajos para conseguir que le hiciesen el anillo y que por pura maldad lo había encargado lo más ostentoso posible.

Hasta que Rhett estuvo de vuelta en Atlanta y el anillo en su dedo, no comunicó a nadie sus propósitos, ni siquiera a su familia, y cuando anunció su compromiso estalló una tormenta de las más agrias críticas. Desde el asunto del Klan, Scarlett y Rhett habían sido los más impopulares personajes de la ciudad, excepción hecha de los yanquis y los *carpetbaggers.* Todo el mundo desaprobaba la conducta de Scarlett desde el ya lejano día en que abandonó el luto que había llevado por Charles Hamilton. El desacuerdo había aumentado a causa de su conducta poco femenina en el asunto de las serrerías, su falta de decoro exhibiéndose cuando estaba encinta y otras muchas cosas. Pero cuando llevó a la muerte a Frank y a Tommy y puso en peligro las vidas de una docena más de hombres, el desvío se convirtió en pública reprobación.

En cuanto a Rhett, se había atraído el odio de la ciudad desde sus especulaciones durante la guerra; no se había hecho más grato por sus alianzas con los republicanos, después. Pero, cosa extraña, el hecho de que salvase la vida de algunos de los hombres más eminentes de Atlanta fue lo que le atrajo el más ardiente odio de las damas de Atlanta.

No es que sintieran que sus hombres hubiesen salvado la vida. Era que lamentaban amargamente deber su vida a un hombre como Rhett y a un truco tan violento. Durante meses se habían sentido humilladas ante la risa y la burla de los yanquis, y decían que, de interesarse Rhett realmente por el bien del Klan, debió arreglar el asunto de un modo menos aparatoso.

Decían que había tramado con Bella Watling la forma de poner en evidencia a la gente de más viso de la ciudad. Y así no merecían ni agradecimiento por haber salvado la vida de los hombres, ni siquiera perdón por sus faltas pasadas.

Aquellas mujeres, tan sensibles a la bondad, tan caritativas con el dolor, tan infatigables en momentos difíciles, podían ser también tan implacables como furias con cualquier renegado que quebrantase el más insignificante artículo de su inédito código. Este código era bien sencillo: reverencia a la Confederación, honor a los veteranos, lealtad a las antiguas costumbres, orgullo en la pobreza, manos acogedoras para los amigos y odio a muerte a los yanquis. Y Scarlett y Rhett habían ultrajado todos los artículos de este código.

Los hombres cuyas vidas había salvado Rhett intentaron, por decoro y sentido de la gratitud, hacer callar a sus mujeres, pero sin conseguirlo. Antes del anuncio de la próxima boda, los dos prometidos habían sido muy poco populares, pero la gente aún podía ser fina con ellos por puro cumplido. Pero ahora ni esa fría cortesía era ya posible. La noticia del noviazgo estalló como una bomba y escandalizó a toda la ciudad. Y hasta las mujeres más comedidas se apasionaron comentándola. ¡Casarse escasamente un año después de la muerte de Frank, ella que lo había matado! ¡Y casarse con ese hombre, ese Butler, dueño de un lupanar y que se aliaba con los yanquis en todos sus rapaces proyectos! A cada uno de ellos, por separado, podía tolerársele, pero la espantosa combinación Scarlett Rhett era demasiado. ¡Qué ordinarios y perversos eran los dos! Había que expulsarlos de la ciudad.

Tal vez Atlanta hubiera sido más tolerante con los dos si la noticia del noviazgo no hubiese llegado en los momentos en que los antecedentes de Rhett como partidario de los yanquis y *carpetbaggers* resultaban más odiosos para los respetables ciudadanos de lo que lo habían sido hasta entonces. El odio público contra los yanquis y todos sus aliados había llegado al máximo cuando la ciudad se enteró del proyectado enlace, porque el último reducto de la resistencia de Georgia a los yanquis acababa de caer. La larga campaña empezada cuando Sherman, cuatro años antes, se corrió desde más arriba de Dalton hacia el sur, llegaba a su momento culminante, y la humillación del Estado era completa.

Habían transcurrido tres años de reconstrucción, que fueron tres años de terrorismo. Todo el mundo había creído que las condiciones nunca podrían ser peores. Pero ahora Georgia se daba cuenta de que la fase peor de la reconstrucción estaba empezando.

Durante tres años, el Gobierno federal había estado intentando imponer en Georgia unas ideas y una ley ajenas, y, con un ejército para reforzar su imposición, lo había conseguido ampliamente. Pero sólo el poder militar sostenía el nuevo régimen. El Estado estaba bajo la ley yanqui, pero no por consentimiento propio. Los dirigentes de Georgia habían continuado luchando por el derecho del Estado a gobernarse a sí mismo de acuerdo con sus propias ideas. Habían continuado resistiendo todos los esfuerzos de Washington para obligarlos a inclinarse ante sus dictados como ante la ley del Estado.

Oficialmente, el Gobierno de Georgia no había capitulado. Aunque fue aquélla una lucha inútil, una batalla perdida desde el principio y que nunca podría ganarse, había, al menos, retrasado lo inevitable. Ya otros Estados del Sur tenían negros ignorantes ocupando importantes destinos en oficinas públicas, y legislaturas gobernadas por negros y por *çarpetbaggers.* Pero Georgia, por su obstinada resistencia, se había librado hasta entonces de esta degradación. Durante casi tres años, el gobierno del Estado había permanecido bajo el control de los blancos y de los demócratas. Con soldados yanquis por todas partes, las autoridades del Estado poco podían hacer más que protestar y resistir. Su poder era nominal, pero por lo menos habían sido capaces de conservar el gobierno del Estado en manos de los georgianos natos. Ahora, hasta ese poder nominal había terminado.

Exactamente lo mismo que Jonhston y sus hombres habían sido expulsados, paso a paso, hacía cuatro años, desde Dalton hasta Atlanta, así desde 1865 los demócratas de Georgia habían sido expulsados poco a poco. También el poder del Gobierno federal sobre los asuntos del Estado y la vida de los ciudadanos había ido aumentando invariablemente. La fuerza se había superpuesto a la fuerza, los edictos militares en número cada vez mayor habían reducido la autoridad civil cada vez a mayor impotencia. Por fin, en Georgia, con los estatutos de una provincia militar se había concedido a los negros la libertad electoral, permitiéndolo o no las leyes del Estado.

Una semana antes de que Scarlett y Rhett hiciesen públicas sus relaciones, habían

tenido lugar elecciones de gobernador. Los demócratas del Sur presentaron como candidato al general Juan B. Gordon, uno de los más honrados y más apreciados ciudadanos de Georgia. El candidato de la oposición era un republicano llamado Bullock. La elección había durado tres días en lugar de uno. Trenes cargados de negros se habían precipitado de ciudad en ciudad, votando en cada colegio a lo largo de la línea. Naturalmente, Bullock había ganado.

Si la conquista de Georgia por Sherman había causado amargura, la conquista final del Gobierno del Estado por *çarpetbaggers,* yanquis y negros produjo una amargura tan intensa como el Estado no la había sentido jamás. Atlanta y Georgia hervían de ira.

Y Rhett era amigo del odiado Bullock.

Scarlett, con su acostumbrada despreocupación por todos los asuntos que no caían directamente bajo sus ojos, no se había enterado apenas de que se había efectuado la elección. Rhett no había tomado parte en ella y sus relaciones con los yanquis no habían variado. Pero persistía el hecho de que Butler era partidario de los yanquis y amigo de Bullock. Y si el matrimonio se efectuaba, Scarlett se convertiría también en partidaria de los yanquis. Atlanta no estaba en disposición de ser tolerante o caritativa con nadie que perteneciese al campo enemigo, y la noticia de las relaciones, por llegar cuando llegó, hizo a la ciudad recordar todo lo malo que tenía contra la pareja y nada de lo bueno. Scarlett se enteró de que la ciudad estaba indignada, pero no se dio cuenta de lo exaltado de esta indignación hasta que la señora Merriwether, impelida por sus amigas de la parroquia, se encargó de hablarle por su propio bien.

—Ya que su querida madre ha muerto, y la excelente señorita Pitty, por no ser señora casada, no está calificada para..., bueno, para hablar de semejante asunto, creo que soy yo quien debo prevenirla, Scarlett. El capitán Butler no es la clase de hombre apropiado para que una mujer de buena familia se case con él. Es un...

—Él consiguió salvar la cabeza del abuelo Merriwether y también la de su sobrino, señora.

La señora Merriwether tragó saliva. Escasamente una hora antes había tenido una cuestión con el abuelo. El anciano le había dicho que no debía estimar en mucho su pellejo cuando no sentía ninguna gratitud hacia Rhett Butler, aunque el hombre fuera un bandido.

—Cínicamente inventó ese ignominoso truco contra todos nosotros para humillarnos frente a los yanquis —repuso la señora Merriwether—. Sabe usted tan bien como nosotros que ese hombre es un cínico. Siempre lo ha sido y ahora su descaro no tiene nombre. En una palabra, no es una clase de hombre como para ser recibido por las personas decentes...

—¿No? ¡Qué raro, señora Merriwether! Estaba muy a menudo en el salón de usted durante la guerra. Y le regaló a Maribella su traje blanco de boda. ¿No es verdad? ¿O estoy yo equivocada?

—Las cosas eran muy distintas durante la guerra, y mucha gente distinguida se asociaba con personas que no lo eran completamente... Se hacía por la Causa y estaba muy bien hecho. Estoy segura de que no puede usted pensar en casarse con un hombre que no ha estado en el Ejército, que se reía de los que se alistaban.

—Estuvo también en el Ejército durante ocho meses, tomó parte en la última campaña, peleó con Franklin y estaba con el general Johnston cuando se rindió.

—No lo había sabido hasta ahora —dijo la señora Merriwether, con aire incrédulo —. Pero no fue herido.

—Muchos hombres no lo fueron.

—Todo el que era alguien lo fue. Yo no conozco ningún hombre que no recibiera alguna herida —añadió triunfalmente.

Scarlett estaba picada ya.

—Entonces me figuro que todos los hombres que usted conoce eran tan tontos que no sabían resguardarse de un chaparrón ni de una lluvia de balas. Y ahora déjeme usted decirle una cosa, señora Merriwether, y puede usted repetírselo a sus amigas: me voy a casar con el capitán Butler, y no me importaría mucho que hubiese luchado al lado de los yanquis.

Cuando la digna matrona salió de la casa, con la boca torcida por la rabia, Scarlett comprendió que, en lugar de una amiga que censurase sus actos, tenía una enemiga declarada. Pero le importaba poco; nada de lo que la señora Merriwether pudiera hacer o decir le interesaba, ni lo que dijese e hiciese ningún otro..., ningún otro que no fuese Mamita.

Scarlett había soportado el desmayo de tía Pitty al enterarse de la noticia, se había hecho fuerte para ver a Ashley, que pareció envejecido súbitamente y que desvió la mirada al desearle felicidades. Se había divertido e incomodado a un tiempo con las cartas de tía Eulalie y de tía Pauline de Charleston, que escribían horrorizadas por la noticia, prohibiendo el matrimonio, diciéndole que no sólo arruinaría su posición social, sino que también pondría en peligro la de ellas. Casi se había reído cuando Melanie, con un ligero fruncimiento de cejas, le había dicho lealmente: «Desde luego, el capitán Butler vale mucho más de lo que la gente piensa, y fue muy bueno, y se mostró muy inteligente cuando salvó a Ashley... Y, además, después de todo luchó por la Confederación. Pero, Scarlett, ¿no te parece que no debías decidir tan de prisa?».

No, no le importaba lo que dijese nadie, excepto Mamita. Las palabras de Mamita fueron las únicas que la enfadaron grandemente y le hicieron mucho daño.

—La he visto a usted hacer un montón de cosas que hubieran disgustado a la señorita Ellen, si lo hubiera sabido, y me ha dado mucha pena. Pero ésta es la peor de todas. ¡Casarse con ese mamarracho! No, no me diga que es de buena familia. Eso no significa nada. La gentuza puede salir de una buena familia igual que de una mala. Ese hombre es un mamarracho. Sí, señorita Scarlett. La he visto a usted como quitaba el novio, el señorito Charles, a la señorita Honey, no importándole a usted ni un comino por él. Y la he visto a usted robarle el novio, el señorito Frank, a su propia hermana. Y no he dicho ni una palabra a un montón de cosas que la he visto hacer, como, por ejemplo, vender madera vieja por nueva y mentir en las ventas, y salir a caballo sola, exponiéndose a los insultos de los negros, y causando la muerte del señorito Frank, y no dando de comer a los presidiarios ni casi para sostenerles el alma en el cuerpo. Pero no me callaría aunque la señorita Ellen desde la tierra prometida me gritase: «¡Mamita, Mamita, no sabes velar por el bien de mi hija!». Sí, señor, he aguantado todo eso, pero no voy a aguantar más, señorita Scarlett. No puede usted casarse con ese miserable. No, mientras yo tenga el alma en el cuerpo. No, mientras yo...

—Me casaré con quien quiera —dijo Scarlett fríamente parece que te estás olvidando de quien eres, Mamita.

—Y, si yo no le dijese a usted estas cosas, ¿quién se las iba a decir?

—He estado pensándolo mucho, Mamita, y he decidido que lo mejor que puedes hacer es volverte a Tara. Te daré algún dinero, y...

Mamita se puso en pie con toda dignidad.

—Yo soy libre, señorita Scarlett; no puede usted enviarme a donde yo no quiera ir, y

yo volveré a Tara cuando usted vuelva conmigo. Yo no puedo abandonar a la hija de la señorita Ellen; no hay nada en el mundo que me obligue a marchar. Aquí estoy y aquí me quedo.

—No te tendré viviendo en mi casa y portándote groseramente con el capitán Butler. Me voy a casar con él y no hay más que hablar.

—Hay muchísimo más que hablar —replicó Mamita y en sus empañados ojos apareció un fulgor de lucha—. Nunca pensé en tener que decir esto a nadie de la sangre de la señorita Ellen. Pero, señorita Scarlett, escúcheme: no es usted más que una mula con arneses de caballo; puede usted limpiar las patas de una mula, enlucir sus ancas, y ponerle arneses de cobre brillante, y engancharla a un espléndido carruaje. Pero siempre será una mula, no engañará a nadie. Y a usted le pasa lo mismo. Usted tiene vestidos de seda, y las serrerías, y el almacén, y el dinero, y presume usted como un caballo de raza, pero sigue usted siendo una mula a pesar de todo. No engaña usted a nadie. Y ese Butler viene de buena familia y está enlucido y compuesto como un caballo de raza, pero es una mula con arneses de caballo exactamente igual que usted.

Mamita lanzó una penetrante mirada a su ama. Scarlett había perdido el habla y temblaba de pies a cabeza al oír el insulto.

—Si dice usted que se va a casar con él, lo hará usted, porque tiene usted la cabeza tan dura como la tenía su padre. Pero acuérdese, señorita Scarlett; yo no pienso abandonarla, yo me quedaré aquí y presenciaré eso.

Sin esperar una réplica, Mamita salió dejando a Scarlett; y si hubiera dicho: «¡Ya me verás en Filipos!»[27], su tono no hubiera sido más despectivo.

Mientras pasaban su luna de miel en Nueva Orleáns, Scarlett repitió a Rhett el discurso de Mamita. Con gran sorpresa e indignación vio que Rhett se reía mucho de la ocurrencia de Mamita sobre las muías con arneses de caballo.

—Nunca he oído tan profunda verdad expresada más sucintamente —dijo—. Mamita es una vieja admirable y una de las pocas personas que conozco cuyo respeto y aprecio desearía ganar. Pero, como soy una mula, me figuro que nunca conseguiré ninguno de los dos. Ni siquiera aceptó la moneda de oro de diez dólares que yo quise regalarle después de la boda. ¡He visto tan poca gente que no se humanice a la vista del dinero! Pero me miró a los ojos y dándome las gracias me dijo que era una negra libre y no necesitaba mi dinero.

—Pero ¿por qué lo ha tomado así? ¿Por qué está todo el mundo picoteando en mis asuntos como gallinas en un gallinero? Creo que es cosa mía con quién me he de casar y las veces que lo haga. Yo siempre me he ocupado de mis asuntos. ¿Por qué no han de ocuparse los demás de los suyos?

—Cariño, el mundo puede perdonarlo todo, excepto a la gente que se soluciona sola sus asuntos. Pero ¿por qué chillas como un gato escaldado? Has dicho bastante a menudo que no te importaba lo que los demás pudiesen decir de ti. ¿Por qué no lo demuestras? Sabes que te has expuesto a la crítica tantas veces en las cosas pequeñas, que no puedes esperar escapar de las habladurías en este asunto tan importante. Sabías que habría muchos comentarios si te casabas con un villano como yo. Si yo fuera un villano de baja extracción y muerto de hambre, la gente se quedaría muy tranquila. Pero un villano rico y floreciente... es imperdonable.

—Me gustaría que hablases seriamente alguna vez.

—Hablo seriamente; siempre es desagradable para los buenos ver a los malos florecer como el verde laurel. Anímate, Scarlett. ¿No me decías una vez que la principal

razón por la que deseabas tener mucho dinero era porque así podrías mandar a todo el mundo a freír espárragos? Ahora te ha llegado la ocasión.

—Pero a ti era al primero a quien deseaba mandar a freír espárragos.

—¿Lo deseas todavía?

—Sí, aunque no tan a menudo como antes.

—Mándame cuando te parezca, si eso te hace feliz.

—No me hace extraordinariamente feliz —dijo Scarlett; e inclinándose lo besó indiferentemente. Los oscuros ojos de Rhett parpadearon y la miró buscando en los de ella algo que no encontró. Se rió brevemente.

—Olvídate de Atlanta. Olvida a aquellas arpías. Te he traído a Nueva Orleáns para que te diviertas, y me propongo conseguirlo.

QUINTA PARTE

48

Scarlett se divirtió mucho y disfrutó de más diversiones que las que había tenido desde la primavera anterior a la guerra. Nueva Orleans era una ciudad extraña y brillante y Scarlett gozó allí con el placer de un prisionero a quien perdonan la vida. Los *carpetbaggers* estaban saqueando la ciudad; muchas personas decentes eran arrojadas de sus hogares y no sabían adonde recurrir para su próxima comida, y entre tanto un negro se sentaba en el sillón de gobernador militar. Pero la Nueva Orleáns que Rhett le enseñó era el lugar más alegre que había visto en su vida. La gente que conoció parecía tener tanto dinero deseaba y ninguna preocupación. Rhett la presentó a docenas de mujeres, mujeres bonitas, lujosamente vestidas, mujeres que reían de todo y nunca hablaban de las estúpidas cosas serias de los tiempos difíciles. Y los hombres que conoció... ¡qué interesantes eran, y qué distintos de los hombres de Atlanta y cómo luchaban entre sí por bailar con ella, y cómo la piropeaban como si fuera aún una linda joven!

Aquellos hombres tenían el mismo duro e inquieto aspecto de Rhett. Sus ojos siempre estaban alerta, como hombres que han vivido demasiado tiempo rodeados de peligros para poder estar nunca totalmente descuidados. Parecían no tener pasado ni futuro, y cortésmente eludían el contestar a Scarlett, cuando para entablar conversación les preguntaba qué eran o dónde estaban antes de ir a Nueva Orleáns. Eso por sí solo era extraño, porque en Atlanta todo recién llegado respetable se apresuraba a presentar sus credenciales, a hablar orgullosamente de su casa y su familia, para rastrear los tortuosos laberintos de amistades que enlazaban a todo el Sur.

Pero estos hombres reservados medían sus palabras cuidadosamente. Algunas veces, cuando Rhett estaba solo con ellos y Scarlett se encontraba en la habitación inmediata, oía risas y fragmentos de conversación que no tenían sentido para ella; palabras sueltas, nombres raros: Cuba y Nassau en los días del bloqueo, la inundación, oro, pisoteo de derechos, robo a mano armada y saqueo. Nicaragua, y Guillermo Walker, y cómo murió contra el paredón en Trujillo, una vez su súbita aparición hizo cesar bruscamente una charla sobre lo que les había ocurrido a los miembros de la banda de guerrilleros dee Quantrill, y pudo percibir los nombres de Frank y Jesse James[28]. Pero todos tenían modales corteses, buen sastre, y evidentemente admiraban, así que a Scarlett le importaba poco que no quisiesen vivir más que en el presente. Lo que realmente importaba era que fuesen amigos de Rhett, y tuviesen hermosas casas y espléndidos carruajes, y que los llevasen a ella y a Rhett a deliciosos paseos, los invitasen a comidas, y organizasen fiestas en su honor. A Scarlett le gustaba mucho. Rhett se divirtió cuando ella se lo dijo.

—Sabía que te gustarían —dijo, riéndose.

—¿Por qué no? —Y sus sospechas se despertaron como siempre que él se reía.

—Son todos ovejas negras, bribones. Todos son aventureros o aristócratas del negocio turbio. Todos hacen dinero especulando en alimentos como tu amado esposo, o fuera de los cauces legales, o por caminos oscuros que no admiten un estudio detenido.

—No puedo creerlo; bromeas; es una gente distinguidísima.

—La gente distinguidísima de la ciudad está muerta de hambre —dijo Rhett— y vive en chozas en las que dudo mucho que me recibieran. ¿Sabes, querida? Aquí tuve yo

algunos negocios durante la guerra, y esa gente tiene una memoria endiabladamente buena. Scarlett, eres para mí un perenne manantial de alegrías. Tienes un arte especial para escoger siempre lo peorcito en personas y cosas.

—¡Pero son tus amigos!

—¡Oh! A mí me gustan los bribones. Pasé mi primera juventud dedicado a fullero en un barco del río, y me gusta esa gente. Pero a mí no me ciegan; los conozco a todos muy bien. Mientras que tú —volvió a reír— no tienes instinto de la gente; no sabes distinguir entre lo barato y lo valioso. Algunas veces pienso que las únicas grandes damas con las que has tenido trato en tu vida fueron tu madre y Melanie, ninguna de las cuales parece haber tenido gran influencia sobre ti.

—¡Melanie! ¡Pero si es más fea que un zapato viejo, y sus trajes parecen siempre hechos por una costurera barata, y no sabe hablar dos palabras seguidas!

—Ahórrame tus celos, monina. La belleza no hace la dama, ni los vestidos la gran dama.

—¿De veras? Espera un poco, Rhett Butler, y ya verás. Ahora que tengo... que tenemos dinero, me voy a convertir en la señora más aristocrática que hayas visto en tu vida.

—Esperaré con interés —dijo él.

Más interesantes que la gente que conoció eran los trajes que Rhett le compraba, vigilando por sí mismo la elección de los colores, telas y formas. El miriñaque ya no estaba de moda, y el nuevo estilo era encantador, con el vuelo de las faldas todo echado desde delante para atrás, y drapeado formando grandes vuelos, con guirnaldas de flores y lazos y cascadas de encaje. Ella se acordaba de los discretos miriñaques de los años de la guerra y se sentía un poco azorada con esta nueva falda que indudablemente dibujaba su talle. ¡Y los deliciosos sombreritos que realmente no tenían nada de sombreros, sino que eran unos objetos planos que se llevaban caídos sobre un ojo y cargado de frutas, flores, plumas ondulantes y cintas rizadas! ¡Si Rhett no hubiera sido tan tonto y no le hubiera quemado los rizos postizos que se había comprado para aumentar su moño de pelo fosco que sobresalía de la cima de estos sombreritos! Y la delicada ropa interior, ¡qué lindísima era, y cuántos juegos tenía! Camisas y camisones, y enaguas del más fino hilo, todo guarnecido de exquisitos bordados y jaretas infinitesimales. Los zapatos de raso que Rhett le compró tenían tacones de tres dedos de alto y hebillas de pasta grandes y brillantes. Poseía de medias de seda una docena de pares, y ni uno solo con el talón de algodón. ¡Qué lujosas!

Incansable, compró regalos para la familia: un cachorrillo de San Bernardo para Wade, que siempre había deseado tener uno; un gatito de Angora para Beau, un brazalete de coral para la pequeña Ella, una pesada gargantilla con *pendentif* para tía Pittypat, una colección completa de las obras de Shakespeare para Melanie y Ashley, una complicada librea y un sombrero de copa de seda con plumero para el tío Peter, trajes largos para Dilcey y la cocinera, obsequios costosos para todo el mundo en Tara.

—Pero ¿qué has comprado para Mamita? —preguntó Rhett, mirando el montón de regalos, esparcidos encima de la cama, en su habitación del hotel, después de trasladar el gato y el perro al cuarto del tocador.

—Absolutamente nada. Estuvo muy antipática. ¿Cómo voy a llevarle un regalo si nos llamó muías?

—¿Por qué te molesta tanto oír la verdad, cariño? Tienes que llevarle a Mamita un regalo. Le destrozarías el corazón si no lo hicieses, y corazones como el suyo valen demasiado para destrozarlos.

—No le llevaré nada; no lo merece.

—Pues se lo llevaré yo. Recuerdo que mi ama decía siempre que, cuando se fuese al Cielo, le gustaría llevar unas enaguas de seda tan tiesas que se tuvieran solas en pie y tan crujientes que el Señor Dios pudiese creer que estaban hechas de alas de ángeles. Le compraré a Mamita una seda encarnada y encargaré que le hagan unas enaguas elegantísimas.

—Nunca las admitirá de ti; preferiría morir a ponérselas.

—No lo dudo, pero lo haré de todos modos.

Las tiendas de Nueva Orleáns eran lujosas y tentadoras y el ir le compras con Rhett era un encanto. También lo era ir con él a comer, incluso más agradable que el ir de compras, porque sabía lo jue había que pedir y cómo debían cocinarlo. Los vinos, licores y champañas de Nueva Orleáns resultaban nuevos y excitantes para ella, que sólo conocía el zarzamora casero y los tragos bebidos a hurtadillas del frasco de brandy que para los desmayos tenía siempre a prevención tía Pittypat. Pero ¡oh, las comidas que encargaba Rhett! Lo mejor de todo en Nueva Órleáns era la comida. Recordando el hambre espantosa que había sufrido en Tara, y su más reciente penuria, Scarlett pensaba que nunca podría comer bastante de aquellos platos tan exquisitos; camarones a la criolla, palomas al jerez, ostras en salsa, setas dulces, menudillos de pavo, pescado sabiamente asado entre papeles untados de aceite, y limas. Su apetito no estaba nunca satisfecho, pues cuando recordaba los eternos guisantes secos, y los ñames de Tara, sentía ansia de hartarse de nuevo de los platos criollos.

—Comes como si cada comida fuera la última —decía Rhett—. No rebañes la fuente, Scarlett. Estoy seguro de que hay más en la cocina y no tienes más que pedírselo al camarero. Si no dejas de ser tan glotona te vas a poner tan gorda como las señoras cubanas y entonces me divorciaré de ti.

Pero Scarlett le sacó la lengua y pidió más pasteles, rellenos de chocolate o merengue.

¡Qué divertido era gastar todo el dinero que se quería, sin contar los centavos, sin pensar que había que ahorrarlos para pagar gastos caseros o comprar muías! ¡Qué divertido tratarse con gente alegre y rica y no con la nobleza pobre como la gente de Atlanta! ¡Qué divertido llevar trajes de crujiente brocado, que marcaban la cintura y mostraban el cuello y los brazos y más que un poco del pecho, y saber que los hombres la admiraban! ¡Qué divertido comer todo lo que se quería sin censores que dijesen que eso no era distinguido! ¡Qué divertido beber todo el champaña que se le antojaba! La primera vez que bebió demasiado estaba muy molesta cuando se despertó a la mañana siguiente, con un dolor de cabeza tremendo y el recuerdo de haber vuelto al hotel por las principales calles de Nueva Orleáns en un coche abierto, cantando a voz en grito el «¡Bella bandera azul!». Nunca había visto a una verdadera señora ni siquiera alegre; la única mujer a la que había visto borracha era a aquella Watling el día de la caída de Atlanta. Apenas se atrevía a enfrentarse con Rhett, tan grande era su humillación; pero a él el asunto pareció divertirle. Todo lo que Scarlett hacía parecía divertir a Rhett como si se tratase de un gatito juguetón.

Como era tan arrogante, resultaba agradable salir con él. Antes Scarlett no se había fijado gran cosa en ello, y en Atlanta todo el mundo estaba demasiado preocupado con sus problemas para interesarse por la apariencia de semejante individuo. Pero aquí en Nueva Orleáns podía ver que los ojos de las mujeres lo seguían y que hasta se estremecían cuando se inclinaba para besarles la mano. El convencimiento de que otras mujeres se sentían atraídas por su marido y acaso la envidiaban la hizo sentirse súbitamente orgullosa de

mostrarse a su lado.

«Los dos somos muy guapos», pensaba Scarlett complacida.

Sí, como Rhett le había dicho, el matrimonio podía ser muy divertido. No sólo era divertido, sino que también le estaba enseñando muchas cosas. Esto era verdaderamente extraño, pues Scarlett había creído que la vida ya no tenía que enseñarle nada. Ahora se encontraba cada día como una niña a punto de descubrir algo nuevo.

Primero aprendió que el matrimonio con Rhett era completamente distinto de lo que había sido con Charles o con Frank. Éstos la habían respetado y se habían asustado de su carácter. La habían suplicado y cuando a ella le venía en ganas les había concedido sus favores. Rhett no la temía y muchas veces Scarlett pensaba que tampoco la respetaba gran cosa. Lo que quería hacer lo hacía y si a ella no le gustaba se reía de ella. Desde luego, Scarlett no estaba enamorada de Rhett, pero le era muy agradable vivir con él. Lo más interesante en él era que, aun en sus arranques de pasión sazonados unas veces con crueldad, otras con irritante burla, parecía siempre dominarse, conteniendo siempre sus pasiones.

«Estoy segura de que no está realmente enamorado de mí —pensaba, y estaba bastante satisfecha del estado de las cosas—. Me disgustaría que perdiese su dominio por completo.» Pero, sin embargo, la idea de la posibilidad de semejante cosa cosquilleaba su curiosidad y la excitaba.

Viviendo con Rhett aprendió muchas cosas de él, ella que creía conocerlo ya admirablemente. Se enteró de que su voz podía ser unos ratos suave como la piel de un gato y quebrarse y estallar en juramentos de repente. Podía relatar con aparente sinceridad y aprobación historias de valor, virtud y amor de los extraños lugares donde había vivido e historias libertinas del más frío cinismo. Scarlett estaba segura de que ningún hombre debería contar aquellas historias a su mujer, pero eran entretenidas y agradaban a aquel fondo rudo y material que había en ella. Rhett podía ser un amante ardiente, casi tierno, por un breve espacio y casi inmediatamente cambiarse en un demonio burlón, que rasgaba la cubierta de su ardiente temperamento, le prendía fuego y se burlaba de la explosión. Se enteró de que sus cumplidos tenían siempre dos filos y que sus expresiones más tiernas eran de doble intención. En fin, en las dos semanas que pasaron en Nueva Orleáns, Scarlett aprendió muchísimas cosas de él, excepto lo que realmente era.

Algunas mañanas, Rhett despedía a la doncella y le traía él mismo la bandeja del desayuno, y se lo iba dando como si fuera una niña; cogía el cepillo de la cabeza y le cepillaba el largo y oscuro cabello hasta dejarlo reluciente. En cambio, otras mañanas la despertaba bruscamente de su profundo sueño, arrancándole de encima todas las mantas de la cama y haciéndole cosquillas en los pies desnudos. Unas veces escuchaba con profundo interés detalles de sus negocios con muestras de aprobar su sagacidad; otras calificaba sus turbias transacciones de porquería y robo a mano armada y con fractura. La llevaba al teatro y la aburría repitiéndole que Dios no aprobaba aquellas diversiones; a las iglesias, y, *sotto vocee,* le contaba divertidas obscenidades, y luego la reñía por reírse. La animaba a decir todo lo que se le ocurría, a ser impertinente y atrevida. Ella aprendió de él a usar palabras picantes y gustaba de sazonar con ellas su conversación porque esto le atraía admiradores. Pero no poseía el sentido del humor que atemperaba la malicia de Rhett, ni su sonrisa, que parecía burlarse de sí mismo cuando estaba burlándose de los demás.

La hacía jugar, ¡a ella que casi lo había olvidado! ¡La vida había sido tan seria y tan amarga! Él sabía jugar y la arrastraba. Pero Rhett no jugaba nunca como un niño; era un hombre e, hiciera lo que hiciera, no podía dejar de serlo nunca. Scarlett no tenía jamás

ocasión de mirarlo desde las alturas de la superioridad femenina, riéndose como se han reído siempre las mujeres del infantilismo de los hombres que tienen corazón de niño.

Esto la molestaba un poco cuando pensaba en ello. ¡Hubiera sido tan agradable sentirse superior a Rhett! A todos los demás hombres que había conocido, podía pararlos con un «¡Qué chiquillo!». Su padre, los gemelos Tarleton, con su afán de hacerla rabiar y sus bromas tan meditadas; los melenudos Fontaine, con sus enfados infantiles; Charles, Frank, todos los hombres que le habían hecho el amor durante la guerra, todos, excepto Ashley. Sólo Ashley y Rhett eludían su comprensión y su control porque los dos eran unos hombres y carecían de todas las cualidades y defectos de la infancia.

No comprendía a Rhett ni se preocupaba en comprenderlo, aunque había en él cosas que realmente la intrigaban; por ejemplo, el modo que tenía de mirarla cuando creía que ella no se daba cuenta. Algunas veces, volviéndose de repente, lo había encontrado observándola con una mirada alerta, ansiosa, expectante.

—¿Por qué me miras así —había preguntado irritada—, como un gato mira la guarida del ratón?

Pero la cara de Rhett cambiaba instantáneamente y se limitaba a echarse a reír. Pronto se le olvidaba y no volvía a preocuparse de aquello ni de nada concerniente a Rhett. Era demasiado enigmático para romperse la cabeza intentando descifrarlo, y la vida era tan divertida excepto cuando pensaba en Ashley.

Rhett la tenía demasiado ocupada para que pudiese pensar en Ashley demasiado a menudo. De modo que éste rara vez ocupaba sus pensamientos durante el día; pero por la noche, cuando estaba cansada de bailar y la cabeza le daba vueltas por haber bebido demasiado champaña, entonces se acordaba de Ashley. Frecuentemente, cuando la luna alumbraba su cama y descansaba adormecida en brazos de Rhett, pensaba lo perfecta que sería la vida si fueran los brazos de Ashley los que la estrechasen, si fuera Ashley el que le ponía el cabello sobre la cara, anudándoselo bajo la barbilla.

Una vez, cuando pensaba en esto, suspiró volviendo la cabeza hacia la ventana y al cabo de un momento sintió que el pesado brazo que rodeaba su cuello se volvía de hierro: y la voz de Rhett habló duramente:

—¡Que Dios condene tu alma al infierno por toda la enternidad!

Y levantándose se vistió y salió de la habitación a pesar de las asustadas preguntas y protestas de su mujer. Volvió a la mañana siguiente, cuando ella estaba desayunando en sus habitaciones. Venía despeinado y completamente borracho, ni se disculpó ni dio cuenta de lo que había estado haciendo.

Scarlett no le preguntó nada y estuvo terriblemente fría con él, como conviene a una esposa ofendida, y cuando terminó su desayuno se vistió bajo su turbia mirada y salió de compras. A su vuelta él no estaba en casa y no apareció hasta la hora de la cena.

Fue una comida silenciosa. Scarlett estaba nerviosa porque era su última comida en Nueva Orleáns, y quería hacer honor a los langostinos, y bajo la mirada de su marido no podía disfrutar de ellos. Sin embargo, se comió uno grandísimo y bebió una buena cantidad de champaña. Tal vez fue aquella mezcla lo que por la noche hizo retornar su antigua pesadilla, pues se despertó bañada en un sudor frío, sollozando entrecortadamente. Estaba de nuevo en Tara y Tara estaba desolada. Su madre había muerto y con ella había desaparecido del mundo toda la fuerza y la sabiduría. En ninguna parte del mundo había nadie a quien recurrir, nadie de quien fiarse. Y algo terrible la perseguía, y ella corría, corría con el corazón saltándosele del pecho, corría rodeada de una espesa niebla, gritando, buscando a ciegas aquel puerto de salvación desconocido, sin nombre, que se encontraba en

algún lugar en la niebla, cerca de ella.

Rhett estaba inclinado sobre Scarlett, cuando se despertó y sin una palabra la tomó en sus brazos como a una niña, estrechándola fuertemente: sus duros músculos la confortaban, su murmullo sin palabras la tranquilizaba, hasta que cesaron sus sollozos.

—¡Oh, Rhett! Tenía tanto frío, y tanta hambre, tanto cansancio... y no podía encontrarlo. Corría y corría envuelta en la niebla y no podía encontrarlo.

—¿Encontrar qué, cariño?

—No lo sé, quisiera saberlo.

—¿Es la antigua pesadilla?

—Sí.

Mimosamente, la colocó en la cama, rebuscó en la oscuridad y encendió una vela. A la luz, sus ojos sanguinolentos y los duros rasgos de su rostro eran indescifrables como la piedra. La camisa abierta hasta la cintura mostraba un pecho moreno cubierto de vello negro y tupido. Scarlett, que seguía tiritando de miedo, pensó que aquel pecho sería fuerte y protector, y balbuceó:

—Cógeme, Rhett.

—¡Cariño! —repuso él suavemente, y cogiéndola en brazos se sentó en una butaca, meciendo a Scarlett como si fuera una niña.

—¡Oh, Rhett, es espantoso tener hambre!

—¡Debe de ser espantoso soñar que se muere de hambre después de una cena como la de esta noche y de aquel enorme langostino!

Sonreía al hablar, pero su mirada era bondadosa.

—¡Oh, Rhett! Yo corro, corro a la caza de algo y nunca consigo encontrar lo que voy buscando. Está siempre escondido en la niebla. Sé que si lo encontrara sería la salvación para siempre jamás y que nunca volvería a tener ni frío ni hambre.

—¿Es una persona o una cosa lo que vas buscando?

—No lo sé. Nunca se me ocurre pensarlo. Rhett, ¿crees que soñaré alguna vez que consigo llegar a la salvación?

—No —contestó él, atusando su alborotada cabellera—, no lo creo. Los sueños no son así. Pero creo que si te acostumbras a sentirte a salvo, y caliente, y bien alimentada todos los días de tu vida, dejarás de tener ese sueño. Yo, Scarlett, voy a ocuparme de ponerte a salvo.

—Rhett, eres encantador.

—Gracias por las migajas de tu mesa. Scarlett, deseo que todas las mañanas al despertarte te repitas: «Nunca volveré a pasar hambre; nada podrá hacerme daño mientras Rhett esté a mi lado y el Gobierno de los Estados Unidos esté en el poder».

—¿El Gobierno de los Estados Unidos? —preguntó ella sentándose sobresaltada con las mejillas aún bañadas por las lágrimas.

—La moneda ex confederada se ha convertido en una mujer honrada. He invertido la mayor parte de mi fortuna en bonos del Gobierno.

—¡Santo Cielo! —gritó Scarlett, incorporándose en su regazo, olvidada de su reciente temor—. ¿Quieres decir que has prestado tu dinero a los yanquis?

—A un magnífico interés.

—Me importa poco que sea a un cien por cien. Tienes que vender inmediatamente. ¡Qué ocurrencia dejar a los yanquis disfrutar de tu dinero!

—¿Y qué quieres que haga con él? —preguntó Rhett sonriendo al ver que los ojos de Scarlett ya no estaban dilatados por el terror.

—¿Qué, qué?... Pues comprar terrenos en Cinco Puntos. Apostaría que con la cantidad de dinero que tienes puedes comprar todo Cinco Puntos.

—Gracias, pero no quiero poseer todo Cinco Puntos. Ahora que el Gobierno yanqui ha dominado toda Georgia, no puede decirse lo que ocurrirá. Quiero ponerlo todo fuera del alcance del enjambre de zánganos que se está volcando sobre Georgia por el norte, este, sur y oeste. Llevo demasiado tiempo tratándolos (ya lo sabes) para fiarme de ellos. No quiero poner mi dinero en fincas, prefiero bonos. Pueden ocultarse. Y, en cambio, las fincas no se pueden ocultar fácilmente.

—¿Tú crees? —empezó ella, pálida al acordarse de las serrerías y el almacén.

—No sé. Pero no te asustes, Scarlett. Nuestro gobernador es un buen amigo mío. Es sencillamente que los tiempos son demasiado inseguros ahora y que no quiero tener demasiado dinero en bienes inmuebles.

Pasó a su mujer de una de sus rodillas a la otra e, inclinándose, alcanzó un cigarro y lo encendió. Scarlett estaba sentada con los desnudos pies colgando, completamente olvidada de sus terrores.

—Lo que pienso tener en bienes muebles he de emplearlo en construir una casa. Pudiste convencer a Frank para que viviese en la de tía Pitty; pero a mí, no. No me creo capaz de soportar sus desmayos tres veces al día. Seguramente el tío Peter me asesinaría antes de dejarme vivir bajo el sagrado techo de los Hamilton. La señora Pitty puede llevarse a India Wilkes para que viva con ella y no dejar entrar al hombre del saco. Cuando volvamos a Atlanta nos iremos a vivir al Hotel Nacional hasta que esté terminada nuestra casa. Antes de salir de Atlanta compraré el solar grande de Peachtree, el que está al lado de la casa de Leyden. ¿Sabes cuál te digo?

—¡Qué encanto, Rhett! ¡Con las ganas que yo tengo de vivir en una casa propia! Que sea muy grande, ¿eh?

—Vaya, menos mal que estamos de acuerdo en algo. ¿Qué te parecería el estuco blanco con hierros forjados como estas casas criollas?

—¡Oh, no Rhett! Nada de estilo antiguo como estas casas de Nueva Orleáns. Yo ya sé lo que quiero. Y es lo más moderno que hay, porque vi la fotografía en... ¿Dónde fue? ¡Ah, sí! En el *Harpers Weekly.* Me fijé en él. Era al estilo de un chalet suizo.

—¿Un qué suizo?

—Un chalet.

—Deletréalo.

Scarlett lo hizo.

—¡Oh! —dijo Rhett, tirándose de los bigotes.

—Era encantador. Tenía el tejado abuhardillado, con una ventana larga y estrecha en el frente y, a cada extremo, una torrecilla hecha de mosaicos. Y las torrecillas tenían ventanas con cristales rojos y azules. ¡Y resultaba tan elegante!

—Supongo que tendría trabajo de marquetería en la barandilla del porche.

—Sí.

—Y una franja de volutas de madera que colgaban del tejado del porche.

—Sí; debes haber visto uno parecido.

—Sí, pero no en Suiza. Los suizos son una raza demasiado inteligente y sensible a la belleza arquitectónica. ¿Deseas de veras una casa como ésa?

—Ya lo creo.

—Esperaba que la convivencia conmigo te mejoraría el gusto. ¿Por qué no una casa criolla o en estilo colonial, con seis columnas blancas?

—Te digo que no quiero nada visto ya y antiguo. Y por dentro hemos de poner las paredes empapeladas de rojo, y cortinas de terciopelo rojo también en todas las puertas, y muebles carísimos de nogal, y alfombras grandes, gruesas, y... ¡Oh, Rhett!... Todo el mundo se pondrá amarillo de envidia cuando vea nuestra casa.

—¿Es necesario que todos se pongan amarillos de envidia? Bueno, pues, si quieres, pasarán envidia. Pero, Scarlett, ¿no se te ha ocurrido pensar que no resulta de demasiado buen gusto amueblar la casa tan lujosamente cuando todo el mundo está tan pobre?

—La quiero así —dijo ella obstinada—. Quiero que todos los que han sido tan malos conmigo se muerdan los puños. Y daremos grandes recepciones que harán a la ciudad entera arrepentirse de haber dicho cosas tan desagradables de nosotros.

—Pero ¿quién asistirá á nuestras recepciones?

—Hombre, me figuro que todo el mundo.

—Lo dudo; «La Vieja Guardia muere, pero no se rinde».

—Vas demasiado lejos, Rhett. Cuando se tiene dinero, todos le bailan a uno el agua.

—Menos la gente del Sur. Es más difícil al dinero del especulador entrar en los grandes salones que al camello pasar por el ojo de una aguja. Y en cuanto a las gentes de negocios sucios (es decir, tú y yo, cariño), tendremos suerte si no nos escupen a la cara. Pero, si quieres hacer la prueba, yo te apoyaré, querida, y estoy seguro de que la campaña me divertirá enormemente. Y, ya que estamos hablando de dinero, déjame explicarte lo siguiente: puedes gastar todo el dinero que quieras para la casa y para tus faralaes. Y si quieres joyas también las tendrás. Pero todo he de escogerlo yo. Y cualquier cosa que quieras para Wade y EEa. ¡Tienes un gusto tan endemoniadamente malo, mi vida! Y si Will Benteen no consigue arreglar lo del algodón, yo estoy dispuesto a ayudar y a colaborar con ese mirlo blanco del Condado de Clayton que tú tanto quieres. Está claro, ¿verdad?

—Desde luego. Eres muy generoso.

—Pero escúchame bien: ni un céntimo para el almacén, ni un céntimo para esa especie de factoría que tienes.

—¡Oh! —murmuró Scarlett, decepcionada.

Durante toda la luna de miel había estado cavilando cómo podría sacar la conversación de los mil dólares que necesitaba para comprar cincuenta pies de terreno con que poder agrandar el depósito de maderas.

—Yo creí que siempre me habías aplaudido mucho por ser de criterio amplio y no preocuparme de lo que la gente pudiera decir de que llevara un negocio, y resulta que tú eres lo mismo que los demás, que te asusta que la gente pueda decir que en la familia soy yo la que lleva los pantalones.

—Bien, pues no le va a quedar a nadie la menor duda sobre quién lleva los pantalones en la familia Butler —dijo Rhett, recalcando mucho cada palabra—. No me importa lo que digan los tontos, desde luego. Soy lo bastante mal educado para estar orgulloso de tener una mujer que está a la última en todo. Yo deseo que continúes dirigiendo el almacén y las serrerías. Hay que contar también con tus hijos. Cuando Wade sea mayor puede no parecerle bien vivir a costa de su padrastro, y entonces puede tomar él la dirección. Pero ni un céntimo de lo mío ha de emplearse en ninguno de esos negocios.

—¿Por qué?

—Porque no quiero contribuir a mantener a Ashley Wilkes.

—¿Vas a empezar otra vez?

—No, pero me preguntas mis razones y te las digo. Y otra cosa: no creas que me vas a poder escamotear los libros y mentirme sobre el precio de tus trajes y sobre todo lo que

cuesta llevar la casa, para así poder guardar el dinero y poder comprar muías y otra serrería para Ashley. Tengo la intención de vigilar y comprobar cuidadosamente tus gastos; y yo sé lo que cuestan las cosas. ¡Oh, no te ofendas! Lo harías. Es más fuerte que tú. Es más fuerte que tú cualquier cosa que se refiere a Ashley o a Tara. No tengo nada que decir de Tara, pero me opongo terminantemente en lo que concierne a Ashley. Te estoy dirigiendo con riendas muy flojas; pero no olvides que, a pesar de todo, llevo látigo y espuelas.

49

La señora Elsing aplicó el oído al escuchar en el vestíbulo los pasos de Melanie dirigiéndose a la cocina, donde el ruido de la vajilla y el tintineo de la plata anunciaban un refrigerio y, volviéndose, habló con voz suave a las señoras sentadas en el salón con el cestito de costura en el regazo.

—Yo, desde luego, no pienso ir a visitar a Scarlett ni ahora ni nunca.

Y la fría y señorial expresión de su rostro se acentuaba más que nunca.

Los otros miembros del «Ropero de señoras para viudas y huérfanos de la Confederación» abandonaron, ansiosas, sus agujas y aproximaron sus mecedoras. Todas las señoras habían estado deseando poder criticar a Scarlett y a Rhett, pero la presencia de Melanie lo había evitado. Precisamente el día anterior la pareja había vuelto de Nueva Orleáns y ocupaba las habitaciones nupciales del Hotel Nacional.

—Hugh dice que debo ir, aunque sea puramente de cumplido, porque el capitán Butler le salvó la vida —continuó la señora de Elsing—. Y la pobre Fanny le da la razón y dice que también ella irá a verla. Y yo le he dicho: «Fanny, si no fuera por Scarlett, el pobre Tommy estaría con vida aún en estos momentos. Es un insulto a su memoria el ir». Y Fanny, que no tiene ni pizca de sentido común, me contestó: «Madre, no voy a visitar a Scarlett. Voy a visitar al capitán. Hizo cuanto pudo por salvar a Tommy y no es culpa suya si no lo consiguió».

—¡Qué tonta es la gente joven! ¡Ir a verlos! —dijo la señora Merriwether con su robusto seno hinchado de indignación al recordar lo rudamente que Scarlett había recibido su consejo sobre su matrimonio con Rhett—. Mi Maribella es tan boba como su Fanny. Dice que ella y Rene irán a verlos, porque el capitán Butler salvó de la horca a Rene. Y yo le digo que, si Scarlett no se hubiera expuesto, Rene nunca hubiera estado en peligro. Y el viejo Merriwether también piensa ir, y habla como chocheando, y dice que está muy agradecido a ese bandido, aunque yo no se lo esté. Creo que desde que Merriwether padre ha estado en casa de esa mujer, la Watling, no hace más que tonterías. ¡Ir a verlos! Yo, desde luego, no pienso ir. Scarlett se ha colocado fuera de la ley al casarse con ese hombre. Ya estaba bastante mal que durante la guerra especulara e hiciera dinero explotando nuestra hambre; pero ahora, que está a partir un piñón con las gentes dudosas y los *scallawags,* y es amigo, verdaderamente amigo, de ese ente odioso, el gobernador Bullock... ¡Id a verlos!

La señora Bonnel suspiró. Era una mujercita pequeña, regordeta morena, con una carita muy alegre.

—Irán a verlos una sola vez por cumplido, Dolly. Yo no los encuentro tan merecedores de crítica. He oído decir que todos los hombres que salieron aquella noche piensan ir a visitarlos y creo que deben hacerlo. Después de todo, parece mentira que Scarlett sea la ija de su madre. Fui al colegio con Ellen Robillard en Savannah; había muchacha más encantadora que ella; yo la quería mucho. Si su padre no se hubiera opuesto a su boda con su primo Filip ibillard! No había nada que decir del muchacho; todos los chicos en alguna barrabasada. Pero Ellen tuvo que dejarlo y casarse el viejo O'Hara y tener una hija como Scarlett. Verdaderamente, me parece que voy a ir a verla por una vez. Aunque sólo sea por la memoria de Ellen.

—¡Tonterías sentimentales! —refunfuñó la señora Merriwether enfadada—. Cathleen Bonnel, ¿vas a ir a visitar a una mujer que se casó un año escaso después de la muerte de su marido, una mujer...?

—Y realmente ella mató al señor Kennedy —interrumpió India.

Su voz era fría y amarga. Cada vez que pensaba en Scarlett le resultaba difícil ser comedida, recordando siempre a Stuart Tarleton.

—Yo siempre he creído que entre ella y ese Butler había ya antes de la muerte de Kennedy mucho más de lo que la gente sospechaba. Antes de que las señoras se hubieran recobrado de su escandalizado asombro ante semejante declaración, y mucho más de oír a una muchacha soltera mencionar ese tema, Melanie estaba de pie en el umbral. Tan enfrascadas habían estado en su comadreo, que no habían oído su ligero paso, y ahora, al enfrentarse con su anfitriona, parecían niñas habladoras sorprendidas por la maestra. La alarma se añadió a la consternación al ver el cambio que se había operado en el rostro de Melanie. Estaba roja de justa indignación, sus dulces ojos despedían chispas, las aletas de la nariz le temblaban. Nadie había visto nunca a Melanie enfadada; ni una señora de las presentes la habría creído capaz de irritarse. Todas la querían, y pensaban que era la más dulce y manejable de las mujeres, deferente con las personas mayores y sin opiniones propias.

—¿Cómo te atreves, India...? —preguntó con voz baja y estremecida—. ¿Adonde te va a llevar la envidia? ¡Qué vergüenza! El rostro de India se puso pálido. No obstante, levantó la cabeza.

—No me retracto de nada —dijo con brevedad, aunque su mente ardía.

«¿Estoy celosa?», se preguntaba. Con el recuerdo de Stuart Tarleton, y Honey, y Charles, ¿no tenía motivos más que sobrados para estar celosa de Scarlett? ¿No tenía razones para odiarla, ahora que tenía la sospecha de que también a Ashley lo había envuelto en sus redes? Y pensó: «¡Si yo te dijera todo lo que sé de Ashley y tu preciosa Scarlett!». India se sentía vacilante entre el deseo de proteger a Ashley con su silencio y el de desenmascararlo contando a Melanie y al mundo entero todas sus sospechas. Eso obligaría a Scarlett a dejar en paz a Ashley. Pero no era el momento oportuno. No sabía nada definido; sólo sospechaba.

—No me retracto de nada —repitió.

—Entonces es una suerte que ya no vivas bajo mi techo —dijo Melanie con frío tono.

India se puso en pie de un sao y toda la sangre afluyó a su rostro.

—Melanie, tú que eres mi cuñada, ¿vas a pelearte conmigo por esa mala pieza?

—Scarlett también es cuñada mía —dijo Melanie, mirando a India a los ojos como si se tratara de una extraña— y más querida para mí que una hermana de sangre pudiera serlo. Si tú olvidas tan fácilmente los favores que me ha hecho, yo no los puedo olvidar. Se quedó conmigo durante el sitio, cuando todo el mundo se había ido, cuando hasta tía Pitty había huido a Macón. Llevó a mi hijito en mi lugar cuando los yanquis estaban casi en Atlanta y arrostró conmigo y con Beau todo aquel espantoso viaje a Tara cuando podía haberme dejado aquí en el hospital expuesta a que los yanquis me capturasen. Me dio de comer aunque ella pasara hambre y me cuidó aunque ella estuviera cansada. Como yo estaba enferma y débil, tenía el mejor colchón de Tara. Cuando pude andar, tuve el único par de zapatos que había usable. Tú, India, puedes olvidar todas estas cosas que Scarlett hizo por mí; pero yo no puedo. Y cuando Ashley llegó a casa enfermo, desanimado, sin un hogar, sin un céntimo en el bolsillo, ella lo recibió como una hermana. Y, cuando creímos que tendríamos que marchar al Norte y nos destrozaba el corazón abandonar Georgia, llegó Scarlett y le dio la dirección de las serrerías. Y el capitán Butler salvó la vida a Ashley por pura bondad de corazón. Indudablemente no tenía por qué hacer nada por Ashley. Y yo

estoy agradecida, agradecidísima a Scarlett y al capitán Butler. Pero tú, India, ¿cómo puedes olvidar los favores que Scarlett nos ha hecho a mí y a Ashley? ¿Cómo puedes apreciar la vida de tu hermano en tan poco como para levantar calumnias al hombre que la salvó? Si te presentaras de rodillas ante el capitán Butler y Scarlett no sería bastante.

—Vamos, Melanie —dijo la señora Merriwether, que ya había recobrado la serenidad—. Ésa no es una manera muy correcta de hablar a India.

—Ya oí lo que dijo usted también de Scarlett —exclamó Melanie lanzándose contra la obesa señora con el ademán de un duelista, habiendo arrancado el acero del cuerpo de un antagonista vencido, se revuelve, furioso, contra otro—. Y usted también, señora Elsing. Lo que piensen de ella en sus mezquinas mentes me importa poco; pero lo que digan de ella en mi propia casa y al alcance de mi oído, eso es asunto mío. ¿Cómo pueden siquiera pensar cosas tan terribles, y mucho menos decirlas? ¿Les son sus maridos tan poco queridos que lo mismo les da verlos muertos o vivos? ¿Tan poca gratitud sienten hacia el hombre que los salvó, y que los salvó con riesgo de su propia vida? Los yanquis lo habrían creído fácilmente miembro del Klan, si hubiera llegado a saberse la verdad. Lo hubieran ahorcado. Pero él se arriesgó por los maridos de todas. Por su padre político, señora Merriwether, y por su hijo político y sus dos sobrinos también. Y por su hermano, señora Bonnel; y por su hijo político, señora Elsing. ¡Ingratas, eso es lo que son ustedes! Exijo una retractación de todas.

La señora Elsing estaba en pie, guardando su labor en la cestita.

—Si alguien me hubiera dicho que podías ser tan mal educada, Melanie... No, no me retractaré. India tiene razón. Scarlett es una desahogada, una mala pécora. No puedo olvidar cómo se portó durante la guerra. Y no puedo olvidar lo impertinente que se puso en cuanto tuvo un poco de dinero.

—Lo que no puede usted olvidar —dijo Melanie, poniéndose en jarras— es que despidiese a Hugh porque no le pareció a propósito para dirigir las serrerías.

—¡Melanie! —gimió un coro de voces.

La señora Elsing irguió la cabeza, precipitándose hacia la puerta. Con la mano en el picaporte, se detuvo y, volviéndose:

—Melanie —dijo con voz emocionada—, esto me destroza el corazón, cariño. He sido la mejor amiga de tu madre. Yo ayudé al doctor Meade a traerte a este mundo y te quiero como si fueras mi hija. Si fuera por algo que valiera la pena, no me sería tan duro oírte hablar así. Pero por una mujer como Scarlett O'Hara, que no tendría el menor reparo en hacerte una mala pasada, lo mismo a ti que a cualquiera de nosotras...

A las primeras palabras, los ojos de Melanie se llenaron de lágrimas; pero volvieron a adquirir la expresión de ira al terminar de hablar.

—Que todas lo tengan por bien entendido —dijo—. Aquella de ustedes que no vaya a visitar a Scarlett, no tiene por qué volver a visitarme a mí jamás.

Hubo grandes murmullos de voces y confusión al levantarse las señoras. La señora Elsing dejó caer al suelo su cesta de labor y volvió a entrar en la habitación con su moño postizo todo torcido.

—¡No puedo admitirlo, no puedo admitirlo! —gritó—. Estás fuera de tino, Melanie, y no te considero responsable de tus palabras. Serás siempre mi amiga y yo lo seré tuya. Me niego a dejar que esto se interponga entre nosotras.

Estaba llorando y, sin saber cómo, Melanie se encontró en sus brazos, llorando también, pero declarando entre sollozos que mantenía absolutamente todo cuanto había dicho. Varias otras señoras se echaron a llorar, y la señora Merriwether, sonándose

estruendosamente, estrechó en un mismo abrazo a Melanie y a la señora Elsing. Tía Pitty, que había contemplado aterrada toda la escena, cayó de pronto al suelo, en uno de los pocos desmayos auténticos que había sufrido jamás. Entre tanta lágrima, confusión, besos, tanto precipitarse a buscar sales y el frasco de brandy, sólo un rostro permaneció tranquilo y unos ojos secos. India Wilkes se marchó sin que nadie se diera cuenta.

El abuelo Merriwether, que se encontró unas horas después en el café «La Hermosa de Hoy», a tío Henry Hamilton, le relató los acontecimientos, que él conocía por la señora Merriwether. Se lo contó con delicia, pues estaba entusiasmado de que alguien hubiera tenido el valor de hacer ceder a su terrible nuera. Desde luego, él se sentía incapaz.

—Bien, y ¿qué decidió por fin ese montón de locas? —preguntó, irritado, tío Henry.

—No estoy muy seguro —dijo el abuelo—. Pero creo que Melanie ganó totalmente este primer encuentro. Apostaría a que todas esas señoras irán a ver a Scarlett al menos una vez. La gente haría cualquier cosa por esa sobrina suya, Henry.

—Melanie es una loca, y esas señoras tenían razón. Scarlett es una buena pieza y nunca he comprendido cómo Charles se casó con ella —dijo bruscamente tío Henry—. Pero, por otra parte, Melanie tiene razón también. Es de rigor que las familias de los hombres a quienes el capitán Butler salvó la vida vayan a visitarlos. Mirándolo bien, a mí no me resulta tan mal el capitán Butler. Demostró ser un hombre inteligente el día que nos salvó la cabeza. Es a Scarlett a la que no puedo tragar. De todos modos, iré a visitarlos. Scarlett es sobrina mía por *alianza,* después de todo. Estoy tentado de ir esta misma tarde.

—Iré con usted, Henry. Dolly se va a poner como para que la aten cuando se entere de que ya he ido. Espere que beba otra copa.

—Vamos a brindar por el capitán Butler. Hay que decir en honor suyo que siempre ha sido un buen catador.

Rhett había dicho que la Vieja Guardia no se rendiría nunca, y tenía razón. Conocía el escaso valor de las pocas visitas que les habían hecho. Las familias de los hombres que habían tomado parte en la desgraciada salida del Klan les hicieron la primera visita, pero volvieron con poca frecuencia. Y desde luego no invitaron a los Butler a sus casas.

Rhett decía que no hubieran ido ni una sola vez a no ser por miedo a la cólera de Melanie. Scarlett no podía imaginar de dónde él había sacado semejante idea, pero la rechazó con el desprecio que merecía. ¿Qué influencia iba a tener Melanie sobre gente como la señora Elsing y la Merriwether? El que no volviesen la molestó muy poco; en realidad no notó demasiado su ausencia, pues sus salones estaban desbordantes de invitados de otra categoría. «Gente nueva» los llamaban los verdaderos atlantinos, cuando no les aplicaban nombres menos corteses.

Había en el Hotel Nacional mucha gente nueva que, como Scarlett y Rhett, estaban esperando que sus casas quedasen terminadas. Eran personas alegres, adineradas, muy por el estilo de los amigos que Rhett tenía en Nueva Orleáns: bien vestidos, gastadores, de antecedentes desconocidos. Todos eran republicanos y estaban en Atlanta por asuntos del Gobierno de los Estados. Lo que fuesen estos asuntos, Scarlett ni lo sabía ni la preocupaba.

Rhett hubiera podido decirle exactamente de lo que se trataba: eran los mismos asuntos que tienen los cuervos con los animales muertos. Olían la muerte desde lejos y acudían infaliblemente para saciarse en los cadáveres. El Gobierno de Georgia había muerto, el Estado estaba desamparado y los aventureros se precipitaban sobre él.

Las mujeres de los amigos de Rhett llegaban a visitarla en tropel, y lo mismo ocurría con la «gente nueva» que Scarlett había conocido cuando les vendió el maderaje para su casas. Rhett decía que habiendo tenido negocios con ellos debía recibirlos, y

habiéndolos recibido los encontró muy agradable compañía. Llevaban encantadores vestidos y nunca hablaban de la guerra, ni de los tiempos difíciles. Limitaban su conversación a modas, escándalos y whist. Scarlett nunca había jugado a los naipes y se entusiasmó con el whist, haciéndose en poco tiempo una excelente jugadora.

En cualquier sitio del hotel donde ella estuviera, la seguía una multitud de jugadores de whist. Pero no podían seguirla muy a menudo porque estaba demasiado ocupada con la construcción de su casa para dejarse agobiar por los visitantes. Prefería aplazar sus actividades sociales para cuando ésta estuviese terminada y pudiese presentarse como la dueña de la mansión más lujosa y la que más espléndidas fiestas organizaba.

Durante los días largos y calurosos contempló cómo se elevaba su casa, de piedra roja y guijo gris, hasta llegar a dominar todas las demás de Peachtree Street. Olvidados almacén y serrerías, pasaba el tiempo en el solar discutiendo con los carpinteros, rifiendo a los albañiles, metiendo prisa al contratista. Viendo levantarse los muros pensaba con satisfacción que una vez terminada iba a resultar la casa más grande y hermosa de la ciudad. Sería aún más importante que el edificio inmediato que había sido adquirido por el Gobierno para residencia oficial del gobernador Bullock.

La residencia del gobernador era muy aparatosa, con maderas labradas en aleros y barandillas, pero la complicada labor de volutas de la casa de Scarlett dejaba chiquita a la residencia. Ésta tenía salón de baile, pero parecía una mesa de billar al lado de la enorme habitación que ocupaba todo el tercer piso de la casa de Scarlett. Para decirlo de una vez, la casa tenía de todo más que la residencia y más que cualquier otro edificio de la ciudad; más cúpulas, y torrecillas, y torres, y balcones y tragaluces, y muchas más ventanas con vidrios de colores.

Una galería daba vuelta a toda la casa, y cuatro tramos de escalones en las cuatro fachadas del edificio conducían a él. El parque era amplio y lleno de verdor, y había esparcidos por él bancos de hierro rústicos, un cenador de armadura metálica, cuya estructura, según habían asegurado a Scarlett, era del más puro estilo gótico; y dos grandes estatuas de hierro, un ciervo y un mastín tan grandes como una jaca de Shetland. Estos dos animales de metal eran para Wade y Ella, un tanto asombrados del esplendor y de la sombría elegancia de su nuevo hogar, las dos únicas notas alegres y simpáticas.

El interior de la casa estaba decorado a gusto de Scarlett: alfombras grandes y gruesas que no dejaban desnudo ni un dedo de entarimado, cortinas de terciopelo rojo, y un moblaje de nogal de lo más moderno y lujoso, tallado donde hubiera una pulgada que tallar, y tapizado con una crin tan suave que las señoras tendrían seguramente que apoyarse en él con sumo cuidado por temor a deslizarse y resbalar. Por todas partes había en las paredes grandes espejos de cuerpo entero y otros, más pequeños, de marco dorado; tantos, decía Rhett burlón, como en el establecimiento de Bella Watling. Acá y allá se veían grabados al acero con pesados marcos que Scarlett había encargado expresamente a Nueva York, de los cuales algunos medían dos metros y medio de largo. Las paredes estaban cubiertas con lujoso papel oscuro, los techos eran altos y la casa siempre estaba sombría, pues las ventanas se hallaban materialmente escondidas tras colgaduras de terciopelo color ciruela que impedían penetrar el sol.

En todo y por todo era una casa como para quedar mudo de asombro, y Scarlett, pisando las gruesas alfombras y hundiéndose en el abrazo de los suaves colchones de pluma, recordaba los suelos fríos, los duros catres de Tara, y se sentía satisfecha. Ella estaba convencida de que era la casa más bonita y más elegantemente puesta que había visto; pero Rhett decía que era una verdadera pesadilla; sin embargo, si eso la hacía feliz que lo fuese

enhorabuena.

—Un extraño, sin necesidad de que nadie le dijese ni una palabra de nosotros, se daría cuenta de que la casa ha sido edificada con dinero mal adquirido —dijo—. Porque mira, Scarlett, el dinero mal ganado nunca lleva a buen fin y esta casa no puede ser prueba más clara de la verdad del axioma. Es precisamente el estilo de casa que ha de edificar un especulador.

Pero Scarlett, desbordante de orgullo y felicidad y llena de planes de las diversiones que iba a organizar cuando estuviesen definitivamente instalados en la casa, se limitó a tirarle, juguetona, de una oreja, diciendo:

—¡Vamos, hombre!

Scarlett sabía que a Rhett le gustaba provocarla con cualquier motivo. Y que si tomaba en serio sus burlas pasarían la vida peleándose. Y, como no le gustaban esas luchas de palabras porque siempre era ella la que llevaba las de perder, había decidido no atender nunca lo que él decía, y, cuando no tenía más remedio que oírle, entonces lo tomaba a broma, o por lo menos eso intentaba hacer.

Durante la luna de miel y la mayor parte de su estancia en el Hotel Nacional, habían vivido juntos en buena armonía; pero apenas se trasladaron a la nueva casa y Scarlett reunió a su alrededor sus nuevas amistades empezaron a surgir entre ellos amargas peleas. Eran peleas breves, muy cortas, porque era imposible estar mucho tiempo peleándose con Rhett, que parmanecía fríamente indiferente ante sus exaltadas palabras y esperaba su oportunidad para acorralarla en un lugar sin defensa. Scarlett se peleaba; Rhett no. Se limitaba a exponer su inequívoca opinión sobre ella, sus amigos, sus actos y su casa. Y algunas de estas opiniones eran de tal naturaleza que Scarlett no podía desoírlas por más tiempo ni tomarlas como bromas.

Por ejemplo: cuando decidió cambiar el nombre de «Almacenes Generales de Kennedy» por otro más eufónico y le pidió que discurriese un título en el que entrase la palabra emporio, Rhett sugirió: «Caveat Emporium»[29] asegurándole que sería un nombre más en consonancia con el género de mercancías que se vendían en el almacén. A Scarlett le parecía que sonaba bien y hasta había llegado a hacer pintar la muestra, cuando Ashley Wilkes, bastante turbado, le tradujo su verdadero sentido. Y Rhett habíase reído locamente de la rabia de Scarlett.

Luego su modo de tratar a Mamita... Mamita no había cedido nunca ni una pulgada en su punto de vista de que Rhett era una mula con arneses de caballo; era cortés con él, pero fría. Siempre le llamaba «capitán Butler»; nunca «señorito Rhett». No le hizo la menor reverencia cuando le regaló las enaguas encarnadas, y desde luego no se las puso nunca. Procuraba mantener a Wade y a Ella lo más distantes posible de él, pese al hecho de que Wade adoraba al tío Rhett y de que Rhett, indudablemente, tenía mucho cariño al chiquillo. Pero, en lugar de despedir a Mamita o ser seco o severo con ella, Rhett la trataba siempre con la mayor deferencia, con mucha más cortesía que a ninguna de las señoras amigas recientes de Scarlett.

Verdaderamente, con mucha más cortesía que a la misma Scarlett. Siempre pedía permiso a Mamita para llevar a Wade a pasear a caballo, y la consultaba antes de comprar muñecas para Ella. Y Mamita a duras penas se mostraba cortés con él.

Scarlett opinaba que Rhett debía ser enérgico con Mamita, como corresponde al jefe de la casa, pero Rhett se reía, y decía que Mamita era el verdadero jefe de la casa.

Puso furiosa a Scarlett diciéndole que se disponía a sufrir mucho por ella, de allí a unos años, cuando el Gobierno republicano hubiera desaparecido de Georgia y los

demócratas estuvieran de nuevo en el poder.

—Cuando los demócratas tengan un gobernador y una legislación propia, todos tus nuevos amigos republicanos serán barridos de la escena y los enviarán a servir a un bar, o a despachar en un bazar de ropa vieja, que es de donde proceden, y tú te encontrarás abandonada. Sin un solo amigo, ni aristócrata ni republicano. En fin, no hay que preocuparse del mañana.

Scarlett se rió y no sin razón, pues por aquel entonces Bullock estaba bien firme en su sillón de gobernador, veintisiete negros formaban parte del Parlamento y millares de los votantes demócratas de Georgia estaban desterrados.

—Los demócratas no volverán nunca. Lo único que hacen es excitar a los yanquis y alejar hasta lo infinito el día en que pudieran volver. Lo único que hacen es hablar fuerte y reunirse en mítines nocturnos.

—Sí, volverán. Conozco a la gente del Sur. Conozco a los georgianos; son tercos y de cabeza muy dura. Si necesitan hacer otra guerra para volver, harán otra guerra. Si tienen que comprar los votos de los negros como han hecho los yanquis, comprarán los votos de los negros. Si tienen que hacer votar a diez mil muertos como hicieron los yanquis, todos los cadáveres de todos los cementerios de Georgia estarán en las urnas. Las cosas se van a poner tan mal bajo la suave férula de nuestro buen amigo Rufus Bullock, que Georgia llegará a arrojarlo al fin.

—Rhett, no digas vulgaridades —gritó Scarlett—. Hablas como si yo no me hubiera de sentir muy contenta de ver volver a los demócratas. Y sabes que eso no es verdad. Me alegraré muchísimo de verlos volver. ¿Crees que me gusta ver a estos soldados por todas partes, recordándome...? No puedes creer que me guste. Yo soy georgiana también. Me alegraría mucho de ver volver a los demócratas, pero no ocurrirá así; ¡nunca! Y, aunque volviesen, ¿en qué podría afectar eso a mis amigos? Seguirían teniendo su dinero, ¿no es así?

—Si saben guardarlo... Pero dudo de la habilidad de ninguno de ellos para conservar el dinero cinco años siquiera, dada la prisa que se dan en gastarlo. Son los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van. Su dinero no les hará ningún provecho. Lo mismo que el mío no te lo ha hecho a ti. Seguramente todavía no ha hecho de ti un caballo. ¿No es así, mi linda mula?

La riña que surgió de esta última observación duró varios días. Después del cuarto día de enfado de Scarlett y de sus silenciosas peticiones de una reparación, Rhett se marchó a Nueva Orleáns llevándose a Wade, a pesar de las protestas de Mamita, y estuvo allí hasta que a Scarlett se le pasó el berrinche. Pero la herida de que él no hubiese querido humillarse a ella no se había cerrado.

Cuando Rhett volvió de Nueva Orleáns, frío e inexpresivo, Scarlett devoró su indignación lo mejor que pudo, relegándola en su mente para volver a ocuparse de ella en otra ocasión. No quería en aquellos momentos preocuparse con nada desagradable. Quería ser feliz, pues su imaginación estaba llena de los planes para la primera fiesta que pensaba dar en su nueva casa. Sería un sarao monumental, con adornos de palmeras, una orquesta y todos los porches cubiertos de tapices, y una cena tal que de antemano se le hacía la boca agua. A esta fiesta se proponía invitar a toda la gente que conocía en Atlanta, todos los antiguos amigos y todos los nuevos y encantadores que había conocido después de volver de su viaje de novios. La emoción de la fiesta le hizo olvidar el disgusto por la aspereza de Rhett, y se sentía feliz mientras planeaba su fiesta, tan feliz como no se había sentido desde hacía muchos años.

¡Qué agradable era ser rica! Dar fiestas sin preocuparse del precio, comprar los muebles, los trajes, la comida más cara sin pensar nunca en la cuenta. Era maravilloso poder mandar unos billetitos de invitación a tía Eulalie y a tía Pauline en Charleston y a Will en Tara. ¡Oh, los locos envidiosos que decían que el dinero no lo era todo! ¡Qué absurdo era Rhett al decir que el dinero no le había servido de nada!

Scarlett envió invitaciones a todos sus amigos y conocidos, viejos y nuevos, aun a aquellos que no le eran gratos. No exceptuó ni siquiera a la señora Merriwether, que había estado tan seca con ella cuando fue a visitarla al Hotel Nacional, ni a la señora Elsing, que había estado fría como el hielo. Invitó a la señora Meade y a la señora Whiting, que sabía que no la apreciaban y que se verían en un apuro por no tener vestido para asistir a una reunión tan elegante. La inauguración de los salones de Scarlett, o «apretujadero», como se había puesto de moda llamar a tales reuniones, mitad baile, mitad recepciones, fue el asunto más discutido que se había visto en Atlanta.

Aquella noche la casa y los porches cubiertos de tapices se vieron invadidos de gente que bebió su ponche de champaña y comió sus dulces y sus ostras a la crema; que bailó al son de la orquesta, cuidadosamente oculta tras un bosque de palmeras y plantas espinosas. Pero ninguno de aquellos que Rhett había dado en llamar la vieja guardia, excepto Melanie y Ashley, tía Pittypat y tío Henry, el señor y la señora Meade y el viejo Merriwether, estuvieron presentes.

Algunos de la vieja guardia habían decidido sin gran entusiasmo asistir a la fiesta. Unos aceptaban en consideración a la actitud de Melanie, otros porque sabían que tenían con Rhett una deuda por haber salvado sus vidas y las de sus familiares. Pero dos días antes de la recepción se corrió por Atlanta el rumor de que el gobernador Bullock había sido invitado. La vieja guardia significó su desaprobación con un montón de tarjetas, lamentando su imposibilidad de aceptar la amable invitación de Scarlett. Y el pequeño grupo de antiguos amigos que asistieron, violentos pero enérgicos, se retiraron en el momento en que el gobernador entró en casa de Scarlett. Ésta estaba tan asombrada y ofendida ante tales desaires que la fiesta perdió para ella todo el encanto. ¡Su elegante «apretujadero»! ¡Ella que lo había planeado tan brillante! ¡Y sólo acudían unos pocos viejos amigos y ningún viejo enemigo para admirarla! Después que se hubo despedido el último invitado, hubiera llorado y gritado de despecho, si no hubiera sido por el miedo a que Rhett se riese de ella, el miedo a leer el «ya te lo había dicho» en sus burlones ojos negros. Así, devoró su rabia de mala gana y se fingió indiferente.

Hasta la mañana siguiente no se desahogó con Melanie.

—Me has insultado, Melanie "Wilkes, e hiciste que Ashley y los demás me insultasen. Sabes de sobra que no se hubieran marchado de casa tan pronto si tú no los hubieras arrastrado. Sí, te vi. En el mismo momento que yo me acerqué para presentarte al gobernador Bullock, echaste a correr como un conejo.

—Yo no creí, no podía creer que él hubiese de estar presente —repuso Melanie entristecida—. Aunque todo el mundo decía...

—¡Todo el mundo! De modo que todo el mundo está comentando y cotilleando a costa mía, ¿no es eso? —gritó Scarlett furiosa—. ¿Es que me vas a decir que si hubieses sabido que iba a estar presente no hubieras asistido a la fiesta?

—No —dijo Melanie en voz baja con ojos fijos en el suelo—. Querida, no hubiera podido ir.

—Dios me libre de las mosquitas muertas. ¿De modo que me hubieras insultado como todos los demás?

—¡Por Dios! —exclamó Melanie, verdaderamente desolada—. Tú eres mi hermana, querida mía, la viuda de Charles, y yo...

Puso una mano temblorosa en el brazo de Scarlett, pero ésta se sacudió, lamentando profundamente no poder empezar a lanzar juramentos tan fuertes como acostumbraba a lanzarlos su padre cuando se enfadaba. Mas Melanie hizo frente a su ira. Y, mientras valientemente clavaba su mirada en los enfurecidos ojos verdes de Scarlett, sus débiles hombros parecían robustecerse y un manto de dignidad, que chocaba extrañamente con su rostro y su figura infantiles, se extendió sobre ella.

—Siento muchísimo ofenderte, Scarlett, pero no puedo saludar al gobernador Bullock, ni a ningún republicano, ni a ningún *scallawag.* No les saludaré ni en tu casa, ni en ninguna otra. No, ni aunque tuviera que..., aunque tuviera que... —Melanie rebuscó en su imaginación lo peor que se le pudiera ocurrir—, aunque tuviera que mostrarme grosera.

—¿Estás criticando a mis amigos?

—No, querida, pero son tus amigos, no los míos.

—¿Me criticas por recibir al gobernador en mi casa?

Melanie, acorralada, aún miró valiente a Scarlett.

—Querida, lo que tú haces, lo haces siempre con alguna buena razón, y yo te quiero, y tengo confianza en ti, y no soy quien para criticarte. Ni permitiré nunca que nadie te critique delante de mí. Pero, ¡oh, Scarlett! —De repente sus palabras empezaron a precipitarse, rápidas, ardientes, con un odio inflexible en su voz queda—. ¿Puedes olvidar lo que esta gente nos ha hecho? ¿Puedes olvidar, querida, la muerte de Charles y la salud de Ashley arruinada y Doce Robles reducido a cenizas? ¡Oh, Scarlett! Es imposible que olvides a aquel hombre que tú misma mataste con la cesta de labor de tu madre en las manos. No puedes olvidar a los hombres de Sherman y lo que robaron y profanaron, a los que intentaron quemar todo el lugar y ahora empuñan la espada de mi padre. ¡Oh, Scarlett! Fue esa misma gente que nos robó y nos torturó y nos dejó a punto de morir de inanición, la que invitaste a tu fiesta. La misma gente que ha colocado a los negros por encima de nosotros para que nos gobiernen, que nos está robando e impidiendo votar a nuestros hombres. Yo no puedo olvidar. No quiero olvidar. No le dejaré a mi Beau olvidar, y enseñaré a mis nietos a odiar a esa gente. Y a los nietos de mis nietos, si Dios me diera una vida tan larga. ¡Oh, Scarlett! ¿Cómo puedes olvidar tú?

Melanie se detuvo para tomar aliento y Scarlett la miró asustada, olvidada de su propia ira ante el tembloroso acento de violencia que había en la voz de Melanie.

—¿Me crees una loca? —preguntó, impaciente—. Claro que me acuerdo; pero todo eso ha pasado, Melanie. Ahora debemos obrar lo más acertadamente posible, y yo procuro hacerlo. El gobernador Bullock y algunos otros republicanos honrados pueden sernos muy útiles el día de mañana si los manejamos bien.

—No hay republicanos honrados —dijo Melanie claramente—. No quiero su ayuda. Y no haré nada, por bueno que sea, si implica imitar a los yanquis.

—¡Santo cielo, Melanie, no te pongas así!

—¡Oh! —exclamó Melanie, arrepentida—. ¡Cómo me he exaltado, Scarlett! No tenía intención de insultar tus sentimientos, ni de criticar. Cada cual piensa a su modo, y todo el mundo tiene perfecto derecho a ello. Yo te quiero mucho y tú sabes que te quiero y que nada en absoluto puede hacerme cambiar. Y tú también me quieres, ¿verdad? No vas a odiarme ahora, ¿verdad, Scarlett? No podría soportar que nada se interpusiera entre nosotras después de todo lo que hemos pasado juntas. Dime que seguimos en paz.

—No seas boba, Melanie. Estás armando una tempestad en un vaso de agua —dijo

Scarlett de mala gana, pero sin rechazar la mano que se deslizaba por su cintura.

—Entonces, todo está otra vez arreglado —dijo Melanie, complacida. Pero añadió con dulzura—: Deseo que nos sigamos visitando como hemos hecho siempre, querida; sencillamente, dime qué días van a verte *scallawags* y republicanos y me quedaré en casa esos días.

—Me es completamente indiferente que vayas o no —dijo Scarlett, poniéndose el sombrero y marchándose enojada. Y había cierta satisfacción para su vanidad herida en la expresión desconsolada del rostro de Melanie.

Las semanas que siguieron a su primera fiesta, a Scarlett le costó mucho trabajo mantener su fingida actitud de completa indiferencia ante la opinión ajena. Al no recibir visitas de los antiguos amigos, excepto Melanie y Pittypat, y tío Henry y Ashley, y al no recibir nunca invitación para sus modestas diversiones, se sintió herida y desconcertada. ¿No había salido ella a su encuentro enterrando las rencillas y mostrando a esa gente que no les guardaba rencor por sus habladurías y comadreos? Ya podían darse cuenta de que tampoco ella le gustaba el gobernador Bullock, pero era conveniente ser le con él. ¡Idiotas! Si todos fuesen amables con los republicanos, Georgia se vería pronto fuera de las dificultades en que se encontraba.

No se daba cuenta de que un golpe había roto para siempre el frágil lazo que hasta entonces la había mantenido unida a los viejos tiempos, a los viejos amigos. Ni siquiera la influencia de Melanie ipüdo reparar la rotura del sutilísimo hilo. Aunque Scarlett hubiese deseado ahora volver a las viejas costumbres, a los viejos amigos, no hubiera tenido posibilidad de hacerlo. El rostro de la ciudad se volvió para ella más duro que el granito. El odio que rodeaba al régimen de Bullock la envolvía también a ella; un odio sin furia ni fuego, pero «le una frialdad implacable. Scarlett había pactado con el enemigo, y cualquiera que fuera su nacimiento, sus relaciones familiares, ella ahora pertenecía a la categoría de los oportunistas, de amiga de los negros, de traidora, de republicana, de *scdlawag*.

Después de algún tiempo, la fingida indiferencia de Scarlett cedió el puesto a una indiferencia real. Nunca había sido, persona que se preocupase largo tiempo seguido de los caprichos ajenos. Ni le había durado mucho el disgusto si le fracasaba una línea de conducta. Pronto le importó un bledo lo que los Merriwether, los Elsing, los Bonnel, los Meade y los otros pensasen de ella. Melanie, al menos, seguía yendo a su casa y llevando a Ashley, y Ashley era lo único que importaba. Y había otra gente en Atlanta que acudiría a sus fiestas, otra gente mucho más afín a ella. Algunas veces le daban ganas de llenar su casa de huéspedes. Podía hacerlo, si quería, y esos huéspedes serían mucho más divertidos, mucho más elegantemente ataviados que las cursis y ridiculas ñoñas que la desaprobaban.

Estas gentes eran advenedizos en Atlanta: unos, conocidos de Rhett; otros, socios suyos en aquellos negocios a los que Rhett hacía siempre referencia como: «simples negocios, vida mía»; otros eran parejas que Scarlett había conocido cuando vivía en el Hotel Nacional, y otros pertenecían al séquito oficial del gobernador Bullock.

El ambiente en que Scarlett se movía era abigarrado y bullicioso. Allí estaban los Gelert, que habían vivido en una docena de Estados diferentes y que habían tenido que abandonarlos todos precipitadamente después de haber sido descubiertas sus estafas; los Connington, cuyos tratos con la Oficina de Hombres Liberados en un Estado lejano habían sido altamente lucrativos a expensas de los ignorantes negros a los que fingían proteger; los Deal, que habían vendido zapatos de cartón al Ejército confederado hasta que se vieron obligados a marcharse a Europa el último año de la guerra; los Hundon, que tenían fichas policíacas en varias ciudades, pero que, sin embargo, siempre resultaban postores

afortunados en los contratos del Estado; los Carahan, que habían empezado su fortuna en casas de juego y que ahora tenían posturas más importantes en la construcción de ferrocarriles con el dinero del Estado; los Flaherty, que habían comprado sal a centavo la libra en 1861 y hecho una fortuna cuando en 1863 la sal llegó a valer cincuenta centavos, y los Bart, que durante la guerra habían tenido una casa de mal vivir en el Norte y ahora alternaban en los círculos de la mejor sociedad de gente de vida turbia.

Éstos eran ahora los íntimos de Scarlett, pero los que asistían a sus grandes recepciones llevaban a otros de cierta cultura y distinción, algunos de ellos de excelentes familias. Además de la aristocracia del negocio dudoso, gente importante del Norte se trasladaba a Atlanta atraída por la incesante actividad de la ciudad en este período de reconstrucción y expansión. Las familias adineradas yanquis enviaban a sus hijos al Sur a explorar la nueva frontera; los oficiales yanquis, después de la conquista, se fijaban definitivamente en la ciudad que tanto trabajo les había costado dominar. Al principio, extraños en la ciudad, aceptaban encantados las invitaciones a las animadas fiestas de la adinerada y hospitalaria señora Butler, pero pronto se fueron retirando de su círculo. Eran personas honradas y les bastaba poco trato con gente de aquella especie para sentirse tan asqueados de ellos como los mismos georgianos. Algunos se volvieron demócratas y más partidarios del Sur que los mismos nativos.

Otros que no estaban a gusto en el círculo de Scarlett permanecían en él únicamente porque no los recibían en ningún otro; hubieran preferido los tranquilos salones de la vieja guardia, pero la vieja guardia no quería nada con ellos. Entre éstos estaban los yanquis que habían venido al Sur imbuidos del deseo de elevar al negro, y a los *scallawags,* que habían nacido demócratas y se habían hecho republicanos después de la rendición.

Sería difícil decir quiénes eran más odiados por los ciudadanos de Atlanta, si los yanquis redentores del negro o los *scallawags,* pero es muy posible que ganaran los últimos. A los yanquis redentores se les depachaba con un: «Pero ¿qué se va a esperar de un yanqui amante de los negros, si piensan que los negros son tan buenos como ellos?». Mas para los georgianos que se habían hecho republicanos por afán de lucro no había excusa.

«Nosotros podemos estar muertos de necesidad; así, pues, ellos también debían poder estarlo.» Tal era el modo de pensar de la vieja guardia. Algunos soldados ex confederados, que conocían el terrible pánico de los hombres que van a lo suyo en la necesidad, eran más tolerantes con los compañeros que habían cambiado de color para que sus familias tuvieran qué comer. Pero las mujeres de vieja guardia no. Y las mujeres eran el poder inflexible e implable que estaba tras los bastidores sociales. La perdida Causa era fuerte y más querida para sus corazones ahora, que lo había sido Cuando estaba en el pináculo de su gloria. Ahora era un fetiche. Cualquier cosa que se refiriese a ella era sagrada: las tumbas de los hombres que habían muerto por ella, los campos de batalla, las banderas hechas jirones, los sables cruzados en el vestíbulo, las borrosas cartas del frente, los veteranos. Estas mujeres no daban ayuda, descanso ni cuartel al menor de sus enemigos, y ahora Scarlett estaba incluida entre los enemigos.

En aquella mezclada sociedad, reunida por las exigencias políticas, sólo había una cosa común: el dinero. Como la mayoría de ellos no habían visto en su vida antes de la guerra veinticinco dólares juntos, se habían embarcado ahora en una fiebre de gastos cual no se recordaba igual en Atlanta.

Con los republicanos en el Poder, la ciudad entró en una era de fausto y ostentación en que, a través de los adornos del refinamiento, se adivinaban el vicio y la vulgaridad. Nunca había resultado tan marcada la división entre los muy ricos y los muy pobres. Los

que estaban en la cumbre no se acordaban de los menos afortunados. Excepto, naturalmente, de los negros. Éstos debían tener lo mejor de lo mejor. Las mejores escuelas y alojamientos, y vestidos, y diversiones; porque ellos eran el poder en la política y cada voto negro tenía valor. En cuanto a la gente recién empobrecida de Atlanta, ya podía caer en mitad de la calle muerta de inanición, que ello les tenía sin cuidado a los republicanos ricos.

En la cresta de esta ola de vulgaridad, Scarlett cabalgaba triunfante, recién casada, arrebatadoramente linda, lujosamente ataviada, apoyada sólidamente en el dinero de Rhett. Era una época que parecía hecha para ella, cruda, alegre, estruendosa y ostentosa, llena de mujeres recargadamente vestidas, casas recargadamente amuebladas, demasiadas joyas, demasiados caballos, demasiada comida, demasiado whisky. Cuando casualmente Scarlett se detenía a pensarlo, comprendía que, según el código de su madre, ninguna de sus amigas sería llamada señora. Pero había roto con el código materno demasiadas veces desde el día lejano en que, en el salón de Tara, había decidido llegar a ser la amante de Rhett, y no iba a empezar ahora a sentir las punzadas de la conciencia.

Acaso estos nuevos amigos no fuesen, estrictamente hablando, damas y caballeros, pero, igual que los amigos de Rhett en Nueva Orleáns, ¡eran tan divertidos! Mucho más divertidos que los amigos de su primera época en Atlanta, tan comedidos, tan piadosos, tan aficionados a Shakespeare. ¡Y, excepto en su breve luna de miel, había tenido siempre tan pocas diversiones! ¿Cómo había podido nunca sentirse segura? Y, ahora que se sentía segura, deseaba bailar, jugar, reír, saciarse de manjares y de licores, hundirse en sedas y tisúes, revolcarse en colchones de pluma y en mullidos bu tacones... Y todo esto lo hacía a conciencia. Animada por la benévola tolerancia de Rhett, libre de los frenos de su infancia, libre hasta del temor a la miseria, se permitía el lujo que soñara tan a menudo: el de hacer completamente todo lo que se le antojara y decirle a la gente que lo encontrara mal que se fuera a freír espárragos.

A ella se le había presentado la agradable embriaguez, tan corriente en aquellos cuyas vidas se deslizan a espaldas de una sociedad constituida; el jugador, el aventurero, el oportunista, todos los que triunfaban por sus propios medios. Hacía exactamente cuanto se le antojaba, y al cabo de algún tiempo su insolencia no conoció límites.

No vaciló en mostrarse arrogante con sus amigos republicanos y *scallawags,* pero con nadie era tan insolente y altanera como con los oficiales de la guarnición y con sus familias. De toda la heterogénea masa de gente que había irrumpido en Atlanta, tan sólo al Ejército se negó a recibir y tolerar. Y algunas veces se salía de su norma de vida, para hacerles algún desaire. No era Melanie la única incapaz de olvidar lo que significaba un uniforme azul. Para Scarlett el uniforme azul y los botones dorados significarían siempre los temores del sitio, el terror de la huida, el saqueo y el incendio, la miseria desesperada y el trabajo en Tara. Ahora que era rica y estaba segura con la amistad del gobernador y de muchos republicanos preeminentes, podía insultar a todos los uniformes azules que encontrara. Y los insultaba.

Rhett le había hecho notar una vez que la mayoría de los invitados que reunía bajo su techo habían llevado no hacía mucho aquel mismo uniforme, pero ella repuso que un yanqui no parecía un yanqui si no llevaba el uniforme. A lo que Rhett replicó: «¡Oh, lógica, qué rara eres!», y se encogió de hombros.

Scarlett, odiando el uniforme azul que llevaban, sentía singular placer en hacerles desaires a todos ellos, principalmente por el asombro que esto les causaba. Y tenían motivo para extrañarse. Las familias de la guarnición eran, por regla general, personas tranquilas, bien educadas, aisladas en una tierra hostil, ansiosas de volver a sus hogares en el Norte, un

poco avergonzadas de la gentuza cuyo trato tenían que soportar y de clase social infinitamente más elevada que las amistades de Scarlett. Naturalmente, las esposas de los oficiales no podían comprender que la brillante señora de Butler se hiciese inseparable de una mujer como la vulgar y pelirroja Brígida Flaherty y se desviase de su camino por afán de desairarlas.

Pero hasta las amigas más íntimas de Scarlett tenían que aguantarle muchísimo. Menos mal que lo hacían con gusto. Para ellas, representaba no sólo fortuna y elegancia, sino también el antiguo régimen, con sus viejos nombres, viejas familias, viejas tradiciones, con las cuales estaban ansiosas de identificarse. Las viejas familias por que suspiraban habían expulsado a Scarlett, pero las damas de la nueva aristocracia no lo sabían. Lo único que sabían era que el padre de Scarlett había sido el amo de cientos de esclavos, que su madre era una Robillard, de Savannah, y su marido Rhett Butler, de Charleston. Y esto les bastaba. Scarlett era la cuña que habían podido introducir en aquella vieja sociedad en que tanto deseaban entrar, la sociedad que les daba de lado, que no devolvía sus visitas y que sólo les hacía una glacial inclinación de cabeza en la iglesia. Para alas, ignorantes de todo lo ocurrido, Scarlett no era sólo la cuña para introducirse en sociedad: era la sociedad misma. Siendo ellas señoras de relumbrón, no se daban cuenta de la falsedad que había también en las pretensiones de Scarlett. La medían con su rasero y aguantaban mucho de ella: sus desprecios, sus favores, sus enfados, su arrogancia, su nada disimulada brusquedad y la franqueza con que criticaba sus defectos.

Hacía tan poco que habían salido de la nada y estaban tan inseguras de sí mismas, que querían a toda costa parecer refinadas, que temían mostrar su carácter y replicar, no fuesen a ser consideradas plebeyas. A toda costa tenían que parecer señoras. Simulaban gran delicadeza, modestia e inocencia. Oyéndolas hablar se diría que no tenían la menor idea de que existiese perversidad en el mundo. Nadie podría imaginar que la pelirroja Brígida Flaherty, que era de una pureza inmaculada y de un orgullo incomparable, había robado los ahorros que su padre tenía escondidos, para ir a América a ser camarera en un hotel. Y al observar lo fácilmente que se ruborizaba Silvia (antes Sadie Belle) Connington, y Mamie Bart, no se sospecharía que la primera había crecido en el salón de baile que su padre tenía en el Bowery[30] y servía en el bar cuando había aglomeración, y que la última, según se decía, procedía de uno de los lupanares de su propio marido. No; ahora eran unas criaturas virginales.

Los hombres, aunque también nuevos ricos, no aprendían tan fácilmente a conducirse o acaso se les hacía más difícil aceptar las exigencias de su nueva posición social. En las fiestas de Scarlett bebían mucho, demasiado, y generalmente, después de cada reunión, había uno o dos huéspedes inesperados que se quedaban a pasar la noche. No bebían como los hombres que Scarlett había tratado en su infancia. Se ahitaban de alcohol, se volvían estúpidos, pesados u obscenos. A pesar de la cantidad de escupideras que colocaban bien a la vista, a la mañana siguiente las alfombras mostraban siempre huellas de salivazos sucios de tabaco.

Sentía desprecio hacia esta gente, pero la divertía mucho. Porque la divertía, llenaba la casa con ellos. Y porque los despreciaba los mandaba a paseo tan a menudo como se le ocurría. Pero ellos lo aguantaban.

Más difícil les resultaba el trato con Rhett, pues sabían que éste leía a través de ellos y los conocía muy bien. No tenía ningún reparo en desnudarlos moralmente, aun bajo su propio techo, y siempre en forma que no admitía réplica. Él no se avergonzaba de cómo había hecho su fortuna, y parecía creer que a los demás les ocurría lo mismo, y rara vez

perdía la oportunidad de sacar a relucir cosas que, de común acuerdo, todos preferían dejar en una discreta oscuridad.

No se podía saber nunca si se le ocurriría decir amablemente después de una copa de ponche: «Ralph, si yo hubiera tenido sentido común, hubiera hecho mi fortuna vendiendo valores de minas de oro a viudas y huérfanos como tú, en lugar de hacerla con el bloqueo; es mucho más seguro». «Bien, Bill, veo que tienes un nuevo tiro de caballos. ¿Te va bien la venta de bonos para tus inexistentes ferrocarriles? ¡Buen trabajo, muchacho!». «Mi enhorabuena, Amos, por haber conseguido por fin esa contrata del Estado. ¡Lástima que hayas tenido que untar tantas manos para conseguirla!».

Las mujeres lo encontraban odioso, terriblemente vulgar. Los hombres decían a su espalda que era grosero e inmoral. La nueva Atlanta no tenía por él más simpatía que había tenido la vieja, y él no hizo por conciliarse la de la segunda más que había hecho por ganarse la de la primera. Continuaba su camino, divertido, desdeñoso, impermeable a la opinión ajena, tan cortés, que su cortesía resultaba insultante. Para Scarlett seguía siendo un enigma, pero un enigma cuya solución la preocupaba muy poco. Estaba convencida de que nada le complacía, ni podría complacerle; de que o bien deseaba algo ardientemente y no lo conseguiría o bien nada deseaba, y por eso de nada se preocupaba. Reía con todo lo que ella hacía, fomentaba sus extravagancias e insolencias, se burlaba de sus pretensiones y pagaba sus cuentas.

50

Rhett no se apartaba nunca de sus maneras suaves e imperturbables ni aun en los momentos de mayor intimidad. Pero Scarlett seguía teniendo la sensación de que la observaba a hurtadillas, sabía que si volvía la cabeza de repente encontraría en sus ojos la misma mirada expectante, la mirada de incansable paciencia que ella no conseguía interpretar.

Algunas veces era una persona con la que resultaba muy agradable vivir, a pesar de su molesta costumbre de no permitir que en su presencia nadie dijera una mentira, buscara un pretexto ni se diera tono. La escuchaba hablar del almacén, las serrerías, el salón, los ex presidiarios y el coste de su alimentación; y daba consejos inteligentes y acertados. Tenía una energía incansable para los bailes y fiestas, que a ella le agradaban tanto, y un repertorio inacabable de anécdotas groseras, con las que la entretenía las poco frecuentes noches que pasaban solos, cuando los manteles estaban levantados y mientras tomaban su café y brandy. Scarlett estaba segura de que él le daría cualquier cosa que le pidiese, que contestaría a cualquier pregunta que le hiciese, siempre que fuese hecha francamente, sin rodeos, y que le rehusaría cualquier cosa que quisiera obtener por medio de indirectas, insinuaciones o astucias femeninas. Tenía el desconcertante don de leerle el pensamiento y se reía de ella rudamente.

Scarlett, al ver la suave indiferencia con que generalmente la trataba, se preguntaba, aunque sin gran curiosidad por qué se habría casado con ella. Los hombres se casan por amor, por un hogar, por los hijos, pero ella sabía que él no se había casado por ninguna de esas cosas. Él —era seguro— no la quería. Se refería siempre a su encantadora casa como a un horror arquitectónico y decía que prefería estar en un hotel bien organizado a vivir en un hogar. Y nunca había hecho la menor alusión a los niños como hacían Charles y Frank. Una vez, tratando de coquetear con él, Scarlett preguntó que por qué se había casado, y se había sentido terriblemente ofendida cuando Rhett, mirándola a los ojos con burla, le contestó:

—Me casé contigo por simple capricho, querida mía.

No; Rhett no se había casado con ella por ninguna de las razones por las que generalmente se casan los hombres. Se casó con ella simplemente porque la deseaba y no tenía otra manera de conseguirla. Lo había confesado francamente la noche en que se le declaró. La había deseado exactamente igual que había deseado a Bella Watling. Esta idea no era muy agradable. En realidad era un insulto descarado. Pero se encogió de hombros a esa idea, como había aprendido a encogerse de hombros ante cualquier hecho desagradable.

Habían hecho un contrato y ella estaba satisfecha por su parte en él. Esperaba que él también lo estaría, pero tal idea no la preocupaba demasiado.

Mas una tarde, al consultar al doctor Meade acerca de un trastorno gástrico, se enteró de un hecho extraordinariamente desagradable ante el cual no podía encogerse de hombros. Y sus ojos fulgían de odio cuando aquel anochecer irrumpió como una tromba en su alcoba y anunció a Rhett que iba a tener un niño.

Él, vestido con una bata de seda, estaba envuelto en una nube de humo, y sus ojos penetrantes se dirigieron al rostro de ella mientras hablaba. Pero no dijo nada. La contempló en silencio y sin ninguna emoción en su actitud.

—Ya sabes que yo no quiero más hijos. Nunca quise ninguno. Siempre que estoy a gusto he de tener un niño. ¡Oh!, ¡no estés ahí sentado riéndote! Tú tampoco lo quieres. ¡Oh, Madre de Dios!

Si él esperaba algunas palabras de ella, no eran éstas seguramente. Su rostro se endureció y sus ojos se volvieron inexpresivos.

—Bien, pues ¿por qué no regalárselo a Melanie? ¿No me has dicho alguna vez que estaba tan chiflada como para desear otro niño?

—¡Te mataría de buena gana! No quiero tenerlo. Te digo que no quiero.

—¿No? Sigue, por favor.

—¡Oh, se pueden hacer muchas cosas! Ya no soy la campesina boba que era antes. Sé que una mujer no tiene hijos si no los quiere. Hay muchas cosas...

Rhett estaba de pie, y la tenía cogida por las muñecas. En su rostro había una expresión de terrible pánico.

—Scarlett, loca. Dime la verdad. ¿Has hecho algo?

—No, no he hecho nada, pero lo voy a hacer. ¿Crees que voy a dejar que se me estropee otra vez el tipo? Precisamente cuando he conseguido recuperar la línea, y estoy pasándolo tan bien, y...

—¿De dónde has sacado esa idea? ¿Quién te ha dicho esas cosas?

—Mamie Bart..., ella...

—La encargada de una casa de mal vivir, que conoce todos esos trucos. Esa mujer no volverá a poner los pies en esta casa. ¿Me entiendes? Después de todo es mi casa, y yo soy el amo aquí. No quiero que vuelvas a hablar con ella ni una sola palabra.

—Haré lo que quieras. Suéltame. ¿Qué te puede importar?

—No me importa nada que tengas un niño o veinte, pero me importa que te puedas morir.

—¿Morir? ¿Yo?

—Sí, morir. Me figuro que Mamie Bart no te diría el peligro (¡tan grande!) que corre una mujer al hacer una cosa así.

—No —dijo Scarlett, con repugnancia—. Dijo, sencillamente que arreglaría las cosas muy lindamente.

—¡Por Dios! ¡La voy a matar! —gritó Rhett; y su cara estaba negra de rabia. Miró el rostro de Scarlett, surcado de lágrimas, y algo de su rabia se desvaneció, aunque no perdió su dureza.

—Escúchame, nena: no voy a dejarte jugar con tu vida. ¿Me oyes? Yo tampoco deseo chiquillos, ni pizca más que tú, pero puedo aguantarlos. No quiero volver a oírte decir locuras, y si te atrevieras... Scarlett, yo he visto una vez a una muchacha morir por eso. Era sólo una..., pero fue algo espantoso. No es un modo agradable de morir.

—¡Vamos, Rhett! —exclamó ella, asustada por la emoción de su voz. Nunca lo había visto tan emocionado—. ¿Quién? ¿Dónde?...

—En Nueva Orleáns... Fue hace muchos años. Era yo joven e impresionable. —De repente bajó la cabeza, enterrando los labios en el cabello de ella—. Tendrás tu hijo, Scarlett, aunque tenga que tenerte metida en un puño los nueve meses.

Ella se sentó en sus rodillas y le miró con franca curiosidad. Bajo su mirada, él se tornó de nuevo blando e inexpresivo, como si lo hubieran cambiado por arte de magia. Levantó las cejas y su boca recuperó la expresión burlona de antes.

—¿Tanto significo para ti? —le preguntó bajando los ojos.

Él le dirigió una mirada cual si calculase la cantidad de coquetería que encerraba la pregunta. Leyendo el verdadero significado de su conducta profirió una respuesta indiferente.

—Bien, sí... Ya ves; he invertido en ti una buena cantidad de dinero y, la verdad,

sentiría perderlo.

Melanie salió de la habitación de Scarlett, cansada por la tensión, pero alegre hasta las lágrimas por el nacimiento de la hija de Scarlett. Rhett, nervioso, estaba de pie en el salón, rodeado de colillas que habían quemado la hermosa alfombra.

—Ya puede usted entrar, capitán Butler —dijo Melanie, avergonzada.

Rhett penetró rápidamente en la alcoba y Melanie pudo ver, antes de que el doctor Meade cerrase la puerta, cómo se inclinaba sobre la criaturita desnuda en el regazo de Mamita. Melanie se dejó caer en una butaca, ruborizándose, azorada por haber sorprendido, sin querer, una escena tan íntima.

«¡Ah! —pensó—. ¡Qué cariñoso y qué preocupado ha estado todo este tiempo el pobre capitán Butler! Y no ha bebido ni una gota de vino. ¡Qué simpático! ¡Tantos caballeros que se emborrachan mientras están naciendo sus hijos! Me temo que esté deseando echar un trago. ¿Se lo propondré? No, no sería discreto en mí».

Se arrellanó, cansada, en su butaca. ¡Le dolía tanto la espalda! Parecía como si se le fuese a partir por la cintura. ¡Oh, qué suerte había tenido Scarlett de que el capitán Butler estuviese allí junto a la puerta del cuarto mientras nacía el bebé! Si ella hubiese tenido a Ashley el espantoso día del nacimiento de Beau no hubiera sufrido ni la mitad. ¡Ay, si la chiquitína que estaba allí, al otro lado de la puerta, fuese suya en lugar de ser de Scarlett! «¡Qué mala soy! —pensó, sintiéndose culpable—. Le estoy envidiando su niña a Scarlett, que siempre ha sido tan buena para mí. Perdóname, Señor. Yo no deseo la niña de Scarlett, ¡pero desearía tanto tener una mía!».

Colocó un almohadón tras su dolorida cintura y pensó con ansia en una hijita suya. Pero el doctor Meade no variaba de opinión en este asunto. Y, aunque ella hubiera arriesgado con gusto su vida por tenerla, Ashley no quería oír hablar de semejante cosa. ¡Una hija! ¡Cómo querría Ashley a una hija!

¡Una hija! ¡Dios! ¿No le dijo al capitán Butler que era una niña, cuando seguramente él quería un niño? ¡Oh, qué tonta!

Melanie sabía que para una mujer un hijo, sea del sexo que sea, siempre es bienvenido, pero para un hombre, y sobre todo para un hombre como el capitán Butler, una niña sería un golpe, una ofensa a su virilidad. ¡Oh, qué satisfecha estaba de que Dios hubiese permitido que su único hijo fuese varón! Ella sabía que, de haber sido la esposa del capitán Butler, hubiera preferido morir en el parto a obsequiarle con una hija como primogénito.

Pero Mamita, saliendo de la habitación con sus andares de pato, la tranquilizó, haciéndola maravillarse al mismo tiempo al pensar en la clase de hombre que era el capitán Butler.

—Voy a bañar a la niña ahora mismo —dijo Mamita—. Me he disculpado con el capitán Butler de que haya sido una niña. Pero, ¡santo Dios, señorita Melanie! ¿Sabe usted lo que me ha contestado? Me dijo: «Cállese, Mamita. ¿Quién quiere un niño? Los chicos no son ninguna diversión; no son más que un manantial de preocupaciones. Las niñas sí que son un encanto; no cambiaría yo ésta por una docena de chicos». Y entonces ha querido coger a la niña, desnuda como estaba; pero yo le agarré por la muñeca y le dije: «¡Ya verá, señorito Rhett! Ya llegará el día en que tenga usted un niño y entonces les veremos gritar de alegría»; pero hizo una mueca y movió la cabeza diciendo: «Mamita, está usted loca, los chicos no sirven para nada; yo soy buena prueba de ello». Sí, señorita Melanie, se ha portado como un caballero en esto —terminó Mamita amablemente. Y Melanie pudo darse cuenta de que la conducta de Rhett lo había enaltecido mucho ante Mamita—. Tal vez haya

estado algo equivocada, a propósito del señorito Rhett. ¡Este día es un día feliz para mí!

Yo he fajado a tres generaciones de niñas Robillard. ¡Hoy es un día feliz para mí!

—¡Oh, sí, Mamita; es un día feliz! Los días más felices son los días en que llegan los bebés.

Había una persona en la casa para la que no fue un día feliz. Wade Hamilton, olvidado por todos, vagaba desconsolado por la casa. Aquella mañana Mamita lo había despertado bruscamente, lo había vestido de prisa y después mandado con Ella a pasar el día en casa de tía Pittypat. La única explicación que le dieron fue que su madre estaba enferma y que el ruido de sus juegos la molestaría. La casa de tía Pittypat estaba revolucionada. La anciana señora, al enterarse de lo de Scarlett, había tenido que meterse en la cama, y Cookie la estaba cuidando, por lo que el almuerzo de los niños fue una bazofia escasa que Peter les preparó. Según el día iba avanzando, el miedo se apoderó del almita de Wade. ¿Y si su madre se moría? Las madres de otros niños se habían muerto. Él había visto los coches fúnebres que se alejaban de las casas y había oído sollozar a sus amiguitos. ¿Y si se muriese su mamá? Wade quería muchísimo a su mamá, casi tanto como la temía, y la idea de que se la llevasen en un ataúd negro detrás de unos caballos negros también con penachos de plumas en la cabeza causó a su corazoncito un dolor que le cortaba hasta la respiración.

Al atardecer, cuando Peter estaba ocupado en la cocina, Wade se escabulló hasta la puerta principal y se escapó hacia su casa tan de prisa como sus cortas piernas pudieron llevarle, pues el miedo había puesto alas en sus pies. Tío Rhett y tía Melanie o Mamita le dirían seguramente la verdad. Pero a tío Rhett y a tía Melanie no se les veía por ningún lado, y Mamita y Dilcey andaban apresuradas con toallas y jofainas y agua caliente, y ni siquiera se fijaron en él. De arriba llegaba de vez en cuando al abrirse alguna puerta la voz del doctor Meade. Una vez oyó a su madre gritar y él prorrumpió en sollozos. Estaba seguro de que se iba a morir. Para animarse le hizo mimos al gato de color de miel, que ronroneaba en el soleado alféizar de la ventana del *hall.* Pero «Tom», cargado de años y poco aficionado a los juegos, movió la cola y dio un bufido.

Por fin, bajando por la escalera principal, con el delantal arrugado y salpicado de manchas y el peinado deshecho, Mamita lo vio y le riñó. Mamita había sido siempre el principal apoyo de Wade y el verla tan enfadada le hizo temblar.

—Eres el niño más malo que he visto en mi vida —le dijo—. ¿Para eso te he mandado yo a casa de tía Pitty? Vuélvete allá, ahora mismo.

—¿Y mamá se va a..., se morirá?

—Eres la mayor calamidad que he visto en mi vida. ¿Morir?

¡Dios todopoderoso, nada de eso! Señor, los muchachos son un tormento. No comprendo por qué el Señor manda chicos al mundo. Y ahora márchate de aquí.

Pero Wade no se marchó; se escondió detrás de las cortinas del vestíbulo, convencido a medias por las palabras de Mamita. La observación de que los niños eran un tormento le dolía, porque siempre había hecho todo lo posible por ser bueno. Tía Melanie bajó apresuradamente cerca de media hora después, pálida y cansada, pero sonriéndose a sí misma. Se quedó atónita cuando vio, entre las sombras de las cortinas, aquella carita descompuesta. Generalmente, tía Melanie tenía tiempo sobrado para dedicárselo. Ella no decía nunca, como hacía su madre muchas veces: «No me molestes ahora, tengo mucha prisa», o: «Vete, Wade; estoy ocupada».

Pero aquella tarde tía Melanie dijo:

—Wade, has sido muy malo. ¿Por qué no te has quedado en casa de tía Pitty?

—¿Se va a morir mamá?

—¡Cielos, Wade! No. No seas tonto. —Y luego, más tranquila—: Precisamente el doctor Meade le acaba de traer un bebé monísimo, una hermanita chiquitína para que juguéis con ella, y si eres bueno te la enseñaré esta noche. Y ahora vete afuera a jugar y no metas ruido.

Wade se deslizó en el tranquilo comedor, sintiendo que su pequeño e inseguro mundo se bamboleaba. ¿Pero es que no había sitio en ninguna parte para un pobrecito niño de siete años, en aquel día tan soleado en que las personas mayores hacían unas cosas tan raras? Se sentó en el alféizar de la ventana y mordisqueó una hoja de oreja de elefante que crecía en una maceta al sol. Estaba tan acida, que los ojos le picaban. Empezó a llorar. Seguramente mamá se iba a morir. Nadie le hacía caso y todo el mundo estaba revuelto por culpa de un nuevo bebé, ¡y una niña! A Wade le interesaban muy poco los bebés, y aún menos las niñas. La única niña que conocía íntimamente era Ella, y ésta hasta entonces no había hecho nada que mereciese su respeto ni su admiración.

Después de un largo intervalo, tío Rhett y el doctor Meade bajaron y estuvieron un rato hablando en el vestíbulo. Cuando la puerta se cerró tras el doctor, tío Rhett entró rápido en el comedor y antes de ver a Wade se sirvió un buen vaso de vino. Wade se había echado hacia atrás, pensando que otra vez le iban a decir que era un tonto y que se volviese a casa de tía Pittypat; pero, en lugar de eso, tío Rhett sonrió. Wade nunca le había visto sonreír de aquel modo con una expresión tan feliz y satisfecha. Saltó del alféizar y corrió a él.

—Tienes una hermanita —le dijo Rhett con un guiño—. Y por Dios que es la niña más linda que he visto en mi vida. Pero..., ¿por qué lloras?

—Mamá...

—Mamá está comiendo una comida estupenda; pollo con arroz y salsa, y café, y vamos a hacer para ella un helado muy rico, y si quieres te dejaré tomar dos platos. Y también te enseñaré a tu hermanita.

Aliviado por estas palabras, Wade intentó ser amable con su nueva hermanita, pero fracasó. Nadie se ocuparía ya nunca más de él. Ni siquiera tía Melanie ni tío Rhett.

—Tío Rhett —empezó a decir—, ¿prefiere todo el mundo las niñas a los niños?

Rhett dejó el vaso en la mesa y miró inquisitivamente la triste carita; inmediatamente una luz de comprensión apareció en sus ojos.

—No, no lo creo —dijo seriamente, como si lo pensase mucho—. ¡Generalmente las niñas dan mucho más que hacer que los niños, \ la gente por eso se tiene que ocupar de ellas más que de los niños.

—Mamita me acaba de decir que los chicos eran un estorbo.

—Mamita estaba preocupada y no sabía lo que decía.

—Tío Rhett, ¿hubieras preferido tener un niño a una niña?

—No —contestó Rhett rápidamente; y viendo entristecerse la carita del pequeño continuó—: ¿Para qué necesito yo otro niño, si ¡ya tengo uno?

—¿Tienes uno? —exclamó Wade, abriendo la boca con asombro ante esta afirmación—. ¿Dónde está?

—Aquí mismo —y cogiendo al chiquillo lo sentó sobre sus rodillas—. Tú me bastas, muchacho. ¿Verdad, hijo?

Por un momento la tranquilidad y la felicidad de sentirse amado fue tan intensa, que Wade casi empezó a llorar de nuevo. Tragó saliva y apoyó la cabeza sobre la chaqueta de Rhett.

—¿No eres tú hijo mío?

—¿Se puede ser... hijo de dos hombres? —preguntó Wade, luchando entre la lealtad al padre que no había conocido y el amor al hombre que lo entendía tan bien.

—Sí —repuso Rhett con energía—. Igual que puedes ser el hijo de mamá y el de tía Pitty también.

Wade aceptó la explicación; tenía sentido para él y sonrió, apoyándose más aún contra el pecho de Rhett.

—Tú entiendes a los niños pequeños, ¿verdad, tío Rhett?

La expresión del rostro de Rhett volvió a hacerse dura; y frunció los labios.

—Sí —dijo con amargura—. Yo entiendo a los niños pequeños.

Por un momento Wade volvió a tener miedo, miedo y una sensación de envidia intensísima. El tío Rhett no estaba pensando en él, sino en alguna otra persona.

—¿No has tenido nunca otros niños? Dímelo.

Rhett le puso en pie.

—Voy a echar un trago, y tú también, Wade. Tu primera copa; un brindis por tu hermanita.

—¿No has tenido otros...? —repitió Wade; y viendo a Rhett levantarse para alcanzar la botella de clarete, la excitación de sentirse admitido a esta ceremonia de personas mayores le distrajo.

—¡Qué lástima! No puedo, tío Rhett. Le he prometido a tía Melanie que no beberé hasta que me gradúe en la Universidad; y me regalará un reloj si lo cumplo.

—Y yo te regalaré la cadena por ello; esta misma que llevo ahora, si la quieres —dijo Rhett, sonriendo de nuevo—. Tía Melanie tiene muchísima razón. Pero ella hablaba de licores, no de vino. Tienes que aprender a beber vino como un caballero, hijo, y no hay momento como el actual para aprender.

Hábilmente, mezcló el clarete con agua de la garrafa, hasta que el líquido quedó apenas rosado, y le tendió el vaso a Wade. En aquel momento entró Mamita en el comedor. Se había puesto su mejor traje de los domingos, y el delantal y la cofia estaban limpios y tiesos. Al andar se contoneaba y sus enaguas producían un crujido de seda.

De su rostro había desaparecido la expresión aviesa y sus encías casi sin dientes se abrían en amplia sonrisa.

—Regalo de nacimiento, señorito Rhett —dijo.

Wade se detuvo con el vaso en los labios. Sabía que Mamita nunca había querido a su padrastro; nunca le había oído llamarle más que «capitán Butler» y su conducta con él era altanera y fría; y allí estaba ahora radiante y llamándole «señorito Rhett». ¡Qué día tan fantástico!

—Usted preferirá ron a clarete, supongo —dijo Rhett, cogiendo del aparador una panzuda botella—. Es un bebé precioso, ¿verdad, Mamita?

—Sí que lo es —dijo Mamita, chasqueando la lengua al coger el vaso—. Bien, señorito Rhett, la señorita Scarlett era casi tan bonita cuando llegó, pero no tanto.

—Beba otro vaso, Mamita. Y dígame, Mamita —el tono de la voz de Rhett era severo, pero sus ojos brillaban—. ¿Qué es ese crujido que oigo?

—¡Por Dios, señorito Rhett! Son mis enaguas de seda encarnada. —Y Mamita se contoneó, y se bamboleó hasta que todo su voluminoso cuerpo pareció temblar.

—¡Nada más que sus enaguas de seda! No lo creo. Suena como un montón de hojas secas que se frotasen unas contra otras. Déjeme verlo. Súbase la falda.

—¡Señorito Rhett! Es usted muy malo. Es usted... ¡Oh, Señor!

Y, dando grititos, Mamita se retiró, y, a unos pasos de distancia, levantó,

modestamente, su vestido un poquito, dejando ver el volante de unas enaguas de seda roja.

—Tardó usted bastante en estrenarlas —gruñó Rhett. Pero sus ojos reían.

—Sí, señor, demasiado.

Entonces Rhett dijo algo que Wade no comprendió.

—¿Ya no hay nada de mula con arneses de caballo?

—Señorito Rhett. La señorita Scarlett hizo mal en decírselo. ¿No le guardará usted rencor a esta pobre negra?

—No, no se lo guardaré, tínicamente quería saberlo. Beba otra copa, Mamita, beba toda la botella. Bebe, Wade. Brindemos.

—¡Por Sissy! —gritó Wade, tragándose todo de una vez. Y se atragantó, empezando a toser tan escandalosamente, que los otros dos se reían y le daban palmadas en la espalda.

Desde el momento en que nació su hija, la conducta de Rhett fue desconcertante para los que le rodeaban, y destruyó opiniones muy arraigadas que toda la ciudad y la misma Scarlett tenían de él. ¡Quién iba a pensar que, precisamente él, se mostrase tan franca, tan abiertamente orgulloso de su paternidad! Y mucho más con la azorante circunstancia de que su primogénito fuese una niña.

La ilusión de su paternidad no se le pasaba, lo cual producía cierta envidia secreta a las mujeres, cuyos maridos estaban ya hartos del bebé antes de que éste estuviera bautizado. Paraba a la gente en la calle para contarle los detalles de los milagrosos progresos de su nena, sin hacer preceder sus observaciones por el hipócrita, pero cortés: «Ya sé que todo el mundo se imagina que su hijo es una excepción, pero...». Su hija le parecía una maravilla que no podía compararse con ningún mocoso, y hablaba de lo mismo a quien fuese. Cuando se enteró de que el ama le había dejado chupar un pedazo de magro de cerdo, originando el primer cólico, la conducta de Rhett hizo reír a carcajadas a los padres sensatos. Llamó apresuradamente al doctor Meade y a otros dos médicos y más difícilmente logró contenerse y no dar de latigazos a la desdichada ama. Ésta fue despedida y seguida de una serie de ellas, que duraban lo más una semana, pues ninguna llenaba los requisitos necesarios para satisfacer las exigencias de Rhett.

Por su parte, Mamita veía con gusto sucederse las amas, pues estaba envidiosa de todas las negras y no comprendía por qué no bastaba ella para cuidar a Wade, a Ella y al bebé. Pero Mamita tenía muchos años y el reuma hacía cada vez más lento su pesado paso. A Rhett le faltaba valor para explicarle las razones de que se tomara otra niñera. Le dijo que un hombre de su posición no estaba bien que no tuviera más servicio. No le pareció bien. Debía tomar otras dos para el trabajo más pesado y dejarlas bajo la dirección de Mamita. Esto sí le parecía bien a Mamita. Más criados eran un crédito para su posición, tanto como para la de Rhett. Pero no quería, se lo dijo muy decidida, tener más gentuza negra en el cuarto de los niños. Así, Rhett se decidió a mandar a Tara a buscar a Prissy. Conocía sus defectos, pero al fin y al cabo era de una familia conocida. Y el tío Peter proporcionó una sobrina suya llamada Lou, que había pertenecido a una prima de tía Pittypat.

Scarlett, aun antes de estar completamente repuesta, se dio cuenta de la obsesión de Rhett con la pequeña y se sentía algo corrida y azorada ante su entusiasmo por ella delante de la gente. Estaba muy bien que un hombre quisiese a su hija, pero encontraba que había algo poco varonil en la demostración de semejante cariño. Debía ser indiferente y despreocupado como eran otros hombres.

—Parece que estás loco —le dijo, irritada—. Y no comprendo el porqué.

—¿No? Desde luego es posible. Es sencillamente que se trata de la primera persona que me ha pertenecido por completo.

—También me pertenece a mí.

—No; tú tienes otros dos niños. Ésta es mía.

—¡Qué disparate! —dijo Scarlett—. Yo fui quien la tuve; y, además, querido, no olvides que yo también te pertenezco.

Rhett la miró por encima de la morena cabecita de la nena y sonrió extrañamente.

—¿De veras, querida?

La entrada de Melanie cortó una de las vivas peleas que surgían tan frecuentemente entre ellos aquellos días. Scarlett disimuló su indignación, y contempló cómo Melanie cogía a la chiquilla. El nombre que habían decidido ponerle era Eugenia Victoria; pero aquella tarde Melanie, sin intención, le regaló un nombre que le quedó para siempre. De la misma manera que el de Pittypat había borrado por completo hasta el recuerdo de Sara Juana.

Rhett, inclinado sobre la niña, había dicho:

—Sus ojos van a ser verde guisante.

—Nada de eso —exclamó Melanie, indignada, olvidando que los de Scarlett eran casi de ese color—. Van a ser azules iguales que los del señor O'Hara, tan azules como... como la bonita bandera azul.

—Bonnie Blue[31] Butler —rió Rhett cogiéndole la niña de sus brazos y mirando más de cerca sus ojillos. Y en Bonnie quedó, hasta el extremo de que sus padres se olvidaran de que le habían puesto el nombre de dos reinas.

51

Cuando Scarlett pudo salir de nuevo, hizo a Lou oprimirla en su corsé, con tal fuerza que las cintas estallaban. Después se pasó una medida de cinta alrededor de la cintura.

—Veinte pulgadas —gruñó—; eso es lo que los niños hacen a la figura.

Tenía la cintura tan ancha como tía Pittypat, tan ancha como Mamita.

—Apriétalas más, Lou. A ver si puedes reducírmela a ocho pulgadas y media, o no podré ponerme ninguno de mis trajes.

—Rompería los cordones, señorita Scarlett —dijo Lou—. Se le ha ensanchado la cintura y no se puede remediar.

«Sí que se puede remediar —pensó Scarlett, mientras descosía furiosa los costados del traje para sacarle unas pulgadas—; nunca más tendré otro hijo.»

Desde luego, Bonnie era muy linda y un orgullo para Rhett y para ella, y Rhett la adoraba. Pero no volvería a tener otro niño. Cómo se arreglaría para conseguirlo, eso no lo sabía. Porque no podía manejar a Rhett como había manejado a Frank. Rhett no le tenía miedo. Iba a ser difícil con Rhett, que tan entusiasmado estaba con la niña, *y* que seguramente, aunque él dijese que si tuviese un hijo lo ahogaría, querría tener uno al año siguiente. ¡Pues no tendría ni niño ni niña! ¡Ya era bastante para una mujer tener tres hijos!

Cuando hubo hilvanado las deshechas costuras, Lou las cosió; peinó y vistió a Scarlett, llamó un coche y su ama salió en él para el almacén de maderas. Por el camino se fue animando y olvidó por completo la perdida línea, porque iba a ver a Ashley, a examinar los libros con él. Y, si tenía un poco de suerte, lo vería a solas. No lo había visto desde bastante antes del nacimiento de Bonnie, pues no había querido hacerlo cuando su embarazo era muy visible; así que había echado mucho de menos el contacto diario con él y también la actividad de su negocio de maderas mientras estaba enclaustrada. Desde luego, ahora Scarlett no necesitaba trabajar. Podría vender muy fácilmente las serrerías y emplear el dinero en valores para Wade y Ella. Pero tal cosa significaría ver a Ashley muy rara vez y eso siempre en sociedad y rodeados de multitud de gente. Y el trabajar al lado de Ashley era su mayor placer.

Cuando llegó al almacén examinó con interés las grandes pilas de madera y el gran número de clientes que se agolpaban entre ellas hablando con Hugh Elsing. Y había seis troncos de mulas, y varios vagones que los negros estaban cargando. «¡Seis troncos! —pensó con orgullo—. ¡Y todo esto lo he hecho yo sola!» Ashley salió a la puerta del pequeño despacho, con los ojos iluminados por la alegría de volver a verla, le dio la mano para ayudarla a bajar del coche y la condujo al despachito como si fuera una reina.

Pero parte de su alegría se desvaneció al indinarse sobre los libros de su serrería y compararlos con los de Johnnie Gallegher. Ashley casi no había hecho más que gastos y Johnnie tenía a su favor una respetable suma. Se abstuvo de hacer comentarios mientras contemplaba las dos páginas. Ashley leyó en su rostro.

—Lo siento muchísimo, Scarlett. Lo único que quisiera decirte es que me gustaría que me dejases contratar a negros libres en lugar de emplear penados. Creo que me arreglaría mejor.

—¡Negros! ¡Pero su jornal nos arruinaría! Los penados son desecho barato. Si Johnnie consigue todo esto con ellos...

Los ojos de Ashley miraron por encima de su hombro algo que ella no podía

distinguir, y la alegría desapareció en su rostro.

—Yo no puedo manejar a los presidiarios como hace Johnnie; yo no sé conducir hombres.

—¡Por los clavos de Cristo! Johnnie es una maravilla para eso. Pero tú, Ashley tienes un corazón tan blando... Debías hacerlos trabajar a la fuerza. Johnnie me ha contado que cada vez que uno de ésos quiere dejar el trabajo te dice que está enfermo y tú le das un día de permiso. ¡Santo Dios, Ashley, ése no es modo de hacer dinero! Un par de latigazos cura cualquier enfermedad...

—¡Scarlett, Scarlett, no sigas; no puedo soportar oírte hablar de esa nanera! —exclamó Ashley, mirándola tan duramente, que la dejó sin habla—. ¿No comprendes que son hombres, algunos de ellos enfermos, destrozados, miserables, y...? ¡Oh, querida, no puedo soportar ver cómo te ha hecho cambiar a ti, que antes eras tan suave...!

—¿Quién crees que me ha cambiado?

—Voy a decírtelo y no tengo ningún derecho. Pero voy a decírtelo. Tu... Rhett Butler. Todo lo que él toca lo emponzoña. Y te ha cogido a ti, que eras tan dulce, tan generosa, tan buena, a pesar de todo tu atolondramiento, y ha hecho de ti esto... Endurecerte, embrutecerte con su contacto.

—¡Oh! —murmuró Scarlett, luchando con la culpable alegría de ver que Ashley la quería tan profundamente que aún podía creerla dulce y buena. Gracias a Dios, echaba a Rhett la culpa por su manera de ganar dinero. Desde luego, Rhett no tenía nada que ver con eso y la culpa era toda de ella, pero, después de todo, que le achacasen otro delito poco daño podía hacerle.

—Si fuera cualquier otro hombre no me importaría tanto, pero ¡Rhett Butler! He visto lo que ha hecho de ti. Sin que te dieras cuenta, ha torcido tus sentimientos, encauzándolos por el mismo camino por donde van los suyos. ¡Oh, sí! Yo no debía decir esto; me salvó la vida y soy agradecido, pero ¡ojalá hubiera sido cualquier otro hombre y no él! No tengo derecho a hablarte así, pero...

—¡Oh, Ashley, sí tienes derecho; ningún otro hombre lo tiene!

—Te digo que no puedo aguantar el ver cómo tus delicadezas las ha cambiado él en brusquedades, el saber que tu belleza y tu encanto están entre las manos de un hombre que... ¡Cuando pienso que te toca, que...!

«Va a besarme —pensó Scarlett, como en éxtasis—. Y no habrá sido mía la culpa.» Se inclinó hacia él. Pero él se hizo atrás súbitamente, cual si se diese cuenta de que había dicho demasiado, que había expresado cosas que nunca tuvo intención de decir.

—Te pido mil perdones, Scarlett. He... he insinuado que tu marido no es un caballero, y mis propias palabras demuestran que yo, desde luego, no lo soy. Nadie tiene derecho a hablar a una esposa de su marido. No tengo ninguna excusa, excepto, excepto... —balbuceó, y su voz se convirtió en un susurro. Ella esperó conteniendo el aliento.

—No tengo excusa de ninguna clase.

Durante todo el camino de vuelta a su casa, la imaginación de Scarlett galopaba locamente. Absolutamente ninguna excusa... excepto que la amaba. Y la imagen de ella en los brazos de Rhett despertó en él una indignación que nunca hubiera creído posible. Bien; Scarlett podía comprenderlo. Si no fuese por la certidumbre de que sus relaciones con Melanie eran, necesariamente como de hermano y hermana, su propia vida hubiera sido un tormento. Y los abrazos de Rhett la embrutecían. Bien; si Ashley lo creía así, ella podía pasarse muy bien sin esos abrazos. Se imaginó lo dulce y romántico que sería para los dos el guardarse mutua fidelidad físicamente, aunque estuviese cada uno casado con otra

persona. La idea se adueñó de su imaginación, y se complació en ella. Y, además, presentaba su lado práctico: eso significaría que ya no habría de tener más hijos.

Cuando llegó a casa y despidió el coche, algo de la excitación que la había poseído al lado de Ashley se desvaneció al enfrentarse con el proyecto de decirle a Rhett que deseaba alcobas separadas y todo lo que esto significaba. Sería difícil. Y, por otra parte, ¿cómo se arreglaría para decirle a Ashley que se había negado a su esposo en atención a sus deseos? ¿Para qué podía servir un sacrificio si nadie se enteraba de él? ¡Qué carga eran el pudor y la delicadeza! ¡Si pudiese hablarle a Ashley con la misma franqueza con que lo hacía a Rhett! Bien; no importaba. Ya se arreglaría para darle a entender la verdad a Ashley.

Subió y, abriendo la puerta del cuarto de los niños, encontró a Rhett sentado al lado de la camita de Bonnie, con ella en brazos y enseñándole a Wade el contenido de sus bolsillos. ¡Qué suerte que a Rhett le gustasen los niños y se entendiese tan bien con ellos! ¡Algunos padrastros son tan desagradables para los hijos de otros matrimonios...!

—Quiero hablarte —dijo bruscamente al entrar en su habitación.

Valía más provocar una explicación cuando la decisión de no tener más hijos estaba firme en ella y cuando el amor de Ashley le daba fuerzas.

—Rhett —dijo sin preámbulos, cuando éste hubo cerrado tras sí la puerta de la alcoba—. He decidido no tener más hijos.

Si le sobresaltó la inesperada declaración, él no lo demostró en absoluto. Se sentó en una butaca muy cómodamente y se echó hacia atrás.

—Cariño, como ya te dije antes de que naciera Bonnie, me es igual que tengas un hijo o veinte.

¡Qué mal intencionado era cortando la cuestión tan en seco, como si el motivo por el que vienen los niños al mundo no tuviera nada que ver con su llegada!

—Me parece que tres son suficientes. No pretendo tener uno cada año.

—Parece un número bastante razonable.

—Sabes muy bien —se detuvo azorada y sus mejillas enrojecieron—. Sabes muy bien lo que quiero decir.

—Lo sé. Creo también que te darás cuenta de que puedo divorciarme de ti, si me niegas mis derechos maritales.

—¡Serías tan villano como para hacer semejante cosa! —gritó, indignada. Nada ocurría como ella lo tenía planeado—. Si tuvieras una chispa de caballerosidad, serías lo suficientemente... Mira: Ashley Wilkes y Melanie no pueden tener hijos y...

—¡Vaya con el caballerito Ashley! —dijo Rhett, mientras sus ojos brillaban extrañamente—. Por favor, continúa.

Scarlett, desorientada por sus réplicas, se sentía turbada y no sabía ya qué decir. Ahora comprendía lo loca que había sido su esperanza de arreglar amistosamente un asunto tan importante, sobre todo con un sucio egoísta como Rhett.

—Has estado en el almacén de madera esta tarde, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—¿Te gustan los perros, verdad, Scarlett? ¿Los prefieres en la perrera o en el pesebre?

La alusión resbaló sobre ella, que estaba en el colmo de la indignación y del despecho.

Él se levantó quedamente y, acercándose a su mujer, la cogió por la barbilla, obligándola a levantar la cabeza.

—¡Qué chiquilla eres! Has vivido con tres hombres y aún no has comprendido el

carácter del hombre. Pareces creer que todos son como señoras viejas que han pasado ya la edad crítica.

Le pellizcó la barbilla juguetonamente y luego la soltó, se separó de ella y, levantando las cejas, la miró fríamente.

—Compréndeme bien, Scarlett; si tu lecho tuviera aún algún encanto para mí, ni cerrojos ni súplicas me podrían apartar de él. Y no me avergonzaría de nada de lo que hiciese, porque hice contigo un pacto, un pacto que yo he respetado y tú ahora estás violando. Puedes guardar tu casto lecho, querida mía.

—¿Pretendes darme a entender —gritó Scarlett, furiosa— que no te importa...?

—¿No te has cansado tú de mí? Pues los hombres se cansan más fácilmente que las mujeres. Guarda tu santidad, Scarlett. Me tiene sin cuidado. No importa. —Se encogió de hombros con una mueca—. Afortunadamente, el mundo está lleno de lechos y en casi todos los lechos hay alguna mujer.

—¿Quieres decir que serías capaz...?

—Desde luego, inocentita mía. Lo maravilloso es que haya esperado tanto tiempo. Nunca he considerado la fidelidad como una virtud.

—Cerraré mi puerta todas las noches.

—¿Para qué te vas a molestar? Si te desease, ningún cerrojo me impediría entrar.

Se volvió como si el asunto estuviera terminado y salió de la alcoba. Scarlett le oyó volver al cuarto de los niños, donde fue recibido con gritos de alegría. Se sentó bruscamente. Ya había conseguido lo que quería. Eso era lo que deseaban Ashley y ella. Pero no la hacía feliz. Su vanidad sufría, y estaba disgustada, mortificada de ver que Rhett lo había tomado con tanta tranquilidad, que no la quería, que la había puesto en el mismo nivel que a otras mujeres en otros lechos...

Le gustaría encontrar una forma delicada de hacerle saber a Ashley que ella y Rhett no eran ya en realidad marido y mujer. Pero ahora comprendía que era imposible. Era un enredo terrible y casi lamentaba haberse decidido a hablar. Echaría mucho de menos las largas conversaciones, tan divertidas, que mantenía con Rhett por las noches, mientras la chispa de su cigarro brillaba en la oscuridad. Echaría de menos el consuelo de sus brazos cuando se despertaba asustada soñando que estaba corriendo entre la niebla.

De repente se sintió muy desgraciada y, recostando la cabeza en el brazo de la butaca, rompió a llorar.

52

Una lluviosa tarde, cuando Bonnie apenas había cumplido su primer año, Wade se aburría en el gabinete. De vez en cuando se acercaba a la ventana, apoyando la nariz contra los chorreantes vidrios. Era un chiquillo bajo y delgado, pequeño para sus ocho años, tímido y vergonzoso, y que no hablaba apenas más que cuando le dirigían la palabra. Era taciturno y no sabía divertirse solo. Ella, en un rincón, jugaba con sus muñecas. Scarlett estaba ante su escritorio murmurando para sí misma, mientras sumaba una larga columna de números, y Rhett, tumbado en el suelo, balanceaba el reloj sujetándolo por la cadena fuera del alcance de Bonnie.

Después que Wade hubo cogido varios libros y los hubo dejado caer con ruido, suspirando profundamente, Scarlett se volvió hacia él, irritada.

—¡Por Dios santo, Wade! ¡Vete a correr o a jugar!

—No puedo; está lloviendo.

—¡Ah, sí! No me había dado cuenta. Pues haz algo; me estás poniendo nerviosa, con tanta vuelta. Anda, ve y dile a Pork que enganche el coche y te lleve a jugar con Beau.

—No está en casa —suspiró Wade—. Está en la fiesta de cumpleaños de Raúl Picard.

Raúl era el hijo menor de Maribella y de Rene Picard. «Un mocoso indecente —pensó Scarlett—, que más parecía un mono que un niño.»

—Bueno, pues puedes ir a ver a quien quieras. Corre a decírselo a Pork.

—Nadie está en casa —contestó Wade—. Todos están en la fiesta.

Las palabras que el niño no pronunció, «todo el mundo... menos yo», flotaban en el aire, pero Scarlett, con la imaginación en los libros, no se fijó en ello.

Rhett se enderezó hasta quedar sentado y dijo:

—¿Por qué no estás tú en la fiesta, hijo?

Wade se acercó a él, mirando al suelo con expresión de sentirse muy desgraciado.

—No me han invitado, señor[32].

Rhett abandonó el reloj a las destructoras manos de Bonnie y se incorporó ligeramente.

—Deja en paz esos condenados números, Scarlett. ¿Por qué no han invitado a Wade a esa fiesta?

—¡Por amor de Dios, Rhett! No me molestes ahora. Ashley ha armado un buen jaleo en estas cuentas... ¡Dichosa fiesta! Me figuro que no es nada anormal que no hayan invitado a Wade. Y, si lo hubieran invitado, yo no le habría dejado ir. No olvides que Raúl es el nieto del señor Merriwether y que la señora Merriwether preferiría recibir en su salón a negros libertos a recibirnos a ninguno de nosotros.

Rhett, que contemplaba a Wade con ojos pensativos, vio al niño titubear.

—Ven aquí, hijo —le dijo atrayéndole hacia sí—. ¿Te hubiera gustado ir a esa fiesta?

—No señor —dijo Wade valientemente. Pero bajó los ojos.

—¡Hum!... Dime, Wade. ¿Vas a casa de Joe Whiting, o de Frankie Bonnel, o de tus otros amiguitos cuando dan fiestas?

—No señor, no me invitan a muchas fiestas.

—¡Wade, estás mintiendo! —gritó Scarlett, volviéndose—. Fuiste a tres la semana pasada; a la fiesta infantil de los Bart, a la de los Gelert y a la de los Hundon.

—Buena colección de mulas con arneses de caballo —dijo Rhett en un murmullo—. ¿Te divertiste mucho en esas fiestas? Contesta.

—No señor.

—¿Por qué?

—No podía, señor. Mamita dice que es una gentuza blanca.

—¡Buena le voy a dar a Mamita! —gritó Scarlett, poniéndose en pie de un salto—. ¡Y tú, Wade, hablar así de los amigos de tu madre...!

—El chico dice la verdad y Mamita también —repuso Rhett—. Claro que tú no eres capaz de reconocer la verdad si te la encuentras en un camino... No disgustes más a tu hijo. No tendrás que volver a ninguna fiesta a la que no quieras ir. Y ahora —y al decir esto sacó un billete del bolsillo—, dile a Pork que enganche el caballo y que te lleve a la ciudad. Cómprate almendras garrapiñadas en cantidad bastante para darte un espléndido dolor de estómago.

Wade, radiante, se embolsó el billete y miró ansiosamente a su madre. Pero ésta, con las cejas fruncidas, observaba a Rhett, el cual había cogido del suelo a Bonnie y la estrechaba en sus brazos, apretando la carita contra sus mejillas. No podía leer en su rostro, pero en su mirada había algo como miedo o remordimiento.

Wade, envalentonado por la generosidad de su padrastro, se acercó a él tímidamente.

—Tío Rhett, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Naturalmente —los ojos de Rhett brillaban con ansiedad, mientras apretaba aún más la cabécita de la nena—. ¿Qué es, Wade?

—Tío Rhett, ¿estuvo usted..., peleó usted en la guerra? La mirada de Rhett se fijó en el niño, alerta y viva, pero su voz era indiferente.

—¿Por qué me preguntas eso, hijo?

—Porque Joe Whiting y Frankie Bonnel dijeron que no.

—¡ Ah! —dijo Rhett—. Y tú ¿qué les contestastes?

Wade parecía desolado.

—Yo, yo les dije... yo les dije que no sabía... —Y luego continuó precipitadamente —: Pero que no me importaba, ¡y les pegué! ¿Estuvo usted en la guerra, tío Rhett?

—Sí —dijo Rhett, violentamente—. Estuve en la guerra. Estuve ocho meses en el Ejército. Luché durante todo el camino desde Lovejoy a Franklin. Y estaba con Johnston cuando la rendición.

Wade se estremeció de alegría, pero Scarlett rió.

—Creí que te avergonzabas de ello —dijo—. ¿No me habías dicho que me lo callase?

—Cállate ahora —repuso él—. ¿Estás satisfecho, Wade?

—¡Oh, sí señor! Ya sabía yo que usted había estado en la guerra, que no estuvo usted emboscado, como dicen eEos. Pero... ¿por qué no estaba usted con los papas de los otros niños?

—Porque los papas de los otros niños fueron tan locos que todos sirvieron en infantería; yo era del Oeste y por eso serví en la artillería. En la artillería de campaña, Wade, no en la de plaza. Hay que tener talento y valor para servir en la artillería, Wade.

—Apostaría... —dijo Wade con el rostro radiante—. ¿Le hirieron alguna vez, tío Rhett?

Rhett vaciló.

—Cuéntale lo de tu disentería —dijo Scarlett con burla.

Rhett dejó cuidadosamente a la nena en el suelo. Y se sacó del pantalón la camisa y la camiseta.

—Ven aquí, Wade, y te enseñaré dónde me hirieron.

Wade se adelantó, excitado, y miró donde señalaba el dedo de Rhett. Una larga cicatriz cruzaba su pecho y bajaba hasta su abdomen. Era el recuerdo de un duelo a cuchillo, en los campos auríferos de California; pero Wade no lo sabía, y respiró feliz.

—Yo creo que es usted casi tan valiente como mi padre, tío Rhett.

—Casi, pero no tanto —dijo Rhett volviendo a meter la camisa en los pantalones—. Ahora, márchate a gastar tu dólar, y dale su merecido a quien se atreva a decirte que yo no serví en el Ejército.

Wade se marchó bailando de alegría y llamó a Pork. Rhett volvió a coger a la chiquilla.

—¿Se puede saber a qué vienen todas esas mentiras, valiente soldadito? —preguntó Scarlett.

—Un chico necesita estar orgulloso de su padre o de su padrastro. No puedo permitir que se avergüence delante de los otros rapaces. ¡Qué crueles son los niños!

—Ridiculeces...

—Nunca pensé en lo que eso podía significar para Wade —dijo Rhett con calma—. Nunca pensé en lo que está sufriendo. Pero no va a pasarme lo mismo con Bonnie.

—¿Lo mismo? ¿Qué?

—¿Crees que voy a consentir que mi Bonnie se avergüence de su padre? ¿Que no la conviden a las fiestas cuando tenga nueve o diez años? ¿Crees que voy a consentir que tenga que humillarse como Wade por culpas que no son suyas, sino tuyas o mías?

—¡Bah! ¡Fiestas de niños!

—Fiestas de niños, de muchachas, de presentación en sociedad. ¿Crees que voy a permitir que mi hija crezca fuera de toda la sociedad decente de Atlanta? No voy a enviar a mi hija a educarse a un colegio del Norte porque en ninguno de aquí, ni en Charleston, ni en Nueva Orleáns, ni en Savannah, la quieran. No voy a verla obligada a casarse con un yanqui o con un extranjero, porque ninguna familia decente quiera recibirla... porque su madre fuera una loca y su padre un canalla.

_Wade, que había vuelto a la puerta, era un oyente interesado y perplejo.

—Bonnie puede casarse con Beau, tío Rhett.

La ira se borró del rostro de Rhett al volverse hacia el chiquiEo, y consideró sus palabras con aparente seriedad, como hacía siempre que hablaba con niños.

—Tienes razón, Wade. Bonnie puede casarse con Beau Wilkes. Pero ¿con quién te casarás tú?

—¡Oh! Yo no pienso casarme con nadie —dijo Wade confidencialmente, muy orgulloso de una conversación de hombre a hombre con la única persona, a excepción de tía Melanie, que nunca le reñía y siempre le animaba—. Yo pienso ir a Harvard a estudiar leyes, como mi padre, y luego voy a ser un soldado muy valiente, exactamente igual que él.

—Quisiera que Melanie se callase —exclamó Scarlett—. Wade, no irás a Harvard, porque es una escuela yanqui, y yo no quiero que vayas a una escuela yanqui. Irás a la Universidad de Georgia y, después de que te hayas graduado, me ayudarás a dirigir el almacén. Y en cuanto a lo de que tu padre era un valiente soldado...

—¡Calla! —interrumpió Rhett, para quien no pasó inadvertido el fulgor de los ojos del niño al oír hablar del padre que no había conocido—. Tú crece y hazte un hombre honrado como tu padre, Wade. Procura parecerte a él, porque era un héroe, y no permitas

que nadie te diga nunca lo contrario. Se casó con tu madre, ¿verdad? Bien, pues eso es suficiente prueba de heroísmo. Y ya me ocuparé yo de que vayas a Harvard a hacerte abogado. Y ahora corre y dile a Pork que te lleve a la ciudad.

—Te agradecería que me dejases educar a mis hijos —dijo Scarlett, mientras Wade, obediente, salía dé la habitación.

—Eres una estupenda educadora. Has destruido todas las ventajas que Wade y Ella podían tener. Pero no te dejaré hacer lo mismo con Bonnie. Bonnie va a ser una princesita y todo el mundo la querrá; no habrá un solo lugar en el mundo al que ella no pueda ir. ¡Santo Dios! ¿Crees que la voy a dejar crecer y tratarse con toda la gentuza que llena esta casa?

—Son suficientemente buenos para ti...

—Y demasiado para ti, cariño. Pero no para Bonnie. ¿Crees que la voy a dejar casarse con alguno de esos ladrones con los que tú pasas el tiempo? Irlandeses sin educación, yanquis, gentuza blanca, nuevos ricos. Mi Bonnie, con la sangre de Butler y su linaje de Robillard...

—Los O'Hara...

—Los O'Hara quizá fueran antaño reyes de Irlanda, pero tu padre no era más que un ente vulgar sin educación. Y tú no eres mejor... Pero, bueno, la falta también es mía. He andado por la vida como un loco salido del infierno, no preocupándome nunca de lo que hacía porque nada me importaba. Pero Bonnie me importa. ¡Señor, qué loco he sido! A Bonnie no la recibirán en Charleston, aunque mi madre, o tu tía Eulalie, o tu tía Pauline hagan lo que sea. Y es evidente que no la recibirán aquí, a no ser que nosotros hagamos algo en seguida.

—¡Oh, Rhett! Lo tomas tan en serio que me resulta divertidísimo. Con nuestro dinero...

—¡Maldito sea nuestro dinero! Todo nuestro dinero no puede comprar lo que yo quiero para ella. Preferiría que invitasen a Bonnie a comer pan seco en la pobre casa de los Picard, o en el desvencijado granero de los Elsing, que a ser la reina en un baile republicano. Scarlett, has sido una loca; debías haber asegurado un lugar para tus hijos en el edificio social desde hace muchos años..., pero no lo has hecho. Ni siquiera te has preocupado de conservar la posición que tenías. Y es demasiado esperar que a estas alturas corrijas tus costumbres. Estás demasiado ansiosa de hacer dinero y te gusta demasiado apabullar a la gente.

—Considero todo este asunto como una tempestad en un vaso de agua —dijo Scarlett fríamente, volviendo a sus papeles para demostrar que, en lo que a ella concernía, la discusión había terminado.

—Sólo tenemos a la señora Wilkes para ayudarnos y tú haces todo lo posible por molestarla e insultarla. ¡Oh!, ahórrame las observaciones sobre su pobreza y sus trajes pasados de moda. Es el alma y el centro de cuanto hay dé distinguido en Atlanta... Doy gracias a Dios por ella. Me ayudará en lo que se pueda hacer.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Voy a cultivar la amistad de lo más aguerrido de las mujeres de la vieja guardia, especialmente la de las señoras Merriwether, Elsing, Whiting y Meade. Si tengo que arrastrar mi vientre ante cada uno de esos viejos gatos que me odian, lo haré. Seré de miel ante su aspereza, y me arrepentiré de mis pasadas culpas. Contribuiré a sus condenadas limosnas y acudiré a sus condenadas iglesias. Reconoceré y pregonaré mis servicios a la Confederación y, en fin, si no hubiera otro remedio, me afiliaré a su condenado Klan. Aunque espero que un Dios misericordioso me evite semejante penitencia. Y no vacilaré en

recordar a los locos cuya *cabeza* salvé que me deben su vida. Y tú, señora, tendrás la bondad de no deshacer a mis espaldas todo mi trabajo, concertando hipotecas con las gentes a quienes yo estoy conquistando, vendiéndoles madera podrida o con cualquier otra de tus cien mil maneras de insultarlas. Y el gobernador Bullock no volverá a poner los pies en esta casa. ¿Me oyes? Y ninguno de esa banda de ladrones elegantes de que te has rodeado, tampoco. Si invitas a alguno de ellos a pesar de mi ruego, te encontrarás en el desagradable caso de no tener invitados en tu casa. Si entran en esta casa, me pasaré el día en el bar de Bella Watling, diciendo a quien quiera oírlo que no permaneceré con ellos bajo el mismo techo.

Scarlett, que había estado fingiéndose indiferente a sus palabras, rió brevemente.

—¿De modo que el jugador de los barcos del río y el especulador se va a volver respetable? Bien, tu primer impulso hacia la respetabilidad me figuro que será la venta de la casa de Bella Watling.

Fue un palo de ciego. Nunca había estado completamente segura de que Rhett fuese el dueño de la casa. Él se rió, como si leyese en su mente.

—Gracias por el consejo.

Aunque Rhett se lo hubiese propuesto, no hubiera hallado momento menos propicio para su vuelta a la buena sociedad. Nunca, antes ni después, llegaron los nombres de republicano y *scdlawag* a inspirar odio más intenso, ya que también el régimen de los *carpetbaggers* alcanzaba la cumbre de la corrupción. Y, desde la rendición, el nombre de Rhett había estado íntimamente unido a yanquis, republicanos y *scallawags.*

En 1866 la gente de Atlanta había creído que nada podía ser peor que la dura ley militar que soportaban; pero ahora, bajo Bullock, estaban aprendiendo que aún existía algo peor.

Se había dicho a los negros que en la Biblia sólo se mencionaban dos partidos políticos: los republicanos y los pecadores. Ningún negro quería incorporarse a un partido compuesto exclusivamente de pecadores; así, se apresuraron a incorporarse al republicano. Sus nuevos amos les hacían votar una y otra vez eligiendo a blancos pobres y a *scdlawags* para los altos puestos; eligiendo también alguna vez a negros. Estos negros se instalaban en el Parlamento, donde pasaban el tiempo comiendo golosinas y poniéndose y quitándose los zapatos nuevos para ver si por fin conseguían encontrarse a gusto en ellos. ¡Pocos había que supiesen leer y escribir! Llegaban directamente de las plantaciones de algodón o de caña de azúcar; pero podían votar impuestos y bonos y presupuestos altísimos para ellos y sus amigos republicanos. Y los votaban. El Estado se tambaleaba bajo los impuestos, que se pagaban con indignación: era sabido que la mayor parte de ese dinero pasaba a bolsillos particulares.

Rodeando por completo el poder político del Estado había una hueste de oportunistas, especuladores, gente que iba a la busca de contratas productivas o que esperaba sacar provecho de la orgía de gastos, y muchos de eÜos se estaban haciendo fabulosamente ricos. No les costaba ningún trabajo conseguir dinero del Estado para la construcción de ferrocarriles que nunca llegaban a construirse, para comprar vagones y máquinas que ni se habían de comprar, para edificar edificios públicos que no existían más que en la imaginación de los que los gestionaban.

La emisión de bonos se elevaba a millones. La mayoría de ellos eran ilegales y fraudulentos, pero se emitían exactamente igual. El tesorero del Estado, que era republicano, pero hombre honrado, protestaba contra las emisiones ilegales y se negaba a firmarlas; mas él y otros que intentaban restringir tales abusos eran impotentes contra la

marea que los arrollaba.

La adquisición de caminos de hierro por el Estado había sido, alguna vez, un negocio ventajoso, pero ahora era sumamente arriesgado y las deudas se elevaban a más de un millón. No existía ni un solo ferrocarril, pero sí un inmenso lodazal sin fondo en el cual los cerdos podían emborracharse y revolcarse. Muchos de sus empleados eran mantenidos por razones políticas, sin preocuparse de lo que pudieran saber de la cuestión de ferrocarriles. Los republicanos tenían por todas partes pases de libre circulación, y vagones cargados de negros rodaban en alegres excursiones por todo el Estado para votar y volver a votar en las mismas elecciones.

La mala administración de los ferrocarriles del Estado era lo que más indignaba a los contribuyentes. De las ganancias de estos ferrocarriles debía salir el dinero para las escuelas públicas, pero no había ganancias, sino tan sólo deudas y, por lo tanto, tampoco había escuelas. Pocos eran los que tenían dinero para enviar a sus hijos a escuelas de pago, y así existía una generación de niños que crecía en la ignorancia y que sembraría más tarde la semilla del analfabetismo.

Pero más fuerte que la indignación por el gasto y la mala administración, y el soborno, era el resentimiento por lo mal que, intencionadamente, el gobernador los representaba en el Norte. Cuando Georgia se indignaba contra la corrupción, el gobernador se trasladó precipitadamente al Norte, acudió al Congreso y habló de ultrajes de los blancos contra los negros, de que Georgia estaba prepa^da para una nueva sublevación y de la necesidad de un fuerte y severo gobierno militar. Ni un solo georgiano deseaba camorra con los negros y procuraban evitarlo por todos los medios. Nadie quería otra guerra, nadie necesitaba una dictadura militar. Lo que quería Georgia era que la dejasen en paz para que el Estado pudiera reponerse. Pero, con la faena que llegó a conocerse como «la fábrica de calumnias del gobernador», el Norte vio tan sólo un Estado rebelde que necesitaba una mano dura, y con mano dura se le trató.

Era una maravillosa orgía para la banda que sujetaba a Georgia por el cuello. Era una orgía de despojo, pero por encima de todo, un cinismo frío de las autoridades para tratar al ladrón, que producía náuseas. Las protestas y los esfuerzos por resistir no conseguían nada, porque el Gobierno del Estado estaba sostenido y apoyado por el Ejército de los Estados Unidos.

Atlanta maldecía el nombre de Bullock y el de sus *scdlawags* y republicanos; y maldecía también el de todo el que tuviera relación con ellos. Y Rhett estaba relacionado con aquella gente. Había estado con ellos, se decía, en todos sus planes. Pero ahora se volvía contra la corriente, por la que de tan buena gana se había dejado arrastrar hasta hacía poco, y empezaba a nadar contra ella.

Inició su campaña despacio, sutilmente, cuidando de no despertar las sospechas de Atlanta al mostrarse como un leopardo que trata de cambiar su guarida por la noche No se avergonzó de su historial durante la guerra, y no se le volvió a ver en compañía de oficiales yanquis, de republicanos ni de *scdlawags*. Asistió a reuniones de los demócratas y votó ostensiblemente la candidatura demócrata. Abandonó el juego y renunció casi por completo a la bebida. Si volvió alguna vez a casa de Bella Watling, lo hizo de noche y a escondidas, como hacían los más prestigiosos ciudadanos, en lugar de dejar el caballo atado frente a su puerta por la tarde, como un aviso de que estaba allí.

Y a los feligreses de la iglesia episcopal les faltó poco para caerse de sus bancos cuando Butler entró humildemente, algo retrasado para los oficios, y llevando a Wade de la mano. La congregación quedó tan asombrada por la presencia del niño como por la de

Rhett, pues todos creían que el pequeño era católico. Por lo menos, Scarlett, lo era, o se suponía que lo era; pero ella no había puesto los pies en la iglesia desde hacía mucho tiempo y había olvidado las enseñanzas religiosas de su madre, lo mismo que había olvidado todas las demás. Todos pensaron que había descuidado la educación religiosa de su hijo, y se alabó a Rhett por tratar de rectificar el descuido, aun cuando hubiese llevado al niño a la iglesia episcopal en vez de conducirlo a la católica.

Rhett podía mostrarse serio y agradable cuando se molestaba en refrenar su lengua y en evitar que sus ojos bailoteasen maliciosamente. Hacía muchos años que había renunciado a molestarse en hacerlo, pero lo intentó ahora, apelando a la mayor seriedad y cortesía. Hasta llegó a usar chalecos de colores más sobrios. No resultaba difícil ganar un montón de amistades entre los hombres que le debían la vida. Le habrían demostrado su aprecio hacía largo tiempo si Rhett no hubiera obrado como si su aprecio le importase muy poco. Ahora Hugh Elsing y Rene, los chicos de Simmon, Andy Bonnel y los demás, lo encontraron agradable, poco amigo de ponerse en evidencia y azorado cuando ellos hablaban de lo agradecidos que le estaban.

—No fue nada —protestó—. En mi lugar, todos ustedes hubieran hecho lo mismo.

Suscribió una generosa cantidad para el fondo de reparaciones de la iglesia episcopal y contribuyó con otra grande —pero no tan grande que pudiese resultar exagerada— a la Asociación para el Embellecimiento de las Tumbas de los Gloriosos Muertos del Sur. Llamó aparte a la señora Elsing para entregarle el donativo y le suplicó, turbado, que guardase secreta su limosna, perfectamente convencido de que eso sería un acicate para extender la noticia. A la señora Elsing le molestaba mucho aceptar su dinero, dinero procedente de especulaciones; pero la Asociación estaba muy necesitada.

—No comprendo por qué usted, precisamente usted, se va a suscribir —dijo ásperamente.

Cuando Rhett le dijo, con actitud humilde, que lo movía a contribuir el recuerdo de antiguos compañeros de armas, más valientes, pero menos afortunados que él, y que ahora descansaban en ignoradas tumbas, la altanería aristocrática de la señora de Elsing se sintió dominada. Dolly Merriwether le había contado que Scarlett afirmaba siempre que el capitán Butler había servido en el Ejército, pero desde luego no lo había creído. Nadie, con toda seguridad, lo había creído. —¿Usted en el Ejército? ¿En qué compañía? ¿En qué regimiento?

Rhett se lo dijo.

—¡Oh, la artillería! Toda la gente que yo conozco sirvió en infantería o en caballería. Así se explica...

Se detuvo desconcertada, esperando ver los ojos de Butler brillar de malicia. Pero Rhett bajó la mirada, mientras jugaba con la cadena de su reloj.

—Me hubiera gustado la infantería —dijo, haciendo caso omiso de la insinuación —. Pero cuando supieron que yo había sido alumno de West Point, aunque no había llegado a graduarme por culpa de una diablura de muchacho, me mandaron a la artillería, artillería de campaña, no de la milicia. Necesitaban hombres que tuviesen conocimientos especiales. Ya sabe usted la tremenda cantidad de bajas que hubo en esta última campaña. Estaba muy solo sirviendo en la artillería. No encontré una persona conocida. No creo que viera ni a un solo hombre de Atlanta durante todo el servicio.

—Bien —murmuró la señora Elsing, confusa.

Si él había servido en el Ejército, entonces ella estaba equivocada. Había hecho una porción de observaciones sobre su cobardía y el recordarlas la hacía sentirse culpable.

—Bien, ¿y por qué no habló a nadie de su campaña? Obra usted como si se avergonzase de ella.

Rhett la miró rectamente a los ojos con rostro inexpresivo.

—Señora Elsing —dijo seriamente—, créame si le digo que estoy más orgulloso de mis servicios a la Confederación que de nada que haya podido hacer nunca o que haga en lo futuro. Me siento..., me siento...

—Bien, y entonces ¿por qué los oculta?

—Me avergonzaba hablar de ello a causa de... algunos de mis pasados actos.

La señora de Elsing contó lo del donativo y la conversación a la señora Merriwether con todo detalle.

—Y te doy mi palabra, Dolly, que cuando dijo eso de sentirse avergonzado los ojos se le llenaron de lágrimas. Sí, lágrimas. Como que por poco me echo a llorar yo.

—Chifladuras y disparates —dijo, incrédula, la señora Merriwether—. No creo que se le llenaran los ojos de lágrimas, como tampoco creo que sirviera en el Ejército. Y me puedo enterar inmediatamente si estuvo en esa batería. Yo me enteraré de la verdad, porque el coronel Carleton, que la mandaba, se casó con una hija de una de las hermanas de mi abuelo, y voy a escribirle.

Escribió al coronel Carleton y, con gran dolor de su corazón, recibió una respuesta hablando de Rhett en los términos más elogiosos. Un artillero nato, soldado valiente, un caballero sin tacha, un hombre modesto que ni siquiera era capaz de aceptar una comisión cuando se la ofrecían.

—Bueno —dijo la señora Merriwether, enseñándole aquella carta a la señora Elsing —. Estoy que podrían ahogarme con un cabello. Hemos juzgado mal a ese bribón al decir que no había servido en el Ejército; tal vez debíamos haber dado crédito a Scarlett y a Melanie, que nos dijeron que se había alistado el día que cayó la ciudad. Pero no nos hemos equivocado al decir que es un *scállawag* y un bribón, y a mí no me gusta.

—Sin embargo —repuso la señora de Elsing con acento de duda—, sin embargo, yo no lo creo tan malo. Un hombre que luchó por la Confederación no puede ser del todo malo. Es Scarlett la que es mala. ¿Sabes, Dolly? Yo realmente creo que él, bueno..., que está avergonzado de Scarlett, pero que es demasiado caballero para dejarlo ver.

—¿Avergonzado? ¡Bah! ¡Si están los dos cortados por el mismo patrón! ¿De dónde has podido sacar idea tan absurda?

—No es absurda —dijo, indignada, la señora Elsing—. Ayer, durante el chaparrón, tenía a los tres niños, hasta a la chiquitína, en el coche, dando vueltas por Peachtree Street. Y, cuando yo le dije: «Capitán Butler, pero ¿se ha vuelto usted loco? ¡Tener a estos niños en la calle con el frío que hace! ¿Por qué no los mete usted en casa?», él no contestó una palabra, pero parecía violento. Entonces, Mamita contestó por él y dijo: «La casa está llena de gentuza y resulta más sano para los niños estar bajo la lluvia que en casa».

—¿Y qué dijo él?

—¿Qué iba a decir? Dirigió una mirada a Mamita y se hizo el distraído. Ya sabes que ayer por la tarde Scarlett tenía una gran reunión para jugar al whist, a la que iban todas esas mujeres vulgares y ordinarias. Me figuro que Butler no quería que besaran a los niños.

—Ya, ya... —dijo la señora Merriwether, vacilando, mas sin darse aún por vencida.

Pero, a la semana siguiente, también ella capituló.

Rhett ahora tenía un destino en el Banco. Lo que hacía en él, los sorprendidos empleados del Banco no lo sabían; pero representaba una parte demasiado considerable de su capital para atreverse a protestar de su presencia. Al poco tiempo olvidaron que le habían

hecho alguna objeción, porque era tranquilo y atento y realmente sabía bastante de banca y de inversiones. Sea como fuese, él se pasaba en su ocupación todo el día aparentando gran aplicación, porque quería estar en igualdad de condiciones con sus respetables conciudadanos que trabajaban intensamente.

La señora Merriwether, deseando dar nuevo impulso a su floreciente tahona, había intentado que el Banco le hiciese un préstamo de dos mil dólares con la casa como fianza. Se lo habían negado, porque realmente había ya demasiadas hipotecas sobre la casa. Estaba la anciana señora despotricando contra el Banco, cuando Rhett la atajó diciéndole:

—Tiene que haber una equivocación, señora Merriwether, alguna equivocación absurda. ¡Por Dios! ¡No debía tener que preocuparse en buscar un socio! Yo le prestaría a usted el dinero sencillamente sobre su palabra: una señora capaz de crear el negocio que usted ha creado es la mejor fianza del mundo. El Banco necesita prestar dinero a personas como usted. Siéntese usted aquí en mi despacho, que voy a ocuparme yo de esa cuestión.

Cuando volvió sonreía inexpresivamente, diciendo que, como él se lo había imaginado, había habido una equivocación. Los dos mil dólares estaban allí esperando a que ella quisiera molestarse en volver a busCharles. Respecto a lo de su casa: ¿haría el favor de firmar aquel papel?

La señora Merriwether, rebosando indignación, furiosa de tener que deberle el favor a un hombre a quien despreciaba, apenas le dio las gracias.

Pero él pareció no notarlo. Y, mientras la acompañaba a la puerta, le dijo:

—Señora Merriwether, siempre he sentido gran admiración por sus conocimientos y quisiera consultarle a usted una cosa.

Las plumas del sombrero de la mujer apenas se movieron al inclinar ella la cabeza.

—¿Qué hacía usted cuando su Maribella era chiquitína y se chupaba el dedo?

—¿Cómo?

—Mi Bonnie se chupa el dedo y no consigo quitarle ese vicio.

—Tiene usted que quitárselo; le estropearía la línea de la boca —repuso vigorosamente la señora Merriwether.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¡Y tiene una boca tan bonita! Pero no sé qué hacer.

—Scarlett debe saberlo; ya ha tenido otros dos niños.

Rhett se miró la punta de los pies y suspiró.

—He probado a tintarle jabón en las uñas —dijo, sin recoger la observación sobre Scarlett.

—¿Jabón? ¡Bah! El jabón no sirve de nada. Yo a Maribella le ponía quinina en el pulgar. ¡Y la aseguro, capitán Butler, que dejó de chupárselo en seguida!

—¿Quinina? No se me hubiera ocurrido. Muchísimas gracias, señora Merriwether. ¡Me preocupaba tanto!

Y le dirigió una sonrisa tan amable, tan agradecida, que la señora Merriwether vaciló un momento; pero al decirle adiós sonrió también. Le desagradaba tener que confesar a la señora Elsing que se había equivocado al juzgar a aquel hombre; pero, como al fin eEa era una persona honrada, le dijo que tenía que haber algo bueno en un hombre que tanto quería a su hija. ¡Qué lástima que Scarlett no se ocupara de una chiquilla tan linda como Bonnie! Había algo emocionante en un hombre tratando de educar él solo a su hijita. Rhett se daba perfecta cuenta del patetismo de este espectáculo, y si ello era otra mancha en la reputación de Scarlett le importaba muy poco.

En cuanto la niña empezó a andar, la llevaba con él continuamente en el coche o en el arzón de la silla de su caballo. Aquella tarde, al volver del Banco, la sacó a dar un paseo

por Peachtree Street, llevándola de la mano, amoldando sus grandes zancadas a sus diminutos pasitos, contestando pacientemente a sus infinitas preguntas.

A esta hora de la puesta del sol, casi todo el mundo estaba en el jardín o en el porche, y como Bonnie era una criaturita tan sociable, tan linda, con sus tirabuzones negros y sus ojos azules, pocos podían resistir el deseo de charlar con ella. Rhett nunca se mezclaba en esas conversaciones, pero se detenía, rebosando paternal orgullo y satisfacción al ver el éxito de su nena.

Atlanta tenía muy buena memoria y era desconfiada y lenta para variar de opinión. Los tiempos eran difíciles y se consideraba agriamente a todo el que hubiera tenido relación con Bullock y su gente; pero Bonnie poseía el encanto de Scarlett y de Rhett cuando ellos se lo proponían y fue la primera cuña que Rhett introdujo en el muro de frialdad de Atlanta.

Bonnie creció rápidamente y cada día se hacía más evidente que era nieta de Gerald O'Hara. Tenía las piernecillas cortas y gruesas, unos ojos grandes, azules como los de los irlandeses, la mandíbula cuadrada, que denotaba una obstinada voluntad. También tenía de Gerald el carácter vivo, que demostraba con rabietas, olvidadas tan pronto como se colmaban sus deseos. Cuando su padre estaba con ella, estos deseos eran atendidos inmediatamente. La echaba a perder a pesar de todos los esfuerzos de Mamita y de Scarlett, porque todos los caprichos de la niña le hacían gracia a su padre; todos menos uno: su miedo a la oscuridad.

Hasta que cumplió los dos años dormía apaciblemente en el cuarto de los niños, que compartía con Wade y con Ella. Entonces, sin razón aparente, empezó a sollozar en cuanto Mamita salía de la habitación llevándose la lámpara. Luego, durante la noche se despertaba, gritando con terror, asustando a sus hermanos y alarmando a toda la casa. Una vez hubo que llamar al doctor Meade, y Rhett no estuvo demasiado cortés al oír su diagnóstico: «Sólo pesadillas». Lo único que se consiguió sacar de la niña fue una palabra: oscuro.

Scarlett estaba enfadada con la nena y quería administrarle una buena corrección. No podía complacerla dejando una lámpara encendida en el cuarto de los niños, porque entonces Wade y Ella no podrían dormir. Rhett, molesto pero tranquilo, declaró fríamente que si se administraba alguna azotaina sería él personalmente quien lo hiciese, y no a Bonnie, sino a Scarlett.

El resultado fue que Bonnie fue trasladada del cuarto de los niños al que Rhett ocupaba solo. Se colocó la camita al lado del gran lecho y una lámpara con pantalla lució en la mesa durante toda la noche. La ciudad comentó la historia. Se decía que no estaba bien que una niña, aunque sólo tuviese dos años, durmiese en la alcoba de su padre. A Scarlett la criticaban por dos motivos: primero, porque demostraba claramente que ella y su marido dormían en distinta habitación, lo que ya parecía suficientemente escandaloso; segundo, porque, si la niña tenía miedo a dormir sola, su sitio estaba al lado de su madre: todos opinaban así. Y Scarlett no creyó a propósito explicar que le era imposible dormir con luz y que, además, Rhett no quería dejar a la niña dormir con ella.

—No te despertarías a no ser que chillara, y entonces probablemente le darías un cachete —había dicho secamente.

Scarlett estaba molesta por la importancia que Rhett concedía a los terrores nocturnos de la niña; pero pensó que se arreglaría pronto aquel estado de cosas y podría mandarla de nuevo al cuarto de los niños. Todos los niños tenían miedo a la oscuridad y el único remedio era la energía. Rhett obraba mal haciéndola pasar por una mala madre, para vengarse de que lo hubiese echado de su alcoba.

Él no había vuelto a poner los pies en su cuarto, ni siquiera había llamado a su

puerta desde la noche en que ella le había dicho que no quería tener más hijos. En adelante, aunque empezó a quedarse en casa por las noches, a causa de los terrores de Bonnie, era más frecuente que cenase fuera de casa que en ella. Algunas veces había permanecido fuera toda la noche, y Scarlett, acostada, pero sin poder dormir detrás de la cerrada puerta, oía al reloj dar las tempranas horas matinales, preguntándose dónde estaría Rhett. Se acordaba de su frase: «Hay otros lechos, querida mía». Y, aunque esto la colmase de rabia, no podía hacer nada para remediarlo. No podía decir nada por miedo a desencadenar una escena en la cual él seguramente mencionaría la cerrada puerta y la probable influencia que Ashley tenía sobre esto. Sí, su empeño de que Bonnie durmiera en su habitación con la luz encendida podía ser un modo mezquino de vengarse.

No comprendió la importancia que concedía a los terrores de la niña ni su completo entusiasmo por la chiquilla, hasta que llegó una noche espantosa que nadie en la casa podría olvidar jamás.

Aquel día Rhett había encontrado un viejo camarada y había tenido mucho que charlar. Adonde habían ido a charlar y a beber, Scarlett no lo sabía, pero desde luego se figuraba que a casa de Bella Watling. No volvió por la tarde a sacar a Bonnie de paseo, ni tampoco a cenar. Bonnie, que había estado en la ventana toda la tarde esperándolo con impaciencia, deseosa de enseñar a su padre su mutilada colección de escarabajos, había sido acostada finalmente por Lou entre gritos y protestas. Si Lou se olvidó de encender la lámpara o si ésta se consumió, nadie lo supo exactamente; pero cuando por fin Rhett volvió a casa, completamente beodo, la casa estaba revuelta y los alaridos de la niña se oían desde las cuadras. Se había despertado en la oscuridad, lo había llamado y él no estaba allí. Todos los horrores sin nombre que poblaban su pequeña imaginación se habían apoderado de ella. Todos los mimos que le hicieron, todas las luces que llevaron Scarlett y las muchachas, no la tranquilizaron, y Rhett, subiendo las escaleras de tres en tres, parecía un hombre que había visto la muerte.

Cuando finalmente tuvo entre sus brazos a la niña y entre sus entrecortados sollozos pudo distinguir una sola palabra: «oscuro», se volvió a Scarlett y a los negros hecho una furia.

—¿Quién apagó la luz? ¿Quién la dejó sola en la oscuridad? Prissy, te voy a arrancar el pellejo. Tú...

—¡Dios mío! ¡Señorito Rhett, no fui yo, fue Lou!

—¡Por Dios! Señorito Rhett, yo...

—¡Cállate! Ya sabías mis órdenes. Vete de aquí. No vuelvas.

—Scarlett, dale algún dinero y que se marche sin que yo la vuelva a ver; y ahora todo el mundo largo de aquí. ¡Todo el mundo!

Los negros se precipitaron fuera de la habitación; la infortunada Lou, llorando y secándose con el delantal. Pero Scarlett se quedó. Era muy duro para ella ver a su hija predilecta calmarse en brazos de Rhett, cuando tanto había chillado en los suyos. Era duro verlo, era duro ver que ella no había conseguido sacar de la nena nada coherente y ahora, con los bracitos anudados al cuello de su padre, le contaba con voz entrecortada lo que la había asustado.

—De manera que se sentó sobre tu pecho —dijo Rhett suavemente—. ¿Y era muy grande?

—¡Oh, sí! ¡Muy grande! ¡Y con garras!

—¿Y garras también? Bueno, ahora me voy a sentar aquí a tu lado, y como vuelva le pego un tiro. —La voz de Rhett era seria y acariciadora, y los sollozos de Bonnie se

fueron calmando. Su vocecita se fue tornando menos entrecortada, según iba haciéndole una minuciosa descripción del monstruo, con lenguaje que sólo su padre era capaz de comprender. La tensión nerviosa de Scarlett iba en aumento, mientras oía a Rhett discutir la cuestión como si hubiera sido algo real.

—¡Por amor de Dios, Rhett!

Pero él hizo señas para que se callase. Cuando Bonnie se hubo dormido por fin, la dejó en la cama y la arropó.

—A esa negra le voy a arrancar el pellejo a tiras —dijo tranquilo—. Y es culpa tuya también. ¿Por qué no viniste a ver si la luz estaba encendida?

—No seas loco, Rhett —murmuró—. Se ha puesto así porque tú la educas mal. Muchísimos niños tienen miedo a la oscuridad, pero se les acostumbra. A Wade le daba mucho miedo, pero yo no lo consentí. Si la dejases chillar una noche o dos...

—¡Dejarla chillar! —Por un momento, Scarlett creyó que su marido iba a darle un golpe—. ¡O estás loca o eres la mujer más despiadada del mundo! Nunca he visto...

—No quiero que se haga nerviosa y cobarde.

—¿Cobarde? ¡Por los cuernos de Satanás! No tiene un pelo de cobarde. Pero tú no tienes ni pizca de imaginación y, por lo tanto, no puedes comprender la tortura de una persona que la tiene, especialmente si es una niña... Si algo con garras y cuernos llegase y se sentase sobre tu pecho, lo mandarías al diablo y te quedarías tan fresca, ¿verdad? ¡Eso ya lo veríamos! Haz el favor de recordar, señora, que yo te he visto despertarte chillando como un gato escaldado, sencillamente porque soñabas que estabas corriendo rodeada de niebla. Y no hace tanto tiempo de eso.

Scarlett se quedó cortada, porque no le gustaba que le recordase aquel sueño. Y además, la molestaba pensar que Rhett la había tranquilizado entonces, de la misma manera que había tranquilizado ahora a Bonnie. Así, pues, varió de táctica.

—La estás mimando, y...

—Y tengo la intención de seguir haciéndolo. Así se sobrepondrá y acabará por olvidar su pesadilla.

—Entonces —dijo Scarlett, agriamente—, si quieres hacer de niñera, tendrás que volver a casa todas las noches, y sobrio además, para variar.

—Volveré a casa más temprano, pero tan borracho como una cuba si se me antoja.

Volvió mucho más temprano desde entonces, llegando con tiempo sobrado para acostar a Bonnie. Se sentaba a su lado con una manita de ella entre las suyas, hasta que el sueño hacía que la niña le soltase. Sólo entonces, bajaba de puntillas, dejando la lámpara encendida y la puerta entornada, para oírla si se despertaba asustada. Toda la casa estaba pendiente de la lamparita. Scarlett, Mamita, Prissy y Pork subían de vez en cuando de puntillas para cerciorarse de si seguía luciendo.

También volvió más sobrio, pero no era por la influencia de Scarlett. Durante varios meses siguió bebiendo, aunque sin llegar a emborracharse por completo, y una noche en que su aliento tenía un fuerte olor a whisky, al llegar a casa, cogió a la niña diciéndole:

—¿No vas a darle un beso a tu novio?

Ella, arrugando la nariz y volviendo la carita, intentó desasirse de sus brazos.

—No —dijo f rancamente—. ¡ Sucio!

—¿Qué?

—¡Hueles mal! Tío Ashley nunca huele mal.

—¡Maldito sea! —dijo bruscamente, dejando a la niña en el suelo—. Nunca esperé encontrar una abogada de la sobriedad en mi misma casa.

Pero desde entonces limitó su bebida a un vaso de vino después de cenar. Bonnie, que bebía siempre el último sorbo del vaso, no encontraba que el vino oliese mal. De resultas de esto la hinchazón que había empezado a borrar la firme línea de las mejillas de Rhett desapareció, y tenía las ojeras menos oscuras y marcadas. Como a Bonnie le gustaba pasear montada en el arzón de la silla de su caballo, Rhett se pasaba la mayor parte del día fuera, y el sol y el aire empezaron a curtirle la piel. Parecía más sano y estaba más alegre y recordaba al brillante joven que había cautivado a Atlanta al principio de la guerra.

Personas que nunca habían podido soportarlo, empezaron a sonreír cuando lo veían pasar con la chiquitína encaramada delante de él en la silla. Mujeres que siempre habían pensado que ninguna mujer estaba segura a su lado empezaron a pararse y a hablar con él en la calle para ver a Bonnie. Hasta las señoras más rancias comprendieron que un hombre capaz de discutir las dolencias y los problemas de la infancia como él lo hacía no podía ser del todo malo.

53

Era el cumpleaños de Ashley, y Melanie preparaba en su honor una recepción para aquella tarde. Todo el mundo estaba enterado de la recepción excepto Ashley. Hasta Wade y el pequeño Beau lo sabían, pero se habían juramentado para guardar el secreto, lo cual los colmaba de orgullo. Toda la gente distinguida de Atlanta había sido invitada y pensaba asistir. El general Gordon y su familia habían aceptado complacidos. Alexander Stephens estaría presente, si su delicada salud se lo permitía, y hasta se esperaba a Bob Toombs, el águila de la Confederación.

Durante toda aquella mañana, Scarlett, Melanie, India y tía Pittypat se afanaban por la casita dirigiendo a los negros mientras colgaban las recién planchadas cortinas, limpiaban la plata, daban cera al piso y cocinaban, agitaban y probaban los refrigerios que se habían de servir. Scarlett no había visto nunca a Melanie tan excitada y tan feliz.

—¿Sabes, querida? Ashley no ha tenido nunca una fiesta de cumpleaños, desde, desde... ¿Te acuerdas del *barbacoa* en Doce Robles, el día en que nos enteramos de que míster Lincoln pedía voluntarios? Bueno, pues no había tenido una fiesta de cumpleaños desde entonces. Y trabaja tanto, y está tan cansado cuando vuelve a casa por las noches, que ni siquiera se ha acordado de que son hoy sus días. ¡Qué sorpresa después de cenar cuando llegue todo el mundo!

—¿Cómo se arreglará para poner estos faroles en el jardín sin que los vea el señor Wilkes cuando venga a cenar? —gruñó Archie.

Había estado toda la mañana sentado, vigilando los preparativos, muy interesado, pero sin querer reconocerlo. Nunca había presenciado entre bastidores recepciones numerosas y era para él una novedad. Hacía comentarios sobre las mujeres que corrían por la casa como si hubiera fuego, simplemente porque iban a llegar visitas; pero ni unos caballos salvajes hubieran conseguido arrancarle del espectáculo. Los farolillos de colores que con tanto entusiasmo habían hecho y pintado la señora Elsing y Fanny para la fiesta le interesaban especialmente.

—¡Misericordia! ¡No había pensado en eso! —gritó Melanie—. ¡Qué suerte que se te haya ocurrido! ¡Señor, Señor! ¿Qué voy a hacer? Había que colgarlos en los árboles y arbustos y ponerles una vela dentro para encenderla cuando vayan a llegar los invitados. Scarlett, ¿podrías mandarme a Pork para que los arregle y los encienda mientras cenamos?

—Señora Wilkes, tiene usted más sentido común que la mayoría de las mujeres, pero cuando se apura lo pierde por completo —dijo Archie—. Y, en cuanto a ese negro loco de Pork, no sabe hacer nada más que visajes. Prendería fuego a todo en un minuto. Son muy bonitos —concedió—. Yo los colgaré mientras el señor Wilkes y usted estén comiendo.

—¡Oh, Archie, qué amable! —Melanie le dirigió una mirada infantil de agradecimiento—. No sé lo que haría sin ti. ¿Crees que podrías ir poniéndoles las velas y siempre habría ese tiempo ganado?

—Acaso pueda —dijo Archie, gruñón. Y se dirigió renqueando hacia las escaleras del sótano.

—Se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre —murmuró Melanie cuando el bigotudo viejo hubo desaparecido escaleras abajo—. Estaba deseando que Archie pusiera esos faroles, pero ya sabéis como es. No hace nada si se le manda. Y ahora hemos conseguido quitárnoslo de encima un rato. A los negros los cohibe

tanto, que nunca hacen nada bien cuando le tienen encima, respirando sobre sus cuellos, como quien dice.

—Melanie, por nada del mundo tendría yo a ese viejo en mi casa —dijo Scarlett de mal humor. Odiaba a Archie tanto como Archie la odiaba a ella, y apenas se dirigían la palabra. La de Melanie era la única casa en la que él hubiera consentido hallarse por un momento estando Scarlett presente; y aun en casa de Melanie la miraba siempre con recelo o desdén—. Te hará algún daño. Acuérdate de mis palabras.

—¡Oh! Es inofensivo si le das un poco de coba y le haces creer que no puedes pasar sin él. Y quiere tanto a Ashley y a Beau, que yo siempre me encuentro más segura sabiéndole cerca.

—¡Querrás decir que te quiere tanto a ti, Melanie! —dijo India. Y su pálido rostro se distendió en una calurosa sonrisa mientras miraba cariñosamente a su cuñada—. Yo creo que eres la primera persona a quien ese viejo rufián ha tomado cariño desde que su mujer... Creo que le gustaría que alguien te insultase para matarle, demostrándote su cariño de ese modo.

—¡Misericordia! ¡Qué ocurrencias, India! —repuso Melanie, poniéndose como la grana—. Sabes de sobra que me cree completamente boba.

—Bueno —interrumpió Scarlett bruscamente—. No comprendo la importancia que pueda tener lo que piense ese estafermo. Tengo que marcharme. Aún debo comer, luego ir al almacén y pagar a los dependientes, y después al depósito de maderas a pagar a los conductores y a Hugh Elsing.

—¿Vas a ir al depósito de maderas? —preguntó Melanie—. Ashley tiene que ir también a última hora de la tarde a ver a Hugh. A ver si puedes entretenerlo hasta las cinco. Si vuelve antes, seguramente nos encontrará acabando algún pastel o algo por el estilo, y entonces, ¡adiós sorpresa!

Scarlett sonrió para sus adentros, sintiéndose de nuevo de buen humor.

—Sí, lo entretendré —contestó.

Mientras hablaba, los inexpresivos ojos de India la miraban penetrantemente: «Siempre me mira así cuando hablo de Ashley», pensó Scarlett.

—Bueno, entreténlo todo el tiempo que puedas después de las cinco —dijo Melanie—. Y entonces India puede pasar a recogerlo... Scarlett, ven temprano esta noche. No quiero que pierdas ni un minuto de la fiesta.

«No quiere que pierda ni un minuto de la fiesta, ¿eh? Pues ¿por qué no me invita a recibir con ella, como a India y a tía Pitty?», pensaba Scarlett, malhumorada, mientras volvía a su casa.

Generalmente a Scarlett se le hubiera dado un ardite recibir o no en las recepciones de Melanie. Pero aquélla era la fiesta más notable que había dado, y sobre todo era la fiesta de cumpleaños de Ashley, y a Scarlett le hubiera gustado poder estar a su lado y recibir con él. Pero sabía muy bien por qué no se le había invitado a ello. Y, si ella no lo hubiera sabido, el comentario de Rhett sobre el asunto había sido suficientemente franco.

—¿Una *scallawag* recibiendo cuando todo lo más importante ex confederado y demócrata va a estar allí? Tienes unas ocurrencias tan divertidas como absurdas. Desengáñate, ha sido necesaria toda la lealtad de Melanie para que te haya invitado...

Aquella tarde, Scarlett se arregló con más detenimiento que de costumbre para ir al almacén y al depósito de maderas. Se puso el traje verde oscuro de seda con irisaciones que a ciertas luces parecía de color lila, y el sombrero nuevo verde pálido, rodeado de plumas verde oscuro. Si Rhett la hubiese dejado cortarse algo de flequillo y ponérselo rizado por la

frente, ¡cuánto mejor le sentaría la toquita! Pero él declaró que le afeitaría toda la cabeza si se cortaba el flequillo. Y aquellos días estaba haciendo tales atrocidades, que era capaz de realizar ésa también.

Era una tarde deliciosa, soleada pero no demasiado calurosa; clara pero no deslumbradora, y la templada brisa que hacía susurrar los árboles a lo largo de Peachtree Street agitaba las plumas del gorrito de Scarlett. Se sentía feliz, como siempre que iba a ver a Ashley. Tal vez, si pagaba temprano a los conductores y a Hugh Elsing, éstos se marcharían a casa y los dejarían a ella y a Ashley solos en el despachito del depósito de maderas. ¡Aquellos días resultaba tan difícil ver a Ashley a solas! ¡Y pensar que Melanie le había encargado a ella que lo entretuviera!... Era divertido. Se sentía feliz cuando llegó al almacén y pagó a Willie y a los otros empleados, sin preguntarles siquiera qué tal se había dado el día. Era sábado, el mejor día de la semana para el almacén, porque todos los campesinos iban ese día a la ciudad a comprar; pero no preguntó nada.

En su camino al depósito se detuvo una docena de veces para hablar con señoras republicanas que iban en espléndidos carruajes (no tan espléndidos como el suyo, pensó complacida) y con hombres que cruzaban el rojo polvo del camino para presentarle, sombrero en mano, sus respetos. La tarde era hermosa, se sentía feliz, se encontraba bonita y su carruaje era verdaderamente regio. A causa de tales retrasos, llegó al depósito más tarde de lo que era su propósito y se encontró a Hugh y a los carreteros sentados sobre un montón de maderas esperándola.

—¿Está ahí Ashley?

—Sí, está en el despacho —dijo Hugh, abandonando la expresión habitualmente huraña de su rostro para sonreír al verla tan contenta—. Está intentando..., quiero decir, está con los libros.

—¡Oh, no tiene que molestarse en eso hoy! —dijo ella; y luego, bajando la voz—: Melanie me ha mandado para que lo entretenga mientras ponen la casa en orden para la fiesta de esta noche.

Hugh sonrió, porque iba a asistir a la fiesta. Le gustaban mucho y pensó que, a juzgar por la expresión de Scarlett esta tarde, a ella también le debían gustar. Ella pagó a los carreteros y a Hugh y, dejándolos bruscamente, se dirigió al despachito, demostrando a las claras con su actitud que no deseaba que la acompañasen. Ashley la recibió en la puerta, de pie bajo los rayos del sol, con los ojos brillantes y en sus labios una sonrisa que casi era una mueca.

—Bueno, Scarlett... ¿Cómo es posible que estés aquí a estas horas en lugar de estar en mi casa ayudando a Melanie a preparar la sorpresa?

—¡Pero, Ashley! —exclamó ella, indignada—. ¡Si creía que no sabías ni una palabra de eso! ¡Qué desilusión se va a llevar Melanie si no te sorprendes!

—No se enterará. Seré el hombre más sorprendido de toda Atlanta —dijo Ashley, con la risa en los ojos.

—¿Pero quién ha sido tan vil como para contártelo?

—Realmente, todos los hombres invitados por Melanie. El general Gordon el primero. Dice que sabe por experiencia que cuando las mujeres dan fiestas de sorpresa para agasajar a sus maridos generalmente escogen el día en que los hombres han decidido limpiar y arreglar todas las escopetas de la casa. Y el viejo Merriwether también me avisó: dice que, una vez, la señora Merriwether también le quiso sorprender con una fiesta en su honor y la más sorprendida fue ella, porque el viejo había estado curándose su catarro, el muy pillo, con una botella de whisky y estaba demasiado borracho para levantarse de la

cama... ¡Oh! Todos los hombres a quienes se ha querido sorprender alguna vez con una fiesta dada en su honor me han avisado.

—¡Qué necios! —dijo Scarlett, aunque no pudo menos de sonreír.

Cuando Ashley sonreía de aquel modo, parecía el antiguo Ashley de Doce Robles. ¡Y era tan raro que sonriese ahora! El aire era suave, el sol benigno, el rostro de Ashley alegre, su charla tan natural que el corazón de Scarlett saltó de alegría; se hinchaba dentro del pecho hasta que llegó a dolerle materialmente de placer, como si tuviera un peso demasiado grande de felicidad, de lágrimas dichosas. Sintió el loco impulso de lanzar su sombrerito al aire y gritar: «¡hurra!». Entonces pensó en el asombro que esto causaría a Ashley, y de repente se echó a reír; rió hasta que las lágrimas acudieron a sus ojos. Él rió también, echando atrás la cabeza como cuando se ríe con muchas ganas, creyendo que su alegría era producida por la amistosa traición de los hombres que habían divulgado el secreto de Melanie.

—Entra, Scarlett. Vamos a ver los libros.

Entraron en el despachito bañado por el sol de la tarde y ella se sentó delante del pupitre. Ashley, que la seguía, se instaló en una esquina de la mesa de pino balanceando las piernas despreocupadamente.

—Vaya, no nos aburramos con los libros esta tarde, Ashley. No tengo ganas de preocupaciones. Cuando estreno sombrero me hace el efecto de que todos los números que conozco se borran de mi cabeza.

—Los números están bien borrados cuando el sombrero es tan bonito como ése —dijo Ashley—. Estás más linda cada día, Scarlett.

Se deslizó de la mesa y riendo le cogió las manos apartándoselas para poder contemplar el vestido.

—¡Estás preciosa! No puedo creer que llegues nunca a ser vieja.

A su contacto, ella comprendió que, sin darse cuenta de ello, había estado deseando que esto ocurriese. Todo aquel alegre atardecer había estado esperando el calor de sus manos, la ternura de su mirada, una palabra que indicase que él la quería. Ésta era la primera vez, desde aquella helada tarde en el pomar de Tara, que se encontraban completamente solos, la primera vez que sus manos se encontraban en un ademán que no fuera de mera formalidad, y después de tantos meses que estaba hambrienta de su contacto. Pero ahora...

¡Qué extraño que el contacto de sus manos no la emocionase! Antes, su sola proximidad la hubiera hecho estremecerse. Ahora sentía una curiosa sensación de calurosa amistad y de satisfacción. No se comunicaba fiebre alguna de las manos de Ashley a las suyas, y su corazón latía con plácida felicidad. Esto la intrigaba y la desconcertaba un poco. Aún era su Ashley, su ardiente amado, y le quería más que a su vida, pero...

Desechó esa idea de su imaginación. Era suficiente estar con él y que él le cogiera las manos y que sonriesen completamente como amigos, sin tensión ni fiebre. Parecía imposible que pudiera ser así cuando pensaba en todas las cosas calladas que había entre ellos. Los ojos de Ashley se clavaron en los de ella, claros y brillantes, sonriendo como antiguamente, como a ella le gustaba, como si nunca hubiera habido entre ellos más que felicidad. No había barrera entre los ojos de los dos. Ella rió.

—¡Oh!, ¡Ashley, me estoy volviendo vieja y decrépita!

—¡Qué disparate! No, Scarlett; cuando tengas sesenta años, a mí me seguirás pareciendo la misma. Yo siempre te recordaré como estabas aquel día de nuestro último *barbacoa,* sentada bajo un roble con una docena de muchachos a tu alrededor. Podría

decirte con todo detalle cómo estabas vestida: con un traje blanco salpicado de florecillas verdes y un chai blanco sobre los hombros. Lucías chinelas verdes con lacitos negros y un enorme sombrero de paja con largas cintas. Me sé ese traje de memoria, porque, cuando estaba en la cárcel y las cosas se ponían demasiado mal, me dedicaba a recordar y me parecía contemplar los cuadros del pasado con minucioso detalle.

Se detuvo bruscamente, borrándose de sus ojos la luz de ansiedad. Dejó caer las manos suavemente y ella permaneció sentada esperando..., esperando las próximas palabras.

—Hemos andado mucho los dos. ¿Verdad, Scarlett? Hemos caminado por caminos por los que nunca habíamos pensado caminar. Tú has llegado rápida y directamente, yo despacio y de mala gana.

Volvió a sentarse en la mesa, la miró y sonrió de nuevo; pero no era una sonrisa como la que la había hecho tan feliz un momento antes; era una sonrisa fría.

—Sí, llegaste de prisa, atándome a las ruedas de tu carro. Scarlett, algunas veces no puedo menos de preguntarme qué hubiera sido de mí sin ti.

Scarlett acudió rápidamente a defenderlo de sí mismo; muy de prisa porque, traidoramente, la opinión de Rhett sobre el mismo asunto se presentó a su imaginación.

—Pero si yo nunca he hecho nada por ti, Ashley... Sin mí tú hubieras llegado a ser lo mismo. Algún día hubieras llegado a ser un hombre rico, un gran hombre como lo vas a ser.

—No, Scarlett, la semilla de la grandeza nunca estuvo en mí. Creo que, si no hubiera sido por ti, hubiera caído en el olvido, como la pobre Cathleen Calvert y otros muchos que antaño tuvieron grandes nombres, viejos nombres. —¡Oh, Ashley! No hables así; parece que estás triste.

—No, no estoy triste. Ya no lo estoy. Lo estuve hace tiempo. Ahora sólo estoy...

Se detuvo de repente. Ella estaba leyendo su pensamiento. Era la primera vez que era capaz de hacerlo, cuando los ojos de Ashley miraban más allá cristalinos y ausentes. Mientras la locura de su amor había hecho latir su corazón, su mente había estado cerrada para ella. Ahora, en la tranquila amistad que reinaba entre ambos, podía leer en su mente, comprenderle un poco. Ahora ya no estaba triste, había estado triste después de la rendición, triste cuando ella le había suplicado que viniera a Atlanta. Ahora sólo estaba resignado.

—Me disgusta oírte hablar así, Ashley —dijo vehementemente—. Hablas lo mismo que Rhett. Siempre está machacando en esas cosas y en lo que él llama los supervivientes de la lucha, hasta que me desespera de tal modo que me dan ganas de llorar.

Ashley sonrió.

—¿No se te ha ocurrido nunca pensar, Scarlett, que Rhett y yo somos fundamentalmente iguales?

—¡Oh, no! ¡Tú eres tan delicado, tan honrado, y él...! —se interrumpió, confusa.

—Pues lo somos. Procedemos de la misma clase de gente, nos hemos educado en el mismo ambiente, acostumbrados a pensar las mismas cosas. Y, en algún cruce del camino, seguimos distinta dirección. Aún pensamos igual, pero tenemos distintas reacciones. Como, por ejemplo: ninguno de los dos tenía confianza en la guerra, pero yo me alisté y combatí y él permaneció a un lado hasta casi el final. Los dos sabíamos que era una lucha inútil. Algunas veces pienso que era él el que tenía razón, y entonces...

—¡Oh, Ashley! ¿Cuándo vas a dejar de mirar siempre los dos lados de las cuestiones? —preguntó Scarlett. Pero no habló impaciente como lo hubiera hecho hacía

poco tiempo—. No se va a ningún lado estudiándolo todo tan a fondo.

—Eso es verdad, Scarlett. Pero dime, ¿adonde quieres ir tú? Muchas veces lo he pensado. Yo no deseo ir a ningún sitio. Sólo deseo ser yo mismo.

¿Adonde quería llegar Scarlett? Era una pregunta tonta. Dinero y seguridad. Y luego... Su imaginación se confundía. Tenía dinero, y tanta seguridad como se puede tener en este inseguro mundo. Pero, ahora que lo pensaba, no era bastante. Ahora que lo pensaba despacio, esto no la había hecho feliz, aunque sí sentirse menos agobiada, menos temerosa del mañana. «Si tuviera dinero, y seguridad, y a ti —pensó, mirándole con ansia—, habría llegado adonde deseaba ir.» Pero no pronunció las palabras, temerosa de romper el encanto que reinaba entre ellos, temerosa de que su mente se cerrase para ella. —Sólo deseas ser tú mismo —dijo, riendo con un poco de burla—. No ser yo misma ha sido siempre mi mayor preocupación. En cuanto a dónde quería ir, creo que realmente he llegado: deseaba ser rica y tener tranquilidad, y...

—Pero, Scarlett, ¿no se te ha ocurrido nunca que a mí no me importa ser rico o no?

No; a Scarlett no se le había ocurrido nunca que hubiera alguien a quien no le importara ser o no rico.

—Entonces, ¿qué deseas?

—Ahora ya no lo sé. Lo supe hace tiempo, pero casi lo he olvidado. Principalmente que me dejen en paz; que la gente que no aprecio no me acose para obligarme a hacer cosas que no me gustan. Acaso quisiera que volviesen los tiempos pasados, pero no volverán nunca; y me persigue su recuerdo y el del universo desplomándose ante mis ojos.

Scarlett apretó los labios con terquedad. No era esto; no sabía lo que significaba. El tono de su voz hacía resurgir aquellos días como nada lo hubiese hecho, y la hería en el corazón al recordar. Pero desde aquel día en que en el jardín de Doce Robles, enferma y desolada, se había prometido no volver nunca la vista atrás, siempre había cumplido su propósito.

—Me gustan más los días presentes —dijo ella, aunque no se atrevió a mirarlo mientras hablaba—. Ahora siempre están ocurriendo cosas divertidas, fiestas o cosas por el estilo. Todo tiene un brillo nuevo. Aquellos días eran tan sombríos... —(¡Oh, aquellos días lánguidos y calurosos, hasta la hora del crepúsculo campesino! Las alegres risas de los braceros. La dorada vida, el tranquilizador conocimiento de que mañana había de traer horas iguales...)

—Prefiero los tiempos presentes —dijo otra vez; pero su voz era trémula.

Él se deslizó de la mesa, riendo suavemente incrédulo. Poniéndole la mano bajo la barbilla, la obligó a levantar la cabeza hacia él.

—Scarlett, ¡qué mal sabes mentir! Sí, la vida es más brillante ahora, por un lado. Ésta es la equivocación. Aquellos tiempos no tenían brillo, pero tenían un encanto, una belleza, un sereno resplandor que...

Su mente empezó a luchar; bajó los ojos. El sonido de su voz, el contacto de su mano, estaban abriendo suavemente puertas que ella había cerrado para siempre. Tras aquellas puertas estaba la belleza de los pasados días, y una triste ansia de ellos surgió en su interior. Pero sabía que, por muy bello que fuera, lo que había al otro lado de aquellas puertas era algo que tenía que permanecer fuera. Nadie puede atravesarlas con una carga de tristes recuerdos. Nadie, absolutamente nadie. Él le soltó la barbilla y, cogiendo entre las dos suyas una de las manos de Scarlett:

—¿Te acuerdas? —dijo; y ante el encanto de su voz, las desnudas paredes del despachito desaparecieron, y los años volvieron atrás, como si ellos cabalgaran juntos por

caminos reales en una primavera feliz. Al hablar, la presión de sus dedos se hizo más fuerte, y su voz tenía la magia triste de las viejas canciones medio olvidadas. Podíase oír el tintineo del bocado cuando cabalgaban bajo los árboles, camino del picnic y de los Tarleton, y la despreocupada risa de los gemelos, ver el sol reflejándose en su dorado cabello y advertir el orgullo con que dominaba su montura. Había música en su voz: la música de violines y de banjos a cuyo son bailaban en la casa blanca que ya no existía. Sentía el lejano ladrido de los perros por el oscuro pantano en aquellas húmedas noches de otoño y el olor de las macetas enguirnaldadas de acebo en tiempo de Navidad, y las sonrisas de todos, los negros y los blancos. Y volvían en tropel los viejos amigos, riendo cual si no hubieran muerto tantos años atrás: Stuart y Brent con sus largas piernas, su cabello jaro y sus bromas inocentes; Tomás y Boyd, tan salvajes como potros sin domar; Joe Fontaine con sus expresivos ojos negros; Cade y Raiford Calvert con sus movimientos lánguidos y graciosos; también estaban Juan Wilkes, y Gerald, congestionado por el brandy. Y un susurro y una fragancia: era Ellen. Y, sobre todo, una sensación de seguridad saber que el mañana sólo podía traer la misma felicidad que el hoy había traído.

Su voz se detuvo, y durante un largo momento se miraron a los ojos, y entre ellos estaba la feliz juventud perdida que tan inconscientemente habían compartido...

«Ahora ya sé por qué no puedes ser feliz —pensó Scarlett tristemente—. Nunca lo había comprendido antes. Ni siquiera podía comprenderlo, porque yo tampoco era por completo dichosa. ¡Pero estamos hablando como hablan los viejos! —pensó con triste sorpresa—. Los viejos que miran cincuenta años atrás. Y nosotros no somos viejos. ¡Es simplemente que han ocurrido tantas cosas! Ha cambiado todo tanto, que parece que pasaron cincuenta años. Pero no somos viejos.»

Mas cuando miró a Ashley ya no lo encontró joven y radiante. Tenía la cabeza inclinada y parecía no darse cuenta de que aún estrechaba entre las suyas la mano de ella, y vio que el cabello que había sido dorado era ahora gris, gris plata, como la luz de la luna en el agua serena. La radiante belleza había huido de la tarde abrileña y la suave dulzura del recuerdo era amarga como la hiél.

«No debía haberle dejado que me hiciera mirar atrás— pensó con pena—. Yo tenía razón cuando decidí no hacerlo nunca. Hace demasiado daño. Le arrastra a uno el corazón hasta que no se puede hacer otra cosa que mirar atrás. Eso es lo que le ocurre a Ashley; no puede ya mirar adelante. No puede ver el presente, teme al futuro, y por eso mira al pasado. No lo comprendía antes; nunca hasta ahora he comprendido a Ashley. ¡Oh, Ashley, amor mío, no mires al pasado! ¿Qué bien puede reportarte? No te dejaré que me vuelvas a hacer hablar de los viejos tiempos. Esto es lo que ocurre cuando se contempla la felicidad que fue: este dolor, este descorazonamiento, esta tristeza...»

Se puso en pie; su mano estaba aún entre las de él. Tenía que irse, no podía seguir allí pensando en los días pasados y viendo su rostro, cansado, triste y frío como estaba ahora.

—Hemos cambiado mucho desde aquellos días, Ashley —dijo, tratando de dominar su voz, luchando con la pena que atenazaba su garganta—. Teníamos otras ideas entonces. ¿Verdad? —Y luego, apresuradamente—: ¡Oh, Ashley! ¡Nada ha ocurrido como nosotros habíamos pensado!

—No importa; la vida no está obligada a darnos lo que esperamos de ella. Tomamos lo que nos da, y debemos estar agradecidos, si no nos da nada peor.

Su corazón estaba embotado por el dolor, de cansancio, al pensar en el largo camino recorrido. Acudió a su memoria la Scarlett O'Hara ansiosa de pretendientes y de trajes

bonitos, y que había intentado un día, cuando aún era tiempo, ser una gran dama como Ellen.

Sin darse cuenta, las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron silenciosas por sus mejillas, y se quedó en pie, muda, contemplándole, como una pobre niña herida. Él no dijo una palabra, pero la estrechó cariñosamente entre sus brazos, apretó su cabeza contra su hombro e, inclinándose, apoyó su mejilla en la de ella. Scarlett se apretó contra él y le enlazó sus brazos. El calor de los brazos de él secó sus lágrimas. Y era agradable estar en sus brazos sin pasión, sin nerviosidad, estar allí como una amiga querida. Sólo él, que compartió sus recuerdos y su juventud, que conocía sus principios y su presente, podía comprender.

Oyó fuera ruido de pasos, pero no prestó atención, pensando que eran los carreteros que marchaban a sus casas. Permaneció un momento escuchando el suave latido del corazón de Ashley. Y de repente Ashley se separó de ella, asustándola con su violencia. Le miró sorprendida, pero Ashley no la estaba mirando. Miraba, por encima de su hombro, hacia la puerta.

Scarlett se volvió. Allí estaba India, con el rostro pálido y los ojos llameantes, y Archie, con su mirada malévola. Detrás de ellos se hallaba la señora Elsing. Nunca pudo saber cómo habían salido del despacho. Pero salió inmediatamente —porque se lo mandó Ashley—, dejando a éste y a Archie hablando agriamente en el cuartito y a India y a la señora Elsing fuera, volviéndole la espalda. La vergüenza y el miedo la acuciaban de regreso a casa, y, en su imaginación, Archie, con su barba patriarcal, asumía las proporciones de un ángel vengador salido de las páginas del Antiguo Testamento.

En casa no había nadie. Las muchachas habían ido a un funeral y los niños estaban jugando en casa de Melanie.

Melanie... Scarlett se quedó helada al acordarse de ella mientras subía la escalera de su cuarto. Melanie se enteraría de esto. India había dicho que se lo diría. ¡Oh! India sería feliz diciéndoselo, sin preocuparse de si hería a Melanie, si haciéndolo podía injuriar a Scarlett. Y la señora Elsing hablaría también, aunque realmente ella no había visto nada, pues estaba detrás de India y de Archie a la puerta del despacho. Pero hablaría exactamente igual. Toda la ciudad sabría la noticia a la hora de la cena. Todos, hasta los negros, estarían enterados antes del desayuno del día siguiente. En la fiesta de esta noche, las mujeres se reunirían en los rincones para murmurar discretamente y con malicioso placer. Scarlett Butler caía de su alto y poderoso pedestal. Y la historia iría creciendo, creciendo. No había manera de impedirlo. No se detendrían en el mero hecho de que Ashley la estrechaba entre sus brazos mientras sollozaba. Antes de la noche la gente diría que había sido sorprendida en adulterio. ¡Y había sido una cosa tan inocente, tan dulce! Scarlett pensaba desesperada: «¡Si nos hubieran cogido aquellas Navidades en que lo licenciaron, cuando le di un beso de despedida; si nos hubieran cogido en la huerta de Tara, cuando le supliqué que huyera conmigo! ¡Oh! ¡Si nos hubieran cogido cualquiera de las veces en que éramos realmente culpables, no hubiera sido tan terrible! ¡Pero ahora, ahora! ¡Cuando estaba en sus brazos como una amiga!...»

Pero nadie querría creerlo. No tendría una sola amiga que se pusiese de su parte, ni una sola voz se levantaría para decir: «Yo no creo que estuviese haciendo nada malo». Se había complacido demasiado en ofender a antiguos amigos, para pretender encontrar entre ellos un defensor. Sus nuevas amistades, que sufrían sus desaires en silencio, acogerían con entusiasmo la ocasión de insultarla. Todo el mundo creería cualquier cosa que se dijera de ella, aunque lamentaría que un hombre tan considerado como Ashley Wilkes estuviese

mezclado en un asunto tan inmoral. Como solía ocurrir, toda la falta se la achacarían a la mujer y mirarían con benevolencia la culpa del hombre. Y en aquel caso tendrían razón; ella había ido a sus brazos.

¡Oh! Podría soportar los pinchazos, las indirectas, las sonrisas encubiertas, todo lo que la ciudad entera pudiese decir, si había de soportarlas. ¡Pero Melanie, no! ¡Oh, Melanie, no! No sabía por qué le importaba más Melanie que cualquier otra persona. Estaba demasiado apurada y asustada por un sentimiento de antigua culpabilidad, para tratar de comprenderlo. Pero se echó a llorar al pensar en la expresión de los ojos de Melanie cuando India le dijese que había sorprendido a Ashley abrazando a Scarlett... ¿Y qué haría Melanie cuando se enterara? ¿Separarse de Ashley? ¿Qué otra cosa podría hacer que fuese digna? «¿Y qué haríamos entonces Ashley y yo? —se dijo—. ¡Oh, Ashley se morirá de vergüenza y me odiará por atraer esto sobre él!» De repente se secaron sus lágrimas, apoderándose de ella un súbito terror. ¿Y Rhett? ¿Qué haría su marido?

Tal vez no se enterase nunca. ¿Cómo era ese viejo dicho tan cínico de que el marido es siempre el último que se entera? Tal vez nadie se atreviera a decírselo. Hacía falta ser bastante valiente para contarle a Rhett semejante cosa, porque Rhett tenía la fama de pegar un tiro primero y pedir explicaciones después. «¡Dios mío, haz que no haya nadie lo bastante valiente para decírselo!» Pero recordó el rostro de Archie en el despacho del depósito, sus ojos incoloros, fríos, llenos de odio a ella y a todas las mujeres. Archie no temía a Dios ni a los hombres y odiaba a las mujeres perdidas. Las había odiado lo suficiente para matar a una. Y había dicho que se lo contaría a Rhett. Y se lo diría, pese a todo lo que Ashley pudiese hacer para disuadirle. A menos que Ashley lo matase, Archie se lo diría a Rhett creyéndolo su deber de cristiano.

Se desnudó y se metió en la cama; su imaginación daba vueltas sin parar. ¡Si por lo menos pudiera cerrar la puerta y quedarse en aquel lugar seguro para siempre y no volver a ver a nadie nunca jamás! Tal vez Rhett no se enterase esta noche. Diría que le dolía mucho la cabeza y que no se sentía capaz de ir a la fiesta. Por la mañana ya habría discurrido alguna cosa, alguna defensa para contener su ira.

—No quiero pensarlo ahora —dijo desesperada, hundiendo el rostro en la almohada —. No quiero pensarlo ahora; ya lo pensaré luego, cuando pueda aguantarlo.

Oyó volver a las muchachas a la caída de la noche, y le pareció que estaban muy calladas mientras preparaban la comida. ¿O era su culpable conciencia? Mamita fue a llamar a su puerta, pero Scarlett le mandó marchar diciéndole que no quería cenar. Pasó el tiempo y por fin oyó los pasos de Rhett, que subía las escaleras. Estuvo en tensión mientras le sentía subir, reunió todas sus fuerzas para enfrentarse con él, pero Rhett pasó de largo y entró en su habitación. No se había enterado de nada. Menos mal que aún respetaba su fría súplica de no volver a poner los pies en su alcoba, porque, si la viera ahora, su rostro la delataría. Tenía que dominar sus nervios para decirle que se encontraba enferma y que no podía ir a la reunión. Bueno, tenía tiempo suficiente para tranquilizarse. ¿O sería ya la hora? Desde el terrible momento de aquella tarde, el tiempo se había deslizado quedamente. Oyó a Rhett moverse en su cuarto bastante rato, hablando de vez en cuando con Pork. Todavía no podía reunir el valor necesario para llamarlo. Continuaba acostada, temblando en la oscuridad.

Transcurrido mucho tiempo, Rhett llamó a la puerta, y ella, procurando dominar su voz, contestó:

—Pasa.

—¿Se me invita a entrar en el santuario? —preguntó él, abriendo la puerta. Estaba a

oscuras y no podía ver su rostro. ¿Conseguiría dominar la voz? Él entró y cerró la puerta.

—¿Estás arreglada para la fiesta?

—Lo siento mucho, pero tengo una jaqueca terrible. —¡Qué extraño que su voz sonase tan natural! ¡Gracias a Dios por la oscuridad!—. Creo que no podré ir. Ve tú, Rhett, y dile a Melanie que lo siento mucho.

Hubo una larga pausa, y por fin él, en la oscuridad, habló mordaz, arrastrando las palabras.

—¡Qué mujerzuela tan hipócrita y cobarde eres!

Lo sabía. Ella estaba temblando, incapaz de hablar. Le sintió moverse en la oscuridad y encender una cerilla. El cuarto se llenó de luz. Él se acercó a la cama y la miró. Scarlett pudo ver que vestía de etiqueta.

—Levántate —dijo con voz inexpresiva—. Vamos a la fiesta; tendrás que darte prisa.

—¡Oh, Rhett no puedo! ¿No ves?

—Sí veo. Levántate.

—Rhett, ¿se atrevió Archie?

—Archie se atrevió. ¡Un hombre muy valiente ese Archie!

—Debías haberlo matado por decir mentiras.

—Tengo la costumbre de no matar a la gente que dice la verdad. No hay tiempo ahora para discusiones. Levántate.

Ella se sentó, apretando contra sí la bata. Lo miró intentando leer en sus ojos. Él estaba hermético e impasible.

—No quiero ir, Rhett. No puedo, hasta que... se aclare esta mala interpretación.

—Si no te dejas ver hoy, nunca más volverás a ser capaz de dejarte ver en esta ciudad. Y, si puedo soportar una mujer perdida, no puedo soportar una cobarde. Vas a ir esta noche, aunque todo el mundo, de Alex Stephens para abajo te niegue el saludo y la señora Wilkes nos eche de su casa.

—Rhett, déjame explicarte. —No puedo oírte. No hay tiempo. Vístete.

—Están equivocados India, y la señora Elsing, y Archie. ¡Y me odian tanto! India me odia de tal modo, que es capaz de calumniar a su mismo hermano, con tal de ofenderme a mí. Si me dejaras explicarte...

«¡Santa Madre de Dios! —pensó Scarlett—. Y si ahora me dice: "Explícate", ¿qué puedo decir?, ¿qué puedo explicar?»

—Habrán estado contando mentiras a todo el mundo. No puedo ir esta noche.

—Irás —dijo él— aunque tenga que llevarte empujándote por el cuello y plantándote el pie en la espalda a cada paso.

Había un brillo frío en sus ojos al cogerla de las manos para obligarla a levantarse; luego tomó su corsé y se lo alargó.

—Póntelo, yo te lo ataré. ¡Oh, sí, sé atarlo muy bien! No, no quiero llamar a Mamita para que te ayude. No quiero que mientras tanto cierres la puerta y te artincheres aquí como una cobarde que eres.

—No soy una cobarde —protestó ella, olvidada de su miedo—. Yo...

—¡Oh! Ahórrame esta retahila de matar yanquis y enfrentarte con el ejército de Sherman. Eres una cobarde... entre otras cosas. Si no por tu conveniencia, irás esta noche por la de Bonnie. ¿Cómo puedes comprometerla aún más? Ponte el corsé. De prisa.

Rápidamente se quitó ella la bata, quedando sólo con la camisa. Si él la mirase y viese lo bonita que estaba en camisa, tal vez esa mirada que tanto la asustaba desaparecería

de sus ojos. Después de todo, ¡hacía tanto tiempo que no la había visto en camisa...! Pero Rhett no la miró. Estaba en el tocador buscando rápidamente entre los vestidos. Rebuscó sacando sü traje de seda verde jade, el que estaba escotado hasta el pecho, y la falda con todo el vuelo echado hacia atrás, con un enorme volante y en éste un gran ramo de rosas de terciopelo.

—Ponte esto —dijo, echándolo sobre la cama y acercándose a ella—. Nada de modesta paloma ni tonos discretos grises y lilas. Tienes que llevar tu bandera izada en el mástil, porque si no intentarías engañarnos. Y mucho colorete. Estoy seguro de que la mujer que los fariseos sorprendieron en adulterio no estaba tan pálida. Vuélvete.

Cogió los cordones del corsé y tiró de ellos tan fuertemente que ella gritó asustada, humillada, azorada por aquel gesto brutal.

—Hace daño, ¿verdad? ¡Lástima que no esté alrededor de tu cuello! —Y se rió con burla; pero ella no pudo verle la cara. La casa de Melanie estaba totalmente iluminada, y se podía oír la música desde la calle bastante antes de llegar. Cuando el carruaje se detuvo frente a ella, el agradable y excitante ruido de mucha gente que se divierte los envolvió. La casa estaba desbordante de invitados. Se los veía en las galerías, y muchos se hallaban sentados en los bancos del parque discretamente alumbrado por los multicolores farolillos.

«No puedo entrar, no puedo —pensaba Scarlett, sentada en su coche, apretando, nerviosa, su arrugado pañuelo—. No puedo, no quiero, saltaré, y echaré a correr, me escaparé a cualquier lado, me volveré a Tara. ¿Por qué me obligó Rhett a venir? ¿Qué hará la gente? ¿Qué hará Melanie? ¿Qué aspecto tendrá? ¡Oh, no puedo presentarme delante de ella! Tengo que escaparme.»

Como si adivinase sus intenciones, la mano de Rhett se cerró sobre su brazo como una garra. Aquella garra le dejaría un cardenal. Era la mano brusca de un extraño indiferente a sus torturas.

—Yo creí que no había ningún irlandés cobarde. ¿Qué se ha hecho de tu tan cacareado valor?

—Rhett, por favor, déjame volver a casa y explicarte.

—Tienes toda la eternidad para explicarte, y sólo una noche para ser una mártir en el anfiteatro. Anda, querida. Déjame ver cómo te devoran los leones.

Bajó del coche sin saber cómo. El brazo con que Rhett la sostenía, tan duro y firme como el granito, le comunicaba algún valor. ¡Por Dios! ¡Tenía que enfrentarse con la gente, y lo haría! ¿Qué eran todos sino un montón de gatos que maullaban y arañaban porque estaban envidiosos de ella? Ya les enseñaría. No le importaba lo que pensasen. Sólo Melanie... Sólo Melanie...

Estaban en el porche. Rhett saludaba a derecha e izquierda, sombrero en mano, con voz fría y tranquila. Cesó la música al entrar ellos, y, confusamente, a Scarlett le hizo el efecto de que la multitud se precipitaba sobre ella, con el bramido del mar, y luego se alejaba con un rumor cada vez más tenue. ¿Es que todo el mundo le iba a negar el saludo? Bueno, ¡por los clavos de Cristo! Que hiciesen lo que quisieran. Levantó la barbilla y sonrió, levantando los extremos de las cejas.

Antes de que pudiera volverse a hablar a los que estaban inmediatos a la puerta, alguien llegó a través del tropel de gente. Se oyó un murmullo de extrañeza, que resonó en el corazón de Scarlett. Por el sendero llegaba Melanie, con sus pasitos menudos y rápidos, muy de prisa, muy de prisa, para recibir a Scarlett a la puerta, para hablar antes de que ninguna otra persona pudiera hacerlo. Sus estrechos hombros se habían enderezado, echaba hacia atrás la cabeza con dignidad, como si para ella no hubiese en aquel momento más

invitado que Scarlett. Se colocó a su lado y deslizando el brazo por su cintura:

—¡Qué traje tan precioso, querida mía! —dijo con su voz nítida y clara—. ¿Quieres ser buena? A India le ha sido imposible venir esta noche a ayudarme. ¿Quieres recibir conmigo?

54

Ya otra vez en su habitación, Scarlett se dejó caer en la cama, sin preocuparse de su vestido de moaré ni del manojo de rosas. Durante un rato permaneció sin moverse, pensando: «¡Haber estado entre Melanie y Ashley recibiendo a los invitados. ¡Qué horror! ¡Preferiría enfrentarme de nuevo con el ejército de Sherman a repetir aquella comedia!»

Después de un rato se levantó de la cama y nerviosamente comenzó a moverse por la habitación de acá para allá, tirando por todas partes sus ropas.

Vino la reacción por el esfuerzo realizado y empezó a temblar. Las horquillas se escurrían entre sus dedos y hacían un ruidillo al caer al suelo, mientras Scarlett intentaba dar a su pelo los acostumbrados cepillazos; se golpeaba con la madera del cepillo haciéndose daño en las sienes. Una docena de veces se acercó de puntillas a la puerta, espiando los ruidos del piso bajo. Pero todo permanecía en silencio como en el fondo de un pozo.

Rhett la había mandado a casa en el coche en cuanto terminó la fiesta, y ella había dado gracias a Dios por el respiro. Rhett no había vuelto aún. Gracias a Dios, no había vuelto. No podría presentarse delante de él, esta noche, asustada, avergonzada, temblando. Pero ¿dónde estaría? Probablemente en casa de aquella mujer. Por primera vez, Scarlett se alegró de que existiese semejante persona, Bella Watling. Se alegró de que existiese otra casa que la suya que cobijase a Rhett, hasta que su humor, irritado y sanguinario, se hubiese calmado. Estaba muy mal alegrarse de que su marido estuviera en casa de una prostituta, pero no podía remediarlo. Casi se alegraría de que se hubiese muerto, si eso significaba que no tendría que verlo esta noche.

Mañana... Bueno, mañana sería otro día. Mañana pensaría alguna disculpa, alguna réplica mordaz, algún medio de hacer a Rhett culpable. Mañana el recuerdo de aquella noche espantosa no la acosaría hasta hacerla temblar. Mañana no se sentiría tan obsesionada por el recuerdo del rostro de Ashley, de su malparado orgullo y de su vergüenza, vergüenza de que ella tenía la culpa, vergüenza por lo que él no había buscado. ¡Cómo la odiaría ahora su amado, su honrado Ashley, pensando que lo había afrentado! Claro que la odiaría ahora, ahora que los había salvado el indignante gesto de Melanie y el cariño y confianza que había en su voz cuando cruzó el brillante parquet, para enlazar su brazo con el de Scarlett y hacer frente a la multitud curiosa, maligna, disimuladamente hostil. ¡Qué inteligentemente había evitado Melanie el escándalo, conservando a Scarlett a su lado durante toda la espantosa noche! La gente había estado algo fría, algo extraña, pero cortés.

¡Oh, la ignominia de todo esto! Sentirse resguardada, tras las faldas de Melanie, de los que la odiaban, que la habrían hecho trizas con sus murmuraciones. ¡Verse protegida por la confianza ciega de Melanie! Precisamente de Melanie.

Scarlett se estremeció de frío al pensarlo. Necesitaba beber un trago, unos cuantos tragos, antes de poder acostarse con esperanza de dormir. Se echó una bata sobre el camisón y salió rápidamente al vestíbulo, haciendo mucho ruido con las chinelas sin tacones. Estaba a mitad de las escaleras cuando miró hacia la puerta cerrada del comedor y vio que por debajo de ella aparecía una estrecha raya de luz. Su corazón se paralizó un momento. ¿Estaría la luz encendida cuando llegó a casa y no se habría dado cuenta por hallarse demasiado trastornada? ¿O sería que Rhett había vuelto a casa? Podía haber vuelto sin hacer ruido, por la puerta de la cocina. Si Rhett estuviera en casa, se volvería a su cuarto de puntillas sin el brandy, a pesar de lo mucho que lo necesitaba. Así no tendría que

presentarse delante de él; una vez en su cuarto estaría segura, porque podía cerrar la puerta con llave.

Estaba inclinada, quitándose las chinelas para poder volverse sin hacer ruido, cuando la puerta del comedor se abrió bruscamente y apareció Rhett, destacándose su silueta contra la luz del candelabro colocado detrás de él. Parecía más voluminoso, más corpulento que le había parecido nunca; una mole negra, terrible, sin rostro, que vacilaba ligeramente sobre sus pies.

—Por favor, ven acá, señora Butler —dijo, y su voz era algo pastosa.

Estaba borracho, y se le notaba, y ella jamás hasta entonces había visto que, bebiera lo que bebiera, se le notase la embriaguez. Se detuvo indecisa, sin decir nada, mientras el brazo de él hacía un ademán imperioso.

—Ven aquí, condenada —dijo rudamente.

Debía de estar muy borracho, pensó Scarlett, con el corazón terriblemente agitado. Generalmente, cuanto más bebía, más corteses eran sus maneras; se volvía más sarcástico, sus palabras eran más mordaces, pero las maneras que las acompañaban eran muy exquisitas, demasiado exquisitas.

«No debo dejarle ver que tengo miedo a enfrentarme con él», pensó. Y, ciñéndose la bata y cerrándola hasta la garganta, bajó con la cabeza alta y haciendo mucho ruido con las chinelas.

Él se hizo a un lado y se inclinó profundamente con un sarcasmo que la obligó a retroceder. Vio que Rhett estaba sin chaqueta, con la corbata deshecha y colgando a cada lado del abierto cueÜo. La camisa, desabrochada, mostraba la espesa maraña del vello de su pecho. El cabello alborotado y los ojos sanguinolentos. Una vela ardía en la mesa, débil chispa de luz, que dibujaba monstruosas sombras en la habitación de altos techos y daba a los macizos aparadores el aspecto de bestias acurrucadas en la penumbra. Sobre la mesa, en la bandeja de plata, las botellas rodeadas de vasos.

—Siéntate —dijo cortésmente, entrando en el comedor detrás de su esposa.

Ahora la invadió un miedo de una especie distinta; un miedo que dejaba pequeño al que había sentido al tener que presentarse delante de él. Rhett miraba y hablaba y obraba como un extraño. Era un Rhett grosero que ella nunca había visto. Nunca, en ningún momento, ni en los de mayor intimidad, se había mostrado más despreocupado. Aun en sus enfados era suave y burlón, y el whisky usualmente servía para acentuar esas cualidades. Al principio la molestaba y, había intentado turbar esa despreocupación; pronto había llegado a aceptarla como algo muy conveniente. Durante años había pensado que nada le importaba gran cosa; que consideraba todo en la vida, incluyéndola a ella, como una diversión. Pero, al enfrentarse con él a través de la mesa, comprendió con temor que la sobrecogió que, por fin, había algo que le importaba, que le importaba muchísimo.

—No hay razón para que no eches un trago, aunque yo sea lo suficientemente mal educado para estar en casa —dijo—. ¿Quieres que te lo sirva?

—No quería beber —repuso ella muy digna—. Oí ruido y vine...

—No oíste nada. No hubieras bajado de presumir que yo estaba en casa. Estaba aquí sentado y te he estado oyendo pasear arriba y abajo por tu habitación. Debes de tener gran necesidad de beber una copa. Tómala.

—No quiero.

Él cogió la botella y sirvió un vaso lleno.

—Tómala —dijo, poniéndoselo en la mano—. Estás temblando. ¡Oh, no hagas remilgos! Sé que bebes a escondidas y que bebes mucho. Algunas veces he estado tentado

de decirte que dejases tu fingimiento de sobriedad y bebieses francamente si te gustaba. ¿Crees que me importa un bledo que te guste el brandy?

Scarlett cogió el vaso chorreante, maldiciendo en silencio a su marido. Leía en ella como en un libro. Siempre había leído en ella, y era el único hombre en el mundo a quien hubiera querido ocultar sus verdaderos pensamientos.

Ella levantó el vaso y bebió el contenido con un brusco movimiento del brazo, sin doblar la muñeca, como hacía Gerald cuando bebía su whisky. Lo bebió antes de pensar la práctica que demostraba y lo poco propio de una dama que era el ademán. Él no perdió el detalle y sonrió con ironía.

—Siéntate y hagamos unos cuantos agradables comentarios sobre la elegante recepción a que hemos asistido.

—Estás borracho —dijo Scarlett fríamente—, y yo me voy a la cama.

—Estoy muy borracho y tengo la intención de estar más borracho todavía antes de que acabe la noche. Pero tú no te vas a ir a la cama; todavía no. Siéntate.

Su voz tenía un resto de su frío acento; pero bajo las palabras se podía notar la violencia que luchaba por subir a la superficie, violencia tan cruel como el chasquido de un látigo. Ella vaciló un momento, pero Rhett se colocó a su lado, cogiéndola del brazo con garra que hería. La retorció un poco y Scarlett se sentó rápidamente con un grito de dolor. Ahora tenía miedo, más miedo que había tenido en su vida. Cuando él se inclinó sobre ella, pudo ver que su rostro era de un rojo oscuro y que su mirada brillaba con terrible fulgor. Había algo que ella no podía reconocer, que no podía comprender, algo más hondo que ira, más fuerte que dolor, algo que la dominaba, hasta que sus ojos se pusieron rojos como carbones ardientes. La miró durante un rato tan largo que la mirada de ella, desafiadora, tuvo que ceder, y entonces él se dejó caer en una silla y se sirvió otro vaso. Scarlett reflexionó rápidamente, intentando trazarse una línea de defensa. Pero, hasta que él hablase, no podía saber qué decir, porque no sabía exactamente de qué la iba a acusar.

Él bebió despacio, mirándola a través del vaso; y ella dominó sus nervios tratando de no temblar. Por un momento, el rostro de Rhett no varió de expresión, pero, por fin, se echó a reír, sin dejar de mirarla, y, al oírle, ella no pudo reprimir un temblor.

—Fue una comedia divertidísima la de esta noche, ¿verdad?

Scarlett no contestó, retorciendo sus dedos en el deseo de dominar su miedo.

—Una comedia divertidísima, sin una falla. Todo el pueblo reunido para lanzar la piedra a la mujer perdida, el marido engañado al lado de su mujer, como debe estar un caballero, la mujer engañada adelantándose con espíritu cristiano y extendiendo la sombra de su reputación inmaculada sobre todo ello, y el amante...

—Por favor...

—No hay favor. Esta noche, no. Es demasiado divertido. Y el amante con el aspecto de un condenado y deseando haberse muerto. ¿Qué efecto hace, querida mía, el ver a la mujer odiada defenderle a uno y cubrir misericordiosamente sus culpas? Siéntate.

Scarlett se sentó.

—No la aprecias ni una pizca más por eso. Me imagino que te preguntas si está enterada de todo sobre Ashley y tú; que te preguntas por qué hizo eso si lo sabe. Si lo hizo sencillamente por no quedar ella en ridículo. Y piensas que ha sido una loca al hacerlo, aunque así haya salvado tu propio pellejo, pero...

—No quiero escuchar.

—Ya lo creo que me escucharás. Y voy a decirte esto para aliviar tu tormento. Melanie es una loca, pero no del estilo que tú te imaginas. Estaba claro que alguien se lo

había dicho, pero ella no lo creyó. Aunque lo viera, no lo creería. Es demasiado honrada para concebir la deshonra en alguien a quien ama. Yo no sé qué mentira le diría a Ashley Wilkes, pero pudo ser de lo más torpe, porque Melanie quiere a Ashley y te quiere a ti. Te aseguro que no puedo comprender por qué te quiere a ti, pero te quiere. Ése será uno de tus suplicios.

—Si no estuvieses tan borracho y tan insultante, te lo explicaría todo —dijo Scarlett, recobrando cierta dignidad—. Pero ahora...

—No tengo ningún interés en oír tus explicaciones. Sé la verdad mejor que tú. ¡Por Dios, si te levantas de esa silla una vez más...! Y lo que encuentro más divertido en toda la comedia de esta noche es el hecho de que, mientras me has estado negando tan virtuosamente las dulzuras de tu lecho, a causa de mis muchos pecados, has estado pecando en tu corazón con Ashley Wilkes. Pecando en tu corazón. Es una bonita frase. ¿Verdad? Hay frases bonitas en este libro. ¿No es cierto?

¿Qué libro? ¿Qué libro? La imaginación de Scarlett corría como loca, mientras lanzaba miradas frenéticas por la habitación, observando lo mate que resultaba la plata maciza con aquella luz, lo terriblemente oscuros que estaban los rincones.

—Y me negabas esas dulzuras, porque mis groseros ardores eran demasiado para tu refinamiento, porque no querías más hijos. ¡Qué daño me hace eso, corazón mío! ¡Qué daño me hace! Así, yo me marché y encontré agradables compensaciones y te dejé entregada a tus refinamientos. Y tú pasaste todo ese tiempo persiguiendo al sufrido señor Wilkes. ¡Maldito sea! ¿Qué le atormenta? ¿No puede ser fiel a su mujer con su mente e infiel con su cuerpo? A ti no te importaría tener hijos de él, ¿verdad?..., y hacerlos pasar por míos.

Scarlett se puso en pie dando un grito, y Rhett se acercó a ella, riendo con la risa suave que le helaba la sangre. La obligó a sentarse y se inclinó sobre ella.

—Mira mis manos, querida —dijo, moviéndolas ante sus ojos—. Podría hacerte pedazos con ellas sin ningún trabajo y lo haría si con eso pudiese arrancarte a Ashley de la imaginación. Pero no lo conseguiría. Y por eso estoy pensando: verás cómo voy a arrancártelo. Voy a poner mis manos así a cada lado de tu cabeza y te voy a aplastar el cráneo entre ellas como si fuese una nuez, y así te lo sacaré.

Rhett cogió con sus manos la cabeza de Scarlett por debajo del rizado cabello y duramente la obligó a volver hacia él el rostro. Ella estaba mirando la cara de un extraño, un extraño, borracho, de voz pastosa. Nunca había carecido de valor animal y frente al peligro sintió de nuevo que corría por sus venas, que enderezaba su busto y daba vida a sus ojos.

—¡Loco borracho! —dijo—. ¡No me toques!

Con gran sorpresa vio que él la soltaba y sentándose en el borde de la mesa se servía otro vaso de brandy.

—Siempre he admirado tu sangre fría, querida, pero nunca como ahora, que estás acorralada.

Ella se ciñó más la bata. ¡Oh, si pudiese por lo menos llegar a su cuarto y cerrar la puerta con llave y quedarse sola! No tenía más remedio que dominar a aquel Rhett desconocido, que obligarle a dejarla. Se levantó de prisa aunque le temblaban las rodillas, se cruzó la bata y se echó atrás el pelo que le caía sobre la cara.

—No estoy acorralada —dijo, valiente—. Tú no me acorralarás ni me asustarás nunca, Rhett Butler. No eres más que una bestia borracha, y has pasado tanto tiempo con malas mujeres, que no puedes comprender otra cosa que no sea maldad. No puedes

entendernos ni a Ashley ni a mí. Has vivido en el cieno demasiado tiempo para conocer nada más. Estás celoso de algo que no puedes comprender. Buenas noches.

Se volvió rápidamente, dirigiéndose hacia la puerta, pero una carcajada la obligó a detenerse. Lo miró y entonces él cruzó la habitación, tambaleándose, hasta llegar a su lado. ¡Dios santo, si pudiese dejar de reírse de aquel modo! ¿Qué había digno de risa en todo aquello? Cuando Rhett llegaba a su lado ella estaba de espaldas a la puerta. Él apoyó pesadamente las manos sobre sus hombros y la apretó contra la pared.

—No te rías así.

—Me río porque me das lástima.

—¿Lástima de mí? Ten lástima de ti mismo.

—¡Sí, Dios mío! Me da lástima de ti, loca querida. Te duele, ¿verdad? No puedes soportar ni la risa ni la lástima. ¿No es así?

Cesó de reír, apoyándose con tanta fuerza sobre sus hombros que le hizo daño. Su rostro cambió de expresión y se inclinó tan cerca de Scarlett que el fuerte olor del whisky obligó a ésta a volver la cabeza.

—Estoy celoso —dijo—. ¿Y por qué no? Sí, es verdad. Estoy celoso de Ashley Wilkes. ¿Por qué no? No trates de hablar y de explicar. Ya sé que físicamente me has sido fiel. ¿No era eso lo que me querías decir? ¡Oh, lo he sabido todo el tiempo, todos estos años! ¿Que cómo lo sabía? ¡Oh, bien conozco a Ashley Wilkes y su educación! Sé que es honrado y un caballero. Y eso, querida mía, es más de lo que podría decir de ti o de mí, en este asunto. Ni soy caballero, ni tú eres una señora, ni tenemos honor, ¿verdad? Por eso prosperamos como árboles verdes.

—Déjame marchar. No voy a quedarme aquí para que me insultes.

—No te insulto; estoy ponderando tus virtudes físicas. Y no me has engañado un solo momento. ¿Tú crees que los hombres son tan locos, Scarlett? No debías rebajar la fuerza y la inteligencia de tu antagonista. Yo no soy idiota. ¿Crees que no sé que has estado en mis brazos intentando hacerte la ilusión de que estabas en los de Ashley Wilkes?

Los ojos de ella se abrieron desmesuradamente y el miedo y el asombro se dibujaron en su rostro.

—Agradable cosa en verdad, aunque algo fantástica. Como el estar tres en un lecho en que sólo deben estar dos.

Rhett se encogió ligeramente de hombros, hipó y rió burlonamente.

—¡Oh, sí, me has sido fiel porque Ashley no te ha querido! Pero yo no le hubiera negado tu cuerpo. Sé lo poco que valen los cuerpos, especialmente los de las mujeres. Pero le negaría tu corazón y tu querida, dura y obstinada alma. Él no quiere tu alma, el muy idiota, y yo no quiero tu cuerpo. Puedo comprar los cuerpos de mujeres que quiera, y baratos. Pero quiero tu corazón y tu alma, y nunca los tendré. Lo mismo que tú no tendrás nunca la mente de Ashley. Y por eso es por lo que te compadezco.

Aun a través del miedo y del asombro, el sarcasmo de Rhett la hirió.

—¿Compadecerme... a mí?

—Sí, te compadezco porque eres muy chiquilla, Scarlett. Una chiquilla encaprichada con la luna. ¿Qué haría una chiquilla con la luna si la consiguiese? ¿Y qué harías tú con Ashley? Sí, me das lástima, me da lástima ver que tiras la felicidad con ambas manos e intentas alcanzar algo que nunca te hará feliz. Me das lástima porque eres tan loca que no sabes que no puede haber felicidad más que cuando se juntan los que se parecen. Si yo me muriese, si Melanie se muriese y tuvieras, por fin, a tu honrado amante, ¿crees que ibas a ser feliz con él? ¡Cielos! ¡No! ¡Nunca lo conocerías, nunca sabrías lo que estaba

pensando, nunca lo comprenderías, como no comprendes la música, la poesía, ni nada que no sea dólares y centavos. He aquí por qué, esposa de mi alma, nosotros hubiéramos podido ser perfectamente felices si hubieras puesto en ello el menor interés; porque nos parecemos tanto. Los dos somos unos bribones, Scarlett, y nada se nos pone por delante cuando queremos algo. Hubiéramos podido ser felices, Scarlett, porque yo te quiero y te conozco hasta la médula de los huesos, de un modo que Ashley no podrá conocerte nunca... Y te despreciaría si te conociera. Pero no; te pasarás la vida suspirando por un hombre a quien no puedes comprender. Y yo, vida mía, seguiré suspirando por las prostitutas. Y me atrevo a decir que acertaremos más que muchos matrimonios.

La soltó de repente y volvió con pasos vacilantes hacia la botella. Por un momento, Scarlett permaneció como si hubiera echado raíces, barajando los pensamientos en su mente tan rápidamente, que no podía detenerse en ninguno de eEos lo bastante para examinarlos. Rhett había dicho que la quería. ¿Lo pensaba realmente? ¿O era sencillamente que estaba borracho? ¿O bien sería una de sus horribles burlas? Corrió como una flecha hasta el oscuro vestíbulo. ¡Oh, si pudiese llegar a su cuarto! Se torció el tobillo y la chinela casi se le salió; cuando se detuvo para quitársela de un puntapié, Rhett, corriendo silencioso como un indio, había llegado a su lado en la oscuridad. Sintió sobre su cara su aliento cálido y sus manos la rodearon rudamente, por debajo de la bata, en contacto con su piel desnuda.

—Me echaste fuera de tu alcoba, mientras le dabas caza. ¡Por Dios, que ésta es la noche en que va a haber dos en mi cama!

La balanceó en sus brazos y echó a correr con ella escaleras arriba. Le apretaba la cabeza contra su pecho; Scarlett percibía el latir como de martillazos de su corazón. Le hizo daño y ella gritó ahogadamente, asustada. Él subía en la profunda oscuridad sin detenerse, y ella estaba loca de terror. Era un loco desconocido, y los rodeaban unas tinieblas que ella también desconocía, más negras que la muerte. Parecía que la muerte la llevase entre los brazos, lastimándola. Scarlett chilló, ahogada contra él, y él, deteniéndose rápidamente en el descansillo y volviéndola, se inclinó y la besó tan salvajemente, que borró de su mente todo, excepto la oscuridad en la cual se hundía y los labios que oprimían los suyos... Rhett temblaba cual si lo sacudiese un fuerte viento, y sus labios, corriéndose desde los labios de ella adonde la bata se había soltado de su cuerpo, cayeron sobre su suave carne. Murmuraba cosas que ella no podía oír, sus labios evocaban sensaciones que nunca había experimentado. Ella era oscuridad y él era oscuridad, y no habían sido nunca nada hasta aquel momento; sólo oscuridad, y los labios de él sobre ella. Scarlett intentó hablar, pero la boca de Rhett estaba de nuevo en la suya. De repente, sintió un estremecimiento salvaje, como nunca lo había sentido, alegría, miedo, excitación, rendición a los brazos que eran demasiado fuertes, a los labios demasiado magulladores, al destino demasiado arrollador. Por primera vez en su vida sentía a alguien más fuerte que ella, alguien a quien no podía dominar ni romper, alguien que la estaba dominando, con quien no podía jugar. Sin saber cómo, sus brazos rodearon el cuello de Rhett y sus labios temblorosos buscaron los de él, mientras ambos subían, subían en la oscuridad, una oscuridad que era suave, acariciadora y envolvente.

Cuando Scarlett se despertó a la mañana siguiente, Rhett se había marchado y, a no ser por la almohada arrugada que ella tenía a su lado, hubiera podido creer los acontecimientos de la pasada noche un sueño salvaje y absurdo. Al recordarlos se puso como la grana y, cubriéndose con las ropas de la cama, permaneció bañada por la luz del sol, procurando analizar las impresiones que se mezclaban en su mente.

Dos cosas resultaban evidentes. Había vivido durante años con Rhett, dormido con él, comido con él, disputado con él, dado a luz a su hija y, a pesar de todo, aún no lo conocía. El hombre que la había llevado en sus brazos escaleras arriba, en la oscuridad, era un extraño cuya existencia ni siquiera había sospechado. Y ahora, aunque intentaba odiarlo, indignarse, no lo conseguía. La había humillado e insultado, había abusado de ella brutalmente durante toda una noche salvaje y loca, y ella lo había soportado con alegría.

¡Oh, debía avergonzarse, debía estremecerse al simple recuerdo de la cálida, enervante oscuridad! Una dama, una verdadera dama, no podría nunca levantar la cabeza después de una noche semejante. Pero más fuerte que la vergüenza era el recuerdo de la locura, del éxtasis de la rendición. Por primera vez en su vida se había sentido poseída, había sentido una pasión tan avasalladora y primitiva como el miedo que experimentara el día que huyó de Atlanta, tan enloquecedoramente dulce como el odio frío con que había matado al yanqui.

Rhett la amaba. Al menos había dicho que la amaba. ¿Y cómo iba a poder dudarlo ahora? ¡Qué extraño y asombroso, y qué increíble que la amase ese salvaje extraño, con el cual había vivido tan fríamente! No estaba muy segura del efecto que le producía tan revelación, pero cuando se le ocurrió la idea se echó a reír de repente a carcajadas. ¡Así que él la quería y era suyo por fin! Casi había olvidado su anterior deseo de entregarle su amor, de modo que pudiera tener el látigo levantado sobre aquella insolente cabeza negra. Ahora volvió aquel deseo, produciéndole gran satisfacción. Por una noche, él la había tenido a su merced; pero ahora ella conocía el punto vulnerable de su armadura. De ahora en adelante lo llevaría por donde quisiese. Durante mucho tiempo ella se había dolido bajo sus burlas, pero ahora lo tenía a él en una situación donde podía hacerle saltar a través de cualquier aro que se le antojase. Cuando pensó en volverlo a ver de nuevo cara a cara, a plena luz, se sintió dominada por un azoramiento y una nerviosidad que envolvían un excitante placer.

«Estoy nerviosa como una novia —pensó— y por culpa de Rhett.» Y ante esa idea empezó a reír como loca.

Pero Rhett no vino a comer ni ocupó su sitio en la mesa a la hora de la cena. Pasó la noche, una noche larguísima en la que lo esperó despierta hasta el alba, con los oídos en tensión, para oír su llave en la cerradura. Pero Rhett no volvió. Cuando transcurrió el segundo día sin saber ni una palabra de él, sintióse frenética de desesperación y de miedo. Pasó por el Banco, pero no estaba allí. Fue al almacén y estuvo muy severa con todo el mundo. Cada vez que la puerta se abría para dar paso a un cliente, miraba, temblando, con la esperanza de que fuese Rhett. Fue al depósito de madera y estuvo impertinente con Hugh, hasta que éste, para librarse de ella, se escondió detrás de una de las pilas de madera. Pero Rhett tampoco fue a buscarla allí.

No podía humillarse a preguntar a los amigos si lo habían visto. No podía hacer indagaciones entre los criados para averiguar noticias suyas, aunque se daba cuenta de que estaban enterados de algo que ella desconocía. Los negros lo sabían siempre todo. Mamita, durante aquellos dos días, estaba casi siempre silenciosa, miraba a Scarlett con el rabillo del ojo, pero no decía nada. Transcurrida la segunda noche, Scarlett decidió acudir a la policía; tal vez le hubiese ocurrido algún accidente. Quién sabe si el caballo lo había tirado y estaría abandonado en el fondo de una zanja. Acaso... —¡oh, qué pensamiento tan horrible!— acaso estaría muerto...

A la mañana siguiente, cuando, acabado el desayuno, estaba en su habitación poniéndose el sombrero, oyó en la escalera pasos ligeros, y, loca de alegría, se dejó caer en el lecho. Rhett entró en la alcoba; iba recién afeitado, bien cortado el pelo, arreglado, y no

estaba borracho, pero tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro congestionado por la bebida. La saludó con la mano y le dijo:

—¡Hola!

¿Cómo podía un hombre presentarse diciendo: «¡Hola!», después de haberse pasado dos días sin aparecer por casa ni dar la menor explicación? ¿Cómo podía estar tan tranquilo tras el recuerdo de una noche como la que habían pasado? No podía, no podía, a menos que... El terrible pensamiento se apoderó de su mente... A menos que noches como aquélla fuesen una cosa corriente para él. Durante un rato no fue capaz de hablar; olvidó todos los remilgos y sonrisas con que había pensado recibirlo. Rhett ni siquiera se acercó a ella para darle su acostumbrado beso, sino que se quedó mirándola con una mueca, en la mano el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Dónde has estado? —No me digas que no lo sabes. Estoy seguro de que a estas horas toda la ciudad está enterada. Tal vez todos lo sepan menos tú. Ya sabes el viejo adagio: la mujer es siempre la última que se entera.

—¿Qué quieres decir?

—Yo creí que después de haber estado la policía anteanoche en casa de Bella.

—Bella... Esa mujer... ¿Has estado con...?

—Naturalmente. ¿En qué otro sitio podía estar? Espero que no habrás estado preocupada por culpa mía.

—Fuiste de mí a... ¡Oh!

—Vamos, vamos, Scarlett, no juegues a la mujer engañada. Hace mucho tiempo que debías estar enterada de lo de Bella.

—Fuiste de mí a ella, después, después...

—¡Oh, eso...!

Hizo un gesto de despreocupación.

—Se me había olvidado. ¡Mis excusas por mi conducta la última vez que nos vimos! Estaba muy bebido, como seguramente sabes. Y me sacaron de quicio tus innumerables encantos. No creo necesario enumerarlos.

De repente, a Scarlett la acometieron deseos de echarse a llorar, de tenderse en la cama y sollozar interminablemente. Rhett no había cambiado, nada había cambiado, y ella había sido una estúpida, una idiota, ana candida, dejándose engañar, creyéndose que él la quería. Todo había sido una de sus repugnantes bromas de borracho. La había cogido y había abusado de eÜa estando borracho, exactamente igual que hubiera hecho con cualquier mujer de casa de Bella. Y ahora volvía insultante, sardónico, inaccesible. Devoró sus lágrimas y se rehízo. Él no debía saber nunca, nunca, lo que ella había llegado a pensar. ¡Cómo se reiría si lo supiese! No, no lo sabría jamás. Lo miró de repente y sorprendió la vieja expresión tan desconcertante. Era una expresión expectante, aguda, ansiosa, como si dependiera de sus palabras, como si esperase que fueran lo que él deseaba. ¡Como que iba a ser tan tonta para decirle algo de que pudiera reírse! ¡De ningún modo! Enarcó las oscuras cejas en un gesto frío.

—Claro que siempre había sospechado lo que eran tus relaciones con esa persona.

—¿Sospechado nada más? ¿Por qué no preguntármelo y satisfacer tu curiosidad? Te lo hubiera dicho: he vivido con ella siempre desde el día en que Ashley Wilkes y tú decidisteis que debíamos tener habitaciones aparte.

—¿Tienes el descaro de estar ahí y alardear conmigo, tu mujer, de que...

—¡Oh! Ahórrame tu indignación. Nunca te ha importado un ardite lo que yo hiciera, siempre que pagara las cuentas. Y sabes de sobra que últimamente no he sido ningún ángel.

Y en cuanto a lo de ser mi mujer... no has sido gran cosa mi mujer desde que llegó Bonnie. ¿No es verdad? No ha sido un negocio excelente para mí, Scarlett. Bella ha sido mucho mejor inversión.

—¿Inversión? ¿Quieres decir que le has dado...

—Que la he instalado; es la expresión correcta, creo yo. Bella es una gran mujer. Yo deseaba que llegase a ser algo, y lo único que necesitaba era dinero para montar un negocio propio. Ya sabes los milagros que una mujer puede hacer con algo de dinero. Si no, fíjate lo que has hecho tú.

—¿Vas a compararme?

—Quiero decir que las dos sois mujeres de cabeza privilegiada para los negocios y ambas habéis tenido éxito. Bella te lleva ventaja, pues es un ser de buen corazón y buenos instintos...

—¡Sal inmediatamente de aquí!

Él se apoyó contra la puerta, levantando burlonamente las cejas. ¿Cómo podía insultarla de aquel modo?, pensó Scarlett, llena de rabia y de dolor. Se desviaba de su camino por el placer de herirla y humillarla. Y ella se estremeció pensando en cómo había deseado que volviera a casa, mientras él estaba bebiendo y vociferando con la policía en un prostíbulo.

—Sal de esta habitación y no vuelvas a poner los pies en ella. Ya te lo había dicho una vez antes y no has sido lo bastante caballero para comprenderlo. De ahora en adelante cerraré con llave.

—No te molestes.

—Cerraré con llave. Después de lo que hiciste la otra noche... tan borracho, tan repugnante...

—Vamos, querida; no tan repugnante, seguramente.

—Vete.

—No te molestes, ya me voy. Y te prometo que no volveré a molestarte. Esto es el final. Y ahora se me ocurre que si mi infame conducta es para ti imposible de soportar, me avendré al divorcio. Sencillamente, dame a Bonnie y no pondré ningún obstáculo.

—No tengo la intención de deshacer la familia con un divorcio.

—Buena prisa te darías a deshacerla si Melanie hubiese muerto. ¿Verdad? Me da vértigos el pensar lo de prisa que te divorciarías en ese caso.

—¿Quieres marcharte?

—Sí, me voy. Es precisamente para decírtelo para lo que he vuelto a casa. Me voy a Charleston y a Nueva Orleáns y... Bueno, una excursión bastante larga. Me marcho hoy.

—¡Oh!

—Y me llevo a Bonnie. Dile a esa loca de Prissy que arregle sus cosas. Me llevo a Prissy también.

—Nunca te llevarás a mi hija de esta casa.

—Es mi hija también, señora Butler. Me figuro que no te opondrás a que lleve a mi hija a Charleston a ver a su abuela.

—¡Al diablo su abuela! ¿Crees que voy a dejar que te lleves a esa criatura, cuando te emborracharás todas las noches y lo más probable es que la lleves a casas como la de Bella Watling?...

Él tiró violentamente el cigarrillo, que humeó sobre la alfombra, mientras el olor de la lana quemada se agarraba a la garganta. En un instante estuvo al otro lado de la habitación junto a Scarlett, con el rostro ensombrecido por la ira.

—Si fueras hombre, te retorcería el pescuezo para castigarte por esas palabras. Como no lo eres, lo único que puedo hacer es obligarte a cerrar la boca. Crees que no quiero a Bonnie, que la voy a Uevar donde... ¡A mi hija! ¡Santo Dios! Estás loca. ¡Y presumir tú de madre ejemplar! ¡Pero si una gata es mejor madre que tú! ¿Qué has hecho tú nunca por tus hijos? Wade y Ella te tienen verdadero pánico, y si no fuera por Melanie no sabrían lo que significa cariño y afecto. Pero a Bonnie, a mi Bonnie, ¿crees que no soy capaz de cuidarla mucho mejor que tú? ¿Crees que te voy a dejar que la intimides y destroces su carácter como has hecho con Wade y con Ella? ¡Cielos! ¡De ningún modo! Tenla preparada y lista para que me la lleve dentro de una hora, o te advierto que lo que ocurrió la otra noche sería gloria comparado con lo que ocurriría ahora. Siempre he pensado que una buena tunda con un látigo de cochero te haría un bien enorme.

Giró sobre sus talones antes de que ella pudiera hablar y salió de la habitación rápidamente. Le oyó atravesar el vestíbulo hacia el cuarto de los niños y abrir la puerta. Se escuchó una alegre algarabía de voces infantiles y la de Bonnie que dominaba la de Ella.

—Papaíto, ¿dónde has estado?

—Cazando conejos para envolver a mi Bonnie con su piel. Dale un beso a tu novio, Bonnie, y tú también, Ella.

55

—Querida mía, no necesito ninguna explicación ni quiero oírla —dijo Melanie enérgicamente, al tiempo que ponía un dedo sobre los labios de Scarlett, deteniendo sus palabras—. Te insultas a ti misma, a Ashley y a mí, sólo con suponer que haya necesidad de una explicación entre nosotros. ¡Pero si los tres hemos sido como soldados que han luchado juntos contra el mundo entero durante años! ¡Me avergüenza que puedas pensar que comadreos absurdos pueden separarnos! ¿Crees que puedo pensar que tú y mi Ashley...? ¡Qué ocurrencia! ¿No comprendes que te conozco mucho mejor que nadie en el mundo te conoce? ¿Crees que he olvidado todas las cosas que has hecho por Ashley, y por Beau, y por mí?... Todo, desde salvar mi vida hasta impedir que muriéramos de inanición. ¿Crees que puedo olvidarme de ti haciendo aquellos duros surcos detrás del caballo del yanqui, con los pies casi desnudos y las manos llenas de ampollas, sencillamente para que el bebé y yo tuviéramos qué comer, y al mismo tiempo creer de ti cosas tan horribles? No quiero que me digas ni una sola palabra, Scarlett. Ni una sola.

—Pero...

Scarlett balbuceó y se detuvo.

Hacía una hora que Rhett, con Bonnie y con Prissy, había salido de la ciudad, y el abandono se había unido a la ira y a la vergüenza. El recuerdo de lo de Ashley y la defensa de Melanie eran más de lo que podía soportar. Si Melanie hubiera dado crédito a India y a Archie, si la hubiera echado de la reunión o, sencillamente, si la hubiera recibido con frialdad, entonces podría haber mantenido la cabeza erguida y haber luchado con todas las espadas de su panoplia. Pero ahora, con Melanie que se colocaba entre ella y la ruina social, que se interponía como una fina y brillante hoja, con confianza y ardor en sus ojos, no cabía honradamente más que confesar toda la verdad. Sí, decirlo todo, desde el lejano comienzo en el porche de Tara.

Se sentía impulsada por una conciencia que, aunque largo tiempo dormida, aún podía despertar, una estricta conciencia católica. «Confiesa tus pecados y haz penitencia de ellos con dolor y contrición», le había dicho Ellen un millar de veces. Y, en aquella crisis, la educación religiosa que Ellen le había dado parecía volver a ella y apoderarse de su alma. Confesaría, sí, absolutamente todo, cada palabra, cada mirada, aquellas pocas caricias, y entonces Dios aliviaría su dolor y le daría la paz. Y, como penitencia, la vista del rostro de Melanie, cambiando del profundo cariño y confianza al horror incrédulo y a la repulsión. ¡Oh, sería una penitencia demasiado terrible tener que vivir el resto de su vida recordando la expresión de Melanie, sabiendo que Melanie conocía toda la bajeza, la mezquindad, la deslealtad, la hipocresía que había en ella!

En otros tiempos, la idea de lanzar, insultante,, la verdad al rostro de Melanie y gozar viendo derrumbarse su paraíso había sido una idea que la llenaba de felicidad, y le parecía que tal satisfacción podía compensar todo cuanto ese gesto pudiese hacerle perder. Pero ahora todo había cambiado por completo, y no había nada más allá de sus deseos. ¿Cómo había cambiado así? No lo sabía. Era demasiado grande el tumulto de ideas opuestas que luchaban en su mente, para poder discernir. Scarlett sólo se daba cuenta de que así como un día había deseado que su madre continuara creyéndola buena y de corazón puro, así ahora deseaba apasionadamente conservar la elevada opinión que de ella tenía Melanie. Sólo sabía que no le importaba lo que el mundo pensara de ella, ni lo que Ashley o Rhett pensasen; pero Melanie debía seguir considerándola exactamente como siempre la

había considerado.

La espantaba decir a Melanie la verdad; pero uno de sus honrados instintos se despertó, un instinto que no le permitía presentarse con falsos colores ante la mujer que había luchado por ella. Por eso aquella mañana, en cuanto Rhett y Bonnie salieron de casa, había corrido a la de Melanie.

Pero a las primeras palabras atropelladas: «Melanie, tengo que explicarte lo del otro día», Melanie la había interrumpido imperiosa. Scarlett, mirando avergonzada los negros ojos que lanzaban destellos de amor y de ira, comprendió, con el corazón destrozado, que no poseería nunca la paz y la tranquilidad que siguen a una buena confesión. Melanie, de una vez para siempre, había deshecho el plan de conducta que Scarlett había trazado. Con una de las más sanas emociones que sintiera jamás, comprendió Scarlett que aliviar su torturado corazón sería un rasgo del más refinado egoísmo. Descargaría su corazón echando la carga sobre el de una persona inocente y confiada. Tenía con Melanie una deuda por la lealtad con que la había defendido, y esa deuda sólo podía pagarla con el silencio. ¡Qué cruel pago hubiera sido destrozar la vida de Melanie haciéndole saber que su marido no le era fiel y que su amiga más querida era la culpable de ello!

«No puedo decírselo —pensó con desconsuelo—. Nunca, aunque la conciencia me mate.» Recordó entonces la observación de Rhett en su borrachera: «No puede concebir el deshonor en alguien a quien ama... ¡Que ésa sea tu cruz!».

Sí, ésa sería su cruz hasta que muriese: el guardar con ella tan terrible silencio, llevar el cilicio de la vergüenza, sentir sus pinchazos a cada mirada cariñosa, a cada gesto que Melanie hiciese a través de los años; dominar para siempre el impulso de gritarle: «No seas tan buena, no luches por mí; no lo merezco».

«Si no fuera tan loca, tan cariñosa, tan confiada, tan inocente, esto no sería tan duro —pensaba desesperada—. He soportado muchas cargas, pero ésta va a ser la más pesada, la más amarga que he llevado jamás.»

Melanie estaba sentada delante de ella en una sillita baja; con los pies apoyados en una butaca, tan altos, que sus rodillas sobresalían; una postura infantil, que ndse hubiera permitido de no estar dominada por la ira hasta el punto de olvidar las conveniencias. Estaba zurciendo un gran desgarrón en una prenda y manejaba la brillante aguja tan furiosamente como manejaría la espada en un duelo.

Si hubiera sido Scarlett la que estuviera poseída de semejante indignación, habría pateado y rugido como Geraíd en sus mejores días, poniendo a Dios por testigo de la duplicidad y villanía de los hombres y balbuciendo juramentos de sangrienta venganza. Pero sólo con el movimiento de la reluciente aguja y el fruncimiento de las cejas demostraba Melanie que estaba hirviendo interiormente. Su voz era fría y las palabras salían con trabajo de sus labios como le ocurría usualmente. Pero las palabras que pronunciaba eran extrañas a Melanie, que rara vez emitía una opinión y nunca una observación malévola. Scarlett se dio cuenta de repente de que los Wilkes y los Hamilton eran capaces de furias iguales o mayores que las que caracterizaban a los O'Hara.

—Estoy ya terriblemente harta de oír a la gente criticarte, querida mía —dijo Melanie—, y ésta es la última gota, y voy a tomar una determinación. Todo esto ocurre porque todo el mundo te tiene envidia por lo elegante que eres y el éxito que tienes. Has triunfado donde hasta muchos hombres habrían fracasado. Ahora, no te incomodes conmigo, querida, por decirte esto: yo nunca he pensado que eres poco femenina, como dice mucha gente, porque eso no es verdad. La gente no te entiende porque no puede soportar que una mujer sea inteligente; pero tu inteligencia y tú éxito no dan derecho a la

gente para decir que tú y Ashley... ¡Estrellas del cielo!

La suave vehemencia de esta última y extraña exclamación hubiera pasado inadvertida en otros labios. Pero en los de Melanie hizo que Scarlett la mirase, asustada ante una exaltación tan sin precedentes.

—¡Y venirme a mí con las asquerosas mentiras que han inventado... Archie, India y la señora Elsing! ¿Cómo se atrevieron? Desde luego, la señora Elsing no vino. Claro que no, no tuvo ese valor. Pero siempre te ha odiado, querida, porque eres mucho más admirada que Fanny. ¡Y la molestó tanto que no encomendases a Hugh la dirección de la serrería! Tuviste mucha razón al no encomendársela. Es un tonto y un inútil.

Así habló Melanie del compañero de su infancia, del adorador de varios años.

—Me indigno conmigo misma al pensar en Archie; no debía haber dado cobijo a semejante bandido. Todo el mundo me lo decía, pero yo no quería hacer caso. No te puede ver por lo de los presidiarios. Pero ¿quién es él para criticarte? ¡Un asesino, y asesino de una mujer además! ¡Y, después de todo lo que yo he hecho por él, viene y me dice!... No hubiera sentido ni pizca que. Ashley le hubiera pegado un tiro. Pero lo despaché con una buena"... Puedo asegurártelo. Ya se ha marchado de la ciudad. Y, en cuanto a India, ¡qué ser tan vil! Querida mía, la primera vez que os vi juntas a las dos, no pude menos de notar que te tenía envidia y que te odiaba porque tú eres incomparablemente más bonita que ella y tenías muchos más adoradores. Y te odiaba sobre todo a causa de Stuart Tarleton, y ha cavilado tanto con lo de Stuart Tarleton, que... bueno, siento mucho decirlo tratándose de la hermana de Ashley, pero yo creo que tanto pensar en él le ha atacado a la cabeza. No cabe explicar de otro modo su acción... Le he dicho que no vuelva a poner los pies en esta casa y, que si la oigo repetir tan vil insinuación, yo la..., yo la llamaré mentirosa delante de todo el mundo.

Melanie se detuvo y repentinamente la ira se borró de su rostro dando paso al dolor. Tenía la apasionada lealtad de clan peculiar de los georgianos, y la idea de una riña de familia le destrozaba el corazón. Pero Scarlett era para ella la más querida. Continuó:

—Siempre ha estado celosa de ti porque yo te quería más que a ella. Nunca volverá a poner los pies en esta casa, y yo no volveré a ponerlos en ninguna en que se la reciba. Ashley está de acuerdo conmigo, y eso que le desgarra el corazón al pensar que su misma hermana es capaz de decir semejante...

Al oír el nombre de Ashley, los destrozados nervios de Scarlett cedieron y rompió a llorar desconsoladamente. ¿No podría dejar nunca de herirlo en lo más íntimo? Su único pensamiento había sido hacerlo feliz y darle tranquilidad, y parecía que se proponía hacerle daño a cada momento. Había destrozado su vida, rebajado su orgullo y su respeto de sí mismo, arruinado esa paz interior y esa tranquilidad que se basan en la integridad. Y ahora lo había separado de la hermana a quien tanto amaba. Para salvar la reputación de ella y la felicidad de su esposo, India había tenido que ser sacrificada, había que hacerla pasar por una mentirosa, por una solterona celosa medio chiflada. India, que tenía razón en todas las sospechas que había sentido siempre y en todas las palabras acusadoras que había pronunciado. Siempre que Ashley mirase los ojos de India, vería brillar en ellos la verdad, el reproche y el frío desdén que tan bien sabían expresar los ojos de los Wilkes. Sabiendo que Ashley apreciaba en más el honor que la vida, Scarlett comprendió cómo estaría sufriendo. Él, como Scarlett, se veía obligado a guarecerse bajo las faldas de Melanie. Aunque Scarlett reconocía la necesidad de esto y comprendía que la culpa de esta posición falsa era principalmente suya, sin embargo, sin embargo..., mujer al fin, pensaba que hubiera respetado más a Ashley si hubiera matado a Archie y hubiese reconocido toda la

culpa ante Melanie y ante el mundo. Comprendía que no era leal, pero se sentía demasiado desgraciada para pararse en esos detalles. Algunas de las insultantes y despreciativas palabras de Rhett se presentaban a su memoria y se preguntaba si verdaderamente Ashley había desempeñado un papel muy varonil en la comedia... Y, por primera vez, algo del resplandor en que lo había rodeado el día en que se enamoró de él empezó a palidecer imperceptiblemente. La mancha de vergüenza y culpabilidad que la había manchado a ella le salpicaba también a él. Resueltamente trató de desechar esta idea, pero sólo consiguió llorar con más desconsuelo.

—¡No llores, no llores! —gritó Melanie, dejando caer la labor, echándose en el sofá y atrayendo la cabeza de Scarlett sobre sus hombros—. No debía haberte hablado de esto y disgustado de este modo. Comprendo el terrible efecto que esto te producirá, y nunca jamás volveremos a mencionarlo. No, ni entre nosotros ni a los demás. Será como si nada hubiese ocurrido; pero —añadió con amargura— les enseñaré a India y a la señora Elsing lo que son las cosas. No vayan a creer que se pueden lanzar calumnias sobre mi marido y mi cuñada. Voy a arreglar las cosas de tal modo que ninguna de las dos se atreverá a volver a levantar la cabeza en Atlanta. Y quien las reciba o les dé crédito será mi enemigo.

Scarlett, pensando tristemente en el porvenir, comprendió que suya era la culpa de una enemistad que dividiría a la ciudad y a la familia durante generaciones.

Melanie cumplió su palabra. Nunca más mencionó tal asunto ni a Scarlett ni a Ashley. No lo volvió a discutir absolutamente con nadie. Adoptaba un aire de fría indiferencia que se cambiaba rápidamente en glacial dignidad si alguien se atrevía a hacer la menor alusión al asunto. Durante las semanas que siguieron a la fiesta, cuando Rhett había desaparecido misteriosamente y la ciudad estaba en un estado de frenética chismografía, excitación y partidismo, ella no concedía cuartel a los detractores de Scarlett, ya fuesen sus antiguos amigos o de su misma sangre. No hablaba, obraba.

Se pegó a Scarlett como una lapa. La obligaba a ir al almacén y al depósito de maderas todas las mañanas, como había acostumbrado siempre a hacerlo, y generalmente la acompañaba. Se empeñó en que Scarlett saliera en coche todas las tardes, aunque Scarlett no quería exponerse a la curiosa mirada de sus conciudadanos. Y Melanie se sentaba en el coche a su lado. Melanie hacía sus visitas al atardecer en su compañía, introduciéndola a la fuerza en salones en los que hacía más de dos años que no había puesto los pies. Y Melanie, con su tranquilo: «quien bien quiere a Juan bien quiere a su can», la imponía, obligando a dirigirle la palabra a las estupefactas señoras a quienes iban a visitar.

Durante aquellas tardes hacía ir temprano a Scarlett y se quedaban hasta que los últimos visitantes se iban, privando de aquel modo a las señoras del placer de quitarles el pellejo al volver la espalda. Estas visitas eran un tormento para Scarlett, pero no se atrevía a negarse a ir con Melanie. La desesperaba sentarse entre mujeres que sabía se estaban preguntando si efectivamente había sido sorprendida en adulterio. Tenía el convencimiento de que esas mujeres no le hubieran dirigido la palabra de no ser porque querían a Melanie y deseaban ante todo conservar su amistad. Pero Scarlett sabía que habiéndola recibido en su casa una vez no podían ya negarle el saludo.

El modo con que Scarlett era recibida no dejaba dudas de que muy pocas personas basaban su defensa en su integridad personal. «No pondría por ella la mano en el fuego», era lo que se traslucía en la actitud de la gente. Scarlett se había creado demasiados enemigos para encontrar ahora muchos defensores. Demasiados corazones habían, sido heridos por las palabras y los actos de Scarlett para preocuparse de si este escándalo la hería a ella o no. Pero todo el mundo se preocupaba de si podía herir a Melanie o a India, y la

tormenta se cernía en torno de ellas más que de Scarlett, teniendo como centro una sola pregunta: «¿Ha mentido India?».

Los que se pusieron del lado de Melanie se basaban en el hecho de que Melanie en aquellos días no se separaba de Scarlett. ¿Podría una mujer de los altos principios morales de Melanie defender la causa de una mujer culpable, y más aún si esa mujer era culpable con su propio marido? De ningún modo. India era una solterona neurasténica que odiaba a Scarlett y la calumniaba, e inducía a Archie y la señora Elsing a creer sus mentiras.

Pero decían los partidarios de India: «Si Scarlett no es culpable, ¿dónde está el capitán Butler? ¿Por qué no está aquí, al lado de su esposa, prestándole el apoyo de su presencia?» Era una pregunta que no tenía contestación, y cuando, pasadas algunas semanas, corrió el rumor de que Scarlett estaba encinta, el grupo de los partidarios de India movió la cabeza con satisfacción. El niño no podía ser del capitán Butler, decían. Durante demasiado tiempo, el hecho de su separación había sido del dominio público. Hacía demasiado tiempo que la ciudad se sentía escandalizada por las alcobas individuales.

Y, así, el chismorreo continuaba, dividiendo a la ciudad, separando también el compacto clan de los Hamilton, Wilkes, Burr, Whilman y Winfield que siempre había estado tan unido. Todos, aun dentro de la familia, se habían visto obligados a adoptar un partido. No había terreno neutral. Melanie con fría dignidad e India con terrible amargura, se ocuparon de que así fuese. Pero, fuera cual fuera el partido adoptado por los parientes, todos guardaban rencor a Scarlett por haber sido causante de aquella ruptura familiar. Nadie creía que ella fuese digna de tal discordia. Y, cualquiera que fuese el partido adoptado, todos lamentaban que India hubiera tomado sobre sí el lavar la ropa sucia de la familia tan en público y hubiese envuelto a Ashley en escándalo tan degradante. Pero, ahora que ya había hablado, muchos acudieron en su defensa y tomaron partido contra Scarlett, mientras otros que querían demasiado a Melanie permanecieron con ella y Scarlett.

Medio Atlanta era familia, o presumía serlo, de Melanie y de India. Las ramificaciones de primos carnales y primos políticos, los parentescos más remotos, tan intrincados que nadie que no fuera georgiano sería capaz de desenmarañarlos, había constituido siempre una tribu muy unida, que presentaba una irrompible falange de invencibles escudos en tiempo de adversidad, sin importarles cuál pudiera ser la opinión personal sobre la conducta de algunos de sus individuos. A excepción de la pelea entre tía Pitty y tío Henry, que había dado ocasión a las risas de la familia durante muchos años, nunca se rompieron sus relaciones. Eran gente tranquila, reservada y no dada a la amable crítica que caracterizaba a tantas familias de Atlanta.

Pero ahora estaban divididas en dos bandos, y la ciudad podía ver a primos en quinto y sexto grado tomar partido en el más grande escándalo que había presenciado jamás. Esto creó grandes dificultades y puso a prueba el tacto y la indulgencia de la otra mitad de la ciudad, porque la ruptura de India con Melanie causó rupturas en casi todas las organizaciones sociales. Los Amigos de Talía, el Círculo del Ropero para las Viudas y Huérfanos de la Confederación, la Asociación para el Embellecimiento de las Tumbas de los Gloriosos Caídos, el Círculo Musical de las Noches de Sábado, la Sociedad de Damas para Cotillones Nocturnos, la Biblioteca de la Juventud, se veían divididos. Lo mismo ocurrió en cuatro iglesias con sus Sociedades de Damas para el Auxilio a las Misiones. Tenían que evitar con sumo cuidado el poner miembros de distintos partidos en el mismo comité.

En sus tardes de recepción, las señoras de Atlanta se pasaban las horas de cuatro a seis angustiadas por el miedo a que a Melanie y a Scarlett se les ocurriese llegar cuando

India y su partido se encontraban en sus salones.

De toda la familia, la pobre tía Pitty fue la que más tuvo que sufrir. Pitty, que no deseaba otra cosa sino vivir tranquila rodeada del afecto de sus parientes, hubiera querido en esta ocasión encender una vela a Dios y otra al diablo. Pero ni Dios ni el diablo se lo permitían.

India vivía con tía Pitty, y si Pitty tomaba partido por Melanie, como lo estaba deseando, India se marcharía. Y si India se marchaba, ¿qué iba a hacer la pobre tía Pitty? Era incapaz de vivir sola. Tendría que buscar una persona extraña que viviese con ella, o tendría que cerrar su casa e irse a vivir con Scarlett. Pitty se daba cuenta de que al capitán Butler no le gustaría demasiado esa combinación. O bien tendría que irse a vivir con Melanie y dormir en el cuartito de Beau.

Pitty no sentía extraordinario cariño por India, que la intimidaba con su aspecto frío y altanero y sus convicciones apasionadas. Pero gracias a ella le resultaba posible conservar su agradable modo de vivir, y Pitty siempre se sentía impulsada más por consideraciones personales que por convicciones morales. Y por eso India se quedó.

Pero la presencia de India en la casa hizo de Pitty un pararrayos, pues tanto Scarlett como Melanie tomaron esto como una declaración de que abrazaba el partido de India. Scarlett se negó terminantemente a contribuir con su dinero al sostenimiento de la casa de tía Pitty mientras India permaneciese bajo su techo. Ashley enviaba dinero a India semana tras semana; pero, semana tras semana, India, altanera y silenciosa, lo devolvía, con gran consternación de la anciana señora. Las finanzas hubieran marchado deplorablemente en la casa de ladrillo rojo sin la intervención de tío Henry; y a Pitty la humillaba tomar dinero de él.

Pitty quería a Melanie más que a nadie en el mundo, excepto a sí misma, y ahora Melanie se comportaba como una extraña fría y cortés. Aunque realmente vivía en la parte trasera de la casa de Pitty, nunca más volvió a pasar por su portal como acostumbraba hacerlo una docena de veces al día. Pitty fue a verla y lloró y protestó de su afecto y adhesión; pero Melanie rehusó siempre tratar del asunto y nunca le devolvió la visita.

Pitty sabía muy bien todo lo que le debía a Scarlett. Desde luego, en aquellos terribles días que siguieron a la guerra, cuando Pitty se encontró en la alternativa de ir con su hermano Henry o morirse de hambre, Scarlett le había conservado la casa, la había alimentado, la había vestido y la había puesto en situación de poder presentarse con la cabeza erguida ante la sociedad de Atlanta de que se había casado y marchado a vivir a su casa, había sido la generosidad personificada. ¡Y aquel terrible y fascinador capitán Butler! Muchas veces, después que él había estado con Scarlett a hacerle alguna visita, Pitty encontraba carteritas rellenas de billetes encima de su consola, o pañuelos de encaje con las puntas anudadas sobre alguna moneda de oro, dentro de su costurero. Rhett siempre juraba que no sabía nada de aquello, y la acusaba de hipocresía al ocultar un secreto adorador, tal vez el abuelo Merriwether.

Sí; Pitty debía cariño a Melanie y gratitud a Scarlett. *¿Y* qué le debía a India? Nada, excepto que su presencia evitaba que tuviese que romper el agradable curso de su vida y tomar decisiones. Todo esto era muy desesperante, y Pitty, que en toda su vida no había tomado una determinación, dejó que las cosas continuaran como estaban, y así se pasaba la vida vertiendo desconsoladoras lágrimas.

En resumidas cuentas: algunas personas creían de todo corazón en la inocencia de Scarlett, no a causa de sus méritos personales, sino porque Melanie creía en ella. Otras tenían reservas mentales, pero eran corteses con Scarlett y la visitaban, porque querían a

Melanie y deseaban conservar su cariño. Los partidarios de India le hacían una ligera inclinación de cabeza y algunos le negaron por completo el saludo. Estos últimos eran francamente insultantes; pero Scarlett comprendía que, a no ser por la conducta de Melanie y su rápida acción, toda la ciudad se hubiera declarado contra ella, aislándola en absoluto.

56

Rhett estuvo tres meses fuera, y, durante todo ese tiempo, Scarlett no recibió ni una sola noticia de él. No sabía ni dónde estaba ni el tiempo que pensaba pasar fuera. Realmente, ni siquiera tenía idea de si volvería alguna vez. Durante todo ese tiempo iba a sus asuntos con la cabeza erguida y el corazón deshecho. No se encontraba bien físicamente, pero, forzada por Melanie, iba al almacén todos los días y procuraba mantener su interés por la serrería. Pero el almacén había perdido para ella su atractivo, y aunque el negocio rendía el triple de lo que había rendido el año anterior y el dinero parecía manar, no podía interesarla y era desagradable y antipática con los empleados. La serrería de Johnnie Gallegher iba muy bien y el depósito de maderas vendía fácilmente todas sus existencias. Pero nada de lo que Johnnie decía o hacía le parecía bien. Johnnie, tan irlandés como ella, descargó por fin su ira y amenazó con marcharse después de una larga perorata que terminó así: «Y para usted, señora, el dorso de mis manos y la maldición de Cromwell sobre usted». Tuvo que aplacarlo con las más humildes excusas.

Ya no iba nunca a la serrería de Ashley. No volvió tampoco por el depósito de maderas cuando sabía que él estaba allí. Sabía que Ashley la evitaba, que la continua presencia de ella en su casa, por las ineludibles invitaciones de Melanie, era un tormento para él. Nunca hablaban a solas y Scarlett deseaba locamente preguntarle, porque quería saber si ahora la odiaba y también qué era lo que le había contado a Melanie. Pero Ashley la mantenía a distancia, y con su silencio le suplicaba a ella que callase. El ver su rostro avejentado, trastornado por el remordimiento, aumentaba su dolor, y el hecho de que su serrería perdía dinero cada semana la irritaba en forma que no podía expresar.

Su impotencia contra la presente situación la desconcertaba. No sabía qué hacer para mejorar aquel estado de cosas. Pero comprendía que tenía que hacer algo. Rhett hubiera hecho algo. Rhett siempre hacía algo, aunque fuese equivocado, y ella lo respetaba involuntariamente por ello.

Ahora que el primer acceso de su indignación contra Rhett y sus insultos se habían calmado, empezó a echarlo de menos, y lo echaba de menos más vivamente cada día que pasaba sin haber recibido noticias suyas. El odio, la ira, el corazón destrozado, el orgullo herido, habían cedido lugar a la depresión, que llegó a saciarse en todo ello como el cuervo se sacia de carroña. Lo echaba de menos, echaba de menos su gracia para contar anécdotas que la hacían reír como loca, la mueca sarcàstica que reducía las penas a su valor estricto; echaba de menos hasta sus burlas, que la herían haciéndole replicar indignada. Pero más que nada, echaba de menos el tenerlo a su lado para poder ella también contarle sus cosas. Para esto Rhett no tenía precio. Podía contarle sin avergonzarse y con orgullo cómo había arrancado el pellejo a la gente, y él aplaudiría. Y, si se le ocurría contar estas cosas a otras personas cualesquiera, se escandalizarían.

Estaba muy sola sin él y sin Bonnie. Echaba de menos a la chiquilla como nunca hubiera podido imaginar. Recordando las últimas palabras que Rhett le había lanzado a propósito de Wade y Ella, procuró llenar algo de sus horas vacías con los pequeños. Pero no fue posible: las palabras de Rhett y las reacciones de los niños abrieron sus ojos a una triste y amarga verdad. Durante los primeros años de sus hijos había estado demasiado ocupada, demasiado afanosa en las cuestiones de dinero, demasiado nerviosa y fácil al enfado, para ganar ni su confianza ni su afecto. Y ahora, o bien era demasiado tarde, o bien no tenía la paciencia y el tino suficientes para penetrar en sus corazoncitos.

A Scarlett le molestaba comprobar que Ella era una niña tonta; pero indudablemente lo era. No podía fijar su mente en una cosa más tiempo que un pájaro puede pararse en una rama; ni siquiera cuando Scarlett le contaba cuentos. Ella salía con cosas absurdas, preguntas sobre asuntos que no tenían nada que ver con el cuento, olvidando lo que había preguntado mucho antes de que Scarlett hubiera encontrado contestación. Y en cuanto a Wade... Tal vez Rhett tenía razón. Tal vez el chiquillo le tuviera miedo. Era extraño y la disgustaba. ¿Cómo podía su mismo hijo, su único hijo, tenerle miedo? Cuando intentaba hacerle hablar, el niño la miraba con los mismos ojos dulces de Charles y balbuceaba y trenzaba los pies azorado. Pero con Melanie hablaba por los codos y le enseñaba el contenido de sus bolsillos, desde los gusanos para pescar hasta los pedazos de cordel.

Melanie entendía a los chiquillos. No cabía dudarlo. El pequeño Beau era el niño más adorable y bien educado de toda Atlanta. Scarlett se entendía mejor con él que con su propio hijo, porque Beau no se azoraba con las personas mayores y no tenía reparo en subirse sobre sus rodillas sin que ella se lo dijera. ¡Qué rubio tan guapo era, exactamente igual que Ashley! ¡Si Wade fuera como Beau! Desde luego, la razón de que Melanie pudiera ocuparse tanto de él era que no había tenido más que un hijo y que no se había visto precisada a trabajar como le ocurría a Scarlett. Por lo menos, Scarlett procuraba disculparse con esa idea; pero la honradez la obligaba a reconocer que a Melanie le gustaban los niños y hubiera recibido con gusto una docena. Y la ternura que desbordaba de su corazón la ponía en Wade y en los chiquillos de la vecindad.

Scarlett no podía olvidar su pasmo el día que llegó a recoger a Wade en casa de Melanie, y oyó, al detenerse ante la puerta de la casa, el sonido de la voz de su hijo que se elevaba imitando con bastante perfección el alarido de los rebeldes. ¡Wade, que en casa estaba siempre tan callado como un ratón! Y Beau secundó varonilmente el grito de Wade, el agudo silbido de Wade. Cuando entró en la casa, encontró a los dos cargando contra el sofá con espadas de madera. Se callaron cuando ella entró, y Melanie se levantó, riéndose y arreglándose las horquillas y los rizos deshechos, de detrás del sofá, donde estaba acurrucada.

—Estamos en Gettysburg —explicó—. Yo soy los yanquis y desde ahí me estaban dando una paliza. Éste es el general Lee —señalando a Beau— y éste el general Pickett —echando un brazo por los hombros de Wade.

Sí, Melanie entendía a los niños de un modo que Scarlett nunca podría comprender.

«Al menos —se decía—, Bonnie me quiere y le gusta jugar conmigo.» Pero la verdad la obligaba a reconocer que Bonnie quería infinitamente más a su padre. Y" tal vez nunca más volviese a ver a Bonnie. Rhett podía estar en Pèrsia o en Egipto y haber decidido quedarse allí para siempre.

Cuando el doctor Meade le dijo que estaba encinta, se quedó atónita, porque día había esperado un diagnóstico de bilis o de excitación nerviosa. Su mente volvió a aquella noche salvaje y se ruborizó al recordarla. ¿De modo que de aquellos momentos de locura... aun cuando el recuerdo de la locura estuviera borrado por lo que había seguido...? Y por primera vez se alegró de ir a tener un hijo. ¡Si fuera un niño...! Un niño espléndido, no una criaturita tímida como Wade. ¡Cómo lo iba a querer! Ahora que tenía tiempo para ocuparse de un bebé y dinero para allanar su camino, ¡qué feliz sería! Sintió el impulso de escribir a Rhett, dirigiéndole la carta a casa de su madre, en Charleston, y de decirle... ¡Santo Dios! Tenía que venir ahora. ¡Suponer que estuviera fuera hasta después de que el niño hubiera nacido! Nunca podría explicárselo. Pero, si le escribía ahora, iba a creer que quería que volviera a casa, y se burlaría. Y no debía creer nunca que ella lo deseaba o le necesitaba.

Se alegró mucho de haber ahogado ese impulso cuando, como primera noticia de Rhett, llegó una carta de tía Pauline, pues por lo visto Rhett había ido a ver a su madre. ¡Qué descanso saber que estaba todavía en los Estados Unidos, aun cuando la carta de tía Pauline fuese indignante! Rhett había llevado a Bonnie a verlas a ella y a tía Eulalie, y la carta estaba llena de alabanzas.

«Una monada. Cuando crezca será seguramente una belleza. Pero me figuro que ya sabrás que cualquier hombre que la corteje tendrá que entendérselas con el capitán Butler. Nunca he visto un padre tan entusiasmado. Y ahora, querida, deseo confesarte una cosa. Hasta que he conocido al capitán Butler había creído que tu matrimonio con él había sido una locura espantosa, porque, desde luego, nadie en Charleston dice de él nada que pueda oírse, y todo el mundo lo siente muchísimo a causa de su familia. ¡Con decirte que Eulalie y yo estábamos indecisas sobre si deberíamos o no recibirlo! Pero después de todo, esa nena es nuestra sobrinanieta. Cuando vino nos sentimos agradablemente, muy agradablemente sorprendidas, y comprendimos lo anticristiano que es el dar crédito al chismorreo de los desocupados. Porque Rhett es verdaderamente encantador. Un real mozo, muy guapo además, y tan serio y atento... Y tan entusiasmado contigo y con la niña...

»Y ahora, querida, voy a hablarte de algo que ha llegado a nuestros oídos, algo que a Eulalie y a mí nos ha costado al principio mucho trabajo creer. Habíamos oído, desde luego, que tú algunas veces te ocupas del almacén que el señor Kennedy te había dejado. Habíamos oído rumores; pero, naturalmente, los habíamos desmentido. Nos dábamos cuenta de que en aquellos primeros días después de la guerra, y estando las cosas como estaban, era tal vez necesario. Pero ahora ya no es necesaria semejante conducta de tu parte, porque, según he sabido, el capitán Butler está en espléndida posición y es además capaz de dirigir por ti cualquier negocio o propiedad que puedas tener. Teníamos que saber la verdad de estos rumores y nos vimos obligadas a hacer al capitán Butler varias preguntas, lo que resultó altamente violento para todos nosotros.

»Con desgana nos confesó que te pasabas la mañana en el almacén y que no permitías a nadie que llevase los libros por ti. También reconoció que tenías algunos intereses en una serrería o serrerías (no quisimos importunarle con más preguntas estando como estábamos sobrecogidas por la noticia, que era completamente nueva para nosotras) que te obligaban a salir a caballo sola o escoltada por un rufián que, según nos ha asegurado el capitán Butler, es un asesino. Hemos podido ver que esto le destroza el corazón, y pensamos que debe de ser un esposo muy indulgente, mejor dicho, demasiado indulgente. Scarlett, eso no puede continuar. Tu madre no está aquí para ordenártelo y debo hacerlo yo en su lugar. Piensa lo que sentirán tus hijitos cuando sean mayores y se den cuenta de que has pertenecido al comercio. Lo mortificados que se sentirán al enterarse de que te has expuesto a los insultos de gente grosera y a los peligros de la crítica ocupándote de unas serrerías. ¡Qué poco femenina!»

Scarlett tiró la carta lejos de sí, sin acabar de leerla. Podía ver a tía Pauline y a tía Eulalie sentadas para juzgarla en la ruinosa casa de la Batterie, con muy poco o nada entre ellas y el morirse de hambre, excepto lo que ella, Scarlett, les enviaba mensualmente. ¡Poco femenina! ¡Por Dios! Si ella no hubiera sido poco femenina, probablemente tía Eulalie y tía Pauline en estos momentos no tendrían un techo bajo el cual cobijarse. ¡Demonio con Rhett! ¡Haberles hablado del almacén, y de los libros, y de las serrerías! ¿De mala gana? Sabía admirablemente el placer que habría sido para él dar el pego a las ancianas señoras, serio, y cortés, y encantador, como padre y esposo entusiasmado. ¡Cómo habría disfrutado escandalizándolas con el relato de sus actividades en el almacén, las serrerías, la cantina!

Era un demonio. ¿Cómo podría complacerse en semejantes perversidades?

Pero pronto también esta rabia se convirtió en apatía. Mucha de su alegría de vivir había desaparecido. Si pudiera al menos volver a sentir interés y pasión por Ashley... Si por fin Rhett volviera a casa y la hiciera reír...

Ya estaba en casa otra vez, sin avisar. La primera noticia de su llegada fue el ruido del equipaje que estaban descargando y la voz de Bonnie gritando:

—¡Mamá!

Scarlett salió corriendo de su habitación y desde lo alto de la escalera vio a Bonnie alargando sus piernecillas en un esfuerzo para subir los escalones. En los brazos llevaba un gatito que se asía, resignado, a su pecho.

—Me lo dio la abuelita —gritó excitada, cogiendo al animalito por la piel del cuello.

Scarlett la levantó en sus brazos y la besó agradecida a la presencia de la niña, que evitaba que la primera entrevista fuese a solas con Rhett. Mirando por encima de la cabeza de la niña, lo vio abajo en el vestíbulo, pagando al cochero. Él miró hacia arriba, la vio y, quitándose el sombrero, hizo un amplio gesto de saludo, inclinándose profundamente al hacerlo. Cuando ella lo distinguió, su corazón comenzó a latir más vivamente. No le importaba lo que él fuera, no le importaba lo que había hecho. Por fin estaba de vuelta en casa y ella se sentía contenta.

—¿Dónde está Mamita? —preguntó Bonnie, debatiéndose en los brazos de Scarlett.

Y ésta, aunque sin ganas, la dejó en el suelo.

Iba a ser mucho más difícil de lo que se había imaginado el recibir a Rhett con la indiferencia estrictamente debida y, en cuanto a decirle lo del nuevo bebé... Le miró a la cara mientras subía las escaleras. ¡Ese rostro moreno, tan impenetrable, tan inexpresivo! No, esperaría para decírselo. No podía decírselo ahora. Y, sin embargo, semejantes noticias pertenecen lo primero al marido, porque el marido siempre se alegra de conocerlas. ¡Pero no creía que él se fuese a alegrar.

Ella siguió en el descansillo, inclinada subte la barandilla, preguntándose si él le daría un beso. Pero no lo hizo. Sólo dijo:

—Estás pálida, querida. ¿Hay escasez de colorete?

Ni una palabra de que la hubiese echado de menos aunque no fuese verdad. Y debía haberla besado, cuando menos por estar delante Mamita, la cual, haciendo una reverencia, se llevaba a Bonnie al cuarto de los niños.

Él permaneció a su lado mirándola.

—¿Acaso significa esa palidez que me has echado de menos? —preguntó, y, aunque sus labios sonreían, sus ojos estaban graves.

¡De modo que ésta iba a ser su actitud! Iba a seguir siendo tan odioso como siempre. De pronto, el hijo que llevaba en su seno se convirtió, de algo que hasta entonces había soportado con alegría, en una carga que le producía náuseas. Y el hombre que estaba ante ella con el ancho panamá en la mano apoyada en la cadera, en su más cruel enemigo, el causante de todos sus males. Había odio en sus ojos cuando respondió, odio demasiado visible para que pudiese pasar inadvertido, y la sonrisa se borró del rostro de Rhett.

—Si estoy pálida es por culpa tuya y no porque te haya echado de menos... Es porque.

¡Oh! No era así como tenía pensado decírselo; pero las palabras insultantes se precipitaron a sus labios y ella se las lanzaba, sin preocuparse de los criados, que podían oídas.

—Es porque voy a tener un niño.

Él se quedó de repente sin respiración, y sus ojos se fijaron en ella. Adelantó un paso para ponerle una mano en el brazo; pero ella se retiró bruscamente de él y, ante el odio que leía en su rostro, la expresión de Rhett se tornó dura.

—¿De veras? —dijo fríamente—. Bien, ¿y quién es el feliz papá? ¿Ashley?

Scarlett se sujetó al remate del pasamanos hasta que las orejas del tallado león se le clavaron en las manos haciéndole daño. Ni ella, que tan bien le conocía, podía haber imaginado semejante insulto. Desde luego, hablaba en broma; pero hay algunas bromas demasiado monstruosas para poder aguantarlas. Deseaba clavarle las afiladas uñas en los ojos y arrancar de ellos aquella extraña luz que brillaba en ellos.

—¡Maldito seas! —empezó a decir con voz temblorosa por la indignación—. Tú... tú sabes muy bien que es tuyo. Y yo no lo deseo ni pizca más que lo deseas tú. No, ninguna mujer podría desear el hijo de un canalla como tú. Quisiera... ¡Oh, santo Dios! Quisiera que fuese hijo de cualquiera con tal de no serlo tuyo. Vio cambiar el moreno rostro de Rhett de repente, y algo que ella no podía comprender le hizo crisparse como si le pincharan.

«Vaya —pensó Scarlett en un transporte de maligno placer—. Vaya; por fin he conseguido hacerte daño.»

Pero la máscara de impasibilidad cubría ya de nuevo el rostro de su marido, que se retorció las guías del bigote.

—Anímate —dijo, volviéndose y empezando a subir las escaleras—. Acaso tengas un aborto.

Durante un momento de vértigo, Scarlett vio claramente todo lo que el embarazo representaba; las náuseas que la destrozaban, la tediosa espera, el abultamiento de su figura, las horas de dolor. Cosas que ningún hombre podía imaginar. ¡Y se atrevía a burlarse! Le daban ganas de arañarlo. Únicamente el ver sangre sobre su rostro moreno podía calmar el dolor que sentía en el corazón. Se lanzó contra él, ágil como un gato; pero, con un ligero movimiento, Rhett se echó a un lado, poniéndose el brazo delante de la cara para defenderse. Ella estaba de pie en el borde del escalón superior, recién encerado, y cuando su brazo, cargado con todo el peso de su cuerpo, chocó contra el de Rhett, perdió el equilibrio. Hizo un esfuerzo desesperado para agarrarse a la barandilla, pero le falló. Cayó de espaldas por las escaleras, sintiendo un intenso dolor en los ríñones y, demasiado atontada para poder detenerse, rodó escaleras abajo hasta el final del tramo.

Era la primera vez que Scarlett estaba enferma, excepto cuando tenía los niños, y esas veces no se contaban. Entonces no se había sentido tan desesperada y tan asustada como ahora, débil y dolorida, atormentada y aturdida. Sabía que estaba mucho más grave de lo que se atrevían a decirle, y débilmente se daba cuenta de que iba a morir. La costilla rota le punzaba al respirar; la cara y la cabeza, acardenaladas, le dolían, y todo el cuerpo estaba en poder de unos demonios que la desgarraban con garfios ardiendo y la aserraban con cuchiEos mellados y la dejaban algunos momentos tan exhausta y sin fuerzas, que no podía reponerse para defenderse de ellos cuando volvían. No, el parto no había sido así. Había sido capaz de comer manjares agradabilísimos a las dos horas del nacimiento de Wade, de Ella y de Bonnie; pero, ahora, el pensar en nada que no fuera agua fría le producía náuseas.

¡Qué sencillo era tener un hijo y qué doloroso el no tenerlo! ¡Y cuan extraño! ¡Qué doloroso había sido, en medio de tanto dolor, el saber que no iba a tener ya aquel hijo! Verdaderamente extraño que ello sucediera con el primer hijo que realmente deseara. Se esforzó por comprender por qué lo deseaba; pero estaba muy abatida, demasiado abatida

para pensar en algo que no fuese el temor a la muerte. La muerte estaba en la habitación y ella no tenía fuerza para hacerle frente y luchar con ella, y por eso tenía miedo. Deseaba tener a su lado a alguien que fuese muy fuerte, que la retuviera por la mano, que luchara con la muerte hasta que a ella le volviera la fuerza suficiente para defenderse por sí misma.

La ira había desaparecido ante el dolor, y deseaba ver a Rhett; pero Rhett no estaba allí, y ella no podía resolverse a llamarlo.

El último recuerdo que tenía de él era su expresión cuando la había recogido al pie de los escalones en el oscuro vestíbulo. Tenía el rostro lívido y con un terror espantoso reflejado en él, llamando como loco a Mamita. Y luego tenía una vaga idea de que la subían, y después ya la oscuridad había envuelto su mente. Y dolor, y más dolor, y el cuarto lleno de voces que cuchicheaban, y los sollozos de tía Pittypat, y las bruscas órdenes del doctor Meade, y pasos presurosos en las escaleras y quedos alrededor de su alcoba; y luego, como un cegador rayo de luz, el conocimiento de la muerte y el miedo, que le hicieron sentir deseos de gritar un nombre, y el grito fue un susurro.

Pero aquel susurro desesperado tuvo una respuesta inmediatamente en algún sitio, en la oscuridad, al lado de la cama, y la voz suave de la persona a quien llamaba contestó en tono acariciador.

—Estoy aquí, querida, he estado aquí siempre.

El terror y la muerte cedieron un paso cuando Melanie tomó con dulzura su mano, apoyándola contra su fina mejilla. Scarlett quiso volverse para verle la cara, pero no pudo. Melanie iba a tener un hijo y los yanquis estaban llegando. La ciudad estaba ardiendo y tenía que darse prisa, mucha prisa. Pero Melanie iba a tener un niño y ella no podía darse prisa. Tenía que quedarse con Melanie hasta que naciese el niño y ser fuerte, porque Melanie necesitaba su fortaleza. Melanie tenía unos dolores terribles y por doquier había garfios ardiendo, y cuchillos mellados, y olas de dolor. Tenía que coger la mano de Melanie.

Pero por fin estaba allí el doctor Meade; hubiera ido aunque le hubiesen necesitado los soldados en la estación, porque le oyó decir:

—Delira. ¿Dónde está el capitán Butler?

La noche era oscura y otras veces llena de luces, y ahora era ella la que iba a tener un niño, y luego era Melanie la que gritaba; pero, por encima de todo, Melanie seguía siempre allí, y sus manos estaban frescas, y no se movía inútilmente ni sollozaba como tía Pitty. Siempre que Scarlett abría los ojos, decía: «Melanie», y la voz le contestaba. Y muchas veces estaba a punto de decir: «Rhett, quiero a Rhett», y se acordaba, como en un sueño, de que Rhett no la quería a ella, que la cara de Rhett era negra como la de un indio, y sus dientes, blancos, con una mueca irónica. Ella lo quería y él no la quería a ella.

Una voz dijo: «Melly», y la voz de Mamita dijo: «Soy yo, niña», poniéndole un paño frío sobre la frente. Y Scarlett gritó frenética: «¡Melly, Melanie!»; pero, durante un buen rato, Melanie no llegó. Porque Melanie estaba sentada al borde de la cama de Rhett, y Rhett borracho y sollozante, estaba tirado en el suelo con la cabeza apoyada en el regazo de Melanie.

Cada vez que había salido del cuarto de ella, lo había visto sentado sobre la cama, con la puerta de su habitación abierta de par en par y mirando a la puerta de la habitación de Scarlett. El cuarto estaba sucio, sembrado de colillas y de platos con la comida sin tocar. La cama estaba revuelta y sin hacer, y él sentado sobre ella, sin afeitar y repentinamente adelgazado, fumando sin parar. Nunca le preguntaba nada al verla; pero Melanie se detenía siempre un minuto en el umbral para darle noticias. «Lo siento mucho. Está peor.» O bien:

«No, todavía no ha preguntado por usted; la pobre está delirando». O: «No debe usted perder toda esperanza, capitán Butler. Déjeme usted traerle un café caliente y algo que comer; se va usted a poner malo».

Cuando veía cómo estaba, el corazón se le llenaba de compasión, y eso que estaba demasiado cansada y soñolienta para poder sentir nada. ¿Cómo podría la gente decir de él cosas tan horribles? Que no tenía corazón, que era perverso, que era infiel a Scarlett... ¡Cuando ella veía cómo se iba quedando en los huesos y la expresión atormentada de sus ojos! A pesar de lo cansada que estaba, procuraba siempre ser más cariñosa de lo corriente cuando le daba el parte del estado de la enferma. Sí, parecía un alma condenada esperando el juicio; era como un niño en aquel mundo hostil. Pero todo el mundo era como un niño con Melanie.

Pero cuando por fin se acercó alegre a su puerta para decirle que Scarlett estaba mejor, Melanie no estaba preparada para el cuadro que encontró. Encima de la mesilla de noche había una botella de whisky casi vacía y el cuarto apestaba a alcohol. Él la miró con ojos brillantes y vidriosos y los músculos de su mandíbula temblaban a pesar de sus esfuerzos por encajar los dientes.

—¿Ha muerto?

—¡Oh, no! Está mucho mejor.

—¡Oh, Dios mío! —dijo él, y escondió la cabeza entre las manos.

Melanie vio que sus anchos hombros se estremecían como en un escalofrío y, cuando lo contemplaba compasiva, su piedad se trocó en terror porque notó que estaba llorando. Melanie nunca había visto llorar a un hombre, ¡y ver ahora precisamente llorar a Rhett, tan suave, tan burlón, tan seguro siempre de sí mismo! El extraño ruido de sus sollozos le daba miedo. Se le ocurrió la idea espantosa de que estaba borracho. Melanie tenía un miedo horrible a la embriaguez. Pero, cuando le vio levantar la cabeza y pudo ver un momento su mirada, Melanie entró rápida en la habitación, cerró tras sí la puerta y se acercó a Rhett. No había visto nunca llorar a un hombre, pero había consolado las lágrimas de muchos niños. Cuando ella le puso una mano en el hombro, los brazos de Rhett rodearon súbitamente sus faldas. Antes de que supiera cómo ocurrió, Melanie estaba sentada sobre la cama y Rhett, en el suelo, con la cabeza en su regazo y los brazos y las manos agarrándola con una fuerza inconsciente que le hacía daño.

Cariñosamente, le dio unas palmaditas en la cabeza y dijo:

—Vamos, vamos; se va a poner pronto buena.

Aestas palabras, los brazos de él la ciñeron aún más fuertemente y empezó a hablar de prisa, rudo, a hablar como a una tumba que nunca habría de repetir sus secretos, diciendo la verdad por primera vez en su vida, dejando desnuda su alma ante Melanie, que al principio se sentía totalmente desconcertada, invadida por una emoción maternal. Él hablaba entrecortadamente, hundiendo la cabeza en su regazo, dando nerviosos tirones a los vuelos de su falda. Unas veces, sus palabras eran apagadas, borrosas; otras, llegaban demasiado claramente a los oídos de Melanie: duras palabras de confesión y de rebajamiento; hablando de cosas que nunca, ni siquiera a una mujer, las había oído ella contar, cosas secretas que traían el rubor de la modestia a sus mejillas y la hacían alegrarse de que él tuviese la cabeza inclinada.

Ella, acariciando su cabello como hacía con el pequeño Beau, dijo:

—Cállese, capitán Butler; no debe usted decirme esas cosas. No se da usted cuenta de lo que dice.

Pero la voz de él continuaba como en un desbordamiento, y su mano aferraba el

vestido de Melanie como una tabla de salvación.

Se acusó de actos que ella no comprendía, balbuceó el nombre de Bella Watling y luego la hizo estremecerse al gritar con violencia:

—Yo he matado a Scarlett, la he matado. Usted no lo comprende; ella no quería ese niño y...

—Tiene usted que callarse. No está usted en sus cabales. ¿Que no quería ese niño? Todas las mujeres quieren...

—No, no. Usted sí quiere hijos. Pero ella no. No los hijos míos...

—Cállese.

—Usted no me entiende. Ella no quería un hijo, y yo tuve la culpa. Este hijo... Es mi condenada culpa. Llevábamos mucho tiempo sin dormir juntos...

—Cállese, capitán Butler. No está bien... —Yo estaba borracho y loco y quería herirla, porque ella me había herido a mí. Yo deseaba... y lo hice. Pero ella no me quería, nunca me había querido, nunca me ha querido, y yo intentaba, intentaba con todas mis fuerzas y... Yo no sabía nada de ese niño hasta el otro día, cuando se cayó. Ella no sabía dónde estaba yo para escribirme y decírmelo, pero no me hubiera escrito aunque lo hubiera sabido. Le aseguro a usted, le aseguro que hubiera venido corriendo a casa si hubiera sabido... Me quisiera ella en casa o no...

—¡Oh, sí, ya sé que hubiera venido!

—¡Dios, he estado loco estas semanas, loco y borracho! Y cuando me lo dijo, allí en la escalera... ¿Qué hice yo? ¿Qué dije? Me eché a reír y le dije: «Anímate. Tal vez tengas un aborto». Y ella...

Súbitamente, Melanie se quedó lívida y sus ojos se agrandaron por el horror cuando miró la atormentada cabeza que se revolvía sobre su regazo. El sol del atardecer entraba a raudales por la ventana abierta, y de repente vio, como si fuese por primera vez, lo grandes, y lo morenas, y lo fuertes que eran sus manos, y qué espeso era el vello negro que cubría su dorso. Involuntariamente se retiró de ellas. Parecían tan rapaces, tan rudas y, sin embargo, apoyadas en su falda, tan destrozadas, tan desamparadas...

¿Sería tal vez posible que hubiera oído la infame mentira sobre Scarlett y Ashley y estuviera celoso? Verdaderamente, había abandonado la ciudad inmediatamente después del escándalo, pero... No, no podía ser por eso. El capitán Butler siempre estaba haciendo viajes precipitados. No podía haber creído aquella chismografía. Era demasiado inteligente. Además, si hubiera sido ésta la causa de tal trastorno, ¿no hubiera intentado matar a Ashley? O, por lo menos, ¿no habría pedido explicaciones?

No, no podía ser eso. Era sencillamente que estaba bebido y enfermo por la tensión y que su imaginación estaba corriendo desenfrenada, como la de un hombre delirante, diciendo barbaridades. Los hombres no pueden soportar la tensión tan bien como las mujeres. Algo le había trastornado, tal vez había tenido una pequeña disputa con Scarlett y las circunstancias le hacían darle proporciones desmesuradas. Tal vez alguna de las cosas terribles que había dicho fuera verdad. Pero todas ellas no podían serlo. ¡Oh, esa última seguramente no lo era! Ningún hombre podía decir semejante cosa a una mujer a quien amaba locamente como él amaba a Scarlett. Melanie nunca había visto la maldad, nunca había visto la crueldad, y ahora que las veía por primera vez le resultaban ambas imposibles de concebir. Estaba bebido y enfermo. Y a los niños enfermos hay que mimarlos.

—Bueno. Cállese ahora —dijo, cariñosa—. Ya comprendo.

Él levantó la cabeza violentamente y la miró con sus ojos sanguinolentos, retirando las manos. —¡No, por Dios! No lo entiende usted. No puede usted entender. Es usted, es

usted... demasiado buena para entender. No me cree usted. Pero todo es verdad y yo soy un perro. ¿Sabe usted lo que hice? Estaba loco, trastornado por los celos. Ella nunca me ha querido y yo tenía la esperanza de conseguir que me quisiera. Pero nunca le he importado un comino. No me quiere a mí. Quiere a...

Su mirada apasionada de borracho se encontró con la suya y se detuvo con la boca abierta, como si por primera vez se diera cuenta de con quién estaba hablando. El rostro de Melanie estaba pálido y tenso, pero sus ojos eran tranquilos y dulces y estaban llenos de incredulidad y de misericordia. Había en ellos una serenidad luminosa, y la inocencia de las dulces pupilas oscuras lo conmovió como un golpe en pleno rostro, haciendo desaparecer parte de su borrachera, detenido sus locas palabras a mitad de camino. Hizo una mueca, sus ojos se apartaron de los de ella, movió rápidamente los párpados como intentando coordinar las ideas.

—Soy un idiota —dijo, dejando caer de nuevo la cansada cabeza en su regazo—. Pero no tan idiota como todo eso. Si se lo dijese, usted no me creería, ¿verdad? Es usted demasiado buena para creerme. Nunca, antes, he conocido una persona verdaderamente buena. No me creería usted, ¿verdad?

—No, no le creería —dijo dulcemente, volviendo a acariciar su cabello—. Pronto estará buena otra vez. Vamos, capitán Butler, no llore. Pronto estará buena otra vez.

57

La mujer que un mes más tarde dejó Rhett en el tren de Jonesboro era una mujer pálida y delgada. Wade y Ella, que iban a hacer el viaje con su madre, estaban quietos y callados al ver su rostro blanco y triste, y se arrimaban a Prissy, atemorizados por la atmósfera de frialdad que hasta sus mentes infantiles no podían por menos de sentir entre su madre y su padrastro.

A pesar de lo débil que estaba Scarlett, se marchaba a Tara. Hubiera enloquecido, de permanecer un día más en Atlanta, con la imaginación dando vueltas y más vueltas alrededor de las mismas ideas en aquel tumulto en que se debatía. Estaba débil de cuerpo y cansada de espíritu y se encontraba como una niña perdida en una región de pesadilla en la que no veía nada familiar que pudiese guiarla.

Lo mismo que había huido de Atlanta una vez ante un ejército invasor, lo mismo huía ahora, relegando al fondo de su mente las ideas desagradables con su acostumbrada inhibición ante las preocupaciones: «No quiero pensar en eso ahora, no podría soportarlo, ya lo pensaré mañana en Tara; mañana será otro día». Le parecía que, si podía volver a la tranquilidad de los verdes campos de algodón, todas sus preocupaciones desaparecerían y hallaría medio de hacer con sus destrozados pensamientos algo que no le impidiese vivir.

Rhett se quedó contemplando el tren hasta que se perdió de vista, y en su rostro había una expresión de amargura que no resultaba nada agradable. Suspiró, despidió el coche y, montando en su caballo, cabalgó calle abajo hacia casa de Melanie.

Era una mañana calurosa. Melanie estaba sentada bajo la parra del porche zurciendo calcetines, de los que tenía una gran cesta Üena. Experimentó viva confusión cuando vio a Rhett bajarse del caballo y echar las riendas al negrito de hierro que había a la entrada. No le había visto a solas desde aquel espantoso día, cuando Scarlett estaba tan enferma y él estaba... bueno, sí, tan borracho. Melanie odiaba hasta el pensar en esa palabra. Sólo le había hablado alguna vez durante la convalecencia de Scarlett, y en tales casos hizo lo posible por no encontrar su mirada. Él, desde luego, en estas ocasiones había estado lo mismo que siempre, y nunca, ni con miradas ni con palabras, había dado a entender que entre ellos se hubiera desarrollado semejante escena. Ashley le había dicho una vez que era muy frecuente en los hombres el no recordar las cosas que habían hecho hallándose en estado de embriaguez, y Melanie deseaba de todo corazón que la memoria del capitán Butler le hubiera fallado en esta ocasión. Notaba que preferiría morir a enterarse de que recordaba sus expansiones. Se sintió llena de timidez y azoramiento, y oleadas de rubor cubrieron sus mejillas al verle acercarse por el camino. Pero tal vez no fuese más que a preguntar si Beau podría ir a pasar el día con Bonnie. Seguramente no tendría el poco tacto de ir a darle las gracias por lo que había hecho por él aquel día.

Se levantó para recibirlo, observando con sorpresa, como le ocurría siempre, lo ágilmente que se movía siendo un hombre tan grande.

—¿Se ha marchado Scarlett?

—Sí. Tara le sentará bien —dijo él sonriendo—. Algunas veces pienso que le ocurre lo que al gigante Anteo, que se hacía más fuerte cada vez que se ponía en contacto con la madre tierra. No le conviene a Scarlett pasar demasiado tiempo lejos de aquel rincón lleno de barro rojo al que tanto ama. El ver crecer el algodón le hará más provecho que todos los tónicos del doctor Meade.

No quiere usted sentarse? —preguntó Melanie, que no sabía qué hacer con sus

manos.

¡Rhett era tan grande y tan fuerte! Las personas tan grandes y fuertes siempre la desconcertaban. Parecían irradiar una fuerza y una vitalidad que la hacían sentirse más débil y más menuda aún de lo que realmente era. Él tenía un aspecto formidable y los duros músculos de sus hombros resaltaban en la blancura de su chaqueta de hilo de un modo que la asustaba. Le parecía imposible haber visto abatida tanta fuerza e insolencia. ¡Y ella había sostenido aquella cabeza en su regazo!

«¡Oh Dios mío!», pensó azorada; y se ruborizó de nuevo.

—Melanie —dijo Rhett amablemente—, ¿la molesta mi presencia? ¿Prefiere que me vaya? Por favor, dígame la verdad.

«¡Oh! —pensó Melanie—. Se acuerda y se da cuenta de lo violenta que estoy.»

Le vio implorante y, de pronto, el azoramiento y la confusión desaparecieron. La mirada de él era tan tranquila, tan cariñosa, tan comprensiva, que Melanie no pudo menos de preguntarse cómo había podido ser tan tonta para sentirse asustada. Tenía el rostro cansado y, pensó Melanie, bastante triste. ¿Cómo se le pudo ocurrir que iba a ser tan poco educado para tratar de asuntos que los dos preferirían olvidar?

«¡Pobre hombre! ¡Qué preocupado ha estado con lo de Scarlett!», pensó. Y, sonriendo, le dijo:

—Haga el favor de sentarse, capitán Butler.

Rhett se sentó pesadamente y la observó mientras recogía su costura.

—Melanie: he venido a pedirle un favor grandísimo —dijo sonriendo—. A pedir su ayuda en un engaño que sé que la repelerá.

—¿Un engaño?

—Sí, en realidad he venido a hablarle de negocios. —¡Señor! Entonces no es a mí, es a mi marido a quien tiene usted que ver. Yo soy una mujer torpe para los negocios. No soy tan inteligente como Scarlett.

—Mucho me temo que Scarlett sea demasiado inteligente, más de lo que le conviene —dijo él—. Y precisamente de esto es de lo que deseaba hablarle. Ya sabe usted lo enferma que ha estado. Cuando vuelva de Tara, otra vez empezará con preocupaciones y disgustos con el almacén y con esas serrerías que yo quisiera ver arder. Temo por su salud, Melanie.

—Sí, se preocupa demasiado. Debe usted obligarla a dejarlo todo y a cuidarse.

Él se rió.

—Ya sabe usted lo terca que es; yo nunca intento ni discutir con ella. Es igual que una chiquilla voluntariosa. No me deja que la ayude; no dejaría que nadie la ayudara. He intentado inducirla a vender su parte en las serrerías; pero no quiere. Y ahora, Melanie, llegamos a lo del negocio. Yo sé que Scarlett accedería a vender el resto de su participación en las serrerías al señor Wilkes, pero a nadie más. Y yo desearía que el señor Wilkes se lo comprase.

—¡Oh! Eso sería estupendo, pero...

Melanie se detuvo mordiéndose los labios. No podía hablar de la cuestión de dinero con una persona con quien no tenía bastante confianza. No sabía cómo, a pesar de lo que ganaban con la serrería. Ashley no tenía nunca bastante dinero. La disgustaba ver lo poco que ahorraban. No sabía adonde iba a parar el dinero. Ashley le daba lo suficiente para el manejo de la casa, pero en cuanto había algún gasto extraordinario se veían apurados. Desde luego, las cuentas del médico eran muy elevadas, y los libros y muebles que Ashley encargaba a Nueva York costaban un río de oro. Y daban de comer y vestían a una porción

de granujas que vivían en las buhardillas de su casa. Y Ashley no era capaz de negar un préstamo a nadie que hubiese servido en el Ejército federal. Y...

—Melanie, yo deseaba prestarles a ustedes el dinero —dijo Rhett.

—Es usted muy bueno, pero nunca podríamos devolvérselo.

—No quiero que me lo devuelvan. No se enfade usted conmigo, Melanie. Por favor, escúcheme. Me pagaría con creces el saber que Scarlett no estaba quedándose sin fuerzas con tantas idas diarias a las serrerías. El almacén sería suficiente para tenerla ocupada y feliz. ¿No lo comprende usted?

—Sí, desde luego —dijo Melanie, indecisa.

—Usted quiere que su hijo tenga una jaca, ¿verdad? Y quiere usted que vaya a la Universidad, a Harvard, y a hacer un gran viaje por Europa.

—Ya lo creo —gritó Melanie, con el rostro iluminado como siempre que se le hablaba de Beau—. Yo quiero muchas cosas para él, pero... bueno, todo el mundo está tan pobre ahora que...

—El señor Wilkes podría ganar una barbaridad de dinero con esas serrerías —dijo Rhett—. Y le gustaría ver a Beau disfrutar de todas las ventajas que se merece.

—¡Oh! Capitán Butler, es usted una malísima persona —exclamó Melanie, sonriendo—. Apelando al orgullo maternal... Puedo leer en usted como en un libro abierto.

—Espero que no —dijo Rhett, y por primera vez hubo un resplandor de risa en sus ojos—. Y ahora, ¿me dejará usted que le preste el dinero?

—Pero, ¿dónde está el engaño?

—Debemos ser conspiradores y engañar a Scarlett y al señor Wilkes.

—Me sería imposible. ¡Cuánto lo siento!

—¡Si Scarlett supiese que he estado conspirando a espaldas de ella, aunque sea por su bien...! Pero ya conoce usted su carácter. Y me temo mucho que el señor Wilkes rehusase cualquier préstamo que yo le ofreciera. Así, pues, ninguno de los dos debe saber de dónde viene el dinero.

—¡Oh! Pero estoy segura de que mi marido no rehusaría si comprendiese bien. ¡Quiere tanto a Scarlett!

—Estoy seguro de ello —dijo amablemente Rhett—. Pero, a pesar de todo, rehusaría. Ya sabe usted lo orgullosos que son todos los Wilkes.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Melanie, disgustadísima—. Quisiera... Verdaderamente, capitán Butler, no puedo mentir a mi marido.

—¿Ni siquiera para ayudar a Scarlett?

Rhett parecía ofendido.

—Y ella, que la quiere a usted tanto...

En los párpados de Melanie temblaron las lágrimas.

—Sabe usted que haría cualquier cosa del mundo por ella. Nunca, nunca, podré pagarle ni la mitad de lo que ella ha hecho por mí. Ya sabe usted...

—Sí —dijo rápidamente—, sé todo lo que ha hecho por usted. ¿No puede usted decirle al señor Wilkes que el dinero es el legado de algún pariente?

—¡Oh! Capitán Butler, no tengo un pariente que posea un centavo.

—Bien. Y si yo le mando el dinero por correo al señor Wilkes sin que él sepa quién se lo envía, ¿se ocuparía usted de que el dinero se emplee en la compra de las serrerías y no... en darlo a los ex confederados hambrientos? Al principio, ella pareció ofendida por sus últimas palabras, como si éstas implicasen una crítica de Ashley; pero Rhett sonrió tan comprensivamente que Melanie le devolvió la sonrisa.

—Desde luego, así lo haré.

—De modo que está decidido. ¿Será nuestro secreto?

—Pero yo nunca he tenido un secreto para mi marido...

—Estoy seguro de ello, Melanie.

Al mirarlo, Melanie pensó cuan acertada había estado ella siempre en sus juicios sobre él y qué equivocados estaban todos los demás. La gente decía que era brutal e irónico y que tenía malas maneras, y hasta que no era honrado. Aunque mucha gente de lo más distinguido de Atlanta admitía ahora que se había equivocado. Bueno, ella, desde el principio, había comprendido que Rhett era una buenísima persona. Ella nunca había recibido de él más que atenciones, favores, respeto profundo y comprensión. ¡Y qué enamorado estaba de Scarlett! ¡Qué bueno era dando tanto rodeo por evitarle trabajo!

En un impulso expansivo, exclamó:

—Tiene suerte Scarlett con un marido tan atento con ella.

—¿Lo cree usted así? Mucho me temo que ella no estaría de acuerdo con usted si la oyese... Además, también trato de ser atento con usted, Melanie. Le estoy dando a usted más de lo que le estoy dando a Scarlett.

—¿A mí? —preguntó Melanie intrigada—. ¡Ah, quiere usted decir para Beau!

Rhett cogió su sombrero y se levantó. Permaneció de pie un momento, contemplando el rostro sin encanto, de forma de corazón, y los graves ojos oscuros. Un rostro extraño.

—No, a Beau no. Estoy tratando de darle a usted algo más precioso que Beau, si usted puede imaginarse algo que lo sea...

—No, no puedo —dijo ella, asombrada otra vez—. No hay nada en el mundo más precioso para mí que Beau, excepto Ash..., excepto mi marido.

Rhett no dijo nada y la miró sin expresión alguna en el moreno rostro.

—Es usted, extraordinariamente bueno al querer hacer algo por mí, capitán Butler; pero realmente tengo mucha suerte. Tengo todo lo que una mujer puede desear en este mundo.

—Eso está muy bien —dijo Rhett, súbitamente grave—. Y yo tengo la intención de hacer todo lo posible para que lo conserve.

Cuando Scarlett volvió de Tara, el color enfermizo había desaparecido de su rostro, y sus mejillas se habían redondeado y estaban débilmente sonrosadas. Los ojos verdes volvían a ser vivos y brillantes y se reía ruidosamente por primera vez desde hacía mucho tiempo. Cuando Rhett y Bonnie los recibieron en la estación, reía divertidísima viendo que Rhett tenía dos plumas de pavo real en la cinta del sombrero, y Bonnie, vestida con un traje roto y manchado que había sido su traje de los domingos, llevaba dos rayas diagonales de color azul añil dibujadas en las mejillas y una pluma de pavo real casi tan larga como ella en los rizos. Se veía que estaban jugando a los indios, cuando llegó la hora de ir a la estación, y era evidente, por la mirada de impotencia de Rhett y por la indignación de Mamita, que Bonnie se había negado a arreglarse para ir a esperar a su madre.

Scarlett dijo:

—¡Qué chiquilla tan loca!

Besó a la niña y presentó la mejilla a los labios de Rhett. Había mucha gente en la estación, sin lo cual nunca se hubiera prestado a esta caricia. No pudo menos de enterarse, a pesar de su turbación por el aspecto de Bonnie, de que todo el mundo sonreía al ver al padre y a la hija, no con sonrisa de burla, sino divertida y amable. Todo el mundo sabía que la pequeña de Scarlett traía a su padre como un zarandillo, y Atlanta entera se divertía y

aprobaba. El gran amor de Rhett por su hija le había devuelto el respeto y la consideración de toda la ciudad.

Camino de casa, Scarlett no dejó de hablar contando las noticias del campo: el tiempo cálido y seco hacía crecer el algodón tan de prisa que se hubiera podido verlo medrar; pero Will decía que los precios del algodón iban a bajar. Suellen estaba esperando otro hijo. Scarlett dijo esto en voz baja para que los niños no la oyeran. La pequeña Ella había mostrado sus malos instintos mordiendo a la niña mayor de Suellen, aunque no más de lo que la niña merecía, según observó Scarlett, pues era exactamente igual que su madre. Pero Suellen se había puesto furiosa y habían tenido una buena pelea como las de otros tiempos. Wade había matado él solo un pato acuático. Randa y Camila Tarleton estaban de maestras de escuela. ¿No le hacía gracia? Ninguno de los Tarleton había sido capaz de deletrear la palabra *gato.* Betsy se había casado con un muchacho obeso, a quien faltaba un brazo, y ellos, Hetty y Jaime Tarleton, estaban cultivando una plantación de algodón en Fairhill. La señora de Tarleton tenía una hermosa yegua y un revólver Colt, y con aquello era tan feliz como cuando poseía un millón de dólares. La vieja casa de Calvert estaba ocupada por negros, y un enjambre de ellos se habían hecho sus propietarios, comprándola en pública subasta. Estaba destrozada y daba pena verla. Nadie sabía lo que había sido de Cathleen y su compañero. Y Alex se iba a casar con Sally, la viuda de su hermano. ¡Después de tantos años viviendo bajo el mismo techo! Todo el mundo decía que era un matrimonio forzado por las conveniencias, porque la gente empezaba a criticar que viviesen solos desde que la vieja abuela y la *Señoritita* habían muerto. Y este matrimonio destrozaba el corazón de Dimity Munroe. Pero le estaba bien empleado. Si hubiese tenido algo de atractivo, hubiera pescado a otro hombre hacía mucho tiempo, en lugar de esperar a que Alex ganase bastante dinero para casarse con ella.

Scarlett parloteaba alegremente; pero había muchas cosas del Condado que suprimía, cosas en que le dolía pensar. Había cabalgado por todo el Condado con Will, procurando no recordar cuando estos millares de acres habían estado cubiertos por verdes plantaciones de algodón. Y ahora, plantación tras plantación, estaban siendo de nuevo invadidas por el bosque, por lúgubres campos de retama, esparto y abetos, que habían crecido pródigamente entre las silenciosas ruinas y sobre los campos de algodón. Donde antaño se sembraba un centenar de acres, ahora sólo se trabajaba uno. Era como moverse a través de una sierra muerta.

«Esta región no se repondrá lo menos en cincuenta años, si se repone alguna vez —había dicho Will—. Tara es la mejor granja del Condado, gracias a ti y a mí, Scarlett; pero es una granja, una granja de dos muías, no una plantación. La de los Fontaine viene después de Tara, y luego la de los Tarleton. Éstos no están haciendo mucho dinero, pero sacan para vivir y se hallan muy satisfechos. Pero la mayor parte de las demás granjas...»

No, Scarlett no quería recordar el aspecto del abandonado Condado, que parecía aún más triste comparado con el bullicio y la prosperidad de Atlanta.

—Y aquí, ¿ha ocurrido algo? —preguntó cuando estuvieron sentados en el porche principal.

Había hablado rápidamente durante todo el camino, temiendo que sobreviniera el silencio. Desde el día en que se cayó por las escaleras no había cruzado una palabra con Rhett, y ahora no tenía el menor deseo de estar a solas con él. Scarlett no conocía los sentimientos de Rhett respecto a ella. Él había sido la bondad personificada durante la triste convalecencia de ella, pero era su bondad la de un extraño. Se había anticipado a sus deseos, había evitado que los niños la molestasen y había vigilado el almacén y las

serrerías. Pero no había dicho nunca: «Lo siento». Bueno, tal vez no lo sintiese. Tal vez creyese todavía que el niño que no había llegado a nacer no era su hijo. ¿Cómo podía ella saber lo que se fraguaba en su mente, detrás de aquel moreno rostro inexpresivo? Mas, por primera vez en su vida de casados, había mostrado una tendencia a ser cortés y algo como el deseo de dejar que la vida continuase como si nunca hubiese ocurrido nada desagradable entre ellos, como si nunca —pensaba Scarlett— hubiera habido nada en absoluto entre ellos. Bueno, si esto era lo que él quería, ella pondría lo posible de su parte.

—¿Sigue todo bien? —repitió—. ¿Has encontrado el guijo para el piso del almacén? ¿Has cambiado las mulas? ¡Por amor de Dios, Rhett, quítate esas plumas del sombrero! ¡Pareces un loco! ¡Y has sido capaz de ir a la estación sin acordarte de quitártelas!

—No —dijo Bonnie, cogiendo el sombrero de su padre en actitud defensiva.

—Todo ha marchado muy bien aquí —replicó Rhett—. Bonnie y yo nos hemos divertido mucho; y me parece que desde que tú te has ido no le han pasado un peine por la cabeza. No chupes las plumas, monada, que pueden estar sucias. Sí; el guijo ya está puesto, y he hecho un buen negocio con las mulas. No, no ha ocurrido nada nuevo; la vida sigue tan monótona como siempre.

Luego, como si se acordase en aquel momento, añadió:

—El honorable Ashley estuvo aquí la otra noche. Quería saber si yo creía que tú le venderías tu serrería y la parte que tienes en la suya.

Scarlett, que había estado meciéndose y dándose aire con un abanicos de plumas, se detuvo bruscamente.

—¿Vender? Pero ¿de dónde ha sacado Ashley el dinero? Ya sabes que nunca ha tenido un céntimo, pues Melanie lo gasta tan de prisa como Ashley lo gana.

Rhett se encogió de hombros.

—Siempre la había creído una personita muy económica. Pero, desde luego, no estoy tan bien enterado de los detalles pecuniarios de la familia de los Wilkes como tú pareces estarlo.

Esta pulla parecía del antiguo estilo de Rhett, y Scarlett se sintió violenta.

—Márchate, guapina —le dijo a Bonnie—. Mamá quiere hablar con papá.

—No —dijo Bonnie enérgicamente, trepando a las rodillas de Rhett.

Scarlett, incomodada, miró a la niña, y ésta también puso ceño a su madre, con un gesto tan parecido al de Gerald O'Hara, que Scarlett casi se rió.

—Déjala que se quede —dijo Rhett tranquilamente—. En cuanto a de dónde ha sacado Ashley el dinero, creo que se lo ha mandado alguien a quien asistió durante unas viruelas en Rock Island. Me devuelve la fe en la naturaleza humana el ver que aún existe la gratitud.

—¿Quién fue? ¿Algún conocido?

—La carta estaba sin firma y venía de Washington. Ashley se ha vuelto loco pensando quién podía habérsela enviado. Pero, realmente, una persona tan poco egoísta como Ashley va por el mundo sembrando tantas bondades que es imposible que las recuerde todas.

Si Scarlett no hubiera estado tan sorprendida por la suerte de Ashley, hubiera recogido aquel guante, aunque durante su permanencia en Tara había decidido no dejarse envolver de nuevo en ninguna discusión con Rhett referente a Ashley. El terreno que pisaba en esta ocasión era demasiado inseguro y, mientras no conociera exactamente su situación respecto a los dos hombres, no le interesaba salir a él.

—¿Quiere comprármelas?

—Sí; pero, desde luego, ya le dije que tú no venderías.

—Quisiera que me dejases a mí arreglar mis propios asuntos.

—¡Como no quieres separarte de las serrerías! Le dije que él sabía tan bien como yo que tú no podías soportar el verte privada de meterte en los asuntos de los demás y que si se lo vendías no podrías después decirle lo que pensabas de cómo llevaba sus negocios.

—¿Te has atrevido a decirle eso de mí?

—¿Por qué no? ¿Es o no es verdad? Creo que él estaba completamente de acuerdo conmigo, pero es demasiado caballero para convenir en ello y declararlo.

—¡Es mentira! ¡Se lo venderé! —gritó Scarlett.

Hasta aquel momento no se le había pasado por la imaginación desprenderse de las serrerías. Tenía varias razones para desear conservarlas, y su valor monetario era la más insignificante. Podía haberlas vendido muy ventajosamente en cualquier momento de los últimos años pero había rehusado todas las ofertas. Las serrerías eran la tangible evidencia de lo que ella había hecho sin ayuda y contra viento y marea, y se sentía orgullosa de ellas y de sí misma. Pero, sobre todo, no deseaba venderlas porque eran el único camino que permanecía abierto entre Ashley y ella. Si perdía el control de las serrerías, esto significaba que rara vez vería a Ashley y que, probablemente, nunca volvería a verlo a solas. Y ella necesitaba verlo a solas. No podía continuar más tiempo en la duda de cuáles serían sus sentimientos respecto a ella, en la duda de si todo su amor habría muerto de vergüenza en aquella espantosa noche de la fiesta de Melanie. En el curso de los negocios encontraría muchas veces la ocasión de hablar con él sin que nadie pudiese pensar que ella la buscaba. Y, con el tiempo, sabía que podría recobrar el terreno que hubiese perdido en su corazón. Pero si vendía las serrerías..., entonces...

No, no quería vender. Pero, acuciada por la idea de que Rhett la había mostrado ante Ashley a una luz tan verídica y tan poco halagadora, se decidió instantáneamente. Ashley tendría las serrerías, y a un precio tan bajo que no podría menos de darse cuenta de lo generosa que era Scarlett.

—¡Venderé! —gritó furiosa—, ¿qué te parece?

Había un débil resplandor de triunfo en los ojos de Rhett cuando se inclinó para atar el zapato de Bonnie.

—Me parece que lo sentirás —dijo.

Desde luego, Scarlett ya estaba lamentando sus apresuradas palabras. Si se las hubiera dicho a alguien que no fuera Rhett, se habría retractado de ellas desvergonzadamente. ¿Cómo habría estallado de aquel modo? Miró a Rhett malhumorada y vio que él la contemplaba con su antigua mirada de gato que contempla el agujero de un ratón. Cuando Rhett vio su ceño, se echó a reír de repente, mostrando sus dientes brillantes. Scarlett tuvo la sospecha de que se burlaba de ella y de que la había forzado a aquella solución.

—¿Tienes tú algo que ver con todo esto? —barbotó Scarlett.

—¿Yo? —y Rhett levantó las cejas con un gesto de sorpresa burlona—. Debías conocerme mejor. Yo no voy por el mundo haciendo buenas obras, si puedo evitarlo.

Aquella noche, Scarlett vendió a Ashley las serrerías y toda su participación en ellas. No perdió en la venta, porque Ashley se negó a aprovechar sus generosas disposiciones y le hizo la oferta más alta que nunca había recibido. Cuando hubieron firmado las escrituras, y las serrerías se fueron irremisiblemente, y mientras Melanie ofrecía vasitos de vino a Rhett y a Ashley para celebrar la transacción, Scarlett se sentía tan abatida

como si acabase de vender a uno de sus hijos.

Las serrerías habían sido su cariño, su orgullo, el fruto del trabajo de sus rapaces manitas. Había empezado con una serrería pequeña en aquellos días trágicos en que Atlanta luchaba débilmente por levantarse de las ruinas y las cenizas, con la necesidad reflejada en el rostro. Había luchado y proyectado, las había cuidado en los tiempos terribles en que imperaba la incautación yanqui, cuando el dinero estaba escondido y la gente que no lo tenía era fusilada. Y ahora, cuando Atlanta se estaba reponiendo de sus heridas, y se construían por todas partes edificios nuevos, y gente nueva afluía a la ciudad, tenía dos serrerías, dos depósitos de madera, una docena de yuntas de muías y el trabajo de los penados para hacer toda la labor con poco coste. El decirles adiós era como cerrar para siempre una puerta sobre una parte de su vida, una parte amarga y dura, pero que recordaba con nostálgica satisfacción.

Había levantado aquel negocio y ahora lo acababa de vender, y estaba oprimida por la certidumbre de que, si no hubiera estado ella para defenderlo, Ashley lo habría perdido todo, todo lo que ella había trabajado para construir. Ashley se fiaba de todo el mundo y apenas distinguía un dos por cuatro de un seis por ocho. Y ahora nunca le sería posible prestarle el apoyo de sus consejos, todo porque el antipático de Rhett le había dicho que a ella le gustaba meterse en todos los asuntos de los demás:

«¡Condenado Rhett!», pensó. Y, al mirarlo, aumentó su convicción de que Rhett estaba detrás de todo aquello. El cómo y el porqué le eran desconocidos.

Rhett estaba hablando con Ashley y sus palabras la volvieron a la realidad.

—Supongo que ahora despedirá usted en seguida a los presidiarios —dijo Rhett.

¿Despedir a los presidiarios? ¿A quién se le podía ocurrir despedirlos? Rhett sabía admirablemente que los grandes beneficios de las serrerías se debían a la mano de obra barata de los forzados. ¿Y por qué hablaba Rhett con tanta seguridad de lo que Ashley pensaría hacer? ¿Qué sabía Rhett de Ashley?

—Sí, los despediré inmediatamente —replicó Ashley, procurando evitar la atónita mirada de Scarlett.

—¿Te has vuelto loco? —gritó ella—. Perderás todo el dinero si los despides. ¿De dónde vas a sacar mano de obra?

—Emplearé negros libres —dijo Ashley.

—¿Negros libres? ¡Sí, sí!... Ya sabes lo que importa su salario. Y, además, vas a tener a los yanquis encima a cada momento para saber si les das de comer pollo tres veces al día y si los arropas para dormir con edredones de pluma. Y si a un negro holgazán le das un par de latigazos y lo despides, los gritos de los yanquis se oirán de aquí a Dalton y terminarás en un calabozo. ¡Pero si los forzados es lo único...!

Melanie, con los ojos bajos, se miraba las manos, cruzadas sobre el regazo. Ashley parecía disgustado, pero decidido. Permaneció unos momentos silencioso; luego miró a Rhett (mirada que no pasó inadvertida para Scarlett y en la que Ashley pareció encontrar comprensión y apoyo) y dijo tranquilamente:

—No quiero emplear presidiarios, Scarlett.

—Pero, ¡Señor! —dijo Scarlett sin poder casi respirar a causa del asombro—. ¿Y por qué no? ¿Te da miedo que la gente murmure de ti como lo hace de mí?

Ashley levantó la cabeza.

—No me da miedo lo que diga la gente, siempre que yo tenga la conciencia tranquila. Yo nunca he encontrado bien el emplear esa gente.

—Pero, ¿por qué?

—No puedo hacer dinero a costa del trabajo forzado y de la miseria de los demás.

—Pero tú has tenido esclavos.

—No eran desgraciados. Y, además, yo los hubiera puesto en libertad a todos cuando murió mi padre si la guerra no lo hubiera hecho. Pero esto es distinto, Scarlett. El sistema se presta a demasiados abusos. Tú tal vez no lo sepas, pero yo lo sé. Yo sé muy bien que Johnnie Gallegher ha matado por lo menos a un hombre. Tal vez a más. ¿Quién se preocupa de un presidiario más o menos? Dijo que lo había matado cuando trataba de escapar; pero no es eso lo que llegó a mis oídos. Y yo sé que emplea hombres que están demasiado enfermos para trabajar. Llámalo superstición si quieres; pero yo no creo que el dinero ganado con el sufrimiento ajeno pueda traer la felicidad.

—Alabado sea Dios, Ashley. No vas a decirme que te has tragado todos los sermones del reverendo Wallace sobre el dinero manchado.

—No he necesitado tragármelos. Creía en ellos antes de que los predicase.

—Entonces debes pensar que todo mi dinero está manchado —gritó Scarlett empezando a enfadarse—. Porque yo empleo presidiarios y soy propietaria de una tienda de bebidas y...

Se detuvo de repente. Los dos Wilkes parecían azorados y Rhett sonreía burlón. «¡Maldito sea! —pensó Scarlett con vehemencia—. Está pensando que me estoy metiendo en los asuntos de los demás y lo mismo está pensando Ashley. Les machacaría la cabeza a uno contra otro.» Devoró su rabia y procuró asumir un tranquilo aire de dignidad, pero con poco éxito.

—Desde luego, a mí no me va ni me viene en eso —dijo.

—Scarlett, no pienses que te critico. No es así. Es que vemos las cosas desde distinto punto de vista, y lo que para ti está bien puede no estarlo para mí.

De pronto, Scarlett deseó que hubiesen estado solos, que Melanie y Rhett se hallaran al otro extremo del mundo, para gritarle: «¡Pero yo quiero mirar las cosas con el mismo criterio que tú! ¡Explícamelo, para que yo pueda entenderte y ser como tú!».

Pero delante de Melanie, temblorosa por la violencia de la escena, con Rhett que le hacía disimulados gestos de burla, tan sólo pudo decir con mucha frialdad y grandes aires de virtud ofendida:

—Bueno, eso es asunto tuyo, Ashley, y está muy lejos de mí el querer meterme en cómo has de llevarlo. Pero he de decirte que no comprendo ni tu actitud ni tus observaciones.

¡Oh, si estuvieran solos y no se viera obligada a decirle palabras tan secas, estas palabras que le estaban hiriendo sin duda!

—Te he ofendido, Scarlett. Y no quería hacerlo. Debes creerlo y perdonarme. No hay ningún enigma en lo que he dicho. Sencillamente, afirmo que el dinero que llega por determinados caminos rara vez trae la felicidad.

—Estás equivocado —protestó Scarlett, incapaz de dominarse un momento más—. Mírame a mí. Tú sabes cómo he ganado yo mi dinero. Tú sabes cómo estaban las cosas antes de que lo ganara. Tú recuerdas aquel invierno en Tara, cuando hacía tanto frío y teníamos que cortar las alfombras para hacernos zapatos y no había bastante que comer, y nos rompíamos la cabeza pensando cómo nos arreglaríamos para dar educación a Wade y a Beau. Tú te acuerdas...

—Me acuerdo —dijo Ashley cansadamente—, pero preferiría no acordarme.

—Bueno, no puedes decir que ninguno de nosotros fuese feliz entonces, ¿verdad? Y míranos ahora. Tú tienes una casa muy linda, un porvenir espléndido. ¿Y hay alguien que

tenga una casa más preciosa que la mía, ni más lindos trajes, ni caballos más hermosos? Nadie tiene una mesa mejor servida que la mía, ni da recepciones más suntuosas, y mis hijos tienen todo cuanto quieren. Pues ¿de dónde ha salido el dinero que ha hecho posible todo esto? ¿Del aire? No señor. Forzados, casas de bebidas y...

—Y no te olvides del asesinato de aquel yanqui —dijo Rhett, con suavidad—. Realmente fue lo que te hizo empezar.

Scarlett se lanzó hacia él con ánimo dé colmarlo de insultos.

—Y el dinero te ha hecho muy feliz, ¿verdad, encanto? —preguntó él con sardónica dulzura.

Scarlett se detuvo con la boca abierta, y sus ojos recorrieron rápidamente los de los otros tres. Melanie, en su turbación, se hallaba a punto de romper en lágrimas. Ashley, repentinamente, parecía pálido y abstraído, y Rhett, muy divertido, la observaba por encima de su cigarrillo. Scarlett se disponía a gritar: «¡Ya lo creo que me ha hecho feliz!».

Pero, sin saber por qué, no pudo hablar.

58

En el tiempo que siguió a su enfermedad, Scarlett notó en Rhett un cambio, acerca del cual no estaba completamente segura de si le gustaba o no. Era sobrio, y estaba tranquilo y pensativo. Se hallaba más a menudo en casa a las horas de las comidas y era más amable con los criados y más cariñoso con Wade y con Ella. Nunca se refería a nada del pasado, y tácitamente parecía invitarla a olvidar aquellos temas. Scarlett adoptó el mismo sistema, porque era más fácil convivir así y la vida se deslizaba tranquila en apariencia. La cortesía de Rhett hacia ella, que había empezado durante la convalecencia, continuaba y ya no le lanzaba pullas ni la molestaba con sus sarcasmos.

Scarlett se daba cuenta de que cuando la incomodaba con maliciosos comentarios, y la indignaba para provocar indignadas réplicas, era porque le importaba lo que ella decía. Pero ahora se preguntaba si a él le importaría lo que ella hiciese. Era cortés e indiferente, y Scarlett echaba de menos su interés; por muy perverso que hubiera sido, ella adoraba los días pasados de peleas y enfados.

Era muy amable con ella, tan fino como podía serlo un extraño; pero, así como antes sus ojos la seguían siempre a ella, ahora seguían a Bonnie. Era como si la rápida corriente del río de su vida hubiera sido desviada a un canal más estrecho. Algunas veces Scarlett pensaba que si Rhett le concediese a ella la mitad de la atención y la ternura que concedía a Bonnie la vida sería muy distinta. Era difícil sonreír cuando la gente decía: «¡Cómo idolatra a esta niña el capitán Butler!». Pero si no sonreía, la gente lo encontraría extraño, y a Scarlett la molestaba reconocer que tenía celos de una chiquilla, y mucho más cuando esa chiquilla era su hija predilecta. A Scarlett le gustaba ser siempre la primera en los corazones de los que la rodeaban, y ahora resultaba evidente que Bonnie y Rhett serían siempre los primeros el uno para el otro.

Rhett salía hasta muy tarde algunas noches, pero cuando volvía no estaba bebido. Muchas veces le oía silbar cuando cruzaba por el pasillo hacia su cuarto. Algunas veces volvían con él, a aquellas horas tardías, otros hombres, y se sentaban en el comedor a charlar mientras bebían unas copitas de brandy. No eran los mismos hombres con quienes había bebido durante el primer año de su matrimonio. No eran adinerados *carpetbaggers,* ni *scallawags,* ni republicanos, los que acudían ahora a su invitación. Scarlett, arrastrándose descalza hasta la barandilla de la escalera, escuchó un día, y con gran asombro pudo reconocer las voces de Rene Picard, Hugh Elsing, Andy Bonnel y los chicos de Simons. Y siempre estaban allí el abuelo Merriwether y tío Henry. Y hasta una vez pudo distinguir la voz del doctor Meade. ¡Y todos aquellos hombres habían pensado no hacía mucho que la horca era demasiado poco para Rhett!

Aquel grupo estaba siempre unido en la imaginación de Scarlett con la muerte de Frank. Y las horas tan tardías a que Rhett volvía aquellas noches le recordaban los tiempos que precedieron a la desgraciada salida del Klan en que Frank había perdido la vida. Recordaba con terror la observación de Rhett de que sería capaz hasta de incorporarse al Klan para parecer respetable, aunque esperaba que Dios no le impondría semejante penitencia. Y si Rhett, como Frank...

Una noche en que volvió aún más tarde de lo que acostumbraba, ella no pudo aguantar más tiempo la impaciencia. Cuando oyó el ruido de su llave en la cerradura, se echó una bata y, saliendo al vestíbulo alumbrado por una lámpara de gas, lo encontró en lo alto de las escaleras. La expresión de Rhett, ausente y pensativa, se convirtió en

sorprendida al divisarla.

—Rhett, he venido para saber... Necesito saber si tú..., si el Klan... Si es por eso por lo que estás fuera hasta tan tarde. ¿Te has hecho del...?

A la llameante luz de gas, Rhett la miró sin curiosidad, y sonrió.

—Estás muy atrasada de noticias —le dijo—. Ya no hay Klan en Atlanta. Ni probablemente en Georgia. Tus amigos te han estado contando bárbaras hazañas del Klan, por lo que veo...

—¿Que no hay Klan? ¿Estás mintiendo para tranquilizarme? Habla.

—Pero, querida mía, ¿cuándo he tratado yo de tranquilizarte? No, el Klan no existe. Hemos decidido que hacía más daño que provecho, porque tenía a los yanquis en tensión y proporcionaba material a la fábrica de calumnias de Su Excelencia el gobernador Bullock. Bien podrá éste permanecer en el poder, mientras consiga convencer al Gobierno federal de que Georgia hierve en rebelión y que detrás de cada arbusto se esconde un afiliado del Klan. Para continuar en el poder, está inventando infames historias del Klan, que ya no existe; hablando de leales republicanos colgados por los pulgares, y de honrados negros linchados. Pero está cazando en coto cerrado y lo sabe. Agradezco tu preocupación, pero el Kkn dejó de existir poco después de haber dejado yo de ser un *scdlawag* para convertirme en un modesto demócrata.

La mayor parte de lo que Rhett dijo del gobernador Bullock a Scarlett le entraba por un oído y le salía por el otro, porque su imaginación estaba preferentemente ocupada con la idea de que ya no existía el Klan. A Rhett no lo matarían como habían matado a Frank; no perdería el almacén ni el dinero. Pero una palabra en su conversación le llamó poderosamente la atención. Rhett decía *nosotros,* uniéndose con naturalidad con los que él mismo bautizara *la vieja guardia.*

—Rhett —le preguntó de repente—. ¿Tienes tú algo que ver con la disolución del Klan?

La miró durante unos momentos, y sus ojos empezaron a bailar.

—Así es, amor mío. Ashley Wilkes y yo somos los principales responsables.

—¿Ashley y tú?

—Sí; la política puede hacer cambiar las amistades. Es una vulgaridad el decirlo, pero es una verdad. Ni Ashley ni yo tenemos demasiado interés en ser amigos...; pero Ashley nunca tuvo fe en el Klan, porque es contrario a cualquier género de violencia. Y yo nunca creí en él porque es una locura y no un medio de conseguir lo que queremos. Es el medio de tener a los yanquis encima de nosotros hasta el día del Juicio. Y entre Ashley y yo hemos convencido a los exaltados de que vigilancia, espera y trabajo nos llevarían más lejos que incursiones nocturnas y baladronadas.

—¿Quieres dar a entender que efectivamente los muchachos siguen tus consejos, cuando tú...

—Cuando yo he sido un especulador, un *scallawag,* uña y carne de los yanquis. Olvidas, señora Butler, que yo soy ahora un demócrata en brillante posición, que daría hasta la última gota de su sangre por liberar a nuestro amado Estado del poder de los invasores. Mi consejo era un buen consejo y lo escucharon. Mi opinión en otros asuntos políticos es también de valor. Tenemos una mayoría demócrata en el Parlamento, ¿no es así? Y pronto tendremos, amor mío, alguno de nuestros amigos republicanos detrás de las rejas. Se están volviendo un poco demasiado rapaces.

—¿Y ayudarás a encarcelarlos? ¡Pero si han sido tus amigos! Ellos te metieron en aquel asunto de acciones de ferrocarriles en el que conseguiste tanta ganancia.

Rhett hizo una mueca, su antigua mueca burlona.

—¡Oh! ¡Y no les guardo rencor! Pero ahora estoy en el otro lado, y si puedo ayudar de algún modo a ponerlos donde deben estar, lo haré. Esto aumentaría enormemente mi crédito... Conozco bastante el interior de muchos de estos asuntos para que mi ayuda sea muy valiosa cuando el Parlamento empiece a investigar sobre ellos, y no tardará mucho, al paso que llevan las cosas. Van a indagar también sobre el gobernador y, si pueden, lo meterán en la cárcel. Harías bien en decirles a tus buenos amigos, los Gelert y los Hundon, que estén dispuestos a abandonar la ciudad en el momento preciso, porque, si pueden enredar al gobernador, también los enredarán a ellos.

Scarlett había visto durante demasiados años a los republicanos, apoyados por el Ejército yanqui, hacerse los amos de Georgia, para dar crédito a las palabras de Rhett. El gobernador estaba demasiado bien atrincherado para que Parlamento alguno pudiese perjudicarlo y mucho menos meterlo en la cárcel.

—¡Cómo corres! —observó.

—Si no lo meten en la cárcel, por lo menos no será reelegido. La próxima vez tendremos un gobernador demócrata, para variar.

—Y supongo que tú tendrás algo que ver con ello —dijo Scarlett, sarcàstica.

—Claro que sí, querida. Estoy teniendo algo que ver con ello ahora. Por eso vuelvo tan tarde por las noches. Estoy trabajando más duramente de lo que nunca he trabajado con un azadón en las minas de oro, ayudando a organizar las elecciones. Y yo sé que lo sentirás, señora Butler, pero estoy contribuyendo con mucho dinero a la organización. ¿Te acuerdas de haberme dicho hace muchos años, en el almacén de Frank, que no era honrado en mí el guardar el dinero de la Confederación? Por fin estoy de acuerdo contigo, y ese oro lo estoy empleando en traer de nuevo al poder a los confederados.

—Estás tirando el dinero a un pozo sin fondo.

—¿Cómo es eso? ¿Llamas al partido demócrata un pozo sin fondo? —La miró, burlón; luego continuó sin entusiasmo—: Me importa un comino quien pueda ganar las elecciones. Lo que importa es que todo el mundo sepa que he trabajado por ellas y que en ellas me he gastado gran cantidad de dinero. Y esto se recordará en bien de Bonnie en los años venideros.

—Tu noble peroración me había hecho temer que tu corazón hubiese cambiado, pero ya veo que no eres más sincero ahora con los demócratas que en los demás asuntos.

—Nada de cambio de corazón; sencillamente, un cambio de piel. Es posible que puedas borrar las manchas de la piel de un leopardo, pero seguirá siendo un leopardo a pesar de todo.

Bonnie, a quien las voces de sus padres en el vestíbulo habían despertado, llamó en aquel momento soñolienta pero imperiosa: «¡Papaíto!», y Rhett inmediatamente dejó a Scarlett.

—Rhett, espera un minuto, aún hay otra cosa que deseo decirte. Debes dejar de llevar a Bonnie contigo por las tardes a todas las reuniones políticas. No resulta bien. ¡Vaya una ocurrencia, una niña pequeña en esas reuniones! Y te hace parecer tonto. Yo no me podía suponer que la llevabas hasta que tío Henry habló de ello creyendo que yo lo sabía, y...

Rhett se volvió hacia Scarlett con una mirada dura en sus ojos.

—¿Qué puedes ver de malo en que una nena esté sentada en las rodillas de su padre, mientras éste habla con los amigos? Puede parecerte tonto, pero no lo es. La gente recordará años enteros que Bonnie estaba sentada en mis rodillas mientras yo ayudaba a

expulsar de este Estado a los republicanos. La gente lo recordará muchos años... —De su rostro desapareció la expresión de dureza y una luz maliciosa brilló en sus ojos—. ¿No sabes que cuando le preguntan a quién quiere más contesta: «A papaíto y a los demócratas», y que cuando le preguntan a quién odia más dice: «A los *scallatvags»?* Gracias a Dios, la gente recuerda esas cosas.

La voz de Scarlett sonó furiosa:

—Y supongo que le dirás que soy una *scdlawag.*

—¡Papaíto! —gritó la vocecita, enfadada ahora; y Rhett, riendo aún, cruzó el vestíbulo para reunirse con su hija.

En octubre, el gobernador Bullock dimitió su cargo y huyó de Georgia. La malversación de los fondos públicos, el derroche y la corrupción habían alcanzado durante su administración proporciones tan desmesuradas, que el edificio se derrumbaba por su propio peso. Hasta su mismo partido estaba dividido, tan grande era la indignación pública. Los demócratas eran ahora mayoría en el Parlamento, y esto tenía un hondo significado. Comprendiendo que iba a ser investigado, y temiendo la cárcel, Bullock no esperó. Desapareció rápida y secretamente, arreglándose para que su dimisión no trascendiese hasta que él se encontrara a salvo en el Norte.

Cuando se hizo pública su huida una semana después, Atlanta estaba loca de excitación y alegría. La gente se agolpaba en las calles; los hombres, sonriendo, se estrechaban las manos, las mujeres se abrazaban, llorando. Todo el mundo organizó fiestas, y el cuerpo de bomberos estuvo ocupadísimo apagando los fuegos ocasionados por las hogueras de los chiquillos exaltados por la alegría.

Lo más probable era que el próximo gobernador fuese también republicano, pero la elección no sería hasta diciembre, y todo el mundo tenía grandes esperanzas en el resultado. Y cuando llegaron las elecciones, a pesar de los desesperados esfuerzos de los republicanos, Georgia volvió a tener un gobernante demócrata.

También esto ocasionó excitación y alegría, pero distinta de la que se había apoderado de la ciudad cuando BuQock había tomado las de Villadiego. Era una alegría más íntima, menos estruendosa; un sentimiento de acción de gracias llenó las almas; las multitudes se agolpaban en las iglesias, donde daban reverentemente gracias a Dios por la liberación del Estado. Había también cierto orgullo mezclado con la alegría, porque Georgia estaba de nuevo en manos de los suyos, a pesar de todo lo que la Administración de Washington pudiera hacer, a pesar del ejército de los *scallatvags,* de los *carpetbaggers* y de los republicanos de la región.

Siete veces, el Congreso había dictado leyes contra el Estado para hacer de él una provincia conquistada; tres veces, el Ejército había echado a un lado la ley civil. Los negros habían realizado verdaderas orgías a través del Parlamento; forasteros rapaces habían abusado del poder, individuos particulares se habían Henrycido con los fondos públicos. Georgia se había visto impotente, sin ayuda, atormentada, burlada, desgarrada. Pero ahora, venciéndolo todo, Georgia se pertenecía de nuevo gracias a los esfuerzos de su pueblo.

La caída repentina de los republicanos no fue motivo de alegría para todo el mundo. Reinaba la consternación en las filas de los *scdlawags, carpetbaggers* y republicanos. Los Gelert y los Hundon, enterados probablemente de la huida de Bullock antes de que su dimisión se hiciese pública, abandonaron la ciudad apresuradamente, volviendo al olvido del que habían salido. Los otros *carpetbaggers* y *scallawags* que se quedaron estaban indecisos y asustados y se agrupaban para darse ánimos; pensaban, inquietos, qué sería lo que el nuevo Parlamento descubriría de sus asuntos privados. Ya no se mostraban

insolentes. Estaban aturdidos y asustados. Y las señoras que iban a visitar a Scarlett comentaban una y otra vez:

—¿Pero quién había de pensar que las cosas cambiarían de este modo? Nosotras creíamos que el gobernador era más poderoso; nosotras creíamos que estaba aquí para largo tiempo; nosotras creíamos...

Scarlett estaba tan asombrada como ellas por el cambio de los acontecimientos, a pesar del aviso de Rhett sobre la dirección que iban a tomar. No es que estuviese disgustada porque se hubiera marchado Bullock y hubieran vuelto los demócratas; aunque nadie pudiera creerlo, ella también sentía disimulada alegría de que por fin Georgia se viese libre de la ley yanqui. Se acordaba demasiado vivamente de sus luchas en los primeros días de reconstrucción y del temor de que le fuesen confiscados su dinero y sus bienes. Recordaba su desamparo, y su pánico, y su odio a los yanquis que habían impuesto al Sur aquellas horribles leyes. Y nunca había cesado de odiarlos. Pero, intentando hacer lo mejor, intentando obtener la seguridad completa, se había puesto del lado de los vencedores. Poco le importaba el que no le gustasen; se había rodeado de ellos y separado de sus antiguos amigos y su antigua vida. Y ahora el poder de los vencedores se acababa. Había jugado a la duración del régimen de Bullock y había perdido.

Al mirar a su alrededor en aquellas Navidades de 1871, las más felices que el Estado había conocido desde hacía diez años, Scarlett se sentía inquieta. No podía por menos de ver que Rhett, que había sido el hombre más odiado de Atlanta, era ahora uno de los más populares porque se había retractado humildemente de sus antiguas herejías y había dado su tiempo, dinero y trabajo a la lucha por la liberación de Georgia. Cuando pasaba a caballo por las calles, sonriente, saludando, con aquel paquetito azul que era Bonnie encaramada delante de él en la silla, todo el mundo le sonreía, le hablaba con entusiasmo y miraba con cariño a la nena. Mientras que Scarlett...

59

Nadie ponía en duda que Bonnie Butler se estaba haciendo una salvaje y necesitaba una mano severa que la dominase. Pero, como era el mimo de toda Atlanta, nadie tenía corazón para emplear la necesaria severidad. Primero se había acostumbrado a que nadie la mandara en los meses que pasó viajando con su padre. Cuando estuvo con Rhett en Nueva Orleáns y en Charleston, la había dejado acostarse a la hora que se le antojaba; y se había dormido en brazos de su padre en teatros, restaurantes o mesas de juego. Desde entonces no hubo fuerza humana capaz de hacerla acostarse a la misma hora que la obediente Ella. Mientras estuvo fuera con Rhett, éste le había dejado ponerse el traje que quisiera, y desde entonces cogía terribles rabietas cada vez que Mamita intentaba vestirla con trajecitos de percal y delantales en lugar de terciopelo azul y cuellos de encaje.

Parecía imposible recobrar el terreno perdido mientras la niña estuvo lejos de casa, y, luego, mientras Scarlett estuvo enferma en Tara. Al crecer Bonnie, Scarlett intentó educarla un poco, evitar que se hiciera demasiado terca y mimada, pero con poco éxito. Rhett se ponía siempre de parte de la niña por disparatados que fuesen sus deseos o por muy mal que se hubiese portado. La animaba a hablar y la trataba como a una persona mayor, escuchando sus opiniones con aparente seriedad y simulando dejarse guiar por ellas. El resultado fue que Bonnie interrumpía a los mayores cuando le venía en gana, contradecía a su padre y le hacía callar. Él se limitaba a reírse y no permitía a Scarlett ni dar un cachete en la mano a la chiquilla a guisa de reprimenda.

—Si no fuese una criatura tan cariñosa, sería insoportable —decía Scarlett, comprobando con disgusto que tenía una hija con una voluntad tan firme como la suya propia—. Adora a Rhett, y si él quisiera conseguiría de ella que se portase mejor.

Pero Rhett no mostraba intenciones de mejorar la conducta de Bonnie. Cualquier cosa que la pequeña hiciese estaba bien hecha, y si se le hubiese antojado la luna la hubiera tenido, si su padre hubiera podido alcanzársela. El orgullo de Rhett por la belleza, los rizos, los hoyuelos, los graciosos ademanes de la niña, no tenía límites. Le gustaban su descaro, su ingenio, la extraña manera que tenía de demostrarle su cariño. A pesar de sus caprichosas y voluntariosas maneras, era una nena tan adorable que Rhett no tenía valor para corregirla. Él era el dios, el centro del pequeño mundo de la niña. ¡Y esto era de demasiado valor, para arriesgarse a perderlo riñéndola!

Bonnie iba siempre pegada a él como su sombra. Le despertaba más temprano de lo que él quería despertarse, se sentaba a su lado en la mesa, comiendo alternativamente de su plato y del de ella, cabalgaba delante de él en su caballo, y no permitía que nadie que no fuese Rhett la desnudase y la acostase en su cunita al lado de la cama grande.

A Scarlett la divertía y conmovía a un tiempo el ver la férrea mano con que la pequeña gobernaba a su padre. ¿Quién iba a haber imaginado que Rhett, precisamente Rhett, había de tomar la paternidad tan en serio? Pero algunas veces una espina de celos arañaba a Scarlett, porque Bonnie a los cuatro años entendía a Rhett mejor que ella lo había entendido nunca, y lo manejaba como ella nunca lo había menejado.

Cuando Bonnie cumplió los cuatro años, Mamita empezó a refunfuñar de lo impropio que parecía que la niña montase en una silla de hombre delante de su padre con todo el traje levantado. Rhett prestó atención a tal observación como la prestaba a todas las observaciones de Mamita sobre lo que era propio e impropio en la educación de las niñas. El resultado fue adquirir una jaquita de Shetland, castaña y blanca, con largas y sedosas

crines y cola, y una sillita de mujer con remaches de plata. Aparentemente, la jaca fue para los tres niños, y Rhett compró también una silla de montar para Wade. Pero Wade prefería cien mil veces su perro de San Bernardo y Ella tenía un miedo horrible a cualquier animal. Así, la jaca llegó a ser propiedad de Bonnie, y se llamó «Señor Butler». La única nube en la felicidad de su tierna propietaria era que ya no podía montar a horcajadas como su padre; pero, después de que éste le hubo explicado que era mucho más fácil el montar en silla de señora, se consoló y aprendió rápidamente. El orgullo de Rhett por el aplomo y firmes manos de su hija era enorme.

«Esperad a que tenga edad para cazar —alardeaba—. No va a haber otra como ella. La llevaré a Virginia, que es donde se caza de verdad. Y a Kentucky, que es donde aprecian a los buenos jinetes.»

Cuando hubo que hacerle un traje de amazona, fue llamada como siempre para elegir el color y, como siempre también, eligió el azul.

—Pero, monina, no puede ser ese terciopelo azul. El terciopelo azul está bien para un traje de noche para mí —rió Scarlett—. Un paño negro suave es lo que llevan las niñas. —Y viendo el ceño de la chiquilla—: ¡Por amor de Dios, Rhett! Dile lo poco a propósito que resultaría y lo sucio que iba a ser.

—¡Oh! Déjala que tenga su terciopelo azul. Cuando se ensucie, se le hace otro y en paz —dijo Rhett tranquilamente.

Así, pues, Bonnie tuvo su traje de terciopelo azul, con una falda que colgaba por el costado de la jaca, y un sombrero negro adornado con una pluma roja, porque las historias que tía Melanie le contaba de la pluma de Jeb Stuart habían conmovido su imaginación.

En los días claros y soleados se les veía a los dos paseando por Peachtree Street, Rhett sujetando las riendas de su gran caballo negro para igualar su paso con el de la fuerte jaquita. Algunas veces pasaban a galope por los tranquilos senderos de la ciudad, espantando pollitos, y perros, y niños. Bonnie atizando a «Señor Butler» con su fusta, al aire los enderezados rizos, y Rhett refrenando su caballo con mano firme para que la niña pudiese creer que ganaba la carrera.

Cuando Rhett se hubo asegurado por completo de su aplomo, de la firmeza de sus manos y de la completa tranquilidad de la niña, decidió que había llegado el momento de enseñarle a dar los pequeños saltos que estaban al alcance de las cortas piernas de «Señor Butler». A este fin construyó una valla en la parte de atrás del jardín, y pagó a Wash —uno de los sobrinillos del tío Peter— veinticinco centavos diarios para que enseñase a «Señor Butler» a saltar. Empezó con una barra a dos pulgadas del suelo, y poco a poco la fue levantando hasta la altura de un pie.

Este arreglo no fue del agrado de ninguna de las tres partes que más interesadas estaban en ello: Wash, «Señor Butler» y Bonnie. Wash tenía miedo a los caballos, y sólo la principesca suma ofrecida le indujo a llevar a la terca jaquita sobre el obstáculo docenas de veces al día. «Señor Butler», que aguantaba con paciencia que su amita le tirase de la cola, y examinase sus herraduras continuamente, pensaba que el creador de las jacas no las destinaba a pasar su voluminoso cuerpo por encima de obstáculos; Bonnie no podía soportar que otra persona montase su jaca y rabiaba de impaciencia mientras «Señor Butler» tomaba lecciones.

Cuando por fin Rhett decidió que la jaca conocía su obligación lo suficientemente bien para confiarle a Bonnie, la nerviosidad y júbilo de la pequeña no tuvieron límites. Dio su primer salto brillantemente, y desde entonces el cabalgar por el campo al lado de su padre fue para ella una felicidad sin trabas. Scarlett no podía por menos de reírse al ver el

entusiasmo del padre y de la hija. Sin embargo, pensó que, una vez pasada la novedad, Bonnie querría otras cosas y la vecindad tendría algún momento de tranquilidad. Pero aquel deporte no perdió su encanto. Se hizo un sendero desde el emparrado del extremo del jardín hasta la valla, y durante toda la mañana el patio resonaba con los gritos de excitación. El abuelo Merriwether, que había tomado parte en la incursión de 1849, decía que los alaridos eran iguales a los de los apaches después de una afortunada caza de cabelleras.

Pasada la primera semana, Bonnie pidió una valla más alta, una valla que se levantase pie y medio del suelo...

—Cuando tengas seis años —dijo Rhett—. Entonces serás bastante crecida para un salto más alto, y te compraré un caballo más grande. Las piernas de «Señor Butler» no son bastante largas.

—Sí lo son. He saltado los rosales de tía Melanie, que son enormes de altos.

—No; tienes que esperar —dijo Rhett, enérgico, por una vez en la vida; pero la energía fue cediendo ante las repetidas protestas y rabietas de Bonnie.

—¡Oh, muy bien! —dijo una mañana riendo; y levantó la barra blanca un poco más —. Si te caes, no chilles, ni me eches la culpa.

—¡Madre! —gritó Bonnie, volviéndose hacia la ventana de la alcoba de Scarlett—. ¡Madre, mírame! Papaíto dice que puedo.

Scarlett, que se estaba cepillando el pelo, se acercó a la ventana sonriendo a la figurilla tan alegre, tan absurda con el manchado traje azul.

«No tengo más remedio que encargarle otro traje —pensó—. Aunque sólo Dios sabe cómo me voy a arreglar para hacer que se quite el sucio.»

—Madre, mírame.

Al levantar Rhett a la niña y colocarla sobre la jaca, Scarlett sintió una oleada de orgullo contemplando su recta espalda y la altiva apostura de la cabecita.

—Eres una preciosidad.

—Y tú lo mismo —dijo Bonnie generosamente, y, clavando la espuela en los ijares de «Señor Butler», galopó por el sendero hacia el emparrado.

—Mamá, mira cómo salto éste —gritó, echándose sobre el cuello del animal.

«Mira cómo salto éste.»

El grito de la niña resonó en la memoria de Scarlett como si no fuera aquélla la primera vez que lo oía, con recuerdos de tiempos lejanos. Había algo trágico en aquellas palabras. ¿Cómo no conseguiría recordar? Miró a la pequeña tan ligera montada en la galopante jaquita y frunció el ceño, sintiendo que un escalofrío recorría su espalda. Bonnie llegaba a todo galope, con los negros rizos flotando sobre la espalda, con los azules ojos lanzando chispas.

«Son como los ojos de papá —pensó Scarlett—. Ojos azules, como los de los irlandeses. Es exacta a él en todo.»

Y, al pensar en Gerald, el recuerdo que hacía un momento no había conseguido atraer se presentó rápido, llegó a su corazón con la cegadora luz de un día de verano, inundando momentáneamente todo el campo de extraordinaria claridad. Podía escuchar una voz de acento irlandés, oír el golpeteo de los cascos del caballo, en aquel prado de Tara, y oír una voz animosa, tan parecida a la voz de su hija: «Ellen, mira cómo lo salto».

—¡No! —gritó— ¡no; para, Bonnie!

En el momento de inclinarse sobre la ventana se oyó un espantoso ruido de maderas, un terrible grito de Rhett, un revuelo de terciopelo azul y de cascos de caballo en

tierra. Y «Señor Butler» se levantó y huyó con la silla vacía.

La tercera noche, después de la muerte de Bonnie, Mamita subía lentamente, con su paso pesado, las escaleras posteriores de casa de Melanie. Iba vestida de negro, desde los anchos zapatos de hombre, desatados para dejar más libertad a los dedos, hasta la negra cofia. Sus arrugados ojillos estaban inyectados en sangre y tenía los párpados rojos. Todo su aspecto denotaba dolor, escrito claramente en cada rasgo de su rudo rostro. Su cara arrugada, petrificada en la triste expresión de un mono viejo, estaba sin embargo, llena de resolución.

Dijo unas palabras a Dilcey, que inclinó la cabeza amablemente, como si en su antigua enemistad hubiese un mudo armisticio. Dilcey dejó las fuentes de la cena que llevaba en aquel momento y se dirigió al comedor cruzando la despensa. Al minuto Melanie estaba en la cocina con la servilleta en la mano y la ansiedad dibujada en el rostro.

—¿La señorita Scarlett no está...?

—La señorita Scarlett está sobrellevándolo como todos nosotros —dijo Mamita lentamente—. Pero no he venido a interrumpirle la comida, señorita Melanie. Puedo esperar para decirle a usted lo que tengo en la cabeza.

—La cena puede esperar también —repuso Melanie—. Dilcey, sigue sirviendo a los señores. Mamita, ven conmigo.

Mamita la siguió, contoneándose por el vestíbulo, donde Ashley estaba sentado a la cabecera de la mesa, con su pequeño Beau junto a él y los dos niños de Scarlett enfrente armando un gran repiqueteo con sus cucharas. Las voces alegres de Wade y de Ella llenaban la habitación. Era una diversión inesperada para eÚos el hacerle a tía Melanie una visita tan larga. ¡Tía Melanie era siempre tan buena y estos días parecía serlo más aún! La muerte de su hermanita los había afectado muy poco. Bonnie se había caído de su jaca, y mamá había llorado mucho, y tía Melanie se los había llevado a su casa a jugar en el jardín con Beau y a comer todos los pasteles que quisieran.

Melanie se dirigió al gabinetito que servía de biblioteca, cerró la puerta e indicó a Mamita que se sentase en el sofá.

—Iba a ir en seguida de cenar —dijo Melanie—. Ahora que la madre del capitán Butler ha llegado, me figuro que el entierro será mañana por la mañana. —Eso es —dijo Mamita—. Señorita Melanie, estamos en una gran aflicción, y yo he venido a buscar su ayuda. ¡Es un peso terrible, es un peso terrible!

—¿Le ha dado un ataque a la señorita Scarlett? —preguntó Melanie asustada—. Apenas la he visto desde que Bonnie... Se pasa el tiempo metida en su habitación, y el capitán Butler está fuera de casa, y...

De pronto las lágrimas empezaron a correr por las negras mejillas de Mamita. Melanie se sentó a su lado y le dio unas palmaditas en el brazo; y al cabo de un momento Mamita levantó el borde de su falda y se secó los ojos.

—Tiene usted que venir a ayudarnos, señorita Melanie. Yo he hecho lo que he podido; pero no sé hacer cosa que valga.

—La señorita Scarlett...

Mamita se enderezó.

—Señorita Melanie, usted conoce a la señorita Scarlett como la conozco yo. Lo que esa criatura tiene que soportar, el buen Dios le da fuerza para soportarlo. Esto le ha destrozado el corazón; pero lo soporta. Es por el señorito Rhett por quien he venido.

—Me hubiera gustado verlo, pero siempre que he ido estaba fuera, en la ciudad, o bien encerrado en su habitación con..., y Scarlett está como un fantasma y no quiere hablar

palabra... Hable de prisa, Mamita. Ya sabe que yo la ayudaré si puedo.

Mamita se secó la nariz con el revés de la mano.

—He dicho que la señorita Scarlett puede soportar lo que el Señor le envía; y en este caso lo está soportando, pero el señorito Rhett... Señorita Melanie, nunca ha tenido nada que sufrir. No está acostumbrado. Es por él por quien he venido a verla.

—Pero...

—Señorita Melanie, venga usted a casa conmigo esta noche. —Había un tono de urgencia en la voz de Mamita—. Tal vez el señorito Rhett le haga caso a usted. Todo el mundo hace mucho caso de su opinión.

—Pero, Mamita, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

Mamita enderezó sus hombros.

—Señorita Melanie, el señorito Rhett debe..., debe de haber perdido la cabeza. No nos deja llevarnos a la pequeña.

—¿Perdido la cabeza? ¡Oh, Mamita, no!

—Yo no le digo ninguna mentira. Es tan verdad como hay Dios. No nos quiere dejar que enterremos a la niña. Me lo ha dicho a mí misma no hace ni una hora.

—Pero él no puede... No está...

—Por eso es por lo que he venido a decirle que ha perdido la cabeza. —Pero cómo...

—Señorita Melanie, voy a decírselo a usted todo. No debía decírselo a nadie, pero usted es de la familia, y es la única a quien se lo diría. Se lo voy a contar todo. Ya sabe usted lo entusiasmado que estaba con esta niña. Yo nunca había visto un hombre, ni blanco ni negro, tan entusiasmado con una niña. Pareció que se volvía de plomo cuando el doctor Meade dijo que se había partido la nuca. Cargó el fusil y corrió desolado a pegarle un tiro a la jaca. ¡Y por Dios que yo creí que se lo iba a pegar a sí mismo! Yo estaba con la señorita Scarlett, que se había desmayado, y todos los vecinos empezaban a llegar, y el señorito Rhett, que volvía, cogió en brazos a la niña, sin dejarme siquiera que le lavase la cara, que tenía manchada de tierra... Y, cuando la señorita Scarlett volvió en sí, pensé: «¡Gracias a Dios que ahora podrán consolarse uno a otro!».

De nuevo empezaron a correr las lágrimas por las mejillas de Mamita, que ni siquiera se molestó en secarlas.

—Pero cuando la señorita Scarlett volvió en sí, entró en la habitación donde él estaba sentado con la señorita Bonnie en los brazos y le dijo: «Dame mi hija, a la que tú has matado».

—¡Oh, no! No pudo decir eso.

—Sí señora. Eso fue lo que dijo. Dijo: «Tú la has matado». Y a mí me dio tanta pena del señorito Rhett, que me eché a llorar, porque parecía un perro a quien dan de latigazos, y dije: «Dele esa niña a su Mamita. No quiero que mi señorita pequeña tenga así la cara». Y cogí a la niña, la llevé a su cuarto y le lavé la cara. Y les estaba oyendo hablar, y me helaba la sangre oír lo que decían. La señorita Scarlett llamaba asesino al señorito por haber dejado a la niña dar aquel salto tan alto; y él decía que a la señorita Scarlett nunca le habían importado nada ni la señorita Bonnie ni ninguno de sus hijos...

—Calla, Mamita, no me digas más. No está bien que me cuentes eso —exclamó Melanie, aterrada por el cuadro que las palabras de Mamita evocaban.

—Ya lo sé. Y no llevo mala intención al decírselo. Pero mi corazón está rebosante y ya no sé ni lo que digo. Luego, el señorito Rhett cogió a la niña y la puso en la camita, en su habitación, Y cuando la señorita Scarlett dijo que tenía que estar en el salón, en el ataúd,

creí que el señorito le iba a pegar. Y le dijo muy fríamente: «Se quedará en mi habitación». Y, volviéndose hacia mí: «Mamita, vigile para que se quede ahí hasta que yo vuelva». Después salió corriendo de la casa, montó a caballo y se marchó hasta el anochecer. Cuando volvió a casa vi que había estado bebiendo, y bebiendo mucho, pero que, como de costumbre, lo aguantaba bien. Entró corriendo en la casa, y ni siquiera habló con la señorita Scarlett, ni con la señorita Pitty, ni con las otras señoras que estaban de visita. Echó a correr escaleras arriba, se metió en su cuarto y empezó a llamarme a gritos. Cuando llegué todo lo de prisa que pude, lo encontré de pie en medio de la habitación, aunque apenas podía verlo porque las persianas estaban echadas. Me dijo muy enfadado: «¡Abra las persianas, que está esto muy oscuro!». Las abrí de par en par, y él me miró y... ¡Por Dios, señorita Melanie, se me doblaban las rodillas!, ¡es tan extraño!; y dijo entonces: «Traiga luces, traiga muchas luces. Y cuide de que ardan, y no eche cortinas ni persianas. ¿No sabe usted que la señorita Bonnie tiene miedo de la oscuridad?».

Los ojos de Melanie, agrandados por el terror, se encontraron con los de Mamita, y ésta bajó la cabeza asintiendo.

—Eso es lo que dijo: «La señorita Bonnie tiene miedo de la oscuridad».

Mamita se estremeció.

—Cuando le hube llevado una docena de luces, dijo: «Márchese». Cerró la puerta y se quedó con la señorita pequeña. Ya no abrió la puerta, ni siquiera cuando la señorita Scarlett fue a llamarle. Y de este modo ha pasado dos días. No dice una palabra del entierro. Por la mañana cierra la puerta con llave y se marcha a caballo a la ciudad. Vuelve borracho, al anochecer, y se encierra otra vez con llave. Y no come ni duerme nada. Ahora su mamá, la anciana señora Butler, ha venido de Charleston al entierro y la señorita Suellen y el señorito Will han venido de Tara. Pero el señorito Rhett no quiere hablar con ninguno de ellos. ¡Oh, señorita Melanie! Esto es espantoso. Y aún será peor, y la gente va a empezar a murmurar. Y luego, esta tarde... —Mamita hizo otra pausa y de nuevo se limpió la nariz con el dorso de la mano—. La señorita Scarlett consiguió alcanzarlo en el vestíbulo de arriba cuando llegó, y entró con él en el cuarto, y le dijo: «El entierro está dispuesto para mañana por la mañana». Y él dijo: «Hazlo, y te mato mañana».

—¡ Oh, tiene que haber perdido la cabeza!

—Sí señora. Y entonces empezaron a hablar más bajo, de modo que no podía oír todo lo que decían; sólo que él decía otra vez que la señorita Bonnie tenía miedo de la oscuridad y que la tumba era terriblemente oscura. Y después de un rato la señorita Scarlett decía: «Tú eres un cínico por tomarlo así, después que la has matado por complacer tu vanidad». Y él dijo: «¿No tienes piedad?» Y ella dijo: «No tengo hija tampoco. Y me da vergüenza ver cómo te estás portando desde que Bonnie se mató. Eres el escándalo de toda la ciudad. Estás siempre borracho, y si crees que no sé cómo pasas los días eres un necio. Sé que has estado en casa de esa mujer, esa Bella Watling».

—¡Oh, Mamita, no!

—Sí señora, eso fue lo que la señorita dijo. Y es la verdad, señorita Melanie. Los negros se enteran de todo en seguida antes que nadie. Y yo sé que es allí dónde ha estado; pero yo no había dicho ni una palabra. Y él no lo negó. Él dijo: «Sí, señora, allí es donde he estado. Y no necesitas ocuparte de ello, ya que no te importa un comino. Un lupanar es un puerto de refugio, después de esta casa de infierno. Y Bella tiene un buen corazón. No me echa en cara el haber matado a mi hija».

—¡Oh! —gritó Melanie, conmovida hasta el fondo de su corazón.

Su vida era tan agradable, tan protegida, tan rodeada por personas que la querían,

tan llenas de bondad, que lo que Mamita le contaba estaba casi fuera del alcance de su comprensión, y apenas podía darle crédito. Sin embargo, trajo a su mente un recuerdo, una imagen que rápidamente alejó de su imaginación como hubiera alejado el recuerdo de la desnudez de alguien. Rhett había hablado de Bella Watling aquel día que lloró con la cabeza sobre sus rodillas. Pero él amaba a Scarlett. Melanie no podía haberse equivocado aquel día. Y, desde luego, Scarlett le amaba a él. ¿Qué podía haber ocurrido entre ellos? ¿Cómo podían un marido y su mujer despedazarse mutuamente como con agudos cuchillos?

Mamita continuó lentamente su historia.

—Después de un rato, la señorita Scarlett salió de la habitación, blanca como una sábana, pero con rostro enérgico. Me vio allí esperando y me dijo: «El entierro será mañana por la mañana, Mamita». Y pasó como un fantasma. Entonces el corazón me dio un vuelco, porque cuando la señorita Scarlett dice una cosa la hace. Y cuando el señorito Rhett dice una cosa la hace también. Y él había dicho que la mataría si hacía eso. Yo me quedé como si fuera de plomo, señorita Melanie, porque yo había hecho algo que me pesaba en la conciencia. Señorita Melanie, fui yo quien causó a la señorita pequeña el miedo a la oscuridad.

—Pero, Mamita, eso no importa: ya no importa ahora a nadie.

—Sí señora, sí importa. Eso tuvo la culpa de todo. Y no iba a ocurrir algo por culpa mía; yo iría en seguida a ver al señorito Rhett y aunque me matase le diría lo que tenía sobre la conciencia. Y entonces me deslicé dentro del cuarto muy de prisa, para que no le diese tiempo a cerrarse con llave, y dije: «Señorito Rhett, he venido a acusarme». Y él se volvió hacia mí como un loco y dijo: «¡Vayase!». Y le aseguro como hay Dios que nunca me he visto tan asustada. Pero yo dije: «Por favor, señor, señorito Rhett, déjeme decirle, y después máteme. Fui yo la que le metí a la señorita pequeña el miedo a la oscuridad». Y luego, señorita Melanie, bajé la cabeza y esperé que me matase. Pero no dijo nada. «Yo no quería hacer daño, pero, señorito Rhett, no había quien pudiese con esta niña, y no tenía miedo de nada? *y:* siempre estaba levantándose de la cama cuando ya todo el mundo estaba dormido y recorriendo toda la casa descalza. Y me molestaba porque tenía miedo a que se hiciese daño. Y entonces yo le conté que había espíritus y ogros en la oscuridad.

»Y entonces, señorita Melanie, ¿sabe usted lo que hizo el señorito Rhett? Su cara se suavizó, se acercó a mí y me puso la mano en el brazo. (Es la primera vez en la vida que había hecho semejante cosa.) Y dijo: "Era muy valiente, ¿verdad? Excepto de la oscuridad, no tenía miedo de nada". Y cuando yo me eché a llorar, me dijo: "Vamos, Mamita", y me dio unas palmadas (era la primera vez que lo hacía). "Vamos, Mamita, no se ponga usted así. Me alegro de que me lo haya dicho. Yo sé que usted quería a la señorita Bonnie, y como la quería no importa". Bueno, señora, pues tanta bondad me anknó y me atreví a decir: "Señorito Rhett, señor, ¿qué hay del entierro? Y se volvió hacia mí como un loco con los ojos brillantes, y dijo: "¡Santo Dios, yo creí que usted comprendía, aunque nadie más me comprendiese! ¿Cree usted que voy a dejar a mi hija sola en la oscuridad, cuando le da tanto miedo de ella? ¡Si parece que ahora mismo estoy oyendo cómo chillaba cuando se despertaba en la oscuridad! Y yo no quiero que se asuste". Señorita Melanie, entonces comprendí que había perdido la cabeza... No hace más que beber, y necesita dormir y comer algo. Se está volviendo loco. Me puso a la puerta diciendo: " ¡Vayase al infierno!".

»Yo bajé, y me puse a pensar que él había dicho que no habría entierro, y la señorita Scarlett había dicho que el entierro sería mañana por la mañana, y él había dicho que la iba a matar. Y todos los parientes en casa, y los vecinos también, charlando como papagayos. Y

pensé en usted, señorita Melanie. Venga usted a ayudarnos.

—¡Oh! Mamita, yo no puedo meterme...

—Si no puede usted, ¿quién puede?

—Pero ¿qué podría hacer yo, Mamita?

—Señorita Melanie, yo no sé. Pero usted puede algo. Puede usted hablar al señorito Rhett, y acaso él la escuche. Tiene mucha confianza en usted, señorita Melanie; tal vez usted no lo sepa, pero es así. Le he oído decir muchas veces que usted es la única gran señora que conoce.

—Pero...

Melanie se levantó confundida, con el corazón encogido a la idea de enfrentarse con Rhett. La idea de discutir con un hombre tan trastornado por el dolor como Mamita indicaba le daba frío. La idea de entrar en la habitación brillantemente iluminada donde yacía la niñita a quien tanto quiso la estremecía. ¿Qué podría ella hacer? ¿Qué podría decirle a Rhett que aliviase su dolor y lo volviese a la razón? "Por un momento se detuvo indecisa, y, a través de la cerrada puerta, le llegó la vocecita de su hijo. Como una puñalada en el corazón, tuvo la idea dé su hijo muerto. ¡Si su pequeño Beau estuviera arriba, con su cuerpecillo helado y su alegre risa muda para siempre!

—¡Oh! —gritó asustada; y en su imaginación apretó al pequeño en sus brazos. Comprendía lo que Rhett sentía. Si Beau hubiera muerto, ¿cómo podría dejarlo solo con la lluvia, y el viento, y la oscuridad?

—¡Oh, pobre capitán Butler! —exclamó—. Voy a verlo en seguida, ahora mismo.

Entró de prisa en el comedor y dijo unas rápidas palabras a Ashley; sorprendió a su pequeño y lo cogió en brazos y lo besó apasionadamente.

Salió de casa sin sombrero, con la servilleta de la cena aún en la mano, y el paso que llevó era casi imposible de seguir para las viejas piernas de Mamita. Una vez en el vestíbulo de Scarlett, saludó con una inclinación de cabeza a la gente reunida en la biblioteca, a la asustada Pittypat, a la imponente señora Butler, a WiE y a Suellen, y subió las escaleras rápidamente, con Mamita siguiéndola jadeante. Un momento se detuvo ante la puerta cerrada del cuarto de Scarlett, pero oyó a Mamita bisbisear:

—No, no haga usted eso.

Melanie se adelantó más lentamente por el vestíbulo y se detuvo ante la puerta del cuarto de Rhett. Permaneció así un momento, indecisa, como si necesitara tomar aliento. Luego, dándose impulso con los brazos como un soldadito que entra en batalla, golpeó en la puerta y llamó suavemente:

—¡Por favor, déjeme pasar, capitán Butler! Soy la mujer de Wilkes. Deseo ver a Bonnie.

La puerta se abrió rápidamente, y Mamita, escondiéndose en las sombras, pudo distinguir a Rhett, voluminoso y negro, resaltando en el resplandeciente fondo de luces. Se tambaleaba sobre sus pies, y Mamita pudo percibir el olor de whisky de su aliento. Él miró durante un momento a Melanie, y luego, cogiéndola por un brazo, la metió en la habitación y cerró la puerta.

Mamita se acercó a una silla que había al lado de la puerta y se dejó caer en ella pesadamente. Se sentó llorando en silencio y rezando. De vez en cuando, levantaba el borde de su vestido y se enjugaba los ojos. Aunque forzaba sus oídos todo lo posible, no podía oír palabras; tan sólo llegaba a ella de dentro de la habitación un murmullo entrecortado.

Después de una espera interminable, la puerta se abrió y el rostro de Melanie, pálido y tenso, apareció en ella.

—Tráigame pronto una taza de café y unos emparedados. Cuando el diablo se mezclaba, Mamita sabía ser tan ligera como una jovencita de dieciséis años, y su curiosidad por entrar en el cuarto de Rhett fue en este caso el diablo que la acució. Pero su esperanza se tornó en desilusión cuando Melanie, abriendo simplemente una rendija, cogió la bandeja. Mucho tiempo permaneció Mamita aguzando el oído, pero no pudo distinguir más que el tintineo de la plata en la porcelana y los ahogados tonos de la suave voz de Melanie. Luego oyó el crujido de la cama al caer sobre ella un pesado cuerpo y poco después el ruido de unas botas sobre el suelo. Después de un intervalo, Melanie apareció en la puerta, pero se esforzó para que Mamita no pudiera ver lo que ocurría dentro de la habitación. Melanie parecía cansada, y en sus pestañas se veían lágrimas, pero su rostro se había serenado.

—Vaya y dígale a la señorita Scarlett que el capitán Butler está de acuerdo en que el entierro se celebre mañana por la mañana —balbuceó.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Mamita—. Pero ¿cómo...?

—No hable tan alto. Se está quedando dormido. Y dígale a la señorita Scarlett que me quedaré aquí toda la noche. Y usted prepáreme una taza de café. Tráigamelo aquí.

—¿Aquí, a este cuarto?

—Sí. Le he prometido al capitán Butler que si se acostaba yo me quedaría aquí velando toda la noche. Ahora vaya y dígaselo a la señorita Scarlett para que no se preocupe más.

Mamita se precipitó al vestíbulo haciendo retemblar el suelo con su peso; su corazón aliviado cantaba: «¡Aleluya, aleluya!». Se detuvo pensativa a la puerta del cuarto de Scarlett, con la mente hirviendo de gratitud y curiosidad.

«Cómo lo habrá conseguido la señorita Melanie es cosa que no comprendo. Los ángeles luchan a su lado. Voy a decirle a la señorita Scarlett que el entierro será mañana por la mañana; pero me parece que es mejor que me calle que la señorita Melanie se ha quedado velando a la pequeña. A la señorita Scarlett no iba a gustarle nada.»

60

Algo iba mal en el mundo, algo sombrío y terrible que lo penetraba todo como una densa niebla que se espesaba alrededor de Scarlett. Este malestar era aún más profundo que el causado por la muerte de Bonnie, porque ahora la primera e insoportable angustia se iba desvaneciendo en la resignación por su pérdida. Sin embargo, la horrible sensación de que se avecinaba un desastre persistía, como si algo negro y encapuchado estuviera a su lado, como si el suelo se transformara en arena movediza bajo sus pies.

Nunca hasta entonces había conocido esta clase de miedo. Toda su vida sus pies habían estado firmemente asentados en el sentido común, y las únicas cosas que había temido fueron aquellas que podía ver: heridas, hambre, miseria, pérdida del amor de Ashley. Ella, que nunca había buscado la razón de las cosas, procuraba ahora analizarlas, pero sin éxito. Había perdido a su hija predilecta, pero esto podía soportarlo, como había soportado otras pérdidas abrumadoras. Tenía salud, tenía tanto dinero como podía desear, tenía aún a Ashley, aunque lo veía cada vez menos en aquellos días. Hasta la tensión que había existido entre ellos desde el día de la desgraciada fiesta de Melanie no la molestaba ya porque sabía que pasaría. No, su temor no era al dolor, al hambre ni a la pérdida del amor. Tales temores nunca la habían abatido como este sentimiento de malestar, este fastidioso temor, que era extrañamente parecido al que había sentido en su antigua pesadilla; una espesa y envolvente niebla, a través de la cual corría, con el corazón saltándosele del pecho, como una niña perdida buscando un puerto de refugio invisible para sus ojos.

Recordaba que Rhett había sido siempre capaz de hacerla reír de sus temores. Recordaba la protección de su bronceado pecho y de sus fuertes brazos. Y por eso se volvió hacia él con ojos que por primera vez lo veían desde hacía varias semanas. El cambio que pudo ver en él la dejó estupefacta. Aquel hombre ahora no iba a reírse de ella, pero tampoco iba a tranquilizarla.

Durante algún tiempo después de la muerte de Bonnie, Scarlett había estado demasiado ofendida con él, demasiado preocupada por su propio dolor, para hacer algo más que hablarle cortésmente delante de los criados. Había estado demasiado ocupada recordando el ruido de las ligeras carreras de Bonnie y su sonora risa, para pensar que él también debía de estar acordándose con dolor aún mayor que el suyo. Durante aquellas semanas se habían encontrado y hablado tan cortésmente como extraños que se encuentran entre las impersonales paredes de un hotel, compartiendo el mismo techo, la misma mesa, pero sin compartir nunca los unos los pensamientos de los otros.

Ahora, que se encontraba asustada y sola, habría roto esta barrera si hubiera podido, pero se encontró con que él la mantenía a distancia, como si quisiera no tener con ella palabras que pasaran a la« superficie. Ahora que el enfado se desvanecía, deseaba decirle que no lo consideraba culpable de la muerte de Bonnie. Deseaba llorar en sus brazos y decirle que ella también se había sentido extraordinariamente orgullosa de lo bien que su hija montaba a caballo, extraordinariamente indulgente con sus hazañas. Ahora se habría humillado con gusto y hubiera admitido que sólo le había lanzado aquella acusación instigada por su dolor, como si hiriéndolo a él esperara aliviar su propia herida. Pero nunca llegaba el momento oportuno. Él la miraba con una mirada inexpresiva que no la invitaba a hablar. Y, una vez aplazadas, las disculpas resultaban cada vez más difíciles de exponer, y, finalmente, imposibles.

Scarlett se preguntaba cómo era posible esto. Rhett era su marido, y entre ellos existía el indisoluble lazo que une a dos personas que han compartido el mismo lecho y encarnado y dado la vida a un hijo querido, y contemplado cómo aquel hijo pasaba prematuramente al reposo eterno. Sólo en los brazos del padre de aquel hijo podía encontrar consuelo, en el intercambio de recuerdos y penas, que los herirían al principio, pero que luego los ayudarían a soportarlos. Pero ahora, tal como las cosas estaban entre ellos, lo mismo hubiera podido refugiarse en los brazos de un extraño.

Rhett rara vez estaba en casa. Cuando se sentaban juntos a cenar, iba generalmente embriagado. Ya no bebía ahora como al principio, aumentando su cortesía y su mordacidad a medida que el licor se iba apoderando de él y diciendo cosas divertidas y maliciosas, que la hacían reír aunque no quisiera. Ahora estaba silencioso, tenía la bebida triste y se ponía como una verdadera cuba. Algunas veces le oía, en las primeras horas de la madrugada, llegar por el patio trasero y llamar a la puerta de la vivienda de los criados para que Pork le ayudase a subir las escaleras y lo metiese en la cama. ¡Rhett, que siempre había resistido la bebida como nadie!

Ahora era tan descuidado como cuidadoso había sido antes, y a Pork le costaba agrias discusiones el conseguir que se cambiase de ropa antes de cenar. El exceso de whisky se le notaba en la cara, y las duras y acusadas líneas de su mandíbula se borraban con hinchazón enfermiza bajo las bolsas que se formaban en sus sanguinolentos ojos. Su enorme cuerpo, con sus fuertes músculos, parecía flojo y desmadejado, y la línea de su cintura comenzaba a engrosar.

A menudo no volvía en toda la noche, y ni siquiera mandaba aviso para que no se le esperase. Lo más probable es que en esas ocasiones estuviese borracho roncando el algún cuarto de una casa de bebidas, pero Scarlett siempre imaginaba que estaba en casa de Bella Watling. Una vez vio a Bella en una tienda; era una mujer fuerte y obesa, que había perdido la mayor parte de su atractivo. Pero, a pesar de todas sus pinturas y su llamativo arreglo, su aspecto era casi el de una robusta madre de familia. En lugar de bajar los ojos o mirarla desafiadora como hacen otras mujeres ligeras cuando se enfrentan con señoras, Bella devolvió mirada por mirada, buscando su rostro con una intencionada mirada casi compasiva que hizo ruborizarse a Scarlett.

Pero ahora Scarlett, no podía acusar a Rhett, no podía enfadarse con él, ni pedirle fidelidad, ni tratar de avergonzarle; lo mismo que no podía resolverse a presentarle sus excusas por haberle acusado de la muerte de Bonnie. Se sentía agarrotada por una asombrosa apatía, por un sentimiento de desamparo que no podía comprender, un desamparo que se hacía más profundo que nada de lo que había conocido jamás. Estaba sola y no recordaba haber estado nunca tan sola hasta entonces. Tal vez no hubiese tenido tiempo de sentirse sola. Estaba sola y sentía miedo, y no tenía a nadie a quien volverse, a nadie excepto a Melanie. Porque ahora hasta Mamita, su brazo derecho, se había marchado a Tara. Se había marchado para siempre.

Mamita no había dado ninguna explicación de su partida. Sus ojos viejos y cansados miraban tristemente a Scarlett cuando le pidió su autorización. A las lágrimas de Scarlett y a sus súplicas para que se quedase, Mamita sólo contestó:

—Me hace el efecto de que la señorita Ellen me manda marchar y me dice: «Mamita, vete a casa, tu labor está terminada». Y por eso me voy a casa.

Rhett, que había estado presenciando la conversación, dio a Mamita el dinero para el viaje, y, con unas palmaditas en el brazo, le aseguró:

—Tiene usted razón, Mamita. La señorita Ellen tiene razón. Su labor aquí está

terminada. Vayase a casa. No deje de decirme si alguna vez necesita algo.

Y cuando Scarlett prorrumpió en órdenes indignadas:

—Cállate, idiota, déjala marchar —dijo^. ¿Cómo puede haber nadie que quiera quedarse en esta casa, ahora?

Y había un destello tan salvaje en sus ojos, que Scarlett, asustada, se alejó de él.

—Doctor Meade, ¿cree usted que puede... que puede haberse vuelto loco? —preguntó después, recurriendo al doctor en aquel terrible desamparo.

—No —respondió el doctor—. Pero está bebiendo como un pez y se matará si continúa así. Quería a la niña, Scarlett, y estoy seguro de que bebe para olvidarla. Y, ahora, mi consejo es que le dé usted otro hijo lo más pronto que pueda.

«¡Ay! —pensaba Scarlett, amargamente, al salir de su consulta—. Es más fácil decirlo que hacerlo.» Con alegría tendría otro hijo, varios hijos, si con eso desapareciera aquella expresión de los ojos de Rhett y se colmara el doloroso vacío de su pobre corazón. Un chico que tuviera la apostura morena de su padre, y otra niña. ¡Oh! ¡Otra niña bonita, alegre y voluntariosa, y llena de risa, no como la casi anormal Ella. ¡Oh! ¿Por qué, por qué no se había llevado Dios a Ella, si era preciso que se llevara a alguno de sus hijos? Ella no era un consuelo para Scarlett, ahora que Bonnie se había ido. Pero Rhett no parecía desear otros hijos. Al menos nunca volvió a entrar en su alcoba, aunque la puerta ya nunca estaba cerrada con llave, sino, por lo corriente, invitadoramente abierta. No parecía preocuparse de Scarlett. No parecía preocuparse por nada ahora, excepto por el whisky y por aquella rolliza mujer pelirroja.

Rhett era ahora cáustico, cuando antes había sido finamente burlón; brutal, cuando sus dardos habían sido antaño suavizados por el ingenio. Después de la muerte de Bonnie, muchas de las señoras de la vecindad, cuyas simpatías le había reconquistado su cariño a la niña, estaban ansiosas de demostrarle su afecto. Lo paraban en la calle para manifestarle su pésame y le hablaban desde sus jardines diciéndole que comprendían su dolor. Pero ahora que Bonnie, la razón de sus buenas maneras, se había ido, las maneras se fueron también; interrumpía a las señoras y sus bien intencionadas manifestaciones de pésame de manera grosera y ruda.

Pero, cosa extraña, las señoras no se ofendían. Comprendían o creían comprender. Cuando volvía al anochecer, tan embriagado que casi no podía sostenerse sobre el caballo, mirando ceñudo a los que le hablaban, las señoras decían: «¡Pobrecillo!», y redoblaban sus esfuerzos para ser cariñosas y amables. Les daba mucha lástima del pobre hombre, con el corazón destrozado, y que volvía a casa para no encontrar consuelo mejor que Scarlett.

Todo el mundo sabía lo fría y sin corazón que era Scarlett. Todo el mundo se indignaba ante la facilidad con que se había repuesto de la muerte de Bonnie, sin darse cuenta, o sin querer dársela, del esfuerzo que se escondía tras la aparente conformidad. Rhett tenía la más tierna simpatía de toda la ciudad, y ni lo sabía ni le importaba. Scarlett tenía todas las antipatías, y por una vez hubiera recibido con agradecimiento el afecto de sus antiguos amigos.

Ahora ninguno de los antiguos conocidos visitaba a Scarlett, excepto tía Pitty, Melanie y Ashley. Sólo los amigos de última hora venían en sus elegantes coches a visitarla, deseosos de demostrarle su simpatía, ansiosos de entretenerla con el chismorreo a propósito de otros amigos también nuevos que no le interesaban en absoluto. Todo era gente nueva; extraños todos. No la conocían, no la conocerían nunca. No tenían la menor idea de lo que había sido su vida hasta alcanzar la segura opulencia en su mansión de Peachtree Street. No tenían interés alguno en hablar de lo que había sido su vida hasta

conseguir los terciopelos, los brocados, las victorias, los troncos de caballos. No sabían nada de las luchas, de las privaciones, de todas las cosas que habían hecho esta casa tan hermosa y los vestidos tan lujosos, y la plata, y las reuniones. Ellos no lo sabían. No les importaba. Esta gente de sabía Dios dónde, que parecía vivir siempre en la superficie de las cosas, no tenía recuerdos comunes de guerra, de hambre, de lucha, no tenía raíces comunes que se hundiesen en la misma tierra roja.

En su soledad, le hubiera gustado pasar las veladas con Maribella o con Fanny, o la señora Elsing, o la señora Whiting, o hasta con la terrible y batalladora señora Merriwether, o la señora Bonnel, o cualquier otra de sus antiguas amigas y vecinas. Porque ellas sí sabían. Habían conocido la guerra, y el terror, y el fuego, y habían visto a personas amadas desaparecer antes de tiempo; habían pasado hambre, habían vivido con el lobo en la puerta, y habían levantado su fortuna de las ruinas.

Hubiera sido un alivio el sentarse al lado de Maribella recordando que Maribella había enterrado un hijo, muerto en la loca huida ante Sherman. Le habría consolado la presencia de Fanny, sabiendo que ella y Fanny habían perdido ambas sus maridos en los duros días de la ley marcial. Habría habido un placer amargo en reír con la señora Elsing, recordando el rostro de la anciana señora mientras fustigaba a su caballo a través de Cinco Puntos el día de la caída de Atlanta, con su botín cogido en los almacenes de intendencia, dando tumbos en el coche.

Sería agradable comparar sus historias con las de la señora Merriwether, que ahora, tranquila con la marcha de la panadería, diría: «¿Se acuerda qué mal estaban las cosas inmediatamente después de la rendición? ¿Se acuerda usted cuando no sabíamos de dónde nos vendría el próximo par de zapatos? Y mírenos ahora».

Sí, hubiera sido agradable. Ahora comprendía por qué, cuando dos ex confederados se encontraban, hablaban de la guerra con tanto alivio, con orgullo, con nostalgia. Aquellos días habían probado su corazón, pero habían salido honrosamente de ellos. Eran veteranos. Ella era veterana también, pero no tenía camaradas con quienes recordar las batallas. ¡Oh, volver a encontrarse entre su gente, aquella gente que había sufrido las mismas cosas y sabía cómo hieren!... ¡Oh, qué parte tan grande de uno mismo constituía! Pero, de un modo u otro, aquella gente se había deslizado fuera de su vida. Scarlett se daba cuenta de que ella había tenido la culpa. Nunca le había preocupado hasta ahora, hasta ahora que Bonnie había muerto, y que ella estaba sola, y que tenía miedo, y que veía frente a ella, al otro lado de la mesa, brillantemente iluminada, a un desconocido, borracho como una cuba, que se desmoronaba ante sus ojos.

61

Scarlett estaba en Marietta cuando llegó el telegrama urgente de Rhett. Había un tren que salía para Atlanta dentro de diez minutos y lo cogió, sin llevar más equipaje que un maletín y dejando a Wade y a Ella en el hotel, con Prissy.

Atlanta estaba a sólo treinta y dos kilómetros, pero el tren se arrastraba lentamente en aquella húmeda tarde de otoño, parándose en cada apeadero para recoger viajeros. Llena de pánico, ante el telegrama de Rhett, loca por llegar, Scarlett casi lloraba de impaciencia a cada parada. El tren corría a través de bosques amarillentos, dejaba atrás las rojas laderas de las colinas, aún surcadas por trincheras serpenteantes, emplazamientos de viejas baterías y galerías subterráneas donde ahora crecía la maleza, y por las que los hombres de Johnston se habían retirado tan tristemente, luchando por cada palmo de terreno. Cada estación, cada cruce que el conductor nombraba, tenía el nombre de una batalla, de un sitio, de una escaramuza. Cualquiera de ellos hubiera estremecido a Scarlett con las angustias del recuerdo, pero ahora no tenía ni un pensamiento para ellos.

El aviso de Rhett decía:

«Esposa de Wilkes enferma; vuelve inmediatamente.»

Anochecía cuando el tren se detuvo en Atlanta. La llovizna oscurecía la ciudad. Los faroles de gas de la calle lucían tenuemente, como globos amarillos en la niebla. Rhett la esperaba en la estación con el coche. Sólo el ver su cara la asustó más que el telegrama. Nunca antes la había visto tan glacial.

—¡No ha...! —gritó.

—No, aún vive.

Rhett la ayudó a subir al coche.

—A casa de la señora Wilkes, y lo más de prisa que pueda... —ordenó al cochero.

—¿Qué es lo que tiene? Yo no sabía que estaba mala. Parecía estar admirablemente la semana pasada. ¿Ha sufrido algún accidente? ¡Oh, Rhett, no es tan serio como tú...!

—Se está muriendo —dijo Rhett, y su voz era tan rígida como su rostro—. Quiere verte.

—¡Melanie, no! ¡Por Dios, Melanie, no! ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha tenido un aborto.

—Un... un... Pero Rhett, si ella... —Scarlett vaciló. Esta información, que colmaba el horror de la noticia, le quitó la respiración.

—¿No sabías que estaba esperando un niño?

Ni siquiera pudo contestar con la cabeza. —Claro. Me figuro que no. No creo que se lo dijera a nadie. Quería que fuera una sorpresa. Pero yo lo sabía.

—¿Lo sabías? ¡Pero ella no te lo había dicho!

—No necesitó decírmelo. Lo sabía. Era tan feliz estos dos últimos meses, que yo sabía que no podía ser otra cosa.

—¡Pero, Rhett! El doctor había dicho que el tener otro niño la mataría.

—Y la ha matado —dijo Rhett. Y al cochero—. ¡Por amor de Dios! ¿No puede usted ir más de prisa?

—No puede estar muriéndose, Rhett. Yo no me he muerto... y yo...

—Ella no tiene tu fortaleza. Nunca ha tenido ninguna fortaleza. Nunca ha tenido más que su corazón.

El coche subió un repecho ante la casita blanca y Rhett ayudó a bajar a su mujer.

Temblando, asustada, con un sentimiento repentino de soledad que la ahogaba, Scarlett le cogió las manos.

—¿No entras, Rhett?

—No —dijo él. Y se volvió al coche.

Scarlett subió corriendo los escalones de la entrada, cruzó el porche y abrió la puerta. Allí, a la amarillenta luz de la lámpara, estaban Ashley, tía Pitty e India. Scarlett pensó: «¿Qué hace aquí India? Melanie le dijo que nunca más volviera a poner los pies en su casa». Los tres se levantaron al verla. Tía Pitty, mordiéndose los labios para que no temblaran; India, mirándola fijamente con mirada trastornada por el dolor, pero sin odio; Ashley parecía insensible como un sonámbulo, y, cuando Scarlett se acercó a él y le puso una mano en el hombro, habló como un sonámbulo:

—¡Te llama! —dijo—. ¡Te llama!

—¿Puedo verla ahora? —dijo Scarlett, volviéndose hacia la cerrada puerta del cuarto de Melanie.

—No, el doctor Meade está con ella ahora. Me alegro de que hayas venido, Scarlett.

—Vine tan de prisa como pude. —Scarlett se quitó el sombrero y el abrigo—. El tren... ¿No está verdaderamente...? Dime que está mejor. ¿Verdad que sí, Ashley? áablame. No me mires así. ¿No está verdaderamente...?

—No hace más que preguntar por ti —dijo Ashley, y la miró a los ojos. Y en los ojos de él leyó Scarlett la respuesta a su pregunta. Por un momento su corazón se detuvo; y, de repente, un extraño temor más fuerte que la ansiedad, más fuerte que el dolor, empezó a latir dentro de su pecho.

«No puede ser verdad —pensó con vehemencia, procurando dominar ese temor—. Los médicos se equivocan. No quiero pensar que sea verdad. No quiero permitirme pensar que sea verdad. Voy a ponerme a gritar si pienso eso, debo pensar en cualquier otra cosa.»

—No lo creo —gritó, indignada, mirando los tres rostros abrumados por el dolor, como desafiándolos a que se atreviesen a contradecirla—. ¿Y por qué no me lo dijo Melanie? Nunca me habría marchado a Marietta si lo hubiera sabido.

Los ojos de Ashley despertaron como atormentados.

—No se lo dijo a nadie, Scarlett, y a ti menos que a nadie; tenia miedo de que la riñeras si lo sabías. Quería esperar tres meses; después creía ella que ya estaría tranquila y segura, y entonces sorprenderos a todas, y reír, y deciros lo equivocados que habían estado los médicos. ¡Y era tan feliz! Ya sabes cómo era con los niños y cuánto deseaba una hija. Y todo iba tan bien hasta... Y entonces, sin ninguna razón en absoluto...

La puerta del cuarto de Melanie se abrió suavemente y el doctor Meade salió al vestíbulo, cerrando la puerta tras de sí. Permaneció unos momentos con su barba gris hundida en el pecho y miró a las cuatro personas, súbitamente petrificadas por su presencia. Su mirada cayó por fin en Scarlett. Al acercarse a ella, Scarlett vio que los ojos del doctor rebosaban pesadumbre, y también tanta aversión y desprecio que inundaron de arrepentimiento su corazón.

—¿De modo que por fin ha venido?

Antes de que Scarlett pudiese responder, Ashley se precipitó hacia la cerrada puerta.

—Usted todavía no —dijo el doctor—. Su mujer quiere hablar con Scarlett.

—Doctor —dijo India, apoyando una mano en su brazo. Aunque su voz no tenía modulaciones, expresaba mucho más que las palabras—. Déjeme verla un momento. Estoy aquí desde esta mañana esperando, pero ella...; déjeme verla un momento... Quiero decirle... Tengo que decirle... que me había equivocado en... una cosa.

No miraba a Ashley ni a Scarlett mientras hablaba, pero el doctor Meade dejó caer sobre Scarlett su fría mirada.

—Haré lo que pueda, India —dijo brevemente—. Pero sólo si me da usted palabra de no gastar sus fuerzas diciéndole que se había equivocado. Ella sabe que usted se había equivocado y el oír sus disculpas sólo servirá para molestarla.

Pitty empezó tímidamente:

—Por favor, doctor Meade.

—Señorita Pitty, ya sabe usted que usted lloraría y se desmayaría.

Pitty enderezó su grueso cuerpecillo y devolvió al doctor mirada por mirada. Tenía los ojos secos y su ademán estaba lleno de dignidad.

—Bueno, muy bien, valiente; dentro de un rato —dijo el doctor, más amable—. Venga, Scarlett.

Se dirigieron de puntillas hacia la puerta, y el doctor puso una mano, semejante a una garra, sobre el hombro de Scarlett.

—Ahora, señora —murmuró brevemente—, nada de histerismos y nada de confesiones a la cabecera de la moribunda o... ¡por Dios que le retorceré el cuello! No me lance una de sus inocentes miradas. Ya sabe usted a lo que me refiero; Melanie va a morir con tranquilidad, y usted no va a tranquilizar su conciencia contándole todo lo referente a Ashley. Nunca he hecho daño a una mujer, pero si le dice usted algo ahora... tendrá que entendérselas conmigo.

Abrió la puerta antes de que Scarlett pudiera contestar, la metió en un empujón dentro del cuarto y volvió a cerrar. El cuartito, con muebles baratos de roble negro, estaba en la penumbra; la lámpara tenía una pantalla hecha con un periódico. Era una alcobita pequeña y cuidada, que parecía la de una colegiala, con la camita estrecha, de cabecera baja, las cortinas lisas y recogidas con un alzapaños, las alfombrillas gastadas. Todo era muy distinto del lujo de la alcoba de Scarlett, con sus grandes muebles de columnas talladas, sus cortinas de brocado color de rosa y la alfombra rosa de nudo.

Melanie yacía en la cama, con el rostro hundido bajo la colcha, como el de una niña. Dos trenzas negras le caían a cada lado de la cara, y los ojos cerrados estaban rodeados por dos círculos purpúreos. A su vista, Scarlett quedó como petrificada, y se apoyó en la puerta. A pesar de la poca luz de la habitación, podía ver que la faz de Melanie tenía color de amarillenta cera. Había huido de ella hasta la última gota de sangre, y su nariz estaba muy afilada. Hasta aquel momento Scarlett había esperado que el doctor Meade estuviera equivocado. Pero ahora sabía que no. En los hospitales, durante la guerra, había visto demasiados rostros con aquella nariz afilada para no saber lo que presagiaba infaliblemente.

Melanie se moría, pero por un momento la mente de Scarlett se negó a creerlo. Melanie no podía morir. Era imposible que muriese. Dios no podía dejar morir a Melanie cuando ella, Scarlett, la necesitaba tanto. Nunca hasta entonces se le había ocurrido a Scarlett pensar que necesitaba a Melanie. Pero ahora la verdad surgió de lo más recóndito de su alma. Había dependido de Melanie aún más que de sí misma, y nunca lo había sabido. Ahora Melanie se moría y Scarlett se daba cuenta de que no iba a poder pasarse sin ella. Ahora, cuando se dirigía de puntillas hacia la tranquila figurita, con el pánico atenazando su corazón, comprendió que Melanie había sido su espada y su escudo, su valor y su fuerza.

«Tengo que retenerla. No puedo dejarla marchar», pensaba mientras se dejaba caer al lado de su cama con un gran crujido de enaguas. Rápidamente se apoderó de la frágil manita que yacía sobre la colcha y se sintió asustada de nuevo al sentirla tan fría. —Soy yo, Melanie —dijo.

Los ojos de Melanie se entreabrieron, y luego, como si se hubiera convencido de que era realmente Scarlett, se cerraron de nuevo. Después de una pausa, lanzó un suspiro y murmuró:

—¿Me prometes...?

—¡Oh, todo lo que quieras!

—Beau... Vela por él.

Scarlett sólo pudo mover la cabeza, pues sentía en la garganta una extraña opresión. Apretó la mano que sostenía en señal de asentimiento.

—Te lo entrego.

Con una débil sonrisa añadió:

—Te lo di una vez antes... Acuérdate... Antes de que naciera.

Sí se acordaba. ¿Podría olvidar nunca aquel tiempo? Casi con tanta claridad como si aquel espantoso día hubiera vuelto, podía sentir el asfixiante calor de aquella tarde de septiembre, recordar el terror a los yanquis, oír la pesada marcha de las tropas en retirada, escuchar la voz de Melanie rogándole que se encargase del niño si ella moría..., recordar también que aquel día había odiado a Melanie y había deseado que muriese.

«La he matado —pensó con una supersticiosa tortura—. He deseado tan a menudo que muriera, que Dios me ha oído y me castiga.»

—¡Oh, Melly! No hables así. Sabes que te repondrás de esto...

—No; promete...

Scarlett hizo un esfuerzo.

—Ya sabes que lo he prometido. Lo trataré como si fuera mi propio hijo.

—¿Colegio? —preguntó la débil vocecita de Melanie.

—¡Oh, sí! La Universidad, y Harvard, y Europa, y todo lo que quiera... y... y una jaca... y lecciones de música... ¡Oh, por Dios, Melly, procura...! Haz un esfuerzo.

El silencio cayó de nuevo y el rostro de Melanie reflejó la lucha por reunir fuerzas para hablar de nuevo.

—Ashley —dijo—. Ashley y tú... —La voz le faltó.

A la mención del nombre de Ashley, el corazón de Scarlett se volvió frío como el granito. ¡Melanie lo había sabido siempre! Scarlett hundió la cabeza en la colcha y un sollozo que no quiso salir le atenazó la garganta con mano cruel. Melanie lo sabía. Scarlett ya no sentía vergüenza ahora, no sentía más que un remordimiento salvaje por haber herido a una criatura tan angelical durante tantos años. Melanie lo había sabido... y, sin embargo, había seguido siendo su amiga leal. ¡Oh, si fuera posible volver a vivir aquellos años! ¡Nunca volvería a dejar que sus ojos se encontraran siquiera con los de Ashley!

«¡Oh, Dios! —rezó rápidamente—. Por favor, hazla vivir. Se lo haré olvidar. ¡Seré tan buena con ella! Yo nunca más volveré a hablar a Ashley en toda mi vida si Tú la dejas que se ponga buena.»

—Ashley —dijo Melanie débilmente, y extendió los dedos para tocar la inclinada cabeza de Scarlett.

Con el pulgar y el índice le tiró del pelo con menos fuerza que un recién nacido. Scarlett comprendió lo que aquello significaba, comprendió que Melanie quería que levantase la vista. Pero no podía, no podía encontrar los ojos de Melanie y leer en ellos que sabía...

—Ashley —murmuró Melanie de nuevo.

Scarlett hizo un esfuerzo. Cuando mirara el rostro de Dios en el día del Juicio y leyera en sus ojos la sentencia, no sería más terrible que aquello. El alma se le retorcía, pero

Scarlett levantó la cabeza.

Sólo vio los mismos ojos negros, cariñosos, hundidos y empañados por la muerte, la misma boca Úena de ternura, cansada por la lucha que mantenía para respirar. No había reproche en ellos, no había acusación, no había miedo... Sólo la ansiedad de no tener fuerzas suficientes para hablar.

Durante un momento estuvo demasiado aturdida para sentir ni siquiera alivio. Luego, al estrechar la mano de Melanie con más fuerza, una oleada de ardiente gratitud a Dios la invadió, y por primera vez desde su infancia murmuró una humilde súplica exenta de egoísmo:

«¡Gracias, oh Dios mío! Sé que no lo merezco, pero te doy las gracias por no dejarla saber.»

—¿Qué quieres de Ashley, Melanie?

—Tú... Vela por él.

—¡Oh, sí!

—¡Se acatarra tan fácilmente!

Hubo una pausa.

—Vigila... sus negocios... ¿Me comprendes?

—Sí, comprendo. Lo haré.

Melanie hizo un gran esfuerzo.

—Ashley no es... nada práctico.

Sólo la muerte podía haber obligado a Melanie a cometer aquella deslealtad.

—Vela por él, Scarlett... Pero... nunca se lo dejes notar.

—Velaré por él y por sus negocios, y nunca se lo dejaré notar. Me limitaré a sugerirle ideas.

Melanie consiguió sonreír tenuemente, pero con sonrisa de triunfo, cuando sus ojos encontraron de nuevo los de Scarlett. Su mirada selló el pacto: la protección de Ashley Wilkes contra un mundo demasiado duro se transmitía de una mujer a otra, y el orgullo masculino de Ashley no debía sentirse nunca humillado por saberlo.

Ahora la lucha cesó y la serenidad se reflejó en el rostro de Melanie, como si la promesa de Scarlett le hubiera dado la suprema tranquilidad.

—Eres tan inteligente..., tan valiente..., tan buena conmigo...

A estas palabras, un sollozo salió de la garganta de Scarlett, quien apretó la mano de Melanie contra su boca. Iba a empezar a gritar como una niña y a llorar desconsoladamente: «He sido un demonio. Te he engañado. Nunca he hecho nada por ti. Todo lo hice por Ashley».

Se puso en pie bruscamente, clavándose los dientes en el pulgar para conseguir reaccionar. Las palabras de Rhett volvieron a su imaginación: «Te quiere: que ésa sea tu cruz». La cruz ahora era aún más pesada. Ya era bastante terrible para ella haber tratado por todos los medios de arrebatarle a Ashley. Pero ahora era mucho peor. Melanie, que había confiado ciegamente en ella durante toda su vida, estaba depositando en ella el mismo cariño y la misma confianza a la hora de la muerte. No, no podía hablar. Ni siquiera pudo volver a decir: «Haz un esfuerzo para vivir». Debía dejarla marcharse tranquilamente, sin lucha, sin lágrimas, sin miedo.

La puerta se abrió suavemente y el doctor Meade apareció en el umbral haciendo una seña imperiosa. Scarlett se inclinó sobre la cama, conteniendo las lágrimas y, cogiendo la mano de Melanie, la apoyó en sus mejillas.

—Buenas noches —dijo, y su voz estaba más tranquila de lo que nunca hubiera

imaginado pudiera estar.

—Prométeme —repitió el murmullo, cada vez más tenue.

—Todo, querida mía.

—El capitán Butler...; sé buena con él... ¡Te quiere tanto!

«¿Rhett?», pensó Scarlett maravillada. Y las palabras de Melanie no tuvieron sentido alguno para ella.

—Sí, desde luego —contestó automáticamente, y poniendo un suave beso en la mano de su amiga la depositóle nuevo sobre la cama.

—Dígales a las señoras que vengan inmediatamente —balbuceó el doctor al salir Scarlett.

Con los ojos turbios, Scarlett vio a India y a Pitty seguir al doctor al cuarto de la enferma, recogiéndose las faldas para evitar que crujiesen. La puerta se cerró tras ellas y la casa quedó en silencio. A Ashley no se le veía por ninguna parte. Scarlett reclinó la cabeza contra la pared como una niña castigada a retirarse a un rincón y se frotó la dolorida garganta.

Detrás de aquella puerta expiraba Melanie, y con ella se iba la fuerza en la que se había apoyado inconscientemente durante tantos años. ¿Por qué, ¡oh!, por qué no se había dado cuenta antes de lo mucho que quería y necesitaba a Melanie? Pero ¿quién iba a haber pensado que aquella Melanie insignificante y menuda como en una fortaleza? Melanie, que se azoraba hasta las lágrimas delante de los extraños, tan tímida para levantar la voz dando una opinión, tan temerosa de la crítica de las personas mayores; Melanie, que carecía de valor hasta para espantar a un gato.

Y sin embargo...

La imaginación de Scarlett retrocedió, a través de los años, a aquella calurosa tarde en Tara, cuando una columnita de humo gris se elevaba sobre un cuerpo vestido de azul, y Melanie estaba de pie en lo alto de las escaleras con la espada de Charles en la mano. Scarlett recordaba haber pensado en aquel momento: «¡Qué tontería! Melanie no podría ni siquiera levantar esa arma» Pero ahora comprendía que, si hubiese sido necesario; Melanie se habría precipitado por las escaleras y hubiera matado al yanqui o la hubieran matado a ella.

Sí, Melanie había estado allí aquella tarde con una espada en su diminuta mano, dispuesta a luchar por Scarlett. Y ahora, mientras Scarlett volvía tristemente la vista atrás, se dio cuenta de que Melanie había estado siempre a su lado con una espada en la mano, tan intangible como su propia sombra, amándola, luchando por ella con lealtad ciega y apasionada, luchando contra los yanquis, el fuego, el hambre, la miseria, la opinión pública y hasta con las personas amadas de su misma sangre.

Scarlett sintió que el valor y la confianza en sí misma la abandonaban al comprobar que la espada que había relampagueado entre ellas y el mundo estaba envainada para siempre.

«Melanie ha sido la única amiga que he tenido —pensó con desconsuelo—, la única mujer, exceptuada mi madre, que me ha querido verdaderamente. Melanie es como mi madre. Todo aquel que la ha conocido se ha pegado a sus faldas.»

De repente sintió como si Ellen yaciese detrás de aquella puerta cerrada, abandonando el mundo por segunda vez. De pronto se vio de nuevo en Tara, con el aterrador peso del mundo sobre sus hombros, desolada ante el convencimiento de que no podría hacer frente a la vida sin la terrible fuerza del débil, del manso, del tierno de corazón...

Permaneció en el vestíbulo, indecisa, asustada. La oscilante luz de la chimenea del gabinete dibujaba sombras altas y oscuras en las paredes, a su alrededor. La casa estaba extraordinariamente silenciosa, y el silencio la penetraba como una llovizna. ¡Ashley! ¿Dónde estaba Ashley?

Scarlett fue al gabinete, buscando a Wilkes como un animal helado busca el fuego. Pero no estaba allí. Tenía que encontrarlo. Había descubierto la fortaleza de Melanie y su dependencia de ella, sólo para perderla en el mismo momento de descubrirla; pero aún le quedaba Ashley. Quedaba Ashley, que era fuerte y sabio y consolador. En Ashley y en su amor había fuerza en la que apoyar su debilidad, valor para dominar su miedo, consuelo para su pena.

«Debe de estar en su habitación», pensó; y, cruzando de puntillas el vestíbulo, llamó suavemente con los nudillos. Nadie contestó. Scarlett empujó la puerta. Ashley estaba en pie frente a la mesita-tocador, mirando un par de guantes de Melanie, zurcidos. Primero cogía uno y lo miraba, como si nunca lo hubiera visto antes. Luego lo dejaba sobre la mesa con cuidado, como si hubiera sido de cristal, y cogía el otro.

Scarlett dijo con voz temblorosa: «Ashley», y él se volvió lentamente y la miró. Sus ojos ya no estaban dormidos y distantes, como cuando ella había llegado a la casa. Los ojos grises eran grandes y claros. En ellos vio un miedo que corría parejas con el miedo de ella, una desesperanza más triste que la suya, un asombro más profundo que el que ella pudiese sentir jamás. El sentimiento de terror que se había apoderado de ella en el vestíbulo se hizo más intenso al ver su rostro. Se dirigió hacia él.

—Tengo miedo —dijo—. ¡Oh, Ashley, ayúdame! ¡Tengo tanto miedo!

Ashley no hizo ningún movimiento para aproximarse a ella, pero se estremeció apretando el guante con ambas manos. Ella le puso una mano en el brazo y murmuró:

—¿Qué ocurre?

Los ojos de él persiguieron insistentemente los de Scarlett, buscando, buscando desesperadamente algo que no encontró. Por fin habló con una voz que no era la suya.

—Estaba anhelando verte —dijo—. Iba a correr en tu busca, a correr como un niño que necesita ánimo, y encuentro una niña aún más asustada que corre hacia mí.

—Tú no... Tú no puedes estar asustado —gritó ella—. Nunca te asustó nada. Pero yo... Tú has sido siempre tan fuerte...

—Si yo he sido siempre fuerte era porque ella estaba detrás de mí —dijo él con voz entrecortada.

Y volvió a mirar el guante y acarició los dedos.

—Y... y toda la fuerza que yo he tenido se está yendo con ella.

Había tal acento de desesperación en la voz de Ashley, que Scarlett dejó caer la mano que apoyaba en su brazo y se hizo atrás. Y, en el pesado silencio que cayó entre ellos, sintió que realmente le comprendía entonces por primera vez en su vida.

—¡Cómo la amabas! ¿Verdad, Ashley? —dijo lentamente.

Él habló haciendo un esfuerzo.

—Es el único sueño que he tenido en mi vida, un sueño que vivía, respiraba y no se desvanecía frente a la realidad.

«¡Sueños! —pensó Scarlett con algo de su antigua irritación—. ¡Siempre sueños en él, nunca sentido común!»

Con el corazón dolorido y algo amargado, le dijo:

—¡Has estado loco, Ashley! ¿Cómo no te dabas cuenta de que valía por mil como yo?

—¡Scarlett, por favor! ¡Si supieses todo lo que he sufrido desde que el doctor...!

—¡Que has sufrido! ¿No comprendes que yo...? ¡Oh, Ashley, debías haber sabido hace mucho tiempo que la querías a ella y no a mí! ¿Por qué no lo comprendiste? Todo hubiera sido tan distinto, tan... ¡Oh, debías haberte dado cuenta y no haberme embaucado con toda tu palabrería de honor y sacrificio! Si me lo hubieras dicho hace años, me habría..., me habría matado. O tal vez hubiera podido soportarlo. Pero esperar hasta ahora, hasta que Melanie se esté muriendo, para descubrirlo, ahora que es demasiado tarde para hacer nada... ¡Oh, Ashley! Los hombres son los que tienen que saber esas cosas, no las mujeres. Debías haber visto tan claramente que durante todo este tiempo sólo la amabas a ella, y a mí tan sólo me deseabas como... como Rhett desea a esta mujer, la Watling.

Ashley retrocedió ante aquellas palabras; pero sus ojos siguieron buscando los de Scarlett, implorando silencio y consuelo. Todas las líneas de su rostro admitían la verdad de sus palabras. El encogimiento de sus hombros demostraba que su propio castigo era superior a cualquiera que ella pudiera infligirle. Permanecía en pie, silencioso ante ella, oprimiendo el guante como si fuera una mano comprensiva. Y, en la quietud que siguió a sus palabras, Scarlett sintió ceder su indignación, y una piedad mezclada de desprecio ocupó su lugar. La conciencia se lo reprochó: estaba pisoteando a un hombre indefenso. Y había prometido solemnemente a Melanie que velaría por él.

«Y tan pronto como acabo de prometérselo, le digo cosas mezquinas e hirientes y que no necesito para nada decirle. Él sabe la verdad y ello lo está matando —pensó Scarlett con desconsuelo—. No es una persona mayor. Es un niño como yo, y lo abruma el temor de perderla. Melanie sabía lo que iba a ocurrir... Melanie lo conocía mucho mejor que lo conozco yo. Por eso es por lo que me recomendó en un mismo suspiro que velase por él y por Beau. ¿Cómo va a poder Ashley soportar esto? Yo sí puedo soportarlo. Yo puedo soportarlo todo. ¡He tenido ya que soportar tanto! Pero él no puede, no puede soportar nada sin ella.»

—Perdóname, querido —dijo cariñosamente, tendiéndole los brazos—. Comprendo lo que sufres. Pero acuérdate de que ella no sabía nada, de que nunca había ni siquiera sospechado... Dios ha sido bueno con nosotros.

Él se acercó a ella y sus brazos la rodearon ciegamente. Scarlett se puso de puntillas para poner su mejilla a la altura de la de Ashley y con una mano le acarició el cabello.

—No llores, querido. A ella le gustaría que fueses valiente. Puede querer verte dentro de un instante y tienes que ser valiente. No debe darse la más mínima cuenta de que has estado llorando. La disgustaría.

Ashley la apretó de tal modo que Scarlett casi no podía respirar, y la voz entrecortada resonó en sus oídos.

—¿Qué voy a hacer yo? No puedo..., no puedo vivir sin ella.

«Tampoco yo puedo», pensó Scarlett, estremecida ante la idea de los largos años venideros sin Melanie. Pero se dominó. Ashley dependía de ella, Melanie confiaba en ella. Aquella vez, a la luz de la luna, en Tara, exhausta, sin fuerzas, había pensado: «Las cargas son para los hombros suficientemente fuertes para soportarlas». Ahora pensó lo mismo. Bueno; sus hombros eran fuertes, y los de Ashley, no. Enderezó sus hombros ante la carga *y,* con una tranquilidad que estaba lejos de sentir, besó las húmedas mejillas de Ashley, sin fiebre, sin deseo ni pasión, sólo con fría bondad.

—Haremos lo que podamos —le dijo.

Una puerta se abrió én el vestíbulo con súbita violencia, y la voz del doctor Meade llamó con urgencia:

—¡Ashley! ¡Pronto!

«¡Dios mío, ha muerto! —pensó Scarlett—. Y Ashley no ha llegado a decirle adiós. Pero ¿quién sabe?...»

—¡De prisa! —le gritó, empujándolo, porque él continuaba mirándola como asustado—. ¡De prisa!

Abrió la puerta y lo hizo salir por ella. Galvanizado por las palabras de Scarlett, Ashley corrió al vestíbulo apretando aún el guante en una de sus manos. Scarlett oyó sus rápidos pasos y luego el cerrar de una puerta.

Scarlett murmuró: «¡Dios mío!», y acercándose lentamente a la cama se sentó sobre ella y hundió la cabeza entre las manos. Se sentía cansada de repente, más cansada de lo que se había sentido nunca en su vida. Con el ruido del cierre de la puerta, la tensión bajo la cual había estado luchando, la tensión que le había dado fuerzas, cedió de pronto. Se sintió exhausta de cuerpo y vacía de toda emoción. Ahora no sentía pena, ni remordimiento, ni miedo, ni asombro. Estaba cansada y su mente latía monótona y mecánicamente como el reloj de la chimenea.

De aquella monotonía surgió un pensamiento. Ashley no la amaba ni la había; amado nunca verdaderamente; pero el saberlo no le hizo daño. Debería hacérselo. Debería estar desconsolada, con el corazón destrozado, presta a maldecir al destino. ¡Había confiado en su amor durante tanto tiempo! ¡La había sostenido sobre tantos abismos! Sin embargo, allí estaba la verdad. Él no la quería, y a ella no le importaba. A ella no le importaba porque tampoco le quería. No lo amaba y por eso nada de lo que él hiciese o dijese podría causarle daño.

Se tendió en la cama y, rendida, recostó la cabeza sobre la almohada. Inútil tratar de combatir la idea, inútil decirse a sí misma: «¡Pero yo lo amo, yo lo he amado durante muchos años! El amor no puede cambiarse en indiferencia en un minuto».

Pero podía cambiar y había cambiado.

«Realmente, ese amor nunca ha existido más que en mi imaginación —pensó con cansancio—. Yo amaba algo. Me fabriqué algo que está tan muerto como lo está Melanie. Hice un lindo vestido y me enamoré de él. Y cuando Ashley llegó a caballo, tan hermoso, tan único, le coloqué aquel vestido y se lo hice llevar, le sentase bien o le sentase mal. Y no lo veía como él era realmente. Seguí enamorada del lindo vestido... y no de él.»

Ahora retrocedía en su imaginación varios años y veíase con su traje de organdí blanco salpicado de flores verdes, de pie en el porche de Tara, estremecida a la vista del joven jinete de cabellos rubios que brillaban como un casco de oro. Podía ver ahora muy claramente que su amor no había sido más que un capricho de niña, no más importante en realidad que el deseo colmado de aquellos pendientes de berilo que había conseguido de Gerald. Porque en el momento en que había poseído los pendientes habían perdido todo su valor, como todo, excepto el dinero, perdía valor en cuanto era suyo. Y, así, él hubiera sido una futesa si en aquellos días lejanos ella hubiese podido tener la satisfacción de casarse o negarse a casarse con él. Si lo hubiese tenido a su merced, si lo hubiera visto cada vez más apasionado, importuno, celoso, mustio, implorante como los otros muchachos, el salvaje capricho que la había poseído hubiera pasado, se habría disipado tan ligero como la niebla ante el sol y el viento, cuando ella hubiera encontrado otro hombre.

«¡Qué loca he sido! —pensó con amargura—. Y ahora tengo que sufrir las consecuencias. Lo que yo había deseado tan frecuentemente, ha ocurrido. Deseé que Melanie muriera para poder conseguir a Ashley. Y ahora Melanie ha muerto, y ya lo tengo, y no lo amo. Su condenado honor le hará preguntarme si quiero divorciarme de Rhett y

casarme con él. ¿Casarme con él? ¡No lo querría ni en bandeja de plata! Pero lo tendré que aguantar lo mismo, colgado de mi cuello para todo el resto de mi vida. Mientras viva, tendré que velar por él, y cuidar de que no se muera de hambre, y de que la gente no hiera sus sentimientos. Va a ser otro niño cogido a mis enaguas. He perdido mi amante y he ganado otro niño. ¡Y si no se lo hubiese prometido a Melanie no me... importaría no volver a verlo jamás!».

62

Scarlett oyó fuera un murmullo de voces y, acercándose a la puerta, vio a los asustados negros en pie en el vestíbulo. Dilcey con los brazos combados por el peso del dormido Beau, el tío Peter llorando y Cookie secándose con el delantal la cara, húmeda de lágrimas. Los tres la contemplaban, preguntando sin palabras lo que debían hacer ahora. Miró a través del vestíbulo hacia el saloncito y vio a India y a tía Pitty también de pie, sin hablar, cogidas de la mano. Por una vez, India parecía haber perdido su tiesura. Lo mismo que los negros, ellas también miraban, implorantes, a Scarlett, esperando sus instrucciones. Se dirigió al saloncito y las dos mujeres se acercaron a ella.

—¡Oh, Scarlett, qué...! —empezó tía Pitty, con su gruesa boca infantil sacudida por un temblor.

—No me hables o empezaré a llorar —dijo Scarlett. Sus nervios destrozados dieron un tono agudo a su voz, y sus manos se crisparon sobre sus caderas. La idea de hablar ahora de Melanie, de hacer los preparativos indispensables que siguen a una muerte, le agarrotaba la garganta.

—No quiero oír ni una palabra de ninguno de vosotros. Ante el acento autoritario de su voz, todos se echaron atrás, con expresión de desamparo en los rostros. «No debo llorar delante de ellos —pensaba Scarlett—, no debo estallar ahora, o si no empezarán a llorar también, y los negros empezarán a gritar, y todos nos volveremos locos. Debo dominarme. Es mucho lo que voy a tener que hacer. Ver a los empleados de la funeraria, y disponer el entierro, y vigilar que la casa esté limpia, y estar aquí para hablar a la gente que llorará ante mí... Ashley no puede hacer esas cosas. Pitty e India tampoco pueden hacerlas. Tengo que hacerlas yo. ¡Oh, qué peso tan terrible! Siempre ha sido un peso terrible y siempre lo ha soportado alguien que no he sido yo.»

Miró los rostros doloridos de India y de Pitty y sintió una oleada de contrición. A Melanie no le gustaría que fuese tan dura con aquellos que tanto la habían querido.

—Siento haberme puesto así —dijo, hablando con dificultad—. Es sencillamente que... siento haber estado desagradable. Voy un minuto al porche, tía. Necesito estar sola. Luego volveré, y haremos... Dio unas palmaditas a tía Pitty y salió rápidamente por la puerta principal, comprendiendo que, si permanecía un minuto más en aquella habitación, sus nervios saltarían. Necesitaba estar sola. Y necesitaba llorar o le estallaría el corazón.

Salió al porche oscuro, cerrando la puerta tras de sí, y el aire frío le dio de lleno en el rostro. La lluvia había cesado y no se oía más ruido que el monótono caer de las gotas de la parra. El contorno estaba envuelto en una niebla espesa que llevaba en su aliento el perfume del año que moría. Todas las casas al otro lado de la calle estaban a oscuras, excepto una, y la luz de una lámpara en la ventana, al caer en la calle, luchaba débilmente con la niebla, con las partículas de oro que flotaban en sus rayos. Era como si el mundo entero estuviera envuelto en una manta de humo gris. Y el mundo entero estaba en silencio.

Inclinó la cabeza contra una columnita del porche y quiso llorar, pero las lágrimas no acudieron a sus ojos. ¡Era una desgracia demasiado grande para llorar! Se estremeció. Aún resonaban en su imaginación, atronando sus oídos, los derrumbamientos de las dos inconquistables ciudadelas de su vida. Permaneció un rato tratando de requerir las palabras mágicas de su existencia: «Pensaré en todo esto mañana, cuando pueda soportarlo mejor». Pero las palabras mágicas habían perdido su poder. Ahora tenía que pensar en dos cosas: en Melanie y en cuánto la quería y la necesitaba, y en Ashley y en la inexplicable ceguera que

le había impedido verlo como realmente era. Y sabía que estos pensamientos la herirían con la misma intensidad mañana y todos los mañanas de su vida.

«No puedo volver a entrar ahora ahí dentro y hablar con todos ellos —pensó—. No puedo enfrentarme esta noche con Ashley y consolarlo. Esta noche, no. Mañana por la mañana vendré temprano y haré las cosas que tengo que hacer, diré las cosas alentadoras que tenga que decir. Pero esta noche no. No puedo. Me voy a casa.»

De allí a su casa sólo había cinco manzanas de edificios... No quería esperar a que el sollozante Peter enganchase el coche, no quería esperar al doctor Meade para que la llevase a casa. No podía soportar las lágrimas del uno ni la muda reprobación del otro. Bajó rápidamente los oscuros escalones y salió, sin abrigo ni sombrero, a la humedad de la noche. Dio vuelta a la esquina y echó a andar, colina arriba, hacia Peachtree Street, caminando por un mundo silencioso y oscuro. Hasta sus propios pasos eran tan silenciosos como en un sueño.

Mientras se acercaba a la colina con el pecho henchido de lágrimas que no querían brotar, percibió a su alrededor una sensación irreal, la sensación de que ya había estado en aquel lugar húmedo y oscuro y bajo el mismo cúmulo de circunstancias, y no una, sino varias veces antes de entonces. «¡Qué tontería!», pensó, intranquila, apretando el paso. Los nervios la estaban engañando. Pero la sensación persistía, invadiendo su imaginación. Miró a su alrededor, insegura, y la sensación aumentó, fantástica, pero familiar. Levantó la cabeza como un animal que presiente el peligro. «Es sencillamente que estoy destrozada por lo que ha ocurrido», se dijo, procurando tranquilizarse. ¡Y la noche tan misteriosa, tan llena de niebla! Nunca había visto antes una niebla tan espesa, excepto..., excepto...

Y entonces comprendió, y el miedo le oprimió el corazón. Ahora sabía. En cientos de pesadillas había volado a través de una niebla como ésta, a través de una región obsesionante, sin linderos, envuelta en una niebla densa y helada, poblada de espíritus horribles y de sombras. ¿Estaba otra vez soñando o era el sueño que se había hecho realidad?

Por un momento, la noción de las cosas la abandonó y se vio perdida. La antigua sensación de la pesadilla se apoderó de ella más fuerte que nunca y su corazón comenzó a galopar. Estaba de nuevo rodeada de muerte y de silencio, como había estado una vez en Tara. Todo lo que importaba en el mundo se había marchado de él, la vida estaba en ruinas y el pánico ululaba en su corazón como un huracán furioso. El horror que entrañaba la niebla y era a la vez la niebla, la dominó. Y echó a correr. Como había corrido un centenar de veces en sus sueños, lo mismo corría ahora. Huyendo ciegamente, sin saber adonde, impelida por un espanto sin nombre, buscando entre la niebla gris la salvación que estaba en algún sitio.

Corrió por la oscura calle arriba, con la cabeza baja, el corazón martilleándole en el pecho, el aire húmedo de la noche en los labios, los amenazadores árboles sobre su cabeza. En algún sitio, en algún sitio de esta tierra salvaje, llena de húmeda calma, había un refugio. Jadeaba colina arriba con las húmedas faldas golpeándole los tobillos, con los pulmones a punto de estallar, con los cordones del corsé hundiéndole las varillas en el corazón.

Entonces, ante sus ojos, brilló una luz, una hilera de luces, empañadas y vacilantes, pero completamente reales. En su pesadilla nunca había habido luces, ¡sólo niebla gris! Su mente se asió a estas luces. Las luces significaban salvación, gente, realidad. De pronto detuvo su carrera con las manos crispadas, luchando por salir de su terror, mirando con intensidad la hilera de faroles que habían indicado a su cerebro que aquello era Peachtree Street, en Atlanta, y no un mundo gris de espíritus y sueños.

Se dejó caer, jadeante, en un guardacantón, esforzándose en dominar sus nervios como si fuesen cuerdas que se escapasen rápidamente de sus manos.

«Estaba corriendo, corriendo como una persona trastornada», pensó, con el cuerpo tembloroso aún por el miedo que iba disminuyendo, con los locos latidos del corazón haciéndole daño. Pero ¿hacia dónde corría?

Su respiración se hizo más sosegada, mientras descansaba oprimiéndose el pecho con las manos. Y miró Peachtree Street arriba.

Allí, en la cima de la colina, estaba su casa. Le pareció como si todas las ventanas estuvieran iluminadas, iluminadas desafiando a la niebla a empañar su brillo. ¡Su hogar! ¡Era verdad! Miró la lejana mole de la casa con agradecimiento, deseándola, y una gran tranquilidad invadió su espíritu.

¡El hogar! Allí era adonde deseaba ir. Allí era donde corría. ¡Al hogar, con Rhett!

Al darse cuenta de esto fue como si alrededor de ella cayesen las cadenas que la habían tenido prisionera y, con las cadenas, el miedo que había poblado sus sueños desde la noche que en Tara había creído que el mundo se acababa. Al final de su camino a Tara había sentido que se acaba la seguridad, la fuerza, la prudencia, la ternura, la comprensión, todas aquellas cosas que, encarnadas en Ellen, habían sido la salvaguardia de su infancia. Y, aunque desde aquella noche había alcanzado la seguridad material, en sus sueños, era todavía la chiquilla asustada que buscaba la seguridad perdida de aquel perdido mundo.

Ahora sabía que el puerto que había buscado en sueños, el lugar de refugio que la niebla le había ocultado siempre, no era Ashley... ¡Oh, nunca Ashley! No había más calor en él que en un fuego fatuo, no más seguridad que en unas arenas movedizas. Era Rhett... Rhett, que tenía brazos fuertes para sostenerla, un ancho pecho para reclinar su cansada cabeza, risas burlonas que daban a los asuntos las proporciones debidas y comprensión absoluta, porque él, como ella, veía la verdad como verdad, sin oscurecerla con sublimes nociones de honor, sacrificio y grandes ilusiones puestas en la naturaleza humana. Él la quería. ¿Cómo no se había dado cuenta de que Rhett la quería a pesar de todos sus desprecios y su alardear de lo contrario? Melanie lo había visto y con su último suspiro le había dicho: «¡Sé buena para él!».

«¡Oh! —pensó—. Ashley no es la única persona estúpidamente ciega; yo también debía haber visto...»

Durante muchos años había apoyado su espalda contra el muro de piedra del amor de Rhett y lo había tomado como algo debido y natural, igual que había tomado el amor de Melanie, enorgulleciéndose con la idea de que la fuerza que estos amores le comunicaban era exclusivamente suya. Y lo mismo que había comprendido, hacía unas horas, que Melanie había estado a su lado en las amargas luchas contra la vida, comprendía ahora que Rhett había estado, silencioso, en el fondo, amándola, comprendiéndola y dispuesto a ayudarla. Rhett en la rifa, leyendo la impaciencia en sus ojos y llevándola a la realidad; Rhett ayudándola a salir del cautiverio de la aflicción; Rhett conduciéndola a través del fuego y de las explosiones la noche de la caída de Atlanta; Rhett prestándole el dinero para empezar su lucha por la vida; Rhett que la tranquilizaba cuando se despertaba por las noches, llorando por miedo a sus sueños... No, ningún hombre hace esas cosas por una mujer a la que no quiere hasta la locura.

Los árboles goteaban sobre ella, pero Scarlett ni siquiera se había dado cuenta. La llovizna formaba remolinos a su alrededor, pero no los sentía. Porque, cuando pensó en Rhett con su rostro bronceado, sus dientes brillantes, sus oscuros ojos vivos, un temblor se apoderó de lia.

«¡Yo lo amo!», pensó. Y, como siempre, aceptó la verdad sin asombro, como una niña acepta un regalo. «No sé cuánto tiempo hace que lo quiero, pero es verdad. Y, si no hubiera sido por Ashley, me hubiera dado cuenta hace mucho. Nunca he sido capaz de ver el mundo, porque Ashley se interponía.»

Lo amaba tal como era: despreocupado, bribón, sin escrúpulos, sin honor, al menos el honor tal como lo admitía Ashley. «¡Condenado honor de Ashley! —pensó—. El honor de Ashley me ha dejado a mí siempre malparada. Sí, ya desde el principio, cuando empezó a acompañarme aunque sabía que su familia tenía proyectado su matrimonio con Melanie; Rhett nunca me ha dejado malparada, ni siquiera aquella espantosa noche de la recepción de Melanie, cuando debía haberme retorcido el pescuezo. Aun cuando me dejó en mitad del camino la noche de la caída de Atlanta, sabía que estaba segura, sabía que saldría de aquello de algún modo. Estaba, sencillamente, probándome. ¡Me ha amado siempre, y yo he sido tan ruin con él! Una y otra vez le he herido, y él era demasiado orgulloso para dejarlo ver. Y cuando Bonnie murió... ¡Oh! ¿Cómo he podido?»

Se puso en pie y miró la casa de la colina. Había pensado hacía media hora que lo había perdido todo en el mundo, excepto el dinero, todo lo que hacía la vida digna de ser vivida: Ellen, Gerald, Bonnie, Mamita, Melanie y Ashley. Tenía que perderlos a todos para darse cuenta de que amaba a Rhett. Lo amaba porque era fuerte y no tenía escrúpulos; y apasionado y humano como ella misma.

«Voy a decírselo todo —pensó—. Comprenderá. Siempre comprende. Le diré cuánto lo quiero y lo loca que he sido, y yo le compensaré de todo.»

De repente se sintió fuerte y feliz. Ya no sentía miedo a la oscuridad ni a la niebla y sentía, con el corazón lleno de alegría, que nunca más le volverían a infundir miedo. Poco importaba que las nieblas la ciñesen en el futuro. Ya conocía su refugio. Echó a andar alegremente calle arriba hacia el hogar, y el camino le pareció muy largo. Muy lejano. Se recogió las faldas hasta las rodillas y echó a correr. Pero esta vez no le hacía correr el miedo. Corría porque los brazos de Rhett estaban al final de la calle.

63

La puerta principal estaba ligeramente entreabierta, y Scarlett entró sin aliento y se detuvo un instante bajo los irisados colgantes de la lámpara. A pesar de tanta iluminación, la casa estaba muy tranquila, no con la serena tranquilidad del sueño, sino con un silencio cansado y vigilante, que tenía algo de presagio. Scarlett vio, con una mirada, que Rhett no estaba en el salón ni en la biblioteca y su corazón se estremeció. ¿Y si no estuviera en casa? ¿Si estuviera con Bella? ¿O en cualquiera de los otros sitios en que pasaba las noches cuando no volvía a cenar? No había contado con eso.

Empezaba a subir las escaleras para ir en su busca, cuando vio que la puerta del comedor se hallaba cerrada. Su corazón se contrajo de vergüenza, a la vista de la puerta cerrada, recordando cuántas noches, en aquel último verano, él había estado allí solo, sentado, bebiendo, hasta emborracharse de tal modo, que tenía que venir Pork para llevarlo a la cama. Había sido suya la culpa, pero ahora cambiaría. ¡Todo iba a ser distinto de ahora en adelante!... «¡Pero, Dios mío, no dejes que esté demasiado embriagado esta noche! Si está demasiado embriagado, no me creerá y se reirá de mí, y eso me destrozará el corazón».

Quedamente abrió una rendija en la puerta del comedor y atisbo por ella. Rhett estaba sentado delante de la mesa, hundido en su silla, con una botella llena delante, de él, con el tapón puesto, los vasos limpios. ¡Gracias a Dios, no había bebido! Scarlett empujó la puerta, conteniéndose para no correr hacia él. Pero, cuando Rhett levantó la vista y la miró, algo en su mirada la paralizó en el umbral, y detuvo las palabras que iban a salir de sus labios.

La miraba imperturbable, con los ojos negros fatigados y sin brillo alguno. Aunque Scarlett traía el cabello deshecho y colgando sobre los hombros, y su pecho se levantaba agitadamente, y las faldas tenían salpicaduras de barro hasta las rodiEas, el rostro de Rhett no reflejó el menor asombro ni interrogación, ni sus labios hicieron la menor mueca de burla. Estaba hundido en la silla, con el traje arrugado y desaliñado. Todos sus rasgos proclamaban la ruina de una gran figura y el abotagamiento de un hermoso rostro. La bebida y la disipación habían hecho su obra en aquel perfil de medalla, y ahora no era ya la cabeza de un joven príncipe pagano en oro recién acuñado, sino la de un César de cobre, cansado, y decadente y gastado por el prolongado uso. Él la miró, tal como estaba allí, con la mano en el corazón; la miró tranquila, casi amistosamente, y esto la asustó.

—Ven y siéntate —dijo—. ¿Ha muerto?

Scarlett asintió con la cabeza y avanzó hacia él, vacilante, llena de inseguridad ante esta nueva expresión de su rostro. Sin levantarse, Rhett empujó una silla con el pie y Scarlett se dejó caer en ella. Hubiera querido que no hablase tan pronto de Melanie. No quería hablar de ella ahora, revivir la agonía de la última hora. Tenían todo el resto de la vida para hablar de Melanie. Y, en cambio, a ella le pareció, poseída ahora del deseo de gritarle: «¡Te quiero!», que no había más que aquella noche, aquella hora, para decirle a Rhett lo que bullía en su mente. Pero vio algo en el rostro de Rhett que la contuvo, y de repente sintió vergüenza de hablar de amor cuando el cuerpo de Melanie aún no había acabado de enfriarse.

—¡Dios le dé su eterno descanso! —dijo él, sombrío—. Era la única persona verdaderamente buena que he conocido.

—¡Oh, Rhett! —exclamó Scarlett llorando, pues sus palabras le hacían recordar con demasiada viveza todas las cosas buenas que Melanie había hecho por ella—. ¿Por qué no

fuiste conmigo? Fue terrible... ¡y te he necesitado tanto!

—No hubiera podido soportarlo —dijo Rhett sencillamente, casi en un susurro.

Y permaneció un momento en silencio. Luego habló haciendo un esfuerzo, y dijo lentamente:

—Una verdadera gran señora.

Su sombría mirada miró más allá de ella. En sus ojos había la misma expresión que viera Scarlett la noche de la caída de Atlanta, cuando él le anunció que se marchaba con las tropas. La sorpresa de un hombre que ya no espera de sí mismo nada bueno y de repente se descubre lealtades y emociones insospechadas y se siente en ridículo ante el descubrimiento.

Su mirada melancólica se fijó por encima del hombro de Scarlett, como si pudiese ver a Melanie atravesar silenciosamente la habitación dirigiéndose hacia la puerta. En la mirada de despedida de sus ojos no había pena ni dolor; sólo sorpresa de sí mismo, sólo un conmovedor revivir de emociones muertas desde la infancia. Y dijo de nuevo:

—¡Una verdadera gran señora!

Scarlett se estremeció y la esperanza abandonó su corazón. Y también el suave calor, la luz que la había traído a casa como con alas en los pies. Comprendía a medias lo que pasaba en la mente de Rhett al decir adiós a la única persona del mundo a quien respetaba, y se desoló de nuevo, con una espantosa sensación de vacío que no era tan sólo personal. No podía comprender ni analizar por completo lo que él experimentaba, pero le parecía como si ella también hubiese oído el susurro de unas faldas sedosas que la rozaban en una última caricia. A través de los ojos de Rhett veía pasar no una mujer, sino un símbolo, la mujer suave, borrosa, pero firme como el acero, con quien el Sur había construido su hogar durante la guerra y a cuyos orgullosos y amantes brazos había vuelto en la derrota.

Los ojos de Rhett miraron a Scarlett y su voz cambió. Ahora era indiferente y fría.

—De modo que ha muerto... Una suerte para ti, ¿verdad?

—¡Oh! ¿Cómo puedes decir esas cosas? —gritó ella, dolorida, con los ojos llenos de lágrimas—. Bien sabes cuánto la quería yo.

—No, no puedo decir que lo supiese. ¡Completamente inesperado! Y te hace honor, considerando tu pasión por la gentuza, que al fin la apreciases.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Ya lo creo que la apreciaba! Tú no. Tú no la conocías como yo. No eras tú el que tenía por qué conocerla. .. Lo buena que era...

—¿De veras? Tal vez no.

—Pensaba en todo el mundo, excepto en sí misma... ¡Pero si sus últimas palabras se refirieron a ti!

Los ojos de Rhett relampaguearon. Se volvió hacia Scarlett.

—¿Qué dijo?

—¡Oh, no! ¡Ahora no, Rhett!

—Di meló.

Su voz era fría; la mano que le puso en la muñeca le hizo daño. Ella no quería decírselo. No era así como había pensado iniciar la conversación sobre su amor. Pero la mano de él era imperiosa.

—Dijo... Dijo... «Sé buena para el capitán Butler. ¡Te quiere tanto!»

Él la miró y soltó su muñeca. Bajó los párpados y su cara se tornó totalmente inexpresiva. De repente se levantó, se dirigió a la ventana, levantó las cortinas y miró hacia afuera con atención, como si hubiera algo más que ver que la niebla cegadora.

—¿Dijo algo más? —preguntó sin volver la cabeza.

—Me pidió que velase por el pequeño Beau, y yo le dije que lo haría como si se tratase de mi mismo hijo.

—¿Qué más?

—Dijo... Ashley... Me encargó que velara también por Ashley.

Él quedó unos momentos en silencio y luego rió quedamente.

—Es conveniente tener la autorización de la primera mujer, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Rhett se volvió y, aun en su desconcierto, Scarlett se sorprendió al ver que no había burla en la expresión de su marido. Su rostro no reflejaba el menor interés; parecía el rostro de un hombre que está viendo representar el último acto de una comedia poco entretenida.

—Creo que estoy hablando bastante claro. Melanie ha muerto. Tú, desde luego, tienes toda la evidencia que puedas desear para divorciarte de mí y no te queda la buena fama suficiente para que un divorcio pueda perjudicarte. Y no tienes en absoluto ninguna religión; así que la Iglesia importa poco. De modo que... Ashley y los sueños se convierten en realidad con las bendiciones de Melanie. Sí, eso es.

—¿Divorciarme? —gritó ella—. ¡No, no!

Sin darse cuenta de lo que decía, se levantó de un salto y, corriendo hacia él, lo cogió del brazo.

—¡Oh, estás equivocado, terriblemente equivocado! Yo no me quiero divorciar... Yo...

Se detuvo porque no podía encontrar otras palabras.

Él la cogió por la barbilla, le volvió la cara hacia la luz y la miró intensamente a los ojos. Ella le devolvió la mirada con el corazón en los ojos, con los labios temblorosos al intentar hablar. Pero no podía reunir las palabras porque estaba procurando encontrar en el rostro de él alguna respuesta, algún destello de esperanza, de alegría. Seguramente ahora había comprendido. Pero lo único que encontró fue la mirada blanda e inexpresiva que la había defraudado tantas veces. Rhett le soltó la barbilla y, volviéndose, se dirigió de nuevo a su silla y se dejó caer en ella con el mentón hundido en el pecho y los ojos dirigidos a Scarlett con una mirada indiferente.

Scarlett lo siguió, entrelazando las manos, nerviosa, y permaneció de pie ante él.

—Estás equivocado —dijo por fin encontrando las palabras—. Rhett, hoy, cuando lo supe, volví a casa corriendo desolada todo el camino, para decirte... Vida mía, yo...

—Estás cansada —klijo él, sin dejar de mirarla—. Es mejor que te vayas a la cama.

—Pero tengo que decirte...

—Scarlett —repuso Rhett lentamente—, no deseo oír nada.

—Pero no sabes lo que voy a decir.

—Querida mía, está claramente escrito en tu cara. Alguien o algo te ha hecho comprender que no es digno que te cases con el viudo de la que ha sido tu mejor amiga. Y esto mismo ha hecho aparecer ante ti mis encantos a una luz nueva y atractiva —suspiró ligeramente—. Y no vale la pena hablar de eso.

Scarlett lo miró con asombro. Desde luego, siempre había leído en ella con suma facilidad. Antes, esto le molestaba; pero ahora, después del primer momento de asombro al comprobar su transparencia, su corazón se llenó de júbilo y alivio. Rhett sabía, Rhett comprendía, y ello simplificaba su labor. No había necesidad de hablar. Era natural que estuviera amargado por su prolongado abandono, era natural que desconfiase de su repentino cambio. Tendría que convencerlo a fuerza de cariño, de demostraciones de amor,

y ¡qué agradable resultaría!

—Querido, voy a decírtelo todo —contestó, poniendo las manos en el brazo de su butaca e inclinándose hacia él—. ¡He estado tan equivocada, he sido tan loca!

—Scarlett, no sigas de ese modo. No te humilles ante mí. No puedo soportarlo. Déjanos alguna dignidad, deja algo a salvo de nuestro matrimonio. Evítanos esto último.

Scarlett se enderezó bruscamente. ¿Evítanos esto último? ¿Qué quería decir con «esto último»? ¿Último? ¡Eso era lo primero! ¡Su principio!

—Pero tengo que decirte —empezó rápidamente, como si temiera que le tapase la boca con la mano imponiéndole silencio—. ¡Oh, Rhett! ¡Te quiero tanto, amor mío! Debo de quererte desde hace muchos años, y he sido tan idiota que no lo he sabido. Rhett, tienes que creerme.

Rhett, en pie ante ella, la miró con una mirada que le atravesó el cerebro. Scarlett vio en sus ojos que la creía, pero vio también que aquello le interesaba muy poco. ¡Oh! ¿Iría a mostrarse ruin? ¿Iría a atormentarla? ¿Iría a pagarle con su misma moneda?

¡Oh, te creo! —dijo Rhett por fin—. Pero ¿qué hay de Ashley Wilkes?

—Ashley —contestó Scarlett, con un gesto de impaciencia—. Yo... yo creo que hace ya siglos que no me importa un ardite. Era... Bueno, era un traje que yo había hecho y se lo había colocado cuando yo era una chiquilla. Yo creo que nunca me habría preocupado por él si hubiera sabido cómo era en realidad. Es una criatura tan floja, de tan poco espíritu, a pesar de toda su charlatanería sobre la verdad y el honor y...

—No —dijo Rhett—. Si quieres verlo como realmente es, debes verlo rectamente. Es simplemente un caballero caído en un mundo al que no pertenece, procurando hacer algo bueno en él con las leyes del mundo al que él pertenecía.

—¡Oh, Rhett! No perdamos el tiempo hablando de él. ¿Qué nos importa Ashley ahora? ¿No te alegras de saber... Quiero decir, ahora que yo...

Al encontrarse sus ojos con los cansados de Rhett, Scarlett empezó a tartamudear, azorada, como una jovencita con su primer pretendiente. Si él la ayudase un poco... Si le tendiese los brazos para poder llorar agradecida en ellos y reclinar la cabeza contra su pecho... Con sus labios contra los de él podría decirle mucho más que con todos aquellos balbuceos. Pero al mirarlo se dio cuenta de que Rhett no lo hacía por venganza. Estaba impávido, como si nada de lo que ella había dicho tuviera la menor importancia. —¿Si me alegro? —dijo—. Habría yo dado gracias a Dios de rodillas por oír antes esto que me estás diciendo. Pero ahora no tiene importancia.

—¿No tiene importancia? ¿Qué estás diciendo? ¡Ya lo creo que tiene importancia! Rhett, a ti te importa, ¿verdad? Tiene que importarte. Melanie dijo que te importaba.

—Sí, y tenía razón, con arreglo a lo que ella supo. Pero, Scarlett, ¿no se te ha ocurrido nunca pensar que el amor más infinito puede disiparse?

Ella lo miró atónita, con la boca abierta.

—El mío se ha disipado —continuó Rhett—. Contra Ashley Wilkes y tu loca obstinación, que te hacía aferrarte como un perro a cualquier cosa que creías desear... Mi amor se disipó, te lo repito.

—Pero el amor no puede acabarse así.

—¿Y el tuyo por Ashley?

—Yo nunca amé realmente a Ashley.

—Pues entonces lo fingías muy bien... hasta esta noche, Scarlett. No te lo estoy echando en cara, acusándote, reprochándote. Ese tiempo pasó. Así, evítame tus disculpas y tus explicaciones. Si eres capaz de escucharme durante un minuto sin interrumpirme, puedo

explicarte lo que quiero decir. Aunque Dios sabe que no veo la necesidad de las explicaciones. ¡La verdad está tan clara!

Scarlett se sentó. La cruda luz del gas caía sobre su rostro, pálido y asombrado. Miraba a los ojos que conocía tan bien y que tan poco conocía, escuchaba aquella voz tranquila pronunciando palabras que al principio no tenían ningún significado. Era la primera vez que le hablaba de aquel modo, como un ser humano a otro, como hablaban las demás personas: sin petulancias, burlas o enigmas.

—¿Se te ocurrió alguna vez pensar que yo te amaba todo lo que un hombre puede amar a una mujer? ¿Que te amaba desde muchos años antes de conseguirte? Durante la guerra me marché para intentar olvidarte, pero no pude y tuve que volver. Después de la guerra me arriesgué a ir a la prisión sencillamente por volver a verte. Te quería tanto, que creo que hubiera matado a Frank Kennedy si no se hubiera muerto oportunamente. Te quería, pero no podía dejártelo saber. ¡Eres tan cruel con los que te quieren, Scarlett! Coges su amor y lo sostienes sobre sus cabezas como un látigo.

De todo esto, sólo el hecho de que él la quería tenía algún significado para ella. Ante el débil eco de pasión que sonaba en la voz de Rhett, el placer y la alegría se apoderaron de ella. Scarlett sentada, sin respirar apenas, escuchando, esperando.

—Sabía que no me querías cuando me casé contigo. Sabía lo de Ashley. Pero estaba tan loco, que creí que conseguiría hacer que me quisieras. Ríete si te parece, pero deseaba cuidarte, mimarte, darte todo cuanto desearas. Deseaba casarme contigo y protegerte y concederte todo lo que pudiera hacerte feliz, lo mismo que hacía con Bonnie. ¡Habías tenido que luchar tanto, Scarlett! Nadie sabía mejor que yo todo lo que habías pasado, y deseaba que cesaras de luchar y me dejaras a mí luchar por ti. Quería que jugases como una niña, una niña valiente, asustada, terca. Creo que aún eres una niña. Nadie más que una niña podría ser tan tenaz y tan insensible.

Su voz era cansada y tranquila, pero había un no sé qué en ella que le hacía recordar algo. Había oído una voz como ésta en alguna otra crisis de su vida. ¿Dónde había sido? La voz de un hombre que se enfrentaba con el mundo, sin sentimiento, sin titubeos, sin esperanza.

Pero ¿cómo?... ¡Había sido Ashley, en la huerta de Tara, hablando de la vida y de sus trabajos, con un cansancio tranquilo que revelaba en su timbre más decisión que desesperada amargura! Entonces la voz de Ashley la había hecho estremecerse temerosa, oyendo cosas que no podía comprender; pero ahora la voz de Rhett hacía latir su corazón. Su voz, sus gestos más que sus palabras, la perturbaron, le hicieron comprender que su alegría de un momento antes había sido prematura. Algo iba mal, terriblemente mal. Lo que fuese, no podía saberlo; pero escuchaba desesperada, con los ojos clavados en el bronceado rostro de Rhett, esperando oír palabras que disiparasen sus temores.

—¡Era tan evidente que estábamos hechos el uno para el otro! Tan evidente que yo era el único hombre entre tus conocidos que podía amarte después de saber cómo eras realmente, dura y ávida y sin escrúpulos, pomo yo. Te quería y corría la suerte. Creí que Ashley se borraría de tu imaginación. Pero —Rhett se encogió de hombros— probé todo lo que se me ocurrió y nada hizo efecto. ¡Y te amaba tanto, Scarlett! Sólo con que me hubieses dejado, te habría querido tan dulce y tan tiernamente como nunca amó un hombre a una mujer. Pero no podía dejar que lo averiguases porque sabía que me creerías débil y tratarías de usar mi amor contra mí. Y siempre, siempre, Ashley estaba allí. Me volvía loco. No podía sentarme todas las noches frente a ti a la mesa sabiendo que hubieras querido que Ashley estuviera allí en mi sitio. Y no podía estrecharte en mis brazos por la noche y

saber... Bueno, todo esto ya no tiene ninguna importancia. Ahora me pregunto por qué me dolía aquello tanto. Eso fue lo que me llevó a Bella. Hay un grosero placer en estar con una mujer que lo ama a uno con todo el corazón y que lo respeta por ser un caballero, aun cuando esa mujer sea una prostituta ignorante. Nunca has sido un sedante para mí, querida mía.

—¡Oh, Rhett! —empezó Scarlett, entristecida al oír el nombre de Bella. Pero él le impuso silencio y continuó:

—Y luego, aquella noche, cuando te subí en brazos, pensé, esperé..., esperé tanto, que tenía miedo de verte a la mañana siguiente, por temor a haberme equivocado y que no me quisieras. Tenía tanto miedo a que te rieras de mí, que salí y me embriagué. Y cuando volví me temblaban las piernas, y, si tú hubieras dado un solo paso a mi encuentro o me hubieras demostrado cariño de algún modo, creo que te hubiera besado los pies; pero no lo hiciste.

—¡Oh, Rhett! Yo ya te quería entonces, pero te mostrabas tan odioso... Yo ya te quería. Yo creo que..., sí, entonces debió ser la primera vez que me di cuenta de que te quería. Nunca volví a ser feliz pensando en Ashley después de aquello; pero te mostrabas tan odioso, que yo...

—Es verdad —dijo él—. Parece que hayamos estado jugando al escondite. Pero ahora ya no tiene importancia. Sólo te lo cuento para que no hagas cabalas sobre todo esto. Cuando estuviste enferma y yo tenía la culpa, yo no me separé de la puerta, esperando que me llamases. Pero no me llamaste. Comprendí lo loco que había sido y que todo había terminado.

Se detuvo y miró por encima de ella a lo lejos, lo mismo que Ashley solía hacer, viendo algo que ella no podía divisar. Ella sólo podía contemplar, en silencio, su rostro atormentado.

—Pero entonces estaba Bonnie, y comprendí que, al fin y al cabo, no se había acabado todo. Me gustaba pensar que Bonnie eras tú, hecha otra vez niña, antes de que la guerra y la miseria te hubiesen marcado. ¡Se parecía tanto a ti, tan voluntariosa, tan valiente, tan alegre y tan llena de ingenio! Y a ella podía mimarla y educarla mal, lo mismo que hubiera querido mimarte a ti. Pero no era como tú... Ella me quería. Podía recoger el amor que tú rechazabas y dárselo a ella, y esto era una bendición para mí... Cuando se marchó, se lo llevó todo.

De repente Scarlett sintió compasión de Rhett, una compasión tan grande que borraba su propio dolor y su temor de lo que aquellas palabras pudiesen significar. Era la primera vez en su vida que sentía compasión por alguien sin experimentar desprecio al mismo tiempo, porque era la primera vez que había estado próxima a comprender a otro ser humano. Y podía comprender, sí, su desolación, y su orgullo, tan obstinado como el de ella, que le había impelido confesar su amor, por miedo a una repulsa.

—¡Vida mía! —dijo acercándose a él con la esperanza de que él alargase los brazos y la sentase sobre sus rodillas—. Vida mía, lo siento mucho; pero yo te compensaré de todo. Podemos ser muy felices, ahora que sabemos la verdad, y ¡Rhett..., mírame, Rhett! Pueden venir otros hijos, no como Bonnie..., pero... —Gracias; no —dijo Rhett, como si rehusase un pedazo de pan—. No quiero exponer mi corazón por tercera vez.

—Rhett, no digas esas cosas. ¡Oh! ¿Qué podría yo decir para hacerte comprender? Ya te he dicho lo muchísimo que lo siento.

—Querida, eres tan chiquilla... Crees que con decir: «Lo siento», todos los errores y las heridas de años pasados pueden remediarse, borrarse de la imaginación todo el veneno

de las viejas heridas... Toma mi pañuelo, Scarlett. Nunca, en ningún disgusto de tu vida, he visto que usaras pañuelo.

Scarlett cogió el pañuelo, se sonó y volvió a sentarse. Era evidente que Rhett no la iba a tomar en sus brazos. Empezaba a ser de toda evidencia que todo su discurso sobre el hecho de haberla querido no significaba nada. Era una historia de tiempos antiguos que Rhett consideraba como si no le hubiese ocurrido a él. Y esto era terrible. Rhett la miró casi amablemente, un tanto acusativo.

—¿Cuántos años tienes, querida? Nunca me lo has dicho.

—Veintiocho —contestó Scarlett, con voz apagada por el pañuelo.

—No son muchos. Eres muy joven para haber ganado todo el mundo y perdido tu alma, ¿verdad? No te asustes. No me refiero al fuego eterno que te espera por tu asunto con Ashley. Estoy hablando en sentido figurado. Siempre, desde que te conozco, has deseado dos cosas: a Ashley y ser lo suficientemente rica para mandar a todo el mundo a freír espárragos. Bueno, pues ya eres bastante rica, y le has dicho al mundo lo que has querido, y has conseguido a Ashley, si lo deseas. Pero todo eso no parece ser bastante todavía.

Scarlett estaba asustada, aunque no por temor al fuego del infierno. Estaba pensando: «Rhett es mi alma y lo estoy perdiendo. Y, si lo pierdo nada más me importa. No; ni amigos, ni dinero, ni nada. Si lo tuviese a él, ya no me importaría volver a ser pobre. Ya no me importaría volver a tener frío, ni siquiera hambre. Pero esto no puede significar... ¡Oh, no puede!».

Se secó los ojos y dijo, desesperada:

—Rhett, si alguna vez me has querido tanto, debe de quedar en tu alma algo para mí.

—De todo ello sólo encuentro que quedan dos cosas, y son las dos que tú más odias: compasión y un extraño sentimiento de benevolencia.

¡Compasión, benevolencia! «¡Oh, Dios mío!», pensó ella con desaliento. Cualquier cosa menos piedad y benevolencia. Siempre que había sentido esas dos emociones por alguien, iban mano a mano con el desprecio. Él la despreciaba también, por lo tanto. Cualquier cosa sería preferible a eso. Aun la cínica frialdad de los días de la guerra, la locura de embriaguez que se había apoderado de él la noche en que la había subido en brazos por las escaleras haciéndole daño con sus fuertes dedos, o las ásperas palabras que ahora comprendía habían encubierto un amargo amor. ¡Cualquier cosa antes que la indiferente benevolencia que se leía en su rostro!

—Entonces..., entonces, ¿quieres decir que yo lo he destrozado todo... que tú ya no me quieres nada en absoluto?

—Así es.

—Pero —repitió Scarlett tercamente, como una niña que cree que exponer su deseo es conseguirlo—, pero yo te quiero.

—Ésa es tu desgracia.

Scarlett lo miró rápidamente para comprobar si había ironía en sus palabras; mas no era así. Estaba simplemente exponiendo un hecho. Pero era un hecho que ella aún no podía admitir. Lo miró con ojos implorantes que ardían con obstinación desesperada, y la dura línea de la mandíbula que se marcó a través de su suave mejilla era la mandíbula de Gerald.

—No seas tonto, Rhett; yo puedo hacer...

Rhett levantó la mano con ademán de horror y sus cejas negras se elevaron formando los dos arcos sardónicos de antaño.

—No hagas ese gesto tan obstinado, Scarlett. Me asustas. Veo que estás haciendo la

transferencia de tus tempestuosos amores de Áshley a mí, y temo por mi libertad y mi paz. No, Scarlett, no quiero ser perseguido como lo fue el infortunado Ashley. Además, me voy a marchar.

La mandíbula de Scarlett tembló hasta que consiguió encajar los dientes para afirmarla. ¡Marcharse! ¡No, todo menos eso! ¿Cómo iba a poder vivir sin él? Todos se habían alejado de ella, todos los que le importaban, excepto Rhett. Rhett no podía irse... Pero ¿cómo podría retenerlo? Era impotente contra su fría determinación y sus indiferentes palabras.

—Me voy a marchar. Pensaba decírtelo cuando volvieses de Marietta.

—¿Me abandonas?

—No te sientas esposa abandonada y dramática, Scarlett. No te va ese papel. ¿No quieres divorcio, ni siquiera separación? Bueno, entonces volveré lo bastante frecuentemente para evitar las murmuraciones.

—¡Condenadas murmuraciones! —gritó enfadada—. ¡Te quiero! Llévame contigo.

—No —respondió decidido.

Por un momento, Scarlett estuvo a punto de echarse a llorar como una chiquilla. Se hubiera tirado al suelo, maldecido, chillado y pataleado. Pero un resto de orgullo y de sentido común la hizo contenerse. Pensó: «Si lo hago, se limitará a mirarme, o se reirá de mí. No debo chillar, no debo suplicar, no debo hacer nada que me exponga a su desprecio. Debe respetarme aunque..., aunque no me quiera». Levantó la barbilla, y se esforzó por preguntar con tranquilidad.

—¿Adonde piensas ir?

Los ojos de Rhett brillaron al contestar:

—Tal vez a Inglaterra, o a París. Tal vez a Charleston, a intentar hacer las paces con mi gente.

—Pero si los odias. Te he oído muy a menudo reírte de ellos.

—Me sigo riendo —dijo él, encogiéndose de hombros—. Pero ya he llegado al final de mi vida aventurera, Scarlett. Tengo cuarenta y cinco años, la edad en que un hombre empieza a conceder algún valor a las cosas que en la juventud trató tan a la ligera. La unión de la familia, el honor, la tranquilidad, tienen raíces demasiado hondas. ¡Oh, no me estoy retractando, no me arrepiento de ninguno de mis actos! Me he dado la gran vida. Una vida tan excelente, que ahora empieza a perder sabor y necesito algo distinto. No, nunca he pensado en cambiar más que las manchas de la piel, pero quiero conseguir la apariencia exterior de la respetabilidad. La respetabilidad ajena, querida mía. La tranquila dignidad que puede tener la vida, vivida entre gentes distinguidas. Cuando viví esa vida, no aprecié su sereno encanto.

De nuevo Scarlett parecía encontrarse en la huerta de Tara. Había la misma mirada en los ojos de Rhett que había brillado entonces en los de Ashley. Las palabras de Ashley resonaban en sus oídos tan claramente como si no fuera Rhett el que estaba hablando. Recordaba fragmentos de frases: «Una simetría, una perfección de arte griego», repitió, como un papagayo.

Rhett exclamó:

—¿Por qué dices eso? Es precisamente lo que yo quería decir.

—Es algo que oí a Ashley hace mucho tiempo, en aquellos días.

Él se encogió de hombros y la luz desapareció de sus ojos.

—¡Siempre Ashley! —dijo. Y permaneció un momento en silencio—. Scarlett, cuando tengas cuarenta y cinco años, acaso comprenderás de qué estoy hablando, y

entonces tal vez, también tú, estarás cansada de seres amanerados, modales fingidos y emociones baratas. Pero lo dudo. Yo creo que siempre te sentirás más atraída por el brillo que por el oro... Sin embargo, no puedo esperar tanto para cerciorarme... Y tampoco deseo esperar. No me interesa. Me voy a errar por viejas ciudades, y viejas regiones, donde tal vez quede algo de los viejos tiempos... Soy tan sentimental como todo eso. Atlanta es demasiado nueva para mí.

—Basta —dijo Scarlett de pronto.

Apenas había oído nada de lo que él había dicho. Desde luego no lo había entendido. Pero comprendió que no podría soportar por más tiempo con serenidad el sonido de su voz cuando ya no quedaba amor en él.

Rhett se detuvo y la miró asombrado.

—Comprendes lo que estaba diciendo, ¿verdad? —preguntó, poniéndose en pie.

Scarlett le tendió las manos con las palmas hacia arriba, con el ademán que desde las más remotas edades ha indicado súplica, y su corazón se reflejaba en su rostro.

—No —exclamó—. Lo único que sé es que no me quieres y que te marchas. ¡Oh, amor mío! Si tú te marchas, ¿qué va a ser de mí?

Por un momento, Rhett vaciló como si se preguntase si no sería mejor una mentira piadosa que la verdad desnuda. Luego se encogió de hombros.

—Scarlett, nunca he sido de esas personas que recogen los pedazos rotos, los pegan y luego se dicen a sí mismos que la cosa compuesta está tan bien como la nueva. Lo que está roto, roto está. Y prefiero recordarlo como fue, nuevo, a pegarlo y ver después las señales de la rotura durante toda mi vida. Acaso, si yo fuera más joven... —suspiró—. Pero soy demasiado viejo para creer en sentimentalismos, equivalentes a pasar una esponja y volver a empezar. Soy demasiado viejo para soportar la carga de mentiras corteses, que nacen de vivir en continua desilusión. No podría vivir contigo y mentirte, y mucho menos podría mentirme a mí mismo. Quisiera que me pudiese importar adonde vas o lo que quieres. Pero no puedo.

Lanzó un suspiro y dijo con suave indiferencia:

—Querida mía, no se me da un ardite.

Scarlett, muda, le oyó subir las escaleras, sintiendo que la iba a asfixiar aquel dolor que sentía en la garganta. Con el ruido de pasos, que moría en el vestíbulo, moría la última cosa por la que valía la pena vivir. Sabía que no había apelación. Que ninguna razón desviaría a aquel frío cerebro de su veredicto. Sabía que había pensado cada una de las palabras que había dicho, por muy a la ligera que algunas de ellas hubieran sido pronunciadas. Lo sabía porque sentía en él algo fuerte, implacable, todas las cualidades que en vano buscara en Ashley.

Jamás había comprendido a ninguno de los dos hombres a quienes había amado, y así los había perdido a los dos. Ahora tenía una vaga sensación de que, si hubiera comprendido a Ashley, nunca lo habría amado y de que si hubiera comprendido a Rhett nunca lo habría perdido. Pensó, desolada, que no había comprendido nunca a nadie en el mundo.

Sentía un piadoso embotamiento de la mente; un embotamiento que —lo sabía por larga experiencia— daría pronto paso a un dolor agudo, lo mismo que los destrozados tejidos divididos por el bisturí del cirujano atraviesan un instante de insensibilidad antes de que comience su tortura.

«No quiero pensar en esto ahora —se dijo, ceñuda, evocando su antiguo conjuro mágico—. Me volveré loca si pienso ahora en que lo pierdo. Pensaré en ello mañana.»

«Pero —gritaba su corazón, rechazando el conjuro y comenzando a dolerle— no puedo dejarle marchar. Tiene que haber algún medio para impedirlo.»

—No quiero pensar en esto ahora —repitió en voz alta, procurando encontrar un baluarte contra la marea ascendente del dolor—. Yo... En fin, yo mañana me iré a Tara. —Y se sintió aliviada.

Había ido otra vez a Tara medrosa y derrotada y había salido de entre sus acogedores muros fuerte y armada para la victoria. Lo que había conseguido una vez, sin saber cómo, lo conseguiría, Dios mediante, de nuevo. ¿De qué modo? No lo sabía. No quería discurrir sobre ello ahora. Lo único que quería era tener un espacio abierto en el cual respirar a su gusto, un lugar tranquilo para cicatrizar sus heridas, un refugio en el que trazar su plan de campaña. Pensó en Tara y sintió como si una mano tibia y suave acariciase su corazón. Creía ver la casa blanca dándole la bienvenida a través de las rojizas hojas otoñales; percibir la suave inquietud del crepúsculo posarse sobre ella como una bendición; advertir la caída del rocío sobre los campos de arbustos verdes, maculados de copos blanquecinos; ver el crudo color de la tierra roja y la sombría beüeza de los pinos oscuros en las lejanas colinas.

Se sintió vagamente reconfortada, y algunos de sus locos pesares, de sus heridas, quedaron desvanecidos. Permaneció un momento recordando pequeños detalles: la avenida de oscuros cedros que conducía a Tara, los macizos jazmines, el vivo verdor de las plantas sobre los muros blancos, las cortinillas blancas que revoloteaban en las ventanas. Y Mamita estaría allí. De repente anheló ver a Mamita con ansia, como anhelaba, cuando era una niña pequeñita, reclinar su cabeza en el robusto pecho, sentir la curtida y negra mano acariciando su cabello. Mamita: el último eslabón con los tiempos pasados...

Con el espíritu de su raza, que se niega a reconocer la derrota, aun cuando la mire fijamente, cara a cara, Scarlett levantó la cabeza. Atraería de nuevo a Rhett. Estaba convencida de que lo conseguiría. No había habido un solo hombre al que no hubiese subyugado cuando se lo había propuesto.

«Pensaré en todo esto mañana, en Tara. Allí me será más fácil soportarlo. Sí: mañana pensaré en el medio de convencer a Rhett. Después de todo, mañana será otro día.»

F I N

NOTAS

[1] El fuerte Sumter, levantado en la bahía de Charleston, fue escenario de uno de los primeros choques militares que enfrentaron a los yanquis con los sudistas, antes de que se declarase la guerra. (N. de los T.)

[2] Las segundas guerras Seminólas que enfrentaron, de 1834 a 1842, a los norteamericanos con los indios de Florida. (N. de los T.)

[3] Orangista. Miembro de una sociedad formada en Irlanda en 1795 para mantener el protestantismo, es decir, la causa de Guillermo de Orange. (N. de los T.)

[4] Canción compuesta en Inglaterra después de la batalla del Boyne (1690), en que los orangistas aplastaron a los partidarios de los Estuardos. (N. de los T.)

[5] Diminutivo de Gerald. (N. de los T.)

[6] Honey en inglés significa «miel» y también, referido a las personas: «encanto», «cielo»... (N. de los T.)

[7] Heroico oficial de caballería que desempeñó también un importante papel una vez terminada la guerra.

[8] Balneario muy de moda en EE.UU. (N. de los T.)

[9] Pittypat, del inglés Patter: «pasos ligeros». (N. de los T.)

[10] Stonewall: literalmente «muro de piedras»; era el arrogante apodo aplicado al general Jackson. (N. de los T.)

[11] Baile escocés o irlandés muy rápido. (N. de los T.)

[12] Jed Stuart. General confederado, lleno de ardor y de brío, famoso por una pluma de avestruz negra que llevaba en su sombrero. (N. de los T.)

[13] El hada Banshee, del folklore irlandés. Sus lamentos presagian una próxima muerte. (N. de los T.)

[14] Célebre canción norteamericana compuesta por Stephen C. Foster. (N. de los T.)

[15] «Confederated States Army» (Ejército de los Estados Confederados). Distintivo que los oficiales sudistas llevaban en el sombrero. (N. de los T.)

[16] «Es dulce y bello morir por la Patria.»

[17] Cita del Julio César de Shakespeare. (N. de los T.)

[18] Carpebaggers. Politicastros forasteros, llegados del Norte para intrigar y enriquecerse. Llamábanlos así porque guardaban todo su dinero y documentos en un carpetbag, es decir, en un saco de viaje hecho de tapiz (carper; tapiz, alfombra; bag; saco).

[19] Fue en el pueblecito de Appomattox donde el 10 de abril de 1865 el general RE. Lee, jefe de las tropas sudistas, se rindió al general Grant, que mandaba las fuerzas del Norte. CN. (N. de los T.)

[20] El general Beauregard era de origen francés y mandó los tigres de Luisiana. Sus hombres, que llevaban el uniforme de los zuavos, lo adoraban. (N. de los T.)

[21] Oglethorpe. James Edward Oglethorpe, general y filántropo inglés. A su regreso de Inglaterra, después de una campaña contra los turcos, se le ocurrió fundar una colonia para los menesterosos y para los miembros de las sectas protestantes perseguidas. Le fue concedido un Privilegio Real en 1732, y partió para América, donde fundó el Estado de Virginia.

[22] Para pagar el precio de su pasaje, algunos emigrantes europeos se vendían a los propietarios americanos, y se rescataban, después, poco a poco. Era éste el sistema denominado de la redención.

[23] Caballeros: nombre dado a los partidarios de Charles I, en su lucha contra el Parlamento bastante energía para levantar la cabeza. Esta gente, fuera de su dinero y de sus negros, no sabe dar un paso. Y, ahora, que han perdido su fortuna y sus esclavos, ya no son nadie. Antes de una generación, todos campesinos.

[24] Shantytown. Literalmente, «ciudad de las casuchas o de las chozas».

[25] Alude a las tropas del general Lee, jefe de las fuerzas confederadas. (N. de los T.)

[26] «El vasto Océano de Neptuno, ¿será suficiente para lavar toda esta sangre de mis manos?» Shakespeare: MACBETH, acto II.

[27] «¡Ya me verás en Filipos!» Frase famosa dirigida a Bruto por el espectro de Julio César, en la tragedia shakesperiana. (N. de los T.)

[28] Guillermo Walker: filibustero y periodista alternativamente y, durante cierto tiempo, dictador virtual de Nicaragua. Quantrill luchó contra los yanquis. Los hermanos fueron famosos bandoleros. (N. de los T.)

[29] Guárdese del Emporio, o cuidado con el Emporio.

[30] Bowery: barrio neoyorquino, famoso hacia 1850, por su ambiguo pintoresquimo y por las contiendas épicas que allí se desarrollaban entre las bandas rivales. (N. de los T.)

[31] Bonnie Blue equivale en inglés a Bonita azul, principio de la anterior locución empleada por Melanie: bonnie blue flag (bonita bandera azul). (N. de los T.)

[32] El tratamiento Sir lo emplean a veces, como señal de respeto, los niños en algunas familias angloamericanas. (N. de los T.)